A. ALONSO
ENCUADERNADOR
POSTIGO 14

D-2
2557

S.G-15
7-5

B.P. de Soria
61109765
D-1 919

D-2
2557

HISTORIA UNIVERSAL.

9765

D-1
919

HISTORIA UNIVERSAL

DE

N°823

CÉSAR CANTÚ

DESDE LOS TIEMPOS MÁS REMOTOS HASTA NUESTROS DIAS

VERTIDA AL ESPAÑOL

EN VISTA DE LAS REFORMAS Y CORRECCIONES HECHAS POR EL AUTOR EN LA

ÚLTIMA EDICION ITALIANA

POR DISTINGUIDOS LITERATOS,

Y CONTINUADA HASTA **1888**, BAJO LA DIRECCION DE

D. FRANCISCO NACENTE Y SOLER

AUTOR DE VARIAS OBRAS CIENTÍFICAS É HISTÓRICAS

ILUSTRADA CON UN ATLAS DE MÁS DE 500 LÁMINAS
QUE FORMAN LA HISTORIA MÁS COMPLETA DE **trajes, armas, muebles, monumentos**, ETC.,
DESDE LOS TIEMPOS MÁS REMOTOS HASTA NUESTRA ÉPOCA,
POR

HERMANN WEISS

AUMENTADA
CON CENTENARES DE FIGURAS CORRESPONDIENTES Á LA **Indumentaria Española**
Y Á LA **Arqueología** DE TODAS LAS ÉPOCAS.

TOMO CUARTO

BARCELONA
F. NACENTE, EDITOR, PASEO DE GRACIA, 149.
1887.

Esta obra es propiedad del Editor, quien se reserva todos los derechos de propiedad literaria y artística de la misma, y perseguirá al amparo de las leyes á todo aquel que la reimprima ó que reproduzca sus láminas fraudulentamente.

Imprenta y Litografía de F. Nacente.—Paseo de Gracia, 149.

EDAD MEDIA

DISCURSO PRELIMINAR

> Bien puede ser que habiendo encontrado el árbol demasiado encorvado hácia una parte, haya exagerado un poco mis esfuerzos para encorvarlo por la opuesta, á fin de dejarlo recto; pero estoy pronto á borrar aquello que por jueces competentes se considere como obstáculo para enderezarlo y para el progreso de la verdad.
>
> MALTHUS.

Aquí comienza el libro octavo de esta Historia Universal que con un valor superior á mis fuerzas me he atrevido á exponer á los italianos. Aunque despreciado ó escarnecido en mi pais por la frivolidad orgullosa; contrariado con todo linaje de torpes obstáculos por la bajeza asalariada, que en sus diversas y contradictorias imputaciones ni siquiera ha logrado ocultarse bajo la máscara de la envidia; luchando por la verdadera y sólida libertad, ya contra los poderosos armados, ya contra los sofistas intolerantes, prosigo esta historia con intrepidez y buen deseo, ni entusiasmado por los aplausos, ni enorgullecido por las persecuciones, fiando en los buenos que sienten y en los leales que piensan, y animado por la atencion que me concede un número cada vez mayor de lectores, y por la esperanza de hacer algun bien, de reformar algun juicio errado, de vigorizar algun afecto generoso ó benévolo, de preparar para los tiempos libres alguna alma jóven, de confortar alguna esperanza magnánima.

Después de haber acompañado al género humano en las siete épocas precedentes en su viage á través de los tiempos antiguos, entramos ahora en lo que se llama la Edad Media, dado que la historia universal pueda adoptar una distincion tan parcial como arbitraria. Digo parcial, porque si la caida del imperio romano rompia la unidad europea, cien pueblos recuperaban su independencia, y empezaron á moverse en su propia órbita sin recibir ya como antes el impulso de una fuerza superior. De consiguiente para estos deberia empezar la historia nueva en la grande invasion y en las diferentes épocas de su establecimiento en las tierras del imperio: Mahoma abriria la historia de los árabes; Colon la de los americanos, y quedarian totalmente escluidas la Persia, llamada á brillar de nuevo, la India tenaz en su inmovilidad nativa, y la China girando con indolente actividad dentro de un círculo que no se dilata ni se rompe.

He llamado tambien á esta distincion arbitraria porque además de que no se armoniza con la marcha general de la humanidad, hasta los mismos historiadores de Europa difieren entre sí acerca de los límites en que debe encerrarse la Edad Media. Algunos la hacen durar hasta el renacimiento de los estudios; pero los estudios se reaniman en Italia mucho más pronto que en los demás paises, y es tener grande estrechez de miras creer que la nueva literatura no se dirigió hácia el bien sino cuando entró en el surco de la antigua.

Para otros termina la Edad Media en la destruccion del feudalismo; pero así como el feudalismo se estrelló desde muy luego en los concejos italianos, jamás llegó á echar raiz en varios paises, al paso que en otros conservó su fuerza hasta la Revolucion francesa, y en algunos todavia no lo ha perdido. Los que fijan su atencion en la ciencia

del pensamiento pueden hacer durar la Edad Media desde San Agustin y desde Boecio hasta Bacon y Descartes, es decir, durante todo el reinado del escolasticismo. Otros la prolongarian de buen grado hasta la reforma religiosa, y llamarian católicos á los siglos transcurridos desde el instante en que, á la caida del antiguo órden civil, tomó su vuelo la Iglesia, hasta que se descompuso su unidad maravillosa: esta concepcion nos parece tanto más grandiosa y razonable cuanto que no se encadena á los sucesos, sino que abarca tambien las ideas y aún hasta las más generales, como son las religiosas.

Por lo que á nosotros hace, adhiriéndonos al mayor número, la conduciremos hasta fines del siglo XV, época en que se realizan ciertos hechos de universal importancia: aunque es verdad que el imperio de Oriente en su abyecta agonia tuvo en la civilizacion escasísima influencia, deja al caer un Estado bárbaro que echa raices en Europa, á la par que es arrojado otro por la conquista de Granada: se inventan y aún se aplican la imprenta y la pólvora: es incorporado á la corona el último gran feudo de Francia (la Bretaña): se proclama la paz pública en Alemania: con la entrada de Carlos VIII á Italia se revela la debilidad de aquel territorio, cuyas artes y costumbres difunde entre los trasalpinos, y abre una série de guerras y de alianzas que han durado hasta nuestros dias: se dobla el cabo de Buena-Esperanza: América es descubierta: nace Lutero.

Para el historiador que narra este periodo, se multiplican las dificultades, porque no tiene delante de sus ojos, como en los tiempos antiguos, una gran nacion que arrastra á las demás en su impetuoso torbellino y atrae todas las miradas. Tampoco tiene, como en los tiempos modernos, un sistema de política al cual se refieran más ó menos los sucesos de toda la Europa. Pueblos diferentes en orígen, en idioma, en intereses, se le presentan desparramados, desenvolviendo sus propios medios de civilizacion cada cual separadamente, y no ocupándose, hasta el tiempo de las cruzadas más que en asegurarse un establecimiento en el mundo, que entretanto talan, ensangrientan, y miden con las alabardas para repartírselo con las cimitarras.

Habiendo enmudecido los grandes historiadores, cuyo superior talento daba á la narracion vida y colorido, sin que el narrador tuviera que hacer otra cosa que prevenirse contra la admiracion y el resplandor que esparcian sobre las antiguas proezas, de suerte que no dejaban distinguir de lo bello lo verdadero y lo justo; ahora de la época de que vamos á tratar no poseemos más que toscas crónicas de pueblos infantiles ó compilaciones pedantescas de naciones decrépitas. Osamentas áridas. ¡Qué poder de espíritu bastaria á gritaros *Revivid!*

Algunas de estas crónicas y compilaciones se empeñan en desnaturalizar á las naciones nuevas atribuyéndoles sentimientos y usos antiguos: otras se hallan compuestas en las catedrales y los monasterios, último albergue de los estudios, por monges agenos á las revueltas de la política, y que por servir á su comunidad ó por órden de sus superiores, toman nota de los sucesos que llegan á vibrar en sus oidos, aun en el silencioso recinto del claustro. Sinceros sin duda y muy distantes de querer inducir á engaño, caen ellos en error á consecuencia de su sencillez misma. Crédulos, deslumbrados por la apariencia del momento, animados de las pasiones de sus contemporáneos ó de su corporacion, sin criterio para discernir ni prevision para adivinar, inhábiles para enlazar los efectos á las causas, presentan sucesos sin trabazon ninguna, personajes que nada tienen que ver unos con otros, guerras sin detalles, revoluciones que es necesario comprender por adivinanza, una sociedad que no hay manera hábil de esplicarse. Lo que no olvidan nunca son los fenómenos físicos, los cambios de estacion, los cometas, los eclipses, lós presagios del porvenir. Dirán de un príncipe que no enriqueció su monasterio: *No hizo nada.* En las circunstancias más mínimas ven la intervencion inmediata de la divinidad, lo cual les dispensa de investigar las causas naturales. «*Dios lo quiso*» tal es la razon que dan á los hechos más dignos de reflexion los musulmanes. Si preguntais como fué tan repentino el triunfo de los normandos en Inglaterra, Enrique de Hurtington responde: MLXVI *anno gratiæ etc., perfecit dominator Deus de gente Anglorum quod diu cogitaverat: genti namque Normannorum asperæ et callidæ tradidit eos ad exterminandum.* Guillermo de Malmesbury no suministra mejores luces.

Asimismo han pasado en silencio ó han sido esplicados en dos palabras muchas veces los sucesos de más importancia. En el año 756 no traen más que esta nota los Breves Anales Franceses: *Quieverunt.* En otra parte solo tiene para ellos todo un año (764) la indicacion siguiente: *Hiems grandis et dura.* Alfonso VI lidia contra las fuerzas reunidas de los almoravides de Africa y de los árabes de España; y los anales de Alcalá dicen de este modo: 1124 *die* VI, X *kal. novemb. die SS. Servandi et Germani, fuit illa arrancada in Badazo, id est Sacralias, et fuit ruptus dnus rex Adefonsus*: los de Compostela: *Era* 1124, *fuit illa dies Badejoz*: los de Toledo: *Era* 1124, *arrancaron moros et rey Don Alfonso en Zagalla.* Y sin embargo se trataba de dos grandes pueblos, de dos religiones, de dos civilizaciones. Otra crónica dice: 888, *perditio facta fuit in Varo per Græcos*, y esto basta para indicar el fin de la dominacion griega en Bari y en Italia. Léese en una crónica milanesa: 1198, *facta fuit credentia sancti Ambrossi*, sin más pormenores para mencionar aquel gran movimiento que agitó todo el siglo XIII, hizo conquistar los derechos civiles al bajo pueblo y abolió la servidumbre en los concejos italianos. Y no obstante las crónicas italianas son algo mejores,

aunque se hallan impregnadas de las pasiones del narrador y de las de su tiempo.

Aquellos que se elevan á más altura y estuvieron en situacion de observar de cerca los hechos y sus secretas causas, contemplan siempre las cosas bajo el punto de vista de la creencia, de la patria, de la faccion á que pertenecen, sin estudiar nunca lo que es contrario. De esta suerte los papas no veian en los mongoles de Gengis-Kan más que enemigos del islamismo, y por esto los creian cristianos. Con motivo de las espediciones á Tierra Santa cotejad las crédulas crónicas de los europeos con los declamatorios relatos de los bizantinos y con las pomposas narraciones de los asiáticos, y titubeareis mucho en creer que se trata de los mismos hechos: apenas os parecerán los emperadores de Suabia unos mismos en las crónicas alemanas y en las crónicas lombardas. Cárlos de Luxemburgo, el héroe de Bohemia, es el ludibrio de los italianos. A mayor abundamiento se encuentran tan descompuestos los elementos de la historia, y aun hoy nos cuesta tanta dificultad ponerlos en armonia, que no debe causarnos asombro sino podian desempeñar tamaña tarea, escritores faltos de toda especie de medios para ilustrarse acerca de los sucesos esteriores y siendo tanta la confusion de los interiores, que parecian mero juego de una fatalidad irónica, y no permitian adivinar el objeto de tantos padecimientos, ni la importancia que pudieran tener para el mundo las dinastias que alternativamente se encumbraban ó caian.

Cuando más se limitan á trazar la historia del pueblo conquistador, y aun á menudo la de su rey solamente; y lo hacen, no con palabras de un sentido convenido, á semejanza de los clásicos, sino con palabras vagas, elásticas, particulares, que para ellos debian representar una idea exacta, evidente, si bien para nosotros han perdido su significado.

Hasta falta á veces este debilísimo socorro. No cuenta el Occidente más historiadores que Gregorio de Tours desde la caida del imperio hasta Carlo-Magno. Yace en los archivos un monton de noticias, en algunos custodiados con estúpido celo, y en otros con mejor acuerdo se han publicado parte de ellas, que no hacen otra cosa que escitar más y más el deseo de conocer lo mucho que permanece ignorado. Además ¿cuán tenaz paciencia no se necesita para arrostrar el fastidio de recorrer tantas trivialidades tan mal escritas y peor concebidas, sin otro provecho que el de encontrar casualmente un indicio, ó la comprobacion de una fecha ó de un nombre? Y, cuando llegais á conseguirlo ¡de qué fuerza de imaginacion y de discernimiento no habeis menester para adivinar lo que no está dicho, para penetrar en aquellas diferentes civilizaciones, para apreciarlas debidamente! De cuanto ingenio no debe estar dotado para convertir en verdades prácticas las indicaciones que se le escaparan al cronista y que no fueron comprendidas por los demás!

Pero sin estas dotes, ¿cómo aventurarse en semejante oscuridad? ¿Cómo describir la existencia de una nacion vencida y sin nombre, envilecida ó temblorosa bajo la espada de los fuertes, cuyas empresas, cuyos asesinatos elogiados, cuya tirania adulada, forman el único tema de la narracion? ¿Por qué medio distinguir dos pueblos que vivieron en el mismo territorio sin mezclarse? ¿De qué manera conocer el grado en qué se mezclaron, la modificacion mayor ó menor que en el uno produjeron la organizacion y costumbres del otro, y el punto á que llegaron la arrogancia de los dominadores y la paciencia de los vencidos?

Y sin embargo, cabalmente de este conocimiento depende la esplicacion de los tiempos modernos, puesto que las instituciones que hacen en la actualidad á las naciones europeas, esclavas ó libres, míseras ó venturosas, fuertes con su union ú holladas á causas de sus divisiones, se derivan inmediatamente de las de la Edad Media. Allí es donde conviene buscar los motivos de nuestro actual modo de existir, los títulos de los derechos, los obstáculos al progreso, los medios de superarlos, el arte de esplicar útilmente las doctrinas sociales que nos enseña la historia.

Si la Edad Media no ha sido justamente apreciada, no se debe achacar tanto á la escasez de documentos, como á los errores de escuela, á los errores sociales, á los errores sistemáticos y sabios. Una literatura, que solo tenia en vista el ornato del entendimiento, creia la instruccion completa luego que se conocian los escritores y las costumbres de Grecia y de Roma. Se consultaba con ahinco á Ciceron, no á San Agustin ni á San Juan Crisóstomo, á Catulo y no á Prudencio. Limitada al estudio esclusivo de los clásicos, no adorando más que la pura forma, puso en ridículo por ligereza, ó condenó por ignorancia la Edad Media, y se creyó dispensada de estudiarla, porque, en su concepto, habia hecho retroceder el espíritu humano.

Admirados los literatos de aquel magnífico órden, que, á lo menos segun los libros, reinaba enmedio de la magnificencia romana y de la elegancia griega, asombrados de la unidad de carácter de las antiguas civilizaciones, quedaban desvanecidos ante el movimiento de las civilizaciones modernas, en cuyo seno conservaban su carácter nacional francos, godos, vándalos, normandos, sarracenos y griegos. Al lado de las instituciones antiguas y paganas: con los monumentos romanos se elevaban monumentos bárbaros, en que se mezclaba lo trágico á lo burlesco, lo gigantesco á lo gracioso, el ángel al demonio. Era romana la literatura en las abadias, septentrional y belicosa en los castillos, nuevo y galante en las cortes de amor y en los palacios. Hallábanse reunidos todos los géneros de propiedad, toda especie de leyes, feudos, alodios, mano muerta, libre posesion, enfiteusis, derecho sálico, godo, lombardo, eclesiástico, latino; todas las formas de franquicia y de servidumbre; liber-

tad aristocrática del noble, libertad individual de los sacerdotes; libertad privilegiada de las inmunidades, de los gremios, de los conventos; libertad representativa de los municipios ó concejos; esclavitud romana, esclavitud política, esclavitud del terruño, esclavitud del extranjero. Pontífices opulentos al lado de una órden sacerdotal, fervorosa en sostener que la pobreza es su derecho, y que ni aun puede llamar suyo el pan que come. Diversidades de poderes, alternativamente equilibrados ó en lucha; soberanía de los reyes; señorío de los barones; autoridad republicana de los cónsules; potestad espiritual de los obispos; destruccion y renovamiento; desórden y armonía; supersticion y ateismo, heregía y dogma; y todo esto mezclado, confundido á la manera que por el camino mismo y en las iglesias, se presentan á la vista magnates, caballeros, obispos, sacerdotes, monges de todas las órdenes, doctores, magistrados, miembros de cofradías, artesanos, peregrinos, aldeanos, todos con trajes diferentes en forma y color.

Al observar aquel caos con los sentimientos de la antigüedad no era posible formarse una idea real y positiva de lo que se contemplaba. Así Vico no supo ver allí más que un retroceso á la barbarie heróica, preocupado como estaba con el pensamiento de reducir á la humanidad á girar dentro de un círculo fatal. Una escuela clásica quiso esplicar esta confusion por medio de las formas griegas y romanas, así como los jurisconsultos del siglo XV pretendian encontrar los feudos en el enfiteusis y en el usufructo, y César Cicerano las teorías de Vitrubio en la catedral de Milan. Los hábitos de colegio hacian que uno se imaginara encontrar en todas partes héroes romanos, Escipiones y Cincinatos. Si por ejemplo en el *Breviarium* de los borgoñones, se encontraba una disposicion que se separase del texto Teodosiano, se la proclamaba error de barbarie, y no modificacion oportuna por haber cambiado las circunstancias. Toda frase, toda palabra, no usada por los clásicos, se denominaba barbarismo; carecia de gusto todo edificio que no correspondiera línea por línea al Partenon ó al Panteon.

Otros más ligeros creyeron indigno de sí mismos detenerse en escudriñar este conjunto de causas que tanto influyeron en los acontecimientos, no queriendo ver en ellos más que un impulso de barbarie; comprendieron mal los efectos y atribuyeron á próximos y limitados orígenes lo que provenia de vastos y lejanos manantiales; ninguno adivinó el carácter de siglos, llenos de problemas, generadores del presente. Hay más, no quisieron tomarse el trabajo de formarse una opinion con respecto á ellos y se evitó hasta la discusion que, aunque sea errónea, conduce á la verdad. Así, por efecto de observaciones tan superficiales como vulgares, se juzgó á la Edad Media con inesplicable incapacidad. Helvecio y Raynal no se dignaron examinar siquiera aquellas *tinieblas sin nombre*, aquella *estéril barbarie*. Montesquieu declara *idiotas* las leyes de los bárbaros, sin esceptuar las de los visigodos. Los literatos ingleses, que llenaron un tomo de su historia universal con los milagros de Mahoma, no hablan de Carlo Magno sino en sesenta y dos páginas (1). Tiraboschi no puede comprender que la invasion de los bárbaros, las divisiones de la Italia y el sistema feudal, hayan podido *tener la menor influencia sobre la literatura* (2). Botta no tiene á mano sino injurias cuando se refiere á la *desenfrenada y estúpida Edad Media*. Segun la opinion de Robertson, las cruzadas no fueron más que *un espléndido monumento de la locura humana* (3). Ocupado Voltaire en mofarse del género humano, en mostrarle siempre engañado y por consecuencia de esto en esplicar los hechos más importantes como efecto de las más pequeñas causas, dice que *no se debe conocer la historia de aquellos tiempos sino para despreciarla:* llegado que hubo al período que Montesquieu ha llamado *un momento único en la historia*, el feudalismo, no dice otra cosa sino que *se ha buscado muy lejos el orígen de este gobierno, y que no debe atribuírsele otro sino la antigua costumbre de todas las naciones de imponer al más débil un homenaje y un tributo* (4). Deslízase en la gran cuestion de la investidura, que tanto importaba á la independencia de la Iglesia y á la de las conciencias, diciendo: *Combatian por una ceremonia insignificante* (5). ¿Pero cómo no notaba que era una lucha de la opinion contra la fuerza, de la libertad contra los opresores, cuando él mismo habia dicho en otra parte que *en la Edad Media el papado era la opinion?* Es que, por el derecho de la libertad de exámen, aquellos filósofos se creian dispensados de examinar y negaban el título de libre pensador á los que querian instruirse antes de juzgar.

Ideas mezquinas á las cuales los pedantes adoradores de lo pasado juran aun fe, sobre todo entre los italianos, ya sea por veneracion á sus antepasados, más grandes que virtuosos, y cuyas maldades pesan sobre la negligente posteridad y pesarán hasta que se hayan cumplido el justo juicio y la preparacion que Dios hace en el abismo de su consejo, ya porque en aquel país existen aun ciertas instituciones que fueron abusos, pero que se complacen en creer inherentes al poder que prevaleció en aquellas épocas.

Y precisamente los sentimientos religiosos han servido de estorbo para apreciar con justicia á la Edad Media. Era una época de creencia y de grande unidad, que no podria comprender aquel que no conociese cuan identificada estuvo entonces la sociedad con el pueblo y con la Iglesia. Esta, obstáculo en un principio para los gobiernos

(1) Lib. LXV, de la edicion de Paris, págs. 24-86.
(2) *Historia de la literatura italiana*, lib. II, cap. 1.
(3) *History of the reing of Charles the fifth.*
(4) *Ensayo sobre las costumbres*, cap. 33.
(5) Id., cap. 46.

bárbaros, se unió después á la sociedad feudal para modificarla y corregirla, esparciendo su aliento vivificador en aquel informe caos, levantando el grosero instinto de un conjunto desordenado hasta la sublime personalidad de una asociacion razonable y benévola. Cambiaron los tiempos; lo que entonces era oportuno é iniciador pudo hacerse lo contrario; pero, combatiéndolo, se echó en olvido el saber distinguir las épocas y los hombres.

Habíase empezado ya á despreciar á la Edad Media, cuando los estudios clásicos renacieron en Europa; entonces el entusiasmo de un descubrimiento, y la admiracion de formas tan superiores á todo lo que se tenia á la vista, hicieron revivir, respecto de los autores resucitados, una idolatria que alcanzaba á su patria y á sus instituciones. Un tropel de retóricos, arrojados de la conquistada Grecia, se esparció en los paises occidentales para predicar en ellos la sola cosa de que tenian conocimiento, el culto de la antigüedad, convirtiendo los ánimos hasta el punto de descuidar y vilipendiar todo lo que no emanaba de ella.

Para robustecer el desprecio de la Edad Media, sobrevino la Reforma en el momento en que los estudios no comprendian á la antigüedad en su conjunto, para considerar á cada cosa en su verdadero punto de vista y en sus relaciones con la historia del mundo. Además de que la atencion no se fijaba sino en los griegos y romanos, el odio hácia las instituciones católicas impedia que se conociese su oportunidad. De este modo Gregorio VII, Alejandro III, Inocencio III y Gregorio IX parecieron solo fanáticos ó impostores, ocupados únicamente en aprovecharse de la ignorancia y de la supersticion, y se llamó ignorancia y supersticion á todas las obras, á todas las instituciones de la Edad Media.

Apareció después la filosofia del siglo pasado, cuyo objeto era destruir las gerarquias civil y religiosa, como opuestas á esta igualdad social, á que una época más avanzada tiene derecho de aspirar. Ambas gerarquias habian debido su nacimiento y su consolidacion á la Edad Media; de suerte que se miró como un arte de independencia el despreciar y combatir á ésta, y se juzgó libre pensador á todo el que se mostraba enemigo, no solo del catolicismo, sino tambien del cristianismo.

La libertad, como acontece comunmente, era alentada por la tirania, queriendo los príncipes verse libres del freno que les habia impuesto la autoridad eclesiástica á falta de otro. Para destruir esta autoridad, de la que ya no existia sino una sombra, se la atacó en el momento en que servia de único y eficaz contrapeso al poder de los señores que insultaban la debilidad del pobre pueblo y las luces del clero. Insignes escritores católicos, desconociendo y calumniando el ministerio de los papas en sus relaciones con su siglo y en sus luchas con el poder temporal, hicieron aun más difícil la inteligencia de los tiempos en que dominaba la autoridad pontificia.

Contribuyó á aumentar la confusion el hábito de juzgar las cosas pasadas por el espectáculo que presentan las actuales. Es harto difícil al hombre desembarazarse del círculo que le trazan sus costumbres; y si una ingeniosa mentira llega á persuadirle que se han visto habitantes en la luna, al momento los acomoda á su modelo, y les atribuye nuestras artes y usos. ¿Cómo, pues, unos siglos cuyo carácter es la mediania, la nivelacion, han de formar juicios acertados acerca de épocas y de hombres extraordinarios? ¿Por ventura el que atienda solamente á la elegancia y urbanidad de las costumbres, á los refinamientos del lujo y al bienestar de la vida, puede encontrar en la Edad Media otra cosa más que depravacion é infortunio? Y verdaderamente, si la gloria y la prosperidad de un siglo se midiesen por el número de los instrumentos que existen para perfeccionar y hermosear la vida, ¿cuál aventajaria al nuestro, enriquecido como se halla con la herencia de todos los precedentes? Pero la gloria consiste en la manera de emplear tales medios y en el objeto á que se dirigen: admírese cuanto se quiera nuestra época; pero enumérese entre sus mayores ventajas, la de poder apreciar mejor y con más justicia el mérito de las pasadas edades.

Preocupados los ánimos, como lo estaban en el siglo pasado, de la organizacion monárquica, no podian comprender la autoridad fraccionada entre los feudatarios y las municipalidades, contrabalanceada por un poder inerme y por los innumerables privilegios de las corporaciones y de los individuos. Así como un decrépito anciano se apiada del niño vivo é inquieto, que por satisfacer la necesidad de movimiento y de accion, emplea en correr y saltar la superabundancia de sus fuerzas; del mismo modo una generacion para la cual la suprema felicidad es el no hacer nada, el conservar el órden, y por órden se entiende lo que no hace ruido, que impide tener miedo, que no turba ni á la virtud ni al vicio, ni al oprimido ni al opresor, tal generacion, decimos, no puede menos de deplorar sumamente las tempestades del progreso y de la libertad, los debates en el consejo, los tumultos en las plazas, las batallas en los campos, en las escuelas y en las iglesias. Pero no, la agitacion no es la desgracia; el movimiento es la vida, y la inercia la muerte; y en los tiempos en que nada parece imposible al que cree y quiere con voluntad firme, hasta las ambiciones redundan frecuentemente en provecho social. En esta época todo se ensayó, porque todo era desconocido: yendo en pos de un estado mejor de que no se tenia conocimiento, se hicieron numerosos esperimentos, se creó, se inventó, se buscó algun órden en medio de la disolucion general.

No se obraba así por motivos razonados ni por cálculos de interés, sino por inspiracion y movimiento espontáneo: existia la vida pública en el sentimiento. En el dia todo se ha escluido para dejar reinar á la opinion, ya mandada, ya imitado-

ra. En lugar de un egoismo reflexivo, una generosidad general impelia á los ciudadanos de comun acuerdo á echar los cimientos de las catedrales, cuya bóveda apenas podrian poner sus nietos. Impelido por el amor del prójimo, corria el caballero á esponer su vida para proteger la inocencia ó el honor de personas desconocidas; y toda Europa se precipitaba sobre el Asia, no por órden de un rey, sino espontáneamente, para verter su sangre y con ella economizar la de generaciones enteras.

No cabe penetrar en tiempos semejantes sin despojarse completamente de los hábitos de nuestro siglo, sumido todo entre libros, metales, guarismos, alambiques, y cadáveres. Jamás podrá comprender un órden de cosas, que lo dejaba todo á las fuerzas particulares, el partidario de las instituciones modernas, que dan su direccion á cada movimiento, y hacen propender las fuerzas de cada cual á un solo punto: ya son príncipes que quieren cambiar su feudal primacia en dominio, y reemplazar la gerarquia de las tierras con la gerarquia de las personas; ya barones que aspiran á incorporar en su feudo el del vecino; ya municipios ó concejos que reclaman franquicias; mercaderes que especulan con nuevas industrias; caballeros que van en busca de aventuras; sacerdotes deseosos de adelantar en la gerarquia; teólogos que fuerzan á Aristóteles á apoyar la doctrina de Cristo; misioneros en fin, que llevan á los bárbaros la fe y la civilizacion. En los torneos se combate con las armas, con los sofismas helénicos en las escuelas. Párase el fraile descalzo á la puerta del baron para predicar contra la corrupcion y contra el lujo, y es alternativamente recompensado á palos ó con limosnas: preséntase tambien allí el alegre trovador, y danzando con las plumas de pavon flotantes en su birrete de color carmesí, cantando á las hermosas y á los valientes sátiras ó alabanzas, obtiene las liberalidades del señor y el amor de las damas.

Así, pues, la ignorancia que se tenia respecto de aquella época por la escasez de noticias ó por neglicencia en examinar las que existian, la acritud contra el poder espiritual que constituia su vida, y la satisfaccion vanidosa de la superioridad de los tiempos modernos, todo propendia á hacer creer que una violenta opresion fué el único carácter de la vida civil y religiosa de la Edad Media, en que solo la arbitrariedad podia haber reinado. Hé aquí la razon porque al paso que habia multitud de escritores para la historia antigua, habia poquísimos que se ocuparan en la historia de los siglos intermedios, y aun estos solo hacian allí alto con la precipitacion del fastidio. Las historias universales pasaban por ella de corrida; además de que titulándose historias universales las que por lo general no eran sino meras colecciones de historias particulares, debian resultar defectuosas al querer pintar una edad que no se comprende si el golpe de vista filosófico no abraza y unifica todo cuanto interesa á la humanidad.

Ninguna época fué tan descrita como la Edad Media con ayuda de lugares comunes. Deplóranse las tinieblas que se aglomeran sobre el mundo: son derribados los arcos de triunfo y los templos, el cetro del mundo se escapa de las manos de la reina del Tíber, asustan á las Musas los ahullidos de los bárbaros, las cimitarras de los vencedores y la cobardia de los vencidos: hé aquí las frases que poetas y prosistas se disputaron á competencia, y que se presentan á la pluma cuando carece la mente de pensamientos, y que prestan tan buen servicio á los que no necesitan comprender; agréguense á estas algunas espresiones vagas, por ejemplo: *En aquella época; en la Edad Media*; *en los siglos de tinieblas*, como si el estado de la sociedad hubiera continuado sin cambiar en nada desde Augústulo hasta Rodolfo de Habsburgo, cuando al revés, se sucedieron con gran frecuencia las revoluciones, ó mejor dicho, no hubo más que una revolucion no interrumpida. Tambien desfiguraron mucho la fisonomia de las narraciones ciertas fórmulas abstractas de nuestro tiempo que carecian de significado en la Edad Media, ó tenian uno diferente; *las prerogativas de la corona, los derechos de sucesion, la legítima herencia del trono*, espresiones heterogéneas, pertenecientes á otros tiempos y á condiciones civiles muy diversas.

Si se añade á esto la pretendida gravedad histórica, que, desechando los detalles siempre que tuvieran algo de plebeyos, obligaba á esponerlo todo en magistral estilo, fastuosamente inhábil para representar una sociedad de elementos tan variados; por poco que se agregue del mismo modo una alusion sobre las supersticiones de los frailes, algunos sarcasmos contra el clero libertino y belicoso, alguna invectiva contra los ambiciosos pontífices que no permitian á los reyes proceder en todo á su albedrio, tendreis formada una de las historias usuales de la Edad Media.

A fin de que el cuadro alcance sus justas dimensiones y el efecto apetecido, conviene que hasta el año 1000 vaya gradualmente anublándose todo. Entonces y nada más que entonces debe comenzar á apuntar la luz lentamente. Es de necesidad que la bárbara patria de Dante y de Petrarca torne al gusto de las letras, movida por aquellos pobres pedantes que huyen de las impotentes escuelas de Constantinopla. Nadie debe haber tocado un pincel hasta Cimabué, ni merecido el menor recuerdo como autor de los primeros ensayos, hasta que la proteccion de algun príncipe favorece el vuelo de la pintura y crea á Miguel Angel y á Rafael: deben haber perdido los italianos toda memoria de las leyes á que antiguamente se sujetaron, hasta que en el saqueo de una ciudad se encuentran las *Pandectas*, que enseguida son enseñadas en las cátedras, aplicadas á la sociedad, y reveladas á todo el mundo. Aun mas, no debe haberse escrito y hablado en aquella época sino una gerigonza sin reglas, con el objeto de que, lanzándose como Minerva armada del cerebro de Júpiter, surgiera la

lengua vulgar, vírgen admirable, para describir todo el universo.

No faltaron sin embargo espíritus ilustrados para aplicar una doctrina séria á la historia de la Edad Media. Y nosotros los italianos, que después nos hemos dejado adelantar por los demás, nosotros motejados de idolatria clásica, hemos sido los primeros, ó del número de los primeros, en volver á dar á luz los documentos de aquel tiempo y en hacer buen uso de ellos (6). Redactó el cardenal Baronio con gran inteligencia y un valor á toda prueba los *Anales de la Iglesia* que entonces eran los del mundo, y aprovechó los documentos del Vaticano: publicó además muchos de aquellos documentos con profunda erudicion, saber enciclopédico y tal método, claridad y precision que se ha reconocido hasta por sus adversarios. Por eso el protestante Escaligero le admiró y Fleury se sirvió de él continuamente, aunque para deducir consecuencias muy distintas. Señalados fueron por los críticos católicos Pagi y Manso, antes que por ningun otro, los errores que cometiera.

Continuóle con menos juicio y más credulidad Orderico Raynaldi para tiempos menos ignorantes y que más abundaban en pruebas históricas. Esta es la causa por la cual la obra de aquellos dos escritores, ha formado el más rico repertorio y la mejor historia de la Edad Media.

Es necesario descender después de ellos hasta Muratori. Consagró, dice Manzoni, largas vigilias, y nada materiales por cierto, á recoger y pasar por el crisol de la crítica las noticias sobre esta época. Esplorador infatigable, juez circunspecto, editor liberalísimo de memorias de todas clases; analista siempre diligente, venturoso con frecuencia en reconocer los hechos, en desechar las fábulas más acreditadas en su tiempo y en indicar las causas próximas y especiales de los acontecimientos; colector atento de los pasajes esparcidos en los documentos de la Edad Media y propios para dar una idea de las costumbres y de las instituciones á la sazon vigentes, resolvió y presentó tantas cuestiones, segregó en tanto número las inútiles y ociosas, y allanó el camino á tantas otras nuevas, que se encuentra y debe encontrarse de contínuo su nombre del mismo modo que sus descubrimientos en los escritos posteriores que tratan de la época á que aludimos.

Sin embargo en sus *Antigüedades de la Edad Media* (7) desmenuzó lo que no podia tener ningun

---

(6) Los materiales históricos de aquella época son tan abundantes como confusos, y en su mayor parte estan sin esplorar. Pueden encontrarse indicados en:

HANKIUS.—*De byzantinarum rerum scriptoribus*. Leipzig, 1677.—*De scriptorum Poloniæ et Prusiæ historicorum virtutibus et vitiis*. Colonia, 1723.

LE LONG.—*Biblioteca histórica de Francia, aumentada por Ferrette de Fontelle*. Paris, 1768.

W. NICHOLSON.—*The english, scotish and irish historical library*. Londres, 1776.

J. A. FABRICIUS, *Bibliotheca latina mediæ et infimæ latinitatis. Opus recensum studio J. D. Mansi*. Padua, 1754.

M. FREHERUS.—*Directorium historicorum medii potissimun ævi, recognovit et censuit. G. C. Hambergerus*. Gotinga, 1772.

N. ANT. HISPALENSIS.—*Bibliotheca hispana vetus et nova curante F. B. Bagesio*. Madrid, 1783.

NELIS.—*Rerum belgicarum prodromus, sive de historia belgica, ejusque scriptoribus præcepuis commentatio*. Amberes, 1790.

C. W. WARMHOLZ.—*Bibliotheca historica suevo gothica*. Estokolmo y Upsal, 1782-1803.

B. G. STRUVIUS.—*Bibliotheca historica, aucta a C. G. Budero y J. G. Meuselio*. Leipzig, 1782-1802.

J. G. BUHLE.—*Versuch einer kritischen Litteratur des russischen Gesch*. Moscou, 1810.

C. F. DE SCHNURRER.—*Bibliotheca arabica*. Halle, 1811.

G. L. BADEN.—*Dansk norsk historik bibliotek*. Odensea, 1815.

F. V. RAUMER.—*Handbuch merkwürdiger Stellen aus den lateinischen Schrifstellern des mittealters*. Breslau, 1813.

DAHLMANN.—*Quellenkunde der Deutshen Gesch*. Gotinga, 1830.

ULYSSE CHEVALIER.—*Repertorio de las fuentes históricas de la Edad Media*. Paris, 1877.

POTTHAST.—*Bibliotheca historica medii ævi: Wegweiser durch die Geschichtswerk des Europaischen mittelalters von 375-1500*. Berlin, 1862.

WATTEMBACCH, *Deutschlands Geschichtsquellen im Mittelalter big zur Mitte des XIII Jarh*, 2 tomos. El primero va con la 5.ª edicion (1885).

Para facilitar el estudio de los monumentos:

MABILLON.—*De re diplomatica*. Paris, 1681.

C. DU FRESNE DU CANGE.—*Glossarium ad scriptores mediæ et infimis græcitatis*. Leida, 1688.—*Glosarium ad script. mediæ et infimæ latinitatis*. Basilea, 1678.

CARPENTIER.—*Glossarium novum ad scriptores medii ævi, sive supplementum ad Cangi Glossiarum*. Paris, 1766.

J. G. ADELUNG.—*Glossarium manuale ad scriptores mediæ et infimæ latinitatis*. Halle, 1772-1783.

ALTHAUS.—*Calendarium medii ævi, præcipue germanici*. Leipzig, 1729.—*Chronicon gottvicense, Prodromus, sive de codicibus antiquis mss., et de imperatorum et regun germanorum diplomatibus*. Jegersee, 1732.

LACOMBE.—*Diccionario del antiguo idioma francés* (desdeel siglo IX hasta el XV). Paris, 1766, y con el suplemento de 1767.

J. IHRE.—*Glossarium sviogothicum*. Upsal, 1769.

E. LYE Y MANNING.—*Dict. saxonico y gothico-latinum*. Lóndres, 1772.

SCHERZIUS.—*Gloss. germ. medii ævi, cura J. J. Oberlini*. Argentorati, 1781.

MAFFEI ESCIPIONO.—*Historia diplomática*. Verona, 1727.

A. PILGRAM.—*Calendarium chronologium medii potissimun ævi monumentis accommodatum*. Viena, 1781.

G. F. ROESLER.—*De annalium medii ævi varia conditione*. Tubinga, 1788. *De arte critica in annales medii ævi diligentius exercenda*. Id., 1789; *De annalium medii ævi interpretatione*. Id., 1793.

BIOERN HAMDORSON.—*Lex islandico-latino-danicum*. Copenhague, 1814.

DOM CLEMENT.—*Arte de comprobar las fechas de hechos históricos*, (nueva edicion de Saint-Allais). Paris.

(7) *Rerum italicarum scriptores ab a. D.* 500 *ad* 1500 *quorum potissima pars nunc primun in lucem prodit*, 28

significado sino por medio de la unidad y de la armonia. En sus *Anales*, aun prescindiendo de la vulgaridad de la esposicion (8) clasificó los acontecimientos año por año, interrumpiéndolos y volviendo á tratar de ellos sin ninguna idea grande y haciendo casi imposible formar un pensamiento general de su conjunto. Además, por haberse limitado á la historia italiana, se privó de sacar de las extranjeras algunas noticias que le hubieran ilustrado; de donde resulta que sus aplicaciones no fueron siempre exactas, y que á veces vió las cosas de una manera demasiado estrecha. Pero su juicio recto suple á menudo por la erudicion que le falta, de modo que aparece más bien escaso de conocimientos que falaz.

Colocamos á su lado á Escipion Maffei, quien, partiendo de los intereses municipales á altas consideraciones generales, supo arrostrar en su *Historia de Verona* las preocupaciones de su tiempo y decir cosas, ya que no nuevas, á lo menos poco conocidas, sobre el número de los pueblos invasores, sobre la índole de sus gobiernos y sobre el orígen de las lenguas vulgares.

Fuera de Italia, la erudicion tan inmensa como exacta de Du Cange, espuesta como se halla bajo la forma de diccionario, puede servir á los doctos, aunque con poco provecho del mayor número. En general los que acometieron la empresa de esclarecer una parte ó la totalidad de la Edad Media, como Tillemont, Ameilhon, Le Beau, Pagi, Eckhel, Bouquet, se vieron abrumados bajo aquella mole de cosas. Atentos á sacar los hechos de la oscuridad descuidaron las ideas.

¿Lograron mejor éxito los que se aplicaron á la investigacion de las ideas?

El odio y no el amor impulsó á meditar sobre la Edad Media á los que se proclamaban á sí propios escritores filosóficos en el siglo pasado. Habíales trazado la senda Maquiavelo, quien se les anticipó en el tiempo, así como les dejó muy atrás en el poder de la inteligencia. En su introduccion á las *Historias florentinas*, se elevó sobre los detalles de los hechos para buscar generalidades y pintó ó á los menos bosquejó un célebre cuadro de la Edad Media. Pero fuerza es confesarlo, con permiso de sus admiradores y de la complacencia patria, su vista se desvanece en aquel caos, en que no consigue establecer órden ninguno: faltándole hasta la necesaria erudicion, y le preocupa la política de tal modo que, viviendo en la ciudad más civilizada de los tiempos intermedios, no dice una sola palabra de las letras y de las bellas artes. Solo nombra á Dante para referir como dió á la *señoría* el consejo de armar al pueblo contra los Negros; de tal manera separa la vida del pensamiento de la del Estado. Totalmente pagano bajo este aspecto, animado por el deseo de toda alma generosa, la independencia de Italia, quiere llegar á ella por cualesquiera medios, aun cuando sean inmorales, tales como aquellos de que se sirvieron los extranjeros para avasallarla: no conoce más que la sociedad civil antigua sin tener idea de la que se le asocia entre los modernos, y que sirve de fundamentos á las leyes y al derecho.

Guillermo Robertson le tomó por modelo en la *Introduccion á la vida de Cárlos Quinto*. Más rico de materiales, comprendiendo como las demás ciencias deben venir en auxilio de la historia, ensanchó su cuadro; pero demasiado idólatra tambien de la forma, segun los hábitos de la escuela, llegó á sacrificarla el fondo. Todo lo que en aquellos siglos robustos se presentaba á sus ojos como enérgico y característico, hizo que se ajustara por fuerza á aquel lecho de Procusto que se habia construido. Este error disminuye, aunque no alcanza á quitarle el mérito de haber reunido en grandes masas sucesos esparcidos, y de haber señalado los que más contribuyeron á cambiar la faz del mundo. Es verdad, que su espíritu sistemático le arrastraba á generalizarlos demasiado, á omitir ciertos pormenores que comunican animacion á los contornos, y esplican á veces los grandes acontecimientos: amante más que de nada de las libertades de que su pais disfruta, censura los tiempos en que no estaba aun terminado el edificio social, sin reflexionar que cabalmente fué entonces cuando se echaron sus cimientos y se preparó su grandeza.

Redunda en honor de Montesquieu el relevante mérito de haber indicado los vínculos que existen entre la legislacion y la historia; esclareciendo esta con aquella, y haber fijado la atencion en lo que contribuye, más que la prudencia política y el nombre y la bondad personal de los príncipes, á la ventura ó desgracia de los pueblos, por rozarse con sus intereses más preciosos é inmediatos. Pero no observa al hombre sino bajo el aspecto de las instituciones políticas: además, muchas cosas se ignoraban en su tiempo, ateniéndose en otro gran número de ellas, á las relaciones de los viajeros que primero le vinieron á la mano, sin examinar si sus juicios eran exactos y si habian dicho la verdad, ni aco-

---

tomos en folio. Milan, 1723-1751: *Antiquitates italicæ medii rvi*, 6 tomos en folio. Milan, 1738-1743: *Disertaciones sobre las antigüedades italianas*, 3 tomos en cuarto. Milan, 1751 (traduccion de la obra precedente, sin los documentos): *Anales de Italia*, 18 tomos en octavo. Milan, 1753-1756: *De las antigüedades estensas é italianas*, 2 tomos en fólio. Módena, 1717-1740.

(8) Sereno empezó á querer acortar la capa pluvial á Donato, 719. Pero era una gran confusion el tener que correr detrás de estos, 722. No sabian cómo digerir el tener por señor á un emperador impio, 728. Se volvió á Roma por miedo á la piel, 731. Se embrollaron no poco en este año los asuntos de Italia, 740. Camina á carrera abierta el celoso gritar del papa, 770. Viendo el rey Cárlos que aquella ciudad era un hueso duro de roer, 773. Lo que manipularon de consuno el papa Juan y Boson, se ve por... 878. La armada veneciana le dió un dia una buena zurra, 1509. Los enfurecidos aldeanos no anduvieron lentos en hacer uso de las garras, *id.* Federico, en cuanto de él dependia, hubiera reducido al papa á llevar la capa pluvial de bombasí, 1239.

modarlas á la índole de cada tiempo y nacion. Los mismos sistemas que planteó, y los métodos que puso en uso, enseñaron á conocer sus flacos y sus errores. Establecieron teorías nuevas y trastornaron y corrigieron las doctrinas de Montesquieu así como las de Hume, Robertson y Giannone, con respecto á la legislacion alemana, Moser, Eichorn, Meyer, Grimm, etc.; con referencia á la legislacion francesa; Sismondi, Montlosier, Bernardi, etc., y á la italiana, Savigny, Leo, Troya, etc.

Hume, á quien acabamos de nombrar, en el principio de su historia de Inglaterra habla de la constitucion de la Edad Media, con una elegancia que degenera en monotonía. Para incensar á los enciclopedistas, dispensadores en aquella época de la celebridad y de la gloria, usa con demasiada frecuencia del arma del sarcasmo y del desden. De esta manera se ahorra el trabajo de reflexionar. Muéstrase incrédulo en materia de generosidad, lo cual no le permite comprender la libertad sino bajo ciertas formas. Dotado de razon y no de imaginacion, escéptico en historia y filosofía, é independientemente de su parcialidad tan evidente como lamentable, se equivoca completamente respecto á los tiempos anglo-sajones; cree formada y perfecta la constitucion inglesa desde el momento de su nacimiento, suprimiendo de esta suerte el interesante espectáculo de un pueblo que va adquiriendo sus franquicias por grados. ¿Qué socorro puede, pues, prestar para poder apreciar las instituciones de los demás paises?

Escribe el napolitano Giannone bajo la influencia de una idea preestablecida, inclinándose á emancipar á sus reyes de la tutela pontifical, destrozando lo que ellos llamaban armas de la Iglesia, armas que habian sido por lo comun para los pueblos un escudo contra el poder absoluto; recopila como abogado que era, lo que sirve al fin que se propone, sin hacer ninguna diferencia entre diversas épocas. Era, pues, tan fácil refutarle, como fué vergonzoso é infame perseguirle.

No puedo dejar de notar con respecto á él y á los demás escritores que han tratado de la supremacía de la Santa Sede sobre los reyes, ¡cuán desfigurada se encuentra la historia, cuando se la circunscribe á los límites de un territorio! No se deja entonces conocer la influencia que han ejercido sobre un pais los acontecimientos de todo el mundo y se da cierto aire de intriga ó capricho á actos á los cuales fué impulsado un hombre ó un pueblo por las ideas y las necesidades de su tiempo. ¿Podemos nosotros esperar que alguno de aquellos errores será corregido por una constante atencion en seguir, como nosotros lo hacemos en este trabajo, cada acontecimiento en sus relaciones con toda su época y con todos los pueblos contemporáneos?

Hasta que llegue para nosotros la hora en que seamos juzgados sin pasion, prosigamos en el exámen de los escritores que nos han precedido. Hallam, en su *Ojeada sobre el estado de la Europa durante la Edad Media*, tiene el mérito de seguir en cada pais el desarrollo de las constituciones, más que las guerras y los trastornos; pero aunque, sobre todo de su pais, conozca los documentos y las leyes, las separa de las circunstancias que las hicieron nacer; jamás se dirige su mirada al pueblo: tampoco comprende bien la organizacion feudal en toda Europa, ni la de los municipios, que aparecen sin saber como, y se alteran sin que se conozca la causa (9); este es no obstante un efecto muy natural en todo el que olvidando los pueblos, no considera más que los gobiernos. Nunca profundiza el estado social, cuyas revoluciones determinan el cambio de las leyes. No para mientes en cuestiones de gran importancia; rico de una erudicion postiza, se contenta á menudo con aquellas generalidades que no exigen pruebas y no contrarian ninguna opinion; siempre hostil á la Iglesia católica, no comprende la unidad que esta daba al mundo europeo. No vé en los pontífices más que arrogancia y usurpaciones, como hubiera podido hacerse en el siglo pasado. Lo que tambien disminuye la confianza que se le pudiera conceder, es el no verle someter jamás los historiadores á la crítica; y que trabaja con libros de segunda mano juzgando inútil recurrir por sí mismo á las fuentes, *porque este estudio es menos provechoso para proporcionar la certidumbre de simples hechos que para conocer el carácter de los tiempos en que se han verificado; porque en fin, este estudio no podría ser el de un mero compilador* (10).

Con sentimiento de afecto como amigo, y de respeto como discípulo, nombro á Sismondi. Al describir nuestras repúblicas italianas y las vicisitudes de la Francia, esploró la Edad Media y contempló con deleite y cariño á los antecesores de los presentes italianos, encontrando virtudes patrióticas y republicanas donde menos se hubiera esperado. Creyó no obstante que bastaba abrir la historia de aquellas repúblicas en los tiempos de Oton el Grande, y consideró como una concesion soberana, ó una conquista repentina, las franquicias que, procediendo de una série de antecedentes sucesos, eran el fruto de largos padecimientos, de resistencias minuciosas y de tradiciones no interrumpidas en un pueblo que todo lo habia perdido escepto los recuerdos. Impidiéronle además las antipatías religiosas reconocer la gran armonía producida en Europa por la unidad católica; algunas veces le hacen tambien separarse de aque-

(9) «Aficionados por lo general los bárbaros á las antiguas costumbres sin desear nada mejor, dejaban á los indígenas el goce tranquilo de sus instituciones civiles.»

«La única ciudad del Piamonte que en el siglo XIII mereció considerarse como Estado distinto, era Verceli, y aun en ésta parece que la soberanía temporal estuvo hasta cierto punto en manos del obispo.» «No se puede hablar de una manera exacta del gobierno de las repúblicas italianas en los siglos XII y XIII.»

(10) Nota 1 al capítulo primero.

lla imparcialidad que parece se tiene derecho á esperar en el relato de hechos consumados há largo tiempo.

La fama que sobrepuja á todas las demás es la de Eduardo Gibbon, historiador venerado por los de su escuela, respetado hasta por los disidentes, por su vasta erudicion, por su admirable sagacidad en descubrir nuevos manantiales para el arte de reunir los hechos é interpretar las intenciones; en fin, por un brio en el modo de esponer que convierte la erudicion en originalidad y la reminiscencia en sentimiento. ¿Qué libro debe, pues, agradar más á los lectores, dotados de la cómoda costumbre de ser siempre de la opinion del autor? Pero todo hombre que sabe reflexionar encontrará en él una diatriba contínua, inspirada simultáneamente por las preocupaciones del judio, del hereje, del filósofo, y dominada por dos sentimientos: admiracion hácia la grandeza romana y ódio encarnizado á toda clase de religion. Como he tenido varias veces que espresarme respecto de él con una franqueza que á las personas tímidas del siglo actual podria parecer menosprecio ó el cobarde despecho del que odia cualidades que no posee, me considero obligado á declarar los grandes favores que le debo, en atencion al estudio que dediqué desde jóven á su obra y á haber aprendido especialmente en ella el arte tan poco practicado de beber la historia en las más variadas fuentes, único medio de presentar bajo un aspecto nuevo los más rebatidos hechos.

¿Debia la gratitud hacer callar la voz de la justicia? ¿Deberia sofocar en mí la voz del deber que me inducia á poner en guardia á la juventud de mi tiempo contra un escritor de los más peligrosos? En este cúmulo de acontecimientos, de límites tan estensos, en que fué verdaderamente el primero que abrazó con la vista todas las naciones, en lugar de buscar lo que interesaba al bien de la humanidad, se burla de aquellos padecimientos; no presta atencion á las simpatias del pueblo; no conoce ó no quiere confesar la corrupcion de la sociedad que perecia, ni la virtud de la que acababa de ocupar su puesto. Cuando refiere los errores de los prelados de la Edad Media, no se olvida de recordarles con aspereza la disciplina de los primeros siglos; pero si observais como ha descrito el cristianismo en su cuna, vereis que no ha encontrado en la doctrina nueva más que bajeza, ignorancia ó crímen. Entonces se indigna uno de su mala fé, y aun más, cuando abiertamente hace á Sócrates superior á Jesucristo, y la doctrina de Epicteto ó el Coran al Evangelio. Mezquino en sus juicios acerca de las cosas más elevadas; siempre estudiadamente frio como un rayo de luna que, cayendo sobre la naturaleza adormecida, le imprime su palidez; obstinándose en apartarse siempre de la opinion comun, quiere por medio del racionalismo estinguir toda admiracion que tenga por objeto á San Atanasio ó á Escanderbeg, á los mártires de Cristo ó á los republicanos de Italia. Si á veces se entusiasma, vuelve de nuevo á ridiculizar el asunto por temor de separarse un punto de la aridez que se habia propuesto como fin, y tiene un verdadero placer en las analogias burlescas ó innobles para fulminar sus epígramas indecentes. Así como en Bayle, encuentra siempre en él en que cebarse la malignidad, y la lealtad y el pudor motivo para estremecerse (11).

He aquí lo que son los historiadores en quienes por lo comun se bebe el conocimiento y el desprecio de la Edad Media. Yo tambien he leido estos libros con toda el ánsia y atractivo que arrastra á la juventud hácia el fruto prohibido, siendo así mismo á mi vez deslumbrado, como acontece en la edad que oye y cree: pero, llegado que hube á la edad en que se compara y se escoge, percibí el orgullo que se oculta en este modo de contar entre los bárbaros á Carlomagno, Gerberto, Godofredo de Bouillon, Luis IX, Felipe Augusto, Fernando de Castilla, Alfredo, Canuto, Juana de Arco, Tomás de Aquino, Alberto el Grande y Dante. Me costó trabajo decidirme á calificar de toscos á las edades en que se edificaron Westminster, Nuestra Señora de París, las maravillas de Granada y de Toledo, las catedrales de Reims, de Amiens, de Autun, de Ruan, de Colonia, y tantas otras caprichosas creaciones de un estilo original, que solo la pedanteria puede llamar bárbaro. No podia creer en la ignorancia de los siglos en que fueron inventados los relojes, los molinos de viento, el papel de trapo, las señales de la táctica naval, el empedrado y el alumbrado de las calles, la pintura al óleo, los hospicios para los ancianos y para los niños; en el que fueron anunciados por un monge los antípodas, y por otro los globos aereostáticos y el vapor (12): no podia condenar una época que introdujo tantas comodidades en los hábitos de la vida: las chimeneas, el café, el azúcar, los manteles; el asador de rueda, los espejos de cristal; que emancipó la propiedad, y por su fraccionamiento, preparó á la igualdad y á la justicia; que hizo florecer de nuevo la riqueza manufacturera destruida desde el momento en que Roma habia vencido á Cartago, y que tambien la multiplicó por las letras de cambio; resolvió los problemas más difíciles de mecánica; que dió á la química el alumbre, la sal amo-

---

(11) Os dirá que los principales acontecimientos de este mundo dependen del carácter de un solo autor (LXV, tomo XII, pág. 397. edic. de Guizot). En otra parte: «A la religion de Gengis-Kan es á la que tributamos principalmente nuestros elogios y nuestra admiracion. Murió lleno de años y de gloria» LXIV.

Ruego al lector que reflexione sobre este pasaje: «Se halla una singular conformidad entre las leyes religiosas de Gengis-Kan y las de Loke: en la constitucion de la Carolina, rara manera de alabar á un filósofo del siglo XVIII, comparándolo á un tártaro del XII, un filósofo que quizá se hubiese avergonzado de que se le comparare con Santo Tomás de Aquino.

(12) Virgilio y Rogerio Bacon.

niaca, el agua fuerte y varios álcalis; á los jardines europeos la mayor parte de las legumbres y de plantas útiles, como tambien las más brillantes flores; al lujo la seda, á los ginetes los estribos y la silla, á la observacion los vidrios de óptica, á la navegacion el compás; y que por último, aseguró todos los progresos con la pólvora y la imprenta.

Arrastrado por el amor patrio que siempre dictó mis escritos é inspiró mis actos, meditaba sobre los tiempos y lugares más gloriosos de Italia; y, al ver nuestra catedral de Milan, San Petronio de Bolonia, Santa Maria *del Fiore* de Florencia, el sacro convento de Asis, las catedrales de Siena y Orvieto, las maravillas acumuladas en Pisa, las capillas de Monreal y de Palermo, el puerto de Génova y toda Venecia; al contemplar todo esto con el piadoso respeto con que saluda uno el sepulcro de sus abuelos; al encontrar en cada ciudad una catedral, murallas, una casa de justicia, canales navegables y grandes acueductos, les preguntaba: *¿En qué tiempos habeis sido elevados?* Y todos me respondian: *En tiempo de las libertades municipales.* Compadecido entonces de su soledad, me deleitaba en evocar á aquellos pontífices que intimaban á los príncipes de lejanos territorios que reinasen con justicia ó descendiesen del trono; á aquellos cónsules que trataban de igual á igual con los reyes de Francia y los emperadores de Alemania; á aquellos misioneros que eran los primeros en acudir á visitar la China, seguian las ciudades errantes del tártaro, é introducian la civilizacion entre los salvajes; aquellos ciudadanos que salvaron tantos obstáculos y prepararon la solucion de los más importantes problemas sociales.

En los desiertos arsenales de nuestras ciudades marítimas, allí donde en el dia no se ven sino un pequeño número de barcos de pesca, yo me figuraba los centenares de bajeles que salian á fundar colonias en Caffa y en el Tanais, en Trípoli y en el Báltico; reconocia á aquellos atrevidos navegantes dictando en todas partes códigos marítimos; dando al mundo el ejemplo de actividad comercial y de la adquisicion de las riquezas por otros medios que la rapacidad romana. Veia á los embajadores de las más grandes potencias implorar en San Marcos los socorros del leon veneciano, regocijarse hasta derramar lágrimas porque un dux se colocaba á la cabeza de la Europa para rechazar el Asia. Contemplaba á millones de peregrinos que acudian de los cuatro puntos cardinales á los umbrales de los Apóstoles, para admirar con devocion y curiosidad los poderosos móviles de una civilizacion enteramente nueva, que van á trasladar con tanto éxito á su pais. Me representaba en Póntida á aquel puñado de valientes alargando una mano á sus hermanos; apoyando la otra en el pomo de sus espadas, y enseñando la libertad y el único medio de adquirirla, [illegible] dia. Observaba á los pueblos y á los príncipes dirigiendo sus miradas hácia Roma; pidiéndole consejos para las leyes, apoyo contra la opresion; temiendo sus armas no ensangrentadas; invocando en nombre de la razon y de la justicia á los oráculos de un senado de anfictiones elegidos libremente en todas las filas del pueblo, en todas las naciones.

Por lo que respecta á mí como italiano, remontaba mi pensamiento á estas cosas y aun á otras muchas, no teniendo ánimo para mofarme de estos siglos, para blasfemar de todo lo que nos pertenecia, para desconocer la influencia que la imaginacion entregada á sí misma ejerce sobre la vida de los hombres y de la sociedad. Y cuando yo reflexionaba que nuestros padres guiados por una esperiencia ya madura, pedian garantias por las cuales nosotros suspiramos aun, mientras que otros pueblos se enorgullecen con poseerlas, conocia que el sentido político no ha nacido ayer, y que no es necesario buscar lecciones en la historia de nuestros municipios, en lugar de procurar desmentir, á fuerza de cálculos y desprecios, los hechos y la fé, las grandezas de lo pasado, y las esperanzas del porvenir, para llegar á convertir al hombre en un ser momentáneo que pesa, mide, se burla, sentencia y destruye.

Este estudio fué el que me hizo sospechar lo peligroso que es para la verdad el separar las dos principales fuerzas del espíritu humano que son la razon y los hechos, la lógica y la historia; y á hacerme pensar en que, sustituyendo á los testimonios las inducciones y los razonamientos, aún los talentos más elevados han podido engañarse. ¿Qué acontecerá, pues, cuando la pasion ciegue hasta el estremo de no dejar ver los contrastes ó de impedir apreciar el mérito de una obra, de una institucion, solamente por odio á los tiempos y á las personas? Parecíame estraño, en efecto, que los gobiernos eclesiásticos de la Edad Media fuesen reprobados por aquellos mismos que reconocian su eficacia, que los obispos, jefes del ejército, fuesen vituperados por los que clamaban contra las exenciones del servicio militar concedidas á los sacerdotes; que el uso del latin fuera condenado por los que deliraban por una lengua universal; que las espiaciones canónicas fueran denigradas por aquellos que hacian votos y ensayos por la introduccion de las casas de correccion y del sistema penitenciario; que el celibato voluntario de algunos austeros monges lo condenasen aquellos que lo imponian á tantos millares de soldados; que escarnecieran las cruzadas los que reclutaban cruzados sin fé para los griegos; que calumniaran á la inquisicion, cual si aún fuera posible la calumnia respecto de ella, los que hacian pesar sobre nosotros instituciones equivalentes, sin tener siquiera la ilusion del fanatismo, ni la moralidad de la intencion, ni la escusa de la necesidad; que aborrecieran las cofradias religiosas, siendo así que las dos escuelas prácticas más poderosas de nuestra época no encontraban remedio para las llagas sociales sino en las asociaciones. Si favorece un papa la corrupcion, se saca de esto motivo para denigrar á la

Iglesia, como si ella fuera responsable de las culpas del hombre: si emplea contra esta gangrena el hierro y el fuego, se la acrimina por la violencia. Cuando la Iglesia no opone á los delitos sino la autoridad, se mofan de ella, calificándole de freno insuficiente, y si adopta las leyes imperiales sobre la inquisicion, la ultrajan como sanguinaria. Infinidad de supersticiones, de las que ninguna quizá tuvo entonces nacimiento, sino que fueron transmitidas por los antiguos ó trasladadas de otros paises, son imputadas á esta sociedad, que nos las da á conocer cabalmente por las asiduas protestas y los diferentes remedios que puso en planta para destruirlas.

No estando la justicia unida á los nombres, y debiendo hacerse la historia órgano de la verdad y no de las pasiones, tomé dos ó tres puntos de los más debatidos y de más bulto en la historia eclesiástica, y cambié los nombres como si se tratara de los jefes de una democracia, resistiéndose á los que hubieran querido sustituir la fuerza al derecho, el duelo á la discusion, el adulterio al matrimonio, la arbitrariedad á las leyes: y ví resaltar admirables rasgos de generosa oposicion. ¿Cómo podia, pues, un cambio de nombres convertir á los héroes en rebeldes, á los pensadores en intrigantes y á los mártires en obstinados? ¿Y quién nos enseñará la justicia sino la historia? Ella solo puede considerar las cuestiones relativas al género humano, como acontecimientos y no como asuntos de controversia, y mostrarse tanto más indulgente, cuanto que los motivos de sus fallos son más elevados.

Acorte, pues, la vista aquel á quien repugnen los inconvenientes inseparables del bien, y que no considera sino el lado trivial de las cosas grandes; niegue toda simpatia á la fe ingenua de aquellos siglos, que acababan apenas de despertar á la vida civil, el que se sienta dispuesto á admirar las paradojas sin conviccion y las fuerzas sin fanatismo de nuestros tiempos; pero la historia que conoce su mision, no se detiene como el insecto en una rosa; no recopila únicamente los actos de una familia ó de un siglo, sino que semejante á la luz se esparce sobre todos los objetos; resucita los sentimientos y las acciones, único medio de tener su verdadera significacion; observa el constante desarrollo del pensamiento en medio de la variedad de accidentes: y de esta manera es como en vez de despreciar y calumniar á nuestros padres, se aprovecha de sus faltas y de sus virtudes; no desdeña ningun siglo, sino que se complace en recojer la palabra divina que cada uno de ellos proclama á su tránsito, para esplicar el enigma del destino humano.

Muchos debieron ser guiados como yo por tales reflexiones á revisar las opiniones con que se ha alimentado á nuestra juventud por la pedanteria de las escuelas y por las biliosas sutilezas de una incredulidad sin elevacion, y á volver á estudiar la Edad Media, no con un desprecio irreflexivo, sino con séria meditacion; no con preocupaciones iracundas sino con una conciencia apacible.

A esto contribuyeron ciertas circunstancias esteriores. Durante dos siglos se habia divorciado la ciencia de la religion, y ésta habia debido ceder el gobierno de la sociedad á la razon pura, sin creencias obligatorias, y á la fuerza emancipada de toda represion superior. De aquí provino el escepticismo en la mente y el despotismo en la política. Una vez sofocadas las creencias, la estética, las instituciones, bajo la plaga de la heregia, de las argucias y de la administracion y de la burla, los pueblos no pudieron sufrir más, y sobrevino la revolucion, inmenso esfuerzo para recuperar las condiciones indispensables á la vida de la sociedad.

Conocia el pueblo la necesidad de un cambio, de una reconstruccion, si bien ignoraba los medios de realizarla. Aquellos que anhelaban, no satisfacer sus votos, sino guiarle á su capricho, le habian inspirado contra todo lo que subsistia, un sentimiento hostil, que se convirtió en furor muy en breve. Adelantóse la obra de la destruccion, y siendo todavia la obra de la regeneracion un misterio, testigo el hombre de tantas catástrofes, dudaba de la razon de Dios, á trueque de no dudar de la suya propia.

Renegóse de Dios, renegóse de su palabra, es decir, de los hechos. Ya no se comprendió como la historia y lo pasado están en la naturaleza de las cosas, y se echaron abajo violentamente feudos, clero, monarquia, aristocracia. Nada contrastaba más que aquellos movimientos repentinos con los adelantos lentos, si bien seguros, por los que la Edad Media redimió á la humanidad de los errores del paganismo y de la opresion de la barbarie. Saltando por encima de aquella edad de tinieblas, cuyas instituciones se combatian con la ciega rabia que se empleaba en destruir sus monumentos y sus sepulturas, se quiso enlazar la revolucion con los recuerdos clásicos, haciéndola griega y romana en sus formas, en sus sentimientos, erigiendo sobre los profanados altares la tiránica idolatria del Estado y de la gloria militar.

¿Y cuál fué el resultado? Los hombres y sus guias se hallaron lanzados fuera de la realidad, lejos de la historia y de todas las condiciones de lo posible. Habia sido derribado el árbol antes de que se pudieran recojer los frutos; un brevísimo y amargo desengaño vino á poner de manifiesto cuanto se habia desnaturalizado aquel grande é inevitable movimiento por ideas abstractas y por preocupaciones seniles.

No es este el momento de juzgar aquella revolucion; baste por ahora reflexionar que la historia, al paso que da lecciones, las recibe; y que los acontecimientos contemporáneos se las han suministrado grandes para adquirir más exacta inteligencia de lo pasado. De las dos tareas históricas que tienen que marchar siempre unidas, á saber: la investigacion y discusion de los hechos y su interpretacion, la primera via emprendida ya su marcha con felicidad, si bien mirando tan solo á la exactitud; faltaba el colorido, faltaba dar á los

sucesos el verdadero significado, el carácter, la vida. Habia consumado la revolucion su obra, demoliendo los vestigios de la Edad Media, que ya no estaban en relacion con la sociedad. Hé aquí la razon porque nuestro siglo, sin cólera, por estar exento de miedo sin ser servil ni adorador, puede registrar detenidamente esas ruinas y confesar su mérito. Con efecto, se aumentó el valor de lo que habia conseguido escaparse, de lo que denominamos el vandalismo revolucionario; y además de asegurarse su conservacion, se procuró unánimemente reunir, examinar, desenterrar; y como al principio habian hecho las congregaciones monásticas, en las cuales la erudicion de todos se aumentaba con las investigaciones individuales, así después la liberalidad de los príncipes, el estímulo de las academias, la generosa obstinacion de los sabios, ofrecieron y continúan ofreciendo á cada paso, una riquísima cosecha de conocimientos históricos relativos á la Edad Media (13).

Todavia, como es propio de la naturaleza humana, se llevaron las cosas al esceso. Atormentada nuestra época por el deseo de una originalidad, á que no podia llegar de ningun modo, tomó por tal las reminiscencias y los nuevos plagios, y así como antes no se tenia por bello más que lo que provenia de los griegos y de los latinos, demandamos inspiraciones líricas á la Edad Media. Hicímosla

---

(13) I. Colecciones generales sobre la historia de la Edad Media.

LABBE.—*Nova bibliotheca manuscriptorum.* Paris, 1657.

PEZII.—*Thesaurus noviss. anecdotorum.* Augsburgo, 1621, 7 tomos.

L. D' ACHERY y J. MABILLON.—*Acta SS. ordinis sancti Benedicti.* Paris, 1668-1701.

E. MARTENNE y U. DURAND.—*Thesaur. novus anecdotorum.* Paris, 1717. *Veterum scriptorum et monumentorum historicorum dogmat. et moral amplissima collectio.* Idem, 1724-33.

D' ACHERY.—*Veterum aliquot scriptorum specilegium, cura J. de la Barre.* Paris, 1723.

H. CANISSII.—*Lectiones antiquæ, curante Jac. Basnage.* Amberes, 1724.

J. P. LUDWIG.—*Reliquiæ manuscrip. omnis ævi diplom. ac monum. ined.* Francfort, 1720-41.

H. C. DE SENKENBERG.—*Selecta juris et historiæ.....* Idem, 1734-51.

STEPH. BALUZIUS.—*Miscellanea, seu Collectio veterum monumentorum, cura J. D. Mansi.* Luca, 1761.

H. J. G. ECHARD.—*Corpus historicorum medii ævi.* Leipzig, 1723.

Nuevo cuerpo diplomático, coleccion de todos los tratados desde el siglo VIII hasta nuestros dias. Se está publicando en Paris en la imprenta de Didot.

II. Colecciones concernientes á la Iglesia.

Acta Sanctorum a J. BOLLANDO, *aliisque membris societatis Jesu collecta et digesta.* Amberes, 1643-1794, 53 tomos que comprenden solo los santos hasta el dia 14 de octubre; actualmente los jesuitas continuan en Bruselas esta obra inmensa.

HARDOUIN, LABBE, MANSO, coleccion general de los concilios. Florencia y Venecia, 1752, 31 tom.

RICHARD.—*Análisis de los Concilios.* Paris, 1772, 5 t.

CAR. COCQUELINES.—*Bullarum amplissima collectio.* Roma, 1739-44, 28 tom.

CÆS BARONIUS.—*Annales ecclesiastici.* Luca, 1738-59, 38 tomos en folio, con las críticas y los suplementos de Pagi y la continuacion de Raynald. Para la crítica de los protestantes véanse Basnage y Casaubon.

EL. DUPIN.—*Bibliot., de los autores ecclesiásticos.* Se han agregado á ella los autores no católicos, y las críticas de Ricardo Simon. Paris, 1698, 61 tomos.

BUTLER.—*Vida de los santos.* Idem, 1836, 10 tomos.

III. Colecciones especiales relativas á Italia.

UGHELLI.—*Italia sacra.* Venecia, 1717-22.

Rerum italicarum scriptores varii. Francfort, 1600.

Scriptores rerum sicularum. Idem, 1579.

J. G. GRÆVIUS.—*Thesaurus antiq. et hist. Italicæ.* Leida, 1704.—*Thesaurus antiq. et hist. Siciliæ, Sardiniæ, Corsicæ, aliarumque insularum, cura P. Burmani.* Id. 1725.

Pueden considerarse como continuacion y suplemento al Muratori, ya citado, la *Coleccion de todos los famosos escritores de la Historia de Nápoles*, 1769; y la de las *Crónicas pertenecientes á la historia de dicha ciudad*, 1780; los *Italicæ historiæ scriptores* de ASSEMANI. Roma, 1751; TARTINI, *Rerum italicarum scriptores ex florentinæ bibliothecæ codicibus ab anno* M *ad* MDC. Florencia, 1748-70, 2 tomos; la *Collectio anecdotorum medii ævi ex archiviis pistoriensibus* de ZACARIAS. Turin, 1755; y las rarísimas *Ad scriptores rerum italicarum accessiones historiæ faventinæ* del MITTARELLI. Venecia, 1771, 2 tomos.

FANTUZZI.—*Mon. de Rávena, pertenecientes á los siglos medios.* Idem, 1801-4.

LUPI, *Cod. diplom. Ecclesiæ bergom.*

GIULINI.—*Memorias que pertenecen á la historia, al gobierno y á la descripcion de la ciudad y campo de Milan en los siglos medios.* Milan, 1760, 12 tomos.

FUMAGALLI.—*Antigüedades longobardo-milanesas*, 3 tomos.—*Código diplomático santambrosiano.* Milan, 1805.

CORNER, *Monumentos de la Iglesia veneciana*, 18 t.

MARGARINI.—*Bullarium casinense.* Venecia, 1650.

JUAN DE GIOVANNI, de Taormina.—*Codex diplom. Siciliæ.* Palermo, 1743.

ALFONSO AIROLDI, *Código diplomático de la Sicilia durante el gobierno de los árabes.*

ROSARIO GREGORIO.—*Rerum arabicarum quæ ad historiam Siciliæ spectant collectio.* Palermo, 1790.

GIORDANO, *Delectus scriptor, rerum neapolitanarum.*

G. CR. LUNIG.—*Codex Italiæ diplomaticus.* Francfort, 1725-32, 4 tomos.

PIRRI, *Sicilia sacra.*

GALLARATI, *Antiqua Novariensium monumenta*, 1612.

MONGITORE, *Bullæ et instrumenta panormitanæ Ecclesiæ.*

ZANETTI, *Las monedas de Italia.*

Monumenta historiæ patriæ, jussu r. Caroli Alberti edita. Turin, 1835 y siguientes. Son tambien muy importantes las *Memorias y Documentos para la historia del ducado de Luca.*

IV. La historia del Bajo Imperio está comprendida en los

Scriptores historiæ byzantinæ. Paris, 1640-50, 27 tomos,

pasar á las artes, á la literatura, á los muebles, á los trajes, con una pueril mania, que asociando mal á menudo los sentimientos y las bellezas de otros tiempos con los del dia, no hace más que añadir un defecto más, la inoportunidad.

Pero, ¿á qué bien no acompaña algun desórden? Fácil pasto es este para los miserables gusanos de la crítica: pero el hombre pensador no se cuida sino de examinar si las ideas fueron consideradas más rectamente.

Y lo fueron si no nos engañamos.

Ante unos sucesos tan apremiantes, que, como en un teatro hicieron en el espacio de pocos años pasar á la vista del mundo las revoluciones de muchos siglos; ante unos hechos tan extraordinarios; ante unos hombres tan repentinamente precipita-

---

impresos en el Louvre de órden de Luis XIV, bajo la direccion del jesuita Labbe, y enseguida bajo la de Maltrait, Fabrot, Du Cange, Goar, Combefis, Poussines, Petavio, Allacci, Rouilliaud, Boivin y Banduri. La edicion de Venecia 1729, 28 tomos, es más abundante y copiosa, aunque menos correcta. Debe preferirse la que Bekker, Dindorf, Schopen, Niebuhr y otros sabios alemanes han hecho recientemente en Bonn.

Son preciosas las notas históricas de Du Cange al texto de Ana Comneno, Cinnamo, Villehardouin, etc.; como tambien las demás obras de aquel erudito glosador griego, *Constantinopolis christiana*, *Familiæ byzantinæ*.

V. Colecciones concernientes á la Francia.

PITHOU.—*Ann. et hist. Francorum a* 708-890. *Scriptores coætanei VII.* Paris, 1588.—*Hist. Francorum a* 900-1285, *Scriptores veteres XI.* Francfort, 1596.

LAURIÈRE, *Ordenanzas de los reyes de Francia*, 1723, 20 tomos.

FREHER.—*Corpus hist. francicæ.* Hannover, 1613.

A. y F. DUCHESNE.—*Hist. Normannorum scrip. antiqui ab* 838-1220. Paris, 1619.—*Hist. Francorum scriptorum coætanei.* Idem, 1636-49 (hasta Felipe el Hermoso).

LE COINTE.—*Annales ecclesiastici Francorum.* Idem, 1665-83.

J. SIRMONDI.—*Concillia antiqua Galliæ.* Idem, 1629: suplemento del año 1666

Conciliorum Galliæ collectio temporum ordine digesta a 177-1563. Idem, 1769. Quedó interrumpida por la abolicion de los PP. Maurinios.

BOUQUET.—*Rerum gallicarum et francicarum scriptores. Opus continuatum per religiosos congr. sancti Mauri, et denuo per Academiam francicam.* Idem, 1736 y sig.

D. SAMMARTANI.—*Gallia christiana.* Idem, 1715-85.

DE BREGUIGNY.—*Tabla cronológica de los diplomas, títulos y actas impresas, relativas á la historia de Francia.* Idem 1779-83, 3 tomos. *Diplomata, chartæ, epistolæ et alia documenta ad res francicas spectantia.* Idem, 1791.

Facilitan el conocimiento de los antiguos historiadores, aun á los eruditos

GUIZOT.—*Coleccion de memorias relativas á la historia de Francia, desde la fundacion de la monarquia francesa hasta el siglo* XII. Paris, 1823-37, 31 tomos.

J. A. BUCHON.—*Coleccion de las crónicas nacionales francesas, escritas en lengua vulgar desde el siglo* XIII *hasta el siglo* XVI. Idem, 1826-28, 47 tomos.

PETITOT Y MONMERQUÉ.—*Coleccion completa de las memorias relativas á la historia de Francia, desde el reinado de Felipe Augusto, hasta principios del siglo* XVII. Id. 1824-26, 52 tomos. Está á continuacion la *Coleccion de memorias, etc., desde el advenimiento de Enrique IV hasta la paz de Paris* (1763). Idem, 1820-29, 78 tomos.

Es notorio el ardor con que el gobierno de Francia estimula y los sabios practican las investigaciones de los archivos en aquel país, en donde se continua la publicacion de los *Documentos inéditos relativos á la Historia de Francia: Archivos curiosos de la Historia de Francia desde Luis IX hasta Luis XVIII, ó coleccion de piezas raras é interesantes, tales como crónicas, memorias, folletos, cartas, vidas, procesos, testamentos, ejecuciones, asedios, batallas, matanzas, entrevistas, fiestas, ceremonias, etc. publicados segun los textos conservados en la biblioteca real por L. Cimber y F. Danjou.*

VI. Colecciones relativas á la historia de Alemania, además de lo que, á causa de la estension del Imperio romano-germánico, se encuentra en las compilaciones de Italia y Francia.

GUDANUS.—*Codex diplomaticus anecdotorum.* Gotinga, 1743, 5 tomos.

PITHOU.—*Script. rerum germanicarum.* Basilea, 1569.

H. MEIBOOM.—*Scriptores rerum germanicarum.* Helmstadt, 1588.

G. W. LEIBNIZ.—*Script. rerum brunswicensium.* Hannover, 1707-11.—*Accesiones historicæ.* Leipzig, 1698.

E. LINDENBROG.—*Script. rer. germ. septentrionalium, cura J. Fabricii.* Hamburgo, 1706.

M. FREHER.—*Rer. germ. script. aliquot insignes, cura B. Struvii.* Argentorati, 1717.

PISTORIUS.—*Script. rer. germ. cura B. Struvii.* Ratisbona, 1726.

REUBER.—*Script. rer. germ.* Erfurt, 1726.

I. B. MENKEN.—*Script. rer. germ. præcipue saxonicarum*, 1728.

M. GOLDAST.—*Script. rer. alemanic. aliquot vetusti, cura H. Senkemberg.* Hamburgo, 1730.

H. PEZ.—*Script. rer. austriacarum.* Leipzig y Ratisbona, 1721-45.

GEORGISCH.—*Regesta chronologico-diplomatica.* Halle, 1740-44.

REN. REINECCIUS.—*Script. rerum germ.* Francfort, 1777-81.

G. H. PERTZ.—*Monum. Germaniæ historica inde ad anno D ad MD.* Hannover, 1826 y siguientes. Los divide en historias, leyes, cartas y diplomas, y antigüedades, donde reimprime muchas cosas relativas á la Italia, corregidas. De los trabajos de aquella sociedad se da cuenta en la coleccion titulada: *Archiv der Gesellschaft für ältere deutsche Geschichte*, bibliografía de los manuscritos concernientes á la historia de Alemania y aun á toda la Europa latina en la Edad Media.

BOEHMER.—*Regesta chronologico-diplomatica Karolorum.* Francfort, 1833.—*Reg. chronologico-diplom. regum atque imp. romanorum, inde a Conrado I usque ad Heinricum VII.* Idem, 1831. Es jefe de una sociedad que reside en Francfort, y cuyo objeto es publicar las fuentes de la historia germánica en la Edad Media.

CHMEL.—*Regesta chronologico-diplomatica Ruperti regis Romanorum.* Francfort, 1835.

HARGHEIM.—*Collectio conciliorum Germaniæ.* Colonia, 1790.

BINTERIM.—*Gesch. der deutschen Concilien.* Maguncia, 1836.

dos desde el altar al polvo; ante aquellas organizaciones, ante aquellas leyes rápidas é improvisadas como las victorias, ya no fué lícito ser frívolo; una meditacion atenta hizo extender la mirada á pueblos y acciones diferentes, enseñó á discernir las causas, á señalar la conexion de acontecimientos distantes entre sí, á juzgar á los partidos entre la ira con que mútuamente se atacaban. Los combates de la fe habian sucedido á la garruleria eclesiástica; los apóstoles y los mártires á los disputadores ociosos: el grande hombre que tanto superó la comun medida, mientras acababa de destruir las franquicias de la Edad Media, ayudaba con su grandeza á comprender la de ésta.

Durante una convulsion tan violenta habia procedido Europa por sentimiento, más bien que por

---

RAUMER, *Regesta historiæ brandeburgensis.*

Se ha formado tambien una sociedad turingo-sajona; otra para la historia de la Pomerania y los *Estudios bálticos;* otra para la historia y las antigüedades de la Westfalia; otra para el Alto-Mein; otra en Friburgo; otra en Lausana para la Suiza románica; otra en Bohemia, etc.

VII. Sobre la historia de la Bélgica.

J. CHAPEAUVILLE.—*Auctores præcipui qui gesta pontificum Tongrensium, Trajectensium et Leodensium scripserunt.* Lieja, 1612.

F. SWERTIUS.—*Rerum belgicarum annales chronici et historici.* Francfort, 1620.

SANDERIUS.—*Flandes ilustrada.* Colonia, 1641-44.

MIRÆI.—*Op. diplomatica.* Lovaina y Bruselas, 1723-48.

GRESQUIERUS.—*Acta sanctorum Belgii.* Bruselas y Tongerloo, 1783-94, obra incompleta.

P. F. X. DE RAM.—*Synodicum belgicum, sive Acta omnium ecclesiarum Belgii, a celebrato concilio Tridentino usque ad concord. a* 1801. Mechlin, 1828-36. Se está publicando, y se le agregarán los concilios anteriores al de Trento.

Cuando la Bélgica hubo adquirido su independencia, instituyó una comision histórica, que ha publicado ya dos tomos con el título de *Coleccion de crónicas belgas inéditas, publicadas por órden del gobierno.* Bruselas, 1836; y cada tres meses se imprimen *Nuevos archivos históricos, filosóficos y literarios.* Precede á aquella coleccion un discurso de De Reiffenberg sobre las tentativas hechas hasta ahora para publicar los documentos originales de la historia de Bélgica.

VIII. Para la historia de Inglaterra.

M. PARKER.—*Rerum britann. script. vetustiores et præcipui.* Londres, 1587.

H. SAVILLE.—*Rer. anglic. script. post. Bedam præcipui.* Francfort, 1601.

W. CAMDEN.—*Anglica, Normannica, Hibernica, Cambrica a veteribus scriptoribus.* Idem, 1603; es un suplemento de la que precede.

TWISDEN.—*Hist. anglic. scriptores X.* Londres, 1652.

J. FELL.—*Rer. anglic. script. veteres.* Oxford, 1684, incompleta.

TH. GALE.—*Hist. britannicæ, saxonicæ et anglo-saxonicæ scriptores XX.* Idem, 1687-91.

JOS. SPARKE.—*Hist. angl. scriptores varii.* Londr., 1823.

TH. RYMER Y SANDERSON.—*Fœdera, conventiones, literæ et cujuscumque generis acta publica inter reges Angliæ et alios quosvis imperatores, reges, pontifices et communitates, ab a.* 1066 *ad* 1654 *habita et tractata.* Londres, 1704-35.

H. WHARTON.—*Anglia sacra.* Idem, 1691.

D. WILKINS, *Concilia magna Britanniæ et Hiberniæ ab a.* 446 *ad* 1717.

La comision histórica habia publicado ya *Rotuli literarum clausarum, Rotuli Hundredorum, Rotuli Scotiæ* cuando fué disuelta.

IX. Para la península española.

A. SCHOTTI.—*España ilustrada.* Francfort, 1603-8.

J. S. DE AGUIRRE.—*Collectio maxima conciliorum omnium Hispaniæ et novi orbis.* Roma, 1693.

CASIRI.—*Biblioteca arabico-hispana escurialensis.* Madrid, 1760-70.

H. FLORES Y M. RISCO.—*España sagrada.* Idem, 1747-1804.

Coleccion de documentos inéditos para la historia de España, y las publicaciones de la Academia de historia de Madrid.

Collecção de libros ineditos de historia portugueza, dos reinados dos senhores reyes d. Joâo I, d. Duarte, d. Alfonso V y d. Joâo II, publicada por la Real Academia de cieneias de Lisboa, 3 tomos en folio.

X. Para la Escandinavia.

BARTHOLINI.—*Antiq. danicæ.* Copenhague, 1689.

F. L. DE WESTPHALEN.—*Monum. inedita rer. germanicarum, præcipue cimbricarum et megapolensium.* Leipzig, 1739.

J. LANGEBEK Y F. SUHM.—*Script. rerum danicarum medii ævi.* Copenhague, 1772-92.

G. D. THOBKELIN.—*Diplomatarium Arna Magnæum exhibens monumenta publica, historiam atque jura Daniæ, Norvegiæ et vicinarum regionum illustrantia.* Idem, 1786. —*Anacleti ad historiam antiquam et jura Norvegiæ.* Idem, 1778.

E. M. FANT.—*Script. rerum suecicarum medii ævi.* Upsal, 1818-38.

XI.—Pueblos eslavos.

FREHER.—*Rerum bohemicarum antiqui script.* Hannover, 1802.—*Script. rerum polonicarum ex recentioribus quotquot præcipui extant.* Amsterdam, 1696.

J. PISTORIUS.—*Corpus hist. poloniæ.* Basilea, 1582.

P. DOGIEL.—*Codex diplom. regni Poloniæ et magni ducatus Lituaniæ.* Varsovia, 1758-64.

F. W. DE SOMMERSBERG.—*Rer. silesiacarum script.* Leipzig, 1759.

MIZLER A KOLOF.—*Collectio magna hist. Poloniæ et Lituaniæ.* Varsovia, 1761-69.

GELAS, DOBNER.—*Monum. hist. Bohemiæ nusquam antehac edita.* Praga, 1764-86.

F. M. PENZEL Y J. DOBROWSKI.—*Script. rerum bohemicarum.* Idem, 1784.

C. G. HOFFMANN.—*Scrip. rerum lusanticarum.* Leipzig, 1791.

STENZEL.—*Script. rerum silesiacarum.* Breslau, 1835.

XII. Falta todavia una buena geografia de aquellos tiempos. Pueden consultarse entre tanto:

D'ANVILLE.—*Estados formados en Europa después de la caida del Imperio romano en Occidente.* Paris, 1771.

raciocinio. Grecia y otros paises habian proclamado la libertad en nombre de las ideas que agitaban á la Edad Media. Poderosas escitaciones de amor, de lástima, de odio, de horror, de admiracion, despertaron la indiferencia perezosa: se conocieron las naciones, y regenerando su fraternidad en los padecimientos comunes, se alargaron la mano por encima de las barreras que la política habia levantado entre ellas.

Un corto número de talentos irreflexivos cerraron los ojos y prorumpieron en risas: los hombres sinceros, que aman la luz y la justicia, se hallaron nuevamente conducidos á la fe por la ciencia, por el órden á la libertad. Es tambien de notar que el pais que luchó más enérgicamente en favor de la libertad de imprenta, no bien la hubo obtenido en virtud del derrumbamiento de la tiranía del sable, produjo hombres, algunos de ellos ni siquiera católicos, y todos celosos de conservar intactos los privilegios de la razon, los cuales estudiaron sinceramente la Edad Media. Por muy desfavorables que fueran sus prevenciones acerca de la organizacion política y religiosa de aquella época, aproximándose á la verdad tuvieron que contribuir mucho á descubrir el buen sentido y las bellezas ignoradas en aquel inmenso edificio social, y á arrancar el moho que empañaba la tiara de Leon el Grande, la coraza de Carlo Magno y la de Godofredo.

Aquellos mismos hombres llamados á ser partícipes del poder en virtud de nuevas instituciones, ó admitidos á examinarlo de cerca, cosa permitida á todos, no tardaron en conocer cuanto se diferencian los hechos de las doctrinas abstractas. Poniendo el dedo en las llagas de la humanidad, aprendieron á simpatizar con los que padecen y con los oprimidos, más bien que admirar á los opresores; á no cuidarse tanto de las guerras para las cuales hay bastante con un ejército, como de la paz en que toma parte todo el pueblo: á reconocer el poder de los recuerdos para consolidar las instituciones, á creer que lo que más contribuye á los progresos estables de la razon, tiene su raiz en los precedentes siglos.

Desembarazándose una nueva literatura de las trabas de la escuela y del fárrago de las academias, creyó que hasta podia encontrarse lo bello fuera de los tipos establecidos de antemano, y que en esto como en lo demás se debia desear la libertad acompañada del órden. Depuso, pues, la gravedad pedantesca para aproximarse á la realidad, á la vida, al sentimiento: consideró lo pasado bajo nuevos aspectos, más en relacion con lo presente; y buscó, no solo lo bello, sino tambien lo verdadero y lo bueno: se puso de parte del pueblo, y le interrogó acerca de sus necesidades, sus padecimientos y sus deseos: se apercibió, en fin, de que si la poesia de los tiempos antiguos tenia más pulimento, á semejanza del guijarro que se abrillanta, después de rodar por largo tiempo en el rio la Edad Media poseia una más áspera sin duda, si bien más original, y especialmente más conforme á los sentimientos modernos, á la marcha de nuestra sociedad, al estado actual de nuestra civilizacion.

Secundaron las artes este impulso, y mientras que en otro tiempo Atila, Fredegunda y Manfredo, debian manifestarse con los atavios y el aire de Escipiones y Mesalinas, ahora se censura al pintor que no es fiel á los usos de la época y que, por aficion á lo que es teatral, falsea la historia y sacrifica el vigor á la elegancia; como tambien se acusaria de más que de plagio á aquel que, en la construccion de nuestras basílicas ó de nuestros teatros, reprodujera formas griegas ó romanas (14).

Surgió, además, una nueva escuela histórica fatalista, proclamando que «el hombre es tal como lo hace su tiempo; que las creencias cambian porque deben cambiar; que los acontecimientos se verifican porque han sido preparados por los precedentes; que un siglo no ha merecido aprobacion ni desaprobacion por lo que es ni por lo que piensa, y que el hombre no es responsable de las opiniones que toma inevitablemente de su época, así como el niño mama la leche de su nodriza.» (15)

CH. JUNKER.—*Anleitung zur geographie der mitlern Zeiten*. Jena, 1712.

F. ANSART.—*Resúmen de la geografía histórica de la Edad Media*. Paris, 1834.

CH. BARBERET Y ALFREDO MAGIN.—*Resúmen de geografía histórica universal*. Idem, 1841.

VÍCTOR DURUY.—*Geografía política de la Edad Media*. Idem, 1839.

En cuanto á mapas véanse los cinco insertos en el *Cuadro de revoluciones de la Edad Media* de KOCK. Estrasburgo, 1807.

CHR. Y FED. KRUSE.—*Atlas zue Uebersicht der Gesch. aller europäischen Länder und Staaten*. Halle, 1827 y Paris, 1831.

K. V. SPRUNER.—*Historisch geogr. Handatlas*. Gotha, 1837.

Hay además mapas y disertaciones especiales, como la *Notitia Galliarum* de VALOIS; la *Dissertatio chorographica* de BARETTI, en los *Rerum ital. script.*; la *Marca hispanica* de MARCA, etc.

Para la numismática véase á LELEWEL, *Numismática de la Edad Media*, con atlas 1836, 2 tomos.

(14) Con respecto á las artes de la Edad Media, la coleccion más estensa es la de SEROUX D' AGINCOURT, *Historia del arte por los monumentos. Desde la decadencia en el siglo* IV *hasta su renacimiento en el siglo* XVI, 4 tomos. Paris, 1823. Es de sentir que haya reducido los diseños á tan pequeñas dimensiones, y que haya establecido los juicios en la misma escala.

Añádase á esto: los hermanos BOISSERÉES, *Museo de la Edad Media*.—DU SOMMERARD, *Las artes de la Edad Media*.—CAUMONT, *Historia compendiada de la arquitectura religiosa, civil y militar de la Edad Media*.

(15) Tambien es esta una novedad de que encuentro en Italia vestigios anteriores en un escritor que narró la revolucion del reino de Nápoles, mostrando ideas mucho más elevadas que otro, á quien oigo proclamar el Tácito y el

Por desoladora é inmoral que parezca esta doctrina, que estingue la fe en el genio y roba al hombre el don más apreciable de su naturaleza, el del libre albedrio, condujo, no obstante, á la creencia de que los siglos no estaban subordinados á los individuos, á no acusar á los hombres de tiránicos y usurpadores, antes de saber si han obrado así por efecto de las circunstancias, que son las que realmente determinan la voluntad, sin que por esto la despojen de la facultad que tiene de resistir.

Otro animoso escritor, en quien hasta los excesos arguyen genio, tomó á su cargo, no tanto examinar, como escarnecer, despreciar y oprimir á los filósofos irreligiosos; proclamó la necesidad del mal y la de la sangre que lo espia; en su concepto, el hombre no es más que un instrumento de los designios de la Providencia que realiza irremisiblemente aquí abajo una gran redencion de los individuos y de la especie, quienes se trasmiten las culpas y la responsabilidad. A la vista de los brillantes triunfos de la revolucion francesa, profetizó su inevitable ruina, como á todo lo que no tiene apoyo en el pasado. Negó á los pueblos el derecho de rebelarse, lo mismo que á los reyes el de creerse impecables; y concluyendo que los abusos de unos y de otros no debian quedar sin freno y sin castigo, recurrió á los recuerdos de la Edad Media, al tiempo en que un congreso de hombres escogidos entre todas las naciones, exento de toda parcialidad, y presidido por un inerme anciano, órgano de una justicia infalible porque es divina, fallaba sobre las controversias y protegia el buen derecho. Su escuela no podia menos de admirar á una época regida por semejantes instituciones.

Entre estos dos sistemas, el de la Providencia y el de la fatalidad, otra escuela, más circunspecta, quiso trazar la senda de lo cierto, como entre dos abismos, tomando á su cargo justificar los hechos, encontrar una razon á todo órden de cosas (16), demostrar que cada acontecimiento ocupa su sitio, que cada institucion tiene una mision que cumplir, no segun el gusto de los individuos, sino por la accion del pueblo, siempre luchando contra la brutal conquista ó contra la sabia opresion. Observando su progresiva mejora y sus pasiones, descubrieron un sentido elevado en lo que solo parecia simples disputas de escuelas y de concilios, en el monacato, en las municipalidades y en las cruzadas, á causa de la parte que en ellas tomó el pueblo; colocándose al lado de éste concibieron tanta aversion hácia la fuerza y la conquista, como interés por las reformas, por la emancipacion y por la libertad del pensamiento. Pensaron que no se debia odiar y satirizar aquello que el pueblo habia venerado y querido en algun tiempo y que un genio no podia ser grande sin comprender y secundar los instintos, las pasiones y las fuerzas de su nacion, de su tiempo, de la humanidad entera.

Mayor aun ha sido la influencia ejercida por la la escuela de los sansimonianos, despojada de las impias galas en que un tiempo se envolvió como religion del porvenir, y de la absurda pretension de aniquilar la propiedad, la herencia, la familia y reducir la ciudadania á un juego de bolsa. Este sueño, el más magnífico de nuestra edad tan rica en sueños, suministró ideas poderosísimas á la sociedad y á la literatura, proclamando que en el pueblo residen las facultades creadoras del trabajo, de la industria, del genio y de la civilizacion, y que es preciso emanciparle de los harapos de que le rodearon el feudalismo del dinero y la inicua distribucion de los goces y las penas.

Y nosotros, nosotros pueblo, que reconociendo á nuestros padres en los esclavos de Roma y en los siervos de los tiempos medios, hemos participado de sus ignorados sufrimientos; hemos comprendido las ventajas producidas por el cristianismo, nuevo lazo de afecto, de doctrina, de actividad. Agitados por la tempestad en una *época crítica*, en la que todo se pone en duda y en discusion, hemos comprendido no obstante mejor la Edad Media, *época orgánica*, en la que la poesia era religion, en la que todas las naciones estaban

---

Salustio de nuestra época. «Más que las personas (dice) han ocupado mi atencion las cosas y las ideas... Los nombres en la historia sirven más para lisonjear la vanidad de las personas que designan, que para la instruccion del lector. ¡Cuán corto es el número de los hombres que han sabido vencer y dominar los acontecimientos! La mayor parte son esclavos de ellos; son tales, como los tiempos, las ideas, las costumbres y los accidentes quieren que sean. Después de haber descrito bien todo esto, ¿para qué nombrar á los hombres? Estoy firmemente convencido de que si las más de las historias se escribiesen sustituyendo los nombres propios con las letras del alfabeto, se reportaria de ellas la misma instruccion.» CUOCO.

(16) Tal fué el objeto de Montesquieu. Véase como quiere disculpar la venalidad de los empleos en Francia, uno de los mayores absurdos políticos y económicos introducidos desde el tiempo de Luis XII: y sin embargo, no muestra haber conocido los bienes que produjo. Aprovecharé esta ocasion para explicarme acerca de un punto capital de mi historia, que un crítico benévolo indicó, y de que se valió otro malévolo para probar que soy inconsecuente conmigo mismo. El primero dijo que mi sistema es el de Bossuet; y el segundo encontró en esto motivos para combatirme, porque en las particularidades doy importancia á la voluntad del hombre, á la actividad personal. En efecto, se la doy y mucha; y hasta en el acto mismo de trazar estas líneas conozco la importancia de esa voluntad. Bossuet concentra toda la historia en el pueblo hebreo; los lectores saben que yo le imito en esto. Los imperios, segun el obispo de Meaux, nacen, se elevan y declinan, por obra solo y en virtud de los impenetrables designios de la Providencia, de modo que el hombre desaparece, ó es un instrumento puramente pasivo. Yo, sin dejar de venerar á la Providencia, me esfuerzo en hacer que se sienta la accion del hombre, que sean apreciadas su libertad y su responsabilidad. Es fácil censurar á un escritor, atribuyéndole un sistema distinto del suyo; ¿pero puede calificarse de leal semejante conducta?

guiadas por un mismo sentimiento. Pensamientos conocidos en otros tiempos por los grandes filósofos, han sido reducidos á sistemas. No basta para conocer á los individuos y al género humano, considerar los actos esteriores: débense por el contrario apreciar ante todo, los sentimientos y raciocinios que los han inspirado, y el desenvolvimiento poético ó religioso, juntamente con el teórico ó científico ó con el industrial. No debe la historia ocuparse solo de un pueblo, sino de todo el género humano, resultando de tal exámen un contínuo progreso de éste, una realizacion de su perfectibilidad indefinida, una marcha hácia el conocimiento y cumplimiento de su destino social, estableciendo la armonia entre los sentimientos, la doctrina y las acciones.

La edad de oro no vendria, pues, detras de nosotros, sino delante; hácia ella debemos dirigir nuestros comunes esfuerzos, con paz, con órden y caridad, para dar á todo el mundo un carácter de armonia, de sabiduria y de belleza, en una comunidad benévola, regular y vigorosa.

El tiempo que arraiga la verdad y anula los comentarios de la mentira, ha fructificado lo que habia de sensato y social en aquellos diferentes sistemas, dando una idea más sublime y más verdadera de la historia y de sus deberes. Se ha visto que su importancia depende de la ayuda que presta para dar á conocer al hombre y la influencia de las instituciones y de los hechos en la condicion de los pueblos; de suerte que no tiene mayores atractivos en los tiempos de César que en los de los Federicos. Comprendiendo que los siglos no están subordinados á los individuos, aun cuando falten las memorias de éstos, ilustra la vida de los pueblos y de las sociedades, y compartiendo sus penas y esperanzas, enlaza la inmensa categoria de los acontecimientos que carecen de fecha; lleva á ellos la triste oportunidad de nuestros padecimientos, y hace contemporáneos aun los sucesos más remotos, porque el sér de quien se trata, vive aun, aun se fatiga, lucha y espera. Es, pues, lo pasado una série de emancipaciones lentas, difíciles y dolorosas, pero ciertas: espectáculo consolador y eficaz que no permitiéndonos creer en la decrepitud de nuestra época, sino que dándonos por el contrario confianza en las mejoras futuras, nos hace amar el trabajo, como una mision que hay que cumplir. De esta manera al paso que los enciclopedistas ridiculizaban lo pasado, nosotros emprendemos la tarea de estudiarlo, como preparacion y escuela del porvenir; á la par que haciendo la guerra á la sociedad, querian reducir al hombre, ó como ellos decian, volverlo á conducir al ateismo y á la vida salvaje, nosotros nos esforzamos con todo nuestro poder para hacerle más instruido y más moral, para apresurar el reinado de Dios, que es la razon, la verdad y la virtud, á través de las tinieblas y de las espinas.

Como consecuencia de estas ideas, más vastas y generosas, los autores, cesando de profesar al asunto un desprecio sugerido más bien por la pereza que por la reflexion, con mayor sinceridad, con duda reflexiva, con tranquila imparcialidad, debida á sucesos ya consumados, pero que nos tocan de cerca, con aquella paciencia que no se asombra de nada, que nada teme, se consagraron á un estudio largo y fastidioso, como es el de la Edad Media, pero fecundo en resultados (17). Comprendióse entonces

---

(17) Además de los historiadores de la Edad Media ya nombrados mencionaremos á

MEINERS.—*Vergleichung der Sitten des Mittelatters mit denen unsers Jahrhumdertes.* Hannover, 1796.

HUELLMANN, *Städterwesen in Mittelatter.*

J. CH. SCHLOSSER.—*Weltgeschichte in zusammenhängender Erzählumg.* Francfort, 1817; sumamente erudito, emplea las notas no solo como comprobacion, sino tambien como ilustracion del texto, aunque la pasion es causa de que no siempre haya apreciado bien los hechos.

GUIZOT, *Hist. de la civilizacion en Francia.* Habla de todos los sistemas sin detenerse en ninguno, y su obra tiene el mérito de haber hecho populares muchas verdades, patrimonio antes de un corto número de personas, y de haber reconocido, sin embargo de ser protestante, las ventajas de la organizacion religiosa.

FRANTIN.—*Anales de la Edad Media, comprendiendo los tiempos que han pasado desde la decadencia del imperio romano hasta la muerte de Carlomagno.* Paris, 1825; excelente coleccion de materiales, defectuosa sin embargo en cuanto al órden, y arbitraria en la clasificacion de los hepráccbos.

H. LUDEN.—*Allgemeine Geschichte der Völkerund Staaten des Mittelalters.* Jena, 1821; no parece bastante profundo ni imparcial; aunque es muy rico de conocimientos y de tica.

FREDB. REHM.—*Handbuch der Geschichte des Mittelalters* Marburgo, 1832-1839. Distribuye su obra no por naciones, sino por épocas bien determinadas, y emplea con maestria la multitud de materiales esparcidos en tantos libros, que es quizá un prodigio y una fortuna encontrarlos. Divide los pueblos en occidentales y orientales, y derrama mucha luz, especialmente en estos últimos.

RUEHS.—*Handbuch der Geschichte der Mittelalters.* Viena, 1817, 2 tomos; separa tambien la historia oriental de la occidental; está demasiado desprovisto de pormenores, y es desaliñado.

La diferencia entre occidentales y orientales ha sido espuesta con más claridad que nadie por LUDW. GIESEBRECHT, *Lehrbuch der mittleren Geschichte,* 1835; obra que revela mucha diligencia y pureza, pero solo para el que sea conocedor de aquella época, y quiera únicamente ordenar las ideas.

LEO.—*Geschichte des Mittelalters.* Halle, 1836; tiene el mérito de haber seguido un órden nuevo, menos segun los hechos que segun las ideas, formando su escala los diversos grados de cultura occidental y árabe, y la influencia ejercida ó esperimentada por las vicisitudes esteriores.

C. JOS. MICHELS.—*Historia general de la Edad Media.* Paris, 1835; no publicó sino dos tomos, desde Augustulo á Carlomagno, compendiados á veces hasta convertirse en áridos, pero que prueban un conocimiento profundo de las fuentes, una contínua atencion á los progresos de la sociedad civil.

J. MOELLER.—*Manual de la historia de la Edad Media, desde la caida del imperio de Occidente, hasta la muerte de*

que en la tosca letra de las crónicas se podia descubrir, así como en los palimpsestos, noticias que se habian escapado á la penetracion de los eruditos que no tenian la inteligencia ni el sentimiento de las grandes trasformaciones sociales. En efecto pesando la mayor parte como legistas ó analistas los contratos, las actas públicas y las fórmulas judiciales, no conocieron lo que habia de vivo para la imaginacion en el cadáver que disecaban. No se contentaron entonces con repetir cosas ya dichas, ni observar con los ojos del vulgo docto; emprendieron sí indagaciones sobre el orígen de los pueblos bárbaros, sobre la manera como se establecen en el territorio romano, y sobre la condicion á que fueron reducidos los vencidos; se quiso saber si los conquistadores se mezclaron á los pueblos conquistados, y hasta qué grado, y cómo de esta mezcla de la sangre y de los elementos sociales surgió una nueva sociedad; quísose tambien saber cómo contribuyó á ella Carlomagno, cómo contribuyeron las misiones pacíficas ó sangrientas, y hasta qué punto favorecieron el progreso, el feudalismo y las cruzadas, y dieron impulso á aquel movimiento de las comunidades, al cual debió la Italia su grandeza y la Europa sus libertades. De aquí resultó el verdadero sentido de la lucha entre los papas y los emperadores, entre los jurisconsultos y la aristocracia feudal; de aquí la dignidad del derecho canónico; de aquí la marcha de aquella larga reaccion de los pueblos libres de la Germania contra los romanos señores del mundo, hasta volverse á poner en vigor la jurisprudencia, la trasformacion de las costumbres en leyes que de nuevo adquieren fuerza y uniformidad, y la creacion del cuarto estado. Hollado éste ayer como vencido, se levantará como vencedor mañana (18), para consumar tranquilamente la revolucion social más portentosa de los tiempos modernos, puesto que es la más espontánea.

Desagrada al pronto ver tan admirable pasado, desmoronándose á los golpes de generaciones que destruyen sin objeto, sin prevision y sin esperanza; ver tantos elementos confundirse y chocarse tanto tiempo sin crear nada; pero en breve se fija la atencion en el espectáculo de la energia humana que trata de libertarse de tantas miserias; complácese uno en contemplar el sepulcro de las instituciones decrépitas y la cuna de las nuevas, la religion de lo pasado y la del porvenir, el choque de las dos civilizaciones de las cuales la una desaparece mientras que la otra se funda en una ley de amor y de fraternidad. Subsiste el mundo romano en las ciudades que ha fundado, y en la organizacion de las provincias y de los municipios; mantiene vivo el mundo cristiano el movimiento de las inteligencias y estiende la igualdad; cambia el germánico el modo de adquirir las propiedades y produce la nobleza territorial y la distincion de las clases. Cada uno de ellos procura llegar á ser sociedad, y prevalecer. Pero el primero, es trastornado por la invasion, y el segundo se inclina más á la revolucion moral que á la política, y deja prevalecer al último, que entrega la Europa en manos de los invasores del territorio y encadena al hombre al terruño.

Nada existe en medio de esto esclusivo, nada estrecho; cada uno se lanza por el contrario, con el pleno vigor de su voluntad. Primero pasan delante de nosotros amos y esclavos, después, conquistadores y vencidos, señores y siervos, propietarios y colonos; el derecho de conquista, después la dominacion territorial, enseguida la libertad del municipio y todo esto desunido y siempre en lucha. Si se fijan los ojos en la superficie, no descubren más que descomposicion, si penetran más allá de la corteza, distinguen una organizacion estable en la constitucion religiosa que da á aquellos tiempos cierta unidad de que carece el nuestro, entregado á la indolente duda y á la arrogante oscilacion. Roma antigua habia unido á los pueblos, si bien lo habia hecho como se une á los penados en un presidio; posteriormente las relaciones de los individuos y las de los pueblos no están ya solo determinadas por la espada, sino tambien por la fe, la esperanza y la caridad, comunes á todos. A la par que la opinion y la fiereza salvaje de los conquistadores propagan la guerra, la opresion y las venganzas, predica el cristianismo una doctrina de igualdad, de paz, de justicia, de sumision razonable, de mútuo afecto; una benéfica autoridad vela por socorrer al débil contra los escesos del poderoso. Esparcido el clero en medio de todos, disminuye las divisiones nacidas de la diferencia de orígen, hace amar á una patria comun recordando la fraternidad universal, derriba las barreras entre las naciones, regenera la barbarie, se coloca al lado del baron para señalarle el camino de la civilizacion, conserva y restaura los autores clásicos, reforma las legislaciones, enseña á moderar la autoridad de los príncipes, proteje al pueblo y la libertad, instituye una gerarquia fundada en la capacidad, desde el humilde clérigo hasta el jefe

---

Carlomagno. Paris, 1836; hace más de lo que promete el título, y abunda en consideraciones sumamente sabias.

A. TILLIER, *Geschichte der europaischien Menscheit des Mittelalters*, 1833; se aleja del último modo de ver en estas materias.

Es muy rica en indagaciones y comparaciones ingeniosas la obra de KORTUM, *Gesch. des Mittelalters*. 1836.

C. W. LOCHNER.—*Geschichte des Mittelalters*. Nuremberg, 1840; procuró despojarla de la forma escolástica que tienen todas las precedentes, y escribir un libro de fácil y agradable lectura con sanas miras.

Agréguese ENRIQUE WHEATON, *Historia de los pueblos del Norte... desde los tiempos más remotos hasta la conquista de Inglaterra y de las dos Sicilias* (en inglés).

(18) «Se dirá que sí; pero la conquista trastornó todas las relaciones, y la nobleza se pasó al partido de los conquistadores. Pues bien, hay que hacerla pasar al otro partido; y así el cuarto estado será noble haciéndose á su vez conquistador.» SIEYES. *¿Qué es el cuarto estado?*

supremo, delante de quien se inclinan los reyes y al cual someten los pueblos sus diferencias. La Iglesia, arca de salvacion en el naufragio, fija á los germanos al territorio, llama á toda la Europa á rechazar al Oriente. Cuando los mongoles amenazan de nuevo la civilizacion renaciente, acude á detenerlos con las armas y las predicaciones; impide á los turcos aniquilar las instituciones europeas, empresa que en nuestros tiempos no hizo más que despertar el ímpetu ó la ambicion de algunos.

Existe la unidad en la Iglesia; pero en su rededor reina la mayor variedad. Cansados los bárbaros de sus largas correrias, se establecen en nuevas patrias; y apoderándose de la soberania política, de la preeminencia civil y de la riqueza inmueble, asientan reinos á modo de campamentos en medio de una plebe que pierde hasta su nombre. Trata Carlomagno de unir aquellos reinos pidiendo su consagracion al poder que es el único reconocido, y que, superior á las pasiones terrestres, asocia y emancipa. Pero no fué secundado Carlomagno por sus sucesores; sino que por el contrario los intereses divergentes crean tantos Estados como tribus, y después tantos como feudos. Despedazando el feudalismo sin embargo la tirania que pesaba sobre los pueblos, multiplica los centros sociales, debilita los prestigios de la fuerza, apaga el ardor de las conquistas, organiza la sociedad por medio del territorio (19); y fraccionando la propiedad destruye la esclavitud y prepara el equilibrio. A la par que los grandes propietarios se fortifican en el campo, quedan las ciudades para los industriales, cuya asociacion creciendo donde quiera, tanto en los monasterios, como en los gremios, en las corporaciones, en las logias de fracmasones, duplica las fuerzas sociales, y hace que el individuo consagrado á los estatutos de su corporacion, multiplique la vida de cada agregacion particular. De consiguiente, si falta el órden político y si la moral es tosca, las voluntades son enérgicas, los hombres robustos y no tiranizados por una concentracion opresora. Desde entonces vino á ser fácil el establecimiento de los municipios ó concejos.

En ningun otro tiempo ofrece la tradicion de la humanidad el espectáculo de una clase desprovista de todo derecho, deprimida, que nadie observa y que todos vilipendian, y que por un progreso contínuo se eleva hasta adquirir poco á poco la independencia, las doctrinas y el poder, y cambiar los resortes de la sociedad, la naturaleza del gobierno y convertirse en nacion.

Nosotros, pueblo, hemos peleado y peleamos aun contra los castillos feudales, por lo cual los miramos con irritado enojo; pero nos agrada considerar aquellas batallas, porque no se trata de la historia de los reyes, sino de la del pueblo que es la nuestra. Desconocido el cuarto estado de los antiguos, se forma en las municipalidades de los vencidos que crecen al lado de la baronia de los vencedores; y que se convierten en repúblicas en Italia, consolidan el poder real en Francia, le equilibran en Inglaterra, é inician en todas partes la civilizacion moderna.

Si dirigimos nuestra atencion tan solo á los dominadores, no los encontraremos árbitros de las naciones subyugadas, como lo fueron los conquistadores de Asia ó los romanos; un contínuo antagonismo los retenia, el cual reinó primero entre las familias de los vencedores, después entre estas y los vencidos, enseguida entre municipio y municipio, y en mayor escala entre el poder temporal y el eclesiástico; procurando aquel asegurar el triunfo de la espada, y este someterla al imperio pacífico de la doctrina y de la persuacion, y reemplazar con los derechos del mérito los del nacimiento ó de la violencia; sirviéndose uno á otro de barrera para no entregarse á los excesos á que impelia el carácter absoluto de la Edad Media (20).

---

(19) «Maravilloso sistema en el que se organizaron y pusieron enfrente uno de otro el imperio de Dios y el imperio del hombre; la fuerza material, la carne, la herencia en la organizacion feudal; en la Iglesia la palabra, el espíritu, la eleccion, la fuerza por doquiera, el espíritu en el centro, el espíritu dominando la fuerza.» MICHELET, *Introd. á la Historia universal.*

(20) La incontestable, como él dice, superioridad está plenamente demostrada (tomo V. pág. 409) por Augusto Comte en el *Curso de filosofia positiva;* el cual, partiendo de puntos muy opuestos á los nuestros, y sacando muy distintas consecuencias, llega á la misma significacion de la Edad Media, que la que nosotros le damos y que él no conocia de cierto cuando en 1841 (tomo V, pág. 676) escribia: «A la influencia universal de esa aberracion fundamental *(la reprobacion política del poder espiritual distinto é independiente del temporal)* debe atribuirse el principal orígen histórico de ese irracional desden que se ha manifestado contra la Edad Media bajo la inspiracion directa del protestantismo, y que luego se ha propagado por todas partes con una energia siempre creciente por efecto comun de la misma situacion fundamental, hasta últimos del siglo pasado. Porque sobre todo en odio á la constitucion católica es como á esa gran época social se ha injuriado injustamente y con deplorable inhumanidad, no solo entre protestantes, sino hasta entre los católicos, para quienes la independencia política del poder espiritual no estaba mucho menos desacreditada. Tal es el primer orígen de esa ciega admiracion por el régimen politico de la antigüedad, que ha ejercido tan deplorable influencia social durante todo el período revolucionario, inspirando una exaltacion absoluta en favor de un sistema social correspondiente á una civilizacion radicalmente distinta de la nuestra, y que el catolicismo habia justamente apreciado en tiempo de su apogeo como esencialmente inferior. El protestantismo además ha contribuido especialmente á ese pernicioso estravio de las inteligencias por su ilógica predileccion esclusiva para la Iglesia primitiva y sobre todo por su entusiasmo espontáneo, menos lógico aun y más pernicioso, para la teocracia hebráica. Así se ha borrado casi durante la mayor parte de los tres últimos siglos, ó á lo menos profundamente alterado, la nocion fundamental del progreso social que el catolicismo habia al principio forzosamente bosquejado... La teoria metafísica

De esta manera se verificó la más grande revolucion del espíritu humano; revolucion que dió á los modernos poesia, artes y libertad. Pero seria pretender demasiado que pudieran formarse entonces la idea de nacionalidad, la más difícil de concebir y la última á esparcirse entre el pueblo: queda pues, en efecto, mucho camino que andar al espíritu antes de vencer tantas preocupaciones, de allanar tantas desigualdades, de reducir familias y ciudades á olvidar la independencia nativa, á los fuertes á no ejercer su poder y á los hábiles su habilidad, sino á medida del bien público, á los nobles á olvidar su estirpe mejor y su antigua autoridad, y en fin, á conocer y á practicar la justicia y la igualdad social.

Tambien las repúblicas fluctuan aun entre un pasado de odio, de contiendas y de guerra, y un porvenir de órden, de tranquilidad y de amor. No teniendo esperiencia alguna de sistemas fundados sobre el concurso de los intereses y de los poderes, ansiosas de paz, de justicia y de franquicias, y desconociendo los medios de alcanzarlas, se posesionan de una libertad sin garantias, en la que el pueblo, queriendo intervenir personalmente en los negocios, lleva á las asambleas la avaricia, la ambicion y todas las pasiones del hombre privado, y en que se esperimentan, unas tras otras, las constituciones; las repúblicas, repito, se agitan entre partidos, envidias, soberbia y delitos interiores, y asesinatos esteriores de hermanos, con los cuales no aciertan á celebrar un pacto de socorros, de tranquilidad, de mutuas ventajas. Por último, triunfan los astutos y los fuertes; la libertad privilegiada de los municipios sucumbe; el despotismo se hizo necesario para nivelar las renacientes desigualdades, los nuevos reinos se constituyeron, y espira la Edad Media.

Espira; pero sin las emigraciones germánicas hubiera Roma ocupado el mundo entero, borrando las franquicias y el genio de cada nacion, y tendríamos un imperio á lo asiático, en vez de tantas naciones que dan el movimiento y la vida á la Europa; en lugar de esta fecunda y activa variedad que constituye el mérito de las modernas edades, y á la que debe la Europa su supremacia sobre las demas partes del mundo en bienestar, inteligencia y perfeccion, no tendríamos más que mortal uniformidad.

Espira la Edad Media; pero encontró á la Europa dividida en hombres libres y esclavos, y la deja dividida en pobres y ricos: al trabajo forzado ha sustituido la labor voluntaria, y la asociacion, la competencia á las corporaciones y á los desconsoladores favores legales; á los privilegios, es decir, á la injusticia, la igualdad humana: ha desembarazado á la propiedad de las trabas de casta y de tribu, de las sustituciones y de otras antiguas cadenas: á la profunda abyeccion de los esclavos para con sus amos, de los clientes para con sus patronos, y de los patricios respecto del emperador, ha sustituido la política fácil y cortés que se humilla, pero á condicion de que se la realce, el obsequio que sabe ser altivo, la libertad que sin peligro ni envilecimiento se presta á mil servicios. Tales son los sentimientos nacidos de la independencia noble y cortés del baron; independencia ignorada de los antiguos, que no conocian otra más que la de la ciudad ó del Estado.

Hay algunos que se complacen en pintar á la Edad Media como una época de opresion ilimitada; y sin embargo, entonces fué cuando nacieron las constituciones políticas, cimiento y gloria de las naciones modernas (21). Nada dicen del derecho canónico, que, considerado como derecho especial, fué un inmenso progreso en dulzura y en equidad; él fué quien primero opuso la discusion á la arrogancia del sable, la palabra escrita al capricho de los señores; proclamó así mismo la igualdad de todos ante la ley. Pero no hay duda en que Carlomagno, Alfredo de Inglaterra, San Estéban de Hungria, San Luis de Francia y algunos emperadores alemanes fueron grandes legisladores; y en que en aquella época de ignorancia Inglaterra escribia su *Carta*, modelo imperfecto, si bien no ha sido sobrepujado ni aun igualado por otras *cartas*: aunque fundada enteramente sobre el feudalismo, garantiza la libertad personal y la real. Entonces fué cuando las repúblicas comerciales de la Italia y de la Provenza redactaron el código marítimo aun vigente y cuando los varios concejos se dieron estatutos que solo pueden parecer estraños á aquellos que no saben referirse á aquellos tiempos y lugares, y creen, como los ingleses, que toda doctrina que se encuentra en las costumbres nacionales no es absurda, y que debe ser tenida como obligatoria. Ensayaron entonces las repúblicas de Alemania, de Suiza é Italia, todas las clases de organizacion política, creando constituciones que nada tenian de académicas, y sin pensar jamás en adoptar alguna porque era inglesa ó española: todo lo que hacian les era propio, llevaba el sello de la oportunidad, y por esto mismo era histórico y de una variedad sorprendente. Dando entonces el estado llano la mayor prueba de fuerza, la de aumentarse resistiendo, penetró en la mo-

---

del estado de natura vino después á dar cierta sancion dogmática á esa aberracion retrógrada, representando todo órden social como una degeneracion creciente de esa quimérica situacion, etc.»

(21) Pueden consultarse en lo relativo al derecho:
CANCIANI, *Barbarorum leges;*
SAVIGNI, *Gesch. des Römischen Rechts in Mittelalter;*
TOULOTTE y RIVA.—*Hist. de la barbarie y de las leyes de la Edad Media.* Paris 1829; es obra ligera y sin objeto:
LABOULAYE, *Hist. del derecho de propiedad rentística en Occidente*, 1839;
Y gran número de obras recientes, en su mayor parte alemanas.

narquia, y le proporcionó gloria, vida y energia; aunque nadie comprendió su importancia presente y futura, desarrollóse como clase intermedia, hasta que dilatándose más llegó á ser la nacion, el pueblo y el soberano. Se nos ofrecerán en el congreso de Póntida, ó en la paz de Constanza, en las conferencias nocturnas bajo la encina de Truns ó en la pradera de Rütli, como hombres sencillos, que, en nombre del Dios criador del noble y del villano, juran defender las costumbres y las franquicias de su patria. En los concilios vereis la religion hacerse tutora de los derechos del hombre. Sabreis lo que es el pueblo en los *wittenagemote* de la Gran Bretaña, en los campos de mayo franceses, en las dietas de Roncalia, en las córtes de España, en las de Lamego, en donde una nacion aun en la cuna dictó el estatuto de Portugal, más liberal que muchos modernos (22). Rodeaba al trono aquel estatuto con una nobleza, no emanada de la conquista, ni fundada sobre la propiedad ó comprada por dinero, sino conferida á aquellos que se habian mantenido fieles á la religion, á la patria, al rey y que demostraron su bravura en aquellas batallas que dieron por resultado libertar el suelo patrio de la dominacion extranjera. Confirman los Estados aquellas leyes en tanto que son *buenas y justas*, condiciones de legalidad desconocida por los antiguos juristas, y olvidadas por muchos de nuestros dias. Nosotros discutimos, ellos obraban.

Y todo esto en un tiempo de barbarie. Sí, de barbarie sin duda; pero el carácter de aquellos tiempos es más bien el contraste de la brutalidad de las acciones y de la pureza de las máximas proclamadas por la Iglesia, por la caballeria y por los poetas. Cuando entre los antiguos no se alzó ninguna voz autorizada para vituperar á Aquiles su ferocidad, y á Calígula su imbécil crueldad, aquí las nociones morales se muestran brillantes y puras en medio de la licencia y de la groseria. Un juicio recto condena las detestables acciones á que la pasion da cima; cosa bien notable para aquellos que reflexionen que un buen principio puede ser tan fecunda semilla como uno perverso. La opresion de los bárbaros, la contínua resistencia y la expiacion religiosa, son los tres hechos dominantes en las costumbres y en la historia de aquel tiempo; y, ya se considere uno ú otro, se vé siempre el ultimo grado de la barbarie, del heroismo y de la santidad; pero como el uno sirve de contrapeso al otro, no se da el espectáculo de aquellas sistemáticas atrocidades que tanto nos indignan en la antigüedad. Así un autor, que no obstante se titula filósofo, dice: «Medio siglo de paganismo presenta, sin comparacion, escesos más enormes que cuantos existan en toda la cristiana monarquia, desde que el cristianismo impera sobre la tierra (23).

Con efecto, ni aún entre los gibelinos más inhumanos no encontrareis un Domiciano ó un Caracalla; no hallareis en toda esta época una carniceria igual á aquellas que hicieron el clemente César en Amiens; Tito, delicia del género humano, en Jerusalen; ni una calculada devastacion como las que destruyeron á Tarento y á Cartago ó aniquilaron las bellas artes y la civilizacion de un pais, cual aconteció en Corinto y en Rodas. No vereis nada semejante á la noche de San Bartolomé, ó á la muda desolacion de la guerra de los Treinta años (24). Las proscripciones llevadas á efecto en los más florecientes años de Roma, no tienen nada análogo en la Edad Media, como no lo tienen tampoco los procesos de hechiceria multiplicados en el siglo de Leon X y de Galileo. La misma inquisicion no puede de ningun modo compararse á las persecuciones ejercidas durante tres siglos contra los cristianos con formas legales, ni á las que introdujo más tarde en España una política recelosa.

Si nos disgustan las violencias de los dominadores y el feroz libertinaje de los príncipes, podremos fijarnos y nos fijaremos en otra sociedad que contemporáneamente buscaba, no las conquistas de la fuerza, sino las de las ideas; que se mantenia junto al oprimido para sostenerle, para consolarle, mientras tronaba contra el poderoso en nombre del que juzga las justicias humanas. Derramaban los señores torrentes de sangre para arrebatarse algunas pulgadas de una tierra que debia cubrirlos á todos al dia siguiente: elevando la Iglesia su mirada hácia la patria verdadera, propagaba el amor del bien, de la sabiduria, de la piedad; enseñaba á orar, abria albergues á los afligidos, asilos á los proscritos, escuelas á los ignorantes: en medio de las cotidianas guerras intimaba la tregua y dirigia los tratados de paz; reemplazaba á los guerreros con monges; oponia á la soledad del señor la asociacion de los artesanos; á sus apetitos sensuales la castidad de los monasterios; al orgullo individual, atrincherado en las fortalezas, la humildad y el sacrificio para destruir la fuerza por medio, no de la espada, sino de la voluntad, doblegar la soberbia, no á la venganza, sino á la caridad, y hacer sentir al siglo el poder de la abnegacion; y convertia en sagrado y bendito el valor, ejercido antes en luchas fratricidas,

---

(22) En la bula de oro de 1222 se declara que la órden del rey no es válida si no ha sido aprobada por la nacion. El rey debia someterla á la asamblea reunida en la llanura de Bakos. Sino, todo ciudadano tenia derecho á oponerse á ella.

(23) FELLER, *Catecismo filosófico*, t. III, c. 6, par. 1.

(24) Wallstein y Gustavo Adolfo permanecieron á la vista uno de otro delante de Nuremberg por espacio de setenta y dos dias, sin venir á las manos. En este intérvalo de tiempo fueron víctimas del hambre y de las enfermedades diez mil nurembergeses, veinte mil suecos, y más de treinta mil imperiales. La Edad Media no ha usado nunca de tan fria crueldad.

dirigiéndolo á rechazar la media luna de las cúpulas de Constantinopla y de las playas de Sicilia, Mallorca y España.

Uno de los caractéres más marcados de esta sociedad religiosa es el haber tomado á su cargo los empleos de la sociedad civil y hecho por instituto lo que por decreto se introdujo más tarde. Si falta quien tuviese despejados y seguros los caminos, ella ponia cruces y tabernáculos para su salvaguardia. Si no hay hospederias, abre hospicios y ermitas. Si faltan socorros para la indigencia, distribuye la sopa á la puerta de los conventos. Las linternas encendidas delante de las imágenes piadosas, suplen durante la noche por el alumbrado de las calles; las partidas de bautismo, de casamiento y de defuncion por el registro de la poblacion: los mercados no están seguros más que en el átrio de las iglesias y el dia de la fiesta patronal: consérvanse los restos del saber en los conventos, donde los futuros sabios hallarán las únicas escuelas, y los aldeanos modelos de la mejor agricultura. No existen correos, pero religiosos y misioneros ponen á Roma en comunicacion con Islandia y el Catay, establecen congregaciones para recoger á los niños espósitos, para cuidar á los enfermos, para redimir á los cautivos.

Hé aquí donde nosotros buscaremos la moralidad. Partiendo de este principio, la fundacion de un convento, la institucion de una órden, el viaje de un misionero, nos interesarán tanto y más que los escandalosos desafueros de los reyes, ó los cambios de dinastias (25). Por otra parte el pueblo que acude siempre adonde cree encontrar justicia, simpatia y consuelos, amaba á aquellas religiosas repúblicas, en las que podian entrar los cristianos de todo pais y de toda condicion, sustrayéndose así á las bárbaras leyes bajo las cuales les habia hecho nacer la casualidad, para someterse á otras voluntariamente elegidas, á magistrados escogidos de comun acuerdo, y en las que desde los más humildes empleos podian elevarse hasta el papado. Nosotros nos complacemos en repetirlo mil veces, respetamos el voto, las afecciones y hasta las mismas antipatias del pueblo. Con estos sentimientos y bajo la inspiracion de la justicia someteremos nosotros á un nuevo exámen aquellos heróicos siglos, durante los cuales en todas las naciones europeas se esfuerzan la generosidad, el valor, la nobleza, la piedad de algunos individuos por remediar la falta de la justicia pública, al paso que el honor mitiga la tirania y que las costumbres suplen á las leyes.

Con tal sinrazon se consideran esos siglos como período de impotencia entre la antigua civilizacion y el renacimiento moderno, que hasta ignoro si podria demostrarse que hayan dejado estinguir nada de lo que existia más importante en la doctrina y en la ciencia de los antiguos. Tómase comunmente la palabra civilizado por sinónimo de instruido, y muchas personas se adhieren solamente á las letras: no hay duda en que son un poderoso elemento de civilizacion, que consiste en el talento, en la actividad, y en el ejercicio de todas las facultades y de todas las fuerzas del alma, pero no son las únicas; ahora la literatura es la que quizá ha contribuido más que nada á hacer que se desprecie la Edad Media. La de los antiguos era á no dudarlo maravillosa por la pureza esquisita de la composicion y de la esposicion, cualidades que agradan aun cuando sean falsas las ideas y revelen mediania ó ignorancia; pues lo bello es siempre objeto de un culto esclusivo; y debia ser así en obras destinadas á un pequeño número de lectores, á lo selecto de la nacion que pretendia no recibir de sus esclavos y clientes más que los escritos más perfectos, así como las mejores estátuas.

El diferente destino de la literatura moderna ha hecho que se preste menos cuidado á la forma, y que se descuide aquella union del arte y de la sencillez en la cual no tuvieron iguales los antiguos. Pero la razon preside á cada palabra, ilumina toda confusion, ordena las ideas, detiene las divagaciones: y arreglándolo todo con método y buen sentido, produce una austera precision, una límpida pureza y un progreso constante hácia el objeto.

En la Edad Media se habia perdido la correccion antigua, y el análisis moderno aun no se habia adquirido. Era una transicion sin arte ni forma, era un lenguaje indeterminado; tambien habia ingenios inejercitados. Pero para que una literatura adquiera un carácter propio y nacional, es preciso que la tradicion y la poesia hayan precedido á la historia y la crítica. Hubo en la Edad Media más abundancia creadora de imaginacion, que en ninguna nacion moderna sin esceptuar la Inglaterra; hubo profundidad de sentimiento y genio inventor, el cual es muy superior al talento que perfecciona. Los que quieran reflexionar encontrarán que las obras modernas de más estimacion y más originales, nacieron en la Edad Media ó recibieron su inspiracion de ella (26).

Es sin embargo verdad que la cultura de la imaginacion estaba separada de la de la inteligencia. Encontrábanse dos literaturas en presencia una de,

---

(25) Voltaire dice que los monges, frailes y órdenes religiosas no deben ocupar un lugar en la historia, por la misma razon que los antiguos no se detuvieron á hablarnos de los sacerdotes de Cibeles ó de Juno. Los traductores franceses de la *Historia Universal de los literatos ingleses*, le conceden que los templarios, los caballeros de la órden teutónica, de la de Malta, Calatrava, etc., *no deben sin duda formar parte de la historia;* pero quisieran que se esceptuase á los jesuitas y á los benedictinos, tan importantes en la sociedad; y le hacen la reflexion de que nuestras órdenes monásticas no se parecen á las antiguas. Esto se llama tener juicio sano á medias.

(26) Dante, Santo Tomás, Gersen, Ariosto, Tasso Shakspeare, Cervantes, Calderon...

otra, de las cuales, la una toda era de tradicion y de reminiscencia, y esforzándose por espresar las ideas nuevas con palabras anticuadas, no hacia más que demostrar su laboriosa impotencia. Cierto es que muchos talentos poéticos, conocian cuánta locura era separar las palabras de las ideas, la composicion erudita de la inteligencia popular, ¿pero hubieran recurrido á las lenguas vivas? carecian aun de la elasticidad que les ha dado el uso, y una preocupacion de los sábios las repudiaba. Su posicion era la de un escultor colocado en un pais donde le faltasen á la vez modelos, materiales y encargos.

Guardaban, pues, los mejores silencio ó se amenguaban; y la más elevada parte de la literatura permanecia del dominio de los talentos medianos, contentos de engendrar con imperfectos instrumentos, obras que no podian satisfacer ni el gusto ni la razon. Y sin embargo sino le desanimase á uno la forma, ¡cuánta vida moral é intelectual se descubre en ella! ¡cuánta riqueza! ¡cuánta originalidad! (27) Las letras conocieron más que nunca su sublime mision, dejando de alimentarse de frivolidades, no buscando el deleite pasajero de los oidos, sino adhiriéndose á las cosas prácticas y á los supremos intereses de la humanidad. Las Sagradas Escrituras fueron la base de todos los estudios, como que ningun otro libro se halla más generalizado; y por más que en el dia nos fastidie el verlos insistir de mil maneras en el mismo trabajo, ganó mucho el entendimiento humano con que, en vez de tener cada nacion un libro particular elemental, ocupase éste exclusivamente talentos tan diversos, y fuese considerado como el colmo de los acontecimientos terrenales; refrenando así la impaciencia que arrastra á edificar sin haber echado aun los cimientos. Sirvió de mucho el latin para las comunicaciones entre los diferentes pueblos, antes que las lenguas modernas se arreglasen y se conociesen mútuamente. Una doble actividad produjo que unos se entregasen á los estudios clásicos y otros á producir algo nuevo. En lugar de deplorar, pues, el olvido de la antigüedad, se tiene derecho á quejarse de que el demasiado respeto á ella, indujese á mirar con desden los ensayos originales y los monumentos patrios, de esta manera en las bellas artes la sublime majestad de la catedral gótica fué desfigurada por la imitacion del templo pagano.

Se desprecian las historias de aquellos tiempos, como *malas crónicas monacales*. Nosotros hemos confesado sus defectos; pero debe tambien decirse que sus autores fueron á veces príncipes, tales como Alfonso de España y Oton de Frisinga, tio de Federico Barbarroja, y muchas más veces hombres que habian tomado parte en los negocios, como Casiodoro, Beda, y Liutprando; y casi siempre las personas más instruidas de su tiempo. Si estienden poco la vista ¿por ventura, el usar un telescopio tosco y campo limitadísimo privó á Galileo y á Scheiner de realizar maravillosos descubrimientos en el cielo? Por otra parte ¿no es costumbre echar en cara al clero y á los monges su contínua intrusion en los acontecimientos mundanos? ¿Por qué, pues, se olvida esta acusacion cuando se quiere imputarles que narraban lo que no conocian?

Sin embargo, aunque los relatos sean hechos en lo interior de un claustro, parecen dictados por personas que, desde el puerto, juzgan mejor la posicion de aquellos quienes luchan con la tempestad en alta mar, y manifiestan, si no penetracion y grandes miras, á lo menos un sentimiento de justicia que no se encuentra entre los clásicos, á los que tampoco ceden á veces en fábulas y credulidad. Cuando al recorrerlos se despoja uno de las prevenciones escolásticas, agradan, pues aunque toscos, siempre se descubre en ellos al hombre: y se les lee con el mismo gusto con que se hablaria á ancianos honrados y llenos de recuerdos, al paso que á veces se fastidia uno del estilo pretencioso y pedantesco hasta de los más ilustres escritores.

Entre tanto la poesia, á pesar de separar demasiado los dos elementos indivisibles de la tradicion y la inspiracion, cantaba la patria, la fe y las ac-

---

(27) POLICARPO LEYSER, profesor de poética en la academia de Helmstadt, publicó la *Historia poetarum et poematum medii ævi decem, post annum a nato Christo* CCCC *seculorum*. Halæ Magdeb., 1721. Indica una disertacion suya *De ficta medii ævi barbarie*, que no he leido; pero en la obra anterior tacha de ignorante temeridad á los que, *quia nesciunt, negant extitisse viros eo tempore eruditione insignes*. Sin embargo, no habla sino de poetas latinos, lo propio que DUFRESNE, *Index scriptorum mediæ et infimæ latinitatis*, y FABRICIO, *Bibliotheca latina mediæ et infimæ latinitatis*.

A. EBERT, *Historia general de la literatura de la Edad Media* (aleman).

BERINGHTON, *Literary history of the middle age*, y GUINGUENÉ, *Historia de la literatura italiana*, conservan muchas preocupaciones de escuela, GUIZOT, en la *Historia de la civilizacion en Francia*, y VILLEMAIN, en el *Cuadro de la literatura de la Edad Media*, hicieron conocer desde sus cátedras las bellezas y el mérito de los escritores de la Edad Media.

TH. WRIGHT.—*Ensayo sobre el estado de la literatura y de las ciencias en Inglaterra en el periodo anglo-sajon*. Londres, 1839 (en inglés).

HARRIS, *Historia literaria de la Edad Media*.

J. J. AMPÉRE.—*Historia literaria de la Francia antes del siglo* XII. Paris, 1840.

La *Historia literaria de la Francia*, empezada por los benedictinos y continuada ahora por la Academia de las Inscripciones, es una mina inagotable que sin cesar esplotan tanto los extranjeros como los franceses.

Pueden consultarse además EICHHORN, *Allgemeine Gesch. der Cultur und Litteratur*, t. II; y los historiadores de la filosofia y de las ciencias, ANDRÉS, MONTUCLA Y TIRABOSCHI; THOMPSON respecto á la química, DELAMBRE á la astronomia, BOUTERWEK, KARTSNER, LIBRI, á las matemáticas, etc.

Hoy dia se buscan con ardor los monumentos de la literatura original de los tiempos medios y de los pueblos llamados bárbaros.

ciones generosas. Mal combatido en otro tiempo el espíritu sofístico por Sócrates y Séneca, volvió de nuevo á aparecer en las escuelas; pero la filosofía no se aplicó á debates ociosos; dirigió sus meditaciones hácia la sociedad y la mejora del hombre, para enseñarle lo que debia creer y hacer; abordó las cuestiones más espinosas con la libertad de que disfruta el que sigue un camino no señalado aun por huellas que impongan una deferencia servil. Cuando hasta nuestros dias se ha jurado por la pobreza de Condillac, los escolásticos se ejercitaban sobre el más vigoroso, y ciertamente, sobre el más docto pensador de los tiempos antiguos. En el campo de la filosofía, introdujeron en la doctrina de Aristóteles las únicas mejoras de que era susceptible; y aun cuando entre él y Platon, entre las realidades y las generalidades no hubieran hecho más que divagar en vanas sutilezas ó en conceptos oscuros, siempre hubieran preparado para la época moderna la fina lógica y la abstraccion poderosa.

Se dice que no existió allí la crítica; no temeria afirmar, sin embargo, que casi todas las cuestiones que se han agitado posteriormente, han dejado de tratarse en aquellos tiempos. Cuando el siglo de Leon X creyó en Anio de Viterbo, cuando el de la Enciclopedia creyó en Osian, ponia en duda el siglo XI las falsas Decretales. Pronunciábanse el rey Liutprando y el obispo Agobardo contra los duelos judiciales, contra las pruebas del fuego y del agua, á pesar del apoyo que á estas prestaban la preocupacion, la costumbre y las leyes; no querian se creyera que las tempestades eran producto de encantamientos. El monge Virgilio y Juan de Salisbury enseñaban el verdadero sistema del mundo y la existencia de los antípodas: en aquella época se atacó y defendió el poder temporal y espiritual de los papas; se combatió con argumentos y sátiras el abuso del monacato y de la falsa devocion; se examinaron las prerogativas de los reyes y los títulos de su autoridad; se afianzaron las bases de la organizacion social, resultando de aquí las únicas constituciones que han contado larga vida: todos los sistemas, todos los dogmas, todos los ritos, encontraron campeones y detractores; no dejando nada nuevo que decir á Lutero y á Socino las herejías políticas de Arnaldo de Brescia y de fray Dolcino, las filosóficas de Orígenes y Abelardo, y las religiosas de los albigenses y de Focio.

¿Qué será si se reflexiona que aquellos toscos antecesores nuestros civilizaron medio mundo; que pulieron y fijaron los idiomas nacientes, traduciendo á ellos el Evangelio; que compusieron himnos, los cuales se han cantado en los siglos más cultos; y que libertaron á naciones enteras de una licenciosa y feroz supersticion?

Faltóles sin duda mucho; pero nadie negaria á Alejandro el dictado de gran general porque no hubiera podido vencer en Leipzig ó tomar á Amberes, ni el de poeta á Homero porque se engañase en geografía y en astronomía. Existe entre la historia de la Edad Media y la de la antigüedad la misma diferencia que se nota entre sus edificios, por ejemplo entre el Panteon y la catedral de Milan con sus cien agujas y sus infinitos adornos, cada uno de los cuales agrada si se le observa separadamente; pero no reconoce en ellos unidad el que no refiera el conjunto á un pensamiento más elevado, que se manifiesta en el atrevido arranque con que se dirigen al cielo todas aquellas cúspides. Las obras maestras antiguas, como templos, estátuas, arcos y acueductos, así como el refinamiento del lujo y las comodidades de la vida, se encuentran en las ciudades; nada de esto existe fuera, si se esceptua alguna cabaña en la que se hacinaba por la noche á los esclavos, á costa de cuyos sudores vivian y gozaban los amos y los ciudadanos. Por el contrario en la Edad Media, el gran número de aldeas, los caminos de comunicacion, los castillos, las parroquias, y las alquerías, que á cada paso se encuentran, demuestran que, en una poblacion de ciudadanos que sabe proveer á sus propias necesidades, la solicitud del obispo, la predicacion del monge y la vigilancia del alcalde alcanzan hasta el último aldeano. No se vé allí, como entre los antiguos, la monarquía ilimitada, ni la general igualdad, que engendra pronto aquella; sino una vida universalmente repartida, y ensayos de estatutos y de legislacion tanto ó más importantes, en nuestro sentir, que las ciencias y las artes, cuyo despertar fué en muchos países la señal de la pérdida de las costumbres y del Estado. Nos parecen gigantes los héroes de la antigüedad, porque son perfectos en todas sus partes, ya lo deban á la constitucion de su patria, ó ya á los escritores que nos los representan; pero como su vida era completamente esterior, favorecian la marcha de los sucesos. En los de la Edad Media campea el entusiasmo; son héroes por convencimiento, por imaginacion; lo cual esparce una luz fantástica, una plenitud de vida por todas las cosas, hasta por los padecimientos. Trabajan, combaten y algunas veces no es posible distinguir en su conducta un fin político, sino el impulso del sentimiento, que solo busca la agitacion y las batallas para encontrar el reposo y la paz. Después, deseando poner un intérvalo entre las tempestades de la vida y el silencio del sepulcro, se encierran en sus castillos ó en los claustros.

No se deduzca de lo que antecede que tratemos de declararnos panegiristas de la Edad Media, y mucho menos que queramos resucitar sus instituciones. No, jamás rendiremos culto á ídolos de cuatro dias; ni fijaremos nuestra morada bajo techos que se arruinan, aunque recordemos con ternura que en ellos encontraron abrigo nuestros padres. Nada se echa de menos respecto de la Edad Media, no habiendo tampoco nada que imitar acaso; pero sí hay mucho que aprender de ella, y nosotros solo tratamos de disponer los ánimos, para que se la pueda apreciar mejor, á consagrar más

justicia al estudio de aquellos tiempos tan mal conocidos y peor apreciados, á reparar la injusticia de aquellos que le atribuyen todos los males que encuentran en lo pasado, cuando quizá les habian sido legados por tiempos anteriores ó constituian una transicion indispensable hácia lo mejor. Creemos que las edades se perfeccionan sucediéndose las unas á las otras, que nuestra situacion de hoy es preferible á la Edad Media: pero en la Edad Media se prepararon y realizaron en gran parte los progresos á que debemos nuestra superioridad sobre los antiguos. Es la gestacion, incómoda pero necesaria, y que es preciso juzgar por los resultados. En la infancia inconsiderada, rica de imaginacion, que conoce apenas el objeto que se propone, que gasta sus fuerzas en vanas y hasta en ridículas tentativas, que calcula y recuerda poco; pero que lo inventa y aprende todo, hasta el idioma; que se complace en los cantos y en lo maravilloso; que se agolpa á las universidades, conservando frescas en su memoria las lecciones morales que mamó en el regazo materno, se engaña lealmente, pasando pronto al arrepentimiento.

Un número demasiado grande de causas perturbadoras hicieron que en aquella época no se mostrase lo bueno y lo grande sino parcialmente; pero el movimiento moral, la reforma práctica del cristianismo, lejos de perecer tomó un vuelo más libre, y con su poder civilizador, el ejemplo de las franquicias legalmente adquiridas, y tenazmente defendidas, la diaria esperiencia y los consuelos tributados á todo infortunio, consiguieron hacer surgir un nuevo mundo, una nueva vida de los ingenios y del sentimiento, un rumbo distinto para la imaginacion, otro poder para las inteligencias. Esto llama la atencion de todo aquel que no fijando solo su mirada en los conquistadores, se interesa por el mayor número, por el pueblo; aunque este solo puede ser comprendido por aquellos que comen su pan, por los que sufren y gozan con él, participando así de sus esperanzas como de sus temores, y de sus maldiciones como de sus bendiciones. Solo aquellos que hayan hecho todo esto podrán apreciar con justicia instituciones que proveian á las necesidades de los más débiles, y un poder que protegia en todas partes la justicia y la moralidad; solo aquellos podrán juzgar acerca de las ventajas y desventajas que existen entre la Edad Media y la moderna, que empezó por un bofeton que dió el ministro de un rey al gran sacerdote representante del pueblo.

Los literatos que se resignan á tantas abstracciones y restricciones por elogiar á los antiguos, tendrian que emplear el mismo método respecto de la Edad Media para confesar que ciertas instituciones fueron oportunas en ciertas épocas y en ciertos grados de civilizacion, y para convencerse de que aquel que elogia el bien producido en otro tiempo por aquellas instituciones, no quiere decir por eso que fueran aplicables á otros períodos de la vida social.

Si espusiera en toda su desnudez los horrores de la revolucion francesa, se me opondria la necesidad de esta reaccion y la utilidad que resultó de esta nivelacion verificada por el hacha del verdugo. ¿Por qué no se han de tener los mismos miramientos respecto de una época que fué la cuna de la sociedad y de las costumbres modernas, y á la que se deben los idiomas, las literaturas originales, los más nuevos y grandiosos monumentos, las familias históricas y la edad heróica de las naciones europeas? Pero el conocimiento de aquel tiempo no es solo un objeto de curiosidad ó una materia de ciencia, es por lo menos tan interesante para nosotros como la de nuestro siglo, de nuestros derechos y de los medios de obtenerlos, de nuestras necesidades y del modo de satisfacerlas. Vénse allí, más bien que en la historia de los imperios, en donde el error de un monarca decide de la suerte de millones de súbditos, aquellos monumentos que nos enseñan lo que constituye la dignidad y la felicidad del hombre.

Tal es la idea que tenemos formada de la Edad Media, después de haber leido á los historiadores y examinado los materiales que nos quedan de ella: ¿pero cuál es el historiador que ha tratado de narrarla en su conjunto, y segun conviene á los progresos de la civilizacion? Si la juventud pidiese una historia de la Edad Media, ¿cuál será la que le presenteis?

Escribirla seria, pues, una empresa grande, útil y generosa para los ingenios que ilustran la Italia. Y yo, débil pero perseverante hormiga, solícito en rebuscar el campó que otros han segado, disponiéndome á describir la época de las convicciones y de las obras, en un siglo en que se han puesto á discusion todas las creencias de los tiempos pasados, sin hallarse aun aseguradas las de los venideros, de suerte que la indiferencia y el fastidio que engendra la duda, no permiten comprender la frescura, el ímpetu, la serenidad producidas por la fe, y disponiéndome á narrarla á una patria donde no hay opinion que no sea tachada juntamente de vil y subversiva, de claustral é irreligiosa, de ignorante y astuta; siento ya aumentarse los silbidos de la petulante mofa y los ladridos de la mal intencionada soberbia. Pero me agrada mantener erguida una frente que no tiene por qué ruborizarse ante aquellos que satirizan ó calumnian, que compran ó que se venden, que tiemblan ó infunden terror; y en vez de disimular mis sentimientos, creo preferible explicarme con claridad y arrostrar con la visera levantada la tirania de las preocupaciones.

La historia eclesiástica se posesiona en los siglos en que estamos del lugar que ocupa la historia romana en los precedentes, y nos detendremos mucho en lo que á ella concierne. No habrá ya persona, segun creemos, que la considere como tarea correspondiente ó privilegio esclusivo del clero: ¿por qué el seglar no ha de penetrar hasta el umbral sagrado, y juzgar en el á los hombres y

las cosas con la franqueza y el respeto razonado que ya es tiempo de sustituir al desprecio fútil ó á la ciega idolatria?

Porque el cristianismo, inmutable en la esencia, no lo es en las formas con que se da á conocer; y sin embargo de conservar la misma fe, la misma esperanza, igual amor, se acomoda á los pasos sucesivos de la humanidad. En los primeros siglos combatió con la sangre y las doctrinas para construir una sociedad nueva sobre las bases derruidas de la antigua: en el siglo XVII mostró la armonia de la ciencia y de la sociedad en la verdad, y abrazado con ojos serenos como eje del mundo, dió reglas á la inteligencia, donde tenia su asiento: en nuestro siglo está llamado á curar dolores, desconocidos á las profundas creencias de las pasadas edades, y á ofrecer en la fe un puerto á las doctrinas exageradas, á las estériles agitaciones, á las amargas ilusiones de la inteligencia. En la Edad Media le faltaba aquella serena grandeza y esta magnífica regularidad; á una gente tosca y sensual hubiera parecido insuficiente el austero tipo de la cruz desnuda de todo adorno; y se queria que la religion se mezclase en todos los actos de la vida, en las visiones de la fantasia, en las aspiraciones del corazon; que ganase al hombre por medio de los sentidos, de donde provinieron las manifestaciones sobrenaturales, el gran número de milagros, multiplicados sin duda por la credulidad, pero eficacísimos en los designios de la Providencia (28).

Era dura, pero estaba asegurada la vida del pueblo: el desbordamiento de un rio bastaba para afligir una provincia, la animosidad de dos castellanos para devastarla: las hambres se sucedian con frecuencia, y más aun las guerras. Las infelices poblaciones aglomeradas al lado de los castillos ó agrupadas al rededor de los monasterios, hubieran perecido de inaccion y de servidumbre, si la imaginacion, ilustrada desde lo alto, no hubiese ensanchado aquel pálido horizonte, haciendo variar de aspecto á esta vida llena de miserias y tormentos, con la vision de celestes resplandores. Multitud de desgraciados, reducidos por la fuerza á una condicion inferior á la de hombres, se elevaban por medio de la fe hasta nivelarse con sus amos; visitados en sus padecimientos por ángeles y santos, vivian en un comercio confortativo y contínuo con el mundo invisible; y la naturaleza silvestre, santificada por la presencia de Dios y de su madre, les ofrecia inefables consuelos y armonias desconocidas, y les suministraba el pan del espíritu aunque faltase el del cuerpo. Las leyendas, únicas historias de los siglos XI y XII, nos presentan á menudo esta escena; depresion y miseria material en la multitud y á la par plenitud de vida religiosa hasta rayar en delirantes exaltaciones. En una palabra, no es posible comprender aquella edad, sino con su perpétua mescolanza de las cosas eternas con las contigentes, de lo invisible que gobierna con lo visible que es gobernado.

Aunque en la Edad Media sea menor la credulidad que en la antigüedad, tendremos abundancia de milagros y de supersticiones que la crítica rechaza y la religion reprueba. Yo los referiré á menudo, porque pintan la índole del tiempo y ejercen influencia en los acontecimientos. Pero si yo refiero que en el cuarto sitio de Constantinopla la Vírgen Maria recorria las murallas para animar á sus defensores, al paso que el derviche Seid-Bekar subia al cielo para saber de Mahoma los medios de ganar la plaza, se dirá ¿qué creo en el primer milagro como en el segundo? He referido con exacta igualdad y la misma intencion los augurios y los auspicios paganos como tambien los prodigios de Serapis y de la Madre Idea. Que no se nos considere idólatras si como Sócrates sacrificamos un gallo á Esculapio. No me espantaré del cargo de supersticion: es por lo comun dirigido á los que son sus mayores enemigos, á los más sinceros cultivadores del germen que Dios ha plantado en la tierra, la libertad del pensamiento, la pureza de la adoracion.

Siempre que he podido, he disimulado la fatiga que he esperimentado en corregir errores ó en enmendar la argumentacion agena: me he satisfecho con demostrar la verdad de lo que decia. Sé que se me hace un cargo por separarme demasiado libremente de las opiniones de grandes autores; pero por la misma circunstancia de que son grandes, los combato con franqueza y digo: Si hombres de tantos estudios, rectitud y paciencia se han engañado, ¿por qué no me he de engañar yo tambien á mi vez? Y me animo á fin de no usar con respecto á mí, ninguna de aquellas indulgencias á las cuales puede un autor prestarse tanto más á sí mismo, cuanto que por lo regular pasan desapercibidas de la mayor parte de los lectores, para no esquivar ninguna de las cuestiones que se encuentran á cada momento y de las que se creen dispensados con frecuencia los historiadores. Hay objetos que, vistos de lejos espantan; pero nosotros haremos como un padre prudente con el niño que se asusta de los cuentos de su nodriza; le acerca al objeto que le espanta y se lo hace tocar. Sé que las voluntades individuales y convicciones tienen gran necesidad de vigor para rebelarse contra ciertas opiniones comunes, ante las cuales se inclina comodamente la indolencia, pero tal vez conseguiremos nosotros destruir alguna de ellas, atreviéndo-

(28) Voltaire reprende del modo siguiente á los que se rien de todos los milagros y del culto que se les ha tributado: «Podian todos esos autores observar que tales instituciones no perjudicaron á las costumbres; que deben ser el objeto principal de la policia civil eclesiástica, que probablemente las imaginaciones férvidas de climas cálidos necesitan signos visibles que las pongan sin cesar bajo la mano de la divinidad; y que en fin estos signos no podian abolirse sino cuando fuesen despreciados por el mismo pueblo que los reverencia.» *Ensayo*, cap. 183.

Véase tambien á MUZZARELLI, *Buen uso de la Lógica*, en que trata de aplicarla á los milagros.

nos á atacarlas de frente y considerando al hombre y á la sociedad, no bajo un solo aspecto, sino en el conjunto de la capacidad, de las circuntancias, del corazon, de los medios y de las acciones.

Aunque tenga por costumbre esponer juicios libres y francos, sin temer los improperios reservados para el que no quiere abandonarse á la corriente, sin embargo, más de una vez deberé narrar hechos sin sacar de ellos consecuencia alguna, ó bien deducirlas más ámplias ó diversas de las premisas. Es injusticia ó exceso exigir al que camina por encima de chispas engañosas la exactitud en todos los pasajes; y es infamia dirigirle en alta voz preguntas á las cuales no puede contestar sino muy bajo. Hágalo así en buena hora el que estribe en esto su arte y su cálculo; el que está dotado de sano juicio y lealtad, lee de los libros hasta las páginas en blanco, y aprende á interpretar el lenguaje de los hechos, que es el único verdadero. Para que esto se notase con más claridad, me he abstenido del uso introducido actualmente, y que consiste en hablar con el tono de un oráculo, en generalizar las consecuencias de acontecimientos particulares y accidentales, en aglomerar inepcias á fin de que adquieran importancia, creando de este modo sistemas, alabados porque son vagos, nebulosos é incomprensibles, y porque invierten el órden de las celebridades y trastornan los juicios ya autorizados. Algunos saltaron de la árida y descarnada erudicion de una época á lo lírico y cerniéndose entre cielo y tierra llevaron la historia del dominio del análisis y de la observacion precisa al del atrevimieuto sintético. Después de Vico es cuando varios de ellos, sobre todo en Alemania, han pretendido de esta manera reconocer en cada hecho la señal de una idea, confundiendo las contingencias dél mundo esterior con la estabilidad de lo ideal invisible. Los que me han seducido cuando los he leido, me han disgustado estudiándolos; algunos me han parecido absurdos, otros aéreos, la mayor parte ininteligibles, todos nocivos á la verdad, que alteran para adaptarla á sus caprichos. He sacado en consecuencia que el mejor sistema es el que espone con órden la verdad y las consideraciones que se unen á ella. Poco importa que el método parezca antiguo; los espíritus inteligentes comprenderán que he aplicado á él segun mis fuerzas, todo lo que me han suministrado digno de aprovecharse en los estudios recientes y además el fruto de los mios.

No he querido tampoco afiliarme en una escuela que queria hacer poética la historia, y que á falta de historiadores filósofos contemporáneos, da á las relaciones el colorido local, segun ellos dicen, siguiendo paso á paso los autores originales, y aun copiándolos. Es una reaccion contra el desprecio en que estos habian caido, y debemos confesar que á veces resalta de allí el verdadero sentimiento de una época. Pero, independientemente del peligro de dejarse seducir por la poesia de las crónicas, semejante método se avendria mal con la historia universal, que no debe verse precisada á cambiar de estilo segun los autores y los paises, consistiendo su principal mérito en observar á toda la humanidad con igual interés y á la misma altura.

Menos todavia me agradó esa otra escuela particularmente dedicada á referir los sucesos modernos, y que por parecer narradora imparcial de los hechos, reniega de los sentimientos de cristiano, de ciudadano y aun de hombre, y hasta desluce la verdad cuando la dice. Al oirle como narra con la frialdad de un cirujano acostumbrado á operar, que describe la autopsia de un cadáver, causa asombro como acontecimientos referidos con tanta calma han podido trastornar el mundo. He tratado de evitar tanto el sentimentalismo como la cólera ampulosa; pero existen páginas que he escrito con las lágrimas en los ojos, desgracias que me han arrebatado el sueño, é injusticias consumadas que me han agitado no menos que las presentes y personales.

Sin embargo, el libro y el método deben justificarse por sí mismos; y si he creido necesario decir qué conducta me propongo observar, á los lectores incumbe decidir si he obrado bien; si he acertado en preferir el órden de las ideas á la exactitud de los tiempos, y en no romper el encadenamiento general de los hechos por sujetarme á la cronologia; y hasta qué punto he logrado mi objeto de asociar los intereses de la memoria, del entendimiento, de la razon y del corazon.

Existe y vocea una multitud de lectores á quienes solo agrada la exageracion de las pasiones, el estrépito de palabras simpáticas, la parcialidad de los juicios, disfrazada con el mentido nombre de franqueza. Me glorio de escitar su desagrado; porque los hombres que dirigen sus esfuerzos hácia el porvenir, deben naturalmente repugnar á los que echan de menos lo pasado y procuran reanimar los carbones apagados en los altares de las divinidades degradadas. Veo y conozco los defectos de lo pasado, y los relato, no como un cortesano que lisonjea los vicios de su señor (no tengo señor), sino como un amigo que conoce los lazos por los cuales el mal se une al bien en el corazon de su amigo. Sí, es verdad que nosotros somos mejores que nuestros padres; y aunque comunmente lo somos más que en hechos en palabras, las palabras acabarán por producir los hechos; pero el medio de conseguirlo no es el de idolatrar ni vilipendiar lo pasado; y sí, entre los errores transitorios y las mejoras permanentes, examinar el progreso y sus modificaciones, y sacar provecho de tal estudio, conocer el mal, y aprender en las tentativas que se han hecho para impedirlo, á evitar la necesidad de otras nuevas, averiguando hasta donde pueden arrastrar la tirania, la discordia, la inflexibilidad de los principios, conocer donde se halla el bien, sufrir los males que son inevitables sin inercia y confiadamente, acordándose de que la moderacion es uno de los caractéres de la fuerza.

Tal es el objeto á que aspiro, objeto que me esforzaré por alcanzar buscando y esponiendo en la historia la verdad, la exactitud moral, la dignidad del hombre, las ideas más generosas, sin dejarme seducir por fantasmas de honores y de gloria, ni espantar por títulos, con que la impudencia pueda zaherirme. Cuando se ridiculizaba á Mirabeau, respondia: *No lo acepto.* Yo creo haber escrito lo bastante, y hecho lo bastante, para no temer los ataques de la crítica abyecta, y quizá viva suficiente tiempo para ver desengañarse á los hombres sinceros. En último resultado apelaré al tiempo, juez tan infalible como paciente, y á la juventud que va creciendo con ideas mejores.

Esta es la confianza que me ha sostenido hasta ahora y que aun me sostendrá á medida que avance en una senda en la que el asunto y los hombres multiplicarán contra mi tinieblas y espinas. Pero ¿acaso puede alcanzarse el bien sin peligros y amarguras? Las tempestades, á la par que agitan el mar, lo elevan. Empecemos, pues, nuestro segundo viaje, con vista menos serena pero más clara y dilatada, con menos ilusiones pero más esperiencia, con menos fantasia pero más estudio, murmurando dos palabras que nos sirvan de consuelo para todos los disgustos, de respuesta para todas las enemistades, y de remedio para todos los quebrantos. Cuando el peregrino árabe atraviesa el desierto, donde el camino conserva huellas marcadas por los huesos de los que le han perecido precediéndole, y por los pozos que manos benéficas han abierto para saciar la sed de los futuros viajeros, si se encuentra sorprendido por el homicida simoun, se arroja al suelo y aguarda: una vez pasado el azote, se levanta y continua su peregrinacion en medio de las fatigas y privaciones de todas clases, sin un brazo en que apoyarse si vacila, sin una compasiva mirada si cae: va solo, y no obstante, cantando, acompañado de su valor y de su esperanza.

LIBRO OCTAVO

EDAD MEDIA.—Mundo oriental.—Justiniano.—Los Códigos.—Cosroes.—Heráclito.—Mundo bárbaro.—Ostrogodos.—Longobardos.—Visigodos.—Francos.—Sajones.—Mundo cristiano.—Papas.—Conversiones.—Doctrinas.

CAPÍTULO PRIMERO

ESTADO DEL MUNDO.

El desmembramiento del imperio de Occidente cambió poco la condicion de los paises que de él formaban parte, á escepcion no obstante de la Italia, porque, ya bajo el reinado de los últimos emperadores, yacian aquellos sometidos ó al poder de los invasores extranjeros ó al derecho del más fuerte. Sin embargo, este acontecimiento es de estremada importancia en la historia, en atencion á que destruyó hasta de nombre la unidad que durante seis siglos habia abarcado el mundo, que desbarató la forma de la antigua civilizacion y cedió el puesto á una nueva, en la que la mayor parte de los elementos eran nuevos.

Imperio griego.—No se resintió el imperio de Oriente de aquel golpe; antes bien se regocijó quizá por consecuencia de una envidia inveterada y porque se creia seguro de la monarquia del mundo. Comprendia el Asia Menor y la Siria hasta el Éufrates, y más tarde la Cólquide y gran parte de la Armenia. En Africa solo tenia el Egipto: del litoral se habian apoderado los vándalos; pero poseia en Europa la Tracia, la Macedonia, el Epiro y la Grecia. Las provincias dependientes en otro tiempo de Roma, como algunas de España, otras de Africa y muchas de las Galias, que todavia no habian sentido el yugo de los suevos, de los vándalos, de los visigodos ó de los francos, aflojaron, sin romperlo, el lazo que las habia unido al imperio de Oriente: hasta los paises invadidos consideraron la dominacion de los bárbaros como un hecho, y para ellos el derecho permanecia al lado de los emperadores que eran los sucesores de los césares.

Parecia confirmar esta dependencia el nombre de romanos que daban los conquistadores á los vencidos, como lo hicieron posteriormente los turcos en la Grecia; pero en las comarcas distantes no producia esto efecto alguno, porque disimulando los emperadores su indolencia bajo una máscara de orgullo, reputaban como bárbaras á las provincias occidentales: ignoraban su idioma y sus intereses; y sin medios para defenderlas, sin ninguna solicitud para que fueran bien administradas, abandonaban su gobierno á hombres ricos ó á senadores que, bajo el título de condes, eran independientes de hecho, con la única condicion de ser sumisos de palabras á lo sumo se contentaban los emperadores con un vano alarde de supremacia respecto de los reinos vasallos en otro tiempo, y reconocian á todos los nuevos príncipes á quienes alzaban sobre el pavés sus soldados.

Acontecia de bien distinto modo en Italia, la cual prestaba obediencia á Odoacro, ó más bien á su formidable alabarda, y á la de sus mercenarios compañeros. Considerada como cuna del imperio hallábase de contínuo agitada por las sordas intrigas de los griegos ó por sus guerras declaradas, que le arrebataban el sosiego sin restituirle la libertad. Al estallar la tempestad sobre ella tuvo algun reposo Constantinopla; pero otras hordas llegaron alternativamente á amenazar ó á defender la ciudad griega; mientras que cerca de ella se en-

grandecian los reyes persas y hacian respetar el nombre de los Artajerjes hasta el Indo por el lado de Levante y hasta el Tigris por el lado de Poniente.

Puede decirse que toda la Europa y una porcion del Africa estaban á la sazon habitadas por los germanos, quienes, sin otro vínculo que la comunidad de orígen y de idioma, iban y venian por un movimiento contínuo de Constantinopla hasta Irlanda, con el único objeto de buscar aventuras, botin, poder, venganzas y una patria; combatiendo á sueldo de los reinos establecidos ó fundando otros nuevos, y llevaban de Cartago á la Escandinavia noticias sobre las riquezas ó la debilidad de un pais.

Vándalos.—Entre las tribus germánicas eran los vándalos los menos civilizados: trasladándose de España á Africa se habian aumentado hasta poder armar ciento sesenta mil hombres: aquellos devastadores, estinguiendo la civilizacion en la patria de Magon, de Cipriano, de Agustin, rica antes con ochenta millones de habitantes, habian dejado apenas la décima parte, que temblaba al nombre de Genserico. Estendíase el poder de este caudillo desde las costas del Atlántico hasta la Cirenáica; enviaba sus escuadras á recorrer el Mediterráneo y á avasallar las islas; tanto que los septentrionales dieron á este mar el nombre de Vandálico *(Wendelsee)*, y la Italia veia todos los años á la ardiente Libia vomitar sobre ella los furores del Cáucaso (1).

Visigodos.—En otro lugar hemos hablado del orígen de los godos (Lib. VII, cap. 2): basta recordar aquí que de ellos se hicieron dos grandes divisiones, á saber: ostrogodos ú Orientales, y visigodos ú Occidentales. A las órdenes de Eurico fundaron los visigodos (466) un poderoso reino entre el Loira, el Ródano y los Pirineos *(La Aquitania)*; desde allí se derramaron por España, ya invadida y dominada por los vándalos, los alanos, los godos (2), y la ocuparon enteramente á escepcion de la Galicia y el Norte de Portugal, donde se mantuvieron los suevos. Estos últimos eran católicos, si bien permanecian salvajes y feroces, no habiéndoles permitido sus contínuas guerras adquirir las artes de la civilizacion. Al revés, los visigodos eran arrianos; así el clero católico solo con gran trabajo podia conservar la pureza de la fe entre los vencidos refugiados en las ciudades, ó reducidos á la esclavitud en los campos.

Borgoñones.—Al Oriente de las Galias separaba el Ródano á los visigodos de los borgoñones, que habian ocupado lo que es actualmente la Suiza occidental al tiempo de la primera conquista; Aecio les abandonó enseguida la Saboya, y después de su muerte se estendieron por las dos Borgoñas, por el Lionés, el Delfinado y la Provenza hasta el Durenza. En aquel territorio fué donde, habiendo reunido Gundecaro en un solo pueblo las diseminadas tribus, fundó el primer reino de los borgoñones (413). Tanto él como sus sucesores residian unas veces en Vienne, otras en Lion y algunas en Ginebra; como los reyes visigodos, que se establecian en Narbona, en Burdeos, y más á menudo en Tolosa, sin que por eso dejaran los magistrados romanos de administrar justicia y mantener la disciplina con sujecion á las leyes del imperio.

El territorio que ocupaban era recorrido por sus ganados ó cultivado por sus esclavos, con el descuido propio de personas prontas á abandonarlo de un momento á otro. De todas maneras, cuando los demás conquistadores teutónicos no arrebataban á los vencidos sino una tercera parte de las tierras, los borgoñones les tomaron la mitad de los dominios y de los esclavos; indicio en ellos de renunciar á las costumbres vagabundas para entregarse á la agricultura: parece tambien que no asesinaban á los naturales y no destruian los monumentos romanos.

Bretones.—Habia recibido ya la antigua Armórica colonias bárbaras, y pronto debia recibir otras que le dieron el nombre de Bretaña. Un estrecho espacio, circunscrito por el Sena, el Oise y el Loira, conservaba aun las formas romanas, y con ellas la independencia bajo la administracion del clero, de los nobles y de la autoridad municipal.

Francos.—Superaban á todos estos los terribles francos, que hácia la mitad del siglo IV habian ocupado las provincias belgas y parte de las islas bátavas, y después todo el territorio hasta el Sena y el Mosela. Los sálios, denominados así tal vez del rio Sala ó Isala *(Issel)*, en cuyas orillas se establecieron primero, se adelantaban al sudoeste en la Bélgica y en la Galia; al paso que los ripuarios, á quienes su residencia en las riberas del Rhin habia hecho que se les denominase de esta manera, se estendian hácia Poniente entre este rio y el Mosa, hasta la selva de las Ardenas. Un siglo de combates con los romanos no les habia quitado su ferocidad ni librado de la idolatria.

Abandonada á sí misma la Gran Bretaña habia tenido que sufrir nuevos dueños ó señores.

Germania.—En la Germania, propiamente dicha, entre el Elba, el Danubio y el Rhin, las tribus habian cambiado con más frecuencia de lugar que de condicion y civilizacion, desde que habian sido descritas por Tácito y Tolomeo. En las orillas del mar septentrional habitaban los frisones, los anglos, los jutos y los sajones, que, escedian á todos en poder y dominaban el pais entre Eider y el Ems.

Turingios.—Al Mediodia de estos se acampaban los turingios y los longobardos. Confundiendo al-

---

(1) *Hic vandalus hostis*
Urget, et in nostrum numerosa classe quotannis
Militat excidium; conversoque ordine fati,
Torrida caucaseos infert mihi Byrsa furores.
SIDONIO APOLINAR.

(2) Vandalusia (Andalucia), Gotalania (Cataluña) etc.

gunos historiadores á los primeros con los godos tervingios al servicio de Atila, dicen que después de su muerte permanecieron á orillas del Saal, desde donde se trasladaron después á las del Dniester y del Danubio y desde allí á la Nórica; pero parece más verosímil que los turingios, eran de otro orígen, tal vez del mismo modo que los hermanduros de los latinos. Sea como quiera, pocos de ellos tomaron parte en las escursiones de los demás germanos; pero cuando sus vecinos se debilitaron por las emigraciones, se derramaron en el corazon de la Germania, hasta el punto de estender su dominacion sobre el Rhin, el Danubio y el Harz que los separaba de los sajones. El primero de sus reyes de que se hace mencion, es Meerwig, hácia el año 426.

Longobardos.—Desde la Turingia hasta Langrés en la Champaña habitaban los alemanes, que si bien al poco tiempo llegaron á ser vasallos de los francos, debian no obstante trasmitir su nombre á toda la Germania. Abandonaron los longobardos las riberas del Elba por las del Danubio; los gépidos habitaban el pais entre este rio y los montes Karpatos, mientras que la Panonia era ocupada por los ostrogodos. Habíase vuelto á poblar la Nórica *(Austria* y *Moravia)*, gracias al cultivo de los campos y á los cuarteles de las legiones, y se la consideraba tambien como un plantel de soldados, pero las incursiones la devastaron, y con la nacion romana se establecieron en ella los rugios, de modo que cuando se habla de nóricos y de panonios conviene entender que se trata de una nacion medio romana, sino en las instituciones, en la sangre. Los hérulos, procedentes, segun quieren algunos autores, de la fabulosa Escandinavia en el siglo III, pero á quienes encontramos nosotros en el mar de Azof, participaron de la expedicion de los godos, adelantándose hasta los confines del imperio, para el cual fueron aliados peligrosos que lo aniquilaron á las órdenes de Odoacro. En el siglo V otra horda de hérulos, guiada por Rodulfo, se apoderó de la Alta Panonia é hizo tributarios á los gépidos y á los longobardos; pero habiéndose sublevado estos últimos, mataron á Rodulfo, y destrozaron de tal suerte á los hérulos, que algunos imploraron de Anastasio un asilo en Iliria, y volvieron á la península escandinava ó se confundieron con las demás naciones.

Boyos.—La Bohemia, pais enclavado entre los Sudetos, el Erzgebirge y la Sumava ó Bomenwald, recibió su nombre de los boyos, que lo ocupaban antiguamente. Tal vez los tauriscos de Estiria y de Carintia y los escordiscos de Hungria, no son sino ramas del mismo tronco, como tambien otros que encontramos en Gergovia, en la Aquitania, en los alrededores de Parma, de Módena, de Ferrara, de Bolonia y en el Franco-Condado, donde César les permitió establecerse. Los boyos en el principio de la gran invasion, desembocan de la Bohemia, se mezclan con los rugios, los hérulos y otros teutones, en la Nórica y en la Vindelicia y forman la liga de los boyaros ó bávaros, bajo cuyo nombre permanecieron entre el Danubio y los Alpes, el Elms y el Lech.

Eslavos.—En el momento en que desaparece el poder de Atila, se presentan en el Oriente de la Europa las razas eslavas, familia numerosísima, cuyo imperio se estendió desde el Adriático hasta el mar Glacial, del Báltico al Kamschatka, y cuyo idioma se habla en el dia por setenta millones de hombres. Acerca de su orígen y de sus primeras vicisitudes hablaremos en otro lugar (Lib. X, capítulo VIII); bástenos decir aquí que las razas eslavas son distintas de la germánica, como tambien de la mogola y la madgiar; y que las primeras de sus tribus que se mencionan son los antos, á orillas del Dnieper, del Dniester y del mar Negro; los venedos, al Sur del Báltico; los eslavinos, cerca de los manantiales del Vístula y el Oder. Pertenecian á los venedos los obotritos, los vilsos, los luticios, los pomeranios, los moravos, y los cescos, que después se denominaron bohemios, y los lesquios que posteriormente se llamaron polacos.

Mas allá del territorio habitado por los eslavos vivian tranquilas é ignoradas otras naciones en los paises que forman actualmente la Prusia y la Lituania, á saber: los estianos, que enviaron ámbar amarillo al rey de los ostrogodos Teodorico; los samogitios, los galindos, los vidivarios. Más al Este residian pueblos de raza finesa. Su historia nos obliga á fijar nuestras miradas en el Asia Central, para observar allí y seguir de Levante á Poniente aquel movimiento que, en tiempos más antiguos, habia empujado hácia Europa á los pelasgos y á los cimbros de orígen galo, á los eslavos y á los germanos de orígen escítico.

Asia Central.—La nacion que por el tiempo de Abraham invadió el Asia occidental, y que se separó formando dos divisiones, entrando una en Europa y replegándose la otra hácia el nordeste del Asia, debia ser de raza finesa. Algunos residuos de la primera (únicos pueblos de raza semítica que habian sentado el pié en Europa) permanecen todavia en la Laponia, en la Finlandia, en la Suecia y en el Norte de la Noruega, donde penetraron por el paso abierto entre el Cáucaso y el Euxino.

Seria imposible señalar el camino seguido por aquellos que se dirigieron hácia el nordeste del Asia, en la escasez absoluta en que estamos de noticias europeas, si los chinos no nos suministraran luces sobre este punto. Al oeste del grande imperio del Centro se ven aparecer desde los primeros tiempos históricos naciones tibetanas, tales como los san-miaos ó tres-miaos, que, repelidos de la China, de la que fueron constantes enemigos, se retiraron hácia las encumbradas montañas del Chen-sy y posteriormente fueron llamados kiang.

Tres siglos antes de Jesucristo una nacion tibetana, llamada Yue-chi, habitaba entre el monte Nan-chan y el Huang-ho superior; habiendo vencido á los yung-nu se estableció al Sur de Nan-

chan, bajo el nombre de pequeños yue-chi, á la par que otros se reunieron al occidente del Asia central bajo el de grandes yue-chi (155 después de Jesucristo) y habiendo cruzado estos últimos más tarde el Yaxartes rechazaron á los alanos hácia el Occidente, y ocuparon la Transoxiana y la Bactriana: de este modo se estendió su vasto reino hasta el de los partos. Continuamente inquietados en aquel territorio por los yung-nu, pasaron al Cabul, al Candaar y á las dos orillas del Indo: los antiguos conocieron aquel pueblo bajo el nombre de indo-escitas y nosotros los llamamos afghanes (3).

Los hiang-yun, que bajaron del grande Altai, fueron llamados en el siglo III por los chinos yung-nu, detestables esclavos. Algunos de ellos se encaminaron hácia el Oriente hasta la cordillera de Bolor, donde tienen nacimiento el Oxo y el Yaxartes: otros condujeron á pastar sus rebaños al sudeste de la vertiente septentrional de Chen-si: de ellos salieron diferentes pueblos conocidos bajo el nombre de tu-kiu, tieles, uguros, oeyos, tukichi, gaznevidas, seljúcidas y actualmente otomanos.

Al norte de Jenisei superior habitaban los samoyedas, nacion oscura; y al Oriente de éstos, en rededor del lago Baikal, las tribus nómadas de los tatas, tronco de los mongoles. La mezcla de los sian-pi con los yung-nu en la Mongolia oriental produjo diferentes pueblos, á los cuales fué comun el nombre de Sian-pi. Al nordeste de los anteriores estaban los tungusos (*tung-nu*), es decir, bárbaros orientales, de que formaban parte los kitanos, los mohos, los yuchines y los manchues, que reinan actualmente en la China.

Esta ojeada sobre los pueblos del Asia Mayor era necesaria, puesto que sus movimientos se hicieron sentir en Europa; menos directamente sin embargo de lo que pretenden aquellos que confunden á los yung-nu con los hunos (4).

Ávares.—Como dijimos respecto de los ávares, es más probable que los hunos salieran de aquella familia finesa que segun acabamos de indicar se dirigió hácia el nordeste del Asia, así como los ogros, los votiagos y los vógulos, fijados hoy dia en los alrededores de los montes Urales y de la Siberia. Cuando derrotados los yung-nu por los sian-pi se vieron obligados á cederles el mando, fueron á chocar contra los hunos que se arrojaron sobre Europa. Los tu-kiu, formados de los restos de los yung-nu, desposeyeron (550) á los ávares de sus tierras uralianas, y los redujeron á cruzar el Volga: entonces fué cuando sus dos tribus de *uar* y de *kunnos*, designadas más frecuentemente con el nombre comun de *uarkonitas* penetraron en Europa y tomaron el temido nombre de ávares (557). Habiéndose aproximado al Cáucaso en el territorio de los alanos y de los circasianos, y oyendo hablar allí de los romanos, hicieron que se les encaminara hácia su territorio. Al llegar sus embajadores á Constantinopla corrió la ciudad entera á contemplar sus estrañas formas y sus cabellos cayendo en largas trenzas por sus espaldas y atados con cintas.

Candish, jefe de la embajada, dijo á Justiniano: «Somos enviados por los ávares, nacion la más numerosa y prepotente, y estamos dispuestos á ponernos á vuestro servicio para defenderos ó para destruir á vuestros enemigos, si nos dais subsidios y posesiones.»

No osó Justiniano negarles su demanda: les despidió cargados de presentes, escitándoles á hacer la guerra á los enemigos del imperio: en su consecuencia atravesaron el Tanais y el Borístenes, penetraron en el corazon de la Germania, é hicieron alto junto al Elba y el Danubio.

Hunos blancos.—Los hunos, propiamente dichos, que arrollaron á los germanos hácia el Occidente, cambiaron la faz de todo el pais que se estiende entre el Elba y el Vístula; pero vencidos á su vez fueron arrojados á la Rusia Meridional, donde se establecieron á orillas del mar Negro. Una de sus tribus eran los akaziros, ó kazaros al Norte, así como los estalitas, al este del mar Caspio, á quienes se dió el nombre de hunos blancos, y que habitaban en ciudades, siendo algo mejor la forma de su vida civil. Habian roto toda clase de relaciones con los hunos occidentales; y como el pais que ocupaban estaba bajo la dependencia de los turcos fieles, se les tomó á ellos con frecuencia tambien por turcos.

Búlgaros.—Pertenecen tambien á la raza finesa los kutri-guros: llamados después búlgaros, del Bulga ó Volga, á cuya orilla izquierda andaban errantes, por el pais que aun conserva el nombre de gran Bulgaria, antes de trasladarse al Palus-Meótides y al Cuban. A la caida de Atila intentaron restaurar su imperio y cruzaron el Danubio, si bien fueron batidos (487) por los ostrogodos, cuyo rey Teodorico dió muerte á Busas, su jefe. Sin embargo cuando este príncipe abandonó el pais que habian invadido, para descender á Italia, tornaron á ocuparlo: desde allí se lanzaron sobre la Tracia (491), y causaron grandes pérdidas al imperio griego, á cuyo servicio no obstante se pusieron algunas veces. Tambien fueron avasallados por el kacan de los ávares (560-634), pero á la muerte reconquistaron su libertad y obedecieron á Cuvrat. Se ha conservado memoria de dos de sus hijos: Alzek, que habiendo acudido al socorro de Romualdo, duque de Benevento, recibió de él el condado de Molice; y Asparuk, que habiendo cruzado el Danubio con el grueso de su nacion

---

(3) Véanse KLAPROTH.—*Cuadros históricos del Asia desde la monarquía de Ciro hasta nuestros dias*. Paris, 1826.

JARDOT.—*Revolucion de los pueblos del Asia Media, influencia de sus emigraciones en el estado social de Europa*. Idem, 1839.

F. DE BROTONNE.—*Historia de la filiacion y de las emigraciones de los pueblos*. Idem, 1837.

(4) Véase el libro VII, cap 15.

y vencido á los romanos, les impuso un tributo anual (679). Constantino Pogonato dejó ó no pudo estorbar á los búlgaros ocupar las desiertas llanuras de la Mesia, donde fué fundado el reino de la Bulgaria. Largas relaciones de vecindad con las naciones eslavas junto á las orillas septrentrionales del Euxino y del Palus-Meótidos introdujeron muchas voces de aquella lengua en los dialectos búlgaros, lo que ha hecho que algunos autores hayan pretendido asignarlos al tronco de los eslavos.

No nos ocuparemos en este libro de los paises situados á la estremidad del Asia, si bien se preparan allí dos grandes revoluciones en la religion y en la política por Budda y por Mahoma.

CAPÍTULO II

IMPERIO DE ORIENTE Y DE PERSIA

DESDE TEODOSIO II Á JUSTINO (1).

Aunque muchas de las causas que produjeron la ruina del imperio de Occidente, eran comunes al de Oriente, hubo otras que prolongaron su agonia. No existia allí el despotismo militar como en Roma, sino un gobierno regular en la apariencia. Constituido como estaba sobre leyes emanadas de una autoridad reconocida y afianzada por el trascurso de muchos siglos y por nombres ilustres, podia á lo menos disimular la tirania. Menudeaban los trastornos, pero no eran obra del pueblo ni de los ejércitos, capaces en tal caso de alterar los fundamentos ó la forma del gobierno; eran, sí, intrigas de palacio: y hasta cuando un general se apoderaba del trono á mano armada, creia necesario el asentimiento de la metrópoli, el de los cortesanos y patriarca. Sacábanse los ojos al príncipe caido, á sus hijos y á sus deudos, encerrándolos en un claustro, ó bien eran asesinados: pero al dia siguiente tornaba á funcionar la máquina de nuevo, sin más cambio que el de la persona en cuyo nombre funcionaba el dia antes, y sin que el pueblo pensara en oponerse á lo que habia pasado, ni en aprovecharse de ello para obtener alguna franquicia.

Habia perdido el espíritu griego aquella lozania que hace que la erudicion no se convierta en un simple juego de memoria, si bien habia conservado el agudo sofisma: cada año producía un nueva herejia, azote de la Iglesia y del buen sentido. Los emperadores, que temian ver al cristianismo libre y á la ciencia fuerte, no dejaban de tomar parte en las discusiones ejerciendo un poder arbitrario en la conciencia de sus súbditos, deponiendo y revocando á su antojo á obispos y patriarcas.

Allí permanecia, pues, el clero sometido, ocupado en defenderse, no en tentar innovaciones, á la par que en Occidente levantaba un trono al lado del de los césares, trono que debia hacer caer el suyo. Así, pues, cuanto más reprimida se hallaba la influencia civilizadora del cristianismo en Oriente, tanto más despótica era la monarquia, que no estaba limitada por un poder independiente.

Allí no habia un senado que se acordara de su antiguo poderio, ni una gerarquia de magistrados, cuyo nombre é insignias recordaran derechos perdidos y todavia no olvidados, ni instituciones municipales que permitieran organizar una resistencia, en el caso de quererlo. Así, á la par que el Occidente habia sido teatro de cien guerras civiles entre usurpadores siempre nuevos, que lo desangraron y prepararon su ruina, disfrutó el Oriente del reposo del despotismo, último y miserable refugio de las naciones corrompidas.

Si la mano de aquellos déspotas pesaba sobre las cabezas elevadas, en cambio se resentia de ello poco el pueblo, en atencion á que una legislacion regular ponia freno á los abusos de la justicia, la cual es aún más necesaria al vulgo que la liber-

---

(1) Fuentes. JUAN MALALA, *Hist. chronic.*

TEOFANES, *Chronographia.*

NICEFORO CONSTANTINOPOLITANO, *Chronographia compendiaria.*

PRISCO Y MALCO, *Excerpt. de legationibus.*

ZONARA, *Anales:* todos en la coleccion de los Bizantinos.

Además:

MARCELINO, *Chronicon.*

SOZOMENES, EVAGRIO Y SÓCRATES, *Hist. eccles.*

CONSTANTINO PORFIROGÉNITO. —*De cæremoniis Aulæ byzantinæ.* Leipzig, 1751-54.

MOISÉS DE COREN, *Historia de Armenia.*

DU FRESNE DU CANGE.—*Historia byzantina.* Paris, 1680 2 tomos en folio.

LE BEAU.—*Hist. del Bajo Imperio.* Idem, 1834, 8 tomos con notas de Saint-Martin y Brosset.

DE TILLEMONT.—*Hist. de los emperadores.* Idem, 1839.

tad. Repartidos igualmente los impuestos en todos los grados de la escala social hacian ingresar mucho en el tesoro imperial sin esquilmar escesivamente á los particulares.

Todo depende de la capital en gobiernos de esta especie, y Constantino habia colócado la suya en situacion tan admirable, que tenia que temer poco los ataques de un enemigo, especialmente los de los barbaros, inhábiles en el arte de los asedios. La inespugnable Merden en el monte Masio, Dara enfrente de Nisibe, Teodosiópolis cerca de las fuentes del Éufrates, Amida en el paso del Tigris, oponian el arte de las fortificaciones á los persas invasores; las fortalezas de Siria y Palestina contenian á los inquietos sarracenos; y la muralla de diez y ocho lenguas que mandó construir Anastasio desde la Propóntide hasta el Euxino, debia protejer á Constantinopla; después Justiniano cubrió con ochenta fuertes las orillas del Danubio. Los persas, con quienes tuvieron que luchar los sucesores de Arcadio, no formaban más que un solo imperio, ni tenian de consiguiente más que un ejército, un pensamiento comun, lo cual contribuia al triunfo de la disciplina de los griegos. Añádase que estos podian escitar contra sus adversarios á los árabes, á los iberos, á los armenios, interesados en estorbar el engrandecimiento escesivo de la Persia; podian armar contra ellos á los germanos, al mismo tiempo que sacaban del Asia tropas para combatir á estos últimos en las orillas del Danubio, único punto donde se hallaban en contacto con el imperio griego.

Además conviene atribuir gran parte á aquella reunion de causas oscuras ó mínimas á que damos el nombre de acaso por no ser acusados de ignorancia; más una fuerza, cuyo poder confesaban los bárbaros, aunque no conocian el motivo, les empujaba hácia el Occidente, sobre Roma. Si en vez de trasponer Atila los Alpes, hubiera dirigido sobre la Tracia el torrente de los hunos, quizá Roma hubiera sobrevivido á Constantinopla y el triunfo del Occidente se hubiera anticipado algunos siglos.

Subsiste, pues, el imperio de Occidente, si bien con mezquina vida, y los ímpetus con que levanta á veces la cabeza se asemejan á los esfuerzos de un enfermo que le dejan cada vez más débil. El *santo emperador* (2) ejercia un poder absoluto: aunque el cristianismo habia sido adoptado en todas las formas esteriores de aquella sociedad, el fondo quedaba no menos pagano con la servidumbre y la tirania antigua. Entre tales estremos cada cual se abrogaba la mayor porcion posible de arbitrariedad, resintiérase ó no el interés comun de ello. Intrigas de mujeres celosas ó ávidas de dominacion, astucia de eunucos, la ambicion de los ministros, la impaciencia de los herederos del trono, la rivalidad de los sacerdotes, dirigen á la sazon la política bizantina, la cual dista mucho de estensas miras y de grandiosos sistemas. Encadenados los emperadores entre aquellos y un inolvidable ceremonial, se hacen monarcas asiáticos, sumidos en el lujo, en la inercia y en aquella imbecilidad de espíritu que atribuye importancia á cosas frívolas. Pusilánimes y supersticiosos se dedican á una grave devocion, á prácticas más propias de monges que de príncipes, y descuidan los negocios, pidiendo perdon á Dios de ocuparse de ellos siempre que están obligados á hacerlo. Este espíritu, tan poco evangélico, les empuja á querer estender su autoridad sobre objetos independientes del cetro y de la espada; á mezclarse en discusiones teológicas, favoreciendo tal ó cual opinion; á perseguir alternativamente á los falsos y á los verdaderos creyentes; á fomentar el instinto vertiginoso de la disputa y de la herejia (3). Al mismo tiempo el capricho de la córte decide de la eleccion y del cambio de los gobernadores en las provincias, que apenas sienten el freno ni la proteccion de aquella administracion tan débil como pomposa.

A ejemplo de la corte se empeoraba el pueblo: ya no mostraba voluntad sino para emprender contínuamente discusiones apenas accesibles á los más consumados doctores en teologia, y no se apasionaba mas que por los espectáculos. Distinguiéronse al principio los que conducian en las carreras del circo los carros de cada liza por los colores blanco y encarnado; añadiéronse despues el verde y el azul turquí. El entusiasmo que manifestaba la multitud ya por unos ya por otros, degeneró pronto en verdaderas facciones; cuyos fundamentos eran presagios de todo género, hasta el estremo de ver en los colores el símbolo de las estaciones y aun de los elementos, y de leer una revelacion del porvenir en el triunfo del uno ó del otro. Asociáronse á los colores del circo las cuestiones políticas y religiosas; y se llegó al estremo de que los nombres de *verde* y *azul*, *prasino* y *veneto*, designaran verdaderos partidos civiles, y en que intervenia el favor del soberano y frecuentemente la brutalidad de la

(2) Ἅγιος Βασιλεὺς ó bien αὐτοκράτωρ.

(3) «Poseidos del demonio del orgullo y del de la disputa no dejan nunca tregua al buen sentido: cada dia nacen nuevas sutilezas. Mezclan á todos los dogmas no se que metafísica temeraria que sofoca la sencillez evangélica. Queriendo ser á la vez filósofos y cristianos no son lo uno ni lo otro. Mezclan al Evangelio el espiritualismo de los platónicos y los sueños del Oriente, y armados con una dialéctica insensata, quieren dividir lo indivisible, penetrar lo impenetrable: no saben suponer la vaguedad divina de ciertas espresiones que una docta humildad toma tales como son y hasta evita circunscribirla, por miedo de hacer nacer la idea de *dentro* y de *fuera*. En vez de creer se disputa: en vez de orar se argumenta. Cúbrense los caminos de obispos que corren al concilio; apenas bastan para ellos las postas del imperio, toda la Grecia es una especie de Peloponeso teológico, donde átomos se baten por átomos: merced á estos incomprensibles sofistas la historia eclesiástica se hace un libro peligroso: á la vista de tanta locura, de tanta ridiculez y de tal furor, la fé vacila.» DE MAISTRE, *Del papa*, IV, 10.

multitud y propagándose por todo el imperio de Oriente contribuyeron á su ruina.

El vulgo que esponia su vida por estas locuras rehusaba hacerlo por la salvacion de la patria; hallándose desarmado y estraño á todo ejercicio guerrero, así en la capital como en las provincias no sabia ni siquiera proteger su propio territorio, ni las estensas murallas del Quersoneso tracio, de las Termópilas y del istmo de Corinto, á cuya sombra ocultaba su espanto.

Preciso era, pues, alistar mercenarios, mandados por capitanes bárbaros; habiéndose introducido la ambicion por los grados y las dignidades así en los ejércitos como en la gerarquia civil, de manera que para un reducido número de tropas existia una multitud de generales, siendo estos en su mayor parte tan ignorantes respecto de la táctica militar como hábiles para intrigar y embarazar á los hombres de guerra. No obstante, la disciplina, antiguo honor de Roma, podia aun conducir á buen término algunas espediciones: siendo esto tanto más estraño, cuanto que en aquel decadente pais, ciento cincuenta mil hombres, armados regularmente, estaban dispersados en gran número de guarniciones, y combatian en diferentes puntos sin estar sostenidos por aquel valor ardiente que escita en los pueblos el sentimiento y el ejercicio de sus derechos.

Por lo tanto, en vez de aquella vida exuberante que engendraban en los nuevos Estados de Europa la lucha y el tumulto, en quienes avanzaba poco á poco la idea del bien, no obstante los obstáculos de la barbarie, se nos muestra el espectáculo de un imperio tan vasto como rico, en el que las artes son llevadas á su mayor perfeccion, muriendo en el mismo seno de la civilizacion. Regido segun un método de gobierno antiguo y complicado, el lujo carece allí de gusto, la pompa de grandeza, la prodigalidad no tiene objeto, ni el despotismo energia; asocíase el fausto asiático á las charlatanerias y pretensiones querellosas de la envilecida Grecia, los delitos de la barbarie y no su vigor, el celo religioso y no su docilidad razonada, los vicios de la civilizacion y no su órden, una generosidad que no era virtud. No existian siquiera en Oriente aquellas pasiones violentas pero generosas, que denotan una nacion aun llena de vida, y sí la voluptuosa negligencia mezclada de ambicion que se inclina indolente bajo el yugo, y no sabe servirse ni del brazo para defenderse ni del talento para perfeccionarse. Esta es la causa por lo que este imperio sobreviviria mil años, no dejando en pos de sí ni un descubrimiento (4), ni una obra de imaginación ni una doctrina fecunda ni tampoco un esperimento provechoso. Mahoma habrá ya abierto brecha en las murallas de la segunda Roma, y aun permanecerán aquellos díscolos discutiendo acerca de si la luz que apareció en el Tabor es creada é increada.

Marciano.—A Teodosio II, anacoreta coronado, bajo cuyo nombre habia reinado su mujer Atenaida y Pulqueria su hermana, sucedió Marciano (450), quien no obtuvo otro título que el de esposo de la emperatriz, acabando en Pulqueria la descendencia del gran Teodosio en Oriente. A la muerte de Marciano, Aspar, bárbaro de orígen y general del ejército, coloca en el trono al tracio Leon, hombre desprovisto de toda clase de mérito. Creyó hacer de él un instrumento, pero se engañó. Opúsole el nuevo emperador á Basilisco, hermano de su mujer Verina y al isaurio Tarascaliseo. Dió en matrimonio á este último, haciéndole tomar el nombre más griego de Zenon, su hija Ariadna; llegando al estremo de hacer peligrar el Estado por interés de su yerno, y de mandar quitar la vida á Aspar (471), que sabia defender el imperio y podia perturbarlo. Envió asimismo, de acuerdo con Autemio, emperador de Occidente, una flota contra los vándalos establecidos en Africa; pero esta espedicion fué desgraciada.

Zenon.—Habia Leon designado para sucederle (474) á un niño del mismo nombre, quien se asoció á Zenon su padre. Sumiso y reconocido á este, en apariencia, quizá esperó apenas diez meses para apresurar la muerte de su colega, con el fin de reinar solo. Indignada de su crímen la emperatriz Verina, al mismo tiempo que de verse contrariada en sus amores, induce á la rebelion á su hermano Basilisco: sublévase la ciudad; huye Zenon cobardemente, y el servil senado se apresura á rendir sus homenajes á Basilisco (475). Pero al paso que se hace odioso por su avaricia y por el favor que concede á los eutiquianos, prepara Zenon su vuelta. La guardia de los isaurios, que comenzaba á desempeñar en Constantinopla el papel de los pretorianos de Roma, se declaró en favor suyo; y gracias á los socorros de los valamiros, ó sea de los ostrogodos de Teodorico y á intrigas de mujeres, temblando recobró de nuevo un trono (477) que habia abandonado temblando. Refugiado Basilisco y su familia en la iglesia mayor de Constantinopla, depone la diadema sobre el altar; pero no bien abandona su asilo, por la promesa de que se le salvaria la vida, cuando es detenido y encerrado en un castillo de la Capadocia para morir de hambre y frio con los suyos (5).

Entretanto los sarracenos devastaban la Mesopotamia, los hunos la Tracia y los vándalos el Africa; hacíanse cada vez más feroces las facciones del circo, y los verdes de Antioquia asesinaron

(4) Hasta el del fuego griego pereció con él.

(5) En su reinado un terrible incendio asoló á Constantinopla y consumió una biblioteca de 120,000 tomos.—CEDRENO, pág. 35. ZONARA, pág. 43. En el número de aquellos libros se encontraba un Homero escrito en letras de oro en un intestino de un dragon, cuya longitud era de 120 piés.

á gran número de hebreos. Fué el resultado de esto que habiéndose sublevado esta nacion en la Palestina, proclamó rey á un tal Yutuza, que degolló á muchos cristianos, hasta que su coronada testa fué mandada á Constantinopla. Entregado Zenon, príncipe de acicalado rostro, á las voluptuosidades y disputas teológicas, y encontrándose bien lejos de poder socorrer el imperio de Occidente, que á la sazon sucumbia, no sabia defender ni gobernar el suyo. Dejábase deshonrar por los escesos de su hijo, al cual costaron la vida sus desarreglos y tambien por los de sus hermanos Conon y Longinos, el uno sediento de sangre y el otro de Lujuria. Consistia su talento en reunir á su alrededor á Proclo, Marino, Damacio y otros filósofos paganos, para inquirir con ellos el porvenir, pasatiempo que tuvo hasta que habiéndoseles acusado de querer apoderarse del trono para restablecer la idolatria, fueron condenados á muerte.

No cesaban entre tanto las herejias (482), sino que por el contrario se propagaba su veneno. Creyó Zenon reducirlas á un eterno silencio publicando un edicto de union (*Henoticon*), en el cual prescribia el género de creencia. Prestaron su consentimiento los patriarcas de Constantinopla, de Alejandria y Antioquia; pero al papa Felix III, le pareció mal que un príncipe se erigiese en supremo juez en materias de fe. Obstínase Zenon, persigue á los obispos que le niegan adhesion y da principio un cisma que preludia la separacion de las dos iglesias griega y romana.

Multiplicó el descontento las rebeliones, pero fueron reprimidas por el patricio Illo, quien por este motivo se hizo odioso al pueblo, que le acusaba de herejia, y á los cortesanos, que solo le suponian ambicioso. La emperatriz viuda, Verina, trató de hacer que fuera asesinado (484); pero habiendo sido descubierta, quedó abandonada á su venganza y la confinó á Cilicia. La emperatriz Ariadna trató así mismo de perderle, pero tampoco pudo conseguirlo. Al ver Illo que este crímen quedaba impune, creyó cómplice á Zenon y recurrió personalmente á la rebeldia. Verina, libertada por él de su prision, llega á Antioquia y saluda á Leoncio con el título de emperador (485). Entonces circuló este edicto de soberbio estilo: «Verina augusta á nuestros prefectos y á nuestros pueblos, salud. Ya sabeis que á la muerte de Leon, nuestro esposo, elevamos al trono al isaurio Tarascaliseo, conocido hoy dia por Zenon, con la esperanza de que él os hiciera felices. Pero su impiedad y avaricia han probado la necesidad de daros un príncipe más justo y religioso. Por estos motivos hemos coronado al muy piadoso Leoncio, á quien reconocereis por emperador de los romanos: el que se oponga á esto será considerado como rebelde.»

El godo Teodorico derrotó á los rebeldes. Verina murió (488), y Zenon pudo mirar sin espanto á Illo y á Leoncio cuando fueron espuestas sus cabezas al ludibrio del populacho bizantino.

Teodorico, v. 460—Aumentábase el poder de Teodorico; descendia en grado décimo de Augis, uno delos Ansos ó semidioses de los godos (6). Habia recobrado esta nacion su independencia á la caida de Atila. Poniéndose entonces Valamiro, Teodemiro y Vidimiro de la estirpe real de los Amalos, al frente de los ostrogodos, formaron establecimientos separados en la fértil Panonia. Prometió entonces Teodomiro la paz al emperador Leon, mediante un tributo de trescientas libras de oro, y le dió en rehenes á su hijo Teodorico, nacido dos años después de la muerte de Atila. Creció el vástago de los Amalos en Constantinopla, pasando de los ejercicios propios de su raza, á los entretenimientos de las personas instruidas. Aunque descuidase los estudios hasta el punto de no saber poner su nombre, ejercitaba sin embargo su entendimiento en el arte de gobernar y en las astucias de la política.

Queriendo conciliarse el emperador el afecto de los bárbaros por la generosidad y la confianza, dió libertad á Teodorico á la edad de diez y ocho años; el cual, habiendo muerto sus tios, parecia que llegaria á ser el jefe de toda aquella belicosa nacion. Era digno de serlo por su elevada estatura, su paciencia en soportar las fatigas y por las victorias que consiguió cerca de Belgrado contra los sármatas, á cuyo rey dió muerte (475).

Careciendo los ostrogodos de víveres y vestuarios, trataron de procurárselos penetrando en el territorio del imperio de Oriente para ofrecerle de grado ó por fuerza sus servicios, segun habian hecho otros muchos conciudadanos suyos. La primera demostracion fué de tal naturaleza, que el emperador quiso á cualquier precio comprar su tranquilidad. Confió á Teodorico, que acababa de suceder á su padre (7), la defensa del bajo Danubio (487), prodigándole, como señales de afecto ó de miedo el título de patricio y cónsul, una estátua ecuestre, el nombre de hijo, el mando de los soldados del palacio, varios millares de libras de oro y plata y la promesa de una mujer de elevado nacimiento con grandes riquezas.

La estremada condescendencia engendra el menosprecio, manifestando debilidad. Teodorico que habia sido el principal instrumento de que se habia servido Zenon para reconquistar y conservar su autoridad, comenzó á alegar sus pretenciones. Tal vez fué conducido á tal punto por los lazos que le tendia el receloso emperador, ó quizá por avaricia; pero más probablemente fué arrastrado por las necesidades insaciables de un pueblo como el suyo, que, desdeñando la agricultura y no viviendo más que de donativos, los consumia muy en breve, y pedia otros nuevos con voz terrible tanto á sus jefes como al enemigo. Derramados aquellos bárbaros desde el Bósforo al Adriático, reduciendo á

(6) JORNANDES, *De reb. geticis*, cap. 14.

(7) JORNANDES, *De reb. geticis*, cap. 52-56. MALCO, *Exc. de legat*, pág. 78-80.

cenizas ciudades florecientes de la Tracia, llevaron la crueldad hasta el punto de cortar la mano derecha á los aldeanos, á fin de que no pudieran manejar el arado.

Para dar distinto sesgo al torrente, la política mezquina de Constantinopla hace insinuar á Teodorico que asaltara á los godos triarios, mandados por otro Teodorico, sobrenombrado el Vizco. Se le habia prometido que en penetrando en la Mesia hallaria víveres en abundancia y un refuerzo de tropas imperiales. Pero al revés, se vió conducido á los desfiladeros del monte Soudis, donde le aguardaban á la vez las armas y las censuras de los triarios: «Desertor, le gritaban, traidor respecto de tus hermanos, vé á que te engañen los amaños de Roma, y á reducirte por ellos á no tener dinero ni caballos.» Conmovido Teodorico por tales discursos, hizo la paz con sus hermanos y abandonó á aliados desleales.

Tenian costumbre los godos de suspender una gran lanza á la entrada de la tienda real: cierto dia en que Teodorico el Vizco sale de la suya, se espanta su caballo y le tira sobre aquella lanza que le atraviesa: muere de su herida, y el ostrogodo Teodorico se encuentra á la cabeza de dos tribus. Viendo el imperio de Occidente más cercano el peligro, celebró con él un ignominioso tratado.

Si semejantes aliados pesaban á los bizantinos, Teodorico no se veia reducido de buen grado á hacer la guerra á los demás godos y á merecer las recriminaciones de los suyos, viviendo en la molicie en el seno de la corte griega. En su consecuencia, se presenta á Zenon y le dice: «Italia y Roma, vuestra herencia, se hallan en poder del bárbaro Odoacro; permitidme que vaya á espulsarle de allí. O sucumbiremos en nuestra empresa y os vereis libre de nuestra carga, ó saldré airoso, y me dejareis gobernar la parte del territorio que ponga bajo vuestra autoridad nuevamente.»

Como es fácil de imaginar, fué aceptada la propuesta al punto. Teodorico partió, pues, para Italia, donde le veremos fundar un hermoso reino en su propio nombre, y no en el del débil déspota bizantino.

Ariadna, hija de Verina y mujer de Zenon, es objeto de los elogios de algunos por sus suaves virtudes: fué, segun se dice, consuelo de su marido en el destierro, y puso un freno á sus venganzas á su vuelta. Otros la representan manchada con toda clase de delitos, hasta llegan á decir que hizo enterrar á su esposo cuando respiraba todavia y que habiendo vuelto en sí Zenon, gritó inútilmente pidiendo auxilio; por lo cual, al abrirse poco tiempo despues su sepulcro, se le encontró con las señales de la desesperacion más terrible.

Anastasio I.—Anastasio (491), silenciario del palacio, de edad de sesenta años, estaba á punto de ocupar la silla patriarcal de Antioquia, cuando habiendo quedado viuda Ariadna, le eligió por esposo y le ascendió al trono. Tal era la reputacion de virtud del nuevo emperador, que el pueblo le saludó clamando: *Reina como has vivido.* Empezó por estinguir todos los débitos al tesoro que habian acumulado las exorbitantes contribuciones impuestas por Zenon; espulsó á los delatores; hizo cesar el tráfico de los empleos que su predecesor habia establecido; abolió el *crisargirio*, impuesto exigido, cada quinquenio, sobre todo el que ejercia un oficio de que sacaba provecho, comprendiendo en este número hasta los mendigos y las prostitutas. Denominábase este impuesto el oro de la afliccion, porque para satisfacerle se veian obligados algunos á vender sus propios hijos.

Los isaurios á quienes el favor de que habian sido objeto en el anterior reinado, hizo poco sumisos, eligieron por jefe á un tal Longinos (492); empezaron una guerra civil, y armaron hasta ciento cincuenta mil hombres: derrotados en Frigia, buscaron refugio en los inaccesibles montes de la Isauria, donde se mantuvieron durante el trascurso de seis años: al cabo de los cuales fueron cogidos sus jefes y condenados á muerte.

Tambien inquietaron los búlgaros á Anastasio, quien no obstante los rechazó hasta más allá del Danubio. Menos venturoso fué peleando contra los persas, de quienes compró la paz al precio de 11,000 libras de oro, y contra los godos de Teodorico, que le derrotaron, si bien se vengó de ellos enviando á talar las costas de la Calabria. Del mismo modo tentaron los hérulos con las armas en la mano introducirse en la Tracia: penetraron los getas en la Iliria, y se adelantaron hasta Adrianópolis: otros godos llegaron desde las orillas del Danubio á insultar á Constantinopla.

Muralla de Anastasio.—Entonces Anastasio para poner á cubierto la capital contra las incursiones repentinas, así como Selivrea y las magníficas casas de recreo y los deliciosos jardines de las cercanias, hizo construir desde la Propóntide al Euxino, á doscientos ochenta estadios de la ciudad, una muralla de una longitud de cuatrocientos veinte estadios y de veinte pies de anchura, con torres de trecho en trecho.

A pesar de todo, no tardó en acreditar Anastasio una mezcla de crueldad y benignidad, de prodigalidad y de avaricia, de cobardia y de audacia, de persecucion y de tolerancia. Hasta tal punto llegaron las cosas, que descontento el pueblo se sublevó y entregó á las llamas el magnífico edificio del hipódromo. Otra ocasion de desórdenes fueron los espectáculos del circo, y Constantinopla vió á los verdes, que habian ocultado piedras y dagas en cestas de frutas, asesinar á tres mil azules enmedio de una fiesta.

Entonces nuevas sutilezas arrastraban á los griegos á nuevas heregias. Habia costumbre de cantar en las iglesias el trisagio, esto es, *Santo, Santo, Santo, es el Señor de los ejércitos*, cuando á los de Antioquia les ocurrió añadir, *que fué crucificado por nosotros*. Parecióles á otros que era una heregia decir de toda la Trinidad lo que no convenia más que á una sola persona. Cierto dia, habiendo

cantado dos coros á toda voz, cada uno de una manera distinta el trisagio en una iglesia de Constantinopla, se pasaron á las injurias, á darse de palos y á tirarse piedras; y corrió la sangre por la ciudad, donde llegó á su colmo el tumulto. Posteriormente las escuelas se pusieron á disputar de una manera menos homicida, aunque más obstinada, acerca de averiguar si se puede decir que espiró en la cruz una de las personas de la Trinidad.

Cuando Anastasio no era más que simple particular, se habia mostrado inclinado á las doctrinas de Eutiquio: de modo que negóse el patriarca Eufemio á consagrarle, si antes no se comprometia á rechazar la heregia y á conformarse con las decisiones del concilio de Calcedonia. Desde aquel momento tomó partido por los disidentes, espulsó al patriarca Macedonio y le sustituyó con Timoteo: entonces acudieron desde Siria veinte mil monges contra el nuevo prelado (513). No bastan á apagar aquella furia la sangre de diez mil hombres y el incendio de gran número de casas: despléganse el estandarte de la rebelion en la Mesia, en la Escitia y en otras partes: el escita Vitaliano, maestro de la milicia auxiliar, abraza la causa de los prelados ortodoxos y se adelanta contra la ciudad con numerosas tropas. Iba á apoderarse de ella á viva fuerza, á pesar de la nueva muralla, si el físico ateniense Proclo no hubiera renovado los prodigios de Arquímedes para incendiar sus naves. Enmedio del desórden causado por aquel suceso imprevisto, hacen los sitiados una salida y dispersan al ejército enemigo, finalmente, el emperador promete cesar en todas las persecuciones, restablecer á Macedonio y conformarse con lo que decidiera un nuevo concilio. Pero apenas se vió desembarazado de sus enemigos, empezó á perseguir de nuevo: cuéntase que solo en Siria fueron estrangulados trescientos cincuenta monjes, en virtud de su fidelidad á los principios canónicos del concilio de Calcedonia, á la par que otros, bajo la direccion de Severo, salian á centenares de su claustro para propagar errores y sutilezas.

Por último, hallóse á Anastasio muerto (518) en su cama á la edad de ochenta y ocho años: habia reinado veinte y siete, siendo tan aborrecido al fin como habia sido amado al principio.

Ninguno de sus tres sobrinos pareció digno de sucederle; pero el eunuco Amancio que gobernaba el imperio en los últimos años, intrigó á fin de que el patricio Teócrito fuera elegido; para ganar á los senadores, al pueblo y á los soldados, envió sumas considerables á Justino, soldado de fortuna, de baja estraccion, nacido en la Tracia, y ascendido por su valor á prefecto del pretorio.

Justino el viejo.—Pero este compró para sí los votos de los soldados y fué proclamado por ellos. Algunos deudos de Anastasio pagaron con su vida la tentativa que hicieron en contra suya; y Vitaliano, que probó con una segunda rebelion (520) que el amor de la fé no le habia impulsado únicamente á la primera, fué degollado en la mesa imperial.

Ni aun siquiera sabia escribir Justino, porque no se habia empleado en más oficio que en cuidar rebaños, hasta el instante en que la pobreza y su valor le determinaron á buscar fortuna en los ejércitos. De mediano talento, si bien fecundo en recursos, creyente ortodoxo y administrador prudente, mantuvo la tranquilidad en la metrópoli, y defendió las fronteras contra los búlgaros y los hunos. Antioquia y otras ciudades devastadas por terremotos le proporcionaron dar una prueba del dolor que esperimentaba por ello, deponiendo las insignias imperiales, y de su compasion hácia los habitantes prodigándoles generosos socorros.

Cansado del cisma gritaba á su obispo el pueblo: «¡Viva muchos años el patriarca! ¡Viva el emperador! ¡Viva la emperatriz! ¿Por qué continuamos todavia escomulgados? ¿Por qué no podemos recibir la comunion de tu mano? Sube al púlpito y persuade á tus oyentes. Tú eres católico, el emperador es católico, ¿qué temes? Espulsa al maniqueo Severo; sean dispersados los huesos de los que profesan sus doctrinas; publíquese el santo concilio: la fé en la Trinidad es victoriosa. ¡Viva el emperador! ¡Viva la emperatriz!» No quiso retirarse la muchedumbre hasta que se anunciara públicamente la fiesta del concilio de Calcedonia. Dióle su aprobacion el emperador, hizo condenar á los sectarios de Eutiquio, y reconcilió á Constantinopla con Roma despues de treinta y cuatro años de separacion.

CAPÍTULO III

JUSTINIANO (1).

Si la casualidad ó la astucia no hubieran encumbrado á Justino al trono, Upranda, su sobrino, nacido en la indigencia en Tauresio, junto á los confines de la Tracia y de la Iliria, hubiera vivido y hubiera muerto pastor en su oscuridad nativa. Su tio le hizo venir á la corte, y su nombre, traducido al estilo latino en el de Justiniano, (2) nos recuerda al único grande hombre entre los abyectos que ocuparon ó embarazaron el palacio imperial de Constantinopla.

Se grangeó el valimiento de su tio desembarazándole de Vitaliano. Sin embargo, por la hostia consagrada habia prometido éste la vida, y de esta suerte, sin haber desenvainado nunca la espada, se encontró á la cabeza de todos los ejércitos del imperio. Hízose grato á los ojos del pueblo mostrándose católico y gastando 280,000 monedas de oro en magníficas fiestas durante su consulado: tambien se grangeó el afecto de los senadores, que habian adquirido cierto poder bajo el débil Anastasio, y entre los cuales se contaban á la sazon los oficiales de la milicia, capaces de sostener ó de derrocar á una faccion con las guardias domésticas. Avidos estos de dinero suplicaron á Justino que adoptara á su sobrino por colega; aunque la envidia hizo murmurar al emperador, agotadas sus fuerzas por una herida, se decidió á dar la diadema á Justiniano en presencia de los senadores y del patriarca. Aquel fué saludado en el circo por el pueblo (1.° de abril de 527); y habiendo muerto cuatro meses después su tio, se vió á los cuarenta y cinco años soberano de Oriente.

Teodora.—Pero tambien él tenia quien le dominase. El cipriota Acacio, maestro de los osos de la faccion de los verdes, dejó al morir en la más desastrosa miseria á su familia. ¿Qué hace su viuda? Un dia de gran concurrencia espone en medio del circo á sus tres hijas, de las cuales la mayor no pasaba de siete años. Otórganles los azules la compasion que les habian negado los verdes y las toman bajo su patrocinio. Fueron, pues, entregadas á la prostitucion antes de la edad las infelices. Teodora, que superaba á sus hermanas en belleza y en lujuria, era ensalzada hasta las nubes siempre que con su pantomima imitaba en el teatro la alegria, el dolor, la embriaguez voluptuosa, ostentando además en toda su desnudez sus atractivos que eran del que queria pagárselos (3). Aquel vergonzoso abuso de sus encantos no la estorbó ser madre de un hijo que, llevado por su padre á Arabia, fué en busca de Teodora luego que su situacion

---

(1) Además de los autores ya citados, se puede consultar á Procopio, que en sus obras *De bello persico*, libro II, *De bello vandalico*, lib. II, *De bello gothico*, libro IV, hace constantemente el panegírico de Justiniano, y en las *Anécdotas ó Historia secreta* le satiriza. Véanse así mismo:

AGATHIAS, *De imperio et rebus gestis Justiniani.*
MENANDER, en los *Estractos de las embajadas.*
Chronicon paschale, seu Fasti siculi.
CEDRENO, *compendium historiarum.*
PABLO SILENCIARIO, *Descriptio Sancte Sophiæ.*
ZONARAS, *Annales.*
Historia miscella, compilacion del siglo XI.
D' HERBELOT nos suministra en la *Biblioteca oriental*, suplementos sacados de autores árabes y persas.
J. P. DE LUDWIG.—*Vita Justiniani Magni.* Halle, 1731. Es un panegírico.

(2) De la raiz *upright*, justo. Así su padre, *istok*, tronco, fué llamado Sabacio, y Biglenisa, su madre, Vigilancia.

(3) Se halla en la *Menagiana*, en griego y en latin, el trozo de Procopio que falta en todas las ediciones y en que están narrados increibles desórdenes.

habia cambiado; inspiracion bien funesta, puesto que él desapareció al punto.

Advertida por un sueño ó por su ambicion de que podia llegar á ser reina, adoptó un género de vida más regular, ya que no más casto. Justiniano, patricio entonces, se enamoró de ella tan perdidamente, que no descansó hasta que la tuvo por esposa. Vedaban las leyes á los senadores contraer matrimonio con una mujer nacida en condicion servil ó que hubiera salido al teatro, y la emperatriz viuda jamás hubiera sufrido que ingresara en su familia una persona difamada. Pero Justiniano aguardó á que muriera Lupicina, y sin tener en cuenta el disgusto de su madre, en nombre de Justino abolió la antigua ley, «á fin de que quedara abierto el camino del arrepentimiento á aquellas que se hubieran prostituido en las tablas.»

Casóse con Teodora, y después de la muerte de Justino, la coronó, no solo como emperatriz, sino tambien como su colega independiente, é hizo que los grandes del imperio le prestaran juramento. Ni aun la diatriba violenta de un encarnizado enemigo suyo, al que son debidas tal vez algunas de las acusaciones que hemos espuesto, tacha la honestidad de Teodora desde que fué emperatriz; pero los habitos de su juventud la hacian muy cuidadosa de su hermosura y de los placeres: así rodeada de doncellas y de eunucos iba á distraerse á las deliciosas casas de recreo que tenia á orillas del mar. Pasando allí del baño á la mesa daba audiencia á los grandes personajes que acudian á reclamar su patrocinio; árbitra suprema de la voluntad de su marido elevaba ó humillaba á su antojo. Amontonaba tesoros por miedo de que un capricho de la fortuna volviera á sepultarla en su nada. Además, asalariaba á una numerosa tropa de espias, y en virtud de sus denuncias hacia arastrar á infelices á las cárceles particulares de donde no salian nunca, ó que solo abandonaban después de mutilados.

Por lo demás manifestaba gran devocion: Justiniano fundó por su consejo muchos establecimientos piadosos, entre los cuales se contaba uno nuevo, destinado á recibir á quinientas mujeres de mala vida: á ella atribuia el emperador el mérito de sus leyes. Le auxilió no solo con sus consejos, sino tambien con su valor, especialmente con motivo de las facciones de los prasinos y venetos.

Azules y verdes.—Las divisiones teatrales de estos fomentaban las discordias entre las familias y los Estados, no menos que en otros tiempos las facciones de los güelfos y gibelinos, de la rosa blanca y de la rosa encarnada; hasta las mujeres escluidas del circo tomaron parte en aquellas divisiones, y sin el patrocinio de una faccion nunca se llegaba á una dignidad ó á un empleo. Pretendióse que los verdes defendian la causa y la herejía de Anastasio, á la par que los azules permanecian fieles á Justiniano y á la fe ortodoxa. Teodora sostenia á estos últimos, en memoria del favor de que ella y sus hermanas habian sido objeto, con todas las intrigas y toda la obstinacion de una ambicion vengativa. Fuertes con tal apoyo duplicaban su insolencia, y vestidos á estilo de los bárbaros, se paseaban de dia llevando ocultos puñales; y luego se reunian de noche en numerosas cuadrillas, permitiéndose toda clase de escesos contra los ciudadanos pacíficos y contra los verdes; de aquí resultaba que hasta en tiempos de paz ofrecia Constantinopla el aspecto de una ciudad tomada por asalto. La parcialidad imperial dejaba impune el estupro, el sacrilegio, el asesinato, á la par que los que habian sido ultrajados y los verdes exacerbaban aquellos horrores, ó aumentándolos en la ciudad, ó lanzándose armados á los bosques y á los caminos. Los magistrados que se aventuraban á castigarlos, encontraban rudos obstáculos, y con frecuencia corrian ellos tambien graves peligros.

Rebelion de Nika.—En el año quinto de su reinado (535), en la época en que se celebraban los idus de enero, asistia Justiniano á los juegos del circo; acababa de terminarse la vigésima segunda carrera (habia veinte y cinco), sin que se hubiese pronunciado ninguna palabra de aprobacion ni de desaprobacion, cuando se oyen gritos de repente, y esclaman los verdes: «¡Cuan desgraciados somos! Se nos oprime, aunque inocentes: se ejercen respecto de nuestro nombre y color tales persecuciones, que no osamos tomar parte en las carreras. Rehúsasenos toda justicia. Prontos estamos á morir ¡oh emperador! pero por vuestro servicio y vuestro mandato.»

Reprendiólos Justiniano; pero ellos, irritados, le llenaron de injurias. Los azules, montando en cólera, vinieron á las manos con sus adversarios, y queriendo aventajarse mútuamente en violencias, fueron abiertas las cárceles, se prendió fuego al palacio del prefecto, y fueron rechazados los guardias de los bárbaros, que no habian respetado á los eclesiásticos que acudieron á calmar aquel tumulto. Ya se combatia en todos los sitios con las armas suministradas por el furor; ya se elevaban en diferentes barrios llamas mortíferas; y el grito de *nika*, esto es, vence, fué la señal de los estragos que ensangrentaron á Bizancio durante cinco dias.

Entonces se unen los azules y los verdes para quejarse de la administracion de Justiniano, quien se ve precisado á deponer al cuestor Tribonio y al prefecto Juan de Capadocia; pero aumentándose el peligro, se retira á la ciudadela. Tambien pensaba en huir por mar con su familia y sus tesoros, cuando le detiene Teodora, y manifestando valor en el momento que todos lo habian perdido, le dice: «El palacio imperial es un sepulcro glo-«rioso; vale más que un miserable destierro ó una «muerte vergonzosa.»

La indicacion hizo permanecer firme á Justiniano quien reanima las hostilidades que se habian apagado entre las dos facciones. Para mostrar su arrepentimiento los azules secundan los esfuerzos de los generales Belisario y Mundo; Hipacio, sobrino de Anastasio, á quien habian revestido los

rebeldes con la púrpura, fué preso y condenado á muerte con diez y ocho cómplices ilustres. Fueron arrasados sus palacios, y sus cadáveres arrojados al mar.

Millares de ciudadanos perecieron en aquellas jornadas, ejerciose después á su vez la venganza legal. ¡Piénsese en las riquezas consumidas en aquel desastre, sobre todo por el incendio que se propagó en medio de una ciudad heredera de la que habia despojado á todas las naciones! Tambien tuvieron porqué lamentar las bellas artes, pues el fuego consumió el gimnasio público de Zeuxipo, museo fundado por Septimio Severo, que habia colocado allí las obras más notables de los antiguos artistas (4). Mudo permaneció por algun tiempo el hipódromo, en el cual treinta mil personas habian recibido la muerte, pero tan pronto como se volvió á abrir, estallaron de nuevo los clamores de las dos facciones siempre alerta, y que acabaron de debilitar el imperio.

Prosiguiendo nuestro comenzado relato de Justiniano hablaremos separadamente de sus operaciones militares y de su administracion.

Persia.—Obraban de la misma manera los hunos neftalitas, hordas guerreras establecidas allende el Oxo, con los shahs Sasánidas, que los germanos con los emperadores, exigiendo tributos é inquietando las fronteras. Resultó de esto que precisados los persas á atender á sí mismos, dejaron descansar el imperio durante cerca de un siglo.

Varanes IV, que gobernó veinte y tres años la Persia con honor, rechazó á los turcos (440) y celebró con Teodosio el Jóven una paz de cien años, trasmitió la diadema á su hijo Isdegerdes II; disputáronsela á su muerte sus dos hijos Ormuz y Firuz (Peroso): alcanzóla este último, gracias á los socorros de los hunos (457), dió muerte á su hermano, asegurándose en el trono por la crueldad; hizo después una guerra desgraciada á los hunos, que ya eran sus enemigos.

Balask, su hijo, fué despojado del reino (488) y privado de la vista por haberse mostrado poco favorable á la religion de los magos; fué sustituido por Cobad (ó Cavad), su hermano (491), cuyo celo por aquella religion llegó hasta el grado de querer convertir á los armenios. Habiéndose estos sublevado, degollaron á los magos y á las tropas que habian venido para castigarles. Este golpe, las crueldades del príncipe (5), y su ingratitud para con un general que le habia servido bien, irritaron hasta tal extremo al pueblo, que puso á Cobad en un calabozo (497) y colocó en su lugar á Zamaspeces. Pero la esposa de Cobad logró ganar con su amor al carcelero del destronado príncipe, y pudo así facilitar su fuga al pais de los hunos.

Fué allí bien acogido por su rey, quien le proporcionó tropas, con ayuda de las cuales derribó á Zamaspeces, le privó de la vista, ascendió de nuevo al trono y castigó á los rebeldes. Con objeto de recompensar á los hunos, pidió en empréstito una suma de dinero al emperador Anastasio (502) y habiéndosela este negado, invadió la Armenia, ocupó á Teodosiópolis y Martirópolis y sitió á Amida. Los habitantes de esta última ciudad, donde no habia guarnicion, se defendieron tan bien, que en vano desplegó Cobad contra ellos por espacio de algunos meses su gran valor y habilidad. Habiendo sin embargo guardado mal una torre los monjes que tambien habian tomado las armas, esta fué tomada, y los moradores de la ciudad fueron pasados á cuchillo. Habiéndose presentado uno de los ciudadanos delante del rey de Persia, le manifestó que era indigno de un héroe encruelecerse con los vencidos. «¿Por qué, esclamó el rey, os habeis atrevido á resistirme tanto tiempo?—Por que, respondió el anciano, Dios queria que debieseis la victoria á vuestro valor y no á nuestra cobardia.» Agradó la respuesta á Cobad quien perdonó á los pocos que quedaban aun con vida (6).

Al saberse aquellas tristes nuevas, Anastasio envió un ejército mandado por el valiente Areobindo; pero sin libertad de poder obrar á causa de Hipacio y Patricio, hombres envidiosos y sin talento, que se le dieron como colegas, fué derrotado. Pro-

---

(4) Estátuas y bustos de Deifobo; Esquines en actitud de hablar; Aristóteles reflexionando; Demóstenes meditando; Palefato pronunciando oráculos en medio de coronas de flores; Hesiodo conversando con las musas; Crises suplicante; César con los atributos de Júpiter; Alcibíades hablando; Venus con el pecho desnudo; Febo con la cabellera ondulante; Safo sentada; el poeta trágico Eurípides; el filósofo Anaxímenes; el grupo de Neptuno y Amimone; Simónides acompañándose con la lira; Calcas titubeando en manifestar la voluntad de los dioses; Pirro, hijo de Aquiles, estendiendo la mano hácia sus armas.

(5) Se pretende que dió un decreto por el cual se prohibia á todas las mujeres de sus Estados negar sus favores á cualquiera que se los pidiese. Créalo quien quiera.

(6) Los historiadores orientales son muy posteriores, pero se apoyan en autoridades antiguas. Los más importantes son:

NICRY BEN MASSOUD, del cual se encuentran algunos estractos en las páginas 315 á 385, tomo II, de las *Noticias y estractos de los mss. de la Biblioteca del Rey.*

MIRKOND.—*Rouzat-el-safa,* ó sea *Jardin de la pureza,* publicado en griego y en latin por F. Wilken. Berlin, 1832, y en francés por SACY. *Memorias sobre las diferentes antigüedades de la Persia y sobre las medallas de los reyes de la dinastía de los Sasánidas, seguidos de la historia de aquella dinastía; traducido del persa por Mirkond.*

OMMIA JAHIA, *Lubb it Tavarich,* ó sea *La médula de los Anales:* traducido en latin por G. Gaulmin y A. Galland, tomo XVII de la *Coleccion para la hist. y la geografía* de Busching.

Consúltense además:

ASSEMANI, *Bibl. oriental,* en cuyo t. III está la *Chronologia regum persarum ex chronicis Syriæ.*

G. F. RICHTER.—*Historisch-kritischer Versuch über die Arsaciden und Sassaniden Dynastie.* Leipzig, 1804.

longóse la guerra con diferentes eventualidades hasta que los godos por una parte y los hunos y los cadusios por otra, retiraron sus ejércitos, lo que produjo una tregua de cinco años. Recobró el imperio Amida, pero tuvo que someterse á un tributo de 11,000 libras de oro.

Adelantóse entonces Cobad contra los bárbaros, y entre otras operaciones sitió á Zudader, ciudad situada en las fronteras de la India, henchida de riqueza, pero cuya guarnicion estaba compuesta de demonios. Ni los magos, ni los sacerdotes judios, ni de ninguna otra secta pudieron conseguir conjurarlos; un obispo cristiano fué el que lo consiguió. Merced á los tesoros de que se hizo dueño, concibió Cobad gran respeto por nuestra religion, lo que valió á los prelados cristianos ser admitidos en su córte y á su consejo, donde antes tomaban asiento los levitas y los magos (7).

Están llenos los anales de aquel tiempo de milagros de esta especie, repetidos con uniformidad; de intrigas de princesas, de humillaciones reales, de querellas de sacerdotes y de vilezas de historiadores.

Habíase aprovechado Anastasio de la tregua para fortificar aquella frontera, sobre todo á Dara, situada junto al Cardo, á quince millas de Nisibe y tres de Carres. La hizo ceñir con dos murallas entre las cuales pudiesen guardarse ganados: la muralla interior tenia sesenta piés de elevacion, las torres ciento; habíanse hecho numerosas barbacanas, dos galerias protegian á los combatientes en toda la estension del bastion y eran dominadas por una plataforma en lo alto de las torres. El recinto esterior de menor altura, pero de mayor solidez, era tambien defendido por torres, provista cada una de ellas de un baluarte cuadrangular; mientras que una avanzada media-luna impedia practicar minas en los parajes en que el terreno era susceptible de cavarse. Corria el agua del rio por un triple foso, y la plaza estaba provista de toda clase de máquinas para resguardar á los sitiados y ofender á los sitiadores. Tal era entonces el sistema de fortificacion.

La antigua Cólquide, famosa en las primeras tradiciones griegas por la espedicion de los argonautas, fué siempre un pais turbulento; aun en los tiempos modernos, sus frecuentes rebeliones no dieron tregua al imperio otomano hasta que la Rusia la echó por tierra. En el tiempo á que nos referimos, habia logrado dominar la tribu de los lacios el territorio que se estiende entre el Euxino y el mar Caspio, estendiéndose por toda la comarca; desde tiempo inmemorial se gobernaba esta tribu por sus propias costumbres, bajo el poder de reyes nacionales, que reconocian, no obstante, la soberania de los persas. Quiso Cobad hacer adoptar á aquel pueblo con respecto á los muertos, el rito de los persas, que los abandonaba en un recinto para pasto de las aves de rapiña y de las fieras. Quejóse en un principio el pueblo, mas calló viendo que sus reclamaciones no eran escuchadas y se entregó á los romanos (422); y Zat su rey vino á Constantinopla para recibir el bautismo, por lo cual hizo un cargo Cobad á Justino, que se escusó diciendo que no habia querido violar las leyes de la hospitalidad y de la religion; no tan solo aceptó el shah sus razones, sino que le envió una solemne embajada para ofrecerle una alianza duradera, con la condicion de que adoptaria á Cosroes, su hijo segundo. De esta manera queria asegurar á su hijo predilecto el favor de los romanos, al cual destinaba al trono de Persia con perjuicio de Caosés; pero un prudente consejero hizo temer á Justino que Cosroes pretendiese algun dia el imperio por derecho de sucesion y desechó la propuesta.

Belisario y Narsés.—Irritado Cobad por esta doble afrenta, invade la Iberia, con intencion de atacar el imperio; pero en socorro del rey de este pais envió Justino tropas mandadas por Sitta y por Belisario. Nacido este último probablemente en la Tracia (8), y no teniendo hasta entonces otro mérito que le recomendase más que su complicidad en los vergonzosos desórdenes de Justiniano, no era en aquella época sino un jóven; encontróse frente á frente Narsés, que le rechazó á la Armenia, y que bien pronto, habiéndose acogido á la bandera imperial, obtuvo el gobierno militar de Dara. Uno y otro tomaron una parte muy activa en las guerras que se sucedieron.

Mandó Justiniano á Narsés que construyese otro fuerte, pero los persas se quejaron, alegando que tanto número de fortificaciones ofendia á la paz; y como no fuesen escuchados, atacaron á los romanos, los rechazaron y destruyeron el nuevo baluarte. Declaróse pues la guerra (528), y Belisario, á la cabeza de considerables fuerzas, batió á los persas cerca de Dara, y yendo después en su persecucion, ocupó la Persarmenia.

Combinaron entonces los persas sus movimientos con los de los sarracenos, cuyo rey Al-Mondar, que conocia bien el pais, les aconsejó que no entrasen en el territorio romano por la Mesopotamia y por el Osroene; sino que cayeran sobre la Siria y Antioquia, que les prometia un rico botin, pudiendo además servirse de este punto de apoyo para otras espediciones. Acudió Belisario para proteger á Antioquia; pero confiando demasiado su ejército en el valor de que estaba animado y en los prodigios, dió la batalla; fué vencido en Calico (530), y solo la habilidad del general pudo asegurar su retirada. Llamó entonces el emperador á Belisario, ya para castigar su derrota ó bien para consultarle sobre la guerra contra los vándalos; Sitta, que le sucedió, no pudo preservar á la Armenia de ser invadida y á Martirópolis de ser sitiada.

(7) CEDRENO, *Hist. comp.*

(8) PROCOPIO, *De bello vandálico*, I, II.

Cosroes el Grande.—Entre tanto murió Cobad en el palacio de Ctesifonte, pasando la tiara, segun su voluntad, á Cosroes (531), temible por mucho tiempo á los romanos. No se habia engañado su padre, al creerle capaz de realizar sus designios; está dotado de un genio vasto, de un alma y un cuerpo infatigables, y es célebre aun en las tradiciones orientales bajo el nombre de Nuschirvan, es decir, el Justo.

Pero el título de *Justo* debe entenderse con cierta reserva; pues lo mismo que los demás príncipes de su nacion, antiguos como modernos, no tenia otra norma moral que su voluntad: jamás suspendió una guerra porque fuese inícua, ó porque costase mucha sangre ó muchas lágrimas; se libró del temor de una rebelion matando á dos de sus hermanos; condenó á muerte al valiente Merbode, á quien era deudor de muchas victorias, porque vaciló en asesinar á un niño. Restableció el culto del fuego, persiguiendo á los disidentes, si bien sometió despues á exámen las razones alegadas por las diversas sectas. En el reinado de su padre habia predicado Magdac la comunidad de bienes y mujeres, é hizo tantos prosélitos, que Cobad se hubiera resignado á ceder su mujer y su hermana al nuevo apóstol, si no se hubiese opuesto á ello Cosroes. En cuanto este subió al trono, puso término á aquel uso indigno, y robusteció los fundamentos de la vida civil.

En el interior estableció el órden en la hacienda, organizando un nuevo repartimiento en los impuestos; dió impulso á las ciencias, las artes y sobre todo á la agricultura y al comercio. Cuidaba mucho de que se diesen los empleos á aquellos que los merecian; hacia vigilar de cerca á sus agentes, y castigaba con severidad á todo aquel que prevaricaba ó se apartaba de las leyes de Artajerjes I.

Dividió en cuatro visires la administracion de su imperio, que lindaba con el Yaxartes, con el Indo y las fronteras de Egipto, estendiéndose hasta el mar, en Siria. Confió al primero las provincias limítrofes á la Tartaria y á las Indias; al segundo la Partia, la Armenia con lo demás que poseia á lo largo del mar Caspio; al tercero la Persia, propiamente dicha, y el territorio comprendido entre ésta y el golfo Pérsico; y al último, la Mesopotamia, la Caldea y los paises quitados á los árabes y á los emperadores griegos. Todos los gobernadores eran de sangre real, y juzgaban sin apelacion, salvo en caso de crímen capital.

Hizo construir la muralla de Magog, desde Derbent hasta la montaña opuesta, con el fin de cerrar la Persia á las naciones del Norte, y embelleció á Modain, particularmente la vivienda real, dando esto márgen á que dijese un poeta persa: «Tus obras, ó Cosroes, desafian como tú las injurias de los tiempos, y participan de la inmortalidad que has sabido adquirirte.»

Hizo así mismo inscribir en su corona: «La vida más larga y el más glorioso reinado pasan como un sueño, y nuestros sucesores nos acosan. Recibí de mi padre esta diadema que pronto pasará á otro.» Hacia en cada ciudad educar é instruir á los huérfanos á espensas del publico, lo mismo que á los niños pobres; casaba á las jóvenes con gentes ricas, y hacia abrazar á los muchachos la profesion hácia la cual tenian disposiciones naturales. Fundó en Gondisapor una academia de poesia, de filosofia y de retórica; hizo redactar los anales de la nacion persa y traducir los más célebres autores de la Grecia y de la India. Envió espresamente á esta última comarca para buscar las fábulas de Bilpay, al médico Perozo, el cual hizo tambien conocer á sus compatriotas el juego del ajedrez. Acogia benévolamente á los sabios estranjeros; así fueron siete filósofos griegos á visitarle, y á espresarle aquella admiracion que el vulgo otorga con facilidad á los reyes.

Presidia asambleas de hombres instruidos, y como se preguntara en una de ellas cuál era la situacion mas desgraciada, un filósofo griego dijo: «La vejez en la pobreza»; un indio: «El abatimiento de espíritu acompañado de violentos dolores;» pero Buzurgo Nuhir, primer ministro del rey, resolvió la cuestion de este modo: «El hombre más desventurado es aquel que vé acabársele la vida sin haber practicado la virtud.»

Extendió su dominacion hasta el Ganges y una gran parte de la Arabia; sometió á su autoridad á los turcos, que se hallaban establecidos al Norte de sus Estados, y admitió en el número de sus mujeres á la hija del gran Kan. Recibia tributos de todas partes, y hasta los radjas de la India enviaron á Ctesifonte diez quintales de madera de aloe, una jóven cuya estatura era de siete codos, y una alfombra más suave que si hubiera sido de seda; hecha, segun contaban, con la piel de una enorme serpiente (9).

Los persas habian recuperado su valor y su disciplina, pues aunque los historiadores bizantinos quieren atribuir solamente al número cada una de las victorias de sus enemigos, siempre vemos á los persas imponer un tributo á los emperadores. Cuando estos eran débiles ó se hallaban ocupados en hacer la guerra á otros enemigos, pagaban con regularidad lo pactado: cuando eran príncipes belicosos, suspendian el tributo y tornaban á empezar la guerra. Acontecia lo propio si un shah ambicioso ó avariento de dinero ascendia al trono de Ciro: no resistia al deseo de atacar á un imperio que no podia sostener un ejército á gran distancia. Habia pues una continua alternativa de guerras y de treguas, sin que resultara de todo una buena paz ni duraderas conquistas.

En los primeros dias de su reinado le era necesaria la paz para robustecer su autoridad incierta;

---

(9) FOURMONT, *Historia de una revolucion acaecida en Persia el siglo* VI, en las *Memorias de la Academia de Inscrip.*, tomo VII.

así prestó oido á las proposiciones que le dirigió Justiniano (533), acompañándolas con adulaciones indignas de la categoria suprema. Levantóse, en su consecuencia, el sitio de Martirópolis y se celebró una tregua: luego se hizo una paz perpétua, á condicion de que el emperador pagaria al rey de los reyes once mil libras de oro y cada uno de ellos conservaria las ciudades tomadas durante la guerra.

Vándalos en Africa.—Justiniano fué inducido á tratar con el rey de Persia por el deseo de llevar la guerra á los vándalos de Africa; habiendo reclamado vanamente para aquella espedicion el socorro de los etiopes, de los árabes imiaritas y de los hunos del mar Caspio, no por eso dejó de enviar contra los conquistadores del Africa á Belisario, á la cabeza de quince mil hombres escasos. Ya hemos visto (10) con cuanto valor los vándalos, partiendo de las estremidades septentrionales de Europa, la atravesaron completamente, y surcaron el Mediterráneo para establecerse en las costas de Africa, de donde Genserico arrojó á los romanos. Reservando para sí la Mauritania y la Bizacena, habia distribuido á sus compañeros la Zeugitana, eximiéndola de toda clase de tributo. Esta comarca fué gobernada por los vándalos con una vara de hierro, y todos los moradores del campo fueron reducidos á servidumbre: conservaron sus bienes los de las ciudades, y así pudieron dedicarse á la industria y al comercio, á condicion de pagar impuestos enormes. Todavia envenenó más el mal la diferencia de religion. Genserico pretendió estirpar con el hierro y con el fuego la religion católica, aplicándole las leyes promulgadas por otros príncipes contra los herejes, y solo á instancias de Zenon se contuvo. Mil veces le asaltaron los moros, enemigos implacables de todo el que llega á fijarse en el territorio africano; pero les batió y les obligó á pagar un tributo anual. De esta suerte fundó uno de los mayores Estados salidos del desmembramiento del poder romano, pues no contaba menos de cuatrocientos cuarenta y seis obispados. Genserico mandaba á ochenta mil soldados, todos de la nacion conquistadora, además del mar que sus escuadras recorrian como suyo.

Pero con Genserico acabó (477) la prosperidad del reino de los vándalos. Establecidas nuevas naciones en las costas del Mediterráneo, rechazaron con valor sus piraterias, y encontraron una resistencia enérgica donde esperaban hallar un rico botin. Por otra parte, su aislamiento con respecto á los otros bárbaros, el calor del clima y las artes de la paz, les habian enervado en tal disposicion, que no desmerecian de ninguna nacion civilizada en la delicadeza de sus mesas y el esquisito gusto en sus trajes de seda, sin ser tampoco inferiores en sus jardines, conciertos, danzas y en todos los placeres sensuales.

Hunerico.—El innoble Hunerico, que no heredó más que los vicios de su padre, dejó libres en un principio á los católicos, sostuvo buenas relaciones con Constantinopla y cedió la Sicilia á Odoacro, mediante un rédito anual. Pero de repente las tribus moriscas de la Numidia, que habian ocupado los suyos, empiezan á asolar sus provincias sin que pueda llegar á detenerlas: pronto se arranca la máscara su crueldad; escluye á los católicos de todos los empleos; destierra á Córcega y condena á cortar la madera destinada á su escuadra á tres mil entre sacerdotes y obispos, á quienes acusa de haber querido convertir á su pueblo; despues se le ocurre convocar á los obispos católicos y arrianos: y decretó que las iglesias de los omousios serian cedidas con sus bienes á los verdaderos adoradores de la naturaleza: de esta manera era como se denominaba á los arrianos. Se arrojó, pues, á los católicos, y cualquiera que recibia de ellos los sacramentos pagaba una multa de 10 dineros de oro; todo *ilustre* debia pagar 500; todo *respetable*, 400; los senadores y los eclesiásticos 300. Fueron los obispos llevados sin consideracion de cárcel en cárcel hasta el desierto, sin más consuelo que los lamentos del pueblo; las vírgenes consagradas fueron objeto de una inquisicion impúdica, después las sometieron á horribles tormentos para hacerlas confesar que habian sido violadas por los obispos. No faltaron milagros en medio de los suplicios, y el de los desgraciados que continuaron hablando después de haberles arrancado la lengua no es el de menos nota (11).

Fin de Hunerico.—El órden de sucesion instituido por Genserico llamaba al trono al de más edad de su familia; institucion viciosa, de la que resulta que todo príncipe celoso de asegurar la corona á sus hijos se encuentra dispuesto á hacer degollar á todo pariente cuya edad les escluya. De esta manera fué como Hunerico dió muerte á su hermano Teodorico y al hijo de este, así como al hijo mayor de Genzon. No pudo, sin embargo, transmitir el reino á su hijo Hilderico; cuando murió consumido de fastidio, como Sila, tuvo por sucesor á su sobrino Gundemundo (484).

Sus sucesores.—Parece que la persecucion se disminuyó bajo este rey, que no supo oponer á los moros más que una débil resistencia (496). Su hermano y sucesor Trasimundo, fué el más ilustrado y el más grande de los reyes vándalos; era amigo

(10) Libro VII, pág. 490.

(11) Además de los autores eclesiásticos y de Procopio, que no es monge ni crédulo *(De bello vand.*, I, 8), está probado el hecho por el conde Marcelino; tambien lo está por Justiniano *(Cod. de off. pp. afr.*, lib. I); y véanse en fin las palabras del filósofo platónico Eneas de Gaza: «Yo mismo los he visto y les he oido hablar, no sin admirarme de que su voz fuera tan bien articulada. Buscaba el órgano de la palabra, y no pudiendo creer á mis oidos, quise asegurarme con mis propios ojos. Les abrí la boca, vi que la lengua les habia sido arrancada de raiz, y tanto me admiraba el que hablasen como el que vivieran.» ¿Qué valor debe concederse á estas pruebas?

y cuñado de Teodorico, rey de Italia, quien le cedió una porcion de la Sicilia. Empleó el oro y las dignidades para seducir á los católicos, pero no pudiendo hacerles apostatar, desterró á sus obispos á Cerdeña y se apoderó de sus bienes. A su muerte, hizo jurar á su sucesor no conceder la paz á los anastasianos.

El sucesor fué Hilderico, hijo de Hunerico, y al perder á su padre, se refugió con su madre en Constantinopla, donde permaneció treinta y nueve años (523). Sobrino por la línea paterna del formidable Genserico, y por la materna, del emperador Valentiniano, íntimamente ligado á Justiniano, se mostró sabio y tolerante; creyéndose más obligado á observar las leyes de la justicia y de la humanidad que á guardar el juramento prestado á su antecesor; protegió á los católicos, restableció en sus diócesis á doscientos obispos, y se condujo en todo cual cumple á un príncipe clemente y moderado. No se lo perdonaron los arrianos, é hicieron circular la idea de que, descendiente degenerado de los reyes vándalos, tenia relaciones con la córte griega con detrimento de la nacion. Tramóse la primera conjuracion contra él por Amalafrida, viuda de Trasimundo, y fué castigada con la muerte de aquella reina; pero una batalla que perdió contra los moros le hizo destronar y encerrar en un calabozo. Se le sustituyó con Gelimero, que tenia opinion de ser más valeroso y resuelto (530).

Guerra vandálica.—Conmovido Justiniano de ver á un rey prisionero, del cual era particular amigo y que tenia su misma creencia religiosa, se resolvió á abrazar la causa de Hilderico, y á ejercer el derecho de soberania que á título de emperador se abrogaba sobre todos los Estados que habian dependido de Roma. Trató primero dos veces, por medio de sus embajadores, de inclinar el ánimo de Gelimero á que tratara á su cautivo con las consideraciones que reclamaba el parentesco, la clase y la edad del desgraciado príncipe. No pudiendo obtener nada, se preparó á la guerra (530) y confió su direccion á Belisario. La parte que aquel general habia tomado en la represion del levantamiento de Constantinopla, y sobre todo las intrigas de Antonina, su mujer, le habian devuelto su antigua privanza. Hija de una cortesana del teatro y de un conductor de carros, amiga cómplice, tercera, y rival de Teodora, si Antonina ejercia sobre su débil marido una autoridad despótica y le deshonraba con su conducta, tambien sabia emplear en provecho de Bonifacio el favor de que gozaba con la emperatriz, y le acompañaba en sus espediciones.

A semejanza de los jefes de bandas en la Edad Media, Belisario tenia á sueldo un cuerpo de lanceros de á caballo, comprometidos á obedecerle bajo juramento, y aguerridos todos ellos por un largo ejercicio de las armas. Su ejército, compuesto de hérulos, de hunos, tracios é isaurios, en número de cinco mil ginetes y doble número de infantes, fué embarcado en cincuenta bajeles y se dió á la vela para esta otra guerra púnica. Llevaba la flota veinte mil marinos reclutados en Egipto, en la Isauria y en la Cilicia. Dejó á Constantinopla después de recibir la bendicion del patriarca, santificada, además, con la admision en el navio almirante de un tal Teodosio, jóven guerrero que Antonina acababa de sacar de pila, y que ella tomó bajo su proteccion, con un afecto superior al de madrina. Se pretende que Belisario inventó entonces las señales náuticas, lo cual impidió á la escuadra estraviarse, como habia acontecido con las otras espediciones. Después de tres meses de navegacion abordó á la playa africana (534). Si Gelimero la hubiera atacado en el mar, siendo muy superior como era por la fuerza y el número de sus buques, fácilmente hubiera aniquilado aquellas naves de trasporte, pesadas y torpes en sus movimientos y los pequeños bergantines incapaces de resistir un ataque: pero ignorando el peligro, habia enviado su escuadra á Cerdeña cuando se trataba de defender sus propios hogares. Pudo, pues, Belisario desembarcar sin peligro y establecer su campo. Tuvo gran cuidado en mantener la disciplina sin dejar de dar grandes ejemplos de rigor, lo cual le valió ser considerado por los africanos como un libertador; así fué que el mercado se vió provisto abundantemente de granos por los propietarios. Con respecto á los magistrados, permanecieron en su puesto y administraron en nombre de Justiniano; y el clero predicó en favor del emperador ortodoxo.

Habiéndole abierto sucesivamente sus puertas gran número de ciudades, marchó Belisario contra Grasa, capital de los reyes vándalos, á cincuenta millas de Cartago. Hubiera querido Gelimero hacer durar la guerra, hasta que su hermano Zanon volviese de Cerdeña; pero los vándalos en su primera invasion no habian dejado existente una ciudadela, ni un lienzo de muralla: eran en un principio en número de cincuenta mil combatientes, y se habian multiplicado hasta el punto de poder armar ciento cincuenta mil hombres; pero muchos de aquel número eran partidarios de Hilderico: así fué que cuando Gelimero le hizo degollar, se indignó el pueblo de tal manera, que sin oponer ningun obstáculo á Belisario, le recibió con alegria en Cartago (12).

Batalla de Tricameron.—Sin embargo Gelimero, que reclutaba partidarios y llamaba á su hermano, hizo una última tentativa. A la cabeza de un ejército, tal vez veinte veces más fuerte, atacó á los

(12) Hasta los historiadores más sensatos acogen las supersticiones más absurbas: nos hablan del monje Santiago, haciendo permanecer inmóviles á los bárbaros que querian dispararles flechas. Nos hablan de una profecia segun cuyos términos G. debia arrojar á B, después B. espulsar á G., por alusion á Bonifacio rechazado por Genserico, y á Gelimero por Belisario.

romanos en Tricameron á poca distancia de Cartago; pero aquella batalla decidió el fin de la dominacion vándala. La retirada de Gelimero fué seguida de la derrota de los suyos, y el libertinaje, la avaricia y la crueldad de los romanos, hallaron medio de cebarse en su campamento.

No descuidó nada Belisario para refrenar el furor de los soldados y para librar á los vencidos de inútiles crueldades. Protegió á los vándalos que se habian refugiado en las iglesias y los distribuyó en lugares donde no podian ni temer ni causar peligros: despues de haber conquistado el Africa en tres meses, estableció sus cuarteles de invierno en Cartago, y obtuvo allí la sumision de los vándalos restantes, como tambien la de las provincias que les habian obedecido, ya en tierra firme, ya en las islas. Los mismos príncipes de la Mauritania vinieron á rendirle homenaje y á pedirle, en señal de la investidura imperial, un cetro, una gorra ó un bonete adornado con hojas de plata, un manto blanco, una túnica corta y algunas cintas de oro.

Después de haber inmortalizado Justiniano aquellas victorias en el preámbulo de las *Pandectas*, mandó que fuera restablecida en Africa la jurisdiccion de la Iglesia católica: proscribió á los arrianos y donatistas, convocando además un sínodo de doscientos diez y siete obispos: Trípoli, Leptis, Cirta (*Constantina*), Cesárea (*Argel*) y Cerdeña, recibieron duques con suficientes guarniciones para la defensa. Un prefecto del pretorio, de quien dependian siete provincias, fué nombrado para el Africa, en donde restableció el emperador el uso del derecho romano, concediendo á las familias desposeidas por los vándalos la facultad de reclamar sus bienes, aunque solamente hasta el tercer grado.

Seguido de algunos compañeros fieles á su desgracia, Gelimero se habia retirado á las montañas de la Numidia, en donde fué cercado y reducido á las más crueles estremidades por Fara, oficial de los hérulos. Habiéndole escrito este oficial compadeciéndose de él y animándole, Gelimero le envió á pedir un arpa, una esponja y un pan; siendo su intencion, segun decia, calmar su hambre con el último, humedecer con la segunda sus enfermos ojos y deplorar con el arpa el cambio de su fortuna.

Accedió Fara á su deseo, pero no disminuyó en nada su vigilancia, viéndose finalmente reducido Gelimero á entregarse á merced del vencedor. Fué llevado á Cartago, y cuando se le presentó á Belisario, soltó una estrepitosa carcajada, ya porque el infortunio hubiese alterado su razon, ó bien porque reflexionara sobre la vanidad de las grandezas humanas. Tampoco las del vencedor de Africa debian durar mucho; pues la envidia espiaba todas sus acciones y sus más insignificantes palabras, con el fin de despertar en Justiniano celosas sospechas, dándole á entender que su general, que estaba dotado de un raro valor, aspiraba al trono de los vándalos. Si hubiera querido ocuparlo ¿quién se lo hubiera impedido? Pero aquel bizarro capitan no era más que un noble servidor, sin que jamás se apercibiera de que podia su espada hacer temblar la sagrada magestad del déspota de Bizancio. Informado de los recelos del emperador, se embarca y retorna; su prontitud disipa las aprensiones de Justiniano, quien le concede el triunfo: honor que ningun general habia obtenido despues de Tiberio.

Triunfo de Belisario.—En la solemne procesion que se verificó desde el palacio de Belisario hasta el hipódromo, pasando por debajo de arcos de triunfo, erigidos de distancia en distancia, vió Constantinopla desplegarse á su vista las riquezas de que Genserico habia despojado al mundo: armaduras, carros, tronos de oro y los vasos de las mesas reales. Un hebreo que reconoció entre estas últimas, las que habian sido robadas del templo de Jerusalen, esclamó que si aquellos vasos entraban en el palacio de Constantinopla, ó en cualquier otro lugar que aquel en que habian sido colocados por Salomon, seria un sacrilegio y un mal agüero. A consecuencia de un crímen semejante, segun él decia, habia tomado Genserico la capital del imperio, y los mismos vándalos habian caido. Sabedor Justiniano del hecho, volvió á enviar á Jerusalen aquellos ornamentos del templo, despues de una peregrinacion tan larga y tan llena de vicisitudes.

Renunciando Belisario á la pompa de la cuadriga, se mostró á pié á la cabeza de sus valientes, llegando al hipódromo en medio de universales aplausos; allí se inclinó delante de Teodora y de Justiniano, á quien cedia como monarca, una gloria que no habia ganado. Siguió Gelimero la comitiva sin temblar, sin quejarse, repitiendo solamente de vez en cuando estas palabras de Salomon: «Vanidad de vanidades y todo vanidad.»

Entre la decadencia de otras virtudes, hay que notar cuán humano se habia vuelto el espíritu público. Roma hubiera dado en espectáculo al pueblo la muerte del sucesor de Genserico y la lucha de sus compañeros contra las fieras; en la época de que tratamos, se nombró patricio al vencido, cediéndole un vasto territorio en la Galacia para que viviera en paz con su familia y amigos. Tomaron á su cargo Teodora y Justiniano la educacion de las hijas de Hilderico. Los más valientes vándalos, repartidos en cinco escuadrones de caballeria, sostuvieron en las guerras que se sucedieron la reputacion de valor de que su nacion gozaba: confundióse el resto con las poblaciones africanas, y aquel pueblo tan formidable en el siglo precedente, quedó borrado de la historia.

A causa de su pronto llamamiento, no le habia sido posible á Belisario consolidar la posesion de la nueva provincia africana. No bien conocieron los moros de la Libia la decadencia de los vándalos, cuando abandonaron sus desiertos para establecerse en la Numidia y hasta en las costas: Beli-

sario los habia contenido habiéndose llevado los hijos de sus jefes en rehenes. Pero apenas se habia dado á la vela, cuando pudo ver las llamas con que devastaban la nueva provincia. El eunuco Salomon, á quien habia dejado encargado del mando, los venció persiguiéndoles en sus más inaccesibles guaridas, y consiguiendo por este medio refrenarlos durante muchos años. Pero aquellas hordas, entonces como ahora el más terrible azote de toda civilizacion ingerida en el territorio africano, destruyeron bien pronto toda cultura y toda habitacion fija; de tal modo, que á fines del reinado de Justiniano, lo que se llamaba provincia de Africa formaba apenas la tercera parte de la Italia.

Azote especial de aquella época fueron las incesantes revueltas de los donatistas y los robos del fisco; pues Justiniano, que libertaba á Africa é Italia, no para utilidad de estas, sino para que sirviesen de pasto á su ambicion y á su avaricia, en cuanto recuperaba Belisario un pais, lo extenuaba al estilo romano con impuestos y con reclamar los bienes que habian pertenecido antes al fisco, lo que significaba en Africa la mayor parte y la más feraz. De esto provenian murmullos, seguidos de sublevaciones, castigos y asesinatos, que acabaron de arrancar la civilizacion de aquellos paises, donde por dos veces habia prosperado.

Tambien fueron avasalladas las islas del Mediterráneo por Belisario, pero la posesion de la Sicilia vino á dar motivo á una guerra con los godos (534-554), que valió á Belisario, como lo hemos dicho en otra parte, nuevos laureles y nueva ingratitud.

2.ª Guerra persa.—El haber Justiniano sometido la Sicilia, el Africa y la Italia, hizo sombra á Cosroes Nuschirvan, y con tanto más motivo por haberle enviado aviso Vitiges, rey de los godos, y los príncipes armenios, de que Justiniano aspiraba á la dominacion universal. Después de haber avasallado á las naciones unas tras otras, decian, caerá más formidable sobre Persia: era, pues, urgente prevenirle cuando se hallaba embarazado allende los mares y aprovecharse de la desgracia de Belisario, su más firme apoyo. No necesitó de más Cosroes; sin miramiento alguno á la paz perpetua, arma (540) bajo pretesto de castigar á los árabes sasánidas, quienes habian atacado al chaique Al-Mondar de Ira, tributario de la Persia; y penetrando en la Siria, toma y entra á saco á Berea, Hierápolis y Dura. Al aspecto de una matrona maltratada por las calles, derramó lágrimas y maldijo á los autores de aquellos ultrajes, aunque sin estorbarlos. Vendió al obispo de Sergiópolis, mediante 200 libras de oro que le prometió, mil doscientos prisioneros; pero no bastando la virtuosa pobreza del santo varon á completar la suma generosamente ofrecida, le castigó el rey por ello. ¡Y Cosroes era sobrenombrado el Justo!

Destruccion de Antioquía.—Avanza sobre Antioquía precedido por el terror, escoltado por la devastacion. Aquella ciudad se defiende con más teson del que podia esperar de sus afeminados moradores, pero la toma y la entrega al saqueo. Reservando para sí los vasos preciosos de la principal iglesia, envia á Persia las estátuas, los cuadros, los objetos raros y de estima: luego manda prender fuego á la ciudad, afectando deplorar su obstinacion y su infortunio. De esta suerte pereció aquel *ojo de la Siria*, aquella *perla del Oriente;* y los pocos de sus hijos que le sobrevivieron, hubieron de llorarla sumidos en la servidumbre. Cosroes siguió el curso del Oronte durante el espacio de diez y ocho millas, hasta el punto donde desemboca en el Mediterráneo: se bañó en este mar y ofreció un sacrificio al sol: retrocediendo después fundó cerca de Ctesifonte una ciudad, que pobló de prisioneros.

Enriquecido y vengado halla ante Justiniano escusas, que hace valederas la victoria y le propone la paz, á condicion de que los romanos le paguen de una vez 5,000 libras de oro, y además 500 cada año. Se compromete á renunciar á todo derecho sobre Dara, y á impedir que ningun bárbaro trasponga los Puertos Caspios para causar daño al imperio.

Aseguraban los diplomáticos de Justiniano, como verdaderos sofistas, que bastaba salvar el honor del imperio, declarando que no se trataba de sujetarse á un tributo; pero él comprendió que las circunstancias exigian otra cosa. Decidióse á hacer la guerra (542), y llamó á Belisario de Italia. Acelerando el general sus preparativos, penetra en el pais enemigo con un ejército mal pagado, sin disciplina, y en cuyas filas habia árabes de fidelidad dudosa: devasta la Asiria, pero sobreviniendo el verano y en pos las epidemias, tuvo necesidad de replegarse á las provincias del imperio.

Tentaba sobremanera á Cosroes la conquista de la Cólquide, porque una vez dueño de la embocadura del Fasis Aurato, hubiera podido sostener una escuadra para dominar el Euxino, las costas del Ponto y la Bitinia é inquietar de cerca á Constantinopla. Ya estaba en el pais de los lacios, cuyos reyes se hallaban á la sazon bajo la tutela del emperador romano y recibian las insignias de la autoridad de su mano. Pero cuando Juan Tribus, caudillo de la guarnicion romana, hubo levantado otro fuerte en la frontera de los iberos, concibieron recelo los lacios, se volvieron del lado del rey de Persia, quien espulsó á las tropas imperiales y puso guarniciones en aquel territorio.

Acudió Cosroes tan luego como supo la noticia de la invasion de Belisario, y encontrando que el enemigo se habia ya retirado, penetró en su territorio y se encaminó hácia la Palestina. Pero Belisario maniobró con tal habilidad, que obligó á Cosroes á emprender la retirada y á abandonarle una victoria sin efusion de sangre, más gloriosa que sus triunfos de Africa (543). No por esto dejaron los ociosos cortesanos de Constantinopla, de acusarle de haber dejado escapar al enemigo, hasta el estremo de ser reemplazado en el mando. De otra

manera pensaba Cosroes; porque tan pronto como se verificó el llamamiento de Belisario, renovó sus ataques, y vió á cuatro mil de los suyos poner en fuga á treinta mil adversarios, mal mandados por quince generales: habiendo entonces penetrado en la Mesopotamia, sitió á Edesa, y forzó á Justiniano á comprar la paz (545) mediante 2,000 libras de oro y el envio del famoso médico Tribuno.

3.ª Guerra persa.—Conociendo Cosroes que el cambio de dominacion y el celo de los magos por introducir en la Cólquide el culto del fuego, dispondria á los lacios á pasarse á otra bandera, resolvió hacer asesinar á Gubases, su rey, y trasladar á Persia á los habitantes del pais. Era su intencion enviar allí colonias de persas y asegurarse de esta manera aquel paso cómodo para el Euxino. Habiendo penetrado Gubases este proyecto, reclamó el socorro de Justiniano (548), á quien el interés hizo olvidar la injuria recibida. Le envió ocho mil soldados, á los cuales se unieron los lacios para sitiar á Petra, plaza importante que acabaron por tomar y desmantelar.

En lugar de seguir el empuje de la fortuna, Justiniano, obstinado en recobrar la Italia, compró un armisticio de cinco años á Cosroes; pero para pagarle, sobrecargó de tal manera á sus súbditos con impuestos, que se manifestaron mas dispuestos á favorecer á los persas que á combatirlos. Desde el momento en que espiró la tregua (556), estos atacaron á Lácica, é hicieron huir á las tropas imperiales que en su despecho asesinaron cobardemente á Gubases. En fin, una sangrienta derrota redujo á Cosroes á la necesidad de pedir la paz: abandonó la Cólquide (562) por la suma de tres mil monedas de oro y permitió á los cristianos el libre ejercicio de su culto en la Persia.

Guerra con los visigodos.—Encontrábase entonces Justiniano, por la destruccion del poder de los ostrogodos, dueño de la Italia y de las islas. Habian permanecido los visigodos de España en la inaccion durante el peligro de sus hermanos, y á la sazon reclamaban la asistencia de Justiniano para sostener á Atanagildo, quien disputaba á Agila la corona que habia quedado vacante por la muerte de Teudisela. Aseguróle su posesion tranquila el patricio Liberio (554), y los griegos tuvieron en recompensa á Valencia y á la Bética Oriental. Sostuviéronse con trabajo hasta la época en que Leovigildo los echó de Córdoba (584), y Suintila de toda España (624).

Correrías de los bárbaros.—Los bárbaros no permanecian en reposo. Rechazados los ávares por los turcos hasta las orillas septentrionales del mar Negro, pidieron asilo al emperador (552). Acogiólos como una escelente defensa contra las tribus germánicas, eslavas y tártaras, que se movian sobre el Danubio. Cuando los godos vinieron á socorrer á sus hermanos de Italia, los gépidos ocuparon la Panonia, y el mejor espediente que encontró Justiniano fué escitar contra ellos á los longobardos y fomentar una larga guerra entre aquellos dos pueblos. Diseminados los esclavos por tribus numerosas en Polonia y Rusia, en cavernas, se atrevieron repetidas veces á invadir y se lanzaron á la Mesia y la Macedonia, y llegaron hasta la misma Grecia.

Más temibles aun los búlgaros, y habiéndose aliado con los eslavos, enviaron al través del helado Danubio á las dos tribus de los uturguros y de los cuturguros á asolar la Tracia con tanta ferocidad como valor. Estendieron la ruina y el pillage desde los alrededores de Constantinopla hasta la Jonia, destruyendo treinta y dos ciudades, entre las que se contaba Potidea, célebre por los combates de Filipo y la elocuencia de Demóstenes; llevándose allende el Danubio ciento veinte mil esclavos atados á los ronzales de sus caballos. En otra escursion asolaron la Grecia y atravesaron el Helesponto. Vieron los emperadores en su miedosa inaccion pasar aquel temible azote, del cual no estaban defendidos sino por la muralla que atravesaba el Quersoneso (13). Pero habiendo un temblor de tierra arruinado aquella fortificacion, penetraron los búlgaros guiados por Zamergan á través de las ruinas y avanzaron sobre Constantinopla (559).

La inminencia del peligro hizo sacar á Belisario de la oscuridad en que estaba y á que se le habia relegado desde que dejó de ser necesario; y él, siempre pronto á demostrar su valor, sin acordarse jamás de la injuria, tomando apresuradamente el mando de las escuelas de guardias y de los ciudadanos armados apresuradamente, derrotó á los búlgaros y los rechazó allende el Danubio. Para asegurar entonces Justiniano su tranquilidad por aquella parte, se comprometió á pagarles un tributo anual, bajo la condicion de que defenderian el imperio contra los demás bárbaros.

Este gran general, que difunde un rayo luminoso sobre la lánguida agonia del imperio griego, adorado del ejército, sin ser odioso á los vencidos, respetado del enemigo, casto en su conducta, desinteresado como un caballero, secundado en sus empresas por su valor y fortuna, fué sin cesar blanco de la envidia de los cortesanos y juguete de una indigna mujer; ciego por su amor hácia ella, no veia sus infamias, y aquellos que se las revelaban eran desmentidos por las lágrimas y protestas de la culpada, siendo después severamente castigados. Si se atrevia Belisario á formular alguna queja, Antonina, por la mediacion de Teodora, le hacia reemplazar en el mando en medio de sus victorias, siéndole necesario para volver á empuñar su espada apaciguar á aquella irritada mujer. Ella hizo, por sus intrigas, que se le llamase de Italia, haciendo por el mismo medio que se le

---

(13) Procopio dice que cada una de aquellas correrias, renovadas cada año del largo reinado de Justiniano, costaba doscientas mil vidas Este es un débil bosquejo de sus exageraciones.

volviese á enviar. Muchas veces le acompañó, entregándose en el campamento á su licencia ordinaria, y reuniendo tesoros. No le siguió á Persia por permanecer en Constantinopla y recobrar uno de sus amantes. Instruidos su marido é hijo de esta vergonzosa conducta, piensan en fin vengarse, cuando ella se aparece de repente, disipa la tempestad y recupera su ascendiente sobre su marido, cuyo crédito mina al mismo tiempo para hacerle destituir nuevamente. A su llegada á Constantinopla acude Belisario á palacio, donde no tan solo es mal acogido de los soberanos, sino que reconoce en las maneras de aquella vergonzosa turba de cortesanos, que arregla su conducta segun el gusto de los príncipes, que tiene que temer alguna cosa peor. Torna aterrado á su casa, no sin volverse más de una vez por ver si es seguido. Después de una noche de insomnio vé llegar un pliego de la corte, y el vencedor de los godos, de los vándalos, de los búlgaros y de los persas, lee temblando estas palabras trazadas por Teodora: «Sabes cuanto me has ofendido, pero debo grandes obligaciones á tu mujer, y te perdono por consideraciones á ella. Débele, pues, tu vida, tu salvacion y tu fortuna, y que los hechos atestiguen tu reconocimiento.» Al leer esto Belisario, semejante al Marlborough del siglo pasado, se arroja á los pies de Antonina esclamando que le debe su salvacion y que quiere ser su fiel servidor: ella restablece su valimiento y hace que se le devuelva el mando: después el esclavo del emperador y de una mujer que se burlaba de él se convierte en un héroe, conquista reinos y se niega á recibir la corona que le fué ofrecida.

No por esto se libró de las sospechas de Justiniano, ni de las sugestiones de los malévolos que le presentaban como dispuesto á aprovecharse del favor popular. Cuando Belisario volvió victorioso de los búlgaros se le acriminó por la alegria de los ciudadanos á quienes acababa de salvar, alegria que fué la única pompa de sus triunfos. Sin siquiera darle gracias, le mandó el emperador retirarse á sus hogares. Habiendo poco después estallado una rebelion contra Justiniano, se supuso que Belisario habia tomado parte en ella, pues debia estar descontento: fué en su consecuencia despojado de su autoridad, honores y riquezas. No tardó en ponerse en claro la inocencia de un anciano que mal hubiera querido llevar á efecto á los setenta años lo que habia rehusado en lo mejor de su edad y de sus esperanzas.

Fin de Belisario.—Se le reintegró, pues, en sus propiedades, pero no sobrevivió más que ocho meses á esta reparacion (565). Después de su muerte, el fisco se apoderó de sus bienes, escepto de una parte que se dejó á Antonina, la cual la empleó en fundar un monasterio, donde se retiró á acabar sus dias.

Queriendo un escritor muy posterior encontrar en Belisario un nuevo ejemplo de los caprichos de la fortuna, dice que fué privado de la vista y reducido á mendigar un óbolo, vagando sin asilo entre los pueblos á quienes su espada habia defendido ó espantado (14).

Cuanto más envejecia Justiniano más se manifestaba su debilidad natural; se verificaban rebeliones contínuas entre la soldadesca, y conflictos entre los verdes y los azules, entre los herejes y los ortodoxos. A aquellos desórdenes se unieron desastres naturales: reprodujéronse los temblores de tierra casi anualmente, y uno de ellos hizo esperimentar, por espacio de cuarenta dias, sacudimientos en Constantinopla (526): doscientas cincuenta mil personas perecieron, segun dicen, en el de Antioquia (15); y Berito fué sepultada.

Peste.—Una epidemia hizo grandes estragos (542): procedente del Egipto ó de la Etiopia, invadió la Palestina, después todas las comarcas de los alrededores, cebándose cruelmente sin distincion de tiempo, clima, estado ni edad; quedó triste memoria de ella por haber venido acompañada de exantemas particulares que los escritores llaman *viruelas*, y que sobre todo se desarrollaban en los niños (16). Toda el Asia y el continente europeo tuvieron que sufrirla varias veces. Despobló este azote, en Italia, ciudades enteras hasta el punto de que no se encontraban sino perros por las calles y de que no se veia en el campo más que rebaños sin pastores (17). En 60 años la sufrió Antioquia cuatro veces. Empezaba el mal por poner colorados los ojos, por hinchar el rostro ó por una angina, ó por flojedad de cuerpo, y en seguida aparecian los bubones. Algunos de los enfermos eran atacados de un delirio espantoso; y otros conservaban su razon hasta el último momento. Se pretendió que en Roma se notaban manchas en

---

(14) Este cuento está apoyado en algunos versos de las *Quiliadas* de *Tzetze*, monje del siglo XII:

Ἐκπώμα ξύλινον κρατῶν ἐβόα τῷ μιλίῳ·
Βελισάριῳ ὄβολον δότε τῷ στρατηλάτῃ
Ὃν τύχη μὲν ἐδόξασεν, ἀποτυφλοῖ δὲ φθόνος.

«Apoyado en una piedra miliar y con la gamella de madera en la mano decía. Dad un óbolo á Belisario, á quien la fortuna cubrió de gloria, y la envidia cegó.»

(15) En esta circunstancia y en otras del mismo genero, damos las cifras que encontramos sin salir garantes de ellas. Hasta los más jóvenes de mis lectores, deben acordarse de los millares de personas que perecieron, segun se dijo en Paris en las tres jornadas de 1830, y de los millones de personas estenuadas por el cólera, y cuanto ha tenido que rebajar después el cálculo de la evaluacion imaginaria. Los antiguos no tenian registros exactos de la poblacion como los modernos, quienes, sin embargo, están lejos de una exactitud matemática.

(16) ¿Seria acaso la viruela? Véase SPRENGEL., *Historia de la medicina*, sec. VI, c. 2. Hizo su irrupcion en Francia de 565 á 568 y se encuentra mencionada otras veces aún en el curso de aquel siglo. En tiempo de la peste de Roma en 590, dice que el bostezo y el estornudo eran síntomas funestos. Se dice tambien que de aquí procede el uso de hacer la señal de la cruz sobre la boca que bosteza y decir, *Dios os salve* al que estornuda. Pero esto último se usaba ya entre los antiguos romanos.

(17) PABLO WARNEFRIDO, II, 4.

los vestidos y en las casas antes de que el mal apareciera. Los que fueron atacados de él en Constantinopla se creian perseguidos por fantasmas; cuando después aparecian los bubones pronto producian la gangrena y con ella la muerte enmedio de terribles convulsiones. Por espacio de tres meses la epidemia se llevó de cuatro á diez mil personas diarias en esta capital. Como faltasen sepulturas, descubrieron las torres de las murallas, y después de haberlas llenado de cadáveres las volvieron á cerrar. Mas habiendo infestado el aire las exhalaciones, se cargaron aquellos restos humanos en barcos que fueron á arrojarlos á lo lejos en alta mar. Si se dá crédito al arbitrario y probablemente exagerado aserto de Procopio, cien millones de personas murieron de esta manera.

Muerte de Justiniano.—No se libró de la enfermedad Justiniano, pero una rigurosa dieta le salvó la vida. Una muerte repentina, aunque natural, le hirió después de un reinado de treinta y nueve años (561). Tanto en su carácter como en su gobierno, ofreció una mezcla de bien y de mal. De estatura mediana, ojos vivos, semblante alegre, cabellos escasos y barba cortada á la romana, se vestia á estilo de los bárbaros, comia y dormia poco para estar dispuesto á la lectura y al despacho de los negocios. Por confesion de su mismo violento detractor, era de fácil acceso, afable en su modo de responder, paciente en escuchar, y sabia refrenar las pasiones, que fácilmente arrastran á los que pueden lo que quieren. Si no mandó en persona sus ejércitos, tuvo la habilidad muy importante en un rey de elegir bien sus generales. Sospechó de sus más fieles servidores, y supo perdonar á quien maquinó en contra. Avido de toda clase de gloria, quiso ser poeta, arquitecto y músico, así como legista y teólogo. Aparentando favorecer las ciencias, persiguió á los filósofos; y cerrando la escuela de Atenas, interrumpió la *cadena de oro* de los neoplatónicos.

Indújole á esto la religion, por influjo de la cual, después de haber ascendido al trono, donó á las iglesias todos los bienes que habia tenido cuando particular, y fundó un monasterio en su misma casa; por la cuaresma observaba la abstinencia de un verdadero anacoreta, no comiendo sino cada tercero dia y únicamente yerbas silvestres con sal; vigilias y abstinencias que anotó y certificó en las *Novelas;* pero más devoto que sábio, se excedió hasta perseguir, no solo á los astrólogos, blasfemos é impúdicos, sino tambien á los arrianos en Constantinopla, y á los montanistas en la Frigia; tal vez queria solamente que sus bienes fuesen devueltos al fisco. Algunos fingieron convertirse, otros se dieron muerte. Setenta mil idólatras se bautizaron en la Frigia, la Lidia y la Caria. El emperador proporcionó el dinero suficiente para construir noventa y seis iglesias á los neófitos y para proveerles de biblias, liturgias, vasos y telas de lino (18).

(18) TEOFANES, *Cron.*, p. 153.

Se precisó á los judios á que celebraran la Pascua el mismo dia que los cristianos; y habiéndose sublevado los samaritanos por no recibir el bautismo, se les dió muerte, ó fueron vendidos á los persas y á los indios.

Incorruptibles.—Después de haber perseguido á aquellos á quienes estraviaba la fe, el mismo Justiniano cayó en error. Refugiado Juliano de Halicarnaso, obispo monofosita, en Egipto, afirmó que el cuerpo de Jesucristo desde el momento de la concepcion, no habia estado sujeto á ninguna alteracion ni corrupcion. De aquí resultaron disensiones. A los que sostenian la opinion contraria se les llamó *eftartolatras*, ó adoradores de la corrupcion; y *fantasiastas* fué el nombre que se dió á los otros, que afirmaban que Cristo no habia padecido sino en la apariencia. Agitábase la cuestion hacia ya tiempo, cuando á Justiniano se le ocurrió pronunciarse en favor de los últimos y quiso obligar á sus súbditos á que creyesen en este sentido. San Nicolás, obispo de Tréveris le replicó escribiéndole que la Italia, el Africa, la Galia y la España, resonaban de anatemas contra su doctrina; pero él persistió en ella, entregándose á una intolerancia llena de orgullo y de prodigalidades desastrosas. Verémosle perseguidor de los pontífices y de los obispos.

Mucho le debieron las bellas artes, y el templo de Santa Sofia, es un monumento eterno de su magnificencia. Mandó construir otras veinte y cinco iglesias en Constantinopla y muchos acueductos. Asombra leer en Procopio la descripcion de todas las obras públicas ejecutadas de órden suya; el mismo autor añade que no hubo una sola ciudad de sus Estados donde no erigiera algun suntuoso edificio, ninguna provincia donde no reparara á alguna ciudad, alguna fortaleza ó castillo.

En la plaza delante de Santa Sofia, se elevaba la estátua del emperador á caballo, armado como Aquiles, sosteniendo un globo en su mano izquierda, con la derecha estendida hácia el Oriente y en ademan de amenazar á los persas. Pesaba siete mil libras, y para hacerla se habia fundido una de Teodosio y el plomo de un acueducto. El 29 de mayo de 1453, colocaron los turcos bajo los pies de aquel caballo, la cabeza del último representante del imperio: luego el coloso fué convertido en cañones, que amenazaban la civilizacion europea.

La seda.—Otra gloria pacífica señaló el reinado de Justiniano. Hasta entonces se habia sacado del pais de los séres la seda, cuya naturaleza se ignoraba completamente, pues unos creian que era la pelusa de alguna planta, otros una tela de araña. Su comercio se hacia solamente por las caravanas de la India y de la Persia. Lo largo del viaje y el monopolio hacian las telas de seda tan costosas, que se vendian en Roma á peso de oro (19); ha-

(19) *Absit ut auro fila pensentur: libra enim auri tunc libra serici fuit.* VOPISCO, *in Aurel.*

bia hecho de necesidad este género el lujo que habia ido allí en aumento: deshilaban las mujeres los tejidos de las Indias para hacer otros tan sutiles que no ocultasen ninguno de sus encantos; y segun el ejemplo dado por Heliogábalo hasta los hombres la usaban para sus vestidos.

De consiguiente, todos los años pasaba una enorme suma del imperio á Persia para ser trocada por seda, y de buen grado hubieran eludido los emperadores aquel tributo, especialmente cuando se hallaban en guerra contra los persas. Una casualidad les proporcionó el medio de lograrlo. Dos misioneros fueron llevados por su celo al pais de los séres y observando allí todas las cosas como siempre lo hicieron sus semejantes, aprendieron á conocer el insecto industrioso y los procedimientos empleados para utilizar la materia que suministraba. Habiendo sido informado de ello Justiniano fueron alentados á robar la simiente, y lo consiguieron con ayuda de una caña en que ocultaron cuantos les fué posible proporcionarse. De aquí han nacido todos esos millares de gusanos de seda que después enriquecieron la Europa (20). Así introdujo este emperador en sus Estados un género de cultivo que debia tener mayor y más duradero influjo que sus conquistas y sus leyes.

---

(20) PROCOPIO, *De bello got.*, IV, 7.

CAPÍTULO IV

LOS CÓDIGOS ROMANOS.

Toda sociedad civil descansa en las combinaciones de los hechos morales, políticos y económicos; y siempre que alguno de estos elementos llega á alterarse de una manera profunda, fuerza es reformar el derecho. No es cierto que estos tres órdenes de hechos se modifiquen simultáneamente: á veces la revolucion económica prepara la revolucion política, otras es consecuencia de ella; de modo que el cambio esterior queda frecuentemente consumado, mientras que su evolucion interior continua todavia largo tiempo.

De aquí resulta que los códigos no pueden ser perfectos. Aunque el legislador comprenda que su deber es no retardar ni acelerar un movimiento social, sino dar testimonio del grado en que se encuentra, es muy difícil, si no imposible, adivinar lo que acontecerá luego y atender á las consecuencias desconocidas que surgirán de los principios triunfantes.

Al desórden económico pusieron remedio las XII Tablas, espresion notable de un derecho comun á todas las edades que Vico llama heróicas, y testimonio de la lucha entre patricios y plebeyos; pero los cambios efectuados en la economia pública hicieron bien pronto inaplicables sus prescripciones. Despues de Augusto tuvo principio una revolucion moral; y desde entonces, considerándose las antiguas leyes como insuficientes, fué necesario reunirlas, entresacarlas y acomodarlas á las nuevas necesidades.

La estabilidad de las familias patricias, semejante, aunque no igual, á la de las castas de Oriente, fué trastornada en Roma por la movilidad pelásgica de los plebeyos. Una y otra se fundieron en la constitucion de una manera admirable, atemperándose mútuamente los derechos del Senado á los del pueblo, y recibiendo de la religion formas invariables. De este modo pudo permanecer Roma por largo tiempo sin temer la anarquia, ni (cosa sorprendente en un pueblo guerrero) el despotismo militar.

El espíritu de órden, la sabia aunque severa inflexibilidad de los grandes, engendraron en Roma el *strictum jus*, derecho estricto, sordo, inexorable, inscrito en las XII Tablas como salvaguardia de la originalidad italiana. ¿Pero cómo hubiera podido bastar aquel férreo derecho, nacido de la tradicion sacerdotal y de las instituciones sociales peculiares á un pueblo restringido en fórmulas precisas segun su propio carácter, cuando Roma hubiera recibido en su seno á tan gran número de extranjeros, ó enviado á sus hijos á gobernar á otras naciones? ¿Cómo hubiera podido bastar una vez que el *ager* sacro dejara de ser privilegio de los patricios y que se abrieran nuevas vias á la riqueza, á la gloria y á las magistraturas? Roma hubiera debido, de consiguiente, circunscribirse á más estrechos límites, ó abandonarse á una revolucion violenta, si la habilidad flexible y progresiva de la democracia no hubiera introducido el sistema del *bonum* y *æquum*, el *arbitramento* de las leyes anuales, y un *derecho de extranjeros* administrado por un pretor particular. A más, la ley escrita moderaba por medio de la razon natural, derivada de los principios de la equidad.

Entendian por *equidad* el decreto natural, esto es, aquel fondo de ideas morales que todos los hombres reunidos en sociedad poseen, que sobrevive á toda corrupcion, y que funda la constitucion en la libertad, en la igualdad, en los sentimientos naturales, en las inspiraciones del sano juicio. El derecho estricto, por el contrario, era un conjunto de creaciones artificiales, arbitrarias, encaminadas á regularizar con representaciones materiales el alma humana, incapaz todavia de obedecer á la simple razon, haciéndola doblegarse á la autoridad,

á los misterios religiosos, á fórmulas indefectibles; y en el cual no obligaban al hombre la conciencia y la idea de lo justo y lo injusto, sino la expresion, la letra.

Tal fué el que poseyó la Roma aristocrática; de modo que las nociones de lo justo y lo injusto estaban desfiguradas por las instituciones, merced á las cuales el ciudadano, cesando de ser hombre, debia abdicar en favor de la patria sus afectos, su voluntad y hasta su razon. Cooperaba á sobreponer la equidad á este derecho estricto el Edicto pretorio, que se atenia á los hechos; y los jurisconsultos, al contrario, sostenian la inmutabilidad del despotismo escrito. Asi el derecho civil y la equidad se encontraron en un perpétuo antagonismo, resultando de aquí un derecho doble y paralelo: parentesco civil (*agnatio*) y parentesco natural (*cognatio*); matrimonio civil (*justæ nuptiæ, connubium*) y union natural (*concubinatus*); propiedad romana (*quiritaria*) y propiedad natural (*in bonis*); contratos de derecho formal (*stricti juris*) y contratos de buena fe.

Ya hemos visto como se luchó y como prevaleció el pueblo en las instituciones políticas, en las leyes sobre los deudores y en las sucesivas adquisiciones del tribunado (1). Sin emprender la prolija tarea de seguir los progresos de la equidad en todas sus fases, nos limitaremos aquí á dirigir una ojeada sobre la familia (2), base de la asociacion civil.

Se persuadieron los jurisconsultos que no era posible permanecer encerrados en el círculo material de las fórmulas aristocráticas. Aun los más perversos emperadores odiaban el derecho civil como un resto aristocrático, tanto que hasta el demente Calígula queria abolirlo de un solo golpe, y Claudio le quitaba lo que conservaba de demasiado nacional y severo. Asi los cambios se hicieron más sensibles; y la jurisprudencia, mudando de oficio para con la sociedad, se perfeccionó cuando las artes y las letras iban decayendo. A los vuelos del ingenio habian sucedido la reflexion y la investigacion: rodeada la tribuna de obstáculos ó desacreditada, y no existiendo ya la elocuencia, los pensadores se dedicaron á la discusion pacífica y al exámen escrupuloso de los hechos, para establecer la ciencia de las leyes, concordar las diversas autoridades y los orígenes de donde, por medio de una revolucion sucesiva, habia provenido el derecho, y llegar á los sencillos resultados de la práctica, con más tiempo, doctrina é impasibilidad que la que les fué permitida á los jueces y pretores.

De este modo se pasó de la época aristocrática del derecho á la filosófica, dirigiéndose á este los trabajos del entendimiento, para poner en armonia con una metafísica más exacta las teorias discordantes ó contradictorias. Pero los jurisconsultos se fundaban en ciertas máximas y axiomas, de que deducian las consecuencias y las aplicaban á casos particulares, sin remontarse á los principios generales y al derecho natural; eran dialécticos vigorosos, pero no teóricos, que á veces se sometian á razones que provocan la risa (3). Sin embargo, por aquel instinto práctico que distinguió á los romanos, y por el aura evangélica que á pesar de todo se hacia sentir, desde Nerva á Teodosio II se dictaron las disposiciones más sábias, exactas y circunstanciadas relativamente á los derechos reales y á la familia. Y aunque con Caracalla cesaron los grandes jurisconsultos (4), el derecho clásico inspiró los rescriptos que los emperadores daban en union de su consistorio.

Entretanto la revolucion moral y económica iban cumpliéndose. Habia enseñado la nueva religion una igualdad y una libertad en oposicion de los inveterados privilegios; la astuta codicia que habia reemplazado á la energia y á la ambicion política, exigia leyes mejor combinadas para oponer una barrera al creciente egoismo. No bastaba ya la hereditaria tradicion, viéndose los emperadores obligados á intervenir á cada instante multiplicando las constituciones á las cuales se les dió fuerza de ley.

A principios del siglo V se consideraban como orígen del derecho, en cuanto á la teoria, las XII Tablas, los primitivos plebiscitos, los senatusconsultos, los edictos de los magistrados y las costumbres no escritas; aunque no se invocaran en el uso sino los escritos de los jurisconsultos clásicos y las constituciones imperiales.

Presentaba, no obstante, esto graves dificultades. Los jurisconsultos que habian prestado tan útiles servicios á los jueces, recurriendo á los antiguos orígenes formaban una completa biblioteca; por lo cual era dado á pocos proporcionárselos, y á poquísimos dedicarse á conocer su verdadero sentido en medio de la decadencia de los estudios. Por otra parte, cuando eran contradictorias sus opiniones, ¿á cuál habia que atenerse? De consiguiente, fué preciso que designasen los emperadores, los jurisconsultos á quienes se habia de preferir. En un principio (521-27) confirmó Constantino los escritos de Paulo, especialmente las *Receptæ sententiæ*, suprimiendo las notas de Ulpiano y de Paulo sobre Papinia-

---

(1) Véanse el lib. V, cap. 2: lib. VI, cap. 14; lib. VII, cap. 5.

(2) Véase á GANS.—*Das Erbrecht in Weltgeschitlicher Entwickelung*. Berlin, 1824. TROPLONG, *De la influencia del cristianismo sobre el derecho civil de los romanos*.

(3) Una ley romana dice que el ciego no puede pleitear, porque no ve las insignias de la magistratura. *Dig.* libro I, *de postul.* Paulo (*Sentent.*, lib. IV, tít. 9) dice que el feto de siete meses nace perfecto, porque parece probarlo así la razon de los números de Pitágoras.

(4) Desde Alejandro Severo á Justiniano, solo se citan en las Pandectas tres jurisconsultos: Aurelio Arcadio Carisio, Julio Aquila y Hermógenes, autor quizá del código que lleva su nombre.

no. Posteriormente Valentiniano III determinó para el Occidente qué constituciones y qué rescriptos de los emperadores se podian alegar y considerar como leyes comunes, esceptuando entre los últimos aquellos que habian sido dados sobre cuestiones particulares ó hubiesen sido obtenidos por los litigantes en oposicion con las leyes.

Ley de las citas.—Tambien reguló el modo de servirse de los jurisconsultos (426), atribuyendo fuerza de ley á las opiniones de Papiniano, Paulo, Gayo, Ulpiano y Modestino, á escepcion de las referidas notas, prescribiendo cuando los dictámenes eran diferentes, que prevaleciera el de la mayoria; cuando habia empate, el de Papiniano; y en caso de que éste guardara silencio en algo, tocaba decidir á la prudencia del juez definitivamente. Tribunal de justicia singular y verdaderamente único en que el emperador, para librarse de administrar por sí justicia, reducia esta á citas. Pero aquellos jurisconsultos estaban dominados por las preocupaciones de los tiempos paganos, cuando el derecho no habia aún esperimentado las grandes alteraciones que causó el cristianismo en las personas, en los legados, en las obligaciones, en las formas y en los procedimientos; y por lo mismo los jueces tenian que retroceder dos siglos, de donde tal vez provino que el derecho se sometiese á la obstinacion latina y á ideas formalistas de que los precedentes emperadores se habian afanado por libertarlo.

Pero aun reducida la jurisprudencia á esta aplicacion mecánica, creció diariamente la dificultad de comprender á los escritores, á pesar de las escuelas instituidas para su esplicacion. Complicábase aun más por los numerosos rescriptos de los emperadores y con especialidad por los de Constantino, que habia llegado á consumar y á dar testimonio de la revolucion nueva. ¡Qué enojoso debia ser estudiar, y cuán embarazoso aplicar tantas leyes, frecuentemente abrogadas y derogadas! ¡Cómo debia confundirse la justicia, careciendo de principios determinados! El único remedio hubiera sido reunir los decretos y las sentencias todavia vigentes, ponerlos en órden, y en suma hacer un código de todo.

Códigos hermogeniano y gregoriano.—Por temor de que, al favorecer Constantino la religion que habia adoptado, destruyera las antiguas leyes, ya habian coleccionado dos jurisconsultos las que habian sido promulgadas desde Adriano hasta Diocleciano. De aquí habian resultado los dos códigos, que, en virtud del nombre de sus autores, fueron llamados Hermogeniano y Gregoriano. Era una tarea emprendida por particulares, y aunque no legal, oportuna. Teodosio II, príncipe nulo, se aseguró eterno renombre mandando hacer antes que otro alguno un código auténtico de las constituciones romanas, pensamiento digno de los césares más ilustres.

Para este fin designó (429) en un edicto solemne, dirigido al senado de Constantinopla, ocho personas eminentes por su ciencia y por sus dignidades, á quienes encargó compilar el cuerpo del derecho, con sujecion á las reglas allí prefijadas, para que una vez coleccionadas las leyes, se formara con ellas, prévia discusion acerca de su oportunidad, un código redactado con exactitud y sencillez (5).

Código Teodosiano.—Fué secundado útilmente por los profesores llamados á Constantinopla como miembros de la academia que allí habia instituido. Entre ellos brillaba en primera línea Antíoco, que

---

(5) «*Impp. Theod. et Valent. AA. ad Senat.*»

Ad similitudinem Gregoriani atque Hermogeniani codicis, cunctas colligi constitutiones decernimus, quas Constantinus inclytus, et post eum divi principes nosque tulimus, edictorum viribus, aut sacra generalitate subnixas. Et primum tituli, quæ negotiorum sunt certa vocabula, separandi ita sunt, ut si capitulis diversis expressis ad plures titulos constitutio una pertineat, quod ubique aptum est, collocetur; dein, quod in utramque dici partem faciet varietas lectionum, probetur ordine, non solum reputatis consulibus et tempore quæsito imperii, sed ipsius etiam compositione operis validiora esse quæ sunt posteriora monstrante: posthæc, ut constitutionum ipsa etiam verba, quæ ad rem pertinent, reserventur, prætermissis illis quæ sanciendæ rei, non ex ipsa necessitate adjuncta sunt. Sed cum simplicius justiusque sit, prætermissis eis quas posteriores infirmant, explicare solas quas valere conveniet: hunc quidem codicem et priores diligentioribus compositos cognoscamus, quorum scolasticæ intentioni tribuitur nosse illa etiam, quæ mandata silentio in desuetudinem abierunt, pro sui tantum temporis negotiis valitura; ex his autem tribus codicibus et per singulos titulos cohærentibus prudentium tractatibus et responsis, eorumdem opera qui tertium ordinabunt, noster erit alius, qui nullum errorem, nullas patietur ambages, qui nostro nomine nuncupatus, sequenda omnibus vitandaque monstrabit. Ad tanti consummationem operis et contexendos codices, quorum primus, omni generalium constitutionum diversitate collecta, nullaque extra se, quam jam proferri liceat, prætermissa, inanem verborum copiam recusabit: alter, omni juris diversitate exclusa, magisterium vitæ suscipiet, diligendi vivi sunt singularis fidei, limatioris ingenii, qui cum primum codicem nostræ scientiæ et publicæ autoritati obtulerint, adgredientur alium, donec dignus editione fuerit, pertractandum. Electos vestra amplitudo cognoscat. Antiochum, virum illustrem, ex-quæstore et præfecto elegimus; Theodurum, virum spectabilem, comitem et magistrum memoriæ, Eudicium et Eusebium viros spectabiles, magistros scriniorum; Joannem, virum spectavilem, ex-comite nostri sacrarii; Comazontem, atque Eubulum, viros spectabiles, ex-magistris scriniorum; et Apellem, virum disertissimum scholasticum. Hos a nostra perennitate electos, eruditissimun quemque adhibituros esse confidimus, ut communi studio, vitæ ratione deprehensa, jura excludantur fallacia. In futurum autem, si quid promulgari placuerit, ita in conjunctissimi parte alia valebit imperii, ut non fide dubia, vel privata assertione nitatur, sed ex qua parte fuerit constitutum, cum sacriis transmittatur affatibus, in alterius quoque recipiendum scriniis, et cum edictorum solemnitate evulgandum: missum enim suscipi et indubitanter obtinere conveniet, emendandi vel revocandi potestate nostræ clementiæ reservata. Declarari autem invicem oportevit, nec admitenda aliter, etc.

Dat VII kal. april. Constantinopoli, Florentio et Dionysio coss.

habia sido cuestor, pretor y cónsul; seguian después Maximino y Martirio, en otro tiempo cuestores, y los insignes varones Esperancio, Apolodoro, Teodoro, Eugenio y Procopio. Fuéronles abiertos los archivos y rebuscaron allí los ejemplares más correctos; pero los disturbios ocasionados por los nestorianos y los asuntos del concilio de Efeso, les distrajeron de su trabajo, hasta el momento en que Teodosio, ó más realmente su hermana Pulqueria (435), ordenó que se emprendiera de nuevo con un método más sucinto, no ya por ocho sino por diez y seis doctores, bajo la presidencia de Antíoco, omitiendo hablar de las constituciones promulgadas por los predecesores de Constantino, y ya coleccionadas en los códigos de Hermógenes y de Gregorio en atencion á que, derogando las fórmulas y las solemnidades antiguas, habia dado aquel emperador un nuevo aspecto á la jurisprudencia, y puesto tambien fuera de uso una gran parte de las instituciones anteriores (6).

Al cabo de tres años fué terminado este trabajo (18 de febrero de 438), en diez y seis libros, de los cuales los cinco primeros trataban del derecho civil y los demás del público y de lo relativo á la religion. Se promulgó en los dos imperios para tener en ellos la preeminencia sobre otra ley cualquiera (7). Redactado precipitadamente, en medio del terror que infundian los bárbaros, salió inferior á lo que se esperaba: solo comprende las leyes posteriores á Constantino, esto es, hechos para casos omitidos en los precedentes, y así faltan algunos importantes y están insertos otros de un interés enteramente parcial: repeticiones inútiles, errores de fecha y de firma, mutilaciones de leyes y una distribucion irracional afean este trabajo. A fuerza de querer dar concision á los textos, quedaron muchos de ellos oscuros. A menudo las rúbricas están más detalladas que la ley misma, y á veces hay discordancia entre ellos. Aunque el emperador exigiera una ortodoxia perfecta, se introdujeron allí leyes de Constantino y Valentiniano el antiguo, favorables á los arúspices: se conserva á Juliano el título de *divus*, y se incluye la constitucion por la cual amenaza á los violadores de los sepulcros con la cólera de los dioses Manes; el privilegio antiguo, que reclamaba la libertad del divorcio y del concubinato, se aplica á la ley Papia y á otros, anteriores al triunfo de la equidad. En suma, no hay en aquel trabajo ningun pensamiento de creacion ni de introduccion, es solo una tarea de compiladores, en donde lo más curioso es la lucha estrema del despotismo patricio con la equidad.

Teodosio añadió allí muchas *Novelas*. Sin embargo, lejos de que el Código Teodosiano fuera la única ley romana, como lo pretende Montesquieu (8), siguieron siendo legales las decisiones de los jurisconsultos; los cuales, para que todo marchase del peor modo posible, hallándose restringidos al imperio de Oriente, desde la disolucion de Roma, para la aplicacion de los principios de la jurisprudencia clásica, se hallaron desgraciadamente en la imposibilidad de distinguir los que estaban vigentes de los que ya eran anticuados.

Procedente de tan diversos orígenes, mal podia la jurisprudencia romana llegar á constituir un cuerpo en que todas las partes guardasen entre sí la debida proporcion; y en ella se ve siempre la yustaposicion de dos elementos heterogéneos que después de obstinadas luchas transigieron penosamente sus diferencias. En un pueblo que tributaba tanto respeto á la antigüedad, no era dable abolir enteramente el derecho antiguo: hasta los más atrevidos jurisconsultos tenian que inclinarse ante la patria y el tiempo; por tanto no habia que esperar la unidad, y la jurisprudencia debió sus adelantos más á la teologia que á sí misma. Constantino hizo progresar inmensamente al derecho; pero aun después de haber entrado aquel emperador en el gremio cristiano, se conservaba gentil el imperio, y las revoluciones solo son durables cuando las ideas y las costumbres se hallan en estado de recibirlas. Con la caida, pues, de la antigüedad y la propagacion del cristianismo, que entregaba vencida la causa á la equidad, se conocia la necesidad de otra compilacion: ahora bien, como

---

(6) *Ac si qua eorum in plura sit divisa capita, unumquodque eorum disjunctum a cæteris, apto subjiciatur titulo, et circumcisis ex quaque constitutione ad vim sanctionis non pertinentibus, solum jux relinquatur. Quod ut brevitate constrictum claritate luceat adgressuris hoc opus, et demendi supervacanea verba et adjiciendi necessaria et mutandi ambigua et emendandi incongrua tribuimus potestatem.*

(7) El Código Teodosiano se ha perdido, y esto á causa de los compendios que de él se hicieron; el principal es el *Breviario* de Alarico, que estuvo en vigor entre los visogodos (Véase más adelante el capítulo 14). En 1528 publicó una edicion Juan Sicardo en Maguncia, si bien no es más que este Breviario purgado de las leyes derivadas de los usos godos. Du Tillet agregó á ella los ocho últimos libros, que no se hallan reunidos en este Breviario. Cuyacio creyó dar por completo el VII y el VIII con el suplemento de Esteban Carpino. Pedro Piteo le dió comunicacion de las constituciones del senatus-consulto Claudiano, perteneciente al IV libro. Jacobo Godofredo consagró treinta años de trabajo á comentar este código, que fué así publicado en Leipzig en 1736, por Antonio Marsigli y Daniel Ritter (*Codex Theodosianus, cum perpetuis commentariis* J. GOTHOFREDI, 6 tomos en folio). El cardenal Mai descubrió en un palimsesto del Vaticano otros fragmentos que imprimió en Roma en 1823 con los tipos de la Propaganda. Al año siguiente, Amadeo Peyron encontró en Turin unas cincuenta leyes ignoradas hasta entonces, y entre otras, aquellas en que Teodosio prescribe las reglas que conviene seguir para compilar su legislacion (*Fragmenta Cod. Theodosiani*, en el tomo XXVII de los *Comentarios de la Academia de Turin*). La edicion de Venk, Leipzig, 1825, contiene todos estos descubrimientos y los de Closio; pero habiendo hecho Cárlos de Vesme otros en Turin y en la Biblioteca Ambrosiana, empezó, pero no prosiguió la más completa edicion. No mencionando la ciencia legal, es el libro que da á conocer mejor aquella época.

(8) *Espíritu de las leyes*, XXVIII, 4.

los visigodos, los ostrogodos y los borgoñones habian hecho ya algunos ensayos de este género, acomodando la ley romana á sus costumbres particulares (9), Justiniano ambicionó tambien la gloria de legislador, especialmente á instigacion de Triboniano.

Triboniano.—Este, natural de Side en la Panfilia, maestro de los oficios, asesor y cuestor, dotado de grande ingenio y tan erudito como cualquiera otro de su época, habia escrito en prosa y verso sobre materias muy diversas, como son la cosmogonia, la versificacion, los panegíricos, el gobierno, la felicidad. Estaba versado en la lengua latina, y la práctica de la abogacia le habia puesto en el caso de añadir nuevas luces y de consolidar los conocimientos adquiridos en el estudio de los jurisconsultos.

Pero pesan graves acusaciones sobre su memoria. Sin tomar en cuenta su adversion mal disimulada hácia el cristianismo, se le imputa haber sacrificado la justicia á una avaricia sórdida y á una servil condescendencia respecto del emperador. Quizá fué este el motivo de la indignacion manifestada en contra suya por el pueblo, que en el levantamiento de Nika (pág. 47) exigió que fuera depuesto de las funciones de cuestor. Luego fué repuesto en aquel destino y hasta elegido cónsul, conservando por espacio de veinte años la confianza de su soberano, á quien persuadió á que le confiara una tarea semejante á la que habia sido ejecutada en tiempo de Teodosio; solo que pretendia ejecutarla con arreglo á un plan más vasto.

Código Justiniano.—Escogió sus colaboradores entre los profesores de las academias de Constantinopla y de Berito. Su primer pensamiento fué coleccionar todas las leyes, ordenanzas y rescriptos de los emperadores tanto cristianos como paganos. Disponiéndolos en seguida en conformidad al *Edicto perpétuo* de Adriano, formaron el *Código Justiniano* que, decretado en 528, fué concluido con una rapidez increible, y publicado en el mes de abril del siguiente año: por el cual quedaban derogados los tres códigos precedentes (10).

No pudiendo abrazar un código todos los casos, ni entrar en permeñores sobre cada circunstancia, era indispensable recurrir á las obras de los jurisconsultos para las esplicaciones y la aplicacion particular. Pero atendido que sus numerosas decisiones exigian estudios muy prolijos y que á menudo sus pareceres no podian armonizarse, pensó Justiniano (530) en estraer de sus libros los teoremas del derecho civil más importantes.

Pandectas.—Para este fin fueron estractados dos mil volúmenes y reducidos á uno solo compuesto de siete partes. En cincuenta libros y bajo cuatrocientos veinte y dos títulos fueron clasificadas nueve mil ciento veinte y tres leyes, llevando cada una el nombre de aquel de quien habia emanado. No nos han dejado ignorar los compiladores cuanto trabajo les costó reducir á ciento cincuenta mil los tres millones de versículos ó sea sentencias, sacadas de sus autores. La obra, terminada en tres años (26 diciembre de 533), titulóse *Pandectas* (11), porque abarcaba toda la jurisprudencia romana; ó *Digesto*, porque las leyes están allí clasificadas con método. Aunque las decisiones sobre los casos particulares abunden allí mucho más que la legislacion verdadera, es el único código completo que poseyeron los romanos después de las XII Tablas.

Desde este momento las decisiones de los prudentes, no admitidas en las Pandectas, perdieron toda autoridad jurídica. De aquí resultó que fueron descuidadas las fuentes del derecho, y se dejó que perecieran las XII Tablas, el Edicto pretorio, el papiniano, el ulpiano y otros muchos, que tan útiles serian ahora para aclarar diferentes puntos oscuros en la ciencia del derecho (12). Todas las decisiones é interpretaciones allí admitidas fueron solamente consideradas como tales y nada más, sin que tuvieran fuerza de ley. Prohibióse á los copistas escribir con abreviaturas, y á los intérpretes comentarlas de otro modo que palabra por palabra. Pero como en la práctica aparecieron soluciones y dictámenes totalmente contradictorios, fué necesario recurrir á la autoridad soberana; de aquí las *cincuenta decisiones* de Justiniano.

Institutas.—Triboniano, Doroteo y Teófilo fueron encargados posteriormente por el emperador

---

(9) Véase más adelante el capítulo 14.

(10) Véanse para el texto del Código Justiniano:

K. WITTE.—*Leges restitutæ codicis Justinianei*. Breslau, 1830.

F. A. BIENER y C. G. HEIMBACH.—*Beiträge zur Revision des. Just. Codex*. Berlin, 1833.

Gesch. der Novellen Justin. Berlin, 1824.

Corpus juris civilis ad fidem codicum mss. aliorumque subsidiorum criticorum recensuit, commentario perpetuo instruxit EDUARDUS SCHRADER. Berlin, 1832.

GIRAUD, *Introduccion á los elementos de Heineccio*.

ORTOLAN.—*Esplicacion histórica de las Institutas del emperador Justiniano*. Paris, 1840.

MONTREUIL.—*Historia del derecho bizantino*. Paris, 1846.

(11) Πᾶν δέχεσθαι contenerlo todo. El signo *ff*, por el cual se acostumbra á indicar el Digesto, proviene probablemente de la *D* cursiva atravesada por una línea que los editores hubieron de cambiar con doble *f*. Véase CRAMER, *Progr. de sygla digestorum ff.* 1796.

(12) Ya en la época de la compilacion de las Pandectas se habian perdido ó eran rarísimas muchas obras en Constantinopla, pues allí se dice de Caselio que *scripta non extant, sed unus liber;* de Trebacio, que *minus frequentatur;* de Tuberon, que *libri parum grati sunt*, etc., etc. Muy poco faltó para que se perdieran hasta las Pandectas, pues aunque se tenga por cuento lo que se refiere del único ejemplar conservado en Amalfi, probaria á lo menos cuan raros eran los ejemplares de ellas. Más tarde los eruditos reunieron los fragmentos de los diversos autores diseminados en las Pandectas, y los dispusieron con arreglo á los libros de que estaban sacados, lo cual derramó mucha luz sobre ciertos pasajes cotejados y comparados entre sí.

de componer para comodidad de la juventud, segun modelo de Gayo, un cuerpo de Institutas (533). De los cuatro libros que contiene trata el primero de las personas, el segundo de las cosas, el tercero de las acciones, el cuarto de las injurias privadas y termina con los elementos del derecho criminal. Aunque se mezclen allí palabras bárbaras é ideas bajas al escelente estilo de los jurisconsultos clásicos, cuyo espíritu no se habia envilecido todavia, no por eso tiene esta obra menos valia tanto para la historia como para la inteligencia del derecho.

Habiendo publicado después Justiniano doscientas leyes nuevas, quiso que fueran inscritas en el código y en los lugares correspondientes: en su consecuencia mandó hacer una segunda edicion (*Prœlectio repetita*) que arrebató toda autoridad á la primera (17 noviembre de 534). Esta es la única que ha llegado hasta nosotros. Consta de doce libros y de setecientos setenta y seis títulos, que contienen las constituciones de cincuenta y cuatro emperadores, á contar desde Adriano.

Después de dar gracias Justiniano á la Providencia por haberle inspirado aquel gran trabajo, ordenó que se observara su código en todo el imperio, que se dirigieran ejemplares á los magistrados de las diferentes provincias y que fuera proclamado delante de las iglesias en los dias festivos, á fin de que sus oráculos tuvieran en algun modo una autoridad eterna (13).

Novelas.—En los veinte y nueve años que sobrevivió (335-64) espidió otras leyes segun la inspiracion de su interés, de su capricho ó segun la de los legistas; las cuales reunidas después en número de ciento sesenta y ocho, bajo el título de *Novelas* ó *Auténticas* constituyeron un novísimo derecho, que en parte abolió y en parte modificó las disposiciones anteriores, especialmente con relacion á las sucesiones testamentarias ó abintestato.

Escuelas.—Justiniano nos enseña cual era antes de su reforma la organizacion de las escuelas de derecho (14). A lo que parece habia en cada una de ellas cuatro profesores (*antecessores*), que llevaban el título de clarísimos ó ilustres; este empleo abria el camino á otros más elevados, como el de conde del consistorio ó de maestro. Debian seguir los alumnos durante cinco años el curso de jurisprudencia, aunque solo como oyentes en los tres primeros. Dividíase el año escolástico en dos semestres, de modo que se podian estudiar cada año por lo menos dos obras, de las que suprimian los profesores todo lo que habia caido en desuso, esceptuando las Institutas. Durante el primer año, en el cual eran llamados *dupondii*, los escolares se ejercitaban en las *Institutas* de Gayo y en los cuatro *libros singulares* de la dote, de la tutela, de los testamentos, de las mandas, en los mismos libros llamados *leges*: se queria darles de este modo una idea de las materias que debian estudiar al año siguiente. Al empezar éste, habian ganado ya los escolares un grado, y se les daba el nombre de *edictales*, á consecuencia del trabajo de Ulpiano sobre el Edicto, del cual se esplicaba la primera parte: después alternativamente, un año la de los juicios y otro la de los contratos. En el tercero se titulaban *papinianistæ*, porque se ocupaban en las decisiones de Papiniano, de quien se esplicaban ocho libros de los diez y nueve que habian sido escritos por este jurisconsulto sobre las estipulaciones. Ya no se enseñaban las otras *partes de las leyes* en tiempo de Justiniano.

Aun cuando este emperador desaprobara tanto el método como los profesores, á quienes declaraba incapaces de interpretar los textos de las leyes, apenas acertó á alejarse de tal arreglo de estudios en la disposicion que dió á sus Pandectas y á las Institutas. Estas desterraron de las escuelas á Gayo, Ulpiano y Papiniano, puesto que no fueron más que una nueva edicion de las Institutas del primero acomodada á los tiempos, con la intencion de facilitar la inteligencia del derecho nuevo en lo que se enlazaba al antiguo; y las Pandectas ofrecieron una reproduccion de los libros de Ulpiano con notas. Justiniano organizó las escuelas de un modo conveniente á la enseñanza de estas compilaciones, disponiendo que los discípulos siguiesen cursos públicos para su estudio, sin perjuicio de que se ocupasen tambien en ellos fuera de la escuela. Los principiantes (*justinianistas*) esplicaban las Institutas y los cuatro primeros libros de las Pandectas: al año siguiente se ocupaban de los juicios y de los contratos reales y consensuales, además de las materias contenidas en las parte tercera, cuarta y quinta de las Pandectas. En el tercer año volvian á seguir lo que habian descuidado en el primero, y además los libros veinte, veinte y uno y veinte y dos de las Pandectas. Lo que se habia estudiado anteriormente en los dos primeros años fué trasladado al cuarto: se consagró el quinto á las constituciones imperiales así como á las partes sexta y sétima de las Pandectas, aunque sin obligacion de leer ó de recitar.

Revista de la legislacion.—No desagradará al lector que nos detengamos ahora en recorrer este *cuerpo del derecho civil*, al que Roma debió la ventaja de continuar gobernando el mundo, después de haber perdido el imperio. Sin embargo, nos abstendremos de hacerlo á lo legista, siendo nuestra intencion única buscar allí las huellas de la civilizacion de que es la espresion más evidente (15).

---

(13) *In æternum valiturum. Quæ omnia obtinere sancimus in omne ævum.* Prefacio de las Pandectas.

(14) Véase la constitucion *Omnem reipublicæ*, dirigida por este príncipe á los profesores de derecho de Constantinopla, de Roma y de Berito, y las aclaraciones puestas á continuacion por Hugo, *Historia del derecho romano.*

(15) Si se desea un panegírico contínuo de la legislacion romana con detrimento de la legislacion *insulsa y su-*

De sus cinco divisiones capitales, una trata de las personas y de sus deberes entre ellas, la otra de la propiedad, la tercera de los convenios y de los contratos, la cuarta es concerniente á las reglas que deben observarse para sostener legalmente sus derechos y para proceder en juicio; la última comprende las leyes represivas de los delitos.

Matrimonio.—Ya nos hemos estendido anteriormente (16) acerca de las relaciones entre patronos y clientes, amos y esclavos, libres y libertos, ciudadanos y provincianos. Al principio las nupcias no se consideraban *justas* faltando el consentimiento de los contrayentes y de aquellos de quienes dependian (17): si los padres lo negaban sin razon para ello, el gobernador de la provincia podia concederlo y determinar el dote. Para que los miramientos no pusiesen cortapisas á la voluntad, estaba prohibido á los magistrados contraer parentesco en las provincias donde gobernaban, y si alguno celebraba allí esponsales, podia la mujer disolver el contrato, en cuánto él cesaba en el empleo. No podia el tutor casarse con su pupila, ni hacerla su nuera. Eran incestuosos los matrimonios entre padres é hijos, aunque estos fueran adoptivos, y entre hermanos y hermanas: se disolvian cuando el marido caia esclavo ó prisionero, ó no se tenia noticia de él durante cinco años (18). Hemos visto (tom. III, pág. 543) como se aumentaron con el cristianismo los impedimentos para contraer matrimonio; los emperadores cooperaron al mismo fin, y prohibian las nupcias con la hija de una hermana y entre cuñados, y á veces hasta entre primos hermanos.

En la antigüedad la mujer que habia sido elegida en la clase conveniente y entraba en la casa con las debidas formalidades, con los ritos sagrados y los dioses penates, era tenida por esposa: de lo contrario, se la reputaba *concubina*, no partícipe del agua, del fuego ni del culto interior; matrimonio no vicioso, pero si inferior, sin solemnidades, disoluble y que se regulaba por el derecho natural. Este nombre servia para ocultar las uniones libres é irreprensibles de personas, que no querian someterse á los escesivos vínculos del matrimonio legal, ó que se casaban con libertas; los hijos que nacian de ellas se consideraban naturales, y no gozaban de los derechos de los legítimos para con el padre, y si para con la madre. Los emperadores cristianos no se atrevieron á atacar de frente esta costumbre (19) y lo que hicieron fué arreglar mejor lo que pertenecia á la legitimacion. Leon el filósofo abolió luego el concubinato en Oriente; en Europa duró hasta después del año mil.

Segun los antiguos símbolos debia simular el matrimonio una violencia, y la esposa ser arrancada llorando de los brazos de su madre para pasar á los del esposo. Cinco antorchas de pino y una de oxiacanta; los cabellos de la esposa divididos en la frente con el hierro de una lanza; las monedas que ella entregaba al marido; la invocacion del nombre de Talasio; el acto de ungir el cerrojo de la puerta conyugal y de atravesar el umbral en brazos de los amigos para no tropezar; la torta de harina, sal y agua, y otros ritos antiguos, habian perdido ya su significado, hasta para los eruditos. Sin embargo, los esponsales no se celebraban sin alguna solemnidad: el desposado daba á la esposa un anillo, poniéndoselo en el cuarto dedo, que (segun una tradicion egipcia, que aun vivia entre el vulgo) se creia que comunicaba por medio de un nervio sutilísimo con el corazon. Las solemnidades cristianas no fueron impuestas al matrimonio sino en tiempo de Justiniano, aunque no habia obligacion de someterse á ellas.

El padre era rey en su casa; absorbia en su persona la de su mujer, las de sus hijos y las de los descendientes de estos, y juzgaba su conducta, pudiendo hasta condenarlos á muerte; disposicion vigorosísima, dictada para la conservacion de las familias y de la disciplina, y en cuya virtud un parentesco meramente civil (*agnatio*) era el que disfrutaba de los derechos de familia y de sucesion; disposicion aristocrática, que excedia en lo tiránica á la de cualquier otra nacion civilizada (20). Solamente los patricios conocian el *matrimonio*, contrato en que intervenian solemnidades indispensables, por el cual la matrona (*mater familias*) llegaba á ser parte de la *familia*, y sierva de la magestad del marido, mediante una compra (*coemtio*) que la colocaba bajo su dependencia absoluta (*in manum convenit*), hasta el grado de no poseer nada en propiedad, y poder ser juzgada por aquel y hasta condenada á muerte, en virtud de determinacion tomada de comun acuerdo con los parientes de ella (21). El *connubio* era de orígen plebeyo, y en él la mujer (*uxor*) lejos de considerarse esclava del esposo, conservaba el usufructo de sus bienes como consorte, y hasta podia citar á aquel á juicio.

---

persticiosa que introdujo el cristianismo, no hay más que leer á Gibbon, cap. XLIV. Empieza el exámen de la de Justiniano con esta máxima. «La distincion de las categorias y de las personas, es la base más firme de un gobierno mixto y templado.»

(16) Véanse Lib. IV, c. 10; V, 2. 3, 4, 6, 11; VI, 14.

(17) La hermosa definicion del matrimonio como *conjuctio maris et fœmine, consortium totius vitæ, divini et humani juris communicatio* (Dig. XXIV, tomo II, *de ritu nupt.*, l. 1), es de Modestino, quien vivia en época posterior á Tertuliano.

(18) Dig. XXIV, t. 2, l. 1.

(19) En tiempo de Justiniano podian todos tener concubina: *Cujuscumque ætatis concubinam haberi posse palam est, nisi minor annis duodecim sit;* Dig. XIV, t. I, l. IV. Esto explica varios pasajes de los concilios ó de los autores eclesiásticos donde se habla de la concubina.

(20) Justiniano en las *Instit.* dice: *Nulli alii sunt homines, qui talem in liberos habeant potestatem, qualem nos habemus.*

(21) *Si stuprum commisit, aliudve peccassit, maritus judex et vindex estod, deque eo cum cognatis cognoscitod.* XII Tablas.

A medida que esta segunda forma cobraba vigor iba envejeciendo la primera; y al par se dulcificaba la patria de potestad, pues esta no provenia de los lazos de la sangre, sino de las fórmulas de las nupcias legítimas, ó de la ficcion civil de la adopcion y de la arrogacion.

Mucho habia ganado la mujer al pasar del Oriente á Roma. La fábula primitiva de esta ciudad nos representa á las doncellas sabinas de buena familia robadas por soldados groseros, que expiaron este rapto con el respeto, y á instancia de ellas se reconciliaron con los sabinos, comprometiéndose en el tratado á no obligarlas nunca á dar vueltas á la piedra del molino ó á disponer la comida, sino solo á hilar la lana. Las mujeres no podian, segun la ley, ser citadas ante el juez de los homicidios, por considerarlas incapaces de semejante crímen (22). Durante las fiestas establecidas en su honor, debian los hombres cederles el paso; pero á pesar de este respeto tributado en medio de aquel derecho feroz, pesaba sobre ellas la rigidez de la autoridad doméstica, y permanecian perpétuamente bajo el dominio del marido.

A veces, en lugar de entrar en la familia de éste, permanecian en la del padre; y estando sujetas á él, vivian independientes de su marido. En vida del padre se les señalaba un dote para los gastos de la casa, y á su muerte heredaban sus bienes, solo en usufructo, es verdad; pero pudiendo administrarlos á su antojo y sin depender del marido. Esto daba á la mujer cierto aire de igualdad y á veces de superioridad; y si el marido queria que le prestase debia haberle concesiones (23), ó de lo contrario ella usaba de los derechos que le competian como acreedora. Los cómicos, lo mismo que Caton el Censor, se burlaban de esta independencia ocasionada por el dote, y que allanaba á la mujer el camino que habia de conducirla á la emancipacion, obtenida después por medio del cristianismo, el cual la sustrajo de la plena potestad del marido, haciéndola *consorte* y no esclava, dándole la igualdad legítima, conservándole el dominio en sus bienes, y obligando al marido á una donacion *propter nupcias*, equivalente al dote que recibia (24).

La madre romana al principio estaba escluida de la herencia legítima del marido, y solo recibia una parte cuando se veia reducida á la miseria (25): si el marido le dejaba todos sus bienes, únicamente se le adjudicaba la décima parte, y no podia aceptar de él ningun regalo. Las leyes Julia y Papia Popea le concedieron el décimo de la herencia marital, si tenia un hijo, y el tercio, si tenia tres; queriendo favorecer por todos los medios la multiplicacion de la prole, con este objeto, se permitia á la madre, en union del marido, heredar de un extranjero.

Antiguamente ni la madre heredaba de los hijos, ni estos de ella; pero habiendo muerto en el reinado de Claudio tres hijos pequeños, único amor de su madre, el emperador, conmovido de la suerte de esta, la declaró heredera universal. La escepcion se convirtió en regla general; el amor fué considerado como un título; y en tiempo de Adriano y Marco Aurelio, dos senados consultos (el tertiliano y el orficiano) señalaron á la madre una porcion legítima é igual á la del padre en la herencia de sus hijos, lo mismo que á estos en la herencia materna.

La madre se emancipó tambien entonces de la tutela perpétua, pues un senado-consulto, espedido en tiempo de Claudio, decidió que la ingenua que tuviese tres hijos, ó la liberta que contase cuatro, quedasen por este solo hecho libres de la tutela del agnado: hasta la tutela del padre se circunscribió luego á la menor edad. Es verdad que sobrevivia la tutela *atiliana;* conforme á la cual una mujer no podia presentarse en juicio ni celebrar contratos sin un tutor (26); pero confiriéndole los derechos de tutora se eludia aquella, resultando así probado lo absurdo de tal disposicion. En efecto, al principio se permitió á la mujer elegir por sí misma su tutor; pero habiendo llegado á ser esta tutela inútil ó viciosa, ya fuese *optativa*, esto es, de libre eleccion suya, ó *dativa*, esto es, impuesta por la ley, la abolió Constantino (321), reconociendo á las mujeres iguales derechos que á los hombres, y Justiniano desterró de sus compilaciones todo lo que pudiera recordar las antiguas cadenas. Concedió á la madre ó á la abuela la tutela legítima con derecho pleno (27): otro mérito más del cristianismo que en la vida activa creó á las mujeres una posicion cual nunca la habian tenido en tiempo del patriciado romano, y á la que se habian hecho acreedoras por su celo en las conversiones y por su heroismo en el martirio y en la caridad; efectivamente en tiempo del imperio representaron un gran papel Julia Domma, Soemia, Mamea, Zenobia, y en la decadencia del mismo Pulqueria, Eudoxia, Placidia, Honoria y Justina.

Habian encontrado apoyo y estímulo en los primeros emperadores las segundas nupcias, y el cristianismo no las reprobó, si bien se tenian por indicio de flaqueza; así pues, los emperadores cristianos atendieron á lo que hasta entonces se habia descuidado, esto es, á hacer de modo que el interés de los hijos no sufriere menoscabo cuando el padre ó la madre se casasen nuevamente.

Las leyes dictadas para favorecer los matrimo-

(22) PLUTARCO en *Rómulo;* DIONISIO, lib. II.
(23) Véase toda la *Aulularia* de Plauto.
(24) JUSTINIANO, *Nov.* 91.
(25) *Nov.* 53.

(26) *Tutoris auctoritas necessaria est mulieribus si lege aut legitimo judicio agant, si se obligent, si civile negotium gerant.* ULPIANO, *Fragm.* tít. XI. Véase sobre todo á LABOULAYE, *Derecho romano.*
(27) *Nov.* 118, cap. 5.

nios escitando la avaricia ó la vanidad, y que los convertian en objetos de tráfico y especulacion, debian venir á tierra en cuanto se consideró al matrimonio como una institucion santa y de libertad moral; realzado de este modo, las leyes civiles se pusieron en consonancia con el nuevo carácter que le imprimió el Evangelio, y después de Teodosio el Jóven se dejó una completa independencia al afecto conyugal, introduciendo luego en él Justiniano la igualdad.

Divorcio.—En tiempo de la ley Papia, no se probaba el matrimonio sino por una simple presuncion, y como cualquier otro derecho, por el uso y la posesion; ni necesitaba la sancion de ningun magistrado, como si se hubiese desdeñado el legislador de autorizar un contrato, que cada una de las partes podia rescindir cuando le acomodase. Por lo cual se permitia el divorcio siempre que se originaban disgustos en la familia, subsistentes á pesar de las oraciones dirigidas á la diosa Viriplaca, y del banquete que se servia el 19 de febrero (*charistia*). Desgraciadamente se abusó de la facilidad con que esto podia verificarse, no exigiéndose sino que uno de los esposos enviase al otro el libelo, en presencia de siete ciudadanos. Desde que el cristianismo elevó el matrimonio á la dignidad de sacramento, disminuyeron las leyes la deplorable facilidad del divorcio, y hasta se especificaron sus causas. La mujer podia separarse del marido, si éste cometia los delitos de homicidio, de envenenamiento, de sacrilegio; ó bien por impotencia física del mismo, ausencia prolongada ó profesion monástica. En cualquier otro caso se la despedia, despojándola antes de todas sus riquezas y adornos; pero podia hacer que fuera desterrada aquella á quien el marido introducia en su tálamo, y apoderarse de los bienes de su rival. Sin embargo, las contínuas reclamaciones de los súbditos, indujeron al sucesor de Justiniano á restablecer el divorcio.

Patria potestad.—Tenia el padre aristocrática autoridad sobre sus hijos, hasta esponerlos ó darles muerte: ni la edad, ni la clase, ni las magistraturas, hacian cesar esta autoridad, á menos que no hubiese emancipacion mediante una venta simulada. Esta venta se hacia por el padre á una tercera persona, que le daba por peso el dinero convenido: se renovaba este acto tres veces, pues la ley permitia al padre vender tres veces á su hijo; después de lo cual el comprador conducia á este último á una encrucijada y le decia: «Vete donde gustes.» El que no tenia hijos podia adoptarlos; adquiria de esta manera con respecto á ellos los derechos y deberes de padre, y les trasmitia su nombre y sus bienes, lo cual era un medio de perpetuar las familias.

Los mancebos eran mayores de edad á los catorce años y las doncellas á los doce; si perdian á su padre antes de haber llegado á esta edad, les elegian entre los parientes más cercanos de la línea paterna, un tutor, que hasta el tiempo del reinado de Claudio no tuvo obligacion de dar caucion. Los huérfanos, aun cuando fueran mayores, no podian disponer de sus bienes antes de veinte y cinco años, sin el consentimiento de un curador designado por el gobernador de la provincia.

Habiendo sucedido la paternidad espiritual á la de la carne, la jurisdiccion privada del padre de familia se encerró dentro de ciertos límites. El derecho absoluto de los padres se hallaba en desacuerdo con la centralizacion del poder que se habia introducido en los últimos tiempos, y la lucha que la nueva generacion convertida habia sostenido con la vieja generacion pertinaz, excitaba á restringir la patria potestad. Constantino lo hizo: el padre permaneció respetado como jefe de su descendencia y árbitro de desheredar, de aplicar penas moderadas, de dictar al magistrado la severa sentencia que reclamaba la disciplina doméstica, pero mientras que los emperadores precedentes se habian contentado con castigar alguna vez á los padres que privaban de la vida á sus hijos, Constantino publicó una ley aplicándoles espresamente la pena de los homicidas; y Justiniano la aceptó (28).

El espíritu de equidad del imperio habia concedido á los hijos la propiedad de los bienes adquiridos por medio de la milicia (*peculium castrense*); á los cuales se asimilaron en tiempo de Constantino los ganados en el servicio del príncipe, y tambien en otros empleos civiles y eclesiásticos, ó por razon del dote: últimamente, el padre no fué declarado heredero del hijo *ab intestato* sino en una parte legítima, y solo le quedó el usufructo de los bienes de su mujer, correspondiendo la propiedad á sus hijos; lo cual era un gran progreso en la independencia de estos, y en su importancia civil tratándose de una sociedad que hasta entonces los habia tenido tan sujetos. Generalizando después aquella idea, y descartándola de las antiguas mezclas, concedió Justiniano al hijo la propiedad de cuanto formaba parte de su peculio *adventicio* (29), alabándose de ello en nombre de la humanidad, y hubiera podido añadir, en honor del cristianismo (30).

Cosas.—Entre las cosas, unas fueron apetecidas más que otras por la sencillez militar de los primeros romanos, como la tierra (*ager*) que conferia la propiedad por escelencia, y después las casas, los esclavos y las bestias de carga. Estas cosas constituian el estado civil, y por eso eran gobernadas con la religion y la autoridad pública; distinguíanse bajo el nombre de *res mancipi*, y no podian ser adquiridas sino por los ciudadanos, ni enagenadas sino mediante ciertas formas públicas.

---

(28) L. 3. *Cod. de patria pot.*

(29) Instit. *per quas personas*, etc.

(30) Godofredo (hablando de la ley del Cod. Teod. *de maternis bonis*) advierte que esto se establecia *christiana disciplina paullatim patriæ potestatis duritiem emolliente.*

Las otras cosas de mero lujo y recreo, aun después de enriquecerse Roma eran consideradas siempre como de clase inferior (*res nec mancipi*), indignas de participar de las solemnidades sacramentales de la emancipacion, y reguladas por medio del derecho natural. En cuanto á la propiedad, solo era legítima la que se poseia conforme al derecho quiritario (*dominium quiritarium*), no valiendo su trasmision si faltaban ciertas formas determinadas; pero en concurriendo estas, se hacia absoluta, aunque interviniese engaño de cualquiera clase.

Habíase tomado de las escuelas estóicas la distincion de los bienes en cosas materiales é inmateriales; entre las primeras, se contaban las que podian palparse; las otras indicaban más bien derechos sobre las mismas cosas. Entre estas últimas, las más importantes eran las servidumbres rústicas y urbanas, y las personales (usufructo, uso, habitacion). Algunas cosas eran *sagradas*, como los templos; otras *religiosas*, como los lugares destinados á sepulturas; otras *santas*, como las puertas de una ciudad. Algunas eran de todos (*res universitatis*), como teatros, estadios; otras de ninguno, como las riberas del mar, los rios; ó del primer ocupante, como los pájaros libres, á cuya caza no ponia límites sino el respeto debido á las propiedades y á los setos agenos.

Adquiríase la propiedad de las cosas por la prescripcion, por donacion, por compra y por sucesion; las servidumbres, los esclavos y las tierras situadas en Italia se trasmitian por el rito solemne de la emancipacion.

Pronto adquirió la propiedad una libertad más estensa. En un principio pertenecia á toda la tribu en los campos que cultivaba, y los frutos eran comunes, así como lo era el trabajo. Segun las leyes patricias de orígen religioso, se repartian las tierras entre las familias, cada una de las cuales formaba una asociacion, obligándose á conservar y trasmitir la propiedad doméstica comun. No reconociendo los cristianos por señora de todo á la patria, tampoco derivaba de la razon de Estado la propiedad romana, sino de Dios: de este modo fué sustituida por la propiedad natural, habiendo Justiniano equiparado las cosas mancipi y las no mancipi (31). Quedó entonces á voluntad del poseedor disponer á su antojo de ellas. La distincion entre el derecho quiritario y bonitario, *baldon de la sutileza antigua* fué suprimida, y fué arreglado especialmente el enfiteusis eclesiástico de manera que una heredad podia cederse por las iglesias, mediante una módica renta y por un tiempo determinado, al concluirse el cual, volvia á su antiguo poseedor aumentada con otros terrenos.

Herencias.—En los primeros tiempos, solo el ciudadano romano gozaba el derecho de testar (32), y esto de tres maneras; ó en los *comicios calados* declarando á la tribu su última voluntad; ó en el campo de batalla ante sus compañeros, ó en fin en presencia de cinco testigos, de un fiel con la balanza y de un *antestato* que advertia á los testigos tocándoles la oreja. En estos casos, el testador fingia vender su familia y bienes á otro, quien no era heredero sino comprador. Habian desaparecido las dos primeras fórmulas desde el tiempo de Justiniano, y el derecho pretorio habia introducido el testamento escrito con la garantia de siete testigos.

Los hijos naturales ó adoptivos, no estando emancipados ni desheredados espresamente, debian instituirse herederos; y el heredero era el indispensable representante del difunto, subrogándole tanto en sus derechos como en sus cargas. Después, el pretor permitió no admitir la sucesion del padre; en fin, el beneficio de inventario fué introducido por la legislacion de Justiniano. Las mandas no podian absorber más de las tres cuartas partes de la herencia (33).

Los bienes de los que morian sin testar pasaban á sus herederos forzosos, es decir, á sus hijos legítimos ó adoptivos, ó á sus descendientes en la línea masculina. Emancipados los hijos, no tenian derecho á ellos por la ley, pero fueron admitidos en virtud de un edicto pretorio (*bonorum possessio ab intestato*). Posteriormente cesó toda preferencia respecto de la agnacion que propendia en la aristocracia á conservar los bienes en la familia, y las constituciones imperiales llamaron á las herencias legítimas aun á los descendientes de la línea femenina. Hasta las madres heredaron á sus hijos, prefiriéndolos á los agnados, y no se atendió ya al vínculo de la autoridad sino al de la sangre. Así la naturaleza recobró sus derechos, y el principio aristocrático sucumbió ante la igualdad natural. El sistema de herencias que en consecuencia de esto estableció Justiniano, es enteramente filosófico, y sobrevivió á la barbarie y al feudalismo, para formar parte de los códigos modernos.

Obligaciones.—Reconoce el derecho romano cuatro clases de obligaciones: por *contratos* y *cuasi-contratos*, por *delitos* y *cuasi-delitos*. Podian ser los contratos verbales ó estipulados, literales ó escritos, resultados de un simple consentimiento, ó en fin reales, lo que requeria ademas del consentimiento la tradicion de la cosa, y eran el mutuo, el comodato, el depósito, la prenda. Un hecho lícito de que resultasen obligaciones, se llamaba cuasi-contrato; como por ejemplo la gestion voluntaria do los negocios agenos. Pronto hablaremos de los delitos. Denominábase cuasi-delito un hecho que habia producido ó podia producir algun daño, sin intencion, pero sí por culpa del que lo ejecutaba; como si alguno suspendia ó arrojaba alguna cosa, ó abria un foso con peligro de los transeuntes.

(31) L. un., C. *de usucap.; de nudo jure quir. toll.*

(32) Saca Ciceron, del testamento otorgado por Arquias, la prueba de que era ciudadano romano.

(33) Instituta II, 22 *de lege Fabcidia.*

Acciones.—Las acciones, es decir, el derecho de reclamar en justicia lo que era debido, se dividian, segun su objeto, en *personales*, *reales* y *mistas*, ya fuesen de persona á persona para precisar á alguno á cumplir un contrato, ya que tuviesen por objeto reclamar el valor ó la restitucion de alguna cosa, ó en fin, ya fuesen de una ú otra naturaleza, como cuando se pedia la division de la herencia. Respecto á su orígen, eran *civiles* ó *pretorias*, las primeras autorizadas por la ley ó por una constitucion imperial, las otras fundadas en el edicto del pretor. Segun su objeto se les llamó tambien acciones de *derecho estricto*, de *buena fe* y *arbitrarias*, distinciones fundadas en el modo particular de administrar la justicia.

Procedimiento.—La ley ó la costumbre habian determinado las fórmulas del procedimiento. Introduciendo la instancia, juraba el demandante que no le movia al hacerla el deseo de calumniar ó de dañar, sino su propia conviccion; si perdia, debia pagar á título de multa la décima parte del objeto que se litigaba. En las acciones reales, podia obligar cada una de las partes á su adversario á depositar una cantidad, que perdia aquel que sucumbia. No estaba prohibido á nadie hacerse representar por otro provisto de poder, recayendo la sentencia sobre este último. Era preciso que se eternizasen en aquella época los procesos, puesto que Justiniano declaró, *con el objeto de impedir que se hicieran inmortales*, que ninguna causa debia durar más que la vida de un hombre (34).

Delitos y penas.—Entre nosotros cualquier delito escepto el de adulterio, provoca la accion pública en interés de la sociedad: no así en tiempo de los romanos, entre quienes muchos delitos eran *privados*, es decir, que no se procedia contra sus autores sino á peticion de los ofendidos. Comprendia esta categoria el hurto, el robo, el daño y las injurias. Dividíanse los *públicos* en ordinarios y estraordinarios; se encontraban en la primera clase aquellos para los cuales determinaba alguna ley particular la pena; y en la segunda, los que no eran objeto de ninguna ley especial, y se castigaban á juicio del magistrado. Contábanse en este número la violacion de sepultura, la prevaricacion de los magistrados, la tentativa de evasion por parte de un preso, el estelionato y las asociaciones no autorizadas por el emperador.

Aplicábase la pena de muerte aun por culpas demasiado vagas ó lijeras, como por derribar un árbol ó cortar una cepa con tal de que se supusiera la intencion de disminuir las rentas del fisco (35).

Considerábase el destierro como una pena muy grave, en atencion á que traia consigo la muerte civil. Aplicábase comunmente por adulterio, por falsario, por estorsiones y fechorias semejantes; imponiase tambien á las personas de alta categoria por delitos que conducian á las minas los reos de la ínfima clase. De este modo se castiga á las primeras solo con multas al paso que las demás estaban sujetas á la pena de azotes.

La exorbitancia del derecho antiguo apareció especialmente en los casos de lesa magestad. Inclinada la sociedad antigua á hacer ídolos de todo, habia divinizado hasta al emperador, de tal manera que todo atentado en contra suya, era considerado como dirigido contra la república, personificada en él, y contra la divinidad. De consiguiente los crímenes de Estado eran los mayores de todos, y las acciones más insignificantes eran miradas como crímenes de esta clase, no solo en tiempo de príncipes tiránicos, sino tambien en la época de aquellos que habian adoptado las formas del cristianismo sin penetrarse de sus sentimientos generosos. Segun el texto de la ley Julia, era un crímen de Estado fundir las estátuas de los emperadores, ó *hacer algo semejante* (36). Una disposicion imperial castigaba al que ponia en duda el juicio del príncipe ó el mérito de sus empleados (37): otra decidia que el atentado contra los ministros ó los dependientes del príncipe, era un delito igual al de causar algun daño á éste, siendo aquellos casi los miembros de su cuerpo (38). Una ley de Valentiniano, Teodosio y Arcadio, declaró á los monederos falsos reos de lesa magestad (39). Se reputó por felonia, bajo Constancio, consultar á los adivinos por el grito de un raton ó de una comadreja, y curar un dolor pronunciando palabras de mujer vieja (40). Cuando fué sofocada la rebelion de Avidio Casio, se introdujo el uso de procesar hasta los muertos para confiscar sus bienes en caso de culpabilidad probada (41). Ahora bien la confiscacion vino á ser un poderoso aguijon para multiplicar las acusaciones de esta especie. En su consecuencia hubo gentes que convirtieron en oficio intentar procesos (*petitorii*) para pedir en recompensa los

(34) *Cod. Just.*, III, 1, l. 13.
(35) *Cod. Teod.*, XIV, 1, l. 1.

(36) *Aliudve quid simile admiserint.* Dig. lib. VI, *ad lege Jul. maj.*

(37) *Sacrilegii instar est dubitare an si dignus sit quem elegerit imperator.* Cod. *de crim. sacril.*

El rey Rogerio copió está disposicion imperial en sus constituciones napolitanas, tit. IV.

(38) *Nam ipsi pars corporis nostri sunt.* Dig. l. V. *ad l. Jul. maj.*

Se aplicó esta ley á Cinq-Mars, acusado de conspiracion contra el cardenal de Richelieu. El crímen que toca á las personas de los ministros de los príncipes, es reputado por las constituciones de los emperadores de igual peso que el que toca á sus personas. Un ministro sirve bien á su príncipe y á su Estado: si se le quita á ambos, es como si se privara al primero de un brazo, y al segundo de una parte de su poder. De esta suerte han hecho rodar muchas cabezas reminiscencias clásicas y preceptos de escuela.

(39) Cod. Teod. *de falsa moneta.*
(40) Amiano Marcelino, XVI, 8.
(41) *Cod. Jus.*, IX, 8, l. 6, 7, 8.

bienes de los reos; y veinte y seis leyes del Código Teodosiano bastaron apenas para refrenar su ardor en aquel ejercicio (42).

Justiniano aceptó lo más severo que habian sancionado sus predecesores en el particular, registrando hasta el hecho de un juez que se declaró reo de Estado por haber decidido en sentido contrario de una ley del emperador, y no olvidando recordar que otro juez se declaró delincuente por haber faltado á un juramento hecho en nombre del príncipe (43). Alejandro Severo habia rechazado las acusaciones indirectas de lesa magestad, y Tácito escluyó en esta clase de acusaciones el testimonio de los esclavos contra sus amos (44), si bien plugo á Justiniano echar en olvido ambas disposiciones.

Modificacion del derecho antiguo.—Las antiguas leyes estaban fundadas sobre las doctrinas emanadas de los santuarios de la Etruria ó de la Grecia; ademas, una vez fueron inscritas estas palabras, *En el nombre de nuestro Señor Jesucristo* á la cabeza del nuevo código, debió encontrarse necesariamente modificado el derecho por una religion que proclamaba, en oposicion con las antiguas creencias, que todos los hombres son iguales; que el mundo debe ser regido por la razon y la caridad, y no por la fuerza; concluyendo que cada uno tiene derecho al respeto, no como ciudadano, sino como hombre. Esperimentó la jurisprudencia los efectos de semejante cambio como ya hemos visto, y el derecho de gentes prevalece de un modo absoluto sobre el de los quirites.

Hasta Constantino, no se habian dedicado con especialidad los jurisconsultos y los jueces á descubrir la verdad y el derecho por encontrarse la decision íntimamente unida al cumplimiento de fórmulas de accion ó de otros medios puestos en uso, por el demandante ó el defensor, antes que la causa pudiese ser juzgada; resultando de esto algunas veces que se veia condenado un litigante, no porque hubiese errado, sino solamente por ignorancia ó error en la manera de aplicar algunas fórmulas que provenian de antiguas razones simbólicas. Al cesar la religion que las sancionaba, abolió Constancio en todos los actos las fórmulas sacramentales, que se habian convertido en otras tantas redes de sílabas, tendidas á la buena fe (45), y se dejó al arbitrio del demandante elegir la que más le agradase.

Introdujéronse con la nueva religion nuevas leyes que el código ya no podia descuidar, sobre todo aquellas que concerniendo á la pureza de las costumbres, fueron desconocidas por la antigüedad (46).

Al mismo tiempo que se redujo la pena de las adulteras á dos años de penitente soledad, castigáronse los pecados contra naturaleza, sin distincion de personas, con un refinamiento de suplicios que apenas puede perdonarse atendida la pureza del motivo. Era así mismo una cosa nueva las amenazas contra la heregia; aunque queriendo aplicar á una religion de caridad y mansedumbre reglas dictadas por la severidad patricia, que queria sostener la inexorable religion del Estado, se vino al punto de justificar las persecuciones; y se proporcionó á los emperadores germánicos la autoridad del ejemplo, cuando más tarde establecieron castigos contra los disidentes.

Infanticidio.—La exageracion del poder paternal, y el ningun aprecio respecto del hombre que no era ciudadano, se manifestaba especialmente en el infanticidio, cuyo uso era general en la antigüedad. Rómulo ordenó que se conservara la vida á la primogénita: preceptuaban las leyes matar al niño deforme ó enfermizo. Pero segun Paulo el padre pobre podia vender á sus hijos, de lo cual se encuentran pruebas auténticas hasta en tiempo de Constantino y Teodosio el Grande; y San Gerónimo nos describe el dolor de una madre cuyos tres hijos habian sido vendidos por su esposo para pagar el fisco (47). El aborto era una ciencia, y Papiniano declaraba que el niño, que aun no habia venido al mundo, no era hombre. De consiguiente, si queria eludir una carga más el padre, si la madre tenia miedo de alterar su juventud prolongada, si los adivinos ó la conjuncion de las estrellas anunciaban alguna cosa funesta, perecia el fruto antes de su nacimiento, ó después de nacer la criatura, no la alzaba el padre del suelo, dando así á entender que no la reconocia. Entonces el recien nacido era abandonado en la via pública, para morir allí, á no ser que fuera recogido por ciertos especuladores, que estropeaban á aquellos infortunados para escitar la compasion de los transeuntes, cuando no los hacian eunucos ó enanos.

Los cristianos fueron los primeros en alzar la voz en favor de aquellos infelices: luego se dedicaron á recogerlos para salvarles vida y alma. Constantino decretó socorros al que presentase los hijos que no podia alimentar. Pero estaba tan arraigado el uso de esponerlos, que no se estableció contra él ningun castigo; la ley dispuso únicamente que los niños abandonados perteneciesen en propiedad al que los recogia, perdiendo el espositor la patria

(42) Lib. IV, 15: IX, 42: X, 8, 9, 10.

(43) Lib. IX, 8, lib. 1, 2.

(44) Flavio Vopisco, *in Alex. Sev.—Cod. Teod.*, l. 2, *ad leg. Jul. maj.*

(45) *Aucupatione sillabarum insidiantes.* Lib. 2. Cod. Just. *de formulis*, año 342.

(46) Dice Ulpiano que si una mujer ha sido sucesivamente la concubina del padre, después del hijo, y aun del hijo de éste, cree que no ha obrado convenientemente: *non puto eam recte facere.* Dig. l. 1, § 3. *de concubinis.*

(47) Byncкershoeck, *De jure occid. liberos;* Pablo, *Sent.*, lib. V, t. 1; Troplong, p. 270.

potestad sobre ellos y no pudiendo impedir que el que les salvaba la vida los tratase como hijos ó como siervos: Valente y Graciano pronunciaron penas contra los que espusieran á los recien nacidos: por último una novela de Justiniano reprodujo las amenazas de la ley, que sostenida por las censuras eclesiásticas, puso término á este delito (48).

El Código Justiniano proclama la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley, aboliendo así las distinciones orgullosas de los tiempos republicanos. Poco importaba, pues, para obtener los empleos ó los mandos ser noble ó plebeyo, romano ó bárbaro: bastaba tener el mérito necesario, ya fuese verdadero ó supuesto.

Esclavitud.—Para ser consecuente hubiera convenido suprimir aquella otra distincion más inícua de hombres libres y de esclavos; pero estaba arraigada en la sociedad de tal modo, que la civilizacion y el cristianismo hubieron de luchar durante largos siglos antes de abolirla. Los emperadores, rodeados de esclavos y libertos, se compadecieron de aquella clase, y en medio de las orgias que igualaban las condiciones, se convirtieron con frecuencia en protectores de los esclavos los que eran el azote de los libres. Claudio decidió que los esclavos abandonados por sus amos á causa de enfermedad en la isla de Esculapio, fueran libres, y que los que los mataran por no mantenerlos, serian perseguidos como homicidas (49). En tiempo de Neron prohibió la ley Petronia obligarles á luchar contra las fieras (50). Adriano quiso que no pudieran ser condenados á las penas capitales por sus amos, sino por el juez, y les autorizó á entablar querella ante los magistrados por malos tratamientos. Antonino Pio queria que el que matara á su esclavo fuera castigado de la misma manera que por la muerte de un hombre libre, é intimó á los magistrados que socorrieran á los que fueran tratados cruelmente ó empujados á la impudicia por sus amos (51). Diocleciano permitió al esclavo comparecer en juicio, ora para obligar á su amo á restituirle la libertad después del pago de su rescate, ora para vengar la muerte de aquel (52).

No por eso dejaba de considerárseles *como una segunda especie de hombres* (53); y una ley de Constantino al prohibirlas enumera las atrocidades de que eran víctimas los esclavos. Se les hacia perecer con el dogal, con la cruz, con el hierro, arrojándoles desde una altura, inyectándoles veneno en las venas, desgarrando sus carnes á pedazos, quemándoles á fuego lento: por último se les dejaba podrirse vivos (54). Este emperador abolió el suplicio de la cruz, ordinariamente usado para ellos, así como la marca en la frente. Aunque absolviera al amo que mataba á su esclavo castigándole, le declaró homicida si le causaba voluntariamente la muerte; y quiso que en la reparticion de las propiedades fueran distribuidos los colonos que las cultivaban, de tal manera que no se pudieran separar los padres de sus hijos, los hermanos de las hermanas, los maridos de sus mujeres (55). Facilitó las manumisiones hechas en las iglesias y por los clérigos; y fueron tantas, que el imperio se encontró lleno de pobres, á los cuales tuvo la Iglesia que socorrer con hospitales y subsidios. Esto probaba la necesidad de proceder lentamente; y si el efímero emperador Juan abolió un dia la esclavitud, fué este uno de aquellos actos únicamente posibles á una autoridad que no mira al porvenir.

Constantino dejó subsistir los impedimentos puestos por Augusto á la emancipacion testamentaria; sin embargo, el uso formaba parte de las costumbres, y Justiniano se atrevió á dar á aquella tanta latitud como á las emancipaciones inter vivos. Decretó que todo el que cesara de ser esclavo adquiriria inmediatamente los derechos de

---

(48) Véase acerca de los niños espósitos la nota al fin de este libro.

(49) SUETONIO, *in Claudio*, 25. Dig. XLVIII, 8, l. 2.

(50) Digesto II, 2.

(51) ESPARCIANO, in *Adri*, 19; Dig. I, 6, l. 2.

(52) *Cod. Just.*, I, 19, l. 1: VII, 13, l. 1.

(53) FLORO, *Hist.*, III, 20. De esto ya hemos hablado en el Lib. V, cap. 4; y volveremos á hablar en el Libro XI. Pudiera sacarse del derecho romano una serie de pasajes curiosos sobre esta materia, consecuencia por lo demás del mismo principio, deducida con la lógica de los jurisconsultos de aquella nacion. Citaré uno solo. 210. Por el primer capítulo de la ley Aquilia se manda que todo el que mate sin derecho á un hombre ó á un cuadrúpedo doméstico, propio de otro, pague al dueño una suma igual al valor máximo que este objeto haya tenido en aquel año. 212. No se debe tener en cuenta solo el valor material, sino tambien si la pérdida del esclavo causa al dueño un perjuicio más grave que el valor que en sí tiene. Por ejemplo, si mi esclavo fué instituido heredero, y recibió la muerte antes que de órden mia aceptase la herencia, se me debe pagar, además de su valor, el de la herencia perdida: si de dos gemelos, de dos cómicos ó de dos músicos, es asesinado uno, se tiene que contar, no solo el valor del muerto, sino tambien lo que pierde el sobreviviente. Sucede lo mismo si se mata una de las mulas de un tiro, ó un caballo de una cuadriga. 213. Aquel á quien se le haya matado un esclavo puede elegir entre proceder contra el que se lo mató, querellándose criminalmente ó reclamar una indemnizacion en virtud de la ley Aquilia. GAYO, *Inst.*, III.—Otra de las contradicciones que se advierten en la ciencia legal de los romanos, es la de comprender en el derecho natural á los animales, mientras que se negaba la personalidad á los esclavos. El abate Raynal, entre las causas de la decadencia del imperio romano, coloca como principal, una ley de Constantino, *dictada por la imprudencia y el fanatismo*, la cual «declaraba libres á todos los esclavos que se hiciesen cristianos, y devolvia sus derechos á hombres que hasta entonces habian vivido en la servidumbre.» *Historia philos.*, I, 13.

(54) *Cod. Teod.*, IX, 12, l. 1.

(55) *Cod. Teod.*, IX, 18, 40, XII, lib. 1.—*Código Just.*, III, 38, l. 2.

ciudadanía: al mismo tiempo abolió la restriccion puesta por la ley Junia Norbana (772) á las emancipaciones hechas *por cartas, entre amigos*, ó con formalidades menos solemnes; introdujo el concederles la libertad en las *sacrosantas iglesias*, porque era justo á sus ojos quebrantar los hierros del esclavo al pié de aquella cruz desde la que el hombre habia sido rescatado de la servidumbre.

No dejó de ser por esto menos considerable el número de esclavos. Pagábanse generalmente á razon de 10 monedas de oro, ya fuesen mancebos ó doncellas de menos de diez años; de 20 si pasaban de esta edad, de 30 si sabian algun oficio; 50 monedas era el precio de un escritor, 60 el de un médico ó un comadron; pagábanse tambien 30 monedas por un eunuco que no tuviera diez años, 50 por el que habia pasado de esta edad, y 70 el que estuviese dedicado al comercio.

Defectos del código Justiniano.—Se censura á Triboniano por haber hecho y deshecho á precio de oro leyes segun encontraban ventajas en ellas él y su soberano. Procopio acusa á este príncipe de haber introducido algun cambio en la legislacion cotidianamente (56). Habiendo instituido un hombre rico á la iglesia de Emesa por heredera, alguno halló medio de multiplicar sus créditos con ayuda de obligaciones fingidas de algunos sirios opulentos. Como estos opusieron la prescripcion de treinta ó cuarenta años, declaró el emperador que los derechos de las iglesias no caducaban hasta después de un siglo; y dando á su ley un efecto retroactivo, suscitó tales desórdenes, que no tardó en derogarla él mismo. Otras veces alteró sus decisiones sin motivo alguno: así después de haber decretado que la mujer tendria facultad, sin perder su dote, para repudiar al marido que en el termino de dos años no hubiera podido consumar el matrimonio, modificó la ley añadiendo un año como si esto introdujera alguna diferencia en lo esencial del hecho (57). Lejos de atreverse Justiniano á fundar una legislacion nueva y original, no creó ninguna institucion notable, ni tampoco acertó á poner de acuerdo las disposiciones contradictorias que arreglaban las relaciones sociales y domésticas de los romanos. Sugeridas por las necesidades del momento, y variando muchas veces de objeto segun era popular ó patricio, conservador ó progresivo el magistrado que las habia dictado, estaban entre sí en contínua lucha; las que él promulgó contradicen frecuentemente el derecho antiguo, que no se atrevió á destruir, como lo exigia el cambio que se habia verificado en la condicion del mundo (58).

Mucha confusion jurídica y moral resultó de fraccionar el estudio de la jurisprudencia, de modo que se acumulasen por un lado las opiniones de los legistas, emitidas más frecuentemente por casos particulares en que se hallaban los consultantes, y por otro las decisiones imperiales, que tenian

---

(56) *Hianti homo et inexplicabili avaritia, unice lucro serviebat, erantque apud illud jura venalia; jamque legum nundinationi deditus, quotidie pretio refigebat allias, allias figebat, prout e re erat, atque usu poscentium.* De Persis, I, 24.

(57) Ley I, Cod. *de repudiis. Sed hodie.*

(58) Hé aquí la fórmula del derecho romano segun Gans:

«El mundo romano es el campo donde combaten lo finito y lo infinito, es decir, la generalidad abstracta y la personalidad libre. Es el mundo de la guerra, la guerra viva, la guerra en la paz misma. Los patricios están del lado de la religion y de lo infinito; los plebeyos del lado de lo finito. Todo infinito, obligado á hallarse en contacto con lo finito y no sabe contenerlo ni reconocerlo, es un *mal infinito*, finito en sí mismo.

»De consiguiente el Estado romano es el progreso de un finito hácia otros finitos; y por lo mismo su historia está en el espacio como en el tiempo, porque este progreso no puede existir más que identificado con el espacio y con el tiempo. Al revés el Oriente está solamente en el espacio, la Grecia solamente en el tiempo.

»Es la historia que se desarrolla en una vasta carrera, y que para cumplirse necesita de una parte enorme de espacio y de tiempo; es la primera historia de que se puede decir que tiene *períodos*. Refiérense estos á los *preparativos* de la lucha, á la *lucha* en su punto más culminante, y por último, al *debilitamiento* sucesivo y á la ruina simultánea de los dos partidos. Principado, república, imperio. Primer periodo en que los dos elementos opuestos son todavía idénticos y envueltos uno en otro, principado. Segundo periodo en que se separan y combaten, *república*. Tercer periodo, en que se debilitan, se avasallan y se confunden, *imperio*.

»Primer periodo: Principado. El geroglífico egipcio torna á aparecer en Roma por un instante: es el lado etrusco del dualismo romano. Preséntanse luego los sacerdotes; pero la divinidad se ha refugiado ya en un lejano misterioso, gran progreso del Oriente hácia el Occidente. Conviértese la religion, por decirlo así, en propiedad privada: su propiedad constituye la base de su poderio, pero viniendo á ser todo lo que tiene de sustancial, una abstraccion de la propiedad, debe ser inmediatamente cuestionada. Más tarde al tiempo de la lucha, siempre que se trata de lo sustancial, hay necesidad de retroceder á los tiempos del principado, á los de Rómulo y Numa. Por lo que hace á la república, cada una de sus instituciones es la abolicion de otra. Como época divina, deben tener un carácter no histórico los siglos del principado. El elemento mítico de la antigua historia romana no consiste ya en ella propiamente, sino en su oposicion con la república.

»Segundo periodo: *república*. Lucha sin objeto, sostenida por la generalidad abstracta contra la personalidad libre bajo forma arbitraria. Cualquiera que sea el aspecto ó el pretesto de la lucha, hay siempre allí la misma uniformidad, la misma unidad, abstraccion del todo sustancial. Solamente la guerra esterior puede calmar la guerra interior. Mundo de la virilidad; es la regla en lugar de lo ideal. Solo la guerra triunfa de sí misma por agotamiento. Aquella es la verdadera miseria, la verdadera decadencia. El pueblo vencedor, lo finito (plebeyo) obliga al mal infinito (patricio) á reconocer que no es más que finito.

»Tercer periodo: *imperio*. Todos los finitos reposan uno al lado de otro: privados de importancia y de objeto al cesar de combatir, vuelven á caer en la igualdad. No hay fuerza original, poder de la naturaleza como en Oriente, sino una simple falta de oposicion. No hallándose ya envuelto el príncipe en el manto de la religion, solo por adu-

autoridad por su orígen. Agréguese á esto que las primeras estaban compendiadas, mutiladas, aisladas de sus precedentes, lo cual las hacia oscuras y ambiguas: después conviene tambien advertir que de pareceres privados que eran se las elevó á la dignidad legislativa: á la par que las otras se mezclaron así con las dictadas por un espíritu diferente y hasta hostil, sin que una vigorosa síntesis hubiera sabido poner en perfecta armonia los frutos de la esperiencia pública y privada, á fin de que el conjunto mereciera verdaderamente el nombre de ley. Indudablemente redunda en descargo de los compiladores la circunstancia de que no siendo emprendido su trabajo con un objeto científico, solo tenian en vista la práctica, y en esto justo es confesar que lograron un éxito completo. Aunque obligados á buscar las fuentes en una literatura agena al Oriente, donde vivian, su eleccion fué tan acertada, que ha quedado hasta la época actual como la más fiel espresion del espíritu del derecho romano.

Es verdad que con él se nos ha trasmitido tambien un espíritu completamente estraño al amor y á la benevolencia predicada por el Evangelio. El emperador despótico y el ministro servil evitaron insertar en su coleccion las leyes sediciosas de la república, rechazando todo lo que conservaba un aire de libertad, y todo lo que hacia alusion á antiguos derechos borrados ó próximos á borrarse por la tirania. Por eso no se hace mencion más que de tres jurisconsultos del tiempo de la república, hablando apenas de los que florecieron en tiempo de los primeros césares, á la par que se cita á una porcion de los que vivian en la época en que una multitud de extranjeros llevaban á Roma el homenaje de sus adulaciones. Aun más, el nombre de los antiguos jurisconsultos se dejó á la cabeza de sus leyes, truncadas ó alteradas de su sentido primitivo, y el nuevo legislador conviene en ello (59). En cambio no se echó en olvido ninguno de los pasajes que podian consolidar ó exagerar la arbitrariedad monárquica, lo cual, independientemente del mal que pudo ocasionar entonces, tuvo en lo sucesivo un funestísimo influjo sobre las constituciones europeas, y contribuyó á justificar la tirania á los ojos de aquellos para quienes la justicia y la legalidad son una sola y misma cosa; pues si en adelante los príncipes no hicieron sino facilitar la inteligencia de las leyes y su aplicacion, entonces, comprendidas en una coleccion oficial, única obligatoria, no se conoció más norma que la buena voluntad de aquellos, los cuales buscaron apoyo en la falsa interpretacion de una que llamaron *ley régia* (60).

Sus méritos.—Pero cualesquiera que sean los errores particulares que se atribuyan al código de Justiniano, debe mirarse como una maravilla en tiempos que se consideran de decadencia universal; y realmente existia esa decadencia, pero solo en las ideas antiguas que daban lugar á las nuevas. El politeismo habia perecido; habian perecido las fábulas filosóficas de Alejandria y las legales de Atenas, el espíritu exclusivo de la aristocracia patricia, que se encontraba nivelada por la obediencia á las leyes y la ferocidad de una época que ligaba la justicia á fórmulas muertas. ¿Qué era lo que quedaba, á no ser el cristianismo? En él, pues, osó buscar sus inspiraciones Justiniano, y empezando por el nombre de Cristo y de la augusta Trinidad declaró que la autoridad procede de Dios; reconoció á la Iglesia, en el mero hecho de aceptar la fe consagrada por ésta; y de ella tomó lo que constituye la originalidad de su obra, á saber la igualdad de los hombres, la sabia democracia, la rehabilitacion de la persona moral. Bastante fuerte para deducir las consecuencias de las premisas cristianas, se hizo hombre del porvenir, solícito siempre por encontrar algun mejoramiento conforme con su naturaleza (61), y con el progreso cuya forma suprema era el cristianismo (62).

Los adoradores de la forma han tenido ciertamente motivos para censurar á Justiniano, pero

---

lacion es divino. Habiendo recorrido la antigüedad su círculo en sus tres momentos, Oriente, Grecia, Roma, torna al punto en que estos tres momentos se confunden, el Oriente, la Grecia y Roma degeneradas. En Grecia el derecho no es más que público, todavia no separado de lo bello y de lo bueno. El derecho romano es simplemente una obra maestra de deduccion lógica, pero el talento no produce la moralidad: consiste la falta romana en su superioridad lógica.

»Derecho. *Primer periodo:* el derecho es un misterio en manos de un corto número de iniciados. Cuando se revela es en fórmulas sucintas, y mucho más espresivas: *Jus divinum, pontificium aut feciale.*

Segundo periodo: es la lucha en que los patricios quieren retener el derecho como incomunicable, y en que los plebeyos quieren conquistarlo.

Tercer periodo: han cesado las divisiones. Desde entonces lo que importa es el individuo, el modo con que se conserva y defiende su existencia; de consiguiente, el estado más honorífico es el de jurisconsulto, el de casuista. La jurisprudencia es la única ciencia verdadera del pueblo romano, la única que le es propia. No tiene el carácter de la elocuencia pública; es una consulta oral y escrita; *jus privatum.*

»Son, pues, los caractéres del derecho, en el primer periodo, intensidad y brevedad; en el segundo, desgarramiento y contradiccion; en el tercero, difusion y casuística.»

(59) *Nomina quidem servavimus, legum autem veritatem nostram fecimus. Itaque si quid erat in illis seditiosum, multa autem talia erant ibi reposita, hoc decisum est et definitum et in perspicuum finem deducta est quæque lex.* Cod. Just. I, 17, III.

(60) Véase la nota 2 al cap. II del lib. VI.

(61) *Nitimur aliquid invenire semper et naturæ consequens et quod possit priora corrigere.* Nov. 18, præf.

(62) Debe además reflexionarse que el Código y el Digesto no han llegado á nosotros tales como fueron compilados.

los que atiendan al fondo, no podrán menos de admirar altamente sus progresos con relacion á los jurisconsultos clásicos (63). Justiniano no debia tratar la mohosa originalidad romana y los sistemas que no correspondian ya á las costumbres de su época con las consideraciones á que tuvo que someterse Constantino; por eso, en lugar de la letra que mata, sustituyó el espíritu que vivifica; sacó de los jurisconsultos clásicos cuanto le pareció de derecho cosmopolítico y rechazó lo que era puramente romano, no vacilando en alterar sus textos para emancipar las leyes de una tutela retrógrada. Además, las leyes propiamente suyas, en especial las del código, son así en el fondo como en la forma superiores á los edictos y á las novelas del Teodosiano; y siempre acercó el derecho al tipo sencillo y puro del cristianismo, mostrándose en esta delicada tarea aun más teólogo que jurisconsulto.

Sin embargo, el derecho habia hecho ya esfuerzos para separarse del elemento religioso y aristocrático, y vivir con una existencia independiente; lo cual disminuyó el influjo del cristianismo, que tuvo que trabajar más á fin de dominarlo (64). En la época de los emperadores, tanto los teólogos como los juristas se ocuparon en aliviar al mundo oprimido, aunque por distintas sendas. Desde entonces se hallaron en contacto el derecho civil y el canónico; y por último Leon el Filósofo los unió en sus *Basílicas*; pero el triunfo de la equidad solo se ha completado en las edades modernas.

Sin embargo, tambien ha perjudicado á estos la admiracion de lo pasado; pues, si bien el haber renovado en Europa el estudio del cuerpo del derecho de Justiniano ofreció felicísimas ideas de órden y de administracion, dañó á la posteridad la adoracion tributada á todo lo que aquel emperador habia recopilado, tanto de la sabiduria como de la imbecilidad y ferocidad de sus predecesores; los príncipes se apoyaron en aquella legislacion para cometer sus usurpaciones de las franquicias introducidas por las razas germánicas, el feudalismo y las municipalidades; tornóse á predicar la omnipotencia pagana del monarca, y los progresos de la razon humana fueron detenidos por la pretension de gobernar el mundo con las leyes que contaban tantos siglos de antigüedad y que pertenecian á una sociedad y á una religion enteramente distintas.

---

(63) Troplong dice: «El derecho romano fué mejor en la edad cristiana que en las antecedentes y el afirmar lo contrario, es una paradoja ó una mala inteligencia; pero es inferior á las legislaciones modernas, las cuales nacieron á la sombra del cristianismo, y se penetraron mejor de su espíritu.»

Gaudencio Paganini, en 1638, se burló amargamente de Justiniano por haber abolido las leyes de agnacion, mostrándose favorable al derecho de las mujeres: sacrificio hecho á las ideas paganas, que hubieran querido resucitar en los siglos cristianos las preocupaciones de Caton, el privilegio contra el derecho comun.

L' Hopital, con el deseo de alejar á los franceses de la legislacion romana y atraerlos á las costumbres patrias, encargó á Francisco Hotman que escribiese el *Anti-Tribonia-no ó Discurso sobre el estudio de las leyes;* y estimulado tambien él por el odio á Cuyacio, ataca no solo la legislacion de Justiniano, sino toda la romana, desplegando una agudeza y un atrevimiento á veces felices, pero siempre parciales.

(64) Esto concilia no solo la voluntaria ceguedad de Gibbon, sino tambien la admiracion que Hugo muestra de que no hubiese el cristianismo ejercido mayor influjo en el derecho romano, y la confesion de Montesquieu cuando dice que «el cristianismo imprimió su carácter á la jurisprudencia, porque el Imperio tuvo siempre relacion con el sacerdocio.»

CAPÍTULO V

DESDE JUSTINO II HASTA HERACLIO I.

Justino II.—Justiniano no dejaba hijos. Justino, hijo de su hermana Vigilamia, á quien habia señalado para sucederle, fué proclamado al punto por aquella turba servil que usurpaba el nombre de Senado (565). En la misma mañana en que supo el pueblo sin pesadumbre la muerte del anciano monarca, aplaudió la pompa en medio de la cual el nuevo emperador, vestido con una túnica blanca y un manto de púrpura, calzado con borceguies encarnados, dejó que un tribuno le echara al cuello el collar militar, y ciñera el patriarca la diadema á sus sienes. A su llegada al hipódromo le prodigaron aclamaciones praxinos y venetos, anhelantes de conciliarse sus favores: satisfizo algunas deudas contraidas por su tio; y generoso en palabras, como lo es siempre el que inaugura un reinado, prometió conservar lo que habia hecho de bueno y reparar los males que habia causado el emperador precedente. Además anunció la intencion de tomar á principio del año la dignidad de cónsul, que sentian estremadamente los ciudadanos ver abolida, porque esto les privaba de las acostumbradas liberalidades.

Pronto llegaron diputados de los ávares (566), quienes, privados aun de residencia fija, cuando tantos pueblos habian encontrado una, venian á intimar á Justino que aceptara y pagara su alianza. Recibióles Justino con un aparato propio para infundir respeto á gentes bárbaras, y despues de haber oido alabar el poder de su nacion y la clemencia del Kacan, les respondió con altivez que hacia tan poco caso de su enemistad como de su auxilio (1).

Poco después (568), Disabul, kan de los turcos, comisionó tambien cerca de su persona para contraer una alianza defensiva contra los persas y establecer relaciones de comercio.

Estas pompas y embajadas podian hacer pensar á algunos en los tiempos de Augusto, pero no remediaban la estremada debilidad del imperio y de su jefe, quien, entregado al deleite, dejaba que el enemigo le arrebatase provincias, y á sus ministros dilapidar las que le quedaban. Era gobernado por su mujer Sofia, sobrina de Teodora, no menos intrigante que su tia, si bien no tan impúdica, vana, recelosa y cruel, cuyos consejos le sugerian desafueros. Probablemente fué ella quien impulsó á Justino á que mandase asesinar á uno de sus parientes, cuyo único crímen era ser querido del pueblo de Alejandria. Insultando á Narsés, fué causa de la pérdida de la Italia que los longobardos arrebataron definitivamente al imperio griego.

Tiberio II.—Habiéndole privado una enfermedad del uso de sus piernas, trató Justino de darse un sucesor, y sin consideracion á sus parientes, fijó su eleccion en un tracio llamado Tiberio, quien, de maestro de escribir, llegó á ser capitan de guardias. Le dijo al entregar la autoridad en sus manos: «Si consientes en ello, viviré: moriré, si es tu voluntad. ¡Ojalá que el Dios del cielo y de la tierra inspire á tu corazon lo que yo he olvidado ó descuidado!» Sobrevivió cuatro años después de esta especie de abdicacion, y á su muerte fué proclamado emperador Tiberio (578).

Favoreciendo Sofia esta eleccion, habia tal vez esperado la mano del nuevo monarca; así cuando declaró augusta á Anastasia, á la que le unia un matrimonio secreto, fué tan grande el despecho de Sofia que trató de destronarle, pero fué descubierta la maquinacion y se contentó el generoso emperador con apoderarse de sus tesoros y de las munificencias imperiales. Como príncipe escelente

(1) Deben añadirse tambien á los historiadores precedentes CORIPPO, *De laud Justini*, lib. IV.

unia la afabilidad á la devocion, y á un juicio recto la habilidad, ó al menos la fortuna en la guerra. Dió prueba de ello contra los persas. Socorria con benevolencia los infortunios de sus súbditos, rescató multitud de prisioneros y los alimentó hasta restituirlos á sus familias; triunfo es este ignorado de los antiguos césares. De esta manera fué como pareció corto su reinado de cuatro años.

Mauricio.—Así como él habia recibido la diadema por eleccion de su predecesor, la trasmitió á Mauricio (582), descendiente de una antigua familia romana y nacido en Arabiso de Capadocia: este era un hombre no menos famoso por su piedad que por su valor, del que habia dado pruebas en su juventud. Tenia cerca de cuarenta y tres años cuando ascendió al trono, en el que se sostuvo veinte. Aunque su valor degenerase á veces en arrogancia, su justicia en crueldad y su economia en mezquindad, mereció ser contado entre los príncipes que, además de desear el bien de sus súbditos, poseen juicio y valor para conocerlo y promoverlo.

El emperador Justino II habia admitido en el número de sus súbditos á los persarmenios, quienes, molestados por la intolernacia religiosa de los magos, se habrian sustraido al yugo de los Sasánidas (569) (2). Habíase quejado de ello Cosroes como de una violacion de la tregua; pero Justino habia respondido que él no podia negar su apoyo á un pueblo valiente, perseguido y que profesaba la misma religion que él. Por otra parte, Cosroes que aspiraba á la conquista del Yemen, habia rechazado allende el mar Rojo á los abisinios, y dado por gobernador al pais un descendiente de los antiguos Imiaritas. Declarándose entonces Justino vengador del negus abisinio, aliado suyo y además cristiano, negó el tributo que pagaba á la Persia. En consecuencia Cosroes reunió un ejército, y demostrando que sus ochenta años no habian disminuido su valor, rechazó de Nísibe á los griegos y á sus aliados, tanto etíopes como turcos (572). Su general Artaban, pasó el Éufrates y se adelantó contra Antioquia, pero no habiendo podido apoderarse de ella, atacó y destruyó á Heraclea y á Apamea; incorporándose posteriormente á su soberano, le ayudó á tomar á Dara, baluarte del imperio.

Justino quedó aterrado con este triunfo; y Tiberio, en quien habia resignado el gobierno, imploró y obtuvo una tregua de tres años (575). Aprovechóse de ella para reunir más fuerzas, cuya importancia aumentó la fama. Resolvió, pues, Cosroes adelantársele; y entró en Persarmenia, que se proponia recobrar, marchando después sobre la Capadocia. Pero Justiniano, hijo de Germano, que mandaba á los imperiales, le derrotó cerca de Melitena (578), se adelantó hasta las orillas del mar Caspio, hizo pasar de la Hircania á Chipre setenta mil prisioneros y se acercó á la capital de Persia.

Muerte de Cosroes.— Afligido con aquellas derrotas que empañaban el brillo de su gloria cuando ya no era tiempo de remediarlo, murió Cosroes después de un reinado de cuarenta y ocho años (abril de 579). Los escritores orientales que le han bosquejado como tipo de los reyes y de los héroes, dicen que terminó sus dias en el colmo de la gloria, despues de haber dado á su hijo estas instrucciones: «Yo, Nuschirvan, señor de la Persia y de las Indias, dirijo mi última voluntad á mí hijo Ormuz para que pueda servirle de antorcha en los dias oscuros, de sendero en el desierto y de estrella polar en los tempestuosos mares. Cuando mis ojos, ya incapaces de sostener la luz del sol, se cierren para no ver más la luz del dia, quiero que él ocupe mi trono, y que su esplendor iguale el del astro glorioso; pero en medio de su grandeza recuerde que los reyes se han establecido para el bien de sus súbditos, y para ser con respeto á ellos lo que el cielo es para la tierra. ¿Cómo podria ser fecunda la tierra sin ser regada y sin que el cielo la mirase con amor? Hijo mio, esperimente todo el pueblo tu bondad, primero aquellos que se encuentren cerca de tí, y después los otros hasta los más separados. Si me atreviese, te propondria mi ejemplo; pero mejor será proponerte el ejemplo que yo mismo me he propuesto. ¿Ves el sol? A veces se oculta á nuestras miradas, pero consiste en que como bienhechor de todo el universo, debe su luz á todos los pueblos. No pongas el pié en una provincia sino para hacer bien á sus habitantes, y no salgas sino para hacer el bien de otras. Deben castigarse los perversos; el sol de la magestad se encuentra eclipsado con ellos. Los buenos merecen que se les anime, y deben ser iluminados por los rayos de la mañana. Así como el sol cumple con todos los fines para los cuales ha sido creado, obra tú siempre de la misma manera como rey, si deseas ser respetado como tal. Implora de contínuo, hijo mio, el socorro del cielo, pero siempre con un corazon puro. ¿Acaso entran tus perros en el templo? De esta manera tus oraciones serán oidas, y tus enemigos te temerán; tendrás amigos fieles, serás la delicia de tus súbditos, y ellos serán la tuya. Haz justicia, reprime á los audaces, consuela á los desgraciados, ama á tus hijos, protege las bellas letras y escucha á los ancianos; no dejes que los jóvenes se mezclen en los asuntos públicos, y el bien de tu pueblo sea el único objeto de tus pensamientos. Adios, te dejo un gran reino que conservarás siguiendo mis consejos, pero lo perderás si los desoyes (3).»

Hormisdas III.—Habiendo Ormuz III (ó IV) ascendido al trono (579), se entregó en manos del sabio Buzurg-Nuhir, que por espacio de tres años le dirigió como un padre y obtuvo de él la docilidad

(2) Evagrio, V, 7, 13; Cedreno, III, 18; Menandro, 16.

(3) D. Herbelot, *Modain Nouschirvan;* Mirkond; Lebtarikh,...

y el respeto de un hijo. Pero tan pronto como su avanzada edad le precisó á abandonar los negocios, el jóven príncipe, entregado á sus pasiones y á los que las fomentaban, dejó el reino presa de la rapacidad é injusticia de los sátrapas. Hijo degenerado del gran Nuschirvan disgustó á las tropas por su avaricia, así como al pueblo y á los grandes por haber sacrificado trece mil víctimas á la sospecha de que sus crueldades habian podido causar el odio, y éste producir las rebeliones. En efecto, Babilonia, Susa y la Caramania se sublevaron en masa; los príncipes de Arabia, de la Escitia y de la India, negaron los tributos, y el Gran Kan invadió las provincias orientales con más de cien mil turcos.

Descendiente Vaaram de los antiguos príncipes de Rage y de una de las siete familias que después de Dario ocupaban el primer lugar en Persia, habia debido á su valor el mando del ejército, el gobierno de la Media y la superintendencia de palacio. Cuando toda la corte temblaba, solo él manifestó denuedo; y reanimando las supersticiones populares, guió tropas poco numerosas contra las inmensas hordas de los turcos, derrotándolas á la entrada de la Media. Habiéndose dirigido después contra los romanos, que se adelantaban hácia el Araxes bajo las órdenes de Mauricio, futuro emperador, envió orgullosamente á desafiarle concediéndole la eleccion del dia y del lugar en que esperaba se diese la batalla. Eligió Mauricio la posicion que juzgó más favorable y Vaaram fué vencido. Ormuz que habia visto con envidia y recelo las victorias de aquel general, le insultó cuando fué vencido; le remitió una rueca y unos vestidos de mujer, intimándole que se mostrara de esta manera á las miradas del ejército.

Cosroes II.—Lavóse la afrenta por la rebeldia: un grito de indignacion cundió por toda la Persia, que la escitaba á librarse de aquel vil tirano; y habiéndose escapado Bindoe, príncipe Sasánida de la prision en que habia sido encarcelado hasta entonces, metió en ella á Ormuz, colocando en el trono á Cosroes-Parviz, primogénito de este príncipe (590) con la esperanza de reinar en su nombre. Hizo comparecer entonces á Ormuz ante los nobles y los sátrapas, con el fin de que se justificase de sus desafueros (acto judicial desconocido hasta entonces en Oriente); pero habiendo osado el príncipe tratar á Cosroes de rebelde y pedido que fuera sustituido por su segundo hijo, fué éste condenado á muerte; sufriendo el mismo Ormuz el castigo de que le sacasen los ojos y confirmándose de este modo la eleccion de Cosroes.

Trató el nuevo rey de aliviar la desgraciada suerte de su padre, soportando su cólera y sus injurias; quiso asimismo atraerse á Vaaram, ofreciéndole la segunda dignidad del reino; pero irritado este general de que se hubiese llevado á efecto una revolucion sin su ayuda ni la de su ejército, le envió por respuesta una carta en la que, dándose el título de sátrapa de los sátrapas, general de los ejércitos persas, conquistador de los hombres, amigo de los dioses, enemigo de los tiranos y príncipe adornado con once virtudes, le intimaba si queria evitar la suerte de su padre, á que fueran de nuevo encadenados los traidores, que depusiera una diadema que habia usurpado, y por último que aceptase con el perdon el gobierno de una provincia. Hubo, pues, que recurrir á las armas; pero los partidarios de Cosroes se sobrecogieron de espanto ante los veteranos de Vaaram, sublevándose los sátrapas contra aquel á quien acababan de elevar al trono. Vióse Cosroes reducido á emprender la fuga, pero no antes de que Ormuz fuera degollado por Bindoe.

Habiendo ganado el Éufrates con sus mujeres y seguido de un corto número de guardias, pidió hospitalidad á Mauricio, quien, lisongeado de ver al nieto del gran Nuschirvan demandar su apoyo, le acogió con todos los miramientos posibles y le envió de nuevo con un numeroso ejército á las órdenes del intrépido Narsés. Ya se habia arrepentido la Persia de haber preferido un rebelde á la sangre de los Sasánidas, y los magos habian rehusado consagrar á Vaaram; siguiéndose á esto que las turbulencias y conjuraciones intestinas favorecieron la espedicion de los romanos, quienes colocaron de nuevo al nieto de Nuschirvan en el trono de Modain (591). Habiéndose refugiado Vaaram con los restos de sus fuerzas al Oriente del Oxo, se hizo aliado de los turcos con el fin de inquietar aún á la Persia; pero no tardó en morir envenenado ó de vergüenza de haber fracasado en sus proyectos.

Una vez restablecido Cosroes en el trono, no tuvo la generosidad ó el valor de perdonar: corrió la sangre de los partidarios de Vaaram y del regicida Bindoe, disminuyendo y contaminando la alegria de las fiestas.

En tanto que reinó Mauricio, mantúvose la buena inteligencia entre Bizancio y la Persia, que le devolvió á Martirópolis y Dara. Volvieron de nuevo los persarmenios á la obediencia de los Sasánidas, con gran promesa de no ser más inquietados en su fe; mostrando Cosroes tan gran respeto hácia los obispos de la Siria, que corrió la voz de que se habia hecho cristiano por complacer á su mujer Sira *(Schirin)*, griega bautizada.

Los ávares.—No eran tan afortunadas las armas de Mauricio en Occidente (4). En vano le pidieron

(4) Filípico, general y cuñado del emperador Mauricio, en el momento de entrar en batalla, se puso á llorar pensando en los que iban á perecer. Montesquieu, que refiere este hecho, añade: «¡Cuán diferentes eran la lágrimas de aquellos árabes que lloraban de dolor porque su general habia concluido una tregua que les impedia derramar la sangre cristiana!» Muy diferentes sin duda, aunque las de Filípico eran más laudables. Consistió su yerro en no haber preparado los medios de vencer; pero solo el feroz conquistador es el que en su mente no calcula cuantas vidas son necesarias para apoderarse de una posicion, para ganar

socorro los italianos contra los longobardos, pues no pudo impedir que cayera este hermoso pais bajo su dominacion. Habia dejado su partida el campo libre á los ávares, cuya dominacion se estendia desde los Alpes hasta el mar Negro. Eran insultados los emperadores de vez en cuando por su kacan Bayano, émulo de Atila en poderio y en soberbia. Decia por ejemplo: «Tengo curiosidad de ver un elefante;» y le enviaba Mauricio uno de los más grandes que producia la India; ó «Quiero una cama de oro» y la mejor que se encontraba en el palacio de Constantinopla servia para el reposo y los deleites del soberano de Sirmio. Tan pronto pedia telas de seda, como vasos de esmerado trabajo, especias y canela, y por último un tributo que fué ascendiendo desde ochenta hasta ciento veinte mil monedas de oro. Mofábase de las embajadas, provocando á los ejércitos, y empleando la astucia y el perjurio, corria jactancioso desde Belgrado hasta los muros de Constantinopla, al mismo tiempo que su autoridad y sus alianzas se estendian hasta el Oder.

Se negó Mauricio á este humillante tributo; pero cuando el enemigo devastó la Tracia, vióse obligado á comprar la paz. Rompióse bien pronto por parte de los ávares, quienes unidos con los gépidos, los eslavos y otras tribus, se echaron de nuevo sobre el imperio amenazando destruirlo. Los habitantes de Constantinopla se sobrecogieron de tal espanto, que ya se aprestaban á huir hácia la playa de Asia. Pero consiguió el emperador reanimar su valor enviando á Prisco al encuentro de los bárbaros. Atacóles cinco veces este general venciéndoles otras tantas; y adelatándose después hasta las márgenes del Teis, cogióles gran número de oficiales y soldados, cayendo siete hijos del kacan en sus manos. A pesar de todo ya no existia en el ejército aquella disciplina que hacia formidables á las legiones: habiendo querido Mauricio descontar del sueldo el valor de la armadura, se amotinaron las tropas: tuvo, pues, que renunciar á su proyecto y que perdonar la rebeldia. La debilidad del príncipe hizo que subiera de punto la audacia de los soldados que fué pagada con derrotas. Volviendo el kacan á pasar el Danubio ofreció entregar doce mil prisioneros romanos; pero habiendo rehusado Mauricio aprontar el rescate exigido, ora por avaricia, ora con la intencion de castigar á los rebeldes, dió márgen á que todos fueran pasados á cuchillo.

Focas.—Furioso el pueblo con esta noticia se entregó á graves insultos contra el emperador, y los soldados concibieron por ello tal resentimiento, que poco tiempo después se sublevaron y adjudicaron el título de augusto á Focas, exarca de los centuriones (602). De esta suerte se renovaba una escena de despotismo militar al cabo de tres siglos.

El pueblo de Constantinopla secundó el movimiento del ejército; entonces, viéndose Mauricio abandonado de todos, se refugió dentro de una iglesia, mientras que Focas, sostenido por el favor de que era objeto, mucho más que por su valentia, entró en la ciudad y allí fué proclamado emperador. En medio de las fiestas celebradas con este motivo estallaron las querellas habituales entre los práxinos y los venetos; y habiendo reprimido Focas el desórden, le gritó el partido que habia quedado vencido: «Acuérdate de que vive Mauricio». Esta fué la sentencia de muerte del príncipe. Llevado á Constantinopla repentinamente por órden de Focas fué allí degollado con cinco de sus hijos. Sufrió el último suplicio con el valor de un héroe y la resignacion de un cristiano, repitiendo las palabras del profeta: «Tu eres justo, Señor, y justos son tus juicios.» Cuando supo quién era Focas, su competidor, dijo: «¡Ay de mí! Si es cobarde, será tambien asesino». El aya de sus hijos quiso salvar á uno de ellos poniendo en su lugar á su propio hijo; pero el mismo Focas puso en noticia del verdugo este generoso fraude. Muchas personas espiaron con refinados suplicios á que precedieron las insultantes formas de un proceso, el delito de ser deudos ó amigos de Mauricio.

Regocijáronse del advenimiento de Focas los italianos, que habian tenido motivo para quejarse de las exacciones cometidas por los ministros de Mauricio. Espuesta fué la estátua de aquel en Roma á la veneracion del Senado y del clero, y colocada en el antiguo palacio de los césares entre las de Constantino y Teodosio. Gregorio Magno se felicitaba de que Dios habia libertado de aquella larga opresion, deshaciéndose en elogios de Focas y de Leoncia, su mujer; ignorante, ó bien olvidado de que Focas habia obtenido el trono por el asesinato, y de que se mantenia en él por medios bien distintos de los que el encomiaba (5).

Una estraordinaria fealdad, torva mirada, cabellos rojos, espesas cejas que se juntaban una á otra y mejillas desfiguradas por una cicatriz, distinguian al nuevo emperador, que dado al vino y á las mujeres, sanguinario, inexorable, era tan ignorante en literatura como en legislacion. No valia mucho más su esposa. De esta suerte aquel reinado, aunque afligido por la peste, la esterilidad y estraordinarios frios, fué todavia mas innoble que calamitoso. Focas procuró ganarse la voluntad del

un fuerte. El dia que precedió a la batalla de Lanfeld, el mariscal de Sajonia se hallaba taciturno y preocupado; el doctor Senac, su amigo, habiéndole preguntado el motivo porqué se encontraba así, le estrechó la mano y le repitió estos versos de Andrómaca.

«Piensa, piensa, Cefiso, en aquella cruel noche, que fué noche eterna para todo un pueblo: piensa en los gritos de los vencedores, piensa en los gritos de los moribundos.

(5) *Benignitatem vestræ pietatis ad imperiale fastigium pervenisse gaudemus. Lætentur cæli et exultet terra, et de vestris benignis actibus universæ reipublicæ populus, nunc usque vehementer affictus, hilarescat.* Ep. 38, XI.

pueblo dándole juegos; pero como en vez de aplausos solo consiguió la espresion del odio y del menosprecio, hizo que los soldados asaltaran á los espectadores: unos fueron heridos, otros arrastrados á calabozos de donde fueron sacados por la amotinada muchedumbre.

Teodosio, hijo de Mauricio se habia refugiado en Persia: Focas le llama por medio de un falso mensaje y manda que sea asesinado. Narsés, general del Oriente, se subleva y hace alianza con Cosroes para derrocar al tirano (604). Focas le prodiga los más sagrados juramentos prometiéndole perdon y dignidades: de este modo le desarma, y apenas le tiene en su poder le hace quemar vivo. Entonces los persas, antes de tornar á su territorio, talan holgadamente la Mesopotamia y la Siria, y Focas les deja por largo tiempo ejercer con osadia sus estragos. Por último se decide á enviar en contra de ellos á Bonoso, conde de Oriente, aunque le vuelve á llamar muy pronto para castigar á Antioquia, donde sublevados los judios habian asesinado á los cristianos (606) y arrastrado por las calles el cadáver del patriarca Anastasio. Nuevas olas de sangre vengaron la que habia sido derramada y fueron espulsados de la ciudad los judios.

A fin de proporcionarse Focas un apoyo, casa al patricio Crispo, capitan de guardias, con su hija Domicia; pero al poco tiempo le inspira recelos y su suspicacia le induce á tenderle lazos. Este anuda entonces relaciones con la faccion de los verdes, hostil á Focas, y con el exarca de Africa, quien, manteniéndose habia dos años en estado de rebeldía, envió á instigacion suya y de los principales senadores á su hijo Heraclio y á Nicetas, hijo de Gregoras, su lugarteniente, contra Constantinopla, uno á la cabeza de un ejército y otro con una escuadra. Focas que habia castigado muchas veces conjuraciones y hasta sospechas, no tuvo la menor idea de este movimiento, de que no fué informado hasta que vió á la escuadra africana echar el ancla en el Helesponto (610). Entonces apeló á la fuga con su vestido en desórden; pero fué preso y conducido ante Heraclio, quien le echó en cara sus delitos, y solo obtuvo por respuesta estas palabras «¿Gobernarás tú mejor acaso?» Cortado en pedazos, sus sangrientos restos fueron arrojados á las llamas.

Heraclio I.—Recibió entonces Heraclio por el voto general la corona que colocó en su cabeza el patriarca Sergio; y fué el primero de una série de príncipes que gobernaron el imperio por espacio de cuatro generaciones. Llegado que hubo Nicetas á Constantinopla después de su elevacion, se sometió á su amigo, que ya era soberano, y obtuvo su hija en matrimonio. Crispo, de quien desconfiaba Heraclio diciendo «que el hombre que habia hecho traicion á su suegro no podia de ninguna manera ser un amigo fiel,» se vió precisado á encerrarse en un monasterio.

Guerra de Persia.—Descendiente Heraclio de una noble y opulenta familia de la Capadocia, tenia el aspecto magestuoso, un carácter paciente, habilidad en la guerra, y sus súbditos pudieron abrigar la esperanza de que repararia sus males (6). Para conseguirlo era preciso ante todo reprimir á Cosroes, que continuaba esterminando á un pueblo inocente. Una vez que ya no tuvo nada que temer de Narsés, habia derrotado á las tropas imperiales, tomado y destruido á Merden, Dara, Amida y Edesa, pasando en seguida el Éufrates, ocupó á Hierápolis, Calcis y Berea, atacó á Antioquia y tomó ó devastó todo lo que se habia libertado de los repetidos temblores de tierra y de las sediciones. Trató de la misma manera á Cesarea, taló las deliciosas campiñas de Damasco, y señalando su paso con una larga huella de sangre y fuego llegó á sitiar á Jerusalen (614).

Ya en otra época habia sido impulsado Nuschirvan á emprender esta conquista por el intolerante celo de los magos. Tuvo entonces Cosroes para ayudarle en su empresa á veinte y seis mil judios, entre quienes siempre existia vivo el recuerdo de la patria. Fué tomada por asalto la ciudad de David; devoró el fuego las iglesias construidas por Constantino y por Elena en los lugares consagrados por santos recuerdos. Las ofrendas acumuladas de largos años por la piedad de los fieles de todos los paises, fueron entregadas al pillaje, y noventa mil cristianos fueron torturados de una manera atroz por los judios. Cargados los vencedores de un inmenso botin, enviaron á Persia al patriarca Zacarias con el madero de la cruz.

Los fieles que pudieron escapar de aquella matanza encontraron en Egipto una caritativa acogida, principalmente por parte del arzobispo de Alejandría Juan el Limosnero; pero aún allí no les dejó Cosroes en descanso. Esta provincia, que después de tanto tiempo no habia tenido que temer á enemigos estrangeros, fué invadida por el nuevo Cambises, quien se estendió desde el mar hasta la Etiopia; después siguió la costa africana, donde si no pudo apoderarse de Cartago, destruyó enteramente la colonia griega de Cirene que habia sobrevivido á la madre patria (7), volviendo en fin triunfante á través de los desiertos de la Libia.

Entretanto, su general Saes al frente de otra columna, se adelantaba hácia el Bósforo de Tracia, sometia la ribera del Ponto, Ancira y Rodas, se apoderaba de Calcedonia (616); y por espacio de diez años el estandarte en que se ostentaba el mandil del herrero, tremoló en frente de Constantinopla. Orgulloso el persa con haber sometido todo el imperio de Ciro, llevó el culto del fuego y de los dos principios, en paises acostumbrados á la

(6) Son referidas sus espediciones por Jorge de Pisidia, testigo ocular. *Carmina in honorem Heraclii.*

(7) A esta espedicion es á la que se refieren los relatos y acciones de Sinesio, de quien hemos hablado en el t. III, pág. 567.

religion y á las costumbres de la Europa, haciendo alarde de un poder sin medida; castigóse el descontento político ó religioso de las nuevas provincias con una vara de hierro.

Tal vez Cosroes no tomaba parte en estas guerras, ó se retiraba de tiempo en tiempo á gozar del fruto de sus victorias á Destagarda, ciudad allende el Tigris, á sesenta millas al Norte de Ctesifonte. Deliciosas aves y terribles fieras alternaban en el *paraiso* de su palacio. Servian al fausto y á las comodidades de su córte novecientos sesenta elefantes, doce mil camellos, ocho mil dromedarios y seis mil caballos y mulas; seis mil guerreros permanecian de guardia; doce mil mujeres esclavas y tres mil doncellas libres, la flor del Asia, estaban empleadas en diferentes servicios. Treinta mil ricas alfombras, cuarenta mil columnas de plata, mil globos de oro suspendidos de una cúpula, y que imitaban los movimientos celestes, una enorme cantidad de tejidos de oro y de plata, sedas, pedrerias, aromas, encerrados en cien subterráneos, no existieron tal vez jamás sino en la imaginacion oriental; pero al menos indican la escesiva magnificencia de aquella corte.

Tal era aquel ante el cual parecia deber hundirse el imperio de Oriente, como menos capaz de resistir á tanta furia por hallarse estrechado de cerca por los ávares. Su kacan, cada vez más envalentonado, intentó por último, mientras se festejaba la concertada paz, sorprender al emperador en el hipódromo de Constantinopla (620), y saqueó los arrabales, llevándose infinitas riquezas y doscientos sesenta mil prisioneros.

Desesperando ya Heraclio de conservar el imperio, pensaba en retirarse á Cartago, pero la religion volvió á reanimar su patriotismo; y el patriarca le hizo jurar en el altar de Santa Sofia vivir y morir con su pueblo. Trasladóse Heraclio á la playa de Calcedonia, donde los persas se encontraban acampados; y envió embajadores á Cosroes para que exhortasen, puesto que ya no existia el homicida de Mauricio, á que diera la paz al mundo y economizara la sangre de tantos inocentes. ¿Pero cuál fué la respuesta de Cosroes? «Ninguna armonia entre el emperador romano y yo, mientras que él y los suyos no hayan renunciado á su Dios crucificado, y adorado el sol, gran dios de la Persia.»

El general Saes, que habia llevado la embajada, fué desollado vivo, y los embajadores quedaron prisioneros. Pero cuando una esperiencia de seis años convenció á Cosroes de que no conseguiria tomar á Constantinopla, aceptó un tributo anual de 1,000 talentos de oro, otros tantos de plata, mil vestidos de seda, mil caballos y otras tantas doncellas.

No se resignó Heraclio á este vergonzoso tratado sino para ganar tiempo y preparar los medios de resistencia. Tal vez habia sido detenido hasta entonces por los placeres del palacio proporcionados por los cortesanos que no creian conveniente que un emperador comprometiese con presentarse su misteriosa magestad; tal vez contribuyeran tambien á ello los encantos de su sobrina Martina, con quien habia contraido matrimonio; union incestuosa, á la que atribuyen los historiadores contemporáneos los desastres de la época. La verdad es que de repente se mostró un héroe. Los vasos preciosos ofrecidos por el clero le ayudaron á llenar el agotado tesoro; y dejando entonces al patriarca Sergio y al patricio Bono el cuidado de velar por Constantino, su hijo de corta edad, con la direccion de los negocios, desechó los borceguies de púrpura, para calzarse los negros, y marchó contra los persas.

Sin ocuparse, como en otra época aconteció á Escipion, de los enemigos que amenazaban á la capital y oprimian á las provincias que la circuian, desembarcó con los bárbaros que en gran número habia tomado á sueldo (622), en los confines de la Siria y de la Cilicia, recogió las guarniciones diseminadas por todas partes, restableció la subordinacion, desplegó el estandarte de Cristo, como si fuera una guerra de religion, y exhortó á las poblaciones á que reedificasen los profanados altares. Siguiendo su ejemplo no habia fatiga á que se negaran sus tropas ni rigurosa disciplina que les pareciera supérflua. Condújolas, en fin, el emperador á la victoria cerca de Iso, y tan pronto como hubo establecido con seguridad sus cuarteles de invierno en las orillas del Halis, volvió á Constantinopla para apaciguar á los inquietos ávares.

Abandonando de nuevo esta ciudad, se embarcó con cinco mil hombres para Trebisonda (623), desde donde hizo aún nuevas proposiciones de paz, que tambien fueron desechadas. Entró entonces en el mismo territorio de la Persia, tomó y demolió varias ciudades, y vió á Cosroes retirarse ante él con cuarenta mil guerreros elegidos, abandonándole Gazaco (*Tauride*), como tambien los inmensos tesoros encerrados en la plaza.

Solo el invierno le detuvo; obligándole á retirarse á lo largo del mar Caspio y la Albania, por haberle parecido encontrar una órden que se lo prevenia en un pasage de los Evangelios, cuyo libro habia abierto al acaso. Por todas partes, y en todo el tiempo que duró su espedicion, fueron derribados los altares del fuego y los templos del sol. Ormia, que pasaba por ser la patria de Zoroastro, fué tambien devastada en represalias del saqueo de Jerusalen. Pero Heraclio dió gran prueba de humanidad y religion, enviando sin rescate cincuenta mil prisioneros que no podian resistir el frio del invierno.

Al asomar la primavera entró (624) en la Media y en el Irak, avanzando hasta Ispahan, donde ningun romano habia penetrado antes que él. Asustado Cosroes, reunió sus fuerzas, hasta las del Egipto y las del Helesponto (625). Inspiraban espanto estos inmensos preparativos á los que rodeaban á Heraclio; pero éste, uniendo la tranquilidad del héroe á la confianza del cristiano, dijo: «Nada temais del número de los enemigos. Con la ayuda de Dios, un romano puede vencer á mil bárbaros.

Si perdemos la vida por salvar á nuestros hermanos, Dios y la posteridad nos reservan una inmortal corona.»

Los hechos correspondieron á las palabras. No tan solo rechazó al enemigo, sino que le encerró en las plazas fuertes de la Media y de la Asiria. Dirigíase ya sobre la capital de los persas (626), cuando Cosroes resolvió imitarle aniquilando con nuevas reclutas de hombres, paises que se encontraban reducidos al último apuro en virtud de una prolongada guerra, y puso en pié tres cuerpos de ejército. El de las lanzas de oro fué dirigido contra Heraclio; destinóse otro á interceptar todos los socorros que pudiera recibir, y el tercero fué enviado á las órdenes de Sarban contra Constantinopla. Al mismo tiempo que esto se verificaba, el kacan de los ávares asolaba la Tracia por instigacion de él; y forzando la larga muralla con ochenta mil gépidos, rusos, búlgaros y eslavos (26 de junio), embestia á Constantinopla y multiplicaba los asaltos sin querer escuchar ninguna proposicion. Parecieron reanimados el Senado y el pueblo con el ejemplo de Heraclio, poniendo por obra para la defensa de la ciudad todo lo que el arte, la desesperacion, el patriotismo y la piedad pueden sugerir. Tuvo en fin, que tocar retirada el orgulloso kacan, y los libertados ciudadanos atribuyeron á Maria la gloria de aquella defensa verdaderamente prodigiosa.

Tranquilizó esta noticia á Heraclio, quien habia además contraido alianza con los turcos del Volga. Cuarenta mil ginetes de la tribu de los kazares llegaron al campo romano conducidos por el kan Ziebel; Heraclio, agradecido de su homenage, le llamó hijo, le colocó su propia diadema en la cabeza, añadiendo á esto ricos presentes y la promesa de darle la mano de su hija. A la vista de aquellas nuevas fuerzas emprendieron los persas con precipitacion la retirada. Entretanto cayó en manos de Sarban, que se encontraba aun en Calcedonia, una carta (verdadera ó fingida por los enemigos) en la que Cosroes, en castigo de su lentitud mandaba á su lugarteniente que le diese muerte, y que condujese de nuevo el ejército á Persia. Sustituyó Sarban á su nombre el de muchos de los principales oficiales; y poniendo despues á su vista la ingratitud del rey y el peligro que les emenazaba, les incitó á sublevarse.

Hacíase, por lo tanto, cada vez más peligrosa la situacion de Cosroes, no obstante haber proclamado la guerra nacional, y de que sus súbditos se levantasen á millares para rechazar la invasion de los romanos. Tuvo lugar cerca de Ninive una sangrienta batalla (627); Heraclio, que combatió en ella como un héroe, dió muerte con su propia mano á tres generales enemigos y alcanzó la victoria; en seguida, sin tomar reposo, atravesó el Zab, é hizo ondular en la Asiria las banderas romanas, como en tiempo de Trajano; dueño de Destagarda, encontró en esta capital tesoros que excedian á sus esperanzas y hasta á su codicia. Templos, palacios, edificios, todo fué reducido á cenizas. Las banderas ganadas por el enemigo habian sido recobradas, lo mismo que los prisioneros. La facilidad de la victoria alentaba á llegar hasta Ctesifonte, pero lo impidió el invierno.

No nos ayudan en nada los historiadores para ver con claridad los motivos que despertaron en Heraclio un nuevo valor y una instantánea cobardia en Cosroes, quien, olvidando su dignidad en el último apuro, en lugar de atender á la defensa de la capital, se ponia en salvo con su esposa Sira y tres de sus concubinas para refugiarse en Ctesifonte, de donde la supersticion y el odio le habian siempre alejado. Una vez que hubo visto á Heraclio emprender de nuevo el camino de sus Estados, volvió en medio de las humeantes ruinas de sus palacios, que daban tan cruel mentís á sus orgullosas amenazas. Agobiado por tantos desastres y hallándose enfermo, resolvió abdicar en favor de Merdezas, su hijo predilecto; pero Siroe (Shiruyeh Cobad), el mayor de ellos, urdió una trama para asegurarse la sucesion al trono; prometiendo aumento de paga á los soldados, tolerancia á los cristianos, libertad á los prisioneros y á la nacion la paz y una reduccion de los impuestos, llegando por este medio á conseguir que abrazasen su partido veinte y dos sátrapas, que le proclamaron rey (628). Fué encerrado Cosroes en un calabozo, en donde le ultrajaba el pueblo. «¿Cómo encuentras, le gritaban, el cáliz que has hecho apurar á naciones enteras? No es estraño que hayas descendido desde el trono á una prision, tú que has llenado las cárceles cuando ocupabas el solio.» Dióse á su vista muerte á veinte y ocho de sus hijos, sucumbiendo después él mismo en medio de los mayores insultos.

Cuando aún se hallaba en el apogeo de su poder, le escribió un árabe desconocido desde la Meca, invitándole á reconocer por apóstol de Dios á Mahoma, que comenzaba entonces su predicacion. Rompió el orgulloso shah la carta, diciendo el profeta cuando lo supo: «Así despedazará Dios el reinado de Cosroes, y desechará sus invocaciones.»

Fué exacta la prediccion, puesto que con él se estinguió la gloria de los Sasánidas. Largo tiempo hacia que era agitada la Persia por una multitud de competidores que disputaban el trono á Siroe, cuando éste fué muerto á su vez después de un reinado de nueve meses (629), sucediéndole su hijo Adeser, que fué destronado y muerto siete meses después, alternando una serie de tiranuelos hasta Isdegerdes III (632), último rey de la raza de Artajerjes, que habiendo perdido su vigor, preparaba un triunfo fácil á los califas.

Heraclio, á quien la caida de Cosroes habia llenado de gozo, recibió de los embajadores de Siroe las seguridades de una sincera amistad y el ofrecimiento de una paz duradera; é hizo que le restituyeran trescientas banderas, los prisioneros, el madero de la cruz y las provincias quitadas al im-

perio por Cosroes. Una de las más desastrosas guerras tuvo, pues, por conclusion dejar en su antiguo estado el territorio de ambos imperios.

Heraclio volvió á disfrutar á Constantinopla de un triunfo nacional y religioso; tantas hazañas le habian hecho acreedor á los cantos en medio de los cuales fué recibido por el clero, á las aclamaciones del pueblo y á los ramos de olivo que se echaban á su tránsito por las calles. Al año siguiente se dirigió á Jerusalen para restituir allí personalmente el madero santificado, cuya vuelta á los santos lugares hizo que se instituyera la fiesta de la Exaltacion de la Cruz.

¡Pero cuánto habia costado aquel triunfo! Doscientos mil guerreros habian perdido la vida; estaba diezmada la poblacion; se habian arruinado la agricultura y la industria; hallábase exhausto el tesoro, porque una parte de las riquezas de los persas habia sido distribuida á los soldados, la otra se habia invertido en los gastos de la guerra, lo demás habia perecido en la travesia; y no era posible recaudar impuestos sin reducir al último apuro á las provincias, empobrecidas por las exacciones de los persas. Es verdad que Heraclio habia libertado al imperio del enemigo más formidable, pero en un rincon de la Arabia nacia otro que debia hacerle una guerra más sistemática, acabando después de nueve siglos, por abatirle y por enarbolar la media luna en la cúpula de Santa Sofia.

CAPÍTULO VI

LOS BÁRBAROS EN ITALIA.—TEODORICO.

Los pueblos del Norte, á quienes ya no contiene el terror de las armas romanas, y deseosos de botin, de hazañas guerreras y de una patria mas afortunada, caen sobre la enervada Italia, la saquean, conquistan y abandonan sus provincias, hasta el momento en que algunos de ellos se fijan en ella.

En los alrededores de Viena y á orillas del Danubio habitaba un solitario, llamado Severino, respetado por las gentes del pais por su santidad y visitado por personajes ilustres. Lo distinguido de sus maneras y la pureza con que hablaba el latin hacian suponer en él un noble nacimiento; no obstante que ocultaba su condicion, respondiendo á los que deseaban saberla: «Es tan precaria y tan poca cosa nuestra existencia aquí abajo, que debemos fijar todos nuestros pensamientos en aquella que nos aguarda en la eternidad. Cuidemos, pues, de precavernos á tan poca costa, de caer en la tentacion de la vanidad, que por ridícula que sea puede ocasionar peligro.»

Después de haberse estado perfeccionando entre los ermitaños del Oriente, encaminóse á la Alta Panonia, como era la voluntad de Dios, que queria ofrecerle á la edificacion de pueblos que no poseyendo más sentimientos que el de la fuerza, acababan de destruir la antigua civilizacion. Convirtió allí á muchos, suavizó su furia, se hizo amparo de los fieles y consuelo de los afligidos.

Odoacro.—Cruzando aquellas comarcas llenas con la fama de Severino, Odoacro, caudillo de aquellas bandas de aventureros extranjeros, á que los débiles sucesores de Constantino confiaban el cuidado de defender el Estado, ora por falta de valor entre los nacionales, ora por recelosa desconfianza, quiso ver á aquel santo hombre. Dirigióse, pues, modestamente vestido á la celda del ermitaño, cuyo humilde techo era tan bajo que para penetrar allí tuvo que inclinarse. Después de haber platicado en su compañia sobre el espíritu, Severino le saludó como á jefe de la nacion, diciéndole: «Tú vas á Italia vestido con un tosco sayo; pero dentro de poco serás árbitro de las más altas fortunas (1).»

Con este presagio y ayudado por su valor se presentó Odoacro en Italia á tentar la suerte de las armas; ó más bien no hizo otra cosa que volver contra los emperadores las fuerzas que habian pagado para su defensa, y no se necesitó más para destruir el trono y el título de los césares. Por lo demás nada fué mudado, porque hacia algun tiempo que el pais estaba abandonado al gobierno de los bárbaros. Continuó congregándose el Senado: fueron nombrados los cónsules con arreglo á la antigua costumbre, y ningun magistrado imperial ó municipal quedó destituido: el prefecto del pretorio no cesó de administrar la Italia con sus subordinados ni de percibir allí los impuestos. Hubiérase podido no ver en Odoacro más que uno de aquellos numerosos extranjeros que anteriormente habian ocupado el trono de Roma, salvo que no tomó el título de emperador, ni el de rey siquiera (2). No aspiró á ninguna supremacia sobre los demás reinos. Hasta solicitó el título de patricio de Italia del emperador Zenon, quien, como á un usurpador, se lo negó arrogantemente.

---

(1) BOLLANDISTAS, *Ad 8 jan.*—EUGIPIUS, *Vita sancti Severini* en PEZ, *Script. rerum austriacarum*, t. I.

(2) Llámanle los historiadores rey de los hérulos, quizá porque los guerreros de esta nacion se contaban en mayor número, que los demás en sus bandas. JORNANDES, *De rebus geticis*, cap. 37 y la *Hist. misc.* XV, pág. 101, le califica de rey de los rugios y de los turcilingios. En el gabinete de Viena hay medallas suyas, con la inscripcion de FL. ODOVAC.

Teniendo á sus órdenes Odoacro respetables fuerzas puso la Italia á cubierto de nuevas invasiones. A fin de consolidar su autoridad y para castigar á los asesinos de Julio Nepote avasalló á la Dalmacia. Un odio personal, ó quizá el deseo de mantener libres las comunicaciones entre la Italia y la Iliria, le determinó á hacer la guerra á los rugios (487) establecidos en la orilla izquierda del Danubio, en los paises que componen actualmente el Austria y la Moravia; abandonando su territorio á quien de él queria hacerse dueño, llevó consigo prisionero á Italia á Feleteo, su último monarca, con muchos de los suyos. Eurico, rey de los visigodos, fué confirmado por él en la posesion de la parte de la Galia que habia ocupado en tiempo de Julio Nepote, añadiendo á esto la Auvernia y la Provenza Meridional. Odoacro celebró alianza con este príncipe y con Hunerico, rey de los vándalos, quien le cedió la Sicilia mediante un tributo anual.

Al que conozca el influjo que ejercen las almas dulces y meditabundas sobre los caractéres vigorosos, no le costará trabajo creer que las palabras del piadoso ermitaño de Viena suavizaron al feroz aventurero y ahorraron algunos dolores á los antiguos italianos. Aunque Odoacro era arriano respetó á los obispos y á los sacerdotes católicos: prohibió al clero vender los bienes de la Iglesia, á fin de que no fuera puesta á contribucion la devocion de los fieles, para proporcionarle otros nuevos. Pero de todos modos era un conquistador y ¡ay de los vencidos! Poco se habia atendido á los campos en tiempo de los emperadores, poniendo las liberalidades imperiales el trigo en el mercado á un precio en que la industria particular no podia sostener la competencia. De consiguiente se habian poblado los inmensos dominios de numerosos rebaños, como todavia se ven actualmente en la campiña de Roma, bajo la custodia poca dispendiosa de pastores esclavos: apoderándose los invasores de unos y de otros, no dejaron en parte alguna más que la desolacion y el hambre. Apenas se encontraban hombres en las más florecientes provincias (3). Acostumbrada la plebe á vivir de las liberalidades públicas ó de las de los patronos, habiendo perecido estos y caido en desuso aquellas, moria después de una prolongada miseria, ó emigraba.

Odoacro tomó la tercera parte de las tierras para sus compañeros; pero no por eso se pobló el pais nuevamente, y los campos que quedaron baldios, no fueron dedicados otra vez al cultivo, como lo han soñado algunos: es más probable que los propietarios del suelo fueran despojados violentamente de la mejor parte de sus bienes. Además, nadie podia vivir con sosiego en el nuevo Estado, donde faltaba toda armonia nacional, y del que la fuerza era único fundamento. Se podia preveer que aquella dominacion se prolongaria muy poco, y que si el italiano desmontaba algun rincon de terreno, no tardarian otros bárbaros en llegar allí á sacar provecho de sus sudores.

Ostrogodos.—Teodorico.—Y así sucedió en efecto. Por aquel tiempo Teodorico, rey de los ostrogodos, no pudiendo permanecer en sosiego, ni queriendo ponerse á sueldo de los emperadores para hacer la guerra á sus compatriotas, ofreció á Zenon dirigirse á Italia, y recuperarla de los bárbaros para regirla á su nombre y con gloria del Senado (pág. 44). Su proposicion fué bien recibida. A la noticia de una espedicion que iba á realizarse bajo las órdenes de un capitan de tanta nombradia, acudieron en tropel los ostrogodos (488). Pusiéronse en marcha á mediados de invierno, con bestias, mujeres, niños, ancianos y bagajes, graves impedimentos para la guerra, aunque aparato necesario para gentes que buscaban una patria más bien que una conquista. De esta suerte recorrieron una distancia de setecientas millas, dirigiéndose hácia los Alpes Julios, y alegando por pretesto de su invasion la defensa del imperio romano (4). Llevábanse consigo todos los restos de las demás hordas que encontraban en el camino. Se puede calcular la masa que se habia formado, si se piensa que en el Epiro en una sola accion perdieron dos mil carros. Suministrábanles los necesarios víveres para su sustento las contribuciones que imponian tanto á los que se mostraban sumisos como á los que oponian resistencia, el producto de la caza, la leche y la carne de sus rebaños, el grano que molian las mujeres en portátiles molinos.

Odoacro procuró oponer á aquella inundacion amenazadora socorros extranjeros: pidióselos, en su consecuencia, á los búlgaros, á los gépidos, á los sármatas, errantes en los desiertos de la Dacia, populosa en otro tiempo; saliéndoles en seguida al encuentro en las últimas playas del Adriático. Pero á pesar de que se encontraba á la cabeza de fuerzas más numerosas y mandando muchos *reyes*, fué batido junto al Isonzo (489), no lejos de las ruinas de Aquilea. Hallóse Teodorico embarazado en sus operaciones por los borgoñones que habian descendido los Alpes con la mira del saqueo; pero acudiendo á su llamamiento los visigodos desde Francia hicieron levantar el sitio de Pavia, en donde estaba cercado. Bajando entonces á las llanuras de Verona, sucedióse una decisiva batalla con Odoacro. El héroe amalo, habiéndose hecho adornar y vestir por su madre y su mujer con ricos

(3) *Æmilia, Tuscia, cæteræque provinciæ in quibus hominum pene nullus existit.* El papa Gelasio, *ep. ad Andromachum*, ap. BARONIO, *ad an.* 496, n. 36.

(4) ENNODIO, *Paneg. Teod. Migrante tecum ad Ausoniam mundo sumpta sunt plaustra vice tectorum, et in domos stabiles confluxerunt, omnia servitura necessitati. Tunc arma Cereris, et solventia frumentum bobus saxa trahebantur, oneratæ fœtibus matres inter familias tuas, oblitæ sexus et ponderis, parandi victus cura laborant.*

trajes que ellas mismas habian tejido, se lanzó á la pelea (490); pero ya los godos huian cobardemente cuando la madre del general, saliéndoles al encuentro y vituperándoles su debilidad, les hizo que volviesen á la carga y que alcanzasen la victoria.

Refugióse Odoacro en Rávena, plaza inespugnable por sus fortificaciones y por su proximidad al mar, en donde permaneció tres años. La mediacion del obispo le hizo obtener un tratado que le aseguraba la vida y participar de la autoridad con Teodorico. Pero faltando éste á su palabra, al cabo de algunos meses le dió la muerte (493), é hizo degollar á los mercenarios que habian derrocado el trono de Augusto, sin olvidarse, segun costumbre, de acusar de traicion á aquel que habia sido víctima de ella.

Relaciones con el imperio.—Sometióse la Italia á su fortuna desde los Alpes hasta el Estrecho; haciéndole donacion los embajadores vándalos de la Sicilia, y acogiéndole el pueblo y el Senado como á un libertador, lisonja á que se hallaban habituados los italianos. Estaba concebido en términos tan ambiguos su convenio con el emperador, que no aclaraba el punto de si debia conservar la Italia como vasallo ó como aliado; en su consecuencia reclamó de Constantinopla las alhajas de la corona que Odoacro habia hecho conducir allí, y al concedérselas Anastasio pareció investirle con la soberanía. Si á pesar de esto pudo el orgullo imperial considerarle como un lugarteniente, se sentia él con las prerogativas de soberano, y así gobernó la Italia (5).

Verdad es que trató desde un principio de conservar la amistad de los emperadores, dedicándoles epígrafes honoríficos (6), y dejando que circulasen las monedas con su efigie; les escribia: «He aprendido en vuestro Estado el modo de gobernar á los con justicia: lo mismo que el medio de evitar entre romanos los dos imperios penosas divisiones, y que la misma voluntad y el mismo pensamiento los dirija.» (7) Sin embargo, apercibiéndose Anastasio de que estas no eran más que esterioridades, rompió con él y envió á la Dacia al valiente Sabiniano á la cabeza de diez mil romanos (8) y de gran número de búlgaros. Pero habiéndole irritado estremadamente su derrota en las orillas del Margo, envió doscientas naves con ocho mil hombres para talar las costas de la Apulia y de la Calabria. Después de haber destruido á Tarento y arruinado el comercio de Italia, volvio aquella escuadra orgullosaen virtud de una victoria sin honor á llevar al déspota de Bizancio el fruto de sus piraterias.

Habiendo equipado Teodorico mil buques ligeros, quitó á los emperadores toda eventualidad de atacarle, sin que por eso dejara de darle el título de padre y hasta de soberano (9). Concediendo á Anastasio la preeminencia á que aspiraba él mismo respecto de los demás reyes, se entendia con él para la eleccion del cónsul de Occidente, segun era de costumbre en tiempo del imperio.

Relaciones con los bárbaros.—Venturosas guerras le hicieron estender su dominacion sobre la Retia, la Nórica, la Dalmacia, la Panonia: tuvo por tributarios á los bávaros, y bajo su proteccion á los alemanes. Dominó á los gépidos que se habian establecido en medio de las ruinas de Sirmio, y distribuyó en colonias bien situadas á los suevos, á los hérulos y á otros pueblos que solicitaron vivir bajo

---

(5) Véanse CASIODORO, *Chronicon*, y sobre todo *Variarum libri*, XII, edicion de Garet. Ruan, 1679 y Venecia, 1729. Es lástima que Escipion Maffei no hubiese ejecutado la edicion con comentarios que ofreció.

JORNANDES, *De rebus geticis*.

ENNODIO, *Panegyr Theodorici*.

PROCOPIO, *De bello gothico*, lib. IV.

ISIDORI HISPALENSIS, *Chronicon goth*.

Anonymi Cronicon, llamado Valesiano á causa de Valois que lo publicó en Paris en 1681 á continuacion de Amiano Marcelino.

Historia miscella, lib. XIV, en la coleccion de Muratori. Parece escrita en el año de 700.

COCLÆI.—*Vita Theodorici; ed. Jo. Peringskiold.* Stokolmo, 1699, con otras dos vidas antiguas, pero de poca importancia.

MURATORI, *Annali*, *Rerum italic. scrip.*; y *Antiquitates medii ævi*, que citó una vez por todas.

SARTORIUS.—*Ensayo sobre el estado civil y político de los pueblos de Italia bajo la dominacion de los godos.* Paris, 1811. Obra coronada por el Instituto, pero que parece sacada toda entera de las hermosas introducciones á la *Historia de Como* de JOSÉ ROVELLI.

HURTER.—*Gesch. des ostrogothischen Königs Theodorich und seiner Regierung.* Schaffhansen, 1808.

MANSO.—*Gesch, des ostrogothisch. Reichs in Italien.* Breslau, 1814. *Uebersicht der Staats-Aemter und Verwaltungs-Behörden unter den Ostgothen.* Id., 1823.

DAHN, *Die Könige der Germanen.*

Con el nombre de *Amalung Dietrich von Bern*, esto es, Teodorico Amalo de Verona, es celebrado Teodorico en el *Heldenbuch* ó libro de los héroes, poema aleman del siglo XIII.

(6) Banduri, *Numism. imp. rom.*, II, 601, ha publicado esta inscripcion: SALVIS DOMINO NOSTRO ZENONE AVGVSTO ET GLORIOSISIMO REGE THEODORICO.

(7) *Et nos maxime qui, divino auxilio, in republica vestra didicimus quemadmodum Romanis æquabiliter imperare possimus, regnum nostrum imitatio vestra est, forma boni propositi, unici exemplar imperii, qui, quantum vos sequimur, tantum gentes alias anteimus... Pati vos non credimus inter utrasque respublicas, quarum semper unum corpus sub antiquis principibus fuisse declaratur, aliquid discordiæ permanere... Romani regni unum velle, una semper opinio sit.* Var. I, 1.

(8) Ya se habrán apercibido los lectores de que la palabra *romano* tenia una significacion nueva, señalando ya á todos aquellos que no eran bárbaros, ya se tratase de los súbditos del imperio de Oriente, ya de los vencidos de Occidente. De esta suerte llamaron los turcos *Romania* á la última provincia que quedó á los emperadores y *romeos*, *romilos* á los griegos avasallados.

(9) CASIODORO, *Var.* muchas veces.

sus leyes. Habiendo ocupado Clodoveo, rey de los francos, algunas provincias de los visigodos, al norte de los Pirineos, después de haber dado muerte en una batalla á su rey Alarico II, Teodorico le obligó á levantar el sitio de Arlés, y se apoderó de aquella comarca, así como de la Primera Narbonense: abriéndose de este modo comunicaciones con la España, donde consolidó la dominacion de Amalarico, su nieto ó su pupilo, ó más bien la suya propia. De consiguiente, se hallaba restablecida la prefectura pretoriana en las Galias, y habiéndose reunido los visigodos á los ostrogodos después de una separacion prolongada, se dilató el poder de los godos desde los montes Macedónicos hasta Gibraltar, desde la Sicilia hasta el Danubio, abarcando así las mejores provincias del antiguo imperio de Occidente.

Los príncipes vecinos, á quienes aquel rápido engrandecimiento habia hecho temblar por sus nuevos reinos, viendo á Teodorico poner coto á su ambicion y deponer en toda la lozania de la edad su victoriosa espada, se dedicaron á considerarle con confiado respeto, y á sugestion suya empezaron á establecer en sus Estados una especie de organizacion pacífica y civil. Adoptó militarmente al hijo del rey de los hérulos: casó á su hermana Amalafreda con Trasimundo, rey de los vándalos; á su sobrina Amalaberga con Hermanfrido, jefe de los turingios; á Ostgota, su hija, con Segismundo, hijo del rey de los borgoñones; á su otra hija Teodegota, con Alarico II, rey de los visigodos; y él contrajo matrimonio con Andefleda, hermana del rey franco Clodoveo. Envió á este último un músico; á Gundebaldo, rey de los borgoñones, un reloj solar y otro de agua. Un príncipe de la Escandinavia, desposeido, se refugió á su lado: otros le ofrecian caballos y armas, ó le enviaban de la península gótica, de donde era oriundo, pieles de marta cebellina. Por último, hasta los estonios le dirigian en tributo el ámbar recogido en las orillas del Báltico.

Relaciones con los italianos.—Teodorico empezó su reinado en Italia como los demás bárbaros, repartiendo entre los suyos la tercera parte de las tierras conquistadas, sobre las cuales se derramaron con el título de huéspedes y los hechos de señores. Habia otorgado por una ley entera libertad á todos los que le habian secundado en la conquista; pero los que habian permanecido fieles á Odoacro no podian testar ni disponer de sus bienes. Oidas fueron las quejas, á que dió márgen este castigo por Epifanio, obispo de Pavia, quien se dirigió á Rávena en calidad de intercesor suyo, juntamente con Lorenzo, obispo de Milan. Teodorico acogió su demanda, esceptuando solamente á algunos jefes, y después dijo á Epifanio: «Bien veis la desolacion en que se halla la Italia, á la que los borgoñones han robado sus habitantes. Quiero rescatarlos, y no veo obispo más capaz que vos para desempeñar este encargo. Marchad, y se os proveerá del dinero necesario al efecto.»

Presentóse en Lion Epifanio con Victor, obispo de Turin, y alcanzó del rey Gundebaldo la promesa de que no se pagaria rescate sino respecto de los prisioneros hechos con las armas en la mano. La fausta nueva de su próxima libertad vino á reanimar el decaido ánimo de muchos desgraciados que gemian en la Galia; partiendo en un solo dia de Lion cuatrocientos de estos y seis mil sin rescate. Godegisildo, rey de Ginebra, concedió este mismo favor á Ennodio. La caridad gala vino en ayuda de las miserias italianas. Proporcionó Siagrio el dinero que faltaba para la redencion de los cautivos, dando así mismo gracias el papa á Rusticio, obispo de Lion, como tambien á Eonio de Arlés, por los subsidios que habian enviado á Italia (10). Acogido Epifanio en todas partes con bendiciones, coronó su obra obteniendo de Teodorico que devolviera sus bienes á todos aquellos que entraban de nuevo en sus hogares.

¿Pero cuál era la suerte de los italianos bajo el imperio de este nuevo soberano? Deplorable, contesta el pueblo, que comprendia en el nombre de godo todo cuanto hay de barbarie, de ignorancia y de envilecimiento de las ideas y de la existencia. Los sabios, por el contrario, han querido hacer de Teodorico un príncipe envidiable aún en los siglos modernos, y de su reinado uno de los más prósperos ó de los menos dolorosos para Italia. Ambas opiniones son exageradas.

Cítanse los beneficios de Teodorico en un panegírico pronunciado por Eunodio á presencia del mismo héroe, con el fin de darle gracias ó apaciguarle; lo mismo que en las cartas de Casiodoro, su secretario, que redactó en su nombre con una elegancia bárbara pomposos decretos, lisongeando al príncipe, manifestando el beneficio que resulta de obedecerle, la prosperidad de que sus súbditos le eran deudores y su reconocimiento hácia él: autoridades sospechosas que dificultan la justa apreciacion de los hechos. Teodorico tuvo, sin embargo, el mérito de haber proporcionado á la península treinta y tres años de paz; alivio grande para un pais, aún bajo un mal gobierno. Por lo tanto desconoce la historia aquel que se figure, que ya los godos ú otros bárbaros se mezclaron como iguales, á la poblacion italiana. Separábanles el idioma, los usos y las creencias; no conociendo el godo más ejercicio que el de las armas, insultaba á las escuelas de literatura: henchido el débil romano del miserable orgullo de lo pasado, se vengaba de su humillacion, tratando de bárbaros á aquellos á quienes tenia por señores; y si bien estos adop-

---

(10) *Vida de Epif. Concil*, t. IV.

(11) Teodorico abandonó el traje nacional por la púrpura, pero Muratori afirma gratuitamente que *indujo á los godos á imitarle*. En el anónimo de Valois se queja Teodorico de que *Romanus miser imitatur Gothum et utilis Gothus* (este es el rico) *imitatur Romanum*.

taron, en efecto, algunos usos de los vencidos (11), y los gobernantes manifestaron el deseo de ver efectuarse la fusion de las razas (12), jamás pudieron conseguirlo. Si la historia se hubiera dignado ocuparse de los vencidos, hubiera registrado las protestas sangrientas hechas de vez en cuando por estos contra los conquistadores (13).

Administracion.—Continuaron los impuestos lo mismo que en tiempo de los romanos, es decir, siendo enormes, y como un manantial de abusos para los magistrados; pero estaban sujetas á ellos todas las tierras, tanto las de los godos como las de los romanos, sin esceptuar siquiera los dominios reales (14). Fué conservada la administracion municipal á los nacionales, solo el rey nombraba á los decuriones. Magistrados del pais administraron justicia á sus conciudadanos, velaron por la policía, repartieron y recaudaron los impuestos que señalaba á cada comunidad el prefecto del pretorio (15). Los magistrados eran comunes á los godos y á los romanos, á escepcion del *grafion* ó conde, que mandaba á los godos durante la guerra, y durante la paz fallaba sobre sus litigios, asociándose un jurisconsulto romano cuando la cuestion era entre un romano y un godo (16). Las quince regiones de Italia fueron regidas por siete consulares, tres correctores, cinco prefectos, segun las formas de la jurisprudencia romana. Recibieron las provincias fronterizas un duque y fueron fortificadas contra nuevos ataques. Todavia poseemos una série de *fórmulas*, ó si se quiere despachos de empleos, en los que se esplicaban al nombrado los deberes que le eran impuestos, con exhortacion de desempeñarlos bien; pero las luces que de aquí podrian sacarse se hallan oscurecidas por las flores de retórica con que plugo á Casiodoro sobrecargarlas. A lo menos puede allí encontrarse la corta duracion de los empleos y el modo con que se pasaba de los más altos á los más ínfimos con detrimento de la buena administracion (17).

---

(12) *Cum se homines soleant de vicinitate collidere, istis prædiorum communio causam noscitur præstitisse concordiæ; sic enim contigit, ut utraque natio, dum communiter vivit, ad unum velle convenerit... Una lex illos et æquabilis disciplina complectitur. Necesse est enim ut inter eos suaviter crescat affectus, qui servan jugiter terminos constitutos.* Teodorico, en CASIODORO, *Var.* II, 15, 16. Frases de retórico. Los turcos han vivido muchos siglos entre los griegos sin que broten dulces afectos en sus corazones.

(13) Algo se trasluce en la carta de Teodorico al senador Sunivado: *ut petat Samnium, jurgia Romanorum cum Gothis compositurus.* Var. III, 13.

(14) *Variarum* I, 19; IV, 4; XII, 5.

(15) Casiodoro alude al *curialis*, al *defensor*, al *curator*, al *quinquennalis*, etc.

(16) *Var.* VIII, 3; III, 13, 14, 15. *Necessarium duximus illum sublimem virum ad vos comitem destinare, qui secundum edicta nostra, inter duos Gothos litem debeat amputare; quod si etiam inter Gothum et Romanum natum fuerit fortasse negotium, adhibito sibi prudente Romano, certamen possit æquabili ratione discingere. Inter duos autem Romanos, Romani audiant, quos per provincias dirigimus cognitores. Scitote autem unam nobis in omnibus æquabiliter esse charitatem.* VII, 3.

(17) Apuntaremos aquí una de esas fórmulas, que demuestra el énfasis de Casiodoro, y que quizá no carece de interés ahora:

Inter utilissimas artes, quas ad sustentandam humanæ fragilitatis indigentiam divini tribuerunt, nulla prestare videtur aliquid simile, quam quod potest auxiliaris medicina conferre. Ipsa enim morbo periclitantibus materna gratia semper assistit. Ipsa contra dolores pro nostra imbecillitate confligit: et ibi nos nititur sublevare, ubi nullæ divitiæ, nulla potest dignitas subvenire. Causarum periti palmares habentur, cum magna negotia defenderint singulorum; sed quanto gloriosius expellere, quod mortem videbatur inferre, et salutem periclitanti reddere, de qua coactus fuerat desperare! Ars, quæ in homine plus invenit, quam in se ipse cognoscit, periclitantia confirmat, quassata corroborat, et futurorum præscia, valetudini non cedit, cum se æger præsenti debilitate turbaverit: amplius intelligens, quam videtur: plus credens actioni, quam oculis: ut ab ignorantibus pene præsagium putetur quod ratione colligitur. Huic peritiæ deesse judicem, nonne humanarum rerum probatur oblivio? Et cum lascivæ voluptates recipiant tribunum, hoc non meretur habere primarium? Habeant itaque sospitatem. Sciant se huic reddere rationem, qui operandam suscipiunt humanam salutem. Non quod ad casum fecerit, sed quod legerit, ars dicatur: alioqui periculis potius exponimur, si vagis voluntatibus subjacemus. Unde si hæsitandum fuerit, mox quæratur. Obscura nimis est hominum salus, temperies ex contrariis humoribus constans, ubi quidquid horum excreverit, ad infirmitatem protinus corpus adducit. Hic est, quod sicut aptis civis valetudo fessa recreatur, sic venenum est quod incompetenter accipitur. Habeantur itaque medici pro incolumitate omnium: et post scholas magistrum vacent, libris delectentur antiquis Nullus justius assidue legit, quam qui de humana salute tractaverit. Deponite, medendi artifices, noxias ægrotantium contentiones ut cum vobis non vultis cedere, inventa vestra invicem videamini dissipare. Habetis quem sine invidia interrogare possitis. Omnis prudens consilium quærit: dum ille magis studiosior agnoscitur, qui cautior frequenti interrogatione monstratur. In ipsis quippe artis hujus initiis quodam sacerdotii genere sacramenta vos consecrant. Doctoribus enim vestris permittitis odisse nequitiam, et amare puritatem. Sic vobis liberum non est sponte delinquere, quibus ante momenta scientiæ animas imponitur obligare. Et ideo diligentius exquirite, quæ curent saucios, corroborent imbecilles. Nam videro, si quod delictum lapsus excuset. Homicidii crimen est in hominis salute peccare. Sed credimus jam ista sufficere, quando facimus, qui vos debeat admonere. Quapropter a præsenti tempore comitivæ Archiatrorum honore decorare, ut inter salutis magistros solus habearis eximius, et omnes judicio tuo cedant, qui se ambitu mutuæ contentionis excruciant. Esto arbiter artis egregiæ, eorumque discinge conflictus, quos judicare solus solebat effectus. In ipsis ægros curas, si contentiones noxias prudenter abscidis. Magnum munus est subditos habere prudentes; et inter illos honorabilem fieri quos reverentur cæteri. Visitatio tua sospita sit ægrotantium, refectio debilium, spes certa fessorum. Requirant rudes, quos visitant, ægrotantes, si dolor cessavit, si somnus affuerit. De suo vero languore te ægrotus interroget, audiatque a te verius, quod ipse patitur. Habetis et vos certe verissimos testes, quos interrogare possitis. Perito siquidem Archiatro venarum pulsus enunciat, quid intus natura patiatur. Offeruntur etiam oculis urinæ, ut facilius

Al conservar á esta las formas romanas, debió Teodorico servirse de ministros nacionales, y tuvo la felicidad de elegir bien, consiguiendo tambien el mérito de no temer verse eclipsado por hombres que le eran superiores en conocimientos. Confirió á Laberio la prefectura del pretorio, á pesar de la fidelidad que habia manifestado á Odoacro; tuvo por amigo á Simaco, cuya erudicion era notable para su tiempo; así mismo á Casiodoro, teólogo, historiador y hombre de Estado, y á Boecio, últimos escritores romanos. Estuvieron contínuamente estos últimos empleados por el rey godo, no dejando de contribuir á ocultar á los ojos de los contemporáneos, como tambien á los de la posteridad, el reinado de un bárbaro.

Ellos fueron los que redactaron el *Edicto* promulgado por Teodorico, sobre las *numerosas quejas* presentadas ante él contra los que en las provincias despreciaban las leyes; debió igualmente haber sido observado por los bárbaros y los romanos, *escepto el respeto debido al derecho público y á las leyes de cada uno*. Los cincuenta y cuatro artículos de que se compone, y á los cuales añadió Atalarico doce, relativos al derecho criminal y al procedimiento, contienen pocas disposiciones civiles; sacados los demás del código Teodosiano no derogaban las costumbres de los godos (18), ni tampoco la jurisdiccion de sus condes. ¿Cómo podia componerse esto con la igualdad decretada? Esto es lo que ignoramos.

Parecia que el rey era el único legislador, puesto que no se ven huellas de aquellas asambleas nacionales, las que, sin embargo, eran comunes á todos los pueblos germánicos. Un consejo de Estado, que residia en Rávena, discutia los actos de la autoridad suprema, que enseguida se comunicaban al senado de Roma. Este cuerpo degenerado podia enorgullecerse cuando el rey le dirigió sus decretos redactados en forma de senado-consultos, y le decia: «Deseamos, padres conscriptos, que el genio de la libertad lance una benéfica mirada á vuestra asamblea;» mas en realidad solo podia contestar con cumplimientos, y decir que sí.

Adviértese á través de las ambiciosas sentencias del legislador (19) y de las declamaciones de Casiodoro, que el respeto hácia las leyes romanas (20) solo era una máscara, ó una ilusion patriótica del redactor. Por lo demás, todo lleva el sello de disposiciones instantáneas y transitorias indicando la buena voluntad del rey, y no la aptitud ó el poder para hacerlas ejecutar, como tampoco miras generales, ni grandes proyectos. Manda Teodorico que la justicia sea pronta, sin ser precipitada, y no se haga caso de la categoria ni del nacimiento; odia á los delatores, y á aquellos millares de *curiosos* (21) que más bien servian en tiempo de los emperadores romanos para turbar la tranquilidad privada, espiando los pasos de cada uno, que para garantizar la seguridad pública. Desea que el pueblo goce del bienestar, y que se le alimente en los tiempos de miseria: de esta manera parece que es el reinado de felicidad. De otra muy distinta nos lo manifiesta la historia, dando Teodorico fe al espionaje hasta contra sus amigos mas queridos; encontrando motivos para hacer pesar sobre la mejorada agricultura impuestos gravosos y castigando de esta manera la industria (22). Dice que los débiles se vieron precisados á invocar, contra los poderosos el brazo militar de los sajones (23); que la avaricia de los magistrados y el favor del príncipe corrompieron la justicia (24); señala la frecuencia de la invasion violenta de las propiedades, del homicidio, del adulterio, de la poligamia, del concubinato, de los fraudes cometidos con ayuda de los rescriptos subrepticios, de las donaciones arrancadas por las amenazas, de litigios prolongados por apelaciones sin fin, puesto que fueron considerados como delitos frecuentes y por lo mismo conminados con muchas penas (25). Afirma un anónimo contemporáneo que se podian dejar las puertas abiertas y abandonar el dinero en los campos; pero las mismas cartas de Casiodoro manifiestan que las violencias y robos no eran escasos, una prueba más de cuán útil es colocar los hechos en parangon con las alabanzas dirigidas á los reyes.

Entre los delitos, castigábase el crímen de felonia con la pena capital y la confiscacion de bienes; los jefes de los rebeldes y calumniadores eran

---

sit vocem clamantis non advertere, quam hujusmodi minime signa sentire. Indulge tu quoque palatio nostro: habeto fiduciam ingrediendi, quæ magis solet pretiis comparari. Nam licet alii subjecto jure serviant, tu rerum dominos studio præstanti observa. Fas est tibi nos fatigare jejuniis: fas est contra nostrum sentire desiderium; et in locum beneficii dictare, quod nos ad gaudia salutis excruciet. Talem tibi denique licentiam nostri esse cognoscis, qualem nos habere non probamus in cæteros.

(18) Parece que los godos tenian leyes consuetudinarias escritas á las que llamaban *bellagines* (de *beleg.* que significa documento); *quas usque bellagines nuncupant.* JORNANDES, 34, 35.

(19) Pudiera hacerse de ellos un curioso cotejo con los preámbulos paternales de los *hattiscerifs* promulgados por el actual Gran Señor para mejorar la condicion de su pueblo, y que no prueban tal vez, más que sus buenas intenciones.

(20) *Jura veterum ad nostram cupimus reverentiam custodiri.—Delectamur jure romano vivere.—Reverenda legum antiquitas.—Secundum legum veterum constituta.*

(21) *Is qui, quasi specie utilitatis publicæ, ut si necessaria faciat, delator existat, quem tamen nos execrari omnino profitemur.* Edit. 35.

(22) *Ibi potest census addi, ubi cultura profecerit. Variarum* IV, 38. En la 10 del IX, dice que el impuesto se aumentó, porque *longa quies et culturam agris præstitit et populos ampliavit.*

(23) *Variarum* VII, 42.

(24) Id. VI, 7; IX, 24.

(25) Id. IV, 18, 19.

quemados vivos. Castigaban tambien con la muerte la magia, la idolatría, la violacion de los sepulcros, el rapto de una mujer ó de una doncella de condicion libre, la falsificacion de una escritura, la de los pesos y medidas, la venalidad del juez, el robo de los animales; los abusos de autoridad y el testimonio falso producian el destierro: incurria el acusador en la pena debida al acusado en caso de ser condenado si conseguia disculparse.

En la parte civil, los romanos acudian en apelacion al vicario de Roma y ante el prefecto de la capital del distrito en las ocho provincias de la Baja Italia. Existia además apelacion de su fallo ante el prefecto del pretorio, después ante el rey en persona, lo cual producia innumerables intrigas y gastos.

Con objeto de poblar de nuevo las desiertas campiñas de Italia, llamó Teodorico á los romanos refugiados en la Nórica; rescató á los prisioneros, trasladó esclavos y consiguió de esta manera reanimar algo la agricultura. Desaguó Decio los pantanos Pontinos; y Domicio los de Espoleto (26); y la Italia vió sus géneros llegar á un precio tan bajo (27), que pudo llevarlos fuera. Denomina Ennodio, á la Liguria, madre de mieses humanas, acostumbrada á una numerosa progenie de agricultores (28). Hacian la recoleccion del vino para la mesa real en los alrededores de Verona, y Casiodoro no es escaso en elogios á este licor, al cual, dice, nada tiene la Grecia que comparar, aunque es cierto que compone sus vinos con olores y sustancias marinas (29). Estraíanse los mármoles y metales por cuenta del rey, y abrióse una mina de oro en la Calabria (30).

Fué el primer rey bárbaro que confió el mando del ejército á un general. Solo los godos llevaban las armas, y Teodorico daba el parabien por ello á los romanos, como un privilegio que les concedia, al paso que en realidad no era más que el desarme receloso del pais segun la costumbre de los bárbaros. Multiplicáronse los godos bajo el suave cielo de la Italia, hasta el punto de poder llegar á poner en poco tiempo doscientos mil guerreros sobre las armas, sujetos al servicio militar por razon de las tierras que poseian en feudo, sin recibir ningun sueldo. Era, pues, la Italia un campo siempre dispuesto para la guerra: al primer llamamiento, los godos provistos de armas y víveres por el prefecto del pretorio, acudian á colocarse alrededor de su rey y guarnecian las fronteras ó se adelantaban contra el enemigo. Con objeto de tener tambien una buena marina para la defensa de las costas, dispuso Teodorico comprar pinos y cipreses en toda la Italia, principalmente en las frondosas orillas del Pó, dejar libre el Mincio, el Oglio, el Serquio, el Arno y el Tíber de las pesquerias que le estorbaban, para no impedir el paso al bajar las maderas y los barcos (31).

Sin que creamos que el nombre de godos signifique buenos (32), varios hechos manifiestan su rigurosa disciplina, lo cual no deja de ser mérito en partidas armadas. Cuando Teodorico venció á los griegos cerca del Margo, no habiendo dado la señal para el saqueo, ninguno de los suyos tocó á los ricos despojos del enemigo. Habiéndose apoderado después Totila de Nápoles, no tan solo la preservó de las violencias que el derecho cruel de la guerra autoriza entre las naciones civilizadas, sino que hizo distribuir á los habitantes debilitados por las largas privaciones, víveres en pequeñas cantidades para que no les dañase, después del largo tiempo que habian pasado sin comer (33).

Los reyes, completamente ignorantes, publicaban en latin sus leyes y las epístolas que dirigian á sus súbditos ó á otros príncipes, valiéndose para ello de sectarios romanos, y dejando que los embajadores esplicasen después con más extension el asúnto en el idioma nacional (34). No sabia es-

---

(26) Véase para los pantanos de Espoleto, *Variarum* II, 32, 33. Una inscripcion olvidada cerca de la iglesia de Terracina, conserva el recuerdo de otros desagües:

DN. GLRMVS ADQ INCLYT RES THEODORICVS VICT AC TRIVMF SEMPER AVG BONO RP NATVS CVSTOS LIBTIS ET PROPAGATOR ROM NOM DOMITOR GTIVM DECENNOVII VIÆ APPIÆ ID E A TRIP VSQ TARIC IT LOCA QVÆ CONFLVENTIB AB VTRAQ PARTE PALVD PER OMN RETRO PRINCIP INVNDAVERANT VSVI PVBCO ET SECVRITATI VIANTIVM ADMIRANDA PROPITIO DEO FELICITE RESTITVIT OPERI INIVNCTO NAVITER ISVDANTE ADQ CLEMENTISSIMI PRINCIP FELIC DESERVIENT PRÆCONII EX PROSAPIÆ DECIORVM CÆC MAV BASILIO DECIO VC ET INL EX PV EX PPO EX COVS ORT PAT QVI AD PERPETVANDAM TANTI DOMINI GLORIAM PER PLVRIMOS QVI ANTE NON ALBEOS DEDVCTA IN MARE AQVA IGNOTÆ ATAVIS ET NIMIS ANTIQ REDDIDIT SICCITATI.

(27) En tiempo de Teodorico se pagaba un sueldo de oro por sesenta modios de trigo y treinta ánforas de vino. Dice Valesiano que el precio de los víveres se habia disminuido en un tercio; de manera, que en tiempos de carestia, se compraban veinte y cinco modios de trigo por un sueldo de oro, mientras que en el mercado costaban solo diez. En una carestia, Casiodoro escribia á Dacio, obispo de Milan, para que hiciese distribuir un tercio de la harina que habia en los graneros de Pavia y Tortona, recomendándole que la diese á los más necesitados por un sueldo cada medida.—Esto esplica tal vez los mencionados veinte y cinco modios.

(28) *Vita sancti Epiphanii.*

(29) *Variarum* XII, 4. Es el vino santo; pues dice que la uva que se coge al fin del otoño, se cuelga ó deposita en vasos hechos á propósito; luego se prensa en diciembre, de suerte, que por medio de este admirable procedimiento, se tiene vino nuevo cuando principia ya á ser viejo.

(30) *Variarum* IX, 3.

(31) *Variarum* V, 17.

(32) De *gut*, bueno. Hugo Grocio en su *Historia de los godos*, ha reunido todos los pasajes que los elogian, mal medio de averiguar la verdad.

(33) PROCOPIO, *De bello gothico*, III, 8.

(34) *Reliqua per illum et illum* (como hoy se diria *por* N. N.) *legatos nostros patrio sermone mandamus.* Teodorico al rey de los hérulos.

cribir Teodorico, y para firmar se servia de una plancha de oro en la cual se encontraban recortadas las letras THEOD, cuyos contornos seguia su pluma. Complacíase, no obstante, en oir raciocinar sobre cosas instructivas (35), é hizo dar á sus hijas una educacion esmerada.

Manifestó respeto y condescendencia hácia el Senado y el pueblo romano; así, pues, cuando entró en esta ciudad, fué acogido con una pompa que podia traer á la memoria de un patriota los triunfos de los césares, y á la de una persona religiosa las magnificencias de la verdadera Jerusalen. El trigo de la Apulia, de la Calabria y de la Sicilia se distribuyó tambien allí al pueblo diezmado, que podia ver en el circo los combates de fieras, ó declararse á favor de los venetos y los praxinos y envanecerse de la admiracion que esperimentó el conquistador godo al contemplar el aspecto del foro de Trajano y del teatro de Pompeyo, la comodidad prodigiosa de los acueductos y de las cloacas, el gran número de estátuas arrebatadas á los vencidos y escapadas de los golpes de los vencedores. Por medio de edictos, de magistrados y de gastos, atendió á la conservacion de los monumentos antiguos, tanto en aquella como en las demás ciudades; agrandó con nuevos edificios á Pavia, Nápoles, Terracina, Espoleto y sobre todo á Verona, donde residia en tiempo de paz, y a Rávena (36) donde permanecia en tiempo de guerra. ¡Tan grande error padecen los que atribuyen á los godos la ruina de las bellas artes en Italia, ruina que empezó antes que ellos y que fué completada mucho después!

Este príncipe hizo reparar los caminos que atravesaban la Italia; daba cada año veinte y cinco mil ladrillos para la reparacion de los pórticos de de Roma; dió órden de que los mármoles esparcidos fuesen restituidos á los palacios de donde habian sido separados. Amenazó con castigos severos á los que ocultasen el cobre y el plomo de los edificios públicos, igualmente á los que hiciesen variar el curso de los acueductos; pensionó tambien á un africano que pretendia poseer el secreto de descubrir los manantiales.

Aunque arriano respetaba las creencias católicas; dió prueba de estimacion y confianza hácia el papa y los obispos, encargándoles misiones cerca de los otros reyes, ó en la corte del emperador. Acogia las quejas que los sacerdotes le dirigian en contra de sus ministros y socorria á los desgraciados por su mediacion.

Suministró mil cuarenta libras de plata para revestir la bóveda de la iglesia de San Pedro, á la que donó dos candelabros de plata con peso de setenta libras. Dió á Cesáreo, obispo de Arlés, una patena tambien de plata de peso de sesenta libras, además de 300 monedas de oro. Su madre profesaba la fe católica, y muchas personas de alta categoria se convirtieron á ella, sin perder por esto su afecto. Después de dos años de guerra civil, durante los cuales Simaco y Lorenzo se habian disputado la tiara, sometieron la decision de su disputa al juicio de Teodorico. Es verdad que no perdió de vistas las elecciones, temiendo que los papas favoreciesen a los emperadores con perjuicio suyo; y pretendia ejercer su jurisdiccion hasta sobre los eclesiásticos, sin embargo de que encargaba á los obispos la aplicacion de la pena.

No conservó hasta el fin esta moderacion ó esta indiferencia. Habiendo quitado Justiniano á los arrianos sus iglesias y la libertad de su culto, escluyéndolos de los empleos, Teodorico se creyó obligado á sostener á sus correligionarios; envió, pues, á Constantinopla (523) al papa Juan y á muchos obispos y senadores para amenazar al emperador con igual intolerancia en Occidente.

No habiendo podido el pontífice, ó tal vez querido inducir á Justiniano á que revocase sus medidas, fué aprisionado á su vuelta y murió en un calabozo. Entonces se desbordaron los odios, y el temor invadió el corazon de Teodorico; el temor, este castigo de los opresores; el temor que sugirió á los antiguos césares las tres cuartas partes de sus atrocidades, y que hacia estremecer á Cárlos IX al oscurecerse la noche del dia de San Bartolomé. Prohibió á los italianos el tener armas; no dejó á cada uno más que un cuchillo para los usos domésticos, y así el pueblo como el rey se creyó rodeado de emboscadas y espuesto á inminentes peligros (37).

Boecio.—Un nacimiento ilustre y un talento cultivado con los mejores estudios recomendaban á Boecio, que habia merecido la confianza de Teodorico hasta el punto de nombrarle cónsul, patricio, y por último, maestro de los oficios. Tambien sus dos hijos habian sido elevados al consulado, en edad todavia tierna, en medio de los arrebatos de júbilo del pueblo y las liberalidades del padre. Cuando Boecio fué ascendido al consulado, Ennodio, obispo de Pavia, le felicitó en la forma siguiente: «Me congratulo por el honor que se te

(35) El rey Atalarico escribia á Casiodoro. *Cum esset* (Teodorico) *publica cura vacuatus, sententias prudentum a suis famulis exigebat, ut factis propriis se æquaret antiquis. Stellarum cursus, maris sinus, fontium miracula, rimator acutissimus inquirebat, ut rerum naturis diligentius perscrutatis, quidam purpuratus videretur esse philosophus. Var.* IX, 24.

(36) Jornandes, que fué obispo de Rávena, á mediados del siglo VI, dice: que el puerto, que anteriormente podia contener 250 navios, fué cambiado en jardin, y la ciudad dividida en tres partes: la primera, más elevada, era Rávena propiamente dicha; la segunda, que encerraba el palacio imperial, se llamaba Cesárea; la tercera, designada con el nombre de Classe, estaba á tres millas de Rávena.

(37) La aprension de los italianos está expresada completamente en estas palabras de Boecio: *Rex avidus communis exitis (De Consol.*, lib. I), y en estas de Valesiano: *Rex dolum Romanis tendebat.*

ha conferido y rindo gracias á Dios por tu encumbramiento; no en razon de que hayas sido elevado sobre los demás hombres, sino porque lo mereces, y porque ese consulado no se ha concedido tanto á la ilustracion de tus mayores como á tus propias cualidades. El que le obtuviera por el primer motivo seria indigno de suceder al gran Escipion, porque la recompensa fuera dada, no á él, sino á sus abuelos. Debíase á tus virtudes más bien que á tu noble estirpe. Aquí no se ha derramado sangre, ni ha habido provincias avasalladas, ni pueblos reducidos á la servidumbre y arrastrados detrás del carro de triunfo, deplorable preludio para un empleo que tiene por objeto la conservacion y no la destruccion de los pueblos. Actualmente cuando Roma goza de una paz profunda, viniendo á ser la recompensa el premio del valor de nuestros vencedores, necesitan sus cónsules virtudes de otra naturaleza.»

De esta suerte asaltan las pasadas glorias la mente del obispo italiano, quien se consuela con la idea de nuevos destinos, apaciguando en su corazon el sentimiento cristiano la soberbia de los antiguos esplendores. Agradecido Boecio, aunque no servil, respecto del príncipe á quien debia su encumbramiento, habia sabido refrenar más de una vez su ímpetu y dulcificar su rigor: habia puesto coto á las rapiñas de los magistrados, y hecho menos penosa la condicion de los súbditos. No olvidando la nacion á que pertenecia, veíala con sentimiento bajo el extranjero yugo, especialmente cuando en los últimos tiempos le hizo la sospecha más pesado. Habiendo sido acusado el senador Albino de *esperar* la libertad romana, esclamó Boecio: «Si eso es delito, somos culpables yo y el Senado todo.»

Teodorico, que habia comprendido cuán peligroso era á su seguridad el Senado, envolvió entonces en la acusacion al mismo ministro. Se le imputó haber escrito, de acuerdo con Albino, una carta al emperador invitándole á restituir la libertad á Italia. En su consecuencia fué encerrado en una torre de Pavia, y el Senado sancionó el decreto de confiscacion y de muerte: «¡Ojalá, dijo Boecio, no se encuentre en ese Senado ninguno que sea culpable del delito que se me imputa!» y mientras aguardaba el instante de su suplicio escribió un libro titulado: *Consuelo de la filosofía*, en el cual la musa de Tíbulo y la elocuencia de Ciceron hicieron oir sus postreras armonías, bajo la inspiracion de las ideas cristianas. Platicando de su desgracia con la Filosofía, le dice: «En suma, si me preguntas de qué desafuero se me acusa, dicen que he querido que el Senado sea libre. Si te informas de qué modo, me imputan haber apartado á un delator del designio de revelar al rey una conspiracion urdida contra su persona para recuperar la libertad. ¿Qué me toca hacer, maestra mia? ¿Qué me aconsejas? ¿Negaré la culpa? ¿Y cómo he de hacerlo, puesto que realmente he deseado la libertad del Senado y jamás cesaré de desearla? ¿Confesaré, pues, que esto es verdad, negando, no obstante, haber detenido al espía? ¿Y podré nunca llamar crímen al deseo de la conservacion de esta asamblea? Ciertamente merecia que la tuviera en menos estimacion por las medidas que contra mí ha tomado; pero la impudencia del que se miente á sí propio, jamás conseguirá que lo que es laudable y bueno por su índole deje de serlo; y no reputo lícito ocultar la verdad, negando lo que es, ni mentir confesando lo que no es. Nada digo de las cartas que pretenden he escrito con la esperanza de restituir la libertad á Roma; porque se hubiera descubierto el fraude, si, como es justo, me hubieran concedido ser careado con mis acusadores. En efecto. ¿Qué libertad puede esperarse en adelante? Plegue al cielo que pudiera esperarse alguna, pues entonces hubiera contestado como Cannio á Calígula cuando este le acusó de haber tenido noticia de una conspiracion: *Si yo la hubiera sabido, tú la hubieras ignorado.*

Por último, le apretaron la frente con una cuerda hasta el punto de hacerle casi saltar los ojos y acabaron de matarle á palos (524). Sus contemporáneos le lloraron como á un mártir y á un santo. No le negará la posteridad la compasion debida á la víctima de una opresion recelosa y de un procedimiento secreto. El ilustre Simaco, su suegro, osó compadecerse de su suerte, y se temió que anhelara vengarle. De consiguiente, pereció á su vez para calmar las sospechas de Teodorico (525).

Muerte de Teodorico.—Pero sus remordimientos no se acallaron. En la cabeza de un pescado que le servia creyó ver el rostro amenazador de Simaco; y quedó poseido de terror de tal manera, que espiró al tercer dia en el palacio de Rávena. Persiguiéndole más allá del sepulcro la venganza de los oprimidos, hizo cundir el rumor de que habia sido arrastrado por los demonios hácia el volcan de Lípari, y precipitado desde allí en los abismos del infierno.

La posteridad, que juzga sin pasion, le cuenta, á pesar de todo, entre los mejores reyes bárbaros, y la historia y la poesía le inmortalizaron. Si hubiera tenido por sucesores príncipes dignos de sustituirle en el trono, el imperio y la civilizacion hubieran podido renacer dos siglos antes.

CAPÍTULO VII

FIN DEL REINO DE LOS OSTROGODOS.

Eutarico.—No teniendo Teodorico hijos varones en quienes continuase la estirpe de los Amalos, llamó de España á Eutarico Cilica, único vástago de aquella. Casóle con su hija Amalasunta, le hizo adoptar por la fuerza de las armas por el emperador Justino y le ofreció á las aclamaciones del pueblo en medio de espectáculos suntuosos en el circo, cacerías y justas (1).

Pero el heredero designado murió antes que Teodorico; el cual aseguró el reino de los visigodos de España á su nieto Amalarico, y trasmitió el de Italia á Atalarico, hijo de Amalasunta. Comprendia este al mediodia la Italia y la Sicilia, esceptuando el Lilibeo; separábale al norte el Danubio, desde Ratisbona á Nicópolis, de los turingios, de los cescos de Bohemia, de los longobardos de Hungria, de los gépidos de la Dacia, y el curso del Lech, el lago de Constanza y la frontera de la antigua Helvecia, eran sus confines por el noroeste. Allí, en la antigua Vindelicia, habia reunido Teodorico muchos alemanes; los boyos, los hérulos, los rugios y los suevos, con el nombre de bávaros, residian entre el Lech y el Ems, gobernados por duques dependientes de aquel príncipe, el cual poseia tambien en la Galia la Provenza, al mediodia del Durenza. Parecia, pues, que la dominacion goda habia de prevalecer sobre todas las de los bárbaros, y, como decia el hermano de Alarico, reemplazar al imperio romano: sin embargo, en breve todo vino á tierra.

Amalasunta.—Amalasunta, dotada de extremada hermosura, instruida sin ostentacion, poseyendo además de su idioma el latin y el griego, fiel á sus compromisos, tomó como regente la direccion de los negocios con el deseo de seguir las huellas de su padre y de reparar sus errores. Después de

---

(1) Para inteligencia de lo que sigue, damos aquí la genealogia de los príncipes ostrogodos, distinguiendo con letras mayúsculas los que reinaron en Italia.

I. TEODORICO. 475-526

Amalasunta mujer de Eutarico.	Teodegota mujer de Alarico II.	Ostgota mujer de Segismundo.
II. ATALARICO. 526-534.	Amalarico, rey de los visogodos.	

Amalafreda, su hermana, mujer de Trasimundo, rey de los vándalos.

III. TEODATO. 534-536.	Amalaberga mujer de Hermanfrido jefe de los turingios.

Reyes electivos.

IV. VITIGES, 536-540
V. HILDEBALDO, 540-541.
VI. ERARICO, 541.
VII. TOTILA, 541-552.
VIII. TEYA, 552-53.

haber notificado sus derechos al emperador, como á supremo jefe (2), mandó que se erigiera á Teodorico un magnífico mausoleo en Rávena, y prometió al Senado acceder á cuanto solicitara; pero más admiradora de la civilizacion antigua que de la sencillez de su nacion, pretendió cambiar los usos de los godos, para hacer que desapareciera toda distincion entre ellos y los romanos. Tres ministros que quisieron oponerse á este despotismo femenino, fueron sentenciados á muerte.

Ponia tambien empeño en que educaran á su hijo ministros romanos, viviendo en medio de gentes de letras ó de cultivado talento. Pero los godos, descontentos ya de su predileccion á los romanos, decian entre sí: «¿Cómo ha de ser valiente en el campo de batalla, si ha aprendido á temblar bajo la férula de un pedagogo?» Temiendo, pues, las innovaciones que preveian, se sublevaron amenazadores y arrebataron del poder de la madre al rey futuro. Libre éste del yugo maternal, se entregó sin freno á los ejercicios corporales, y gastó su mocedad en desórdenes prematuros, que le arrastraron al sepulcro después de ocho años de reinado (534).

Teodato.—No permitiendo las costumbres nacionales que ejercieran las mujeres la autoridad suprema, Amalasunta hizo que se revistiera con ella á Teodato, su primo, en quien el estudio de las letras no habia disminuido en nada la pusilanimidad y la avaricia. Propietario de gran parte de la Toscana, habia procurado asegurársela toda entera espulsando á los propietarios circunvecinos: una vez ascendido al trono se hizo despreciable á godos y romanos, considerándole impotente para poner término á las discordias de los unos y á granjearse el afecto de los otros.

No manifestó gratitud ni respeto hácia su bienhechora, que indignada de su conducta reunió en Durazo cuarenta mil libras de oro, con intencion de ir á Bizancio en busca del reposo ó de la venganza; pero anticipándose Teodato, la encerró en la isla del lago de Bolsena y la condenó á muerte.

Espedicion de Belisario.—Justiniano, que acechaba una ocasion oportuna para recuperar la Italia, y se sentia escitado por los habitantes que aguantaban con horror el yugo bajo que les tenian príncipes bárbaros y herejes, se presentó entonces como vengador de Amalasunta, y envió contra los godos á Belisario, vencedor de los vándalos.

Consistia la política bizantina en oponer á los godos civilizados los godos bárbaros, y en defender con los moros, con los eslavos y con los hunos el imperio que amenazaban sus compatriotas. Desembarcó, pues, Belisario en Sicila con doscientos hunos, trescientos moros, cuatro mil ginetes confederados, un cuerpo de infanteria de tres mil isaurios, y además un escuadron de sus guardias de á caballo: hubiera sido bien poco contra doscientos mil ostrogodos armados, si estos no hubieran tenido que velar sobre el pais todo, intranquilo, ó á lo menos descontento. Habiéndose hecho este valeroso capitan fácilmente dueño de la isla, obtuvo de Ebermor, yerno de Teodato, que le entregara Reggio (535) y así sentó su planta en Italia.

Teodato aterrado, en vez de defenderse, pensaba en entrar en convenios con el vencedor; y habiéndole dicho Pedro, embajador de Constatinopla, que así quitaria á Justiniano todo pretexto de hostilizarle, le respondió: «Tú eres filósofo, tú estudias á Platon, y te harias caso de conciencia degollar hombres á causa de la guerra; pero Justiniano, que quiere obrar como emperador magnánimo, no halla obstáculo que le convenga en su pretension de recuperar con las armas las antiguas regiones del imperio.» Luego concluyó diciendo: «Si no puedo conservar el reino sin guerra, haré renuncia. ¿A qué perder uno su dulce tranquilidad por la gloria de reinar tan difícil y peligrosa? Con tal de que yo posea dominios que rediten 1,200 libras de oro, tome para sí los godos y la Italia (3).»

En el momento en que se negociaba el tratado, fué derrotado y muerto por los godos Mundo, que iba con un ejército hácia la Dalmacia. Cobrando entonces brio Teodato, no quiso ya oir hablar de pacto alguno. No tardaron en humillar su soberbia los rápidos triunfos de Belisario. Este general se apoderó de Nápoles, y vió entregada la ciudad por sus soldados á una horrorosa matanza, gritándoles en vano: «Vuestros son el oro y la plata, pero perdonad á los habitantes que son cristianos é imploran perdon.»

Vitiges.—Viendo los godos que Teodato se mantenia indolentemente lejos del peligro, le depusieron como indigno de ser monarca, y alzaron sobre el pavés á Vitiges, guerrero afamado por su denuedo, quien para enlazarse con algun vínculo á la familia de los Amalos, se casó con Matasvinta, hermana de Atalarico. A la par que se ocupa en reanimar el valor de los godos y en renovar las hazañas de su nacion, es recibido Belisario en Roma, la cual deja estallar sus transportes de júbilo, viéndose libre al cabo de sesenta años de los bárbaros y de los arrianos. Queda edificada de la devocion que manifiesta Belisario á las reliquias de los santos y á los gloriosos recuerdos; y saluda la emancipacion de la patria, vocablo que las más veces solo ha significado en Italia un cambio de servidumbre.

Entre tanto, ciento cincuenta mil godos se habian agrupado entorno de Vitiges y llegan á poner asedio á Roma. No tenia el general griego más que

(2) *Omnia regno nostro perfecte constare credimus, si gratiam vestram nobis minime deesse sentimus... Claudantur odia cum sepultis... Illud est mihi supra dominatum, tantum ac talem habere rectorem propitium... Sit vobis regnum nostrum gratiæ vinculis obligatum. Var.* VIII, 8.

(3) PROCOPIO, *De bello goth.*, I. 6.

cinco mil hombres; mas suplen por el número su infatigable actividad y el celo de los ciudadanos. Conviértese en fortaleza el mausoleo de Adriano, y desde lo alto de sus murallas disparan los sitiados sobre los sitiadores los preciosos frisos, las cornisas admiradas, las estátuas de Lisipo y de Praxiteles. ¡Perezca el arte, pero sálvese la patria!

Belisario y Vitiges son héroes dotados de generosidad y de valentia; pero el uno carece de dinero y de soldados, y está solamente sostenido por los estériles votos de los italianos: inquietado el otro por estos vé consumirse el ejército y desmoronarse su reino, sin que por eso se dome su bravura. Temiendo Belisario que el hambre induzca á los romanos á rendirse á Vitiges, depone al papa Silverio, de quien sospecha se halle al frente de una trama con este objeto, y le confina á Oriente, dándole por sucesor á Vigilio. Este, mediante 200 libras de oro, se habia ganado el valimiento de Antonina, que (como hemos dicho antes) dominaba á su marido Belisario y era dominada por Teodora, mujer y árbitra de Justiniano.

Algunos refuerzos que llegan de Grecia reaniman el valor de los veteranos. Dacio, obispo de Milan, primera ciudad de Occidente por su estension, su poblacion y su riqueza, llega á Roma con muchos nobles (4), diciendo: «Si nos suministrais algunas tropas, espulsaremos á los godos de la Liguria.» Vitiges, estenuado por los trabajos, los malos aires y las batallas, se vé obligado á levantar el sitio de Roma, si bien va á sitiar á Rímini: envia á Cosroes la solicitud de que ataque al imperio en Oriente, y á los francos de que traspongan los Alpes. Efectivamente, diez mil borgoñones (538) sin esperar las órdenes de su rey Teodeberto, llegan á incorporarse á las tropas de Uraya, sobrino de Vitiges, quien se apodera de Milan, después de un obstinado asedio y la destruye (5).

Infundieron la victoria y el pillage en el corazon del rey de Austrasia, Teodeberto, el deseo de tomar parte en aquella empresa; y al año siguiente bajó de los Alpes con cien mil hombres, de los cuales unos iban montados y armados con lanzas, y otros á pié con escudo y la terrible francisca. Observaban con ansiedad los romanos y los godos por qué parte dirigirian sus armas, mas él las dirigió contra unos y otros. Atacando primero á los godos, hizo tal carniceria en ellos, que con gran trabajo pudieron libertarse atravesando el campo de los romanos: después, cuando estos creian que les fuese favorable el jefe francó, cae tambien sobre ellos obligándoles á refugiarse en la Toscana. Devastó la Liguria, arruinó á Génova, inmolando á sus dioses mujeres y niños, hasta que forzado por el hambre, trató con ellos y se retiró. Justiniano se alabó de esta retirada como si fuese de una victoria. Para castigarle, Teodeberto ayudó á los godos amenazando sitiar á Constantinopla con quinientos mil guerreros; pero fué muerto por un toro silvestre en una caceria.

Repuso Belisario la fortuna de los orientales, y arrojó á los godos de las diferentes plazas fuertes que ocupaban. Encerrado Vitiges en Rávena, comisionó para negociar con Justiniano, quien le concedia una parte del territorio como tributario. Pero indignado Belisario, al ver que le arrancaban una victoria segura, se negó á reconocer el tratado, declarando que queria llevar prisionero á Vitiges á Constantinopla. Ocurriéndoseles entonces á los jefes godos un medio singular de salvacion, ofrecieron la corona á Belisario, y como manifestase que aceptaria, le abrieron las puertas. «Cuando ví, dice Procopio, entrar el ejército en Rávena, me convencí de que el éxito favorable en las empresas no depende ni del valor, ni de la fuerza, ni del número, sino de la mano de Dios que dispone de todo, segun su voluntad, sin que ningun obstáculo la detenga. Los godos eran superiores á los romanos en número y valor; no se verificó ningun combate después que se abrieron las puertas de la ciudad; nada tenian á la vista que les infundiera terror; y, sin embargo, doblaron la cerviz ante un puñado de soldados, sin creerlo infame. Las mujeres habian oido encarecer el vigor de los romanos: cuando vieron lo que eran, fueron á escupir en el rostro de sus maridos, echándoles en cara la cobardia de haberlas tenido encerradas en sus casas y hecho súbditas de tan despreciables enemigos.» Sometiéronse la totalidad de los godos á Belisario, quien no aceptó la corona, ya fuese por lealtad, ya porque reconociese la imposibilidad de conservarla en medio de una nacion ya decrépita, sin vida y sin unidad.

No por esto dejó la envidia de asestarle sus tiros. Encontrábase ya el eunuco Narsés investido con la suficiente autoridad para poder poner trabas al curso de sus hazañas, ó disminuir su mérito, cuando se le mandó abandonar la Italia, donde era ya inútil su presencia, para que volviese á Constantinopla, donde el emperador deseaba consultarle con motivo de la guerra contra la Persia.

Adorado Belisario del ejército y estimado por los vencidos, hubiera podido, al frente de un cuerpo de siete mil valientes que mantenia á su costa, nervio principal de esta guerra, responder con una negativa y sostenerla; pero incapaz de desobedecer y de concebir cólera contra su señor, emprendió su marcha apresuradamente con los despojos que atestiguaban su valor, llevando prisionero al sucesor de Teodorico (540), como habia conducido al de Genserico. Vitiges fué retenido en una cortés esclavitud en Constantinopla, y la flor de los jóvenes godos pasó al servicio del emperador.

Hildebaldo.—Habíanse retirado, no obstante, los restos de la nacion que habian quedado en Italia, allende el Pó, reconcentrándose sobre Pavia, á las

(4) Ἄνδρες δόκιμοι: PROCOPIO, II, 7.

(5) Procopio supone que allí murieron trescientos mil hombres, μυριάδες τριάκοντα. Esto es una exageracion ó un error del copista.

órdenes de Uraya, quien les aconsejó eligiesen por rey á Hildebaldo. Era un valeroso guerrero pariente del rey visogodo de España; pero celosa su mujer de la belleza de la de Uraya y de los honores que se le tributaban, incitó á su marido á que asesinara á este valiente jefe. Esto causó á los godos vivo disgusto; y el gépido Vila, guardia del rey, en un convite le cortó de un golpe la cabeza.

Totila.—Los rugios que habian bajado con los godos á Italia, quisieron entonces elegir á Erarico; pero fué muerto poco después por los godos, que le sustituyeron con Totila Baduila, sobrino de Hildebaldo (541) que estaba dispuesto á hacer los postreros esfuerzos para restaurar la nacion goda.

Los once generales que Belisario habia dejado para gobernar el pais, operando aisladamente, no babian sabido destruir al enemigo. Reunió, pues, Totila sus fuerzas, y consiguió sobre ellos cerca de Fayenza una señalada victoria. Cuando después les hubo encerrado en las plazas donde mandaban, animado con su feliz éxito se atrevió á bloquear á Nápoles, y la tomó y trató de una manera propia de tiempos civilizados (pág. 89). Dejó á los romanos que encontró en la ciudad, la libertad de retirarse donde quisiesen, y les hizo escoltar por los godos, proporcionándoles víveres y acémilas. Cuando hubo sometido toda la Italia meridional, se replegó sobre Roma, acampando en las deliciosas colinas de Tívoli.

No menos firme que humano, tan hábil en la política como en el arte de los sitios y de las batallas, moderado en su conducta, exhortaba á los italianos á unírsele, recordándoles cuanto habian sufrido durante los tres años de la dominacion griega. Un emperador católico les habia arrebatado al papa para dejarle morir en una isla desierta; empleábanse once tiranos á porfía unos de otros en deshonrar ó destruir las ciudades; el escriba Alejandro, ministro del fisco, cuya habilidad en cercenar las monedas habia hecho apellidar *Psalliction* (tijeras), no pensaba sino en despojar á los italianos. Prometíales, por el contrario, Totila el perdon y la tranquilidad diciéndoles que prosiguieran en sus productivos trabajos, pues él los defenderia con las armas. Atrajo de esta manera á sus banderas gran número de prisioneros, de desertores y de esclavos fugitivos: hacia respetar la virtud de las mujeres, y dió libertad sin rescate á las de los senadores que habian sido cogidas en la Campania. Manteniendo entre sus tropas una rigurosa disciplina, como el medio más seguro de vencer, recobraba las plazas unas después de otras, desmantelándolas luego para evitarse sitios en el porvenir.

Segunda espedicion de Belisario.—Encontró oportuno la corte de Bizancio enviar contra él á Belisario, que expiaba en la servidumbre doméstica y civil la gloria de que se habia cubierto en las orillas del Éufrates. Llamado de Italia por las intrigas de su mujer, fué enviado allí de nuevo, bajo condicion de que el armamento se haria á su costa: ¡tantas eran las riquezas que habia acumulado! Obedeció y arribó con una escuadra al puerto de Rávena, desde donde tambien prodigó, en nombre del emperador, las invitaciones y promesas, pero sin conmover á los godos ni á los italianos. Entonces escribió á Justiniano: «He llegado á Italia sin soldados, caballos, armas ni dinero; ¿cómo emprender la guerra sin todo esto? He recorrido la Tracia y la Iliria para hacer levas, pero no he podido reclutar más que un escaso número de hombres desprovistos de armas, de valor y de esperiencia. Los que aquí he encontrado no hacen más que quejarse: temen á un enemigo que les ha humillado con frecuencia, y para evitar compromisos abandonan armas y caballos. No puedo sacar dinero de Italia, donde dominan los godos, ni tengo autoridad sobre las tropas porque no las pago. Si basta que Belisario venga á Italia, ya estoy en su territorio; pero si quieres vencer, se necesita otra cosa, en atencion á que no hay general sin ejército; enviame, pues, mis lanceros y mis soldados (6) con muchos hunos y otros bárbaros; pero muy particularmente dinero.»

Se hizo muy poco caso de sus demandas, y no pudo estorbar á Totila que asediara la antigua capital del imperio, cortando sus acueductos, magnificencia de la antigua y moderna Roma. Sin duda entonces fué cuando se rompieron los del Agua Virgen, que todavia dominan soberbiamente la desierta campiña por el lado de Frascati. Bessa, que defendia á Roma con denuedo, la hacia padecer cruelmente por su avaricia, especulando con el hambre del pueblo. Tan horrorosa se hizo la escasez, que, rodeándose un padre de sus cinco hijos, que le pedian pan, se encaminó hácia el Tiber y se arrojó allí con ellos en una desesperacion silenciosa que tuvo imitadores.

Belisario desembarcó allí y acampó junto al Pincio; pero, á pesar de cuanta habilidad y valor pudo desplegar, no pudo impedir que Roma fuera tomada á sus ojos. Sin embargo, las súplicas del clero y la clemencia de Totila salvaron á sus habitantes de la matanza y de la deshonra. Rusticiana, hija de Simaco y viuda de Boecio, habia gastado cuanto poseia en aliviar los males causados por el asedio: informados los godos de que habia inducido á sus conciudadanos á derribar las estátuas de Teodorico, la hubieran ultrajado, si Totila no hubiera sabido respetar su virtud y tener lástima del sentimiento que le habia impulsado á la venganza. Perdonó igualmente á los senadores, si bien hizo demoler la tercera parte de las murallas de Roma, y se disponia á entregar á las llamas los monumentos de la antigua magnificencia, cuando Belisario le escribió haciéndole presente que se cubria de eterno oprobio, destruyendo aquellas glorias inofensivas. Decidióse, pues, á

(6) Probablemente los siete mil hombres de su guardia particular.

respetarlas, aunque se llevó en rehenes los senadores, espulsó á los ciudadanos y dejó como un cadáver á la reina del mundo (547). Apenas habia salido de su recinto cuando Belisario se apoderó de ella con un puñado de gente; fortificó lo mejor que pudo su vasto circuito en que apenas andaban errantes quinientos moradores; y cuando volvió Totila, veinte y cinco dias despues, le rechazó tres veces: hasta le hubiera derrotado á no intervenir la política de Constantinopla, que agitaban á su albedrio las intrigas del palacio, las disputas teológicas y las rivalidades del circo.

Tenian razon los italianos en decir del primer sitio de Roma: «Si el emperador quiere salvarnos, ¿porqué no envia suficientes tropas?» Pero los refuerzos que llegaban de los griegos eran de trescientos, de ochenta hombres; y Belisario, uno de los más insignes generales que habia existido en mucho tiempo, nunca se halló á la cabeza de más de ocho mil hombres, aventureros de todos los paises, que prestaban obediencia á caudillos rivales é independientes. De consiguiente, su sabio valor se consumia en una guerra lenta y sin acciones decisivas. Además, para proporcionarse dinero se veia obligado á vejar á las poblaciones hasta arrastrarlas á la rebeldia. Viendo, pues, marchitarse sus laureles por agena culpa y cansado de oir vibrar en sus oidos insolentes retos sin poder contestar á ellos, pidió y obtuvo su relevo.

Totila recobró las plazas que habia perdido y entró nuevamente en Roma (549): siendo su intencion establecer allí la sede del reino godo, hizo tornar á los senadores, la abasteció de víveres y celebró los juegos, que eran la delicia del pueblo, aun en medio de tantos desastres. Estendió su autoridad hasta el Danubio, y á lo largo de sus orillas puso en buen estado de defensa los fuertes levantados contra los gépidos y contra los longobardos. Por él fué despojada la Sicilia de los más preciosos metales, de granos y de bestias. Fueron avasalladas la Córcega y la Cerdeña: y con una escuadra de trescientas galeras insultó las costas de la Grecia, desembarcó en Corfú y se adelantó hasta la ya muda Dodona.

Narsés.—Totila en medio de sus victorias continuaba ofreciendo la paz á Justiniano; pero lejos de aceptarla éste, envió al eunuco Narsés que guiara una espedicion en contra suya. Educado en manejar el huso y en las costumbres del gineceo, habia conservado una alma enérgica en un cuerpo endeble, y aprendido dentro de palacio el arte de la persuasion y del fingimiento. Así, cuando le fué dado acercarse al oido de Justiniano, sorprendió á este príncipe con sus ideas varoniles. Empleado en embajadas y luego en la guerra, hasta el punto de parecer digno de rivalizar con Belisario, supo inspirar terror al enemigo y respeto á los suyos, hasta tal punto, que rodeado uno de sus capitanes por un cuerpo de francos, se negó á la fuga diciendo: «Menos temible es la muerte que el aspecto de Narsés irritado.»

Narsés rehusó emprender dar libertad á Italia, si no le proporcionaban fuerzas capaces de salvar la dignidad del imperio. Bien provisto de dinero, que es el alma de todas las guerras, conservó los antiguos soldados y reclutó otros nuevos. Suministráronle socorros los longobardos, que llegaron entonces á hacer una primera tentativa en Italia, los hérulos, los hunos, los eslavos y otros bárbaros (552), y secundado tambien por los francos que ocupaban la Liguria y Venecia, marchó sobre Rávena. Conociendo que aquel esfuerzo por parte del imperio, como tambien la union entre sus auxiliares podia prolongarse poco, se apresuró á aventurar una batalla decisiva. Tuvo lugar en Tagina (*Lentagio*) cerca de Nocera. Totila se presentó en el campo del combate revestido con las espléndidas armas que atraen á los ánimos toscos y fieros y haciendo tremolar su bandera de color de púrpura. Después de haber recorrido las filas al galope, se puso á blandir una lanza que cogia con la mano derecha y pasaba á la izquierda, se tumbaba hácia atrás y luego se volvia á colocar bien en la silla, manejando de mil modos distintos á un jadeante potro. Presentóse de nuevo vestido como simple soldado y peleó como un héroe; pero herido de muerte no pudo impedir que los suyos fueran puestos en completa derrota. Justiniano se alegró recibiendo el casco engastado en pedreria y la sangrienta vestidura del rey de los godos; y Narsés, después de haber licenciado á los longobardos auxiliares, peores que enemigos, pasó á la Toscana y ocupó á Roma, que tomada por la quinta vez en esta guerra (7), llegó al colmo de la desolacion. La matanza de los senadores borró hasta la imágen de aquella asamblea, en la cual reyes extranjeros habian creido ver un consejo de los dioses.

Teya.—No desesperando todavia los godos de su fortuna, eligieron por rey á Teya, quien prodigó oro para comprar la alianza de los francos, bajó por la Italia, matando sin piedad á todos los romanos á quienes encontraba y se defendió dos meses cerca de Cumas. Abandonado de su escuadra, se lanzó sobre el enemigo con los más valientes de los suyos, decididos como él á vender á muy caro precio su vida, y peleó un dia entero, cambiando de escudo cuando el suyo estaba acribillado de javelinas: en el momento en que se descubria para tomar otro fué traspasado (553), y con él acabó el reino de los ostrogodos. Todavia se defendieron los restos de la nacion durante más de un año en Pavia, Luca y Cumas: algunos de ellos se trasladaron después á Oriente, otros volvieron á pasar los Alpes, donde, trocando la cuchilla por la azada, se confundieron en Italia con los vencidos.

Invasiones de los bárbaros.—Aquella comarca, que no se puede nunca denominar bella sin el epí-

(7) En 536 y en 547 por Belisario, en 546 y en 549 por Totila, en 552 por Narsés.

teto de desventurada, talada por los bárbaros y por los pueblos cultos, por sus opresores y por sus libertadores, tuvo que sufrir bien pronto una dominacion nueva, sin tener un instante de reposo ni aun en la servidumbre. Aun no se habia concluido esta guerra, y ya pesaba sobre aquel pais un nuevo azote. Teodebaldo, sobrino de Clodoveo, rey de los francos orientales, habia sido vanamente requerido por Teya para que le prestara socorro; pero dos duques hermanos, el avariento Leutario y el ambicioso Bucelino, emprendieron esta espedicion por su propia cuenta. Bajaron al territorio de Milan con setenta y cinco mil alemanes (553), y ganaron el Samnio, talándolo todo á su tránsito: allí se separaron, y Bucelino fué á devastar la Campania, la Lucania y el Abruzo: Leutario la Apulia y la Calabria. Lo que perdonaban los francos católicos era reducido á ruinas por los alemanes idólatras, que ofrecian cabezas de caballos á sus divinidades (8).

La intemperancia y las enfermedades mermaron sus filas más que las pérdidas de la guerra, y al asomar la primavera Narsés pudo derrotar á Bucelino cerca de Casilino (554), á la par que Leutario y los suyos perecian junto al lago de Benaco, poseidos de medroso furor, lo cual fué atribuido á sus ultrages respecto de las cosas sagradas.

Los godos pudieron decir á Belisario: «No hemos introducido ningun cambio en el gobierno de los emperadores. Hemos dejado á los romanos sus leyes, sus magistrados, su religion.» Pero los italianos tenian horror á los débiles sucesores de Teodorico, que no sabian mantener la paz ni hacerse temibles en la guerra, y que se hacian cada dia más odiosos con las disensiones religiosas y con mezclarse en la eleccion de los pontífices. Puede calcularse á qué grado de miseria hubierón de reducir á Italia diez y ocho años de una guerra lenta entre hordas que, no viviendo más que de rapiñas, eran tan funestas á sus amigos como á sus enemigos. Durante la cuarta campaña murieron de hambre cincuenta mil aldeanos en el Piceno: todavia fué peor en las provincias meridionales, donde la bellota se consideraba como golosina. Procopio vió á una cabra acercar sus tetas á un niño desamparado, y cuenta que dos mujeres en los alrededores de Rímini daban hospedaje á los viajeros para matarlos y comérselos; exageracion que permite, no obstante, calcular la verdad. Una terrible peste fué la consecuencia de tantos males (9), y en aquella inmensa despoblacion faltaba hasta el resarcimiento de los bárbaros que se habian quedado en el pais. Roma vino á ser inferior á Rávena; y segun dice Agatias, la crápula de los soldados, que en su delirio solo pensaban en trocar sus cascos y escudos por citaras y vino, insultaba allí los gemidos del pueblo. En estas escuelas aprendia la Italia á conocer lo que son las emancipaciones operadas por el extranjero, y se acostumbraba á obedecer al uno ó al otro al capricho de la fuerza.

Gobierno de los griegos.—Habiendo sido dividido el imperio en diez y ocho exarcados después de Justiniano, la Italia formó uno, cuya capital fué Rávena. Narsés le gobernó por espacio de quince años, desde los Alpes á la Calabria, y procuró restablecer allí algun poco de órden y reanimar las ciudades despobladas. El papa Silverio reconstruyó á Nápoles, donde congregó á los habitantes de las aldeas incendiadas en los alrededores.

A instancias de Vigilio, *venerable obispo de la antigua Roma*, promulgó Justiniano (15 agosto de 554) una pragmática sancion para los occidentales, en veinte y siete artículos (10), por la cual confirmó los actos emanados de Teodorico y de su sobrino, anulando aquellos que habian sido arrancados por la fuerza ó por el temor bajo la usurpacion de Totila. Introdujo en las escuelas y en los tribunales su jurisprudencia, señaló pensiones á los legistas, médicos, oradores, gramáticos, restos de la Academia de Roma, y dejó al papa y al Senado (voz vacia de sentido) el cuidado de regular los pesos y las medidas. La jurisdiccion civil quedó separada de la jurisdiccion militar contra el uso de los bárbaros, y el juez civil fué el único competente, salvo en los litigios entre gentes de guerra (11). En las varias ciudades fueron puestos

---

(8) AGATIAS.

(9) Procopio dice *(Anecd.)* que perecieron en Africa tres millones de personas, y á proporcion en Italia el triple que en aquella; pero exagera como de costumbre para probar cuán desastroso fué el reinado de Justiniano. Hizo grandes estragos la peste en 566, especialmente en la Liguria y en Roma, hasta el punto de no hallarse segadores ni vendimiadores. En 571 pereció una porcion de rebaños, y multitud de personas murieron de viruelas y de disenteria. Bajo el reinado de Autaris se unió á una inundacion otra epidemia. Pablo Warnefrido (ó Diácono) apunta casi cada año una epidemia, langosta, una sequía, huracanes, etcétera.

(10) Se halla al fin de las novelas y de los edictos, en el *Corpus juris civilis*. Allí se dice: *Jura insuper vel leges codicibus nostris insertas, quas jam sub edictali programmate in Italiam dudum misimus, obtinere sancimus, sed et eas; quas postea promulgavimus constitutiones, jubemus sub edictali propositione vulgari, ex eo tempore quo sub edictali programmate evulgatæ fuerint, etiam per partes Italiæ obtinere, ut una, Deo volente, facta republica, legum etiam nostrarum ubique prelatetur auctoritas.*

Annonam etiam, quam et Theodoricus dare solitus erat, et nos etiam Romanis indulsimus, in posterum etiam dari præcipimus, sicut etiam annonas quæ grammaticis ac oratoribus vel etiam medicis, vel juris peritis antea dari solitum erat, et in posterum suam professionem scilicet exercentibus erigere præcipimus, quatenus juvenes liberalibus studiis eruditi per nostram rempublicam floreant.

(11) *Lites inter duos procedentes Romanos, vel ubi romana persona pulsatur, per civiles judices exercere jubemus cum talibus negotiis vel causis judices militares immiscere se ordo non patiatur.* Cap. 23.

condes, no solo superiores á los soldados, sino tambien á todo el municipio, y que juzgaban en primera instancia, llevándose las apelaciones á Constantinopla (12). Cada duque tenia bajo sus órdenes al maestre de los soldados, quien le sustituia, si lo requeria el caso, y á quien obedecian los tribunos ó patronos, presidentes de las escuelas de artes, y jueces de las disputas que se suscitaban entre los miembros de la corporacion. Reunidas las escuelas componian *el ejército*: todo lo que de él no formaba parte era *pueblo*.

Los duumviros y los cuatuorviros fueron reemplazados por los *dativis*, encargados de administrar la justicia civil: los decuriones, por los cónsules. De esta suerte se halló conservada y hasta robustecida la organizacion de los municipios, que no tardaron en hacerse independientes por obra de los duques y maestres de los soldados; hiciéronse hereditarias las dignidades, porque eran generalmente concedidas en razon de la riqueza.

Pero empeoró la administracion, atendido que los prefectos de las provincias, en vez de ser delegados por el Senado, como en tiempo de los godos, venian de Constantinopla. Como eran gentes que habian comprado su empleo, querian reembolsar sus gastos. Por eso un gobernador de Cerdeña, á quien se censuraba porque permitia sacrificar á los ídolos, respondió de este modo: «Tan caro me cuesta el empleo que, aun valiéndome de este recurso, no podré recuperar mis desembolsos.» Y el papa Gregorio esclama: «La maldad de los griegos hace más daño que la espada de los bárbaros: de suerte, que parecen más compasivos los enemigos que matan, que los jueces de la república que oprimen con su perversidad, sus fraudes y sus rapiñas.»

Todavia vino á ser más deplorable la situacion de Italia cuando el débil y violento Justino II sustituyó (568) al avaro Narsés con Longino, tan ignorante en el arte militar como estraño al conocimiento del pais. Dícese que la emperatriz Sofia envió al avaro, pero valiente eunuco una rueca y un huso, diciéndole: «Vuelve á hilar con mis doncellas.» Menos generoso ó menos pusilámine que Belisario, respondió en esta forma: «Hilaré una trama de la que costará mucho trabajo al imperio desenredarse;» é invitó á los longobardos á bajar á una comarca en donde corren la leche y la miel y semejante á la cual Dios no ha criado ninguna. Pero Narsés, que murió dos años después que su soberano, no vió las nuevas ruinas que los bárbaros, á quien habia llamado, añadieron á aquellas con que estaba ya cubierta la Italia.

(12) Nov. 104, de *præt. Siciliæ*.

CAPÍTULO VIII

LOS LONGOBARDOS.

Tácito coloca á los longobardos, nacion intrépida y belicosa, junto al Rhin septentrional más al oeste que los suevos y los anglos (1), donde se encuentra la actual Westfalia. Pero quizá aquellos no eran más que una de sus tribus, que después de vencida, se confundió con los sajones; pues aquellos por quienes fué conquistada la Italia, segun sus tradiciones nacionales, habian salido de la Escandinavia (2) bajo las órdenes de la valkiria Gambara y de los jefes Ibor y Ayon. Adoraban á Freya y á Odin, y como todos los que seguian este culto, tenian una nobleza de orígen divino. Daban el título de koningos á los que les habian mandado en más antiguos tiempos. El primero de sus jefes se llamaba Agelmundo (518): más tarde, bajo los adelingos (3) se apoderaron de la antigua Rugia, ocupada por los hérulos (526). Audoino, su noveno rey, les estableció luego al Sur del Danubio en la Panonia, que parecia ser el punto de parada de todos los que se aprestaban á invadir la Italia. Ildelqui, hijo de Risiulfo, aspirando á reinar sobre los longobardos, pidió socorro á los gépidos, nacion sometida un momento á Atila, como las demás naciones de raza gótica, y que, habiéndose emancipado á su muerte, habia ocupado tierras en las cercanias del Danubio, cuando las abandonaron los godos para ir á defender la Italia contra Belisario. En la misma época un pretendiente al trono de los gépidos recurrió á Audoino (538); entendiéronse, pues, entre sí los dos reyes para matar recíprocamente al rival de ellos y sellaron su alianza con este mútuo delito.

No podia ser de larga duracion la paz entre dos pueblos igualmente soberbios, separados solo por el Teis; y los longobardos ayudaron á Justiniano contra los gépidos, cuando éste se negó á pagarles los subsidos pactados. Hallábanse, pues, en estado de hostilidad contínua: y una parte de los acontecimientos de esta se conservó en los cantos nacionales, y aun quizá en un poema (4); y de ellos

---

(1) *Habitant Germaniam quæ circa Rhenum est, a parte septentrionali Brusacteri, Parvi apellati, et Sicambri, Oqueni, Longobardi... Interiora atque mediterranea maxime tenent Suevi, Angli... qui magis orientales sunt quam Longobardi... Longobardos paucitas nobilitat, quod plurimis et valentissimis nationibus cincti, non per obsequium sed præliis et periclitando tuti sunt.* TÁCITO.—*De mor. germ.* Después en la *Historia: Longobardorum opibus refectus* (Italo Flavo, rey de los queruscos bajo el reinado de Claudio) *per læta, per adversa res cheruscas afflictabat.* Todavia hay una orilla del Elba, llamada Longbord.

(2) Véase á Pablo Diácono, I, 2; y el Scalda de Gotland canta:

De flög Langbarder indum derum land.
Der bleff icke leffrend en enist mand
Sra lodum de sig Langbarder kallum
Pannonien bertriddum de ok med altum.

(3) *König*, significa rey; y *Adelig*, noble. Así *All-boin*, el que todo lo gobierna; *Rose-mond* boca rosada; *Autrich*, antiguo señor; *Theud-linda*, benéfica con el pueblo; *Ogil-ulf*, socorro voluntario; *Rot-her*, señor de la paz; *Ar-preth*, rico de honor; *Gund-preth*, rico de benevolencia; *Chuni-preth*, rico de valor; *Rad-wald*, pronto y poderoso; *Hildi-brand*, muy ardiente; *Rat-gis*, fuerte en el consejo; *Ahist-hulf*, pronto en el socorro, etc.

(4) Pablo Warnefrido *(De gestis Longobardorum)*, dice que las hazañas de Alboino eran celebradas no solo en los cantos de los bávaros y sajones, sino tambien en los de todos los pueblos que hablaban el mismo idioma.

Véanse asimismo:

PROCOPIO, *De bello gothico*, muy importante.

ANASTASIO BIBLIOTECARIO, *De vitis pontificum romanorum.*

GREGORIO MAGNO, *Epístolas y diálogos.*

GAILLARD, *Memoria histórica y crítica sobre los longo-*

sacó Pablo Warnefrido, diácono de Friul, una novela más bien que una historia de los longobardos. No obstante seguiremos su obra, á falta de otros monumentos, aunque no sea más que en razon de lo que dice sobre el carácter de este pueblo.

Alboino, v. 550.—Turismundo, hijo de Turisendo, rey de los gépidos, es muerto en un combate por Alboino, hijo de Audoino: entonces los magnates longobardos, admirando el valor del príncipe, piden al rey que le haga tomar asiento á su lado en el banquete de la victoria. Pero Audoino les responde: «Sabeis que se ha establecido por nuestros antepasados que ningun príncipe se siente á la mesa con su padre sin haber sido primeramente armado por mano de un rey extranjero.

¿Qué hace Alboino? Acompañado de cuarenta compañeros decididos, se dirige á la corte de Turisendo, y le pide la adopcion por medio de las armas. Es recibido como un huesped por el rey de los gépidos, quien le convida á un banquete; mas luego que se hallan sentados á la mesa, dice tristemente: «El puesto de mi hijo está ocupado por el que le ha muerto.»

Esta idea exaspera á los gépidos, quienes ya miraban al vencedor con ira. Cunimundo, otro hijo del rey, exaltado por la cólera y el vino, se entrega á sarcasmos, y compara los longobardos por su aspecto y su mal olor á yeguas, aludiendo á ciertas bandas con que se ceñian las piernas.

«Pero estas yeguas, grita Alboino, saben harto bien dar coces, como puede decírtelo la llanura de Asfeld, donde yacen los huesos de tu hermano, como los de un vil animal.»

A estas palabras que renovaban un dolor amargo, tiran los dos bandos de las cimitarras, y Turisendo obtiene con trabajo sumo que los derechos de la hospitalidad sean respetados. Luego viste á Alboino las armas de Turismundo; y de vuelta el jóven guerrero al lado de su padre, es admitido al festin real, donde refiere su audacia y la lealtad de Turisendo.

Cuando después de la muerte de su padre (566) fué llamado Cunimundo á sucederle por el voto de los guerreros (5), pensó en vengar los antiguos agravios y declaró la guerra á Alboino que habia reemplazado á Audoino. Este reclama la alianza de una horda de ávares que acababa de aparecer junto al Danubio buscando ocasiones de ejercitar el valor de sus guerreros y pastos para sus rebaños. Les hizo presente que no solo los gépidos, que se habian separado de las naciones germánicas para unirse al imperio, sucumbirian bajo sus armas unidas, sino que otros muchos pueblos, que ocupan los mejores paises del mundo, sufririan la misma suerte. Sin embargo el soberbio kacan Bayano no consintió en ceder á estas razones hasta que los logonbardos le dieran en recompensa de su amistad el diezmo de sus rebaños, la mitad del botin y de los prisioneros y todas las tierras que fueran quitadas á los gépidos.

Fin del reino de los gépidos.—Nada pareció oneroso en demasia á Alboino, y habiendo llegado á las manos con el enemigo, le derrotó (567), mató á Cunimundo y estinguió el reino de los gépidos: mezcláronse los restos á los vencidos con los longobardos, ó fueron llevados en esclavitud por los ávares. Estos últimos se establecieron en la Valaquia, en la Moldavia, en la Transilvania y en la Alta Hungria. Todo el territorio entre los montes Carpatos, el Prut y el Danubio, se halló de esta suerte sometido al nuevo y formidable poder del kacan Bayano.

Envanecido Alboino de su victoria, meditó otras conquistas. Muchos de sus guerreros se acordaron del tiempo en que Justiniano les habia llamado á Italia para combatir á Totila, y encomiaban las delicias de aquel cielo y de aquellas comarcas, que no habian ajado aun tantos desastres para que dejaran de escitar la codicia del extranjero. Alboino reanimó aquellos recuerdos haciendo servir á la mesa las más exquisitas frutas y los mejores vinos de Italia. Aquel Narsés que se habia hecho respetar de ellos por su valor y por sus generosos donativos, no se encontraba ya allí para defenderla; antes bien, ultrajado, los invitaba á vengarle. ¿Se necesitaba otra cosa para determinar á acometer la empresa á una nacion belicosa que, careciendo todavia de patria, hallaria una tan hermosa, después de vencer fácilmente á un pueblo desarmado?

Apenas cundió el rumor de que los longobardos se aprestaban á cruzar los Alpes, cuando gépidos, búlgaros, sármatas, bávaros, acudieron desde la Germania y desde la Escitia para tomar parte en sus fatigas y en el botin: vióse tambien llegar á veinte mil sajones con sus mujeres y sus hijos. Alboino, que reunia los vicios y las buenas cualidades de un caudillo salvaje, se puso en marcha con aquella multitud de hombres diferentes en raza, culto y costumbres (6), después de haber celebrado con los ávares un tratado único en la historia (568), por el cual les abandonaba su territorio, á condicion de que se le restituyeran si el mal éxito de su espedicion le obligaba á volver.

---

bardos (Memorias de la Academia des Inscripciones, tomos 32, 35, 43).

TURK.—*Forschungen auf dem Gebiethe der Geschichte.* Rostock, 1835.

ASCHBACH.—*Gesch. der Heruler und Gepiden.* Francfort, 1835.

Después todos los historiadores de Italia, y con algunas novedades á LEBRECHT y LEO, *Gesch, von Italien.* Hamburgo, 1829, lib. 1; BALBO, *Historia de Italia.* Tuin, 1830, tomo II; TROYA, *Historia de Italia.* Nápoles, 1841.

(5) Pablo el Diácono no quiere decir otra cosa cuando habla del *voto de todos*, I, 27.

(6) *Cum uxoribus, natis, omnique suppellectili... cum omni exercitu, vulgique promiscui multitudine.* PABLO DIAC. lib. II, capítulos 7, 8.

Llegado á Montreal (7) se lanzó Alboino sobre Venecia. Aquilea, destruida por Atila, se hallaba á la sazon en la imposibilidad de oponerle resistencia, y el patriarca Paulino se retiró con los principales habitantes á la isla de Grado, llevando así un aumento de poblacion á la república de las lagunas Adriáticas. Después de haber dejado para la defensa de los Alpes Julios, con el título de duque del Friul, á su sobrino Gisulfo (8), que conservó á su lado muchas familias *(faras)* así como buenas razas de caballos y de búfalos que se vieron entonces por la vez primera en Italia, continuó Alboino su marcha. Los quince años de la administracion griega habian, con la opresion fiscal, gangrenado las llagas del pais, al cual la peste y el hambre quitaban hasta el reposo de la servidumbre. Quizá las pocas tropas que quedaban fueron concentradas en los fuertes y cercanias de Rávena en vez de multiplicarlas llevándolas á donde fuese necesario. Justino no podia enviar otras nuevas, obligado como estaba á sostener la guerra contra los persas, y amenazado además por los ávares, aliados de los longobardos.

Alboino se apoderó, pues, de Verona, y luego de Milan (3 setiembre), á los cinco meses escasos de su partida de la Panonia (9). Allí fué proclamado rey. Huyeron los principales moradores á Génova con el obispo Honorato. Solo Pavia, entre las ciudades situadas á la orilla izquierda del Mincio, resistió tres años y medio. Airado Alboino de tenacidad semejante, juró pasarlo allí todo á cuchillo; pero cuando el hambre le abrió las puertas de la plaza, tropezó su caballo, y habiendo caido en el momento en que hacia su entrada, un sentimiento piadoso hizo entender al rey bárbaro que aquel accidente era un aviso del cielo, y la perdonó diciendo: «Este pueblo es verdaderamente cristiano.» Eligió aquella ciudad para capital del nuevo reino. A este tiempo habia pasado el Pó y sometido la orilla derecha hasta la confluencia del Tánaro. Adelantándose en seguida por la Umbria, colocó un duque en Espoleto; quizá avanzó más lejos hácia el Mediodia, y fundó el ducado de Benevento (10) que sobrevivió al reino longobardo.

A haber sido Alboino más hábil capitan ó dominador más fuerte, hubiera logrado sujetar entonces toda la Italia; pero se arruinó en inútiles empresas, y no pudo impedir que de los capitanes ligados á él, tan solo por el vínculo que unia á los gasindos con su señor, unos se estableciesen en los paises conquistados, y otros llevasen á otras partes sus amenazas, cuando todavia estaban sin subyugar muchas ciudades.

Rosmunda.—Además fué detenido en medio de sus triunfos. Habia mandado hacer una copa con el cráneo del gépido Cunimundo, muerto por su mano, á fin de asociar á los placeres de la mesa el feroz deleite de la victoria (11). Después habia obligado ó persuadido á Rosmunda, hija de este príncipe, á darle la mano de esposa. Un dia que solemnizaba en Verona el feliz éxito de sus empresas en los placeres de un banquete, pidió esta copa á la hora de los postres; y después de haberla hecho circular, llenándola nuevamente, dijo: «Llevad este vino á Rosmunda á fin de que beba con su padre.» Esta burla atroz hirió el corazon de su esposa; y haciéndose ceder secretamente el lecho de una concubina del valeroso Perideo, manifestó á éste, después de cometido el adulterio, que debia elegir entre sufrir la pena del ultraje inferido al rey, ó degollarle: Alboino fué asesinado (573) (12).

Rosmunda esperaba llegar, con ayuda de sus gépidos, á encumbrar al trono á su amante Elmigiso, pero los longobardos se opusieron á sus planes, y tuvo necesidad de refugiarse en Rávena con su hija Alesvinda, sus dos amantes, un corto número de fieles servidores y considerables tesoros. El exarca Longino, que se lisongeaba de humillar con sus discordias á los enemigos, á quienes no

---

(7) Quizá Montemaggiore, cerca de Cividal del Friul.

(8) Otros dicen Grasulfo, que se asoció en el gobierno á su hijo Gisulfo y murió en 590.

(9) Es sumamente confusa la cronologia de los diez y siete primeros años del reinado de los longobardos: Muratori, Fumagalli, Lupi, no la han aclarado completamente. Pablo Warnefrido, único historiador á que nos vemos reducidos, determina el tiempo en que Alboino partió de la Panonia: luego sigue, en cuanto á lo demás, con notas indeterminadas sirviéndose de indicciones. El uso de indicar los años por los cónsules habia ya cesado, y la era vulgar no se habia adoptado generalmente todavia. Quizá las contradicciones aparentes serian conciliadas cambiando la fecha en que los historiadores comienzan el reinado de Alboino, y empezando, no desde la toma de Milan, sino desde su entrada en Italia, es decir, desde el abril del 568.

(10) Siguiendo á Pablo el Diácono los historiadores, suponen que la ciudad de Benevento, de que Zotton fué el primer duque, no fué conquistada hasta el tiempo del rey de Autaris: pero la carta 46, lib. II, de Gregorio Magno, está dirigida á Arequis (Arigiso), sucesor de Zotton. Ahora bien, como tiene la fecha de 592, si se desquitan los veinte años que Zotton reinara, segun Pablo, nos hallamos trasladados á la época del sitio de Pavia.

(11) Yo mismo he visto (Cristo me es testigo) en las manos del príncipe Raquis esta copa un dia de fiesta y enseñarla á los convidados.» PABLO DIÁCONO, II, 29.

(12) Todos saben el importante papel que representa este héroe de los cantos septentrionales en la insípida historia de Bertoldo, leida, sin embargo, por todo el mundo. Ignoramos de donde sacó Julio César de la Croce esta leyenda: mas todo revela su orígen aleman; la córte de Alboino, aunque trasladada á Italia, los mismos nombres de Bertoldo, Marcolfa, etc. Acaso la *Contradictio Salomonis*, una de las más antiguas novelas en que se halla una discusion entre Guillermo el Conquistador y el aldeano Marculfo, se deriva de la misma fuente que las aventuras de Bertoldo, traducidas á todas las lenguas, y que los alemanes creen de orígen asiático, no sabemos con que fundamento.

podia vencer con las armas, admitido en tercer lugar á los amores de aquella impudente mujer, la indujo á que se desembarazara de Elmigiso. En su consecuencia echó veneno en su copa cuando estaba en el baño; pero, sospechando su traicion, la hizo beber lo que le habia quedado de la fatal copa y ambos perecieron así víctimas de su perversidad (574) (13). Alesvinda fué enviada con los tesoros de su madre á Constantinopla, donde Perideo hizo alarde de una fuerza prodigiosa matando á un leon de enorme tamaño. Comparado á Sanson por su vigor, se le sacaron como á él los ojos, y á semejanza suya aspiró á vengarse: fingió tener que comunicar al emperador cosas importantes, y mató á los senadores que este le envió para oirle.

Clefis.—Entretanto, reunidos los jefes longobardos en Pavia eligieron por rey á Clefis, quien continuó las victorias y el esterminio de los romanos. Llevó sus conquistas hasta las puertas de Rávena y de Roma. Al mismo tiempo los duques que mandaban en las inmediaciones de los Alpes, se arrojaron sobre el territorio de los francos talando el pais, á la izquierda del Ródano, y las costas del Mediterráneo.

No debe imaginarse la conquista de los longobardos como una de aquellas en que un solo jefe dirige la voluntad de todos. A semejanza de los demás germanos, cuando se decidia una espedicion comun, se reunian los jefes de la nacion *(gasindos)* al rey con los guerreros que les seguian voluntariamente, para proceder de acuerdo hasta llevar á feliz remate la empresa; pero en cuanto á lo demás eran independientes y anhelaban proporcionarse por su cuenta particular poder y riquezas. Tan luego como estuvieron en Italia, dejaron de ser guiados por un pensamiento único: cada uno de ellos eligió un canton, que no formaba de ninguna manera una division administrativa, sino un señorio diferente, defendido, ensanchado, con leyes especiales, aunque conservando en todas partes las costumbres germánicas y la union de la autoridad civil y militar.

Los treinta duques.—Cuando Clefis fué asesinado después de un reinado de diez y ocho meses (575), podia considerarse como llevada á buen término la empresa para que se habian sometido los gasindos á un caudillo: parecióles, pues, inútil elegir otro soberano (14), y cada uno de los treinta duques (15) se ocupó en su particular provecho. Esto fué lo que estorbó á los longobardos avasallar toda la Italia, donde se hallaban á la sazon frente á frente dos naciones; un pueblo guerrero, organizado por batallones *(faras)* y regido militarmente; y un pueblo desarmado, sometido á los duques imperiales, que ocupaban cierto número de plazas en los paises montañosos, en las costas y donde quiera que la conquista no habia aun penetrado. Habíase formado el *(Austria)* del Friul y del Trentino; la *Neustria* de los ducados de Ivrea, de Turin y de Liguria: pertenecia en parte al rey la *Tuscia;* otra parte comprendia los ducados de Luca, Toscana, Castro, Ronciglione y Perusa. No ocupaban los longobardos en la Emilia más que á Reggio, Placencia y Parma; en la Italia meridional la Pequeña Lombardia, es decir, los ducados de Espoleto y Benevento, el principado de Salerno, la Apulia y la antigua Calabria. Las seis naciones de sármatas, búlgaros, gépidos, suevos, panonios y nóricos, que Alboino habia conducido unidas, se establecieron en cantones distintos, sin privarlos de la libertad (16) ni del nombre. Los sajones prefirieron volverse antes que sujetarse á leyes longobardas. Los longobardos, poco prácticos en la navegacion, no pudieron avasallar las costas, que recibian auxilios de fuera: por lo cual el pais, desde la embocadura del Pó á la del Arno, permaneció independiente, lo mismo que Génova, durante algun tiempo, y siempre los Alpes Cocios, la Sicilia y las islas.

Entonces el territorio, que permaneció bajo la obediencia del exarca de Constantinopla, recibió como último refugio de los romanos el nombre de Romania. Componíase de las ciudades de Rávena, de Bolonia, de Imola, de Fayenza, de Ferrara, de Adria, de Comachio, de Forli, de Cesena, y de la pentápolis marítima que comprendia á Ancona, Rímini, Pésaro, Fano, Sinigalla. El exarca de Constantinopla seguia dando duques ó maestros de la milicia á Roma, á Gaeta, á Tarento, á Siracusa, á Cagliari y á otros puntos; pero no tardó Nápoles en emanciparse de este yugo y en nombrar por sí misma sus duques. El comercio y su si-

---

(13) Es fácil apercibirse de que la novela ó la poesia entran por mucho en este relato.

(14) Gibbon, que aplica á los bárbaros el derecho de los pueblos cultos, cree que el gobierno de los treinta fué una especie de regencia durante la menor edad de Autaris. La dominacion de los longobardos es una de las partes más descuidadas de su trabajo, y la retórica le induce á grave yerro. Compárese el hecho de Rosmunda en su narracion y en la de Pablo el Diácono.

(15) Quizá los longobardos, á semejanza de otros pueblos germánicos, tenian la costumbre singular de emplear dos decenas diferentes, la una de diez y la otra de doce, de donde resulta que muchas veces un número ha de entenderse de un modo distinto de como suena. Véase RUEH, *Schwedische Geschichte*, I, pár. 19. En este caso es posible que los duques longobardos ascendieran á treinta y seis, es decir, doce en la Neustria, doce en el Austria, doce en la Tuscia. Históricamente conocemos veinte y nueve; los del Friul, de Milan, de Bérgamo, de Pavia, de Brescia, de Trento, de Espoleto, de Turin, de Asti, de Ivrea, de San Julio de Orta, de Verona, de Vicenza, de Treviso, de Ceneda, de Parma, de Placencia, de Brescelo, de Reggio, de Perusa, de Luca, de Chiusi, de Florencia, de Soana, de Populonia, de Fermo, de Rímini, de Istra, de Benevento. Véanse las *Memoria de la Academia de Turin,* tomo XXXIX.

(16) PABLO DIAC., lib. II, cap. 26.

tuacion hicieron germinar la libertad en Amalfi. Venecia, que tomaba incremento con los resíduos de Italia, recogia en sus cien islotes todo lo que quedaba de la sangre latina, y los emperadores de Oriente tenian en ella más bien que una súbdita, una aliada.

Limitábase, pues, la dominacion del imperio de Oriente casi al exarcado y á Roma, que no era puramente sacerdotal todavia; pero en aquel reducido espacio era donde se habia acumulado la poblacion italiana para sustraerse con sus riquezas á la dominacion de los bárbaros y á las persecuciones á que se entregaban en su calidad de arrianos. No cesaba de apelar al emperador para que llegara en su socorro. El Senado envió 3,000 libras de oro á Tiberio II para determinarle á esta empresa, y gritaba el pueblo: «Si no eres capaz de librarnos de los longobardos, sálvanos á lo menos del hambre.» Al efecto remitió Tiberio á Roma mucho trigo; pero el Senado no supo hallar mejor espediente que el de corromper los jefes longobardos, ó el de comprar la amistad de Childeberto, rey de los francos, quien mediante 50,000 monedas de oro, se decidió á bajar á Italia, al mismo tiempo que un magnate longobardo (17) ingresaba en el servicio del exarca de Rávena.

Autaris.—A la aproximacion del peligro se reunieron los duques y eligieron por rey á Autaris (584), hijo de Clefis, y en atencion á que los tesoros de Alboino habian sido llevados por Rosmunda á Rávena, y el patrimonio real se habia distribuido entre los duques, estos determinaron ceder al rey la mitad de sus rentas. Autaris, con espléndidos donativos, hizo repasar los Alpes á Childeberto; pero habiendo pretendido el emperador Mauricio que este último devolviese el subsidio que se le habia pagado de antemano, volvió á cumplir su promesa, pero obteniendo un éxito vergonzoso. Resuelto á vengarse reunió veinte capitanes de los más temibles, y por tercera vez pasó los Alpes; aunque derrotado cerca de Bellinzona, siguió adelante, y se hizo dueño de Milan y de Verona (590).

No queriendo Autaris jugar en una sola batalla la suerte del reino, encerró en las plazas fuertes sus tropas, sus tesoros, sin cuidarse del resto del pais, que quedó entregado al pillaje. Si los griegos se hubieran unido á los francos cerca de Milan, segun se habia convenido, la dominacion longobarda hubiera podido ser destruida; pero mientras que los primeros se detenian en rededor de Módena y de Parma, cundió la discordia y el cansancio entre los jefes de los francos, y Childeberto remontó el curso del Adige, destruyendo muchos fuertes en los valles tridentinos. Entonces Autaris, saliendo de Pavia, recupera el pais así como la pequeña isla Comacina, en el Lario, donde Francion, partidario imperial, se habia resistido hasta aquel momento. Enseguida reconcentra su ejército en Espoleto y se adelanta sobre el Samnio. Llegado á la estremidad de Italia, mete su caballo en el mar, y disparando su javelina contra una columna que permanecia en pié, esclama: «Allí será el límite del reino longobardo.» Pero para enlazar la Italia bajo una sola dominacion, y entonces era el momento favorable, hubieran debido los longobardos tener miramientos á los italianos y acariciar á los pontífices. Al revés se hacian detestar como hereges y como tiranos por los indígenas, que los despreciaban como bárbaros.

Constitucion.—Sin embargo, aparecia una forma mejor de gobierno bajo Autaris, quien habiendo obligado á los duques á restituir los bienes de la corona usurpados durante el interregno, dió fuerza á la autoridad suprema: mediante esta restitucion y la obligacion por su parte de prestarles asistencia en caso de guerra, se comprometió á no desposeerles de sus dominios, salvo por el crímen de felonia.

Reyes.—Verdadero príncipe, y no simple general, el rey *escelentísimo ó flavio*, como se titularon los sucesores de Autaris, hizo inscribir su nombre en las monedas y á la cabeza de los actos públicos. Juzgó como juez sobre los asuntos importantes, y promulgó leyes, sometiéndolas, para darles más autoridad, á la aprobacion de los demás magistrados y de las asambleas, aunque no se descubre que para darles validez fuera indispensable su sufragio.

Duques.—A la par que los duques instituidos por Longino eran magistrados civiles y militares, y administraban el pais con arreglo á las leyes comunes, los treinta ó treinta y seis duques longobar-

---

(17) Se llamaba Droctulfo, y Warnefrido nos conservó su epitafio, que transcribimos como uno de los pocos monumentos de aquel tiempo.

Clauditur hoc tumulo, tantum sed corpore Droctulf,
Nam meritis tota vivit in urbe suis.
Cum Bardis fuit ipse quidem, nam gente Suavus:
Omnibus et populis inde suavis erat.
Terribilis visu facies, sed mente benignus,
Longaque robusto pectore barba fuit.
Hic et amans semper romana et publica signa,
Vastator gentis adfuit ipse suæ.
Contempsit caros, dum nos amat ille, parentes,
Hanc patriam reputans esse Ravenna suam.
Hujus prima fuit Brexelli gloria capti;
Qua residens, cunctis hostibus horror erat.
Qui Romana potens valuit post signa juvare
Vexillum primum Christus habere dedit.
Inde etiam retinet dum classem, fraude Feroldus,
Vindicet ut classem, classibus arma parat.
Puppibus exiguis decertans amne Badrino
Bardorum innumeras vicit et ipse manus.
Rursus et in terris Avarem superavit eois,
Conquirens dominis maxima palma suis.
Martyris auxilio Vitalis fultus ad istos
Pervenit, victor sæpe triumphat ovans.
Cujus et in templis petiit sua membra jacere,
Hæc loca post mortem hustis habere juvat.
Ipse sacerdotem moriens petit ista Joannem,
His reddit terris cujus amore pio.

dos, no dependiendo del rey más que respecto de los delitos políticos y de los asuntos de interes general, ejercian la autoridad en lo tocante al derecho civil, como dueños y señores, sobre el pais que ocupaban. Iguales entre sí en categoria (18), habiendo tenido probablemente en el orígen un número igual de familias (19) longobardas y súbditas, podian disponer á su antojo de sus propiedades; y su más próximo heredero les sucedia con tal de que fuera mayor de edad. Si tenia muchos hijos gobernaban juntos; en caso de disputa entre muchos herederos, se decidia por los *exercitales* del duque, es decir, por los hombres libres de sus dominios, sin que el rey interviniera más que como juez supremo de la nacion.

Pertenecian á cada duque las tierras que conquistaba al enemigo, aunque siempre bajo el vasallage del rey, el cual hasta podia mandar que fueran restituidas. Algunos se engrandecieron con semejantes adquisiciones hasta el punto de sustraerse completamente á la autoridad del rey, como aconteció especialmente con los duques de Espoleto y de Benevento, á cuyas tierras prohibió Raquis emigrar, del mismo modo que á las extranjeras.

Tenian los duques, bajo su dependencia, á los escultascos ó centenarios, que encargados de la administracion de una aldea, conducian el contingente á la guerra y administraban justicia. Estos contaban por subordinados á los decanos jefes de diez ó doce *faras*, asociaciones formadas para la administracion, para la guerra, y quizá tambien para la seguridad recíproca en los casos de delitos (20). Esta distribucion está de acuerdo con la de los sajones, así como el derecho de los longobardos, enlazados á los sajones por los vínculos de la sangre (21), tiene mucha semejanza con el suyo.

Derecho longobardo.—Aunque establecidos en residencia fija nunca pudieron abandonar el sistema militar, rodeados como estaban de enemigos. Por eso la palabra *exercitus* designaba la nacion: y *exercitalis* ó ariman (*heerman*), el longobardo libre. Todos estos debian reunirse armados al llamamiento del rey, hasta los obispos, bajo pena de veinte sueldos de multa, y cuando algunos longobardos se dedicaron á la industria y al comercio, no por eso se consideraron exentos del servicio militar (22). Era consiguiente prohibir que se mudase de domicilio saliendo fuera de la respectiva demarcacion judicial, aunque se permaneciese dentro del reino, no haciéndolo cada uno con su *fara;* y al transgresor se le amenazaba hasta con pena capital, como si fuese un desertor del regimiento. Todos podian intervenir en la asamblea nacional, donde los principales discutian y deliberaban sobre los intereses públicos. Entre los libres habia diferentes grados de nobleza y ciudadania.

Propiedades.—Sin embargo no se debe confundir esta organizacion con el sistema feudal. El rey, los duques, los arimanes, tenian la posesion libre y absoluta de sus tierras. No se derivaba de ellas la obligacion que tenian de prestar el servicio militar, sino de su cualidad de hombres libres, de tal manera que no hubiera cesado ni aun perdiendo los bienes. Si el rey ó el duque confiaban un dominio que les perteneciera á alguno de su dependencia, era en premio de un servicio, no á título feudal. A veces el propietario concedia á alguno el *honor*, es decir, el derecho de gobernar una tierra de su dominio, abandonándole el goce de las rentas; pero, aunque el *beneficiado* estuviera obligado á la fidelidad y al servicio militar respecto del concedente, su condicion no se diferenciaba de la de los gastaldos y de los oficiales ordinarios del ejercito. En suma, los duques, los escultascos, los decanos poseian las tierras como oficiales de la nacion, ó dicho de otra manera, del ejército longobardo.

Gastaldos.—Los dominios de la corona, que eran numerosos, tenian por superintendentes gastaldos, investidos, además, con la autoridad judicial y militar sobre los romanos, y quizá tambien sobre los arimanes domiciliados en la ciudad que les estaba confiada: si hemos empleado la palabra ciudad, consiste en que efectivamente algunas formaban parte de las propiedades reales: por ejemplo, Como, durante algun tiempo, Susa, Sienna, Pistoya, Toscanela, Arezzo, Volterra, y quizá tambien Pisa. En Milan el gastaldo tomaba asiento con el duque, y era, segun creemos, porque una parte de la ciudad pertenecia al dominio del rey; es probable que en las otras ciudades tuviera el gastaldo, la mision de asegurar los derechos de los habitantes libres y los privilegios que les habian sido concedidos al tiempo de la rendicion de la plaza.

Juicios.—El derecho principal y el fundamento de los demás derechos entre los longobardos, como entre los demás pueblos germánicos, era la *faida* (23), es decir, la facultad de poder vengar sus ultrajes ó los de sus padres y amigos. Cuando se

---

(18) En nada se apoya la distincion de Muratori entre los duques grandes y pequeños.

(19) Se las denominaba *fare*, de *fahrem*, enjendrar, raiz inusitada de *borfahren* progenitores. Corresponde á esta voz el γένος y *gens* de los antiguos.

(20) Véase el capítulo XII de este libro.

(21) Pablo llama á los sajones *amici vetuli Alboini*, y dice que el vestido de los longobardos se parecia al suyo.

(22) *Homo qui habet septem casas massaricias, habeat loricam cum reliqua conciatura sua, debeat habere et caballos... Homines qui non habent casas massaricias et habent quadraginta jugis terræ, habeant caballum, scutum et lanceam... Item de illis hominibus qui negotiantes sunt, et pecuniam (non) habent, qui sunt majores et potentes, habeant loricas, scutos et caballos et lanceas; et qui sunt sequientes, habeant caballos, scutum et lanceam; minores habeant coccoras cum sagittas et arcos.* Leyes de Astolfo publicadas por Troya.

(23) En inglés *fewd*, en aleman *feude*.

hubo consolidado el gobierno, procuró sustituirla con la accion jurídica para asegurar la propiedad y la vida; pero, á semejanza de todo lo demás, fueron organizados militarmente, tribunales espeditivos. Toda diferencia suscitada entre los miembros de la centuria ó de la decania era debatida delante del jefe, quien percibia las multas. En los asuntos más importantes la asamblea de la *centuria*, juzgaba bajo la presidencia del escultasco, ó, para no reunir á todos sus miembros, se escogia á una decena de hombres buenos, es decir, de longobardos perfectos, que examinaban el hecho después de haber prestado juramento, remitiendo al magistrado la aplicacion de la ley. No habia procedimiento de oficio más que en los casos en que el fisco tenia parte en la multa; en los demás debia haber instancia del ofendido ó de su heredero.

Costumbres.—Teodolinda.— Algunos hechos particulares, aunque embellecidos por la imaginacion del narrador longobardo, revelan las costumbres del pueblo dominante. Autaris envia á pedir la mano de Teodolinda, hija de Garibaldo, duque de Baviera, de la familia de los Agilolfingos. Se la concede; pero haciéndose aguardar la conclusion mucho, el príncipe longobardo, impaciente por conocer á su novia, se encamina de incógnito á su córte con sus embajadores, fingiendo estar encargado por Autaris de darle cuenta de los atractivos de su futura compañera. Habiéndosele presentado Teodolinda y agradándole sobremanera, la saludó por reina de Italia, y la requirió para que cumpliera el rito nacional, ofreciendo una copa de vino á sus futuros súbditos, lo cual hizo efectivamente; pero Autaris, al devolvérsele, tocó furtivamente su mano é hizo que la derecha de ella rozase suavemente su rostro. Cuando Teodolinda contó á su nodriza lo que habia pasado, ésta la alentó á tener buena esperanza, puesto que ningun otro que el rey mismo se hubiera atrevido á tanto. Esta idea sonrió á su mente, atendido que el embajador le habia parecido un gallardo mozo y de una estatura bien proporcionada. Partió el príncipe, y llegado á la frontera cuando iba á despedirse de la escolta bávara se irguió sobre su caballo; y arrojando con toda su fuerza un hacha contra un árbol, dijo: «Hé aquí los golpes que dispara el rey de los longobardos».

Poco después fué celebrado el matrimonio en Verona (390), pero al cabo de un año murió Autaris (24). Hasta tal punto se habia grangeado Teodolinda el afecto de los longobardos, que á ella remitieron el cuidado de elegirse un esposo y de darles un nuevo rey.

(24) En tiempo de Autaris un diluvio afligió la Italia; el Tiber, creciendo extraordinariamente, causó indecibles pérdidas; Venecia y la Liguria fueron asoladas; y Gregorio Magno refiere que las aguas del Adige llegaban en Verona á las ventanas superiores de la basílica de San Zenon, *sin entrar por las puertas, aunque estuviesen abiertas*. Diál. III, 19.

Agilulfo.—Su eleccion recayó en Agilulfo, duque de Turin, no menos distinguido por sus prendas personales que por su ardor belicoso. En su consecuencia la reina le convidó á un banquete, y habiendo mandado escanciar vino, bebió la primera, y luego le presentó la copa para que la vaciara. Dióle gracias besándole la mano; pero Teodolinda repuso: «¿Por qué besas en la mano á quien tienes derecho para besar en la boca?» Hecha pública la eleccion de este modo, fué sancionada y aplaudida por la asamblea nacional.

Conversion de los longobardos.—La piedad de Teodolinda era muy á propósito para dulcificar el carácter feroz de los longobardos. Habian abrazado estos el cristianismo antes de entrar en Italia; pero aun prescindiendo de algunas prácticas idólatras que habian conservado (como que cuarenta labradores romanos prisioneros sufrieron el tormento por no haber querido adorar la cabeza de una cabra inmolada por los longobardos) (25), estaban imbuidos en los errores del arrianismo. De consiguiente, la religion del pais fué en un principio perseguida por ellos: espulsaron á los obispos católicos y los sustituyeron con arrianos. Después toleraron dos obispos en cada ciudad sin dejar por eso de hacer esperimentar mil contradicciones al de los católicos para su nombramiento y para el reconocimiento de su título. Autaris, que habia abandonado la idolatria por el arrianismo, temiendo la preponderancia que el acrecimiento de los católicos daba á los obispos y al clero, enemigos de la dominacion extranjera, prohibió bautizar católicamente á los hijos de los longobardos. Su muerte prematura se consideró como castigo de este decreto, que no hizo más que duplicar el celo de los católicos. Mucho contribuyó el celo del papa Gregorio Magno, sosteniéndoles donde quiera y alentándoles, especialmente en las públicas desgracias, á convertir á los arrianos, y decia: «Exhorte en todas partes vuestra fraternidad á los longobardos á convertir á la verdadera fé, en presencia de tanta mortandad, á sus hijos bautizados en el arrianismo, á fin de que se aplaque la cólera del Omnipotente; arrastrad por la persuasion á la verdadera fé á cuantos os sea posible; predicadles sin descanso la vida eterna, á fin de que cuando comparezcais ante el Juez soberano, podais manifestarle el fruto de vuestro celo (26).»

Escribió tambien á Magno, sacerdote milanés, que exhortara al pueblo y al clero á elegir un obispo para suceder á Honorato. Magno se dirigió á Roma siendo portador de una carta no firmada, donde se anunciaba que los votos recaian en favor de Constantino; y el papa sancionó esta eleccion, dispensando al elegido de ir á recibir la ordenacion á sus plantas, segun el privilegio de la Iglesia ambrosiana, aunque recomendando consultar tam-

(25) GREGORIO MAGNO, id. 28.
(26) *Ep.* I, 17.

bien á los milaneses refugiados en Génova. Habiendo dado estos igualmente su asentimiento, Constantino fué reconocido obispo, y cuando murió tuvo por sucesor á Deodato. Pero como Agilulfo queria poner uno de su agrado, Gregorio escribió á los milaneses que se mantuvieran firmes, pues jamás aceptaria un obispo elegido por personas no católicas y por longobardos. «Por otra parte, añadia, no os hallareis obligados á ceder á la necesidad, puesto que los bienes afectos á los clérigos que sirven á San Ambrosio, están en Sicilia y en otros puntos independientes.» (27)

Este gran pontífice ganó la confianza de Teodolinda, sostuvo su celo con frecuentes cartas, por lo cual ella atrajo á su esposo á la fé verdadera. A imitacion suya toda la nacion abandonó la idolatria y el arrianismo. Convertidos los longobardos al catolicismo, se mostraron sumamente celosos en favor del culto y multiplicaron las iglesias (28) que en ciertas poblaciones se contaban á centenares. A todas, escepto á las iglesias parroquiales, estaban incorporados ora monasterios, ora hospitales para los enfermos y para los viajeros. Teodolinda hizo que se les restituyeran sus bienes, y les aumentó con nuevas liberalidades. Mandó construir en Monza, «para ella, su esposo, sus hijos y sus hijas, y para todos los longobardos de la Italia,» la basílica de San Juan Bautista, que decoró con gran número de ornamentos de oro, y donde puso una corona (29).

Tambien tenia en esta ciudad un palacio enriquecido con pinturas que representaban usos nacionales, lo cual prueba que las artes no habian perecido. Atribuye la tradicion popular una infinidad de fundaciones á la piadosa reina, cuya memoria es bendecida todavia en Italia por el vulgo.

El reinado de Agilulfo fué turbado por algunos duques que se declararon en abierta rebelion, movidos quizá de su ódio á la dinastia bávara, ó tal vez incitados por una reaccion arriana contra el catolicismo dominante. Empleó alternativamente con ellos la clemencia y el rigor, endureciéndose en especial con los que habian favorecido á los extranjeros, como Minulfo, duque de la isla de Orta, que habia auxiliado una invasion de francos, y Mauricio, que habia entregado á Perusa al exarca romano.

Insurreccion de Roma.—Por esta época los emperadores iconoclastas (como lo referiremos más adelante estensamente) quisieron obligar á los romanos á renunciar al culto de las imágenes. Viendo estos que no podian asegurar de otro modo la libertad de las conciencias y la del culto, se decidieron á rebelarse y á sacudir el yugo. Gregorio Magno, que mil veces habia levantado su voz contra los abusos de los ministros griegos en Italia, alentó á los romanos en esta empresa; y aunque muy distante de favorecer á los longobardos, les reconcilió con el exarca Calínico. Pero habiendo quebrantado los griegos la fe jurada, y atacado en plena paz á Parma, donde sorprendieron y se llevaron esclava á la misma hija del rey, Agilulfo celebró alianza con el kacan de los ávares, enemigos perpétuos del imperio de Oriente. Este invadió la Tracia, y enviando un cuerpo de eslavos á Italia, contribuyó poderosamente á que la probabilidad del triunfo redundara en favor del rey longobardo, quien se apoderó de Cremona, de Mántua y de Padua que habian quedado á los emperadores, y castigó la perfidia del exarca entregándolas á las llamas.

Romilda.—Entre tanto los ávares, aliados infieles, se arrojaron de improviso sobre el Friul, donde sembraron el estrago. Gisulfo, duque de este pais, resistió hasta la muerte: Romilda, su esposa, continuó defendiéndose en el Foro Julio, donde se encerró con ocho hijos (611). Pero habiendo visto al kacan desde lo alto de los baluartes, impulsada, ora por un sentimiento lascivo, ora por la ambicion, concibió el pensamiento de obtener á costa de una traicion sus amores. En su consecuencia le propuso que le abandonaria la ciudad y cuanto poseyera, con tal de que se comprometiera á tomarla por esposa. Prometiólo en efecto: hizo ella que se le entregara la ciudad, que fué entrada á sangre y fuego; y después de haber poseido á Romilda una noche, la abandonó á la brutalidad de doce de los suyos, y luego mandó que fuera empalada, diciendo: «He aquí el marido que te conviene.» Muy diferentes de ella sus hijas, fingieron exhalar un olor fétido, para salvar su pudor de los atentados del enemigo.

Habia habido tregua con los francos, aunque no

---

(27) *Epist.* III, 26, 29, 30; IV, 1. Citaré un solo ejemplo de la manera que tiene de raciocinar Muratori en favor de los longobardos. Refiriendo que los arzobispos de Milan habian residido en Génova, desde Alboino hasta Rotaris, concluye así: «Esto prueba la moderacion de los reyes longobardos, que, dueños de la nobilísima ciudad de Milan, se contentaban con que aquellos arzobispos permaneciesen en Génova, ciudad enemiga, porque obedecia al emperador.» *Anales*, año 641. Semejante raciocinio equivaldria á querer probar la moderacion del Gran Turco ó del sofí de Persia por el hecho de hallarse entre nosotros los obispos de Corinto y Edesa.

(28) Leo dice: «Ningun rey se atrevió á enriquecer á los eclesiásticos católicos, porque todos se inclinaban al dominio de los romanos.» *Vic. della costit. in Italia*, §. 10, parte I. Rotaris fundó sin duda monasterios de esta clase, como lo prueba el documento publicado en los *Hist. patr. monumenta, Chart.* t. I, pág. 7.

(29) Léese en derredor de esta corona, que es de oro y guarnecida de piedras preciosas, con una cruz colgada de una cadenilla: AGILULFO GRAT. DI. VIR. GLOR. REX TOTIVS ITAL. OFERET SCO JOHANNI BAPTISTE IN ECLA MODICIA.

La fórmula *por la gracia de Dios*, inusitada hasta entonces é introducida más tarde por Pepino al frente de los diplomas, es digna de observarse, así como la *de rey de toda la Italia*, que no sin mayor fundamento fué empleada por Carlo-magno y Napoleon posteriormente. No aparece que los longobardos coronaran á sus reyes: les daban la investidura poniéndoles una lanza en la mano.

una paz duradera; Agilulfo la celebró resignándose á un tributo anual de doce mil sueldos, que continuó siendo pagado hasta el momento en que se redimió (606), mediante mil sueldos de oro entregados á cada uno de los tres ministros de Clotario II.

Adaloaldo.—Agilulfo se habia asociado al trono su hijo Adaloaldo (615), que le sucedió bajo la tutela de su madre Teodolinda. No bastaron á corregirle los cuidados de su piadosa madre, pues se entregó á tales accesos de crueldad, que se atribuyó la causa de ellos á un brevage que hubo de mandarle administrar el emperador Heráclio.

Ariovaldo.—Más ocupado de los intereses de los romanos que de los de su nacion, prohibia las incursiones en los territorios que habian quedado independientes: estos motivos reunidos hicieron que fuera depuesto por los grandes, quienes pusieron en su lugar á Ariovaldo, duque de Turin (625). Su reinado pacífico no ofrece sucesos ruidosos, salvo, no obstante, los disturbios escitados por la rebelion de dos hermanos, duques del Friul, y la sospecha de que obraran de acuerdo con Gundeberga, su esposa, y hermana de Adaloaldo que le habia allanado el camino del trono; y á ejemplo de Teodolinda, su madre, queria tal vez ingerirse en los negocios del Estado, sostenida por el amor de los longobardos. No sintiéndose Ariovaldo bastante fuerte para esterminar á los dos rebeldes, ganó á un ministro del imperio griego, quien les mató á traicion en Oderzo (635); y en recompensa le eximió del tributo que pagaban los exarcas de Rávena.

Rotaris.—Después de su muerte supo Gundeberga hacer que fuera elegido para sucederle su nuevo esposo Rotaris, duque de Brescia (636), pero no le fué fiel y tuvo muchas concubinas. Como ella elogiara un dia la hermosura de un cortesano longobardo, llamado Adaulfo, éste se atrevió á requerirla de amores, y rechazado por ella, la acusó para con su marido de estar en inteligencia con el duque Tason para envenenarle. Entonces Rotaris la hizo encerrar en el castillo de Lomelo. Pero el rey de los francos, Clotario, le dirigió quejas sobre su conducta; y alegando Rotaris la sospecha que habia concebido, uno de los enviados francos le dijo: «Nada más fácil que asegurarte de la verdad. Manda al acusador que combata con un campeon de la reina, y sea el juicio de Dios el que decida.» Fué aceptado el consejo y tuvo lugar el combate; sucumbió el acusador y Gundeberga fué restablecida en su buena opinion. (30)

Rotaris, aunque arriano, se mostró generoso con las iglesias. Bajo su reinado el obispo de Pavia, su capital, abrazó la fé católica y puso término al cisma. Para reprimir á los turbulentos, Rotaris condenó á muerte á muchos nobles longobardos; enseguida ocupó la region marítima, desde Luni hasta el territorio de los francos de Borgoña. En otro lugar veremos sus luchas con Roma, causa principal de la caida del reino longobardo.

De consiguiente, la historia longobarda de este tiempo se reduce á dos hechos; tentativas contínuas pero no unánimes de los dominadores para conquistar nuevas plazas á los griegos, y lucha interior entre el rey y los duques; exigiendo el primero la sumision, y obstinándose los otros en negársela hasta el punto de celebrar alianza con los enemigos de su nacion, y con aquellos francos que se ocupaban desde entonces en los asuntos de Italia.

Tácito nos da testimonio de que los longobardos que invadieron la Italia eran poco numerosos, cuando refiere que se complacian de ello; Procopio añade que era la nacion menos populosa entre las de sus inmediaciones (31). Resulta evidentemente la prueba de ello, de la necesidad en que se hallaron de tomar consigo treinta mil sajones ausiliares, y de la resistencia que opusieron á su primer choque, á pesar de que agregaron á sus banderas varias naciones vencidas (32), no solo Pavia, Cremona, Padua, Monselice, Oderzo y Brescelo, sino tambien plazas abiertas, como las de los alrededores de la isla Comacina en el lago Lario, donde los indígenas ó la poblacion que allí se habia refugiado, mantuvieron por espacio de veinte años su independencia, reconociendo la dominacion imperial (33). Posteriormente debieron mermar mucho en las guerras casi incesantes que hubieron de sostener durante dos siglos. Organizados como estaban, segun el modelo de un ejército, hallábanse aglomerados entorno de los castillos, donde los señores se habian fijado prefiriéndolos á las ciudades, al paso que las campiñas distantes, y especialmente las montañas, quedaban abandonadas á la poblacion indígena.

Si por una parte la imaginacion espantada lla-

(30) FREDEGARIO atribuye, no obstante, el hecho á Rodoaldo, así como Pablo el Diácono; pero no concuerdan los tiempos.

(31) *De bello góthico*, II, 14; III, 34.

(32) *Ditiores effecti, aucto de diversis gentibus quas superaverant exercitu, ultro cæperunt bella expetere.* PABLO DIAC., I, 20.

(33) La historia no habla sino de la isla; pero es tan pequeña, que debe creerse comprendidos bajo este nombre los alrededores. Prueban esto dos inscripciones de 571 y 572, puestas en Lenno, tierra de aquella orilla, donde el año está indicado por cónsules y se llama á Justino *nuestro señor*.

HIC REQVIESCIT IN PACE FAMVLVS XRI LAVRENTIVS VENERABILIS SACERDOS QVI VIXIT IN HOC SÆCVLO ANNOS LV, DEPOSITVS SVB DIE III NONA JVLII POST CONSVLATVM DOMINI NOSTRI JVSTINI PERPETVI AVGVSTI ANNO VI INDICTIONE IV.

HIC REQVIESCIT IN PACE BONÆ MEMORIÆ CYPRIANVS QVI VIXIT IN HQC SÆCVLO ANNOS PLVS MINVS XXXIII DEPOSITVS SVB DIE VII KALENDAS OCTOBRIS INDICTIONE V POST CONSVLATVM DOMINI NOSTRI JVSTINI PESPETVI AVGVSTI ANNO VI.

maba torrentes y diluvios á las invasiones de los bárbaros, tambien la piedad exageraba sus esterminios: ni puede entenderse de otro modo Gregorio Magno cuando dice que la poblacion italiana, compacta en otro tiempo, como las espigas de trigo, ha sido anonadada y muerta; que todo el pais ha quedado reducido á un desierto, poblado solo de fieras. Comparémosle con Pablo el Diácono, panegirista de la dominacion longobarda, «bajo la cual, dice, no se hizo ninguna violencia; no se tendió ningun lazo; nadie molestaba ni despojaba á los demás injustamente; no habia robos ni rapiñas; cada cual iba sin miedo donde le placia (34).»

Si la dominacion de los conquistadores civilizados dista mucho de proporcionar tanta ventura ¿cuánto menos debian proporcionarla conquistadores bárbaros que empezaron por despojar violentamente á los indígenas de parte de sus bienes, y luego se apoderaron de todas sus propiedades?

Los indígenas.—Olvidando este mismo historiador las frases de retórica de que se sirve con harto gusto, dice de Clefis, que esterminó á la nobleza; y nos enseña que, bajo los treinta duques, muchos nobles romanos fueron «muertos por codicia; que otros fueron repartidos entre los *huéspedes*, de modo que figuran como tributarios suyos, pagándoles una tercera parte de los productos; que fueron despojadas las iglesias, degollados los sacerdotes, esterminada la poblacion y derribadas las ciudades (35).» Este es el tratamiento que sufrió lo más selecto de la poblacion italiana.

No tuvieron ya que dividir solo las tierras, como habian hecho con los *huéspedes* hérulos ó godos, sino que dar la tercera parte de la cosecha á cada uno de los longobardos á quien habia tocado cada romano. Reducidos á la clase de *aldios*, esto es, tenedores, terciadores ó colonos, no poseian nada por sí, ni podian casarse con mujer libre, ni servir en la milicia, ni dirigir la palabra á los tribunales; así consideraban los bárbaros la condicion de tributario.

Algunos niegan esta destruccion total de los nobles, es decir, de los propietarios, por que Gregorio Magno hace mencion muchas veces de los nobles de Milan y de otras ciudades (36); pero á más de que este pontífice seguia en las cartas las fórmulas usuales de su curia (37), no reconocia la ocupacion de los longobardos, ni el despojo de los vencidos; procedia, pues, del mismo modo que obraría en nuestros dias una cancilleria que continuara tratando como familia reinante á la rama caida de los Borbones.

Se alega, además, como prueba á una jóven llamada Teodota, de familia senatorial, la cual no habiendo podido sustraerse á la pasion brutal del rey Cuniberto, fué á llorar su virginidad perdida al monasterio de Santa Maria de Posterla en Pavía (38); luego se cita tambien á los ricos propietarios que se regian por la ley romana, es decir, á los hombres de orígen italiano, que tornaron á aparecer luego que hubo cesado la dominacion estranjera. Pero conviene reflexionar que hasta en los paises conquistados inmediamente, muchos indígenas huyeron á las islas, á las costas, al seno de las montañas y antes de abandonarlas, les fué dable convenirse con los vencedores, conservando sus títulos y haciendas. Esto debió suceder con más frecuencia en los paises subyugados sucesivamente, cuyos habitantes pudieron conservar al rendirse parte de sus antiguos derechos. Tambien hubo otros, que fueron á fijarse en las tierras de los longobardos dejando, las que no habian sido jamás sometidas, especialmente después que los dominadores se aplacaron y que la dominacion pasó á los francos. Estos accidentes bastan á esplicar la mencion que se hace, de nacion romana, de

---

(34) Lib. II, 16.

(35) *Populi aggravati per longobardos hospites partiuntur.* II, 32. El manuscrito que existe en la Biblioteca Ambrosiana de Milan, dice: *pro longobardis hospicia partiuntur.* Hay ambigüedad en uno y en otro caso, y quizá el verdadero texto es *multa patiuntur.*

(36) Varias de sus cartas están dirigidas al *populus et ordo* de las ciudades longobardas. Constantino, obispo de Milan, habla de un tal Fortunato, de quien habia oido *per annos plurimos inter nobiles consedisse et conscripssise.* Ep, IV, 29.

(37) Tan cierto es esto, que se sirve de las mismas fórmulas respecto de los turingios, que nunca habian tenido municipio.

(38) Epitaño de Teodota:

. . . . *Posim:. Theodotæ.* . . . .
Cœliculæ sit demum:. ejus prosapiam texam
Mater vixit virginum:. per annos nimium plures
In grege dominico:. pascens oviculas Christi
Quas fovens docuit arguit correxit amavit
Invidus nec perderit ejus ex ovibus quenquam
Frontem rugatam tenens:. erat quibus pectore pura
Cujus abstinebant a flagellis placidæ manus
In tribuendo dapes egenis dapsiles erant
Moribus ornata prodiens fautrix atque honesta
Patiens magnanimus:. corde dextraque pia
Decebat sic denique:. tali cum ex stirpe veniret
. . . *Ex novili:. crescens ut fluvius fonte*
. . . *Extra sagga:. genitorum extitit magna*
. . . *Regali linea splendet*
Si ad cursus rerum et præsentis studia sæcli
Tendatur oratio, multa sunt quæ possumus dici
Per te semper virginis nitiscit pulcrum dilubrum
Auferens vetusta;. justauras vilia cuncta
Namque domicilia sita cænubio ridunt
Vultu intuentium præcellentes mœnia prisca
Nec sunc in orbe tales:. præter palatia regum
Nec ss. ecclesias:. quæ vibrant fundamine claro
Et piis exequatur qum a cunctis coluntur
Hoc ergo Theodota alumnis tua Theodotæ
Cui relinquisti nomen dignitatem cathetram
Nimis cum lacrimis afflicto pectore domna
Lapidibus sarcophago ornans excolui pulcris
Denos duosque circiter annos degens. . . . . .
. . . *Egregia vitæ spiracula clausit*
. . . *d.p. s.* II. *d. mensis april. ind.* III.

nobles, de senadores (39); este último título no podia indicar otra cosa en todos los casos que una categoria personal y no de origen.

Nunca hablan los reyes longobardos de la nacion vencida (40), de donde han querido deducir algunos que la dejaron que continuara viviendo bajo la ley romana. Pero cuando el espíritu del estatuto longobardo, que segun probaremos, rechazaba la personalidad de la ley, ¿qué significaria aquella facultad de vivir bajo la ley romana? Esta ley supone funciones públicas y atribuciones borradas ya por la conquista. El hecho de que los naturales habian venido á ser tributarios y dependientes de otro pueblo, introducia relaciones esencialmente nuevas. ¿Cómo podian ser reguladas por la ley romana? ¿Cómo subsistia ésta cuando habian cesado los que podian modificarla segun las circunstancias?

Cabe en lo posible creer que la ley romana fuera observada únicamente en los tribunales, viendo que los códigos de los bárbaros no contienen en gran parte más que disposiciones criminales. ¿Pero quienes eran los jueces? Reduciéndose por lo comun las penas entre los bárbaros á multas y composiciones: ¿cómo aplicarlas á los romanos, cuyas leyes estaban combinadas de otro modo? Además, entre los bárbaros el poder judicial está constantemente reunido á la autoridad militar: ¿cómo, escluidos de ésta los romanos, hubieran podido hallarse investidos con aquel? (41).

Estaba señalado en las legislaciones bárbaras diferente precio (*guidrigild*) á las injurias ó al asesinato de un hombre, segun su clase ó la mayor ó menor parte que gozaba de ciudadania. Así, entre los francos, por la muerte que se daba á un ciudadano se pagaba doble precio que por la que se daba á un propietario romano: entre los ripuarios se pagaban doscientos francos por el asesinato de un ciudadano, ciento sesenta por el de un extranjero germánico, y ciento por el de un romano: distincion injuriosa, pero que prueba la existencia de personas romanas. Mas entre los longobardos no se halla establecido ningun guidrigildo referente á los romanos, de modo que parece estaban reducidos á la condicion de aldíos, esto es, cosa de un señor, al cual incumbia la reparacion de los perjuicios que se les irrogasen.

De consiguiente, el legislador longobardo no ejercia actos de clemencia, sino de indolencia, cuando permitia al romano vivir con arreglo á su ley, puesto que esto equivalia á privarle de todos los derechos inherentes á la calidad de ciudadano. Por eso los antiguos romanos, no estableciendo nada acerca de los matrimonios de los plebeyos y después de los esclavos, los consideraban como simples concubinatos, sin legitimidad civil. Acontecia lo propio con los de los italianos bajo los longobardos: solo la Iglesia que los bendecia, hacia caso de ellos. Otro tanto sucedia en los demás contratos; pues si algunas de las leyes romanas continuaron vigentes, debieron ser solo de derecho privado.

Sin embargo, precisamente á causa de esta indolencia han creido algunos que continuó subsistiendo una especie de régimen municipal, aunque alterado por la organizacion militar de los longobardos y por la cesacion del sistema de los tributos, que era su base y objeto bajo los romanos (42). Pero ya hemos visto cuál era su nulidad á la conclusion del imperio (43): durante el gobierno de los bárbaros la única atribucion que quedó á la curia fué registrar ciertas actas, como aparece de algunas fórmulas de los francos; pero en los paises sometidos á los longobardos no se percibe ni aun esto. Entre tanto seria preciso esplicar cómo á haber sido cierto que los longobardos dejasen la ley antigua á los vencidos, hubieran podido estos acudir para que se castigase á un vencedor por un homicidio ú otra violencia; cómo podia castigarse á los longobardos con multas y á los romanos con penas aflictivas; cómo habia de permanecer en tutela perpétua la mujer longobarda, y no las de los vencidos; cómo se resolvian los litigios de los romanos con testigos y pruebas, y los de los longobardos con el duelo y otros juicios de Dios; y esto en un solo pais y bajo la autoridad de un mismo rey. Además, el derecho supone la

---

(39) Tal es la opinion de Troya, contraria á la de Savigny, V, 122.

(40) Rotaris castigó con una multa de veinte dineros, la fornicacion con una criada (*gentilem*), de doce con una romana; pero esto puede entenderse de las que habian sido llevadas esclavas en gran número después de la conquista de Génova y de otras ciudades romanas.

(41) José Rovelli, en quien el buen sentido suple por la falta de erudicion, hace reflexiones sobre algunas cosas, de mayor importancia quizá, que no advirtieron sus contemporáneos: «La reunion de los mandos militar y civil en todas las prefecturas mayores y menores, produjo para los italianos súbditos del reino longobardo la fatal consecuencia de alejarlos de todos los empleos y honores, y de quitarles, por lo mismo, los medios de conservar su antigua dignidad ó riqueza, ó de elevarse á una nueva.» *Disert. prelim. á la historia de Como*, tom. I, pág. 143. Estas *prefecturas mayores y menores* es un error en que le ha inducido Muratori. Tambien á él después *le parece verosimil que* «los longobardos prefiriesen á las demás tierras las que habian permanecido incultas ó desiertas.» ¡Extraña verosimilitud!

(42) Así lo sostiene Savigny, negándolo absolutamente Leo y Troya.

(43) Justiniano lo dice repetidas veces. *Nov.* XXXVIII del 546: *Curiales... cæperunt se eximere curiæ, et occasiones invenire per quas liberi ab his efficerentur. Ita civitates diminutæ... Decuriones facultatibus... et corporibus fraudare curiam voluerunt, rem omnium impiam adinvenerunt, a legitimis nuptiis abstinentes, ut eligerent magis si ne filiis quam sub lege deficere... Transtulerunt curialium facultates ad alias personas, nihil exinde habente curia... sub falsis causis facientes donationes... Vidimus quosdam sic adversos esse contra proprias patrias...*

fuerza de protegerlo; y los romanos hacia tiempo que habian perdido el uso de las armas, y entonces les quitaba todo derecho de usarlas la constitucion de los vencedores.

Como en tiempo del imperio siguieron administrándose las ciudades marítimas y aquellas donde los godos y los longobardos penetraron solo momentáneamente ó no penetraron nunca. No habia en ellas magistrados bárbaros: los emperadores de Constantinopla no podian ó descuidaban enviar siempre gobernadores desde tan lejos, y frecuentemente se interrumpian las comunicaciones con el exarca de Rávena. Proveyeron, pues, los municipios por sí mismos á su administracion y á su defensa, destinando á este uso el dinero que tenian costumbre de pagar á título de contribuciones. De esta suerte tuvieron á su disposicion tesoros, ejército, administracion civil y judicial, en suma, libertad de hecho.

Leon VI abolió el nombre de cónsul, hácia el año 890 y tambien las curias, como una institucion onerosa y añeja, además de inútil, por fiarse ya todo á la solicitud del emperador (44). Mas á la sazon, se habian aflojado tanto los vínculos que unian á las ciudades italianas con el imperio de Oriente, que duraron las curias, aunque modificadas; quedaban el Senado y el *pater civitatis* elegido por el pueblo; pero desaparecieron los *defensores* y los *magistratus*; el exarca y el papa nombraban los empleados civiles y militares. Los dos poderes permanecieron separados tambien respecto de la administracion de justicia, por lo cual existian las dos administraciones de los jefes y los jueces dativos, aunque á veces se reunian en la misma persona (45).

Las ciudades fueron tomadas muchas veces, y muchas veces quizá se libertaron por sí mismas. Opuestísimos los obispos á los longobardos habian conservado riquezas considerables y un inmenso poderio, especialmente los de Rávena y Roma. Hallándose ocupada la silla de esta última ciudad por un varon insigne, vino á ser más fácil el triunfo del partido nacional. Ya en esta época se hacen las ciudades mútua guerra, y los obispos pelean contra los papas y los exarcas; síntomas de libertad que se anuncian en Lombardia nuevamente en los siglos XI y XII. En vez del jefe á quien delegaban los emperadores de Oriente para ejercer la autoridad, elegian ellas á un ciudadano; y á medida, pues, que iban degenerando los griegos, eran causa ó incentivo para que se despertasen en Italia las virtudes republicanas, y el hombre recuperaba su propia dignidad con todas las ventajas que de ella se derivan infaliblemente. Cuatro ó cinco siglos después hubo un instante en que tanto las ciudades que habian sido dominadas por los longobardos, como las que no sufrieron su yugo, se encontraron reunidas en la liga de Lombardia, Marca y Romania, apareciendo en ellas poco más ó menos iguales de gobierno municipal. De modo que, los que hacen la reflexion de que tenian las mismas cuando se apoderaron de ellas los invasores, se sienten inclinados á creer que aun en las ciudades sometidas á los longobardos se conservaba algo del antiguo municipio.

Sin embargo, vanamente se buscarian vestigios de éste, ni tampoco puede descubrirse en las leyes, concernientes únicamente á los vencedores, cuál podia ser la condicion de los vencidos, aunque los primeros se sintieran inclinados á venerar en los otros la dignidad del sacerdocio ó la superioridad del saber, y hasta se vieron obligados á emplearlos para notarios ó para la redaccion de sus leyes. El que quiera ver á los indígenas, que los busque en las faenas de la paz, en el cultivo de los campos encargado á la poblacion desarmada, en las *gildas* (46) que formaban entre sí los indígenas para prestarse recíprocamente socorros en caso de incendios ó de otros desastres, y quizá para oponer á veces un obstáculo á la tirania brutal de los dominadores.

Régimen eclesiástico. — La poblacion italiana subsistia especialmente y tenia su representacion en la Iglesia y el clero. Se reunia para elegir sus obispos y sus párrocos, adhiriéndose tanto más á los sacerdotes y á los religiosos, cuanto que, salidos tambien de la clase de los vencidos, protegian y consolaban á los oprimidos. Entre ellos se conservaba, al menos en los asuntos eclesiásticos, la ley romana, que los sustraia en parte á la jurisdiccion de los longobardos, los cuales les dejaban resolver sus diferencias ante las curias episcopales. Los eclesiásticos eran hermanos, hijos y allegados de la poblacion indígena, y podian insinuarles los

---

(44) *Nunc (curiæ), eo quod res civiles in alium statum transformatæ sint, omniaque ab una imperatoriæ majestatis sollicitudine atque administratione pendeant, ne in cassum circa legale solum oberrent, nostro decreto illinc submoventur.* Nov. 94 y 96 Leonis.

(45) SAVIGNY, V, 117.

(46) Algunos creen que las *gildas* ó *gildonias* eran simplemente hermandades religiosas; pero nosotros las tenemos por asociaciones del género de aquellas cuya necesidad se hace sentir cuanto más se afloja el vínculo social. Con efecto, inspiraron miedo á los fuertes. Carlomagno las prohibió con la 31 de las leyes añadidas á las longobardas. «Nadie se permita prestar juramento por gildonia: aquellos que quieran disponer de sus limosnas para incendios ó naufragios, háganlo de otra manera, aunque no jurando.»—Y Lotario I, más rigurosamente todavia, en la cuarta de sus leyes longobardas: «Nadie haga una gildonia, ni por obligacion ni por juramento. En el caso en que se atrevieran á hacer una, el primero que haya dado el consejo sea desterrado á Córcega por el conde, y paguen los demás una multa.»

Tambien se habian formado *guild* en Inglaterra, asociaciones cuyos miembros contribuian con un *geld*, dinero para la industria y el comercio. Volvemos á hablar de los *gildas* en el libro XI, como de uno de los elementos de que se formaron los concejos.

principios de órden propios de su clase. «¿No ha cuidado el conquistador de vosotros? Pues bien, cuando os ocurra alguna disputa remitios á nuestra mediacion y nosotros la arreglaremos equitativamente. ¿No ha provisto el longobardo á la organizacion del concejo, á las medidas de policía? Pues bien, proveed vosotros segun las costumbres de que teneis tradicion. Esta dominacion inquieta pone trabas á todo comercio; pues bien, venid al convento un dia por semana, y protegidos por la inmunidad eclesiástica, reunios para comprar y vender en el recinto sagrado. ¿Os sigue el poderoso con la espada desnuda? Refugiaos en los asilos que os abren los sagrados lugares. Aunque vencidos, sois los verdaderos creyentes, á la par que ellos son arrianos. Sois los hijos de Dios en el cielo y del papa sobre la tierra: el papa os bendice, al paso que reprueba á la raza *repugnante y nefanda* de los longobardos.»

Ahora mismo en Irlanda todas las tierras están en manos de los nobles, es decir, de los antiguos conquistadores ingleses, que, aun siendo cristianos y predicando la libertad en su pais, no se mezclaron con los vencidos, y continuan teniendo aquel numeroso pueblo en la condicion de colonos, sin industria, haciendo servir á su opresion toda institucion liberal y civil. Sin embargo, el pueblo tiene su gobierno propio, interior, independiente del inglés, hasta en oposicion con él, nacido de la comunidad de miserias, de sentimientos, de creencias, de pasiones, de intereses, que tiene por centro al clero, y halla obediencia, aunque desprovisto de medios coercitivos.

Poco más ó menos aconteció lo mismo en Italia en tiempo de los longobardos; la autoridad eclesiástica, única que habia sobrevivido, vino á ser el núcleo en cuyo rededor se reunieron las esperanzas y los derechos de todos los italianos que habian sobrevivido, y donde adquirian alguna organizacion. Ciertamente nada hay que indique una ciudad, un régimen comunal; pero el pueblo subsiste, y se halla enlazado á una clase respetada hasta por los invasores; y volverá á erguir la frente si aquella llega á obtener alguna representacion.

Este estado de cosas acrecentaba el poder de los obispos, sostenedores del partido nacional (47). Después, cuando Teodolinda determinó el triunfo del catolicismo, fué reconocido legalmente lo que antes habian hecho de una manera arbitraria, y continuaron fallando sobre los asuntos de jurisdiccion voluntaria, salvo el derecho de llevar ante el rey la apelacion de sus sentencias. No obstante, jamás adquirieron carácter público, y no fueron admitidos en las asambleas hasta el tiempo de Carlomagno.

En esta época se multiplicaron los monasterios, y muchos de ellos obtuvieron inmunidades como las propiedades de los obispos. Teniendo bajo su dependencia muchos individuos, colonos ó dependientes, por quienes estaban obligados á suministrar *vadia* ó fianza, adquirian sobre estos el *mundio*, tutela longobarda, que se introdujo de este modo en la legislacion eclesiástica. Algunos daban la *vadia* á las ciudades, otros al rey mismo, y estos eran los más considerados; de manera, que su abad apenas cedia en dignidad á jueces y gastaldos. A veces hasta eximia el rey á un monasterio de la jurisdiccion de los ordinarios, libertando á otros del pago de los impuestos.

Lo dicho hasta aquí es más que suficiente para indicar cuánto discordamos de los que creen que longobardos y romanos formaron un solo pueblo que disfrutaba de derechos políticos iguales (48). ¿Qué motivo pudieron haber tenido los longobardos, señores del pais, para querer renunciar á sus privilegios? Residieron aquellos dos siglos en el italiano suelo, como hace tantos que dominan los turcos la Grecia, y los señores húngaros y polacos sobre la turba plebeya.

A fin de impedir por el contrario la comunidad de aquellos privilegios, prohibia la ley los matrimonios, no solo con los vencidos, envilecimiento que no sancionaba, sino tambien con los indígenas no avasallados; pues á estos se refiere, en nuestro sentir, el estatuto por el cual se ordena que si un romano se casa con una longobarda, ésta perderá sus derechos y sus hijos seguirán la ley del padre (49); es decir, que no gozarán los privilegios de la nacion dominadora. Así los sucesores de Alboino se titularon siempre reyes de los longobardos: solo los longobardos intervenian cuando se trataba de sancionar las leyes destinadas á no regir más que á los vencedores; prueba evidente de que jamás se confundieron vencedores y vencidos.

Mixtion.—Sin embargo, algunos hechos indican que la fusion pudo comenzar á operarse. Solian los longobardos alistar á los esclavos en sus ejércitos (50), luego estaba espedito para estos, aun

(47) Gregorio Magno escribia á propósito de Constancio: *Quam fuerit vigilans in tuitione civitatis vestræ, non ha*[illegible]*mus incognitum.*

(48) «Habian estado los longobardos doscientos veintidos años en Italia, y ya no tenian de extranjeros más que el nombre. MAQUIAVELO, *Hist.* lib. I. Habiendo desaparecido la diferencia de trato, y convertidos en un solo pueblo romanos y longobardos, se impuso á cada uno la misma medida de tributos.» MURATORI, *Ant. ital.* XXI. Feliz más bien que desgraciada debia ser la condicion de los ciudadanos tanto longobardos como italianos, los cuales formaban con ellos un mismo cuerpo social y una república.» *Antichitá long. mil.*, I.

(49) *Si romanus homo mulierem longobardam tulerit, et mundium ex ea fecerit... romana effecta est; filii qui de eo matrimonio nascuntur, secundum legem patris romani sint.* LIUTPRANDO, ley 74.

(50) *Longobardi, ut bellatorum possint ampliare numerum, plures a servili jugo ereptos ad libertatis statum perducunt: utque rata eorum possit haberi libertas, sanciunt more solito per sagittam, immutantes nihilominus, ob rei firmitatem, quædam patria verba.* PABLO DIÁCONO, I, 13.

cuando de raza romana, el camino del valor, y por su medio el de los honores, si bien no de los principales. Si fuese verdad que el siervo emancipado seguia la ley del que lo emancipó (51), seria esta otra manera para los vencidos de entrar en la sociedad de los vencedores; pero se ha interpretado de diferente manera el texto en que se apoya esta conjetura. Ciertamente obtenian tierras los emancipados, como pecheros libres, ó se dedicaban á oficios no serviles, con lo cual se estendia el tercer estado. Los eclesiásticos que en las cosas sacerdotales seguian los privilegios romanos, en las civiles eran igualados á los longobardos, aun cuando de orígen romano, y gozaban del guidrigildo, y podian averiguar la verdad con la punta de la espada. El longobardo mismo se apasionó por su suerte, esto es, por el campo que le habia tocado, y toleró que tuviesen derechos los campesinos afectos á su terreno, consintiéndoles un guidrigildo más elevado y la facultad de disponer de su peculio. Pero si la antipatia nacional y religiosa, y la soberbia de los vencedores dejó algun medio á los vencidos para adquirir los derechos de aquellos, no fué esto sino en la época de Liutprando, cuando se habia introducido un derecho menos feroz, enriquecido por el más estenso y científico que los romanos habian trasmitido, y el cual venia á alcanzar una victoria intelectual sobre aquellos que con la alabarda habian destruido la ciudadania romana.

---

(51) *Omnes liberi qui a dominis suis longobardis libertatem meruerunt, legibus dominorum suorum et benefactorum vivere debeant, secundum qualibet a suis dominis propriis concessum fuerit.* ROTARI, *Leg.* 239. Aquí es claro que *lex* significa las condiciones «impuestas por los dueños á cada emancipado.»

CAPÍTULO IX

LOS FRANCOS.

Ya hemos visto en otro lugar el orígen de los francos y su subdivision en dos ramas; la de los salios y la de los ripuarios (1). Procedió el nombre de estos últimos de que ocuparon las provincias de la Galia y de la Germania que se estienden por las dos orillas del Rhin, desde Colonia á Coblenza y al Este hasta Fulda, donde partieron quizá las tierras con los primitivos propietarios; los salios poseian parte de la isla de Batavia y de la Toxandria. Al Norte confinaban con los tongros, junto á cuyas fronteras se alzaba Dispargo (2).

Altaneros y valientes hasta la ferocidad, atrevidos hasta la temeridad, de poca fe y muy hospitalarios, dice Libanio (3) que son «mas terribles por el valor que por el número; bravos en el mar no menos que en la tierra, desprecian las intemperies, mirando la guerra como su elemento, la paz como una calamidad, y el reposo como una esclavitud; si son vencedores nada los contiene; si vencidos, se reponen inmediatamente antes que los enemigos hayan tenido tiempo siquiera de quitarse el yelmo de la cabeza». Hablaban un idioma teutónico; eran de estatura colosal; llevaban sus cabellos rubios recogidos sobre la frente; se afeitaban la nuca y la cara, excepto algunos penachos de barba bien peinada; sus ojos eran verdosos con la pupila blanca y brillante como el agua; vestian túnicas de pelo que apenas les llegaban á las rodillas, ceñidas al cuerpo por un largo cinturon del cual pendia la pesada espada; un ancho escudo protegia su cuerpo, y se deleitaban en manejar y lanzar las franciscas, dando siempre en el blanco y sabiendo de antemano cuanto habian de penetrar en el cuerpo del enemigo, sobre el cual á veces se lanzaban á saltos.

Faramundo.—En Dispargo residian los jefes militares elegidos entre las familias más distinguidas, y recordados con el título de reyes por historiadores y poetas. El primero cuyo nombre se indica es

---

(1) Véanse lib. VII, cap. 2.

Sidonio Apollinaris, *Carmina et epistolæ*, son la fuente más rica de conocimientos respecto de aquella época.

Gregorio de Tours, *Hist. eccles. Francorum*, lib. X.

Fredegario, *Hist. epitomat.*

Gesta regum Francorum, de autor incierto.

Aimoin, *De gest. rég. Francorum*, lib. V.

Idatii, Prosperi Tyronis, Prosperi Aquitani, Marii Arenticensis, comitis Marcellini, *Chronica*, sin hablar de las de Herman Contrato, de Sigeberto de Gemblours, de Ariulfo de Centulla, de Hugo de Berdun, fundidas en las grandes crónicas de San Dionisio; de la vida de Santa Clotilde y de otros santos; y de las cartas de Avito, Clodoveo, Remigio y otros; recopiladas por Bouquet.

Adriano Valesio.—*Gesta Francorum*. Paris, 1646.

Roth.—*Ueber den burgerlichen Zustand der Gallier zur Zeit der frankischen Eroberung*. Munich, 1827.

Phillips, *Deutsche Geschichte*.

H. G. Moke.—*Historia de los Francos*. Paris, 1835, se ha publicado solo el primer tomo.

Luden, *Gesch. der Deutschen*.

Sismondi.—*Historia de los franceses*. Paris, 1821-43, 31 tomos.

Fauriel.—*Historia de la Galia Meridional*. Paris, 1836.

Turk, *Forschungen auf dem Gebiete der Geschichte*.

Pertz.—*Gesch. der merovingischen Hausmeier*. Hannover, 1819.

Thierry, *Cartas sobre la historia de Francia.—Relatos de los tiempos merovingios*, 1840.

Michelet, *Historia de Francia*.

(2) En Gregorio de Tours se halla á menudo: *Dispa-ragum in terminis Turingorum*. Yo corrijo *Tungrorum*.

(3) *Orat.* III.

Faramundo, hijo de Teodomiro ó de Marcomiro, quien, dado caso que existiera, hubo de reinar del año 419 al 428 ó 430, cuando pasó la autoridad á Clodion el Cabelludo. Este jefe salió de Dispargo para marchar sobre Cambray y se adelantó hasta el Somma, pero batido por Aecio en Elena (*Vieux Hesdin*), estableció su campo á orillas del Mosa y del bajo Rhin (4).

Meroveo.—Meroveo, que le fué dado por sucesor, venció (451) á los hunos de Atila en los campos Cataláunicos (*Mery-sur-Seine*), y dió su nombre á la primera raza de los reyes francos; dado que no fuera esta una denominacion comun á todos los reyezuelos de las diferentes ciudades (5).

Cuéntase (así se esplica Gregorio de Tours) que Meroveo, de la familia de Clodion, habia dejado hacia dos años (459) el mando real de los francos en la Galia á su hijo Childerico, cuando éste se hizo aborrecer seduciendo á las hijas de los guerreros y fué depuesto. Viendo que se le tendian lazos huyó hácia la Turingia, dejando en las Galias á Viomades, fiel servidor suyo, á fin de que procurara reconquistar los ánimos, y le dió por señal la mitad de una moneda de oro que debia enviarle en el momento en que pudiera volver sin peligro. Eligieron los francos en su lugar á Egidio (6), maestro de las milicias romanas y conde de Soissons. Pero habiendo permanecido éste fiel al emperador Mayoriano, Recimero concibió odio hácia su persona, y confirió el título de maestro de las milicias á Gundioco, rey de los borgoñones (462), permitiendo que Teodorico ocupara á Narbona, barrera alzada entre Egidio y la Italia. No contento con esto Teodorico envió hácia el Loira á su hermano Frederico con los alanos mercenarios. En este peligro inminente creyó Egidio proceder con acierto llamando de nuevo á Childerico, á quien echaban de menos los francos. Entonces Viomades hizo que llegara á su poder la media moneda de oro. Habiendo regresado Childerico reinó con Egidio, y destrozaron cerca de Orleans á los últimos alanos que habian quedado en las Galias.

Childerico I.—Muerto Egidio de una epidemia ó envenenado (464), robusteció Childerico su autoridad sobre los salios, guiándoles á espediciones aventureras hasta las orillas del Loira, que se disputaban á la sazon los romanos, los visigodos, los sajones y los bretones. Durante su destierro, Basina, mujer del rey de Turingia, cerca del cual se habia refugiado, se habia enamorado de su persona; y cuando volvió entre los suyos huyó con él diciendo: «Si hubiera conocido á un hombre más vigoroso que tú, le hubiera dado la preferencia (7).»

Clodoveo.—De esta union adúltera nació Ludwig Clodoveo, que sucedió á su padre á la edad de quince años (481) como jefe de la tribu sálica, y es considerado como fundador de la monarquia francesa.

Visigodos.—Entonces se hallaba dividida la Galia entre seis naciones. Dominaban los visigodos en las provincias meridionales, teniendo por confines el Loira, el Ardeche y el Ródano; poseian tambien el Mediodia de la Provenza. Desde las conquistas de Eurico en España, era el pueblo más poderoso entre los bárbaros.

Bretones.—El menosprecio, más bien que el espíritu de rebelion, habia determinado á las provincias

---

(4) *Francus Germanum primum, Belgamque secundum*
Sternebat; Rhenumque, ferox Alemanne, bibebas
Romanis ripis, et utroque superbus in agro,
Vel civis, vel victor eras.
(SID. APOLL. in *Aviti Paneg.*)

(5) *Meer-wig*, héroe del mar.

Hé aquí la significacion de los nombres francos segun las raices del antiguo aleman con arreglo al *Deutsche grammatik* de Grimm. Gottinga, 1822.

Hlodio-Hlod, célebre.
Mero-wig, guerrero insigne.
Hilde-rik, bravo en la batalla.
Hlodo-wig, guerrero famoso.
Theode-rik, bravo ó poderoso sobre el pueblo.
Hlodo-mir, caudillo célebre.
Hilde-bert, brillante en el combate.
Hlot-her, célebre y eminente (alto aleman).
Theode-bert, resplandeciente entre el pueblo.
Theode-bald, atrevido entre el pueblo.
Theode-ald, firme entre el pueblo.
Hari-bert, esplendente en el ejército.
Gont-hram, fuerte en la batalla (alto aleman).
Hilpe-rik, poderoso en socorrer.
Sighe-bert, brillante por la victoria.
Dago-bert, luminoso como el dia.
Rod-bert, brillante por la palabra.
Land-rik, poderoso en el pais.
Berto-ald, espléndidamente firme.
Warna-her, eminente por proteccion.
Ega, sútil.
Grimo-ald, firme en la fiereza.
Erkino-ald, firme en la sinceridad.
Ebro-in, (Ebro-win), vencedor rápido.
Wert, digno.
Raghen-fred, protector poderoso.
Karle, robusto: *Karlo-man*, hombre robusto.
Ode, rico ó venturoso.
Rad-ulf, pronto en el socorro.
Hug, inteligente.

(6) Es probable que no fuera hecho rey, sino que tomara solo á su servicio á los francos habituados á combatir á sueldo de los romanos.

(7) *His ergo regnantibus simul, Basinia, relicto viro suo, ad Childericum venit, qui, eum sollicite interrogaret qua de causa ad cum de tanta regione venisset, respondisse fertur: Novi, inquit,* utilitatem *tuam, quod sis valde strenuus: ideoque veni ut habitem tecum. Nam noveris, si in transmarinis partibus aliquem cognovissem* utiliorem *te, expetisem utique cohabitationem ejus. At ille gaudens, eam sibi conjugio copulavit.* Aquel *utilis* y *utilitas* se ha traducido: «Os conozco por un hombre de honor, valeroso y digno de mi afecto. Si hubiera en el mundo un hombre de más mérito que vos, etc.» La diferencia que hay entre el texto y la version puede indicar la fidelidad de las traducciones, y la distancia de civilizacion entre la época de Gregorio de Tours y la de Du Bos.

armóricas ó marítimas á negar obediencia á los débiles emperadores de Oriente, y habian formado una confederacion de ciudades libres que mantenian tropas en pié para la comun defensa. Otros bretones fugitivos de su patria insular, cuando fué invadida por los anglo-sajones, habian llegado á refugiarse en la Tercera Lionense, en medio de una poblacion que hablaba la lengua céltica como ellos. Conservábanse los vestigios de la antigua bravura á la estremidad de la Armórica entre los osismianos que se distinguian por su valor, por su agilidad y por su lealtad á sus jefes hereditarios. No habian abandonado el culto druídico, y todavia con frecuencia, á pesar de las leyes, derramaban sangre humana para aplacar á los dioses. Después de haber pasado algunos de ellos su juventud en medio del pillage y de las devastaciones, tocados de arrepentimiento, abrazaban el cristianismo, y muchos merecieron por su penitente vida ser contados entre el número de los santos.

Borgoñones.—Los burgundos ó borgoñones se habian establecido de 406 á 413 entre Basilea y el Mediterráneo, Nevers y los Alpes; abarcaban la Provenza septentrional, el Delfinado, las Cevennas, el Lionesado, la Borgoña, el Franco-Condado, Langres en Bassigny, la Suiza francesa, el Valés y la Saboya: su capital era Lion.

Alemanes.—Poseian los alemanes la Alsacia y la Lorena; y fuera de Francia, á la izquierda del Rhin, los paises qüe se estendian hasta el Mosela; á la derecha la comarca desde Constancia á Basilea y Maguncia, es decir, la Suabia, el Darmstadt y buena parte de la Franconia.

Francos.—Tenian los francos el resto de la Francia septentrional con los Paises Bajos, el gran ducado del Rhin, además de los paises á la derecha del Rhin, que hoy llamamos Hesse y Nassau. Queriendo los ripuarios tener residencias fijas como sus hermanos, se apoderaron de Colonia y de Tréveris, estendiéndose de este modo desde Coblenza á Cléveris. Era de preveer que no permanecerian largo tiempo sin tener guerra con los borgoñones, y que las últimas posesiones romanas cayeran en este conflicto. Los otros paises eran ocupados por los salios bajo diferentes caudillos, de los cuales los más conocidos residian en Cambray, Teruana, Turnay y en el Mans. Los francos todavia paganos y enemigos recientes, que ocupaban la parte menos civilizada de la Galia, eran más germanos y más bárbaros que los borgoñones y los godos.

Galos.—En medio de estos diferentes dominadores estaban diseminados los galos. Superiores en número conservaban la raza y las instituciones nacionales; pero hallándose su patria estrechada entre el mundo romano y el mundo germánico, se acomodaban mejor á las costumbres del pais de que estaban más cerca. Siagrio, hijo del antedicho conde Egidio (464), mantenia todavia, aun después de la caida del imperio, la autoridad romana en las ciudades de Beauvais, Soissons, Amiens, Troyes, Reims y sus pertenencias: sin embargo, esta sombra de poder era considerada como la única autoridad legítima en las Galias, teniendo en su favor la sancion de cinco siglos, á la par que los nuevos poderes no se apoyaban más que en la espada. Representaba, pues, el imperio para los galos la independencia nacional, y en su nombre hubieran obrado, si alguna vez se hubieran alzado para sacudir el yugo. Por otra parte Siagrio, educado en las costumbres de la antigua civilizacion, y hablando tambien la lengua germánica, aparecia á los ojos de los bárbaros como un Solon ó un Deyoces, cuando les daba los oráculos de la justicia romana.

Al que quisiese, pues, consolidar un grande Estado de aquellos paises fraccionados, y arrastrar á los galos á sus intereses, importaba ante todo echar á un lado con los restos de la dominacion romana el pretesto de una fidelidad honrosa. Comprendiólo Clodoveo, que no sabiendo contentarse con su reino hereditario de Turnay, aspiraba á hacerse jefe único de su nacion, cualesquiera que fueran los medios que hubiera de emplear para ello. Al frente de cinco mil bravos, única fuerza de su pequeño Estado, escitados por el atractivo de las riquezas de los romanos, atraviesa la selva de Ardennas (486), y provoca bajo los muros de Soissons á batalla á Siagrio. Este general, que mandaba á todos los que al norte del Sena se llamaban todavia soldados romanos, ora legionarios, conscriptos ó federados, es vencido por el rey franco. Pasa el rio, y no hallando las ciudades del Loira en estado de defenderse, se refugia en Tolosa cerca de Alarico II, rey de los visigodos; pero este príncipe, para grangearse la voluntad del vencedor, entrega su huésped á Clodoveo, quien le condena á muerte, se apodera de las ciudades romanas y establece su residencia en Soissons. No vacilaron en someterse los galos, que separados por tan larga distancia de la córte de Bizancio, no podian esperar ser socorridos, ni siquiera casi mostrar obediencia.

Estos primeros triunfos infunden ánimo á Clodoveo; el botin que ha recogido y la confianza que inspira aumentan considerablemente el número de sus tropas; no por eso deja de mantener entre sus compañeros de armas una rígida disciplina, y ¡ay del que hubiera arrancado una hebra de yerba en el territorio amigo! Después de la victoria repartia entre ellos los despojos del contrario que se complacian en presentarse en las revistas de los campos de Marzo, bellos y robustos, con las armas, á los ojos de su cabelludo señor, el cual los guiaba á la victoria.

La discordia suscitada entre los príncipes borgoñones le ofreció una nueva ocasion de conquistas. Gundioco habia dejado cuatro hijos: Chilperico, Godemaro, Godegisilo, que reinaban en Ginebra, Viena y Besanzon, y Gundebaldo, rey de Lion y patricio romano, más poderoso que los otros tres. Este último atacó á sus hermanos de Ginebra y Viena, á quienes venció: Godemaro,

que se habia refugiado dentro de una gruta, pereció allí sofocado por el humo; Chilperico fué echado á un pozo con sus dos hijos y su esposa (476-91); y Gundebaldo y Godegisilo se repartieron su territorio.

Chilperico habia dejado una hija jóven llamada Clotilde, de celebrada hermosura y que cultivaba en la soledad la fe verdadera y la caridad. Clodoveo la pidió en matrimonio: en caso de negativa tenia un pretesto de guerra; si se le otorgaba, le llevaba derechos que podia hacer valer sobre Ginebra. No se atrevieron á rechazar su demanda: de consiguiente, envió á Clotilde un mensajero que puso en sus manos, segun el rito nacional, con el anillo nupcial, un sueldo y un dinero, como símbolo de la compra que hacia de ella. Dirigióse enseguida la novia del rey franco desde Ginebra á Soissons (493), en un carro tirado por bueyes, cuyo lento paso parecia más magestuoso que el galope de los caballos, é hizo que los soldados de su escolta prendieran fuego á muchas aldeas de la Borgoña para manifestar su rencor al rey fratricida.

Este enlace fué un acontecimiento de alta importancia; pues á contar desde este momento, todos los galos tuvieron fijos sus ojos en la reina, única católica entre los príncipes de aquella comarca, con la esperanza de que sabria inducir á Clodoveo á abrazar con la religion cristiana una política racional y humana. Frecuentemente se dirigian los obispos al palacio, segun se llamaba, á estilo de cortesano romano, la tienda del rey franco; mas no por esto dejaba él de saquear las iglesias y los bienes del clero: cabalmente un vaso robado por los francos en la catedral de Reims le puso en correspondencia, luego en intimidad con Remigio.

San Remigio.—Este obispo, el más ilustre de las Galias, habia escrito á Clodoveo cuando habia ascendido al trono felicitándole: «Cumple, le decia, los designios de la Providencia; muéstrate moderado en el poder, justo en las recompensas, benévolo respecto de los pontífices y dócil á sus consejos; si te parece bien obrar de acuerdo con ellos, serán los pueblos venturosos. Manten la disciplina militar, eleva á tus compañeros de armas, y no oprimas á nadie; socorre á los desventurados, sustenta a los huérfanos hasta que se hallen en edad de servirte, y así harás que el cariño ocupe el lugar del temor. Ponga al débil y al extranjero al abrigo de la rapacidad, la rectitud de tus fallos. A nadie se niegue la entrada en tu palacio, y ninguno salga de allí descontento. Posee los bienes paternales; si te sirves de ellos para redimir los cautivos, haz de manera que se les restituya la libertad en un todo. No se aperciban los extranjeros establecidos en tus dominios de que pertenecen á una nacion diferente. Intervengan los mancebos en tus fiestas, y en tus consejos solamente los hombres maduros.»

Invasion de los alemanes.—Pero el jefe bárbaro debia ser impulsado á la fe verdadera más bien que por razones, por amor á la victoria. Deseosos los alemanes de seguir las huellas y la fortuna de los francos, pasaron el Mein, y bajando hasta Colonia, acometieron á Sigeberto, rey de los ripuarios.

Batalla de Tolbiac.—Clodoveo, su sobrino, corrió en su ausilio al frente de sus salios (496); y habiendo encontrado á los enemigos en Zulpich *(Tolbiac)* en el pais de Juliers, les obligó á retirarse y á cederle sus posesiones entre el Mosela y el Rhin, y á la derecha de este entre el Mein y el Necker, comarcas que recibieron después el nombre de Francia Renana. Lo demás fué gobernado por un duque de Alemania, tributario del vencedor, á escepcion de la antigua Vindelicia, que prefirió someterse á Teodorico, rey de los ostrogodos, que se habia presentado como mediador de la paz.

Bautizo de Cleodoveo.—En semejantes tiempos no podia faltar lo maravilloso á tan sorprendente victoria. Cuéntase, pues, que los francos se replegaban ya en desórden, cuando Clodoveo hizo memoria del Dios de quien Clotilde le habia hablado mil veces, y que hizo voto, si triunfaba de los adoradores de Wodan, de abrazar la fe de Cristo y de su mujer. Cumplió su palabra, y el dia de Navidad fué bautizado en Reims por San Remigio con su hermana Audefleda, en el baptisterio que se conserva todavia como monumento de una de las más importantes revoluciones. No se descuidó nada de cuanto podia halagar la imaginacion de una nacion bárbara: cubriéronse las paredes, estendiéndose de una á otra, con tapices y ricas telas de diversos colores: mezclóse el perfume de las flores con el del incienso de la Arabia. Pasmado Clodoveo, preguntó á Remigio, que caminaba á su lado con vestidura pontifical deslumbrante de oro: «Señor, ¿es este el reino de los cielos que me habeis prometido (8)?»

Remigio le dijo al bautizarle: «Dobla tu frente, moderado sicambro; adora lo que quemaste, y quema lo que has adorado» (9). Agolpada la muchedumbre impedia que se acercara el clérigo que llevaba la ampolla que contenia el crisma: oró el santo obispo, y de súbito una paloma, más blanca que la nieve, le trajo otra llena de un óleo de perfume tan suave, que extasió á los asistentes como si hubieran estado en el paraiso (10). Un ángel

---

(8) *Patrone, est hoc regnum Dei?* Gesta reg. Franc.

(9) *Mitis depone colla Sicamber; adora quod incendisti, incende quod adorasti.* GREGORIO DE TOURS, II, 31.

(10) Gregorio de Tours cuenta minuciosamente el bautismo de Clodoveo, y dice que se llenó el lugar de una divina fragancia, de tal modo que todos se creian estar en el paraiso, y no hace mencion de la ampolla. Tampoco se habla de ella en una larga carta de un contemporáneo sobre los milagros de San Remigio. El primero que citó esto fué Incmaro, arzobispo de Reims en el siglo XI, apoyándose no obstante en tradiciones y escritos anteriores. Conservada

trajo á Clodoveo una bandera bordada de flores de lis, y Remigio le entregó un frasco de escelente vino para que le sirviera en sus espediciones. Cuando estas habian de tener un éxito venturoso, por mucho que el rey y el ejército bebieran, el licor no disminuia. De estas locuras rodeó la imaginacion la cuna de la más brillante monarquia de los tiempos modernos, como lo habia hecho respecto de las de la antigüedad.

Desde entonces se contó á los francos entre las naciones civilizadas: el papa Anastasio otorgó á sus reyes el título de *cristianísimos* y de hijos primogénitos de la Iglesia, porque en aquella época los demás príncipes de Occidente profesaban los errores de Arrio y el emperador los de Eutiquio. Tres mil de los principales francos siguieron inmediatamente el ejemplo de Clodoveo, y los demás sucesivamente por imitacion, por condescendencia, por amor á la novedad, antes de saber lo que era el bautismo. El carácter y la conducta de Clodoveo no permiten suponer que hubiera tampoco profundizado mucho los principios del catolicismo ó comprendido su moral; pero así como al oir la narracion de la Pasion de Jesucristo habia esclamado: «Si yo hubiera estado allí con mis francos, hubiera vengado su muerte» (11), veia en su conversion un medio político (12). No se hicieron esperar mucho los efectos, porque inmediatamente se le sometieron las ciudades de la Armórica, y todos los galo-romanos le consideraron como su libertador contra los visigodos y los borgoñones arrianos. Las milicias romanas y las cohortes imperiales, todavia acantonadas en algunas ciudades entre el Sena y el Loira, pusieron sus armas al servicio del cristianismo, conservando hasta las insignias romanas en medio de guerreros cubiertos de pieles.

Guerras con los borgoñones.—Fuerte con estos auxiliares el hábil Clodoveo, que jamás movia un pié sin haber asegurado primero el otro, pensó que habia llegado el tiempo de tomar venganza de los borgoñones. Ya en tiempo de su matrimonio con Clotilde habia reclamado su herencia; habiendo sido desechada su demanda, guardó silencio hasta que al ver á Godegisilo descontento de la parte con que el hermano habia comprado su complicidad ó conveniencia en el fratricidio, lo solicitó para que le ayudase, pudo comprometerle contra aquel, y cayó de improviso sobre la Borgoña (500). Gundebaldo reunió un concilio, y reconvino á los obispos católicos, diciéndoles: «Si profesais la religion verdadera, ¿por qué no refrenais la ambicion de Clodoveo? ¿Se concilia la fe con la codicia y la ambicion de sangre?» A lo cual respondió Avito, obispo de Viena: «Ignoramos las intenciones del rey de los francos; pero á menudo Dios derrumba los reinos que abandonan su ley. Vuelve á ella con tu pueblo, y Dios te dará una paz segura.»

El clero miraba con favorables ojos el triunfo de Clodoveo, quien, habiendo avanzado, derrotó al enemigo y le persiguió hasta la estremidad de sus Estados, asediándole en Aviñon. Los olivares y las viñas, eterna sonrisa de la Provenza, fueron talados por los francos; pero siendo demasiado firmes las murallas de una ciudad fuerte con el ignorante valor de los francos, se celebró un tratado por el cual Gundebaldo se comprometió á pagar tributo á Clodoveo y á ceder á Godegisilo Viena y Ginebra. Exhortado á abrazar el catolicismo lo hizo en secreto y contra su voluntad: pero los galos, que recuperaban con esto el libre ejercicio de su culto, se manifestaron reconocidos á Clodoveo.

Mas apenas se habia retirado éste (504), cuando Gundebaldo, sediento de venganza, asedia á Godegisilo en Viena, de que se apodera, y arrancándole de la Iglesia, le mata. Respeta á los francos que están á su sueldo, pero los entrega al rey de los visigodos, y confiando en su alianza, así como en el aumento de sus fuerzas que le proporciona la estension de su reino, niega á Clodoveo el pago del tributo. Este, preparándose para el combate, invoca el auxilio de Teodorico, su cuñado, rey de los ostrogodos. Pero ignoramos cuáles fueron las vicisitudes de esta guerra: solamente vemos que Teodorico ocupa la Segunda Narbonense, cedida anteriormente á Gundebaldo por los visigodos, y que, habiéndose aliado este último con Clodoveo, quedó poderosísimo hasta su muerte (510).

El ausilio prestado por Alarico II (13) á los borgoñones, suministró á Clodoveo un pretesto para declarar la guerra á los visigodos; guerra que hasta entonces habia procurado evitar Alarico, aviniéndose en un todo á la voluntad del rey franco. Irritado el clero católico en virtud de la intolerancia arriana, mantenia relaciones con Clodoveo, de quien solicitaba socorro (14), y éste atizaba aquel

---

la ampolla hasta el tiempo de la revolucion, fué entonces hecha pedazos por un tal Sühl de Estrasburgo, fanático jacobino que se suicidó más tarde.

(11) *Si ego ibidem cum Francis meis fuissem, injurias ejus vindicassem.* FREDEGARIO, *Epit.* 13.

(12) Tan verdad es esto, que asociaba para indicar los años de su reinado los títulos de conquistador y de cristiano. Efectivamente, en la carta de fundacion del monasterio de Reomé, se lee: *Primo subjugationis Gallorum et susceptæ christianitatis nostræ anno.*

(13) Estos numerales añadidos al nombre de los príncipes, es reciente. Primeramente se les distinguia por algun sobrenombre tomado con más frecuencia de sus cualidades físicas; si habia dos de un mismo nombre, se llamaba al uno el *viejo* y al otro el *jóven*. Es tan reciente como irracional la adulacion de llamar *primero* á un príncipe todavia vivo, sin saber si habrá un segundo.

(14) «Sospechoso Volusiano, obispo de los turones, á los ojos de los godos de querer someterse al poder de los francos, fué desterrado cerca de Tolosa, donde murió. Incurriendo así mismo el obispo Vero en sospechas por su celo en favor de la misma causa, acabó su vida en el destierro.» GREGORIO DE TOURS, lib. X. Tambien hace men-

fuego. Aunque el rey de Italia procuraba mantener la armonia entre su cuñado y su yerno, á pesar de que el rey de los francos y Alarico celebraron una conferencia en una isla del Loira, sentándose en una misma mesa, y dándose mil protestas de amor fraterno estalló la enemistad al cabo. Dirigiéndose Clodoveo á sus valientes en el campo de Marzo, donde discutian los francos asuntos de interés general, les dijo: «¡Cuán afligido estoy de ver las más hermosas comarcas de la Galia en poder de esos arrianos! Vamos en nombre de Dios y sugetémosles á nuestra obediencia.» (15)

Después de haber sabido dar de esta suerte un aspecto religioso á su empresa, se puso en marcha con todas las tribus francas, que habian jurado no raparse la barba hasta que la espedicion hubiera sido llevada á feliz remate; á la par que él, disparando con fuerza su francisca, hacia voto de erigir un templo á los Apóstoles en el sitio en que cayera. Prohibia á su ejército tocar los vasos sagrados de las iglesias, y hacer el menor insulto á las vírgenes y á las viudas consagradas á Dios. Pasando por las inmediaciones de Tours prohibió á todos tomar allí otra cosa que agua y yerba por respetos al bienaventurado San Martin. Como un soldado quitara heno á un pobre hombre diciendo: «Esto es yerba» el rey le condenó á morir, esclamando: «¿Y en quién depositaremos nuestra confianza para conseguir la victoria si se ofende á San Martin?»

Al entrar en la iglesia de este taumaturgo de las Galias prestó atencion á las palabras del salmo que se cantaba en aquel momento, y encontró en ellas un presagio de la victoria. Cuando llegó á orillas del Vienne vió crecidas las aguas, pero un cándido ciervo llegó á enseñarle un vado. Un brillante meteoro situado encima de la catedral de Poitiers guió al ejército en las marchas nocturnas. Estos diferentes prodigios avivaban con el entusiasmo religioso el valor de los francos. Alarico hubiera obrado prudentemente evitando el primer choque, y aguardando la llegada del rey de Italia: pero por el contrario presentó batalla al enemigo en Vouillé cerca de Poitiers; y á pesar del valor de que hicieron alarde tanto los godos como los fieles *senadores* de la Auvernia, quedó vencido y muerto á manos de Clodoveo.

Entonces el clero y el pueblo acudieron de toda la Aquitania á prestar obediencia al nuevo rey, quien adornó las iglesias católicas con los despojos de los templos arrianos, se apoderó de los tesoros acumulados en Tolosa y respetó las tierras de los galos, no distribuyendo á sus soldados más que las que pertenecian á los dominadores. Thierry, su hijo primogénito, fué enviado por él á someter á los auvernios y los albigenses, entre quienes se habia refugiado Gesalico, hijo natural del muerto.

Pero el rey de Italia, que se habia puesto en camino para sostener á su yerno, y que se adelantaba á la sazon para vengarle, encuentra á Thierry en las llanuras de Arlés (508), le derrota, se apodera de toda la Provenza, y reune la provincia de Arlés á la de Marsella que ya poseia. Clodoveo añadió á su reino la Tercera Aquitania, mientras que la Primera Narbonense, que recibió entonces el nombre de Gotia y Septimania, quedó á los visogodos, siendo Narbona su capital en lugar de Tolosa.

Refugiados los jefes bretones en la punta de tierra que avanza en el Atlántico, jamás habian querido someterse al rey franco; y aunque Clodoveo hubiera cambiado á viva fuerza el título de rey que llevaba Budico en el de conde tributario, Rioval, hijo de este último, no tardó en sacudir el yugo, y se manifestaron perpétuamente contrarios á los reyes francos aquellos armóricos que en la Revolucion decian á Luis XVI: «Señor, ponemos en vuestra mano la fiel espada de los valientes bretones, que nunca se teñirá sino con la sangre de vuestros enemigos.»

Tan lejos habia resonado la fama de Clodoveo, que á su regreso á Paris, donde estableció entonces su residencia, recibió del emperador de Constantinopla la púrpura y la corona de oro, emblemas del patriciado romano. Clodoveo se revistió con aquellas insignias, y bajo este traje hizo su entrada en Tours, arrojando dinero á manos llenas, porque comprendia que tales emblemas, sin valor efectivo, legitimaban la obediencia de los galos, todavia adictos á las tradiciones romanas.

Su codiciosa ambicion se volvió entonces hácia sus deudos los reyes de Teruana, Cambray, Mans y Colonia. Sigeberto, que gobernaba en esta última ciudad á los francos ripuarios, estaba cojo á consecuencia de una herida recibida en la jornada de Tolbiac. «El rey Clodoveo (así lo dice Gregorio de Tours) envió secreto mensajero á Cloderico, hijo de Sigeberto, haciendo que le dijera lo siguiente: «Tu padre es viejo y cojo: si muriera, su reino y nuestra amistad te corresponderian de derecho.» Seducido Cloderico por esta esperanza resolvió matar á su padre: habiendo salido Sigeberto de Colonia y cruzado el Rhin para divertirse en la selva de Buconia, dormia la siesta bajo su tienda, y su hijo lo hizo matar con la esperanza de poseer el reino; pero cayó por el juicio de Dios en la fosa que habia abierto á su padre. Envió á decir á Clodoveo: «Mi padre ha muerto, y tengo en mis ma-

---

cion en el libro II de Quinciano, obispo de Rodez, arrojado de su silla por haberse querido someter á los francos. Cuando fué declarada la guerra, Galactorio, obispo de Lescar, se puso en marcha con un pequeño ejército para incorporarse á los francos, pero fué derrotado y muerto en Mimisan, *Galia Cristiana*, I, 1285. El mismo Gregorio dice que los obispos cristianos: *omnes eos* (los francos) *amore desiderabili cuperent regnare.*

(15) *Valde moleste fero quod hi Ariani partem teneant Galliarum optimam; eamus cum adjutorio Dei et superatis eis, redigamus terram in ditionem nostram.* GREGORIO DE TOURS, II, 37.

nos sus tesoros y su reino. Envíame alguno de los tuyos, y le entregaré de buen grado lo que te plazca de estas riquezas.» Clodoveo le respondió: «Te doy gracias por tu buena voluntad; plázcate enseñar á los que te envio los tesoros de tu padre.» Mientras estos los examinan el príncipe dijo: «En esta arca solia mi padre acumular sus monedas de oro.» Entonces le contestan: «Mete la mano hasta el fondo para encontrarlo todo.» Hízolo de esta suerte, y segun estaba bajado, uno de los enviados levantó su francisca y le dividió la cabeza: así recibió el hijo la muerte con que habia herido á su padre.

Informado Clodoveo de que Sigeberto y su hijo habian muerto, se dirigió á Colonia, y habiendo convocado al pueblo le habló en esta forma: «Sabed lo que ha acontecido. Mientras navegaba yo sobre el Escalda, Cloderico, hijo de un deudo, atormentaba á su padre diciéndole que yo queria matarle. Cuando Sigeberto huia por la selva de Buconia, Cloderico envió en contra suya asesinos que le dieron muerte; después él mismo fué asesinado, ignoro por quien, en el momento en que abria las arcas de su padre. En todo esto no tengo parte alguna, y no derramaria la sangre de mis deudos en atencion á que es cosa prohibida. Pero ya que el hecho está consumado, os daré un consejo: aceptadle si os conviene, recurrid á mí y poneos bajo mi patrocinio.» El pueblo respondió aplaudiendo con las manos y con la boca; alzado sobre el pavés Clodoveo fué proclamado rey, y poseyó el reino y los tesoros de Sigeberto, que añadió á los suyos.

Habiendo atacado enseguida á Cararico, rey de Teruana, se apoderó por traicion de su persona, le hizo tonsurar, y le envió con su hijo á un convento, donde se desembarazó de él al poco tiempo. Algunos magnates que rodeaban á Ragnacaro, rey de Cambray, se dejaron corromper por medio de presentes de vasos de oro, y entregaron á Clodoveo la persona de este príncipe pagano, á quien sus desórdenes habian hecho odioso juntamente con su hermano Ricardo.

«¿Cómo puedes envilecer nuestra raza hasta el punto de dejar que te aten?» dijo Clodoveo al rey prisionero, y le descargó un terrible golpe con su maza. Volviéndose luego hácia Ricardo, dijo: «¡Desgraciado! si hubieras cumplido tu deber no hubieran atado á tu hermano,» y le mató igualmente. Entonces los magnates que les habian entregado se quejaron de que los vasos que se les habian regalado eran de oro falso; pero el franco respondió que no merecian cosa mejor los traidores, y que debian agradecerle que les dejara con vida.

Rignomero, rey del Mans, último de los príncipes Merovingios, no tardó en sufrir la suerte de los otros. «De esta manera (concluye el historiador, pintor siempre fiel de las costumbres y de los sucesos sin que se aperciba de ello) hacia Dios caer cotidianamente á los enemigos bajo la mano de este príncipe y aumentaba su reino, porque marchaba con corazon recto delante del Señor y hacia cosas que son gratas á sus ojos.

Muerte de Clodoveo.— Para los que entienden más rectamente el Evangelio, y para los que profesan una política más humana que el obispo contemporáneo, las muchas instituciones piadosas que fundó Clodoveo no compensan en manera alguna la série de crímenes que quizá pensaba expiar con ellas. Aun se hallaba en toda su lozania, cuando murió en Paris á la edad de cuarenta y cinco años (511). Inferior en genio y en virtud á su cuñado el rey de Italia, aventajó en actividad y en ambicion á Teodorico: pero á la par que el reino del rey godo estaba destinado á ser dividido y sujeto á servidumbre, el rèy franco echó los primeros cimientos de una monarquía insigne, reuniendo en un solo cuerpo los miembros esparcidos de la democracia militar, sin estinguir la libertad nativa.

No habiendo emigrado los francos en cuerpo de nacion, no se hallaron en la necesidad de expropiar á los galos; y acostumbrados como estaban á las disposiciones imperiales, dejaron subsistentes las curias, como un medio cómodo de percibir los impuestos, y á ellas se dirigian en las necesidades los fiscales de los reyes. Pero si algun veterano queria descansar pedia al rey una tierra, ó bien mataba al propietario de ella y la ocupaba, crímen que á lo sumo espiaba mediante cien sueldos de oro. Algunos se hicieron de este modo poderosísimos, y se apoderaron de inmensos dominios cultivados por esclavos y por tributarios; su audacia subió de punto, y oprimieron á los pobres, inclusos los que eran de orígen franco. Es verdad que estos podian recurrir á las asambleas provinciales; pero los grandes, fuertes con el apoyo de sus *leudos*, imponian silencio á la justicia. En breve fueron los únicos que asistieron á las asambleas generales, y mandaron á los guerreros llamados al servicio de las armas; sus riquezas les suministraban el medio de adquirir otras nuevas, de donde resultó que la turbulenta democracia militar se halló reemplazada por la tirania de una aristocracia territorial en menos de un siglo.

La larga cabellera que distinguia á los Merovingios, era un modo de consolidar la herencia de la corona; puesto que ningun usurpador hubiera podido proporcionársela acto contínuo, y aquellos á quienes hubiera ocurrido dejársela crecer, hubieran dado márgen á que se sospechara de sus planes. Entre los pueblos teutónicos aun no se habia restringido á los hijos primogénitos el derecho de suceder á la corona. Sucedia con el reino lo que con los bienes patrimoniales, repartiéndose igualmente entre todos los hijos; esto fué la causa de grandes desgracias y de la ruina de las dos primeras dinastias.

Reino dividido.—Fué, pues, dividida la herencia de Clodoveo entre sus cuatro hijos; no por provincias enteras, sino por ciudades y por distritos, como podria hacerse con un patrimonio privado.

Thierry tuvo la Ostria (16), ó Francia oriental y la Auvernia, habitada casi únicamente por germanos, y eligió á Metz por capital de su reino; la Neustria ó pais occidental, habitado por los galo-romanos, fué repartido entre los otros tres hermanos: de modo que Clodomiro dominó desde Orleans sobre el Anjou, Berry, el Maine y el Orleanesado; Childeberto, sobre la isla de Francia y sobre las provincias marítimas, desde el Somma hasta los Pirineos, y fijó su residencia en Paris. El resto del pais al norte perteneció á Clotario, quien hizo de Soisons, el centro de su poderio (17). Division rara, en que no se tuvo en cuenta la facilidad para gobernar sino la de recaudar los tributos y compartir las propiedades, habiendo querido cada rey tener una parte de los viñedos meridionales, de los prados y de las selvas septentrionales. La nacion, esto es, el ejército franco, permanecia todavia uno; en la paz casi ninguna autoridad conservaban los reyes, porque el antiguo feudalismo galo, que habia existido en tiempo de la administracion romana, se rehizo al debilitarse ésta, y se elevó casi hasta la independencia completa. En las espediciones particulares cada leudo seguia á su propio señor, y en las generales al que más confianza les inspiraba.

Thierry I.—Los frisones y sajones del Weser, fueron sometidos á la supremacia de Thierry, y quizá tambien los bávaros, quienes continuaron hasta el tiempo de Carlomagno, obedeciendo á los duques de la raza de Agilulfo; Atalarico le cedió la porcion de la Provenza que se habia reservado Teodorico. Amalaberga, nieta de este rey de Italia, habia contraido matrimonio con Hermanfredo, quien gobernaba á los turingios en union de sus hermanos Balderico y Pertario. Cierto dia Amalaberga solo cubrió á medias la mesa en que debia comer su marido y como éste le preguntara la causa, respondió de este modo: «¿Cómo puedes quejarte de tener solamente la mitad de una mesa, cuando te contentas con la mitad de un reino?» Escitado Hermanfredo de esta suerte por su esposa, mata á Pertario, y derrota á Balderico con ayuda del rey ostriano; pero éste le arrojódes de una almena, y obtuvo la obediencia de los turingios (530?).

Tales eran los medios empleados para alcanzar el triunfo. Poco después, convida Thierry á Clotario á una conferencia, pero habiendo visto su hermano asomar por debajo de la tienda los pies de algunos soldados que allí se mantenian ocultos, entra seguido de una buena escolta. Entonces Thierry disimula y le despide colmado de regalos. Clotario se guardó de caer más en el lazo, y aliándose con Childeberto, su otro hermano, le suscitaron unas veces sublevaciones en su ejército, y otras rebeldias en la Auvernia.

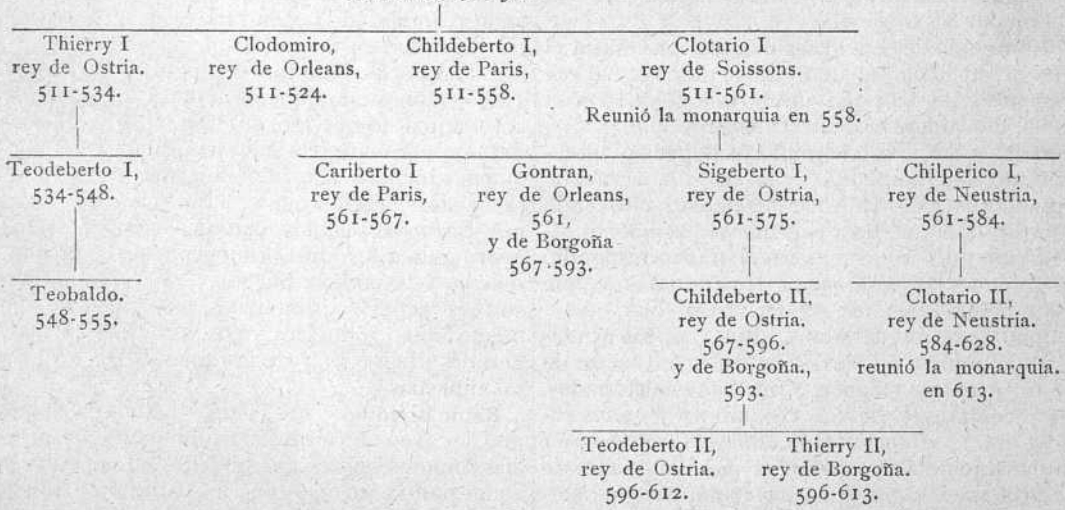
Aprovecháronse de estar ocupado en ellas, para intentar una conquista más importante, la de los borgoñones. Clotilde habia salido de su piadosa soledad para dirigirse á Paris, y habia dicho á sus tres hijos: «Haced de modo que no tenga que arrepentirme de la ternura con que os he educado; escite vuestra cólera la injuria de que fuí víctima hace treinta y tres años, y vengad la muerte de mis padres.»

Juraron satisfacerla; y habiendo acometido á Segismundo, sucesor é hijo de Gundebaldo, le vencieron, y después le sacaron del convento de San Mauricio en el Valés (523), donde se habia refugiado, y le arrojaron con su mujer y sus hijos en un pozo

---

(16) *Oster-rike*, reino oriental, Austrifrancia, Austria. Yo escribo Ostria y ostriano, para distinguir del Austria alemana. *Neoter-rike*, reino occidental, Neustria.

(17) REYES MEROVINGIOS.



cerca de Orleans; donde luego se le veneró como mártir. Clodomiro, autor de este asesinato, continuó la guerra por sí solo; pero Gundemaro II, sucesor y hermano de Segismundo, le derrotó y le quitó la vida en la llanura de Veseronce (524).

Clotilde llamó cerca de sí para educarlos á Teodebaldo, Gontario y Clodoaldo hijos del muerto; pero ocho años más tarde, celosos sus tios del amor que les profesaba, se pusieron de acuerdo para matarles, ó cortarles el cabello que era la señal distintiva de real estirpe. Finguiendo, pues, querer asociarlos en el ejercicio del poder, envian á pedírselos á su abuela, que satisfecha de este proyecto les da de comer y les despide diciéndoles: «No creeré haber perdido mi hijo si os veo reinar en su puesto.»

¡Breve ilusion! Pronto se presenta á ella un mensagero, con una espada y unas tijeras, á fin de que escoja para ellos la muerte ó el claustro: «Prefiero verlos muertos á tonsurados» esclama en el primer arrebato (533). Oido lo cual, Clotario tiende al primogénito sin vida; al ver esto Gontario, aunque niño, se arroja á los piés de Childeberto, y le conjura de una manera tan tierna, que éste intercede en su favor si bien que en vano, pues fué igualmente degollado por el implacable Clotario. Consiguió el tercero huir á un convento, y fué venerado después bajo el nombre de San Clodoaldo (*Saint-Cloud*).

Sumision de los borgoñones.—Después de repartirse Childeberto y Clotario los Estados de su hermano, empezaron de nuevo á hacer la guerra á la Borgoña, y acabaron por apoderarse de ella. Dividiéronla entre sí dejando subsistir allí las antiguas costumbres, y haciendo que la gobernara en su nombre un patricio que escogian los magnates del pais, casi siempre de orígen galo. Esta conquista aseguró el predominio de los francos en las Galias. Poco á poco se asimilaron los borgoñones de la llanura á sus vencedores; pero los pastores de la Helvecia teutónica, nunca se despojaron de su carácter nacional.

Teodeberto.—Thierry habia tenido por sucesor á Teodeberto, el rey más insigne de la primera raza después de Clodoveo. Enamoróse en Borgoña de una mujer llamada Deuteria, hermosa y llena de vivacidad, aunque de edad madura, y contrajo con ella matrimonio á pesar de estar casada, y de pertenecer tambien á este estado Teodeberto. Concibiendo Deuteria celos de su propia hija, corrompió al conductor del carro que la llevaba: éste aguijonea á los bueyes que la hacen caer en un precipibio. Poseido de horror Teodeberto consagró de nuevo su amor á su primera esposa.

Solicitado alternativamente por los godos y por los imperiales durante la guerra que unos y otros se hacian sobre la posesion de la Italia, pasó tres veces los Alpes, saqueando el pais y pagando su botin con la sangre de gran número de los suyos. Irritado luego de que Justiniano habia tomado el título de Fráncico, se unió á los otros septentrionales para llevar la guerra á Constantinopla (348); pero la muerte le detuvo en sus proyectos (página 94).

Clotario I.—Teodebaldo, su hijo único, cuya legitimidad era dudosa, no dejó descendientes, lo cual hizo que el rey de Soissons, sin aguardar la reparticion ordinaria, ocupara la Ostria (555); de cuyas resultas montó en cólera Childeberto, aunque pareciera consagrado enteramente á la piedad, y con objeto de vengarse favoreció á Cramno, hijo rebelde de su hermano; pero el rey de Paris murió sin hijos varones, y habiéndose apoderado Clotario de Cramno, le hizo quemar dentro de una cabaña, con su mujer y sus hijos (558). Habia abierto la campaña invocando al Dios que dió á David el triunfo sobre Absalon; la cerró con donativos generosos al sepulcro de San Martin de Tours, y se halló dueño de todo lo que se estiende entre los Pirineos, las montañas de Bohemia, el Mediterráneo y el Ziudersée. Diseminados los francos en tan inmenso espacio, ocupaban los dominios militares que habian cabido en suerte á cada uno, lo cual proporcionaba á los reyes un poder mayor que el que podian tener en los campamentos: con efecto, no eran ya generales del ejército, sino dominadores del pais. Hechos propietarios sus soldados, se ocupaban de la economia doméstica, y no se separaban de la patria adoptiva hasta el momento en que el heraldo les llamaba al botin y al combate; quedando así entregadas las asambleas nacionales á los amigos y fieles del rey ó á los grandes propietarios, la autoridad real se aumentaba (18).

Clotario reinó cincuenta años; al fin de sus dias se dirigió al sepulcro de San Martin con donativos considerables; se confesó allí de sus culpas, é imploró la misericordia de Dios. Todos aquellos reyes tenian gran necesidad de ella.

Acometido de una fiebre en la caza, murió esclamando: «¡Cuán poderoso debe ser el rey del cielo que hace morir cuando le place á los más grandes de la tierra!»

Nueva division del reino.—Su reino fué nuevamente repartido entre sus cuatro hijos (561): tocó Paris á Cariberto, el más intrépido, quien intentó vanamente apoderarse de todo con los tesoros paternales; Orleans al buen Gontran; la Ostria á Sigeberto; y Soissons á Chilperico. Fueron divididas la Aquitania y la Borgoña entre los cuatro, quizá con el fin de empeñarles igualmente en la defensa de las lejanas fronteras meridionales.

Cariberto, que tenia ya una esposa, contrajo además matrimonio con una doncella de ésta, y después con la hija de un pastor; y mientras el obispo German le reprendia por semejante libertinaje, sacó del convento á la hermana de una de sus mujeres, y la dió así mismo la mano de esposo (sin hablar de amores secundarios); pero cultivaba las letras, hablaba bien el latin, era poderoso en

(18) DES MILCHELS, *Historia general de la Edad Media.*

lo interior é influyente fuera. Hirióle una muerte prematura, y una nueva reparticion fué su consecuencia. Gontran, que residia en Chalons, junto al Saona, se tituló rey de Borgoña (567); la distante Aquitania, se emancipaba cada dia más de la dominacion de los francos; quedó Paris sin dividir, y ninguno de los tres reyes podia penetrar en su recinto sin el beneplácito de los otros.

Entonces se halló dividida la Francia como en dos campos, segun la diferencia de orígen; la Ostria era esencialmente germánica, la Neustria y la Borgoña galo-romanas; lo cual hace que la guerra siendo aparentemente resultado de ambiciones fratricidas, adquiriera la importancia y el encarnizamiento de una guerra de nacion á nacion. Venerado fué el buen Gontran como santo por el celo contra los arrianos y los simoniacos, y Gregorio de Tours fué testigo de sus milagros. Austrigilda, su mujer le dijo al morir: «Los médicos me matan, tomad venganza de ellos;» y les dió á todos muerte. Cundon, uno de sus criados, murió apedreado por haber matado un búfalo, y de los cuatro hermanos á él solo se daba el título de *bueno* (19): ¿cómo serian los otros? En efecto, no corregidos por la educacion que les habia dado su padre, invirtieron medio siglo en asesinatos y desafueros, en hacerse la guerra entre sí ó llevarla fuera, sin otro resultado que hacer á los pueblos infelices.

Habiendo llamado los turingios á los ávares en su ayuda para sacudir el yugo de los Merovingios, Sigeberto derrotó á ambas naciones cerca de Ratisbona (562); pero seis años más tarde volvieron los ávares á arrojarse sobre la Francia, é hicieron prisionero á Sigeberto, quien se libertó de sus manos mediante un crecido rescate (568). Acabaron por unirse á los longobardos para ruina de los gépidos.

Chilperico I.—Chilperico, más culto y más perverso que sus hermanos, se aprovechó del cautiverio de Sigeberto para invadir su reino y apoderarse de Reims por sorpresa (569). Pero cuando éste estuvo de vuelta espulsó á los neustrianos, apoderándose además de Soissons, y haciendo prisionero al hijo de Chilperico; después por amor á la paz restituyó la ciudad y su sobrino.

Brunequilda y Fredegunda.—Al parecer el matrimonio de los dos hermanos con las dos hijas de Atanagildo, rey de los visogodos, debió consolidar entre ellos la concordia. Sigeberto, reputado como hombre de bien, tuvo á Brunequilda, que por ser agradable á la nacion abjuró el arrianismo (20).

Chilperico tenia por concubina á Andovera, y por querida á Fredegunda, lasciva hija de un siervo de la Picardia, que logró insinuarse en el valimiento de su rival; pero no contenta con ser partícipe como ella del tálamo real, la tendió para espulsarla de allí un estraño lazo. Como acabara de dar á luz una hija, Fredegunda se compuso de modo que se hiciera aguardar la madrina; luego rogó ella á Andovera, que tuviera á la recien nacida en la pila á fin de no retardar el bautismo. Andovera consintió en ello; y entonces Fredegunda dijo al rey: «Ya no teneis esposa, puesto que los cánones declaran ilícita la union de un hombre con la madrina de sus hijos». No se detuvo Chilperico en sutilizar mucho el caso, y Andovera tuvo necesidad de encerrarse en un convento.

Galsvinda, á quien Chilperico habia prometido antes de recibir su mano no poner al lado de ella á ninguna otra reina, viéndole continuar sus relaciones con Fredegunda, se quejó de esta conducta ante la asamblea de los francos. Hallósela muerta pocos dias después, y Chilperico se casó con Fredegunda. Convertida en alma de los consejos de su marido, supo fijar su inconstancia, escitar su ambicion, sostener sus proyectos; y avarienta, orgullosa, sanguinaria y lasciva, se mostró fecunda en recursos y firme sin obstinacion. Su hija Rigunta, á quien ella reprendia por su libertinaje, le echó en cara la bajeza de su nacimiento. Fredegunda fingió reconciliarse con ella, y la llevó al lado de una gran arca para que escogiera allí cuantas joyas fueran de su agrado; pero en el momento en que se bajaba para tomarlas, dejó caer la tapa sobre su cuello, y Rigunta no escapó de aquel lazo sino muy dificilmente. Decia á los asesinos, á quienes encargaba de sus venganzas: «Id, si volveis os

---

(19) Conviene decir que entre muchos escritores, *bonus* equivale á veces al *divus* de los latinos, y al *difunto* nuestro, para indicar una persona muerta. Véase el prólogo á la *Vida de San Luis por Joinville*.

(20) Fueron cantadas las bodas de Brunequilda por el trevisano Fortunato, en versos bastante buenos. Al separarse de aquella su madre Gosvinda, exclama: «España, tan vasta para tus habitantes, y sin embargo tan estrecha para una madre; tierra del sol, convertida en prision para mí, aun cuando te estiendas desde el pais de Céfiro hasta el del ardiente Eco, y desde la Tirrenia hasta el Océano, aun cuando bastes á pueblos numerosos, eres demasiado pequeña para mí, desde que no está aquí mi hija. Sin tí, hija mia, estaré aquí como extranjera y errante, ciudadana y desterrada á la vez en el pais propio. ¿Qué mirarán ya estos ojos buscando por todas partes á mi hija?... Si algun niño juega conmigo, tú serás mi suplicio; si abrazo á otro, tú pesarás sobre mi corazon; si otro corre, se detiene, se sienta, llora, entra ó sale, tu cara imágen estará siempre á mi vista. Habiéndome dejado tú, buscaré caricias estrañas, y llorando oprimiré otra cara en mi estéril seno; enjugaré con mis besos las lágrimas de otro niño, y me alimentaré con ellas, y ¡ojalá pudiese encontrar así algun alivio á mi ardiente sed!... ¿Qué mano querida peinará y compondrá ahora tus cabellos? y cuando yo no exista ¿quién cubrirá de besos tus suaves mejillas? ¿quién te calentará en su seno, te sostendrá en las rodillas y te rodeará con los brazos? ¡Ah! cuando estés sin mí, no tendrás madre. Pero el voto de mi afligido corazon, en el momento de la separacion, es el que voy á decir: Sé feliz, te lo suplico. Déjame, anda, adios; al través de los espacios del aire envia algun consuelo á tu impaciente madre, y si me trae el viento alguna noticia, plegue á Dios que propicia sea.» *Carm.*, VI, 7.

recompensaré espléndidamente á vosotros y á vuestra raza, si sucumbis repartiré pingües limosnas á los sepulcros de los santos para la salvacion de vuestras almas.»

El odio que se encendió entre ella y Brunequilda, les hizo venir á las manos con todo el encarnizamiento de una rivalidad de mujeres y de bárbaros, trastornó el reino, renovando los horrores de la antigua familia de Atreo. Gontran habia adormecido la guerra que se hacian los dos hermanos, obteniendo que las ciudades señaladas á Galsvinda fueran cedidas á Brunequilda: esta armonia duró muy poco. Vencedor Sigeberto de Chilperico se apoderó hasta de Paris; pero en el momento en que era alzado sobre el pavés en la asamblea de Vitry (575), cayó bajo el puñal de asesinos enviados por Fredegunda.

Childeberto II.—El ejército quedó desordenado y Brunequilda y sus hijos cayeron en poder de su enemiga. Mientras uno de éstos, que logra escaparse, es proclamado en Metz rey de Ostria (576) bajo el nombre de Childeberto II; á este tiempo Brunequilda se casa en la ciudad donde se halla prisionera con Meroveo, hijo del primer matrimonio de Chilperico. Fredegunda hace condenar á este príncipe al sacerdocio, luego le persigue hasta tal punto que pide la muerte. Pretextato, obispo de Ruan, que habia bendecido esta union, es confinado por sentencia de un concilio á la isla de Jersey. Más tarde le hiere el puñal de Fredegunda estando en pleno coro sin que nadie se atreva á hacer frente al asesino (578). Esta tuvo la audacia de encaminarse á su lado fingiendo compadecerle y querer vengarle; pero no dejándose engañar el obispo, le echó en cara sus delitos, anunciándole la execracion de la posteridad en este mundo y el eterno castigo en el otro. Gontran mandó procesar al asesino, un esclavo que declaró haber obrado á instigacion de Fredegunda y del que aspiraba á suceder en la silla episcopal á la víctima designada á sus golpes; y el haber quedado impunes los reos, aun más que los mismos crímenes prueba la calamidad de aquellos tiempos. Solo el obispo de Bayeux mandó cerrar todas las iglesias de Ruan y suspender los santos oficios hasta que se descubriera el asesino.

Este es el primer ejemplo de entredichos generales (21), puestos frecuentemente en uso con posterioridad para reprimir las malas acciones, y por venganza. Francon, obispo de Aix, despojado de su dominio por Sigeberto, se dirige al sepulcro de San Merry, protestando que no se cantarán los salmos ni se encenderán los cirios en tanto que no sean restituidos los bienes de la Iglesia; esparce espinas sobre aquel sepulcro, y cierra las puertas. Leon, obispo de Agda, bajo los godos, se traslada á la iglesia de San Andrés por un motivo semejante; y después de pasar la noche en lágrimas y oraciones, toca con su báculo todas las lámparas que están allí colgadas diciendo: «No se encenderán mientras que Dios no sea vengado de sus enemigos.» (22)

Habiendo sido principalmente organizada la nueva sociedad en Francia por el clero, que desplegó un gran poder civil, hubo de trastornarse el pais cuando este poder cesó de manifestarse á consecuencia del pervertimiento de los que prestaban obediencia, y aun de aquellos que debian dar ejemplo. A fin de obtener dinero y de hacerse parciales, empezaron los reyes á conferir las dignidades eclesiásticas, no á los más dignos, sino á los que pagaban más por ellas. Los obispos nombrados de este modo revendian las cosas sagradas, ó se lanzaban en medio del bullicio del siglo. Bodegisilo, obispo del Mans, «apenas dejaba pasar un dia sin apropiarse alguna cosa de la hacienda de sus vasallos, ó sin suscitarle alguna nueva querella.» (23) Salonio, obispo de Embrun y Sagitario, su hermano, obispo de Gap, combatian con el casco y el escudo, y luego durante la paz se engolfaban en todos los vicios (24). En vano fulminaba Gregorio Magno clamores y amenazas; pues no era escuchado por aquellos bárbaros mitrados, que se sentian protegidos por una corte viciosa, á la cual servian alternativamente de velo y de apoyo yo. San Columbano vino de Irlanda para reformar la disciplina eclesiástica y las costumbres del pueblo; pero congregados los obispos en sínodo encontraron manera de condenarle como hereje. ¿Quién de ellos hubiera sido capaz de refrenar el libernaje y las perfidias de la corte? Ahora bien, como por ella se moderaban los grandes, no hubo en breve más que deslealtad y torpeza.

Brunequilda consiguió huir de Metz cerca de su hijo; pero éste no se sentia con la fuerza necesaria para mantener el poder con robusta mano: tambien los señores ostrianos irguiendo audazmente la cabeza, hacian gobernar la Francia oriental en provecho de su aristocracia, por el duque Gogon, á quien habian nombrado maestre de palacio; y por su parte los duques alemanes, bávaros y otros se emancipaban de toda dependencia. Habiendo invadido Chilperico buena parte de la herencia de Childeberto, Gontran, que veia con inquietud el engrandecimiento de su hermano, le intimó que se la restituyera; habiendo muerto después sus hijos, llamó al jóven Childeberto, y cogiéndole en sus brazos en presencia del ejército esclamó poniéndole en la mano su propia javelina: «Ahora mi sobrino es mi hijo: cúbranos el mismo escudo, y defiéndanos la misma lanza.»

Ya Fredegunda habia hecho perecer á dos mujeres de su marido y á dos hijastros; no quedaba más que Clodovico que pudiera disputar el trono

(21) DANIEL, *Historia de Francia*, t. I, pág. 423.

(22) GREGORIO DE TOURS, *De gl. confess.* 71. *De gl. martyr.*, I, 79.

(23) GREGORIO DE TOURS, VIII, 59.

(24) Idem, IV, 43: V, 5, 21, 37.

á sus hijos. Temiendo por su parte un desvio que él no disimulaba, encontró ella medio de que se le acusara por haber obtenido á consecuencia de sus amores con la hija de una maga, filtros que habian causado la muerte de tres hijos de Fredegunda, que habian sucumbido á la epidemia. Horriblemente mutilada la doncella; y habiéndose confesado delincuente la madre en medio de los tormentos fué enviada al suplicio. Hallóse al príncipe muerto y se dijo que se habia suicidado.

En el momento de partir para la caza entró cierto dia Chilperico en el aposento de Fredegunda que estaba lavándose, y acercándose por detrás á ella le tocó ligeramente con su látigo. Ella dijo entonces sin volverse: «¡Ah! ¿eres tú Landry? ¿Ha partido el rey?» Landry era el maestre ó mayordomo de palacio, y el tono con que se habia espresado la reina, reveló á Chilperico una intriga que él solo ignoraba. Cuando Fredegunda se apercibió de su engaño, conoció que corria riesgo de la vida si no se anticipaba á su marido, y por la noche, cuando al volver de la caza se apeaba del caballo, apoyándose en el hombro de un cortesano, hizo ella que le descargara mortal golpe un asesino (584) (25).

Chilperico habia pretendido mezclarse en las cosas religiosas; y á semejanza de Justiniano publicó un edicto, prohibiendo que se nombrara á las personas de la Trinidad; solo el nombre de Dios podia ser pronunciado. Decision de un tosco juicio que halló oposicion entre los obispos. Cuando envió á su hija Rigunta á España para casarse, mandó arrancar á gran número de colonos de los dominios reales, destinados á acompañarla; pero muchos de ellos se dieron muerte, y los otros emprendieron la partida maldiciendo (26). Solo el poeta Fortunato colmó á este príncipe de alabanzas, quizás porque favoreció las letras, habiendo escrito él mismo en prosa y verso, atendiendo únicamente al número de sílabas y no á su cantidad, é introducido cuatro letras nuevas en el alfabeto.

Al principio fué disputada la legitimidad de Clotario, único hijo que dejaba, menor de edad todavia; después trescientos nobles y tres obispos, afirmaron con juramento, segun los términos de la ley, lo que ignoraban absolutamente, esto es que Fredegunda le habia concebido de su esposo: fué, pues, reconocido como rey bajo la tutela de su madre. Pero Gontran alejó á ésta, y superó á los demás reyes francos, cuyos ministros pensaron en suscitarle un rival entonces. Gundebaldo, hermano adulterino del primer Clotario, vivia refugiado en Constantinopla cuando el duque Gontran Boson y Mumulo, patricio de Aviñon, le invitaron á sostener sus derechos al trono. Suministróle el emperador Mauricio el dinero necesario para sembrar el desórden entre los francos. Apenas hubo llegado se le unieron muchos magnates.

Aquellos que ven en los primeros reyes francos un Carlomagno ó un Luis XIV, y en sus asambleas el gérmen del antiguo parlamento ó de las cámaras modernas, no recuerdan á veces que Clodoveo *suplicaba* á sus compañeros de armas, y si era obedecido, consistia en que tenia á sus órdenes mayor número de hombres con los cuales podia influir sobre los demás en la ejecucion de sus designios. Después del saco de Soissons, Clodoveo decia á los suyos: «Compañeros, os suplico que me deis este vaso á más de mi lote.—Lo tendrás si te toca,» le respondió un soldado; y rompe el vaso á fin de que siga la suerte comun del botin. En términos análogos consultó á los suyos antes de hacerse cristiano; y cuando persuadió á los ripuarios á fin de que le eligieran por rey, lo hizo ofreciéndose á ellos como un defensor (*ut sitis sub mea defensiome*).

Asambleas.—Tocante á las asambleas es digna de atencion la que fué convocada por el buen Gontran para discutir los derechos de Childeberto II. Vióse comparecer en ella como enviados de Ostria, á Egidio, obispo de Reims; á Gontran Boson y á Sigibeldo, quienes administraban el reino en nombre del jóven Childeberto acompañados de otros muchos magnates ostrios. Luego que hubieron entrado, dijo el obispo: «Demos gracias al Dios Todopoderoso, que, después de tantas vicisitudes, te ha restituido, oh rey Gontran, á tus provincias y á tu reino.»

«Efectivamente, respondió Gontran, debemos dar gracias al Rey de los reyes, al Señor de los señores. Ha hecho estas cosas segun su misericordia: gracias á él y no á tí, que con un designio pérfido y usando de perjurios, has llevado el incendio á mis provincias; no á tí que nunca has guardado fe á nadie, que estiendes á todas partes tus artificios, no como sacerdote, sino como enemigo de nuestro reino.»

La cólera impidió al obispo dar respuesta; pero otro de los diputados, tomó la palabra y dijo: «Tu sobrino Childeberto te ruega que mandes que le sean devueltas las ciudades poseidas por su padre.»

A lo que el rey repuso: «Ya os he dicho que son mias en virtud de nuestros pactos, y que no quiero restituirlas.»

Otro añadió: «Tu sobrino pide que pongas en sus manos á esa malvada Fredegunda, á fin de que vengue la muerte de su padre, de su tio y de sus primos.»

Pero Gontran respondió: «No puedo hacerlo en atencion á que tiene por hijo un rey. Además no creo verdadera la acusacion que fulminais en contra suya.»

Entonces Gontran Boson se adelanta para hablar; pero cundiendo el rumor de que Gundebaldo habia sido proclamado rey, Gontran le apostrofa de este modo: «Enemigo del pais y del reino ¿por qué pasaste á Oriente para llamar á ese Ba-

(25) *Gesta reg. Francorum*, 55.
(26) Gregorio de Tours, IV, 45.

lomero (sobrenombre que daba al pretendiente) y traerle á nuestros Estados? Siempre fuiste pérfido y nunca cumpliste tu palabra.»

«Tu eres rey y señor, replicó Boson; estás sentado en el trono, y nadie se atreve á contradecir lo que me alegas; pero me declaro inocente de lo que me imputas. Si alguno de mi categoria me ha acusado en secreto de algun delito, preséntese ahora cara á cara y hable; y tu someterás la causa al juicio de Dios en campo cerrado.»

Como callaran todos dijo el rey: «Deberian rivalizar todos en ardor para repeler á este extranjero, pensando en que su padre hacia andar un molino. Sí, os lo digo en verdad, su padre manejaba el peine y cardaba la lana.»

Uno de los diputados se atrevió á hacer notar al rey la contradiccion de sus palabras. «¡Cómo! segun lo que tú dices ha tenido dos padres, uno molinero y otro cardador de lana. Ten cuidado ¡oh rey! puesto que nunca he oido decir, escepto en materia espiritual, que nadie tenga á la vez dos padres.»

Al oir estas palabras estalló en la asamblea una estrepitosa carcajada; y por último otro diputado concluyó en estos términos: «Nos despedimos de tí ¡oh rey! pero ya que no has querido restituir á tu sobrino sus ciudades, sabemos que el hacha que ha herido la cabeza de tus dos hermanos, tiene todavia un filo, y en breve derribará tambien la tuya.»

Partieron así amenazadores, y enojado el rey mandó echar sobre ellos estiércol y basura de la caballeriza; de manera que se fueron con los vestidos sucios y con gran afrenta (27).

Hé aquí lo que eran las cámaras de entonces. Irritados de esta ofensa se unieron muchos ostrianos á los aquitanios para sostener á Gundebaldo. Hasta tal punto llegaron las cosas, que viéndose abandonado Gontran aun de los eclesiásticos, de quienes se creia seguro, tuvo que aproximarse á los señores de Ostria. Entonces adoptó á Childeberto; y habiendo reunido considerables fuerzas redujo al usurpador á encerrarse dentro de Cominges, donde fué vendido por los mismos jefes de la rebeldia. Mummolo se pasó al enemigo; y volviéndose otros contra Gundebaldo le echaron fuera de los baluartes: Boson, que desde su llegada se habia apoderado de sus tesoros, le tiró una piedra á la cabeza: fué destruida la ciudad, y murieron pasados á cuchillo todos sus moradores (585).

Gontran se encamina con su ejército á atacar la Septimania, pero es repelido: esta fué la última vez que vinieron á las manos los francos y los godos. Otras muchas incursiones hicieron los longobardos y los sajones en Francia como los francos en Italia, impelidos unas veces por la codicia, otras á instigacion de los emperadores, hasta el momento en que un tratado celebrado con el rey Agilulfo estableció que los Alpes formarian la frontera entre los sucesores de Alboino y de Meroveo.

Childeberto, más enérgico de lo que lo habian sido en algun tiempo los descendientes de Clodoveo, empujado además por Brunequilda, tardó poco en mostrarse cruel y déspota. Concibió sospechas contra los señores ostrianos, quienes después de haberse engrandecido usurpando las tierras de que eran dueños sus antiguos compañeros de armas, aspiraban á atraer á sí las prerogativas reales, y apoyados por sus leudos, habian hecho perpétuos los ducados que en un principio eran electivos. Childeberto puso por obra contra ellos tanto los socorros que le suministró Gontran para combatirlos en el campo de batalla, como el puñal en medio de la corte, en lo más vivo de las fiestas. Asistiendo cierto dia á una corrida de toros excita á tomar parte en la lidia al duque Magnovaldo, mientras se adelantan detrás de este señor los verdugos que hacen rodar su cabeza por la arena. Esta fechoria escitó la indignacion y una rebeldia, promovidas por Fredegunda y sofocadas con suplicios.

Tratado de Andelot, 587.—Celebróse cerca de Langres entre Gontran, Childeberto, Brunequilda y los señores ostrianos y borgoñones, un tratado que tenia por objeto poner término á aquellos sangrientos disturbios. Fijó los límites de los dos reinos, aseguró á Childeberto la herencia de su tio, Brunequilda tuvo que restituir el dote y el *morgengab* de Galsvinda, y las tierras que los leudos habian recibido de los reyes como *beneficios*, les fueron dejadas por juro de heredad.

Childeberto ocupó por consiguiente (593) á la muerte de Gontran los reinos de Orleans y de Borgoña; pero Fredegunda pretendió obtener entonces una porcion para su hijo, y empezó una guerra en que los ostrianos llevaron la peor parte. Childeberto, contra cuya vida se habia atentado mil veces, murió á los veinte y cinco años; y cundió el rumor de que habia sido envenenado. Brunequilda se apoderó de la tutela de sus dos nietos Teodeberto II y Thierry II, de los cuales el primero tuvo la Ostria y el segundo la Borgoña.

Hallábanse, pues, los francos con tres reyes menores, bajo la tutela de dos mujeres sanguinarias y rivales. Los neustrios, casi todos galos, eran gobernados por el franco Landry, á la par que el galo Protadio, hechura de Brunequilda, mandaba los ostrianos de raza teutónica. ¿Era posible que la paz subsistiera?

Muerte de Fredegunda, 597. — Fredegunda se apodera de repente de Paris, y encontrando á los ostrianos cerca de Soissons recorre las filas de los suyos con su hijo á fin de escitarles á la victoria; pero vencida en la refriega, vé á su hijo despojado de sus mejores provincias. Por último, después de haber vivido en medio de puñales, venenos y suplicios, muere tranquilamente en su lecho; pues no castiga Dios aquí abajo.

Brunequilda, más hermosa quizá, y menos cri-

(27) GREGORIO DE TOURS, que se hallaba presente.

minal que Fredegunda, y seguramente de más cultivado talento, sin que le cediera nada en penetracion y firmeza, se halló así libre de su terrible rival. Pudo entonces mandar construir con grandes gastos magníficos edificios y dar vado á su ambicion, reprimiendo á los señores ostrianos, á quienes aspiraba á civilizar á la romana. Aunque ya vieja y generalmente aborrecida, conservó una autoridad de que seria difícil determinar la causa (28). Por último, los señores la hicieron prender y marchar sola á pié hasta las fronteras de Borgoña (598). Acogida por Thierry, fomentó sus pasiones y lo rodeó de amantes (29). Elevó con sus intrigas, ó derribó por venganza á los patricios y mayordomos de palacio. Hizo espulsar á San Columbano, que habia llegado á anunciar al rey como el Bautista á Herodes, la cólera divina, y matar á Desiderio, obispo de Viena, que queria atraer á Thierry hácia su legítima esposa. Preocupada siempre por sus deseos de venganza contra los ostrianos, escitó á Thierry á la guerra contra Teodeberto.

Habiéndose declarado en su favor la victoria, Thierry entregó á su hermano á Brunequilda que lo hizo decapitar (612) y derribó la cabeza de su sobrino Meroveo, hallándose de esta suerte soberano de dos reinos. Aprestábase á dar nuevas señales de su valor, su único mérito, contra Clotario II, cuando murió de repente (613).

Muerte de Brunequilda.—Brunequilda queria que los leudos ostrianos tributaran homenaje á uno de los cuatro hijos naturales de Thierry; pero temerosos de caer nuevamente bajo el detestado yugo de esta mujer, llamaron á Clotario. Vencedor éste sin descargar un solo golpe, mandó degollar á aquellos niños. Después se apoderó de la octogenaria Brunequilda y la acusó en presencia de su ejército de mil delitos. Declarada delincuente fué paseada sobre un camello, entregada á los insultos de la soldadesca, y luego atada por los cabellos, por un pié y por un brazo á la cola de un potro no domado, siendo así destrozados sus sangrientos restos y finalmente arrojados á las llamas.

Radegunda.—Se redime el bello sexo del oprobio de estas dos con la memoria de su contemporánea Radegunda, hija de Bertario, rey de los turingios, esclava de Clotario I cuando todavia era niña, y mandada educar por éste, que después se casó con ella. Viéndola, sin embargo, continuar una vida austera y llevar el cilicio debajo de los trajes dorados, se disgustó, y en fin, habiéndole muerto á su hermano, la envió á un convento, en donde San Medardo la consagró diaconisa. En este retiro redobló Radegunda sus penitencias y las obras piadosas: fundó conventos, buscó reliquias é instituyó un monasterio, contemplando el cual decian los aldeanos: «Hé aquí el arca construida á costa nuestra contra los torbellinos de las pasiones y el diluvio de los delitos.»

Fortunato.—Allí otorgó su proteccion al poeta Venancio Fortunato (30), quien le dirigia epígramas, como tambien á Inés, sobre flores, frutas, huevos, golosinas y otras bagatelas de monjas, frivolidades de claustro, que forman singular contraste con las costumbres feroces y los hechos de los demás. Allí á lo menos tenia un refugio la inocencia, á juzgar por las humildes y tranquilas ocupaciones de que no se desdeñaba la antigua reina, y que describió el poeta con una minuciosidad que mueve á lástima, cuando solo se tiene en vista el arte, pero que enternece al que conoce la necesidad de respirar en medio de tantas matanzas y de tan terribles asesinatos (31). Por lo demás sus acentos sona-

---

(28) La memoria de Brunequilda *(heroina morena)* ha sido defendida hace pocos años por Mr. Huguenin, en una disertacion leida á la Academia Real de Metz, é inserta en la coleccion de sus memorias. Tiene por objeto demostrar que esta reina quiso aplicar á la sociedad de los francos leyes tomadas de la jurisprudencia romana, y administrarla á la antigua, reparando los caminos, levantando edificios, que todavia son designados por su nombre tanto en Flandes como en el Hainaut y en el Cambresis. «Brunequilda queria hacer entre los ostrianos y los burgundios del siglo VI, lo que Teodorico el Grande y Carlomagno hicieron con hombres menos bárbaros. Pero para suavizar á los francos, para acostumbrarles al órden, era impotente la ley con todo su rigor: el único medio que quedaba era la influencia flexible y penetrante del clero. Esta influencia fué la que los trasformó en los dos siglos siguientes y les preparó para el gobierno de Carlomagno. Brunequilda sucumbió y con ella el recuerdo del bien que habia intentado; así lejos de ser Brunequilda la Grande, no fué más que la rival de Fredegunda y la perseguidora de los francos.»

(29) *Ut regia proles ex lupanaribus videretur emergere.* FREDEGARIO.

(30) Véase el cap. XX de este libro.

(31) *Suis viribus scopans monasterii plateas vel angulos, quidquid erat fœdum purgans, et sarcinas quas alii horrebant videre, non abhorrebat evehere..... Credebat se minorem sibi, si non se nobilitaret servitii vilitate, ligna supportans brachiis, et focum flatibus et forcibus admovens..... Ipsa cibos decoquens, ægrotis facies abluens; ipsa calidam porrigens..... Illud quoque quis explicet quanto fervore excita ad toquinam concursitabat, suam faciens septimanam..... Aquam de puteo trahebat et dispensabat per vascula, obus purgans, legumen lavans, focum flatu vivificans..... hinc consummatis conviviis, ipsa vascula diluens, purgans nitide coquinam, quidquid erat lutulentum ferebat foras in locum designatum.*

Cantando la religiosa Balduina las virtudes de Radegunda, nos la presenta ocupada en los más elevados cuidados: *Semper de pace sollicita, semper de salute patriæ curiosa, quandoquidem inter se regna movebantur, quia totos diligebat reges, pro omnium vita orabat, et nos sine intermissione pro eorum stabilitate orare docebat; ubi vero inter se ad amaritudinem eos moveri audisset, tota tremebat; et quales litteras uni, tales dirigebat alteri, ut inter se non bella nec arma tractarent, sed pacem firmarent, patriæ ne perirent. Similiter et ad eorum proceres dirigebat, ut præcelsis regibus consilia ministrarent, ut eis regnantibus populi et patria salubrior redderetur.*

ban más dulces y más profundos cuando espresaban las quejas que exhalaba la piadosa Radegunda acerca del honor perdido de su nacion (32). Es de sentir que la indigna Fredegunda fuera tambien objeto de esos ilimitados elogios (33).

Union de la monarquía.—Clotario II, «príncipe temeroso de Dios, honrado y de una increible dulzura para con todos (34)» se halló por el asesinato de sus parientes á la cabeza de toda la monarquía franca. A fin de robustecer su autoridad con el auxilio de las leyes y de la religion, convocó en Paris una asamblea, en que los obispos se sentaron por primera vez al lado de los señores. Estos representaban á la nacion dominante, aquellos protegian á los vencidos y al pueblo, haciendo uso del saber y de la autoridad para obtener leyes oportunas ó para hacer que se observasen y á fin de templar la feroz rudeza de los guerreros. La *constitucion perpétua*, decretada en esta asamblea, fué dictada por la sabiduria y la prevision; la paz pública fué garantida imponiéndose pena de muerte á cualquiera que la turbase y prohibiendo á los jueces condenar al acusado sin oirle, fuese libre ó esclavo. La forma de la eleccion de los obispos fué determinada, y permanecieron con jurisdiccion temporal sobre los eclesiásticos conforme á los antiguos cánones. Los leudos obtuvieron la restitucion de los bienes que les habian sido quitados durante las guerras civiles, y se prometió al pueblo escucharlo cuando pidiese la abolicion de nuevos impuestos.

Introdújose de este modo mejor organizacion; restablecióse la disciplina eclesiástica, y quince años de paz bastaron para cicatrizar las heridas de la Francia; pero un nuevo mal, la debilidad de los reyes, sustituyó á los males precedentes: el cuidado de los negocios se fué abandonando cada dia más á los mayordomos de palacio, cuya dignidad se hizo después hereditaria en la familia más poderosa de leudos, la que sustituyó á la familia de Clodoveo en el trono.

---

(32) *Hinc rapitur laceris matrona revincta capillis,*
Nec laribus potuit dicere triste vale.
Oscula non licuit captivo infigere posti
Nec sibi visuris ora referre locis.
Nuda maritalem calcavit planta cruorem,
Blandaque transibat, fratre jacente, soror...
Quod pater extinctus poterat, quod mater haberi,
Quod soror aut frater, tu mihi solus eras (su primo Amalafredo).
Prensa piis manibus heu! blanda per oscula pendens,
Mulcebar placido flamine, parva, tuo...
Si pater, aut genitrix, aut regia cura tenebat,
Cum festinabas, jam mihi tardus eras.
Anxia vexabar si non domus una tegebat,
Egrediente foras te, pavitasse vocas...
Vos quoque nunc oriens et nos occasus obumbrat:
Me maris Oceani, te tenet unda Rubri...
Crede, parens, si verba dares, non totus abesses,
Pagina missa loquens pars mihi fratris erat...
Quæ loca te teneant si sibilat aura requiro;
Nubila si volitent pendula, posco locum.
De excidio Thuringiæ.

(33) De esta canta:
Conjuge cum propria quæ regnum moribus ornat,
Principis et culmen participata regit.
Provida consiliis, solers, cauta, utilis aulæ,
Ingenio pollens, munere larga placens.
Omnibus excellens meritis, Fredegundis opima
Atque serena suo fulget ab ore dies.
Regia magna nimis, curarum pondera portans,
Te bonitate colens, utilitate juvans.
Qua pariter tecum moderante, palatia crescunt,
Cujus et auxilio floret honore domus.

(34) FREDEGARIO, *Chron.*, 42.

CAPÍTULO X

LOS VISIGODOS.

El nombre de los godos, que espresa en Italia la destruccion y la barbarie, lo repiten los españoles con nacional complacencia desde que la peor dominacion de los árabes enseñó á unir á aquellos la idea de un Estado más feliz, cristiano é independiente (1). Después de haber sometido Walia los diversos Estados que se habian formado en España (2), fundó el reino de los visigodos, cuya capital fué Tolosa. Teodoredo, su sucesor (419-51), tornó á pasar los Pirineos para reducir nuevamente á la obediencia á los alanos, á los suevos, á los vándalos, que habian alzado otra vez la cabeza. Venció en Chalons á Atila, á quien estos últimos habian llamado en contra suya, si bien perdió la vida en la batalla.

Teodorico.—Turismundo, su hijo, fué asesinado al poco tiempo por Teodorico, su hermano, quien le sucedió en el trono (453). Este príncipe se mostró humano y dotado de carácter noble: observador de las prácticas religiosas, segun los arrianos; administrando justicia y concediendo fácilmente audiencia, se entregaba asíduamente á los ejercicios corporales; era sóbrio en la comida y afable con sus amigos. Los suevos, que, después de la partida de los vándalos, se habian establecido en la Galicia, aspiraban á la posesion de toda la península, lo cual habia determinado á los emperadores romanos á enviar tropas para contenerlos. En su consecuencia Teodorico declaró la guerra á su cuñado Rechiario, su rey, y pasó los Pirineos con los suyos, á quienes se habian incorporado los francos y los borgoñones; pero se habia convenido en que las conquistas que hiciera más allá de los montes, le pertenecerian esclusivamente. Vencedor junto al rio Orbigo, entró victorioso en Braga, capital de los suevos, y sin abrumar á los vencidos con la matanza y la deshonra taló el pais, hizo dar muerte á Rechiario, que habia caido prisionero en la fuga, y luego se adelantó hasta Mérida en Lusitania; y aunque procedia en nombre del emperador, solo pensaba en adquirir para sí propio.

S. Apolinar.—El obispo Sidonio Apolinar (3), á quien restituyó su patria y su silla, entonó sus alabanzas, y en una carta que escribia desde Narbona á su cuñado Agrícola, se esplica de este modo: «Este príncipe fué colmado por la voluntad de Dios y por la naturaleza con tantos dones, que ni aun la misma envidia podria negarle elogios. Sus cabellos caen sobre su frente como una sabanilla redonda: tiene espesas las cejas, largas las pestañas, la nariz graciosamente aguileña, delgados los labios, pequeña la boca, blancos y muy iguales los dientes: cuida de que le corte el barbero los pelos que nacen dentro de las narices, y de que le afeite su barba hasta las sienes, dejando tan solo crecer dos mechones. Tiene la tez blanca, sonrosadas las mejillas, ancha espalda, delgado talle, vigoroso muslo, pierna nerviosa y pié pequeño;» cualidades que, al

(1) No tuvo historiadores en esta época España, y separada cual estaba del resto de Europa, no menos por su situacion que por sus intereses, se ocuparon poco de ella los extranjeros. Isidoro de Sevilla, Victor Tununense, Juan Biclariense, nos han dejado crónicas áridas é imperfectas. Entre los modernos, véanse además de los historiadores de Francia:

MASDEU.—*Historia crítica de España.* Madrid, 1787.
K. ASCHBACH.—*Gesch. der Westgothen.* Francfort, 1827.
FERRERAS, *Historia general de España.*
CÁRLOS ROMEY, *Historia de España.*
LAFUENTE, *Historia de España.*
FLOREZ, *España sagrada.*

(2) Véase lib. VII, cap. XIII y XV.

(3) Véase tomo III, págs. 508 y 585.

decir del poeta, debian hacerle pasar por menos bárbaro á los ojos de los romanos, tan envanecidos con su refinada elegancia. Proseguia en esta forma: «Sale el príncipe antes de despuntar el dia con una comitiva escasa para asistir á las reuniones matinales de sus sacerdotes. Ora en voz baja con mucha exactitud, aun cuando se observe que lo hace más que por religion, por costumbre: ocúpase en administracion el resto del dia. El conde escudero permanece detrás de su silla; se hace entrar á guardias vestidos con pieles, á fin de que se hallen presentes, si bien para evitar el desórden se alejan algo fuera de las cortinas, en las balaustradas, donde charlan cuanto quieren delante de las puertas. Entonces entran los enviados de las naciones y los escucha atentamente; luego responde con brevedad. Si el asunto requiere exámen, lo dilata; si exige celeridad, apresura su despacho. Se levanta á la hora segunda, inspecciona sus tesoros y sus caballerizas. Si ha dispuesto una caza, se pone en movimiento; no pareciéndole conveniente que un rey suspenda el arco á su lado, cuando vé un ave ó un bruto, tiende la mano detrás de sí, y un paje le presenta su arco con la cuerda floja, pues le pareceria proceder como una mujer recibiéndole ya tendido... Pregunta dónde quieren que dé el tiro, y á menudo su flecha se engaña menos que vuestros ojos.»

«Distínguense sus comidas por lo sencillas; en ellas la conversacion es grave, y allí se reunen á un mismo tiempo la elocuencia griega, la abundancia gala, la viveza italiana, el aparato de la representacion, el esmero de una mesa particular, un órden régio... Después de comer no duerme, ó duerme poco. Llegada la hora del juego coge con presteza los dados, los examina atentamente, los menea con ligereza, los tira resueltamente, los anuncia con vivacidad, los espera con paciencia. Calla cuando la suerte es propicia, se rie cuando es contraria, no se enoja nunca, y toma el azar á lo filósofo. No da muestras de temer ni de exigir un desquite, descuida las ocasiones que se ofrecen, es superior á los contratiempos, pierde sin turbarse, gana sin dar zumba; de tal modo que, cuando juega, no parece sino que da una batalla, pues que no piensa en otra cosa que en vencer. Deponiendo entonces algo de su gravedad régia, invita á jugar alegremente de igual á igual; teme que le teman, le complace ver á su adversario conmovido, y al reparar en su tristeza, juzga que no le ha cedido el triunfo por lisonja. A eso de la hora nona vuelven á empezar las tareas del dia y la afluencia de solicitantes, la cual se disipa al llegar la noche al anuncio de la cena, y se despierta entre los cortesanos, velando cada uno junto á su señor hasta media noche. Algunas veces por estraordinario son admitidas las futilidades de los mímicos, sin que á pesar de todo pueda ninguno de los convidados ser blanco de sus epígramas. Nada de órganos hidraúlicos, ni de cantos estudiados, ni de tocar de cítara, ni de músicos, ni de cantores, porque el soberano no gusta más que de las armonias que recrean el alma tanto como el oido. Cuando se levantan de la mesa, los guardias del tesoro comienzan las veladas nocturnas y permanecen armados á la puerta del palacio durante las horas del primer sueño (4).»

De esta suerte aspiraba el poeta á acostumbrar á los galos á la dominacion de los visigodos, á lo cual propende muy especialmente aquella alusion á la poca devocion de Teodorico, quien se mostraba arriano por costumbre y no por convencimiento. «Veo en la córte, añadia Sidonio, al sajon de ojos azules respetar las playas de un rey que no tiene naves, si bien no teme las olas del mar estenso: el viejo sicambro, rapado después de su derrota, deja de nuevo crecer su cabellera: el hérulo de mejillas verduscas como el Océano, cuyos más distantes golfos habita, se pasea á sus anchuras: el borgoñon, alto de siete piés, dobla la rodilla é implora la paz.» A mayor abundamiento, si hemos de darle crédito, ni aun el shah de Persia dejaba de consultar al héroe de Occidente.

Eurico.—Pero el reino que Teodorico habia adquirido por medio de un fratricidio, lo perdió á manos de su hermano Eurico (5). Este fué el pri-

(4) *Ep.* 1 y 2.

(5)

REYES VISIGODOS DE LA FAMILIA DE LOS BALTOS.

I. Alarico I. 382-412.
II. Ataulfo. 412-415.
III. Sigerico. 415.
IV. Wália. 415-419.
V. Teodoredo I. 419-451.
VI. Turismundo. 451-453.
VII. Teodorico. 453-466.
VIII. Eurico. 466-484.
IX. Alarico II. 484-507.
X. Gesalico. 507-511.
XI. Amalarico. 511-531.

mero que recopiló las leyes consetudinarias de los visigodos, y el más poderoso de los reyes visigodos, ensanchó sus Estados al tiempo de la disolucion del imperio de Occidente. Después de haber rechazado á los ostrogodos contra Bizancio, acometió la empresa de avasallar cuanto territorio habia poseido Roma en la Galia y en la España. Ninguna resistencia le opusieron las provincias situadas al mediodia del Loira y al oeste del Ródano, á escepcion de la Auvernia, que á las órdenes de Ecdicio, hijo del emperador Avito, se defendió hasta el instante en que se la hizo ceder por Julio Nepote (6). Cuando posteriormente hubo derrocado Odoacro el imperio, traspuso los Pirineos, y con el auxilio del ostrogodo Widimero, sometió toda la peninsula, á escepcion de la Galicia. Otro tanto hizo con la Provenza, que aun permanecia fiel al imperio. Por consejo ó de órden de Odoacro ejerció el senado romano un estéril acto de autoridad, confirmando á Eurico la posesion de todo lo que habia conquistado desde los Alpes hasta el Ródano y el Océano.

Entretanto Eurico perseguia violentamente al clero católico, á quien temia mucho. Hizo dar muerte á gran número de obispos dejando vacantes sus sillas. En consecuencia de todo se envenenaban más y más los odios ordinarios de vencedores á vencidos, y esto oponia un grande obstáculo á la formacion de un poderoso reino.

Alarico II.—Habiendo muerto este príncipe después de diez y nueve años de reinado (484), tuvo por sucesor al trono de Gotia á Alarico II, su hijo, cuyo poder no igualaba su bondad. Puso término á las persecuciones contra los católicos, y permitió que los obispos tornaran á ocupar sus sillas y á reunir sínodos. Una comision reunida en Adura (506), recibió por su mandato el encargo de elegir aquellas leyes romanas que pudieran acomodarse á las costumbres de los visigodos, y de formar con ellas un código *(Breviario)* para sus súbditos, los galo-romanos. En seguida hizo sancionar aquella compilacion en una asamblea de la nobleza y de los principales miembros del clero.

Alarico no supo oponer al formidable poder de Clodoveo más que condescendencias, hasta el estremo de entregarle el conde romano Siagrio, que se habia refugiado á su lado; pero faltando á la lealtad se hizo blanco del menosprecio, y ya se aprestaba Clodoveo á declararle guerra, cuando Teodorico, rey de Italia, su suegro, interpuso su mediacion. Como se apercibió ó sospechó de que el clero de sus Estados mantenia relaciones secretas en su daño con el franco convertido, empezó la persecucion nuevamente. Fomentáronse los odios en atencion á que el pueblo seguia siempre el partido de los obispos espulsados; y Clodoveo fué llamado á fin de que libertara al pais de los herejes y de los tiranos. En su consecuencia se puso en marcha contra Alarico (507), y le arrebató el trono y la vida en la batalla de Vouillé, cerca de Poitiers.

Gesalico.—Muy en breve se vieron repelidos por todas partes los visigodos. Gesalico, hijo natural del muerto, que se habia apropiado su herencia con perjuicio de Amalarico, su sucesor legítimo, aunque de edad de cinco años solamente, se retiró al otro lado de los Pirineos, quizá de acuerdo con Clodoveo. De resultas nada hubiera quedado á los godos más allá de los montes, si Teodorico, rey de Italia, no hubiera enviado á Iba con un ejército para sostener la autoridad de su nieto contra los invasores y el usurpador. Este general venció bajo los muros de Arlés al hijo de Clodoveo y al rey de los borgoñones (508), los cuales continuaban la guerra, y avasalló á todo el pais, esceptuando únicamente á Tolosa, desde el Ródano hasta los Alpes. Enseguida traspasó los Pirineos, y restableció en todas partes la autoridad de Amalarico: Gensalico buscó su salvacion en Africa (511), en el pais de los vándalos, después de haber sido vencido junto á Barcelona.

Amalarico.—Entonces Teodorico de Italia, aun reinando en nombre de su sobrino, fué el verdadero rey de España, reuniendo de esta suerte, bajo una misma dominacion, á los visigodos y á los ostrogodos. Pero tan luego como terminó su existencia, volvió el Ródano á señalar el límite entre ellos, y Amalarico se encontró á la cabeza de los primeros á la edad de veinte y cuatro años. Solicitó de Clodoveo su alianza juntamente con la mano de su hija Clotilde; mas como aquella doncella permanecia firmemente adicta á la fé católica, la maltrataba villanamente su esposo, que era arriano. Para informar á su hermano Childeberto de la infeliz suerte que le habia cabido, le envió un lienzo empapado en su sangre. Inmediatamente el rey de Paris condujo un ejército sobre Narbona, venció y quitó la vida á Amalarico, y llevó en su compañia á su hermana después de haber talado la Septimania.

Reyes electivos.—Hallándose estinguida la raza de los Amalos, se hizo electivo el reino de la Gotia. Teudis, que nada habia descuidado mientras era tutor de Amalarico, para crearse, con una habilidad igual á su ambicion, numerosos parciales, sin que tampoco fuera quizá ageno á su muerte, se aprovechó de ella para sucederle en el trono. Pródigo de privilegios respecto de los magnates godos, protegió la religion católica. Transfirió su residencia desde Narbona á Barcelona (542), y tuvo que sostener tanto aquende como allende el Pirineo la guerra contra los francos, quienes hasta llegaron á poner asedio delante de Zaragoza, si bien fueron repelidos. Cuando los griegos inquietaron á los ostrogodos de Italia, Teudis atravesó el estrecho á fin de operar una diversion atacando á Ceuta, que prestaba obediencia al emperador de Bizancio; pero fué vencido en una salida que hicie-

(6) Véase t. III, pág. 509, y 48 de este tomo.

ron aquellos moradores, y asesinado á su regreso á España (7).

Teodegisilo mereció por su bravura ser elegido para sustituirle (548), aunque su violencia y sus desórdenes le arrastraron á perecer bajo el puñal á los diez y siete meses de reinado. Sucedióle Agila por poco tiempo (549). No sabiendo doblegarse á la obediencia los señores, cuyo orgullo habia ido en aumento, pusieron á su cabeza á Atanagildo, quien atacó á su rey, secundándole Justiniano, y los mismos partidarios de Agila le dieron muerte con el objeto de que la guerra civil terminara.

Reconocido por todos como rey Atanagildo (554) pagó á bien caro precio el socorrro que le habian prestado los griegos, pues se vió obligado á cederles muchas fortalezas y ciudades marítimas, desde donde inquietaron á sus sucesores por espacio de ochenta años.

En virtud de no haber podido á su muerte ponerse de acuerdo los grandes, la Septimania fué adjudicada á Liuva (567), y la España á su hermano Leovigildo (569): estos dos príncipes vivieron en buena y cordial inteligencia.

Leovigildo.—A la muerte de Liuva obtuvo su hermano todo el reino (572). Hizo con buen éxito la guerra á los bizantinos, á quienes arrojó de Córdoba, y cuyas posesiones redujo á pocas ciudades marítimas. A fin de poner un término á los disturbios, renacientes de contínuo, limitó la autoridad de los señores. Rodeándose con régio aparato no se dejó ver más que sentado sobre el trono y revestido con la púrpura, é introdujo un ceremonial en su corte. Tan económico como denodado se dedicó á arreglar la hacienda, en que solo habia encontrado desórden; arregló las rentas, adoptó un traje regio; y habiendo conocido los defectos del gobierno godo, quiso repararlos introduciendo disciplina en las milicias, domando á los cántabros y á los demás montañeses.

San Hermenegildo.—De esta suerte hubiera podido aumentar su autoridad y su pujanza, si no hubiera dado por sí mismo orígen á funestas divisiones. De su primera esposa Teodosia, hija de Severiano, gobernador de Cartagena, habia tenido á Hermenegildo y á Recaredo, á quienes su piadosa madre habia educado en la fé ortodoxa. Ingunda, hija de la reina Brunequilda y esposa del primogénito, mostrándose fiel á la verdadera creencia, incurrió en el odio de Gosvinda, segunda mujer del rey, arriana ferviente, la cual la maltrataba hasta el punto de arrastrarla por los cabellos, golpearla y arrojarla desnuda dentro de un estanque como para rebautizarla. Leovigildo creyó que podria poner dique á aquellas disensiones domésticas señalando la ciudad de Sevilla por residencia á su hijo; pero arrastrado éste por el ejemplo de su esposa y tambien por los consejos del obispo Leandro, abrazó la religion de su madre: no viendo entonces probabilidad ninguna de reconciliacion con el autor de sus dias, llamó á la rebelion á los católicos del pais, celebró alianza con los suevos, los griegos, los vascos, los francos, y con cuantos enemigos tenia el Estado (584).

Su padre ganó á los griegos á costa de dinero, lo cual le valió la victoria, y se apoderó por traicion de Córdoba, último asilo del rebelde, quien, habiéndose refugiado dentro de una iglesia, salió de allí bajo la promesa de que se le perdonaria. Fué confinado á Valencia, mas, ora se hiciera realmente culpable de nuevas tentativas sediciosas, ora quisiera su padre obligarle á las creencias arrianas, y se negara á ello, fué preso y decapitado en Tarragona (585). La constancia con que rehusó comunicarse con los arrianos le valió los títulos de mártir y de santo. Ingunda, á quien hicieron embarcar los griegos para proporcionarle un asilo en Constantinopla, murió en la travesia.

Reino de los suevos.—Entonces Leovigildo pensó en castigar á los que habian favorecido la rebelion de su hijo. Habia quedado independiente de los visigodos, el reino que los suevos habian fundado en la Galicia, y en parte de la Lusitania: si Teodorico habia conseguido sujetarlo un momento, fué restaurado por Remismundo (456), quien introdujo allí la creencia arriana.

Ignóranse los acontecimientos que se consumaron en aquel punto en el curso de ochenta años; pero hácia mediados del siglo siguiente vemos aparecer á Cariarico, quien lo redujo á la fé católica nuevamente. Dícese que tenia un hijo enfermo y que ya desesperaba de la ciencia humana. Como preguntara un dia «¿de qué religion era aquel Martin que ha hecho tantos milagros en la Galia?» Se le dió por respuesta: «Era un obispo que enseñaba á su rebaño como el Padre es igual al Hijo y al Espíritu Santo.—Y bien, añadió el rey, visitad su sepulcro y deponed allí muchos presentes, y, si mi hijo sana, creeré como él creia. En su consecuencia envió á Tours tanto oro como pesaba su hijo; mas no esperimentando por esto el enfermo alguna mejoria, mandó el rey edificar una iglesia, y envió á pedir algunas reliquias del santo.

---

(7) Reyes electivos de España.

I. Teudis. 531-548.
II. Teodegisilo. 548-549.
III. Agila. 549-554.
IV. Atanagildo. 554-567.
V. Liuva I. 567-572 con su hermano.
VI. Leovigildo. 569-586.
San Hermenegildo. 585.
VII. Recaredo I, el Católico. 586-661.
VIII. Liuva II. 601-603.
IX. Witerico. 610.
X. Gundemaro. 612.
XI. Sisebuto. 621.
XII. Recaredo II. 621.
XIII. Suintila y Recimero. 631.
XIV. Sisenando. 636.
XV. Chintila. 640.
XVI. Tulga. 641.
XVII. Chindasvinto. 652.
XVIII. Recesvinto. 672.
XIX. Wamba. 680.
XX. Ervigio. 687.
XXI. Egica. 701.
XXII. Witiza. 710.
XXIII. Rodrigo. 711 último rey visigodo.

Como no se daban otras que pedazos de tela depositados y dejados durante cierto tiempo en su sepulcro, los enviados pusieron allí un pedazo de seda, y rogaron al santo que en señal de su intercesion hiciera que lo encontraran más pesado. Aconteció lo que pedian al dia siguiente, y cada vez más convencidos entonces llevaron consigo la reliquia venerada. Recuperó completamente la salud el hijo, y volvió el padre á la verdadera fé del mismo modo que su pueblo (8).

A esta conversion contribuyó muy especialmente otro San Martin, llegado de Panonia, quien habia hecho la peregrinacion á Tierra Santa fundando el célebre convento de Duma, cerca de Braga. Después fué acabado de estirpar el arrianismo en el reino de los suevos por Teodomiro, sucesor de Cariarico, cuando reunido el clero en el concilio de Braga, hizo públicamente profesion de ortodoxia.

Desde entonces fué más fácil la fusion de los suevos con los primitivos habitantes; pero no tardó en estallar una guerra civil en ellos, por haber destronado Andeca á Eurico, su primo, hijo y sucesor de Miro. Leovigildo se aprovechó de esta ocasion para castigarlos á causa de la ayuda que habian prestado á su hijo: invadió y puso fin al reino de los suevos, que habia durado ciento setenta y seis años (385).

Gascones.—Asimismo declaró la guerra á los escaldunacos, á quienes llamamos nosotros vascos ó gascones, raza cántabrica, cuya energia no habian podido dominar aun los romanos ni los bárbaros. Vencíolos y destruyó á Vitoria. Muchos de ellos resolvieron entonces abandonar una patria donde no podian vivir libres; y pasando los Pirineos, buscaron un asilo en la Aquitania Novempopulonia, donde los hijos de Childeberto les permitieron establecerse, señalándoles el punto del Ampurdan por residencia, bajo la condicion de obedecer al duque Genial. Este fué el principio del ducado de Gascuña.

Recaredo.—Queriendo vengar Gontran, rey de Borgoña, á su sobrino Hermenegildo, acomete á España por mar y tierra; pero Leovigildo le opone su hijo Recaredo, quien no solamente rechaza al enemigo, sino que penetra en la Galia (586), y no se detiene hasta que recibe la noticia de la muerte de su padre. Llamado á sucederle en el trono, celebra la paz con los francos. Entonces divulga el rumor de que habiendo abjurado su padre de sus errores en el lecho de muerte, le ha mandado volver á la verdadera creencia. De órden suya se congrega un concilio compuesto de setenta y dos obispos y magnates, católicos y arrianos, en Toledo (8 mayo de 589), y allí declara que su creencia es conforme á la de Roma, invitando á sus súbditos á que imiten su conducta. En lugar de discusiones obstrusas, que no convenian á la inteligencia grosera de este pueblo, los argumentos decisivos alegados fueron el consentimiento general, hallándose todo el mundo desengañado del arrianismo, y los milagros que en testimonio de la verdad católica se operaban tanto sobre el sepulcro de San Martin, como en la fuente bautismal de Oset, en la Bética, que se llenaba todos los años espontáneamente en la víspera de Pascua. Fueron arrojados á las llamas los libros arrianos; se enviaron delegados á Gregorio Magno para tributarle homenaje y á reclamar sus consejos; y en cambio de los donativos preciosos que le llevaron, recibieron del pontífice algunas reliquias, entre las cuales se hallaban un pedazo de la verdadera cruz, algunos cabellos de San Juan Bautista y limaduras de las cadenas de San Pedro.

La conversion de Recaredo, que supo tener á raya á los arrianos descontentos, hizo su nombre querido y casi sagrado para los españoles. Fué el primero de los reyes de este pais que se hizo coronar solemnemente, lo cual aumentó sobremanera el poder del clero. Los consejos de Leandro, obispo de Sevilla, le pusieron en aptitud de organizar bien la iglesia nacional y de establecer buenas reglas de disciplina eclesiástica con la aprobacion del papa Gregorio. Rechazó una nueva incursion del rey de Borgoña Gontran (pág. 125), y se estendió con el emperador Mauricio á propósito de las plazas que todavia permanecian en poder de los griegos en el territorio de la peninsula. Por lo que hace al resto del pais, en breve no formaron más que una sola nacion, sin tener más que un rey, una fé y una ley, visogodos, suevos, galo-romanos é hispano-romanos.

Pero el esplendor del reino visogodo se eclipsó con Recaredo (601). Diez y ocho meses después de que el jóven Liuva II hubiera sido encumbrado al trono, fué aprisionado y muerto por el arriano Viterico (603), quien todo lo puso por obra á fin de restablecer el arrianismo, si bien fué degollado en un banquete (610). Gundemaro, su sucesor, cuyo reinado no duró más que dos años, ejercitó su valor contra los griegos y los gascones, quienes derramándose por la Vizcaya, por la Cantabria y la Navarra, comenzaron escursiones por bandas contra la Galia y la España.

Sisebuto.—Sisebuto, que fué elegido para sustituirle (612), se hizo ilustre como príncipe, como guerrero, y, cosa rarísima en aquella época, como literato. Efectivamente, de sus obras nos quedan una vida de San Desiderio, varias cartas y sesenta y un exámetros sobre los eclipses de luna, tales, que algun erudito los atribuyó á Varron Atacino.

En el norte del pais reprimió muchos levantamientos, hizo con éxito la guerra á los griegos, y avasalló á los gascones de la Cantabria. Los judios, que segun una tradicion, habian sido trasladados á este pais en tiempo de Nabucodonosor (9), aun-

(8) GREGORIO DE TOURS, *Milagros de San Martin.*

(9) Véase la nota 4 al cap. IX del Lib. II.

que más verosimilmente fueron enviados por el emperador Adriano después de la insurreccion de Barcocebas, se habian multiplicado enormemente en España, cuando Sisebuto, en virtud de un inmoderado celo ordenó que fueran bautizados ó condenados á muerte. Vanamente se opuso el clero á que se usara violencia respecto de ellos, haciendo presente que Dios tolera y se compadece de quien le place (10); noventa mil de ellos fueron sometidos al bautismo, sin perjuicio de renegarle con sus obras.

Recaredo II, su hijo y sucesor, murió después de algunos meses de reinado (621) y fué reemplazado por Suintila, á quien se puede considerar como el primer rey de toda España. Efectivamente él fué quien avasalló completamente á los gascones, y espulsó á los griegos de aquella lengua de tierra sobre el Atlántico, designada posteriormente con el nombre de los Algarbes, á que habian sido reducidos por Sisebuto.

Sisenando.—Envanecido, reinó despóticamente, cesó de convocar en Toledo los concilios de eclesiásticos y señores, y asoció al trono á su hijo Ricimero, como si aspirase á hacer hereditaria la corona en su familia. Condenados fueron á muerte los grandes que manifestaron su disgusto; pero habiendo reunido el godo Sisenando á los descontentos en la Septimania (631), pasó los Pirineos, hizo prisioneros á los dos reyes, y una vez justificada la rebelion por la victoria, solicitó la aprobacion del IV concilio de Toledo. Presentóse en él con la cabeza descubierta, con los ojos bajos; y de rodillas y llorando imploró de los obispos el perdon y las insignias reales (diciembre de 633). Los obispos, aceptando la usurpacion, la confirmaron, pero amenazando con gravísimas penas á quien en lo sucesivo atentase á la autoridad real.

Constitucion.—Habíase acomodado la constitucion germánica en España á la administracion romana, así como la lengua romana habia sustituido al idioma gótico. Mandaban los reyes al ejército con una autoridad absoluta, acuñaban moneda, conferian los empleos, convocaban los concilios y aprobaban los cánones de ellos, porque eran asambleas políticas. Habiendo cesado la unidad del gobierno con el imperio romano, y no habiendo nacido aun la del territorio, echaron los eclesiásticos las primeras bases de la nacionalidad en la península nueva. Antes, cuando todavia estaba ensangrentada por los alanos, suevos, y vándalos, se habian reunido diez obispos (411) en Santa Maria de Braga, y Pancraciano, que tenia su sede en esta ciudad, se habia espresado en estos términos: «Ya veis, hermanos mios, como devastan los bárbaros toda la España. Echan abajo los templos, degüellan á los servidores de Cristo, profanan las reliquias de los santos, los huesos, los sepulcros, los cementerios: quebrantan las fuerzas del imperio, y hacen con todo lo que el viento hace con la paja. Y como este azote ya amenaza á vuestras cabezas, he querido congregaros á fin de que cada uno y todos juntos, busquemos un remedio á la calamidad comun de la Iglesia. Suministremos consuelos á las almas, por temor de que el esceso de los males y de los padecimientos les arrastre á la senda de los pecadores, á las cátedras de los heresiarcas, ó con los apóstatas de la verdadera fé. Ofrezcamos á nuestro rebaño el ejemplo de nuestra constancia en padecer por Cristo una parte de los males que Cristo padeció por nosotros».

Entonces se puso á recitar el símbolo de la fé, que repitieron todos acordes en la creencia del mismo modo que en la esperanza, que les hacia constantes con sencillez enfrente del martirio inminente. De esta suerte fué como aguardando á los enemigos con amor de hermanos, los ganaron á la causa de la civilizacion. Todavia se oponia á la union el arrianismo; pero, una vez caido este obstáculo, vino á ser el catolicismo una forma y un medio de libertad. De consiguiente, en España como en otras partes, se abrigó la nacionalidad bajo el patrocinio del clero, y lejos del libertinaje y de las intrigas cortesanas del franco, haciéndose respetable con respetarse á sí mismo, llegó á tener gran poderio. Intervino en los asuntos del reino, y se congregó con tanta frecuencia, que se conocen diez y siete concilios desde Recaredo hasta Witiza (589-701). Allí tomaban asiento por órden de ancianidad los arzobispos de Toledo, Sevilla, Mérida, Braga, Tarragona, Narbona con los obispos y con los abades. Después de haber tratado en las primeras sesiones de todo lo concerniente al dogma y á la disciplina eclesiástica, admitian á los altos empleados de palacio, á los duques y condes de las provincias, á los jueces y á los nobles, por cuyo voto hacian confirmar las deliberaciones respecto de los negocios de alta política y de derecho civil; y en fin resolvian las cuestiones particulares. Todo el que tenia quejas contra un obispo ó un seglar, estaba autorizado para presentarse en el concilio á invocar el derecho contra la violencia. El que siendo citado se negaba á comparecer, era conducido por fuerza; juzgábanlo los obispos, y sus sentencias, aprobadas por el rey, eran ejecutorias. En los seis meses inmediatos á su separacion, debian convocar los obispos al pueblo y al clero para comunicarles los decretos del concilio.

Así al paso que en Francia tomaban á veces un carácter eclesiástico las asambleas del campo de marzo y de mayo, siempre tuvieron los concilios carácter político en España. Merced al traje de obispo ó de sacerdote, se sentaba allí el vencido al lado del vencedor, y el jefe del ejército se hacia poco á poco rey del territorio. En aquellas asambleas generales y en las parciales que las anunciaban, se hallaba templada la índole feroz de los bárbaros por la prudencia y la mansedumbre de una clase inerme; y los obispos, que habian contribuido con su sufragio para elegir al rey entre la no-

(10) Concilio IV de Toledo, año 633, caps. 57 y 59.

ble sangre goda, consolidaban su poder recomendando la lealtad á los súbditos. Al mismo tiempo impedian los abusos del poder soberano, ora exigiendo del rey un juramento al celebrarse su coronacion, ora velando á fin de que nunca infringiera la ley.

En el IV de aquellos concilios (633), el rey dice á los obispos: «Estableced lo que se debe hacer y evitar y me conformaré con ello.» En su consecuencia declararon que los obispos deberian congregarse todos los años, y que los jueces locales así como los intendentes de los dominios reales, asistirian á aquellas asambleas para aprender á gobernar los pueblos con piedad y justicia, «porque los obispos vigilaban la conducta de los jueces para con el pueblo, los amonestaban, los corregian, hacian llegar sus insolencias á oidos de los príncipes, y si no conseguian convertirlos, los separaban de la comunion de los fieles» (c. 18). Tambien se ordenó que todas las iglesias de los visigodos siguieran la misma liturgia, es decir, la que más tarde recibió el nombre de mozárabe (*mixta de árabe*).

Mostróse tan poderoso el clero en este concilio, que pudo cambiar la constitucion del pais. En un principio habian sido elegidos y destronados los reyes solo por el sufragio de los grandes: cuando Recaredo hizo triunfar el catolicismo, aspiraron los concilios al derecho de confirmar las elecciones, y entonces establecieron que nadie ascenderia al trono sin obtener el consentimiento de los obispos y de los oficiales palatinos; que se congregarian al tiempo de morir un rey á fin de darle sucesor; que nunca pronunciaria el rey una sentencia capital sin oir antes sus pareceres; que mantendria al clero exento de toda carga; que los obispos podrian llevar la apelacion á sus asambleas, de las cuales estarian en libertad de escluir á quien fuera de su agrado.

Añadió á esto el sexto concilio toledano (636) que el rey seria siempre elegido entre la antigua nobleza gótica y nunca en vida del anterior.

Si de todas maneras, pues, les aseguraban la fidelidad, no conminaban nunca con la muerte á los rebeldes, y siempre se reservaban presentar súplicas al rey para obtener su perdon. «Con frecuencia (dice el concilio IV, c. 31) confian los príncipes los negocios á los sacerdotes y el juicio de los duelos. Los sacerdotes elegidos por Cristo para el ministerio de la salvacion, no consentirán nunca en hacerse jueces por los reyes, sino es cuando obtengan la promesa jurada de que se perdonará el suplicio. Si un sacerdote se mezcla en algun proceso capital, responderá delante de Cristo de la sangre derramada y perderá su dignidad en la Iglesia.»

De consiguiente, la España era una monarquia electiva y representativa, merced á los concilios, asambleas aristocráticas nacionales que reunian en su seno á los prelados y á los grandes. Después que estuvo dotada por el cristianismo con una fé única y una ley sola, le quedó todavia la tarea de operar la fusion entre vencedores y vencidos: esta obra se consumó por la invasion de los musulmanes, á combatir la cual los españoles fueron igualmente alentados y sostenidos por aquella religion, que habia dirigido los primeros pasos de la monarquia.

Para la administracion se hallaba dividido el reino en ducados y en condados; pero, á diferencia de lo que acontecia en otros paises germánicos, en vez de constituir los ducados feudos vitalicios, eran revocables segun la voluntad del monarca. Sin embargo, aquel que habia sido una vez duque conservaba siempre el nombre, si obtenia posteriormente algun alto empleo, tomaba el título de conde; propio de todos los grandes dignatarios; de aquí la cualidad de conde-duque, atribuida particularmente á algunas casas de España.

Habia allí tantos ducados como metrópolis, ó por mejor decir tantos como provincias; á saber: Cartagena, Bética, Lusitania, Galia, Tarragona y Galia Septimania, cuyas capitales eran Toledo, Sevilla, Mérida, Braga, Zaragoza ó Tarragona y Narbona. Por el decoro de la ciudad en que el rey tenia su residencia, llevaba el título de duque el conde de Toledo. Elegíase á los duques por todos los hombres libres y no solamente por los nobles, y se entendian por nobles todos los grandes propietarios antiguos. Administrábase la justicia en cada distrito por el conde, por el obispo y por el *gardingo* (11), quienes tal vez tomaban asiento juntos.

De esta suerte se hallaba dividida la España, como los demás paises, entre dos intereses: por una parte el clero y el pueblo, deseosos de conservar la autoridad real y la seguridad pública con ella; por otra los grandes esforzándose á fin de destruirla para no encontrar ya obstáculos á sus planes ambiciosos ó violentos.

Chindasvinto.—Con el favor de los primeros se elevaron al trono Chintila y su hijo Tulga (636-40), si bien los nobles les inquietaron de contínuo hasta el momento en que encumbraron al solio á Chindasvinto (642). Lleno de energia y opuesto al clero, le escluyó de los asuntos seglares durante los once años de su reinado, y no solicitó su consentimiento al tiempo de su elevacion, ni cuando se asoció á su hijo, aunque se mostraba sumamente liberal con las iglesias: pero tambien descargaba su rigor sobre los nobles, dió la muerte á muchos, confiscó á bastantes sus bienes, y otros emigraron, perseguidos por leyes sanguinarias.

Los grandes, á quienes queria privar del derecho de elegir rey, se habian concertado con las ciudades, despojadas igualmente de muchos privilegios, y estaba próxima á estallar una tempestad (652), cuando fué disipada por la dulzura de

(11) *Gardings*, de *garda*, heredad, fundo. Los historiadores les llaman *próceres*.

su hijo Recesvinto, quien prometió, al sucederle, echar un velo sobre lo pasado y satisfacer las quejas. En su consecuencia convocó el VIII concilio de Toledo (653-54), uno de los más numerosos é importantes, el cual modificó á peticion del mismo rey las rigurosas ordenanzas dadas contra los perturbadores del órden público, otorgó al príncipe el derecho de indulto, y puso nuevamente en vigor la severidad de las disposiciones anteriores contra todo el que aspirara al trono por medios ilícitos ó por la violencia. Decidió que el rey seria elegido en el mismo punto donde su antecesor hubiera muerto; que sus herederos naturales no adquiririan más que los bienes de que era propietario al ceñirse la corona; que el nuevo soberano juraria no favorecer á los herejes ni á los judios, y protejer la creencia católica.

Ya Chindasvinto habia mandado coleccionar y traducir las leyes de los visigodos en el dialecto nacido de la mezcla de la lengua latina con el idioma teutónico de los conquistadores, y los restos que habian sobrevido del antiguo lenguaje ibérico y fenicio (655). Esta tarea fué llevada á feliz remate por Recesvinto, quien formó con ella un código en doce libros, sancionada por la asamblea de los magnates. Son leyes de orígen teutónico, con algunas adiciones sacadas de la legislacion romana: propendia á dar unidad á la nacion, suprimiendo la prohibicion de contraer matrimonio entre godos y romanos, así como aboliendo cualquiera otra legislacion, inclusa la ley romana; solamente los mercaderes extranjeros podian ser juzgados por sus cónsules, segun la costumbre nacional.

Pacífico fué el reinado de Recesvinto (12); pero después de su muerte el reino de los godos caminó rápidamente á su ruina. Quizá habian sido elevadas al trono doce familias desde la estincion de la de los Amalos, y á cada vacante ocurrian tumultos ó intrigas de los parientes del difunto para turbar el nuevo nombramiento y por no querer someterse á otros, oponiéndose después á todo partido, y aprovechando la coyuntura para introducir novedades.

Wamba.—De consiguiente, no sin motivo titubeaba Wamba en admitir el trono que merecia ocupar por sus virtudes y por la nobleza de su estirpe. Al fin consintió en empuñar el cetro; pero en breve Hilderico, conde de Nimes, hizo que se sublevaran los godos de la Septimania, quienes rehusaron reconocerle en razon de que no habian dado su sufragio. Hilderico fué auxiliado por el clero de Lanquedoc, y Paulo, general griego, enviado por Wamba para reprimir aquel levantamiento, se hizo proclamar soberano, habiendo comprado las provincias situadas entre el Ebro y los Pirineos.

Wamba defendió vigorosamente una corona aceptada con repugnancia; y después de haber vencido á los gascones, que favorecian á los rebeldes, avasalló á Cataluña, se hizo dueño de Narbona y de las ciudades de la Septimania: por último hasta Nimes cayó en sus manos, y Paulo, que se habia refugiado allí dentro del antiguo anfiteatro, fué cogido y condenado á prision perpetua.

Viendo Wamba que el clero, con el acrecimiento de su poder, ponia en peligro la autoridad real, y que los nobles se afanaban por obtener obispados, prestando de esta manera auxilio á la aristocracia en vez de servirle de contrapeso, pensó cercenar las facultades de los eclesiásticos. Entre otras medidas ordenó que estos estuvieran sujetos al servicio militar como los seglares; y en efecto, parecia justo que, ya que les pertenecian los mejores dominios, sufrieran las cargas inherentes á las demás propiedades, y de las cuales figuraba en primer término el servicio de la guerra. Pero esto trajo en pos la ruina de la disciplina eclesiástica, especialmente entre el bajo clero, y viniendo á faltar, en su consecuencia, aquella noble moralidad de los eclesiásticos, á que hemos atribuido la fuerza del pais, éste se precipitó.

Irritado el clero con las reformas de Wamba, conspiró en contra suya. Un tal Ardobasto, que, desterrado de Constantinopla, habia llegado algunos años antes en solicitud de un asilo á Toledo, donde habia sido recibido benévolamente por Recesvinto, contrajo matrimonio con una parienta cercana de este príncipe. De ella habia tenido un hijo llamado Ervigio, que vivia honrado y favorecido en la corte de Wamba. Aquel Ervigio hizo cundir la noticia de que Ardobasto era nada menos que hijo de San Hermenegildo, que se habia refugiado en Constantinopla después del martirio de su padre y de la muerte de su madre. El favor popular que debió á este cuento, hizo que se fijaran en su persona los ojos de los descontentos, y puesto de acuerdo con ellos, le dió á Wamba un brevaje narcótico.

Ervigio.—Apenas se hubo dormido éste, le vistieron los obispos con una túnica de monje, y le cortaron los cabellos, lo cual le imposibilitaba, como clérigo, de seguir reinando, y dieron inmediatamente la uncion real á Ervigio (580). Cuando Wamba recuperó sus sentidos y supo lo que habia pasado, no pudo menos de resignarse y de encerrarse en un monasterio. Sobrevivió lo suficiente para

(12) A fines del 1858 lluvias torrenciales descubrieron en un cementerio cerca de Toledo un cofre riquísimo, el cual contenia muchas obras riquísimas, como cruces, coronas, una de las cuales es semejante á la del tesoro de Monza, y lleva inscrito *Reces wint has rex offert.* Gran parte existe en la Armeria Real y el resto fué vendido á Francia y depositado en el museo de Cluny, siendo uno de los más preciosos monumentos de la orfebreria de la Edad Media: y fueron trabajados probablemente en Constantinopla. Segun parece fué un voto hecho por aquel rey y por su corte en una espléndida ocasion á Nuestra Señora de los Cormier, que se levantaba en el sitio que hoy se llama La Fuente de Guarrazar; habiendo sido sepultados probablemente en tiempo de los moros.

no envidiar á los que se agitaban en el mar á cuyas playas habia llegado.

Confirmó el concilio XII de Toledo á Ervigio en el trono (enero de 681), y decidió que una vez revestido un príncipe con el hábito monástico, aunque fuera sin su noticia, tendria obligacion de guardarlo, sin que pudiera reinar por más tiempo. Ervigio se grangeó la benevolencia del clero, autorizando al arzobispo de Toledo á nombrar obispos para las sedes vacantes; pero tambien arrebató á la corona el único medio que le quedaba para luchar contra la aristocracia, desde que las altas dignidades se habian hecho hereditarias.

Concilio XIV de Toledo.—Sin embargo Ervigio, ora por remordimiento, ora por temor de las consecuencias, determinó al décimo cuarto concilio de Toledo á declarar inviolables á su mujer y á sus hijas, á fin de que no las acaeciera ningun fatal contratiempo después de su muerte. Además decidió este concilio que las viudas reales no podrian contraer nunca segundas nupcias, bajo pena de escomunion, aunque fuera con un monarca.

No teniendo hijos varones, casó, ora á título de reparacion, ora por temor, á una de sus hijas con Egica, hermano de Wamba, después de haberle hecho jurar que no pensaria en vengarse; por último, conociendo su fin próximo, le designó por sucesor suyo, y se vistió el hábito de la penitencia (687).

Egica.—Una eleccion hecha de este modo era contraria al VI concilio; pero el clero confirmó la eleccion de Egica, en el XVI (11 de mayo de 688). El nuevo rey sometió una duda á la decision de esta asamblea: «He jurado, dijo, á Ervigio, no vengar la injuria hecha á Wamba; después al ceñirme la corona he jurado no poner trabas al curso de la justicia. ¿A cuál de estos dos juramentos estoy obligado? La asamblea respondió que el juramento era inviolable, pero que carecia de validez cuando propendia á proteger el crímen.

Ignoramos el uso que hizo de esta respuesta, aunque algunos escritores españoles dicen que Egica castigó severamente á los enemigos de Wamba, y hasta repudió á su mujer, hija de Ervigio; restituyó á los parciales de Wamba los bienes y los honores de que habian sido despojados. Su reinado trascurrió en medio de contínuas turbulencias y de conspiraciones contra su vida. Pero el mayor mal de España provenia de la depravacion de las costumbres, que desde las mas altas clases de la nobleza y del clero descendia hasta el vulgo. En medio de tales desórdenes, los judios refugiados en Africa anudaron relaciones con sus hermanos, que fingiendo haberse convertido, habian permanecido en la península, si bien, no contrayendo enlaces con los godos, evitaban la fusion deseada por las leyes: esto hizo temer que quisieran introducir en el pais á los extranjeros; y proscribiendo otro concilio á cuantos judios quedaban en España (693), confiscó sus bienes, y ordenó que se les arrebataran sus hijos menores de siete años para ser educados en el cristianismo, y después unidos en matrimonio con personas cristianas. De aquí aquella distincion de cristianos nuevos y viejos, que subsistió en el pais hasta el siglo décimo quinto (*), y los rasgos de fisonomia judáicos que se pretende reconocer en muchos españoles.

Witiza.—Sin consultar á la asamblea, Egica nombró para sucederle á su hijo Witiza (696), y á fin de prepararle á reinar le confió el gobierno de la Galicia (701), antiguo reino de los suevos. En aquella provincia permaneció hasta el momento en que ocupó el puesto de su padre; pero no correspondió en un Estado más estenso á las esperanzas que habia hecho concebir en más pequeño teatro.

Su época es tan oscura que solo se puede distinguir en ella una cosa, y es que la España se veia empujada al abismo por flaqueza de la autoridad real, por el órden absurdo de sucesion al trono, por la inquieta ambicion de los grandes, por las intrigas de eclesiásticos intolerantes y por su escesiva ingerencia en los negocios públicos. De tal manera se habian apartado de los sentimientos de que el clero estaba animado en los primeros tiempos, que en el décimo nono y último concilio (**) sacudieron toda dependencia respecto de Roma, prohibiendo apelar á ella, concediendo á los eclesiásticos permiso para casarse, y á los judios para regresar al reino. Acaso estas disposiciones fueron inspiradas por el arzobispo de Toledo, con la intencion de contrariar al metropolitano de Sevilla, que, recurriendo á Roma, queria poner coto á sus pretensiones siempre en aumento.

Rodrigo.—No podemos menos de contar entre el número de las fábulas las tradiciones relativas al reinado de Witiza, á su crueldad, á la guerra civil á que dió nacimiento, así como á las que pesan sobre la memoria de Rodrigo, último rey de los visigodos (710). Bajo su reinado se envenenaron aun más las pretensiones de las familias que aspiraban al trono; por un lado figuraban los descendientes de Leovigildo y de Recaredo, por otro los de Chindasvinto; finalmente los parciales de Wamba y los de Ervigio, unidos á los hijos de Witiza, escluidos del trono por Rodrigo. Opas, arzobispo de Sevilla y quizá tambien de Toledo, hermano (ó segun otros hijo) de Witiza, era gran promovedor de sediciones contra Rodrigo: secundábale

---

(*) Es probable que la distincion de cristianos nuevos y viejos fuera establecida por las causas citadas por el autor; pero no está en lo cierto al decir que terminara en el siglo XV; porque si al principio se usó con respecto á los judios, desde esta época hasta mediados del siglo pasado, fué usada con motivo de los moriscos, convertidos después de la toma de Granada.

(**) Es dudoso que se celebrara tal concilio, pero en el caso de ser cierto, seria el XVIII. Las decisiones que el autor atribuye á este concilio, fueron promulgadas por un edicto de Witiza.

Julian, cuñado de Witiza y gobernador de la Andalucia, y Requilo, gobernador de Mauritania Tingitana (13). Aquellos ambiciosos no tuvieron á baldon llamar de Africa á los árabes para ayudarles en sus proyectos, sin apercibirse de que preparaban á su patria ocho siglos de servidumbre y de padecimientos, pero no de cobardia.

(13) La Mauritania Tingitana dependia, en efecto, antiguamente de la España romana; mas no consta cómo pasó á poder de los visogodos.

CAPÍTULO XI

INGLATERRA É IRLANDA.—ANGLO-SAJONES (1).

Cuando amenazada Roma en sus mismos hogares llamó á las legiones de las fronteras (411), tuvo necesidad de abandonar aquella Bretaña, sobre la cual se habia jactado mil veces de triunfos que nunca habian sido completos. Algunas de las catorce principales ciudades de aquella isla, habian hecho adelantos en las artes, en la civilizacion y en el lujo. Lóndres era floreciente por el comercio, y se gobernaba como municipio, á semejanza de York, Cantorbery y Cambridge; pero la influencia extranjera y la prohibicion de gastar armas les privaban de las ventajas del régimen republicano. Cuando Honorio les invitó á confederarse y á proveer á su seguridad por sí mismas (2), conocieron que no se recibe la independencia de manos de un tirano extranjero, y se cuidaron muy poco de la donacion que se les habia hecho.

Entonces descendieron los pictos y los escotos de las montañas donde habian puesto á cubierto su libertad, y salvando la muralla elevada para oponerse á sus incursiones, se precipitaron con toda la animosidad antigua sobre los habitantes de la llanura. Al mismo tiempo eran desoladas las costas por los piratas: buscaba la poblacion en las selvas un asilo para sus bienes, sus mujeres y sus hijos, dejando sin cultivar los campos; de esta suerte se agregó el hambre á tantas otras vicisitudes, y en pos vinieron guerras fatricidas. En medio de tan crueles estremidades los infelices isleños tuvieron que recurrir nuevamente al imperio y se dirigieron al cónsul Aecio «los suspiros de los bretones,» diciéndole: «Los bárbaros nos empujan hácia el mar, el mar nos empuja hácia los bárbaros: no nos queda más arbitrio que elegir entre dos clases de muerte; ser sumergidos ó asesinados.

Harto ocupado Aecio en defender el centro del imperio dejó estas súplicas sin respuesta. Entonces parte de los habitantes se trasladaron á la Armórica, otros se sometieron á los pictos y á los escotos; confiando algunos en Dios y en su denuedo, acometieron al enemigo, le rechazaron y pudieron cultivar nuevamente sus campos. Entonces los caledonios se encontraron divididos en dos secciones por los montes Grampianos, los escotos al Nordes-

---

(1) GILDAS CORMAC, *Liber querulas de excidio Britanniæ;* y *Epistolæ.*

NENNIUS, *Hist. Britonum, sive eulogium Britanniæ.*

GALFRIDUS MONMOUTH, *Hist. Britonum.*

Chronicon Walliæ. Estos historiadores son bretones.

Son anglo-sajones los siguientes:

BEDA, *De sex mundi ætatibus.—Historia monasterii Wearthmouthensis.—Vita sancti Cuthberti.*

Chronica saxonica, en lengua sajona.

HENRICUS HUNTINGDONENSIS, *Hist. anglorum.*

GUILL MALMESBURY, *De rebus gest. reg. Anglorum.* Varios vidas de santos.

Acerca de todos estos autores, puede el juicio de LAPPENBERG en el prólogo á su *Geschichte von England.* Hamburgo, 1838.

Entre los modernos pueden consultarse:

WITHAKER.—*Genuine history. of the Britons.* Londres, 1773.

SHARON TURNER, *History of the Anglo-saxon.* Londres, 1828.

F. PALGRAVE.—*The rise and progress of the english commonwealth; anglo-saxon period.* Londres, 1832.

PHILIPS.—*Angelsächsische Rechtsgeschichte.* Gotinga, 1825.

LINGARD.—*History of England.* Londres, 1819-32—*Antiquities of the Anglo-saxon Church.* Newcastle, 1806.

THIERRY, *Historia de la conquista de Inglaterra por los normandos.*

RAINOLD SCHMITS, *Gesetze der Angel-Sachsen.*

(2) Vease tomo III, págs. 478 y 521.

te y en las islas Hébridas y Orcadas, y los pictos al Sudeste, y en la baja Escocia.

Habiendo cesado toda autoridad por parte de los magistrados romanos, tornaron á prevalecer los jefes de las tribus; porque la opresion de los dominadores no habia estorbado á los indígenas conservar con religioso esmero la memoria de sus genealogias hasta la sexta y séptima generacion (3), porque estos títulos conferian plenitud de derechos en el canton natal antiguo, propiedad de un *clan*, es decir, de una sola familia. Los habitantes de los campos, que habian continuado hablando la lengua céltica, habian tambien conservado la energia nacional. Comprendiendo los ricos que no hallarian salvacion más que uniéndose al pueblo, volvieron á adoptar su idioma y sus costumbres, y ya no se descubren entre ellos vestigios de la servidumbre romana cuando empiezan la lucha con sus vecinos.

Restablecióse, pues, un gobierno de *clan;* y los bretones confederados entre sí instituyeron para adquirir unidad y fuerza contra las invasiones esteriores, un jefe de los jefes (*penteyrn ó pendragon*) ó sea rey del pais. Residia en Londres, pero como los logrios, en cuyo territorio estaba esta ciudad, tenian más facilidad de elevarse á esta categoria, inspiraron envidia á los cambrios, que pretendian esclusivamente la dignidad real, alabándose de ser su raza la más antigua de la isla, donde las otras eran advenedizas, y que les habia dado el nombre un tal Prydain, hijo del cambrio Aood, el cual habia mantenido toda la isla bajo su obediencia.

Envenenáronse las discordias, como acontece comunmente entre tribus bárbaras; el más fuerte era elegido por rey, pero el que manifestaba algunos sentimientos de humanidad era derribado como cobarde (4). Nunca los pendragones llegaron á ser jefes de la nacion entera, ni á sustituir fuerzas regulares á las legiones romanas para seguridad del pais. Cuando la disolucion del imperio de Occidente, no pérmitió ya á los bretones descansar más que sobre sí propios, Vortigerno, príncipe de Cornualles, entonces jefe de los jefes, procuró unir en una sola asamblea á las diferentes tribus á fin de concertar sus medios de defensa (445); pero faltando la armonia y la confianza, pensó invitar á los extranjeros para que por dinero y por territorios protegiesen al inerme pais.

Conquista sajona.—A la misma ribera en que César habia efectuado antes con facilidad su desembarco, acababan de abordar precisamente tres buques montados por los jutos ó getas, pertenecientes á aquella nacion, que designada con el nombre de sajones se habia esparcido del Holstein por toda la costa del Océano, desde el Eider hasta la embocadura del Ems. Acostumbrados aquellos aventureros á hacer el corso á bordo de frágiles embarcaciones de cuero, fáciles de manejar tanto á la vela como al remo, arrostrando las tempestades caian sobre las playas británicas, saqueaban lo que encontraban y huian inmediatamente.

Vortigerno entabló, pues, conferencias con Engisto y con Orsa, hijos de Vitigisilo, descendiente de Vodan, jefes de los sajones desembarcados, ofreciéndoles, en cambio de sus servicios militares, la isla de Thanet, rodeada por el mar y por dos brazos del rio. Concíbese que siendo gente habituada al oficio de piratas, les agradó alcanzar á semejante precio un establecimiento donde podrian refugiarse contra las tempestades y depositar el botin; tanto más cuanto que una profecia divulgada entre ellos, les prometia el saqueo de un pais, á donde serian llamados y del cual se harian dueños dos veces. Vióse, pues, en breve llegar á diez y siete buques montados por mil quinientos valientes, que enarbolaron en la isla el dragon blanco (449), y se organizaron con arreglo á sus costumbres nacionales, recibiendo de los bretones todo aquello que necesitaban, mientras ellos con sus pesadas hachas y sus lanzas tenian á raya á los montañeses: «Abatidos nuestros enemigos, dice un poeta antiguo, se mezclaban con nosotros á los regocijos de la victoria, y nos felicitábamos á porfia de su llegada. Pero ¡desgraciado el dia en que nos empeñamos en amarles! ¡Infeliz Vortigerno! ¡Baldon sobre tí y sobre tus consejeros!»

Con efecto, no podia espresarse que durara largo tiempo la armonia. Hiciéronse los fuertes cada vez más exigentes, y amenazaron á aquellos en cuya defensa habian acudido, tan luego como reconocieron su flaqueza. Llamaron de la Germania á otras tribus y celebraron alianza con los pictos para ganar terreno en lo interior. Los bretones invocaron los tratados y los convenios, débil recurso contra la fuerza. Tambien empuñaron las armas; pero Vortigerno no supo reparar con la victoria los males de que era causa su funesto pensamiento, y se vió obligado á resignar el mando en su hijo Vortimero: éste derrotó á los invasores en Aylesford, y mató á Orsa, pero murió prematuramente (450). Investido Vortigerno nuevamente con la autoridad, fué impotente para resistir al enemigo; perseguido por la censura de los suyos, huyó lejos á ocultar su vergüenza.

Heptarquia.—Engisto, cuyas fuerzas se habian aumentado, ocupó una vasta estension de territorio á la orilla derecha del Támesis, donde fundó juntamente con su hijo Esco (Aesc), el reino de los hombres de Kent (*Kent-wara-rice*) (455).

Veinte y dos años más tarde conducia Hella otros sajones al mediodia de Kent; y á pesar de la oposicion de los bretones guiados por el valiente pendragon Ambrosio, establecia (491) allí la otra colonia de los sajones del Sur (*Suth seaxna-rice*,

(3) *Genealogiam quoque generis sui etiam de populo quilibet observat; et non solum avos atavosque, sed usque ad sextam vel septimam et ultra procul generationem memoriter et prompte genus enarrat.* GIRALDO CAMBRES, *Itiner. Wallie.*

(4) GILDAS, capítulos 15 y 19.

Sussex). Poco después Cerdico y su hijo Cinrico desembarcaron con un ejército más poderoso que los precedentes al Oeste de los sajones meridionales (516); uniéronse á ellos, y sostenidos por otros cuerpos á las órdenes de Port, rechazaron á los bretones, mataron al pendragon Nazalcod, ocuparon todo el pais entre el Alto Támesis y la isla de Wight (519), y fundaron el reino de los sajones occidentales (*West-seaxna-rice*, Wessex), estableciendo su sede en la antigua capital de los belgas (*Venta belgarum*, Winchester). Cada vez se estendieron más los compañeros de Cerdico y llegaron á prestarles apoyo nuevas emigraciones. Abordando á las costas del Este, aquellos recien llegados ocuparon la orilla derecha del Támesis con la ciudad de Lóndres, y Erkenvino hizo de aquella comarca el reino de los sajones orientales (*East-seaxna-rice*, Essex).

Arturo.—Dueños entonces de toda la costa que pertenecia á los logrios, llegaron á la Saverna, frontera de los cambrios; pero esperimentaron enérgica resistencia por parte de Arturo (516-42), héroe de las novelas de la Edad Media. Habiendo reunido en masa este príncipe de los siluros de Caerleon á los indígenas, alcanzó muchas veces la victoria sobre los sajones, especialmente en el monte Badon, cerca de Bath, victoria que salvó la independencia de los cambrios; y por espacio de treinta años opuso á la invasion fuerte dique. Arturo se vió obligado á volver sus armas hasta contra los bretones, que ponian trabas á sus triunfos. Herido peleando contra su propio sobrino, fué trasladado á la isla que forman muchos rios cerca de Glastonbury (*isla Avallonia,*) y allí exhaló el último suspiro. Inmediatamente se apoderó la poesia de su nombre, exajeró sus hazañas, cantó doce de sus señaladas victorias; negó que hubiera muerto, y pretendió que estaba dormido al pié del Etna con sus famosos caballeros de la Tabla redonda; merced á ella conservaron los bretones durante muchos siglos la esperanza de verle aparecer de nuevo, y blandir todavia aquella espada que era la única capaz de vencer á los germanos.

Merlin.—Unido á su nombre va el de Merlin archidruida del renovado culto de las encinas (páginas 438), cuya voz habia profetizado aquellos desastres. «Vortigerno se hallaba sentado al lado de la orilla de un lago seco, cuando de repente salen de allí dos dragones, uno blanco y otro rojizo, el rojizo daba caza al blanco. Pregunta el rey á Merlin qué quiere decir aquello, y Merlin se hecha á llorar: el blanco es el breton, el sajon es el rojizo. El jabalí de Cornualles pisoteará sus cabezas; se le someterán las islas del Océano y poseerá los precipicios de los galos; será celebrado por la voz de los pueblos, y sus hechos suministrarán materia á quien los repita. Pero llegará el leon de la justicia, cuyo rugido hará temblar á las tierras de los galos y á los dragones de las islas. Llegará tambien la cabra de los cuernos de oro y la barba de plata; y el resoplido de sus narices será tan fuerte, que cubrirá de vapores toda la haz de la isla. Andarán las mujeres como la serpiente, y su ademan respirará soberbia. Cámbianse las llamas de la hoguera en cisnes que nadan sobre la tierra como en un rio. El ciervo, cuya cornamenta será diez veces ramificada, llevará cuatro diademas de oro; otras cuatro se trasformarán en cuernos de pastos, cuyo inaudito estruendo aturdirá á las tres islas; estremécese la selva y grita con el acento humano:—Ven Cambria; pon á Cornualles á tu lado y dí á Guitoni: «Te tragará la tierra.» Entonces habrá una carniceria de extranjeros, se regocijarán las fuentes de la Armórica, rebosará de alegria la Cambria, reverdecerán las encinas de Cornualles. Hablarán las piedras, se angostará más todavia el estrecho de las Galias. Serán empollados tres huevos en el nido, de los cuales saldrán una zorra, un oso y un lobo. Sobrevivirá el gigante de la iniquidad, cuya mirada helará al mundo de espanto.»

Estas profecias alimentaron las esperanzas de los cambrios y no creian más en la muerte de Merlin que en la de Arturo. Viviana, de quien estaba prendado, le pidió en prueba de su amor hácia ella, que le revelara la palabra fatal que podia encadenarle; aun cuando conoció el uso que queria hacer de esta revelacion, no supo negársela, y se reclinó por sí mismo en el sepulcro, donde permánece encerrado mientras aguarda nuevos destinos.

Anglios.—Aun no se habia enjugado la primera sangre, cuando el ruido de las conquistas traia otros pueblos á las mismas playas (547). Partiendo los anglios en masa desde las orillas del Báltico, á las órdenes del valiente Ida y de sus doce hijos, se dirigieron hácia la Bretaña Septentrional todavia intacta, y desembarcaron en Flamborough, entre las desembocaduras del Forth y del Tweed. Se aliaron con los pictos, y sembraron tal espanto, que su jefe fué apellidado el Tizon de fuego. (*Flamddwyn*). Entre tanto Urien, jefe de los bretones septentrionales, gritaba dirigiéndose á los suyos: «Hijos de una misma raza, unidos para la defensa de una misma causa, enarbolemos nuestro estandarte sobre las montañas, y lancémonos á la llanura; lancémonos sobre el Tizon de fuego, y hagámosle pedazos con sus compañeros y sus aliados.»

Efectivamente opusieron los bretones denodada resistencia; mataron al mismo Ida, y aunque Urien pereció á orillas del Clyde (559), no cesaron de pelear hasta después de una jornada decisiva en la que los anglios y los pictos derrotaron y asesinaron á muchos jefes de collar del oro (560). Aquellos que sobrevivieron á la matanza se refugiaron en el pais de los cambrios, hoy provincia de Gales.

Derramáronse por el pais los conquistadores, distinguiendo sus colonias con los antiguos nombres geográficos, llamándose hombres del norte del Humber (*Northan-hymbra-menn*, nortumbrios), hombres de Deihr, hombres de Brynich, reunidos todos después en el reino de Nortum-

berland. El nombre de Anglia *(East-england*, Estanglia) quedó reservado á un pequeño espacio de pais en la costa oriental, donde habian formado, en un principio, una débil colonia, y donde Ofa tomó el título de rey de la Estanglia después (571).

Los coranienos, antigua nacion que nunca habia fraternizado con los bretones, así como se habia unido con los romanos, se unieron entonces con los anglo-sajones, cual lo habian hecho antes con los romanos; el pais que habitaban anteriormente entre el Humber y el Támesis, fué llamado Marca *(Merk)* porque servia de frontera por el lado de los bretones libres. Crida fundó allí el séptimo reino, que recibió el nombre de Mercia (584).

De tal modo quedaron rotas desde entonces las comunicaciones entre la Bretaña y el resto del mundo civilizado, que Procopio habla de una isla distante, en la que una gran muralla separa el pais de la realidad del pais de las ficciones. «Pues si en la parte oriental hacen prosperar aguas límpidas y brisas saludables á un pueblo culto, en la occidental el aire mortífero no anima más que las serpientes, y vagan las sombras de los muertos que son trasladados allí desde la opuesta orilla en fuertes barcas por pescadores que obedecen á los francos, y por esta razon se hallan exentos de tributo. Llamados alternativamente en medio de la oscuridad de la noche á desempeñar su misterioso oficio, en el que no oyen más que el lenguaje de los espíritus invisibles que trasportan, ¿podria creerse que se alude aquí á aquella Bretaña tan perfectamente conocida por César, y dominada por los romanos cincuenta años antes?»

Los sajones, nacion bárbara, mataban á sus prisioneros y abandonaban el castigo á la venganza privada: vendian sus compatriotas á los mercaderes del continente, sin perdonar á sus mismos hijos; apaciguaban con sacrificios humanos la cólera de sus dioses, delante de los cuales no habia más pecados que el de la cobardia. Escitaba aun más entre ellos la sanguinaria religion de Odin el instinto feroz de la conquista, alimentando su imaginacion con la idea de una carniceria que era exigida y recompensada por el cielo. Hallábanse distribuidos en compañías *(friburg)* de diez hombres libres, y cada uno de ellos se obligaba á obtener reparacion del que violara el comun sosiego. Cada decena tenia por jefe á un *(tungerefa)*, diez de los cuales con sus compañías formaban la centuria *(wapentaece)*, á las órdenes de un conde *(gerefa)*, y muchas centurias formaban una division *(shire)*, mandadas por un *(shirgerefa)*.

Dividíanse los vencendores en tres clases; la nobleza, compuesta de eorles y tanes; los individuos libres ó cheorles se aplicaban á la agricultura y al comercio; por último, venian los esclavos ó dewes. Después de la familia real ocupaban el primer puesto los *ealdorman*, que á semejanza de los condes entre los teutones, administraban justicia en los cantones *(shire)*, y mandaban á las tropas.

Organizacion de la heptarquia.—Por interés comun estaban confederados entre sí los reinos anglo-sajones (5); en su consecuencia celebraban una asamblea general llamada *wittenagemot* ó dieta de los sabios. Pero ¿qué pueden los sabios en medio de una nacion de costumbres y de fuerzas atroces? A menudo daban libre curso á las pasiones feroces, y producian entre ellos la guerra, el amor á las rapiñas, á las conquistas y á las mujeres. Sus reyes *(koning)* se depravaron más pronto de lo que debia temerse, y abandonando la navegacion, en que consistia su poderio, no pensaron más que en esterminarse mútuamente. Aprovecharon los cambrios este instante para caer sobre ellos, lo cual hizo que á fin de reprimir las incursiones del dragon rojo, Offa, rey de Mercia, levantara una trinchera y abriese un foso desde la embocadura del Dee hasta la confluencia del Wye en la Saverna.

---

(5) En un principio ascendieron á ocho los reinos germánicos, luego se redujeron á siete, después á seis, y tornaron á ser ocho por efecto de nuevas revoluciones. Pero el nombre de *heptarquia sajona* prevaleció finalmente, aunque sus Estados no fuesen siete ni se compusieran solo de sajones. Hé aquí la tabla de esta heptarquia.

RAZAS.	NOMBRES.	CAPITALES.	FUNDADORES.	AÑOS.	CONDADOS ACTUALES.
Cuatro reinos sajones.	1. Kent. . . .	Cantorbery.	Henghisto. . .	455	Kent.
	2. Sussex.. . .	Chichester.	Hella.	491	Sussex. — Surrey. — Southampton.
	3. Wessex. . .	Winchester.	Cerdico. . . .	519	Hamp. — Dorset. — Wilts. — Berks. — Is. de Wight. — Somerset. —
	4. Essex. . . .	Londres.	Erkenvino. .	526	Essex. — Middlesex. — Hertford.
Tres reinos anglos.	5. Northumberland.	York.	Idda..	547	Northumberland. — Durham. — Westmoreland. — York. — Lancaster.
	6. Estanglia.	Norwich.	Offa..	571	Cambrigde. — Suffolk. — Norfolk. — Is. d'Ely.
	7. Mercia.	Lincoln.	Crida.	584	Glocester. — Worcester. — Leicester. — Northampton. — Bedford. — Buckingham. — Derby. — Nottingham. — Hereford. — Warwich. — Lincoln. — Oxford. — Chester.

Los bretualdas.—Con mayor prudencia era elegido uno de los reyes sajones por bretwalda ó jefe de las fuerzas; era vitalicio su poder, pero por lo demás, ni se extendia siempre á todos los reyes germánicos, ni habia órden ni aun continuidad en la eleccion; y todo aquel tiempo es tan confuso, que difícilmente se trataria de anudar una relacion exacta.

El primer bretualda fué Hella, rey de Sussex; después no se hace mencion de ningun otro en el espacio de cerca de un siglo (560), hasta Ceawlin, sucesor de Cinrico en el reino de Wessex. Sometió Ceawlin á Etelberto, rey de Kent, y derrotó muchas veces á los bretones; pero habiéndose sublevado sus súbditos, se aliaron con estos últimos y con los escotos, y le vencieron y destronaron. Eligióse entonces, como bretualda, al rey de Kent; y habiéndose casado con una princesa cristiana, llamada Berta, dispuso á los sajones á recibir el bautismo.

Redwaldo, rey de la Estanglia, á quien se eligió para sucederle (616), habia sido convertido al cristianismo en la corte de su predecesor; pero abrazó de nuevo la idolatria, y con el fin de asociarla con la verdad, erigió un altar á Cristo en el templo de Vodan. Edwino, hijo de Hella, primer rey de Deira, destronado por Edelfrido, sobrino de Ida y rey de Bernicia, derrotó al enemigo junto á Idla, con ayuda del bretualda de los estanglios, conquistando los dos reinos unidos con el nombre de Nortumbria. Hecho enseguida bretualda estendió su dominacion sobre casi toda la isla, tuvo tributarios á los príncipes bretones, conquistó las islas de Anglesey y de Man, é introdujo tal órden en el pais, que en su tiempo podia una mujer atravesar la isla entera, con su hijo en los brazos, sin que se espusiera á ningun insulto (6).

Conversion.—Introducido el Evangelio desde un principio en aquella comarca, habia progresado mucho, por más que á sus progresos se opusieran las costumbres y las leyes anteriores; pero la conquista de los anglo-sajones borró todo vestigio. Los bretones refugiados en la Galia lo conservaron; pero como se encontraban separados civilmente de los francos, ni quisieron reconocer á sus obispos. Viéronse, por lo tanto, excomulgados, proporcionando á los reyes francos los errores de su compatriota Pelagio un pretesto para asaltarlos de vez en cuando, sin que lograsen, á pesar de esto, hacerles mudar de creencia. Aunque la pérdida de la Bretaña fué muy sentida por el clero católico, no habia podido nunca reanimar la fé en ella, hasta el momento en que Etelberto, rey de Kent, casó con Berta, hija de Cariberto, rey de Paris. Ejerció sobre su marido esta católica princesa la misma influencia que tenia Clotilde respecto de Clodoveo, predicando en Cantorbery muchos sacerdotes que habia llevado consigo, y bautizando además á muchos sajones.

(6) BEDA, *Hist. eccles.*, II, 16.

Simple sacerdote aun, presenció cierto dia Gregorio Magno el mercado de los esclavos en Roma; y conmovido con la vista de algunos, les preguntó que de dónde eran: «Anglios, le respondieron.—Decid más bien ángeles,» repuso; «siendo muy de sentir que se encuentren bajo el poder de Satanás. Y su pais, ¿cómo se llama?—Deira.—¡Pues bien! el Señor cambiará su ira en misericordia respecto de ellos. Y el rey, ¿cómo se llama?—Hella.—¡Aleluya!—esclamó el sacerdote, con mejor corazon que buen gusto; haremos que se canten entre ellos las aleluyas del Señor.»

Cuando ocupó la silla de San Pedro, su principal cuidado fué convertir á los anglios al cristianismo, enviando con este objeto á cuarenta misioneros, á cuya cabeza se encontraba el abad Agustin (596), consagrado con anticipacion obispo de Cantorbery; los cuales, no obstante el temor de los peligros y el poco fruto que esperaban recoger entre gentes cuyo idioma no conocian, atravesaron las Galias, donde fueron animados por los reyes francos, y desembarcaron en la isla de Thanet, destinada á acoger conquistadores tan diversos. Allí Etelberto, rey de Kent y bretualda al mismo tiempo, quiso, temiendo sus sortilegios (7), oirlos á campo raso; y después de haberlos escuchado: «¡Bellos razonamientos y preciosas promesas, esclamo, pero nuevas é inciertas! No podria yo tranquilizarme con ellos, repudiando lo que los anglios creen hace ya tanto tiempo. Pero puesto que venis de un pais tan lejano, y que queréis, segun me parece, persuadirnos de lo que juzgais mejor para nosotros, os proporcionaré lo necesario: empleaos, pues, en atraer á vuestra fe á cuantos podais.»

Dirigiéronse, pues, procesionalmente á Cantorbery, y ya fuese por la palabra, ya por el ejemplo de su austeridad como por las ceremonias y milagros, hicieron prosélitos. Recibió en fin, el mismo rey el bautismo en el dia de Pentecostés del año siguiente con diez mil sajones (597). Dió tierras á los misioneros, «con objeto de que fuesen para ellos una patria, y que dejasen de ser extranjeros en el pais.» Tuvo su ejemplo tantos imitadores, que pronto fué numerosísimo el rebaño de Agustin, aunque el rey no violentó á nadie y se contentó con manifestar más benevolencia á aquellos que se le habian unido para ganar el reino de los cielos.

Gozoso el papa con tal feliz éxito, comisionó á nuevos enviados á los cuales dió estas instrucciones: «Es preciso abstenerse de demoler los templos de los ídolos, contentándose con rociarlos solamente con agua bendita, colocando en ellos altares y reliquias. Viendo la nacion subsistir los lugares consagrados á su antiguo culto, continuará por costumbre acudiendo á ellos para adorar al verdadero Dios. Se me ha referido que aquellos

(7) *Ne si quid maleficæ artis habuissent eum superando deciperent.* HENRICUS HUNTINGDONENSIS, *Hist. Anglorum.*

pueblos tienen la costumbre de inmolar bueyes á los dioses. Que este rito se transforme en solemnidad cristiana; y en los dias de consagracion de los templos en iglesias, en las fiestas de los santos, dejad á los nuevos fieles, que aun construyan cabañas de follaje al rededor de la iglesia, como lo tienen de costumbre; que conduzcan animales, que los maten después, no como ofrenda al demonio, sino para celebrar banquetes en honor de Dios, á quien después del festin entonarán alabanzas y acciones de gracias. Concediendo de esta manera algo á las alegrias esteriores, con mayor facilidad les conducireis á disfrutar de las interiores.»

Llevaron estos nuevos comisionados á Agustin el palio como arzobispo y las reglas por las cuales debia organizarse el reino á medida que fuese conquistado á la verdad, instituyendo doce obispos, y estableciendo un metropolitano en Londres cuando la ciudad se hubiese convertido al cristianismo (657) y otro en York.

Nombró el papa Vitaliano para la silla de Cantorbery á Teodoro, monje de Tarso, en Cilicia, instruido en el griego, el latin, la astronomia, la música y el arte métrico, y quien llevó consigo un ejemplar de Homero y otro de San Juan Crisóstomo. Fué acompañado por Adriano, monje de Nápoles, oriundo de Africa, no menos sabio que él, y que habiendo estado dos veces en Francia, habia dejado en ella monjes cuya mayor parte sabian, aun después de mucho tiempo, hablar el latin y el griego como su propio idioma. Por este tiempo llamó Benito Bishop, de Francia, obreros é hizo construir el monasterio de Wearmouth en el Northumberland, segun la arquitectura romana. Adornáronse las paredes con pinturas compradas en Roma y los vidrios se tomaron de Francia, y un cantor procedente de San Pedro de Roma enseñaba en él el canto (8). Teodoro y Adriano tuvieron por discípulos á Alcuino y Adelmo, este último pariente del rey Ina, y el primer sajon que escribió en latin. Iba él mismo cantando por las calles canciones en lengua sajona (9). De esta manera fué como Inglaterra debió su primera civilizacion á aquellos pontífices, cuyas efigies sigue quemando anualmente hace tanto tiempo.

Los cambrios-bretones, que habian permanecido independientes de los anglo-sajones, habian roto toda clase de relaciones con la Santa Sede, á la cual no se dirigian siquiera para pedir el palio arzobispal, vagando los obispos sin vida fija; no celebraban la Pascua con las solemnidades prescritas por Roma y no estaban vestidos ni tonsurados segun lo prescrito. En sus monasterios cada religioso debia saber un oficio, y los que oraban debian relevarse alternativamente con los que salian á trabajar. Se separaban tambien de la verdad por el motivo de la gracia, y por la suerte que se reservaba á los niños que morian sin hautizar.

En su consecuencia recomendó Gregorio á Agustin los obispos bretones, «á fin de que los indoctos fuesen instruidos, los vacilantes confirmados y los perversos corregidos.» Reúnelos, pues Agustin á la sombra de una gran encina, á orillas del Saverna; pero mirando ellos con recelo al arzobispo, y sospechando que estuviese de acuerdo con sus enemigos para privarlos de su independencia, se obstinaron en negar al papa una supremacia, que decian no debia concederse más que á Dios y á su arzobispo de Caerleon. Consideróse en aquellos tiempos bárbaros la destruccion del gran monasterio de Bangor, cuyos monjes perecieron todos, poco después, á manos de una partida dn anglo-sajones paganos, como un castigo de aquella obstinacion.

Continuó el apostolado en otras provincias con más ó menos éxito. Edelberga, hija de San Etelberto, que habia contraido matrimonio con Edwino, jefe pagano de la Nortumbria, introdujo en este pais el conocimiento del cristianismo. Resistió Edwino antes de abandonar sus númenes, mucho tiempo á las caricias de su mujer y á las instancias del papa, quien le envió, en nombre de San Pedro, una camisa de lino bordada de oro y un manto de lana de Ancona, con un espejo de plata y un peine de marfil dorado para su esposa; pero acabó de sucumbir cuando el obispo Paulino le reveló una vision que habia tenido en su juventud, y que jamás habia confiado á nadie (627)

No queriendo, sin embargo, violentar la conciencia de sus súbditos, reunió la *vittenagemot*, y á la manera de Teodosio en el Senado de Roma, preguntó á los asistentes qué Dios querian. El gran sacerdote dijo: «Nadie ha reverenciado y servido á los dioses mejor que yo; no soy, sin embargo, ni el más rico ni el más honrado; luego ellos no valen nada.» Un guerrero añadió: «Cuando estamos calentándonos en la sala en el invierno, ¡oh rey!, á veces entra un pajarillo que se reanima con aquel calor; pero pronto sale espuesto al frio como antes. Tal es la vida, corto paso entre el tiempo que precede y el que debe llegar. Aquel tiempo es tenebroso: si alguna cosa cierta nos saben decir los cristianos, merecen ser seguidos (10).

La conclusion fué cambiar de fé, y como ningun otro tenia valor, dió el gran sacerdote el primer golpe á las imágenes de los dioses. El sacerdote Paulino, que habia venido con Edelberga, fué el primer arzobispo de York; pero la Bernicia conservó con tenacidad su salvaje culto, lo que impidió la fusion estable de los dos Estados.

Habia sido ocupado el trono de Mercia, después de Chorl, por Penda, sobrino de Crida (625?). Haciéndole preferir su belicoso carácter las antiguas

(8) BEDA, *Historia ab. Wirem.*

(9) WARTON, *Diss on the introd. of learning into England*, CXXII.

(10) HEN. HUNTINGDON, *Hist.*

divinidades sanguinarias, se negó á abrazar el cristianismo, y uniéndose con Chedvalla, rey breton de Gwynedh en el pais de Gales, derrotó y dió muerte á Edwino con su hijo Offrido, en la batalla de Heathfield (633). Persiguieron los vencedores el cristianismo y asolaron la Nortumbria, que dejó de formar un solo reino. Habiendo vuelto de Escocia Enfrido, hijo de Edelfrido, ocupó de nuevo el reino paternal de la Bernicia, mientras que al de Deira ascendió Osrico, pariente de Edwino. Ambos renegaron del cristianismo, pero su reinado fué corto, porque habiendo Chedvalla caido de nuevo sobre la Northumbria, dió muerte á uno y á otro.

Por el contrario se habia combatido energicamente el paganismo en la Estanglia, gracias á la conversion del rey Eorpwaldo, hijo de Redwaldo; y especialmente á Sigeberto, su hermano y sucesor (629), que habiendo sido desterrado á Francia, habia conocido allí el cristianismo y le habia introducido en su pais, así como escuelas organizadas por el modelo del continente. Pero cuando su tercer hermano Egrico ascendió al trono, le atacó Penda, uno de los vencedores de Edwino, le venció y dió muerte en una batalla (635). Persiguió después la religion, que no obstante fué sostenida por Anna, sucesor de Egrico, y más eficazmente después de él, por Oswaldo, hijo segundo de Edelfrido. Cuando murió Enfrido, reunió este príncipe en Escocia un pequeño ejército cristiano, y atacó cerca de Hexham, á los bretones, que saqueaban la Bernicia. Prosternóse este puñado de valientes, antes del ataque, al pié de una gran cruz de madera, atribuyendo á Dios, después de la accion, la gloria de haber salido victorioso con la muerte de Chedvalla. Reunió entonces Oswaldo la Bernicia y el reino de Deira, recibió el homenaje de los bretones, pictos y escotos, y tomando el título de bretualda, restableció en todas partes el cristianismo que propagó hasta el reino de Wessex. Cinegilo y Cuichelmo, hijos de Ceolrico, que reinaban juntos sobre los sajones occidentales (640), recibieron el bautismo de manos del sacerdote Birino, que acababa de llegar de Roma para predicar el Evangelio.

Sin embargo Penda, rey de Mercia, no habia depuesto su animosidad, reunió nuevas tropas, y declarando la guerra á los cristianos, venció á Oswaldo, quien pereció en el combate (642). Asoló la Nortumbria, hasta el momento en que rechazado por la ciudad de Bamborough, se retiró.

Pero habiéndose rehecho con numerosas fuerzas, volvió á atacar á sus vecinos. Para vengar á su hermana, á quien Chenowalco, rey de Wessex, é hijo de Cinegilo, habia repudiado, le destronó y asoló el pais. Habiendo dado Anna, rey de Estanglia, asilo al vencido, le atacó, venció y dió muerte (654); después forzó á su sucesor Eteltero, á auxiliarle contra Oswio, hermano de Oswaldo, que habia sido elegido bretualda y rey de la Northumbria: el reino de Deira permaneció independiente, bajo otro Oswio, hijo de Osrico, y bajo su hijo Etelwaldo.

No atreviéndose Penda, al principio, á esperar al bretualda en campo raso, celebró con él un convenio, que fué cimentado con un doble casamiento entre Cineburga y Peada, hijas de Penda, y Alfredo y Alfleda, hijos de Oswio. Esto no obstante, cuando se sintió fuerte con sus recientes victorias, con su alianza con Etelwaldo, rey de Deira, y con los bretones, acometió de nuevo la Bernicia.

Testigo fué el rio Winead, que se halla cerca de Leed, de la última gran batalla qúe tuvo lugar entre el cristianismo y la idolatria, y ésta sucumbió con Penda (655). Hízose entonces la Mercia provincia de Bernicia (655), y después dada á Wulfero, hijo de Penda, que completó en ella la conversion, al mismo tiempo que su hermano Peado propagaba el cristianismo entre los middle-anglios. Ya Oswio habia conseguido atraer á la verdadera fe á Sigeberto, rey de Essex. No quedaba pues, á la antigua idolatria más pais que el de Sussex, de donde fué estirpada más tarde por el obispo Wilfrido (680).

Abrigando Oswio el pensamiento de poner en armonia á los cristianos, haciendo desaparecer las disidencias entre el clero breton y los sacerdotes anglo-sajones, convocó un sínodo en Whitby bajo la presidencia de Wilfrido, obispo de York, en cuanto á los anglios, y del obispo Colmars, para los bretones. Discutióse allí sobre la costumbre establecida entre los bretones, los escotos y los irlandeses, de solemnizar la Pascua en diferentes épocas y sobre la forma de la tonsura. Todos se conformaron con lo que se practicaba en Roma. Chedwalla, rey de Wessex, recibió el bautismo de manos del papa Sergio (687) en la misma Roma; fundando en ella (689) Ina, su sucesor, una iglesia y un hospital para los peregrinos de su nacion *(Santa Maria in Saxia)*, y un colegio para los jóvenes eclesiásticos anglo-sajones, á cuyo sostenimiento mandó Offa (796) que todos sus súbditos contribuyesen con el dinero de San Pedro *(romescot)*, moneda que después se consideró como un tributo.

La dignidad de bretualda cesó con Oswio, y en su consecuencia tambien todo lazo de unidad entre los reinos anglo-sajones. Siendo ya los más poderosos los de la Northumbria, Mercia y Wessex, se disputaron la preeminencia, hasta el momento en que Egberto el Grande (809-27) reunió la isla entera bajo su dominio.

Los naturales.—¿Qué era entretanto de la antigua poblacion? Los bretones de la Longria meridional habian huido en tiempo de la primera invasion al continente galo, donde se establecieron en su costa septentrional, desde el pequeño rio de Coesnon hasta la capital de los antiguos venetos *(Vannes)*; uniéronse de esta manera á sus hermanos que en otro tiempo se habian establecido en la Armórica, á la que llamaron Bretaña, del nombre de su patria, conservando en ella por espacio de varios siglos su libertad y la lengua nacional.

Defendiéronse otros obstinadamente en el territorio montañoso y estéril que se estiende á orillas del mar, desde el golfo de Saverna hasta el de Solway. Allí fué donde se refugiaron todos los que preferian la libertad, aun cuando fuese desgraciada, á un pais hermoso, pero esclavo. Fundaron en él los tres reinos de Damnonia y de Westwalia al sudoeste de Cambria ó de Walia, al occidente, y de Cumbria ó Cumberland al noroeste. Socorrido á veces allí el dragon rojo por los bretones de la Armórica, sostuvo su independencia hasta 750. Confundidos entonces los habitantes de Cornualles con los cambrios, vinieron á ser tributarios de los sajones occidentales, reuniéndose cincuenta años después al reino de Wessex, aunque sin pagar nunca tributo.

Divididos los del pais de Gales entre los cinco principados de Reynuc y Elyluc, Powis, Mazgan, Gwynhed, Dehenbarth, fueron reunidos en un solo Estado por Coderico el Grande, en 843; y después divididos de nuevo entre sus tres hijos, sobrevivieron aun á la misma dominacion sajona. Convertidos casi en bárbaros á causa de su desdeñoso aislamiento, afrontaban casi desnudos la furia del enemigo.

Bardos.—Era escitado su valor por los bardos, poetas que en ninguna otra comarca tuvieron tanta importancia, y eran considerados como una de las tres columnas de la sociedad entre ellos. Acompañaban á los reyes á la guerra, y el mejor becerro del botin era su recompensa, mientras los músicos, sus dependientes, recreaban los ocios y solicitaban la escasa generosidad del artesano ó del clero. Sus cantos tenian por perpétuo tema la historia de la patria, deplorando sus reveses ó alimentando sus esperanzas; y de tal modo consiguieron su objeto, que aquella pequeña reliquia de una gran nacion, nunca llegó á persuadirse de que habia muerto: sino antes bien creyó que semejante á su rey Arturo, continuaba viviendo mas allá de la tumba, y que se apoderaria nuevamente un dia de la corona de la Bretaña, para elevarse otra vez á nuevos y gloriosos destinos.

Llamaban *piedra del destino* á aquella sobre que hacian tomar asiento á sus reyes, y la cual daba un sonido claro si la eleccion era aprobada por sus mayores. Pero decia el oráculo que la nacion prosperaria donde quiera que el trono fatal se trasladara; y éste fué colocado en Escocia; luego en el año 1285 Eduardo I lo trasfirió á Westminster; y la raza céltica, no tuvo reyes, aunque no dejó de compadecer y dar asilo á los caidos, como la Escocia á los Estuardos, y la Bretaña francesa á los Borbones.

Aquellos que permanecieron en su patria, tuvieron que soportar males á que no estuvieron sujetos los demás pueblos avasallados por aquel tiempo. Mientras que no habian tenido que luchar los bárbaros del resto de Europa más que contra las legiones romanas, ó contra los otros invasores, los anglios, por el contrario, hicieron la guerra á toda la poblacion indígena; y considerando á los vencidos como otros tantos enemigos, no pensaron más que en su destruccion y en su matanza. De consiguiente, fueron reducidas á ceniza las ciudades y las aldeas, estinguiéndose cuanto quedaba de la civilizacion romana ó de la religion verdadera. El corto número de los que se libertaron de la cuchilla, fué reducido á la servidumbre para cultivar, bajo el nombre de extranjeros (*wales*) y en provecho de los nuevos propietarios, los campos en que habian nacido.

Cuanto mas ensancharon los anglo-sajones sus conquistas, más se redujo la dominacion de los cambrios, hasta el momento en que los pictos y los escotos derrotaron á Elfredo, rey de Northumberland (680); y avanzando al mediodia del Forth hasta el Tweed, fijaron allí los límites de su territorio: desde entonces quedó dividida la isla para siempre en dos partes, Inglaterra y Escocia.

Continuó hablándose la lengua címbrica en los paises que del nombre sajon de extranjeros (*wales*), fueron llamados Gales y Cornualles; el resto adoptó el idioma inglés, mezcla del danés y del sajon, ó sea bajo aleman. De él nos ha quedado un antiquísimo monumento en una version métrica de la Biblia, hecha por un tal Cedmon en el séptimo siglo. Un anciano de Cornualles, decia en el año de 1776: «Apenas somos cuatro ó cinco los que hablamos la lengua del pais, y tenemos de sesenta á ochenta años; nuestros jóvenes no saben de él una sola palabra.» Hasta el nombre de Bretaña cedió el puesto al de Inglaterra y no resucitó hasta el siglo XVIII.

Eran pequeñas las ciudades anglo-sajonas, estaban muy distantes entre sí las aldeas, y despoblados las campos, hasta tal punto, que se tenia un acre de la mejor tierra por cuatro ovejas, y todo el trecho entre el Tyne y el Tees era un bosque desierto. La conversion de los conquistadores debió de ser de gran provecho para los vencidos, contribuyendo á sembrar en ellos aquella mansedumbre que debe suceder naturalmente al primer ímpetu de la conquista, cuando habiendo cesado la resistencia, quiere el señor conservar en sus tierras siervos del mismo modo que bestias.

Irlanda.—Sobrevivia intacta la antigua poblacion en Irlanda, *isla de los santos, esmeralda de los mares*, madre de grandes pensadores y de ardientes patriotas. Estaba dividida en tribus (*sept*), cuyos jefes se llamaban *confinnies*, y muchas tribus formaban un Estado. Estos eran cinco: el de Ultonia al norte, el de Connacia al occidente, el de Momonia al mediodia, el de Lagencia al sudeste y el de Midia en la costa oriental. Este último era el más poderoso; y un jefe (*ardriagh*) reunia á los demás *riagh* á consejo en Teamor.

El cristianismo habia sido predicado desde muy al principio en Irlanda, á donde llegó Paladio en 431, enviado desde Roma en calidad de obispo. San Patricio, armórico, le ayudó, y con su poderosa influencia logró convertir toda la isla; de

manera que pueblos y reyes hicieron pedazos los ídolos, y en todas partes se establecieron monasterios, iglesias y escuelas para pobres. Una série de hombres fervorosos continuaron la obra de Patricio; y de aquellos monasterios, asilo de doctrina y de rígidas virtudes, salieron frecuentemente misioneros para llevar á remotas tierras la luz de la verdad.

San Columbano 560-615.—Allí habia nacido Colum (Columbano), que huyendo de las lisonjas de una hermosa presencia y de una cultura aplaudida, se hizo monge en Bagor, y luego entre peligros y persecuciones anduvo predicando á los pictos y escotos en la sencillez de su traje y de su fé. Fundó en la roca de Yona, una de las Hébridas, un convento de pobres y laboriosos cenobitas, y posteriormente pasó con diez de ellos á las Galias para evangelizar á los leñadores y á los pastores de los Vosgos (590). Allí se estableció cerca de un manantial de agua caliente, en la aldea de Luxeuil, y pobló las cercanias de muchos monasterios, cuya sencillísima regla tenia por objeto la humildad y la mortificacion.

Thierry II, rey de Borgoña, fué en su busca, pero Columbano tuvo el valor de que carecian los sacerdotes francos; le echó en cara su desordenada vida. Habiendo hecho el rey que le llevaran en donativo delicados manjares, dijo: «Dios reprueba los presentes de los impios, y los labios del siervo de Dios no deben ser manchados;» é hizo pedazos las vasijas. Brunequilda le llevó los hijos naturales de este rey para que los bendijera; pero se negó á ello esclamando: «No, ninguno de ellos llevará el cetro, porque son hijos del pecado.» Temiendo, pues, aquella reina, que indujera al rey á tomar una esposa legítima, y que de este modo se emancipara de su tutela y de la de sus vicios, determinó á un clero avariento y ambicioso á condenarle como herege. Columbano quiso entonces regresar á Irlanda, pero «como ningun sacerdote debe tomar uno ni otro camino sino con el permiso del Señor», se trasladó, por el contrario, á los Estados de Teodeberto II, á orillas del lago de Zurich, y luego á las del lago de Constanza. Bajando desde allí á Italia, fundó el monasterio de Bobbio, y lleno de dias ascendió hácia Cristo (11).»

Ya antes del cristianismo estaba establecida en Irlanda la constitucion hereditaria, por lo cual no tuvo el clero que crearla como en otras partes, ni por consecuencia fué en ella dominante; por el contrario, encontramos algunos obispos reyes, lo cual demuestra confusion más que armonia en el ejercicio de los dos poderes. Al mismo clero perjudicaba el encontrarse en desacuerdo con Roma respecto de algunas costumbres, como el tiempo de la Pascua, y el ser casi todo monástico, aunque sin unidad de regla; al paso que la emigracion de sus mejores individuos lo debilita.

Muchos jóvenes anglo-sajones iban á recibir su educacion á los conventos de Irlanda, donde, con modales más cultos, é ideas más humanas, aprendian á respetar á aquellos vecidos, de quien recibian lecciones de piedad y de ciencia. Beda nos informa que en el año 728 habia en Inglaterra diez y siete obispos, dos de ellos en el pais de Kent, cuatro en la Nortumbria, uno en Lóndres, dos entre los sajones orientales, dos entre los anglios orientales, dos entre los sajones occidentales, y cuatro entre los mercianos. Se comprenden en estos muchos de los paises que ahora forman la Escocia. Aun cuando se llaman escotos el obispo Colman y su clero, que asistieron al concilio de Withby, no vemos que en aquel reino estuviese constituido el clero antes del año 1057, cuando Malcolm III lo dividió en seis diócesis. Los monges eran mucho más numerosos que los clérigos, tanto, que hasta los obispos se hacian inscribir en las comunidades religiosas, las cuales por esta causa estaban poco dispuestas á reconocer la supremacia del papa. Aun en la Inglaterra propiamente dicha las divisiones de la heptarquia impedian la concordia de los obispos, cuyo poder se aumentaba ó disminuia segun el reino á que pertenecian. Teodoro fué después elegido por el papa Vitaliano, arzobispo de Cantorbery y primado de toda Inglaterra. Se poseyeron los anglios de tal celo por la religion nueva, que depusieron la púrpura por el sayal más de treinta de sus reyes ó reinas. Desde entonces vemos á algun esclavo liberto trasformarse en hombre libre de la ínfima clase; después á Etelberto dando leyes escritas y una organizacion judicial por consejo de los misioneros: Ina, legislador del Wessex, mejora la condicion de los esclavos nacionales, y cuatro señores bretones obtuvieron grados en su corte. Reconócese, pues, una autoridad diferente de la de la espada, un poder á que se puede recurrir cuando estallan entre el pueblo y el rey graves disensiones, poder ageno á los intereses de partido, protector constante de la causa más generosa, y capaz de poner algun freno á los que no reconocian ninguno. En los concilios de Nortumbria y de Mercia, celebrados por dos legados del papa Adriano I (787), además de los cánones relativos á los eclesiásticos, fueron adoptadas las disposiciones siguientes: «No será permitido que el rey sea nombrado por una familia sola. Se hará legítimamente la eleccion por los obispos y por los magnates del pais. No se elegirá á ningun bastardo, porque si el hombre mancillado de esta manera no debe ser promovido al sacerdocio, segun los cánones, nadie puede tampoco, á no haber nacido de una union legítima, ser ungido del Señor, rey de todo un reino, heredero de la patria. Obtenga el rey respeto y obediencia, como lo prescriben en sus epístolas los apóstoles Pedro y Pablo (12).»

En el pontifical de Egberto, arzobispo de York,

(11) *Script. rerum Franc. et Gall.*

(12) LABBE, t. VI, col. 1866 (edicion de 1671).

que vivia antes de estos concilios, se halla el ceremonial para la coronacion de los reyes anglo-sajones con este juramento: «Prometo en nombre de la Santísima Trinidad, en primer lugar, que la Iglesia de Dios y todo el pueblo cristiano gozarán de una verdadera paz bajo mi gobierno. En segundo, que reprimiré toda especie de rapiñas y de injusticias entre los hombres, sean de la condicion que quieran. En tercero, que mandaré reunir en todos los juicios la misericordia y la justicia, á fin de que Dios esencialmente bueno y misericordioso, nos perdone á todos por su eterna misericordia.»

Cuando habia sido derramado el santo óleo sobre la cabeza del rey, los principales *tanes* así como los obispos ponian el cetro en sus manos, y el arzobispo decia: «Señor, bendice á este príncipe, tú que gobiernas los reinos de todos los reyes. Viva siempre sumiso hácia tí y temeroso; sírvate; sea tranquilo su reinado; sea protegido con sus ministros por tu escudo; alcance victorias sin derramar sangre.

»Viva magnánimo en medio de las asambleas de las naciones y señalado por la equidad de sus juicios.

»Concédele largos años, é impere la justicia durante toda su vida.

»Séanle fieles las naciones; disfruten la paz y amen la caridad sus nobles.

»Sé su gloria, su alegria y su deleite, su apoyo en los reveses, su consejo en los peligros, su consolador en los pesares.

»Solicite tus consejos y aprenda de tí á regir el imperio, á fin de que su vida sea una vida de prosperidad y de que pueda luego gozar de la felicidad eterna.»

A cada una de estas cláusulas respondian *Amen* los asistentes.

Semejantes fórmulas atestiguan un cambio extraordinario, y nos presentan al feroz dragon amansado al pié de los altares.

CAPÍTULO XII

LA INVASION.—CONDICION PERSONAL DE LOS BÁRBAROS.

Ya hemos visto (1), de qué manera vivian los germanos en las selvas nativas. El mismo nombre de germano indica probablemente hombre de guerra: hasta tal punto se consideraba la circunstancia de llevar armas como distintivo de la nacion y gloria del hombre libre. Cada germano era convocado en los peligros de la patria al *eriban* (2). De éste se diferenciaba la *banda guerrera*, compuesta de libres no propietarios, que excluidos de la asamblea general se veian reducidos á ponerse al servicio de algun rico propietario para cultivar las tierras ó llevar la guerra fuera de la patria. Reputándose innoble el primer oficio, los jóvenes preferian el otro, confiándose á un jefe de talento ó fuerza mayor, ó bien de ilustre estirpe, al cual se obligaban á obedecer en todo caso, no como siervos, sino como compañeros y aspirando á porfia á agradarle. Si este jefe meditaba una empresa, la proponia á sus compañeros, los cuales, audaces como eran, y amigos de las aventuras, lo seguian, siendo elogiados como valientes si le prestaban bueno y leal servicio, y sino, deshonrados como cobardes (3). Al principio se formaban estas asociaciones para una sola empresa; después se consagraron algunos por toda su vida á un jefe, no ligados por obligacion ó juramento, sino por el oprobio que recaia sobre el que faltaba. Adictos á su capitan, le rodeaban en la pelea, considerando como propios su gloria y sus triunfos; y en cambio, él los mantenia y enriquecia, de donde se seguia la necesidad de contínuas y nuevas guerras. Aumentaba la reputacion de un jefe el número de partidarios que llevaba consigo; en el interior, él y sus dependientes se sostenian y vengaban entre sí; recibia embajadas del exterior, prestaba auxilios, hacia la guerra, é iba á robar ganados, mujeres y territorios. Cuando la invasion de los romanos, prestaron á estos el brazo de sus dependientes para combatir donde se les ordenaba, aun contra sus compatriotas, con tal que se les pagara. Si una de estas compañias, compuesta á veces de muchos millares, quedaba vencida ó se veia obligada á desalojar el pais, caia sobre las tierras inmediatas, como hemos visto en la época de César, frecuentemente en tiempo de los emperadores, y mucho más cuando la decadencia del imperio.

---

(1) Libro VII, cap. I.

(2) *Heerbann*, de *heer*, ejército, y *bann*, órden, ordenanza. Alguna vez el *heerbann* se llamó tambien *land-wehr*, de *land*, pais, y *wehren* defender. Se comprende aquella organizacion militar comparándola con la moderna. Entre los prusianos el ciudadano milita desde los veinte hasta los veinticuatro años, sin que pueda ser sustituido, y ejercitándose en el manejo de las armas á las órdenes de oficiales inferiores que hay siempre en el ejército y que nunca llegan á grados elevados. Pasados estos tres años, entra el ciudadano en la *land-wehr* hasta los treinta y dos, estando en su casa, pero obligado cada dos años á servir tres semanas á lo menos fuera del pais, y en caso de guerra á marchar. Desde los treinta y dos hasta los cuarenta, está en la segunda reserva, exento de los ejercicios, y no llamado á las armas sino después de los primeros. Todos, desde los diez y siete hasta los cincuenta, forman la *land-sturm*, convocada solo cuando está la patria en peligro, y sin salir de las fronteras.

(3) *Gesellschaft* debe ser el nombre aleman de la banda guerrera, á que Tácito llama *comitatus*, designando con el de *comites* á los secuaces del jefe. De aquí procede la palabra *conde*, que en aleman se dice *graf*, contraccion de *gerefa* ó *gefährte*, compañero. Llamábanse tambien *gasindos*, de *senden*, mandar, y *degene*, de *dienen*, servir. César encontró tambien condes entre los galos y los llamaba *ambactos; y ambgt* en flamenco quiere decir siervo.

La banda guerrera contribuyó á alterar y trastornar la primitiva constitucion y la libertad del pueblo. Los hombres libres habian fijado su residencia en habitaciones esparcidas por los campos, teniendo alrededor las cabañas de los siervos, y allí, escepto en los casos de reuniones públicas, se mantenian aislados, no unidos entre sí sino por el derecho eterno que hace respetar la vida y la propiedad de los vecinos. En tal condicion se conservaba la igualdad; pero como las riquezas ofrecian á un jefe la manera de proporcionarse dependientes, y estos el medio de llevar á cabo por sí solo las empresas que otros no podian realizar más que confederándose, llegaban á preponderar algunas familias de mayor séquito, y el cual, hereditariamente trasmitido, pronto las convertia de familias ricas en familias reales. Gobernando con la disciplina militar, podian mucho más que las tumultuosas asambleas populares; y así el sentimiento de la obediencia á un jefe, iba reemplazando á la autoridad que la interpretacion de los augurios habia dado á los sacerdotes. De esta manera la antigua libertad independiente vino á resolverse en una constitucion fundada en una gradacion de servicios. Esta adhesion á los jefes, y la facilidad con que los guerreros se sometian á la disciplina, fueron la razon principal de las emigraciones y de su buen éxito.

Otras veces, las bandas se formaban de emigrados, porque así como entre los sabinos habia el *ver sacrum*, tambien los septentrionales desterraban la parte supérflua de su poblacion con el nombre de *outlaws* ó *wargr*, lobos. Hay escritores que dicen que los escandinavos desterraban cada cinco años á los hijos adultos, escepto los destinados á perpetuar las familias. El wargr arrojaba polvo á sus padres, se echaba un haz de yerba á la espalda, y apoyado en su palo, saltaba el recinto de su campo y se alejaba en busca de aventuras.

Número de bárbaros.—El que reflexione acerca de esto, notará cuán errada es la opinion de que innumerables enjambres de bárbaros se arrojasen como un torrente desde la Escandinavia y desde la Germania sobre el imperio. Apenas basta la Escandinavia á dar cabida á cinco millones de habitantes, hoy dia que ha luchado enérgicamente contra la naturaleza ingrata de un terreno estéril y pedregoso. Profundas investigaciones, que puede rechazar la obstinacion y poner en ridículo la ligereza, pero que difícilmente podrán impugnarse con razones, demuestran que á lo sumo sostendria á la décima parte de la poblacion actual la antigua Germania. ¿Y cómo podia acontecer de otro modo en una comarca cubierta de interminables selvas, de inmensos lagos, y de rios cuyo violento curso no eran contenidos por ningun dique? Jamás habian sabido doblegarse á una vida agrícola sus moradores: no podian multiplicarse los pescadores, ni los cazadores mucho, exigiendo su subsistencia mal segura un territorio demasiado estenso. Algunos se complacian en ver vastos desiertos entorno de sus ciudades, otros dejaban un año baldios los campos que habian cultivado en el precedente. De consiguiente, no fué el esceso de poblacion la causa que arrojó á algunas hordas de la Escandinavia, sino la aspereza del clima y la incertidumbre ó la falta de cosechas (4).

En Germania las prósperas empresas de alguna banda guerrera, daban confianza para acometer otras nuevas; hombres ávidos de aventuras y de botin, se reunian al afortunado, el cual descendia así formidable sobre las tierras enemigas. Otras veces los invasores eran tribus enteras, que no encontraban alimento bastante en la patria, que se veian rechazadas por una fuerza superior, ó que preferian los peligros instantáneos de la guerra al trabajo de desmontar terrenos, limpiar montes y secar pantanos. La fatiga de las marchas, las batallas, y aun más el clima diferente y el distinto género de vida, diezmaban sus filas antes de que llegasen al pais á donde se dirigian.

Por consiguiente, cuando se nos habla de torrentes de pueblos, conviene atribuir gran parte al terror de los contemporáneos que exageraban fá-

---

(4) Véanse SAVIGNY.—*Gesch. Römischen Rechts im Mittelalter*. Heidelberg, 1814-1816.

GRIMM.—*Deutsches Rechts Alterthumer*. Seguido á menudo por Michelet en sus *Orígenes del derecho francés*. Paris, 1833.

EICHHORN, *Deutsches Rechts und Staats Geschichte*.

PHILIPPS, *Deutsches Rechts Geschichte.—Angelsächsische Rechts Gesch*. Gotinga.

MONTAG.—*Gesch. der Deutschen staatsburgelschen Freyheit*. Bamberg, 1812.

RAYNOUARD, *Historia del derecho municipal en Francia*.

GUIZOT, *Historia de la civilizacion en Francia*.

CANCIANI.—*Barbarorum leges antiquæ*. Venecia, 1781.

BALUZIO.—*Capitularia regum Francorum*. Paris, 1680.

WALTER.—*Corpus juris germani antiqui*. Berlin, 1824.

LEGRAND D' AUSY, *Memoria sobre la antigua legislacion de Francia (Memorias del Inst.*, tomo III,) y en el t. VII de esta obra una *Memoria* de NAUDET acerca del estado de las personas en Francia en tiempo de los reyes de la primera raza.

PONCELET, *Compendio de la historia del derecho francés*, 1838.

LABOULAYE, *Historia del derecho de propiedad territorial en Occidente*, 1839.

MAURER.—*Gesch. des Gerichtsverfahrens*. Heidelberg, 1824.

BERNARD, *Orígenes y progresos de la legislacion francesa*.

MONTLOSIER, *De la monarquia francesa*.

MOSER, *Osnabruk Geschichte*.

NIKLAS.—*Rheinische Geschichten und Sagen*. Francfort, 1817.

G. D. MEYER.—*Espíritu, orígen y progreso de las instituciones judiciales en los principales Estados de Europa*. El Haya, 1818, traduccion italiana. Prato, 1838.

MAURER, *Gesch. des altergermanischen und namentlich althairischen offentlichmündlichen Gerechtsverfahrens*.

KOLDERUP-ROSENWING, *Danische Rechts Geschichte*, traducido al aleman por Homeyer.

cilmente peligros desconocidos, y buscaban en la enormidad de las causas que lo escitaban, escusa ó compasion. Escribieron los cronistas sus relatos bajo la impresion de este espanto, ó los recibieron de gente espantada é infeliz; después nos han trasmitido agrupadas y casi encadenadas una á otra correrias y espediciones, entre las cuales transcurrieron años y hasta siglos. Sin embargo, de ellos mismos se desprende algunas veces la verdad, pues nos refieren que las fuerzas de los borgoñones no pasaban de sesenta mil hombres, como tampoco las de los alemanes; que los vándalos eran en número de cuarenta mil guerreros; los francos salios de seis mil apenas, y ya hemos hablado del de los longobardos (5). Por tanto, aunque se exajere cuanto se quiera el número de las demás naciones, y especialmente de los godos, siempre será evidente que el número de bárbaros era enormemente inferior al de los habitantes de los paises de que se posesionaron. Nada lo prueba mejor que la circunstancia de ver al latin prevalecer sobre el idioma longobardo en Italia, sobre la lengua franca en las Galias, y sobre otros dialectos teutónicos en otros puntos, hasta el estremo de ser adoptado por los mismos vencedores, mientras que los vencidos tomaron muy pocas palabras de estos, nada más acaso que las relativas á las cosas de la guerra. Asi en el idioma de la península ibérica apenas se encuentra alguna voz de orígen gótico.

Es de suma importancia que este hecho quede sentado para aquellos que quieren comprender los cambios producidos por la mezcla de los invasores con los antiguos habitantes. No debe argüirse con el estado de sujecion á que los conquistadores pudieron reducir vastas comarcas, puesto que recientemente hemos visto al dey de Argel dominar á la cabeza de mil doscientos genízaros sobre cinco millones de hombres que tenian horror á su yugo, manteniendo en torno de sí, dentro de su capital, aquella banda guerrera, poderosa por su union y armada entre propietarios dispersos y corbades; y todavia vemos un puñado de ingleses á inmensa distancia de su patria, mandar á su antojo á millones de indios.

Invasion —Empezaron las invasiones por correrias parciales de algunas bandas que, llegando de improviso, saqueaban y empredian la retirada. Luego que pasaba este huracan, la comarca perturbada por su empuje recuperaba una tranquilidad aparente; pero habian padecido los individuos, y no se reconcentran solo en el hombre sus padecimientos; obran sobre la sociedad entera y sobre un porvenir lejano. Afligido del perjuicio ocasionado, temeroso de que se renueve á cada instante, restringe el hombre sus relaciones, limita su propia vida, sus especulaciones, la industria; no se cuida del mañana, ni de la cara esperanza de los hijos, y cae en un aislamiento perezoso.

(5) Véase cap. VIII.

Tal fué la condicion á que se hallaron reducidos los provinciales, cuando aun subsistia el imperio romano. Habíanse interrumpido las comunicaciones regulares de pais á pais; no existia seguridad en lo presente, ni confianza en lo venidero. Aflojados se hallaban aquellos vínculos con cuyo auxilio habia reunido Roma laboriosamente á tan diferentes naciones: postas, caminos, trabajos públicos, sistema de encadenada administracion, y solo sobrevivia aquello que podia existir separadamente, como el sistema de los municipios. Se conservaban las denominaciones y las dignidades romanas, aunque restringidas á la ciudad, elemento primitivo del mundo romano, recuperando algun vigor á medida que lo perdia la opresion central y suprema.

Pero la civilizacion romana habia desplegado terrible energia donde quiera que habia aparecido, haciendo la guerra á las leyes, costumbres, religion, y lenguas nacionales: así habian bastado algunos siglos de dominacion para estinguir ó debilitar todo vestigio de las instituciones primitivas de los pueblos sometidos y asimilados á sus vencedores. Al revés, los germanos eran dominados por el ascendiente natural que una civilizacion organizada tiene sobre una desordenada barbarie: individualmente menospreciaban á los romanos; pero debian sentirse poseidos, ya que no de respeto, á lo menos de asombro á la vista de aquellos soberbios edificios, de aquellos acueductos, de aquellos anfiteatros, de la gerarquia regular de los poderes. Al fijar su residencia en el territorio romano, al hacerse propietarios, adquirian relaciones más variadas y duraderas que antes, sentian la necesidad de reglas nuevas y más estensas, y como se las ofrecia la legislacion romana, al paso que derrocaban el órden político consolidaban el social; y al mismo tiempo que destruian á los romanos se confesaban inferiores á ellos y aspiraban á imitarlos.

Si cuando se arrojaron los bárbaros sobre el imperio hubieran chocado contra la obstinacion patriótica opuesta por los romanos á los esfuerzos de Anibal y de Pirro, hubiera sido consecuencia inevitable una guerra de esterminio, en que uno de los dos partidos hubiera sucumbido necesariamente. ¿Cuál de los dos? No es difícil decirlo si se considera que la grande emigracion del Norte continuó por espacio de muchos siglos sin agotarse nunca. Hubiera, pues, esperimentado Europa la suerte que los árabes hicieron sufrir más tarde al Asia y al Africa, donde aniquilaron hasta el último gérmen de civilizacion anterior.

Los vencidos —Por el contrario en el Occidente (esceptuando siempre á los hunos, que aparecieron, destruyeron y se disiparon), casi todos los bárbaros llegaron ya cristianos; de este modo por la comunidad de religion se hallaron recibidos con una fraternidad que conferia derechos é imponia deberes. En medio de la sociedad europea habia surgido el clero, nueva órden superior escogida entre todas las demás, sin distincion de libre ó es-

clavo, de romano ó extranjero. Aquellos mismos hombres, á quienes el bárbaro habia visto arrostrar oscuros peligros para anunciarle la verdad en el fondo de sus selvas nativas, se le presentaban á la sazon delante de las ciudades sitiadas para protegerlas con la cruz, ó al lado del prisionero, del herido, del oprimido, á fin de aliviar sus penas; les oia hablar en nombre de un poder inaccesible al ódio y superior á la fuerza. De consiguiente, los sacerdotes contribuian con sus derechos, con sus beneficios, y hasta con sus usurpaciones á disminuir los dolores sobre la tierra, á mejorar la vida social y doméstica: prestaban tambien servicios á los bárbaros, interviniendo entre ambas partes como útiles mediadores: y reuniendo de esta suerte los dos poderes que fundan y sustentan los Estados, la fuerza y la inteligencia, salvaron á Europa de la barbárie absoluta.

Por desgraciada que fuese la condicion á que se encontraron reducidos los vencidos en Europa, no es, sin embargo, comparable á aquella á que sujetaron, por ejemplo, los turcos á las provincias de Asia, ó los españoles á la América.

En los paises invadidos, encontrábanse divididos los provinciales, sin hablar del clero, en alta nobleza, artesanos, pequeños propietarios, colonos y esclavos. Acogió el ínfimo pueblo á los bárbaros con general agrado, como un alivio de las miserias que le hacian sucumbir en la red de la opresion fiscal. En cuanto á los esclavos, gran parte de ellos fué robada en las primeras correrias; á los restantes condenados á la miseria les importaba muy poco que fuese uno ú otro el señor á quien debian servir, pudiendo decirse lo mismo respecto de los colonos, que nada tenian que perder y á veces ganaban. Ya habian exterminado los emperadores la nobleza patricia romana; y á la sazon la aniquilaron los bárbaros, porque no encontrándola á propósito para las artes que necesitaban, no usaron con ella de aquellas consideraciones que por necesidad tenian con los labradores y con los artesanos; de manera que desapareció toda huella de la antigua conquista. Una nueva nobleza se habia formado en las provincias, algunos de cuyos individuos se adhirieron con las intrigas á la fortuna de los vencedores, procurando aprovecharse de alguna porcion de la presa; los más, humillados, perdidas sus dignidades y despojados en parte ó por completo de sus bienes, sentian repugnancia hácia los conquistadores, y la manifestaban alguna vez apoderándose de la administracion, especialmente en la curia, y alguna otra lanzándose contra los opresores, como hemos visto que intentaron los italianos subyugados por los godos. Se retiraban los más desesperados á sus estensos dominios, en medio de sus colonos y clientes, hasta el momento en que los invasores los arrojaron de allí ó con crueldad sistemática llevaron á cabo su ruina. Los germanos, sin embargo, si quitaban á los vencidos la libertad política, no los privaban de la natural haciéndolos esclavos, y probablemente ni siquiera de la civil por completo; generosidad rara entre los antiguos, y producida por ejercitarse en esta época los dos pueblos en diverso género de industria, en las armas los vencedores, en los campos, en las artes y en los estudios los vencidos.

Emplearon los bárbaros por lo comun los talentos de los romanos, como hizo Teodorico con Casiodoro, Boecio y Simaco, los hombres más distinguidos de su tiempo. Clodoveo comisionó, en calidad de embajadores, á dos romanos, Aureliano (481) y Paterno (507); Avidio daba consejos á Gundebaldo; gozando de mucho crédito cerca de Teodeberto, Asteriolo y Secundino, hombres de gran saber, versados en las letras y en la retórica (6). Acreditó Gontran como embajador á Félix, y á Flavio como refrendario (7). Claudio fué canciller de Childeberto II; teniendo por lo comun en aquella época nombres romanos los ministros de los príncipes. Demasiado complicado para los bárbaros el sistema fiscal, se modificó por aquellos ministros, quienes redactan tambien las leyes que por este motivo están escritas en el idioma de los vencidos. Obraban así por necesidad y no por consideracion, como hicieron después los turcos con los griegos y con los tanariotas. Por lo demás, la vida de los romanos era menos apreciada que la de los bárbaros; y encontrándose escluidos del servicio militar, no tenian participacion en la administracion de la ciudad ó en la de la justicia; creíase hacerles una señalada merced, admitiéndoles entre los vencedores (8), y concediéndoles el título de convidado del rey (9).

Sus bienes.—En cuanto á los bienes, se repartieron en distinta proporcion entre los vencedores y vencidos. En la Bretaña se apoderaron de todo los anglo-sajones, como hicieron los vándalos en Africa. Tomaron los visogodos de los propietarios las dos terceras partes de las tierras, de los esclavos, de los animales domésticos y de los instrumentos del trabajo (10). Los borgoñones la mitad

---

(6) GREGORIO DE TOURS, III, 33.

(7) GREGORIO DE TOURS, VIII, 13; V, 46.

(8) *Vos ergo, Euspici et Maxime, desinite inter Francos esse peregrini, et sint vobis in locum patriæ in perpetuum possessiones quas vobis damus.* Carta de Clodoveo en 508. ap. MABILLON, *De re diplom.*, VI, núm. 2.

(9) Distinguió la ley Sálica entre los romanos el *conviva regis, possessor tribularius*, ó sea poseedores de terrenos y el *capitatio.*

(10) *Nec de duabus partibus Gothi, aliquid sibi Romanus præsumat aut vindicet, aut de tertia Romani, Gothus sibi aliquid audeat usurpare.* Ley de los visogodos, 10, 1, 8.

Apoderábanse los romanos muchas veces de una tercera parte ó dos de las tierras de los vencidos. TITO-LIVIO, libro II. *Cum Hernicis Fœdus ictum, agri partes duæ ademptæ.* Lib. X. *Truinates tertia parte agri damnati.* Esta tercera parte ¿se tomaba de todo propietario ó se apoderaban los romanos de un tercio del territorio vencido? Parece más probable el segundo caso, en lo cual diferian del uso germánico.

de los corrales y jardines, las dos terceras partes de las tierras labradas y un tercio de los esclavos, dejando que se disfrutasen en comun los bosques (11). Los demás borgoñones, llegados enseguida, tuvieron la mitad de las tierras sin los esclavos, asignándose por último un tercio á aquellos que habian sido rescatados de la servidumbre (12). Nada indica cómo usaron de ella los suevos y francos; pero parece que estos últimos no dividieron las tierras sino que sostuvieron los impuestos segun el sistema romano (13).

Vemos que la capitacion era tan pesada, que muchos se abstenian de casarse; otros vendian á sus hijos, sobre los que los judios traficaban con los bárbaros, lo cual remedió la reina Batilde (655) aboliendo este impuesto.

Tal vez los dominios que habian pertenecido á los emperadores volvian á la posesion de los reyes, como bienes alodiales; y á sus capitanes las estensas propiedades de los senadores, de la que se atribuia tambien una parte á los demás guerreros en proporcion de su grado y de su mérito; pero esta es una materia estremadamente oscura. Pidieron los auxiliares de los emperadores una tercera parte de tierras en Italia; mas habiéndoseles negado, depusieron al último emperador de Occidente, y Odoacro les concedió lo que les habia sido negado por Augústulo. Otro tanto hicieron los ostrogodos que sobrevivieron. ¿Pero fué tomada esta tercera parte del dominio público ó de las propiedades privadas? Si fué sobre estas últimas, ¿qué quiere decir Teodorico cuando declara que un opulento godo equivale á un romano pobre? ¿Ocuparon los invasores que vinieron despues las mismas tierras que los que les habian precedido? Debe entonces suponerse que los godos eran precisamente iguales en número á los hérulos y á los turcilingios de Odoacro, y admitir una propiedad exactamente regulada, con catastro y medida, cosa inconciliable con la condicion de los bárbaros. Además, si tomaban por su parte tan pronto como llegaban ¿por qué desposeian de nuevo á medida que hacian nuevas conquistas? Si no habia sido justa la medida, ¿qué medios hubiera tenido para su defensa el primitivo propietario, y ante quién los hubiera hecho valer? ¿Cómo podria garantizar sus límites?

¿Qué aconteció después á aquellas propiedades cuando los nuevos señores fueron vencidos por los griegos? ¿sobre todo á las de los godos que sucumbieron en una mortífera guerra? ¿Cómo se puede imaginar que en semejante trastorno hubieran sido restituídas á sus antiguos poseedores? ¿hubieran vuelto al fisco? La pragmática de Justiniano no dice una palabra sobre tan importante asunto.

Ocupa tambien una tercera parte el longobardo, pero con peor razon; porque si los godos contribuian á los gastos de cultivo en los campos invadidos, los longobardos, sacaban la tercera parte del producto bruto, medio seguro de reducir el mayor número de propietarios á siervos, si ya no lo eran por sistema.

Tomar la mitad ó la tercera parte de las tierras á una nacion diezmada por la guerra, y libertarla con esto del tributo, que en tiempo de los romanos era tan pesado, que hacia que muchas veces se abandonasen al fisco los mismos bienes, no pareceria un abuso de la victoria; aun menos si fuese verdad que el germano indócil á la fatiga de los campos, no exigia más que la tercera parte de los frutos; lo cual cambiaria aquella opresion en un sistema más dulce que el que se practica actualmente en nuestros campos. Esto afirmaron los encomiadores de los bárbaros; pero si de improviso se quitase hoy á todos los propietarios la mitad ó una tercera parte de sns propiedades, ¿qué se diria? Quizá empeoraria poco la condicion del campesino; ¿pero y la del propietario? Una division hecha además por conquistadores entre gente que no tiene armas ni representacion para sostener sus derechos, no puede inspirar otra idea que la de una gran violencia, ejercida parcialmente por cada jefe en la ciudad ó pueblo en que plantaba su lanza. Cuando los francos que servian ó acompañaban al rey destruian extraordinariamente el pais ¿qué debia suceder al situarse en él un ejército? ¿quién puede creer que tantas guerras sostenidas al principio, y el exterminio de tantos ricos después, no tuvieran otro objeto más que el de obtener una tercera parte de los frutos, cuando hubieran acabado con los propietarios? Como quiera que ocurriese en los primeros momentos, en lo sucesivo no solamente tuvieron que ceder los pueblos sojuzgados al conquistador una porcion del terreno de cada distrito, por cuyo medio se formaron las familias señoriales y libres, sino que perdieron en breve hasta la propiedad de cuanto les habia quedado, no conservando más que una posesion precaria, atendiendo que entre los bárbaros la condicion de tributario era siempre un obstáculo á la de libre, y el pagar tributo convertia al contribuyente en siervo ó poco menos (14).

Quedaron, pues, pocas personas libres ocupadas en los campos, convirtiéndose los propietarios en colonos y los colonos en siervos del terruño. Sobrevivió su mayor número en las ciudades, donde estando los individuos libres, en escuelas de artesanos, no cayeron aisladamente bajo la domina-

---

(11) *Populus noster mancipiorum tertiam, et duas terrarum partes accepit.* Ley Gombeta, tít. 54.

(12) Tít. 54, 57, *addit.* II. ¿Cómo habia terrenos disponibles para adjudicarlos sucesivamente á los emancipados?

(13) *Lex Salica emendata*, tít. XLIII, § 6, 8.

Sin duda alguna entre los francos existian propietarios romanos. *Si quis romanus homo possesor, id est qui res in pago, ubi remanet, proprias possidet, occisus fuerit*, XLIV, 15. *Si quis romanum tributarium occideret...* Id. 7.

(14) EICCHHORN, *Orígen de la constitucion de las ciudades de Alemania.*

cion de particulares, sino que se distribuyeron en grandes porciones entre duques y reyes. ¿Qué le importaba al propietario de un campo conservar en él á los hombres que le estaban afectos? Si morian, los bienes quedaban (15), y podia encontrar otros cultivadores; al paso que la destruccion de los artesanos deterioraba y aun destruia el fruto que de ellos sacaba el vencedor á quien habian tocado en suerte. Debia, pues, pensar en los medios de conservarlos; pero nosotros solamente sabemos que bajo el poder de los longobardos, fueron sometidos los habitantes de las ciudades á dos impuestos, á saber, uno directo (*salutes*) y otro sobre la industria (16).

Bienes de los vencedores. Alodio.—Llamábanse huéspedes (17) aquellos que despojaban al antiguo señor, y *suertes bárbaricas* á los lotes que les habian tocado. Estos lotes recibieron después el nombre de alodio (18) ó arimania, y fueron exentos de de toda clase de impuesto ó servidumbre. Constituye, pues, el alodio la verdadera personalidad del ciudadano, es decir, del conquistador, que goza, mientras es propietario, de la plenitud de los derechos. En donde no hay imposiciones regulares y gastos públicos, la primera obligacion y el primer privilegio del hombre es militar á sus espensas (*eriban*). No tiene parte en los honores de ciudadania el que no puede figurar entre sus defensores, es decir, el que no posee lo suficiente para bastar á su mantenimiento sobre las armas: propietario, guerrero, ciudadano, llegan á ser sinónimos.

En su consecuencia, las leyes bárbaras se afanan por conservar la sucesion en poder de los varones con detrimento de las hembras. Prohibe la legislacion borgoñona enagenar el alodio, aunque es cierto que permite su conmutacion; la de los francos no permite que una *tierra sálica* caiga en poder de las mujeres. No podemos decir que esta condicion de inmovilidad haya nacido de la conquista, puesto que la encontramos de nuevo entre germanos que nunca salieron de su pais (19). No se inclina á perpetuar el orgullo de su nombre asegurando al primogénito la mayor parte del patrimonio, puesto que las propiedades eran, por el contrario, divididas hasta el infinito entre los varones, por cabeza y no por representacion. Siendo la *faida* ó guerra privada el único medio de garantía, el heredero estaba obligado, segun la ley longobarda, á sostener la del difunto hasta el séptimo grado, y no siendo á propósito las mujeres para las batallas ni para las venganzas, permanecian, en consecuencia, escluidas de la herencia. Cuando el feudalismo, afirmándose los bienes menos dispersos, empiezan á acumularse en las manos de un pequeño número de leudos y cesa la profesion de las armas de ser la primera prerogativa civil, el rigor para con las mujeres se disminuye sin que por esto se descuidase el principio de la defensa pública. Unida como estaba esta posesion con la seguridad pública, el investido con ella no podia alejarse del reino; en el caso contrario la tierra recaia en sus herederos (20). Estando fundadas las sociedades en la recíproca garantia (*borg*) ya para la defensa en tiempo de guerra, ya para las multas en tiempo de paz, separarse de ellas, era sustraerse á una ú otra obligacion y aparecer desertor. Prohibe la ley Sálica (21) al ciudadano establecerse fuera del lugar de su nacimiento, á menos que tenga el consentimiento de todos los miembros de la ciudad que va á abandonar. Si el que ha recibido licencia se detiene tres noches en la ciudad á la cual ya no pertenece, el conde advertido de ello, debe espulsarle y condenarle á treinta sueldos de multa; además, las construcciones que eran obras suyas se convierten en propiedades comunes. Exigíanse doce meses de residencia no interrumpida en una ciudad para ser ciudadano de ella.

No se refieren, pues, estas disposiciones legislativas ni á las tierras concedidas por servicios hechos al Estado, ni á las adquiridas por la guerra, compra ó sucesion, y sí solamente á lo que podria corresponder al *ager* (22) de los latinos, funda-

---

(15) Serian estos los *fundora exfundata*, de que habla el pacto de Arequi, duque de Benevento.

(16) Tales son las inducciones de Leo, pero no son convincentes.

(17) *Gast* tenia para los pueblos teutónicos el mismo valor que *hospes* entre los latinos, equivalia á extranjero.

(18) Algunos han deducido alodio de *allohd*, entera posesion; pero no habia entonces propiedades beneficiarias á las cuales se pudo contraponer esta voz; otros de *a* privativo y de *leodes* ó *lodis*, vasallo; pero tambien era entonces una condicion desconocida. Vale más admitir la derivacion de *an-lot*, en participacion, en lote, ó tambien la de *alcad* que en holandés significa muy antiguo, y aun se usa en aquella lengua para espresar las propiedades hereditarias *(terra patris aviatica)* á diferencia de las adquisiciones nuevas.

(19) La ley turingia dice: *Hereditatem defuncti filius non filia suscipiat. Si filium non habuit qui defunctus est ad filiam pecunia et mancipia, terra vero ad proximum paternæ generationis consanguineum pertineat*, tit. VI, art. I. Esta ley es tanto más notable, porque indica el orígen del derecho, adjudicando al heredero las armas y la venganza del difunto. *Ad quemcunque hereditas terræ pervenerit, ad illum vestis bellica, id est lorica et ultio proximi, et solutio leudis debet pertinere*. Art. 5. (CANCIANI, *Leg. Barb.*, título III, pág. 31.)

(20) La ley longobarda de Liutprando, lib. III, art. 4, señala la pena de muerte á aquel que intente salir del reino.

(21) Tít. XLVII.

(22) O á las *res mancipi*, propiedades de solo ciudadanos, dominio quiritario. Si se encuentran entre los germanos y entre los romanos instituciones análogas á ésta, no por eso debemos decir con Zacarias *(Programma de originibus juris romani ex jure germanico.* Heidelberg, 1817) que estos las han tomado de los primeros, ni tampoco lo contrario; pero se puede atribuirlas al orígen comun, ó á la analogia de circunstancias de aquellas nuevas asociaciones guerreras establecidas á orillas del Oder y el Tíber.

mento de la plena ciudadanía. Por esto es por lo que las mujeres no podian heredar y eran escluidas del trono. De esta manera, los hijos de los reyes francos, dividiendo esta propiedad entre sí, dividian tambien el poder, como continuaron haciéndolo constantemente en la primera y segunda raza. Ocupados los alodios, en el nombre de Dios y por el derecho del sable, fueron, pues, la piedra fundamental de la sociedad bárbara y de la aristocracia feudal que principiaba.

Beneficios.—Los primitivos conquistadores, ya fuesen reyes, ya capitanes, tienen amigos ó partidarios; para recompensar sus servicios les asignan á veces, durante su vida, hereditariamente otras porciones de dominios bajo ciertas obligaciones, principalmente bajo la del servicio militar: estos son los *beneficios*, tan diferentes de los alodios como el que recibe del que da.

Está, pues, repartida la tierra en razon de la importancia de las personas, de manera que saca su valor del hombre; después, con el tiempo, el honor lo recibe de ella, de manera que no se dice ya la tierra de tal hombre, sino el hombre de tal tierra. Llevóse la cosa hasta el estremo de que en los siglos x y xi la misma tierra vino á encerrar justicia, juez, justiciables y verdugo, teniendo consigo los derechos señoriales y la autoridad sobre la vida del hombre; poder inmoral, puesto que adhiere el derecho á un lugar. Nacieron, pues, los feudos de estas primeras propiedades, pero no eran aun feudos.

Una tercera especie de propiedades son los *censivos* ó tierras tributarias, cultivadas por colonos que estaban sujetos para con el propietario á un cánon anual en dinero ó en especie.

Tambien se pueden encontrar entre los anglosajones, que diferian en varios puntos de los demás bárbaros, iguales distinciones entre las tierras francas *(boklands)*, los beneficios *(folklands)* y los bienes tributarios. El que posee un bokland puede ponerle bajo la proteccion de un señor del cual se hace partidario (*thane*) sin perder la propiedad: á diferencia del folkland, que es dado por el rey ó por un rico propietario á un ciudadano que en cambio le somete hasta sus bienes libres, y no puede entonces disponer por testamento sin el consentimiento del señor y sin dejarle una parte (*heriot*). Solo en el caso de que el propietario libre falte á sus obligaciones pueden volvérsele á tomar las tierras tributarias (23).

Personas.—En una época en que el comercio y la industria no existen ó están en la infancia, y no pudiendo proceder la riqueza sino de las tierras, es de su diferente naturaleza de la que nace la distincion de las personas. Todo miembro de clase guerrera que hubiera obtenido un alodio después de la conquista, era libre. Pero en todas las leyes bárbaras encontramos tres clases graduadas por proporciones iguales, espresadas en guarismos para las multas y las penas, que siempre eran á medida de la clase (24).

Entre los borgoñones, dotados de las leyes más suaves, el límite de composicion que debia pagarse por la muerte de un noble es de 150 sueldos (25), de cien por el hombre de la «clase media,» de 75 por una «persona ínfima.» En la ley de los alemanes, el asesinato de un hombre libre es espiado mediante 260 sueldos; el de un hombre de la «clase media» con 200; y decir «media,» equivale á indicar una clase inferior. En una capitular aneja á ella, el hombre de baja estofa (*baro de minoflidis*) está evaluado en 170 sueldos; el de la clase media en 200; el de la primera en 240: igual es la graduacion entre las mujeres. Entre los anglos y los turingios el asesinato de un adalingo se paga con 600 sueldos; el de un hombre libre con 200. La ley de los frisones fija la composicion que debe pagarse por un noble en 80 sueldos; por un libre en 53 sueldos y un dinero; por un *lito* en 27 sueldos y un dinero. El sajon evalua al noble en doble cantidad que al libre, y al libre en doble que al lito. Lo mismo acontece en las leyes de los nortumbrios y de los ingleses bajo Alfredo.

Las leyes de los ripuarios y de los salios, exigen 600 sueldos por el antrustion; 200 por el hombre libre y el ingenuo de la ley sálica ó ripuaria, y la mitad por el *lito*. Haciendo enseguida la diferencia de las condiciones (carácter de la legislacion bár-

---

(23) Véase LINGARD, *Historia de Inglaterra*, primer suplemento del tomo I.

(24) Encuéntranse entre los romanos señales de este principio tan comun entre los bárbaros. El edicto pretoriano dice: *Secundum gradum dignitatis, vitaque honestatem, crescit aut minuitur æstimatio injuriæ.*

(25) Antes de Constantino Magno, el dinero romano habia sido reemplazado con el sueldo de oro. Bajo su reinado se componia la libra de oro de 84 onzas; bajo el de Valentiniano el Viejo de 72, ó 6,000 dineros de cobre, y el dinero se calcula en 60 céntimos. Bajo la primera raza de los reyes francos, el sueldo de oro pesaba 85 granos y un tercio, y equivalia á 40 dineros de plata del peso de 21 granos. Dividíase la libra de oro en 72 sueldos, y pesaba 6,144 granos ó 10 onzas y dos tercios de marco, de manera que actualmente tendria un valor de 1,110 pesetas 80 céntimos, y el sueldo de oro, de 15 pesetas y 35 céntimos. El dinero de plata valia 7 sueldos y 8 dineros. El sueldo de los francos salios era de 60 dineros. Gregorio Magno, *(Ep.* 38, IX) é Isidoro *(Orig.* 16) evaluan la silícua en $^1/_{24}$ de sueldo, es decir en $^1/_6$ de escrúpulo ó $^1/_{20}$ de onza. El sueldo de los ripuarios tenia 12 dineros. Se ignora si el sueldo de los longobardos era de oro, de plata ó solo imaginario. Su *tremissis* era indudablemente efectivo, y formaba la tercera parte de un sueldo. *Cum die quodam (Alachis) super mensam numeraret, unus tremissis de eadem mensa cecidit quem filius Aldonis adhuc puerulus, de terra colligens, eidem Alachi reddidit* (P. WARNEF., V, 39). Esas monedas toscas que se hallan en los museos y tienen por un lado el busto del rey y por el otro á San Miguel, ¿serán por ventura tremissis? Están de tal modo desgastadas, que es imposible indicar su peso. Su tamaño no es mayor que el de la mitad del zequí.

bara), segun el precio (guidrigildo), se determinan diversas indemnizaciones por la turbacion suscitada en la morada de un hombre evaluada en 1,200 sueldos, en la de uno que solo está evaluada en 600, ó por el asesinato de un hombre de 200 sueldos, de 600 ó de 1,200.

Nobles.—Podria llamarse la primera clase la de los nobles, aunque no tuvieran títulos ni distinciones hereditarias y trasmisibles. No aparece que los que pertenecian á esta clase en su tribu, antes de espatriarse, conservaran alguna prerogativa, á la par que los que no salieron de su pais conservaron las suyas, como los frisones, sajones, turingios, bávaros (26). Entre los francos consistia la única nobleza en ser recibido en la fé y proteccion del reino (27): la sola con que cualquiera que fuera la nacion de que procediesen, se les sacaba de la condicion comun y se les hacia iguales entre si y superiores á todos los demás. Por lo tanto todo beneficiado era noble, así como el individuo al servicio de la casa real, por tener del rey una tierra á título de donacion ó de beneficio; no tenian los hijos existencia civil mientras eran menores; recomendaban los nobles sus hijos al rey como una prueba más de que no eran leudos por derecho de nacimiento. Solo los obispos parecian deber la nobleza á su propia categoria, aunque cuando tenian generalmente bienes reales. Del mismo modo entre los anglo-sajones, los nobles (*ethel, jarls*) eran los tanes regios, y los que desempeñaban altos empleos cerca del rey entre los visigodos.

No era, pues, otra cosa la nobleza que el vasallaje (28) antiquísimo entre las naciones germánicas y galas. Con esto quedaba sujeto un hombre á otro, de tal manera, que cuando éste era enviado lejos á una mision real, quedaba suspendido todo proceso, no solo en contra suya, sino tambien contra sus amigos y vasallos. Los libres de primera clase, nacidos en tierras propias, componian las asambleas que celebraban juntas estraordinarias (*mallus*). Tenian participacion en la administracion como auxiliares de los magistrados y como jueces. Quizá elegian los magistrados inferiores al juez, ó confirmaban su nombramiento. No eran puestos en el tormento ni encarcelados en caso de acusacion, sino que se les confiaba á uno de sus compañeros á fin de ser custodiados sin rigor. Reuníanse todos los años por la primavera en el campo de marzo ó de mayo, á fin de proveer á las necesidades del reino, y estraordinariamente cuando se trataba de sucesion real, de guerra, de paz, de gobierno del Estado.

En aquellas asambleas se advertia á los francos que estuvieran prontos á la primera señal para acudir á donde el rey les mandara; todo el que no respondia al eriban, era pasible de una multa, pudiendo solo eximirle de empuñar las armas una licencia especial del rey. Estaban obligados los nobles á hospedar á los enviados del rey en su viaje, á proporcionarles medios de transportes, á ayudar al conde y al centenario á prender al delincuente, á asistir á la asamblea, á contribuir para la reparacion de los puentes y de los caminos. Se les conferian todas las dignidades, aunque el rey podia llamar á ellas hasta las personas de ínfima clase. Exentos de toda imposicion predial, ofrecian al rey tributos voluntarios; y por último, tenian derecho de guerra privada, la más preciosa de las libertades germánicas.

Libres.—Formábase la segunda clase de los hombres libres, propiamente dichos, arimanes (29),

---

(26) Consta que existia esta clase entre los sajones por un pasaje de Nitard, que escribia en el siglo IX: *Sunt inter illos qui ethilingi, sunt qui frilingi, sunt qui lazzi eorum lingua dicuntur. Latina vero lingua hoc sunt nobiles, ingenuiles, serviles.* En aleman *Edel* significa todavia noble. Se nombra á los *nobiles* en las leyes de los frisones y entre los anglos y los varnos, los *analingi*, tít. 1.°, art. 1.° Los longobardos ¿tenian nobleza? Pablo el Diácono, lib. I, cap. 21, nombra á los *adalingi, sic enim apud eos quædam nobilis prosapia vocabatur.* En una carta del Friul de 1280, se halla el mismo nombre de *edelingi*: SAVIGNY, *Gesch. des Röm. Rechts, in Mittelalteer*, t. II, prefacio, Mayer *(Inst. judiciales*, I, 7), pretende que existian en todos los pueblos bárbaros familias nobles.

(27) Llamábanse en Francia leudos, antrustiones, vasallos; entre los longobardos mesnaderos; en Inglaterra mesnelordes ó tanes reales, y en las leyes latinas eran señalados por los nombres *fideles, optimates, seniores.* Como este último título era tambien dado á los romanos en razon de su riqueza, se podria suponer que la riqueza bastaba para ascender ó descender de tal ó cual clase, como de seguro acontecia entre los anglo-sajones.

(28) No está averiguada la etimología de esta palabra. Unos suponen que se deriva del céltico *gwass*, que significa siervo; otros de *vassen*, que en antiguo aleman quiere decir atar, enlazar *(fassen); wal-vasor* significaria de esta suerte muy ligado. Nos inclinamos á deducirla de *gesell*, que en aleman y en holandés equivale á compañero: podria pues traducirse exactamente con la palabra *comes*, que Tácito aplica precisamente á los vasallos. Los hidalgos polacos se llaman *sclacheic (slagzic);* y en Nuremberg, *geschlechter*, esto es, estirpe, familia, á la manera de las razas, *gentes* de los romanos.

(29) *Liberi, ingenui, ingenuiles*, más tarde *boni homines;* entre los longobardos, *arimanni ó herimanni:* entre los francos *rachimburgos. Ehre* significa honor; *heer*, ejército: de donde vienen *arimann*, hombre de honor ó de armas. Troya hace notar que la palabra ἀριμανες se halla en ARRIANO, *De bello mithrid. Rek* en aleman antiguo significa grande, poderoso: entre los sajones, *fryburgs;* entre los anglo-sajones, *tanes inferiores.* Oton I, en 967, hace donacion á un monasterio de un lugar, *cum liberis hominibus qui vulgo herimanni dicuntur (Antigüedades italianas*, I, 717). El emperador Enrique IV, en 1074: *Donamus in super monasterio... liberos homines quos vulgo arimannos vocant.* (Idem 739.) Se engaña Sismondi cuando cree que los arimanes eran labradores libres, que además de sus propias tierras, tenian enfiteusis de los grandes pagando réditos, y que solos con los nobles podian intervenir en las

propietarios que no tenian entrada en las asambleas generales, ó en el tribunal en la administracion de justicia, y que dependian de la jurisdiccion de aquel cuyas tierras habitaban. Su libertad y sus bienes estaban bajo la proteccion de la ley. Debian empuñar las armas ó eximirse de este servicio á costa de dinero, suministrar víveres al ejército y al rey, y los servicios de su persona. Esta clase plebeya creció á medida que fueron declinando los nobles. Entregábanse los bárbaros al desórden con la imprevision peculiar de hombres ignorantes, disipaban su hacienda: segun la ley, el alodio se repartia hasta lo infinito entre los hijos, y unido esto á la falta de industria, reducia considerablemente los patrimonios. De aquí resultaba que empobrecidos los propietarios y no pudiendo responder al eriban, renunciaban á los derechos civiles, y se ponian bajo la proteccion de uno más rico (*mundebund*).

Tributarios. — Probablemente estos hombres constituian la tercera clase, es decir, la de los colonos tributarios ó censuales (30), que no pudiendo defender su libertad por sí mismos, reclamaban la proteccion de un señor cediéndole sus bienes, salvo el derecho de usar de ellos mediante un censo (31), la prestacion de servicios personales, algunas veces de actos de respeto, y amenudo la obligacion de no casarse fuera de los dominios del señor. Bertamno, obispo de Mans, emancipa por su testamento (615) á muchos esclavos romanos y bárbaros, poniéndoles bajo el patrocinio de la abadia de San Pedro *de la couture*; bajo la condicion de que se reunieran todos los aniversarios de su muerte en la iglesia de dicha abadia, y declararan al pie del altar cómo han obtenido su libertad; luego durante el dia se dedicaran á los oficios en que se ejercitaban anteriormente como siervos, para ser asistidos en un banquete dado por el abad al dia siguiente (32); saturnal cristiana que propendia, no á dar testimonio de la desigualdad de condiciones, sino á perpetuar el agradecimiento.

El señor á quien debian fidelidad y homenaje, les suministraba á veces no solo tierras sino tambien instrumentos rurales, ganados, y cuanto era necesario. De aquí provino que á la muerte del colono pudiera tomar parte de sus muebles ó algunas cabezas de ganado (33).

Gozan, pues, los nobles de la libertad, de la propiedad, de la jurisdiccion; los arimanes de la primera y de la segunda, pero no de la última; no queda á los censuarios más que la libertad personal, sin obligacion de servicio militar, pudiendo ser enajenados con la propiedad misma en que vivian (34).

Tutela.—Solo los hombres verdaderamente libres pertenecian al ejército; no dependian de los jefes militares las mujeres, los niños y los siervos, sino que estaban sometidos al pariente más próximo ó al señor que era su fiador. Esta proteccion ó tutela se llamaba *mundio* entre los longobardos: *amundio* el que estaba exento de ella: *mundwald* el que tenia derecho de protejer á otros. El mundualdo estaba obligado á defender y proteger á su pupilo y á pedir satisfaccion por él, si bien se aprovechaba de las multas que le eran debidas. Nunca salia la mujer del mundio, teniendo por tutor á su padre, á su tio, á su hermano, mientras estaba por casar; luego á su marido, y si moria, al más cercano deudo de éste (35). Si la mujer no tenia pa-

---

asambleas (cap. 2.) Igualmente incurre en error Müller *(Allg. Geschichte)* cuando pretende que el ariman entre los longobardos era el jefe militar de cada aldea.

(30) *Coloni pagenses;* entre los longobardos, *aldii, aldioni;* entre los anglo-sajones, *cheorls*. Tales debian ser tambien los *litos* ó *letos* de los francos, libres, pero no ciudadanos, que no podian concurrir á las asambleas políticas, ni servir en el ejército sino detrás de sus señores y maestres.

(31) En los anales de la fundacion del monasterio de Muri, se lee: «En la aldea de Wolen (en Suiza, cerca de Bremgarten del canton de Argovia) habitaba un hombre poderoso y rico, llamado Gontran, que codiciaba los bienes de sus vecinos. Juzgando que seria bueno y clemente, los hombres libres de la misma aldea le cedieron sus tierras, á condicion, por una parte, de que ellos le pagarian el censo legítimo, y por otra, de que las disfrutarian bajo su proteccion y tutela. Gontran aceptó alegremente su oferta: pero al instante principió á oprimirlos. Al principio les pidió cien cosas á título gratuito; después quiso exigirles con autoridad; por último se condujo con ellos como con siervos. Les imponia servicios para la labranza de sus campos, para la cosecha del heno y de los granos; en fin ejecutaba contínuas vejaciones. Como se quejaran, les respondió que de nada de lo que poseian podrian hacer uso, si se negaban á desmontar sus terrenos incultos, á arrancar las malas yerbas de sus campos, y á hacer la corta de sus bosques. Exigió de cada uno de los que habitaban más allá del torrente, dos gallinas de censo anual por el derecho de uso en la selva, y á los que moraban mas acá una sola gallina. Indefensos los infelices habitantes se vieron obligados á hacer lo que se les exigia. Habiendo llegado en esto el rey á Solura, se trasladaron allí prorumpiendo en clamores, é implorando socorro contra la opresion. Pero los propósitos inconsiderados de algunos de ellos y la muchedumbre de cortesanos impidieron que llegaran al rey sus quejas: de modo que habian ido infelices y volvieron aun más desventurados.» Añade el cronista que en 1106 los monges de Muri compraron todos los bienes poseidos por los sucesores de Gontran, y que así se encontraron mejor los habitantes. HERGOTT, *Geneal. Habsburg.*, t. I, pág. 324.

(32) BREQUIGNY, pág. 113.

(33) Este derecho que se estendió á toda la Europa germánica, se llamaba en Francia *de mejor cattel.*

(34) En el año 755 dona Pepino á San Dionisio la casa de San Mihiel con los bienes que dependen de ella, inclusos los eclesiásticos y los siervos. En el año 1000 Antelmo dona á los monges de Cluny una tierra con dos hombres libres y su patrimonio. Véase una disertacion de B. Guerard en la *Revista de ambos mundos*, 15 de julio de 1839.

(35) *Nulli mulieri liberæ sub regni nostri ditione lege Longobardorum viventi, liceat in suæ potestatis arbitrio,*

rientes de su sangre; si quedando viuda, se habia rescatado restituyendo la mitad de su dote; si el tutor la habia acusado de impúdica, si habia querido obligarla á un matrimonio que la repugnaba ó antes de los doce años, ó si habia atentado á su vida y á su honra; ó por último, si la habia llamado hechicera, se la ponia bajo la tutela del rey, cuyo gastaldo percibia, en el caso de que ella volviera á casarse, el precio que aprontaba el nuevo esposo, ó si moria, tomaba parte de su herencia. A fin de que los mundualdos no abusaran de la debilidad del sexo, estableció Liutprando, para el caso en que la mujer vendiera alguno de los bienes con asentimiento del marido, que dos ó tres deudos suyos intervinieran en el contrato, á fin de evitar toda violencia ó fraude.

Colonos.—Vése, pues, cuán escaso era el número de los que disfrutaban de libertad completa. Encadenados los colonos al terruño estaban enteramente privados de ella. Esta clase habia padecido mucho más que las otras á consecuencia de las invasiones; habia sido saqueada, trasladada de un punto á otro: la condicion de los que la componian, fué empeorando, á la par que la de los esclavos mejoraba hasta el punto de quedar muy pronto totalmente confundidos con los colonos. En general debian emplear en favor de su señor tres dias de la semana; pero exigia mucho más el abuso de poder, tan comun en aquel tiempo. Teodorico prohibió todas las quejas de los colonos contra los amos, ora por accion civil, ora por la via criminal.

Siervos.—Pertenecian los siervos á la cuarta clase, ora nacieran de esclavos, ora hubieran sido degradados. Seguia su condicion el que nacia de un padre ó de una madre esclava. El individuo libre venia á ser esclavo por obnoxiacion voluntaria ó forzada: voluntaria si él mismo se vendia para subvenir á sus necesidades ó á sus vicios, ó hacia ofrenda de su persona á un monasterio ó á una iglesia (*oblati*); forzada, cuando no hallándose en estado de pagar una composicion, se entregaba á merced de aquellos á quienes habia ofendido, ó del que le prestaba la suma; y lo mismo acontecia al vencido durante la guerra ó al que contraia matrimonio con persona indigna. Segun la ley ripuaria, se presentaba á la mujer libre que se casaba con un siervo, una rueca y una espada: si escogia la primera, quedaba sierva con él; y si la segunda debia matarle (36). Pero en este punto se dulcificaron las leyes.

Se aumentaba considerablemente el número de esclavos á causa de la miseria producida por el libertinaje y por la mala administracion; de las vejaciones de los grandes y poderosos que invadian las tierras de los hombres libres poco acomodados; del rigor brutal del derecho público; de la multiplicidad de los crímenes que agotaba los patrimonios, á consecuencia de las composiciones: acrecentóse tanto en Francia, que al fin de la segunda raza casi no se encontraban cultivadores libres. Las invasiones de los rebeldes y las espediciones de los príncipes para dominarlos, despoblaron cantones enteros, ó por haber resistido, ó por haber cedido demasiado pronto. Parece que se enviaban buques á las costas para robar hombres y venderlos. San Bersciario y San Eligio recorrian los caminos á fin de libertar á aquellos infelices: uno de ellos libertó á diez y seis en un dia, otro á ciento, tanto romanos como galos, bretones, sajones y moros.

Los ministeriales ó siervos domésticos no eran como entre los romanos una turba sin fin, destinada á satisfacer los deleites del señor, sino en corto número y en proporcion de las necesidades limitadas de un pueblo grosero, y de categoria diversa, segun el señor á quien pertenecian, y cuya dignidad se reflejaba en ellos. En su consecuencia eran más considerados los de las iglesias (*eclesiasticos*), y los del rey (*fiscalinos*). Fué permitido á los últimos hasta ser condes de distrito. De aquí resultó que aun personas libres se pusieron al servicio del rey, lo cual formó la clase de los ministeriales libres. Entre ellos habia igual gradacion, y el primero de ellos, llamado mayordomo, dirigia tambien la administracion de los bienes de su amo.

Los esclavos eran cosas en ciertos conceptos y personas en otros. Están comprendidos como cosas en los contratos relativos á los terrenos; la composicion fijada por los códigos en virtud de las heridas ó de las injurias que les son hechas, redunda en provecho del amo, como por un árbol cortado ó un animal de su propiedad á que se ha dado muerte. Si en efecto la composicion era precio de la paz, no podia el esclavo perseguir á un hombre libre con las armas en la mano. En cambio era responsable el señor de los perjuicios ocasionados por su esclavo, como por los de las bestias; pero los siervos podian poseer, y el ahorro una vez pagado el censo, aumentaba el peculio, y heredaban, compraban, y aun tenian esclavos de su propiedad á veces, si bien todo por privilegio (37).

Sin embargo, ¡cuánto habia mejorada su suerte! Si el bárbaro encolerizado los maltrataba ó mataba, por lo menos no les atormentaba con estudiados suplicios, ni les hacia morir á sangre fria como los romanos; además se interponia en su favor la Iglesia. Cuando los romanos les prohibian recurrir al juez y á la proteccion de los tribunos (38), los

---

idest sine mundio vivere, nisi semper sub potestate viri, aut potestate curtis regiæ debeat permanere, nec aliquid de rebus mobilibus aut immobilibus, sine voluntate ipsius in cujus mundio fuerit, habeat potestatem donandi aut alienandi. ROTARIS, l. 205.

(36) Tit. 59, lib. 18.

(37) *Si quis cujuslibet de potentioribus servis, qui per diversa possident...* Decr. Clotarii II, cap. Baluz., ann. 595 §. IX.

(38) *Instit.*, IV, 4; SÉNECA, *Contr.*, III.

jueces bárbaros cuidaban aun de estos infelices: el borgoñon, que tiene mucho de romano, aplica siempre á los delitos la pena de palos ó de muerte: el sálico, más germánico, les deja la eleccion entre los azotes ó el pago de un dinero por golpe (39); pena aflictiva é infamante que dista mucho de la aplicada á los hombres libres, aunque determinada por la ley, y no abandonada al capricho del señor. Tambien podian recurrir al *juicio de Dios*, aunque no solicitar el duelo, en atencion á que era peligroso habituarles al uso de las armas, privilegio y distintivo de los hombres libres.

La ley de Rotaris es tan feroz como la ley romana respecto de los esclavos, á quienes asimila á cosas (40). Pero hasta los mismos longobardos quitaron en lo sucesivo á los señores el derecho de vida sobre sus esclavos, salvo en los casos determinados por la ley. El señor que comete adulterio con una aldia, pierde todos los derechos sobre ella y sobre su marido. El que forzaba á la desposada con un siervo está obligado á pagar la pena al esposo, quien puede matar á los dos en el caso de cogerlos infraganti (41). La ofensa hecha á los siervos se paga con la cuarta parte de la suma que se da por la ofensa hecha á personas libres: el que tira de la barba ó de los cabellos al rústico de otro debe pagarle un sueldo: el siervo golpeado por su amo á consecuencia de haber dado queja en contra suya, viene á ser liberto (42). Si el señor que ha prometido seguridad á un siervo refugiado dentro de una iglesia no cumple su palabra, es pasible de una multa de cuarenta sueldos (43). Astolfo dice (44) que si el dueño, dispuesto á dar la libertad á un esclavo, llegaba á morir, sea éste libre, sin pagar siquiera el *launelquildo* ó compensacion, «atendido, dice, que nos parece muy meritorio llevar á los esclavos de la servidumbre á la libertad, habiéndose dignado nuestro Redentor, para darnos libertad, hacerse esclavo.»

En todas partes es objeto del cristianismo mejorar la condicion del esclavo. Proclama el visigodo Egica que siendo tambien el esclavo hecho á imágen de Dios, no se debe mutilarles ni desfigurarles (45). Consideran los francos la emancipacion como una obra meritoria á los ojos de Dios. Entre los anglo-sajones el obispo es el patrono de los esclavos, cuya libertad debian predicar.

Que habia en Italia multitud de esclavos, lo demuestran las numerosas leyes que les conciernen, y en las cuales se distinguieron los romanos de los nacionales (*gentiles*). Pero como el trabajo voluntario se encontraba más cómodo y útil, se les daban á veces tierras mediante un censo á ejemplo de las iglesias, lo cual aumentaba las clases de los colonos de los *aldicios*. Estos eran superiores á los esclavos, aunque sujetos á un señor; podian poseer tierras y esclavos; pero no en propiedad absoluta, ni les era permitido vender ni comprar sin obtener licencia del señor y sin pagarle el *laudemio*. Se asemejan pues á los colonos de los romanos, salvo que pueden ser vendidos por el dueño aun separadamente del terruño. Los contratos de censo, de precario, de enfiteusis, por los cuales se daba una propiedad por toda la vida ó por cierto tiempo, para mejorarlo mediante un cierto cánon ó impuesto, prepararon en Italia la revolucion que sufrió la propiedad en el siglo XII, cuando la locacion temporal reemplazó al enfiteusis, y el enfiteuta vino á ser arrendatario, como aun le vemos.

Manumision.—Rotaris reconoce dos clases de manumision: la primera cuando un esclavo es declarado *amund*, es decir, fuera de tutela del señor (46); la otra cuando es declarado *fulfreal* (47) es decir, esceptuado solamente de la servidumbre corporal; el primero quedaba libre enteramente, el otro quedaba obligado para con su amo, como hácia un hermano ó un pariente próximo, de tal manera que su amo era el heredero. Fué costumbre antigua de los germanos y aun más de los longobardos, el emancipar muchos siervos en ocasion de guerras.

Siendo las armas la señal de la libertad, los longobardos emancipaban antiguamente al esclavo, entregándole una flecha y murmurando á su oido algunas palabras patrias (48); entre los anglios se le daba una lanza y una espada (49); entre los ripuarios les abrian las puertas (50), Rotaris introdujo la formalidad romana de confiar el *amund* á otra persona que le conducia á una encrucijada y le decia: *Anda por la calle que quieras* (51). Por *impans* se libraba uno cuando tal era ó se suponia la voluntad del rey (52). En tiempo de Liutprando

---

(39) *Ley Burg.*, tít. IV: *ley Sálica*, tít. XIII, XIV.

(40) *Si quis res alienas, idest servum aut ancillam, seu alias res mobiles.* Ley 232.

(41) LIUTPRANDO, VI, 36; ROTARIS, I, 213.

(42) RACHIS, I, 3.

(43) Idem, I, 277. El valor de los siervos estaba en razon de su capacidad; segun las cartas de los archivos de San Ambrosio, se vendió uno en el año 721 por tres sueldos de oro: en 720 una mujer vende á un niño varon por doce sueldos de oro: en 807, Toton da dos niños por treinta sueldos de plata. Segun el documento LIX del Código diplomático de Brunetti, una sierva con su niño, es vendida en veinte y un sueldos, parte en dinero y parte en bueyes.

(44) *Ley* 14.

(45) *Ne imaginis Dei plasmationem deforment.* Ley de los visogodos, VI, 13, 15.

(46) Rotaris, l. 225 y 226.

(47) Al presente *volvry* en holandés significa enteramente libre. El simplemente libre se llamaba *widerborn*, como si hubiese nacido de nuevo ó *wiedergeboren*.

(48) PABLO DIÁCONO, I, 13.

(49) Leg. Henr., cap. 78.

(50) Tít. 61.

(51) *Eam pergat partem quamcumque volens canonice elegerit, habensque portas apertas*, etc. *Formulæ*. LINDEMER, 101.

(52) *Qui per impans, idest in votum regis dimittitur.* ROT., l. 225.

bastó la emancipacion ante el altar para hacer á uno enteramente ciudadano longobardo (53). Tambien podia el rey dar la libertad.

En fin, otras veces no se hacia más que aliviar la servidumbre haciendo al esclavo *aldio*, y para esto bastaba un escrito. Ninguna ley volvia á la servidumbre al esclavo ingrato; pero para evitar los males que pudiera traer la ingratitud, Astolfo (54) permitió que el dueño se reservase, durante su vida los servicios del liberto. Habia algunos que se libertaban ordenándose ó entrando en un monasterio; allí al menos, segun la regla de San Benito, no se diferenciaban en nada de los religiosos nacidos libres. Prescribió algunas veces el legislador ciertas precauciones, y trazó límites para admitir los esclavos en las órdenes sagradas. No adquiria el esclavo sino después de la ceremonia la emancipacion ó plena propiedad de si mismo; pero aun entonces si moria sin herederos, era su antiguo mundualdo el que le heredaba.

(53) Lib. IV, art. 5.
(54) Leg. 9.

CAPÍTULO XIII

CONSTITUCION POLÍTICA DE LOS BÁRBAROS.

Hemos indicado hace poco (pág. 148) las alteraciones que produjo en la primitiva constitucion germánica el uso de la banda guerrera. En vez, pues, de una monarquia compacta, como en la Persia, encontramos en Germania una confederacion de libres y nobles, sometidos á príncipes hereditarios ó á jefes electivos. A ningun jefe general obedecian como nacion, sino que estaban divididos en parentelas y en agregaciones de clientes ó adictos, cada una de las cuales regulaba los intereses particulares en las asambleas generales (1) donde los jefes de familia propietarios ejercian la soberania, decidiendo de la guerra y de la paz, juzgaban á los reos de Estado, nombrando los jueces en las poblaciones y dando las armas á los que creian capaces de llevarlas. Para las cosas que solo importaban á una poblacion, se reunian únicamente sus jefes de familia; en los casos de mayor consideracion, esto es, cuando el brazo de todos era necesario, toda la nacion se reunia, deliberaba y ejecutaba. Convocada la asamblea, correspondia al sacerdote mantenerla en órden y silencio; el jefe hacia la proposicion, los grandes exponian su parecer, y la generalidad desaprobaba ó aprobaba agitando y chocando las armas.

Las circunstancia de disponer del asentimiento de los clientes daba gran peso al voto de los jefes, que alguna vez llegaban á adquirir poder monárquico. A esto condujeron principalmente la gran distancia del teatro de las guerras y la larga duracion de estas, en las cuales era preciso ponerse á las órdenes de uno solo, que á veces quedaba por toda su vida árbitro del pueblo á quien guiaba, no atreviéndose este ya á acometer ninguna empresa ni á tomar ningun acuerdo sin él y dándole la mejor parte de la cosecha y del botin.

Cuando los germanos se establecieron en el imperio, se hallaban ya casi generalmente gobernados por reyes. Estos, elegidos entre los más ilustres ó entre algunas familias, muy lejos de tener autoridad absoluta, no eran más que los primeros entre sus iguales, y estaban obligados á alcanzar buena fama con virtudes, liberalidades, valor, y manteniendo la balanza en el fiel entre los señores y los dependientes. Vivian del producto de sus bienes propios, recibiendo á título de honor donativos del pueblo y de los extranjeros y una parte de las multas impuestas por delitos, y de los despojos del enemigo; pero nada tenian que gastar en mantener la corte; los magistrados eran gente del comun de vecinos y los guerreros eran sostenidos por los jefes. Jueces supremos en causas civiles convocaban la asamblea pública en los casos urgentes; hacian ejecutar sus determinaciones, y por lo demás no administraban los negocios del Estado, ni la justicia, porque el pueblo elegia á los jueces entre los grandes, agregándoles un consejo de la poblacion.

Para que todos cooperasen á la seguridad pública, los individuos del municipio eran responsables de los actos de cada uno. Si un individuo era atacado, tomaban los otros parte por él (2). Como compensacion de esta carga, ninguno podia vender sus bienes sin consentimiento de su concejo. La propiedad por tanto era de todos, no individual; y cuando alguno moria sin heredero, se dividia la herencia entre los demás, lo mismo que

(1) *Gauding*, de *gau* canton, y *dingen* deliberar. GRIMM, pág. 747.

(2) *Suscipere tam inimicitias patris seu propinqui, quam amicitias necesse est.* TÁCITO, *De mor. Germ.*, 21.

las multas (3). Nucleo de tales sociedades eran las familias, después la amistad, y en seguida la vecindad. Tambien pagaban los siervos las multas por los señores, y por el huesped respondia el padre de familia (4).

Penalidad.—Cuando se descubria un delito y no aparecia el reo, eran convocados los individuos de su comunidad para certificar contra el acusado ó por él, ante el tribunal de los propietarios libres (5), presidido por magistrados en la asamblea del pueblo. A ninguno se le condenaba sino después de haberle oido y convencido (6). Los delitos contra la sociedad entera se castigaban corporalmente (7); los atentados contra la vida ó los bienes se podian arreglar mediante un precio, variable segun la condicion del ofendido; y el concejo del reo contribuia á pagar la multa, la cual se repartia entre los individuos del comun á que pertenecia el ofendido (8). El que no la pagaba era separado del municipio, negándosele la proteccion legal, y entonces podia ser llamado por el ofendido á guerra particular (*faida*). Tambien en las multas por delitos contra la propiedad tenia parte todo el concejo, por cuanto podia turbarse su tranquilidad (*freda*), por las diferencias derivadas de esta causa (9). Merece notarse que en el único caso de pena capital, esto es, la traicion, no podia pronunciarse la sentencia por la asamblea ni por el rey, sino por el sumo sacerdote, como representante del Dios Omnipotente, árbitro único de la vida, y vengador del perjurio.

Mezclábanse, pues, tres sistemas de instituciones: la monarquia hereditaria y sagrada, ó electiva y guerrera; las asambleas de libres que discutian acerca de los intereses comunes; y el patronato aristocrático del jefe sobre la banda, del señor sobre sus criados y colonos. Pero estos más bien que verdaderos sistemas eran gérmenes, porque prevaleciendo la autoridad individual, el hombre no se sujetaba sino en cuanto queria hacerlo ó era obligado á ello; y no habia poder público que dirigiese las fuerzas todas de la sociedad á un fin único.

La escasez de documentos nos impide averiguar la verdad respecto de muchos puntos de la constitucion de los germanos; pero basta lo dicho para evidenciar cuán diferente era su libertad de la de los pueblos clásicos. En Grecia y Roma la encontramos enteramente colectiva; el Estado lo era todo, nada el ciudadano, el cual no conservaba la individualidad sino á fuerza de heroismo, y adoptaba ciertos vicios para ejercer en grande ciertas virtudes: en Germania por el contrario era personal, gozando cada uno del derecho propio y del fuero doméstico, por cuyo medio todos participaban de los ultrajes causados á sus parientes y compatriotas.

La dependencia era, no como en otras partes efecto del nacimiento en éste más bien que en el otro lugar, sino producto de una obligacion personalmente contraida: era la fé de un hombre libre, prestada á un jefe. Por tal condicion, ignorada de los pueblos clásicos, la sucesion no habia menester de testamento, y en las leyes sálicas y ripuarias no salia de la línea masculina.

La justicia, ademas, no era un principio esterior social, positivo, igual en todas partes, que concentrara los sentimientos del individuo en una idea general, sino una disposicion particular del corazon; la penalidad era una relacion de hombre á hombre; y de aquí se derivaba el derecho de componerse con el perjudicado, quitando á la sociedad el derecho de perseguir al reo después de haber satisfecho éste al ofendido. De aquí procedia tambien la costumbre de que muchos jurasen la verdad de un hecho, orígen de la institucion moderna de los jurados, que probablemente reemplazará en todas partes á los tribunales.

En tan celosa libertad, el germano defendia al Estado, y el Estado al individuo, y esto se consideraba suficiente. El jefe de familia juzgaba á sus hijos y á sus dependientes mientras vivia, sin dar cuenta á nadie: y solo cuando tenia que castigar á la mujer, invitaba á asistir al juicio á los parientes de ella (10). La injuria personal se vengaba por el ultrajado y sus parientes y partidarios; pero perdian este derecho si aceptaban la compensacion. Cuando se llevaba el litigio á los jueces, se elegian estos de la condicion de los contendientes; las partes exponian sus razones sin abogados, y los sabios decidian segun la justicia y las costumbres. Las mujeres y los niños no pudiendo hacerse justicia con la espada, permanecian en perpétua tutela.

Escitaron la admiracion de Tácito las instituciones germánicas, y después la de muchos modernos por su aspecto de liberalismo. Nosotros, que para nada deseamos la libertad fuera del órden, reflexionaremos que en las sociedades todavia groseras, solamente se atiende á los individuos, los cuales no difieren entre sí sino por variedades accidentales. Siendo todos iguales, no hay razon para que inclinen su voluntad á los demás; por lo

---

(3) *Pars mulctæ regi vel civitati; pars ipsi qui vindicatur, vel propinquis ejus exsolvitur.* Id. 12.

(4) Las pruebas de todo esto se encuentran en EICHHORN, *Deutsche Rechtsgeschichte*, t. I, §. 18, nota c.

(5) *Centeni singulis ex plebe comites, consilio simul et auctoritate adsunt.* TÁCITO, *loc. cit.*

(6) *Convincti mulctant.* Id.

(7) *Proditores et transfugas arboribus suspendunt; ignavos et imbelles et corpore infames cœno ac palude, injecta super crate, mergunt.* Id.

(8) *Luitur homicidium certo numero armentorum et pecorum; recipitque satisfactionem universa domus.* Id.

(9) En los casos de sangre se dice composicion; *werigeld;* en los que se refieren á los bienes, compensacion, *widrigeld.* GRIMM, *Deutsche Rechtsalterthümer*, p. 650-653.

(10) TÁCITO, loc. cit. 9.

cual, no hay aristocracia ni gobierno, sino una libertad que consiste en la voluntad arbitraria, y por consiguiente en la violencia caprichosa y desenfrenada. En tal estado, no queda más que la pasion de la independencia, exagerada de tal modo, que hace imposible la sociedad: todos se creen libres, en cuanto son fuertes; aislados y armados, no respetan más obligaciones que las voluntarias; no se ligan tampoco al suelo que cultivan, y se hacen justicia con la espada.

Poco á poco, se aumentan las desigualdades sociales; las legislaciones hacen un continuo esfuerzo para dominar la individualidad humana y reducirla á la sociedad civil, y al fin la fuerza prevalece sobre las voluntades individuales, sometiéndolas á una superior. Pero á medida que se progresa, la aristocracia misma y el gobierno se convierten en opresores, y entonces el esfuerzo social, que al principio se habia dirigido á robustecerlos por amor á la paz, procura debilitarlos por amor á la libertad.

Y sin embargo, semejante libertad, que se adquiere ó se busca, ¡cuán diversa es de la primera! En esta, los hombres toscos, ignorantes y apasionados no podian permanecer en paz y justicia, si una mano robusta no los contenia: ahora, el hombre civilizado, perfeccionado, con una razon más perfecta y una voluntad más arreglada, se siente con fuerzas para dirigirse al bien social sin necesidad de un rígido freno que dirija todos sus movimientos. No tuvieron presente tal distincion los encomiadores de la barbarie, y encontrando entre los germanos algunas instituciones que deseaban ver establecidas entre las naciones civilizadas, soñaron que tenian una libertad que en realidad no podia subsistir entre la ferocidad de las voluntades discordes.

Los germanos, que fueron á establecerse en el territorio romano, debieron modificar el sistema bajo el cual estaban constituidos en sus primitivas selvas, y que se conservó por las tribus que permanecieron en ellas. En efecto, desde el momento en que cesaba para ellos la vida errante y la igualdad, la clase guerrera, fundamento de su primitivo estado, cambiaba de naturaleza. Compañeros libres de un jefe voluntariamente elegido, que nada podia decidir sin su consentimiento, marchan, conquistan, se hacen propietarios, se amoldan por grados á la vida agrícola, y la propiedad territorial constituye el principal elemento del nuevo órden social. Cada jefe establecido en la tierra que su gusto ó el acaso le ha deparado, forma allí una tribu, no como en su patria, acampado donde la selva y el rio le agradan, sino sobre vastos dominios, rodeado por sus partidarios y servido por colonos ó por los antiguos propietarios desposeidos. Hubiera sido poca seguridad para los compañeros que formaban la partida guerrera, dispersarse uno á uno. Así como las espediciones en tiempo de guerra, del mismo modo los placeres de la paz, el juego, la caza, los banquetes, les invitaron á estrecharse alrededor de un jefe. Pero éste se habia convertido en un grande propietario, lo que hacia que hubiese entre él y sus compañeros una distancia capaz, no tan solo de hacer desaparecer la igualdad, sino de hacer descender á algunos de ellos hasta la condicion de colonos. Otros recibieron de él tierras á título de beneficio, lo cual fué á la vez una recompensa y un lazo: el beneficiado las repartia á otros con las mismas cargas, y con nueva subordinacion; y de esta manera resultó una aristocracia territorial, y una gerarquia entre los propietarios que, aunque lejana aun del feudalismo, la preparaba ya.

Un vez esparcidos en tan estensas provincias, ¿cómo hubiera sido posible reunir todos los hombres libres para deliberar sobre el más insignificante asunto? Las asambleas, que formaban la esencia de la libertad germánica, fueron más escasas, porque no se conocian las combinaciones del sistema representativo; y fué necesario imponer como una obligacion á los hombres libres acudir á ejercer un derecho que en otro tiempo consideraban como precioso. Suplióse, en fin, esta ausencia designando regidores encargados de despachar en cada canton los asuntos que en otro tiempo se discutian en presencia de todos los arimanes.

Reyes.—Encontrándose por esto trastornadas hasta las raices las instituciones primitivas de la tribu, tuvo que modelarse de diferente manera la sociedad. Las constituciones difieren poco entre los varios pueblos germanos, en atencion á que se derivan de la naturaleza de ellos. Un rey, jefe del ejército, pero no absoluto, tiene compañeros, todos los cuales deben concurrir á la formacion de las leyes (11). Cuando los germanos se arrojaron sobre el imperio, eran gobernados por generales que en la necesidad de las espediciones los guerreros levantaban sobre el pavés, y paseaban alrededor del campo. Estos jefes eran designados por sus libres sufragios, pero entre ciertas familias de héroes ó semidioses, como la de los Amalos para los godos, la de los Agilolfingios para los bávaros, ó los descendientes de Odin y Moroveo para los sajones y los francos. Cuando estas familias se estinguian, la eleccion era enteramente libre, como aconteció entre los godos de Italia y de España, y como continuó haciéndose siempre entre los longobardos.

Aquellos antiguos reyes no eran más que los primeros entre sus iguales. Pero, jueces durante la paz, jefes del ejército en campaña, aumentóse na-

---

(11) En el prólogo de las leyes Anglias se dice que se han hecho *omnium consensu:* el pacto entre Alfredo y Gontran se hizo con el consentimiento *omnis gentis:* la ley sálica y la de los bávaros tienen el consentimiento *cuncti populi christiani;* la de los alemanes, *omnis populi consentientis in publico concilio* (tít. 51): en el decreto de Tasilon, *universæ consentientis multitudinis;* en el breviario de Alarico, *adhibitis sacerdotibus et nobilibus viris:* en el Edicto de Rotaris, *cuncti felicissimi exercitus nostri.* Esta última fórmula esplica lo que se entendia por pueblo.

turalmente su autoridad, cuando habiendo salido de su pais natal se encontraron empeñados en incesantes guerras ó acampados sobre el territorio conquistado, en medio de una poblacion subyugada pero hostil.

Rara vez encontraban ocasion de ejercer el poder legislativo, conservando los pueblos costumbres antiguas fundadas en su propia naturaleza, las cuales sin restringir la libertad ni regular las relaciones civiles, se dirigian solamente á reprimir los delitos: el pequeño número de individuos libres, la ausencia del cuarto estado y del comercio, escluian las complicaciones, que á cada momento reclaman reformas é innovaciones. Cuando hubieron conocido los usos romanos y la administracion imperial tan bien ordenada bajo la autoridad del emperador, procuraron los reyes bárbaros sustituirse á éste y resucitar una organizacion demasiado superior á su capacidad. Esfuérzanse en adquirir los dos Teodoricos, Eurico y Clodoveo los emblemas y derechos imperiales; en crear condes y duques para reemplazar á los personajes consulares y á los gobernadores, empleados en otro tiempo en la recepcion de los impuestos, en reclutar el ejército, en tomar porciones de la herencia de los Augustos, no pudiendo cogerla del todo. Aunque primero guerreros, procuran ser poco á poco políticos y religiosos; y siguiendo este camino es como uno de ellos llegó después á restablecer la dignidad imperial.

Este es el objeto de sus esfuerzos; pero interin lo consiguen, no encontramos en ellos nada de lo que, segun nuestras ideas, se refiere á la palabra rey; sin leyes orgánicas que determinen los límites del poder; sin mas ministros que un secretario despachando todos los asuntos, y un juez del palacio (*comes palatinus*) que sentenciaba sobre las causas que se le presentaban: los mismos dominios reales no les pertenecen como soberanos sino en calidad de adquisiciones hechas en la guerra, ó arrebatadas á príncipes por derecho de victoria. No se puede tampoco decir que tuviesen precisamente súbditos si se entiende como tales á aquellos cuyas acciones civiles dirige el rey, en virtud de autoridad suprema; porque estos jefes no disponian de los brazos y bienes de los que dependian de ellos, sino en tanto que los tenian como vasallos, es decir, como obligados por contratos á determinados servicios, en cambio de tierras recibidas á título de beneficios. Si desobedecian, perdian la propiedad, pero sin ser castigados como súbditos, segun las leyes penales soberanas. En una palabra, la autoridad existia en realidad en poder de aquel cuya voluntad era más firme y resuelta; y la corona, como dice Manzoni, era un círculo de metal que no tenia valor sino en razon de la cabeza que la llevaba.

Asambleas.—Era limitada la autoridad de los reyes en todas partes por las asambleas de la nacion (12), en las cuales se decidia de la patria y de la ventaja comun. No eran reuniones de individuos rescatados poco antes de la servidumbre, y á que cada uno iba á llevar su partícula de poder particular para disimular la debilidad general, sino de hombres animosos é independientes que se creian con el derecho y el deber de conocer en todo lo relativo á una sociedad de la que cada miembro era garante en mancomun, personas que no pensaban obedecer más que á su voluntad ni ejecutar sino lo que habian examinado y resuelto. Aquellas asambleas reunian en sí los tres poderes que constituyen el gobierno: eran judiciales cuando los miembros juzgaban á uno de sus iguales; legisladoras cuando decretaban ó abolian una ordenanza; soberanas cuando decidian de la paz ó de la guerra. Vinieron á ser cada vez más escasas por las causas que ya hemos dicho; sin embargo, se celebraba generalmente una cada año en mayo ó en marzo, cuando la primavera estaba bastante adelantada para asegurar forrajes á los caballos de los guerreros que seguian inmediatamente á sus jefes en la espedicion que allí se habia decidido.

Rentas.—Nada tenia entonces de complicado el ramo de hacienda, principal resorte de nuestra organizacion moderna; el tesoro real era alimentado por una parte de las multas, por los donativos voluntarios, por los alodios propios y dominios que alimentaban siempre las confiscaciones; por las sucesiones, por los impuestos á los extranjeros y por la administracion de los bienes de los menores, cuyas rentas eran en gran parte consumidas en provecho de los mismos reyes pasando de un pais á otro.

Guerra.—Adquirió la hacienda grande importancia en la administracion cuando las contribuciones sustituyeron á los servicios personales, y cuando los reyes tuvieron que estipendiar ejércitos y magistrados; pero no habia entonces culto, ni ministros, ni corte, ni enseñanza, ni establecimientos públicos que sostener; los empleos y el servicio militar eran una obligacion de sus vasallos. Siempre que una guerra nacional era proclamada (*landwehr*), todo hombre libre estaba obligado á obedecer el pregon y á seguir la bandera del conde, armándose y manteniéndose á sus espensas. Aquel que no se hallaba en estado de soportar este gasto, se unia á otro para equipar un soldado; pero el rey no podia disponer para sus espediciones particulares y contra sus enemigos personales, más que de sus leudos ó vasallos.

Mientras que los imperiales continuaban la degeneracion de la milicia, y suplíase la falta de valor individual con ayuda de máquinas y de combinaciones que tenian por objeto matar sin mucho peligro al mayor número de hombres posible, los bárbaros no conocian más que la fuerza de sus brazos: hacian frente á las legiones con la ballesta,

---

(12) Se les llamaba *placitos* ó *mallos:* entre los francos *campos de marzo* ó *de mayo*, entre los visigodos, *concilios* y entre los anglo-sajones *wittenagemot*.

la honda, el hacha de doble filo, y una caballeria poco numerosa armada de flechas y de venablos, sin ningun órden de batalla meditado, sin ninguna regla de disciplina, sin armadura ni ejercicios uniformes, en atencion á que cada jefe mandaba sus vasallos segun le parecia.

Vasallos.—Acto continuo quisieron imitar al rey los señores más poderosos, distribuyendo parte de sus tierras á personas de clase inferior bajo las mismas obligaciones (*valvassori vassi vassorum*).

Con el rey habian llegado otros jefes que no admitian superioridad por su parte, á no ser aquella que le habian dado al elegirle ellos mismos por jefe de los jefes, y que ocupaban por esto, con el título de duques, una parte del territorio conquistado, no considerándose como dependientes más que en los derechos políticos y en los asuntos comunes; haciendo por lo demás las leyes, y la guerra á su albedrio, contra el mismo rey á veces. Hemos visto á esta constitucion prevalecer entre los longobardos; pero entre los godos y los francos, quizá en virtud de la preponderancia personal de los jefes, parece haber ejercido el rey su autoridad sobre todo el pais.

Administracion.—Este se hallaba distribuido en distritos ó condados (*pagi, gauen*) y en cada uno de ellos tenia un conde (*grafio gaugraf*) bajo su direccion los asuntos civiles, la policia, la justicia, la hacienda. Componíase el ducado de muchos condados; cada uno de estos condados estaba distribuido en cientos de familias ó cantones; cada canton se componia de decenas ó marcas, subdivididas en haciendas (*mansos*), que reunidos en cierto número constituian una *villa* ó lugar (13). Tuvieron los longobardos escultascos y centenarios en vez de condes; entre los francos no se distinguieron los condes mucho de los duques hasta el siglo VIII; el mando de los ejércitos perteneció más tarde á los últimos como las funciones judiciales á los condes, y ambas cosas vitaliciamente. Habia además en cada distrito ciertos lugares que, tanto para la justicia como para la administracion no estaban sometidos al conde (*immunitates*): tales fueron en un principio los dominios reales, los bienes de la Iglesia luego, y por último los alodios de los concejos libres.

Municipios.—Si las autoridades superiores desaparecieron con la conquista y si los condes sucedieron á los administradores de las provincias, quizá no fué tan absoluta la ruina de las autoridades municipales. Los bárbaros impusieron á los indígenas un proconsulado bárbaro; pero teniendo odio á las ciudades y considerándose siempre como un ejército, no se cuidaron de los municipios; de donde resultó que estos conservaron su régimen interior independiente del conde, que á lo menos no les ponia trabas, y así quedaron más libres que en tiempo de los emperadores. Nace pues en ellos la necesidad de atender á la tranquilidad y al buen órden interior, cosas que el conde ignora ó descuida. Habiendo cesado de ser garante de la percepcion de los impuestos el cuerpo de los decuriones, no se huye ya de esta dignidad como en los últimos tiempos de Roma; ya no son los grandes propietarios los únicos que forman parte de la curia, sino toda persona notable y hasta los ricos mercaderes. Las leyes de los godos hacen mencion de los curiales y de los magistrados conservadores de la paz (14), pero se sabe que aquella nacion, ya sea por orígen, ya por su prolongada residencia entre los romanos, habia adoptado bastantes formas administrativas de estos. En el *Breviario* de Alarico se menciona á cada instante á los duumviros, al defensor y á otras autoridades municipales cuyas atribuciones se han aumentado en virtud de la desaparicion de los presidentes, de los consulares, de los correctores, que dominaban sobre ellos. Hagan los jueces de la ciudad actualmente lo que hacia el pretor antes (15). Hágase ahora por la curia la emancipacion que estaba en las atribuciones del pretor en otro tiempo (16). Sean abiertos los testamentos en la curia. Sean nombrados los tutores por el juez de acuerdo con los principales de la ciudad (17). Los duumviros y el defensor tenian en sus atribuciones todo lo que no concernia directamente al poder supremo, como el levantamiento de tropas, la recaudacion de los impuestos, la administracion de los bienes comunales. Tambien los curiales tenian parte en la jurisdicion superior, llenando las funciones de jueces, así como los obispos, que habian ocupado el puesto del defensor. Mientras el antiguo municipio habia tomado el carácter aristocrático, merced á la constitucion romana, en la cual los magistrados superiores reunian el poder político y religioso, por el contrario en tiempo de los bárbaros el defensor no obra ya por su propia autoridad, sino como delegado de la curia, que reconcentrando en sí cuanta vida, fuerza y esplendor conservan aun los vencidos, prepara el camino de los nuevos concejos ó municipios.

Acontece lo mismo en la Galia meridional y en algunos puntos de Italia; y se ignora lo que sucedió en otras partes. Las leyes borgoñonas distinguen los magistrados de distrito de los de la ciudad; en los paises longobardos no hay vestigio de tales magistrados. Gregorio de Tours habla del *juicio*

(13) Italia ha conservado vestigios de la organizacion por decenas. Hasta el año 1500 el valle de Cador estuvo dividido en 10 *cientos:* cada ciento tenia un capitan y armaba á doscientos hombres. En caso de peligro los capitanes elegian un general y este velaba con el *conde*, es decir, con el comandante veneciano, por la seguridad del valle.

(14) *Edict. Theod.*, 27; *Leg. visigoth*, V, 4, 19, y II, 1, 16.

(15) *Interp. Pauli*, I, 7, *Interp. cod. Theod.*, XI, 4, l. 2.

(16) En GAYO, I, 6.

(17) *Interp. cod. Theod.*, IV, 4, l. 4; III, 17, l. 3.

de los ciudadanos como distinto del *mallo* celebrado por el conde (18). Las fórmulas angevinas mencionan magistrados elegidos por los ciudadanos: las de Sismundo, de un lugar destinado para los negocios públicos (19); las de Lindenbrok, de asambleas públicas y de defensores de la ciudad (20). Probablemente los germanos trasplantaron al pais conquistado las formas de su municipio patrio, de que acabamos de hablar; acaso tambien en algunos puntos, habiéndose multiplicado y habituado á la vida pacífica, formaron municipios al modo de los romanos ó se fundieron con los de estos constituyendo con los elementos de unos y otros un municipio más ámplio dirigido por escabinos germánicos y por el *órden* de los romanos; mezcla que produjo las nuevas naciones y la Europa moderna (21).

Ley personal.—Un pueblo bárbaro cuando se establece en un pueblo adulto adopta sus instituciones administrativas y su jurisprudencia erudita, considerándolas á propósito para la vida civilizada; pero conserva como privilegio la ley nacional, y la consigna por escrito para darle consistencia y no perder su nacionalidad bajo el influjo extranjero. Sin embargo es carácter particular de ciertas legislaciones bárbaras seguir á la persona sin distincion de lugares. Hoy el que vive en un pais está sujeto, por lo que hace á sí mismo y á sus bienes, á las leyes de este pais, siendo muy poca ó ninguna la diferencia que establecen entre los nacionales y los extranjeros (22). Al revés, en la Edad Media se conservaba la ley nacional donde quiera que uno se encontraba; de tal modo que el obispo Agobardo escribia á Luis el Pio: «De cinco individuos que se hallen frecuentemente reunidos no hay dos que sigan la misma ley.»

¿Habria nacido esta costumbre antes de su emigracion entre los germanos de su amor á la independencia? ¿La llevarian por ventura consigo á los paises conquistados? (23). Mucho nos cuesta creerlo. Y en efecto ¿qué motivo podia impulsar á conceder ó reclamar este derecho cuando cada cual se hallaba en la tribu á que pertenecia? Si un godo hubiera habitado por casualidad entre los borgoñones ¿quién hubiera podido administrarle justicia á estilo de los godos? ¿Cómo reunir bastante número de éstos para constituirlos en jueces? O ¿cómo hallar borgoñones que conocieran las costumbres extranjeras?

Parece, pues, probable que la ley no se hiciera personal hasta el momento en que los germanos ocuparon el territorio romano, cuando encontrándose con muchas naciones en un mismo punto unidas solo porque habian concertado la misma empresa, no habia motivo para que renunciaran á las leyes consuetudinarias de sus abuelos, y se sometieran á una ley comun. Viene en apoyo de esto la circunstancia de hallarse en cada pais admitidas tantas leyes como se encuentran pueblos invasores. Así en Inglaterra (aunque lo niegan ciertos autores) las leyes de los sajones del Oeste son distintas de las de los mercios y de los daneses; la ley Sálica al determinar los impuestos, distingue solamente á los francos y á los germanos de los romanos; la ley Ripuaria deja simultáneamente vigentes el derecho de los borgoñones y el de los alemanes.

Hay más, la ley personal parece propia de los pueblos que no tenian aun territorios fijos, como los francos salios, los bávaros, los alemanes, los sajones y los frisones, pero no se encuentra entre los visigodos, ostrogodos y longobardos, ya establecidos cuando redactaron códigos. Tambien los borgoñones estaban establecidos; pero la ley Gombeta se refiere á otra anterior. En Italia los longobardos no toleran en un principio (dígase lo que se quiera) ningun otro derecho más que el suyo: tan verdad es esto que los sajones que no quisieron conformarse con semejante medida se vieron obligados á abandonar el territorio. Rotaris decreta precisamente que si llega algun romano de un pais extranjero, debe someterse á la ley longobarda, á menos que la clemencia del rey le dispense de ello. En lo sucesivo se multiplicaron los puntos de contacto, y especialmente después de su conversion perdieron los longobardos mucho de su

(18) GREGORIO DE TOURS, VII, 47.

(19) *Curia publica*, ap. BALUCIO, t. II.

(20) MABLY, *Observ. sobre la historia de Francia.*

(21) Esta es la opinion de Savigny y Raynouard; pero el último va aun más lejos: observando apasionadamente las instituciones de la Francia meridional, despreciando los efectos de la conquista bárbara hasta el extremo de creer que se conservaron sin alteracion las órdenes romanas. No hace ninguna distincion entre el mediodia y el norte de Francia. Por otra parte, este sistema está completamente rechazado por los partidarios del orígen germánico. Volveremos á hablar de esto en el libro XI.

(22) Los judios han estado hasta nuestros dias, y están aun en algunos paises, regidos por leyes personales, conservando, por ejemplo, el levirato, el divorcio allí donde está abolido, etc. En los Estados en que todavia subsiste la jurisdiccion eclesiástica, hallais vigentes dos legislaciones, una local y otra personal. Los suizos al servicio de soberanos estipulan por condicion que no se les sujete, en cuanto á la subordinacion y á la disciplina militar, más que á las leyes de su patria. Durante la guerra de los Paises-Bajos contra España, mandó en 15 de mayo de 1587, el duque de Parma, gobernador, en nombre del rey Católico, que los soldados no estuvieran sometidos á las costumbres locales, si bien deberian ser juzgados civilmente hasta por las acciones personales y por los bienes muebles, con arreglo á las leyes romanas y las del imperio. Puede verse cuán embrolladas cuestiones resultaron de esto en MERLIN, *Repertorio universal de jurisprudencia*, en la palabra *costumbre*, pár. 5, II. Los que servian en el ejército de Washington suscitaron tambien la pretension de ser juzgados con arreglo á las leyes de su patria.

(23) Esta es la opinion de MONTESQUIEU, *Espíritu de las leyes*, XXVIII, 2.

ferocidad primitiva. Quizá fué lícito entonces á algunos extranjeros vivir bajo su ley nacional (24). Habiendo sobrevenido luego los francos y los alemanes, nació tan gran variedad de derechos, que hubo de especificarse en cada contrato ó juicio, bajo qué ley vivian los contrayentes ó los acusados. Sin embargo, este nombre de *lex* no quiere decir para mí un cuerpo especial ó determinado de estatutos, un código sino en general el derecho, las costumbres.

En donde estaba establecido el derecho personal ¿de qué manera era aplicado? Cada cual tiene la obligacion ó el privilegio de seguir el de su nacion: la mujer el de su marido; volvia la viuda á la de sus padres; entre los borgoñones los emancipados vivian bajo la ley de la nacion en que habian nacido; entre los demás bárbaros por el derecho romano. Escogia el hijo natural la que mejor le convenia no teniendo padre cierto (25).

Montesquieu, que sin embargo, refutando al abate Dubos, sostiene que los francos cambiaron el derecho vigente en la Galia, afirma que cada cual podia escoger allí á su albedrío la ley. Pero ¿qué tirania seria esta bajo la cual el vencedor permitia al vencido hasta ser partícipe de sus derechos, y colocarse por efecto solo de su voluntad en la clase de los dominadores? Repugnando á la naturaleza de las cosas el texto, en que Montesquieu se apoya, no puede menos de ser erróneo (26).

Entre las leyes longobardas hay una de Liutprando, que intima á todo el que hace un contrato á declarar la ley en que entiende estipular (27). Ahora bien, algunos han querido deducir de esto que cada cual podia elegir á su antojo la ley que queria seguir (28). Mas conviene reflexionar que, aun segun el derecho romano, hay actos cuya ejecucion no interesa directamente al Estado, y que por tanto los ciudadanos pueden ejecutarlos con arreglo á las fórmulas y maneras que más les acomoden; y precisamente de tales contratos particulares habla Liutprando cuando decreta que los notarios al formularlos se atengan al derecho de las partes, sin escluir por eso los convenios especiales entre los contratantes, y las reglas secundarias de las cuales cada uno puede apartarse inofensivamente. Tan cierto es esto, que Liutprando no concede igual facultad en los testamentos porque son de derecho público. Además en los casos en que el rey inglés Edgar permitió á los daneses la eleccion de la ley, manifestó que esta era una concesion que hacia á los vencidos, con el intento de atraerlos todos á la costumbre anglia (29).

Se habian suscitado diferencias entre el papa Eugenio II y el pueblo de Roma, cuando Luis el Pio envió á esta ciudad á su hijo Lotario «con el fin de que estableciera y consolidara la paz con el nuevo pontífice y el pueblo.» Lotario reformó en aquella ocasion el estatuto del pueblo romano con el asentimiento del papa (30). Un capítulo de este estatuto, ya modificado, ordena que se interrogue al Senado y al pueblo acerca de la ley bajo la cual quieren vivir; luego prescribe observar la que haya sido elegida, con amenaza de castigo contra quien la viole. Pero en primer lugar aquí se trata solo de un caso especial concerniente á Roma y á su ducado, que no se habian conquistado nunca; subsistiendo allí siempre las antiguas magistraturas, por lo cual el orgullo de los bárbaros no se sentia herido cuando los romanos renunciaban á vivir segun su ley. En segundo lugar, esta eleccion no fué probablemente dada sino aquella vez, cuando se trató de establecer una legislacion nueva, y una vez elegida la ley debieron atenerse á ella aun los descendientes (31).

Es, pues, exacto que los vencidos no participaron de los derechos del vencedor, sino por privilegio. Esto es tan cierto, que en todas las ocasiones en que puede llegar hasta nosotros la voz de los pueblos conquistados, nos hace oir quejas de que no son admitidos á gozar en comun de los privilegios de los dominadores. La ley distinguia entre el galo y su señor, y la vida del primero era evaluada en mucho menos que la de un franco. En su consecuencia se esforzaba el vencido, como en Grecia los farnariotas bajo los turcos, por adquirir á fuerza de humillaciones y de servicios algunos de-

---

(24) Esto puede esplicar la ley de Desiderio y de Adelchi, citada en una carta del monasterio de Santa Julia en Brescia, en la cual se provee, que si un siervo del palacio se casara con una romana de condicion libre, esta seria tambien esclava.

(25) *Justum est, ut homo de adulterio* (tomado en la acepcion lata del derecho romano) *natus, vivat qualem legem voluerit.* Ap. CANCIANI, I, 224.

(26) La ley Sálica dice: *Si qui ingenuus Francum aut barbarum, aut hominem qui salica lege vivit, occiderit* etc. (tít. 44, pár. 1). Pero en la misma ley, redactada en tiempo de Carlomagno, se lee más correctamente: *Si quis ingenuus hominum Francum aut barbarum occiderit, qui lege salica vivat* etc.

(27) Tit. VI, 37. *De scribis: Perspeximus ut qui chartam scripserint, sive ad legem Longobardorum, sive ad legem Romanorum, non aliter faciant, nisi quomodo in illis legibus continetur... Et si unusquisque de lege sua descendere voluerit, et pactiones atque conventiones inter se fecerint et ambæ partes consenserint, istud non reputaten contra legem, quod ambæ partes voluntariæ faciunt. Et illi qui tales chartas scripserint, culpabiles non inveniantur esse.*

(28) Tambien participa de esta opinion Lupi, que fué el primero que emitió ideas juiciosas respecto de las *professiones.*

(29) *Deinde volo ut in usu sit apud Danos, quod optima eligi possit lex; et ego illis dedi permissionem, et placare volo quamdiu vita mihi concedatur, pro vestra fidelitate quam mihi semper promississtis: et hoc cupio, et unum jus in quolibet scrutinio nobis omnibus sit commune ad tutamen et pacem omni populo.*

(30) EGINARD, *De G. Lud. Pii ad.* 824, apud Bouquet, t. VI, pág. 184.

(31) De esta constitucion habla Savigny, c. III, párrafo 45; pero la contradice Cárlos Troya.

rechos y honores. Haciase propietario romano, ó tributario, ó convidado del rey, mirando como el colmo de la fortuna la condicion de llegar á ser franco; de tal manera, que esta palabra acabó por significar libre (32).

Así cuando se dice que los bárbaros dejaron á tal ó cual pueblo la ley romana, no conviene ver un favor en esto, sino una condena que le escluia de los cuidados del legislador y de los privilegios de la nacion conquistadora.

De otro modo acontecia respecto de los eclesiásticos, para quienes el tipo universal prevaleció en todos tiempos sobre el local; sus leyes, modeladas sobre la de los romanos, no admiten ninguna distincion de pais ó de raza. Por otra parte el clero conservó sus curias propias, ante las cuales eran discutidas y decididas por sus miembros las causas, con los medios necesarios para la ejecucion de las sentencias pronunciadas. Sin embargo tambien los clérigos seguian acaso generalmente la ley de su nacion, y solo en los asuntos eclesiásticos, y especialmente en los privilegios concedidos por las constituciones imperiales se atenian á la romana (33). En las Galias, luego que el derecho sálico llegó á ser la ley territorial, se establecieron aun en los negocios de iglesias y de eclesiásticos el duelo judicial, ó los sacramentales, ú otras formas enteramente bárbaras. Tambien se hace mencion en sus actos de aldios, de launequildos, de guadios, cosas demasiado estrañas á las fórmulas romanas. En Italia, en fin, se encuentran con más frecuencia las pruebas de que los eclesiásticos se atenian á la ley longobarda (34).

Si se acepta la genealogia del derecho personal tal como la presentamos, se hallará menos dificultad en esplicarse como era posible aplicar tantas legislaciones diferentes. No era necesario que los jueces las conociesen todas, lo cual hubiera sido para los bárbaros una instruccion supérflua: bastaba elegir los escabinos entre la nacion á que pertenecian las partes, cosa fácil cuando pertenecian á pueblos que habitaban sobre el mismo territorio. Ignoramos la marcha que se seguia cuando el litigio era entre dos partes de naciones diversas; pero de los documentos aparece que la composicion para los delitos se regulaba con sujecion á la ley del ofendido: en materia civil se pronunciaba con arreglo á la ley del demandado; y en los actos jurídicos, como contratos, testamentos, el juramento segun la del que hacia estender el acto (35).

En Italia el derecho personal cedió poco á poco el puesto al romano, en la época en que los municipios ó concejos sustituyeron á los estatutos (36). Al revés entre los francos decayó muy luego en muchos puntos; pero al derecho romano nunca se habia dado validez por un decreto positivo (37). Conviene, pues, acaso buscar en los primeros tiempos el motivo por el cual hasta la Revolucion fué regida la Francia septentrional por leyes consuetudinarias, y las provincias del Mediodia por la ley escrita. Cuando en su principio penetraron los francos en el norte de la Galia, eran numerosos, violentos, tiránicos, y derrocaron completamente el sistema romano; pero cuando se estendieron al Mediodia sus filas habian mermado, y eran ya más cultos, lo cual hizo que los romanos conservaran

---

(32) Es difícil acumular más inexactitudes que las que existen en este párrafo: «Las naciones septentrionales habian conservado un excelente privilegio á los ciudadanos dejándoles escojer someterse á la ley de sus abuelos, ó á las que les parecieran más conforme á sus ideas de libertad y de justicia. Seis legislaciones se hallaban vigentes entre los longobardos; romana, longobarda, sálica, ripuaria, alemana y bávara: y al comenzar su proceso declaraban las partes á los jueces que vivian y querian ser juzgados bajo tal ó cual ley.» SISMONDI, *De las republicas italianas*, capítulo II.

(33) *Lege romana, qua Ecclesia vivit.* Ley de los ripuarios, tít. LVIII, 1. *Ut omnis ordo ecclesiarum lege romana vivat.* Ley de los longobardos de Luis el Pio, art. 55. Eccard, comentando un artículo de la ley de los ripuarios, hace mencion de una carta en que dos sacerdotes longobardos declaran vivir bajo la ley romana *por honra del sacerdocio. Qui professi sumus ex natione nostra vivere legem longobardorum, sed nunc pro honore sacerdotii nostri, videmur videre legem romanorum.* Sin embargo, en Italia los eclesiásticos vivian á veces con sujecion á la ley longobarda. Hallamos en FUMAGALLI, *(Código diplomático de la Biblioteca Ambrosiana*, núm. 124, pág. 502) que Teotperto, arcipreste de San Julian, vivia en 885 bajo la ley longobarda.—LUPI, *(Codex diplom. Bergomat*, pág. 225, dice que en los siglos X y XI era esto casi general en el Bergamasco. El monasterio de Farfa no seguia la ley romana, MABILLON, *Ann. Bened.*, t. IV, pág. 129, 705. Acaso profundizando más esta cuestion, llegará á quedar sentado que, bajo los longobardos, hasta los eclesiásticos estaban obligados á someterse á la ley de los vencedores, y que solamente después de la conquista de los francos, fué otorgada la facultad de elegir. En todo esto reina gran oscuridad, aun después de las muchas indagaciones hechas por los eruditos.

(34) V. TROYA, *De la condicion de los romanos vencidos por los longobardos*, §. CXL y sig.

(35) En una fórmula del código Veronés, en la ley 182 de Rotaris, el conde preside el tribunal, y dirigiéndose á los jueces les pide su parecer legal: *Nunc dicite vos, judices, quid commendet lex.*

(36) La constitucion de Federico II, lib. II, tít. 17, abolió la personalidad de las leyes en Sicilia. De consiguiente subsistió allí hasta el siglo XIII. LUPI, *Cod. diplom.* 231, cita un estatuto bergamasco de 1451 en que se hace mencion de un *liber juris longobardorum*, y allí se ordena que *ipsum jus vacet in totum, et servetur jus commune.*

(37) Una decretal de 1220, dice: *In Francia et nonnullis provinciis laici romanorum imperatorum legibus non utuntur;* pero Cárlos el Calvo en 864, habia dicho: *super illam legem (romanam) vel contra ipsam, nec antecessores nostri quodcumque capitulum statuerunt, nec nos aliquid statuimus.* Sin embargo, determina muy á las claras la diferencia. *In illa terra in qua judicia secundum legem terminantur, secundum ipsam legem judicentur. Et in illa terra, in qua judicia secundum legem romanam non judicantur*, etcétera.

la preponderancia. Cuando posteriormente perdieron su vigor las antiguas razas y salieron las naciones nuevas de elementos confusos, no fué posible mantener el derecho personal, fundado en la diferencia de origen. En el feudalismo no se averiguó á qué raza pertenecia el hombre, sino á qué feudo; y las instituciones germánicas se arraigaron en el Norte, no como derecho personal, sino como costumbre local. Al revés como en el Mediodia predominaba la poblacion romana, conservó el derecho romano su unidad y su antigua forma. Hasta cuando esta poblacion se confundió en una nacion nueva, este derecho, no rigidamente original como el germánico, sino rico de ciencia y de ideas, vasto y flexible, pudo adaptarse á una revolucion y seguir sin dificultad la marcha de la sociedad á que servia.

Comparaciones.—Habituados como estamos á gobiernos en que todo el impulso procede de arriba, á leyes fijas, uniformes para todo el reino, á la igualdad de los ciudadanos bajo un jefe, nos es difícil formarnos una idea exacta de la sociedad de entonces, tan estravagantemente congregada, con tantos señores como hombres habia con fuerza y voluntad de serlo, y con leyes que obligaban solo á los que no querian resistirlas, variando de hombre á hombre segun la nacion ó la categoria. Sin embargo, para formar una idea de aquel estado de cosas, y juzgar cuánta fué la tarea de los que aspiraron á sustituir una regla fija á un desórden sistemático, podemos fijar la atencion en algunos gobiernos todavia subsistentes en Europa, en los cuales la conquista no fué modificada por el sistema feudal.

En Hungria muchas naciones se hallaron sucesivamente sobrepuestas ó aproximadas unas á otras, sin asimilarse por esto. Los nobles, es decir, los madgiares, raza dominadora, se dividen en magnates riquísimos y dignatarios, en nobles propietarios y en hidalgos que no poseen bienes raices, si bien, á pesar de su miseria, conservan sus privilegios. Estos nobles, reunidos al alto clero, á las ciudades libres reales, á las aldeas privilegiadas, y á las tribus de los kumanos y de los yazigos, forman el *pueblo húngaro*, en el cual reside el derecho de elegir rey, de concurrir con él á la confeccion de las leyes, y de imponer las contribuciones en la dieta trienal, en la cual los húngaros toman asiento con espada y espuela y discuten en lengua latina. Despojado el resto de la nacion de todo derecho político, no tiene que hacer más que pagar lo que le toca *(misera contribuens plebs)*.

El rey hace la guerra y la paz, si bien no puede ordenar el levantamiento en masa sino con el asentimiento de la nacion, por lo cual se entiende siempre la nobleza: jura respetar la constitucion, hace ejecutar las decisiones de los tribunales judiciales, no destituir á nadie sin que preceda juicio, y autorizar á los húngaros para empuñar las armas en el caso de que sean violados sus privilegios. El noble, ciudadano del Estado, puede poseer tierras en todo el reino; el ciudadano solo en el territorio de la ciudad de que es miembro. El noble no puede ser molestado en sus bienes ni en su persona, como no sea convicto de un delito, ó bien por casos de Estado ó por haber sido cogido *infraganti* ó por desercion del ejército noble; depende directamente del rey, y ni él ni sus bienes están sujetos á prestacion ninguna. A él solamente corresponden las magistraturas, los empleos del condado y la administracion de justicia: está exento de alojamientos, y en caso de necesidad sirve en el ejército insurreccional á su costa en el interior, y á expensas del público en el exterior. El es el primer juez de sus aldeanos y siervos, y puede expulsar al que no es noble de los bienes nobles (38).

Propietario único de los bienes inmuebles es la corona, á la cual vuelven á falta de sucesion. El poseedor puede hipotecarlos por treinta y dos años, hipoteca de naturaleza particular, porque entrega la propiedad. Hay tres casos en los cuales puede tambien enajenarla; pero el que la adquiere temporal ó perpetuamente no puede transferirla á otros por suma mayor que la desembolsada. Y la razon es que el primer poseedor conserva siempre el derecho de recobrarla; y ni por el transcurso de muchos siglos, ni por confiscaciones, ni por correrias de los turcos y de los tártaros, ni por la trasmision de veinte familias prescribe este derecho (derecho de aviticidad), el cual puede calcularse cuán gran obstáculo es para la propiedad. Por tanto una propiedad subdividida entre hijos, dada en dote, hipotecada por los unos y arrendada por los otros, subsiste siempre en la condicion de usufructo, de donde se derivan infinitos litigios entre los mismos propietarios, ó con los compradores, ó con los hipotecarios. Si el poseedor de un terreno pierde el pleito, y no tiene otra manera mejor de conservar su posesion, puede recurrir á las armas, ó lo que es lo mismo, con la amenaza de la espada ó el palo alejar al nuevo propietario que vaya á ocupar la tierra, y el cual seria reo de violencia si no hiciese caso de estas amenazas.

El paisano recibe del poseedor una tierra que cultivar, mediante un cánon y servicios personales, pagados los cuales, tiene derecho á su propiedad, no puede ser expulsado de ella, y puede donar ó vender tal derecho. El cánon por lo general consiste en el quinto de los frutos para el señor, otro

---

(38) Solamente en estos últimos años se ha establecido que sean elegidos los jueces por los señores, en atencion á su mérito y sin consideracion al nacimiento, Algunos condados han concedido á todos los *honoratiores* el derecho de votar en los nombramientos para los empleos de condado. Véase GUSTERMANN, *Ungarisches Staatsrecht;* HOFRATH VON PIRINGER, *Ungarns Banderien, und desselben gesetzmässige Kriegsverfassung;* GRAF SZECHENYI, *Der credit.*

Todo esto queda alterado por la revolucion de 1848; y habiendo logrado el Austria dominar la Hungria, quiere introducir un derecho único entre todas las razas.

tanto para el clero, y cincuenta y cuatro dias con carreta de dos caballos, ó el doble sin caballos. Puede redimir estos dias de trabajo á razon de treinta á cuarenta céntimos por dia. Por lo demás el paisano puede poseer bienes muebles, y si cae en la miseria, el señor debe mantenerlo y pagar sus deudas. Las revueltas han multiplicado en Hungria los siervos del terruño.

Cada magnate que no asista personalmente á la dieta, puede enviar un representante; pero éste no tiene entrada sino en la Cámara Baja; en ella tienen un voto colectivo todas las ciudades reales, otro todos los cabildos, y otro cada condado; pero la soberania no reside en la dieta, sino en las pequeñas asambleas que simultáneamente se celebran en cada uno de los cincuenta y dos condados, pues que los diputados nò pueden apartarse de las instrucciones, alguna vez sumamente minuciosas, que reciben de ellas. El clero tiene los mismos privilegios que los nobles y algunos que le son peculiares. Solo la dieta puede naturalizar á un extranjero.

A más del gobierno de los *ispan* ó palatinos, las ciudades conservan una administracion municipal. El gobierno real ha favorecido continuamente la emancipacion de las ciudades, y éstas ó se han rescatado por el dinero del poder del señor, ó se han puesto bajo la inmediata dependencia del palatino ó del rey, el cual ha procurado que en la dieta obtuviesen privilegios de los nobles. En las mismas ciudades sin embargo son pocos y por lo general alemanes, los que tienen el derecho de ciudadania; los banqueros y negociantes aunque sean grandes capitalistas, los artistas, profesores y forasteros de todas clases, están fuera de la ley comun.

Viven, pues, en el mismo territorio cuatro millones de madgiares ó húngaros, cinco de eslavos, dos entre alemanes, valacos, griegos, albaneses, armenios, judios y zíngaros. Dedícase el madgiar á los ganados y al campo; el aleman al comercio y á las minas; el valaco tiene hospederias, los esclavones y los croatas se ocupan en la agricultura y en el comercio; son traficantes y arrendatarios los judios y los armenios; los zíngaros trabajan el hierro, son músicos y hacen de corredores, los eslóvacos son marineros, cazadores y carreteros. Aunque existe una coleccion de leyes dictadas por los diversos soberanos, cada uno de estos pueblos conserva costumbres particulares, ó privilegios que fueron garantizados al tiempo de su union, y algunos siguen el derecho germánico, lo cual equivale á vivir segun la ley romana de la Edad Media. Teniendo leyes especiales cada Estado, cada pueblo ó civilizacion tiene tambien especiales magistrados, y cada uno es juzgado por sus iguales. Seria prolijo y sumamente complicado esplicar la composicion de los diferentes tribunales de quienes dependen, tanto en lo civil como en lo criminal, segun su orígen; baste decir que hay individuos de fortuna ínfima que no pueden ser juzgados más que por el rey, al igual de los magnates que descienden del mismo tronco que ellos. Si se suscitan disputas entre dos individuos que tienen una jurisdiccion diferente, el jefe escoge un asesor para representar á cada uno de ellos, con facultad de asociarse tantos hombres buenos como le parezca conveniente.

Debe, pues, proponerse el rey por objeto refrenar la nobleza que limita su poder, y de realzar en su consecuencia á la plebe y á los esclavos, asegurándoles algunos derechos con ausilio de leyes ciertas y sometiéndoles á los tribunales reales. Maria Teresa y José II tomaron empeño en desprender á los siervos del terruño; pero la nobleza se opuso siempre á que una medida general les permitiera poseer, y á que las tierras del madgiar y del extranjero fuesen tasadas con igual medida. Vease, pues, una imágen que sobrevive de la Edad Media.

En Rusia es tan numerosa la clase de nobles, que se calcula en ochocientos mil individuos, lo cual da una proporcion de un noble por cada sesenta hombres: hay uno por cada diez y seis en la Volinia, y uno por cada diez en Podolia, es decir, que hay tantos como descendientes de la raza conquistadora. Les corresponden todos los cargos legislativos, administrativos y judiciales; participan de los ascensos rápidos en el ejército, están exentos de impuestos personales; de alojamientos militares, de cargas sobre la venta de sus productos y de quintas. No pueden ser juzgados más que por sus iguales, hasta en materias contenciosas, y no son pasibles de penas aflictivas: solo ellos poseen esclavos y trafican con sus personas. El príncipe Cárlos Sangouka, muerto en 1840, ha dejado dominios de cincuenta y seis mil acres de estension con veinte y cinco mil paisanos, y más de seis millones de florines en metálico.

Hay en cada gobierno una asamblea de diputados (*dvorianskoyé sobranié*) que vela por los intereses de la nobleza, lleva las listas genealógicas, y puede recurrir al emperador directamente. Tambien tienen los nobles un tribunal particular de curaduria para la tutela de los menores.

El organizador debe propender del mismo modo á disminuir este desmesurado poder de la raza conquistadora. Y en un principio, merced á los czares, pudo el clero ser partícipe de todos los derechos de la nobleza, á escepcion del derecho de poseer esclavos; de consiguiente todo individuo libre pudo hacerse igual al señor por este camino que le estaba abierto. Vino enseguida Pedro el Grande, que descargó un terrible golpe sobre la aristocracia territorial, decidiendo que la nobleza no solo se adquiriria por derecho de nacimiento, sino tambien por servicios civiles y militares. Así desde entonces los ciudadanos de mérito, mercaderes, ricos ciudadanos y artesanos pasan continuamente á esta clase; disminuye mucho el crédito de la aristocracia de raza, pero tambien estorba que adquiera vigor el cuarto estado, del cual sale uno tan luego como se hace poderoso por su crédito ó por su dinero.

Respecto de los habitantes del campo, unos son cultivadores libres, otros están pegados al terruño. Sin embargo aquí tambien el soberano ha concedido privilegios á los siervos de la corona, de tal modo, que constituyen una clase media entre los esclavos y los individuos libres; de esta suerte la plebe rusa será llamada un dia á gozar de los derechos que la naturaleza ha conferido al hombre. Cerca de ocho millones de paisanos se hallan en esta condicion nueva, y quedan todavia diez millones en una esclavitud verdadera. Un ukase del emperador Alejandro promulgado en 1819, ha permitido á todo súbdito ruso ejercer la industria, aboliendo las esclusiones.

Aun podríamos citar la Irlanda, país en que el pueblo y la aristocracia están radicalmente separados, y la Polonia, donde los slagchics (*szlacheic,*) conquistadores extranjeros, se unieron á los zemianin ó propietarios indígenas. En la revolucion polaca de 1830 hemos visto á los siervos del terruño asustarse cuando cundia la noticia de que iban á ser puestos en libertad, como si hubiera equivalido á privarles de sus medios de existencia arrancarles del poder de aquellos que estaban obligados á mantenerlos. Así, uno de los primeros actos de los insurgentes, á quienes el éxito desgraciado no quita el nombre de héroes, fué la prohibicion de proponer la emancipacion de los esclavos. Sofocada la insurreccion, el emperador de Rusia, proscribiendo á los grandes señores y confiscando inmensos dominios, mejoró la condicion de los siervos, y preparó la verdadera libertad. De este modo la Providencia hace que el mal redunde en provecho de la humanidad, y esto debe ser buena enseñanza para los que se asombran de que en la Edad Media se conservara por tan largo tiempo la servidumbre, cuando el cristianismo habia promulgado la igualdad natural de los hombres (39).

Tambien los turcos permanecieron en Europa como un ejército acampado, sin fundirse nunca, en el transcurso de tantos siglos, con los vencidos. En general se ingirieron en medio de los indígenas sin destruir ni reemplazar la raza nativa. Contuvieron sus progresos, sin que ellos hicieran ninguno, sometiéndola á un gobierno execrable y á un sistema de dominacion individual sobre los rajás, que ha durado hasta la época presente. Las naciones súbditas (y lo mismo acontecia con los romanos en la Edad Media) al mismo tiempo que vienen á ser tan inferiores en el órden político y social á la nacion dominante, son superiores á los vencedores en facultades y doctrina. Apenas podemos figurarnos que aquellos invasores feroces concedieran algunos derechos á los vencidos, y, en efecto, no los concedieron, sino que aceptaron alguna cosa de lo pasado. De esta suerte, los rajás rigen los negocios de sus concejos por medio de magistrados municipales electivos, proveen á la reparticion y á la recaudacion de los impuestos, hallándose escluidos del servicio militar y de los empleos civiles. Desde entonces no son esterminados por las guerras, en que no toman parte alguna, y su número se aumenta á la par que disminuye el de los opresores; pero no se armarian en obsequio de los intereses de estos en caso de invasion extranjera, y los turcos no tendrian para defenderse más que sus propios brazos, como sucedió á los godos y á los longobardos de Italia contra los griegos y los francos.

De consiguiente, el que quisiera proporcionar alguna mejora á este país, debiera dar realce á la condicion de los rajás; en esto pensaba precisamente Mahmud, que permitió en 1833 que formaran parte del ejército hasta los cristianos; pero como no podian obtener grados, se alistó corto número de ellos. Al revés, su gran enemigo Mehemet Alí creaba en Egipto un ejército árabe, en el que podian llegar los cristianos hasta el grado de capitanes; y con esto habria podido asociar á su fuerza la inmensa de los indígenas, si de otras maneras no los hubiese perjudicado.

Sin multiplicar los ejemplos, nos parece que estas indicaciones bastarán ó ayudarán á lo menos para esplicar la condicion de los paises invadidos en la Edad Media, y los progresos que hicieron los gobiernos regulares (40). Continuaremos, pues, esponiendo su constitucion respectiva.

Juicios.—Ya hemos indicado como administraban justicia los bárbaros antes de la invasion. Aunque no queramos ver en ellos, á semejanza de Sismondi, una especie de bandidos sin vínculos sociales, la carencia de documentos positivos ó el habernos sido trasmitidos estos al través de la negligencia y de las preocupaciones de los romanos, no nos consiente poner en claro sus instituciones y sus usos. Gentes que ignoraban el arte de escribir, que no tenian propiedades estables, que no hacian uso de testamentos ¿podian tener muchas leyes? La equidad natural y ciertas costumbres bastaban para resolver la mayor parte de las dificultades poco complicadas que podian nacer de relaciones estremadamente sencillas. Todavia vemos que la parte más notable y más importante

(39) En 1817, cuando el rey de Wurtemberg abolió la esclavitud personal, se suscitaron graves quejas, no solo entre la nobleza, interesada en conservar el antiguo órden de cosas, sino tambien entre los escritores y jurisconsultos. Es satisfactorio observar la marcha que siguió el Austria, si bien con su acostumbrada lentitud, para emancipar á los siervos de Hungria, hasta que la revolucion de 1848 le dió el medio de abolir todas las servidumbres personales.

(40) Cárlos Troya en la conclusion de su discurso sobre la *Condicion de los romanos vencidos por los longobardos*, reprueba estas comparaciones establecidas por nosotros, porque las diferencias son siempre mayores que las semejanzas. Sin embargo, no hemos tenido ánimo para suprimirlas, por parecernos que verdaderamente ilustran la época de las conquistas de los bárbaros.

de la legislacion inglesa consiste en antiguos usos, en casos análogos y en decisiones anteriores (*precedents*) que en definitiva no son más que restos mejorados de aquellas costumbres.

Garantía recíproca.—Sin embargo no se hallaban desprovistos los bárbaros de toda forma de tribunal, y Tácito nos demuestra que los asuntos civiles de poca importancia eran llevados ante los magistrados locales, que tal vez no eran otra cosa que árbitros elegidos libremente, y que las causas importantes, como tambien los asuntos criminales, eran sometidos á la asamblea de la tribu (*gauding*) (41). Este era entre todos los pueblos germánicos el tribunal supremo. Hállase la razon de esto en una institucion probablemente comun á todos los germanos, en la fianza ó *wadia* que prestaba cada judicatura á la nacion entera, las centurias á la judicatura, las decanias á la centuria, por último á la decania los jefes de las faras que la componian, de modo que todos eran solidariamente responsables unos de otros.

Esta organizacion que más tarde fué causa de los progresos de la industria y de la libertad individual y política en Inglaterra, se presentaba más á las claras entre los anglo-sajones. Unían se los hombres en pequeñas comunidades de diez familias (*teodunge*), ó de ciento (*hundrede*), en las cuales todos los hombres libres (*freoman*), debian ser alistados bajo un decurion (*tien heofod*) ó un centurion. Estos jefes eran magistrados judiciales, y los socios tenian obligacion de pagar solidariamente por aquel que hubierra podido incurrir en una pena, así como recibian en comun lo que era debido en compensacion á uno de ellos. Todos y y cada uno estaban interesados en estorbar el delito, en entregar al culpable y en perseguir al ofensor (42), y los juicios venian á ser de esta suerte una especie de negocio de Estado que se trátaba en comun, teniendo todos los mismos intereses: todos concurrian igualmente, si lo requeria el caso, á asegurar la ejecucion de las sentencias armados contra los parciales del ofensor.

Se inclina uno á crer que otros pueblos germánicos estuvieron organizados con arreglo á este sistema de seguridad mútua, aun después de su emigracion, cuando se ve á Clotario II ordenar que se formen compañías de cien hombres para perseguir á los ladrones nocturnos, y que todos acudieran sucesivamente á rechazarlos; que haya responsabilidad respecto de la compensacion debida al ofendido, y más cuando se hallan los centenarios, no solo entre los francos, sino tambien entre los alemanes, y especialmente entre los longobardos, que tenian asimismo decanos ó jefes de diez hombres. No era admitido el extranjero en esta seguridad mútua, y respondia por él su huésped mientras permanecia en su territorio. Hasta le acompañaba á su partida, dirigiéndole hácia la nueva residencia, no por urbanidad como se cree generalmente, sino para estar cierto de que no cometia ningun delito.

No eran, pues, solo las asamblas reuniones legislativas, sino tambien judiciales. Todo hombre libre que tuviera derecho de empuñar las armas asistia á ellas, y eran dirigidas por los jefes que mandaban el ejército. Aunque este fuera uno de los más preciosos privilegios, hubo necesidad de modificar este sistema, cuando la conquista hubo estendido las jurisdicciones y complicado las relaciones con los vencidos, pero la dificultad de reunir con frecuencia á todos los nacionales, obligó á atenerse á la convocatoria en cada distrito de cierto número de arimanes para la investigacion y el fallo.

De aquí resultaron tres clases de tribunales, la corte del rey (*curia regis Hofgericht*) presidida por éste ó por el conde del palacio, y compuesta de todos los leudos, vasallos ó inmediatos á la persona del príncipe: la corte señorial, celebrada tambien por el rey, aunque asistido por corto número de vasallos, y la del conde, á la cual congregaba á unos pocos libres de su distrito. En su orígen el conde debia ser elegido por el pueblo, pero cuando hubo consolidado la conquista entre los bárbaros el poder real, fueron instituidos por el príncipe, quien les delegó la autoridad civil. Habia además el centenario (*tunginus*) que juzgaba en su canton y el decano en su marca: por otra parte, estos tribunales no estaban subordinados unos á otros, ni eran distintos en cuanto á la competencia, diferenciándose solo por una jurisdiccion más ó menos vasta. Esta institucion comun, salvo algunas variedades á los anglios y á los longobardos, tiene por carácter asociar la jurisdiccion civil al mando militar.

Procedimientos—Los doce escabinos, que frecuentemente intervenian en los procesos, eran de la nacion de las partes (43) y se los llamaba bajo juramento á fallar sobre el hecho, no sobre el derecho. Cuando el ofendido citaba á alguno delante del *mallo* de los hombres libres, los jueces fueran el conde ó los duunviros, no tenian que hacer más que determinar el punto legal, es decir, lo que la ley ordenaba respecto del hecho alegado, y establecer la pena ó la compensacion legal.

Naturalmente debia ser público todo procedimiento teniendo el derecho y aun la obligacion de concurrir al juicio toda persona libre, debien-

(41) *Principes qui jura per pagos vicosque reddunt... Licet apud concilium accusare quoque, et discrimina capitis intendere.* Cap. 12.

(42) Este sistema se halla esplicado en el capítulo 20 de las leyes de Eduardo: *Haec securitas hoc modo fiebat; scilicet quod de omnibus villis totius regni sub decennali fidejussione debeant esse universi: ita quod si unus ex decem forisfecerit, novem ad rectum eum haberent: si aufugeret... capitalis de friborgo... si duodecimo existente, purgaret se, et friborgum sum, si facere posset, de forisfacto et fuga supradicti malefactoris. Quod si facere non possit, ipse cum friborgo suo damnum restauret.*

(43) En un litigio de Ausona (*Vic d' Osona*) del año 918, asisten 16 jueces para los romanos, 4 para los godos, 8 para los salios. *Gallia christ.*; t. XIII, Instr. col. 2.

do por consiguiente conocer la demanda, la defensa y las pruebas. Nunca se habia pensado, pues, en ocultar el procedimiento, los acusadores, los testigos, el debate, hallándose la sociedad interesada como negocio propio en saber que uno de sus miembros estaba garantido de la mejor manera, ó que con razon se le habia impuesto la multa, que estaba obligado á pagar por él. En otro lugar veremos como se introdujo el procedimiento secreto, que prevaleció más ó menos en todos los sistemas europeos, escepto en Inglaterra (44).

Pero si los hombres libres no podian ser juzgados más que por la asamblea de sus iguales, los vasallos, los anstrustiones, los siervos, los colonos, continuaban sometidos á las jurisdicciones propias y territoriales del señor ó del amo; jurisdicciones que vinieron á ser parte del fondo dominante, cuando el feudalismo fué general y hereditario.

Pruebas.—Habia, pues, que convencer no á un juez ó á un tribunal, sino á todo el pueblo; y la realidad del hecho, la culpabilidad del acusado debian ser discutidas de otra manera que entre nosotros. ¿Era posible probar por papeles y por testimonios entre pueblos que escribian poco, y eran agenos á la habilidad necesaria para apreciar el valor de las pruebas? Por estas razones no se formaba proceso, sino en caso de fragante delito, ó de violacion de un deber contraido con las formalidades legales. No se halla mencionado el tormento más que como un resto de la ley romana contra los esclavos (45). Eran las pruebas más ordinarias y características los conjuratores (46), la ordalia (47) y el duelo.

Conjuradores.—Hállase fundado el sistema de los conjuradores en el espíritu de tribu y de seguridad mútua de que hemos hablado, el cual hacia que los germanos se agruparan entorno de su deudo ó de su consocio en aquella lucha judicial, segun lo hacian en un combate en que se trataba de ejercer una venganza. Comparecia el reo rodeado de cierto número de amigos ó de deudos que juraban era inocente del hecho que se le imputaba, ó que declaraban prestar entera fé al juramento que habia hecho.

Por mucho que repugne dar crédito á personas que juran en una causa en que tienen interés, y más todavia admitir sobre un hecho testimonios negativos que no consiente su naturaleza, no es menos cierto que tal fué el uso de todas las naciones de raza germánica. No se trataba de aclarar el asunto de hacer indagaciones ni interrogatorios; se prestaba el juramento y esto bastaba; y resultaba inocente el reo si una union de hombres libres estaba dispuesta á sostenerle con su palabra y con su acero. Comunmente ascendian los que juraban á doce, contándose el acusado, aunque no siempre se dejara la eleccion á este último. En ciertos casos llevaba consigo cinco y el acusador seis, lo cual formaba la docena exigida. Rotaris decidió que en las causas que escedieran del valor de veinte sueldos, jurara el demandante con doce sacramentales; seis nombrados por él, uno por el demandado y cinco por ambas partes reunidas (48). Pero algunas veces ascendia su número á veinte, á cincuenta, á setenta y dos, y hasta á ciento, segun la categoria del reo ó la gravedad de la acusacion. Trescientos testigos y tres obispos atestiguaron por juramento á Gontran de Borgoña la legitimidad de un hijo de Fredegunda. Entre los longobardos el primer sacramental ponia la mano sobre una cosa sagrada, el segundo ponia la suya sobre la del primero, y así sucesivamente los demás hasta el acusado que, apoyando su mano el último, pronunciaba el juramento. En todos los casos no podia ser condenado ni absuelto definitivamente si los conjuradores no estaban unánimes, como se practica en el jurado inglés todavía. Pero si reflexionamos que una de las convenciones de las gildas (49), era que nunca un socio depusiera contra otro, reconoceremos aquí un nuevo obstáculo para la justicia, á la cual se suministraban generalmente más medios de escusa que de conviccion. Parece como si hubiera querido ofrecer con esto un incentivo á aquellos hombres feroces para atraerles ante los tribunales, y apartarles del designio de recurrir á la venganza privada.

La Iglesia sancionó con el mismo fin la prueba del juramento que se prestaba entre preces y bendiciones rituales sobre las reliquias, sobre armas benditas, sobre el Evangelio, en que está escrito,

---

(44) Filangieri por censurar las legislaciones de su época elogió demasiado los procedimientos entre los bárbaros. «No hay código de los bárbaros que no determine la acusacion judiciaria mejor que las naciones civilizadas modernas. Ninguno niega al ciudadano el derecho de acusar; y no pensó en combinar la libertad de acusar con la dificultad de calumniar. En los capitulares de Carlomagno se establece que el juez no pueda juzgar á uno si falta un acusador legítimo *(Cap. C. M. et Lod.* l. 5, cap. 248. *Edict. Theod.*, cap. 20). El edicto de Teodorico impone la pena del talion al calumniador *(Edit.* cap. 13; *Cap. C. M.* l. 6, cap. 329; l. 7, cap. 180). Teodorico prohibe la acusacion secreta (cap. 50). En los capitulares de Carlomagno, que no juzgue el juez en ausencia de una parte (l. 7, cap. 45, 167). Excluian los lombardos al que hubiese dado prueba de mala fe *(Cod. Long.* 11, 51 *de testib.*, § 8), ó al que por su condicion y sus delitos hubiese perdido la confianza de la ley *(Cap. C. M.* l. 1, capítulo 45; l. 4, cap. 144; l. 6, cap. 129). Los testigos declaraban en presencia del acusado; presente él, los interrogaba el juez: y podia interrumpirlos en sus contestaciones.—Estas buenas constituciones pueden hacer que se avergüence la Europa moderna, que envuelve los procesos en el misterio.» *Ciencia de la legis.*, lib. III, cap. 2 y 3.

(45) *Leg. Burgund.*, tít. 7.

(46) *Conjuratores, collaudantes, purgatores, sacramentales, consacramentales;* entre los longobardos, *aidos* de *eid*, juramento.

(47) *Urtheil juicio* en aleman: *oerdeel* en holandés.

(48) Rhotaris lib. 364.

(49) Véase la nota (46) al cap. VIII.

«no jurarás,» y á veces sobre la hostia consagrada que se partia entre el acusador y el acusado. Segun las leyes inglesas, la palabra del obispo y del rey bastaba tambien, con tal que se presentase en el altar en traje solemne y dijese que no mentia; y el clérigo debia llevar consigo cuatro compurgadores (50).

Faidas.—Estos bosquejos de un sistema judicial, por informes que sean, constituyen otros tantos esfuerzos hechos por la sociedad para cambiar la venganza privada en pública. Celoso el bárbaro de su independencia personal, no sabe que es necesario sacrificar una parte de ella en obsequio de la tranquilidad de todos, y remitir á un sér ideal el derecho de vengarle. Ofendido, ofende á su vez: se arman para sostenerle amigos, vasallos, á veces el *burg* ó la fara en totalidad, solidariamente responsable de la falta de sus socios y soportando su parte de multas: estalla la guerra particular (*faida*), y este es para el bárbaro su más precioso derecho. El clero y los reyes, que durante toda la Edad Media se esforzaron por reprimir este abuso, creyeron haber obtenido mucho cuando le sometieron á ciertas formalidades, é indujeron al ofendido á aceptar una dilacion exigiéndole que declarara la hostilidad algunos meses antes, al mismo tiempo que abrieron asilos en las iglesias y en los lugares consagrados. Durante este tiempo de espectativa se trataba de la paz ó de la reparacion. Salia uno fiador por el ofendido, el señor por su cliente, el rey por su baron: poco á poco la pasion se apaciguaba, hallábanse conjurados los escesos, y se hacia posible una avenencia entre los ofendidos: ó bien, en vez de apelar á las armas, se dirigian á los tribunales, que aplicaban las penas y las composiciones.

Pero el objeto y el motivo único de la pena es siempre la venganza del ofendido. No se cuida la sociedad de los atentados cometidos de individuo á individuo; y si el ofendido perdona al ofensor, éste se halla seguro de quedar impune (51). Si á veces se añade una multa legal, es á título de indemnizacion de los gastos que habia hecho el fiador para custodiar á aquel por quien habia prestado fianza.

Composicion.—No pudiendo impugnar el legislador el derecho que tenia el ofendido de obtener venganza, otorga al ofensor la facultad de avenirse con él mediante una composicion ó una multa (52). Dependia del ofendido aceptar ó no aceptar en un principio. Cuando posteriormenre adquirió el gobierno bastante fuerza para sustituir la ley á la venganza personal, la impuso como obligatoria y la tasó segun otra injusticia, á saber, la diferencia de valor que existia entre un hombre y otro hombre.

Algunos admiran en esta pena de la compensacion un carácter de libertad que no existe en ninguna de las del dia. Hieren las nuestras al culpable, reconozca ó no que lo merece. Al revés, suponiendo la composicion que reconoce su culpa, le permite escoger entre la venganza del ofendido y una reparacion; al mismo tiempo, aceptando la composicion el ofendido, se obliga al perdon, al olvido, y recibe una satisfaccion que no da en manera alguna la penalidad moderna (53).

Sin embargo, en la aplicacion de las penas no se tenia en consideracion el efecto ni los motivos: tratábase únicamente de indemnizar al ofendido en proporcion de su categoria y del perjuicio que se le habia ocasionado, y para esto se descendia á detalles minuciosos que veremos en otra parte. El que es sorprendido de noche en casa agena, puede ser muerto, si no quiere dejarse prender: si se somete, debe pagar ochenta sueldos, cualquiera que sea el motivo que allí le haya llevado (54). Si se trata de un daño causado por los animales, tambien es necesario pagar y hasta por las cosas inanimadas (55). En las leyes inglesas anteriores á Alfredo,

---

(50) *Leg. With.*

(51) Lord Holland presentó en 1819, á nombre de la ciudad de Londres, un mensaje á la cámara Alta para la reforma de las leyes penales, y una de sus principales quejas era la falta de un magistrado que persiguiese de oficio al delincuente, mientras que todos tenian el derecho de acusar á cualquier culpado ante el juez competente; derecho emanado de la asociacion y garantia recíproca.

(52) La multa *(fried)* es la compensacion pública: la composicion *(weregild)* es la compensacion privada. Mencionada se halla la composicion por Homero en la Iliada. Σ. 497. «Se acepta el precio del asesinato de un hijo ó de un hermano, y una vez que el asesino ha pagado la pena de su culpa, queda residiendo en la misma ciudad con el ofendido aplacado.» Admitíanla en ciertos casos las leyes de Atenas. Tambien es antiquísima entre los escoceses, quienes distinguian el *croo* ó composicion, del *galnes* ó multa. Por el croo de un conde se exigian 140 vacas, y 66 por el de un tane. Tambien entre los árabes era anterior al Coran que la sancionó. Montesquieu parece que se inclina á creer que la idea de la penalidad no entraba en las composiciones, sino solamente la de *proteger al culpable contra la venganza del ofendido.* (*Espíritu de las leyes,* XXX, 19.) Por el contrario, nosotros somos de opinion de que tenian por objeto dar una compensacion al ofendido, á fin de impedir las enemistades, y apartar á su vez á los demás del designio de ofender por el temor de la multa.

En el mes de agosto de 1840, el Gran Señor con la intencion de mejorar algun tanto la bárbara constitucion otomana, promulgó un suplemento al código penal, en el cual se lee lo siguiente: Si un hombre mata á otro y los parientes ó herederos de la víctima no solicitan la muerte del homicida, sino que se contentan con recibir el precio de la sangre, las autoridades le condenarán solamente á ocho años de galeras. Si los parientes ó herederos no exigen la muerte del delincuente ni el precio de la sangre, las autoridades condenarán al asesino á la pena que parezca más conveniente. Si se ignora la residencia de los parientes ó herederos del difunto, permanecerá en la cárcel el asesino hasta que se presenten los susodichos parientes ó herederos.»

(53) ROGGE.—*Ensayo sobre el sistema judicial de los germanos.* Halle, 1820.

(54) Rotaris, l. 22.

(55) Rotaris, l. 138, 144, 330, 333. Acontecia lo mismo entre los daneses.

el que robaba objetos destinados al servicio de Dios ó de la Iglesia, debia restituir doce veces su valor, once el que robaba al obispo, nueve si el robado era sacerdote, seis si diácono, y tres si solo clérigo (56). El que hacia armas en la casa del rey, perdia sus bienes y la vida; el que cometia el mismo acto en la casa de Dios, pagaba por ello veinte sueldos (57). El matador de un monge ó de un clérigo podia evitar la penitencia canónica constituyéndose siervo de la Iglesia (58); el matador de un presbítero ó de un obispo quedaba bajo el dominio del rey.

Duelo judicial.—El mismo intento de sustituir reglas legales á las guerras privadas introdujo el duelo, sometiéndose la venganza personal á ciertas reglas y formalidades. Si se obstina el ofendido en querer la guerra, debe á lo menos hacerla dentro de ciertos límites, no perturbando la tranquilidad general, sino de hombre á hombre, y en presencia de testigos. De aquí los combates judiciales en uso durante toda la Edad Media para decidir las diferencias públicas y particulares. Hubo necesidad de que los códigos se ocuparan largamente de esta trasformacion de la hostilidad privada, para determinar las personas que podian proponer el duelo, cuales otras aceptarlo, en qué casos y con qué reglas. Hallábanse exentos del duelo las mujeres, los niños, los sacerdotes, lo cual hizo que se introdujera el uso de los campeones, encargados de pelear en su nombre; gente pagada, considerada como vil por la opinion y por la ley, que les imponia penas en caso de derrota.

Hombres para quienes era la primera virtud la valentia, debian persuadirse fácilmente de que habia perversidad en aquel que carecia de ella, y que el que llevaba la peor parte debia ser el peor. ¿Y qué tiene de estraña esta opinion cuando tanto se cuestiona acerca de la guerra entre naciones? ¿producirá admiracion en un siglo, en el cual una escuela no despreciable se ha levantado á sostener que en las grandes luchas el éxito viene siempre á dar la razon á la mejor causa? Sin embargo, desde aquella época Teodorico, ó más bien Casiodoro, escribió á los bárbaros y á los romanos que habitaban en la Panonia: «¿De qué sirve la lengua al hombre, si aboga por su causa á mano armada? ¿Dónde estará la paz, si se combate bajo la civilizacion? Imitad á nuestros godos que han aprendido á ejercitar fuera su valor en las batallas, y en el interior á ser modestos (59). A Liutprando le parecia absurdo el juicio del duelo, pero no se atrevia á prohibirlo, como demasiado arraigado en los usos de su nacion (60).

Nunca adoptó la Iglesia esta prueba, los concilios la desaprobaron; pero el rey Gundebaldo respondió á Avito que la proscribia: «¿No es cierto que el éxito está en la mano de Dios tanto en las guerras de las naciones como en los combates privados? ¿Cómo no ha de conceder la Providencia la victoria á la causa más justa?»

Juicios de Dios.—Con efecto, en los siglos en que era tan profundo el sentimiento religioso, en que corrian de mano en mano tantas leyendas milagrosas, halló fácilmente partidarios la idea del juicio de Dios manifestada por el éxito: de aquí á sostener que la divinidad hacia cada vez un milagro por el triunfo de la inocencia, no habia más que un paso. Además es una idea antiquísima, y la hallamos en boga en pueblos muy diferentes, que, para aclarar la verdad, recurrian á los *juicios de Dios* (61). Además, entre los germanos el agua y el fuego no solamente eran instrumentos de Dios, sino dioses; juzgaban, discernian, rechazaban al reo ó lo quemaban; y el cadaver presentado delante de su matador vertia sangre. Todo esto daba á entender que los dioses que trastornaban las leyes naturales exigian castigos; por lo cual el suplicio era un sacrificio, y el magistrado ó el sacerdote lo aplicaban en nombre de la Divinidad.

Careciendo los bárbaros de instituciones sabias, colocados en tal grado de sociedad, que era imposible un sistema regular de acusaciones y disculpas, recurrieron por diferentes modos al *juicio de Dios*, apelando á su voluntad. Unas veces las dos partes adversarias debian permanecer con los brazos levantados durante todo el tiempo que se cantaba una misa ó un oficio, y el que los dejaba caer de cansancio perdia su causa: otras se les daba á tragar un pedazo de pan y de queso bendito, en la firme persuasion de que se atascaria en la garganta del delincuente. Acontecia que á los acusados de maleficios, y especialmente á las mujeres, se les arrojaba á un rio, y si no sobrenadaban se les consideraba como culpables. Las pruebas más habituales eran la del agua hirviendo y la del hierro candente. Se ponia una pelota en el fondo de una caldera en ebullicion, y el acusado debia sacarla con la mano desnuda; ó bien se le daba á manejar un hierro ardiendo, se le hacia andar sobre barras candentes, luego se le aplicaba un sello sobre las

(56) *Leg. Æthelb*, l. 1.
(57) *Leg. In.*, l. 6.
(58) *Capit. Theod.*, c. 51.
(59) *Variarum*, III, 24.
(60) Leg., VI, 64.

(61) Ya hemos presentado de esto un ejemplo en el tomo II, pág. 19. En medio del templo de los díoses Itálicos en Sicilia, habia dos cráteras estrechas y profundas, llenas de agua sulfurosa que borbotaba. Cuando uno era acusado de hurto ó de otro delito, daba su juramento escrito en una tablilla, la cual se arrojaba al agua: si sobrenadaba, quedaba absuelto el acusado; sino, se le precipitaba en la crátera. Otras veces leia el acusador lo contenido en la tablilla, y el acusado adornado de guirnaldas, con la túnica suelta, y agitando un ramo en la mano, lo repetia palabra por palabra, tocando el borde de la crátera: si decia la verdad, salia libre de la prueba: sino perecia sumergido en ella ó perdia la vista. DIODORO, XI, 89; ARISTÓTELES, *Mirab. ausc.*, 58.

cintas en que se envolvian sus pies ó sus brazos; y si no aparecia ninguna lesion cuando se las quitaban al cabo de tres dias, era pronunciada su absolucion.

Mil veces se prendió fuego con gran solemnidad á dos hogueras muy inmediatas una á otra, y las cruzaron los adversarios ó sus campeones; ganaba la causa el que salia ileso de las llamas. Carlomagno ordenó en su testamento que se decidiera por el juicio de la cruz toda disputa que pudiera suscitarse entre sus hijos. Cuando hubo necesidad de levantar de nuevo los muros de Verona para resistir á las incursiones de los hunos ávares, y se disputó si de aquella reconstruccion corresponderia una tercera ó una cuarta parte al clero, un campeon, que tuvo levantados los brazos mientras se leyó la Pasion segun San Mateo, hizo triunfar á los eclesiásticos (62). Cunegunda, esposa del emperador San Enrique, anduvo con los piés desnudos sobre barras de hierro candente en prueba de su castidad: aconteció lo mismo con Emma, reina de Inglaterra; la inocencia de Teutberga, mujer de Lotario de Lorena, fué demostrada por un campeon que sufrió por ella la prueba del agua hirviendo. Juan, sobrenombrado Igneo, y Liprando convencieron de simonia al arzobispo de Florencia y al de Milan, atravesando sin lesion alguna por medio de las hogueras encendidas. Pedro Bartolomé hizo otro tanto para establecer la autenticidad de la lanza de Longinos, que habia sido descubierta en Antioquía en tiempo de la primera cruzada. Más de una vez fueron sometidas las reliquias á esta prueba, y á menudo se las vió saltar por si mismas del centro de las llamas. Cuéntase que los misales ambrosianos salieron victoriosos de esta prueba, cuando Carlomagno quiso abolir el rito de este nombre, y que el rito mozárabe de España fué sostenido por el duelo. Hay más, cuestiones de derecho civil fueron debatidas con auxilio de argumentos de esta clase. Para saber si la representacion debia ó no debia ser admitida en línea recta en las sucesiones, designó un emperador á dos campeones que pelearon en palenque cerrado. El de la representacion fué el que llevó la mejor parte.

Hé aquí, pues, los juicios reducidos á no ser más que combates; punto de vista bajo el cual su denominacion entre los griegos y romanos (63) indica que fueron considerados; hélos aquí trasformados en espectáculo, siempre agradable para gentes, en que los sentidos lo son todo; hé aquí la discusion reducida á un desafio, por el cual el acusado llamaba á duelo á la parte contraria, á los testigos y aun á los mismos jueces; hé aquí á Dios escitado á manifestar la verdad por medio de milagros; hé aquí de nuevo á la victoria dando testimonio de la bondad de una causa, de la veracidad de un testimonio, de la rectitud de un juicio (64).

Seria interminable decir la variedad de tales experimentos entre tantos pueblos y en tan larga série de los siglos; tanto más, cuanto que á cada momento se nos ocurrirá hacer mencion de ellos. En los hombres y en las sociedades es imperiosa la necesidad de convencerse de que la pena es merecida. En tiempos en que se creia en la infalibidad de la lógica, se halló un texto escrito para demostrar que bastaban dos testigos para que fuera válida la prueba, sin ocuparse de las circunstancias particulares que contribuyen á que un hecho pueda tenerse por verdadero sin este doble testimonio, ó reconocerse como falso aunque este testimonio exista: en su consecuencia se pretendió someter la conviccion, no ya del pueblo, sino del juez, á cálculos determinados. Cuando se descubrieron los peligros de este modo de proceder, fué exigida la confesion del culpable en los casos más graves; como si frecuentemente no hubiera evidencia de un hecho aun contra la negacion del interesado en ocultarlo ó como sino abundaran los ejemplos de personas que se acusan injustamente á sí mismas. A fin de poner en la práctica este principio de la confesion se inventaron diferentes medios para inducir al reo á confesar su delito, que variaron segun los tiempos, desde la sujestion hasta el procedimiento inquisitorial, desde el tormento despedazador hasta las crueldades de la lentitud. La Edad Media creia más que raciocinaba; persuadida de que Dios no habia de permitir el triunfo del malo, le provocaba á que diera á conocer su sentencia. Errores propios de los tiempos, no estando decidido quizá cuáles sean menos funestos.

Si nuestra sociedad es tal que consiente los juicios á puertas cerradas, aquellos otros tiempos ostentosos eran conformes á la índole de procesos en que intervenia todo un pueblo tan incapaz de apreciar las pruebas legales como ávido de lo que heria los sentidos y estimulaba con fuertes emociones su imaginacion vigorosa. Dios habia hablado con el lenguaje de los hechos, la sociedad que-

(62) Otra prueba de que los eclesiásticos no se regian por la ley romana.

(63) Κρίνειν significaba á la vez entre los griegos juzgar y combatir: acontecia lo mismo con el verbo *decernere* entre los latinos.

(64) Alfonso X de España, que reunió en su *Fuero real* las leyes consuetudinarias anteriores, decia en la l. IX, tít. XXI, l. IV, 11. Los fieles puestos por el rey, han de meter el reptador, y el reptado en el plazo que fuere puesto por el rey, ó por quien él mandare: é hanles de mostrar los mojones todos del plazo, de que no han de salir sino cuando les mandaren, é como les mandare el rey salir, ó los fieles, ca cualquier dellos que sin mandato del rey, ó de los fieles, saliere del plazo por su voluntad, ó por fuerza del otro combatidor, será vencido. Pero si por maldad del caballo, ó por rienda quebrada, ó por otra ocasion manifiesta, segun bien vista de los fieles, contra su voluntad, é no por fuerza del otro combatidor, saliere del plazo, si luego que pudiere, de caballo, ó de pié, tornare al plazo, no sea vencido por tal salida.»

daba convencida. ¡Pero cuántos inocentes debieron sucumbir! ¡Cuántos culpables libertarse, por tener las manos ó los piés encallecidos, y más ó menos ejercitado el brazo en el manejo de la espada! La Iglesia, que intervenia en todo en la Edad Media, consagró, aunque ciertamente nunca por un decreto general ni por autoridad pontificia, ritos y fórmulas á cada una de estas pruebas judiciales, de que ya encontraba ejemplo en la Sagrada Escritura (65). No faltaba, sin embargo, quien las reprobase; y Agobardo, arzobispo de Lion, escribió hácia el año 825 contra los impios combates judiciales y contra los juicios de Dios (66), elevándose hasta la idea de la igualdad proclamada por San Pablo entre las diversas naciones, y declarando inícua la ley de Gundebaldo que escluia los testigos que no fuesen naturales del mismo pueblo. «De aquí procede, dice, el absurdo de que los delitos cometidos en mercados públicos y en reuniones de pueblo por un borgoñon no puedan probarse, y faltando los testigos, se permita á los culpados libertarse con el perjurio. Segun la ley Gundebalda, los combates judiciales son la mejor manera de aclarar la verdad; de suerte que frecuentemente y por una friolera hasta los enfermos y los viejos son llamados á *combates mortales*. ¿Cómo conocer cuál es la causa buena cuando entrambos sucumben? Si fuesen siempre vencedores en la tierra los no culpados, habrian sucumbido acaso Jerusalen ante los sarracenos, Roma ante los godos y la Italia ante los longobardos.

Estas y otras voces que se levantaron fueron ineficaces, y Oton el Grande, viendo la facilidad con que se cometian los perjurios, consultó al concilio romano el año 962, si seria mejor usar con más frecuencia del duelo judicial. Nada decidió el pontífice; por lo cual aquel emperador propuso en 967 á la dieta longobarda, reunida en Verona, que fuesen casos de duelo judicial el declarar falsa una escritura, el litigio acerca de la investidura de una propiedad, la afirmacion de haber suscrito por la fuerza una obligacion relativa á una tierra, ó sufrido un hurto de más de seis sueldos, como tambien el negar un depósito, ó que no hubiese entrado al servicio de otro. Segun este estatuto los libres debian combatir en persona, y solo las iglesias y las viudas tenian un abogado (67).

Cuando se introdujeron los feudos, no hallándose ligados los hombres por la seguridad mútua, debió ir declinando el sistema de los compurgadores y multiplicándose los desafios judiciales como más convenientes para personas que no conocian más que las armas. Posteriormente sobrevivió la costumbre á la causa que los habia producido. Con efecto, hallamos vestigios de ellos hasta el siglo XVI, prescindiendo de Inglaterra, donde la proposicion de abolir el combate jurídico en el proceso de homicidio, no fué sometida al parlamento hasta el año 1820 (68).

Siendo el sistema penal de las naciones el argumento supremo de la condicion social, nunca creemos insistir demasiado en este punto.

---

(65) Por ejemplo el agua que daba el sacerdote á la mujer acusada de adulterio, era para ella mortal en el caso de que su culpabilidad resultara cierta. Todavia se halla en uso este rito entre los judios.

(66) *Liber adversus legem Gundobaldi, et impia certamina qui per eam geruntur.—Liber contra opinionem putantium divini judicii veritatem igne vel aquis vel conflictu armorum patefieri.*

(67) *Leg. Oth.* 1. 2, 5, 6, 7, 9, 11, 12.

(68) La ley inglesa admite siete modos de probar un hecho: las memorias ante una autoridad judicial; la indagacion sobre el lugar mismo; los certificados, los testimonios ante el juez; el duelo *(by wager of battle);* el juramento y los conpurgadores *(by wager of law);* y el jurado. BLACKSTONE, *Commen on the laws of england,* III, 22.

CAPÍTULO XIV

CÓDIGOS BÁRBAROS.

Ahora nos toca examinar los mismos códigos de que hemos estractado algunas prácticas más ó menos generales.

Aquellos que no quieran figurarse á los bárbaros como una cuadrilla de bandoleros (opinion de algunos historiadores), deben creer que en sus comarcas natales tenian ya instituciones y costumbres con arreglo á las cuales podian regirse y juzgarse. Mas, segun parece, solo después de su establecimiento en las provincias les indujo á redactar sus leyes por escrito la complicacion de las relaciones sociales, ó más bien el ejemplo romano. Halláronse modificadas por la imitacion en los paises en que llevaba la ventaja la raza romana, y conservaron su originalidad en aquellos en que los conquistadores adquirieron una preponderancia absoluta.

Cuando se desmembró el imperio de Occidente preponderaba el código Teodosiano, no como ley única, sino como aquella que servia de norma para administrar las provincias de Europa. No llevando consigo los bárbaros ningun sistema completo de legislacion ni de gobierno, no pensaron en abolirlo; y algunos, por el contrario, hasta lo tomaron por fundamentos de los nuevos que compilaron para sus conquistas. De estos códigos bárbaros nos quedan doce, cada uno de los cuales tiene un carácter y corresponde á una necesidad. Unos son cartas y opiniones; otros son códigos divididos en libros, capítulos y artículos; otros, cuerpos de derecho, es decir, colecciones de constituciones régias dadas durante un reinado, y todos están escritos en un latin menos bárbaro que el de los actos contemporáneos.

Edicto **de Teodorico, 500.**—El primero es el *Edicto* de Teodorico, que se halla fundado sobre el derecho romano, y somete á los mismos godos con intencion de divulgar entre su nacion la civilizacion latina, cuyo valor reconocia, aunque sin querer que dividieran con otros el privilegio de empuñar las armas. No se debe creer por esto que las leyes consuetudinarias de los godos fueron abolidas, porque si las nuevas disposiciones obligaban á todos, el derecho de cada uno quedaba vigente; rigiéndose los godos por la ley gótica, los romanos por la ley romana, salvo los casos espresamente indicados (1). Pruébalo la circunstancia de ocuparse este código casi únicamente del derecho criminal, descuidando en un todo las materias civiles. Semejante omision no puede imputarse racionalmente á descuido en un gobierno organizado como el de Teodorico, y solo se esplica por el propósito deliberado de dar reglas para lo que directamente concernia al Estado, sin lastimar el derecho privado de los dos pueblos (2).

Compónese el Edicto de ciento cincuenta y cuatro párrafos sacados principalmente de las *Sentencias* de Paulo, manual práctico de aquella época. Pero en vez de hablar el compilador en nombre de los antiguos jurisconsultos ó legisladores,

---

(1) *Salva juris publici reverentia, et legibus omnibus, cunctorum devotione servandis, quæ Barbari quoque sequi debeant super expressis articulis, edictis præsentibus evidenter cognoscant.* Así dice el Edicto: y después Atalarico en las *Varias* de Casiodoro, IX, '18, dice: *Sed ne pauca tangentes, reliqua credamur noluisse servari, omnia edicta tam nostra quam domini avi nostri, et usualia jura publica sub omni censemus districcionis robore custodiri.*

(2) Por ejemplo, sobre la sucesion sin testamento, solo se encuentra esta ley: *Si quis intestatus mortuus fuerit, is ad ejus successionem veniat, qui inter agnatos atque cognatos gradu vel titulo proximus invenitur, salvo jure filiorum ac nepotum.* ¿Cómo aplicar un reglamento tan vago cuando no existen instituciones anteriores concernientes á las sucesiones?

lo hace en su nombre, trasformando ó desfigurando los pasajes y cambiando su verdadero significado por medio de una distribucion arbitraria. Es cosa notable que la peor coleccion de las leyes romanas bajo la dominacion de los bárbaros fuese hecha en Italia; y sin embargo, en ella se advierte que los godos lo mismo que los hérulos ignoraban el uso del guidrigildo, de tal manera que castigaban el homicidio con penas corporales, como hacia la ley Cornelia; lo cual debia hacer menos dura la suerte de los vencidos, por ser menos desproporcionada.

Breviario **de Alarico, 506.**—Promulgó Alarico II, rey de los visigodos, para sus súbditos romanos, un código que se llamó en un principio *Lex romana* y después *Breviarium*. El ejemplar que ha llegado hasta nuestros dias, está dirigido por el referendario Aniano á Timoteo, uno de los condes del reino, con el decreto del rey al conde palatino Goyarico, en el que se espone la historia de la obra, como acontece en los prefacios de Teodosio y de Justiniano.

«Con ayuda de Dios, y en interés de nuestro pueblo, hemos corregido, después de un maduro exámen, aquello que nos ha parecido inícuo en las leyes, de tal manera que, con el concurso de sacerdotes y nobles personajes, se disipó toda oscuridad en las leyes romanas y en el antiguo derecho, con el fin de que nada quedase en duda, ni ocasionase largas disputas entre las partes contrarias. Habiendo sido estas leyes esplicadas y reunidas en un solo libro, á eleccion de hombres sábios, al mismo tiempo que con el asentimiento de los venerables obispos y de nuestros provinciales elegidos al efecto, ha sido sancionada esta coleccion, á la que va unida una interpretacion clara. Ha acordado así mismo nuestra clemencia que te fuese entregado este libro á ti, conde Goyarico, con el fin de que en adelante sean terminados los procesos segun sus disposiciones, sin que pueda citar nadie ninguna ley ó regla de derecho, distintas de las contenidas en este libro, bajo pena de la vida y de la fortuna.»

Comprende la coleccion diez y seis libros del código Teodosiano (516), las Novelas de los emperadores Teodosio, Valentiniano, Marciano, Mayoriano y Severo, á las que se ha dado el nombre de *leyes;* al paso que la palabra *jus* indica los trabajos de los jurisconsultos que son otra de las fuentes de este código; es decir, las *Institutas* de Gayo, cinco libros de las *Receptæ sententiæ* de Paulo, además de dos títulos del código de Hermógenes y trece del de Gregorio. No se hace mencion en ella de Ulpiano, no encontrándose tampoco sino un pasaje muy corto de Papiniano. Este código nada añade á los textos, y tiene muchas omisiones; pero aunque los pasajes de la legislacion originaria están insertos en él íntegramente, los intérpretes debieron de tener en cuenta los cambios introducidos por la mudanza de constitucion, aclarando, modificando y á veces hasta cambiando el texto, y dejándonos de esta suerte testimonios del estado de aquella sociedad.

Papiani responsum.—Obtuvieron tambien un código propio los romanos borgoñones (3), más breve y menos completo que el precedente, pero mejor que el de Teodorico, por la razon de no encontrarse en él desfigurados los textos. No corresponden los títulos á ninguno de los antiguos orígenes, aunque corresponden exactamente á los de la ley de los borgoñones, lo que hace creer que era destinado á los súbditos romanos de estos; y vése tambien en ellos que las composiciones por delitos, de que no se ocupa la ley romana, se encuentran determinados en proporcion de la ley de los borgoñones (4). Debió caer en desuso desde el momento en que los borgoñones fueron dominados por los francos.

Bajo el imperio de estos últimos, los romanos de la Galia meridional, serian probablemente regidos por el Breviario de Alarico; y aunque no aparezca, respecto de la Septentrional, ninguna huella de una coleccion ó reforma de la antigua ley, hay más de un motivo para creer que subsistia la antigua legislacion en esta parte, del mismo modo que el régimen municipal. Repiten las leyes Ripuaria y Sálica que los romanos debian ser juzgados segun sus propios estatutos. Nos queda además una coleccion de fórmulas, respecto de los principales actos civiles, como testamentos, donaciones, ventas y manumisiones (5) calcadas en su mayor parte sobre las del derecho romano; y con arreglo á éstas encontramos formados los documentos, como nos ofrecen las crónicas frecuentes menciones de las dignidades municipales; todo lo cual nos inclina á pensar que la legislacion romana subsistió entre los vencidos.

Esta, no pudiendo conciliarse con el órden introducido después de la invasion, se modificó segun él, modificándole tambien á su vez. Las mismas leyes bárbaras, tales como están escritas, no representan la civilizacion de los germanos, en el grado en que se encontraba cuando se arrojaron

---

(3) En 1586 fué publicado por Cuyacio, bajo el título de *Papiani responsum*. No se está de acuerdo sobre el motivo de este estraño nombre. La opinion más probable es la de Savigny. Supone que Cuyacio encontró el código Romano-Borgoñon á continuacion del código Romano-Visogodo de Alarico; y como aquél acaba con un pasaje del *Liber responsorum* de Papiniano ó Papiano, como se lee en muchos manuscritos, daria por inadvertencia á toda la obra que seguia, el título que no pertenecia sino á aquel fragmento.

(4) Tit. II. *Et quia de pretio occisorum nil evidenter lex romana constituit, dominus noster, statuit observandum, ut homicida secundum servi qualitatem infrascripta domino ejus pretia cogatur ex solvere; hoc est pro actore* C *solidi, pro ministeriale* LX *solidi*, etc., y son los precios establecidos precisamente por la ley de los borgoñones.

(5) La principal coleccion se debe al monje Marculf, que parece ser de fines del siglo VII.

sobre el imperio, pues las instituciones que eran propias de su estado antes de emigrar, se mezclaron con muchas otras enteramente nuevas, cuando se convirtieron en propietarios, agricultores y dominantes. Si los compiladores de los códigos Teodosiano y Justiniano no supieron dar unidad á tan diversos elementos, ¿cómo esperar que la hubiera en tiempos y lugares de mayor ignorancia é inesperiencia? No debemos, pues, admirarnos de encontrar en aquellos códigos hechos contradictorios y sentimientos pertenecientes á diferentes tiempos y á diversas civilizaciones.

Ley Sálica.—Esta mezcla ha inducido á que algunos escritores consideren la ley Sálica como la más antigua de todas las leyes bárbaras, anterior á la conquista, y á otros á que nieguen esta anterioridad. Tenemos dos textos, uno de ellos en latin y el otro mezclado de espresiones germánicas con glosas y esplicaciones en la antigua lengua franca (6). ¿Cuál de los dos es el más antiguo? El segundo, siguiendo la opinion de algunos que se apoyan en que el manuscrito lleva por título *Lex Sálica antiqua, antiquissima, vetustior;* al paso que la otra se titula *Lex Sálica recentior, emendata, reformata* (7). Otros creen que ha sido redactada en latin no antes del siglo séptimo y en la orilla izquierda del Rhin, entre el bosque de las Ardenas, el Mosa, el Lys y el Escalda, pais habitado mucho tiempo por los francos-salios. Aun siendo así se apoyaria esta redaccion ciertamente en costumbres anteriores á la emigracion; y á esto es á lo que hacen alusion los proemios de que creemos deber referir algunos pasajes.

«La nacion de los francos, ilustre, teniendo á Dios por fundador, valiente en las armas, firme en los tratados de paz, profunda en el consejo, noble y sana de cuerpo, de una blancura y belleza singulares, vigorosa, ágil y ruda en el combate: poco há convertida á la fé católica, limpia de herejia; cuando aun permanecia en una creencia bárbara, buscando con la inspiracion de Dios la llave de la ciencia, deseando, segun la naturaleza de sus cualidades, la justicia, guardando la piedad, fué dictada la ley Sálica por los jefes de esta nacion, que en este momento mandaban en ella.

»Eligióse entre muchos á cuatro, á saber: Visogasto, Rodogasto, Salogasto y Vindogasto, en los lugares llamados Saloguevo, Bodoguevo y Vindoguevo (8). Reuniéronse estos hombres en tres mallos, discutieron con cuidado todas las causas del proceso, trataron de cada una en particular, y decretaron su fallo de la manera que sigue: después cuando con la ayuda de Dios, Clodoveo, el cabelludo, el hermoso, el ilustre rey de los francos, hubo recibido el primero el bautismo católico, todo lo que de este pacto se habia juzgado poco conveniente, fué enmendado con claridad por los ilustres reyes Clodoveo, Childeberto y Clotario, y de esta manera se redactó el decreto siguiente:

»¡Viva el Cristo que ama á los francos! ¡Conserve su reino y colme á sus jefes de la luz de su gracia! ¡proteja su ejército, concédales señales que demuestren su fé, la alegria de la paz y la felicidad! ¡el señor Jesucristo dirija por la senda de la piedad los reinos que gobierna! Porque esta nacion es la que, pequeña en número, pero valiente y fuerte, sacudió el duro yugo de los romanos, y la que, después de haber reconocido la santidad del bautismo, adornó suntuosamente de oro y de piedras preciosas los cuerpos de los santos mártires que los romanos habian quemado, matado, mutilado ó hecho despedazar por las fieras.»

A pesar de este decreto, es permitido dudar que haya sido nunca promulgada la ley Sálica por una autoridad legal. Se debe más bien suponer que es una coleccion de costumbres hecha por algun particular. Tal como la conocemos en el dia, es un conjunto indigesto de materias que abrazan derecho y procedimiento criminal y civil, policia rural, razon política, pero descuida muchas cosas como bien conocidas, al paso que se detiene largamente en las penas, como destinada más que á otra cosa á reprimir los delitos (9), que se encuentran enumerados con todas las variedades posibles. Es vivo testimonio de la rusticidad de un pueblo en el cual son frecuentes los actos de violencia, y de un legislador que, sin saber generalizar, formula una disposicion nueva para cada caso que se le presenta. Los castigos eran, por lo general, suaves, no imponiéndose nunca la muerte ni las penas aflictivas y ni aun el encarcelamiento. No se trata sino

---

(6) Contiene el texto latino 70, 71 ó 72 títulos, y 406, 407 ó 408 artículos, segun los diferentes manuscritos; el otro, mezclado con palabras latinas y germánicas, 80 títulos y 420 artículos.

(7) Guizot, á quien seguimos en esta parte; Savigny, Wiarda (*Gesch. und. Auslegung des Salischen Gesetzes*, Brema, 1808), sostienen que la compilacion latina es anterior á la de las glosas, pero Feuerbach los ha refutado con razones de gran valor. *Die lex salica, und ihre verschiedenen Recensionen.* Erlangen, 1831.

J. M. PARDESSUS.— *Ley salica, ó coleccion que contiene las antiguas redacciones de esta ley; y el texto conocido con el nombre de Lex emendata.* Paris, 1843.

(8) Los que se inclinan á bosquejar personajes históricos de séres imaginarios, podria ver aquí espresada únicamente la union de las varias tribus, pues *gast* quiere decir huésped; *gau* canton, por lo que significa el huésped, el habitante del canton de Sale ó de Bode.

(9) Trescientos cuarenta y tres párrafos se encuentran consagrados á esto, mientras que todas las demás materias se encuentran comprendidas en 65 párrafos solamente. De estos 343, 150 conciernen al hurto, á saber: 74 al hurto de animales, y con más especialidad 20 al de cerdos; 16 al de caballos; 13 al de toros, bueyes y vacas; 7 al de ovejas ó cabras; 4 al de perros; 7 al de aves; 7 al de abejas: 113 párrafos versan sobre el caso de violencias con respecto á las personas; de los que 20 preveen todos los casos de mutilacion; 24 relativos á las violencias contra las mujeres, etcétera.

de composiciones y multas, pero no existe la causa en la mansedumbre de los francos, sino en que considerándose todos como libres é iguales no se hubieran sometido voluntariamente á castigos que hubiesen podido herir su suspicaz dignidad. En efecto, cuando ya no se trata de hombres libres sino de esclavos y colonos, la ley Sálica ostenta un lujo brutal de tormentos y suplicios. Una ley cuyo fin es fijar el precio de las personas segun las nacionalidades y las funciones, debe necesariamente ser un privilegio esclusivamente provechoso á la nacion dominante.

Se ocupa poco del procedimiento, sobre todo en lo que concierne á la ordalia. Por lo demás revela á cada momento por su falta de union y órden, la condicion transitoria y variable del pueblo en el cual tomó nacimiento; y si alguna vez tuvo una autoridad legal, la perdió prontamente, como lo hemos dicho, para hacer lugar á nuevas costumbres y á disposiciones inspiradas por las circunstancias. Ni nosotros podemos considerarla más que como una tarifa de las composiciones; pero á fin de establecer quien tenia derecho á la venganza, tuvo que hacer un reglamento sobre lo que la ley consideraba como familia. Se muestra, no obstante, muy delicada con respecto al derecho civil y á la reputacion. El que roba un arma á aquel que no tiene otra, es delincuente, y paga la misma multa que si hubiese robado siete al que tiene muchas. El que da muerte á un hombre atacándole cuerpo á cuerpo, es multado en 200 sueldos, y en 600 el que le asesina con cómplices. La muerte de un niño está valuada en triple cantidad que la de un hombre; el que acomete á un hombre en la calle, debe pagar 15 sueldos, y 45 si maltratase á una mujer. Si la ultraja, todos los circunstantes tienen que pagar cada uno una cuarta parte de la composicion debida por la muerte de un hombre. La calumnia, que hace peligrar la vida, se castiga como el homicidio. Al que arroja en el recinto de una habitacion un objeto robado, se le condena al triple de lo que deberia pagar por un brazo roto (10).

La mujer no está en perpétua tutela ni el marido puede, sin espreso mandato, meterse en la administracion de la hacienda de su mujer, la cual aun entre vivos dispone libremente de la que él le dió, compartiendo el usufructo.

Una de sus disposiciones ha adquirido gran celebridad; es aquella en que se dispone «que la tierra sálica no será heredada por las hembras, y que la herencia pase toda íntegra á los varones (11).» Esta disposicion general entre los bárbaros, procede de la obligacion al servicio militar inherente al alodio. Pero cuando en el siglo XIII Felipe de Valois y Eduardo III se disputaron la corona de Francia, fué invocado este principio, y se hizo la aplicacion de él á la corona de Francia. Sin embargo, ni la ley Sálica ni ningun otro código contiene disposicion con respecto á esto; y así es estraño, cuando puede uno burlarse del que alegara áun en materia civil ó criminal la ley Sálica, que esta única prescripcion se haya no solo conservado, sino que haya tambien adquirido bastante poder para escluir definitivamente á las mujeres del derecho de suceder al trono de Francia. Por lo demás, ha probado la historia cuán oportuna es para impedir que un reino caiga bajo el dominio extranjero y disminuir el peligro de los pretendientes.

Ley Ripuaria.—Así como se dió esta ley para los francos salios, se recopiló otra para los ripuarios por Thierry, hijo de Clodoveo. Tambien es una legislacion penal (12) que revela una sociedad poco superior á la de los salios. Se hace varias veces mencion de los conjuradores, y el combate judicial es regulado como si el legislador hubiera tratado de someter á reglas la venganza personal, siendo el rey considerado como un gran propietario, un señor de esclavos y de numerosos colonos, cuyos bienes deben ser garantidos por privilegios especiales y rigores. Se conoce allí más robustecido el poder real que en la ley Sálica. El que destruye una carta real, sin presentar otra que la anule, es delincuente de la pena de muerte como por alta traicion; la Iglesia tiene los mismos privilegios que el rey con respecto á las tierras y á los colonos; y estas disposiciones, así como el órden y la precision que se hacen notar más, nos inclinan á considerarla como un paso á la fusion de las dos antiguas civilizaciones.

En el código ripuario la personalidad de la ley es una verdad, porque se dispone que si un franco ó aleman, ó borgoñon, ú otro habitante entre los ripuarios fuere demandado en juicio, se defienda, no segun la ley del lugar donde reside, sino conforme á la del pueblo á que pertenece (13). Sin embargo, para disminuir el inconveniente de la diversidad de leyes personales, los francos expidieron en varias ocasiones capitulares, que debian tener vigor *sobre toda la plebe*, lo que equivale á decir que eran territoriales.

Reformó después y completó las leyes Sálica y Ripuaria Dagoberto, hijo de Clotario II, en tiempo de Rotaris; y aun cuando era rey de toda la Galia, no alteró la desproporcion establecida entre los vencedores y los romanos, si bien aparece en algunos actos que conservaron las curias para el registro de sus escrituras y poco más.

Ley Gombeta.—La ley borgoñona, llamada tambien Gombeta, está precedida de un prólogo que

(10) Títulos 9, 44, 74, 28, 45, 34, 14, 21, 37.
(11) Art. 6, tít. XII.

(12) Comprende 89 ó 91 títulos, segun las diferentes distribuciones, en 224 ó 277 artículos, de los cuales 113 corresponden al derecho político ó civil y al procedimiento, 164 al derecho criminal, de los cuales 94 conciernen á las violencias contra las personas, 16 al hurto y 64 á diferentes delitos.
(13) Tít. XXXI, §. 3.

dice así: «El muy glorioso rey de los borgoñones, Gundebaldo, después de haber reflexionado con madurez sobre el bien y el reposo de nuestros pueblos, y sobre lo que más conviene en cada materia y negocio, á la honradez, á la regla, á la razon y á la justicia, todo bien considerado en union de nuestros grandes convocados; y segun su modo de pensar y el nuestro, hemos mandado escribir los siguientes estatutos, con el fin de que tengan siempre fuerza de ley.

»En el nombre de Dios, en el segundo año del reinado de nuestro glorioso señor Segismundo y en el cuarto dia de las calendas de abril, fué hecho en Lion el libro de las ordenanzas para perpetuidad de las leyes pasadas y presentes.

»Por amor á la justicia, con ayuda de la cual se obtiene el favor de Dios y se adquiere poder de dominio terrestre, habiendo celebrado consejo con nuestros condes y magnates, hemos emprendido el arreglo de las cosas, de manera que la integridad y la justicia cierren toda via de corrupcion. En su consecuencia, todos aquellos que están constituidos en autoridad, deben juzgar en adelante entre el borgoñon y el romano, segun el tenor de nuestra ley, compuesta y enmendada de comun acuerdo, de manera que ningun juzgador espere ni presuma en juicio ó negocio, recibir de una de las partes ninguna cosa á título de don ó propina; sino que el que tenga justicia, la alcance, y á esto baste la integridad del juez. (Siguen amenazas, y penas contra la corrupcion). Habiendo prohibido de este modo la venalidad, mandamos, como hicieron nuestros antepasados, que sean juzgados los romanos segun las leyes romanas, y sepan estos que recibirán por escrito la forma y tenor de las leyes, segun las cuales deben juzgar, con el fin de que nadie pueda escusarse alegando ignorancia. Si algun punto no se encuentra determinado en nuestras leyes, se referirán á nuestro juicio sobre este solo punto.»

Es de creer que aquel código fué hecho en tres distintas veces, promulgándose cuarenta y un títulos por el rey Gundebaldo en 501; los que siguen, que los esplican ó los reforman en 517, segun parece, por el rey Segismundo, el cual, les añadió después probablemente los dos suplementos (14).

Ya el proemio nos advierte que no se trata de una coleccion de costumbres, sino de una verdadera legislacion emanada jurídicamente con carácter y una intencion política. Obligaba solamente á los borgoñones, y en ella se espresa la diferencia entre estos y los romanos, sin ningun vestigio del régimen municipal, aunque el legislador trata de disminuirla imponiendo tambien á los romanos ciertas obligaciones, y sometiendo á los suyos al derecho de éstos. «Que el borgoñon y el romano se consideren de la misma condicion (15). Si una doncella romana contrae matrimonio con un borgoñon sin asentimiento de sus padres, sepa que nada tendrá que heredar de ellos (16). Si un borgoñon libre entra en una casa por alguna disputa, pague 6 sueldos al dueño de ella, 12 á título de multa, y que en esto sean iguales los borgoñones y los romanos (17). Si viajando alguno por asuntos privados llega á la casa de un borgoñon y le pide hospitalidad; si el borgoñon indica la casa de un romano, probado que sea, pague el borgoñon 3 sueldos á aquel á quien haya indicado la morada, y 3 á título de multa (18).»

Redúcense las penas por lo comun á pagos ó composiciones. El asesinato de un intendente ó de uno que trabaje bien el oro, cuesta 100 sueldos; 60 el de un siervo personal; 30 un labrador ó porquero. Pero al lado de estas composiciones aparecen las penas corporales (19); y á veces hasta se intentó sacar partido del sentimiento de la vergüenza (20). Vénse asimismo empezar aquellos estravagantes castigos en que abundó la Edad Media: por eso la mujer que ha abandonado á su marido es condenada á perecer sofocada dentro de un pantano (21); el que roba un gavilan tiene que dejarse comer por este seis onzas de carne ó pagar seis sueldos. De la misma índole es la ley de Liutprando que manda rapar y azotar por los vecinos á las mujeres quimeristas. En el puente de Pavia se alzaba una gran estaca de que colgaba una cesta y servia para sumergir en el rio á los que habian blasfemado de Dios ó de la Vírgen (22). A los delitos de violencia reemplazaban otros: indicio de relaciones sociales más complicadas.

Esta ley contenia muchas disposiciones relativas á testamentos, donaciones, matrimonios y contratos. Los bienes se dividian en lotes y adquisiciones. Lote era el patrimonio político, constituido por una ley antigua, y procedente del reparto de los territorios entre los conquistadores ó de liberalidad del rey. Derivándose de esto el título del de-

(14) Compónese el todo de 110 títulos y de 354 artículos, de los que 142 son del derecho civil, 30 de procedimientos y 182 de derecho penal, entre los cuales 76 son relativos á delitos contra las personas y 62 contra la propiedad.

(15) Tit. X, 1, *Romanus et Burgundio eadem conditione teneantur.*

(16) Tít. XII, 5.

(17) Tít. XV, 1.

(18) Tít. XXXVIII, 6. Esta disposicion está motivada sobre la garantia respecto del huésped, de que hemos hablado anteriormente.

(19) Respecto del que mata á una persona libre, no cabe más composicion que su propia sangre.

(20) *Illa facinoris sui deshonestata flagitio, amissi pudoris sustinebit infamian.* Tít. XLIV.

(21) Tít. XXXIV, 1.

(22) AULICO TICINENSE, cap. 14. Semejantes penas se habian aplicado frecuentemente entre los germanos antiguos. *Ignavos, imbelles, corpore infames caeno ac palude, injecto super crate mergunt.* Los ingleses las aplicaban á los pendencieros.

recho pleno, no podia ser enajenado, sino que pasaba á los herederos varones, subdividiéndose hasta lo infinito, y sucediéndose por cabeza, no por representacion. Las mujeres no tenian parte alguna en este patrimonio, y solo la que entraba monja gozaba el usufructo de una tercera parte á lo más. Si uno moria sin herederos varones, se consideraba su lote como bienes conquistados, y seguia las leyes hereditarias comunes, establecidas con una claridad que no siempre se usa hoy. El esposo daba á la esposa un donativo *(witteman)* que se entregaba al padre de ésta, la cual podia dedicar una tercera parte á adornos, y recibia el resto al enviudar; y si moria antes que el marido y sin hijos, la mitad correspondia á su tio paterno, y la otra mitad á sus hermanos. La viuda tenia tambien el usufructo de una tercera ó cuarta parte de los bienes dejados por el marido.

Es evidente, aun prescindiendo del estilo que es menos rudo, que el legislador tenia á la vista las fuentes del derecho romano; y tan cierto es esto, que las citas no concuerdan á veces con las disposiciones sacadas de las costumbres germánicas (23). Todavia tomaron menos los borgoñones de los romanos las leyes que la idea de un gobierno regular, procurando elevar, á espensas de la debilitada autoridad de la asamblea nacional y del clero, el poder real, modelándolo por el de los emperadores. Ni aun cuando cayeron bajo la dominacion de los francos conservaron su ley como derecho personal hasta la época en que fué abolida por Luis el Piadoso (Ludovico Pio.)

Leyes de los visigodos.—Eurico, que reinaba en Tolosa, mandó reunir las costumbres nacionales para los godos (24), pero de ellas no queda cosa alguna. Cuando posteriormente fueron repelidos los visigodos hácia España, Chindasvinto derogó la ley romana que conservaban los indígenas en el Breviario de Alarico, y les sujetó á una misma legislacion de igual manera que á los godos (650). Su código, llamado *Fuero juzgo (Forum judicum)*, completado bajo el reinado de su hijo Recesvinto, con algunas adiciones posteriores, abarcó todas las leyes dadas ó reformadas por Eurico hasta el rey Egica, y fragmentos cuyo orígen no se conoce, tomados tambien de las costumbres de otras tribus germánicas: está distribuido en doce libros por órden de materias, conteniendo cincuenta y cuatro títulos, y quinientos noventa y cinco artículos. Trata el primer libro de las cualidades y deberes del legislador y de las leyes en general: el segundo de los juicios: el tercero del régimen conyugal: el cuarto del orígen natural y del parentesco: el quinto es relativo á las transacciones: el sexto á las acusaciones criminales: el séptimo al hurto y á los fraudes: el octavo trata de las violencias y de los perjuicios causados: el noveno de los esclavos y de los soldados desertores: el décimo de las divisiones, de las épocas, de los confines: el undécimo es concerniente á los enfermos, á los médicos, á los muertos, á los negociantes extranjeros: el último á los herejes y á los judios. Aunque el derecho romano está allí abolido espresamente, así como las antiguas costumbres, el conjunto de este código revela una mano romana, y frecuentemente sus artículos están calcados sobre los edictos imperiales. En vez de distinguir á los pueblos con arreglo á su orígen, sus disposiciones se aplican á la totalidad del territorio. Las reglas prescritas son esclusivas, debiéndose, relativamente á los casos no previstos, acudir al rey que era el complemento vivo de la ley.

El Fuero Juzgo no es un ensayo, sino un código general desenvuelto y amplificado con la intencion de proveer á todas las necesidades de la sociedad, y como si no bastara que contuviera el derecho político, civil y criminal, se encuentran allí de vez en cuando disertaciones sobre el orígen de la sociedad, sobre la índole del poder, sobre la organizacion civil; ni aun prescinde el legislador de exhortaciones morales, de ideas filosóficas, de amenazas y de consejos; hasta se esmera en la espresion, y procura desplegar elocuencia á costa de abundar en palabras inútiles.

Se tendrá la razon de esta diferencia, si se hace memoria de la índole de los concilios nacionales de España, en los que ejercia el clero grande ascendiente. No habiendo sido dictado por ignorantes, ni exclusivamente por grandes varones, sino por prelados, instruidos en el derecho romano y en el eclesiástico, supera á los demás códigos en justicia, suavidad, precision, elevadas miras acerca de los derechos del hombre, de los intereses de la sociedad y de la razon penal.

En él se daba grande autoridad á los obispos, los cuales podian revisar con el juez una sentencia relativa á un hecho ocurrido en su territorio, y si el juez se negaba á examinar de nuevo el asunto con el obispo, éste con una nueva sentencia podia desagraviar al oprimido (25). Habia tambien un *defensor*, tutor de los ciudadanos para vigilar sobre la policia, el comercio, los impuestos, y oir las quejas.

Estaban escluidos de los juicios ordinarios el rey y el obispo para que estos fuesen más independientes. El esclavo podia citar á juicio á cualquiera hombre libre; ninguno podia hacerse representar por persona más elevada que su adversario, para que éste no quedase oprimido por la autori-

---

(23) Así en el título XXXIV del divorcio, el pár. 2.° permite la repudiacion mediante una simple multa; al revés, los párratos 3.° y 4.° no la admiten sino en caso de adulterio, de envenenamiento, de violacion de las sepulturas; lo cual es una alteracion del código Teodosiano.

(24) *Sub hoc rege, Gothi legum instituta scriptis habere cæperunt; nam antea moribus et consuetudine tenebantur.* ISIDORO DE SEVILLA, *Chr. goth.* Era, 504.

(25) L. II, tít. 1, ley 30.

dad, mientras que el pobre podia confiar su causa á una persona igual á su contrario (26). Si el juez prevaricaba, la parte ofendida podia apelar al duque ó al obispo. El juez cuya sentencia era reformada, sufria un castigo menor que aquel que hubiese negado la justicia, el cual era destituido y multado (27).

Estaba muy restringido el derecho de asilo. Los presos preventivamente no debian hacer gasto alguno, antes bien debian ser indemnizados del daño que sufriesen. Al duelo judicial se sustituia la prueba por testigos y por documentos: «El iudez que bien quisiere oyr el pleyto deve primeramente saber la verdat de los testimonios, si los oviere en el pleyto, ó del escripto si lo y oviere, é non deve venir al sagramiento de las partes, nin las deve consierar livianamente. Ca esto semeia mayor derecho que el escripto valga primeramente por saber la verdat, é despues venga el iuramiento si fuere menester. Et mandamos que en los pleytos sea dado el sagramiento de las partes cuando non pudiere seer provado por testigos ni por escripto (28).» La declaracion de un sacerdote equivalia á la de dos ó tres seglares (29).

Al parecer, en las demás legislaciones bárbaras constituye únicamente el delito el perjuicio causado, y no se trata más que de la reparacion material. Al revés, en la legislacion visigoda, se busca su elemento moral y verdadero, la intencion. No aplica el castigo segun la lesion ó la persona, sino que distingue el homicidio voluntario del provocado y del premeditado, no admitiendo en los hombres más diferencia que la de la libertad y la servidumbre. Y aun esta no es como la habian instituido las leyes romanas, pues cede el puesto á una servidumbre que va elevándose á la libertad por grados. Con efecto ya no están entregadas á merced del amo la vida y la honra del siervo; lo cual señaló una diferencia enorme entre las leyes romanas y las de los visigodos.

«Si el omme que faze algun pecado, ó lo conseió, non deve seer sin pena, mucho más aquel non deve seer sin pena qui faz el omezillio por su crueldad. E porque los sennores matan los siervos muchas veces por crueldad en ante que los siervos sean condempnados de algun pecado; por end les queremos toller esta licencia á los sennores que lo non fagan, hy eslablecemos por esta ley que ningun sennor nin ninguna sennora non mate su siervo nin su sierva si non por mandado del iuez, por pecado que fiziesse el siervo públicamientre. Mas si el siervo ó la sierva fizier tal pecado porque deva prender muerte, mantiniente, su sennor de él, ó aquel que lo quisier acusar, digalo al iuez de aquella tierra ó á aquel sennor: é pues que lo dixiere, si el pecado fuere mostrado, el siervo prenda muerte por el iuez ó por su sennor en tal manera, que si el iuez lo quisier iusticiar de muerte, meta en su escripto aquello por aquel condempna. E si el sennor lo quisiere fer matar, ó lo quisier guardar de muerte, sea en su poder. E si el siervo ó la sierva por muy mal osamiento, contrastando á so sennor, si lo firiere con arma ó con piedra, ó con otra cosa, luego matar el siervo ó la sierva, non deve ser tenido del omezillio, se aquelo puede ser provado por testimonios de los siervos é de las siervas que estaban delante, é por el sacramiento del sennor que lo mató. Mas se el sennor ó la sennora matare so siervo ó sierva por crueldad, si non fueren condempnados por el iuez, el que lo matar, por la locura que fero deve seer echado fuera de la tierra por siempre, é deven aver la su buena, los más propincos de su linage» (30).

Se profesaba gran respeto en este código al matrimonio; se hacian indisolubles sus vínculos y se permitian las nupcias antes prohibidas entre conquistadores y vencidos. El marido daba el dote, y los hijos tanto varones como hembras heredaban por partes iguales. Es justo, dice la ley, que el órden de sucesion no divida á los que unió el parentesco natural (31). El marido no era más que administrador de los bienes de su mujer, y se respetaba la autoridad materna tanto como la del padre (32). No podia valer un testamento como no se publicase en presencia de un sacerdote ó de muchos testigos: y el viajero sobrecogido de improviso por la muerte, podia confiarlo verbalmente á sus criados, los cuales debian informar al instante al juez ó al obispo, que examinaban su credibilidad (33).

Todas estas leyes son consecuencia del principio cristiano, el cual aparece mucho más en la institucion de los defensores y del procurador de los pobres, elegidos por el pueblo bajo la direccion del obispo para defender los intereses de la parte más descuidada de la sociedad. A todo esto hay que añadir los muchos decretos que se dieron especialmente relativos á la Iglesia. Los donativos hechos á ésta no podian ser aceptados si de sus resultas quedaba reducida á la miseria la familia del donador; la cual por otra parte tenia derecho á ciertos subsidios si llegaba á empobrecer (34). Al advenimiento de un obispo se hacia un inventario de los bienes de la mitra, y sus herederos estaban obligados á restituirlos íntegros á la muerte de aquel (35); y si moria sin herederos legítimos, su patrimonio particular correspondia á la Iglesia (36). Todo el que hiciese donacion á la Iglesia adquiria el derecho de emancipar algunos de los siervos eclesiás-

(26) L. V, tít. 2, l. 9.
(27) L. VI, tít. 4, l. 3.
(28) L. XXI, tít. 1.
(29) L. V, tit. 9, l. 7.
(30) L. XII, tit. 5.
(31) L. IV, tit. 2, l. 9.
(32) L. III, tít. 1, l. 7, y tít. 3, l. 5 y 7.
(33) L. II, tit. 5, l. 13, 14.
(34) *Conc. Tolet.* IV, c. 38.
(35) L. V, t. 1, l. 2.
(36) L. IV, t. 2, l. 12.

ticos (37). Los hijos de clérigo eran condenados á ser siervos de la Iglesia á que pertenecia su padre (38); pero con la buena conducta podian recobrar la libertad, y recibir las órdenes (39).

Pero éste código, á causa de su orígen, atribuye al clero y al rey una autoridad ilimitada, no refrenada como en todos los demás puntos por las antiguas instituciones. De donde provino que el feudalismo nunca echara raices en España, salvo en algunas comarcas donde la vecindad hizo penetrar el contagio. «Nadie aspire al trono por orgullo: ningun pretendiente escite guerras civiles entre los pueblos; nadie conspire contra la vida de los príncipes. Pero cuando el rey haya muerto en paz, nombre su sucesor con el asentimiento de Dios, los primados del reino de acuerdo con los obispos.»

A fin de que el *Fuero Juzgo* pudiera divulgarse por todas partes, fué prescrito que ningun ejemplar se vendiera en más de 12 sueldos, bajo pena de cien azotes al comprador ó vendedor que subiere de este precio. Estuvo vigente hasta los tiempos modernos, ó bien hasta que Alfonso X restableció el derecho romano. Este tomó de Justiniano las bases de sus *Partidas*.

Código longobardo, 643.—Las leyes de los longobardos en Italia fueron escritas por Rotaris. No hizo un código completo, sino que reuniéndolos, modificó los edictos de los reyes sus antecesores (40), que el recuerdo y el uso habian conservado hasta entonces: después mandó que fueran aprobados por la nacion en la dieta de Pavia. «En el nombre del Señor. Aquí comienza el edicto que he renovado con mis jueces y primados, yo Rotaris, rey en nombre de Dios, personaje escelentísimo, décimo séptimo rey de la nacion longobarda, en el octavo año de mi reinado, con el favor de Dios: á los treinta y ocho años de mi edad, segunda indicacion, setenta y seis años después de que los longobardos á las órdenes de Alboino, entonces reinante, llegaran con ayuda de la divina Providencia á la provincia de Italia. Dado en el palacio de Pavia. Lo que sigue prueba cuánta solicitud dedicamos al bienestar de nuestros súbditos, con especialidad en lo concerniente á las fatigas contínuas de los pobres, y á las escesivas exigencias que pesan sobre los que tienen menos fuerzas. Considerando, pues, la misericordia de Dios, hemos creido necesario corregir lo que existe, y redactar una ley que renueva (ó renueve) y enmiende todas las anteriores, añada lo que falta y suprima lo supérfluo: reunirla en un volúmen, á fin de que todos, cumplida la ley y la justicia, puedan vivir tranquilos, dirigir sus esfuerzos contra los enemigos, y defender sus personas y sus propiedades.» Y al fin decia: «Estas disposiciones del edicto, las cuales, con la voluntad y favor de Dios, y correspondiendo á este don celestial con grandes vigilias, hemos constituido, examinando y *remorando* las leyes antiguas de nuestros padres, no escritas, y que sirven para la utilidad comun de toda nuestra nacion, con el consejo y el consentimiento de los magnates, de los jueces, y de todo nuestro afortunado ejército, mandamos que fuesen escritas en este libro, disponiendo que á este edicto se añada lo que por una indagacion esmerada de las antiguas leyes de los longobardos, por nosotros mismos ó por medio de los ancianos hemos podido recordar.»

Trescientas noventa son las leyes de Rotaris, de las cuales ciento ochenta y dos versan sobre materia criminal, tres se refieren á la religion, diez y siete al estado legal de los ciudadanos, de los siervos y de los extranjeros, diez y ocho á la dignidad y á la casa del rey, siete á la milicia y seguridad del Estado, quince á la seguridad interior, dos á la agricultura y al comercio, catorce á la caza y á la pesca, cincuenta y cuatro á la policia urbana y rural, y veinte y cuatro al órden judicial: quedando cincuenta y cuatro leyes civiles, diez y nueve relativas á las personas y las otras á las cosas. Otras publicó Liutprando, en que predominaba más el elemento civil y que fueron hechas con el concurso «de los jueces y de todo el pueblo», y otras además Astolfo y los reyes sucesivos.

Fueron publicadas en dos colecciones: en la primera están arregladas históricamente, con sujecion al órden en que fueron promulgadas, desde Rotaris hasta el emperador Conrado I; en la segunda, llamada *Longobarda* y continuada después de Enrique I, están distribuidas científicamente en tres libros: contiene el primero treinta y siete títulos, el segundo cincuenta y nueve, el tercero cuarenta. Estas leyes pertenecen, pues, á épocas muy diversas, de lo cual hicieron poca memoria los que apreciaron con arreglo á ellos la civilizacion longobarda. En las primeras se halla bien poca cosa del derecho romano, al paso que tienen mucha analogia con las de los anglo-sajones: no se habla allí de religion, de disciplina eclesiástica casi nada, y abundan en términos longobardos que esplican con bastante claridad los usos de los vencedores, por quienes y para quienes son dictadas (41).

---

(37) *Conc. Tolet.* IV, c. 69.
(38) *Conc. Tolet.* X, c. 10.
(39) Id. c. 11.
(40) Hace la enumeracion de estos reyes en el prólogo. Subsiste un hermoso códice en el archivo de la Cava, y otro en Vercelli, los cuales sirvieron para una nueva impresion en los *Monumenta historiæ patriæ* de Turin, hecha por Cárlos Vesme. Este encontró en el códice de Verceli un nuevo prólogo de Rotaris, en el cual se enumeran más distintamente los antiguos reyes longobardos, y se comprende que fué la fuente de los primeros libros de Pablo Diácono, quien estropeó algo aquellos nombres por pedanteria y retórica.

(41) *Et ipse quartus ducat eum in quadrivium, et thingat in wadia, et gisiles ibi sint*, etc. Rot. 225. *Reddat in octogilt; et non sit fegangi*, l. 375. *Si servus regis oberos, aut vecorin, seu mernorphin fecerit*, l. 376.

Juntamente con leyes cuerdas y humanas aparecen en este código otras que llevan el sello de la barbarie y de la ignorancia. Rotaris reprueba que se crea en brujas y dice que es imposible que una mujer se trague á un hombre vivo (42); pero prohibe que los campeones cuando combaten, lleven yerbas ó cualesquiera otros maleficios. Prodiga la pena de muerte contra los esclavos, mientras que los libres pueden libertarse con dinero hasta de la pena del homicidio premeditado, y de la invasion armada (43). Establece diferencia en las composiciones entre la muerte de un italiano y de un longobardo (44), entre la del hombre y la de la mujer (45). Condena al matador de un aldio ageno al pago de sesenta sueldos; por la muerte de un siervo ó de un menestral práctico de casa, manda pagar cincuenta sueldos; por la de un siervo rústico, diez y seis; por la de un siervo labrador, veinte; por la del porquero que tenga á sus órdenes dos ó tres zagales, cincuenta sueldos; y por la de los inferiores, veinticinco (46), mientras que impone la multa de doscientos por la de un libre. Exige tres sueldos por el aborto causado á una yegua ó á una sierva (47), indiferencia natural en donde la multa se dirigia á compensar el daño causado al dueño, no la ofensa inferida á la sociedad ó á la humanidad. Una tercera parte de las multas correspondia á los jueces, y eran dobles las que se pagaban por sentencia del rey.

No tenia ya el poder real la antigua base de la libre eleccion hecha por los gasindos, ni tampoco estaba sancionado por la religion; y entre los predecesores de Rotaris solo habian acabado de muerte natural Agilulfo y Ariovaldo. En su consecuencia el legislador pensó en consolidarlo por medio de la severidad; y así pronunció la pena de muerte y la confiscacion contra el que piensa ó aconseja atentar á la vida del monarca, al paso que absolvia á todo el que por órden del rey mataba á alguno.

Entre los delitos privados recaia la pena capital sobre el adulterio, el asesinato del marido ó del amo: entre los delitos públicos la introduccion del enemigo en el reino, y todo hecho cuya propension fuera prestarle ayuda; el amparo dado á un reo condenado á muerte, la rebelion contra el capitan en tiempo de guerra, la fuga en el campo de batalla, el ataque á mano armada contra el palacio del rey, la desercion de la *fara* á que se pertenecia. Se cortaba la mano á los monederos falsos y al falsificador de escrituras (48). Frecuentemente se admitia el juramento como prueba decisiva en causas civiles y criminales. «Purifíquese la acusada de adulterio con ausilio de doce sacramentales, y recíbala su marido (49). Admítiase la prueba del duelo aunque Liutprando la considera como absurda (50). Eran lícitos los regalos á los magistrados, con tal de que al rey le tocara una parte. Entre los longobardos no se encuentra como entre los francos tierra privilegiada.

Algunas de estas leyes, aun entre las primeras, atestiguan el conocimiento del derecho romano; como por ejemplo la de Rotaris que hace mencion del peculio castrense y semi-castrense del hijo de familia (51), de las tres causas porque se puede desheredar (52), y de la division de la herencia en onzas (53). En las de los reyes sucesivos abundan asimismo las señales del derecho romano: la emancipacion de los esclavos en la Iglesia; la prescripcion de treinta años para legitimar la propiedad y los derechos; la prohibicion de la venta de los bienes de los menores fuera de los casos de extremada necesidad y autorizados por el juez; la sucesion mejor establecida de las mujeres; el testamento extendido no solo *en favor del alma*, sino tambien por preferir á un hijo; la separacion del usufructo, en la propiedad, de la donacion, y la adopcion de los hijos. Liutprando sustituyó á la composicion penas aflictivas, como prisiones subterráneas, la marca con hierro candente y los azotes (54); cuyo cambio respecto del guidrigildo, es la prueba mayor del derecho nuevo introducido por Liutprando, el cual dispuso que el homicida voluntario no solo pagase á la familia del muerto, sino que todos sus bienes se dividiesen entre ésta y el rey, y que si no bastasen á satisfacer el guidrigildo, se entregasen á la familia del muerto (55).

Es objeto de frecuentes prescripciones la conservacion de la honestidad de las mujeres. El que atenta en la via pública al pudor de una mujer libre, debe pagar 900 sueldos de composicion (56); otro tanto el que la obliga á que contraiga con él matrimonio (57): el que difiere dos años su casamiento después de celebrados los esponsales es castigado con una multa (58). Los adúlteros pueden ser muertos á manos del esposo ofendido, siempre que la ley no les castigue; y el consenti-

---

(42) Rotaris, l, 179.
(43) Id., l. 5, 11, 12, 14, 19, 141, 253, 284, 285; Liutpr. VI, 81, 85.
(44) Rot., l. 194.
(45) Id., 33, 130, 131, 200, 201, etc.
(46) Id., 129, 136.
(47) Id., 338, 339. Tampoco admite diferencia la *Lex aquilia* entre la herida causada al siervo ó á la bestia agena.
(48) Rot., l. 246, 247.
(49) Rot., 179 y tambien l. 153, 165, 166, 364, 365, 366, 367, 369.
(50) Rot., l. 198, 203, 214, 231.—Grimoaldo, l. 7. Liutpranda, VI, 64.
(51) Rot., 167.
(52) Id. 198, 169, 170.
(53) Id. 158, 159, 160.
(54) Liutpr., VI, 26.
(55) Liutpr., IV, 2.
(56) Crim., l. 2; Luitpr., VI, 87; Astolfo, l. 3,14.
(57) Rot., l. 186.
(58) Rot., l. 178.

miento ó el mandato del marido no absuelve á la pecadora. Es un delito tratar á una mujer libre de prostituta ó de hechicera, y el que en él haya incurrido debe jurar con veinte testigos que se ha espresado en estos términos en un arrebato de cólera, ó sostener su dicho en duelo, con la carga de pagar la multa señalada por el juez en el caso de que sucumba (59). Se prohiben los matrimonios de hombres libres con libertas y los de las personas nobles con las que no lo son: los que nacen de un casamiento desigual quedan escluidos de los empleos. Los agnados ó cognados están encargados de la tutela de los menores; los hijos de familia noble son puestos bajo la tutela inmediata del rey. Es una ley digna de imitacion la de Liutprando que decia (60): «Si una mujer quiere vender, con el consentimiento de su marido y juntamente con él, el comprador deberá llamar á dos ó tres inmediatos parientes de aquella, á fin de que declare delante de ellos que no ha sido violentada.»

Son llamados á heredar los hijos en partes iguales: su padre tiene plenos poderes sobre ellos, si bien no puede privarles de su herencia á menos que le hayan levantado la mano, amenazado sus dias ó atentado al honor de su madrasta (61). Tres eran los grados de sucesion legítima: 1.°, los hijos y los nietos por representacion; 2.°, las hijas hermanas en partes iguales, y á falta de hijas las hermanas y tias no casadas aun, en cuyo caso los parientes, y en su defecto el rey, tomaban la sexta parte; y 3.°, los parientes más próximos, sin distincion de líneas ni de sexo, hasta el séptimo grado, después del cual el único heredero era el rey (62). El bastardo no podia heredar. Correspondia á los hijos naturales la mitad de la legítima, si el padre habia dejado otro hijo, y sino, una tercera parte del dinero. Toman igualmente parte las mujeres en la sucesion y son desconocidos los fideicomisos. Aun no se hallaban en uso los testamentos, y el que no teniendo hijos queria disponer de sus bienes, debia hacerlo por contrato *(thinx)*. Después Liutprando permitió testar no solo á favor de las iglesias, sino á favor de un hijo. Podia el padre mejorar á uno de los hijos en el tercio, si habia dos, en el cuarto si habia tres, y así proporcionalmente (63); pero esto no se admitia en ventaja de los hijos de segundas nupcias en vida de su madre. Se podia tambien preferir á la hija mejorada.

Aunque la accion de los tribunales se hubiese ya sustituido á la venganza privada, fueron organizados, como todo lo demás, militarmente, sencillos y espeditos. En los procesos en materia civil las fórmulas eran sencillísimas. «Pedro, Martin te cita, porque posees indebidamente una tierra situada en tal paraje. Esta tierra me pertenece por sucesion de mi padre.—No debes sucederle por que te ha tenido de una de sus criadas aldia.—Sí, pero el le dió libertad *(wirdebora)*, como está escrito, y la tomó por mujer.—Prueba que es así ó pierde tu causa.» (64) En un asunto criminal: «Pedro, Martin te cita, porque has dado muerte sin causa á su hermano Donato.—Si dice: *Fué romano, y no debo responderte de su vida;* que lo pruebe ó que responda.» (65) Todos debian comparecer en persona, escepto los huérfanos, las viudas y los individuos que justificaban la imposibilidad de hacerlo: á estos, con el permiso del rey, se les daba un abogado. Eran suministradas las pruebas positivas, por las actas escritas, por testimonios bajo juramento, y por la prescripcion; si no arrojaba bastante luz, por lo comun la decision de una causa quedaba sujeta á la eventualidad de un duelo. Era condenado el testigo falso á una indemnizacion, de la cual la mitad era para el príncipe y la otra mitad para la parte agraviada; si no podia pagar, venia á ser esclavo del ofendido. Fijó Rotaris el tiempo de la prescripcion en cinco años; y en caso de oposicion, debia sostenerse la causa por el duelo ó por el juramento (66). Grimoaldo fué quien le hizo ascender á treinta años (67) introduciéndose después diferentes modificaciones en este punto.

Con respecto á los criminales, la prision del reo

---

(59) Rot., l. 179, 198.
(60) Tít. VI, 2.
(61) Rot., l. 173, 168, 169.
(62) Liutpr., I, 1-5, II, 8, III, 3, VI, 48; Rot., libro 157-169.
(63) Luitpr., VI, 6.

(64) *Ad legem* 53, lib. VI, Luitp.
(65) *Ad legem* 7, lib. II, Luitp. Véanse otros ejemplos. *Petre, te apellat Martinus, quia tu consiliatus es de morte sua, aut occidisti patreem suum.—De torso me apellasti.—Si diserit quod consiliatus esset cum rege, aut occidisset per jussionem regis, aut approbet, aut emendet, secundum quosdam.—Secundum quosdam aliter est: in anima jurare debet.—Sed melius est secundum alios, quos dicat, non consiliatus sum, nec occidi, quod per legem, emendare debeam pro usu.*

Petre, te apellat Martinus, qui est advocatus de parte publica, quod D. levavit seditionem contra tuum comitem, et occidit unum suum caballum cum ipsa seditione, et tu fuisti consensiens in ipso malo.

Petre, te apellat Martinus, qui est advocatus de parte publica, quod homines de civitate Romana levaverunt seditionem contra homines de civitate cremona vel contra comitem de Mediolano, et tu fuisti in capite cum illis.

Petre, te apellat Martinus, quod homines de civitate Ravenna levaverunt adunaciones contra homines de civitate Roma, et tu fuisti consentiens in isto malo.

Petre, te apellat Martinus, quod ipse tenebat cum rege, et tu spoliasti casam suam de tanto mobili quis valebat solidos c.

Petre, te apellat Martinus, quod ipse sponsavit Aldam suam filliam puellam, et tu dedisti eam alteri in conjugium ante duos annos.—Non esponsasti meam filiam.—Tunc ille qui apellat, probet. Si dixerit: Sponsasti tu meam filliam, sed non era puella; tunc ille qui apellat, probet quod erat puella; et si non potuerit, juret ipse qui apellatus est, quia non erat puella.

(66) Ley 230 y 231.
(67) Grim., ley 4.

se hacia por los decanos ó *salterios*, que le conducian al esculdasco, y este le entregaba al juez (68). El malhechor descubierto en casa podia ser preso y muerto por cualquiera que fuese (69). El que ataba á un hombre libre sin órden del rey ó sin un motivo valedero, debia pagarle dos partes del precio de su vida (70). Interroga el juez al acusado; si no se justifica, le condena. No se hace mencion de tormentos. Es castigado el ladron por su primer robo con dos ó tres años de prision subterránea; y si no se encuentra en estado de indemnizar del perjuicio causado, debe ser entregado á aquel á quien ha robado, para quedar á su merced; por su segundo robo, el juez le condena á ser rapado, maltratado y marcado en la frente y el rostro. En el tercero se le vende fuera de la provincia (71). Es estraño que cuando el asesinato se redime, no acontezca lo mismo con el robo. Los bienes de los condenados pasaban á sus hijos. Castigábase la negligencia de los jueces, unas veces con multas que habia que repartir entre el fisco y la parte perjudicada, y otras por la obligacion impuesta al juez de pagar de su peculio, al demandante, la suma por la que habian interpuesto la demanda (72).

Se fija una próroga de cuatro dias á lo más para terminarse un proceso en primera instancia; una de seis para los juicios en apelacion; y se conceden doce dias al que quiere someter su causa al juicio supremo del rey (73). Á pesar de esto la competencia de los diferentes tribunales está mal determinada; es muy frecuente el recurso al rey, y no hay término fijo más allá del cual se imponga silencio á las partes. Manda una ley de Carlomagno que se encuentra unida á la de los longobardos, que siempre que los jueces entren en sesion, sea en ayunas, mirándose esto como un indicio de la habitual intemperancia de los longobardos; aunque quizá no sea más que una alusion á la Escritura (74), ó más bien un medio de obligar á los jueces á tomar una decision pronta; aconteciendo esto mismo respecto de los jurados ingleses, á quienes está prohibido tomar ningun alimento antes de haber pronunciado su *veredicto*.

Resulta de todo esto que aquellos que consideran detestables las leyes longobardas, lo mismo que los que las encuentran escelentes, tienen tanto unos como otros buenas razones en que apoyar su opinion (75). Permanecieron en vigor más tiempo que las demás legislaciones bárbaras, y luego pasaron á los estatutos de las repúblicas italianas; de suerte que hasta 1461 se encuentra en vigor el código longobardo, si bien á mi entender solamente respecto de la naturaleza de ciertas propiedades.

Leyes bávaras.—Probablemente debe tambien referirse á los tiempos de Clotario II y Dagoberto I la compilacion de las leyes de los bávaros (76), las cuales, en punto á prohibiciones de matrimonio, segundas nupcias, depósito y delitos de lesa majestad, tomaron muchas disposiciones del derecho romano, y copiaron literalmente muchas de los visigodos. Este código trata con más extension las cosas eclesiásticas, porque en su redaccion tuvo gran parte el clero, y entre sus autores se mencionan Claudio, Cadeindo, Magno y Agilulfo, obispo de Valence. Una de sus disposiciones establecia que si muriese un obispo de muerte violenta, se hiciera una capa de plomo del tamaño del muerto, y el matador diese tanto oro como la capa pesara (77). Muy semejante á este código era el de los alemanes, promulgado en presencia de treinta y tres obispos, y que empieza con veintitres artículos sobre materias de derecho canónico.

Frisones.—Parecian igualmente anteriores á Carlomagno las leyes de los anglios y de los verinos, pueblo del Juntland, que se habia establecido en la Turingia, así como las de los frisones, que tienen el sello del derecho germánico puro, porque estos pueblos no penetraron jamás en el territorio romano (78). Encuéntranse estas últimas reunidas en diez y siete títulos; el *adalingo* ó noble, está valuado en 600 sueldos, el hombre libre, en 200; proporcion conservada en todas las multas; el *lito* en la mitad del hombre libre. Muchas son seguramente muy antiguas, puesto que conservan huellas de la idolatria; así marca una de sus disposiciones que aquel que viola un bosque sagrado robando de él alguna cosa, sea conducido á la orilla del mar, y que allí sobre la arena, después de haberle cortado las orejas, sea castrado, inmolándole por último á los ultrajados dioses. No se hace allí ninguna mencion acerca del poder real. El que niega un hecho debe jurar con doce sacramentales ó pelear en palenque cerrado. Suceden los hijos en los alodios con esclusion de las hijas, de manera que si no hay hijos varones, pasan á la hija el dinero y los esclavos y las tierras al más próximo pariente.

Anglo-sajonas.—Quedan algunos fragmentos de las leyes anglo-sajonas hechas por los heptarcas (79), estando redactadas en inglés en vez de

(68) Luitp., II, 25.
(69) Rot., l. 32.
(70) Rot., l. 42.
(71) Liutp., VI, 26.
(72) Rot., l. 25, 26. Luitp., IV, 7, 8, 9, 10; VI, 27.—Rachis, 7, 8.
(73) Liutpr, IV, 7, 8, 9.
(74) *Ve tibi terra, cujus rex adolescens et principes mane comedunt.* Ecle., X, 16.
(75) Andrés de Isernia la llama *jus asinimsu*. Luca de Penna dice: *Longobardicas leges fuisse factas a bestialibus, neque merevi appellari leges sed fœces*. Montesquieu las considera superiores á todas las leyes bárbaras.

(76) MEDERERS.—*Beytrage zur Gesch. vou Bajern.* Ingolstadt, 1793.
(77) *Lex Bojar*, II.
(78) GOUPP.—*Lex Frisonum*. Breslau, 1832.
(79) *Leges justarum, anglorum, saxonum: danorum in Anglia conditæ: accedunt leges Normannorum regnum Güilielmi conquestoris, et Hesnici prines, et magna charta libertatum Angliæ, edita regnante Johanne: collegit David Wilkiusius*, tomo IV de las *Barbarum leges antiquæ*.

ser en latin, como las de los demás bárbaros (80), escepto las de Eduardo el Confesor; nueva prueba del predominio absoluto de los invasores sobre los indígenas de la isla. Las primeras setenta y nueve fueron reunidas por el rey Etelberto, perteneciendo diez y seis á Lotario y á Eadrico: dice el preámbulo de las de Vitredo (659) que se dieron en la asamblea de los grandes en presencia del arzobispo y de un obispo, usando de la palabra en ella todas las órdenes eclesiásticas: lo cual ya se adivina desde luego al notar la prohibicion de trabajar los dias festivos y de dar carne á los siervos en épocas de ayuno. Del mismo modo se espresa el preámbulo de los setenta y siete títulos de Ina: promulgó Elfredo sus ochenta y nueve títulos, adoptando en ellos la forma de un sermon, desde el tiempo de Moisés. Aunque se encuentran en Inglaterra muy pocos indicios de haberse conocido el derecho romano, se ven, no obstante, algunos de ellos, por lo menos en las escuelas y entre el clero.

Sajones.—La ley de los sajones dividida en treinta y cuatro títulos sin hablar de una capitular de Carlomagno, fué tal vez compilada en tiempo de aquel príncipe. Especifícanse en ella las heridas con la mayor minuciosidad. El asesinato de un noble se tasa en 1440 sueldos, en 120 el de un hombre libre, pagándose la misma cantidad respecto del *lito* y de la mujer casada, y el doble por las doncellas; el que niega un hecho debe llevar consigo doce testigos para que presten juramento en su compañia. Al noble á quien se le imputa haber dado muerte á un siervo, debe pagar 36 sueldos ó jurar con tres testigos. Castígase con pena capital la conspiracion contra el rey, así como el robo de un caballo, de un enjambre de abejas y de un toro de cuatro años. El que quiere casarse, debe pagar á los padres de la futura 300 sueldos, y el doble, si contrae matrimonio sin su consentimiento.

(80) *Quæ conscripta anglorum sermone hactenus habentur.* BEDA, Hist. eccle., II, 5.

CAPÍTULO XV

COSTUMBRES DE LOS BÁRBAROS.

Estas leyes son, para quien sabe consultarlas, la revelacion más verdadera del grado de cultura y de las costumbres de los bárbaros. Nos mueve muy principalmente á presumir que aquellos pueblos nuevos eran casi iliteratos, la circunstancia de ver todas sus leyes, menos las de los anglios, redactadas en latin, y á los vencedores obligados á recurrir á la escritura y al idioma de los vencidos hasta para los estatutos que no les concernian en nada. Algunos han sostenido que los francos no escribieron su lengua antes del tiempo de Carlomagno, y que el latin solo estaba en uso entre los sacerdotes y entre los grandes (1). Cierto es que el arte de escribir era tan raro en Inglaterra, que el condenado á muerte que lo poseia, era absuelto por beneficio del arte de *clergia* (2).

De consiguiente, tendrian que emplearse en la compilacion de las leyes los naturales; pero hasta tal punto se habia perdido toda tradicion elevada de derecho jurídico, que estos no supieron estenderse á miras generales. Se contentaron con proveer en detalle á casos particulares con una minuciosidad pueril las más de las veces, si bien conforme con la costumbre de los bárbaros. Si tres hombres han robado á una doncella libre de su casa ó de una de aquellas habitaciones subterráneas llamadas *screona*, cada uno de ellos deberá pagar 1,000 dineros; si concurrieren más de tres al acto, cada uno pague otro tanto (3). Acuérdese el que encienda lumbre en medio del camino de apagarla antes de ponerse en marcha (4). El que halle á una fiera herida ó cogida en la trampa, ó rodeada de perros, y la mata, y luego cuenta sinceramente la cosa, puede tomar para si el anca izquierda y siete costillas (5).

De esta falta de plan general proceden tambien las distinciones, no deducidas de la intencion, sino del daño efectivo, y este especificado con frivolidad. El que haya herido á uno en la cabeza de modo que la sangre haya corrido hasta el suelo, pagará una multa de 600 dineros; si la herida es en medio de las costillas y ha penetrado en el cuerpo, será doble la multa; si se gangrena la herida, se pagarán 2,500 dineros, y además 360 para la cura. De esta suerte habla la ley Sálica; y es todavia más minuciosa la ley sajona. La rotura de cuatro dientes delanteros se paga en 6 chelines, pero una sola muela está tasada en el doble: se evalua la uña del dedo pulgar en 3 chelines, una nariz en lo mismo. La ley Ripuaria tasa en 36 sueldos de oro el valor del dedo de que uno se sirve para disparar las flechas.

Esto manifiesta la situacion de una sociedad obligada á proveer con tal minuciosidad á infinitas especies de violencias, aconteciendo lo mismo respecto de la tarifa de las composiciones. Encontramos en la ley Sálica, la más tosca de todas, detalladas de tal manera las penas relativas al hurto, que nos hace conocer el precio inherente á las distintas clases de animales, así como el gran cuidado que se necesitaba para garantizar las propiedades espuestas á tantos ataques. Castígase el robo de un lechoncillo con una multa de 120 dineros y además su valor; de 800 si el robo ha sido en sitio cercado, y de 700, en caso de que recayese en un cerdo castrado, comprendido en el número de los

(1) ECKHARD, notas á Leibniz, *De origine Francorum*, art. 18.

(2) BLACKSTONE, *Comm. on the laws of England*, IV, 28.

(3) *Ley sálica*, tít. 14.

(4) Rotaris, l. 147.

(5) Idem, l. 317.

animales consagrados y reservados para el sacrificio (6). El que quita una campanilla del cuello de una marrana, debe pagar 600 dineros; 1,400 por el hurto de una vaca y de su becerro; 120 por el de un caballo ó una cabra: el robo ó la muerte de un perro de caza trae consigo la condena de satisfacer 1,800 dineros; 120 por el de un perro de pastor; 1,800 tratándose de un halcon; ¡tan viva era allí la pasion por la caza! El que corta ó roba un árbol en un sitio cercado, debe pagar por via de composicion 120 dineros; 1,800 por una colmena de miel robada de una cerca; debiendo pagar 1,800 dineros el que atraviesa por la habitacion de otro sin su permiso.

La distincion entre libres y esclavos, y entre vencedores y vencidos, se halla indicada por la distincion del guidrigildo, esto es, de la multa, con la cual se indemnizaban las ofensas causadas. El que roba un esclavo varon ó hembra, empleado en la guarda de los cerdos, en la estraccion de los metales, en hacer vino ó harina, ó en cuidar caballos, pagará 2,800 dineros, además del valor del esclavo y de los gastos del proceso. El *lito* que roba una mujer libre, es castigado de muerte. Si un hombre libre ha contraido matrimonio con la esclava de otro, desciende á la condicion de ésta. Si un romano roba un franco, deberá pagar 2,500 dineros. El franco que sin legítimo motivo encadena á un romano, deberá desembolsar 600, y doble cantidad el romano que obre de la misma manera con un franco. Si es muerto un antrustion en un motin, deben pagarse 72,000 dineros para espiar su muerte, y la mitad por la de un romano ó un *lito*. Así, pues, para el feroz sicambro un romano, esto es, un vencido, valia siempre la mitad que un franco de ínfima condicion, y no se mitigó esta desproporcion aun después de recibir el bautismo, sino en los casos en que algun romano llegaba á ser *comensal del rey*, cuyo título duplicaba su valor (7). El título X de la ley Gombeta, previene que el romano ó borgoñon que da muerte á un siervo bárbaro, pague 35 sueldos ó 12 de multa; 30 si es un labrador ó un porquero; 160 si es platero; 50 es el precio de un herrero, y 40 el de un carpintero. Existia ya, pues, refinamiento del arte entre estos pueblos. Es valuado como sigue un diente roto: 15 sueldos por el de un noble, romano ó borgoñon; 10 por el de una persona de la clase media; 5 por el de uno de la clase ínfima, y si el culpable es un siervo, pierde la mano.

Ofrece tambien la ley Ripuaria disposiciones muy minuciosas sobre las mutilaciones: si un hombre libre corta la oreja á otro, de manera que no pueda oir en lo sucesivo, el culpable debe pagar 100 sueldos y 50 si el herido oye; lo mismo acontece con respecto á las narices, los ojos y la mano. La pena es siempre doble cuando el miembro lastimado queda inútil; pero es preciso que el acusado pueda probar su inocencia por el juramento de doce. El que da muerte á un esclavo, debe pagar 36 dineros, y 100 si el muerto pertenece al rey ó á una iglesia, escepto si se justifica de la manera ya enunciada. Un ripuario que mata á un franco de otra raza, debe pagar 200 sueldos: 160 si el muerto es un borgoñon, un aleman, un frison, un bávaro ó un sajon; 100 si es un romano (8). Aquel que debe pagar una composicion por homicidio, puede dar un buey en buen estado por el precio de 2 sueldos; se toma por 6 una ternera, por 3 una yegua, una espada con su vaina por 7 y por 3 sin

(6) Hállase comprendida esta ley en el número de aquellas que hemos calificado de anteriores á la emigracion.

(7) El famoso texto de Herold: *Si quis ingenuus francum aut barbarum, aut hominem qui lege salica vivit, occiderit*, del cual se ha querido deducir que se concedia á otros el vivir conforme á la ley sálica, no prueba nada, porque en ningun manuscrito se encuentra el segundo *aut*.

(8) TABLA DE LOS *widrigild*.

		Sueldos.
1.ª CLASE.	Entre los francos salios y ripuarios, por la muerte de un obispo.	900
	De un antrustion.	600
	Por muerte ó complicidad en una selva.	1800
	Por la muerte de un sacerdote, de un *grafion* ó sagbaron.	600
	De un diácono.	500
	De un subdiácono.	400
	De un romano, comensal del rey. . .	300
2.ª CLASE.	Por la muerte de un franco libre. . .	260
	Si la muerte se comete en una selva, ó si es quemada la víctima.	600
	Por la muerte de un romano libre. . .	100
	Por complicidad.	300
	Por la muerte de un extranjero borgoñon, frison, aleman, ó bávaro. . . .	160
	De una mujer en cinta.	700
3.ª CLASE.	Por un romano colono.. 45 *(sal.)* y 36 *(rip.)*	
	Esclavos. 36	
Heridas.	Mano ó pié cortado. . . 100 *(r.)* 62 1/2 *(s.)*	
	— estropeado.. 50	
	Ojo sacado.. . . . . 100 62 1/2	
	Oreja cortada ó herida. . . . . 100 ó 50 *(r.)* 45 *(s.)*	
Injurias.	Cabellos cortados á un niño. 62 1/2	
	Franco maltratado por romano. 6	
	Romano por franco. . 15	
	Por tratar á uno de vil. . 15	
	— de liebre. . . 6	
	— de zorra. . . 3	

Si hemos de dar crédito á Nestore, en Rusia Yaroslaf (1019-1054) publicó las primeras leyes escritas, llamadas *Rouskia pravda*, Verdad Rusa. Segun aquellas el homicida puede ser muerto por los parientes del interfecto: sino, debe pagar al tesoro, por un boyardo, la doble multa, es decir, 80 grivnas: por un paje, escudero, cocinero del príncipe, mercader, empleado, porta-espada de un boyardo, ó cualquier hombre libre ruso, 40 grivnas: la mitad por una mujer: por un esclavo pagará su valor al amo: por una esclava, 6 grivnas y otras 12 al Estado.

ella, una buena coraza por 12, un casco ó un par de grevas por 6, un escudo con la lanza por 2, un halcon domesticado por 6, por 3 si no lo está, por 12 después del tiempo de la muda.

No son menos sutiles en esto los longobardos. Un golpe con el puño se paga en 3 sueldos; en 6 un bofeton, del mismo modo que una herida en la cabeza, si solamente causa lesion en la nuca: por dos heridas se dan 12 sueldos, por tres 18, y las que pasan de este número no entran en cuenta. Un hueso roto se estima en 12 sueldos, dos en el doble, tres y más en el triple, pero si el hueso roto era tal que, arrojado á distancia de doce piés contra un escudo, pueda producir un sonido se valuaba por un hombre. Un labio hendido cuesta 16 sueldos y 20 ó más si deja descubiertos uno, dos ó más dientes. Cuando se rompe uno de los dientes que se ven al reirse, se pagan 16 sueldos; los demás costaban á un precio proporcionado; pero se tasa en 8 cada muela. Un dedo pulgar cortado se paga en la sexta parte del precio del individuo á quien se ha herido, el índice en 16 sueldos, el del corazon en 6, el anular en 8 y el pequeño en 13 (9); todo con las variaciones inherentes á la clase y condicion del ofendido (10).

Las mismas diferencias se observan en la ley de los borgoñones. En la de los visigodos habia pocos guidrigildos: un golpe costaba 5 sueldos, 10 la rotura de la piel, una herida que llegara hasta el hueso, 20, y la rotura de un hueso 100 (11). Entre los anglo-sajones el *were* variaba en la proporcion de 200 á 600 chelines, y de 600 á 1,200. Entre los frisones (12) el que hiera á otro en uno de los cuatro dedos más largos, en la falange superior, de manera que salga sangre, debe 1 sueldo de composicion, 2 si la herida coge la falange de en medio, 3 para la inferior, 4 si la herida es en la juntura de la mano y del brazo, en el codo ó en el hombro, 2 sueldos si está en la parte superior del pulgar, 3 por la parte inferior: la lesion en un ojo con pérdida de la vista es estimada en 20 sueldos y 2 *tremisos*. Si el ojo es vaciado, se debe la mitad del *widrigil*, y de la misma manera para cada una de las diferentes partes del cuerpo.

El pundonor, cualidad que distingue á los modernos de los antiguos, aparece ya en los castigos impuestos á las palabras. Entre los longobardos el que trata á un hombre de infame, debe pagarle 120 dineros, doble si se ha servido de la palabra cobarde, 600 si le llama espia. La mujer que trata á otra de prostituta sin poder probarle el hecho, paga 45 sueldos. El tutor que injuria á su pupila, pierde el mundualdo.

Ritos simbólicos.—Los símbolos, que en el derecho patricio de Roma representaban de una manera escénica los actos civiles, reaparecen entre los francos y los demás bárbaros. «Cuando alguno quiera separarse de la familia, que se presente en las asambleas delante del tongino ó centenario, y que rompa sobre su propia cabeza cuatro varillas de aliso, que arroje sus cuatro partes en el tribunal y renuncie al juramento, á la herencia y á toda su comunion.» Entre los sajones para emancipar al esclavo ó al pupilo, se disparaba una flecha por encima de la cabeza (13). Segun la ley Sálica, el que sorprende á un hombre infraganti delito de robo, ó de injuria á su mujer ó hija y no ha podido encadenarle, pero le ha dado muerte en la lucha, debe en presencia de testigos levantar el cadáver sobre un zarzo en medio de una encrucijada, después conservarle por espacio de catorce ó cuarenta dias, y afirmar, con los conjuradores delante del juez y por las cosas santas, que le ha muerto defendiéndose á sí mismo, pues sino es considerado como asesino.

Investiduras.—Pasaremos en silencio las ya citadas ceremonias de la emancipacion y que recuerdan las de los romanos. Pero la investidura de una propiedad, de un cargo, de un grado, se daba por tradicion efectiva; ceremonias convenientes á gentes que escribian poco, y cuya imaginacion tenia necesidad de ser herida por representaciones reales. ¿Tratábase de una venta? se entregaba al comprador, ya una rama de árbol ó un cuchillo, una brizna de paja, una pella, y á veces un poco de tierra en que estaba plantada una rama. Conferíanse las dignidades eclesiásticas entregando el báculo pastoral y el anillo; y los empleos inferiores, con el bonete, el cáliz, un candelero, las llaves de la iglesia, el incensario, ó haciendo tocar la cuerda de las campanas, quemar un grano de incienso ó leer en el misal; ritos que no ha abandonado aun la Iglesia del todo. La espada era

(9) L. de Rotaris, 46, 47, 50, 51, 52, 67. Del mismo modo la ley dada por Guillermo el Conquistador á los ingleses dice: *Si alquns crieve oil al altre per aventure quel que seit, si amendiad* LXX *soldei solz engleis, e si la purvele i est remis, si ne rendra lui que la meite.*

(10) La ley longobarda distingue así mismo los *widrigildos* del libre, del aldion y del esclavo.

Delitos.	Libre.	Aldion.	Esclavo.
Homicidio.	900 s.	60	50, 25, 20, 16 segun su utilidad.
Un golpe en la cabeza.	6	4	
Dos golpes.	12	4	
Ojo vaciado.	450	30	25, 12 ½, 10, 8
Nariz cortada..	450	8	4
Labio cortado de modo que se vean los dientes..	20	6	4
Diente molar roto . .	8	2	1
Diente que se ve al reirse..	16	—	2
Mano ó pié cortado, la mitad del homicidio.	450	30	—
Dedo pulgar cortado..	150	8	4

(11) Tít. VI, 4, 1.

(12) Tít. XXII.

(13) Kopp, *Bildern und Schrifter der Vorzeit.*

para ciertos reinos la señal de la investidura; era la lanza para los reyes longobardos, el confalon para el dux de Venecia: Oton II dió en feudo el territorio de Bobio al abad de aquel monasterio, poniéndole en el dedo un anillo de oro. Ingulfo, en el siglo undécimo, afirma que los bárbaros tenian la costumbre de conferir las tierras sin acta escrita, y solo de viva voz con la espada, la cimera, la trompa, la copa, la espuela, la almohaza, el arco y la flecha, y que estos diferentes usos se conservaron aun después de la adopcion de las escrituras.

Estos símbolos no tenian á veces ninguna relacion con la cosa, cuya propiedad se transferia; porque tan pronto se consignaban un guante, un libro, un cuchillo (14), un perro, como cabellos, una correa, un par de tijeras, un martillo, un junco, un puño, un manto, ó tambien mármol, pescados, el pomo de una espada ó un cántaro de agua del mar. Cuando estos objetos habian servido á la tradicion, si eran de naturaleza de entrar en el uso comun, eran agujereados ó rotos, y la persona investida los conservaba como prueba de estar consumado el acto. De aquí procede que encontramos en los archivos espadas rotas, monedas agujereadas, pajuelas y cosas semejantes, y á veces pequeños paquetes de paja atados al instrumento, cabellos y barbas unidos á la cera del sello; y tambien pedazos de madera y cuchillos en cuyo mango se grababa el nombre del vendedor. Otras veces se hacian ciertos actos significativos, como darse las manos (15), presentar el pulgar derecho, dar un beso, tocar una columna ó un cuerno, entrar por la puerta, pasear por las propiedades, remover la tierra y recibir juntos la comunion.

Prescribian ceremonias de esta clase las leyes sálica, ripuaria y alemana; encuéntranse tambien algunas en los instrumentos de individuos que vivian bajo la ley romana, como la que consistia en hacer levantar del suelo el tintero, la pluma y el pergamino por aquel que habia exigido la redaccion del título y que debia entregarlo al notario. Tambien estaba prescrita la hora en que habia de funcionar el juez, á qué zona habia de mirar, qué distintivo de jurisdiccion habia de tener en la mano y de qué manera habia de componer su aspecto (16). Entre los longobardos no era tan comun esta parte mímica de los juicios; y por lo comun estendian actas escritas para las ventas, especificando el objeto enagenado con el precio, añadiéndole la fianza bajo cláusula penal de pagar doble precio. No era raro que hiciesen uso de los símbolos de la tradicion. Lo que llamaban el *launechild* ó launequildo les era peculiar; compensacion que el donador recibia del donatario; era un vestido, un manto, un anillo de oro, un caballo, un par de guantes, ó dinero, y se encuentran ejemplos de esta costumbre hasta el siglo XIII: hácia el fin, en lugar de dar el vestido al donador, no se hacia más que presentarle la orla de la vestidura. Mandó Rotaris (17) que en el caso en que el donatario fuese requerido por el donador á que probase el hecho del launequildo, tuviera que jurar haberlo entregado y de no restituir el *ferquid*, es decir, el equivalente. Declara Liutprando (18) no valedera la donacion sin el launequildo y el tinx (19), esceptuando los dones hechos á la Iglesia y lugares santos para la redencion del alma.

Moralidad.—Un pueblo que abandona su patria pierde gran parte de los sentimientos más tiernos que están enlazados con ciertos lugares, con ciertas fiestas, con ciertas memorias. Se halla de esto prueba suficiente en los escesos á que se entregan los colonos en los paises ocupados; y los cultos españoles, portugueses é ingleses del siglo XVI no acreditaron menos barbárie que los devotos y caballerescos cruzados del duodécimo siglo. ¿Hay alguno que pueda creer ahora mismo en la bondad, en la pureza de costumbres de las hordas guerreadoras, mezcla de diversas naciones, débilmente unidas á su jefe, tales como las de los germanos invasores?

Aquellos pueblos llegaban en medio de una sociedad corrompida por el lujo, envilecida por la esclavitud, pervertida por la idolatría, y en la que el cristianismo todavia no habia penetrado profundamente para reformarla. De aquí resultó que á sus vicios propios añadieron los de los vencidos; y si por un lado producen repugnancia el fraude, la bajeza y un refinado libertinaje, espanta por otro el aspecto de las rapiñas, de las crueldades brutales y del libertinaje grosero. Habia dejado el paganismo un deplorable legado de prácticas supersticiosas y de creencias absurdas. Ya eran

---

(14) *Atramento, pinna et pergamena manibus meis de terra elevavi, et Teutpaldi notarii ad scribendum tradidi per vasone terre et fistuco nodato seo ramo arborum accepi... per coltello et wantone seo aldilaine et sic per hanc cartula, iusta legem saliga, vindo, dono, trado atque trasfundo*, etcétera, etc. Carta luquesa del año 983. Archiv. Guinigi.

(15) El apreton de manos en señal de cerrar un trato, es muy antiguo. Véase SERVIO, ad *Æneid.*, III, 607. En PLAUTO, *Cap.* II, 3, V, 82. Tindaro dice:

Haec per dextram tuam, te dextera retinens manu,
Obsecro, infidelior mihi ne suas, quam ego suam tibi.

En Terencio, Ἑαυτοντιμορούμενος, III, 1 84:

Cedo dextram, posso te idem oro ut facias, Chreme.

Isidoro *(Orig.*, IV, 24), hace derivar de *manu datum* el mandato *(mandatum)* contrato consensual de buena fe por el cual se confia un asunto á los cuidados de alguno ó se acepta. En los *Macabeos*, II, 13, 22: *Iterum rex sermonem habuit ad eos qui erant in Bethsuris; dextram dedit, accepit, abiit.*

(16) MICHELET, *Orig. del derecho francés*, l. II.

(17) L. 175.

(18) L. VI, ley 19.

(19) Gracio traduce la palabra *thinx* por donacion solemne. Véanse *Antigüedades lombardas milanesas*, diss. XXII: y DU CANGE en la palabra *Investidura*.

larvas, á quienes era necesario aplacar con lustraciones, ya hechicerías de la clase de las que abundan en las obras de Apuleyo y de Luciano, ya apariciones de muertos y de vampiros. Adoptaron todo esto los bárbaros; sin despojarse de sus propias quimeras; y así se hace á menudo mencion en sus leyes de maleficios y de pactos con el demonio. Entre los longobardos se creia que ciertas mujeres se tragaban hombres, por lo cual el legislador las condena. Háblase en las leyes de los borgoñones de los *vegii* que recibian una recompensa por ayudar con sus encantamientos á que se encontrara el rebaño descarriado (20). El concilio de Agda prohibe á los clérigos ocuparse en los augurios y en los sortilegios de los santos (21). San Cesáreo se lamenta de los que observan los augurios y honran á los árboles, á las fuentes y á otros vestigios del paganismo.

Hartas crueldades llevamos narradas, y por poco numerosas que sean las crónicas se podrian recoger muchas más todavia en ellas. Ni el mismo clero suministraba siempre edificantes ejemplos; y Gregorio de Tours cita la atroz venganza del obispo de Caulin haciendo enterrar vivo con un cadáver al sacerdote Anastasio. Hé aquí de lo que se daba cuenta en el primer concilio de Tours. «Diferentes sacerdotes establecen hospederías en lo interior de las iglesias; horrible es decirlo; y los lugares en donde no deberia oirse más que el acento de la oracion y las alabanzas á Dios, retumban con el estruendo de los banquetes, de palabras obscenas, de disputas y contiendas.»

Parece mayor el sentimiento en los pueblos donde la reflexion es menor; y así se nos presentan en ellos actos heróicos de virtudes naturales. La hospitalidad y la venganza pertenecen precisamente al sentimiento, y por eso abundan entre los bárbaros. El amor de la libertad y de la independencia no es más que la repugnancia á hacer uso de la razon como todo vínculo social requiere. Sin embargo, el hecho más culminante en esta época, es el contraste entre la barbarie nativa y la obra civilizadora de la Iglesia: con efecto, si la una arrastra á los reyes á los desafueros de la ambicion, á la lascivia, les vemos impelidos por la otra en sentido inverso á fundar monasterios, á consultar ermitaños y á someterse á penitencias: el mismo pueblo que se abandona al libertinaje y á todos los abusos de la fuerza, llora sobre la tumba de los mártires, invoca á los santos y cree en los milagros de bondad.

Rústicas eran las moradas: el hacha amoldaba los utensilios de primera urgencia, como tambien los armarios, llamados así á consecuencia de las armas que se encerraban dentro: efectivamente era la parte más importante del ajuar, puesto que las armas conferian los derechos de hombre libre y de ciudadano. Tambien los banquetes tomaron su nombre de los bancos que servian de asiento para celebrarlos y que sustituyeron á los lechos de los antiguos; en los cuales se servia la caza, asada al fuego que ardia en la ancha sala del mismo festin, y el vino que circulaba en el dorado cuerno, á veces en cráneos humanos, escitaba la alegria, y no era raro que escitase tambien la lucha y la sangre.

Siempre se halla en el fondo de esta sociedad algo de infantil é ingénuo. Carlomagno insertaba en sus Capitulares prescripciones relativas á las gallinas de su corral y á la venta de los huevos y de las legumbres sobrantes. La sanguinaria Fredegunda decia á Chilperico: *He descubierto que se han robado muchos jamones en la despensa.* El obispo Fortunato enviaba á su madre y á sus hermanas, ciruelas silvestres cogidas por su mano en una cesta de juncos que él mismo habia trenzado. Algunas varas de tierra bastaban á los reyes para su jardin, donde se entretenian en cultivar hortalizas en medio de las rosas, azucenas y romeros, en engertar el cerezo, la higuera, el níspero, y en coger sus frutos. Si tenian que trasladarse de un punto á otro, subian á una carreta tirada por bueyes y se encaminaban lentamente á las asambleas de mayo ó á la ciudad á donde iban á consumir las rentas en especie. Un siervo llevaba el rebaño después de pastar al pié de la morada regia, y le abrigaba bajo el mismo techo que los caballos de guerra: otro batia la manteca; el gastaldo tomaba cuenta de las frutas y de los huevos, y llevaba las cestas de fresas y de uvas á salones adornados con los trofeos cogidos al enemigo y con cabezas de lobos muertos en la caza.

En las ocasiones solemnes sabian desplegar la pompa que fascina á los espíritus groseros, y mostrarse magníficos en sus liberalidades. Aun se admiran los regalos ofrecidos por Agilulfo y por Teodelinda á San Juan de Monza. Clodoveo hace voto de donar á San Martin su caballo, luego quiere redimir su promesa mediante 100 monedas de oro, pero el corcel se resiste á dar un paso hasta que el rey duplica la suma, lo cual le hace esclamar de este modo: *El bienaventurado San Martin es bueno para hacer servicios, pero caro* (22) y aprontá la suma. Un dia que platicaba con San Remigio, lo cual le agradaba mucho, le ofreció tantas tierras como recorriera mientras él dormia la siesta. Con esto daba oidos á las súplicas de la reina y á los votos de los habitantes que se lamentaban de estar sobrecargados de exacciones é impuestos, y que preferian pagar á la iglesia de Reims mejor que al monarca. En su consecuencia, se puso el santo en camino y habia dado vuelta á un vasto espacio de territorio antes de que despertara Clodoveo, quien confirmó la donacion. Eligio hizo á Dagoberto un trono de plata maciza, sobre el cual se

(20) *Lex Burg.*, add. tít. VIII.
(21) Véase la nota (1) al cap. XII del Libro VI.

(22) *Vere beatus Martinus est bonus in auxilio, sed carus in negotio.* GREG. TURON.

mostraba el rey, vestido de manto azul y blanco con diadema y cetro, rodeado de duques, de condes, de obispos, de barones, causando admiracion sus pieles y sus cinturones tachonados de oro y de pedreria. Coperos, maestresalas, reposteros servian mesas espléndidas de plata maciza, ornadas de figuras y de flores, sobre las cuales brillaban los vasos preciosos robados á los vencidos: uno de ellos dado en fianza, no pudo durante muchos años ser rescatado por un rey de los francos. Hacian consistir su gloria estos príncipes en ostentar un gran lujo de vajilla á la vista de los extranjeros, ó bien manifestarla en los dia de solemnidad en mesas colocadas bajo doseles de púrpura. Cita tambien un banquete en el que se sirvieron treinta mil bueyes.

Entre los servicios habia bailarines, bufones y pantomimos: representaban juegos escénicos, cantaban los bardos las hazañas de Teodorico, de Alboino, de Meroveo; los *fatistas* referian cuentos; después el jardin ofrecia nuevos espectáculos, y el heraldo, abriendo las puertas del palacio, arrojaba á la multitud monedas de oro gritando: *Estas son las liberalidades del rey.*

Caza.—La diversion más en boga era la caza de osos ó jabalíes, ejercicio de fuerzas y simulacro de guerra. No tenia entre los romanos otra traba que la prohibicion de turbar la propiedad de otro: los bárbaros fueron los primeros que introdujeron aquellos privilegios y reservas, que llegaron hasta el punto de considerar como una prerogativa real el derecho esclusivo de cazar en inmensos dominios. Conviene decir que no era tanta la aficion de los longobardos á esta diversion, porque poco ó nada determinaron acerca de ella; pero puede juzgarse del precio en que la estimaban los francos salios por la enorme multa de 1,800 dineros impuesta al que diera muerte á un halcon. La caza con estos animales fué estendida después en toda Europa por los normandos.

Cuidado del cuerpo.—Llevaban los godos bigotes y se levantaban los cabellos plegándolos sobre las orejas, después reuniéndolos en trenzas, los ataban detrás de la nuca. El emperador Honorio, prohibió á los romanos imitar las modas de los godos, pero Teodorico vestíase á la romana para conciliarse el afecto de los vencidos, y queria que los suyos le imitasen (23).

Rasurábanse los longobardos la parte posterior de la cabeza hasta la nuca. Dejaban crecer sus cabellos por delante hasta llegar á la boca, separándolos con una raya en la frente, llevaban grandes bigotes y la barba larga; algunos pretenden que de aquí procede su nombre. Tal vez el desaseo sostenia entre ellos una enfermedad que está indicada, cualquiera que fuese su verdadera naturaleza, bajo el nombre de lepra. Aquel que era atacado se le espulsaba de su alojamiento y de la ciudad: medida que nada tiene de exorbitante comparada con tantas otras sugeridas por el cuidado de la salubridad pública: pero lo que hacia la condicion de estos desgraciados más cruel, era considerarlos como muertos y prohibirles no tan solo disponer de sus bienes, sino hasta usar de ellos, para sostenerse (24).

No usaban barba los francos, ó muy poca, y por lo comun no se dejaban crecer sino los bigotes; cortándose todos el cabello á escepcion de los reyes de la primera raza, cuyo distintivo era la larga cabellera; los de la segunda se lo cortaron en redondo. Cuando se afeitaban la barba por la primera vez, era en alguna solemnidad, en la cual se elegia un padrino para asistir á la operacion que se tenia por infamante cuando era forzada.

Los romanos de aquel tiempo se afeitaban la barba, ó al menos no la dejaban crecer sin medida; se cortaban tambien los cabellos de diferente manera que los longobardos. Consta en un escrito que en el reinado de Desiderio los longobardos de Rietti y Espoleto se presentaron á someterse al papa Adriano, quien al recibir su juramento les hizo cortar la barba y los cabellos á la romana.

Sábese cuanto cuidaban los bárbaros su cabellera, la cual era una señal de condicion libre (25). Los grandes se la empolvaban con oro, la daban antes del combate un tinte de un rojo vivo, dejándola siempre flotante sobre los hombros; la amante se cortaba la suya sobre la tumba de su amado: jurar por los cabellos era un juramento sagrado. Un deudo insolvente cogia con su brazo el cuello de su acreedor, y le presentaba tijeras para que le cortase los cabellos, espresando de esta manera que se constituia esclavo suyo hasta la estincion de la deuda. Un guerrero cogido por el enemigo conjura á aquel que debe decapitarle, para que no deje empapar sus cabellos en la sangre é impida que sean tocados por un esclavo. El emperador Constantino el Filósofo envió al papa Benedicto II algudos mechones de los cabellos de sus hijos Justiniano y Heraclio, que fueron recibidos en Roma con gran pompa. Poco después, el rey de los búlgaros hizo ofrenda de su cabellera á San Pedro. Los seglares se afiliaban en algun monasterio haciendole don de un cabello; enviarlo á alguno equivalia á ponerse á su devocion. Habia bendiciones la primera vez que se cortaban; sellábase una paz cortando algunos cabellos á los dos conciliados

---

(23) Sidonio, l. I. ep. 4. Dice que Teodorico, con la costumbre *aurium legulas (sicut mos gentis est) crinium superjacentium flagelis operiri.*

(24) Rotaris, l. 176. Volveremos á hablar de los leprosos en el Libro XI.

(25) *Crinis rufus et in nodum coactus apud Germanos.* SÉNECA.—*Crinibus in nodum tortis venere Sicambri.* MARCIAL.—*Hic quoque monstra domans rutili quibus arce cerebri. Ad frontem coma tracta jacet, undataque cervix Setarum per damna nitet.* SIDONIO APOLINAR.—*Ante ducem nostrum flavam sparsere Sicambri Caesariem, pavidoque orantes munere Franci.* CLAUDIANO.

y mezclándolos juntos: se deponian algunos sobre un altar para confirmar una donacion. Cortábanse recíprocamente un mechon para jurar una conspiracion (26). Decíase de una doncella que debia casarse, que era *vírgen de cabellos*, porque, segun la costumbre longobarda, no se cortaba la cabellera de las mujeres antes del matrimonio. (27) Los penitentes no se afeitaban ni peinaban. Tomando el hábito los monges ofrecian sus cabellos á Dios; esto es lo que se hace aun con la tonsura. Era considerado por los tribunales como una injuria el tocar la barba á otro; y multaban hasta en mil ochocientos ochenta dineros al que cortaba la cabellera á un joven sin noticia de los padres.

La moda varió después, segun los tiempos. Herido Francisco I de Francia por un tizon que le cayó sobre la cabeza en un festin, se hizo cortar los cabellos y conservó la barba; imitáronle los cortesanos, y esta moda fué adoptada por los italianos de la época, no por gravedad, sino por elegancia, á la par que los magistrados la rechazaron en Italia: ni aun en Francia se admitia á nadie en parlamento con la barba larga. Los que la usaban le daban figuras variadas y estravagantes; por ejemplo, se la arreglaban como una cola de golondrina, como un abanico ó redonda: se la pintaban y perfumaban con esmero, y por la noche se la cubrian con una bolsa. En el siglo décimo séptimo quedó reducida á una mecha que bajaba desde el lábio inferior por la barbilla.

Seguian los eclesiásticos por lo comun, en dejar crecer ó cortar la barba, el uso contrario al que se practicaba por parte de los seglares. El concilio que tuvo lugar en Roma en 721, manda á los clérigos la reforma de las cabelleras que se habian dejado crecer con menoscabo de la tonsura eclesiástica. En 1053, pidiendo Miguel Cerulario á grandes voces la reforma de la Iglesia romana, afeaba á los sacerdotes el que se afeitasen. Llevaron la barba larga desde el siglo XII hasta el XV (28), pero habiendo los seglares adoptado tambien esta costumbre, mandó Leon X que los sacerdotes y los abades se la cortasen (29).

Vestido.—Llevaban los longobardos trajes largos con ribetes de color variado; cubiertas las piernas con unos borceguies de figura singular, y en el pié un calzado abierto casi hasta la punta del dedo gordo y sujeto con tiras de cuero (30): después á estas sandalias sustituyeron las bótas. De esta manera hizo Teodolinda pintar las hazañas de los suyos en la basílica de Monza (31); pero se alteraron tales modas con su permanencia en Italia, de suerte que las generaciones sucesivas miraron con admiracion y casi con horror las efigies de sus padres.

Usaban los francos sandalias doradas sujetas al pié con cintas tricolores; los muslos envueltos en fajas formando cuadros, y debajo lienzos de un solo color, variados con un trabajo muy artificioso: enseguida la camisa *glizzina*, y encima el cinturon de la espada; llevando por último un manto blanco ó verde cuadrilongo, de modo que puesto sobre los hombros descendiese hasta los piés por delante lo mismo que por dètrás, bajando solo hasta la rodilla por los lados. Llevaban en la mano derecha un baston con puño de oro ó de plata cincelada, cuya estremidad se encontraba armada con una terrible contera (32). Cuando en 1638 se descubrió en la basílica Ambrosiana de Milan, el sepulcro de Bernardo, rey de Italia, nieto de Carlomagno, se encontraron conservados, segun Puricelli, sus dos zapatos de cuero encarnado, á los cuales estaban unidas por medio de correas unas suelas de madera; adelgazándose éstas segun el órden de los dedos, á los que se adoptaban con tal exactitud, que el derecho no podia servir al pié izquierdo. Las dos cuartas partes de la pala estaban cosidas solamente al talon, y cortadas en forma oblícua hácia la parte superior, donde se unian al pié.

El modo de hacer las medias con aguja, que hoy dia no ignora ninguna niña, era desconocido entonces. Sábese que los romanos no gastaban bragas, lo que hizo que habiendo adoptado César para garantirse del frio una especie de calzoncillos (33), se mirase casi como una estravagancia. Los bárbaros hacian por el contrario uso de este traje, que su comodidad hizo pronto comun á los vencidos, aconteciendo lo mismo respecto de las pieles. Destináronse para el pueblo las pieles de zorra, de cordero y de carnero, al paso que los ricos preferian los despojos blancos, grises ó negros de la cebellina, de la marta y del armiño. El nombre de *super-*

(26) Véase DU CANGE y la *Ley long.* l. I, tít. 17.

(27) Es comun la etimologia de *tosa*, voz que los lombardos usan por doncella, de *intonsa*, tomada de esta costumbre. Conviene advertir no obstante, que se encuentra esta voz aun en los paises no dominados por los longobardos, pues que el provenzal Pier da Villaré cantaba:

Per Melchior e per Gaspar
Fo adoratz l'altissim Tos.

(28) Dice un anónimo hablando de los eclesiásticos de los siglos XI y XII: *Raduntur in summitate capitis, capillis remanentibus sparsis circa tonsuram, nec descendentibus sub oculis, neque sub auribus.* Ap. SART, *De veteri casula dypthyca*, c. 5, I, número VI.

(29) Berni ha compuesto un soneto muy conocido, en el que invita á llorar á lágrima viva la barba de Dominico de Ancona. Existen cartas de aquella época, en las que se deja ver el profundo disgusto que causó esta órden, y los subterfugios empleados para sustraerse á ella y la desesperacion con que se resignaban á la obediencia.

(30) PABLO DIÁC., IV, 33.

(31) VASARI, *Proemio á las vidas de los pintores.* Luego no se habia extinguido la pintura en Italia, como quiere suponerse.

(32) MONGE DE SAN GALO, *De rebus gestis a Carolo Magno*, I, 36.

(33) *Femoralia*, SUETONIO en *César*.

pelliceum dado á la sobrepelliz, atestigua entre los sacerdotes la costumbre de llevar pellizas; siendo una prueba de lo que decimos las mucetas y las capas pluviales de los canónigos. Los venecianos y aun tambien los habitantes del Exarcado imitaron mucho á los griegos en su manera de vestir, en razon de sus frecuentes relaciones con ellos. Cuando los cruzados atacaron á Constantinopla, el veneciano Pedro Alberti, que habia sido el primero que escaló la muralla, fué muerto por un francés, que lo tomó por griego. Se conoce que se dejaban crecer y peinaban su barba á la bizantina por la máscara que conserva el tipo nacional.

Comercio.—Se sobreentienden los enormes perjuicios que esperimentó el comercio á causa de las frecuentes invasiones; pero tanto era su vitalidad, que á pesar de esto no fué destruido, viéndose al mismo tiempo que los reglamentos ineptos y la sistemática proteccion le hacen más daño que los más graves desastres. Teodorico, rey de los ostrogodos, trató de favorecerlo; instituyó con este objeto prefectos en Italia, y jueces encargados de fallar sobre las diferencias entre extranjeros y nacionales; hizo reparar los caminos, esterminar los bandidos que los infestaban y equipar hasta mil buques, tanto para el transporte de las mercancías como para la seguridad de las costas, atrayendo á los comerciantes con promesas é inmunidades. Sabemos, en efecto, por el anónimo de Valois, que acudian muchos del esterior á traficar en Italia, en cuyo punto se verificaban trueques de trigo, vinos y legumbres; y los minuciosos cuidados que empleaba aquel gobierno, hasta fijar el precio de los géneros (34), atestiguan inesperiencia económica, no descuido. Sábiamente concedieron los visogodos á los mercaderes venidos del esterior el derecho de ser juzgados en sus diferencias por medio de jueces de su pais (35); ¡pero cuanto debia escasear el tráfico cuando otra ley permitia á los particulares ocupar la mitad del cauce de los grandes rios, con la sola condicion de dejar libre la otra mitad para las barcas y para las redes (36)!

No se paralizó el comercio con la dominacion de los longobardos. Iban los mercaderes italianos á las ferias de Paris, á donde concurrian tambien los sajones, provenzales, españoles y de las diversas naciones francas (37). En las leyes de Astolfo se habla además de los *negociantes* (38), se manda que tambien ellos se mantengan apercibidos de armas y caballos, y se prohibe á los mercaderes del pais negociar con los romanos.

Mujeres.—Hay algunos que hacen emanar del respeto profesado por los antiguos germanos hácia las mujeres, los sentimientos que imperan en la sociedad moderna respecto del bello sexo; sentimientos tan agenos de la tirania y del desprecio que se observaban en este punto entre los antiguos. A decir verdad, las leyes bárbaras no nos hacen concebir una idea muy elevada de la delicadeza de que hicieran uso respecto de aquellas á quienes no consideraban más que como fábricas de guerreros. El asesinato de una mujer en edad de tener hijos, se pena en 600 sueldos, y en 200 antes ó después de la edad nubil; y lo mismo acontecia entre los longobardos. En cuanto á los francos, el que da muerte á una mujer, ya madre, está obligado á pagar 24,000 dineros: 28,000 si se hallaba en cinta, y 8,000 si ya no habia en ella aptitud para concebir. Por lo que acabamos de manifestar se ve que tanto las mujeres como los árboles se valuaban segun el fruto que pudieran dar. Sin embargo, las leyes introducidas en los códigos bárbaros con el objeto de proteger su pudor, son enteramente nuevas, y tan precisas que frecuentemente lo ofenden para protegerlo. El hombre libre que estrecha entre su mano el dedo de una mujer tambien libre, tiene que pagar una multa de 600 dineros, el doble si la toca el brazo, 1.400 si es en el codo, y 1,800 si la lleva al seno. Segun las leyes bávaras, el que levanta hasta las rodillas las sayas de una mujer libre, es condenado á pagar 6 sueldos; siendo doble la multa para aquel que la quite el peine ó descompone sus cabellos por deleite. Y aun es cosa muy digna de notarse como principió entre los bárbaros, en nombre del afecto á proclamarse la igualdad de las mujeres (39).

Ya hemos hablado de la perpétua dependencia en que vivian las mujeres. Entre los longobardos, vendia el mundualdo la mujer al marido, quien venia á ser por este medio su heredero, aprovechándose además de las multas impuestas á aquellos de quienes recibia una ofensa. No existia allí, propiamente dicho, ningun dote, pero el *faderfio*, el *mefio* y el *morgengabio* hacian las veces de tal. Significa el primero herencia paterna (*vatererde*); componiéndose esta de lo que el padre ó los hermanos daban, segun su voluntad, á la esposa,

(34) Casiodoro, *Ep.* 14, lib. IX.
(35) Lib. XI, tít. 3, §. II.
(36) Lib. VIII, 4, 9.
(37) Este nuevo dato está tomado del diploma número LXI, de los *Papiros* de Marini, y se refiere al año 629.
(38) Véase las III y IV de las nuevas leyes encontradas por Troya.

(39) Entre los fórmulas de Marculf se encuentra la siguiente: *Dulcissimæ filiæ N. Diuturna sed impia inter nos consuetudo tenetur, ut de terra paterna sorores cum fratribus portionem non habeant. Sed ego, perpendens hanc impletatem, sicut mihi a domino æqualiter donati estis filii, ita et a me sitis æqualiter diligendi, et de rebus meis post meum decessum æqualiter gratulemini. Ideoque per hanc epistolam te, dulcissima filia mea, contra germanos tuos, filios meos N. N., in omni hereditate mea æqualem et legitimam esse constituo heredem, ut tam de alode paterna quam de camparata, vel mancipiis, aut præsidio nostro, vel quodcumque morientes reliquerimus, æqua lance cum filiis meis, germanis tuis dividere vel exæquare debeas, et in nullo penitus portionem minorem quam ipsi non accipias, sed omnia inter vos dividere vel exæquare æqualiter debeatis, etc.*

con el fin de que no alegara derecho á la herencia. El mefio (*medio, mitad*) era un don libre que hacia el marido á su futura antes de contraer matrimonio, y consistia las más veces en tierras ó en esclavos. Era diferente del mundio (40), precio estipulado para obtener la tutela de la mujer y que se entregaba al mundualdo: el mundio llegaba algunas veces hasta 20 sueldos, pero Liutprando lo limitó á 3 (41); redujo asimismo el mefio á 400 dineros para los jueces y demás personas de categoria, á 300 para los nobles, y para los demás la cantidad menor que quisiesen. El morgengabio, ó don de la mañana, se hacia por el esposo después de pasada la primera noche; habiendo sido instituido con el fin de hacer á la jóven más celosa por la conservacion de las primicias que la hacian de él merecedora. Pero como existian maridos que en sus primeros transportes daban todo cuanto poseian, y redundaba esta liberalidad en provecho de la mujer que sobrevivia, quiso Liutprando que no se pudiese ceder más que la cuarta parte de su hacienda (42); prohibió tambien hacer otros dones que los precedentes. Entre los godos el dote no podia esceder de la décima parte; el tercio segun las leyes sicilianas; siendo ilimitada entre los francos (43); y entre los alemanes, si se negaba el dote á la viuda por los herederos del marido, la causa se debia decidir en duelo; y si por el contrario se trataba del morgengabio, bastaba que la mujer jurase por su pecho, y en el momento se le pagaba (44). Distincion muy ingeniosa así como era delicado aceptar su juramento por su cuerpo á propósito de una donacion que se le habia hecho por el abandono de su cuerpo.

No permitian los longobardos que se contrajese matrimonio por las mujeres antes de la edad de doce años y de la de catorce los hombres: lo prohibian por lo comun entre personas de edad desproporcionada (45). Una vez contraido era indisoluble. La mujer cuyo marido tenia trato ilícito con otras, no podia elevar queja contra él; pero si ella se hacia culpable, era abandonada con su seductor á la venganza de su esposo. A mayor abundamiento se ve que los longobardos se mejoraron poco en Italia por la larga ley de Liutprando sobre las uniones criminales, y por las que el mismo rey promulgó contra los medianeros, los maridos que venden á sus esposas, y las religiosas que se casan (46). Segun los cánones del arzobispo inglés Teodoro, el marido podia volverse á casar al mes de haber enviudado, y la mujer solamente después de un año. El marido podia repudiar á la infiel y tomar otra mujer; el que habia sido abandonado por la suya debia esperarla siete años, al cabo de los cuales, sino se justificaba, podia contraer aquel nuevos vínculos; pero si la mujer habia caido en la esclavitud bastaba esperar un año, porque además de la dificultad de recobrarla, se consideraba que difícilmente volveria digna del lecho conyugal. Era necesario el consentimiento de la doncella mayor de quince años para casarla (47).

Los contratos se hacian entre los francos dando á los futuros esposos á beber en la misma copa: el padre decia al futuro presentándole la esposa: «Te doy mi hija para que sea tu mujer y tu felicidad; que guarde tus llaves y que tenga parte en tu lecho y bienes; en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.» Los asistentes respondian: «Así sea.» El domingo siguiente, era presentada á su nueva familia, y los dos amantes hacian lo que se llamaba el *bello domingo*, platicando libremente.

La mañana de nupcias iba el esposo con los suyos al alojamiento de la doncella, donde se habian reunido los parientes y amigos. Tocaban varias veces en la puerta cerrada, y entonces se entablaba un diálogo rítmico entre los del interior y los que llegaban hasta que se presentaba la esposa, y el amante ceñia su talle con la cinta simbólica. No se alejaba de la casa paterna sin haber, como la indiana Sacontala, acariciado á los bueyes y caballos, echado por última vez el grano á las gallinas, saludado las habitaciones y muebles testigos de sus tranquilos dias y de las vagas inquietudes virginales; después se dirigia con el doble séquito á la morada de su marido. Los hombres estaban por lo comun á caballo, con la espada desnuda en la mano para defenderla contra rivales ó contra los que hubieran pretendido impedir que una hermosa doncella saliera del pais ó de la fara (48).

El sacerdote que bendecia los esposos al pié del altar arrojaba flores sobre su cabeza, y deponia en el ara la ofrenda del pan y del vino, acudiendo después todos á la capilla de la Vírgen Madre; la cual habia sucedido á la diosa Nealennia, que recibia los respetos de las esposas en la edad pagana, representada con su velo en el rostro, un perro á su lado y una cesta de frutas en la mano. Los padres recibian en el altar de Maria una rueca bendita y la presentaban á la esposa, que sacaba de ella algun hilo para manifestar el trabajo á que se sentia destinada. De vuelta á la casa, encon-

(40) Muratoni los confunde.
(41) *Mundium non sit amplius quam solidi tres.* II, 3.
(42) L. II, 1.
(43) ...*Consentientes mihi suprascripto genitor meus, per hunc scriptum secundum legem in morincap dare videor tibi, Imilla dilecta et amabilis conjus mea... quartam portionem ex integra de omnia et ex omnibus casis et fundis... vel quod in antea Deo adjuvante legibus atquisiero, de omnia ex integra quartam portionem abeas tu jam nominata Imilla dilecta et amabilis conjus in morincap, etc.* Carta luquesa de 986 Arch. arzob.
(44) Ley de los alemanes, 56.
(45) Luitprando, II, 6; VI, 59, 78.
(46) L. VI, 68; 76; V, 1.
(47) *Can.* 72, 116, 113, 82.
(48) No hace muchos años que en la Valtelina era menester casi robar á toda esposa que se casase fuera del pais, y se procedia con armas como tratándose de un rapto. Algo semejante pasaba en Toscana no há mucho.

traban una multitud de convidados; se les obsequiaba con un banquete, y á los postres las doncellas presentaban á la esposa un ramillete y un pichon, entonando después el canto nupcial. Eran conducidos los esposos al lecho, y se bebia á la prosperidad de su union; después, cuando recibia la bendicion de sus padres, todos los asistentes daban á la esposa un beso y hacian votos por su felicidad. Al dia siguiente, asistian los esposos vestidos de luto á una misa por el descanso de las almas de sus parientes difuntos, asociando de esta manera el pesar á la alegria; el regocijo de la generacion á las severas meditaciones de la tumba.

Es de notar que los nombres de esta época, que han quedado populares, como recuerdo de virtudes ó crímenes, pertenecen casi en su totalidad á mujeres: Teodora, Fredegunda, Amalasunta, Clotilde, Radegunda, Berta, madre de Carlomagno. No hace mucho tiempo que se enseñaba cerca de Bourg un castillo de Brunequilda. Existia cerca de Tournay la piedra de Brunequilda, su torre en Etampes, un fuerte de su nombre en la vecindad de Cahors; se le atribuian vias romanas en la Bélgica, así como la tradicion atribuye tambien en Lombardia, torres, iglesias y castillos á la reina Teodelinda. Tambien es á las mujeres á quien se les debe, ó al menos se les atribuye, la conversion de nuevos reinos al cristianismo, poder inmenso ejercido por la belleza virtuosa sobre la imaginacion de los fuertes.

CAPÍTULO XVI

REPÚBLICA CRISTIANA.

Lo que acabamos de esponer nos lleva á examinar con mayor especialidad la influencia ejercida sobre la civilizacion por la religion, contrapeso único opuesto á la dominacion de la fuerza. En el principio no hubo sociedad religiosa; los emperadores no conocian á los cristianos sino para perseguirlos; no quedaba otro remedio á la Iglesia que sufrir, callar y sostener con los consejos y el ejemplo la perseverancia de los suyos, que vivian á la espectativa. Forzados al combate, tuvieron los cristianos que estrecharse alrededor de sus jefes, los obispos, que por su posicion y sus virtudes se encontraban más en el caso de hacer el bien, y de soportar los males. De esta manera fué como la gerarquia instituida por los Apóstoles, adquirió tambien una autoridad política, opuesta á la autoridad civil, capaz de resistirla, y sostenida á la vez por la caridad, tan necesaria en medio de tantos infortunios, y por la ciencia religiosa, que se aumentaba al mismo tiempo que declinaba el saber profano.

Cuando cesó la Iglesia en tiempo de Constantino de luchar contra la religion del Estado, se consolidaron estos privilegios é influencia, y todo lo que perdia el trono ó el gobierno municipal, era recogido por los obispos, prontos siempre á encargarse de todas las funciones en que podian ayudar á sus hijos y disminuir sus sufrimientos. Ya en la decadencia del imperio hemos visto á los obispos y á los papas aparecérsenos bajo un aspecto magestuoso y ejercer una accion importante que no tenian ya los débiles augustos, pero su fuerza se desplegó en toda su grandeza después de la invasion de los barbaros. Entonces habia caido el simulacro de la antigua monarquia, hácia la cual habia conservado la Iglesia costumbres de sumision, que aunque no hubiesen sido más que aparentes, ponian trabas á su libertad. Cambiaba su posicion cerca de los nuevos reyes, permanecia el único poder constituido cuando todos los demás yacian por tierra, tenia el vigor é inspiraba el respeto que son propios del órden. Acostumbrados los bárbaros á romperlo todo bajo su maza de armas, no podian ser domados por la fuerza, ni civilizados por una literatura que despreciaban ó no comprendian. Pero el clero, brillante con la pompa tan poderosa sobre las imaginaciones incultas, llega á su encuentro con doctrinas sencillas y claras, una gerarquia vigorosa y unida, una fe que, no exigiendo razonamientos sutiles, imponia solamente creer y era confirmada por una moral, cuya santidad debian sentir aun violándola. Este clero no les oponia armas, sino palabras; no les irritaba con términos de desprecio, pero les afectaba con insinuantes razones, y les intimaba en nombre de Dios cesar en el esterminio de los hombres.

Y fué un inmenso beneficio que en medio del desórden universal, hubiera quien disminuyese algun tanto sus efectos, y quien hablase á los bárbaros, á los cuales Roma no sabia más que insultar y temer. Sacerdotes inermes acuden en medio de estas hordas feroces, y les inspiran con ayuda del bautismo, algunas ideas de humanidad, les enseñan á suspender el golpe de su acero, desde que reconocen un hermano en aquel sobre cuya cabeza le habian levantado. Encontraban siempre los débiles proteccion en la Iglesia, que ejecutaba en esto la ley de su fundador; era, pues, al pié de los altares donde se refugiaban los perseguidos. Los mercaderes y los artesanos se reunian cerca de los monasterios; las vírgenes en peligro, los ministros caidos, los reyes depuestos, encontraban un asilo en el claustro; y el pueblo, que hace de todo milagros, espresó los beneficios del clero en su poesia vulgar, describiendo aquellos mónstruos, aquellas hidras, de que los santos, segun las le-

yendas, libertaban á las ciudades. Llenaron los obispos con no menos dignidad qué caridad su sublime mision, simpatizando con el pueblo, con los oprimidos, y como padres de su rebaño, saliendo al encuentro de los vencedores, para amansarlos ó pactar con ellos, y la veneracion de que se encontraban rodeados, la santidad de su carácter, los hacia respetar de Atila y Genserico. Confiábaseles las embajadas; administraban en lugar de los magistrados destituidos (1). Epifanio, obispo de Pavia, fué enviado á los reyes borgoñones Gundebaldo y Godegisilo, para conseguir la libertad de gran número de prisioneros italianos, que llevó en triunfo y obtuvo para ellos socorros de Teodorico. Cuando después los ligurios se vieron reducidos al último apuro por las incursiones de los transalpinos, les concedió el rey á instancias de Epifanio la exencion de la tercera parte del impuesto. San Cesareo, obispo de Arlés, vendió para rescatar á los cautivos las patenas y cálices diciendo: *Jesucristo cenó con platos de barro y no de plata*. Euspicio, obispo de Sergiópolis en el Éufrates, pagó á Cosroes el rescate de doce mil prisioneros cogidos en Susa. San German, obispo de Paris, daba de limosna hasta su túnica «de esta manera á veces tenia frio, mientras que sus favorecidos tenian calor. Empeñábase, sobre todo en rescatar á los esclavos, y no se puede decir el número que libertó en todas las naciones comarcanas. Cuando ya nada le quedaba permanecia triste. Si alguno le convidaba á un banquete, exhortaba á los convidados á reunirse para el rescate de cautivos, y si recibia alguna cosa, su semblante se alegraba, caminaba con menos lentitud, como si al rescatar á los demás se hubiese rescatado á sí mismo.»

Viéronse tambien los obispos impulsados por la necesidad á ejercer algunas veces derechos reales. Fortificó Honorato de Novara varias localidades á manera de alojamientos militares para la seguridad de los suyos, mientras que Teodorico y Odoacro estaban en lucha; Nicecio, obispo de Tréveris, hombre apostólico, buen pastor, recorriendo la campiña «construyó un redil para proteger su rebaño; rodeó la colina de treinta torres que le cerraban por todas partes, y se elevó un edificio en donde poco antes se estendia la sombra de una selva.» (2) De este modo se apropiaba la Iglesia una parte de aquella fuerza; y así como los conquistadores la empleaban solo en actos de violencia, ella la usaba para educacion de los pueblos insubordinados, ó para defensa de los oprimidos.

El gran movimiento de la emigracion germánica habia concluido con los longobardos, habian sentado su dominacion las diferentes naciones venidas del Norte; pero permanecian, sin embargo, desunidas y en estado de hostilidad. En medio de tan diversos intereses, de hereditarias enemistades ¿qué fuerza humana hubiera podido avenirlos? Solo la de la Iglesia que se alzó precisamente á tiempo de regenerar la sociedad, reuniendo los diversos reinos en una república fraternal. Era preciso para conseguir este objeto atraer á todos los pueblos á la unidad de creencia, estirpando las heregias y los restos del paganismo bárbaro ó civilizado; destruir los males nacidos del abuso del derecho, someter la fuerza devastadora al órden moral.

Misioneros.—De aquí procede el celo de los obispos y de los papas para la conversion de los reyes; pues cuando Clodoveo, Autaris ó Etelberto, doblaban su frente ante el agua del bautismo, no solo se trataba de ganar un hombre á Jesucristo; sino de conquistar toda una nacion á la humanidad. No despliegan menos celo los monges en dirigir la creencia de los bárbaros y reformar su modo de vivir; y los pasos dados por estos héroes ignorados, son los de la civilizacion misma, que esparcian por todas partes con ayuda de la cruz.

No renunciaron los vándalos al error sino cuando su dominacion fué destruida, asi como los ostrogodos de Italia. Ya hemos visto los felices esfuerzos de San Remigio en Francia, de Gregorio Magno entre los longobardos y de Agustin entre los anglo-sajones. Apenas dió Clodoveo el ejemplo, cuando los obispos de Colonia, de Noyon, de Tongres, enviaron apóstoles entre los francos septentrionales. San Remoclo fundó las abadias de Establo y Malmedy. La ciudad de Lieja se elevó entorno de la catedral construida sobre el sepulcro de San Lamberto (708). Otra ciudad conserva en el Rhin el nombre de San Goar, aquitanio, quien la fundó con los milagros y la predicacion. San Amando de Nantes convirtió, en tiempo de Dagoberto, á los habitantes del territorio de Gante, adoradores sanguinarios de los ídolos, después fué á predicar entre los esclavones.

Tuvo el paganismo en las Galias un adversario infatigable en el estilita Wulfiliac, que contaba lo que sigue á Gregorio de Tours: «Cuando vine al territorio de Tréveris, encontré una estátua de Diana que las gentes del pais adoraban todavia. Construí con mis manos la choza que veis sobre esta montaña: erigí una columna sobre la cual me coloqué enteramente descalzo, padeciendo tanto, que el rigor del invierno hacia caer las uñas de mis piés y colgaban carámbanos de mi barba. Mi alimento se reducia á yerba, poco pan y menos agua. Empezaron á acudir las gentes de la comarca, y yo les prediqué como Diana no existe; como el simulacro y demás objetos de su culto eran representaciones vanas; como eran indignos de la

(1) *Per vos, episcopi, regni utriusque pacta conditiones que portantur.* APOL., VI, 6 *ad Basil.—Per vos legationes meant. Vobis primun, quamquam principe absente, non solum tractata referentur, verum etiam tractanda committuntur.* Id. *ad. Græcum.*

(2) *Hæc vir apostolicus Nicetius arva peragrans.*
Condidit optatum pastor ovile gregi.
Turribus incinxit terdenis undique collem,
Præbuit hic fabricam quo nemus ante fuit.
FORTUNATO, III, 10.

divinidad los himnos que solian cantar entre los escesos de la bebida y de la lascivia, como convenia más ofrecer un sacrificio de alabanzas al Señor todopoderoso que crió cielo y tierra. Oré además á Dios para que se dignara derribar aquel ídolo y sacar á este pueblo de sus errores. Su misericordia amansó corazones tan empedernidos, y haciéndoles prestar oidos á mis palabras, les dispuso á dejar los ídolos para seguir al Señor. Reuní á algunos de ellos para echar abajo con su ayuda el inmenso simulacro, á lo cual no hubieran bastado mis fuerzas, aunque ya hubiese demolido otros. Se colocó número suficiente en rededor de la estátua, echaron cuerdas y empezaron á tirar de ellas; pero ningun esfuerzo bastaba á derribarla. Entonces fuí á la basílica: me prosterné en tierra, y supliqué sollozando á la misericordia divina que destruyera con su poder celestial lo que desafiaba la fuerza terrestre. Apenas terminé mi oracion volví en busca de los trabajadores: cogí en mi mano el cable y empezamos á tirar de nuevo, y al primer sacudimiento cayó el ídolo en tierra; en seguida le hicimos pedazos, y le redujimos á polvo con martillos de hierro.»

Desde el corazon de la Irlanda que ya habia producido á San Columbano, uno de cuyos discípulos dió nacimiento á la ciudad de San Galo, salió Kilian para ir á predicar á las cercanias de Wurzburgo, capital de los antiguos turingios, y bautizó al duque Gesberto; pero queriéndolo obligar á separarse de su cuñada con quien se habia casado, fué muerto por ésta en venganza (689). Porque, en efecto, si los ídolos eran derribados con poco trabajo, fué necesaria mucha sangre para regenerar la familia. Con frecuencia la esposa arrojada de un lecho incestuoso, perseguia con el acero y el veneno al misionero; y en ocasiones seducida por otro, acusaba al santo de corruptor, esponiéndolo á la venganza de los parientes (3). ¡Cuánto tiempo, cuántos esfuerzos fueron menester para que aquellos duques poderosos, á quienes el uso permitia por honor tener muchas mujeres, llegasen á publicar en sus leyes las severas máximas del matrimonio cristiano!

No pudiendo ir en persona Egberto, monje inglés, envió misioneros con objeto de convertir á los frisones, á los daneses, á los rugios, á los sajones, hermanos de los que habian conquistado la Inglaterra. El irlandés San Willibrod fué consagrado obispo de los frisones, y Pepino de Heristal le señaló por sede la antigua ciudad de *Trajectum:* de aquí nació más tarde el obispado de Utrecht.

San Bonifacio, 680-755.—Tambien salió de Inglaterra el apóstol de la Germania Wilfrido ó sea San Bonifacio. Nacido en Kirton en el Devonshire, evangelizó á los paganos; y alentado en Roma por la vista y por los consejos de Gregorio II, ayudó á San Willibrod á convertir el pais de los frisones, y pasó en seguida á Hesse, donde mandó derribar cerca de Geismar la encina sagrada, resto de la antigua supersticion druídica: empleó su madera en construir la iglesia de San Pedro en Fritzlar: destruyó asimismo los ídolos en la Turingia: instituyó en Ohrdruff, en el condado de Gleichen, una escuela para instruir á los misioneros, y perfeccionar el cultivo de las huertas y de los campos.

Necesitando nuevos operarios para las cosechas del Evangelio, los reclamó, y á su voz salieron de los monasterios anglo-sajones muchos siervos de Dios, lectores, escritores, personas hábiles en diferentes artes, y pasaron á Germania. Formóse entonces entorno del maestro una generacion de discípulos, futuros obispos y fundadores de abadias. Tambien acudieron multitud de vírgenes y viudas, madres y hermanas de misioneros, ansiosas de participar con ellos de la gloria y los peligros. Los feroces germanos, poco antes ansiosos de batallas y de sangre, se arrodillaban delante de aquellas piadosas mujeres, cuyos humildes trabajos están envueltos en la sombra y el silencio; pero la historia les asigna su puesto en los orígenes de la civilizacion germánica, porque no parece sino que Dios ha querido que haya mujeres junto á todas las cunas.

A los pocos años contaba ya Bonifacio cien mil convertidos; y teniendo que dar leyes á este nuevo pueblo, para conciliar la austeridad de las tradiciones con la debilidad de las inteligencias, sometió una série de preguntas al santo pontífice. Gregorio II contestó en doce artículos, con toda la firmeza y condescendencia romana, tratando de la legislacion del matrimonio, de la disciplina clerical y de la administracion de los sacramentos; prohibió el uso de las carnes sacrificadas y la repeticion del bautismo conferido por un ministro indigno; ordenó que en caso de enfermedades contagiosas permaneciesen en la poblacion infestada los sacerdotes y los monjes, y que si fuese menester muriesen en su puesto. En cuanto á los impedimentos matrimoniales dijo, que «lo mejor seria no contraer matrimonio sino en el grado en que cesa de reconocerse el parentesco; pero inclinándonos á la indulgencia más que al derecho estricto, especialmente en favor de una nacion bárbara, queremos que después de la cuarta generacion puedan permitirse las nupcias... Los leprosos, si son fieles cristianos, deben ser admitidos á la participacion del cuerpo y sangre del Salvador, pero no á los banquetes públicos... En cuanto á los sacerdotes y obispos irregulares, no los escluyais de las pláticas ni de vuestra mesa, porque sucede con frecuencia que espíritus rebeldes á las correcciones de la verdad se dejan ganar por la familiaridad de una vida comun y por la seduccion de una advertencia amistosa.» (4) Las decisiones de Roma consolaban al caritativo obispo.

(3) *Vita S. Kiliani, S. Corbiniani, S. Emmerani.*

(4) *Ep. Greg. pap. ap.* SCHANNATI, *Conc. Germ.; Ep. Bonifacii edidit Wurdtwein, epp.* 2, 13, 22.

El año 731 recibió del papa el palio en señal de la autoridad metropolitana; y donde poco antes habia establecido la primera cruz de madera, tuvo después organizadas las iglesias de Baviera, en las cinco diócesis de Salzburgo, Fresinga, Ratisbona, Passau y Neuburgo (744). Acto contínuo fundó el célebre monasterio de Fulda solo con siete religiosos, cuyo número se habia aumentado hasta cuatrocientos antes de su muerte. Allí tomó algun descanso hasta el momento en que en vez de gozar el reposo que le proporcionaba el arzobispado de Maguncia, que acababa de obtener, octogenario se puso en camino para predicar de nuevo á los frisones, que habian abandonado á Cristo, y fué degollado allí por los idólatras con cincuenta y tres de sus compañeros (5).

Es admirable ver con qué sencillez se emprendian espediciones tan peligrosas, y con que celo se llevaban á cabo. Columbano estableció en los Vosgos la *laus perennis*, incesante armonia terrestre en correspondencia con la del cielo. Bonifacio en su última espedicion hizo poner en su equipaje el sudario con que habia de ser enterrado, y el tratado de San Ambrosio acerca de la utilidad y de la ventaja de la muerte. Pedia consejos á Daniel, obispo de Winchester, su antiguo maestro, y este le respondia: «No os irriteis contra las genealogias de sus falsos dioses. Dejadles repetir que sus dioses nacieron unos de otros á consecuencia de uniones maritales; después les mostrareis que dioses y diosas engendrados humanamente no son más que hombres, y que habiendo principiado, no existieron siempre. Preguntadles entonces si tuvo el mundo principio, ó si es eterno; y si tuvo principio, quién lo ha creado; y antes de la creacion, en qué lugares residian estas divinidades que nacen. Si responden que es eterno, ¿quién lo gobernaba antes de la venida de los dioses? ¿Cómo sometieron á sus leyes un mundo que no tenia necesidad de ellos? ¿De dónde provino el primero de ellos, y por quién fué engendrado el progenitor de los demás?... Dirigidles tales objeciones no como desafios é insultos, sino con toda moderacion y dulzura. De vez en cuando será menester comparar sus supersticiones con nuestros dogmas, tocándolos de manera que los paganos queden confundidos más bien que desesperados, ruborizándose del absurdo de sus opiniones, y que no piensen que ignoramos sus fábulas y ceremonias criminales... Representadles asimismo la magnitud del universo cristiano, respecto del cual son ellos tan poco, y para que no se jacten de lo inmemorial que es la costumbre de adorar á los ídolos, enseñadles que fueron adorados en toda la tierra, hasta que ésta se reconcilió con Dios por la gracia de Jesucristo (6).» ¡Cuánta dulzura unida á tanta fuerza y autoridad!

Habiendo oido otra vez Bonifacio en Baviera á un sacerdote que bautizaba con esta fórmula: *Baptizo te in nomine Patria et Filia et Spiritua Sancta*, indignado de tanta ignorancia, declaró nulo el Sacramento, y dijo que debia renovarse; pero Virgilio se opuso á ello, y fué sostenido por el papa. Era aquel Virgilio fraile irlandés, y sostenia que el mundo era redondo y que habia antípodas.

Conviene aquí referir el juramento que prestó Bonifacio al pontífice cuando fué elegido obispo, como se acostumbraba ya desde el tiempo del papa Gelasio, y el cual es como el acto solemne de fundacion del derecho. «En nombre del Señor Dios Jesucristo que nos ha salvado; imperando el señor Leon el Grande, el año VII de su consulado, y IV de su hijo el emperador Constantino el Grande, VI indiccion: Yo, Bonifacio, por la gracia de Dios, obispo, te prometo bienaventurado Pedro, príncipe de los apóstoles, y á tu vicario, el bienaventurado Gregorio, y á sus sucesores, por la invisible Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y por su santísimo cuerpo que está presente, observar la fidelidad y pureza de la fé católica, perseverar con la ayuda de Dios en la unidad de la misma fé, de la cual depende sin duda toda la salud de la cristiandad. Prometo tambien no consentir ninguna instigacion contra la unidad de la Iglesia comun y universal, y prestarte en todo con fidelidad y sinceridad mi cooperacion y auxilio, así como á los intereses de tu Iglesia, á la cual dió el Señor el poder de atar y desatar, como á su vicario y á sus sucesores. Si conociere prelados que vivan de una manera contraria á las reglas antiguas de los Santos Padres, me obligo á no tener con ellos comunion ni comercio, antes bien á reprimirlos si puedo, y si no, á ponerlo fielmente en noticia de mi señor, sucesor del apóstol. Y si (lo que Dios no quiera) intentare obrar contra los términos de la presente declaracion, de cualquier manera y en cualquier ocasion que sea, quiero ser considerado reo en el juicio eterno, é incurrir en el castigo de Ananias y Safira, que osaron engañaros ocultando sus bienes. Yo, Bonifacio, humilde obispo; escribí de mi propio puño el texto de este juramento, depositándolo sobre el santísimo cuerpo de San Pedro; y presté, como queda escrito, delante de Dios á quien tomo por testigo y juez, el juramento que prometo observar (7).»

Detestando los frisones una fé profesada por los francos, sus enemigos, tuvieron poco éxito sobre ellos los esfuerzos de San Wigberto, hasta el instante en que Ratbod, su duque, reducido por la fuerza de las armas á someterse á los francos, prometió hacerse cristiano. «Ya tenia un pié en la

(5) Véanse las biografias escritas por Willibal su discípulo y por el monje Othon *ap.* MABILLON. *Acta. ss. Ord. s. Benedicti*, y en PERTZ *Mon. hist. Germ.* Véanse tambien WERNER, *Der Dom von Mainz*, y MIGNET *De la introduccion de la Germania en la sociedad de la Europa civilizada.*

(6) *Ep. Bonifacii.*

(7) El texto lo ha publicado Wurdtwein.

fuente sagrada», cuando se dirigió al misionero preguntándole: *¿Dónde se hallan las almas del duque mi padre y de mis demás antecesores?* Y habiendole contestado el obispo: *En lo profundo del infierno*, replicó el altanero frison: *Pues bien, no quiero separar la mia de las almas de aquellos que han sido la gloria de mi nacion.*

San Emerano, de raza franca, sufrió martirio en Ratisbona, cuando predicaba á los ávares el Evangelio: entonces San Ruperto se encaminó á instancia de Teodosio III, al territorio de aquellos bárbaros amenazadores, y fundó sobre las ruinas de la antigua Juvavo una iglesia, que dió nacimiento á la ciudad de Salzburgo (716): tambien la iglesia de Fresinga fué fundada por San Corbiniano (718).

Seria prolijo, y fácilmente degeneraria en pesado si hubiera de seguir los oscuros pasos de estos maestros sin altaneria, bienhechores sin esperanza, y mártires sin fausto. La historia no suele atenderlos, como tampoco se da un nombre al arroyo que derrama la abundancia por las tierras, mientras que se alaba y se llama rey al Pó, que impetuoso devasta los campos esparciendo la desolacion.

En todos los puntos donde se propaga la ley de Cristo es reconocida la fraternidad comun; viene á ser la esclavitud menos rigurosa, y la idea de una vida futura eleva los sentimientos, ó cuando menos induce á practicar ciertos deberes: se solicita alguna instruccion por la necesidad de comprender los libros santos, y una vez saboreados los frutos de la ciencia, facilmente se apasiona uno de ella. Enviados á los conventos los hijos de los magnates para educarse en ellos, adquieren algunas nociones sobre el modo de vivir cuerdamente. Aprende el pueblo de los monges á cultivar los campos y ejercitarse en artes útiles: en su escuela se amolda á costumbres de órden y de sujecion.

Luego que los obispos tuvieron entrada en las asambleas y dirigieron de algun modo los consejos nacionales, hicieron promulgar leyes destinadas á prevenir los atentados á la moral pública y á asegurar en cuanto fuera posible la paz. Si á veces se desciende en estas leyes á pormenores que hacen reir ó imponen penas indignas de un hombre libre, no es menos cierto que los sacerdotes acostumbraron á los bárbaros al saludable yugo de las leyes y que les enseñaron á considerar la vida como un bien inapreciable, haciéndoles renunciar á redimir el homicidio á precio de oro.

En todas partes contribuyeron las congregaciones religiosas á borrar las diferencias de orígen, á elevar á los vencidos al nivel de los vencedores. Convertidos los eclesiásticos en propietarios, no hubieran podido abolir la esclavitud de un solo golpe, cuando casi no habia idea de los colonos libres. Entonces debió parecer la emancipacion tan estraña como pareceria actualmente el hecho de destruir árboles; pero fué mejorada la condicion del colono y del esclavo, tanto por el espíritu de misericordia y de caridad que acompañaba á todas las doctrinas de la Iglesia, como por el modo con que consideró la mano de obra. En efecto, impidió que bajara á más de un justo límite su precio: no aconteció lo propio cuando el protestantismo organizó el trabajo á mínimo precio, y engendró esta gangrena que roe á la sociedad del dia. Por otra parte admitiendo el clero en sus filas á sus siervos y á los agenos, abria á la libertad una nueva senda; y arrendando sus tierras á plazo por medio de la enfiteusis, produjo la mayor revolucion de la Edad Media, el libre cultivo.

Relaciones de la Iglesia con el Estado.—En suma el cristianismo, libertad y freno de la libertad, se puso desde entonces á la cabeza de la civilizacion hasta el punto de ser la historia del uno la historia de la otra (8): solo en él podemos hallar la unidad que habia desaparecido de las demás instituciones y de la política. Ya el vínculo religioso es el único que enlaza á Occidente con Oriente: éste sujeta su creencia al pontífice de Roma; aquél acepta los grandes concilios de Oriente, aun cuando asisten en escaso número sus obispos (9). Sin embargo, existian entre ellos diferencias notables: á la par que el Oriente, discutiendo sin medida sobre los dogmas, multiplicaba las sectas y las heregías, el espíritu práctico de los occidentales se dedicaba más bien en los concilios particulares á la disciplina y á la reforma de las costumbres. Efectivamente, de cincuenta y cuatro concilios celebrados en las Galias en el siglo VI, solo los de Orange (529) y de Valence (584) discutieron las doctrinas, condenando á los semi-pelagianos.

Los emperadores de Oriente, teólogos y educados en medio de disputas, querian á menudo perturbar las conciencias y hasta imponer por la fuerza sus opiniones. Pero no comprendian los príncipes bárbaros cosa alguna de tales sutilezas, ó no hacian de ellas caso; algunos, como por ejemplo Teodorico, profesaron la tolerancia: aquellos que persiguieron ora á los arrianos, ora á los católicos, fueron impelidos á ello por consideraciones políticas.

Mantenian los emperadores de Oriente respecto de la Iglesia la conducta adoptada cuando ésta, todavia naciente, se habia refugiado para su seguridad á la sombra del trono: hacíanse sus tutores, interviniendo en sus actos con cierta especie de supre-

---

(8) En efecto, Guizot, al bosquejar la historia de la civilizacion en Francia, puede decirse que casi no se aparta de la historia de la Iglesia. Le seguimos como á un escelente guia, sin que por eso le creamos infalible.

(9) En los seis primeros concilios generales intervienen

	Orientales.	Occidentales.
En 325 en Nicea.	315	3
381 en Constantinopla. .	149	1
431 en Efeso.	199 ?	1
451 en Calcedonia. . . .	357	3
553 en Constantinopla. .	145	6
680 Idem. . . .	155 ?	5

macia. Justiniano satisfacia sus dos aficiones, la de hacer leyes, y la de mezclarse en los asuntos religiosos dando decretos sobre materias eclesiásticas. Por sus leyes del año 541, ordenó reunir para la eleccion de los obispos al clero y á los principales de la ciudad, á fin de que propusieran tres personas, prévio juramento prestado por ellos sobre los Evangelios, de no haber recibido ningun regalo en pago de su voto; y si esta se dilatara durante seis meses, que la hiciera el que tuviese derecho de ordenar al elegido. El que tenia este derecho podia elegir entre los tres propuestos, y hecho el nombramiento, debia pedir ante todo al nombrado su profesion de fe por escrito, luego se le hacia recitar de memoria las fórmulas del bautismo, de la oblacion y las demás oraciones solemnes: debia tener la edad de treinta y cinco años, y de jurar á su vez no haber dado ni prometido nada para conseguir el obispado: si era blanco de una acusacion cualquiera estaba obligado á justificarse previamente: si era seglar tenia que pasar tres meses en intruirse. Cada año debian convocarse concilios en junio y setiembre; pero aun fuera de estos, el obispo podrá ser acusado ante el metropolitano, los sacerdotes y los monges ante el obispo, siendo el de Roma el primero de todos, y después el de Constantinopla. Tambien otorgó Justiniano á los obispos la jurisdiccion sobre los monjes como sobre los sacerdotes, la inspeccion sobre los bienes de las ciudades, el poder de emancipar de la autoridad paterna, y en la administracion municipal un influjo preponderante: prohibió á los jueces citarles para ser testigos ó jurar. No pudieron ser ya designados los obispos y los monjes como tutores; los sacerdotes y los clérigos podian serlo, aun cuando se ausentasen; pero no entrar en empresas, ni en otras faenas temporales, ni alejarse de sus iglesias, ni jugar ó presenciar el juego. Pudieron ser citados ante el obispo ó ante el juez secular, á voluntad del acusador. Heraclio atribuyó en seguida á los obispos la jurisdiccion penal sobre el clero. De esta suerte va emancipándose la sociedad religiosa poco á poco de la autoridad civil. Al mismo tiempo los emperadores quieren ejercitar su poder, tanto sobre el gobierno de la Iglesia como sobre las creencias. Fallan sobre la fé y sobre los dogmas. El clero de Italia escribia al de Francia: *Los obispos griegos poseen grandes y poderosas iglesias, y no se resignan á permanecer suspendidos dos meses del gobierno de las cosas eclesiásticas: se acomodan, pues, al tiempo y á la voluntad del príncipe y hacen sin dificultad cuanto es de su agrado* (10).

Al revés, en Occidente los príncipes nuevos no se mezclan en nada á la disciplina eclesiástica ni á las relaciones interiores del clero; pero limitaban su autoridad personal. Pretenden intervenir en la eleccion de los obispos, y algunas veces hacerla directamente, á causa de los ricos beneficios con que querian gratificar á sus favoritos. Protesta la Iglesia contra el abuso, que no deja de renovarse hasta que se conviene en cierto modo en que sean confirmadas por el príncipe las elecciones. Clotario II ordena (615) que á la muerte de un obispo le elijan sucesor el clero y el pueblo, y que el metropolitano tome las órdenes del príncipe para darle la consagracion con sus sufraganeos. El concilio de Orleans (549) prohibe comprar con dinero el obispado, queriendo que sea consagrado el elegido por el clero y por el pueblo, consintiéndolo el rey. Tambien pretendieron los príncipes visogodos tomar parte en la eleccion, luego que adoptaron el catolicismo; y el sexto cánon del duodécimo concilio de Toledo (681), coloca el nombramiento de los obispos entre el número de las prerogativas de la corona, la razon de lo cual se encuentra en la naturaleza de aquel gobierno que ya hemos espuesto. En Inglaterra se hacia la eleccion en presencia del rey. Witeredo, rey de Kent, renunció á este derecho en 692. En breve veremos á Teodorico influir hasta sobre la eleccion del papa.

Concilios.—Celébranse los concilios por órden ó con asentimiento del rey; así Sigeberto escribe al obispo de Cahors que, «la reunion de un concilio no le ha sido comunicada, por lo cual ha convenido con sus grandes en no permitirla.» Asistieron los reyes visigodos á los primeros sínodos, no para mantenerlos á raya, sino para aumentar el ascendiente del episcopado. Con este fin sometieron á aquellos sínodos los asuntos temporales, lo cual les hizo al fin convertirse en asambleas nacionales. Aconteció lo mismo en la heptarquia sajona, aunque los obispos no llegaran nunca á ejercer tanta autoridad como en España. Sin embargo, perdian en libertad tanto como adquirian en poderio, procurando naturalmente los reyes reservarse la direccion de las asambleas en que se trataba de asuntos del Estado.

Eleccion del clero limitada.—Hallándose exento el clero del servicio militar, prohibieron los reyes ordenar á ninguna persona libre sin su permiso. Entonces se estableció el uso de escoger los sacerdotes entre los siervos, especialmente entre los de las iglesias: si el lustre del clero perdió con esto en la opinion, contribuyó á aliviar las miserias de la clase ínfima, porque así tuvo en su favor la simpatia de los que con ella habian sido partícipes de la carga, y además contaban en sus filas deudos y amigos.

Vanamente aspiró el clero franco á abrogarse los privilegios del fuero eclesiástico otorgados á los orientales: los tribunales eclesiásticos fallaban en los asuntos civiles solo concerniéntes á los clérigos; pero cuando en ellos se hallaba implicado algun seglar, se veia la causa ante el juez ordinario. El concilio de Orleans (511) conserva los asilos en conformidad á la ley romana, prohibiendo arrancar á los delincuentes de una iglesia ó de sus vestíbulos, así como de la morada del obispo, ni

(10) MANSO, *Conc.* t. IX, 153.

reclamarlos, si no se hace juramento que no serán sometidos á ninguna mutilacion ni á otras penas corporales, á condicion, no obstante, de que el culpable entrará en composicion con el ofendido. Otros concilios de la Galia trataron de apartar á los clérigos de los tribunales seculares: pero los Merovingios, atentos siempre á disminuir la potestad eclesiástica, convocaron concilios, designaron los dias de ayuno, los impedimentos matrimoniales y pretendieron nombrar los obispos; lo que dió orígen á largas contiendas entre los dos poderes, las que al fin causaron la ruina de aquella raza.

Ni aun los mismos bienes del clero estaban siempre á cubierto de la rapacidad de los grandes ó del rey, que á veces revocaba las donaciones de sus antecesores, ó disponia de las propiedades de las iglesias por via de mandatos *(percepciones regias)* prohibidos en vano por los sínodos. Además estaban sometidos en la Galia los bienes eclesiásticos á las imposiciones generales, escepto los que estaban especialmente exentos de ellas, y quizá tambien la hacienda episcopal, es decir, el fondo de dotacion primitiva de las iglesias, el cual consistia segun la ley longobarda en lo que dos esclavos pueden labrar con dos pares de bueyes (11). Recaredo emancipó del impuesto los bienes del clero visigodo, al cual hemos visto sujeto, no obstante, al servicio de la milicia.

Quedaba mucho á la Iglesia mientras conservaba su predominio sobre los ánimos. Asi recupera, mediante éste, cuanto pierde: hace reconocer el derecho de asilo, consolida su autoridad sobre los testamentos y sobre los matrimonios, obtiene que los jueces eclesiásticos se unan á los magistrados civiles cuando se forma á un clérigo causa. Después de haberse introducido en el órden civil de este modo, penetra tambien en el órden político por medio de las propiedades de los obispos, de su presencia en las córtes y en las asambleas, lo cual la conducia al poder civil que le veremos ejercer en la siguiente época.

Participacion de los legos.—Aproximada la sociedad seglar á la Iglesia por la comunidad de padecimientos, halló tambien modo de penetrar en ella. La tonsura, conferida sin las órdenes, como simple indicio de estar destinado á recibirlas, constituyó una clase media entre los seglares y los sacerdotes. Los que de ella formaban parte estaban afiliados á la Iglesia sin pertenecer á ella; disfrutaban de sus privilegios sin estar obligados á seguir su disciplina.

Al fundar y dotar iglesias los seglares adquirian derecho á oraciones y á ciertos honores: enseguida se les concedió alguna participacion en el nombramiento de los sacerdotes pertenecientes á ellas. En un principio los obispos que instituian iglesias fuera de su diócesis alcanzaron el derecho de nombrar sus sacerdotes, después se hizo estensivo á los seglares este derecho. Hízolo el emperador Justiniano comun á todos los fundadores, y luego tambien á sus herederos (12). Del mismo modo se estableció este derecho en Occidente, si bien de una manera menos absoluta, paliándolo con el nombre de presentacion. Algunas veces se reservaban los patronos una porcion de rentas y hasta de ofrendas; de tal suerte, que la fundacion de beneficios eclesiásticos podia ser resultado de una especulacion hábil más bien que del celo de una alma devota. Este patronato daba márgen á que se introdujeran los seglares en el gobierno eclesiástico, y esto era un manantial de abusos, á que se oponian enérgicamente los concilios, aunque no siempre con buen éxito.

Además habia capillas particulares instituidas para las habitaciones ó en los dominios de algunos señores. Dependian los capellanes de patronos seglares, así como los sacerdotes que no estaban agregados á ninguna parroquia: en su consecuencia unos y otros tenian menos dependencia de los obispos. «Si hombres poderosos (dice el concilio de Orleans) han establecido parroquias en sus dominios, y si los clérigos que las administran á la sombra del patrono, niegan, aunque advertidos por el archidiácono de la ciudad, lo que deben segun su condicion á la casa del Señor, sean corregidos con arreglo á la disciplina eclesiástica. Muchos de nuestros hermanos y obispos (añade el concilio de Chalons) han presentado querella ante el santo sínodo con motivo de los oratorios erigidos en las mansiones de los magnates, cuyos patronos disputan á los obispos los bienes donados á estos oratorios, y ni siquiera permiten que los clérigos á ellos adictos dependan de la jurisdiccion del archidiácono.»

Oponíanse los obispos á esta especie de emancipacion, que propendia á sustraer una parte no pequeña de sacerdotes á la unidad necesaria de la obediencia; pero sus esfuerzos lograron poquísimo éxito, y la consolidacion del régimen feudal dejó abierto á lo lejos este camino para insinuarse en la sociedad religiosa.

Intervinieron en ella tambien, porque los bienes adquiridos por las iglesias exigian administracion y defensa en los tribunales asi como en el campo, y por tanto, protectores seglares. Tuvieron, pues, las iglesias sus vicedóminos ó vicarios, sus abogados ó tutores para sostenerlas en los juicios y con las armas, para rechazar las correrias, ó para mantener su razon con el duelo judicial; y estos protectores gozaban de ciertos privilegios ó el usufructo de algunos bienes. Alguna vez eran nombrados por los reyes en las iglesias dotadas ó especialmente protegidas por ellos; de manera que ocurria en ocasiones que el vicario se reputaba independiente del obispo; y cuando este oficio se convirtió tambien en feudo, algunas iglesias se encontraron

(11) L. III, t. 1, cap. 46.

(12) *Novellæ*, LVII, 2; LXXIII, 16.

dependientes del vicario que antes era nombrado por ellas.

Mutaciones internas.—Son dos hechos importantísimos en el orden interior de las Iglesias el acrecentamiento de las propiedades y la preponderancia del episcopado. Aunque ninguna iglesia de Occidente fué tan rica como la de Constantinopla y algunas otras en Oriente, formaban entre todas un conjunto mayor de riquezas, que no consistia en arcas mal seguras llenas de plata y de oro, sino en propiedades territoriales menos sujetas á dilapidaciones y que aumentaban de valor á medida que la poblacion se fomentaba y se mejoraba el cultivo. Ninguna iglesia podia ser fundada en España ni en la Galia sin contar con la dotacion suficiente. Se introdujeron además los contratos precarios por los cuales se abandonaba á una iglesia la propiedad de bienes, reservándose su poseedor el usufructo durante su vida; generosidad á cargo de los herederos del donador, que tenia por objeto *hacerse amigos por las riquezas de la iniquidad, á fin de ser recibido en los tabernáculos eternos* (13). A menudo concedia la Iglesia en cambio una propiedad temporalmente con la carga de desmontarla y de hacerla productiva.

Consolidóse generalmente el uso recomendado en otro tiempo por Orígenes, Ambrosio, Agustin y Crisóstomo, de pagar el diezmo al clero como solian hacerlo los hebreos. Se declaró en el concilio de Tours (567) que todos los fieles debian pagar el diezmo á los obispos, y se mandó á estos que lo empleasen en el rescate de cautivos. El de Macon (585) ordenó posteriormente pagarlo á los ministros de las iglesias, segun la ley de Dios y la costumbre inmemorial de los cristianos, bajo pena de escomunion. Sin embargo, la recaudacion de este impuesto no llegó á ser regular hasta después de Carlomagno, el cual obligó á su pago á todas las propiedades sin esceptuar los bienes de la corona (779).

Poder de los obispos.—Al establecerse el cristianismo era el obispo asi el primer magistrado: residia en la ciudad, al paso que la campiña tenía coro-epíscopos para su vigilancia; mas como podia acontecer que se suscitara rivalidad entre estos y los primeros, fueron abolidos poco á poco los coro-episcopados para ceder el puesto á las parroquias, confiada cada una de ellas á la administracion de un sacerdote, á quien daba carácter y autoridad el obispo más cercano. El conjunto de parroquias dependientes de un obispo constituia una diócesis. Para dar mayor fuerza y regularidad á esta organizacion, se unieron muchas parroquias en cabildos rurales, bajo la direccion de un arcipreste, y muchos cabildos juntos constituyeron un distrito bajo la autoridad de un arcediano; institucion que va consolidándose á fines del siglo VIII (14).

Las diócesis comprendidas en una provincia civil dependian del obispo de la metrópoli, llamado por este motivo metropolitano. Convocaba y presidia los sínodos provinciales, confirmaba los obispos elegidos, admitia las acusaciones contra ellos ó la apelacion de sus fallos, y los remitia al concilio provincial, único á quien realmente asistia el derecho de juzgarlos. Los disturbios de la Galia y de la España, así como la gran estension dada á las diócesis en Inglaterra y en Alemania, consolidaron la autoridad de los obispos, requiriéndose una autoridad poderosa para asegurar el órden y el sosiego.

La invasion y la mutabilidad de los nuevos reinos, trastornaron la organizacion metropolitana al mismo tiempo que el órden político. Teodemiro, rey de los suevos, repartió entre los obispos de Braga y de Lugo la supremacia de la Lusitania: después fué necesaria la intervencion secular para concentrarla en el de Mérida. El obispo de Maguncia, que fué el primero que se estableció entre los francos, el de Colonia y el de Salzburgo, nunca pudieron adquirir el poder de sus antecesores. Tampoco hubo posibilidad de erigir en nuestras comarcas patriarcados como en Oriente; y aun cuando en España el metropolitano de Toledo, en Inglaterra el de Cantorbery, en Francia los de Arlés, Viena, Lion ó Bourges, no desperdiciaron coyuntura á fin de abrogarse sobre los obispos la preeminencia que conferia á la ciudad de su residencia el título de capital de un Estado, si bien jamás llegaron á realizar sus fines: tenian en contra suya, por una parte á Roma, celosa de su supremacia; y por otra á los obispos, quienes preferian depender de un pontífice distante de ellos. De consiguiente absorbieron los papas toda la autoridad eclesiástica, lo cual hizo más raros los sínodos provinciales, que eran superiores á los obispos.

La pretension real de elegir á los obispos, ó al menos de confirmarlos, aflojó los vínculos que existian entre ellos y el clero; puesto que no eran elegidos en su seno ni entre personas conocidas, sino que procedian en su mayor parte de lejos; no inspiraban amor ni confianza al rebaño de que debian ser pastores, y aun á veces se deshonraban á consecuencia de las intrigas que les habian valido el episcopado. De este modo era cada dia más palpable la separacion entre el clero y el obispo; y como los sacerdotes, segun hemos indicado, eran frecuentemente reclutados entre los siervos, ponian los obispos particular esmero en elegirlos entre los de su pertenencia, sin concederles una independencia completa, ó sin desprenderse de ese espíritu de dominacion que resulta de una larga costumbre. En España, el arzobispo de Toledo, que estaba siempre al lado del rey, adquirió la

---

(13) SAN LUCAS, XVI, 9.

(14) El primer documento cierto pertenece al año 774; en el cual Eddon, obispo de Estrasburgo, hace confirmar al papa Adriano la division de su diócesis en siete arcedianatos. Véase el Libro VII, cap. XIX.

primacia sobre los demás; y como podia conocer la voluntad del monarca, no proponia por obispos más personas que las aceptables por éste; de tal modo, que el concilio le confió el cuidado de proponerlas, quedando escluidos de la eleccion el pueblo y el clero.

Solo los obispos administraban los bienes eclesiásticos: ora fuesen propiedades territoriales, ora ofrenda de los fieles, ora diezmos, todo se consideraba, no como perteneciente á la iglesia especial, sino al obispo, que no podia venderlos, pero disponia de sus rentas y aumentaba de este modo su poder. Disponia de las personas casi tan absolutamente como de las cosas, hallándose cada uno de los sacerdotes adicto ó encadenado á su parroquia, como se decia entonces.

Cuando posteriormente fueron admitidos los obispos en las asambleas nacionales y en la corte, se aumentó su autoridad espiritual con su poder temporal, y el abuso que de esto hicieran suscitó grandes quejas. El concilio de Toledo del año 589 dice: «Hemos sabido que los obispos tratan á sus parroquias no episcopalmente, sino con crueldad, y que á pesar de estar escrito *no obreis como amos sobre la herencia del Señor, antes bien, presentaos como modelo vosotros mismos*, abruman á las diócesis con impuestos y exacciones. Védase, pues, á los obispos apropiarse más de lo que les está concedido por las antiguas constituciones. Los clérigos, los parroquiales ó diocesanos molestados por ellos, deberán presentar queja ante el metropolitano, quien no dilatará la represion de los abusos.»

Por una reaccion natural, los simples sacerdotes se ligaban entre sí para oponerse á los obispos (15), ó recurrian contra ellos, ora á los sínodos, ora á las auroridades seglares. «Habiéndose elevado queja de que ciertos obispos usurpan las cosas dadas por los fieles á las parroquias, de modo que dejan poco ó nada á las iglesias,» ordena el concilio de Carpentras (527) que lo que no sea necesario á la iglesia en que reside el obispo, se deje á las parroquias; y el de Orleans (533) «que ningun obispo en su visita reciba de las iglesias más de lo que le toca como honorarios.» El de Braganza, en 572 y el de Toledo, en 663, repiten las quejas y las providencias (16). El mezclarse en los intereses mundanos, escitó tanta ambicion en los obispos, que á veces les llevó hasta el estremo de hacer la guerra.

Monges.—Más les perjudicó el aumento que tuvieron los monges. Respecto á este punto el Occidente difirió mucho del Oriente, pues en éste la mayor parte eran ermitaños consagrados á abstinencias parciales y á aislados rigores. Algunos se reunian bajo reglas especiales, tales como las de Antonio, Macario, Pacomio é Hilarion, hasta que andando el tiempo adoptaron todos la de San Basilio, pero en último resultado los monasterios permanecieron siempre como simples asociaciones de legos que no ejercian ni las funciones, ni los deberes y derechos del clero, sino cuando espresa y anteriormente pertenecia á este órden alguno de sus individuos.

Es cierto que hubo en las regiones occidentales algunos imitadores de las estravagantes virtudes de los anacoretas, como fué, por ejemplo, San Senoch que en las cercanias de Tours se encerró entre cuatro paredes tan estrechas que no le consentian movimiento alguno, habiendo vivido asi largos años con grande admiracion del pueblo. Pueden añadirse á aquel Calupa, en Auvernia, Patroclo en las cercanias de Langres y Hospicio en Provenza, que vivian como reclusos; agregándose á este número el estilita Wulfiliac, de quien ya hemos hablado y á quien los obispos obligaron á cambiar de vida y cuya columna fué derribada. Pero en general los monges de Occidente eran menos inclinados á la maceracion y al silencio que á la actividad en comun; razon por la cual se instituyó una regla que en lo sucesivo dominó á todas las demás y dirigió hácia un mismo término los impulsos divergentes de la devocion particular ó de la austeridad.

San Benito.—Tuvo esta regla por autor á Benito, natural de Norcia, en el ducado de Espoleto. Vástago de una familia rica (480), á la edad de doce años fué á estudiar á Roma, donde pudo oir deplorar la antigua grandeza y compadecer el presente envilecimiento, de modo que concibiendo disgusto hácia un mundo hondamente trastornado, huyó á los catorce años con su nodriza Cirila al fondo de una caverna en Subiac, donde después con el nombre de la Sagrada Cueva se alzó un magnífico edificio, y fué el punto de reunion de multitud de creyentes. Allí se mantuvo milagrosamente, ignorando hasta el transcurso de los dias. Sin embargo, su memoria le representaba, como á San Gerónimo en los desiertos de la Palestina, la imágen de alguna belleza admirada en los primeros años, y con dificultad mortificaban las ortigas y las espinas su rebelde carne.

No bosquejaremos los prodigios que señalaron cada uno de los pasos del jóven ermitaño, cuya fama se divulgó en un principio entre los pastores vecinos, y fué cundiendo posteriormente á larga distancia. Quisieron tenerle por superior los monges residentes en Vicovaro, si bien los abusos de que se hallaba grandemente infestado aquel convento fueron causa de que se negara á admitir por largo tiempo la tarea de destruirlos: sin embargo, aceptó al fin y emprendió enérgicamente su refor-

---

(15) «Si como ha acontecido ya en muchos puntos, algunos clérigos rebeldes á la autoridad por inspiracion del demonio se unen en conjuraciones, prestan juramento entre sí, ó cambian escritos... castiguen los obispos á los delincuentes.» *Concilio de Orleans* del año 538, cán. XXI.

«Si se ligan en sociedad los clérigos para rebelarse por via de juramentos ó escritos, tendiendo espresamente lazos al obispo, y si advertidos para que desistan, se obstinaren, sean degradados.» *Concilio de Reims*, 625, cán. II.

(16) Nuestra autoridad principal en esta parte es Planke.

ma (510). Entonces aquellos monges concibieron odio á su persona é intentaron envenenarle en el cáliz; pero éste saltó en pedazos en el momento de la bendicion: *Dios os lo perdone, hermanos mios*, esclamó San Benito, *¿No os habia yo dicho y repetido que no podria existir armonia entre nosotros? Buscad un superior que sea más de vuestro gusto;* y volvió á su soledad de Subiac.

Pero ya no fué aquello una soledad; legos y sacerdotes, campesinos y ciudadanos acudian á oirle, á consultarle, á darle testimonio del respeto debido al santo. Equicio y Tertulo, nobles romanos, le enviaron sus hijos Mauro y Plácido, que fueron sus primeros discípulos. Fundó en aquel contorno doce monasterios, cada uno de doce monjes, entre los cuales hacia la esperiencia de la regla que meditaba. Pero blanco allí tambien de la envidia, se retiró con Mauro y Plácido (529) al sitio donde el monte Casino se alza junto á las riberas del Melfa, ofreciendo en perspectiva, en una situacion de las más deliciosas, los risueños valles que serpentean entre los agrestes Apeninos del Abruzo, hasta que se estienden por la fértil Campania. Aun estaban en pié el templo y la estátua de Apolo en aquel lugar de mercado *(forum Casinum)*. Después de haber estirpado el paganismo reunió Benito nuevos discípulos y fundó un monasterio sobre aquella eminencia; y allí fué donde puso en planta su regla por el ejemplo de sus obras, no menos que por los consejos de su prudencia.

Su regla.—Esta legislacion, nueva en los anales del mundo, que obró más largo tiempo y sobre mayor número de individuos que ninguna otra de las edades antiguas y modernas, merece fijar ciertamente nuestra atencion. Comienza por tratar del instituto monástico en aquella época (17). «Hay cuatro especies de monjes: los *cenobitas*, que viven en un monasterio con sujecion á un abad y á una regla: los *anacoretas*, que, no impelidos por un fervor de novicios, sino instruidos por una larga esperiencia de la vida monástica, aprenden á combatir al enemigo en provecho del mayor número, y bien preparados solo salen de entre las filas de sus hermanos para descender á la liza en singular combate. Es la tercera la de los *sarabaitas*, que no esperimentados por ninguna regla ni por la enseñanza de la esperiencia, como el oro en el crisol, sino más semejantes á la blanda naturaleza del plomo, permanecen en sus obras fieles al siglo, y mienten á Dios con la tonsura. Se les encuentra de dos en dos, de tres en tres, en mayor número, sin pastor, no ocupándose del rebaño del Señor, sino de su interés propio. Fórmanse una ley á su capricho, llaman santo á lo que asalta su mente ó brota de sus labios, y no les parece lícito aquello que no les conviene. Se compone la cuarta especie de ciertos vagabundos que durante su vida no habitan más de tres ó cuatro dias en varias celdas en diferentes provincias, errantes de un lado á otro sin descansar nunca, no ocupándose más que de satisfacer sus placeres y su glotoneria, peores en todo que los mismos sarabaitas. Es más prudente pasar en silencio su método de vida que discurrir sobre ella. Emprendemos, pues, con la ayuda de Dios, la tarea de regularizar la fortísima sociedad de los cenobitas.

«Al instituir una escuela para servicio del Señor esperamos no haber prescrito cosa alguna difícil ni rigurosa: pero si con el consejo de la equidad se encuentra algo demasiado áspero para corregir los vicios y mantener la caridad, no sirva esto de causa para huir con desaliento de la senda que á la salvacion conduce, porque ésta es estrecha al principio, pero adelantando en la vida regular y en la fé, se dilata el corazon y se sigue con inefable dulzura el rumbo de los divinos mandamientos.»

Sepan los que confundiendo las épocas tienen la palabra fraile por sinónimo de holgazan, que Benito en una época en que la ociosidad se tenia á honra y por sórdido el trabajar, imponia á su república la obligacion de estar ocupados sus miembros: «La ociosidad es enemiga del alma: en su consecuencia los hermanos deben ocuparse en trabajos manuales á ciertas horas; á otras en piadosas lecturas. Desde Pascua hasta principios de octubre saldrán por la mañana á trabajar desde la hora prima hasta la cuarta: desde la cuarta hasta la sexta se aplicarán á la lectura; después de la hora sexta y al levantarse de la mesa dormirán la siesta en sus camas sin ningun ruido; y si alguno de ellos quiere leer lo hará de modo que no perturbe á los demás. A la mitad de la hora octava rezarán la nona; luego se trabajará hasta la noche. Si la pobreza del sitio, la necesidad ó la recoleccion de frutos les tienen constantemente ocupados, no abriguen cuidado alguno, pues son verdaderos monjes que viven de sus propias manos como hicieron los Santos Padres y los Apóstoles; pero hágase todo con mesura por consideracion á los débiles.

»Desde principios de octubre hasta la Cuaresma se dedicarán á la lectura hasta la hora segunda, cuando se cante la tercia; desempeñe después cada uno la tarea que le esté encomendada. Al primer toque de nona dejen el trabajo y estén prontos para el instante en que suene el segundo; después de la refaccion lean y recen salmos (18)...

»Vigilen dos ó tres ancianos mientras que los hermanos están entregados á la lectura, á fin de

(17) La regla de San Benito se compone de setenta y tres capítulos; nueve de ellos sobre los deberes morales y generales; trece sobre los deberes religiosos; veinte y nueve sobre la disciplina, las faltas, las penas, etc.; diez sobre la administracion interior; doce sobre diferentes asuntos, como viajes, hospitalidad, etc.; es decir, que esta regla contiene nueve capítulos de código moral, trece de código religioso, veinte y nueve de código penal, diez de código político.

(18) En este horario no hay tiempo señalado para oir misa, escepto el domingo.

que ninguno de ellos se entregue al sueño ó se entretenga hablando, inútil para sí mismo y distrayendo á los demás. Si alguno se encuentra en este caso, sea reprendido una y dos veces, y si no se enmienda, sujétesele á la correccion de la regla para escarmiento de los demás. Dedíquense todos los domingos á la lectura, escepto los que estén señalados para los diferentes oficios. Impóngase algun trabajo al que por descuido y por pereza no quiera ó no pueda meditar, á fin de que no siga siendo inútil; pero tenga el abad miramientos á la debilidad.»

Tal era la distribucion de su tiempo desde la mañana hasta la noche: y á fin de cumplir estas obligaciones, cultivaron los terrenos contiguos á sus monasterios, secaron los pantanos, talaron los bosques y conservaron los mejores métodos de agricultura. Proponiéndose por objeto en comun ellos y sus sucesores la prosperidad de la agricultura, daban cima á trabajos á que no bastaban la vida ni los recursos de un propietario. Así se columbraba la proximidad de un monasterio cuando se veian campos bien cultivados, espalderas de vides, plantaciones de árboles frutales y canales de riego dirigidos con arte. Sus tierras estaban exentas de contribuciones, y como no las administraba la codicia privada, consentian al labriego mayor holgura; era, pues, natural que se mirara como un privilegio estar al servicio de un monasterio. Después los monjes cuando abandonaron el azadon, copiaron libros, y á ellos debemos la conservacion de los clásicos; y luego alzaron magníficos claustros, donde se refugiaron las artes y la literatura, y hácia los cuales el siglo vuelve admirado la vista después de haber olvidado cuánto favorecieron al vulgo.

Permanecia el gobierno electivo, siendo elegido el abad por los hermanos y de entre ellos; pero una vez elegido, adquiria un poder absoluto; aunque en los casos más graves, debia pedir el parecer de sus hermanos. La nueva virtud introducida en la sociedad por este precepto del Evangelio, *obedeced á vuestros superiores*, fué llevado en las congregaciones religiosas hasta la más absoluta y pasiva sujecion. «Si acontecia alguna vez que se mandase á alguno de los hermanos alguna cosa difícil ó imposible, que reciba el mandato con dulzura y docilidad. Si vé que escede de sus fuerzas, que lo esponga con decencia y sumision y no con orgullo, resistencia y contradiccion. Si después de su manifestacion persiste el prior, que el discípulo sepa que debe ser así; y confiando en el Señor que obedezca» (cap. 68).

De aquí procedia la absoluta abnegacion de la voluntad, y aun de la personalidad, diciendo la regla que el hermano «no puede disponer ni del cuerpo ni de la voluntad» (cap. 33). Mandaba, pues, el abad, castigaba, recompensaba, cambiaba de lugar y de destino, terminaba los litigios é imponia duras penas á los reincidentes. Aunque todo se hacia bajo su obediencia, no era, sin embargo, un tirano; pues se encontraba ligado ya por las constituciones del monasterio, ya por las costumbres que se conservaban por tradicion ó escritas, que se consultaban en cuanto ocurria una duda, y determinaban los menores detalles de la vida, el modo de vestirse, el momento de afeitarse ó bañarse, los dias en los cuales se podia añadir á las habas ó demas legumbres el condimento de aceite ó de manteca, ó aquellos en que se podia animar la frugal mesa con huevos, pescados y frutas. A los desobedientes por primera vez se les amonestaba, después se les imponia la correccion en público y á la tercera vez la excomunion ó sea el aislamiento en el trabajo y en la oracion; á los más pertinaces se les condenaba á ayunar y tambien á penas corporales, y por último se les espulsaba.

El más notable cambio introducido por Benito en la vida monástica, fué la perpetuidad de los votos solemnes. Era necesario, para hacerlos, conocer á qué se comprometian. Prolongábase, pues, el noviciado durante un año, en cuyo transcurso se leia varias veces la regla al aspirante, para asegurarse de que tenia la voluntad y el poder de cumplir con las obligaciones impuestas.

Sometíanse los novicios á aquellas mortificaciones, á aquellos trabajosos esperimentos que después fueron vanos y pueriles, cuyo relato hacia el entretenimiento y admiracion de nuestra infancia. Pero nada parecia demasiado para obtener el triunfo del espíritu sobre la materia y la libertad verdadera, que consiste en dominar las pasiones.

A través de la severidad de la disciplina general traspira toda ella una moderacion, una dulzura y un sentido recto, que suplen muy bien los defectos que puede descubrir un siglo más cultivado. La manera de vestir era conforme á la que se acostumbraba en el pais, y para estar prontos al toque de maitines, no se quitaban el hábito ni aun de noche, y solo dejaban el cuchillo. Los monjes eran legos; Benito mismo se abstuvo de recibir las órdenes y decia en su regla: «si algun clérigo pretendiere entrar monje, no se le otorgue fácilmente su peticion; y si persiste oblíguesele á la disciplina sin dispensa alguna.»

En suma era aquella regla un compendio y una aplicacion del cristianismo, de las instituciones de los Santos Padres y de los consejos de perfeccion. En ella resplandecen la prudencia y la sencillez, el valor y la humildad, la severidad y la dulzura, la libertad y la dependencia; y todo fundado en la abnegacion, la obediencia y el trabajo. Cosme de Médicis y otros legisladores tenian siempre en la mano la regla de San Benito, porque en ella la vista experimentada descubre los secretos de la verdadera economia política; en ella la satisfaccion de las necesidades del alma se halla perfectamente armonizada en todos los grados con la actividad que ha menester el cuerpo; en ella se abren asilos á los grandes pensamientos, á los grandes dolores y á los grandes remordimientos; en ella, en fin, la indigencia voluntaria ocupa un término

medio entre el orgullo implacable de la riqueza y la estúpida desesperacion de la miseria.

Refiérese que Totila, atravesando la Campania durante la guerra, quiso ver á San Benito, y que, para asegurarse de que efectivamente estaba dotado del espíritu profético, cambió de vestido con uno de sus escuderos, mezclándose al resto de la comitiva; pero el santo le conoció, y dirigiéndose al bárbaro le echó en cara sus crueldades, prediciéndole después un próximo fin, y le intimó á que se preparase con obras de penitencia y con reparaciones. Estos hechos y muchos otros nos han sido trasmitidos por historiadores ilustres que (no pequeña fortuna) salieron de la órden de San Benito, como Gregorio Magno en aquella época y después Mabillon. Las bellas artes, en tiempo de su renacimiento, después de su mayor brillo, las reprodujeron y perpetuaron por todas partes; pero en ningun lado afectan más que en el monte Casino, cuna y asilo el más venerado de los benedictinos.

Allí el aspecto de castillo dado al convento, que se vió muchas veces precisado á repeler invasiones de que no siempre pudo preservar sus muros; la estension de sus ricos dominios, atestiguada por títulos inscritos sobre restos de antigüedades reunidos por todas partes; la magnificencia del edificio, adornado con lo más esquisito del arte del pintor y escultor; el recuerdo de doctos que en los siglos más oscuros encontraron allí un abrigo; la abundante coleccion de documentos y libros, forman admirable contraste con la humildad primitiva de la celda del santo y la pobreza de la tumba en la cual descansaron sus huesos hasta el momento en que fueron violados por la furia de los sarracenos. El que sube á la antigua abadía, vacilante entre la admiracion, la curiosidad y la devocion, puede leer allí toda la historia de aquella órden ilustre, en la cual se conoce en gran parte las diferentes fases de la civilizacion. La encina á cuya sombra San Luis administraba la justicia, no nos causó más emocion que el plátano bajo el cual, en el claustro de San Severino, en Nápoles, cuenta la tradicion que Benito recitaba los salmos y predicaba á los nuevos prosélitos (19), y entre cuyas ramas añosas han echado raices dos higueras, á la manera que otras órdenes han nacido en cada siglo y país de la órden de que fué fundador.

Más austera fué la regla que estableció San Columbano. El monje, decia, ha de vivir bajo la disciplina de uno solo y en la compañía de muchos, para aprender del uno la humildad y de los otros la paciencia. Debiéndose progresar cada dia, todos los dias se debe orar, leer y trabajar. La comida ha de ser frugal y ha de hacerse por la tarde. No solo es reprensible poseer cosas supérfluas, sino tambien el desearlas. El monje no debe buscar la cama sino abrumado de cansancio, y se ha de levantar antes de haber satisfecho completamente el sueño. No debe juzgar las decisiones de los ancianos, pues está obligado á obedecer, segun el dicho de Moisés: *Oye, Israel, y calla.*

Con respecto al esterior, los monjes, cuyo número é influencia fué en aumento, fijaron la atencion vigilante de los obispos, que conocieron la posibilidad de tener en ellos escelentes auxiliares ó poderosos rivales; por lo que cercenaron aquella independencia, que era la carasterística de su estado, y fueron uniéndolos á la sociedad eclesiástica. El concilio de Calcedonia decidió lo que sigue: «Aquellos que han abrazado real y seguramente la vida monástica, obtengan el honor que les es debido; pero en atencion á que algunos, bajo la apariencia y el nombre de monjes, trastornan los asuntos civiles y eclesiásticos, recorriendo las ciudades á la ventura y aun tratando de instituir monasterios por sí mismos, es nuestra voluntad que nadie podrá construir ó fundar casa ú oratorio sin el consentimiento del obispo de la ciudad. En todas las ciudades ó campos estén sujetos los monjes al obispo, amen la tranquilidad, aplíquense al ayuno y á la oracion, y queden en el país en que han renunciado al siglo; no se mezclen en los asuntos eclesiásticos y civiles ni se separen de los monasterios, á menos que lo disponga así el obispo de la ciudad para una obra necesaria» (Cánon IV).

De esta manera se destruyó la libertad monástica, y los concilios sucesivos atribuyeron á los obispos la inspeccion sobre los abades, sobre las congregaciones, la disciplina y la fundacion de nuevos monasterios. Los mismos monjes, multiplicándose, solicitaron privilegios que llegaron á ser trabas. Por ejemplo, quisieron tener una iglesia en su monasterio para no verse obligados á acudir á la parroquia, pero tuvieron para esto que introducir en ellos sacerdotes unidos estrechamente al obispo y estraños al espíritu de la comunidad.

Su dependencia fué mayor cuando los mismos monjes ambicionaron entrar en el clero; después de algunos obstáculos, Bonifacio IV los declaró *más que idóneos* para cualquier funcion eclesiástica. De esta manera tuvieron parte en los privilegios y poder eclesiástico; pero por esta misma razon se consolidó la autoridad de los obispos sobre los monasterios. Recurrieron á veces los monjes en contra de ella á los concilios, quejándose de ser tiranizados; después buscaron una garantia en las antiguas formas, y nunca sufrieron que sus propiedades se confundiesen con las que eran administradas por el obispo, conservándolas bajo la direccion particular de cada comunidad. Tambien algunas veces emplearon la fuerza para no recibir al obispo y arrojaron á sus enviados con las armas en la mano. Entonces eran escomulgados por el obispo. Pero para hacer cesar una lucha escandalosa, se entró en negociaciones. Se convino en que los

(19) Esta idea se encuentra simbolizada en la obra maestra de Monregalese que ví en el convento de este nombre, cerca de Palermo, y en que se representa al santo distribuyendo su pan á miembros de diferentes órdenes religiosas salidos de la suya.

monjes cederian una parte de sus bienes para gozar de los demás con seguridad; á mas de inmunidad para ordenar á los sacerdotes y otros privilegios. Estas estipulaciones eran objeto de verdaderas escrituras de franquicia (20): pero como éstas eran violadas á menudo, reclamaron los monjes la garantia de los reyes, como fundadores de las monasterios, y la obtuvieron mediante un censo anual ó la obligacion de acudir con hombres de armas. Procuraron los obispos eludir esta proteccion; y el medio más eficaz fué erigirse ellos mismos en abades de los monasterios. No obstante, el pensamiento de sustraer enteramente los monasterios á la jurisdiccion episcopal, no pertenece á aquel siglo; fué después puesto en ejecucion por los papas.

¿Por qué hemos de descuidar, estudiando las diferentes fases de la civllizacion, aquellos ensayos de tiranía y de emancipacion que vuelven á aparecer en seguida con más estension en los municipios y en los reinos? En suma, los conventos, todo lo contrario de lo que se cree en el dia, se convertian en centros de actividad y asilos de libertad. *Eran tal vez*, segun se dice, *brazos robados al trabajo*. Eran tal vez, diremos nosotros, brazos robados al delito y al asesinato; y ya sin duda era mucho encadenar las pasiones, estinguir los vicios en tiempos en que no habia prisiones, cárceles, ni policia, ni ese aparato de los pueblos civilizados, y en los que no se creia necesario que el gobierno interviniese en todo y por todo. El mundo no tenia, pues, refugios; faltaba union y seguridad: ¿dónde, pues, se habia de vivir en compañia de otros, dónde discutir tranquilamente, dónde meditar sobre sí mismo y sobre los demás? A satisfacer estas necesidades se presentaban los monasterios ofreciendo una vida toda social, toda activa para desarrollar el entendimiento, propagar las ideas, discutir, meditar é instruir. Mientras que en todas partes reinaban la arrogancia y las espadas, cada monasterio conservaba cuidadosamente una constitucion suya particular, y elegia sus superiores y oficiales, sin que se lo estorbasen los reyes ni los barones: muchos aspiraban á formar parte de estas comunidades, sin unirse á ellas del todo, como en otro tiempo los extranjeros ambicionaban el título de ciudadano de Roma. Tanto de la clase media como señores se ofrecian á un convento *(oblati)*, se hacian inscribir en los registros de los monjes para tener parte en las oraciones, en la vida espiritual y en los privilegios en la temporal; tomaban en el momento de morir el hábito de la órden, y querian ser enterrados en la iglesia ó en el cementerio de los religiosos.

Los monjes, enteramente separados del mundo, parecian no tener otros abuelos que sus predecesores, ni otro deseo que el bien del convento y de la órden. Muchos se empobrecieron, y empobrecieron á sus mismas familias para enriquecer á la comunidad. Conservábanse las actas de donacion con mayor cuidado que el que mostraron los municipios por sus cartas de privilegios. Llegaron hasta fingirlas, y á los que ponian en duda los derechos que concedian, se les consideraba como sacrílegos, como enemigos de los pobres y de Jesucristo.

Cada convento, además de sus bienes, se procuraba un santo venerado, tesoro á la vez espiritual y temporal. Acudia la gente devota á reverenciarlo, casi podriamos decir á adorarlo, y cada uno á hacer su ofrenda, segun sus facultades. Todo testamento contenia un legado para la iluminacion. En los dias de la fiesta, el concurso de los fieles atraia á los mercaderes, y se formaba una féria en el átrio al abrigo de los ataques de los malhechores y de los ultrajes del baron. Parecia que aquel santo representaba la comunidad, y los desafueros causados á ella se consideraban como otros tantos sacrilegios hácia él.

Cuando el monasterio llegó á ser rico, fué preciso embellecerlo; y las artes, asustadas con la vocería de los bárbaros y del insulto ignorante, se refugiaron en el claustro para erigir iglesias ó escribir la historia de las virtudes y martirios del patrono.

En tanto el individuo se conservaba pobre; delicados manjares no se veian en la mesa sino en las raras ocasiones en que se trataba de obsequiar á algun gran personaje ó á un prelado. De nada podia decir esto es mio: se discutió hasta el punto de saber si el pan que cada uno comia era suyo. Hubo un gran escándolo cuando se notó que un monje de Flavigny que acababa de morir, tenia ocultos 2 sueldos en su sobaco y fué privado de sepultura sagrada (21).

Cuando en todas partes existia la confusion en los cargos y en la jurisdiccion, el órden reinaba en el claustro. Determinaba la regla quién debia obedecer y quién mandar, quién tenia que copiar libros, quién predicar, quién vigilar el granero, la vendimia, la cocina; quien se encargaba de recojer á los peregrinos, de visitar á los enfermos, de entonar los salmos y ocuparse de la escuela. Aunque la regla de San Benito trataba de fortificar las almas por la oracion, el trabajo y la soledad, más bien que de la ciencia divina y del apostolado, la Iglesia encontró en esta órden los más celosos misioneros y la ciencia un asilo. En efec-

(20) Las dos cartas más antiguas de inmunidades pertenecen á la abadia de San German de Paris y á la de San Dionisio. Aunque su autenticidad no está probada, existe una fórmula de Marculfo que basta á demostrar que estas concesiones estaban en uso en el siglo VII. Suscítase una cuestion entre el abad de Bobio y el obispo de Tortona, que queria sujetarle á su jurisdiccion; se acude á Ariovaldo, que no quiere mezclarse, pero consiente en que sea juzgado en Roma, y el papa Honorio concede exencion al abad.

(21) GUIBERTO ABAD, *De vita sua*.

to, los benedictinos supieron merecer la triple gloria de haber convertido la Europa al cristianismo, cultivado los desiertos y conservado y reanimado la literatura (22). Entre esos que se llaman ocios holgazanes, proclamará un monje el movimiento de la tierra, otro inventará el reloj para medir las horas canónicas, un tercero descubrirá la pólvora haciendo toscos esperimentos. Otros introducirán los primeros molinos de viento (23). El abad de Nonántola enviaba todos los años á las monjas de San Miguel arcángel, en Florencia, doce jóvenes provistas de lino y de lana, con el objeto de instruirse allí en el arte de tejer (24).

(22) El *Magnum chronicon belgicum* (ap. PISTORIO. —*Scriptores rerum germanicarum*, t. III, p. 189) nos enseña que Juan XXII en el siglo XIV, calcula que la órden de San Benito habia dado veinte y cuatro papas, ciento ochenta y tres cardenales, mil cuatrocientos ochenta y cuatro arzobispos, mil quinientos dos obispos, quince mil setenta abades, cinco mil quinientos cincuenta y cinco santos, y que en la época del concilio de Constanza existian quince mil ciento siete conventos, cada uno de los cuales tenia por lo menos seis religiosos.

(23) «Fué por mucho tiempo un consuelo para el género humano que existiesen aquellos asilos abiertos á todos los que deseaban huir de las opresiones de los gobiernos godo y vándalo. Por lo comun todo aquel que no era señor de castillo, era esclavo. Se sustraia uno, en la tranquilidad de los claustros, de la tirania y de la guerra... Los pocos conocimientos que quedaban entre los bárbaros, se perpetuaron en el claustro. Transcribieron los benedictinos algunos libros, viéndose poco á poco surgir de los claustros no pocos inventos útiles Por otra parte, aquellos religiosos cultivaban los campos, cantaban himnos, vivian sobriamente, eran hospitalarios, pudiendo servir su ejemplo para mitigar la ferocidad de aquellos tiempos de barbarie. No puede negarse que en los claustros habia grandes virtudes, y aun hoy no hay monasterio que no encierre almas admirables, honra de la naturaleza humana. Muchos escritores se han complacido en indagar los desórdenes y los vicios que mancharon en ocasiones estos asilos de la piedad; pero lo cierto es que la vida secular fué siempre más viciosa; que los grandes delitos no se cometieron en los claustros, sino que resaltaron más por el contraste con la regla. Ningun estado se ha conservado más puro. Los cartujos, no obstante sus riquezas, se consagran continuamente al ayuno, al silencio, á la oracion y á la soledad, tranquilos en la tierra en medio de tantas agitaciones, cuyo rumor apenas oyen, y no conociendo á los grandes sino por las oraciones á las cuales van unidos sus nombres.» VOLTAIRE, *Ensayo sobre las costumbres*, cap. 139.

Y en el *Diccionario filosófico*, en las palabras *Apocalipsis y bienes de la Iglesia:* «Preciso es confesar que los benedictinos hicieron muchas obras notables: que los jesuitas prestaron importantes servicios á las letras; necesario es tambien bendecir á los hermanos de la Caridad y á los que se dedicaban á redimir cautivos. El mayor de los deberes es el de ser justo... Confesemos, á pesar de todo lo que se ha dicho respecto de sus abusos, que siempre existieron en su seno personas eminentes por su saber y su virtud; que si hicieron mucho daño, tambien prestaron grandes servicios; y que en general son más dignos de lástima que de vituperio.»

(24) TIRABOSCHI, *Historia de la abadia de Nonantola*, II, 78, en el año 895.

Los humillados de Milan llegaron á ser la compañia más traficante en lana y paños. Los monjes de San Benito Polirono, junto á Mántua, empleaban más de tres mil yuntas de bueyes en los trabajos del campo. Recibe el pastor San Beneceto, en un éxtasis, la órden de construir un puente en Aviñon; se niega el obispo á creerle; pero levanta y lleva sobre sus espaldas una piedra enorme, se ejecuta la obra y se funda una congregacion con el nombre de los hermanos pontífices (25). Tratándose en otra ocasion de construir una muralla alrededor de una iglesia, con objeto de preservarla de las incursiones, y hallándose los aldeanos abrumados de fatiga, se encontraron á la mañana siguiente con las piedras más gruesas trasladadas ya de gran distancia y colocadas en los cimientos.

Y las paredes de una iglesia ó de un monasterio eran la salvaguardia de los pueblos vecinos, así como sus dotaciones eran el pan de los pobres. Lo que el aldeano daba á su señor se consideraba como un deber sin recompensa. El sueldo ó la gavilla de trigo que ofrecia espontáneamente al clero, le era restituido con usura, sin hacer mencion de las pequeñas atenciones de los consuelos del corazon que no se pagan con ningun dinero.

Mientras abrasaba la guerra los campos, y dos señores, uno peor que el otro, se disputaban sus tierras, ¡qué consuelo no seria para el labrador y para el viajero contemplar la calma de los monasterios, y saber que allí encontraria sin falta la paz y un seguro asilo, que la gente de guerra no podia asegurar á los castillos! Pronta estaba una sopa para el que la implorase. ¡Cuántos de nuestros padres, encontrándose despojados de todo lo que poseian, no habrán tenido otro recurso para prolongar su existencia, que el pedazo de pan dado por el monasterio en nombre de Dios! Las obvias declamaciones de una ciencia falta de entrañas contra la avaricia de los monjes y del clero, son ahogadas por los gemidos ó por los ahullidos del pauperismo, siempre en aumento en nuestros dias, sobre todo en los paises en que no está tan arraigado el espíritu cristiano, y en donde el apartamiento entre la caridad y la economia política es más notable.

Atraidos por aquella seguridad, acudian allí artesanos y labradores, formándose pronto un pueblo en los alrededores de un convento, que por lo comun llegaba á ser ciudad. Allí era donde se refugiaban aquellos desengañados de las grandezas de la tierra ó que se habian visto rechazados de ella, las viudas que habian perdido con sus esposos el brillo de su clase; mujeres engañadas ó abandonadas; las estraviadas que de nuevo querian seguir la senda del honor; los doctos desimpresionados de la vanidad literaria, llevando todos el tributo de sus riquezas, de su doctrina, de sus afectos y de sus virtudes.

(25) BOLLANDISTAS, 11 de abril.

CAPÍTULO XVII

LOS PAPAS.

Este gran movimiento era dirigido por Roma católica, no con el empleo de la unidad aparente y forzada de la ciudad pagana, sino en virtud de la influencia de una persuasion que penetra en el fondo de las almas y somete las voluntades. Así como hemos visto en nuestros dias en España y en el Tirol á los frailes mantener correspondencia con los naturales sublevados en contra de los opresores, el clero habia convertido entonces á Roma en centro de los esfuerzos comunes, y por su parte, merced á la habilidad admirable con que sabe esperar, robustecia el poder que le sirvió para proteger la libertad de Europa contra los bárbaros, la libertad del saber humano contra las adulaciones cortesanas y la arrogancia guerrera, la santidad del matrimonio contra los adulterios reales, las constituciones de los reinos contra los usurpadores y los tiranos.

Después de la muerte de Simplicio (diciembre de 482) solo estuvo vacante por espacio de seis dias la Santa Sede. Durante este tiempo Basilio, prefecto del pretorio, se presentó en nombre de Odoacro en la asamblea del clero y de los magistrados diciendo: *¿Haceis memoria de que nuestro bienaventurado papa Simplicio recomendó que, para evitar toda clase de disturbios, no procedierais á la eleccion sin oir nuestro dictámen? Nos sorprende, pues, que hayais empezado á obrar sin la intervencion nuestra.* En seguida prohibió á los obispos futuros la facultad de enagenar cosa alguna, como tambien los ornamentos y vasos sagrados de la Iglesia.

San Félix.—Recayó la eleccion en Félix, romano (483) (1), quien puso en noticia del emperador su eleccion, exhortándole á que no se apartara de la fé ortodoxa. Quédannos de él varias cartas y una historia de los monofisitas titulada: *Gesta de nomine Acacii, seu breviarium historiæ Eutychianorum.*

Tuvo por sucesor al africano Gelasio (492), el cual escribió himnos, prefacios y tratados sobre las cuestiones que se ventilaban entonces. Tambien compuso uno contra el senador Andrómaco y otros romanos que aspiraban á resucitar las fiestas lupercales, bajo pretesto de que se multiplicaban las enfermedades desde que no se apaciguaba al dios Februario. Pontífice caritativo, enemigo del fausto y de los placeres, fijó las ordenaciones en las cuatro témporas, y persiguió la memoria de Acacio de Constantinopla, ya difunto, hasta el estremo de negar la comunion á los que se incomodaban porque se le habia condenado, rigor que dió márgen á un cisma. En un concilio hizo la distincion entre los libros canónicos y los que eran apócrifos, declaró ecuménicos los cuatro sínodos de Nicea, Constantinopla, Efeso y Calcedonia, y dijo á qué escritores pertenecia el título de Padres de la Iglesia.

Anastasio II, romano, ocupó la Santa Sede por espacio de dos años (496), y pudo regocijarse de la conversion de Clodoveo. Aunque no agitara á la Iglesia ninguna nueva heregia, lo que aun restaba de las anteriores hacia que algunos rechazaran el concilio de Calcedonia, y que resultaran de aquí cismas, especialmente al tiempo de la eleccion de los patriarcas de Constantinopla. Pensó el emperador Zenon en poner término á ellos, publicando el *Enótico* ó edicto de union, profesion de fé á la que ordenó que se conformaran todos (pág. 43). Este edicto no contenia en realidad nada en oposicion á la creencia católica, si bien no se hacia mencion del concilio de Calcedonia: además, allí

(1) Segundo ó tercero pontífice de este nombre, segun se cuente ó no el que fué nombrado en 355 en vida del papa Liberio.

se abrogaba el emperador una autoridad que no le pertenecia, fallando sobre las cosas divinas. Lo que debia ser símbolo de union se convirtió, pues, en gérmen de cizaña, rechazándolo los papas y los emperadores. Anastasio envió al senador Festo para que indujera al emperador á aceptar el concilio escluido; pero habiendo muerto Anastasio, se encargó el enviado, por el contrario, de hacer admitir el Enótico al nuevo pontífice.

Simaco.—Habiendo encontrado á su vuelta ya elegido á Simaco (498), diácono de Cerdeña, compró otros sufragios é hizo ordenar al mismo tiempo á Lorenzo. No pudiendo ponerse de acuerdo los dos pretendientes, convinieron en atenerse á la decision de Teodorico; de esta suerte un príncipe arriano se vió llamado á fallar entre los dos jefes de la Iglesia católica. Declaróse en favor de Simaco que ocupó quince años la Santa Sede.

Poco tardaron los descontentos en acusarle de enormidades ante Teodorico y en volver á llamar á Lorenzo á Roma; Festo y Probino pidieron á este rey que enviara á Roma un obispo visitador, como era de costumbre cuando la sede estaba vacante: protestaron los católicos, teniendo por inútil esta mision, puesto que habia un papa legítimo: ni aun la misma presencia de Teodorico logró aplacar los ódios. Habiéndose congregado los obispos de Italia para un concilio (504), cuando á él se dirigia Simaco, fué acometido á pedradas, y cundiendo el tumulto, hubo tal desórden en la ciudad, que hasta se violó la castidad de los monasterios. Se reconoció por último la inocencia del papa y se vió restablecido; pero ni aun así renació la paz, porque Lorenzo, sostenido por Festo, retuvo en su poder á viva fuerza muchas iglesias por espacio de cuatro años, y para poner fin á tamaño escándalo, hubo necesidad de que se interpusiera Teodorico. La acusacion que se presentó contra Simaco, era dirigida probablemente contra la pureza de sus costumbres; pues para estinguir hasta las sospechas, estableció que en adelante todo sacerdote ú obispo tendria sin cesar á su lado una persona de probidad conocida *(sincellos)* para ser testigo de todos sus actos.

Tambien el emperador Anastasio causó turbulencias en la Iglesia siguiendo, no á los eutiquianos propiamente dichos, sino á los acéfalos, es decir, á los hombres sin jefe, que pretendian dejar libertad á cada uno para aceptar ó no el concilio de Calcedonia (514). Pero Hormisdas, campanio, sucesor de Simaco, tuvo el placer de ver á Justino, el nuevo emperador, confesar aquel sínodo, condenar á los eutiquianos, y arrebatar á los arrianos todas sus iglesias.

Entre tanto, como el espíritu sofístico de los griegos no podia permanecer en inaccion, empezaron á debatir el punto de saber si se podia decir que se habia crucificado *uno* ó bien *una persona* de la Trinidad. Tambien después, á propósito de aquel pasaje del Evangelio en que se dice que *nadie sabe la hora del juicio, ni aun el Hijo*, discutieron si Jesucristo lo ignoraba en cuanto hombre: lo cual produjo la heregia de los agnoitas, después la de los triclitas, que admitia en la Trinidad tres naturalezas particulares, independientemente de la naturaleza comun. Sutilezas inútiles acerca de misterios inconcebibles, que trastornaban hasta las ideas de moral, haciendo llamar santos á algunos que no tenian más mérito que combatir ó sostener tal ó cual opinion.

Juan.—El decreto de Justino (523) en contra de los arrianos desagradó á Teodorico, rey de Italia, quien envió al nuevo pontífice Juan á Constantinopla para obtener que se les volviese á conceder el libre ejercicio del culto, ó de lo contrario tambien turbaria el de los católicos en Italia. No pudo ó no quiso lograr el objeto de su mision el papa, y Teodorico le hizo aprisionar, sospechando de su complicidad en conjuraciones urdidas entonces para sublevar la Italia. Habiendo muerto de miseria, fué reemplazado por Felix IV, fimbrio (526), después por Bonifacio II, de orígen godo (530), que condenó la memoria de Dióscoro, su competidor, y reclamó la facultad de designar su sucesor, de lo cual se arrepintió después.

Como se averiguara que en la eleccion de Juan II Mercurio se habian comprado los sufragios (532), declaró el emperador que las obligaciones contraidas con este motivo eran nulas, y que cualquiera que aceptase algo por conferir un obispado, seria obligado á restituirlo; permitiendo, sin embargo, á los dependientes de palacio tomar hasta 3,000 sueldos de oro, cuando hubiese algunas dificultades en la eleccion del papa, y 2,000 por la de los demás patriarcas, con la facultad de distribuir 500 entre el pueblo por los simples obispos.

Agapito.—Sucedió á Juan II (535), el romano Agapito, uno de los pontífices más ilustres, quien fundó en Roma una academia para las bellas letras. Enviado por Teodato á Justiniano para proponerle la paz, volvió sin haber conseguido nada; pero habia podido abatir á los herejes en Constantinopla, y deponer de aquella silla á Antimio que habia sido trasladado á ella desde otra, á despecho de los cánones. Como desde luego queria Justiniano oponerse á ello amenazándole hasta con el destierro, le respondió Agapito: *Creia hablar á un emperador católico, pero veo que tengo que habérmelas con un Diocleciano;* y persistió hasta que el príncipe dió su consentimiento. Irritóse de ello Teodora como de una afrenta, y maquinó con Vigilio, diácono de la Iglesia romana, comprometiéndose á hacer que le nombraran papa si se avenia con los prelados de Constantinopla y Antioquia, como tambien con el monje Severo, jefe de los acéfalos, y hacia que se anulara el concilio de Calcedonia.

Vigilio.—De vuelta Vigilio en Roma, inclinó el ánimo de Belisario (536), mediante la promesa de doscientas monedas de oro, á que no se desperdiciara ningun medio para derribar á Silverio, hijo del papa Hormisdas, quien á la muerte de Agapito, habia sido elevado á la Santa Sede por Teoda-

to y confirmado por el asentimiento del clero. Fué, pues, acusado el papa de estar en inteligencia con Teodato para introducir á los godos en Roma. Habiéndole llamado Belisario al palacio, le hizo despojar de las vestiduras pontificales y trasladar desterrado á Patara en la Licia, mandando después que fuese investido Vigilio con el pontificado (537).

Eran tan desgraciados los tiempos, que no encontró oposicion ninguna. De esta manera consiguió Vigilio el objeto de su ambicion y aceptó á los tres disidentes. Pero habiendo emprendido el obispo de Patara la tarea de defender á Silverio, fué en busca del emperador, quien declaró ignorar enteramente lo que habia pasado y dispuso que el pontífice fuese de nuevo conducido á Roma, para ser examinado sobre las acusaciones que se dirigian contra él. Esto no impidió que Belisario, para quien eran leyes los deseos de Teodora, le hiciera detener en el camino y confinar á la isla de Palmaria, enfrente de Terracina, donde murió de hambre ó fué degollado, y la compasion que inspiraba aquel justo perseguido, pretendió ver afirmada su santidad con muchos milagros.

Vigilio, que fué entonces confirmado (538) por el clero en la alta categoria á que habia ascendido de una manera tan indigna, supo resistir á las veleidades religiosas de Teodora; y habiendo acudido á Constantinopla, desplegó mucha firmeza contra los disidentes, aun cuando fué arrastrado por las calles con una cuerda al cuello y arrojado en el fondo de una torre, hasta el momento en que la muerte de Antimio quitó, en fin, todo pretesto á aquellas divisiones.

Tres capítulos.—Surgió, no obstante, otra escision, deplorablemente célebre, con el nombre de los *Tres capítulos*, suscitada no por ambiciones que luchaban, sino por personajes que ya no existian. Se habian propuesto en el concilio de Calcedonia (t. III pág. 527) tres capítulos, pidiendo la condenacion de las obras y de la persona de Teodoro de Mopsuesta, como hereje; de una carta de Iba, obispo de Edesa, en alabanza del mismo Teodoro, y de varios escritos de Teodoreto de Ciro. Considerando los Padres de Calcedonia que aquellos obispos se habian retractado y reprobado los errores de Nestorio y de Eutiquio, objeto de aquel concilio, los enviaron absueltos á las iglesias que les habian sido arrebatadas por un conciliábulo.

A la sazon, el diácono Pelagio, nuncio en Constantinopla, habia obtenido, en union del patriarca Menna, que Justiniano reprobase ciertos errores de Orígenes. Teodoro Ascida, acéfalo, obispo de Cesarea, emprendió, en odio á Pelagio, hacer revocar la condena. Persuadió, en su consecuencia, al emperador, de que el medio seguro para poner acordes á los católicos y á los acéfalos, era escomulgar á Teodoro de Mopsuesta, á Teodoreto y á Iba.

Todos tres, hacia ya tiempo, habian acudido á dar cuenta de sus pensamientos al que únicamente podia apreciarlos. Sin embargo, á pesar del concilio de Calcedonia, el emperador les reprobó (544) é hizo condenar por un concilio que se reunió en Constantinopla. Los occidentales conocian poco el griego, y no habian leido á Teodoreto ni á Iba; pero sabian que en Calcedonia habian sido reconocidos como ortodoxos. Por tanto, Estéban, que habia sucedido á Pelagio en la nunciatura, viendo que esta decision debilitaba la autoridad del concilio ecuménico, se opuso á ella: no solo le sostuvo el papa Vigilio, sino que habiendo ido á Constantinopla para pedir socorros contra Totila, que sitiaba á Roma, se separó de la comunion de los que se habian adherido á la condena segun los tres capítulos. Pero al cabo de poco tiempo se dejó inducir hasta el punto de condenarlos él mismo (548), salva la autoridad del concilio de Calcedonia, á condicion de que no se discutiria más sobre este asunto ni de palabra ni por escrito. Desagradó este término medio, como siempre acontece entre dos partidos, á los adversarios de los capítulos por su reserva, á los católicos por la condenacion, y todos los obispos de Africa, de Iliria, y de Dalmacia se separaron del papa (2). Espantóse Vigilio, como hombre débil, del grito que los católicos lanzaban en contra suya y revocó su decision; pero al mismo tiempo prometió á Justiniano hacer de modo que se les condenase segun los Tres capítulos, pidiéndole guardara secreto sobre este compromiso, debiendo quedar suspendido el negocio hasta la reunion de un concilio general.

Entre tanto el emperador publicó de nuevo su constitucion (551), y no habiendo sido escuchado el papa, se separó de los orientales. Fué tratado entonces como prisionero; pero lo sufrió con valor diciendo: *Me teneis á mí, pero no á San Pedro.* Llegó la persecucion hasta el grado de tener que refugiarse bajo un altar el papa. Habiéndose adelantado el pretor para sacarle de allí, se sublevó el pueblo en su defensa, y entonces pudo buscar un asilo en la iglesia de Santa Eufemia de Calcedonia. No quiso volver hasta que Axida y Menna declararon aceptar los cuatro concilios y todas sus decisiones. Entonces entró de nuevo Vigilio en Constantinopla; y no pudiendo obtener que se celebrara el concilio en Italia ó Sicilia con intervencion de los obispos de Occidente, lo vió abrirse en Constantinopla (V ecuménico) por los patriarcas y por ciento cuarenta y cinco obispos de Oriente (4 de

(2) Pueden verse acerca de la larga y dolorosa cuestion de los Tres capítulos las actas del II concilio constantinopolitano, con muchos hechos auténticos, pero inútiles. El griego Evagrio es menos minucioso y menos exacto que los tres africanos Facundo, Liberato y Victor de Tunnunese. El *Liber pontificalis* de Anastasio, es prueba original, pero toda en pro de los italianos. De los modernos tenemos á DUPIN, *Bibl. eccles.*, V. p. 189-207, y BASNAGE, *Hist. de la Iglesia*, I, pág. 519-541.

mayo de 553). Condenó el papa los errores que se encontraban en los escritos de los tres prelados, no como herejes, sino por un exagerado celo en favor de la ortodoxia. Se declararon contra el papa en Italia los arzobispos de Aquilea, de Milan y de Rávena, como tambien los obispos provinciales de Istria, Venecia y la Liguria: algunos limitándose á no adherirse á la condena de las doctrinas enunciadas en los tres capítulos, tal vez temerarios, pero no cismáticos y que podian ser tolerados; otros decidiendo que el papa erraba. Habiendo reunido Paulino, patriarca de Aquilea, en sínodo provincial (556) á los obispos sus sufragáneos, desechó el quinto concilio y no quiso ya comulgar con el papa. Resultó de aquí un cisma (3) que duró hasta 698 cuando un nuevo sínodo de Aquilea aceptó á instancias del papa Sergio, el V concilio.

Origenistas.—La cuestion relativa á la naturaleza divina habia absorbido la atencion de tal manera, que parecian olvidadas las origenísticas, tan debatidas en otro tiempo (t. III pág. 268). Sobrevivian, sin embargo, y probablemente era su centro la Palestina, cuna del ascetismo, y en donde, bajo los auspicios de San Sabas, se habian retirado hasta mil ermitaños á las orillas del Jordan. Apenas hubo muerto éste (530), reaparecieron los errores de Orígenes; y la antigua censura de Teófilo, renovada por el metropolitano de Antioquia, no hizo más que aumentar su atrevimiento. Justiniano creyó reprimirlos con su edicto de 545, suscrito por los pontífices de Roma, de Constantinopla, de Alejandría, de Antioquia y de Jerusalen; pero progresaron los origenistas, de manera que se comprendió ser necesario condenarlos formalmente. Por tanto, en el V concilio ecuménico, reunido para un objeto muy diferente, pidió el emperador que se condenase la teologia de Orígenes. En efecto, se reprobaron su sistema del universo y la herejia relativa á la Encarnacion y á la preexistencia de las almas, ó sea la caida personal de cada hombre, la unidad primordial de las criaturas y del Criador, la reprobacion de la materia, la identidad de los ángeles, de los hombres y de los demonios, la naturaleza angélica de Cristo, la futura aniquilacion de los cuerpos, la unidad final ó la reabsorcion de las criaturas en Dios. Pero no se definió cuál fuese la ley del nacimiento y del desarrollo de las almas, cuál su cambio en el cielo, cuál el estado de los cuerpos después de resucitados, y cuál la condicion de los condenados.

Aun á la misma condenacion de Orígenes se negó Vigilio al principio, y después condescendió con una vacilacion que escandaliza al compararla con la firmeza que una série de papas antecesores y sucesores suyos mostraran para sostener la verdad.

---

(3) En aquella ocasion se dió por los cismáticos al metropolitano de Aquilea el titulo de *patriarca*; título que después ha sido conservado por la Iglesia.

Pelagio I.—Habiendo muerto Vigilio en Siracusa, cuando volvia á Italia, se le dió á Pelagio por sucesor (555), más bien por la voluntad del emperador que por la libre eleccion del clero y del pueblo. En su consecuencia muchos romanos se negaron á comunicarse con él, y corrió la voz de que habia contribuido al envenenamiento de su predecesor y suscitado las persecuciones en contra suya, cuando, por el contrario, le habia consolado y sido partícipe de ellas, y de que, en fin, habia tenido relaciones con los hereges, á quienes habia combatido. Adquirieron tanta consistencia aquellas calumnias, que solo dos obispos asistieron á su consagracion, pero se justificó de la acusacion de heregia con una ámplia profesion de fé, y del crimen con una solemne procesion; después de lo cual, subiendo á la catedral de San Pedro, con el Evangelio en una mano y la cruz en la otra, juró que era inocente é invitó al clero á que le ayudase á gobernar bien.

Pero el gobierno era difícil, en tanto que duraba el cisma; y cuando Pelagio, para ponerle término, sostenia el concilio de Constantinopla, le hacian cargo sus enemigos de atacar el de Calcedonia. Escribia á los obispos de Toscana: *¿Cómo podeis creer que no estais separados de la comunion universal cuando no pronunciais mi nombre, como es costumbre, en los santos misterios? pues, aunque indigno, la firmeza de la santa fe subsiste en mí en esta hora por la sucesion del episcopado.* Y como creyesen tambien los obispos de Francia que la fé habia recibido un ataque, envió Pelagio su profesion de fé al rey Childeberto. *Creyéndonos obligados*, dice, *para evitar los escándolos, á manifestar nuestra fé á los reyes, hácia los cuales debemos mostrarnos respetuosos y permanecer sumisos como lo ordena la Escritura.*

Desde su muerte empiezan á prolongarse las vacantes para aguardar la confirmacion del emperador, que se habia atribuido esta autoridad; y el desórden creciente aumenta la escasez de datos. Juan III, que gobernó trece años (560), hizo terminar la iglesia de San Felipe y Santiago, adornada de pinturas y mosaicos que representaban hechos heróicos. Tuvo por sucesor á Benedicto (574), después á Pelagio II (578), quien se esforzó en destruir el cisma y dió pruebas de generosidad, tanto reedificando á San Lorenzo, como socorriendo á los que huian ante los aceros de los longobardos y los desgraciados atacados de la peste.

En medio de la intranquilidad interior y de las amenazas esteriores, se habia afianzado poco aquella primacia que los pontífices heredaron de la tradicion apostólica. Siendo en su mayor parte arrianos los conquistadores, y los emperadores de Oriente por lo comun hereges, consideraban los católicos de toda la Europa al papa como jefe y protector universal, é invocaban sus consejos para las almas y su proteccion para las vidas. Teodorico, rey de los ostrogodos, príncipe el más cercano á él y tambien el más poderoso, daba más crédito á la opi-

nion del pontífice, haciendo á su lado el papel de intercesor benévolo en favor de los demás obispos y de los príncipes, como tambien negociando en su nombre con los emperadores de Bizancio.

Coleccion de cánones.—Contribuyó aun á aumentar esta autoridad la coleccion de los cánones. Desde los primeros tiempos pudo hacer la Iglesia decretos para su propia administracion, multiplicándose á medida que se estendieron las relaciones con la sociedad esterior. Los primeros que se reunieron fueron los ochenta y cinco *Cánones Apostolorum*; y sino pertenecen á los Apóstoles, son, á no dudarlo, muy antiguos. Se consideran como apócrifas las constituciones atribuidas á San Clemente y varias decretales de los primeros pontífices. Estéban, obispo de Efeso, hizo tambien hácia 385 una coleccion de ciento sesenta y cinco cánones, segun los primeros concilios generales y provinciales celebrados en Oriente; y agregáronse las decisiones de los concilios sucesivos. Pero no teniendo estas colecciones, ni acaso otras, una autoridad general, haciendo variar el derecho canónico los decretos de los concilios parciales de una á otra provincia, y estando otros en griego, habian sido mal traducidos, lo cual hacia indispensable una nueva y mejor coleccion.

Dionisio.—Esta empresa fué acometida por el escita Dionisio el Pequeño *(Exiguus)* (527), versado en el conocimiento del idioma griego y en muchas ciencias. Su trabajo fué recomendado por Casiodoro, que le protegia, y á esto se debió que con facilidad se adoptara en todo el Occidente. Dionisio añadió á su coleccion las decretales de los papas desde Siricio, en las cuales se hallaba consignada la antigua superioridad del obispo de Roma sobre los demás; y como estas decretales adquirieron fuerza de ley, consolidaron la supremacia papal.

A este tiempo descendieron los longobardos á Italia. Carecia el pais de un caudillo general; y los romanos avasallados, así como los que aun estaban libres, no tenian otro personaje eminente que el papa á quien volver los ojos. Este tenia inmensos dominios en Sicilia, Calabria, la Pulla, la Campania, la Sabina, la Dalmacia, la Iliria, la Cerdeña, en los Alpes Cocios y hasta en las Galias. Estos dominios eran cultivados por el método antiguo, es decir, por colonos, y ejercia una jurisdiccion legal sobre ellos; nombraba empleados y daba órdenes. Las rentas que percibia le colocaban en aptitud de atender á las necesidades en tiempo de carestia, de dar asilo á los refugiados y salario á las tropas. Cuando la conquista hubo interrumpido las comunicaciones entre Roma y el exarca de Rávena, quedó de hecho el papa como jefe de la ciudad en que residia, estuvo en correspondencia directa con la córte de Bizancio, hizo la paz y la guerra con los reyes longobardos, y vino á ser representante del partido nacional, oponiéndose á sus conquistas.

Gregorio Magno, 550-304. — Solo aguardaba la cátedra de San Pedro un pontífice que conociera toda la importancia de su alta categoria y desplegara la dignidad correspondiente. Tal fué Gregorio Magno (4). Descendiente de la antigua y muy opulenta familia Anicia, consagró en su juventud al estudio de las ciencias un vivo entendimiento y una capacidad estraordinaria: siguiendo acto continuo la carrera de las magistraturas fué nombrado, por Justino II, prefecto de Roma, empleo el más insigne de entonces. Pero disgustado del mundo é imitando el ejemplo de sus padres, se retiró al convento de San Andrés, que habia fundado en su propia morada, como tambien otros seis en Sicilia. Habiéndose fortalecido en aquel retiro, donde iban á buscar los débiles un refugio contra las tempestades y donde los fuertes iban á prepararse á luchar contra ellas; creyendo poder ser útil con sus predicaciones, pidió al papa Benedicto I licencia para llevar la verdad á Bretaña, y una vez alcanzada púsose en camino. Pero el pueblo de Roma principió á gritar al papa (580): «Habeis ofendido á San Pedro; habeis destruido á Roma dejando partir á Gregorio;» de manera que aquel revocó su mision. Nombrado por Pelagio II en calidad de uno de los siete diáconos de la Iglesia romana, fué enviado por este mismo papa á la córte griega á fin de implorar socorro. «Haced presente al emperador, le escribia Pelagio, que violando su juramento, nos han hecho padecer los longobardos tantos males que es imposible narrarlos. Si Dios no inspira al emperador para que nos envie á lo menos un maestre de la milicia y un duque, estamos abandonados de toda ayuda, especialmente en el territorio de Roma que está desguarnecido de tropas: nos participa el exarca que no puede socorrernos, en atencion á que ni aun tiene fuerzas para defender á su vecindario. Plegue á Dios que el emperador nos asista antes de que esta abominable nacion se apodere de cuanto le queda todavia al imperio (5).»

Durante su permanencia en Constantinopla, donde estudió Gregorio el carácter del gobierno bizantino, se grangeó la estimacion y la benevolencia de todos: de modo que quiso el emperador Mauricio que tuviera á su hijo en las fuentes bautismales. Cuando á la muerte de Pelagio II concurrieron todos los votos á conferirle el pontificado, supo Gregorio con espanto esta noticia: hubo necesidad de buscarle por espacio de tres dias

---

(4) GREGORII MAGNI.—*Opera, studio mon. Ord. Santi Benedicti.* Paris, 1705, 4 tomos.

J. DIACONI, *Vita Sancti Gregorii Magni.* Véase tambien la de un anónimo: ambos se hallan en la coleccion de los Bollandistas, 12 de marzo.

DIONISIO DE SAINT-MARTHE.—*Historia de Gregorio Magno.* Ruan, 1697.

MAIMBOURG, *Historia del pontificado de San Gregorio Magno.*

(5) *Ep.* de 4 de octubre de 584, segun JUAN DIÁCONO, I, 51.

para descubrirle en el lugar apartado adonde habia huido desde su convento, ocultándose entre las cestas de los provisores. Hasta escribió al emperador Mauricio, conjurándole en nombre de su amistad, á que no confirmara la eleccion que habia recaido en su persona; y en lo sucesivo siempre echó de menos su tranquilidad primera. *No puedo reprimir mi llanto*, escribia á Leandro de Sevilla, *cuando me traslado mentalmente hácia aquel venturoso puerto de que me han arrancado. Mi corazon gime al solo recuerdo de aquella tierra firme á que ya no puedo abordar de ningun modo.*

Y es que efectivamente entonces imponia miedo la dignidad del papazgo. Por su posicion eminente era responsable el pontífice de cuanto pudiera acontecer en Roma. No tenia libertad para obrar á pesar de todo: eran una traba constante á sus actos el duque, el prefecto imperial, el Senado, los decuriones, inhábiles para el gobierno. A los ojos del nuevo pontífice se presentaban entorno pueblos idólatras ó arrianos; encima emperadores teologastros que trastornaban la Iglesia ora con sus controversias, ora con sus pretensiones; entre el clero de los paises recientemente convertidos, la simonia y el libertinaje (6); á las puertas de Roma los longobardos amenazadores; la Italia desgarrada por un largo cisma y por añadidura afligida por una horrible peste.

Para gobernar un viejo buque desmantelado y batido por los huracanes, como denominaba á Roma, puso en práctica la oracion y toda la energia de un carácter indomable. Estendió su solicitud de una á otra estremidad del mundo, á fin de divulgar la verdad, donde aun no era conocida, de combatir el error y de sostener la moral. Reunió un concilio en Roma para poner remedio al cisma de Aquilea, lo cual consigió á lo menos en parte. Opuso un dique á los donatistas de Africa, á pesar del escaso auxilio que le prestaron los obispos de aquella provincia. De su mano recibieron los reyes francos y borgoñones cartas sobre cartas, que les apremiaban á estirpar la simonia, que, elevando á las dignidades eclesiásticas personas incapaces ó indignas, alteraba las costumbres y destruia la disciplina del clero: con este objeto envió al abad Ciriaco, encargándole la convocatoria de un concilio en las Galias y después de otro en Barcelona. Ya hemos visto cuán acendrado celo dedicó á la conversion de los anglios, de los longobardos, de los visigodos, y los felices triunfos de que pudo regocijarse: tambien envió otros misioneros á predicar á los barbaricianos, idólatras de la Cerdeña.

Esforzábase por mantener la armonia entre el emperador griego y los longobardos, pero exhortaba tambien á los sicilianos á que alejasen por medio de letanias semanales una invasion con que los longobardos les amenazaban, de cuya maldad era testigo la desolacion de la Italia (7). Se opuso á Agilulfo, cuando asediaba éste á Roma, y defendió contra las vejaciones imperiales la libertad de la Iglesia con palabras humildes, pero con franqueza diciendo: «¿Quién soy yo para hablar así á mis señores, sino corrupcion y polvo? Pero ya que en mi concepto esta institucion va contra Dios, autor de todas las cosas, no puedo disimularlo á mis señores: Cristo es el que os responde por mi, el último de sus siervos, y de los vuestros; diciéndoos *De secretario que eras, te hice conde de las guardias: de conde de las guardias, Cesar, de Cesar emperador y padre de emperador. He confiado á tus manos mis sacerdotes y niegas soldados á mi servicio.* Ruégote, piadosísimo emperador, que respondas á tu siervo. ¿Qué replicarás á tu Dios en el dia del juicio cuando te hable de este modo?... Sumiso á tus órdenes he enviado esta ley á toda la tierra; pero en este pliego, en que deposito mis reflexiones, he dicho á mis serenísimos señores que esta ley contrasta con la de Dios todopoderoso. He llenado, pues, mi deber bajo ambos aspectos: he obedecido á César, y no he pasado en silencio lo que creo contrario á Dios (8).»

Habiéndose abrogado el patriarca de Constantinopla, Juan Ayunador, el título de obispo universal *(ecuménico)*, Gregorio lo censuró por haber tomado *este título, lleno de estravagancia y de orgullo.* «¿No sabeis, le dice, que el concilio de Calcedonia ofreció este honor á los obispos de Roma llamándoles universales, y que, sin embargo, ni uno solo ha querido recibirlo por temor de que aparezca que se atribuyen el episcopado, arrebatándoselo á todos sus demás hermanos?... Cuando incurra en el error un obispo que se llame universal ¿habrá todavia un obispo que al lado de la verdad se coloque?» (9)

Escribiéndole Eulogio, patriarca de Alejandria: «He cesado de llamar ecuménico á mi hermano de Constantinopla con sujecion á lo que me habeis *mandado*.» Gregorio le respondió en esta forma: «Por favor, dejaos de hacer uso de la palabra *mandar;* sé lo que soy y lo que sois; mi hermano por el puesto que ocupais; mi padre por las virtudes; yo no os he mandado nada: solo os he hecho presente lo que me parecia bien, y no os habeis atenido á ello en un todo, puesto que os dije que á na-

(6) Un cánon del segundo concilio de Vaison, del año 519, referido por el docto padre Tomasin *(Discipl. de Benef.* p. 2, I, c. 88, n.° 10), contiene para Italia este autorizado testimonio: *Omnes presbyteri, qui sunt in parochiis constituti, secundam consuetudinem, quam, per totam Italiam satis salubriter teneri cognovimus, juniores lectores secum in domo retineant, et eos quomodo boni patres spiritualiter nutrientes, psalmos parare, divinis lectionibus insistere, et in lege Domini erudire contendant, ut sibi dignos successores provideant.*

(7) *Ep.* XI, 51.
(8) *Ep.* III, 65, á Mauricio emperador.
(9) *Ep.* IV, 38.

die diérais el título de universal y me le atribuis en el encabezamiento de vuestra carta. No tengo á honra para mí lo que me parece deshonra en mis hermanos: lejos de nosotros las palabras que nos hinchan de vanidad y ofenden la caridad.» Hasta para oponer un contraste á la arrogancia del patriarca, adoptó el título de *siervo de los siervos de Dios*, y añadió dirigiéndose al emperador Mauricio: «El gobierno y la supremacia de la Iglesia fué dada á Pedro, y no por eso se tituló apóstol universal. Contemplad actualmente á Europa presa de los bárbaros, destruidas las ciudades, demolidas las fortalezas, esquilmadas las provincias, á merced de los idólatras la vida de los fieles. ¿Es justo que los obispos, que deberian llorar postrados sobre la ceniza, quieran satisfacer su vanidad con nuevos títulos en ocasion semejante? Yo no defiendo mi causa, sino la de Dios y la de la Iglesia universal. Soy siervo de todos los obispos mientras se porten como tales; si alguno de ellos levanta la cabeza contra Dios, tengo confianza en que no derribará la mia con la espada.»

Los que pretenden que la autoridad pontifical no se estendió sino con ayuda de las falsas decretales, pueden ver, no obstante, que mucho antes de que aparecieran, Gregorio hablaba á los obispos y á los reyes con la dignidad suave, aunque firme de un jefe universal. Enuméranos él mismo los cuidados esteriores y seculares que abrumaban al papa (10). Además consumó actos que parecian pertenecientes á la soberania temporal; envia un gobernador á Nepi, mandando al pueblo que le obedezca como al pontífice supremo; un tribuno á Nápoles para velar por la defensa de aquella gran ciudad (11). Recomienda al obispo de Terracina que no permita que nadie eluda la obligacion de montar la guardia en las murallas (12). En suma, el papa venia á ser en Italia, con relacion á los emperadores griegos, lo que los mayordomos francos con relacion á los Merovingios. Además descendia de los cuidados del mundo á los menores detalles de la administracion patrimonial, á fin de que no pesaran vejaciones sobre los que trabajaban en las tierras de la Iglesia, y escribia al ecónomo de Sicilia: «He sabido que se toma el grano á los aldeanos á un precio ínfimo en tiempo de abundancia: no hagais tal; séales pagado al precio ordinario, sin deduccion de lo que perece en los naufragios. Tampoco los arrendatarios deben pagar ni hacer más servicios de los convenidos, ni dar el grano en mayor medida; y á fin de que nadie les sobrecargue después de nuestra muerte, dadles una tarifa por escrito que determine su precio. Tambien he sabido que algunos para pagar el primer plazo han tenido que tomar dinero prestado á una escesiva usura. Les suministrareis, pues, estos capitales de los fondos de la Iglesia y los reembolsareis poco á poco, de suerte que no se vean obligados á malbaratar sus géneros. En general no queremos que se manchen las arcas de la Iglesia con una sórdida ganancia.» (13)

Al mismo tiempo que mantenia el esplendor de su sede, empleaba sus ricas rentas en hacer limosnas, en fundar escuelas y hospitales, en enviar subsidios á las provincias más remotas y ejercer la hospitalidad. Cotidianamente hacia que su capellan convidara á doce extranjeros; y la gratitud popular refirió, que entre el número de aquellos llegó Cristo á sentarse á su mesa. Mientras tanto, se conservaba modesto y escribia al subdiácono Pedro, administrador del patrimonio de Sicilia: *Me habeis enviado un mal caballo y cinco buenos asnos. No puedo montar en el primero porque es malo, ni en los otros porque son asnos.* Parco en su mesa y exacto en el cumplimiento de las prácticas de la vida monástica, no buscaba su comodidad en cosa alguna, ni hacia caso de los honores y ventajas del mundo, ni pensaba más que en sus deberes. Tan firme como indulgente respecto de los herejes, escribia al obispo de Nápoles que acogiera á todo el que deseara volver á entrar en el seno de la Iglesia. *Tomo sobre mí*, añadia, *cualquier daño que pueda nacer de la falsedad de la reconciliacion: una severidad escesiva redundaria en perjuicio de su alma.* Prohibia á los prelados de Terracina, de Cagliari, de Arlés y de Marsella, las violencias que un celo más fervoroso que prudente empleaba contra los judios. *á fin de que la fuente en la que se renace á la vida divina, no les sea ocasion de una segunda muerte más funesta que la primera por la apostasia.* Mandó que se les restituyera su sinagoga, recomendando tratarles con caridad y dulzura (14).

Apenas se creeria que un hombre tan ocupado tuviese tiempo para escribir tantas obras, las cuales le valieron el sobrenombre de Magno, no menos que sus virtudes. Consultado por Juan, arzobispo de Rávena, acerca de sus deberes, le dirigió la *Regla pastoral*, tratando en sus cuatro partes de las vias por las cuales se entra en el santo ministerio; de los deberes impuestos al que tiene esta investidura; del modo de instruir al pueblo, y del cuidado de santificarse á sí propio, ocupándose en santificar á los demás, á fin de no perder, por un esceso de confianza en sus propios recursos, el premio de los esfuerzos que se han hecho. Quiso una copia de ella el emperador Mauricio y se la envió á Anastasio, patriarca de Antioquia, para que la hiciera traducir al griego y distribuir á

(10) *Hoc in loco, quisquis pastor dicitur, curis exterioribus graviter occupatur, ita ut sæpe incertum sit utrum pastoris officium, an terreni proceris agat.* Ep. I, 25.

(11) L. II, *ep.* 11 y 31.

(12) *Quia comperimus multos se murorum vigiliis excusare, sit fraternitas vestra sollicita, ut nullum usque per nostrum vel Ecclesiæ nomen, aut quolibet alio modo, defendi a vigiliis patiatur, sed omnes generaliter compellatur.*

(13) *Ep.* I, 42.

(14) *Ep.* II, 35.

todas las iglesias de Oriente. El rey Alfredo hizo otra version sajona para los obispos de Inglaterra. Las iglesias de España y de Francia la propusieron por modelo á los obispos, y Carlomagno, como tambien sus sucesores, no cesan de recomendarla en sus capitulares.

Cuenta en sus *Diálogos* muchas, y, digámoslo tambien, demasiadas historias maravillosas de santos italianos, por él vistas ú oidas. Allí están probadas las verdades fundamentales con ayuda de revelaciones hechas por muertos, resucitados y otros acontecimientos semejantes. La crítica deshecha este género de pruebas; pero el santo, que en sus obras dista mucho de mostrársenos ignorante, siguió en esto el gusto del siglo y se puso al alcance de aquellos á quienes queria convertir; y tan lejos estaba de su ánimo engañar, que cita á cada paso las personas que le refirieron los hechos. Esta obra metió mucho ruido: enviada á Teodelinda, no contribuyó poco á la conversion de los longobardos, sobre quienes recaian muchos de los milagros narrados. Posteriormente hasta se hizo una version árabe de esta obra: y gustó de tal modo á los griegos, que valió entre ellos á Gregorio el sobrenombre de *Diálogo* (15).

Sus pláticas con monjes de singular piedad, á quienes queria ver siempre á su lado, dieron orígen á las *Morales* sobre Job, en cuya obra no se eleva hasta los altísimos objetos de aquel poema, perdiéndose más bien en lejanas aplicaciones y forzadas alegorias. Enseguida comentó á Ezequiel é hizo homilias sobre los Evangelios. Muy lejos de menospreciar las bellas artes, estableció escuelas para los jóvenes, compuso himnos (16) y un antifonario de todas las partes de la misa que debian ser cantadas en notas. Hizo que le retrataran en el monasterio de San Andrés en Roma; y en las copias de este retrato, que se propagaron por todas partes, se le representaba habitualmente con el Espíritu Santo encima de su cabeza bajo la figura de una paloma: nueva prueba de que la pintura estaba en uso por aquel tiempo.

Después de esto, basta citar, para considerarlo falso, el incendio que dicen ordenó, de la biblioteca Palatina y la destruccion de los monumentos de la grandeza romana, con el fin de que la admiracion que inspiraban no fuese un motivo para dejar de venerar las cosas santas: contribuyendo esto á que la apellidasen algunos el Atila de la literatura (17). ¡Pues qué! ¿era por ventura soberano de Roma para poder obrar de este modo? No obstante, por mucho que repugne este hecho á la crítica, Gregorio Magno mostró desvio respecto de los autores antiguos, quienes, no poseyendo más que la forma, eran peligrosos por la seduccion de lo bello, en un tiempo en que aun no habia terminado la lucha entre la belleza y la verdad. Por eso, así como el cuarto concilio de Cartago habia prohibido á los obispos tener libros de los gentiles (18), del mismo modo Gregorio reprende á Desiderio, obispo de Viena, por que tolera escuelas de gramática; aunque asegura no haber conservado en sus Diálogos las mismas espresiones de los interlocutores porque su groseria hubiera figurado mal en ellos (19), en otra parte dice: «No huyo de la colision del metacismo, ni evito la confusion del barbarismo: descuido el esmero de conservar los sitios y los movimientos á las proposiciones, pareciéndome indigno que las palabras del oráculo celeste tengan que adaptarse á las reglas de Donato (20).» Por esto sus escritos están llenos de descuidos, faltas de los tiempos y suyas propias; siendo escasa su crítica, inexacta su erudicion, viciosas sus locuciones, difuso, oscuro y ambíguo su estilo, al paso que se repite con frecuencia; quiere exponer sobre cada cosa todo lo que hay que decir, y se inclina excesivamente á la alegoria.

La mayor parte de sus cartas son concernientes á la disciplina, y prueban cuán infatigable era su celo respecto del gobierno de la Iglesia, así como su profundo conocimiento de las leyes divinas y humanas (21). Introdujo en ocasion de la peste

---

(15) Propiamente lo aplicaron á Gregorio II, á quien sin razon atribuian estos diálogos.

(16) *Los himnos* de Gregorio son: *Primo dierum omnium; Nocte surgentes vigilemus omnes; Ecce jam noctis tenuantur umbræ; Clarum decus jejunii; Audi benigne conditor; Magno salutis gaudio; Rex Christe factor omnium; Jam Christus astra ascenderat.*

(17) En la época del furor revolucionario parisiense, se quemó por espacio de muchos dias en la plaza Vendome, gran cantidad de manuscritos y de documentos originales, bajo el pretesto de que contenian la historia de la nobleza.

(18) *Libros Gentilium non legat, episcopus,* c. 16.

(19) *Dial.* I.

(20) *Ad Leandrum in comm.* Lib. *Job.*

(21) Conviene referir aquí su carta á la emperatriz Constantina. «Conociendo yo cuanto ocupa el pensamiento de nuestra serenísima señora la patria celestial y la vida de su alma, me consideraria gravemente culpado si callase todo lo que es digno de advertirse por temor del Dios Omnipotente. Habiendo sabido que hay en la isla de Cerdeña muchos gentiles, y que segun su mala costumbre sacrifican todavia á los ídolos, y que los sacerdotes de aquella isla son negligentes para predicar la doctrina del Redentor, envié uno de los obispos italianos, el cual, con la ayuda de Dios, atrajo á la fe á muchos de aquellos. Pero me ha anunciado una cosa sacrílega, á saber, que los que sacrifican allí á los ídolos, pagan al juez á fin de que les permita esta práctica, y habiendo sido bautizados, y habiendo abandonado aquellos sacrificios, el juez de la isla aun después del bautismo, exige la paga que solian darle. El obispo le reprendió por esto, pero el juez le contestó que habia prometido cierta cantidad como precio del empleo, y que solo podria ganarlo de aquella manera. La isla de Córcega se halla además tan oprimida con tanto exceso por los exactores y con tan exorbitantes exacciones, que los habitantes apenas pueden atender á ellas vendiendo sus propios hijos; con cuyo motivo abandonando la piadosa república,

que se esperimentaba entonces, la procesion que se verifica aun en el dia de San Marcos, bajo el nombre de Grandes letanias, y fué el primero que puso fecha á los breves, como se practica hoy señalando el mes y el dia.

No habia aun llegado la Iglesia á imprimir á la liturgia aquella unidad inseparable de su carácter, cuando Gregorio pensó en alcanzar este resultado, retocando el libro en que el papa Gelasio habia colocado tanto las oraciones anteriores como las que él mismo habia compuesto. Produjo aquel trabajo el *Sacramentario*, que con el *Antifonario* y el *Bendicionario*, constituyen el misal romano; y además, puesto que la parte esencial, así como las fórmulas en uso en la administracion de los sacramentos, sobre todo en la celebracion del Santo Sacrificio, subsisten inalterables en nuestros ritos, sirven de gran prueba contra quien los tacha de novedad. Costó á Gregorio gran trabajo hacer estensiva á las demás Iglesias la liturgia emanada de la de Roma; pero no se estaba aun en los tiempos en que podian los papas decretar aquella uniformidad. Adhiriéronse los milaneses al rito ambrosiano, conservando el suyo la Galia y la España, el cual parece de orígen griego, y cesó de estar en uso respecto de la primera en tiempo de Carlomagno, y en la segunda, en el siglo XI bajo el pontificado de Gregorio VII. El Oriente conservó sus cánticos y sus ceremonias, las mismas que se ejecutan hoy bajo las cúpulas de Kiew, de Moscou y de Constantinopla (22). Cuando en época posterior el aumento de los negocios impidió al papa asistir á liturgias sumamente largas, las abrevió Gregorio VII respecto de su capilla, desde donde se propagaron estas abreviaciones á las demás iglesias de Roma y del mundo católico, aunque se hallen algunas más fieles á las liturgias de Gregorio Magno.

Prohibió este pontífice que se exigiera salario por la sepultura, con el fin de que no pareciese un motivo de placer la muerte de los hombres. Laméntase en una carta de que subsistiesen aún restos del paganismo, que consistian en inmolar á los ídolos, en reverenciar á ciertos árboles y en sacrificar cabezas de animales. Habiéndole pedido la emperatriz Constantina algunas reliquias, le respondió que en Occidente se considera como un sacrilegio poner la mano en los cuerpos de los santos, y que se admiraba de que se pensara de distinta manera en Grecia; que en Roma no se daban sino fragmentos de las cadenas de San Pedro, de las parrillas de San Lorenzo, ó bien pedazos de lienzo que han sido encerrados en una caja y puestos en contacto por este medio con el cuerpo del santo. Añade, que habiendo querido su predecesor cambiar algunos ornamentos de plata sobre el cuerpo de San Pedro, no obstante que se hallaba separado de él por una distancia de quince piés, le sobrecogió una terrible vision; y que algunos capellanes y monjes murieron en el espacio de diez dias, solo por haberseles aparecido San Lorenzo.

En el concilio romano estableció que no convenia á las graves costumbres de los diáconos y otros eclesiásticos entregarse á la vanidad de aprender la música, tan inconveniente á la magestuosa condicion de las funciones espirituales, perdiendo en los pasajes y en los gorgeos la compostura de

---

se han visto obligados á refugiarse entre la horrible nacion de los longobardos. ¿Y qué cosa más grave, qué cosa más verdaderamente cruel podrian sufrir del rigor de los bárbaros, que verse reducidos á vender sus hijos? Se habla en Sicilia de un tal Estéban, cartulario de los puntos marítimos, que invadiendo todo lugar, y poniendo sin pronunciar sentencia los carteles en las posesiones y en las casas, causa tantos daños y tantas opresiones, que si yo quisiera contar todos los hechos que se me han referido de él, no lo podria hacer en un gran volúmen. Vea, pues, nuestra serenísima señora todas estas cosas, y atienda al llanto de los oprimidos. Muy cierto estoy de que sus quejas no han llegado á vuestros benignos oidos, pues, de lo contrario, no habrian durado hasta ahora. Aconsejad á su tiempo al muy piadoso Señor, á fin de que aparte del imperio y de sus hijos la carga de tan grave pecado. Bien sé que dirá probablemente que se nos envia para las atenciones de Italia cuanto se recoge de las referidas islas; pero yo digo que conceda menos para las atenciones de Italia, y enjugue en su imperio las lágrimas de los oprimidos. Y por eso tal vez aprovechan menos los muchos gastos que se hacen para esta tierra, porque se provee á sus necesidades de un modo pecaminoso. Por tanto, aunque se destinen menos fondos á los gastos de la república, todavia le aprovecharán más, y será mejor no proveer á nuestra vida temporal que poner obstáculos á la vuestra eterna. Pensad con qué ánimo, con qué razon, con qué dolores deben hallarse aquellos padres, que para salvarse se separan de sus hijos. El que tiene hijos sabe bien compadecerse de los agenos. Básteme á mi haber advertido esto brevemente, á fin de que si vuestra piedad ignorase cuánto sucede en estos paises, no fuese acusado yo y castigado por mi silencio ante el severo juez.»

Por esta carta (dice C. Balbo en la *Historia de Italia*) y aun por toda la coleccion de las de aquel hombre tan ilustre y elevado en un siglo tan oscuro y bajo, fácilmente se descubre lo que todos los demás documentos originales continuarán demostrándonos, á saber: que toda la gloria, toda la ilustracion, toda la actividad que en Italia quedaba, así como en el mundo, todo estaba concentrado en aquellos tiempos en la Iglesia y en sus pontífices, y principalmente en los pontífices romanos. Que extranjeros á quienes estos pontífices impidieron con tal frecuencia tiranizar plena y tranquilamente la Italia, los hayan juzgado con odio y rencor, y hayan desfigurado é interpretado mal tales monumentos, debe parecer cosa natural; pero por Dios que es demasiada imbecilidad apartarnos, para seguirlos, de nuestras historias, adular á los opresores aun cuando ya han pasado, y calumniar á nuestros más constantes defensores.

(22) Respecto de la liturgia merecen recomendarse las *Instituciones litúrgicas, por el r. p. dom* PROSPER GUEKANGER, *abad de Solesmes*. Paris, 1840, útiles no solo á los sacerdotes, sino tambien á los artistas, para no incurrir en incongruencias demasiado frecuentes.

los ánimos, y consumiendo en ellos la voz destinada á predicar la divina palabra, para afirmar á los fieles en las virtudes cristianas. Prohibió, en su consecuencia, á los diáconos y á los sacerdotes, practicar los ejercicios de música, encargando al mismo tiempo á los subdiáconos y á los clérigos inferiores que cantaran los salmos y las sagradas lecciones con grave, séria y reposada entonacion. Instituyó con este objeto escuelas que dirigia en persona y que aun subsistian trescientos años después; Agustin, en su viaje á Inglaterra, llevó consigo algunos cantores que hicieron discípulos en las Galias.

Habiendo visto que de los quince tonos de la música, los ocho últimos no son más que la repeticion de los siete primeros, comprendió que bastarian siete signos para producir todos los tonos, con la condicion de que se repitieran de alto á bajo, segun la estension del canto, de las voces y de los instrumentos (23); pero se ignora cuáles eran las notas que servian para el *canto gregoriano*, haciéndose solo mencion de las letras del alfabeto, de las claves y de las líneas de abajo y de encima. Aquella magestuosa melodia, en la que se han conservado preciosos restos de la antigua música de los griegos, aumentó el esplendor del divino culto; pero los temas sencillos, al mismo tiempo que grandiosos, se fueron perdiendo poco á poco para ceder el puesto á las producciones profanas de nuestros dias, en los cuales se distrae la devocion con aires militares y teatrales.

---

(23) De lo poco que sabemos, resulta que antiguamente habia gran mezcla y arbitrariedad en el canto eclesiástico. La sencillez nacia necesariamente de la escasez de medios; pero algunos se referian al hebreo, otros al jónico y otros á un mixto. San Ambrosio quiso reformarlo, partiendo de la melopea griega. El sistema músico de los griegos estaba dividido en tetracordos y en los modos que de ellos se derivan. Ambrosio, en vista de que muchas melodias sagradas, si no melodias griegas transportadas, eran á lo menos motivos compuestos sobre los modos músicos de aquel pueblo, y que no excedian de los límites de una octava, pensó sustituir al sistema tetracordo de los griegos el más sencillo y fácil de la octava, tomando de los griegos los cuatro modos primordiales, que llegaron á ser la base del canto eclesiástico. Estableció, pues, estos modos:

dórico *re, mi, fa, sol, la, si, do, re*
frigio *mi, fa, sol, la, si, do, re, mi*
lidio *fa, sol, la, si, do, re, mi, fa*
misolidio *sol, la, si, do, re, mi, fa, sol.*

Resultó, pues, un canto rítmico, medido, más consonante con la música griega que el canto gregoriano, el cual procede generalmente por notas de valor igual, resultando más monótono y sin cadencias.

CAPÍTULO XVIII

DOCTRINAS ENTRE LOS GRIEGOS.

Repítese como tantas otras proposiciones, aceptadas sin haber sido discutidas, que la literatura romana fué anonadada por los bárbaros. Nos seria preciso olvidar, para profesar esta opinion, cuán decrépita la hemos observado ya en la época precedente, y que subsistiendo las causas, debia descender cada vez más; necesitaríamos no ver que en el centro del imperio griego, al que no alcanzaron los bárbaros, una literatura mucho más rica y original que la de los latinos yacia corrompida en mortal languidez, al paso que la nuestra se manifestó semejante á un arbol podado, que después de un corto espacio retoña y echa un tallo vigoroso.

Filósofos.—Poseidos siempre los retóricos y filólósofos de Atenas de veneracion respecto de la doctrina y literatura antiguas, perseveraban en el designio de derribar la religion, que ya no podia llamarse nueva, y empleaban el mejor instrumento de revolucion, la educacion de la juventud. Pero cuando Justiniano suprimió el salario de los profesores (529), derribando después las cátedras como ya hemos dicho (1), se refugiaron en Persia cerca de Cosroes, esperando en su despecho que este príncipe enemigo del imperio y del cristianismo secundaria sus proyectos. Ocupado el héroe en otra cosa, no les prestó atencion; dispersáronse entonces por las provincias, donde cada uno por su parte exhaló su impotente y aislada cólera contra una religion ya demasiado robustecida (2).

Un viajero llamado Hierocles (3), distinto del gramático y profesor en Alejandria, hácia la mitad del siglo V, nos ha dejado un comentario sobre los versos aureos de Pitágoras y un tratado sobre la Providencia, el destino y el libre albedrio. Cánsase en esta última obra en poner de acuerdo á Platon y á Aristóteles, en refutar á los estoicos y epicúreos, como tambien á los que pretendian leer el destino en el momento del nacimiento ó modificar los decretos de la Providencia con ayuda de encantamientos y ceremonias místicas. No obstante, su idea de la Providencia era trascendental; pues sostiene en otro pequeño tratado (πῶς τοῖς θεοῖς χρηστέον) que no puede uno alcanzar de los dioses con oraciones el perdon de las culpas, siendo como son inmutables. Habiéndose convertido al cristianismo su discípulo Eneas de Gaza, conservó su amor á Platon, aunque para defender los dogmas ortodoxos en su diálogo «De la inmortalidad del alma y de la resurreccion de los cuerpos,» opuso á la doctrina platónica del *logos* y del alma del mundo, la de la Trinidad. Pero es, sin embargo, escesivamente ligero para un filósofo.

Produjeron las controversias cristianas el estudio de la dialéctica de Aristóteles. Comunicó luz Temistio á los escritos de este autor, gracias al conocimiento que tenia de los platónicos. Ammonio de Hermias y su hermano Heliodoro, aunque discípulos de Proclo, enseñaron en Alejandria la filosofía de Aristóteles, ó por mejor decir, adoptaron algo del sistema peripatético, del cual se consideraba secuaz á todo el que no era platónico. Pero el más claro y docto de los comentadores de Aristóteles fué Simplicio de Frigia ó Cilicia, que se refugió tambien en Persia cuando se cerró la escuela ateniense. Su comentario sobre el *Manual* de Epícteto merece un puesto honroso entre las obras morales de los antiguos. Recientemente se ha en-

(1) En el t. III, pág. 588.

(2) Véase al citado SCHOELL Y HEEREN.—*Gesch. des Studium des classichen Litteratur*. Gotinga, 1797.

(3) No sabemos á que Hierocles atribuir las estúpidas chocarrerias de Αστεια.

contrado uno de sus fragmentos (4), digno de citarse. Después de describir las costumbres del sabio, prosigue en estos términos: «Si se encuentra en un pais en que el gobierno se halla corrompido, se abstiene de mezclarse en la administracion de los negocios públicos, porque, haciéndolo, se ofenderia á los que gobiernan sin participar de sus principios, ó se veria precisado á renunciar á la lealtad y al pudor, ejecutando sus injustos decretos... Convencido de su perversidad, no tratará de corregirla con sus consejos; si puede se desterrará para buscar en otros paises la inocencia, como hizo Epícteto, que detestando la tirania de Domiciano, abandonó á Roma para retirarse á Nicópolis: si se vé obligado á permanecer en aquel punto, ocultándose á las miradas del público, conservará entre las paredes de su casa su virtud y la agena, si está á su alcance, atento de contínuo á no desperdiciar ninguna de las ocasiones en las que un hombre honrado debe presentarse á sus amigos, á su familia, á sus conciudadanos. En ninguna otra circunstancia se reconoce mejor la necesidad de consejos y del auxilio de un amigo fiel, cuya compasion llega á suavizar nuestras penas y su afecto á participar de nuestros peligros. Si un éxito feliz corona sus cuidados, dará gracias á Dios que le prestó fuerza para mantenerse en pié en medio de la tempestad. Si en el combate eterno que la vida regular debe sostener contra el desarreglo, si en la lucha entre la moderacion y la intemperancia, encuentra situaciones peligrosas, entonces es precisamente cuando debe dar pruebas de virtud. Los que en tal caso ceden al temor, se muestran dignos de vivir en un estado corrompido: aquellos que por el contrario, consideran tales acontecimientos como pruebas de valor, semejantes á los luchadores que en los juegos públicos redoblan su ardor á medida que se las han con más robustos adversarios, y dan gracias á los directores del espectáculo por la ocasion que les proporcionan de acreditar su valentia, hallarán su recompensa en el aumento de virtud y de saber, no en una frágil corona.»

Elocuencia.—Pedro de Forli, arzobispo de Rávena, nos suministra un testimonio de la rápida caida de la elocuencia (452). Vésele suplir con un flujo de argucias la ausencia de aquellos afectos producidos por la meditacion de las eternas verdades; totalmente ocupado de sentencias ingeniosas, de floridos ornamentos, presenta bajo diferentes aspectos un escaso número de ideas á fin de que parezcan simétricas y brillantes. A pesar de todo fué sobrenombrado el Crisólogo (5).

Juan, llamado Climaco, á causa de su *Escala* (κλίμαξ) ó regla monástica, por la cual imaginó treinta grados de perfeccionamiento de la vida interior para alcanzar el cielo (605?); era natural de la Palestina y discípulo de Gregorio Nacianceno; se sometió á largas mortificaciones en la cumbre del Sinaí; y las obras que nos ha dejado respiran sentimientos piadosos, espuestos en un estilo familiar y sencillo; de suerte que su lectura es aun interesante como lo serian los discursos de un viejo anacoreta.

Poetas.—Paulo, silenciario de Justiniano, cantó no sin mérito, las *Termas Pitias* y la descripcion de Santa Sofía, que leyó al verificarse la dedicacion de este templo. Jorge de Pisidia, archivero de Constantinopla, cantó la espedicion de Heraclio contra los persas y la guerra que los ávares llevaron bajo los muros de su patria, si bien se mostró mas historiador que poeta. Cristóforo, secretario de un emperador, hizo en ciento treinta y dos versos la sátira de aquellos para quienes era una mania recoger reliquias. Omitiremos hablar de otros versificadores, cuyo corto número y más todavia la escasez de talento atestigua que el antiguo gusto poético habia perecido entre los griegos.

Nos queda de Prisciano de Cesarea (v. 525), que pasó la mayor parte de su vida en Constantinopla, la gramática más completa que nos han trasmitido los antiguos (6): tratan los diez y seis libros primeros de las partes del discurso, los otros dos de la sintaxis. Además escribió sobre los acentos, la declinacion, los versos cómicos, las figuras, los nombres de los libros y otras materias. Es posterior á él Focas de Constantinopla, el cual trató del nombre, del verbo y de la aspiracion. Quéjase Gregorio Magno de que no existia nadie en Constantinopla que supiera traducir bien del griego al latin y vice versa; y el exarca Teodoro se sorprendió estremadamente al encontrar en su gobierno de Italia á un tal Joanicio, capaz de traducir los despachos del Oriente y escribir cartas en griego: vistas las cuales, el emperador, aficionado á él, quiso tenerle á su lado (7).

Historiadores.—Procopio cesariense (-565), retórico de Constantinopla, dado por Justino á Belisario, el cual se aprovechó últimamente de él en servicios de guerra y de gabinete, elevado después á las dignidades de senador y prefecto de la ciudad imperial, pudo informarse de las cosas de su tiempo, del cual se hizo sucesivamente historiador, panegi-

---

(4) Schweichauser hijo, lo ha insertado en los *Epicteteæ philosophiæ monumenta*.

(5) Dice hablando de los magos. «Qui habet stellam non habetur a stella, nec iste agitur cursu stellæ, sed ipse stellæ agit cursum: cujus per cælum sic cursum dirigit, sic moderatur incessum, sic viam temperat, ut Magorum serviat et mittatur ad gressum: nam ambulante Mago, stella ambulat, sedente Mago, stat stella: Mago dormiente, excubat stella: sic sentis Magus, ut quibus viandi par conditio est, par sit necessitas serviendi; et stellam jam non Deum credit, sed judicat esse conservam, quan cernit taliter suis obsequiis mancipatam:»

(6) *Commentatorium gramaticorum*, lib. XVIII. O bien *De octo partibus orationis earumque constructione*.

(7) AGNELLUS, *Vita Theod.*, c. 2.

rista y detractor. Procopio se esfuerza en imitar á los clásicos, pero con más imaginacion que cuidado; quedándose muy atrás por lo concerniente á energia y elegancia. Consta su *Historia* (τῶν καθ' αὐτὸν ἱστοριῶν) de ocho libros, cuyos dos primeros tratan de la guerra de Persia, apoyándose en la obra armenia del obispo Pusant Posdus de Constantinopla, de la que se nos ha conservado una buena parte, y que describió las vicisitudes de la Armenia hasta 390; comprende el tercero y cuarto la guerra de Africa, y los demás las de los visogodos de Italia. Bien informado siempre, es imparcial, en tanto que no se trata ni de su ídolo Belisario, ni de Justiniano y de Teodora. Prodigó aún más vergonzosas alabanzas al emperador en sus cinco libros *Sobre los edificios imperiales*, obra destinada á pregonar su magnificencia; irritado después, tal vez con no haber obtenido una recompensa proporcionada á su esperanza ó á su vileza, compuso la *Historia secreta* (ἀνέκδοτα), donde ataca sin piedad á la corte griega, pintando á Justiniano como á un hipócrita, á Teodora como una mujer vengativa, entregada al más infame libertinaje, y á Belisario como á un imbécil juguete de una mujer intrigante y lasciva.

Es infame el que miente á su conciencia y reniega privadamente de lo que ostenta en público: pero no siendo por desgracia raras semejantes ignominias, veamos como Procopio procura por su cuenta disculparse: «He compuesto esta obra porque conocia la imposibilidad de decir las cosas con verdad en tanto que existian los que representaban un papel en ellas. No hubiera podido evitar los espias, ni escaparme de los tormentos, una vez descubierto, ni confiarme á las personas más queridas. Debí, pues, disimular las causas de muchos acontecimientos contados por mí. Publícolos en el dia con los hechos que tuve que callar entonces: solo me es penoso pensar que tendré que referir en la vida de Justiniano y de Teodora cosas que la posteridad tendrá mucha dificultad en creer, y que pasaria por un contador de fábulas, cuando aquellos que las hayan visto no existan. Lo que sin embargo me anima, es que nada quiero decir que no se pueda probar con testigos.»

Lejos de sostener esta promesa, abdica hasta el buen sentido, para acoger relatos vulgares, hablando de los diablos que ocupan el lugar de Justiniano tan pronto sobre el trono, como en su lecho, que montan la guardia cerca de su persona bajo horribles aspectos, y no son visibles sino para piadosos anacoretas. La inclinacion natural que hace creer mejor en el mal que en el bien, ha valido á la historia secreta de Procopio, hasta de parte de escritores juiciosos, más confianza que á su historia oficial; pero como ciertamente ha faltado á la verdad en una de los dos, ha quitado todo crédito á entrambas.

Ha referido Agatias de Mirina las espediciones de Justiniano de 553 á 559, en un estilo prolijo y muy poético, que reune á la incorreccion, el énfasis y la candidez. Dice haber titubeado antes de emprender semejante tarea, sintiéndose más inclinado á los vuelos de la imaginacion; ¿más qué prueba habia dado de ello hasta entonces? Habia compilado una antología de epígramas. A mayor abundamiento su manera de hacer digresiones, oportunas ó inoportunas, nos ha conservado sobre lós francos, lcs godos y la Persia, noticias que no se encuentran en ninguna otra parte.

Menandro de Constantinopla, que continuó á Agatias hasta el año 582, nos proporciona nociones sobre los hunos, los ávares, y sobre otros pueblos tanto del Norte como del Oriente; tambien nos ha trasmitido el importante tratado de Justiniano con Cosroes, que basta para indemnizar de la nulidad de lo demás.

Cuando Teofilacto Simocata leyó la parte de su historia en que cuenta la muerte de Mauricio, hizo derramar lágrimas á su numeroso auditorio. No le falta efectivamente elocuencia, aun echada á perder por su mania de filosofar.

Juan Laurencio, llamado Lido, contemporáneo de Justiniano, fué considerado como un hombre de saber y un buen escritor en verso y prosa. Ha dejado un tratado *Sobre los magistrados*, estadística romana de los tiempos imperiales y de la época anterior, y otro sobre los *presagio (De ostentis)*, coleccion de todo lo que se sabia de augurios entre los etruscos y los romanos.

Coleccion bizantina.—Esta última se publicó en Paris en 1823, y las precedentes pertenecen á la *Coleccion de los historiadores bizantinos*, única autoridad de los tiempos intermedios para el imperio de Constantinopla y los paises que tuvieron relaciones con él. Son compilaciones concernientes á los acontecimientos desde Constantino hasta la toma de la ciudad que habia fundado, desprovistos de espíritu de crítica, en un estilo y lenguaje por lo comun descuidados. Encuéntrase allí amontonado lo antiguo con lo moderno, lo profano y lo sagrado sin plan ni enlace, segun lo que el autor haya leido ú oido decir, sin poder sacar utilidad sino con respecto á los hechos contemporáneos. Para no tener que volver á cada paso á estos escritores, los reuniremos ahora, aunque de diferentes épocas.

Juan Zonaras, de Constantinopla, gran drungario, es decir, general y secretario del gabinete imperial, murió monje del monte Atos, posteriormente al año 1118, hasta donde llega su crónica, que empieza en la Creacion. En los hechos de su tiempo, merece ser alabado como imparcial; en la parte antigua se sirvió de historiadores cuyas obras se han perdido; y aunque se abstiene de indicar de dónde eran sacados los estractos insertos en su relato, creyó que no habia necesidad de añadir nada. Es un defecto que no han evitado otros compiladores, á los cuales nunca pareció la verdad bastante retórica.

Desde el punto en que Zonaras dejó su historia, la llevó hasta el año 1206 Nicetas Acuminato, fino apreciador de las bellas artes, que á veces incurre

en declamaciones y en arranques satíricos. Nicéforo Grégoras fué encerrado en 1351 como partidario de los Palamitas, en un convento donde murió. Su relato, que llega desde 1204 hasta 1341, es apasionado y parcial con respeto á las cosas, hiperbólico y afectado con relacion al estilo. Nicolás ó Laonico Calcondilas, de Atenas, vió y contó las victorias de los turcos sobre el imperio desde 1298 á 1462; acumula hechos pero es demasiado crédulo.

Puede llamarse á estos historiadores. Los cronistas son más áridos; y el primer libro les basta para llegar desde Adan hasta su siglo, sobre el cual se estienden algo. Jorge, llamado Sincelo, á causa de su dignidad, muerto hácia el año 800, derramó bastante luz sobre la cronologia, muy descuidada por los antiguos, con su *Selectas de Cronografia*. Esta obra parecia muy preciosa, sobre todo antes de que el reciente descubrimiento de Eusebio llegara á demostrar que habia copiado á éste casi en toda su totalidad. Solo llega hasta Diocleciano, en cuya época está continuado por Teofanes el Isaurio, de Constantinopla, quien fué desterrado por Leon el Armenio, como partidario del culto de las imágenes, á Samotracia, donde murió hácia el año 817. Juan Malalas, de Antioquia, y aun otros más, no merecen siquiera que se citen sus nombres.

Hay más partido que sacar de los que han tomado por asunto ya una vida ó ya una época particular. Independientemente de Agatias, de quien ya hemos hablado, Nicéforo Brienne, yerno de Alejo Comneno, defendió en 1096 á Constantinopla contra Godofredo de Bouillon, negoció en 1108 la paz con Boemundo, príncipe de Antioquia, y á ser más animoso, hubiera podido conseguir ser emperador después de la muerte de Alejo. Escribió la *Materia histórica* sobre la casa de Comneno, desde Isaac hasta Alejo, siendo buen narrador, pero muy parcial.

Continuó su obra su mujer Ana Comneno, (1083-1144), que al escribir los fastos de su padre, exhaló sus ambiciosas ideas, que no fueron secundadas por su marido, ni reprimidas por su hermano. «Yo, Ana, dice en su comienzo, hija del emperador Alejo y de la emperatriz Irene, nacida y educada bajo la púrpura, no ignorante de las letras, antes bien celosa de la perfeccion de la lengua griega; conociendo la retórica y el arte de Aristóteles, como tambien el diálogo de Platon; ejercitada en las cuatro ciencias matemáticas, que comunican vigor al entendimiento (pues me será permitido, aunque pueda parecer efecto de mi vanidad, mencionar las cualidades de que en parte soy deudora á la naturaleza, en parte á mi aplicacion y en parte á Dios y á circunstancias favorables), he resuelto referir los hechos de mi padre, dignos como lo son, de que no se consienta que los arrastre, por decirlo así, el torrente de los tiempos al rio del olvido.» La ruin mediania de los demás escritores, presta algun relieve á la historia de Ana. Prolija, pomposa y hueca, sostiene á fuerza de metáforas, en periodos interminables, la futilidad de las ideas; con una charla más que femenina, blasona de erudicion para probar grandes estudios, y consagra á su florido estilo, que eleva hasta la poesia, un cuidado que está muy lejos de prestar á los hechos. Ensalza las hazañas de su padre y sus virtudes, contando como tales las humillaciones á que se sometió, dice, en penitencia de sus pecados. Puede uno formarse una idea del disgusto que debian inspirar á esta princesa literata los cruzados; personas de modales groseros, de nombres ásperos al oido, y que ella no tenia siquiera el valor de reproducir en lengua griega. La dominacion de aquellos soldados de la cruz en Constantinopla ha sido referida por Jorge Acropolita.

Otros bizantinos escribieron como Lido sobre antigüedades y estadística; Esequio de Mileto es autor de una crónica que empezando desde el asirio Belo, se estiende hasta la muerte del emperador Anastasio, y de la cual queda un precioso fragmento sobre el orígen de Constantinopla; el gramático Hierocles describió las sesenta y cuatro provincias del imperio de Oriente y sus novecientas treinta y cinco ciudades.

El emperador Constantino Porfirogénito escribió la vida de Basilio el Macedonio, su abuelo; dedicó además á Romano, su hijo, una obra sobre la administracion del imperio, en la que trató del orígen, de las costumbres, de las espediciones de los bárbaros con los cuales el imperio se hallaba en hostilidad entonces. Dice, hablando de los septentrionales: «Tienen una avaricia insaciable; exijen recompensas enormes por pequeños servicios, de manera que es preciso eludir sus peticiones hábilmente. Si, pues, los cazaros, los turcos y los rusos, ó pueblos semejantes, piden trajes imperiales, coronas ú otros objetos de precio, debe respondérseles que no son cosas hechas por el hombre, sino que Dios las envió por conducto de un ángel á Constantino, cuando le hizo el primer emperador cristiano, mandando deponerlas en Santa Sofia y no servirse nunca de ellas sino el domingo, y amenazando en el caso en que un emperador las usara segun su capricho ó cediera la menor parte, con considerarle como un enemigo y escluirle de la comunion de los fieles. Y el ejemplo de Leon (cazaro) prueba cuán peligrosa es la trasgresion de este mandato; porque habiendo puesto sobre su cabeza una de aquellas coronas en un dia de trabajo, contra la voluntad del patriarca, fué atacado de una úlcera en el rostro, de la cual murió.» Aconseja dar la misma respuesta si alguna vez pedian aquel fuego que ardia en el agua.

Atribúyese á ese Constantino un tratado de las ceremonias de la córte de Constantinopla, de la Iglesia, de los ejércitos y de los juegos públicos. Tan incansable para el estudio como inhábil en gobernar, tambien escribió sobre el arte militar. Hizo recoger por Simon Metafrasto las leyendas de los santos, y por otros las obras hipiátricas y

geopónicas. En tanta carestia de libros era un mérito estractar de numerosos volúmenes lo mejor que se encontraba. Constantino, poseedor de una insigne biblioteca, con el objeto de ser útil á las personas estudiosas, mandó á Teodosio el Pequeño que formase una especie de enciclopedia que escusase todos los demás libros. Excluyó las obras de imaginacion, incapaces por su naturaleza de ser estractadas, y las de pura ciencia, debiendo tener lugar en aquella materias de utilidad general y útiles para la instruccion de un hombre de mundo. Estaba distribuida su coleccion por materias (Κεφαλαιώσεις ὑπόθεσις) en cincuenta y tres libros, cada uno con su título particular, por ejemplo: *de los emperadores y príncipes que abdicaron,—de los ejércitos vencidos que se repusieron,—de las cosas eclesiásticas,—de los milagros*, etc. Dos solas secciones nos quedan, la *de las embajadas* y *de las virtudes y de los vicios*.

La primera no contiene sino datos sobre las embajadas enviadas por los romanos, de las cuales solamente algunas han sido sacadas de libros enteramente perdidos ó fraccionados. Tampoco el otro nos enseña nada nuevo. Además, si pensamos en el infinito número de escelentes obras que los griegos de entonces tenian á su disposicion, quedaremos plenamente persuadidos de que la erudicion es la cosa más vana del mundo cuando no da más resultado que el dispensarnos de pensar por nosotros mismos. Leian en su propia lengua á los mejores escritores, y sin embargo, no nos han trasmitido un descubrimiento en las ciencias naturales ni un comentario verdaderamente filosófico sobre los antiguos pensadores, ni una idea original, ni una tragedia ó comedia, y ni aún siquiera una copia digna. Comprendian las costumbres clásicas, analizaban las bellezas estéticas; pero el alma y el verdadero sentimiento de la dignidad antigua se les escapa, así como se escapa el alma humana del escalpelo del anatomista, y después de haber leido en su propia lengua los arranques del patriotismo, no sabian sino prosternarse bajamente ante sus débiles Césares, y servirse de frases pomposas para paliar su nulidad y cobardia. Les parecia, corriendo con una celeridad apasionada á los juegos del circo, imitar dignamente á sus antepasados romanos; se alababan de ser filósofos porque eran sutiles en controversias fútiles; elocuentes, porque declamaban; sábios, porque reanimaban algunos restos de la antigua sabiduria. De esta manera era como el literato se estendia en frases clásicas para celebrar acciones innobles, como los generales huian repitiendo versos de Homero, y como teniendo los monarcas en los lábios las máximas de Aristóteles y de Platon, no poseian fuerza para llegar á la antigua grandeza, ni humildad para acoger la doctrina menos brillante, si bien más fecunda, de los tiempos nuevos.

CAPÍTULO XIX

LENGUA LATINA.

En Occidente el hecho más importante en las artes de la palabra, es la trasformacion de la lengua latina, que, empleada todavia únicamente en las obras escritas, se preparaba entonces á ceder el puesto á las nuevas. Siendo el lenguaje el espejo fiel del genio de los pueblos, la espresion de su carácter, la revelacion de su vida íntima, no nos parece ocioso ser algo prolijos en esta materia.

Era propio del patriotismo antiguo amar el idioma de la patria con esclusion de todos los demás. Temístocles hizo dar muerte al intérprete llegado con los embajadores persas, porque habia profanado el griego, sirviéndose de este idioma para formular la intimacion de la tierra y el fuego (1). Prohibíase á los cartagineses estudiar el griego (2). Hablaban los magistrados romanos latin hasta á los griegos (3), y el pretor no podia dar sus edictos más que en este idioma (4). Hablar latin se contaba entre el número de las cosas que los romanos imponian á los vencidos (5). El emperador Claudio privó del derecho de ciudadania á un licio que no supo contestarle en latin (6). San Gregorio Taumaturgo manifiesta haber olvidado casi el griego, porque las leyes romanas están promulgadas en una lengua terrible, soberbia, imperiosa, difícil para él y bárbara para los griegos (7). Molon, maestro de Ciceron, fué el primero á quien se permitió esplicarse en griego en el Senado, lo cual se hizo comun posteriormente (8). Pero se discutia en la grave asamblea acerca de averiguar si se podia ó no hacer uso de tal ó cual vocablo de etimologia griega, y el emperador Tiberio preferia recurrir á un circunloquio, á trueque de no decir *monopolio*.

A esto deben las lenguas antiguas aquella unidad, aquel carácter propio que no se altera en los derivados ni en los compuestos, á la par que se borra en los idiomas modernos, formados como están de fragmentos diversos, y en los cuales siendo más popular la literatura, pierde la forma mucho de su pureza. La lengua latina, hermana de la frigia, de la etrusca, de la griega, tiene más semejanzas que la última con la madre india, y conserva de ella más número de vocablos; pero en cambio tiene el griego más variedad en las desinencias. Es carácter especial del latin la *magestad*, cuyo nombre ni aún siquiera existe en las lenguas

(1) PLUTARCO, *Vida de Temístocles*.

(2) JUSTINO, lib. XX.

(3) «Magistratus prisci, quantopere suam populique romani majestatem retinentes se gesserint, hinc cognosci potest, quod inter cætera obstinendæ gravitatis indicia, illud quoque magna cum perseverantia custodiebant, ne Græcis unquam nisi latine responsa darent. Quin etiam ipsa linguæ volubilitate, qua plurimum valent, excussa, per interpretem loqui cogebant, non in urbe tantum nostra, sed etiam in Græcia et Asia, quo scilicet latinæ vocis honos per omnes gentes venerabilior diffunderetur. Nec illis deerant studia doctrinæ, sed nulla in re pallium togæ subjici debere arbitrabantur; indignum esse existimantes illecebris et suavitate literarum imperii pondus et auctoritatem domari.» VALERIO MAX., II, 2.

(4) TRIFONIO, gc. L. 48, ff. *de re judic.*

(5) SAN AGUSTIN, *Opera data est, ut imperiosa civitas non solum jugum, verum etiam linguam suam domitis gentibus per pacem societatis imponeret.*

(6) DION, lib. X, año 796 de Roma; SIFILINO, *in Claudio.*

(7) Ἐκφρασθέντες δὲ καὶ παραδοθέντες τῇ Ρωμαίων φωνῇ καταπληκτικῇ καὶ ἀλάζονι, καὶ συσχεματιζομένῃ αὐτῶν τῇ ἐξουσίᾳ, τῇ βασιλικῇ φορτικῇ δὲ ὅμως ἐμοι. De los elogios de Origene.

(8) VAL. MAX., II, 2.

anteriores, y se presta más que otro cualquiera idioma á la espresion del mando, de manera que en él se escribieron la legislacion más insigne, y los cánones del nuevo imperio incruento; idioma de la civilizacion, que se fundió con todos los de los bárbaros para redimirlos del materialismo, y el cual fué adoptado por la Iglesia como universal en la sociedad del mundo en que todo debia ser uno. Así, pues, fué llevado más allá de los confines adonde nunca habia llegado con las águilas romanas, por el sublime pensamiento de hermanar así tambien á las naciones, siendo esto de tal manera exacto, que los límites de la civilizacion son aquellos en donde se comprende el latin.

Pero no ascendió á esta superioridad de pronto; y en su fondo, procedente de la India por la Tracia, se mezclaron los dialectos de las diferentes colonias que emigraron á Italia, y de las naciones sometidas ó asociadas. Grave y aristocrática esta lengua, retrataba á aquella sociedad, como la inspirada de Judea, la sacerdotal de la India y la popular de Grecia, pintaban la suyas respectivas. En otra parte hemos presentado sus monumentos más antiguos (9), de los cuales resulta que al principio, escribiéndose muy poco, fué vaga é incierta; de manera que los monumentos difieren tanto entre sí, que sin examinar las existencias exteriores, no se puede determinar su época. Así es que el epitafio de Lucio Escipion parece más antiguo que el de su padre Barbato.

Parece que el primer método de escribir de los latinos fué el llamado *bustrofedon*, que consiste en escribir de derecha á izquierda y en volver á formar la línea siguiente de izquierda á derecha, á estilo de los labradores que abren un surco; de aquí se derivan las voces de *versus* línea, *arare*, *exarare*, *sulcare* equivalentes á escribir.

Alfabeto.—El alfabeto era incompleto, pues le faltaban la R, á la cual se suplia con la D, como á la G con la C, á la X con la C ó con la CS, que sustituia tambien á la Z. El *digamma*, que sirvió para la formacion de la F, fué tomado á los eolios, así como una porcion de vocablos. Antes del tiempo de Augusto no fueron introducidas la Y y la Z, como tampoco la J y la K para los nombres extranjeros. Las tres nuevas letras que introdujo el emperador Claudio, no tuvieron curso luego que terminó su reinado (10). Fué notable progreso en el alfabeto latino designar las letras por su sonido puro, y no por una denominacion especial. Con efecto, al paso que los griegos decian *alfa*, *beta*, *gamma*; los hebreos *alef*, *beit*, *guimel*, *dalet*; los eslavos *as*, *buki*, *viedi*, *glacol*, *dobra*, dijeron los romanos *a*, *be*, *ce*. Es, no obstante, un defecto haber puesto la vocal sin razon unas veces antes y otras después de la articulacion y decir *ef*, *er*, *el*, en vez de *fe*, *re*, *le*. Tambien la distribucion de sus letras está determinada por el capricho, porque no se deducen de los órganos ni de su índole propia.

La fuerza de las armas y la propagacion del cristianismo hicieron este alfabeto casi universal en Europa, donde cada pueblo lo adaptó á los idiomas modernos. Nos ha conservado lo poco que ha sobrevivido de las lenguas célticas. Sometiéndolo á algunas modificaciones, lo apropió Ulfilas al idioma de los godos, de donde procede el aleman del dia. Muchos pueblos eslavos lo hicieron doblegarse á los sonidos de su idioma, á la par que otros se sirvieron de alfabeto griego.

1.ª edad.—La lengua romana habia adquirido regla y delicadeza mediante la literatura extranjera, ó hablando con más precision, la griega, siendo ronca é inculta en los versos saliarios, breve y marcial en Ennio, va desde entonces puliéndose y fijándose hasta Ciceron. Aun vacilan los primeros escritores en el uso de ciertas letras, empleándolas unas por otras (11); á veces suprimen una vocal en medio (12) ó al fin de una palabra (13), especialmente la s y la m, y aun sílabas enteras (14), á la par que en otras ocasiones añaden letras y sílabas (15).

Chocan en estos antiguos autores muchas espresiones abandonadas después por los clásicos (16);

---

(9) Pueden verse la *Historia crítica literarum latinarum* del prof. VALLAURI. Turin, 1850; y nuestro opúsculo; *Alternativas del lenguaje en Italia*. Turin, 1877.

(10) Véase t. III, pág. 30.

(11) *e* por *a (defetiscor, emor)*; por *i (Menerva, magester, amecus)*; por *o (hemo, peposci)*.

i por *a (bacchinal, beneficere)*; por *e (luciscit, quatinus, consiptum)*, por *o (quicum, abs quivis)*.

o por *au (coda, plostrum, clostrum)* por *e (advorsum, vostei)*, por *i (agnotus, olli)*, por *u (folmen, fonus, servom, volgus)*.

u por *e (dicundum, legundum)*; por *i (existumo, dissupo, optumus)*; por *o (adulescens, fruns, epistula)*.

ai por *æ*, *au* por *o*, *æ* por *i (triviai, caudex, populæ)*.

b por *v*, y vice-versa *(ferbeo, amavile)*.

c por *g*, *qu*, *x*, *(acnum, cotidie, secus)*, y vice-versa; *(arquus, oquulus)*.

s por *r* y *x (esit, arbos, nugas)*.

d por *l* y *r (dacrumæ, medidies)*.

f por *h* aspirada *(fostis, fircus)*.

m por *s* y vice-versa *(prorsum, domus)*...

(12) *Defrudo, audibam, caldus, repostus, sis* y *sos* por *suis* y *suos*, *periolum*, *vinclum*, *seclum*.

(13) *Luxu*, *victu*, *sati*, *priu*.

(14) *Conia* por *ciconia*, *momen* por *monumentum*, *dein* por *deinde*.

(15) *Stlis*, *stlocus*, *stlatus*, *gnatus*, *foretis*, *frucmentum*, *trabes*, *ips*, *exemplem*, *sale*, *postidea*, *mavolo*, *donicum*.

(16) *Anquinæ*, cuerdas; *aplude*, sonido; *aqualis*, canalon; *aquula*, diminutivo de agua; *axicia*, tijeras; *bucco*, fanfarron; *bulga*, bolsa; *bustirapus*, el que todo lo arriesga por el dinero; *capronæ*, el tupé; *casteria*, arsenal; *carinarius*, tintorero de amarillo; *flammearius*, de rojo; *conspicillum*, garita; *cordolium*, pesar; *dividia*, dolor; *estrix*, goloso; *fala*, torre de madera; *famigerator*, novelista; *grallator*, el que anda sobre zancos; *hamiota*, pescador con anzuelo; *legirupa*, el que viola la ley; *lenullus*, rufiancillo; *limbolarius*, fa-

hay otras á que los buenos autores dan significaciones diferentes (17) y una terminacion distinta (18); y aunque estos no tuvieran escrúpulo en recurrir á vocablos griegos, abusaron de ellos los antiguos (19) é hicieron uso de voces compuestas que parecieron monstruosas á los contemporáneos de Augusto (20).

Aún eran indeterminadas las declinaciones del mismo modo que los géneros (21); era más libre la formacion de los adjetivos (22); se declinaban frecuentemente (23) y tambien se entendian á menudo en sentido diferente (24) del que estuvó después en uso. Muchos verbos, de un empleo habitual en las primeras composiciones (25), fueron rechazados por el uso, árbitro supremo del lenguaje, ó fueron empleados en otro sentido (26). Húbolos tambien que pasaron por formas ó cadencias de que se despojaron posteriormente (27), cuando

---

bricante de franjas; *linteo*, tejedor; *luca bos*, elefante; *mando*, gloton; *mantellum*, manto; *mellinia*, agua-miel; *ocris*, montaña escarpada; *offerumentum*, oferta; *perduellis*, enemigo; *petimen*, matadura; *perlecebra*, atractivo; *petro*, villano; *proseda*, cortesana; *sedentarius*, zapatero; *statutus*, hombre de gran prosopopeya; *struix*, construccion; *subulo*, flautista, *suppromus*, sub-ecónomo; *suras*, clavija; *sutela*, picardía; *tumetum*, vino; *tenus*, lazo; *terginum*, látigo; *trico*, mal pagador; *vesperugo*, estrella de la tarde. Sin contar muchas palabras relativas al traje, por casualidad abandonadas ó de oficios, y de historia natural, que no tuvieron ocasion de nombrar los escritores sucesivos.

(17) *Arrhabo* por arras; *caudex* por zopenco como decimos nosotros tronco; *flagitium*, por *flagitatio*; *heres* por propietario; *hostis* por extranjero; *labor* por enfermedad; *nugæ* por *nenia*; *usus* por *opus*...

(18) Empleaban los antiguos en singular palabras que luego solo se han usado en plural *(mœne)*; hacian diminutivos que cayeron en el olvido *(digitulus, diecula)*; seguian la declinacion para nombres que pasaron á la primera: *angustitas, concorditas, differitas, impigritas, indulgitas, opulentitas, pestilitas, tristitias;* tambien dijeron *amicities, avarities, luxuries, duritudo, ineptitudo, miseritudo, mœstitudo, autumnitas;* ponian algunos en géneros diversos como *gladium, nasum, collus; deliquio, emenda*, eran neutros con esta terminacion inusitada; decíase igualmente *similitas* y *similitudo, vicissitas* y *vicissitudo, dulcitas* y *dulcedo, claritas* y *claritudo, inania* y *inanitas, cupedia* y *cupiditas, largitas* y *largitio;* decíase tambien *artua* por *artus, raptio* por *raptus*, y se declinaban como de la segunda *genum, cornum, gelum*... Terminaban frecuentemente en *ais* ó *as* el genitivo de la primera declinacion á la griega; en la segunda muchos nombres en *us* se declinaban como de la cuarta; acababan en *i* el genitivo de los nombres en *ius* y en *ium;* añadian una *e* al vocativo de los nombres en *r (puere)*; contraian á menudo el genitivo del plural en *ûm;* indiferentemuente terminaban en *im* ó en *em, i* ó *e* los acusativos y los dativos de la tercera: el nominativo plural en *is:* el genitivo en *um* ó *ium;* cambiaban á menudo la cuarta declinacion por la segunda, terminando el genitivo en *uis (domuis, exercituis)* y suprimiendo la *i* del dativo *(anu)*; hacian en la quinta declinacion el genitivo semejante al nominativo: quitaban la *i* del dativo *(facie* por *faciei.)*

(19) *Archictecton* por *architectus; batiola* de βατιον, *gaulus* de γαυλος, *halophanta* de αλοφαντης, embustero; *horæum* de ωραιον, *incloctor* de κλογμος, azotador; *lepada* de λεπας, *madulsa* de μαδαν, ébrio, etc.

(20) *Argentienterebronides, dammigeruli, dentufrangibula, ferritribaces, flagritribæ gerulifigulus, nucifrangibula, oculicrepidæ, parenticida, plagipatidæ, sandaligerulæ, subiculum fragri*, etc.

No indico los nombres formados burlescamente por onomatopeya, por Plauto y otros, *bilbare, buttubata, pubulicottabi, taxtas.*

(21) *Agnus, lupus, porcus* servian para el masculino y el femenino: *ærarium*, era masculino, *finis* y *præsepe* y *metus* femeninos; masculinos *frons, stirps, lux, crux, calx, silex, ætas, grando, guttur, murmur;* y neutro *sexus.*

(22) *Crucius*, el que atormenta; *deliquus, dierectus, elleborosus, exsinceratus, gravastellus, inanilosus, labosus, macellus, malacus, medioximus, munis* (de donde procede *immunis), oculissimus, privus, stultividus, volubtabilis.*

(23) *Alter, solus, nullus* y sus semejantes no tenian el genitivo en *ius* y el dativo en *i: celer*, en el neutro hacia *celerum;* se decia *gnarures* por *gnari; gracila* por *gracilis; hilarus* por *hilaris; munificior* por *munificentior; spurcificus* por *sporcus; tentus* por *extentus; utibilis* por *utilis.*

Del mismo modo que *ipsus* por *ipse, ipsipsus* por *ille ipse; qui* y *quips* por *quis, ips* por *is, cujalis* por *cujus, em* é *im* por *eum, emem* por *eundem; hic, hæc, istæc* por *hi, hæ; hæc; hisce* por *his; quojus* por *cujus, vopte* por *vos ipsi, me* por *mihi; sum, sam, sas, sos* por *suum, suam, suas, suos; ibus* por *iis*, etc.

(24) *Assiduus* significaba rico, haciendo que se derive no de *ad-sedeo*, sino de *ab assibus duendis; cupidus* deseable: *curiosus* delgado; *immemorabilis*, en un sentido activo, el que no quiere hablar; *incredibilis* el que no merece confianza; *intestabilis* sin testículos; *superstitiosus* el que predice lo venidero.

(25) *Abjugo* separo; *adverrunco* alejo; *alludio* hago alusion; *ambabedo* yo róo todo alrededor; *betere* ir; *cæcultare* ver mal; *calvire* azotar; *cuperare* fruncir las cejas; *causificari* acusar; *cette* ceder; *cicurare* amansar; *collabescere* adelgazar; *collutulare* echar en el fango; *compotire* dar poder; *concenturiare* recoger; *concepilare* compilar; *convasare, corvitare* mirar en torno; *decrtuare* desmembrar; *dejuvare* opuesto de juvare; *delicare* indicar; *depucere* cortar; *dispennere* gastar; *elevit* manchó; *elinguare, esitare* comer; *exdorsuare, frigullire, vitulari* saltar; *fuo* yo soy; *gnarigo* narro; *imbito* entro; *inconciliare* opuesto de conciliare; *inforare* conducir al foro; *lamberare* cortar; *lapire* endurecer; *lurcare* comer con avaricia; *mutire* hablar; *obscavare* ser de mal agüero; *obsipare* asperjar; *obsorduit* cayó en desuso; *occentare* injuriar; *paritare* apostar; *præstinare emere; protollere* diferir; *quiritare* clamar, *redhostire* dar gracias; *regrescere* crecer; *repedare* retirarse; *sardare* comprender; *succussare* sacudir encima; *urvare* rodear; *verunco* yo doy vuelta. Y algunos totalmente griegos como *badizare, clepere, harpagare, imbulbitare, patrissare, protelare.*

(26) *Corporare* hacer morir; *decollare* privar; *grassari* andar ó adular; *innubere* cambiarse de un lugar á otro; *latrocinari* militar.

(27) Verbos que antiguamente eran activos se emplearon despues solo como deponentes: *arbitro, aucupo, auspico, cohorto, congredio, consolo, contemplo, cuncto, digno, elucto, expercisco*... En cambio los antiguos empleaban como deponentes: *adjutor, bellor, certor, consecror, copulor, emungor, punior, sacrificor, spolior.* Otros verbos terminaban de diferente modo que los modernos: *accepto* accipio, *augifico* augeo, *blatio* blatero, *congrueo* congruo, *claudeo, viveo, diceo, duo* do, *creduo, perduo, moriri, scalpurire* scalpere.

la conjugacion quedó fijada (28). No fué menor la diversidad en los adverbios (29), en las preposiciones (30) y en las frases de ellas formadas (31).

2.ª edad.—Pueden hallarse vestigios de estos diferentes modos hasta en algunos de los mejores autores, especialmente en Cátulo y en Salustio. Nutrida por el patriotismo y la libertad la lengua latina, adquirió, durante las luchas interiores y esteriores, concision poderosa por el sentimiento de la dignidad nacional; enriquecida con los despojos de los demás, perfeccionada por tantos escritores, reducida á la nobleza de las formas, á la plenitud del sentido, á la elegancia digna de un pueblo rey, parecia que debiera conservar largo tiempo el grado de perfeccion á que habia llegado en los últimos dias de la república. Sin embargo, Ciceron, que fijaba en los tiempos de Escipion y de Lelio la gran pureza de la lengua (32), conocia ya la decadencia durante su vida (33). Una esterilidad radical no le permitia enriquecerse como la de los griegos. Carecia de la parte metafísica y trascendental; rechazaba la popular; y cuando se cerró la tribuna, su verdadero palenque, se refugió en la córte esclava del capricho de los césares y envilecida en las doctrinas oficiales.

3.ª edad.—Entonces empezó á introducir la adulacion términos inauditos á la sencillez antigua. Cuando ya no bastaron los títulos de *cælestis* y de *divinus* y se llegó hasta el *cælestisimus*, las ocupaciones del príncipe fueron tratadas de *sacræ*, su persona de *magestas*; y el hombre casi aspiró á aniquilarse delante de tanta grandeza, no hablando ya de su persona, sino de su *parvitas*, *mediocritas y sedulitas*. Estos nombres abstractos, sustituidos al adjetivo concreto, son uno de los primeros síntomas de decadencia que notamos, porque lo vemos hoy estenderse cada dia más en los escritos italianos á imitacion de los franceses (34).

El decoro nos impone la obligacion de omitir las voces nuevas con que la licencia designa nuevos refinamientos de obscenidad: pero los modos griegos fueron empleados con profusion (35); pasaron á la prosa metáforas completamente poéticas (36). Por una parte se hizo ostentacion de arcaismos, á la par que por otra se usaban vocablos nuevos, ó se les daba ora una terminacion diferente, ora un sentido contrario (37). Se alteraba

---

(28) Cambiaban con frecuencia las cuatro conjugaciones. Decian en fin *estur* por *editur*; *facitur* por *fit*; *osus sum* por *odi*; *potestur*, *possetur* y *poteratur*; *donunt* por *dant*; *nequinunt*, *solimunt* por *nequeunt*, *solent*; *ferinunt*, *prodinunt*, *scibam*, *capsi* por *cæpi*; *descendidi*, *exposivi*, *loquitatus*, *morsi* por *momordi*; *parsi*, *sapivi*, *soluèrim* por *peperci*, *sapui*, *solitus sum*. El futuro de la tercera y cuarta terminaba alguna vez en *ebo* é *ibo*; asimismo los imperativos *duce*, *face*, *dice*; *siem*, *volam*, *edim* por *sim*, *velim*, *edam*; *faxo* y *faxim* por *faciam*; *axim* por *egerim*; *passum* por *pansum*; *sustollere* por *auferre*... Agregaban al pasivo é infinitivo *er*, *dicier*.

(29) *Ætatem* por *diu*, *ampliter*, *antidhac*, *assulatim*, *astu* por *astute*, *eccere* por *ecce*, *fabre*, *facul*, *difficul*, *furatim* por *furtim*, *insanum* por *valde*, *minutabiliter*, *nox* por *noctu*, *nullus* por *non*, *numero* por *nimium cito*, *pauxillisper*, *perpetem*, *postidea*, *præfiscine*, *prognariter*, *prossinam*, *publicitus*, *quamde*, *simuli* y *unose* por *simul*, *pollutum*, *topper* por *cito*, *tuatim*, *vicissatim*.

(30) *Am* por *circum*, *apor* por *apud*, *ar* y *ab* por *ad*, *af* por *a*, *se* por *sine*, *endo* por *in*.

(31) *Adire manum alicui*; *gallam bibere ac rugas conducere ventri*; *cædere sermones*; *colere vitam*; *quadrupedem constringere*; *dapinare victum*; *dare vivere*; *suum defrudare genium*; *herbam dare*; *follitim ductitare*; *paratim ductare*; *emungere aliquem argento*; *ex aliquo crepitum polentarium exciere*; *exporgere frontem*; *curculiunculos minutos fabulari*; *exepeculiatus fieri*; *fraudem frausus est*; *mulsa loqui*; *datatim ludere*; *obsipare aquulam*; *obtrudere palpum*; *ornare fugam*; *os occillare*; *percutere animum*; *sub vitam præliari*; *sermonem sublegere*; *fulmentas suppingere soccis*; *thermopotro gutturem*; *pugilice et athletice balere*; *asyarebolum venire*; *de simboli esse*; *æstive viaticari*.

(32) *Ætatis illius ista fuit laus, tamquam innocentiæ, sic latine loquendi*. De off. I, 37.

(33) *Tusc. quæst.*, II, 2.

(34) Decimos la riqueza el pauperismo, las notabilidades, las capacidades, etc.

(35) *Opus habere*, *dari genus*, *animum conversi*, *lætus animi miles*, *modicus pæcuniæ*, *canere tibiis*, *doctus*, *bonus militia* todos son de Tácito, como *amare* por *solere*; agréguese *hetæria*, *monopolium*, *barbarismus*, *analogia*, *apologare* (απολογειν) por *rejicere*, *móror* enloquecer, *malacizo* (μαλακιξω.)

(36) *Præmia* por *spolia*, *limen belli*, *claude naves*, *moriens libertas*, *exedere rempublicam*, *laudare annis*, tambien de Tácito.

(37) Nombres nuevos: *breviarium*, *conversatio*, *dormitorium*, *gratitudo*, *inquisitio*, *ligatura*, *superfluitas*, *voracitas*, *puerilitas*, *summitas*, *adversitas*, *nimietas*, *sustentaculum*, *salvator*, *diffugium*.

Adjetivos nuevos: *amanuensis*, *fictitius*, *immaculatus*, *intelligibilis*, *visibilis*, *rationalis*, *rationabilis*, *neutralis*, *præsentaneus*, *rorulentus*, *sapidus*, *spontaneus*, *superciliosus*, *frigidarius*, *famigeratus*, *indubius*, *fœnebris*, *exsurdatus*, *inerrabilis*, *infruitus*, *lapsabundus*, *lychnobius*, *occallatus*, *valetudinarius*, *segrex*, *stigmosus*.

Superlativos nuevos: *fidissimus*, *piissimus*, *prudentissimus*, *cœlestissimus*.

Verbos nuevos: *adunare*, *explantare*, *collatrare*, *columbari*, *sagittare*, *annoctare*, *confiscare*, *restaurare*, *remediare*, *extimere*, *auctitare*, *corrotundare*, *nepotari*, *molestare*, *crucifigere*.

Hactenus se usó tambien por el tiempo; *adhuc* que significaba *hasta ahora*, se empleó por *tambien*, *ahora*; *interim* por *interdum*, *subinde* por *á menudo*; *obnixe rogare*. Son nuevos: *aliquatenus*, *clamose*, *exacte*, *favorabiliter*, *impatienter*, *recenter*, *specialiter*, *solummodo*, *adducte* por *severe*, *neoterice*, *obiter*, *insimul*, *an-an* en vez de *utrum-an*.

Nuevos compuestos: *transmutatio*, *coæqualis*, *conversari* hablar con alguno, *imprecari*, *concivis*, *conterraneus*.

Sentido cambiado ó estendido: *ægritudo* por enfermedad; *advocatio* por próroga; *fiscus* por erario; *famosus* por célebre; *ingenium* aplicado á las cosas inanimadas; *avus* por *atavus*; *gener* por el marido de la viuda del hijo (TÁCITO *Ann.*, V, 6; VI, 8): *subaudire* por sobre entender; *decollare* por decapitar; *imputare* por pedir que se tenga en cuenta alguna cosa; *studere* por absoluto.

la construccion (38) hasta cuando no lo justificaba en manera alguna la necesidad de espresar ideas nuevas, ó nuevas precisiones filosóficas (39).

Mucho peor aconteció, como debia esperarse, cuando tantos extranjeros se introdujeron en el imperio, y cuando Roma tuvo por ciudadanos á los bárbaros de todo el universo conocido. Estos podian aspirar con igual derecho á hacer admitir las espresiones de su pais natal, en las raras ocasiones en que hablaban en presencia del pueblo ó del Senado. Cuando generales extranjeros al Lacio y á la Italia alcanzaban los más elevados empleos y hasta el trono imperial, ¿cómo los gramáticos se hubieran atrevido á exigir de ellos que hablasen el idioma en toda su pureza, sin permitir que se adulterara?

4.ª edad.—Presentóse la edad de hierro, segun la espresion usada, á diferencia de las de oro, de plata y de cobre. La adulacion siempre en aumento, encontró las calificaciones enfáticas que lisonjeaban á los *fortissimi* y *felicissimi* é *inclíti* y *providentissimi* y *victoriossisimi* monarcas, y aquella série de *illustris, magnifici, serenisimi*, condes, patricios, señores, etc. Los mismos emperadores, á medida que su poder declinaba, se apuntalaban con pomposos títulos, hablando en nombre de su *serenitas, tranquillitas, lenitudo, clementia, pietas, mansuetudo, magnificentia, sublimitas*, y hasta *æternitas*, como hizo Constancio.

Mucho se tomó de los griegos para los empleos civiles y las necesidades de la vida, sobre todo después de la traslacion del imperio (40). Los mismos escritores, que se apartaban de su antiguo lenguaje (41), no sabian conservarse puros en medio de aquel diluvio de espresiones nuevas (42), de compuestos (43), de desinencias (44), de signi-

---

Terminaciones cambiadas: *consortium, sternutatio, vaticinium, viror, æmulatus, audentia, superfluus, voluptuosus, corporalis, occidentalis, orientalis, rubeus, perniciabilis, crepax, nutricius*, donde los precedentes decian *consortio, sternutamentum, vaticinatio, virilitas, æmulatio, audacia, superfluens, voluptarius, corporeus, occidens, oriens, rufus, pernicialis, crepans, nutricatus*.

(38) *Invidere alicui rei* por *aliquid; versari circa rem* por *in re; quod me attinet* por *quod ad me; egredi urbem* por *urbe; adipisci alicujus rei; adversari aliquid; benedicere quemquam; jubere alicui; pœnitentiam agere* absoluto.

(39) Tales serian *ens* y *essentia*.

(40) Palabras sacadas de los griegos: *angariare* precisar; *agon* por agonia y *agonizzare; anatomia, neotericus, decaprotia*, los primeros diez; *sitona* inspector de la compra del trigo; *sitarcia* abastecimiento naval; *anathema* ó *anathematizare, baptizare, blasphemare, hypocrisis, chaos, monasteriam, cœnobium, eulogium, agape, acedia* y *accidia, diabolus, canceroma*, por *carcinoma, apocrisarius, idolatria, camelasia*, carga de mantener los camellos; *eleemosyna, cremnus, eremita, ethnicus, gehenna, catholicus, martyr, ortodoxus, propheta, scandalum, scandalizare, abyssus, anastasis, apostata, protoplaustus*, primer creado, *masticare* (μαστιζειν), *plasma, elogiare, monachus, clericus, laicus, papa, blatta* por púrpura, etc.

(41) Arcaismos de aquella época: *repedere* por *reddere, sublimare, penitudo, rethoricare, obaudire* por *obedire, fortiviter, rancescere, interibi* y *postibi, prolubium, pigrare* y *repigrare, usio* por *usus*.

(42) Nombres nuevos: *beatitudines* en plural; *sancti monium, cervicositas*, tenacidad; *collurcinatio* por *comissatio, localitas, consistorium, figmentum, incentor, incentivum, inordinatio, constellatio, cuprum, exhibitor, habitaculum, hortolanus, incolatus, desitudo, juratio* y *juramentum, matricula, protectio, triumphator, participatio, magistratio, capitatio, concupiscentia, creatura, mediator, abominatio, burgus, computus, desolatio, notoria* por *epistola, gratitudo, rectitudo, sufficientia, inferminium* y *feminal, prevalentia, latrunculator, dominicum* por *templum, legulus, etc*.

Tambien se aumentaron los abstractos *visibilitas, populositas, summitas, possibilitas, uniformitas, nimietas, calamitas, deitas, accessibilitas, infinitas, supremitas, negiotiositas, ternitas, nescientia, secabilitas, cristianitas, antistatus, almitas*, etc. En seguida *farinarium* por molino, *disciplina corporalis* por suplicio, *cambium, allodium, mansum, adjacentia, incultio* por *oratio inculta, benefactor, epistolarius*.

Adjetivos nuevos: *bestialis, incitator, superbeatus, labilis, populosus, sensatus, sensualis, vasionalis, passibilis, abecedarius, cœvus, æquanimus, magistralis, carnalis, spiritualis, affectuosus, noscibilis, coætaneus, momentaneus, incessabilis, disciplinatus, primordialis, pusillanimus, interitus, (perditus), proficus, præfatus* pasivamente, *localis, doctrinalis, partibilis, flectibilis, ottatus, caminatus, clericalis, affectuosus, etc*.

Verbos nuevos: *unire, repatriare, calculare, certoriare, deviare, decimare, exorbitare, intimare, meliorare, minorare, tenebrare, salvare, subjugare, jejunare, excomunicare, justificare, annulare, augmentare, captivare, fœderare, confortare, deteriorare, propalare, latinizare, humiliare, fructificare, mensurare, cassare, contrariare, aptificare, sequestrare, rationare, meliorare, contrariare, assecurare, familiarescere, coinfantiare, etc*.

De donde derivaron muchos nombres y gran número de adverbios en *iter*, además *medio* por *mediocriter*, y *contra* por *contrario, quoquam* por *unquam, non utique* por *neutiquam, efficaciter* por *certe, taliter, qualiter, ubi* por *quo, etc*.

(43) *Historiographus, psalmographus antecantamentum, suppedaneum, mundipotens, semijejunus, justificare, glorificare, congaudere*, é iguales, *multilaudus, multiscius multivira*, é iguales, *disunire, abreviare, exambire, compatior, compeccator, complex, confœderatus, superintendens, multimodus, urbicremus, ventrilocus, unigenitus, deificus, ludivagus, parvipendulus, oviparus, blandificus, docticanus, dulciosus, inaccesibilis, incarnatio, etc*.

(44) Desinencias cambiadas: *alternamentum, exercitamentum, effamem, baptismum, erratus, altarium, favum, malum*, manzano, *colludium, indages, expectamen, interpolamentum, rationale* por *ratio, otiositas, vitupero* por *vituperator, nigredo, peccator-trix, peccamen, profunditas, unio, scrutinium, albedo, cautela, dubietas, gratiositas, honorificentia, signaculum; sensualitas, refrigerium, interpretator* é *interpretamentum, regimentum, speculatio* y *speculamen, creamen, devotamentum, adoptatio, confœderatio, humilatio, noscentia, infortunitas, rescula* y *recula*, cosita, *malitas, dulcitudo, misa* y *rimissa*, por *missio* y *remissio, cruciatio* por *cruciatus, pascuarium* por *pascuum, agrarium* por *ager, præconiatio* por *præconium, oramen* por *oratio, vindicium* por *vindica, crassedo, ædifex, concinnatio*, etc.

ficado (45), de tantos adjetivos nuevamente introducidos, ó disminuidos ó alterados de un modo nuevo, ó á los cuales se daba diferente significacion; no podian evitar ciertas clases de régimen inusitado, en los verbos (46), ni otros solecismos (47), contra los cuales no tenian el lenguaje usual por salvaguardia.

Lengua plebeya.—Cuanto precede hace alusion únicamente al lenguaje escrito, diferente en parte del que estaba en uso entre la sociedad culta y completamente del idioma del pueblo. En nuestro sentir se halla suficientemente probado el primer aserto por la comparacion del estilo de Tito Livio y de Ciceron con el de los autores cómicos, que naturalmente debian poner en boca de los actores la lengua hablada, y de César, único prosista nacido en Roma, que empleaba sin arte en sus *Comentarios* el lenguaje de que se sirvió desde su infancia. Pues bien, al leerlos no se encuentran, como tampoco en las *Epístolas* de Ciceron y de sus amigos, aquellos periodos embrollados, aquellas trasposiciones forzadas, que son una de las condiciones de buen latin para algunos. ¿Quién sabe si la *patavinidad* que Pollion echaba en cara á Tito Livio consistia precisamente en aquella dificultad que todavia en nuestras lenguas vivas vemos que establece una diferencia indefinible entre aquel que las habla desde su infancia y el que las adquiere por estudio? Y aunque nuestros oidos, poco familiarizados con las delicadezas del idioma latino, no puedan descubrir esta falta en el gran historiador, nos hallamos, sin embargo, en disposicion de conocer que existe diferencia entre él y los escritores verdaderamente romanos.

Aun cuando no fuera natural la existencia de un lenguaje rústico, nos lo atestigua Plauto, quien distingue el *nobilis* y el *plebeyo*. Diferenciábanse además el que estaba en uso en la ciudad y el que se hablaba en el campo, denominándose el uno *urbano classico* y el otro *vulgaris* ó *rústico*: llámase así mismo *quotidiano* por Quintiliano, *pedestris* por Vegecio, *usualis* por Sidonio Apolinario. Luego Quintiliano se queja de que *frecuentemente en pleno teatro y en el circo atestado de gente, se oyen palabras que tienen más de bárbaras que de romanas* (48). De aquí la necesidad de dar á los niños, maestros de lengua latina; á veces se abria paso este idioma rústico en los escritos; por eso Cecilio tuvo que señalar gran número de solecismos que debian evitarse por aquellos que tuvieran pretension de escribir correctamente (49). Decíase de Curion que no hablaba *estremadamente mal* el latin, aunque le guiaran los hábitos domésticos y fuera completamente iliterato (50). Ciceron quiere que el orador hable latinamente: lo cual aprenderá con ayuda de las letras y de la enseñanza dada á la infancia (51). Marcial apunta ciertas espresiones usadas en el campo y que provocan á risa á un lector delicado (52). Se censuró á Virgilio por emplear locuciones demasiado rústicas (53). Gelio dice que lo que se llama barbarismo no procede de los bárbaros, sino del modo de hablar del vulgo (54),

---

Tambien estos verbos cambiaron la cadencia: *effigiare, honorificare, obviare, exhereditare, significare, magnificare* y *resplenduit;* y estos adjetivos: *additicius, somnolentus, congruus, dubiosus* y *dubitativus, mundialis, sapientalis, participalis, concupiscibilis, creabilis, abominabilis, æternalis, notorius, accessibilis, infernalis, meridialis, infirmis, scholaris, urbanicianus, peculiaris, cordax* por *cordatus, temporaneus* por *temporalis, vigilax, despicabilis, illuster, anxiatus, astreans* por *astricus, cœlicus, prædicatorius, divinalis, pagensis, multiplicus, coactius, fallibilis.*

(45) Nombres que cambiaron de significacion: *gentilis* y *paganus* por idólatra, *strata* por camino; *vice* con la agregacion numeral; *prima, secunda, versa; infractus* por *non fractus; benedicere* por consagrar, bendecir; *bellum* por *prælium; deputare* por delegar; *humilitas* en la buena acepcion; *linea* de un libro; *deliquium* por delito; *apex* por carta; *ducatus* por *ductus; edulium* por *convivium; tractator* por intérprete de las Sagradas Escrituras; *ecclesia* por templo; *præsumptio* por presuncion; *conditio* por creacion, criatura; *latitudo* por muchedumbre; *capella* por iglesia pequeña; *prosapia, parentes, pudenda, secularis, devotio; prolixus,* en la acepcion que les damos actualmente; *fides* por confesion de la verdad; de donde procede *fidelis* por creyente; *credulitas, persecutor, seducere, condolere, innatus* por *non natus; magnanimitas, schola,* por clase de oficiales; *discurrere, festivitas, rancor* en sentido moral; *tribulator, imminutus* negativo; *imminere* por servir; *indigitare* por señalar con el dedo; *promovere* sin régimen; *invidere* por no ver; *reficere* por rehacer. Así tambien *sanctus* por santo; *scholasticus* por erudito; *otiosus* en la mala acepcion; *communis* por vulgar; *gratans* por *ludens, subditus* por súbdito; *affinis* por consorte; *jugalis* por *conjux; taxare, adoriri* por comenzar; *cohibere* por prohibir; *puerascere, decrescere, æstimare* por gritar; *dirigere* por enviar; *præsumere* por atreverse; *conjurare* en la buena acepcion; *abrogare* quitar de en medio; *annotare* por ver; *applicare* por añadir; *affirmare* por probar; *ampliare* por aumentar; *cognoscere* por *agnoscere; congerere* por *inserere, destituere* por *negligere.*

(46) *Benedicere, fungi, frui, eruáre* con el acusativo, *incumbere, queri, renunciare, contrahere, petere* con el dativo, *amare in aliquo, privari a re, ambire ad aliquid.*

(47) *Pacem alicui tribuere; vilissime, natum esse; bona opera facere; peccata remittere; homo pleraque haud indulgens* por *in plerisque; vita interficere; contemplatione alicujus* por *habita ratione alicujus; affectionem habere* por *habere in animo; profugere villam* por *e villa; in pendenti esse; insuper habere; erat in sermone* por *rumor erat; urinam facere; trahere sanguinem* por *genus ducere.*

Para todo esto véanse las disertaciones de Funcio.

(48) *Instit.* I, 5.
(49) Isidoro, *Etim.*, I, 32.
(50) Ciceron, in *Bruto,* 58.
(51) *De orat.* III, 10.
(52) «Non tam rústica, dilicate lector,
Rides nomina?
(53) Donato nos da á conocer una parodia del principio de la tercera égloga virgiliana.
«Dic mihi, Dameta: *cujum pecus,* an ne latinum?
Non; vero Ægonis: nostri sic rure loquuntur.»
(54) «Quod nunc autem barbare quemque loqui dicimus, id vitium sermonis non barbarum esse, sed rusticum,

y San Agustin cita algunos modos vulgares y pocos latinos (55).

Vulgares que han sobrevivido.—Seria un grave error creer que los romanos estinguieron completamente los idiomas que se hablaban en los paises conquistados. Ciceron advertia á Bruto que oiria en las Galias, á donde iba á partir en calidad de procónsul, espresiones poco corrientes en Roma *(parum trita)*; y la historia nos enseña que en los últimos años de la república, Décimo Bruto se vió auxiliado en su fuga de Bolonia á Aquilea por el conocimiento que tenia de los dialectos de aquellas comarcas (56). Siempre se recitaban las Atelanas en lengua osca, y hacian la delicia del pueblo; y Festo se queja de que ya no se sabe latin en el Lacio, de donde tomó su nombre (57). Quintiliano advierte que no se debe decir en latin elegante *due, tre, cinque, quattordice*. Por lo que á nosotros hace, nos inclinaríamos á creer que los dialectos italianos, tan diversos entre sí, atestiguan una diferencia persistente de idioma entre los italianos, diferencia independiente de la invasion de los bárbaros, quienes quizá contribuyeron á ella menos de lo que se presume. Por largo tiempo dominaron los godos en España, y sin embargo se encuentran muy pocas voces góticas en la lengua española. Venecia no fué invadida por ningun pueblo: Verona lo fué por todos; y á pesar de eso los dialectos de estas dos ciudades, se asemejan más entre sí que el veronés al bresciano, que se habla muy cerca de aquel punto. Nos corrobora en esta opinion ver cuán poco contribuye á la variedad la distancia, puesto que la cumbre de una colina ó la madre de un rio nos hacen pasar de súbito del dialecto bergamasco al milanés, del bolonés al toscano.

¿Con cuánta más razon debian subsistir las lenguas antiguas fuera de Italia? César dice que los belgas, los celtas, los aquitanios, eran desemejantes entre sí en un todo, no solo por las instituciones, sino tambien por el idioma, y San Gerónimo llama á los marselleses trilingües. Claudio se apercibió en cierta ocasion de que habia nombrado á un hombre que no sabia latin para gobernador de la Grecia (58). San Agustin se felicita de haber aprendido este idioma, no á fuerza de azotes, sino en medio de las caricias y de las sonrisas de sus nodrizas (59). Estrabon cree necesario decir que la mayor parte de la Galia meridional habia adoptado la lengua latina (60). Septimio Severo permite admitir los fideicomisos formulados no solo en latin y en griego, sino tambien en *lengua púnica* y galica (61). Ciceron decia que uno que discurria mal, era tan ridículo de oir como un cartaginés ó un español (62). Sidonio Apolinario se felicitaba de que la nobleza de su pais, *sermonis celtisisquaman depositura, nunc oratorio stylo, nunc etiam camœnalibus modis imbuebatur* (63). Una sacerdotisa druida se presentó al emperador Alejandro Severo, profetizando desastres en lengua gala; y Sulpicio Severo, que era galo, temió ofender los delicados oidos de los aquitanios, hablándoles un lenguaje rústico.

Las legiones que residian en las provincias y además las que se reclutaban en el extranjero y se fijaban despues en Italia, debian introducir necesariamente una gran mezcla de vocablos y de modos desconocidos á los buenos escritores. Antiguamente, en el mejor tiempo de la lengua latina, cuando estos escribian *esse, hiems, minæ, percutere, os, pulcher, rubeus, equuos*, se decia vulgarmente *essere, vernus, minacia, batuere, bucca*, como vemos en Plauto y *bellus, russus*, voces que se encuentran en Cátulo, y *caballus* de que Horacio hace uso. Servio nos enseña que en vez de *fimus* se decia habitualmente *letamen*; y Gelio que el *pumilio* era llamado por el vulgo imperito *nano* (65), cuyas dos voces aun subsisten en Italia. En Petronio se presentan esclavos hablando groseramente, y con frases que se aproximan á las nuestras modernas: «No he podido encontrar un bocado de pan ¡¡aquello era vivir! como uno de nosotros me he comido los vestidos.» (66) Tampoco seria difícil encontrar en la

---

et cum eo vitio eloquentes, rustica loqui dictitabunt.» XIII, 6.

(55) «Sermonem vulgarem et male latinum.» *De vita beata*, I.

(56) «Sumpto cultu gallico, non ignarus et linguæ, fugiebat præ Hispanis, pro Gallo habitus.» VALERIO MAX., lib. III.

(57) «Latine loqui a Latio dictum est; quæ locutio adeo est versa, ut vix ulla ejus pars maneat in notitia.» *De verb. signif.*

(58) «Splendidum virum... verum latini sermonis ignarum. SUETONIO, in *Claud.* 16.

(59) *Confesiones*, I, 14.

(60) Lib. III.

(61) «Fideicommisa quocumque sermone relinqui possunt, non solum latina vel græca, sed etiam punica et gallicana. *Dig.* XXXII, 1, l. XI; y San Agustin: Proverbium notum est punicum, quod quidem latine vobis dicam, quia punice non omnes nostis, punicum enim proverbium est antiquum: Nummum quærit pestilentia, duos illi da, et ducat se. *Serm.* 168, *de verb. apost.*»

(62) «Tamquam si Pœni aut Hispani in senatu nostro sine interprete loquerentur.» *De div.* l. II.

(63) Lib. III, *Ep.* 3

(64) «Dum cogito me, hominem gallum, inter Aquitanos verba facturum, vereor ne offendat vestras nimium urbanas aures sermo rusticior.» *Dial.* I.

(65) SERVIO, *ad Georg.*; GELLIO XIX, 13. Tambien se decia *granarium, scopare, jubilare, birotus* ó *carruca, morsicare, auca* (oca), *planuria* lo que elegantemente se llamaba *horreum, verrere, quiritare, currus, mordere, anser, planicies;* y *sanguisuga* por *hirudo, majale* por *verres, rasores* por *novaculæ, cloppus (cloppin* francés *zoppo* it.) por *claudus, parentes* por *affines, pisinni* por *filii*. Mucho pudiera aumentarse esta mies, espigando en los escritores de agricultura y de agrimensura; y de ellas hizo un estudio Juan Galvani que puso al final de su discurso *Delle genti e delle favelle loro in Italia*. Florencia, 1849.

(66) «Non hodie buccam panis invenire potui—illud

época más brillante ciertos modos que parecen ahora idiotismos italianos (67). Si quisiéramos detenernos en detalles de palabras, podriamos probar que todos los que se usan en italiano se usaban tambien en la lengua latina.

Con efecto, las modificaciones esperimentadas por este último, son más bien concernientes á la gramática que á la lengua; tales son, por ejemplo, las que consisten en indicar la relacion por medio de preposiciones en vez de la variedad de desinencias, en hacer que preceda un artículo á los nombres, en formar con ayuda del verbo ausiliar muchos tiempos del verbo activo y todos los del pasivo. Sin embargo, estos modos que se hallan en otros idiomas del tronco indo-germánico, como el persa y el aleman, no pueden considerarse como completamente estraños al latin. Es cierto que en esta lengua se recurria con frecuencia á preposiciones, además de la cadencia, unas veces por razon de claridad y otras por variedad. Augusto, á quien reprende Suetonio por arreglarse menos á la ortografía regular que á la pronunciacion cuando escribe, descuidando letras y hasta sílabas (68), ponia ante todo particularísimo esmero en espresarse con toda claridad: para conseguirlo añadia las preposiciones á los verbos y repetia las conjunciones (69). Este vicio no es raro entre los clásicos (70). Tambien se halla en ellos el pronombre empleado al estilo italiano (71), y de aquí al articu-

---

era vivere!—tamquam unus de nobis—jam comedi pannos meos.

(67) Horacio, *Præter plorare.*

Lucrecio, *Adlevare sitim fontes fluviique vocabant.*

Justino, *Facere amicitiam, litteras, fœdus, classes.*

Quintiliano, *Sic discernet hæc dicendi magister, quomodo palestricus ille cursorem* faciet, *aut pugilem aut luctatorem.* II, 8.

Marciano Capella, para designar el triángulo escaleno dice: Omnes tres *lineas inter se inæquales habet,* VI.

Plauto: *Quid hic* vos duæ *agitis? Mostell.—Et nescio quid vos velitati estis* inter vos duos. *Menæch.*

Caton, *De re rust.*, 142, enseña una plegaria dirigida á los dioses y especialmente á Marte: *uti tu fruges, frumenta, vina, virgultaque grandire, beneque evenire sinas;* como decimos de las plantas *crecer y desarrollarse.*

Virgilio, *Dispeream nisi me perdidit iste* putus *Catalecta*, 9.—Y se lee *testa* por cabeza en Ausonio: *cribellare* en Paladio: *minare* por llevar en Apuleyo: *jornus* y *tonus* por dia y tono en Séneca. En otros escritores se halla: *retornare, putilla, puta, strata* por *redire, puella, via.*

Enrique Estéfano *De latinitate falso suspecta* apunta muchos ejemplos que podrian tenerse por modernos.

Véase tambien Bonami, *Reflexiones sobre la lengua latina vulgar.—Mem. de la Acad.* XXIV; y Quadrio, *Historia y razon de cada poesia*, I, 1.

(68) «Non litteras modo, sed syllabas aut permutat aut præterit, communis hominum error.» En *Aug.*, c. 88.

(69) «Præcipuam curam duxit sensum animi quam apertissime exprimere, quod quo facilius efficeret, aut necubi lectorem vel auditorem obturbaret, ac moraretur, neque prætpositiones verbis addere, neque conjunctiones iterare dubitavit, quæ detractæ, afferunt aliquid obscuritatis, et si gratiam augent.» Suetonio en *Aug.* c. 86.

---

(70) Terencio, *Ne partis expers esset de nostris bonis. Si res de amore secundæ essent.*

Horacio, *Cætera de genere hoc.—De medio potare die.—Rapto de fratre dolentis.*

Suetonio, *Partes de cœna.*

Ovidio, *Arbiter de lite jocosa.—De duro est ultima ferro.—Nec de plebe deus.*

Virgilio, *Solido de marmore templa instituam, festosque dies de nomine Phœbi. Bucol., Eccl.* 3.

Plinio, *Genera de ulmo*, XVI, 17.

Lucrecio, *Portenta de genere hoc*, V, 38.

Ciceron, *Homo de schola. De oratore*, II, 7.—*Declamator de ludo.* Idem, 15.

Fedro, *De credere*, en un título.

Plauto, *Filius de summo loco.*

Entre los escritores, hablando de la medida de los terrenos se halla: *caput de aquila, rostrum de ave, monticelli de terra.*

Ciceron, *Audiebam de parente nostro.*

Ovidio, *De cespite virgo se levat.*

Plauto, *Lassus de via.*

Terentio, *De Davo audivi. Adelphi*, III, 3.

Virgilio, *Quercus de cœlo tactas.*

En el epítome de Tito Livio se halla: *impetrare de marito.*

Cesar, *Magnam hæc res contemptionem ad omnes attulit. Bell. civ.* III, 60.

Terencio, *Alere canes ad venandum. Andr.* I, 1.

Tito Livio, *Patrum superbiam ad plebem criminari*, III, 9. *Incautos ad satietatem trucidabitis*, XXIV, 38.

Ciceron, *Ad omnes introitus armatos opponit. Cæcin*, 8.—*Ad meridiem spectans. De divinatione*, I, 17.—*Quid ad dextram, quid ad sinistram sit. Philipp*, XII, 11.—*Esse sapientem ad normam alicujus. De Amic*, V.

Varron, *Turdi eodem revolant ad æquinoctium vernum. De re rust.* 5.

(71) *Inde* está empleado como *onde* y *ne* en italiano.

Ovidio, *Stant calices, minor* inde *fabas, olus alter habebat. Fast.* V.

Plauto, *Cadus erat vini,* inde *implevi cirneam, Amphitr.*, I, 1.

Ciceron, *Romani sales salsiores quam* illi *Atticorum.*

Con el Evangelio: *Exiit Petrus, et ille alius discipulus.—Currebant duo simul, et ille alius præcucurrit.*

(72) Ciceron, *Cum* uno *forti viro loquor.—Sicut* unus *pater familias. De orat.*, I, 29.—*Ita nobilissima Græciæ civitas sui civis* unius *acutissimi monumentum ignorasset. Tusc.* V, 23.—*Tamquam mihi cum Crasso contentio esset, non cum* uno *gladiatore nequissimo. Philip.*, II, 3.

Curcio, *Alexander* unum *animal est temerarium, vecors.*

Horacio, *Qui variare cupit rem prodigaliter* unam. *Ars.*, p. 29.

César, *Inter aures* unum *cornu existit. De bello gal.*, VI.

Séneca, *Historici, cum* unam aliquam *rem nolunt spondere, adjiciunt, etc. Ep.* 25.

Plauto, *Quis est is homo?* unus *ne amator? Truc.*, II, 1, 32.—*Est huic* unus *servus violentissimus*, II, 1, 39; IV, 3, 9.—Unum *vidi mortuum efferri foras. Most.*

Plinio, *Tabulam aptatam picturæ unus* una *custodiebat.* XXXV, 10.

Plinio el jóven, *Tanta gratia, tanta auctoritas in* una *vilissima tunica. Ep.* IX, 6.

lo determinado el paso no era difícil. Con respecto al artículo indeterminado no faltan ejemplos (72).

Además, el verbo se encuentra tambien conjugado al estilo italiano. No solo empleaban los escritores latinos en lugar del futuro el futuro pasado, que, sincopado, equivale al italiano (73), sino que á más se puede asegurar que conocieron tambien los ausiliares *avere* (74) y *stare* (75), de lo cual ha conservado el italiano *stato*, verbal de *essere*.

Debe añadirse á esto que los latinos suprimian comunmente en la pronunciacion la M, la C y las S finales (76), que cambiaban la U en O *(servom, voltis)*; que pronunciaban *o* en lugar de E ó de AU *(vostris, ola por aula)*, y la V por la B *(vellum* por *bellum)*, de manera que de *culpa, mundus, fides, tres, aurum, scribere, sic, per hoc*, hacian *colpa, mondo, fide, tre, oro, scrivere, si pero*. Quintiliano dice (77) que Augusto pronunciaba *calda* en vez de *calida*. Prueba de que su modo de pronunciar se asemejaba más que la palabra escrita á la pronunciacion italiana, son los numerosos errores que se encuentran en las inscripciones. Cuando vimos escrito HAVE en el umbral de la casa de Fanno, en Pompeya, creimos que fuera objeto de ignorancia campesina; pero cuando encontramos la misma ortografía en una piedra de la interesante catedral de Salermo (78), imaginamos que propendia de una pronunciacion peculiar á aquella parte de la costa. Errores semejantes se multiplican en los epígrafes de los primeros tiempos cristianos, que nos han sido conservados por Bianchini, Donato, Gruter, Muratori, Boldetti; errores que asemejan las voces latinas á sus equivalentes en italiano (79), y se encuentran hasta la I efelcústica, que parece

---

TERENCIO, *Forte* unam *adspicio adolescentulam. Andr.* I, 1, 91. *Ad* unum *aliquem confugiebat.* Id., 1, 5.

Véase el comentario de aquel verso por Donato, cuando la lengua latina aun vivia: *Ex consuetudine dicit* unam, *ut dicimus* unus est adolescens. *Unam ergo* τῳ ἰδιοτισμῳ *dixit vel* unam *pro cuandam*. Véase tambien á CORN. NEP. en *Hannib.* XIII, y TÁCITO, *Ann.* II, 30, etc.

(73) *Duravero* y *duraro, respiravero* y *respiraro*, por *durabo* y *respirabo*. El futuro puede formarse tambien de *habeo: adire, habeo*, ir, tengo. Tambien dieen los italianos: *fu nato* por *nacque; fu morto; ebbe trovato* por *trovo; fece offensione* por *offese*, etc.

(74) CICERON, *Satis hoc tempore* dictum habeo. *Philip.*, V, 28.—*Clodii animum perfecte* habeo cognitum, indicatum.—*Bellum nescio quod* habet susceptum *consulatus cum tribunatu. Pro. lege agr.* II.—Domitas habere *libidines. De orat.* 1, 43.—*Si* habes *jam* statutum *quid tibi agendum putes. Ad fam.*, IV, 2.—*Aut nondum eum satis* habes cognitium. XIII, 17. *Nimium sæpe* expertum habemus, X, 24. *Hæc fere dicere* habui *de natura Deorum.*—Habeo *etiam dicere.* Y en las Verrinas: *Habuisti statutum, habere notata conductas habere*; y en otra parte, *bellum habere indictum Diis.*

CÉSAR, *Idque se prope jam* effectum habere.—*Quorum* habetis cognitam *voluntatem in rempublicam.*—*Præmisit equitatum omnem, quem ex omni provincia,* coactum habebat.—*Vectigalia parvo praetio* redempta habere. *Bel. gal.*

LUCRECIO, dice que algunos filósofos se engañaron: *Amplexi quod* habent *perverse prima viai.*

PLINIO, Cognitum habeo *insulas.*

GELIO, refiere el antiguo edicto de un pretor sobre aquellos *qui flumina retunda publice* redempta habent, XI, 17. —La ley *Tres tutores* dice: *Cum* destinatum haberet *mutare testamentum.*

TERENCIO, *Quo pacto me* habueris præpositum *amori tuo. Hec*, IV, 2, 7.—*Quæ nos nostramque adolescentiam* habent despicatam. *Eun.*, II, 3, 91.

Tal es el frecuentísimo *compertum habere.*

En PLAUTO, *Bacch.*, encuentro tambien *avere* por *essere*, como en Italia se practica: *Lid. Quo nunc capessis tu te hinc advorsa via cum tanta pompa?* Pistoc. *Huc.* Lid. *Quid huc? quid istic* habet? (¿qué hay?) Pistoc. *Amor, voluptas, venus*, etc.

TERTULIANO, más á la moderna. *Etiam filius Dei mori* habuit.—*Si inimicos jubemur diligere, quem* habemus *odisse?* Lo cual diremos nosotros tuvo que morir, tenemos que odiar.

En Pompeya se encuentra escrito: *Abiat Venere Pompejana irâta qui hoc legerit.*

(75) LUCRECIO, III, *Manus et pes atque oculi partes animantis totius* extant.

HORACIO, *Sat.* I, 8. *Hoc misere plebi* stabat *commune sepulcrum.*

---

(76) Además del uso de los antiguos poetas que acababan el exámetro por *Ælius Sextus*, ó bien *optimus longe.* Victorino lo atestigua, f. 2467. «Scribere quidem omnibus litteris oportet, enuntiando autem, quasdan litteras elidere.» Quintiliano nos dice que apenas se pronunciaba la *m*: «atqui, eadem illa littera quoties ultima est, et vocalem verbi sequentis ita contingint, ut in eam transire possit, etiam si scribitur, tamen parum exprimitur ut multum ille, et quantum erat, adeo ut pene cujusdam novæ litteræ sonum reddat. Neque enim eximitur, sed obscuratur et tantum aliqua inter duas vocales velut nota est, ne ipsæ coeant.» *Instit.*, IX, 4. Casiodoro. *De ortografía.* c. 1, cita un pasaje de Cornuto, en el cual se dice que de pronunciar la *m* seguida de una vocal «durum ac barbarum sonat; par enim atque idem est vitium ita cum vocali sicut cum consonanti *m* litteram exprimere.» Era esta una distincion delicada que no debia notar el vulgo; de aquí procede que varios epígrafes, que se pueden ver en el *Index* de Grutter, no tienen *m:* por ejemplo, *ante ara positu est.*

(77) Lib. I, 6.

(78) Está colocada encima de la escalera que conduce á la Confesion y que los naturales llaman *soccorpo.*

(79) En Roma en el cementerio de Santa Elena se halló la siguiente, que pertenece al siglo III ó IV.

TERSV DECIMV CALENDAS FERRARAS
DECESSIT IN PAGE QVINTVS ANNORO
OCTO MENSORVM DECE IN PACE.

En otra se lee:

GAVDENTIVS IN PACE QVI VIXIT ANNIS XX
ET VIII MENSIS CINQVE DIES BIGINTI
ABET DEPOSSONE X KAL. OCTOBRES.

Muratori, *Novus thesaurus*, vol. IV, p. 1829, copia estos dos epitafios hallados en Roma en el cementerio de Santa Cicilia: son ciertamente antiguos:

QVI IACET ANTONI MADOÑA IOAÑA
DIO TE GVARDI VXOR DE CECHO'
ET JACOBA SVA VXOR DELLA SIDIA.

Y en San Blas debajo del Capitolio se lee:

ITE DELLA DICTA ECHIESA.

una singularidad del italiano (80). Procediendo estas inscripciones en su mayor parte de cristianos, personas incultas y afectuosas, esto corrobora más nuestra opinion de que el actual idioma italiano no es otro que el lenguaje vulgar hablado antiguamente en Roma. Ahora bien, como Quintiliano dice *que lo que se escribe mal se pronuncia mal necesariamente*, se puede tambien volver el argumento y decir que se escribe mal lo que mal se pronuncia.

Si esto acontecia en los alrededores de Roma, ¿qué habia de suceder en las provincias lejanas del lugar en que se hablaba y pronunciaba mejor, en aquellas en que aun vivian los antiguos dialectos? Refiere Erasmo que habiendo ido á felicitar á Maximiliano embajadores de todos los pueblos de Europa, con motivo de su exaltacion al trono del imperio, dijo cada uno de ellos una arenga en latin, aunque pronunciando al estilo de su pais; de manera que se creyó que todos se habian esplicado en su lengua nativa. Júzguese por esto cuánto no debia adulterarse el idioma romano, pasando por tantas y tan diferentes bocas, y cuánto habia de padecer la ortografía, en una época en que disminuyendo la instruccion, se atenian, naturalmente, los escritos á la pronunciacion que estaba en uso más que al de las letras.

Después, ya sea por efecto de la casualidad, ó por algun fundado motivo, cesan de repente los escritores de origen latino, y las provincias, sobre todo la España, introducen en la capital elementos y ejemplos de corrupcion de estilo. Séneca, gran corruptor, se quejaba amargamente de que se hubiese olvidado el hablar latin (81). Además de las muchas palabras, que, como es natural, habian caido en desuso (82), se burlaba de aquellos que iban en pos de las espresiones anticuadas, lo mismo que de los que no admitian sino las más comunes, contribuyendo unos y otros á adulterar el lenguaje por seguir el uso particular (83). Quejóse Aulo Gelio de que en su tiempo, ya fuese por abuso, ó por la ignorancia de aquellos que se servian de las espresiones sin exámen y sin conocer su valor, hubiesen cambiado las palabras latinas su primitivo significado por otro análogo ó diferente (84).

En el *Asno de oro* un soldado pide á un jardinero *quorsum vacuum duceret asinum*. No comprendiéndole éste, replica entonces el otro: *¿Ubi ducis asinum istum?* Entiéndesele entonces, y se le responde. ¿Acaso no es esto una prueba de que la palabra *quorsum* no estaba en uso? Al contrario, era corriente la de *borrico* por caballo de alquiler, aunque no se usaba en los escritos (85).

Nos queda sobre la corrupcion, ó por mejor decir, sobre la trasformacion de la lengua latina, un singular documento, respecto de los mandos militares de que se servian los tribunos para dirigir el ejército: *Silentio mandata implete.—Non vos turbatis.—Ordinem servate.—Bandum sequite.—Nemo dimittat bandum.—Et inimicos seque* (86). Vénse en este *bandum* por *vexillum*, y en los imperativos insólitos *sequite* y *turbatis*, los precursores de ciertos giros forzados en uso en todos los idiomas modernos para los ejercicios militares.

En la época en que la corte, y á su ejemplo la clase más acomodada, pasaron á Constantinopla, y en la que enmudecieron la tribuna y el Senado, hubo de alterarse todavia más una lengua que ya no era castigada por las costumbres aristocráticas ni por la pluma de los escritores. Nada tenian de bárbaro las formas que prevalecieron entonces; acercándose, por el contrario, á la originalidad latina, de que se habian separado los más ilustres escritores. Natural era, en efecto, que el vulgo emplease, en vez del refinamiento de las declinaciones y de las conjugaciones, la generalidad de las preposiciones y de los verbos ausiliares, se sirviese tambien del artículo para especificar mejor los objetos, y acortase las terminaciones. En suma, creemos que la lengua latina urbana fué convertida entonces en otra más sencilla, poco ó nada de la italiana de hoy dia. De donde se sigue que la manera de hablar en la llamada edad de hierro, no fué sino otra fase de la lengua, durante la cual adoptó el idioma escrito mayor número de palabras y de giros que el idioma hablado (87).

Al suceder los escritores eclesiásticos á los autores profanos, ayudaron á aquella revolucion, en atencion á que no se dirigian á lo selecto de la sociedad para corromper mujeres y captarse la voluntad de los literatos. Veíanse precisados, por el contrario, á descender al nivel del vulgo para comunicarle palabras de vida y de esperanza. Los santos no emplearon, pues, la lengua elegante, sino la más comun, aproximándose más á aquella que, en uso entre los esclavos (*vernæ*), habia tomado el nombre de vernácula. Como aconteció con todo, la lengua fué trasformada por el cristia-

(80) Se lee *ab ispeciosa* en una inscripcion de las grutas del Vaticano.

(81) *Hæc quæ nunc* vulgo *Breviarium dicitur, olim, cum* latine *loqueremur, Summarium vocabatur*. Ep. 39.

(82) Dice que en su tiempo la palabra *asilo* era anticuada (*Ep.* 58); y PLINIO *Asilo sive tabanum dici placet*, (II, 28, 34).

(83) *Ad Lucilium*, ep. 114.

(84) *Noct. att.*, XIII, 27.

(85) *Dignitate perflati, vias publicas manibus* (por *mannis* cavalli) *quos vulgo buricos appellant...* S. GERÓNIMO, *in Eccl.* X.

(86) Hállanse citados en caractéres griegos en un manuscrito latino de Urbicio, que escribió sobre el arte militar á fines del siglo V; habiendo sido copiados por Fabretti, t. V, p. 390.

(87) En las tablas Eugubinas, esplicadas por Passeri, nos encontramos con las terminaciones modernas *pai* por *postquam, pane, capro, porco, bue, atro, ferina, sonito*.

nismo; viéndose á los Padres desdeñar la elegancia y hasta la correccion: dice San Agustin que lo mismo entiende Dios al idiota cuando pronuncia *inter hominibus* que cuando dice *inter homines*: y San Gerónimo declara que quiere emplear con toda latitud el idioma vulgar, para mayor comodidad de sus lectores (88). Aquellos, pues, que se adhieren ante todo á la pureza de estilo del siglo de Augusto, deben desechar una porcion de locuciones empleadas por los Padres y anatematizarlas, calificándolas de barbarismos (89).

Y sin embargo podia la literatura cristiana, por medio de un nuevo ingerto entre oriental y popular, rejuvenecer el antiguo tronco de la latina. Los escritores clásicos habian introducido aquel periodo contorneado con arte, que no se encuentra en aquellos que, como el inimitable César, escribian con más naturalidad. La traduccion de la Biblia desterró las formas convencionales, reproduciendo la manera de hablar de costumbre, lo cual hace que el estilo sea simple, la esposicion ingénua. Los preceptores que siempre sentencian, no con sujecion á lo que es, sino á tipos de fantasia, claman contra la corrupcion y la barbarie (90), cuando encuentran palabras y frases desusadas por los escritores de la edad de oro. Deberian reflexionar, sin embargo, que la version muy antigua llamada *Itálica*, data de la época más floreciente de la lengua latina. Todo el que lea los salmos de aquélla, tales como aun se cantan por el rito ambrosiano, conocerá que el idioma del Lacio adquiere un vigor desusado, y encuentra para secundar la sublimidad de los pensamientos, la noble elevacion que debia tener en los primeros tiempos sacerdotales. Se distinguirá en él una armonia diferente de la que se busca por los prosistas en la rotundidad del periodo, y por los poetas en la imitacion de los metros griegos, pero tan grande, sin embargo, que los maestros de canto le preferian hasta al italiano (91).

---

(88) *Volo, pro legentis facilitate, abuti sermone vulgato.* Ep. ad. Fabiol.

(89) Necesario es fijar la atencion en la compuncion gramatical con que David Runkenio *(Prefacio al lexicon latino-belga* de G. Scheller, Leida, 1789) se queja del estilo de Tertuliano. «Fecit hic quod ante eum arbitror fecisse neminem. Etenim cum in aliorum vel summa infantia appareat tamen voluntas et conatus bene loquendi, hic, nescio qua ingenii perversitate, cum melioribus loqui noluit, et sibimet ipse linguam finxit, duram, horridam, latinisque inauditam ut non mirum sit per eum unum plura monstrua in linguam latinam, quam per omnes scriptores semibarbaros, esse invecta. Ecce tibi indicem atrum paucorum e multis verborum, quæ viris doctis non puduit in lexica recepisse:» Accendo *pro lanista*, captatela *pro captatio*, diminoro *pro diminuo*, extremissimus, inuxorius, irremissibilis, libidinosus gloriæ *pro cupidus gloriæ*, linguatus, multinubentia *pro polygamia*, multirorantia, noscibilis nolentia, nullificamen *pro contemptus*, obsoleto *pro obsoletum reddo*, olentia *pro odor*, pigrissimus, postumo *pro posterior sum*, polentator, recapitulo, renidentia, speciatus, templatim, temporalitas, virginor, visualitas *pro facultas videndi*, viriosus *pro viribus præstans.*

(90) Que los pretendidos solecismos de la Biblia eran efectivamente giros y frases populares, lo deduzco, y creo que con razon, del hecho de encontrarlos aun existentes en las lenguas vulgares de Italia.

Véanse ejemplos:

Mensuram bonam... *et superfluentem* dabunt *in sinum vestrum;* Luc. IV, 38. Repone in unam partem *molestissima tibi cogitamenta*, Es. XIV, 14. *Et nemo mittit vinum novum in utres veteres*, Luc. V. 37. *Populus*, suspensus erat, *audiens illum*, XIX, 48. *Quærebant*... mittere *in illum* manus; XX, 19. *Nec enim vides in faciem hominum*, Marco, XII, 14. *Non male tractaverunt illum*, Eccl. XLIX, 9. *Sed nemo* misit *super eum* manus; Juan, VII, 44. *Quasi absconditus vultus ejus et despectus, unde nec* reputabimus eum; Isai, LIII, 2. Non est dicere, *quid est hoc, aut quid est istud?* Eccl. XXXIX, 26. *In tempore redditionis* postulabis tempus; XXIX, 6. *Habebat Judam semper charum ex animo, et* erat viro inclinatus. II Macab., XIV, 24. *Ipsi... diligunt vinacia uvarum*, Osea, III, 1. *Sed rex*, accepto gustu *audaciæ Judæorum.* II Macab., XIII, 18. *Etiam rogo et te, germane* compar, *adjuva illas*, Pablo *ad Philip.*, IV, 3. *Moyses* grandis factus. Idem. *ad Hebr.*, XI, 24. *Cum...* dixerint omne malum *adversum vos*, Mat., V, 11. *Et omnes* male habentes *curavit*, VIII, 16. *Mulier, quæ sanguinis fluxum* patiebatur; IX, 20. *Corripe eum inter te et ipsum solum*, XVIII, 15. *Apud te* facis pascha; XXVI, 18 *Par turturum*, Luc., II, 24. *Spero... os ad os loqui*, II Juan, 12. *Oblatus est... et non aperuit os suum*, Isa., LIII, 7. Que son los modismos italianos «dar la bonna misura, mettere da una banda, essere inclinato ad uno, prenderci gusto, compare, diventar grande, dir tutti i male, aver male, patir un male, tra sè e lui, far pasqua, bocca a bocca, non aprir bocca, star sospeso, metter le mani adosso, non crederlo lui, etc.» Nótese tambien éste de San Lucas, VII, 40: *Simeon, habeo tibi aliquid dicere.* Es de un uso frecuente el artículo indeterminado: *Et ecce* una *mulier fragmen molæ désuper faciens. illisit capiti Abimelech*, Jueces, IX, 53. *Petrus sedébat* foris *in atrio, et accesit ad eum* una *ancilla, dicens*, Mateo, XXVI, 69. *Per diem solemnem consueverat præses populo dimiteret* unum *vinctum, quem voluisent*, XXVII, 15. *Et videns fici arborem* unam, *venid ad eam*, XXI, 19. *Interrogabo vos et ego* unum *verbum*, Marcos, XXI, 29. Unus *autem* quidam *de circunstantibus*, XIV, 47. Tal es el uso del *quia, quod*, en los casos en que los italianos emplean la conjuncion *che: Ut cognovit* quod *accubuisset in domo Pharisæi*, Luc., VII, 37. *Prædicate dicentes*, quia *appropinquavit regnum cælorum*, Mateo, X, 7. Añaden con frecuencia las preposiciones *intro* y *foris* como acostumbran hacerlo los italianos: *Ingressos intro*, Mateo, XXVI, 58. *Egressus foras*, 75. *Hypocritæ*, quia *mundatis quod* deforis *est calicis*, XXIII, 25. Aforis *quidem* paretis *hominibus justi*, 28. (Obsérvese el verbo italiano *parere* parecer). *Exeuntes foras de domo*, X, 14, pleonasmo enteramente italiano. *Et cum intrasset* in *domum*, prævenit *eum Jesus, dicens etc.*, XVII, 24.

(91) Algunos idiotismos de la Biblia se encuentran en los autores cómicos. Así, aquel *In sæculum sæculi* repetido, se halla en Plauto: *Perpetuo vivunt ab sæculo ad sæculum (Mil. glor.*, IV, II, 44).

Viderunt Ægyptii mulierem quod esset pulchra nimis (Gen., XII, 14) corresponde al modismo de Plauto: *Legiones educunt suas nimis pulchris armis præditas (Amphitr.* I, I, 63).

El *Servitutem qua servivi tibi (Gen.*, XXX, 36), al *Amanti hero servitutem servit (Aulul.*, IV, I, 6).

Esta restauracion de la lengua plebeya, esta vuelta hácia el Oriente de donde era oriunda, hubiera podido rejuvenecer la lengua latina, introduciendo en ella el vigor inspirado de las hermosas lenguas arameas, y la sencilla construccion del griego. Pero circunstancias muy violentas trastornaron la marcha de las cosas; y no era cuando el imperio se desquiciaba en la época en que debia aguardarse un renacimiento de la literatura. Sin embargo, se equivocan mucho los que atribuyen á los bárbaros invasores la mayor parte de la formacion de las lenguas derivadas del romano y llamadas romance por esta causa. Seria preciso, si se les prestase oidos, que los italianos, los galos y españoles se hubiesen puesto de acuerdo en un dia para abandonar el idioma romano y adoptar el de los bárbaros. ¿Pero con qué objeto? Los italianos no tenian que pedir á los vencedores sino misericordia; y por el contrario, los conquistadores, se veian obligados á recurrir á los vencidos para todas las necesidades de la vida. Correspondia, pues, á los bárbaros, modificar su lenguaje sobre el de las naciones entre las cuales se encontraban, y no á éstas adoptar el de los bárbaros. Es tan cierto esto, que en el italiano, sobre todo, se encuentran pocas palabras de orígen teutónico, aun cuando en general signifiquen armas ó nuevas clases de opresion: las que en pequeño número se refieren á las necesidades de la vida, tienen sus sinónimos latinos que aun viven.

El italiano no es, pues, (y se puede decir poco más ó menos otro tanto de los demás romances) más que la lengua hablada por los antiguos latinos, con las modificaciones que el curso de veinte siglos deben ocasionar necesariamente, como en cualquiera otra lengua. Se juzgará como nosotros, viendo emplear diariamente en Italia muchas espresiones que el escritor latino temia aventurar, reputándolas como anticuadas (92) ó corrompidas, pero que debian usarse por el pueblo, puesto que las vemos resucitar cuando se altera el lenguaje literario, ó deja de hacerse oir. Y como los italianos modernos no descienden de un corto número de literatos, sino de la masa de la poblacion latina, por eso las espresiones italianas del dia conservan el significado que tenian entre los latinos del bajo imperio, más bien que la que era admitida por los escritores del siglo de oro (93).

Una acta escrita en papiro, hecha en Rávena en el año 38 del reinado de Justiniano, ofrece ya gran número de modismos italianos: así por ejemplo: *Domo quæ est ad sancta Agata; intra civitate Ravenna valentes solido uno: tina clusa; buticella, orciolo, scotella, bracile, baudilos* (94). Amiano Marcelino dice que los romanos de su tiempo descansaban *in carrucis solito altioribus* (95) y hoy dia la plebe en Lombardia usa *carroccia* por carroza. La *Storia miscella* refiere que en 583, bajo el reinado del emperador Mauricio, cuando el general Comentiolo hacia la guerra á los hunos, habiendo arrojado á tierra su carga una mula, los soldados gritaron al muletero en su lenguaje nativo: *¡Torna, torna, fratre!* lo cual tomaron los otros por una órden para volver atrás, y huyeron (96). Refiere Aimoino que habiendo sido hecho prisionero el rey de ciertos bárbaros, le hizo Justiniano sentar cerca de él, y le intimó que restituyese las provincias conquistadas, y que á su respuesta, *Non dabo*, el emperador replicó *Darás;* forma romance del verbo *dar* en el futuro (97).

De esta manera es como la lengua latina se acercaba al idioma moderno; pero no dejaba de ser hablada en España, en la Helvecia romana y en la Galia Meridional (98). Los códigos bárbaros, como ya lo hemos dicho, están redactados en esta lengua, y con este motivo añaden el sinónimo vulgar á la espresion latina (99). Con mayor razon

---

El *Ignoro vos (Deut.*, XXXIII, 9), al *Ne tu me ignores (Cartiv.*, II, III, 74,.

El *Feci omnia verba hæc* (III *Reg.*, XVIII, 36), al *Feci ego isthæc dicta quæ vos dicitis (Casina*, V, últ. 17).

Bonum est confidere in Domino quam confidere in homine, dice el salmo CXVII, 8; y Plauto *Tacita bona est mulier semper quam loquens (Rudent.*, IV, IV, 70).

El *Miscuit vinum* de los Proverbios (IX, 2), está apoyado por el *Commisce mustum* de la *Persa*, I, III, 7.

El *Tibi dico surge* de San Marcos (V 41), por el *Heus tu, tibi dico, mulier* del *Pœnul.*, V, V, 26.

El *Dispersit superbos mente cordis sui (Luc.*, I, 51), por el *Pavor territat mentem animi (Epidi).*, IV, I, 4).

Véase á DON MARTIN, *Explicacion de varios textos difíciles de la Sagrada Escritura*.

(92) Ya hemos visto en otra parte que los escritores clásicos habian abandonado las palabras *clostrum, coda, volgus, magester, audibam, caldus, repostus, cordolium, bulga, mantellum, subulo*, y *finis* y *frons* en el femenino, palabras todas que se acercan al italiano.

(93) Basta para convencerse dirigir una mirada sobre las notas precedentes.

(94) Puede verse al fin de la *Diplomática de* MABILLON y en el TERRASON, *Hist. de la jurispr. rom.* Véase tambien á FRANCISCO MANDEO, *Hist. de la lengua romana*. Paris. 1840.

(95) Lib. XIV, 6, 9 10.

(96) Τῇ πατρόα φονῇ, τόρνα τόρνα φράτρε, TEOFANES *Chronogr.*, fol. 218, y TEOFILACTO, *Hist.*, II, 15:, Ἐπιχορίῳ τε γλόττῃ,.. ἄλλος ῥετόρνα.

(97) *Cui ille*, non *(inquit)* dabo. *Ad hæc Justinianus respondit*, daras. L. II, 5. En una piedra tiburtina cerca de Sanzi se lee *Dono, dedro*, y en Festo se indica *danunt* por *dant*.

(98) Cuando Clotario II venció á los sajones en 622, se compuso una cancion que, destinada al vulgo, prueba que se hablaba latín en Francia:

«De Clotario est canere, rege Francorum,
Qui ivit pugnare cum gente Saxonum;
Quam graviter provenisset missis Saxonum,
Si non fuisset inclytus Faro de gente Burgundionum.»

(99) Esto es muy frecuente en el código longobardo: y sin hablar de las palabras que esplican términos enteramente bárbaros, se lee en ellos: *Barbam quod est patruus* (Rot., 1, 164); *novercam, idest matriniam* (idem, 185); *privig-*

debian hacer esto, y permitirse locuciones populares los toscos escritores que redactaban cartas y crónicas, y el historiador más importante de aquella época, obispo y cortesano, declara que ha empleado el femenino por el masculino, que ha alterado el régimen de las preposiciones (100), y cometido otros solecismos semejantes; tan poca vergüenza causaba el no saber la lengua más que para el uso. Cuando hayamos llegado al tiempo en que los nuevos idiomas se formaron y adquirieron estabilidad buscaremos en aquellos escritores el orígen del italiano, ó para expresarnos con más exactitud la progresiva trasformacion del habla antigua de la moderna.

---

num, *idest filiastrum* (idem), *strigam*, *quod est mascam* (idem 197), *si quis palum*, *quod est caratium*, *de vite tulerit* (idem 298); *cerrum*, *quod est modo laiscum*, ó *hiscum* (idem, 305).

(100) «Sæpius pro masculinis fœminea, pro fœmineis neutra, et pro neutris masculina commutas, ipsasque præpositiones loco debito plerumque non locas, nam pro ablativis accusativa, et rursum pro accusativis ablativa ponis.» GREG. DE TOURS.

CAPÍTULO XX

LITERATURA LATINA.

Reducida únicamente la literatura profana á repetir lo que ya se habia dicho, se estinguió enteramente á la llegada de los bárbaros: salvo algunas raras escepciones en Italia, estudiaban y escribian los clérigos tan solo y casi esclusivamente sobre materias religiosas. Propendiendo la Iglesia á destruir el paganismo, debió desde muy luego tomarle sus armas, y no admitir en su gerarquia más que á los que tenian conocimiento de las verdades capitales. Tuvo, pues, que establecer escuelas en todas partes, cerca de los palacios episcopales, en los conventos, en los campos, donde nunca se habia pensado llevar la educacion hasta entonces, concerniendo las instituciones de los antiguos únicamente á las ciudades. Habia en el convento fundado en Arlés por San Cesareo doscientos religiosos, cuya ocupacion principal era copiar libros (526). Eran las escuelas morales ó catequistas planteles de buenos sacerdotes para las predicaciones y para las misiones; pero además de la ciencia de Dios, se les daba á lo menos una tintura de las letras griegas, latinas y orientales, hasta el punto que les era necesario para hablar á los pueblos á donde debian trasladarse y para conocer sus leyes y costumbres.

Cuando las asignaciones de los profesores cesaron con el antiguo gobierno, no quedaron más que las escuelas cristianas y se cerraron todas las demás. Sin embargo, las escuelas episcopales ó catedrales instituidas por los obispos se hicieron cada vez más estériles, y las de las parroquias cayeron bajo la direccion de personas pobres de caridad y de ciencia; pero se continuó en los conventos de buena voluntad la tarea de la instruccion primaria y de los estudios elevados, que dieron nacimiento á la nueva filosofia, harto infamada por espíritus preocupados bajo el nombre de escolástica. Entre las escuelas que se hicieron especialmente célebres, fuerza es citar en Francia las de Reims, Tours, Clermont, Lerins y Paris; en Italia las del Monte Casino y Bobbio; las de Cantorbery, de York, de Wetsminster, de Armagh y de Cloghar en Inglaterra; las de Irlanda, de donde salieron apóstoles fervorosos: por último, en Germania, las de Salzburgo, de Ratisbona, de Hersfeld, de Corvey, Fulda y San Blasiano. El concilio de Vaison (529) ordenó á los párrocos que tuvieran en sus casas jóvenes á quienes educar en los estudios convenientes para el servicio de la Iglesia, «segun el saludable uso seguido en toda Italia.»

Una vez vinculada la enseñanza en manos del clero, era natural que se adhiriera completamente á la ciencia divina, esplicando las máximas eternas ó comentando los libros sagrados con ayuda de la historia, de la filosofia, de la alegoria y de la moral. No es esto un sencillo deseo de goces intelectuales, una idolatria de lo bello, influyendo en la sociedad solo accidentalmente, sino las ciencias y las letras dirigiéndose hácia el objeto práctico de gobernar á los hombres, de determinar las creencias, de reformar las costumbres.

No habia pues literatura, como se entiende comunmente; pero esa porcion de escritos de circunstancias, discusiones teológicas, homilias, exhortaciones y comentarios que nos quedan y atestiguan la existencia de mayor número, que se han perdido ó están inéditos, da un mentís á los que creen que la actividad de los espíritus habia cesado, y repiten de contínuo que la fé habia restringido el campo del pensamiento. Al revés, los hombres de fé proseguian con ardor el órden de ideas adecuadas á constituir la sociedad nueva, y á insinuar en los espíritus juveniles y exentos de corrupcion las únicas creencias que podian dulcificar su feroz índole. Todas las semanas predicaban los obispos:

iban los misioneros á sembrar la verdad fuera, después de haberse ejercitado ellos mismos en conocerla bastante á fondo, para encontrarse en disposicion de rechazar las objeciones: alimentaban los papas la llama de la sabiduria, y de muchos de ellos nos han quedado cartas llenas de erudicion eclesiástica.

Aunque Teodorico creyó que las letras eran corruptoras hasta el punto de prohibirlas á sus godos, las favoreció entre los romanos, instituyó la dignidad de conde de los arquiatros, y ocupó sus escasísimos ocios en oir á Casiodoro discutir sobre física. Este último habla de tres profesores, uno de gramática, otro de retórica y el tercero de derecho (1), que esplicaban en el Capitolio; quizá eran los únicos que allí se contaran, aunque Teodosio el Jóven estableció tres retóricos y diez gramáticos latinos, cinco sofistas y diez gramáticos griegos, un profesor de filosofia y dos de derecho. Ennodio encomia la prosperidad de las escuelas milanesas bajo Teodorico, y habla de los escelentes talentos que producia la Liguria, hasta el estremo de decirse proverbialmente (2) que aun nacian allí Cicerones. Pero los demás reyes bárbaros nada ó casi nada hicieron en favor de los estudios; y á lo sumo se puede citar la acogida hecha por los merovingios al poeta Venancio Fortunato, así como el baston de oro y plata que el longobardo Cuniberto regaló al gramático Félix (3).

Casiodoro, 480-575?—Aurelio Casiodoro, natural de Esquilache, hijo de una benemérita familia, fué nombrado por Odoacro conde de las cosas privadas y de las sagradas larguezas: siendo después secretario de Teodorico, en cuyo nombre y en el de sus sucesores estendió rescriptos y ordenanzas publicadas con el título de *Variorum libri XII*. Hállanse reunidas en los cinco primeros libros las promulgadas en nombre de Teodorico; hay en seguida dos libros de fórmulas ó de diplomas concernientes á los diversos cargos civiles y militares; después tres que contienen las cartas de los sucesores de Teodorico; y por último otros dos en que se encuentran las ordenanzas emanadas del mismo Casiodoro, como prefecto del pretorio. Puede perdonarse la dureza del estilo, el énfasis perpétuo, la necesidad de hacer ostentacion de talento, de retórica y de erudicion, á causa del interés que inspira esta lectura, único monumento de la historia italiana de aquella época, siendo verdaderamente admirable en aquel tiempo la tolerancia religiosa que profesa el escritor. En nombre del rey Teodato, dice al emperador Justiniano: «Puesto que Dios permite que haya muchas religiones, no nos atrevemos á cargar con la responsabilidad de proscribir ninguna de ellas; pues nos acordamos de haber leido que es preciso servir á Dios voluntariamente y no por órden de los superiores» (4). Cuando vió venir á tierra el trono de que habia sido tan firme apoyo, se refugió en el monasterio Vivaries, donde consagró el resto de su vida á ejercicios de piedad y al estudio.

Quiso que aquellos de sus monjes que tenian poca aptitud para las letras, se dedicasen á trabajos manuales, especialmente al cultivo de las tierras y á las tareas de la economia rural, lo que segun su opinion, es un beneficio no solo para los que se ocupan de ello, sino que proporciona además los medios de socorrer á los pobres y á los enfermos. Dedicábanse en las horas de reposo á copiar libros, con cuyo motivo Casiodoro, ya de edad de noventa y tres años, escribió reglas de ortografia. Resolvió en el libro *De anima*, doce cuestiones propuestas por sus amigos cuando aun se hallaba en el siglo. Su esposicion de los Salmos, es un estracto de San Agustin y de los demás Padres. Compuso asi mismo una crónica desde la época del Diluvio hasta el año de 519, que proporciona algunos datos sobre el siglo en que vivia, aunque ninguno respecto de los tiempos anteriores. Su historia de los godos, en doce tomos, de la que no tenemos más conocimiento que el que arroja de sí el estracto de Jornandes, debe sentirse muy especialmente. Viendo Casiodoro con pena las ciencias profanas *pomposamente enseñadas*, á la par que faltaban maestros para las ciencias divinas, y no pudiendo el papa Agapito, á quien se habia quejado de ello, hacer lo que deseaba en medio de las agitaciones de Italia, procuró aquél remediar el daño con la publicacion de un curso elemental de las ciencias propias al cristiano. Quiere que se empiece por aprender de memoria la Sagrada Escritura, y con mucha especialidad los salmos: luego que se estudie á los Padres y á los intérpretes sagrados; que no sea ninguno estraño á la historia de la Iglesia y de los concilios; que se agregue á esto la cosmogonia, la geografia y el estudio de los autores profanos con la discrecion de que hicieron uso los Padres de la Iglesia (5). En su concepto consisten las ciencias, unas en la observacion, otras en el conocimiento, otras en la apreciacion de las cosas, es decir, son contemplativas ó prácticas. Clasifica entre las primeras el arte de bien decir, comprendiendo la retórica y la dialéctica, luego la aritmética, la geometria, la astronomia y la música (6).

---

(1) Carta de 533.

(2) Este proverbio se cita en la carta de Alarico á Arator.

(3) Pablo Diácono, VI, 7, 8.

(4) *Var.*, X, 26.

(5) De institutione divinarum litterarum. De artibus ac disciplinis liberalium artium.

(6) Son los ciencias que formaban el trivio y el cuadrivio, segun la distribucion de Marciano Capella, y fueron enumeradas en este dístico bárbaro:

Gram. *loquitur:* dia. *vera docet;* ret.: *verba colorat.*
Mus. *canit;* arit. *numerat:* geo. *ponderat;* ast.: *colit astra.*

Este método enciclopédico desenvuelto por él, á ejemplo de Marciano Capella, hizo sustituir pobres compilaciones al estudio directo de los grandes modelos; pero quizás ni él ni sus más insignes contemporáneos tenian conocimiento de ellos más que por los compendiadores de los siglos IV y V, porque los tratados oratorios de Ciceron y de Quintiliano parecen á Isidoro de Sevilla demasiado largos para ser leidos. Las ciencias de que habla, no están más que indicadas en el tratado de Casiodoro: allí ocupa la aritmética dos hojas á lo sumo, sin ninguna aplicacion de las reglas comunes, á la par que se hallan sutilezas absurdas sobre las virtudes de los números. Suministróle la geometria, que ocupa igual estension, algunas definiciones y un corto número de axiomas. En la gramática y en la retórica todo es lacónico y poco concluyente. La lógica es algo más estensa y razonada. Trata especialmente de la música, y debia ser cultivada en la corte de Teodorico, puesto que Boecio escribió tambien sobre este arte, y que el rey Clotario pidió á aquel príncipe un músico para acompañar el canto con un instrumento.

Boecio, 470-524.— Severino Boecio nació en Roma poco antes de que la antigua capital del mundo hubiera perdido la dominacion del Occidente. Su padre, que habia desempeñado las primeras dignidades, le envió de edad de diez años á aprender las letras griegas á Atenas, donde permaneció diez y ocho. Tradujo allí diferentes obras de Tolomeo, Nicomaco, Euclides, Platon, Arquímedes y algunos tratados de Aristóteles. Sus comentarios sobre estos tratados vinieron á ser las reglas de la Edad Media (7) y divulgaron en Italia el conocimiento de las obras del Estagirita, cuyo método empleó para tratar de la unidad y de la trinidad divina. Habiendo regresado á su patria se grangeó la voluntad de Teodorico, quien le elevó á la dignidad consular, llamándole á los empleos de confianza. Le ha absuelto la posteridad del crímen de traicion, como lo hará siempre respecto de todo hombre condenado sin juicio.

Encerrado en una cárcel escribió *Del consuelo de la filosofía*, diálogo en prosa y verso, con variedad de metros. Aparecíase la Filosofía al autor, á quien consuela, enseñándole que Dios rige el mundo con designios de alta sabiduria, para un débil mortal incomprensibles; no hay, pues, que lamentarse de la inconstancia de la fortuna, que solo puede dispensar bienes fútiles y perecederos; ni aun se puede llamar con justicia males á lo que de Dios se deriva; solo la virtud es la que proporciona ventura. Termina con diferentes consideraciones sobre la casualidad, sobre la Providencia y sobre el modo de conciliar ésta con la existencia de los males. Ecléctico más que católico al tratar esta cuestion, la más difícil de todas, deja, no obstante, muy atrás todas las obras de su tiempo, y acredita un conocimiento perfecto de los mejores modelos de la antigüedad.

Su prosa, conmunmente suelta, aunque á veces áspera y bárbara, cede la superioridad á su poesia, fácil, rica, de nobles imágenes, en que respira melancólica armonia (8) y en la cual ensayó algunos metros y combinaciones de que los clásicos no habian hecho uso (9).

Ennodio, 473-521.—Citaremos muy por debajo de él á Ennodio, obispo de Pavia, quien escribió exhortaciones escolásticas, y de otra clase, tomando por modelo las declamaciones antiguas. Tam-

---

Menos toscamente las comprendió el Ostiense. *Summ. litt. de magistris.*

Gramática.	Quidquid agunt artes, ego semper prædico partes.
Dialéctica.	Me sine doctores frustra coluere sorores.
Retórica.	Est mihi dicendi ratio cum flore loquendi.
Música.	Invenere locum per me modulamina vocum.
Geometria.	Rerum mensuras et rerum signo figuras.
Aritmética.	Explico per numerum quid sit proportio rerum.
Astronomia.	Astra viasque poli vindico mihi soli.

(7) Hé aquí su definicion de la filosofia: «Est sapientia rerum quæ sunt comprehensio.» *Aritm.* I, 1.

(8) «Carmina qui quondam studio florente peregi
Flebis, heu! mæstos cogor inire modos
Ecce mihi laceræ dictant scribenda Camenæ,
Et vivis elegi fletibus ora rigant.
Has saltem nullus potuit pervincere terror,
Ne nostrum comites prosequerentur iter.
Gloria felicis olim viridisque juventæ
Solatur mæsti nunc mea fata senis.
Venit enim properata malis inopina senectus,
Et dolor ætatem jussit inesse suam.
Intempestivi funduntur vertice crines
Et tremit effæto corpore laxa cutis.
Mors hominum felix, quæ se nec, dulcibus annis.
Inserit et mæstis sæpe vocant venit.
Eheu, quam surda miseros avertitur aure,
Et flentes oculos claudere sæva negat!
Dum levibus malafida bonis fortuna faveret,
Pœne caput tristis merserat hora meum.
Nunc quia fallacem mutavit nubila vultum,
Protrahit ingratas impia vita moras,
Quid me felicem toties jactatis amici?
Qui cecidit, stabili non erat ille gradu.»

(9) Hizo composiciones enteras en versos adónicos, de que no se servian los antiguos más que para terminar la estrofa de la oda sáfica:

«Nubibus atris
Candida nullum
Fundere possunt
Sidera lumen.
Si mare volvens
Turbidus auster
Misceat æstum,
Sæpe resistit
Rupe soluti.
Obice saxi, etc.»

Esta otra combinacion es tambien nueva:

«Quid tantos juvat excitare motus,
Et propria fatum sollicitare manu?
Si mortem petitis, propinqua ipsa
Sponte sua volucres nec remorator equos, etc.»

bien poseemos algunas cartas suyas sobre materias eclesiásticas, la vida de San Epifanio, la de San Antonio de Lerins, y el panegírico tan oscuro como ampuloso de Teodorico, sin hablar de un corto número de epitafios y de epígramas (10).

Rústico Elpidio, médico de Teodorico, ha dejado un poema sobre los beneficios de Cristo.

Maximiano.—De Cornelio Maximiano, etrusco, lo cual equivalia entonces á italiano, nos quedan algunos idilios, de cuyo texto resulta que se habia educado en ejercicios gimnásticos y en la elocuencia: quizá fué uno de los embajadores enviados por Teodorico al emperador Anastasio cuando queria hacerse reconocer como rey de Italia. Enamoróse en Constantinopla de una joven, y su edad ya madura dió márgen á los infortunios de que se lamenta en su primera égloga (11). Entre muchos lunares hay imágenes tan graciosas y pasajes tan perfectamente imitados de los antiguos, que sus églogas fueron atribuidas por largo tiempo á Cornelio Galo, amigo de Virgilio.

Cuéntasele entre los doce poetas *escolásticos*, de quienes quedan ejercicios ó especies de certámenes difíciles (12), como por ejemplo, veinte y cuatro epitafios para Ciceron, doce espresados en tres dísticos y otros tantos en dos solamente, siendo todos variaciones obligadas del *Mantua me genuit*: otros doce para Virgilio en otros tantos dísticos; los argumentos de los cantos de la Eneida, cada uno en cinco versos y obra de un poeta diferente; doce exámetros sobre los juegos de azar *(De Ratione tabulæ)*; veinte y cuatro dísticos sobre la salida del sol; cuarenta y ocho dísticos sobre las cuatro estaciones, tomando por modelo el de Ovidio, *Verque novum stabat*; doce sobre un rio helado; bagatelas artificiosas.

Arator, 490?-556.—El ligurio Arator, probablemente natural de Milan, donde se educó de seguro, siguió la carrera de la abogacia: después fué diputado por los dálmatas á Teodorico, luego conde de los domésticos en la corte de Atalarico; y libre por último del pesado cargo de los negocios, vino á ser subdiácono de la Iglesia de Roma. Tradujo en dos libros de exámetros las actas de los Apóstoles (13).

V. Fortunato, 609.—A todos los que acabamos de nombrar sobrepujó Venancio Honorio Clemen-

---

(10) En San Miguel de Pavia existe su epitafio: dice así:

«Ennodius vatis lucis rediturus in ortu
Hoc posuit tumulo corporis exuvias.
Clarus prole quidem generosior ipse propinquis
Quos functus laudum jussit habere diem.
Reddidit hos cœlo vivacibus ille figuris
Cum fecit famæ vivere conloquiis.
Quid mirum si morte caret post busta superstis
Qui consanguineos restituit superis?
Quantus iste foret mundi celebratur in ortu,
Nec silet occidui cardinis oceanus.
Scismata conjunxit dudum discordia legi,
Atque fidem Petri reddidit ecclesiis.
Pollens eloquio doctrinæ nobilis arte
Restituit Christo innumeros populos.
Largus vel sapiens dispensatorque benignus,
Divitias credens quas dedit esse suas
Templa Deo faciens hymnis decoravit et auro,
Et paries functi dogmata nunc loquitur.
Depositus sub d. XVI kal. augustas
Valerio V. C. consule.»

Algunos restos menos malos de poesia pudieran entresacarse de las lápidas funerarias que se encuentran en Italia, como sucede con el siguiente epitafio del obispo de Gaeta, que se lee en la catedral de esta ciudad, y pertenece al año 530.

«Pande tuas, Paradise, fores sedemque beatam,
Andreæ meritum suscipe pontificis.
Cultor justitiæ, doctrinæ et pacis amator.
Quem vocat ad summum vita beata bonum.
Plenus amore Dei, nescivit vivere mundo,
Et famulo Christi gloria Christus erat.
Quæ meditata fides et credita semper inhæsit,
Hæc te usque ad cœlos et super astra tulit.
Numquam de manibus tibi lex divina recessit,
Eloquium Domini vixit in ore tuo.
Romanamque prius decoravit presbyter urbem,
Culminis auctus honor hic dedit esse patrem.
Districtus, sub jure pio et moderamine certo
Utque bonus pastor rexit ab orbe gregem.
Hospitibus gratus, se ipsum donavit egenis,
Illos eloquio, hos satiabat ope.
Præsule sub tanto florens Ecclesia mater
Crevit muneribus, crevit et officiis.»

(11) *Nugæ maximianæ*, ó *De incommodis senectutis.*

(12) Los otros once son: Asclepiades, Asmeno, Basilio, Euforbio, Eustenio, Ilasio, Juliano, Paladio, Pompeyo, Vital, Vomano.

Nos parece digno de citar este epígrama de Basilio:

«Nec Veneris; nec tu vini capiaris amore,
Uno namque modo vina Venusque nocent.
Ut Venus enervat vires, sic copia vini
Et tentat gressus, debilitatque pedes.
Multos sævus Amor cogit secreta fateri:
Arcanum demens detegit ebrietas.
Bellum sæpe parit ferus exitiale Cupido:
Sœpe manus itidem Bacchus ad arma movet.
Perdidit horrendo Trojam Venus improba bello;
At Lapithas bello perdis, Iacche, gravi.
Denique cum mentes hominum furiavit uterque,
Et pudor et probitas, et metus omnis abest.
Compedibus Venerem, vinclis constringe Lyœum,
Ne te muneribus lœdat uterque suis.
Vina sitim sedent, natis Venus alma creandis
Serviat: hos fines transiluisse nocet.»

(13) He aquí una muestra:

«Primus apostolico parva de puppe vocatus
Agmine Petrus erat, quo piscatore solebat
Squamea turba capi, subito de littore visus
Dum trahit, ipse trahi meruit: piscatio Christi
Discipulum dignata rapit, qui retia laxet
Humanum captura genus; quæ gesserat hamum
Ad clavim translata manus; quique œquoris imi
Ardebat madidas ad littora vertere prædas,
Et spoliis implere ratem melioribus undis,
Nunc alia de parte levat: nec deserit artem
Per latices sua lucra sequens, cui tradidit agnas

ciano Fortunato, trevisano de Valdobiadena, (14), que estudió en Rávena gramática y el arte poética (15) sin ocuparse de filosofia ni de literatura sagrada. Una enfermedad de los ojos le hizo recurrir al aceite de una lámpara encendida delante del altar de San Martin, y como sanara de resultas, se encaminó á Tours con el fin de venerar el sepulcro del bienaventurado (565). Benévolamente acogido en aquella ciudad por Sigeberto, que iba á unirse á Brunequilda, les dedicó epitalamios y alabanzas. Posteriormente fué confidente y capellan de Radegunda de Turingia (16). Elevado al obispado de Poitiers sostuvo correspondencia con los personajes más insignes de aquel tiempo. Escribió siete vidas de santos y puso en versos exámetros la de San Martin, escrita por Sulpicio Severo; obra ejecutada tambien por Paulino de Perigueux (*Petrocoro*). Ha dejado cartas teológicas en prosa y doscientas cuarenta y nueve composiciones en diferentes metros sobre la ereccion ó consagracion de las iglesias: algunas de ellas están bajo el nombre de Gregorio de Tours ó le son dirigidas, así como á otras personas: su poesia es frívola amenudo y de alegre colorido, en medio de la inmensa gravedad é impotencia de la época. Pasa por autor del símbolo de San Anastasio, del cual dió una esplicacion (17). Sus himnos son buenos si se atiende al tiempo en que fueron escritos: tienen armonia, imaginacion, movimiento, á la par que deslucen su prosa antítesis y cadencias rimadas. Cuando Radegunda obtuvo del emperador Justino un pedazo de la verdadera cruz, compuso el *Vexilla regis prodeunt* y una elegia en forma de cruz que empieza de este modo: *Crux mihi certa salus, crux est quam semper adoro.*

Estas dificultades inútiles y desagradables se introducian con frecuencia para suplir la falta de correccion y de elegancia. De aquí los anagramas (18), y otras combinaciones ingeniosas; de aquí tambien el uso de la rima, ya digno de notarse en un epígrama del papa Dámaso. Con la armonia de las cadencias halagaba al oido no acostumbrado ya á reconocer la medida exacta de cada sílaba. De esta suerte trasformándose la poesia, se hacia poco á poco rítmica de métrica que era.

Poseemos más de ochenta epígramas de un tal Luxorio que vivia en Africa en tiempo del vándalo Trasamundo, bajo el cual florecia Flavio Felix. Atribúyese á Remnio Fannio tres poemas, debidos quizá al gramático Prisciano, uno sobre los pesos y medidas, otro sobre los astros: el tercero sobre la geografia para uso de los jóvenes, es una traduccion clara y sencilla del *Itinerario* de Dionisio de Carace; solo que á las ideas paganas del autor sustituyó ideas cristianas, tomando de Solino los conocimientos que venian bien á su objeto. Del africano Flavio Cresconio Corippo queda el elogio del emperador Justino en cuatro cantos, manifestándonos su texto hasta donde puede humillarse la lisonja. A pesar de todo nos ha conservado ciertas particularidades sobre las costumbres y ce-

---

Quas passus salvavit oves, totumque per orbem
Hoc auget pastore gregem. Quo munere summus
Surgit, et insinuans divina negotia, coram
Sic venerandus ait; Nostis quam proditor amens
Mercedem sceleris solvit sibi etc.»

(14) «Per Cenetam gradiens, et amicos duplavicenses,
Qua natale solum est mihi.» *Vida de San Martin*, IV.

(15) «Ast ego sensus inops, *italæ* quota portio *linguæ*.
Fæce gravis, sermone levis, ratione pigrescens,
Mente hebes, arte carens, usu rudis, ore nec expers,
Parvula grammaticæ lambens refluamina guttæ
Rhetoricæ exiguum prælibans gurgitis haustum,
Cote ex juridica cui vix rubigo recessit,
Quæ prius addidici dediscens, et cui tantum
Artibus ex illis odor est in naribus istis». Idem, I.

Copiamos estos versos tanto como muestra de su mérito poético, como para indicar la clase de estudios que se seguian entonces: tambien para hacer ver la primera mencion que conocemos de la *lengua italiana*, aunque se deba entender aquí por lengua latina.

(16) Véase antes pág. 126.

(17) Quesnel *(diss.* XVI) la atribuia á Virgilio, último obispo católico de Tapso, impugnador de los arrianos y de los monosofistas, que publicó muchas obras bajo el nombre de otros, lo cual engañó á muchos.

(18) Omitiendo citar los anagramas que pueden leerse en los libros, copiamos el siguiente epitafio que existe en la catedral de Vercelli y corresponde al siglo IV ó V:

«Limine virgineo hic splendida membra quiescunt,
Insignes animas castis velamine sacro
Crinibus imposito cœlum petiere sorores,
Innocuæ vitæ meritis operumque bonorum
Noxia vincentes, Christo juvante, venena
Invisi anguis palmam tenuere perennem
Aspide calcato, sponsi virtute triumphant.

Lætanturque simul pacatæ in secula missæ,
Evictis carnis vitiis sævoque dracone
Obluctante diu subigunt durissima bella,
Nam cunctis exuta malis, hic corpora condunt.
Tantus amor tenuit semper sub luce sacratus
Jungeret ut tumulo sanctarum membra sororum,
Alvus quas matris mundo emiserat una.

Floribus et variis operum gemmisque nitentes.
Lucis perpetuæ magno potiuntur honore
Adventum sponsi nunc præstolari jubentur
Veste sacra domino comptæ domante beatæ
Immortale Deus numerosa prole parentes
Aeterno regi fidem pietate sacrarunt.

Ad cœlum mittet pariter domus una sepulcri
Mirifico genitrix fœtu, quæ quatour agnas
Protulit electas, claris quæ quatour astris
Emicuit, casto dono comitante, Maria
Lætatur gaudens germanis septa puellis.
Ingressæ templum Domini, venerabile munus
Accipiunt duros quoniam vicere labores.

Nomina sanctarum, lector, si forte requiris
Ex omni versu te littera prima docebit.
Hunc posuit titulum neptis Taurina sacratum.»

remonias de aquel tiempo, como las exequias de un emperador y la instalacion de un nuevo augusto ó de un cónsul.

A esta época pertenece así mismo un poema sobre la espedicion de Atila y sobre las hazañas de Gualtero príncipe de los aquitanios; descubierto medio siglo hace, obra en que se pueden encontrar muchos pormenores descuidados por la historia: su estilo es flojo, aunque el autor parece nutrido con la lectura de los mejores escritores, y especialmente de Virgilio. Siguiendo las huellas de éste Euqueria, pedida en matrimonio por un esclavo, manifiesta su indignacion en treinta y dos elegias, glosando ó desmenuzando los versos que siguen al vigésimo séptimo de la égloga octava del gran poeta de Mántua. Giro más suelto tienen los versos del *commonitorium fidelium* de San Orienzo, obispo de Iliberis: lo mismo acontece con sus exámetros sobre el nacimiento de Cristo y con muchos himnos.

Avito, -527?—Alcimo Ecdicio Avito, natural de aquella Auvernia que era la flor de la Galia, sucedió á su padre en el arzobispado de Vienne (490), y se mostró celosísimo en el santo ministerio, especialmente resistiendo con dignidad á los borgoñones arrianos, dominadores del Delfinado. De sus numerosos escritos nos quedan unas cien cartas sobre los sucesos de la época, y seis poemas. Podrian pasar los tres primeros por cantos de una misma epopeya. Contiene la relacion todo lo acontecido desde el primer instante de la creacion hasta aquel en que nuestros primeros padres son arrojados del Paraiso: «Caen juntos sobre la tierra; entran en el desierto mundo, y dirigen aquí y allí su rápida carrera. Sonrie el mundo adornado con toda clase de árboles y de verdura, de frescas praderas, de arroyos y de rios; y sin embargo, ¡cuán vil parece comparado á tí ¡oh Paraiso! ¡Qué horror esperimentan hacia él, y como se conduelen de lo que han perdido! Es estrecha para ellos la tierra: no descubren su término, y no obstante se sienten estrechos y gimen. Oscuro es el dia á sus ojos, y bajo el esplendor del sol se lamentan de que la luz ha desaparecido.» (19) Precedió, pues, á Milton, quien le copió algunas de las ideas con que hermoseara la cuna de la humanidad. Pero las bellezas pertenecen á quien sabe servirse de ellas, así como la lira no es del que la ha comprado, sino del que sabe sacar de ella armoniosos sonidos.

San Fulgencio, 468-533. — Podríamos empezar por Avito una larga série de escritores eclesiásticos, obispos y santos, muy notables ciertamente por la piedad de sus obras y por el fervor de su celo, si bien no carecen de algun mérito literario. Fabio Claudio Fulgencio, obispo de Ruspa, en Africa, es llamado por Bossuet el más insigne teólogo y el más eminente santo de su tiempo. Su madre, mujer religiosa en estremo, quiso que antes de que se aplicara al estudio de la lengua latina, aprendiera de memoria todo Homero y parte de Menandro. Él se vanagloriaba de ser discípulo de San Agustin; pero aunque sus obras tengan más claridad y órden que las de sus contemporáneos, es inferior á ellos y á sus antiguos compatriotas en estilo, como á Tertuliano en energia, y en facilidad á Cipriano. En general se muestra más teólogo que orador. Hallándose en la córte de Teodorico, á quien veia rodeado con todo el brillo de la real magnificencia, dió tregua á su admiracion para esclamar de este modo: «Si tanta pompa rodea á los reyes de la tierra, imaginad cual debe ser la de la Jerusalen celeste. Y si los hombres, solo capaces de la vanidad, van revestidos con tantos honores, ¡de cuánta ventura y gloria disfrutarán en el seno de la verdad los bienaventurados!» Cuando el arriano Trasamundo, rey de los vándalos, se puso á perseguir á los católicos, desterró á Fulgencio á la Libia con sesenta obispos, entre los cuales gozaba de la principal autoridad, aunque era el de menos años, y se le consultaba desde los más distantes paises (533).

De San Remigio (-490), arzobispo de Reims, célebre por haber bautizado á Clodoveo, poseemos cuatro cartas y su testamento. El armoricano Fausto, abad de Lerins, luego obispo de Riez, desterrado por el visogodo Eurico por haber escrito contra los arrianos, trató de la gracia y del libre albedrío, mostrando alguna inclinacion á las ideas de los pelagianos.

San Cesáreo, 470-542.—San Cesáreo, arzobispo de Arlés, uno de los más ardientes promovedores del monaquismo en Occidente, nació en Chalons, ciudad situada á orillas del Saona, de una familia ilustre por la sangre y por la piedad. Estudió en la abadia de Lerins, que ya hemos citado muchas veces, calificándola de asilo de la sabiduria, de la caridad, de la fe, y de cuanto consuela, atrae y regenera á la humanidad. Debilitado por la predicacion se dirigió á Arlés á fin de restablecerse: allí fué proclamado obispo y presidió los concilios de Agde, de Arlés, de Carpentras y de Orange. Hízose sospechoso á los ojos de Alarico, rey de los visogodos, después á los del ostrogodo Teodorico, suponiéndole la intencion de entregar la Provenza á los borgoñones. El primero le envió á un destierro, el otro hizo que se le presentáran encadenado en Rávena; pero conmovido á consecuencia de su majestuoso continente y de su im-

(19) Eva exorta á Adan á comer del fruto del árbol prohibido con los siguientes versos:

«Sume cibum dulcis vitalis ex germine conjux,
Quod similem summo faciet te forte tonanti
Numinibusque parem. Non hoc tibi nescia donum,
Sed jam docta fero. Primus mea viscera gustus,
Attigit, audaci dissolvens pacta periclo.
Crede libens, mentem scelus est dubitasse virilem
Quod mulier potui. Præcedere forte timebas,
Saltem consequere, atque animos attolle jacentes.
Lumina cur flectis? cur prospera vota moraris?
Venturoque diu tempus furaris honori?»

pavidez le dió libertad y le regaló una copa de oro, de peso de sesenta libras con sesenta monedas de oro, que empleó el santo en rescatar prisioneros. Nos quedan ciento treinta sermones suyos, que, destinados á hombres rudos, abundan en antítesis y en símiles sacados de la vida doméstica. No habiéndose educado en escuelas en que el cristianismo tomaba cierto tinte pagano, estraño á las letras profanas, se muestra por esta razon más apostólico y sencillo: se dirige á los sentimientos naturales del alma, es todo amor y amigo del pueblo á quien habla.

Los únicos monumentos que nos quedan de la borrascosa actividad de San Columbano son la regla que impuso á sus religiosos y diez y seis instrucciones ó sermones llenos de imaginacion y de fuego. Pero se nota en ellos una rigidez que no transige con nada, y una insistencia que se tomaria casi por pasion. Las homilias que nos han sido trasmitidas de Lorenzo, obispo de Novara ó de Navarra, justifican poco el título de meloso y dulce con que se le distinguia.

Historiadores.—Esceptuando á Marcelino, conde de la Iliria y autor de una crónica, que empezando en tiempo de Valente alcanza hasta el año de 534, solo en el clero es donde hay que buscar á los historiadores, en pequeño número é insuficientes, de aquel período. Escribió Víctor, obispo de Vita, en Constantinopla, donde se hallaba desterrado por un motivo de fé, la historia de la persecucion vándala en 487. El sabio Gildas, apellidado Badónico, por haber nacido en el año en que los sajones fueron derrotados en Bath por los ingleses (490), era oriundo de Calcedonia: habiéndose ordenado, se trasladó á Bretaña, fundando allí el monasterio de Ruys, donde escribió, en 543, los acontecimientos que habian tenido lugar en su pais, poniendo á su obra el título de *Liber querelus de excidio Britanniæ*. Dionisio el Pequeño (540), natural de Escitia ó de las orillas del Ponto Euxino, fué á Roma, donde tomó el hábito de religioso. Además de las decretales ya mencionadas, compiló un ciclo pascual que comprendia el período de noventa y cinco años, empezando en el de 531. Fué el primero que contó desde el nacimiento de Jesucristo, fijado por él en el año cuarenta y tres de Augusto. El venerable Beda hizo la descripcion de este ciclo, en la crónica *De sex mundi ætatibus ab orbe condito ad annum* 726, y colocó antes que otro alguno los años segun aquella era, que se sustituyó á la de los mártires y que ha llegado á ser la vulgar. Jornandes ó Jordan, godo de nacion, secretario de un rey alano, despues quizá obispo de Rávena (552), resumió la historia de los godos del tiempo de Casiodoro, mostrándose en ella parcial y nada crítico. Estractó tambien de Floro un compendio de la historia romana desde Rómulo hasta Augusto.

Víctor, obispo de Tunnuna, en Africa (564), llamado á Constantinopla para que diese cuenta de la parte que habia tomado en la discusion de los Tres capítulos, y encerrado en un monasterio, donde murió, prosiguió la crónica de Próspero de Aquitania, desde 444 hasta 566; siendo continuado el mismo hasta 590 por Juan, obispo visogodo, llamado Biclariense por el nombre del convento que fundó en los Pirineos. Juan es útil sobre todo en lo que concierne á España. Hay otra continuacion de la crónica de Próspero hasta 581 por Mario, obispo de Avenches.

San Isidoro, 636.—Escribió San Isidoro, obispo de Sevilla (601), en veinte tomos, los *Orígenes* ó *Etimologias*, que concluyó su amigo Braulio, obispo de Zaragoza. Es una enciclopedia de todo lo que se sabia entonces; tratándose en ella primero de gramática y de historia, de retórica y de filosofía, de aritmética, de música y de astronomia, de medicina, de jurisprudencia, de cronologia, y después de la Biblia, de las bibliotecas, de los manuscritos, de los concilios y de los calendarios. Discurre enseguida el autor sobre Dios, sobre los ángeles, los hombres y la fé; después sobre las herejías, las sibilas, los nigrománticos y los dioses; más adelante se ocupa de las diversas lenguas, de los nombres de los pueblos y de las dignidades; y por último, busca la etimologia de muchas palabras desconocidas. Si con bastante frecuencia desvaria, preciso es disculparle, aunque no sea por otra cosa sino por habernos conservado multitud de fragmentos antiguos. Ha tratado así mismo de las diferencias ó de la propiedad de las palabras, atribuyéndosele distintos glosarios. Ha dejado una crónica que empieza con la creacion y alcanza hasta Heraclio en 626, sacada de los anteriores, salvo algunos detalles nuevos sobre los últimos tiempos (20), y además dos historias de los pueblos germanos que fundaron reinos en España en el siglo v (21), con un apéndice sobre los vándalos y los suevos: habiendo vivido entre ellos pudo hablar de aquella época con toda exactitud. Prosiguió tambien el catálogo de los escritores eclesiásticos de San Gerónimo.

Su discípulo San Ildefonso, arzobispo de Toledo, escribió la historia de los godos, desde el año 647 hasta el de 667, época de su muerte. Continuóla hasta 670 Julian Pomerio, arzobispo tambien de dicha ciudad; llevándola después, en el siglo XIII, un obispo de Tuy hasta el año de 1236. En esto consiste el cuerpo de las historias de España.

Historia eclesiástica.—Epifanio (v. 510), escolástico, es decir, abogado, hizo á instancias de Casiodoro, un resúmen de las historias eclesiásticas de Sócrates, de Sozomenes y de Teodoreto. Esta obra, y la continuacion de Eusebio por Rufino, formaron la *Historia tripartita* en doce libros, manual de la historia eclesiástica en Occi-

(20) «De temporibus, ó Abreviator temporum, ó De sex mundi ætatibus, ó Imago mundi.»

(21) «De historia, sive Chronicon Gothorum, Chronicon breve regni Visigothorum.»

dente. Genadio, obispo de Marsella (492), continuó hasta el año 492 la historia literaria de San Gerónimo (22), dividida en cien secciones, de las cuales, la última está consagrada al mismo autor.

Gregorio de Tours, 439?-95.—Jorge Florencio, heredó de su bisabuelo, obispo de Langres, el nombre de Gregorio, nació en Auvernia de una familia senatorial, ilustre ya por varios obispos. Una delicada salud le determinó á acudir al sepulcro de San Martin, para implorar de él su curacion, siendo después elegido para sucederle. Parece que hizo el viaje de Roma para ver allí á Gregorio Magno, y que los reyes francos le emplearon en sus disidencias. Es llamado el padre de la historia de Francia por razon de sus diez libros intitulados *Historia ecclesiástica francorum*. No se infiera del título que se habla solo de las cosas de la Iglesia, pues que lo aprovecha para hablar de toda la historia. «Referiré, mezclándolas unas con otras, las virtudes de los santos y las desgracias de los pueblos; ni creo que se considere extraño el unir en el relato, no para la comodidad del escritor, sino para seguir la marcha de los sucesos, las felicidades de la vida de los bienaventurados con los desastres de los infelices.»

En el primer libro, remontándose á Adan, refiere los principales acontecimientos del pueblo elegido, la vida de Jesucristo y de los emperadores y como fué plantada la cruz en las Galias; concluyendo con la muerte de San Martin. En el segundo, empieza realmente á hablar de los francos, y prosigue hasta la muerte de Clodoveo; llega con los otros ocho al año 592. Aunque muestra conocer á Virgilio, Salustio y Gelio, escribe en un estilo inculto á la vez y afectado, no teniendo fuerza ni colorido, y aun sin ningun órden cronológico, como un hombre que narra á proporcion que lo oye decir. Lloró, sin embargo sobre la decadencia de las letras. «Declinando, ó más bien habiendo perecido el cultivo de las letras en las ciudades de las Galias, en medio de las buenas y malas acciones que se cometieron entonces, al paso que los bárbaros se abandonaban á su ferocidad y los reyes á su furor, mientras que las iglesias eran unas veces enriquecidas por las almas piadosas y despojadas otras por los infieles, no se encontró ningun gramático bastante instruido en la dialéctica para emprender la tarea de describir los acontecimientos en prosa ó verso. Por esto es por lo que muchos decian gimiendo: *¡Cuán desgraciados somos, las letras perecen, y no se encuentra nadie que sepa referir los acontecimientos del dia!* Viendo esto, he juzgado útil conservar, aunque en estilo no cultivado, el recuerdo de las cosas acontecidas, con objeto de que lleguen al conocimiento de los siglos venideros».

No tiene escusa en su libro la supersticion por la ingénua piedad, ni indemniza su credulidad con su imaginacion. No tiene la ingenuidad de los antiguos ni la crítica de los modernos; despreciando los hechos importantes, acepta otros falsos ó dudosos y cree ciegamente en los prodigios. Pero como es contemporáneo, muchas veces tambien testigo y actor, su libro respira la tristeza que debió esperimentar el que veia hombres y cosas, crímenes y virtudes, confundirse en el caos en que perecia la antigua civilizacion. Con rasgos característicos describe á veces mejor de lo que podria hacerlo por medio del arte; hay algun movimiento en la narracion, alguna verdad en la expresion y en el sentimiento; de manera que retrasa los tiempos sin quererlo, porque á ellos pertenece; y manifesta aquel contraste de las razas, de las condiciones, de las clases, que la conquista habia puesto frente á frente en el mismo terreno.

Fredegario.—Fredegario, de quien solo sabemos que era borgoñon, probablemente monje y que vivia hácia la mitad del siglo séptimo, hizo una crónica general, en los tres primeros libros de la cual compendia á Julio Africano é Idacio, en el cuarto los seis primeros de Gregorio de Tours, con algunas adiciones y continuándolo en el quinto hasta el año 641. Más parcial de lo que se puede permitir con respecto á los reyes que gobiernan la Borgoña, descuida la Ostria y el resto de Francia, y queda con respecto al arte muy inferior á su modelo. No ofreciendo ya ningun vestigio de la antigua literatura, conoce el mismo que «el mundo envejece y que el filo del espíritu se embota; nadie en el dia iguala á los escritores del tiempo pasado, y ni aun lo pretende.» Aimoino, religioso de Fleury, es algo mejor: no obstante, prolijo y trivial en su estilo, es inhábil para elegir los hechos y los detalles; tambien ha dejado una historia de Francia en cinco libros.

Leyendas.—Las leyendas y las vidas de los santos constituyen un género de literatura enteramente nuevo. Muy multiplicadas entonces, tenian un objeto enteramente práctico, procurando menos seducir el ánimo, y satisfacer la razon, que conmover la voluntad. Diversas relaciones, de las cuales algunas eran ficticias, otras exageradas ó mal comprendidas, se habian estendido sobre los héroes populares que llamamos santos, como en otro tiempo sobre todos los héroes. A veces la imaginacion veia en ello milagros, á veces la ignorancia llamaba prodigios á ciertos hechos que se esplican naturalmente. Estos relatos, repetidos, amplificados por la fama, se recogieron como verdades por personas que conocian menos la necesidad de discutir que de creer y amar. De esta manera sabia la Grecia punto por punto todos los hechos de los héroes de Troya, que tal vez nunca habian existido; y cada ciudad de la Italia meridional, conservaba ó las armas ó los sepulcros de algun compañero de Eneas, que tal vez nunca abordó á sus playas.

Cerano, obispo de Paris, escribió á todos los clé-

(22) *Catalogus de viris illustribus.*

rigos para pedirles las piadosas tradiciones de su pais. Juan Mosch, que habia venido de Alejandria á Roma, compuso entonces el *Prado espiritual* en doscientos diez y nueve capítulos consagrados á milagros. Sobre esta materia es sobre la que versan los diálogos de Gregorio Magno, de que hemos hablado, como tambien los escritos de Metafrastes. Tambien Gregorio de Tours escribió la gloria de los mártires en ciento siete capítulos de milagros, en ciento doce la de los confesores, en veinte las vidas de los Padres, en cincuenta los milagros de San Julian, obispo de Briú; después los de San Andrés, y especialmente los de San Martin, obras que en su tiempo habrán agradado más que la historia.

Ejercitábase tambien á veces el talento de los monjes en aquellas vidas, é inventaban á porfia las circunstancias más raras. Las mejores estaban depositadas en los archivos de los monasterios; y cuando las sacaban después de muchos años, adquirian confianza á razon de su antigüedad. Vino después la crítica á pasarlas por su criba, y las reunió en un cuerpo de historia que abraza quince siglos y todos los paises, todos los usos y todas las categorias. Ruinart imprimió los hechos de los primeros Padres y mártires.

El sabio Mabillon recopiló las vidas de los santos benedictinos; Baronio introdujo muchas de ellas en los *Anales de la Iglesia*; pero la coleccion más célebre es la de Juan Bolland ó Bollando, jesuita belga, de Amberes. Consta de cincuenta y tres volúmenes que contienen quizá veinte y cinco mil vidas y no llegan sino hasta la mitad de octubre (23).

Eran una especie de reaccion de las imaginaciones contra los desórdenes morales de la época pues, se ponia entonces en evidencia la bondad, la justicia, que habiendo desaparecido del resto del mundo y ofreciendo en medio de los dolores aquellas relaciones tiernas y simpáticas, proporcionaban pasto á los espíritus desprovistos de todo otro alimento. Era para la vida, tan cruelmente agitada de aquel tiempo, un consuelo manifestar la contínua asistencia de la Providencia con respecto á los que creen. En la Biblia encontrábase la imaginacion detenida por los límites de la fe; y podia en las leyendas tomar á su antojo el vuelo más caprichoso y variar sus veneraciones, segun los tiempos y los lugares; volviéndose primero á los mártires, después á los solitarios, y por último, á los grandes obispos, á los artistas, á los literatos, á los héroes, en fin, á los nuevos apóstoles de un nuevo mundo (24).

(23) Acerca de la vida de los santos, habia reunido muchos materiales el padre Rosweide, el cual los insertó en su Prodromo de los fastos de los Santos, 1607. Habiéndolo visto Bellarmino, dijo que no bastarian 200 años para llevar á cabo tamaña obra. Muerto Rosweide, fueron confiados sus trabajos á Juan Von Bolland, otro jesuita, que cambió el órden de su predecesor ampliándolo y comenzó á publicarlo todo; pero habiendo conocido que un solo hombre no podia bastar, pidió colaboradores, y entonces se formó la sociedad llamada de los Bollandistas, uno de cuyos más célebres miembros fué Papenbrochio. En 150 años se publicaron 53 vol. (1643-1794), llegando tan solo al 15 de octubre. Pero cuando la supresion de los jesuitas, la obra habia sido ya suspendida. Maria Teresa procuró salvar del naufragio aquella preciosa coleccion. José II quiso, siguiendo su costumbre, entrometerse en aquello; y decretó que se diera á luz un volúmen cada año. Pero suprimió más adelante la pension y mandó poner en venta todos los libros y manuscritos de la sociedad, sacando de ellos 220,000 florines. Sin embargo, hubo quien los reuniera todos y conservara primero en un convento de Bélgica, y luego en lugares tan ocultos, que los decretos y las diligencias de Napoleon I no pudieron lograr encontrarlos y sacarlos á luz. Habiéndose organizado la Bélgica en reino, y habiendo sido restablecidos los jesuitas, aquella gran empresa fué resuscitada en 1837, y se publicó un volúmen en 1845, y otro en 1853.

(24) Daremos de ello algunos ejemplos en el libro XI, cap. XII.

CAPÍTULO XXI

CIENCIAS Y BELLAS ARTES.

Geografía.—No eran tiempos aquellos en que pudiesen prosperar las bellas artes y las ciencias. El relacionamiento íntimo que tenian entre sí tantas naciones nuevas, estendió el conocimiento del mundo; pero nadie emprendió la tarea de describirle científicamente, escepto el egipcio Cosmas apellidado *Indicopleusta*, por los viajes que hizo á la India y á la Etiopía. Es el primero que ha nombrado á Ceilan. Pareciendo á Lactancio, á S. Agustin y á S. Juan Crisóstomo, el sistema de Tolomeo en contradiccion con la Biblia, por la razon de admitir la redondez de la tierra y la existencia de los antípodas, imaginaron otro diferente, como si los libros sagrados prometiesen la ciencia al par que la salvacion. Siguiendo Cosmas sus huellas, emprendió la tarea de demostrar que la teoria de Tolomeo era impía (536), como hicieron ciertos teólogos después con respecto á la de Copérnico, que sin embargo se habia publicado, bajo auspicios sagrados; siendo intitulada su obra por este motivo cristiana (χριστιανικὴ τοπογραφία). Segun él la tierra es plana; su forma es la de un paralelógramo de doble longitud que latitud; se encuentra rodeada del Océano que se abre por ella cuatro pasos: el Mediterráneo, el mar Caspio, los golfos de Persia y Arabia. Allende el Océano se encuentra otro mundo inaccesible y del que, sin embargo, fué habitada en otro tiempo una parte; pues allí es donde se encuentra al Oriente el Paraiso terrenal, con los cuatro rios que en la actualidad corren por canales subterráneos y desembocan en nuestro mundo postdiluviano. Arrojado Adan del Eden, permaneció en aquel continente hasta el momento en que el diluvio trajo el arca á las orillas del nuestro. A los cuatro lados del que habitamos, se estiende una muralla que elevándose perpendicularmente, se dobla después como una cúpula sobre el mundo y forma de esta manera los cielos. El sol y la luna verifican sobre esta bóveda su curso, no dando vuelta alrededor del mundo porque la muralla se lo impide, sino dando la vuelta á una montaña cónica de una desmesurada altura, situada al Norte de la tierra. Saliendo el sol en el verano hácia la cima de esta montaña, produce los dias largos que disminuyen á medida que declina al aproximarse el invierno, hacia su parte más baja.

La manera con que Cosmas esplica, en el mismo género, las fases de la luna, los eclipses y demás fenómenos, es tan estravagante como ingeniosa. La divergencia de la luz procede, segun él, de que el sol es apenas la octava parte de la tierra.

Medicina.—Con respecto al arte de curar, algunos han querido comparar á la compilacion de Justiniano la que fué hecha por Ecio de Amida hácia la mitad del siglo VI, en la cual recogió todo lo que existia más notable en las obras anteriores, especialmente en las de Galeno. Sin sistema que le sea propio, manifiesta que ha observado mucho en la práctica; pero para sus preparaciones como para las curas hacia uso sobre todo de fórmulas supersticiosas (1).

Alejandro de Tralles, que recorrió la Francia, la Italia y la España, estudiando la medicina, sabe separarse de los antiguos y juzgar por sí mismo. Recomienda al médico no dejarse cegar por el espíritu de sistema, sino considerar la edad, las fuerzas, el género de vida del enfermo, como tambien el clima, las estaciones y las variaciones atmosféricas. Cree indiferente practicar la sangria

(1) Para librar la faringe de un cuerpo estraño, debe tocarse el cuello del enfermo diciendo: *Como J. C. sacó á Lázaro de la tumba, y á Jonás del vientre de la ballena, sal así mismo, hueso ó espina*: ó bien, *sal ó baja: el mártir Blas, y el servidor de J. C. te lo ordenan.*

en tal ó cual parte, aunque á veces abre la vena en las cercanias del mal, como la yugular ó la raninas en la angina; reprueba el uso del opio en las jaquecas, los astringentes en las disenterias, ó cataplasmas en los casos de gota. Conoce la importancia del tratamiento moral, aunque tambien mezcla luego á la práctica ideas teosóficas y cabalísticas (2).

Teófilo, protospatario, coronel de la guardia imperial en tiempo de Heraclio, recopiló á Galeno y Rufo en una obra más teológica que médica, porque trata de demostrar la Providencia divina en el uso de los miembros.

Tuvo gran reputacion entre los árabes Pablo de Egina, principalmente en lo tocante á partos. Su estracto de las antiguas obras sobre la medicina no carece de mérito, sobre todo en la parte concerniente á la cirugia. Entre tanto, continuaba el pueblo obteniendo curaciones que la ciencia no sabia procurarles. Para los males de la vista, se prosternaba ante el sepulcro de San Martin de Tours, ó se daba unturas con aceite de sus lámparas; para las calenturas intermitentes (3) veneraba las cenizas de Deodato en Benevento; acudia de esta manera para otros males á las reliquias de Juan obispo de Agustald, de santa Ida, mujer del sajon Egberto, y otras más.

Cuidaban más los bárbaros de hacer heridas que de curarlas. Si Teodorico, rey de los ostrogodos, encarga á un médico en jefe velar por lo que concierne á la salubridad, en las leyes de los visigodos se dice: «Que ningun médico tenga atrevimiento para sangrar á una mujer libre sin la presencia de su padre, madre, hermano, hijo ó tio, ó en caso de estremada necesidad, de un vecino probo ó de una criada; sino pagará 10 sueldos al marido ó á los parientes; porque es muy fácil que se oculte algun lazo bajo tal pretesto. Si un médico bate la catarata y devuelve la salud, que le sean entregados 5 sueldos; si por una sangria ha privado á un hombre libre de su vigor, pague 100 sueldos; si resulta la muerte, sea entregado el médico á merced de los parientes (4). Si deteriora, empeora ó da muerte á un esclavo, entregue otro. Cuando se llama á un médico, encárguese desde que reconoce la herida ó los dolores, de la curacion del enfermo, mediante cierta caucion. Si el doliente muere, no podrá recibir el precio convenido.»

Bellas artes.—Continuó la decadencia de las bellas artes, que ya habia principiado en los últimos tiempos de Roma. Lejos de destruir los bárbaros los monumentos antiguos, Teodorico estableció magistrados para velar por su conservacion, contra la incuria de los ciudadanos; y encargó á un arquitecto de experiencia la reparacion de los edificios públicos, destinando á este fin la suma anual de doscientos dineros de oro, y sin contar el producto de las aduanas del puerto Lucrino, que no estaba aun despoblado. Habiendo sido robada una estátua de bronce en Como, prometió cien sueldos de oro al que le indicase al culpable, quejándose de ver que en el momento en que procuraba aumentar los adornos de la ciudad se dejase perder lo antiguo que poseia. Cuando fué á Roma, no se cansó de admirar las obras maestras que aun se encontraban allí intactas ó poco menos, tales como el Capitolio, el foro de Trajano, los teatros de Pompeyo y de Marcelo, el Coliseo, admirables en magnificiencia después de los estragos del tiempo y de la guerra; los acueductos, la via Apia, en la que nueve siglos no habian causado una sola hendedura entre las piedras; el conducto de la Agua-Claudia, que recorria treinta y ocho millas desde las montañas de la Sabina hasta la cima del Aventino. El énfasis con que Casiodoro describe aquellas construcciones, como tambien el fuego de los caballos del Quirinal, la vaca de Miron, los elefantes de bronce de la via Sacra, manifiestan por lo menos que sabia conocer aun lo que era bello y grande.

Procuró además Teodorico imitar á los emperadores. Hizo construir un palacio cerca de Rávena y traer aguas á aquella ciudad: empresa difícil por los pantanos que la separan de las alturas. Hizo construir otro palacio cerca del Bidente en la falda del Apenino, y otro magnífico con pórticos en Verona, cuyo acueducto reparó, como tambien las murallas que forman su recinto. Construyó igualmente otro en Pavia y además termas y un anfiteatro; una cosa igual ejecutó cerca de los baños de Albano.

Manifiestan aquellos edificios cuán mal se ha aplicado el nombre de gótico al órden de arquitectura caracterizado por el órden agudo. Cuando después de un viaje monótono á través de los pantanos Pontinos, entristecido el viajero con la idea de que veinte y tres ciudades, las casas de campo más deliciosas se elevaban en los lugares donde reina ahora el melancólico silencio del desierto, puede en fin recrearse á la vista del mar, se encuentra Terracina situada sobre una altura á su izquierda; ciudad populosa y risueña en otro tiempo, miserable en la actualidad, no obstante el cuidado de que fué objeto por parte de Pio VI. Servia de límite á la dominacion griega y de baluarte por la parte del mar; lo que fué causa de que Teodorico fortificase su recinto, construyendo á lo largo

---

(2) Da como escelente remedio contra la gota recitar este verso de Homero: Τετρήχει δ᾽ἀγορή, ὑπὸ δ᾽ἐστοναχίζετο γαῖα; como tambien escribir al ponerse la luna sobre una hoja de oro μει, ὀρεσ, φορ, τενζ, ζα, ζων, δε, λος, χρι, ζε, γε, ων. Una hoja de olivo con la inscripcion κα ρι α, era segun su opinion, un amuleto escelente.

(3) En el siglo de la quinina he visto buscar un remedio seguro contra las intermitentes prosternándose ante la momia de un santo en las maravillosas catacumbas de los capuchinos de Palermo.

(4) *Ut quod de eo facere voluerint habeant potestatem.* Lib. XI.

de sus murallas torres ya redondas, ya cuadradas; hizo además edificar en la cima de la colina que dominaba la plaza, una fortaleza, ó más bien un palacio que aun subsiste, y desde el cual se goza de una vista admirable sobre el Lacio, la Campania y el mar. Pero aquellas torres y aquel edificio son enteramente del estilo de la decadencia de los tiempos romanos, y se asemejan al templo de Odin cerca de Upsal, en Suecia, donde no se ve ni una sombra de ogiva. Un muro que en Rávena forma en el dia la fachada del convento de los franciscanos y que se cree un resto del palacio de Teodorico, participa mucho por la mala disposicion de las columnas de su parte superior y por las proporciones del arco, del palacio de Diocleciano en Espalatro. La iglesia de San Apolinario y un baptisterio que Teodorico hizo erigir allí por los arrianos, ofrecen tambien el estilo de los que edificaban en Roma en la misma época, con adornos que atestiguan la creciente decadencia.

Amalasunta hizo construir para su padre un mausoleo redondo, con una cúpula de la que se elevaban cuatro columnas que sostenian un vaso de pórfido rodeado de doce apóstoles de bronce y en el cual descansaba el rey. Si no es fabulosa la descripcion de aquel mausoleo, no puede ser otro que Santa Maria de la Rotonda, que de todos modos pertenece á fines del siglo v ó á principios del vi. Allí se conservan las buenas tradiciones antiguas en la distribucion general, plan sencillo, alzado que no carece de magnificencia, y es maravillosa la cúpula formada de una sola piedra. Su diámetro tiene 10'4 metros, la altura desde la base á la bóveda 4'5, el espesor 1'14; de modo que el peñasco de que fué sacado, debia tener un volúmen de 495 metros cúbicos y pesar 1.287,000 hilógramos, y 109 metros cúbicos con el peso de 300,000 kilógramos después de haber sido trabajado, y tal cual lo trasladaron, como parece, desde las canteras de Istria. Se le levantó lo menos hasta cuarenta y siete metros, lo cual prueba no poca habilidad mecánica. Al revés; los ornamentos estan allí dispuestos con el peor gusto, su corte es pesado y sin gracia, no están en proporcion con ellos mismos ni con el conjunto: en sus divisiones falta el cálculo; corresponden mal los perfiles de las puertas á las demás partes; están los modillones irregularmente distribuidos; los piés derechos, en vez de estar coronados por una imposta, sostienen una corsina mal ejecutada.

Casiodoro conocia los defectos de la arquitectura de su tiempo y los señalaba: altura escesiva de los edificios, columnas endebles, recargo de adornos (5); con efecto, tales son los defectos del estilo gótico, aunque no su esencia. Una medalla en que está representado el palacio de Teodorico ofrece formas semejantes; allí se ven columnas delgadas, con arcos cerrándose por encima, pero redondo. Tambien se encuentran en España algunos restos de edificios góticos, en que se descubre fuerza sin gracia, pilastras aplastadas, y nada de nuevo. No habia, pues, género gótico, sino un deterioro general del antiguo gusto; y tan cierto es esto como que en el puente reconstruido por Narsés en el año 565 sobre el Teverone, á tres millas de Roma, se sacrifica á la solidez la belleza, por más que no sea obra de los godos (6).

No se libertaba el imperio de Oriente de esta decadencia. Para la construccion de las numerosas iglesias instituidas por Constantino, no se habian tenido á la mano tantos materiales como en Roma; pero en cambio á nadie se imponian los edificios anteriores, y por consiguiente todos pudieron amoldarse al tipo cristiano. La escasez de columnas hizo suprimir las largas alas de la basílica; supliόse á esto por la habilidad adquirida en la construccion de las bóvedas y de los arcos. Un ancho cuadrado, cuyos lados avanzaban en cuatro naves, formaba una cruz de brazos iguales: en los ángulos interiores habia cuatro pilastras enlazadas entre sí por arcadas salientes, cuya parte colgante estaba distribuida de modo que terminaba por encima en un círculo que sostenia una cúpula.

Procedia, pues, la arquitectura bizantina por arcos sobrepuestos á arcos, y cúpulas á cúpulas, cambiando en superficies curvas y circulares las rectas y angulosas de los templos griegos. Quizá los de Constantino estaban ya construidos en cruz griega con cúpula, pues de esta suerte describe Gregorio Nazianceno el templo de los Santos Apóstoles; pero esta forma fué repetida hasta lo infinito en los mil ochocientos edificios religiosos del siglo de Justiniano. Santa Sofia, el más notable de todos, atestigua sobradamente la decadencia hasta en lugares donde los bárbaros no habian penetrado: decorado con más riqueza que gusto, son mal proporcionadas sus columnas, estravagantes los capiteles y sin ninguna cornisa encima de los arcos. Al hacerlo erigir Constantino con su precipitacion acostumbrada, se pensó tan poco en la solidez, que se desplomó apenas concluido. El ejemplo reciente y el peligro á que estaba espuesta toda una poblacion, determinaron á Antemio de Tralles y á Isidoro de Mileto á reedificarlo más sólidamente. Apoyaron la cúpula en pilares cuadrados con los ángulos vueltos hácia el centro de la iglesia para figurar la cruz á la estremidad de

(5) *¿Quid dicamus columnarum junceam proceritatem? moles illas sublimissimas fabricarum quasi quibusdam erectis hastilibus contineri, et substantiæ qualitates concavis canalibus excavatæ, ut magis ipsas æstimes fuisse transfusas, alias ceris judices factum quod metallis durissimis videas expolitum.* Variarum, XV, 6, *Form. de fabricis et architectis.*

(6) Hasta la inscripcion es fastuosa:

Qui potuit rigidas Gothorum subdere mentes,
Hic docuit durum flumina ferre jugum.

Despues de haber alcanzado Trajano victorias mucho más importantes, solo hacia inscribir en el puente de la via Appia:

TRAJANUS IMP. P. M. STRAVIT.

los dos muros. De estos ángulos nacian las pechinas de la cúpula que, en su estension de sesenta metros de diámetro, parecian no descansar sobre el suelo. Sus verdaderos apoyos no resistieron á este empuje oblícuo y prolongado: apenas habian trascurrido veinte y cinco años, amenazaba otra vez ruina todo el edificio. No supieron remediar el daño los arquitectos más que apuntalándola por fuera con ayuda de estribos, que le daban cierto aire de pesadez y de esfuerzo.

Las cúpulas que han venido á ser la parte principal de las iglesias modernas, constituyen la innovacion más importante de la arquitectura de aquel tiempo. No poseyeron los antiguos cúpulas propiamente dichas, es decir, esa construccion circular y esférica en el remate, apoyada sobre pilares ó macizos formando un cuadrado ó un polígono y compuesta frecuentemente de tres partes: á saber, las pechinas en que se apoya el tambor, sobre el cual descansa la cúpula propiamente dicha. Roma conserva aun una cúpula hemisférica sobre un plano octógono en el antiguo edificio llamado *la torre de los Esclavos*. En los magníficos baños de Caracalla y en un salon dedicado á Hércules se ven los restos de ocho pechinas destinadas á sostener la media naranja. Además poseemos la cúpula semicircular del Panteon, forma que sé considera como la más sólida.

Pero siempre se apoyaban en un cilindro que surgia del terreno. Solo en Santa Sofia empiezan á aparecer las vastas proporciones y el desarrollo interno de las pechinas que, arrancando de los ángulos del cuadrado fundamental, se doblan para formar la base circular de la cúpula; alzáronse más tarde sobre el tambor, lo cual aumentó su magestad y atrevimiento. Presenta una bóveda notable la iglesia de San Vital de Rávena, construida por San Maximiano bajo el reinado de Justiniano y recargada de adornos sin objeto: está formada por una doble hilera de vasos, juntos unos con otros y dispuestos de modo que describen una espiral que, estrechándose poco á poco, se eleva hasta la clave, revestido todo con una argamasa de gran consistencia. No sabríamos decir si es una imitacion de Santa Sofia ó un ensayo hecho con la intencion de aventurarse luego á emprender esta. Se alza sobre un plano octógono, no con ayuda de pechinas, sino por medio de ocho arcos pequeños que arrancan de los ángulos del polígono.

Advertidos los subsiguientes arquitectos á consecuencia del mal éxito de la tentativa hecha en Santa Sofía, apoyaron mejor las cúpulas en el suelo, y pusieron encima de las cuatro pilastras pináculos, cuya presion perpendicular, pudo equilibrar la presion oblícua de las pechinas y de los arcos; y que además diesen variedad é hiciesen piramidal el edificio. De esta suerte fueron modificándose las cúpulas, y la de San Miguel de Pavia, reposando sobre el plano octógono que se une al cuadrado por las pechinas, ofrece la primera idea de los tímpanos. Las cinco cúpulas de San Marcos de Venecia, son semejantes á las de Santa Sofia, sin tener nada entre la cúpula y las pechinas; pero en vez de ser semicirculares, son oblongas y están rodeadas por una hilera de ventanas en plena bóveda. La de la catedral de Pisa es elíptica en el plano inferior, el cual está formado por cuatro grandes arcos, con ocho más pequeños encima que sustentan una especie de tambor apenas visible. La de la iglesia de Corneto, perteneciente al duodécimo siglo, es tambien elíptica, y descansa sobre seis arcos pequeños que forman un cuadrado de ángulos desiguales, de donde arrancan las pechinas para sostener un tambor muy bajo. Cuando Brunelleschi levantó la cúpula de Santa Maria en Florencia (1298), colocó sobre los grandes arcos del crucero un tímpano octógono, para servir de sosten á la cúpula, octógona igualmente, de modo que hiciera inútiles las pechinas. Revistióla esteriormente con otra cúpula para hacer más agradable el golpe de vista; y de allí salió aquella admirable obra que inspiró á Miguel Angel la idea de elevar el Panteon sobre San Pedro; colmo de la osadia y de la magnificencia.

Cúpulas.—Señalan las cúpulas otra diferencia entre la arquitectura del sexto siglo y la gótica, que en su lugar levantó sobre el cuadrado formado en la interseccion de la cruz, una torre adelgazada en aguja. A falta de capiteles antiguos y del talento necesario para reemplazarlos con otros nuevos, ocurrió poner encima de las columnas trozos cuadrados, sin las figuras talladas y griegas, pero adelgazados por debajo, á fin de que encajaran exactamente en las cañas, y adornados solo con algun follaje en bajo relieve ó en líneas cruzadas. Vénse de este género, en Santa Sofia, en Constantinopla; en San Vital, en Rávena; en San Marcos, en Venecia.

Hasta entonces solo se habian empleado arcos de medio punto; pero á fin de que fuera igual su desarrollo, aunque apoyados en columnas diferentes, se prolongó su parte inferior en línea recta: este estilo se empleó tambien posteriormente por gusto, desviándose los arcos más pequeños del semicírculo perfecto, unas veces estrechándolos hácia la ogiva aguda, otras prolongándolos en forma de herradura, otras dándoles la figura de un fronton (7). Asi mismo se ve por la vez primera encerrar en el desarrollo de un arco muy abierto, otros más pequeños apoyados en columnitas (8).

Independientemente de los edificios de Constantinopla se construyeron otros muchos con sujecion á este estilo; y prescindiendo de San Marcos, hay en Venecia Santa Fosca de Torcello, que es del siglo IX: en Ancona, San Ciriaco, del X; Santa Ca-

(7) Se ve un ejemplo de esto en Como en la puerta de San Fidel, detras del coro; y otro en el edificio circular que representa el mosáico del ábside de San Ambrosio en Milan.

(8) San Vital de Rávena ofrece ejemplos de todo este.

talina en Pola de Istria; en Salónica, San Demetrio y Santa Sofía: cerca de Alepo la iglesia de San Simon Estilita, destruida en el siglo IX, bajo cuya cúpula se alzaba la columna de aquel pacientísimo anacoreta: además, en Francia, San Cesáreo de Arlés, San Vicente y San Anastasio en Paris, sin hablar de imitaciones sucesivas.

Rávena conservó mejor el carácter de Oriente, en cuyo límite está situada, y allí es donde realmente conviene buscar el estilo romano-bizantino. San Vital es una construccion de ladrillo por fuera; ni pisos ni perfiles de ninguna especie rompen su monotonia y mezquindad; pero cuando se penetra en su recinto, aparece hermoso como un sueño oriental: es regularmente octógono, y sostienen la cúpula circular dos galerias abiertas y sobrepuestas. Sustentan la galeria inferior ocho gruesas pilastras, revestidas con mármol griego y egipcio, y catorce columnas de mármol griego con vetas; además cada parte está ornada con restos antiguos, especialmente de los del anfiteatro y con excelentes mosáicos. Estas pinturas de mármol decoran en todos los edificios de este estilo los contornos de las puertas, ventanas y altares.

El cercano monumento de Gala Placidia, consagrado á San Nazario y á San Celso, construido en cruz latina, tiene en el centro el altar formado por tres grandes mesas de alabastro oriental, de las cuales la horizontal se encuentra sostenida en cuatro columnas pequeñas. San Apolinario, el nuevo, es tambien cuadrilongo de tres naves; fué construido por Teodorico y se conoce en él enteramente el estilo bizantino. Sus mosáicos, sepulcros, inscripciones y obras de alabastro, de pórfido, de cipolino, de mármol de Paros y serpentino, hacen que se sienta que semejante edificio haya sido echado á perder por los bárbaros, y tal vez aun más por los restauradores. En la misma ciudad, la iglesia de Santa Agueda se habia terminado desde el año 417. Están sostenidas sus tres naves por veinte columnas, pero fué mudado escepto la planta. Solo una pequeña cruz recuerda á San Lorenzo in Classe, edificado en tiempo de Honorio, y destruido en 1553. San Apolinario in Classe, trabajo de 534, ha sido renovado enteramente, escepto el santuario que es de mosaico.

Edificios longobardos.—No solo se edificaba en los paises romanos; en todas partes construyó la piedad religiosa edificios; y lo que hemos visto en las letras, se reprodujo en la arquitectura, que se convirtió en sagrada. Saber escribir bien, iluminar y esculpir, era un medio de alcanzar las primeras dignidades eclesiásticas y hasta la beatificacion. Fué promovido Leon al obispado de Tours por su habilidad en construir la armazon de los edificios; San Eloy al de Noyon, por su talento como platero y cincelador. El arte de edificar era, en razon de los símbolos, considerado como una atribucion sacerdotal. Habiendo convertido un santo sacerdote á algunos idólatras cerca de Bourges, los ordenó sacerdotes, les enseñó la liturgia y el modo de construir iglesias. La misma palabra *edificar*, trasladada al sentido moral, nos indica que la ciencia arquitectónica arrastraba consigo el mérito de costumbres ejemplares. Fué construida la catedral de Pavia por los cuidados del obispo Epifanio: la basílica de Parenzo en Istria, adornada con gran número de mosáicos, por el obispo Eufrasio (540). Por los cuidados de otros se elevaron el monasterio y la iglesia del Monte'Casino, las iglesias de Nápoles, de Luca, de Siponto, de Florencia; y ningun papa ocupara tal vez la Santa Sede sin haber dispuesto alguna construccion.

Ordenaron tambien gran número de ellas los reyes longobardos. Teodelinda hizo construir en Monza el palacio y la Iglesia de San Juan; su hija Gundeberga, otra iglesia al mismo santo en Pavia, donde Ariberto construyó San Salvador (660); Grimoaldo á San Ambrosio; Pertarito el monasterio de Santa Agueda del Monte, y Santa Maria en *Pertica* (675); Liutprando á San Pedro *en cielo de oro* (772) y el baptisterio polígono que pertenece á la basílica de San Estéban en Bolonia. Se debe San Jorge en Coronato á Cuniperto, que habia alcanzado allí una victoria señalada; á Desiderio San Pedro de Civate, Santa Julia de Brescia, los monasterios Mayor y de San Vicente en Milan, y á Grimoaldo, la rotonda de la antigua catedral de Brescia.

Tambien se considera como de esta época á San Pedro *de domo* en Brescia, San Hilario en Estafora, cerca de Voguera, San Zenon y la catedral de Verona, y principalmente San Miguel de Pavia. No es éste el lugar de discutir si las iglesias que existen bajo estos nombres son las mismas que se construyeron en la época longobarda, ó hasta qué punto fueron después modificadas, pero todas se asemejan en el plano á las construcciones que estaban en uso al fin del imperio. No obstante, su distribucion esterior, particularmente la de las fachadas, el éxito de los capiteles con figuras de hombres y animales estraños, las pilastras de estribo, las columnas delgadas estendiéndose desde el suelo hasta la parte superior del edificio, pasando de un plano á otro sin interrupcion de arcos, de bovedillas ó de cornisas, indican un nuevo órden de arquitectura, y este órden se hizo después general. Encuéntranse en San Zenon de Verona separadas las naves por columnas con capiteles formados de animales monstruosos que sostienen pequeños arcos redondos, de donde se eleva un muro con ventanas que tiene encima el techo; pero en lugar de un solo arco grande y triunfal que separe la nave del santuario, varios arcos pequeños apoyados en columnas dividen la iglesia en toda su anchura. En rededor de la cripta se encuentran columnitas dispuestas al tresbolillo, con capiteles lombardos y arcadas redondas, que sostienen el pavimento del magnífico santuario, el cual comunica á la nave por doce escalones tan anchos como la iglesia. A la catedral de Rávena, construida por San Orso en 504, está unido un baptisterio tal vez

de la misma época; compónese de dos círculos con ocho arcadas cada uno, y de los cuales el menos alto se apoya sobre columnas de capiteles corintios bastante toscos, y sostiene una cúpula formada de aquellos tubos ó cilindros vacios de barro de que ya hemos hablado.

Un monumento, que probablemente es el único que se ha conservado sin alteracion por la parte interior, es San Fridiano en Luca. Encuéntrase mencionado en un título de pergamino de 685 y 686, como habiendo sido restaurado por Flaulon, mayordomo del rey Cuniberto; y aun en el dia se le llama la basílica de los lombardos. Está dispuesto en su parte interior á la manera de las basílicas, con estremada sencillez; hay tres naves y capillas laterales arruinadas, que tal vez eran otras dos naves: se alzan á cada costado once columnas, de las cuales algunas son griegas y romanas, y parecen endebles en razon de la enorme altura desde el pavimento hasta la techumbre. Se cree tambien de construccion longobarda á Santa Maria *Foris portam*, restaurada el año 800, y se cree que el palacio de los duques estaba en la plaza de San Justo, donde se encuentra en el dia la morada del marqués Lucchesini. San Alejandro es más antiguo, aunque no se ha hecho mencion de él hasta 1056. En el riquísimo archivo de aquella ciudad se habla con referencia al año 763, de un pintor llamado Auriperto, al cual el rey Astolfo dió San Pedro Somaldi, que aquel cedió al obispo Aurideo. Se cree tambien de construccion longobarda San Juan y el baptisterio que está contiguo. Se menciona en 778, San Miguel, que tambien podria ser una obra de los longobardos. Santa Maria del Campo en Florencia, pasa por ser de una época anterior á Carlomagno. Existen en Ascoli torres longobardas que tienen algo del órden ciclópeo, y en las cuales se ve una puerta cuadrada con un fronton cuadrangular, que tambien se encuentra al raso.

Nadie creerá que los longobardos trajesen consigo un sistema artístico ni tampoco arquitectos de su nacion; por el contrario, si se encuentra mencionado alguno, su nombre es italiano (9). Los indígenas trabajaban segun los tipos que tenian á la vista. Pero durante la larga dominacion de los longobardos en Italia, no se nota ningun progreso. Por esta razon es por la que los edificios del siglo VI difieren poco de los del XI, cuando cedieron el puesto á los normandos, pueblo tan amante del progreso. Las torres de Espoleto se asemejan á las de Pavia, y se ven en la catedral de Maria Asunta, á la cual se sube por una escalinata hecha en 617 por el duque Teodelaquio, figuras de animales de la clase de los de San Miguel de Pavia.

(9) Véase MAFFEI, *Verona ilustrada*, t. I, c. 2; y SEROUX D' AGINCOURT. Hablan en diferentes parajes las leyes longobardas de los *magistri comacini*, albañiles comascos; y aun en el dia la mayor parte de los albañiles de la Lombardia proceden de la diócesis de Como.

Los templos y las habitaciones senatoriales eran tambien destinadas, fuera de Italia, para uso de las iglesias y de los monasterios; si se construia alguno nuevo, tenia á la vez mucho de bárbaro y de cristiano, con fórmulas simbólicas y rituales, y con los ornamentos que procedian de ruinas antiguas. Fundó San Gregorio en Dijon la iglesia de San Benito, destruida en tiempo de la Revolucion, donde se elevaban en rededor de un centro comun, tres galerias circulares sostenidas por ciento cuatro columnas de mármol. Lo notable es que en todos los paises de Europa los edificios tomaban un estilo uniforme, fenómeno que veremos desarrollarse con más brillo en tiempo de la arquitectura gótica; y no sabemos si se esplica esto bastante considerando ya como existentes las sociedades de los fracmasones.

Mosaicos.—Habíase introducido el gusto de los mármoles variados en Roma en tiempo de los emperadores: se les daba color artificialmente y se les doraba, como se hacian tambien ciertos empedrados llamados grecánicos (10), con pórfido y serpentino, dispuestos en dibujos en el mármol blanco. Continuaron los bizantinos entregándose á este trabajo, pero no tardaron otros en imitarles en otras partes, y sobre todo los monjes de Italia. Habla Casiodoro de mosáicos, y no podemos figurarnos como perteneciente á otra clase de obra, la *estátua* erigida por los napolitanos á Teodorico, la cual, segun Procopio, era toda hecha de piedras de diferentes colores (11). Este arte sirvió, es verdad, para formar el enlosado de los edificios, pero aun más para adornar las paredes, las balaustradas, las cátedras episcopales, por la incrustacion en mármol ricamente esculpido, de piedras duras, á veces cubiertas de esmalte y oro. Yo me encontré en Roma con un francés, hombre de nota, que reunia para una obra suya monumentos de la Edad Media, y que no se detuvo en la ciudad eterna más de diez dias, diciendo que no habia nada allí de aquella época. Bastaba que hubiese abierto los ojos para que advirtiera que en ningun tiempo se interrumpió en Roma la construccion de edificios; pero sobre todo, hubiera podido estudiar allí mosáicos de todas las edades, que serian suficientes para escribir una historia de las artes. El más antiguo es tal vez el de Santa Sabina, encargado en 424 por el papa Celestino. Es más notable el de San Apolinar, en el interior de Rávena, cuyas figuras tienen ocho piés de altura y cubren todas las paredes laterales.

Las ciudades que permanecieron griegas, no fueron las únicas que produjeron obras en mosaico: se encuentran tambien en las ciudades longobardas; un mosáico en Pavia ha hecho dar su nombre á San Pedro *del cielo de oro:* y Liutprando los empleó para adornar la basílica de San Anastasio

(10) PLINIO, *Hist. nat.*, XXXVI, 25.
(11) *De bello Goth.*, I, 24.

en Corteolana, cerca del Po. No se encontrarian fuera de Italia de una época tan remota.

Los vidrios de colores se perfeccionaron por los bizantinos, cuando hubo exigido la nueva arquitectura el empleo de los vidrios para cerrar las ventanas. Las obras de metales preciosos, en el género de aquellas que se conservan en el tesoro de Monza, y la habilidad atribuida á San Eloy de Paris, en platería, son una prueba de que aquellas artes no se habian perdido; sin embargo, las monedas de aquella época son toscas en estremo.

Hablan las crónicas comunmente de pinturas. Gregorio Magno vió representado un sacrificio de Abraham, tan al vivo *(tan efficaciter)*, que no pudo contener sus lágrimas; refiere Gregorio de Tours que, habiendo hecho construir la mujer del obispo Numancio, en los arrabales de Autun, la iglesia de San Estéban, quiso que se adornara con pinturas, indicando á los pintores los asuntos que debian representar sobre las paredes, segun un libro que llevaba y donde se leian los hechos antiguos. Pintó Metodio, en el mismo siglo, un juicio final, cuya vista convirtió á Bogoris, rey de los búlgaros; efecto que nunca produjo el de Miguel Angel.

EPÍLOGO

Este período es tal vez de todas las épocas históricas el más pobre en documentos; porque después de Procopio apenas se puede citar á Agatias; después de Pablo el Diácono al anónimo de Valois: á Fredegario, después de Gregorio de Tours, y luego se encuentra uno reducido á conjeturas hasta Carlomagno, apoyándose en un pequeño número de cartas monásticas, algunas vidas de santos y las recopilaciones de leyes.

Pero bastan estos datos para presentarla como una edad de confusion, habiéndose destruido el antiguo edificio y no habiendo sentado aun los cimientos del nuevo.

El Estado, que todavia usurpaba en Oriente el título de imperio romano, cadáver vestido de púrpura, se sostenia por la admirable situacion de su metrópoli y por la tradicion de las antiguas instituciones; circunstancias á que debió el luchar algunas veces con fortuna contra los bárbaros y los persas. Hizo el mayor esfuerzo de que dieron muestra los romanos para reconstituir la unidad por medio de un código; pero ¿cómo habia de conseguir su objeto, cuando él mismo se encontraba destrozado por discordias intentinas y herejías? No eran aquellos los encarnizados combates de la plebe contra el patriciado, ó del municipio contra el feudatario, sino pequeñas facciones en favor ó en contra de los conductores de carros ó de intrigantes eunucos. No se trata de los escrúpulos de conciencias graves, ávidos de verdad y de luces, y dignos, por lo tanto, de respeto, aun en sus mismos yerros, sino de una intemperancia de dialéctica que no se ocupaba ni aun de los dogmas fundamentales, sino de censurar puntos de poca importancia, sin solucion posible ni útil aplicacion. Hallábase tan arraigada aquella mania, que acabó por engendrar un cisma, emanado más bien de meros accidentes que de la esencia del cristianismo.

En vez de aquella monarquia atacada de marasmo, obran y se desarrollan en nuestras comarcas cien pequeñas naciones distintas en lenguaje, en costumbres y en civilizacion, sin otro lazo, que entre sí las una, más que el del general é indefinible sentimiento de sustituir á lo pasado. Cesa, en fin, con los longobardos la afluencia de los pueblos germanos, que comenzó antes de la era cristiana. Establecidos ya aquellos pueblos, se arraigan en él y miran como invasores á los normandos, á los sarracenos y á los húngaros, que los inquietan con sus incursiones.

La primitiva sociedad germana queda, empero, disuelta desde que la banda guerrera pierde la igualdad, base principal de su carácter. Sostiénese el predominio del hombre armado sobre las gildas de los bárbaros y sobre los antiguos poseedores del terreno, reducidos á colonos ó siervos. Los invasores eran una mezcla de bueno y de malo, de debilidad y de poder, de sentimientos en apariencia contradictorios, porque lo que tenian de natural se alteró demasiado con la expatriacion, y las cualidades de los vencidos no se acomodaban á la naturaleza de los vencedores. Influyeron en el mundo romano con su presencia, pero más aún con las instituciones que le llevaron, aunque éstas se modificasen en virtud de sus relaciones con naciones sometidas.

Al paso que en Roma se sacrifica todo al Estado, introducen los germanos el sentimiento de la libertad individual, segun la cual no hace el hombre sino aquello que él mismo ha deliberado y resuelto. La facultad de obrar cada uno segun su voluntad, en tanto que por esto no resultase perjuicio á otro, era enteramente desconocido de las antiguas so-

ciedades, en las que el jefe ó los gobernantes podian, á su antojo, coartar la libertad de los particulares y en donde la autoridad pública disponia legitimamente de todo y sacrificaba el hombre al ciudadano. Así pues, de los conquistadores emanó el principal elemento de la civilizacion moderna y de los verdaderos progresos, que se extienden desde el trono hasta las paredes del hogar doméstico.

El nombre de romano, que significaba en otro tiempo dominador del mundo, se aplica en adelante como un oprobio á la nacion dominada. No obstante, la sociedad romana que hemos visto disolverse en el siglo precedente, revive, por decirlo asi, después de haber sido vencida y se abre un camino corrigiendo y trasformando á los vencedores: conserva en algunos lugares las instituciones municipales, en todas partes el recuerdo de la antigua legislacion, y una literatura que hace adoptar á los conquistadores á quienes presta su lenguaje para redactar sus leyes.

La sociedad cristiana contribuye sobre todo á esta obra. En el momento en que se descompone el imperio romano, ella consolida su unidad y permanece independiente de los tiempos, de los lugares y de los vencedores, puesto que tiene por base, no las cosas accidentales, sino la perpetuidad de las ideas. La oleada de los bárbaros destruye los palacios, pero se detiene al pié de la cruz. Mientras que la invasion se adelanta desde el Norte al Mediodia, procede la conversion en sentido opuesto: la una infiltra nueva sangre en la agotada sociedad, la otra corrige; la una marcha rápida é impelida con fuerza, los progresos de la segunda son lentos pero seguros. Introduce el cristianismo en la sociedad ideas de órden y de paz; predica la caridad, el pudor, el deber, la lealtad y el sacrificio generoso; aprende uno de él á sostener dignamente sus opiniones, en la persuasion de que ninguna autoridad de la tierra puede violentar las conciencias; á no sacrificar á los vencidos, y á no robarles los derechos de la humanidad: seguros desde entonces de ser respetados y de gozar de la libertad personal, resisten con menos encarnizamiento, y las guerras pierden su antigua ferocidad.

Cuando todas las demás sociedades sucumbian, sentíanse dispuestos los pueblos á fijar su atencion en la única que subsistia y que era la verdadera, la sociedad de las inteligencias. Antes de la invasion, sin cohesion ni enlace la Iglesia en el interior, tenia poco poder fuera y no ejercia una acion directa más que dentro del recinto de la ciudad, rigiéndose todo lo demás por el mecanismo antiguo. Cuando éste llega á romperse, se borran los límites entre el poder espiritual y el poder temporal, se cruzan, se tropiezan, se corrijen, y comienzan aquella lucha entre si que imprimió un inmenso movimiento á la sociedad. Desde luego los papas reunen en Jesucristo á vencedores y vencidos, principio de asimilacion moral, para ser en seguida, después de Carlomagno, principio de equilibrio político; son custodios de la justicia social, al mismo tiempo que representan la uuion de los pueblos conquistados contra los conquistadores.

Cuando el desaliento se apoderó de los ánimos, los seglares abandonan todo cuidado de los negocios públicos, ó son escluidos de éstos por el desden del vencedor; entonces el obispo y el sacerdote se encargan en su lugar de esta carga. En el fervor de una mision aun nueva, se apoderan de todo lo que es abandonado por los demás; la más legítima usurpacion de todas, influencia moral, fundada únicamente sobre la conviccion, sobre la gratitud y el sentimiento; único dique contra el torrente de la fuerza material, á la cual opone la idea de una regla, de una ley superior á las leyes humanas, y que preserva la libertad de conciencia de todo ataque dado ya con ayuda de sordas em boscadas, ya con violencia declarada.

Pero la misma Iglesia no tiene una fuerza esterior suficiente para dirigir el mundo; y será preciso mucho tiempo antes de que los elementos confundidos encuentren su lugar, antes de que se coordinen con el único principio especial que solo debe conducirles á la madurez. Entre tanto, la monarquia, la teocracia, la democracia aparecen una al lado de otra, obrando cada cual aisladamente y con toda la energia de fuerzas sin trabas, hasta el punto de poder hacer que se crea por quien no considera más que una de ellas, que es la única que domina; prueba de que todas subsistian á un mismo tiempo. La monarquia de los bárbaros propende á imitar la de los romanos, y á recoger, al menos poco á poco, la sucesion imperial; procuran formar los propietarios una aristocracia territorial, el clero participa de ésta y se acerca á aquella; y aunque de tales sociedades, ninguna conoció quiza, ni confesó ciertamente, el fin á donde se dirigia, cada cual era arrastrado, sin embargo, hácia él por la fuerza de las cosas.

De aquí el modo de proceder confusamente, que mejor deberia llamarse violencia inconsiderada; de aquí tambien una mezcla de todos los elementos: gobierno municipal, eclesiástico, germánico; de leyes romanas, canónicas, longobardas, francas, borgoñonas; códigos nuevos ensayando someter la sociedad á principios generales; y razas, lenguas, condiciones, usos, ideas, moral, todo es diferente. El nómada busca un establecimiento y propiedades; el bárbaro aspira á despojarse en algo de su tosquedad; el vencido á recobrar algun derecho; la Iglesia se coloca al lado del poder soberano, que obra sobre ella hasta confundir el beneficio con el feudo, el báculo con la espada; el esclavo propende á trasformarse en villano; el leudo á libertarse de los lazos que le unen al patrono; las propiedades libres se convierten en beneficios, y los beneficios personales adquieren el carácter hereditario, el patrono quiere elevarse á la categoria de señor, el capitan hacerse propietario y luego príncipe; y no bastando el primado entre los pares se trato de trasformarlo en reino. La diferencia de nacion no basta á pro-

teger las fronteras de los reinos, porque las tierras de los francos se encuentran amenazadas por los turingios, los daneses y los sajones; las de los longobardos, por los francos; las de los germanos, por los eslavos. La fuerza no templada aun por las costumbres cree poder atreverse á todo; pero un límite de verdad, de justicia y de caridad, se encuentra allí dispuesto para contenerla.

De este estado de cosas nacen dias desgraciados en los que el individuo padece enormemente, lo mismo que en tiempo de las tiranias antiguas; y no obstante la humanidad progresaba, porque la civilizacion se estiende á nuevos pueblos, y nuevos elementos se introducen en su seno. Siglos deberán pasarse antes de que la nocion de territorio consiga ventaja sobre la de raza; de que la legislacion, que es personal, sea general; de que la aspereza bárbara se doblegue á otro freno que al de las armas; de que la familia predominante de la Edad Media se trasforme en el Estado; de que las armas, las leyes y la administracion cambien; de que la unidad nacional resucite de la lenta y laboriosa fusion de todos los elementos proporcionados por cada una de las sociedades anteriores.

Así en los lugares en que el mar de Liguria azota la deliciosa ribera del Poniente, las olas se estrellan y retroceden, pero cada una lleva allí un trozo de roca, una alga, una concha; la aglomeracion de muchas prolonga la playa; el tiempo las consolida y extiende encima una lijera capa de tierra; la mano del hombre ayuda á ésta á cubrirse del fecundo mantillo; primero echan en ella raices la pobre alga y la aguda caña, después el trigo, y por último el olivo y el naranjo, de perpétua alegria; y el hombre que establece allí su deliciosa morada, bendice á Dios, que dirige los progresos lentos, pero seguros, de la humanidad, cuya divisa es tiempo y esperanza.

NOTA AL LIBRO VIII

(PÁG. 71)

LOS ESPÓSITOS.

Entre los antiguos la autoridad del padre sobre su hijo se estendia hasta á desampararle en la via pública, donde perecia de frio ó de hambre. En Esparta los recien nacidos mal configurados eran arrojados á un abismo del Taigeto. Tebas prohibia dar muerte á los niños, pero aquellos que el padre no podia mantener, el magistrado los vendia en provecho del Estado, haciéndolos así esclavos. Entre los mismos hebreos, para quienes era una bendicion *aumentar un alma al pueblo de Israel*, si los niños eran abandonados debajo de un árbol, cerca de una ciudad, en el recinto de una sinagoga, envueltos en mantillas y circuncisos, se les educaba como á bastardos inciertos; pero si se les encontraba colgados de las ramas, lejos de la ciudad y en medio del camino, eran considerados como ilegítimos y escluidos de los derechos de ciudadania hasta la sexta generacion. Filon, sin embargo, asegura que los hebreos consideraban la esposicion como culpa. En la culta Atenas se fabricaban espresamente ciertas vasijas de barro en forma de conchas; y entre los romanos cestas de mimbres *(corbem supponendo puero)*, dentro de las cuales la ciudad fundada por dos expósitos veia con frecuencia niños arrojados debajo de la higuera ruminal, ó junto á la columna lactaria en el Foro olitorio.

La historia nos demuestra que se inmolaban á menudo á las niñas recien nacidas, ó á los varones endebles y mal configurados, además de tolerar sin el menor escrúpulo los abortos. Se refiere que Rómulo mandó conservar la vida á la hija primogénita. Muchas veces las tragedias, y casi siempre las comedias romanas, versan sobre el reconocimiento de hijos que han sido expuestos ó por desgracias vaticinadas, ó para ocultar una falta, ó por capricho; y horroriza ver en la escena á las madres ó á los padres confesar con la frialdad de Rousseau el abandono de sus hijos. En una comedia de Terencio, al hallar el marido á la hija, expuesta por él veinte años antes, dice á su esposa: «si hubieras procedido como era mi voluntad, deberias haberle quitado la vida y no fingir una muerte que le dejaba la esperanza de vivir. Menandro dice claramente que «la hija es un peculio oneroso é incómodo. Todos crian á sus hijos inclusos los pobres; las hijas son expuestas hasta por los ricos.» En las *Metamorfosis* de Ovidio (lib. XI), Lito manda á su esposa que si pare una hija le dé muerte:

Edita forte tuo fuerit si fœmina partu,
(Invitus mando; pietas, ignosce) necato.

Refiere Apuleyo lo que sigue en el décimo libro del *Asno de oro: Pater peregre proficiscens, mandavit uxori suæ, quod enim sarcina prægnationis oneratam tam relinquebat, ut si sexus sequioris* (esta es la espresion usual) *edidisset fœtum, protinus quod esset editum necaretur.* Son ficciones, pero demuestran la costumbre.

Las leyes primitivas decian: *Pater insignem ob deformitatem puerum cito necato.* Esto es repetido hasta en los tiempos de Teodosio por Macrobio, que dice en el libro duodécimo de las *Saturnales:*

Portenta prodigiaque cumbure jubere oportet. ¿Se dirá que solo se trata de los niños monstruosos? pero ambos Sénecas, el controversista y el filósofo, se unen para atestiguar que tambien se trata de los enfermizos. El primero se espresa de esta manera: *Nascuntur quidam aliqua parte corporis multati, infirmi, et in nullam spem idonei quos parentes sui projiciunt magis quam exponunt (Controv.* 33, lib V). El segundo.—*Portentosos fœtus extinguimus, liberos quoque, si debiles, monstrosique editi sunt, mergimus. (De ira,* I, 13). Los romanos consideraban el encuentro de estos tullidos como de mal augurio, y se desembarazaban de ellos lanzándolos lejos de sí.

La ciencia de abortar se habia perfeccionado en Roma, como la de los partos en el dia. Haciendo Séneca el panegírico de Helvia, su madre (*De consolatione*), la alaba de no haber ni destruido ni ocultado su preñez. Tal alabanza seria casi inesplicable, si no nos enseñase Juvenal que esta inhumana costumbre era muy comun entre las gentes ricas:

Sed jacet aurato vix ulla puerpera lecto;
Tantum artes hujus, tantum medicamina prosunt,
Quæ steriles facit, et homines in ventre necandos
Conducit.

(VI, 595.)

Los filósofos estaban acordes en esto con la corrupcion pública. Aconsejaba Aristóteles no dejar á las mujeres muy fecundas llegar al término del parto. Al paso que Platon emitia la opinion de que el gérmen era animado en el útero, los estoicos sostenian, por el contrario, que era solo una sustancia adherente á la madre; pasó esta doctrina como tantas otras, del Pórtico á la legislacion romana; y Ulpiano escribió: *Partus antequam edatur, mulieris portio est, seu viscerum* (Dig. leg. 1, tit. *De inspic. ventre)*; y Papiniano: *Partus nondum editus homo non recte fuisse dicitur* (L. 9, tit. *ad legem falcidiam*). La mujer no parecia culpable sino en el caso en que llevaba por objeto en su aborto, causar á su marido vergüenza ó perjuicio; porque, decia el jurisconsulto Marciano: *Indignum videri potest eam maritum liberis fraudasse.* (L. IV, tit. *De extraordinariis criminibus).* Ninguna personalidad está otorgada aquí á la madre ó al feto; no hay crímen sino en tanto que el marido se encuentra ultrajado.

La fatalidad, en que creian los antiguos, era una poderosa razon para exponer á los recien nacidos. Cuando nacia un niño, se consultaba á los astrólogos ó á los adivinos acerca de su suerte; y si vaticinaban que seria funesta, el padre no lo alzaba del suelo. Firmico Materno designa las conjunciones de los astros contrarias á los niños; y en el cap. 1.° del VII libro enumera veinte y una combinaciones celestes, por las cuales *is qui natus est statim exponetur;* ocho por las cuales *is qui natus fuerit, expositus et a canibus laceratus extinguetur;* y dos por las cuales convenia ahogarlo. Cuando Germánico murió, Tácito, entre otras señales de duelo público, enumera *partus conjugum expositi.* Se exponian además aquellos de cuya legitimidad dudaban los padres.

Tan pronto como un niño era depositado en un paraje público, habia quien se apoderaba de él para convertirle en objeto de lucro; algunos eran adoptados por esposos cuyo tálamo habia sido estéril, otros vendidos como esclavos: de consiguiente, se redujo á oficio particular el de los alimentadores, que tenian sin embargo, la obligacion de ceder los niños cuando el padre se daba á conocer y pagaba los alimentos. El piadoso Trajano, en una carta dirigida á Plinio, quiere que el alimentador esté obligado á restituir el hijo ya adulto, á la menor insinuacion, sin siquiera poder pedir el precio de los alimentos. Pero después se permitió que el niño expósito perteneciese al que lo recogia, sin que nadie pudiese reclamarlo.

Los cristianos fueron los primeros en declarar abiertamente que habia crímen en dar muerte á la criatura. Minucio Felix, en su diálogo de *Octavio*, proclama que es un *parricidio* hacer perecer el hombre futuro. Decia Atenágoras, defendiendo á los cristianos en tiempo de Marco Aurelio: *Mulieris medicamentis abortivis utentes homines occidere, et rationem Deo reddituras.* Las mujeres que emplean medios para abortar tendrán que dar cuenta á Dios. Y Tertuliano cuya imaginacion era tan fecunda: *Nobis vero homicidio semel interdicto, etiam conceptum in utero, dum adhuc sanguis in homine deliberatur disolvere non licet. Homicidii festinatio est prohibere nasci, nec refert natam quis eripiat animam, an nascentem disturbet. Homo est qui futurus, et fructus omnis jam in semine est;* es decir, «el homicidio está prohibido; tambien está vedado destruir el feto en el útero. Es apresurar el homicidio impedir el nacimiento; y no existe diferencia entre quitar la vida y evitar que sea. Este es el hombre que debe ser, y el fruto está enteramente en la simiente.» San Justino decia en su 1.ª *Apología*, 27 y 29: «Lejos de hacer mal á nadie, nosotros enseñamos que es propio de malvados exponer á los recien nacidos; primero, porque vemos que, sean varones ó hembras, se les destina de ese modo al estupro; y segundo, porque tememos que alguno muera, en cuyo caso seremos reos de homicidio.» Después la Iglesia impuso penas más severas contra este delito, hasta excluir para siempre á la culpada de la comunion de los fieles; rigor que mitigó el concilio de Ancira en 314, señalando solo diez años de penitencia (*Can.* XX.)

El pensamiento de recoger metódicamente á aquellas inocentes criaturas nació con el cristianismo, que ya, cuando era blanco de persecuciones, se vengaba á su manera de sus enemigos, reformando sus costumbres. Su ejemplo y su palabra se hicieron oir hasta por aquellos que cerraban los ojos á la verdad; y los jurisconsultos romanos se espresaban en el siglo II por boca de Paulo Emilio de este modo: «Llamo homicida no solo al que ahoga á un niño en el seno que le ha concebido, sino al que le abandona, al que le niega los alimentos, al que le espone en un paraje público, como para escitar hácia su persona la compasion agena.»

Apenas asciende al trono la religion cristiana con el emperador Constantino, provee á la debilidad y al infortunio, abriendo asilos para los niños espósitos: suministra vestidos y víveres á los padres pobres, á fin de que crien á su familia; apela á la piedad para atender á su subsistencia, exhorta á las familias fecundas á llevar á las basílicas el fruto inocente de toda culpa: en algunas iglesias se establecen nichos y se colocan cunas para recibirlos. En el año 315, Constantino ordenó al prefecto del pretorio Ablavio que hiciera saber en todas las ciudades de Italia, que todos aquellos que presentaran niños por no encontrarse en disposicion de alimentarlos ni de vestirlos, serian socorridos con fondos del tesoro particular; todo á fin de precaver el infanticidio. «*Æneis tabulis vel cerussatis, aut linteis mappis scripta, per omnes civilitates Italiæ proponatur lex, quæ parentum manus á parricidio arceat, votumque vertat in melius: officiumque tuum hæc cura perstringat. Ut si quis parens auferat sobolem, quam pro paupertate educare non possit, nec in alimentis, nec in veste impertienda tardetur, cum educatio nascentis infantiæ moras ferre non possit. Ad quam rem et fiscum nostrum, et rem privatam indiscreta jussimus præbere obsequia.*» (Cod. Teod., l. I. *De alimentis quæ inopes parentes de publico petere debent*): «Espónganse en láminas de bronce ó barnizadas, ó sobre telas en todas las ciudades de Italia, una ley que tenga por objeto apartar del parricidio la mano de los padres é inducirles á mejores pensamientos. Te encargo de este cuidado. Si un padre te lleva un niño, al cual no pueda criar á causa de pobreza, reciba sin tardanza víveres y vestidos, porque no admiten dilacion las necesidades de la infancia. Hemos dado órden con este fin de que se apronten subsidios por nuestro fisco y por nuestro tesoro privado.»

A pesar de las advertencias hechas por el cristianismo, no pudieron ó no quisieron los emperadores estirpar inmediatamente tan arraigado abuso. Con efecto, Tertuliano reprendia en su tiempo las esposiciones contínuas, no solo á las gentes vulgares, sino tambien á los prefectos de las provincias. (*Apolog. adv. gentes* c. IX).

Parece que la exposicion de los niños no fué prohibida absolutamente por el texto de una ley sino en tiempo de Valentiniano I, Valente y Graciano: *Unusquisque sobolem suam nutriat: quod si exponendam putaverit animadversioni quæ constituta est subjacebit:* «Alimente cada cual á sus hijos, y si cree que debe exponerlos habrá de sufrir el castigo impuesto.» Pero esta ley no fué inserta en el código Teodosiano, ni conocida por lo mismo en Occidente, hasta el momento en que Triboniano la colocó en el código Justiniano, alterada en virtud de una adicion absurda. Con efecto, la legislacion de Justiniano negaba á los padres la facultad de reclamar sus hijos expósitos, lo cual equivalia á tolerar la exposicion. Es de tal modo vacilante en todo esta materia, que es imposible comprender su espíritu verdadero.

Uno de los más asíduos cuidados de los concilios cristianos, tenia por objeto proveer á semejante desórden, ora amenazando á los autores del delito, ora recogiendo sus frutos. Entre las principales acusaciones dirigidas por Juliano el Apóstota contra los galileos, se contaba la de haber adquirido favor cerca del pueblo por medio de obras de caridad, especialmente recogiendo á los niños abandonados. Es verdad que propende á insinuar que procedian de este modo con la intencion de venderlos como esclavos, ó de condenarlos á los trabajos más penosos; pero el sofista olvidaba que era tambien emperador, y que su deber en calidad de tal, hubiera sido castigar semejante delito, si lo creia cierto, y no tomarlo á chanza.

En el concilio reunido en el año 336 por San Silvestre en la ciudad de Arlés, se fulminó la censura eclesiástica contra aquellos que exponian á sus hijos, y fueron privados del derecho de recuperarlos después de pasados diez dias. Aun se ejerció más activamente la caridad cristiana, cuando en los siglos VI y VII quedaron reducidas las poblaciones enteras á tantas miserias, que venian desde las comarcas septentrionales á vender sus hijos á las costas de Provenza y de la Italia.

En el curso de la Edad Media se continuó la piadosa tarea de abrir asilos para los expósitos, pero la historia, que conserva los nombres de los esterminadores de los pueblos, ha descuidado los de los hombres bienhechores, á quienes bastaba en su sentimiento religioso que fueran conocidas por Dios sus obras.

En las Capitulares de los reyes Francos se hace mencion de asilos para los enfermos, los viejos y los expósitos, pero el primer recuerdo histórico de una fundacion destinada á estos últimos, lo tenemos en Milan, donde desde el año 785 un tal Dateo, arcipreste de la Iglesia milanesa, habia erigido una casa de expósitos. Obra santa, mucho más honorífica para Milan que todas aquellas á que presidió la vanidad ó la adulacion.

La caridad del tosco pero piadoso sacerdote parecerá demasiado conforme con los tiempos, es decir, revelará más buena voluntad que recto juicio; pues queria que los niños quedaran libres á los seis ó siete años, cabalmente en el tiempo en que tienen tanta necesidad de ser vigilados; y al decretar su libertad, no se cuidó de asegurarles una recta educacion. Pero es preciso reflexionar que con esto hacia un nuevo acto de generosidad, no conservando como esclavos á aquellos cuya vida habia salvado.

Dateo precedió, pues, de muchos años á otros semejantes de que hace mencion la historia. Fundóse uno de estos asilos en Montpellier en 1062 y otro en Paris en 1070. Después *maître* Guy fundó en el siglo XIII la hospitalaria órden del Espíritu Santo, que pronto abrió casas en Marsella, Bergamo y Roma. Refiere la tradicion que habiendo unos pescadores sacado del Tíber, en 1204, recien nacidos que habian sido arrojados allí, el papa hizo ir á maese Guy para remediar el mal. En el discurso de medio siglo todos los paises de Europa tuvieron semejantes establecimientos, enumerados en una bula de Nicolás V. En 1445, un edicto del rey de Francia permitia hacer cuestacion para los expósitos recogidos en la catedral de Paris. Venecia tenia asilos semejantes en 1380; Florencia en 1444; y así sucesivamente fuéronse estableciéndose en las demás ciudades de Italia.

Habia en las casas fundadas por Guy nodrizas prontas para la crianza; se tenia un registro en que se sentaba la entrada de cada niño y lo que era de él; pero, en tiempo de Vicente de Paul (1576-1660), aquellos establecimientos habian caido en un estado deplorable, en medio de las guerras civiles del siglo XVI. La ley ultrajaba el pudor para vengar la moral buscando el orígen de los niños expósitos; porque siempre es en detrimento del bien el confiar á empleados lo que no debe ser sino obra de la caridad.

Como Vicente recorriera las calles recogiendo á los recien nacidos, vió á un mendigo que tenia uno en sus brazos. Enternecido corre á él á darle las gracias; pero le encuentra ocupado en dislocar los miembros de aquella débil criatura, para escitar de esta manera la piedad. Entonces fué cuando lanzó aquel grito de admirable elocuencia; *¡Bárbaro, me habeis engañado! De lejos me habiais parecido un hombre:* Todo el mundo sabe la compasion que escitó entre las hermanas de la caridad en favor de aquellos desgraciados, animándolas á que fuesen sus madres.

Pronto se aumentaron por todas partes las casas de niños expósitos, y la Italia debió sobre todo á Gerónimo Miani el verlas multiplicarse mucho. Entre las diversas instituciones creadas con tal objeto indicaremos solamente que en Roma (donde se admira el hospital del Espíritu Santo, fundado por el grande y calumniado Inocencio III, que recibe anualmente ochocientos huérfanos y sostiene dos mil y ciento). Los niños expósitos se destinan comunmente á la Iglesia. En Nápoles entraban de derecho en el ejército. En las Fiesquinas de Génova pueden permanecer para hacer flores artificiales: en España eran en otro tiempo considerados como nobles. En Rusia, en los hospicios de Catalina II, debian ser educados para ejercer profesiones liberales, sin poder ser asimilados jamás con los siervos de las provincias; pero por un ukase del mes de agosto de 1837, el emperador Nicolás los declaró propiedad del Estado. Muchas veces los gobiernos lo han considerado como cuestion de economia donde no existe sino una cuestion de humanidad. En Inglaterra se subviene á la madre necesitada, pero cada uno tiene obligacion de mantener sus hijos. En Prusia la madre que está convicta de haber llevado á su hijo al hospicio de los huérfanos, es castigada con la reclusion perpétua. Tal es la ley, tal la caridad.

Véanse RAMACLE.—*De los hospicios de espósitos en Europa y principalmente en Francia desde su orígen hasta nuestros dias.* Paris, 1838.

GOURROFF.—*Investigaciones sobre los espósitos y los ilegítimos en Rusia, en el resto de Europa, en Asia y en América, precedidas de un ensayo sobre la historia de los espósitos desde la más remota antigüedad hasta nuestros dias.* Id. 1839.

ARMAROLI.—*Investigaciones históricas sobre la esposicion de los niños en los antiguos pueblos y especialmente entre los romanos.* Venecia, 1838.

LIBRO NOVENO

ARABIA.—Mahoma.—El islam.—Los Califas.—Conquistas.—ESPAÑA.—Los moros.—IMPERIO GRIEGO.— Los Iconoclastas.—FRANCIA.—Los mayordomos.—Segunda raza.—Carlomagno.—ITALIA.—Caida de los longobardos.—Poder temporal de los papas.—Renovacion del imperio de Occidente.—CHINA. Dinastias V. VII.—Budismo.—Tíbet.

CAPÍTULO PRIMERO

ARABIA.

La Arabia.—El Asia occidental avanza desde la Siria hasta el Océano Indico en un vasto trapecio, unido á Egipto por el istmo de Suez, y bañado al Oeste por el mar Rojo, al Este por el Éufrates, que forma su límite hácia la Persia y desemboca en el golfo Pérsico. Probablemente llamaron los griegos mar Rojo al seno Arábigo del nombre de Idumea, que tiene el mismo significado: asi mismo le llamaban los hebreos *Bar-souph*, á causa de las bellas algas de que se cubre á veces. Una cordillera de montañas, que le es casi paralela, se estiende desde el Líbano hasta la estremidad del golfo, y sus cimas reciben las lluvias regulares que comienzan á fines de junio, y acaban á fines de setiembre (1): el resto de la península no tiene lagos ni rios; los torrentes que se precipitan desde los montes y se pierden en los guijarros, no merecen el nombre de tales. Las lluvias son escasas y periódicas; y durante inmensos espacios de áridas

(1) Falta todavia una coleccion general de los historiadores árabes, persas y sirios Entre tanto pueden consultarse

D' HERBELOT.—*Biblioteca oriental.* Paris, 1783, 6 tomos.

J. S. ASSEMANI.—*Biblioteca orientalis Clementino-vaticana.* Roma, 1719-1728, 3 tomos. *De Arabum origine ac religione (Corpus hist. bysantinæ, et veneta,* tomo XXIX).

Monumenta antiquissimæ historiæ Arabum. Gotha, 1775.

Noticias y estractos de algunos manuscritos de la Biblioteca del Rey y otras bibliotecas, publicados por el Instituto real de Francia. Paris, 1787-1832 y siguientes. Silvestre de Sacy insertó allí muchos de sus escelentes trabajos sobre los árabes, así como en las *Memorias de la Academia.*

José Hammer y otros han publicado en los *Fundgruben des Orients*, importantísimas relaciones, y especialmente un trabajo titulado *Influencia del mahometismo sobre el espíritu, las costumbres, el gobierno de los pueblos, entre los cuales se divulgó en los primeros siglos de la Egira.*

Son historias especiales:

EUTIQUIO.—*Said Ebn Batrik annales; ed. Pocoke;* Oxford, 1658-1659, 3 tomos.

GREG. ABULPHARAGIUS.—(Abu 'l Faradsch), *sive Bar Hebræus chron. syriac.* Leipzig, 1788, 2 tomos.

POCOKE.—*Specimen historiæ Arabum in linguam latinam conversum,* ó sea *de origine et moribus Arabum;* Oxford, 1806.

ABU 'L FEDA.—*Historia anteislámica,* Leipzig, 2831. Tuvo á la vista los autores más afamados. Attiro, Mascube, Amavi, Calican, Eben, Mansur, Sanaggi, Omza, Gemaleddin, etc.

ALB. SCHULTENS.— *Monumenta antiquissima historiæ arabum,* Leida 1749.

Historia imp. vetustissimi Jektanidarum in Arabia Felice, ex Abu 'l Feda, Hamza, Novairi, Taberita *et* Masoudi *excerpta.* Harderwik, 1786.

LASSEN RASMUSSEN.—*Hist. præcipuorum Arabum regnorum ante Islamismum.* Copenhague, 1817.

JOHANNSER.—*Historia Hiemanæ.* Bona, 1828.

T. G. EICHORN, *Uber das Reich Hira.*

Monseñor Joguet, prefecto apostólico de la Arabia, publicó en la *Universidad Católica,* 1847, una noticia acerca de los orígenes, el estado primitivo y el estado religioso actual

arenas, movibles al impulso de todos los vientos, tanto, que se necesita de la brújula para ver el rumbo que conviene seguir; no hay allí un árbol ni un matorral que recree al viajero, afligido por aquella uniforme esterilidad y por un cielo siempre sereno é inflamado, que á veces aumenta el martirio de su sed, engañándole con la lejana apariencia de aguas y de lagos. A veces tambien le acomete el viento *simun*, le sofoca y sepulta bajo olas de arena su cadáver hinchado hasta la deformidad. El árabe, que se apercibe de la aproximacion de esta plaga por lo pesado y sulfuroso del aire que respira, se tiende con el rostro junto á la tierra, imitando á los animales que bajan su cabeza hasta que pasa el mortífero torbellino; semejante al justo perseguido que se inclina y detiene el aliento, hasta que hayan trascurrido los dias de triunfo del malvado.

Sin embargo, de tiempo en tiempo, se encuentran en aquellas arenosas soledades pozos que la desinteresada caridad de los mayores abrió para sus perezosos nietos, ó islas de lujoso verdor donde brotan cristalinas fuentes, cuya frescura da alimento á un gran número de dátiles, palmas, cocos, mimosas, y sostiene la fragancia de la azucena y de la grande escila.

Así como son estas las islas de aquellos mares de arena, su nave es el camello de una sola corcova. Conductor sufridísimo, acostumbrado al hambre, á la sed, á la fatiga, bastan para humedecer un poco su lengua algun arbusto salino y graso, el aloés, el mesembriantemo, la sosa, los venenosos euforbios: reanimado luego por el canto de su conductor vuelve á emprender la marcha con nuevo vigor, y llega al término de su viaje salvando de la muerte á su amo, á quien la sed devora. Vive hasta cuarenta años, se utilizan todas sus partes: su carne es buena de comer mientras es jóven; siempre es escelente la leche de la camella: el árabe hace vestidos de su piel y estrae de sus orines una sal preciosa: con su escremento alimenta su lumbre, y mientras pone allí á tostar sus parcas tortas, y uno de sus compañeros cuenta sus belicosas hazañas, otro sus aventuras amorosas, el camello, echado sobre sus cuatro patas plegadas bajo su vientre, alarga la cabeza por entre los barbudos rostros de los oyentes, como si tomara parte en la atencion comun y en las impresiones de su amo.

Igual afecto y mayor veneracion se profesa al caballo, compañero inseparable del árabe, que conserva la genealogía de su corcel con tanto esmero como la suya propia; dichoso el que posee uno de la raza de los *koclanes*, descendiente por línea recta de los caballos padres de Salomon ó de las cinco yeguas del Profeta. Si nace un potro de aquella noble sangre, es para el árabe una ocasion de fiesta, cual si se tratara de un acontecimiento nacional: le cria con sus hijos y con no menor cuidado; le habla, le ama como á sus mujeres, como á su palmera natal: cuenta sus carreras célebres, sus actos de intrepidez; si llega á morir, le llora como á un amigo muy amado (2). No hay

---

de la Arabia. Han salido á luz en estos últimos años muchos escritos sobre esta materia, entre los cuales citaremos á

CAUSSIN DE PERCEVAL.—*Ensayo sobre la historia de los árabes antes del islamismo, durante la época de Mahoma, y hasta la reduccion de todas las tribus bajo la lengua musulmana*. Paris, 1848, 3 tomos en 8.°

FULGENCIO FRESNEL.—*Cartas sobre la historia antigua de los árabes*. Paris, 1837.

GRANGERET, *Antología árabe*.

TYCHSEN.—*De poeseos Arabum origine et indole antiquissima* en los *Nuevos comentarios de la sociedad de Gœtinga*. Han hecho escelentes trabajos sobre la lengua árabe Sacy, Kosegarten, Golius, Ewald, Rosenmuller, Wilmet, Freytag, Reinaud, Caussin de Perceval. Este último ha publicado una gramática árabe. Paris, 1823.

La descripcion del pais por CARSTEN NIEBUHR, aunque la primera, es tambien la más exacta y detallada. Siguen ALI BEY, nombre del español Badia.

WELLSTED.—*Viaje á la costa de Oman*. Londres, 1838.

JOUSEPH EBN KHALIDOUN, llamado el Montesquieu de los árabes. *Historia del Africa árabe bajo la dinastía de los Aglabitas*. Fué traducida al francés por Noel Desvergers. El abate Arri, piamontés, estrajo de esta obra muchas noticias sobre la antigua historia de los persas, griegos, hebreos, romanos, coptos, árabes, godos, etc.

LEON DE LABORDE Y LINNANT.—*Viaje á la Arabia Petrea*. Paris, 1830.

MAURICIO TAMISIER.—*Viaje á la Arabia. Permanencia en el Hedjaz, Campaña de Asir*. Paris, 1839, 2 tomos.

A la traduccion francesa de Burckhardt ha agregado Eyries importantísimas consideraciones acerca de la geografía árabe, y la historia de los vahabitas después de la muerte de Burckhardt.

CÁRLOS FORSTER, *Geog. histórica de la Arabia*, en inglés 1843.

Además de los citados en el curso de este capítulo, véase tomo I, pág. XXX y XXXI.

(2) Dividen los árabes á sus caballos en dos grandes especies: los *faras kadises* ó caballos de raza desconocida, y los *faras koclanes*, caballos cuya genealogía escrita se remonta á más de dos mil años; no son los *kadises* más estimados que nuestros caballos europeos: sirven para trasportar cargas y para los trabajos ordinarios. Estimadísimos son los *koclanes*, destinados únicamente á la silla, y de consiguiente cuestan muy caros. Son escelentes para la fatiga y pasan dias enteros sin probar el menor alimento. Los árabes, á semejanza de ciertos tártaros usbekos, tienen costumbre de sujetar á sus caballos de raza noble á una prueba en que sucumben algunos. Disminuyen gradualmente su alimento hasta el punto de no darles más que un puñado de cebada en veinte y cuatro horas.

Además, el caballo koclan está dotado de un gran valor para arrojarse sobre el enemigo; se asegura que cuando está herido y conoce que no puede sostener á su ginete, se aparta de la refriega para dejarle en lugar seguro; si cae el que lo monta, permanece el koclan á su lado, y no deja de relinchar hasta que llegan á socorrerle. No se halla la patria del caballo koclan en la parte árida de la Arabia, sino en el Yemen y en las inmediaciones de la Siria, del Irak y del Egipto.

porqué estrañarlo. Para una nacion avezada á una guerra de merodeadores á trasladarse á grandes distancias para sorprender un campo ó una caravana, y á huir como un relámpago en caso de apuro ¿hay cosa de más valor que un caballo que, sin pararse, sin comer ni beber, anda sesenta ú ochenta millas?

Hasta el asno, cuyo vigor tiene tambien su utilidad para transportar cargas, como tambien su agilidad para el servicio militar, es comparado á los héroes en medio de quienes combate.

Divisiones.—Ningun nombre general designaba á la península antiguamente, siendo particulares los de Sabá y Dedan, empleados por la Biblia, como los nombres actuales de Hedjaz y de Yemen, que son atribuidos unas veces á la parte ocupada por los turcos y otras al pais entero. Ya antes de Jesucristo se distinguian alli tres naciones: los sabeos al Mediodia, los ismaelietas ó agarenos en el centro, los sarracenos al Norte (3). No seria posible deducir una division del pais más que del nombre de las diferentes tribus: es evidente que la de Tolomeo en Arabia *Desierta*, *Petrea* y *Feliz* es completamente caprichosa. Mejor inspirados los geógrafos orientales la dividen en seis comarcas: el Hedjaz, territorio de una esterilidad deplorable, es frecuentado únicamente por los peregrinos que se dirigen á la Meca; desde allí hasta el mar de la India se dilata junto al golfo Arábigo el Yemen de los sabeos: al Mediodia del Yemen baña las orillas del Adramot el mar de la India: llámase Oman la punta más meridional de la península: el Lahsa (Agiar) se estiende junto al golfo Pérsico, donde tambien están situadas la islas Bahrein, buscadas á causa de la pesca de las perlas: en el centro de la península está el Nedjet, pais desconocido antes de la espedicion contra los vahabitas, y que hácia el Norte confina con el desierto de Scham ó de Siria, y hácia el Este con el de la Arabia (4). Esta inmensidad de arenas incultas ocupa un espacio de ochocientas cincuenta millas sobre mil y quinientas, desde el Éufrates hasta el seno Arábigo y desde Egipto hasta el golfo Pérsico, sin que la interrumpan montes ni rios, ó vestigios de séres vivos. En todas partes reina una muda esterilidad, y solo de tiempo en tiempo germinan la coloquíntida, los apócinos lechosos, y algunos arbustos, como las rosas de Jericó, el tamarindo, el espino de Egipto que destila la goma arábiga, el ban cuyos frutos esprimidos dan la mirra, y uno que otro alcaparro ó matorral de algodonero y de leandro.

Tradiciones augustas atraen á los curiosos y á los devotos á la península situada entre los golfos de Suez y de Ailah (*Aelana*), desde donde se hacian á la vela en otro tiempo las escuadras de Salomon para Ofir, y desde donde parten actualmente los peregrinos de la Meca. En el desierto limítrofe, memorable por la larga peregrinacion del emancipado Israel, tanto los cristianos como los judios y los musulmanes van con igual veneracion á visitar el terrible monte Sinaí. Colocaban los romanos entre Egipto y Palestina, antigua residencia de los edomitas, amalecitas y moabitas, la tercera Palestina. En nuestros dias han sido visitadas las ruinas de Petra, su capital, y se han encontrado centenares de sepulcros abiertos en troncos de árbol y monumentos de una arquitectura original y rica.

Productos.—El Yemen ha debido su nombre de Feliz á sus valles, regados por torrentes, á sus fértiles llanuras donde ostenta la vegetacion más útil sus ricos tesoros: crecen allí el banano, el betel y

---

El koclan, llamado *gelfé*, trae su orígen del Yemen; aventaja á los demás en la carrera y en las lides, es agilísimo, todo fuego, sobre toda ponderacion infatigable, aguanta el hambre y la sed: es, sin embargo, dócil como un cordero, no cocea ni muerde nunca. Es necesario alimentarle escasamente y tenerle en continuo movimiento. No es la estampa de esta raza la más bella, aunque si indisputablemente la mejor especie de caballos del mundo, y los inteligentes la distinguen al primer golpe de vista.

Tienen costumbre los árabes de conservar desde los tiempos más remotos la genealogia de las razas koclanas; y para probar la regularidad de las filiaciones, nunca es cubierta una yegua sino en presencia de testigos jurídicos. Aunque los árabes no tienen siempre á caso de conciencia ser perjuros, son escrupulosísimos en esta materia, y no hay ejemplo de que se haya dado un falso testimonio sobre el nacimiento de un caballo. Un árabe abriga la conviccion íntima de que quedaria deshonrado con toda su familia si no declarara la verdad en asunto de tanta importancia.

Cuando un extranjero posee una yegua koclana y quiere que la cubra un caballo padre de la misma raza, tiene obligacion de citar á un testigo árabe, que permanece veinte dias á su lado para asegurarse de que no ha sido deshonrada por ningun caballo vulgar, pues ella no debe ver ni aun de lejos á un caballo ni á un asno. El mismo árabe debe hallarse presente en el momento del parto; y en los siete dias siguientes se forma el acta jurídica del nacimiento del potro koclan. Si hay cruzamiento de dos razas, el potro se considera como perteneciente á la raza inferior.

(3) Es de sentir que Herodoto no describiera la Arabia. El nombre de sarracenos significa segun el distinto modo de pronunciarlo: orientales, ladrones ó palafreneros, *(scerchiun, sarikin, serragin.)* Habitaban probablemente el Chiahar ó el desierto de Sahara. Los turcos y los persas llaman todavia á los nómadas *Ssahranisein* ó habitantes de las arenas. Llamábanse orientales por oposicion á los magrebinos occidentales.

(4) Jomard *(Estudios geográficos é históricos sobre la Arabia seguidos de la relacion del viaje de Mohammed Alí al Fazogl*, etc. Paris, 1839) circunscribe la Arabia entre el mar de las Indias, los dos golfos, y una línea tirada desde el Ras Mohammed hasta las embocaduras del Éufrates, escluyendo así la Arabia Petrea y la Desierta, y dividiéndola segun Edrisi, en ocho regiones, del Oriente al Occidente: Mahrah, El-Oman, el Haza ó Bahreyn, El-Ahgaf, el Hadramaut, el Nedjed, el Yemen, el Hedjaz. La provincia de A' Sir puede decirse que no era conocida hasta la descripcion que de ella ha hecho mencion Jomard.

la nuez moscada, el melon, el pepino, la higuera infernal, la planta de sen, el estoraque, el sésamo olorífico y el tamarindo que ofrece á la vez un golpe de vista hermoso, una sombra espesa y una bebida picante. Allí se crian tambien el algodonero y el añil, que suministran materia y color al vestido del beduino: el arbusto que deja caer, cuando se le sacude, el gustoso maná: aquellos de donde se desprende el incienso, el láudano, el gálbano, la acacia de ancho parasol, la caña de azúcar, que trasplantada de allí a Siria, pasó á Sicilia y luego fué á multiplicarse en América; y más precioso que todos los demás, el árbol de bálsamo, la palmera y el café. No es menos bienhechora la palma para el árabe que el cocotero para el indio y el árbol del pan para el habitante de la Oceania, porque su verdura ameniza las adustas soledades, su tronco sirve para la construccion de las casas, sus fibras suministran la borra, sus hojas brindan sombra, su médula un caldo alimenticio y un manjar sustancioso, sus racimos de dátiles. El café, de uso muy comun entre los modernos, fué desconocido por los antiguos hasta el momento en que la devocion sugirió á un musulman la idea de emplearlo como remedio contra el sueño. En breve se apoderó de él la sensualidad para sustituirlo al vino en los paises donde su bebida es cosa vedada, y en todos los demás puntos para halagar el gusto. Esta semilla se cultiva actualmente en la vertiente occidental de todas las montañas que atraviesan el Yemen; pero el café más estimado viene de los paises de Aden, de Kusma y de Guebi á los puertos de Moka y de Alepo, desde donde va á embellecer el sueño de los orientales y á ahuyentar el de los europeos. Cógese el incienso en la costa del Sudoeste en terrenos arcillosos y nitrosos, destinado á los braserillos de los asiáticos y á los turíbulos de los cristianos. En esta comarca prosperan tambien el trigo, la dura, el maiz, el alforfon, la cebada, los pastos para los corceles, las habas para las acémilas, el añil y el achiote de que usan los tintoreros.

Bajo un cielo de una temperatura siempre propicia no exije el cultivo otro esmero que el de dirigir hácia los campos algun caudal de agua, elemento más precioso allí que en cualquiera otra parte. Sin embargo, á menudo tala la cosecha la langosta: por lo cual se venera en el pais á una especie de tordo que anualmente va de la Persia Oriental á hacerle la guerra. Algunas especies de éstos son objeto de golosina para el árabe, que sale asimismo á cazar perdices á la llanura, pintadas á los bosques, faisanes á las montañas, y á desenterrar en el desierto los huevos que el avestruz deposita y empolla en la arena. Pero más frecuentemente se contenta su sobriedad con un puñado de harina amasada, cocida sobre el estiércol de su camello; y hace una regalada comida si puede adquirir pan de dura, leche de camella, aceite, manteca y sebo.

Llevaban los árabes el onix, la ágata, la cornalina, el sucino, el berilo, el topacio, á los pueblos más adelantados que ellos en civilizacion ó que gastaban más lujo. Alejandria y Roma recibian de ellos los aromas, el marfil, los vasos murrhinos, que sacaban de la India, de la Caramania y de la Sérica. La repugnancia de los egipcios al mar hizo que los árabes se dedicaran á la navegacion; y en toscas piraguas, buscaban las islas de la India, y quizá tambien el Africa oriental, mediante una travesia en estremo larga y penosa, por ignorar la direccion de los vientos. En el puerto de Djedda recibian cuanto produce la Abisinia y el Africa central, y lo llevaban á través de la península, haciendo alto en la Meca, hasta Djerra, ciudad construida de sal gema, donde juntamente con las perlas del golfo Arábigo, lo convoyaban hasta la embocadura del Éufrates. Dirigiéndose otros anualmente desde el Yemen á la Siria, ahorraban á los bajeles de la India una navegacion peligrosa por el mar Rojo y el temible estrecho de la Muerte (*Bab-el-Mandeb*).

Caravanas.—Hacíanse los viajes por tierra, cual se hacen todavia ahora, en caravanas (5). Un jefe (*caravan bachi*) que dirige la marcha, determina los puntos de parada, resuelve con los principales viajeros las disputas que se suscitan, fija la parte que á cada uno toca en los gastos comunes, y percibe el escote. Cuando el calor lo permite se procura llegar á las paradas mientras aun es de dia para poder levantar las tiendas, encender lumbre, condimentar lo que ha de comerse, descargar y colocar las mercancías. Durante la noche velan mercenarios por si se acercan los beduinos, que apelan á toda clase de recursos para estraviar ó dispersar á las caravanas, para asaltarlas en su sueño ó espantar á los camellos asustadizos y entregarse al saqueo á merced del desórden (6).

A la par que en Europa permanece el negociante en su despacho, desde donde dirige sus operaciones en los paises más remotos, en Oriente es un viajero que va á buscar las mercancias al lugar que las produce para trasportarlas á los puntos donde son consumidas, arrostrando peligros, fatigas y diferentes usos, aprendiendo, refiriendo, comunicando. Así la llegada de una caravana es una fiesta, porque se satisface la curiosidad, al mismo tiempo que las necesidades materiales. Los caminos que siguen son otros tantos canales para la civilizacion y para toda clase de conocimientos.

---

(5) De *karoun*, que en árabe significa paso, travesia. El *Kamus* de Firoazbadi, diccionario en sesenta volúmenes hace que se derive de *kairoven*, partida de mercaderes reunidos para un viaje.

(6) Los viajeros orientales calculan las distancias por jornadas de caravana. Rennel en la *Filosofia transact.* tom. LXXXI, p. 144, determina el espacio que recorre una caravana en 17 millas geog. y 1/3 cuando vá descargada y en 16 y 1/8 cuando va cargada. Walkenaer (*Investigaciones geográficas sobre el interior del Africa*. Paris, 1821) calcula que es entre 15 millas y 17 y 1/2.

Actualmente se dirige una caravana á Abisinia, donde se corresponde con otras que desde lo interior de aquella llevan al Cairo goma, polvo de oro, colmillos de elefante, ébano, plumas de avestruz, y principalmente millares de esclavos de ambos sexos, para trocarlos por telas, perlas falsas, coral, armas, vestidos hechos. El tránsito y las paradas de las caravanas son el único recurso de muchas ciudades situadas en la estremidad occidental de la península arábiga hasta Medina, edificada en el punto donde llegan á cruzarse las dos caravanas. Desde esta ciudad y por el fértil valle de el-Safra, se llega á la Meca, donde refrescaban los convoyes enviados desde el Africa hácia el golfo Pérsico; y así como hemos visto elevarse los antiguos templos en los puntos de tráfico y trueque, á fin de que el comercio fuera protejido por la religion y favorecido por más crecida concurrencia, en esta ciudad estableció la devocion nacional su santuario. En efecto, las caravanas participan á la vez de religion y de negocio, de interés y de sentimiento: los puntos donde van á parar son lugares de peregrinacion y de férias. Otras ciudades fueron edificadas igualmente en los sitios donde el acaso, el instinto de los animales ó la industria de los hombres descubrió una fuente, ó en la costa del mar Rojo ó en el Yemen, donde las aguas son abundantes, á la par que el resto de la comarca, desprovisto de ellas, permanece despoblado.

Este pais, cuyas tradiciones se remontan á antiquísima fecha, y que ha suministrado numerosos asuntos á poetas é historiadores, está, á pesar de todo, casi desconocido. Inexactísimas fueron las nociones que sobre él tuvieron los antiguos: han aspirado á penetrar allí los modernos con nombres y trajes orientales y hasta haciéndose musulmanes (7). Especialmente la espedicion danesa dirigida por Niebuhr obtuvo oportunísimos resultados. Las guerras de Mehemet Alí, bajá de Egipto y la creciente civilizacion de este último pais, ayudan á describir mejor la patria de los árabes, rasgando el velo de supersticiosa y suspicaz intolerancia que hasta ahora la ocultaba.

Raza.—Reconocen los árabes un doble orígen: por el primero se remontan á Yoctan, hijo de Heber y nieto de Sem, que dió á luz á Saba, y este á Imiar y á Calan. Los que establecen esta genealogia son llamados árabes naturales (*al-arab, al-aribah*), á diferencia de los árabes naturalizados, descendientes de Ismael, hijo de Agar y del patriarca que fué tronco de los hebreos. Ismael, *hombre feroz, cuya mano debia ser contra todos y la de todos contra él, y cuyas tiendas debian levantarse enfrente de las de todos sus hermanos*, fué espulsado del hogar paterno En su consecuencia los árabes se creen con derecho á indemnizarse, por medio del robo, de la herencia de que su autor quedó privado. Ismael, llegado á Arabia, se casó con una hija de Modad de los joramitas: de esta union provino una raza semejante á la de los árabes que están en disposicion de recitar su genealogia desde Adnan (8).

De consiguiente, son todos de raza semítica, aunque tal vez algunos descendientes de Cus, hijo de Cam, se hayan trasladado desde el Kurdistan y la Susiana á las orillas del Éufrates y al golfo Pérsico, lo cual hace que la Arabia se llame tierra de Cus en la Sagrada Escritura, esto es, de los etíopes. Tambien es semítico su idioma (9), uno de los más ricos y armoniosos: puede seguir, merced á la composicion de los verbos, los más atrevidos arranques de la mente, á la par que su armonia imita el grito de los animales, el murmullo de las ondas, el soplo del viento. Posee doscientos vocablos para indicar la serpiente, ochenta para la miel, quinientos para el leon, mil para una espada; riqueza que facilita la rima, cuyo uso es frecuente hasta cuando se escribe en prosa. En tiempo de Mahoma se distinguian en Arabia dos dialectos principales: el de los imiaritas (10), y el de los coreichitas. Este último, de que hizo uso el Profeta, ha prevalecido y forma la lengua escrita. Tiene asi mismo la gloria de ser la única lengua entre las antiguas aun viva, á no ser que no se quiera esceptuar el chino.

Cuando salieron del pais natal se mezclaron las familias, y en la actualidad el nombre de árabes, quizá en vísperas de adquirir inmensa importancia en los acontecimientos del mundo, indica tres diferentes: razas los árabes orientales, los árabes occidentales y los beduinos. Procedentes los primeros del mar Rojo, es decir, de la Arabia propiamente dicha, se perpetuan entre los fellahs y los artesanos de Egipto y de los paises fértiles del Africa. Son de estatura algo más que mediana, robustos, bien formados; tienen la tez morena y elástica, ovalado el rostro. No carecen de hermosura las mujeres: tienen los miembros bien contorneados, de regular proporcion los pies y las manos: tienen magestad en su modo de andar y en su apostura.

Es la segunda raza la de los árabes africanos oriundos de la Mauritania, y no se diferencia de

(7) Vincenzo tomó el nombre de Cheik Mansur; Badia, el de Alí Bey; Burkhardt, el de Cheik Ibrahim. Hace poco Juan Finati se hacia llamar Mohamed Hadjí. Setzen, en 1809 abrazó el islamismo.

(8) Fresnel distingue tres naciones: los *árabes*, que forman nueve tribus de pura sangre; los *moutaribes*, no puros, descendientes de Catan; los *mustaribes*, vástagos de Ismael. *Almustaribes* quiere decir árabes por merced.

(9) Niebuhr habia oido hablar de inscripciones antiguas: posteriormente fueron halladas y estudiadas por Cruttenden y Wellsted. Fresnel cree que en el Adramot subsiste el antiguo idioma. En la Arabia meridional han descubierto los últimos viajeros ruinas de ciudades é hipogeos.

(10) Este nombre ha sido trasformado en los idiomas del Oriente, en omeríticos, en imirenos y omirenos.

la primera. Sus usos son los mismos, poco más ó menos, y su ocupacion ordinaria es cuidar rebaños de ovejas, de camellos, de caballos; tienen la cabeza rapada y se dejan crecer la barba. Llevan las mujeres larga cabellera, y se la tiñen á menudo así como las cejas, de colores más ó menos oscuros. Se pintan sus piés y manos hasta la estremidad de los dedos con un color amarillo dorado; hombres y mujeres gastan un turbante de telas, más ó menos ricas, segun su condicion respectiva.

Beduinos.—En todos tiempos el menor número de los árabes se dedicó al cultivo, tuvo habitaciones fijas y bienes raices. El resto de las tierras es comun como el aire y el agua y los nómadas (la tercera de las razas que hemos mencionado), libres como la gacela que cruza sus desiertos, pasan una vida errante al raso y son designados con el nombre de senitas ó beduinos (11), divididos en tribus que ningun vínculo une entre sí.

Su aspecto es semejante al de los demás árabes, si bien que en sus negros ojos fulgura más vivo fuego. Tienen menos relieve las líneas de su rostro tostado por el sol, y sus personas no son tan robustas, aunque si ágiles en estremo. Ejercitados desde la infancia en montar á caballo y en servirse del arco y de la lanza, poseen un espíritu despierto, carácter altanero é independiente. La mayor parte de ellos recorren en todas direcciones el desierto de la Siria; hay algunos que permanecen todo el año en los lindes de fértiles terrenos á orillas de las incultas: otros aguardan la mala estacion para acercar sus rebaños á las fecundas campiñas del Irak y de la Caldea, desde donde suben á los confines de Siria, para alejarse de allí al retorno del buen tiempo. Vagabundos de esta suerte á estilo de los patriarcas, hacen alto donde hallan manantiales y pastos para sus bestias: agotados aquellos y arrancados éstos, se encaminan á otra parte, trasladando de lugar á lugar sus campamentos, que á veces se componen de ochocientas tiendas. Llegados al punto donde quieren acampar, levantan sus pabellones de piel de cabra, cada uno con dos divisiones para los hombres y para las mujeres: planta su lanza en el suelo el padre de la familia, ata allí su caballo trabándole las patas, mientras que se agrupan entorno las cabras y los camellos.

En verano se viste el beduino una camisa de algodon basto, que cubren los ricos con un traje de seda y la mayor parte con un manto de lana (*habba*) que es doble de largo que la estatura y con aberturas para la cabeza y los brazos. Se cubren la cabeza con el *keffié*, pañuelo arrollado, una de cuyas puntas cuelga sobre la nuca y dos sobre las sienes. Sus cabellos, nunca cortados, caen en largas trenzas sobre sus hombros. Usan por armas el sable y á veces una maza, y siempre el *jerid*, especie de javelina que manejan con maravillosa destreza.

Vestidas las mujeres poco más ó menos del mismo modo, nunca se quitan su velo, y se cargan de sortijas, de zarcillos y de brazaletes: se tiñen de amarillo las manos y los piés (pues andan descalzas como los hombres), de encarnado las uñas, de negro los párpados, y á veces dibujan figuras en su cuerpo. Esto no las impide parecer hermosas á sus amantes y á los poetas, que encomian sus ojos, dulces y lánguidos como los de la gacela; sus caderas, atrevidamente pronunciadas, su talle flexible como el junco ó el jerid, las granadas de su seno, su negra y rizada cabellera, flotando sobre su cuello largo y gracioso como el del camello (12).

Costumbres.—El hombre se puede casar con muchas mujeres, aunque generalmente se contenta con una, ó á lo más dos cada uno; pero cambian á menudo de ellas, dado que el marido puede repudiar á la suya sin más pretesto que su antojo. El que aspira á la mano de una doncella envia á un amigo para que se la pida á sus padres: si ella consiente, da su padre el asentimiento: en vez de recibir un dote, debe señalárselo el esposo á su consorte para el caso en que la repudie. Algunos dias después del contrato, lleva el amante á sus futuros deudos un cordero que degüella, y esta sangre consagra la union. Se entregan al júbilo, y durante la fiesta, ocultándose la jóven esposa por medio de una fingida fuga, es cogida y llevada á la tienda levantada aparte para la noche nupcial. Si el matrimonio no es feliz, vuelve la mujer al seno de su familia, y el esposo no puede pedirla de nuevo; pero le asiste el derecho de impedir que contraiga otro enlace.

Los árabes no usan apellidos; y lo más frecuente es que se distingan por el nombre de su padre anteponiendo al suyo *ben* ó *eben*, que á veces los europeos han cambiado en *aven*, ó bien que deriven su apellido de su descendencia; asi Mahoma fué llamado *Abu'l Kassem*, padre de Kassem, y el primer califa *Abu'l Bekr*, padre de la vírgen. Esta palabra antepuesta *abu* significa en sentido metafórico, poseedor, dueño, inventor de alguna cosa. Los reyes imiaritas hacian preceder su nombre de la palabra *du*, en plural *adwá*, esto es, poseedor, propietario. Forman muchos nombres de *abd*, siervo, y *kader*, *raman*, fuerte, clemente, ú otra calificacion de la divinidad. Tienen con frecuencia algun título pomposo, pintoresco ó injurioso, como *Ayala* el inconstante, *Daldal* el trémulo, *al Mest* el borracho, *Asfar* el rojo, *al-Cherif* el ilustre, *al-Ahmed* el deseado, *Saddik-Alá* el testigo de Dios, *Emad el-Dulat* el sosten del Estado, etc. (13).

---

(11) Σκήνη tienda, pabellon. *Beduy*, habitante de la llanura, del desierto.

(12) Véase el Cantar de los Cantares.

(13) Si hubiera querido vulgarizar estos nombres, me habria separado extraordinariamente del uso; pues que diciendo el *Elogiado*, *Abraham*, *Benjamin*, *Salomon*, *Esclavo*

Dan á las jóvenes nombres expresivos, tomados de las gracias, de las virtudes, de la naturaleza: Sobeiha *aurora*, Redhya *dulce y agradable*, Nocima *graciosa*, Zahra *flor*, Saida *afortunada*, Amina *fiel*, Selima *pacífica*, Zahira *florida*, Safia *elegida y pura*, Naziha *deliciosa*, Kengie *tesoro*, Kethira *fecunda*, Maliba *bella*, Lobna *blanca como la leche*, Lulna *perla*, etc. Entre los árabes de España, el octavo dia después del nacimiento de un hijo era fiesta de familia, que se terminaba poniendo el nombre al recien nacido: el abuelo ó el padre, después de invocar á Alá, pronunciaba aquel nombre al oido del niño, luego lo repetia á los asistentes, y concluida la ceremonia se daba limosna á los pobres.

Impetuoso como su corcel, sobrio como su camello, el árabe es supersticioso, sanguinario, generoso, es ávido de cuentos y aventuras, y á trueque de oirlas pasa noches enteras con los ojos fijos en quien las recita. Este, modulando su voz en graciosa cantinela, relata su historia sin perdonar un detalle, una genealogia, un diálogo; y los oyentes se aficionan al héroe, participando de sus sentimientos y vicisitudes, compadeciéndose de sus infortunios, haciendo esclamaciones de admiracion cuando triunfa, y rogando á Dios por él cuando está en peligro.

Es para ellos una religion la venganza, que se trasmiten como una herencia, y el que perdona aparece á sus ojos como un cobarde: á veces aceptan el precio de la sangre, más con frecuencia castigan al inocente por el culpable. El menor insulto inferido á una honra escesivamente delicada, da márgen á esas represalias entre particulares; entre tribus, un pozo, un pasto, un rebaño, un caballo, una mujer; y duran largos años las guerras encendidas por lo que nada vale. Interviene la religion en estas sangrientas disputas imponiendo cada año cuatro meses de tregua sagrada.

Así como es implacable su venganza, no tiene límites su agradecimiento, y profesan ciega sumision el criado á su amo, el hijo á su padre, el subordinado á su jefe. Ociosos, graves, solitarios, muestran vivacidad cuando bailan, justan, improvisan. Si llega un extranjero, recibe una hospitalidad generosa, cualesquiera que sean su categoria y su patria: el fugitivo que ha alcanzado del jefe de una tribu que parta con él la sal ó el pan, es protegido contra toda especie de lazos ó de violencias. Agitándose en la Meca la cuestion de averiguar cuál merecia la palma de la liberalidad entre tres jeques, se despachó al punto en que se hallaban un árabe bajo la figura de mendigo para hacer la prueba. Dirigióse ante todo cerca de Abdalá, á quien encontró con el pié en el estribo, próximo á partir para un largo viaje. Después de haber oido el chaique la súplica del fingido peregrino le da su camello con cuanto llevaba, inclusas cuatro mil monedas de oro, sin reservarse más que su cimitarra. Va enseguida el suplicante en busca de Kais; un criado le dice que está durmiendo, aunque le ruega que acepte siete mil monedas de oro, únicas que tiene en casa, y da órden de que le entreguen un camello y un esclavo. Al levantarse Kais de dormir, aprueba lo hecho por su criado y solo se queja de que no le haya despertado. Entonces se encamina el peregrino hácia la mansion de Arabá, que andaba apoyándose en dos esclavos. Luego que ha oido su demanda dice: «Yo nada tengo, aun me quedan estos esclavos, admítelos;» y tendiendo los brazos á lo largo de las paredes gana á tientas su morada.

Estos cuentos y otros muchos de la misma clase, lisonjean la curiosidad del árabe, escitan y recompensan su generosidad. Con todo, el robo y el fraude en las transacciones no son más vergonzosos entre ellos que un honrado beneficio entre nosotros.

La perpétua independencia en que viven los árabes eleva su espíritu, ennoblece su carácter y no temen ni requieren el auxilio de ninguna otra nacion. Agenos á toda otra ostentacion son celosísimos de su nobleza. No pudiendo enlazarla como nosotros, á la propiedad territorial ó á las dignidades, la fundan sobre una larga série de ascendientes, cuyos nombres saben recitar á veces sin interrupcion hasta los patriarcas, así como los servicios ó molestias que sus padres y antepasados recibieron de los abuelos de cada una de las tribus que encuentran á su paso.

Cultura.—Tribus enteras son estrañas al uso de las letras. Sin embargo, los árabes conocian la escritura desde los tiempos más remotos (14): quizá cuneiforme. Poco antes de Mahoma se servian de la escritura llamada imiárica, en virtud de la dinastia que reinaba á la sazon en el Yemen. Varióse después por las diversas dinastias y sectas, y

---

de Dios, Rey justo, apenas habria podido entenderse que queria decir *Hamed*, *Ibrahim*, *Nasah*, *Suleiman*, *Abdalá*, *Malek al-Adel*. Aun terminándolo, como vulgarmente se acostumbra en Saladino, Boadino, etc., ya se pierde el *Saha-Aldin*, santo de la fé, el *Baha-Aldin*, adorno de la religion. Siguiendo la costumbre, respecto de algunas voces generalmente aceptadas, he escrito *Mahoma*, para distinguirlo de los muchos Mohamed ó Mahomed, como los árabes pronuncian lo que los turcos dicen *Mehemed*, *Califa*, *Musulman*, *Islamismo*; *Gibraltar*, *Genizaros*, *Mezquitas*, *Ommiadas*, *Egira*, *Visir*, por *Kalifah*, *Muslemim*, *al-Islam*, *Gebeltarik*, *Geniskeri*, *Meschid ó Mesquid*, *Ben Ommiyah*, *Hejera*, *Vazir*.

(14) Job (probablemente árabe), deseaba que sus palabras fueran escritas en la piedra ó en el plomo con buril de punta de hierro. Véase Mr. A. LANCI.—*Dissertazione storico-critica su gli omirene e loro forme di scrivere, trovate nei Codici Vaticani*. Roma, 1820.—SACY, *Memorias sobre el orígen y los antiguos monumentos de la literatura entre los árabes*. En las *Memorias de la Academia* t. IV.—SETSEN, *En las min. del Oriente*, t. II, pág. 283.—CASTIGLIONI, *Monedas cuficas del Museo de Milan*.

resultaron otras dos formas principales, la *cúfica* que empezó en el siglo III de la Egira; y la *neski* que está en uso actualmente (15); grababan los caractéres de la cúfica en huesos de carnero y de camello. Al pasar del alfabeto siriaco al cúfico, se confundieron muchas letras, y para diferenciarlas se introdujeron hácia el siglo IV de la Egira los puntos diacríticos (16).

Poesia.—La lengua de los árabes, animada, pintoresca, espresiva; su imaginacion viva y fecunda, y el entusiasmo de las pasiones les arrastran á la poesia. Esta consiste en una mezcla de verso y de prosa armoniosa, á la cual su idioma rico y flexible presta rimas en abundancia: frecuentemente la prosa es más poética que el verso, y así aquélla como éstos se encuentran echados á perder por juegos de ideas, cuyo objeto es más bien recrear el ánimo que conmover el corazon. Cuando se anunciaba un poeta era una fiesta para su tribu: sus amigos eran convidados á un alegre banquete, y la gloria de esta nueva adquisicion se proclamaba al son de trompeta. Reuníanse luego en las ferias de Okad, en el pais de la Meca, para disputarse allí el premio de la poesia, colgando sus composiciones escritas con letras de oro en la *Caaba*, donde se conservaban siete obras poéticas *(moallakas)*, anteriores á Mahoma, que habian alcanzado el triunfo entre las iracundas y orgullosas composiciones de sus ingenios. Porque no es la poesia de los árabes una obra de arte como la nuestra, ni está animada por ficciones míticas como la de los griegos y la de los indios, sino que es la espresion espontánea de pasiones ardientes, de deseos impetuosos, desahogos de amor, arranques de venganza; parábolas, enigmas, sentencias, en un lenguaje figurado y de imágenes desarregladas; ni aun su politeismo estaba poéticamente enaltecido ni ordenado científicamente.

Su más célebre poeta nacional es Antar, guerrero y pastor, quien copió al natural las costumbres de sus compatriotas, y cuyos cantos se encuentran todavia en boca de todos (17), aunque vivió hácia el siglo VI de nuestra era. La tradicion hace de él un esclavo negro, quien consiguió por sus hazañas conquistar la libertad y la hermosa Abla á quien amaba. Canta sus aventuras con la verdad y el sentimiento de un hombre que habla de sí mismo, sujetándose á la realidad. Su obra ha sido refundida varias veces, y tal vez recibió la forma que tiene en el dia en tiempo de Harun-al-Raschid.

Gobierno.—Un chaique, jefe de familia, ó un emir, jefe de tribu, gobiernan á los que dependen de él; pero su autoridad no llega hasta restringir la libertad personal, á castigar el crímen. Lejos de poder reprimir las enemistades privadas ó hereditarias, debe, por el contrario, asociarse á ellas. Limítase su mision á guiar á la tribu en las marchas ó contra el enemigo, á tratar de la paz ó de la guerra, á sugerir el modo de transigir las disputas. Aunque todo chaique sea generalmente elegido en la misma familia, puede ser depuesto siempre que se sepa que hay alguno de más edad que él, ó que le supere en valor ó en generosidad. Procuraron algunos adquirir más autoridad, haciéndose vasallos del shah de Persia ó de los césares de Constantinopla.

Acontecia á veces que varias tribus se reunian y entonces formaban un ejército, una nacion, si su aglomeracion se prolongaba. Las ciudades tenian formas de gobierno muy diferentes. Asi, la Meca se regia por una especie de oligarquia, y seis magistrados hereditarios, después ocho, y en fin, diez, constituian un senado presidido por el de más edad. Tambien algunas tenian reyes.

Religion.—Procedentes como los israelitas del femur de Abraham, tuvieron los árabes la misma religion que ellos, las mismas tradiciones y la cir-

---

(15) Se creia que el carácter neski no se habia inventado hasta el año 1000; pero posteriormente se ha probado que se usaba simultáneamente con el cúfico en los primeros tiempos. Existe en la Biblioteca Real de Paris un Coran con una nota del año 181 (797) en caractéres neskis.

(16) No hallándose estos puntos en las inscripciones ni en las monedas es difícil descifrarlas: de aquí proviene la estraña diversidad de las esplicaciones dadas por los orientalistas.

(17) En los *Recuerdos de un viaje á Oriente*, de ALFONSO DE LAMARTINE, se encuentra la relacion de Fatalia Sayeghir que viajó en compañia del piamontés Lascari, por órden de Napoleon; es uno de los relatos más curiosos de viaje que posee nuestro siglo; y sea ó no auténtico, allí se ve al árabe descrito completamente.

«El poema de Antar es la poesia nacional del árabe errante; son los libros santos de su imaginacion. ¡Cuántas veces he visto á mis árabes agrupados por la tarde en rededor de la lumbre de mi tienda, estirar el cuello, prestar el oido, dirigir sus miradas de fuego hácia uno de sus compañeros que les recitaba algunos pasajes de aquellas admirables poesias, mientras que elevándose una nube de humo de sus pipas, formaba encima de sus cabezas la atmósfera fantástica de los sueños, y nuestros caballos con la cabeza inclinada sobre ellos parecian tambien atentos á la voz monótona de sus amos! Me sentaba no lejos del círculo, y escuchaba tambien, aunque sin comprender, pero comprendia el sonido de la voz, los gestos de las fisonomias, el temblor de los oyentes; sabia qué era poesia, y me figuraba cuentos tiernos, dramáticos, maravillosos, que me recitaba á mí mismo. De esta manera es como al escuchar una música melodiosa ó apasionada, creo oir las palabras, y como la poesia de la lengua cantada me revela y dice la poesia de la lengua escrita. Añadiré que jamás he leido poesia comparable á la que oia en la lengua ininteligible para mí de los árabes. Siendo superior siempre la imaginacion á la realidad, creia comprender la poesia primitiva y patriarcal del desierto; veia el camello, el caballo, la gacela: veia el oasis elevando sus copas de palmeras de un verde amarillento por encima de los inmensos montes de arena roja, el combate de los guerreros y las jóvenes bellezas árabes robadas y rescatadas de nuevo en la pelea y reconociendo á sus amantes en sus libertadores.» LAMARTINE.

cuncision. Pero no habiendo sido refrenada en ellos la inclinacion á la idolatria, como entre los hebreos, por las admoniciones de los profetas, se abandonaron á ella desde muy antiguo. Los sabeos, creian en un solo dios, pero al mismo tiempo adoraban los astros, ó las inteligencias que los dirigen. Procuraban perfeccionarse con la práctica de las cuatro virtudes intelectuales, para no sufrir los nueve mil siglos de suplicios reservados á los malos. Oraban tres veces al dia; al salir el Sol con ocho adoraciones, prosternándose tres veces para cada una; al medio dia y por la tarde con cinco adoraciones. Verificaban estas devociones con el rostro vuelto hácia el Mediodia, ó hácia el astro que veneraba (*Kebla*) cada tribu; estos eran, el Sol para los imiaritas, la Luna para los de Canenah, Mercurio, Júpiter ú otros cuerpos celestes para otras. Habian construido á los siete planetas otros tantos templos célebres. El de Beit-Gomdam, en Sanaa, capital del Yemen, estaba consagrado al planeta de Venus. Representaban sobre el talisman los signos del zodiaco y de las constelaciones. Estaban dedicados los dias de la semana á los siete ángeles que presidian á los planetas.

Consideraban á aquellos ángeles como mediadores entre el hombre y el Ser supremo, al cual daban el nombre de *Allah Taala*. Se llaman las divinidades subalternas *al-Ilahat*. Oyendo estos nombres los griegos sin comprenderlos, y adaptándolos todos á su propio uso, dijeron que los árabes adoraban á Oratalt y Alilat, que correspondian á Baco y á Urania (18). La ciudad de Haram, en la Mesopotamia, el templo de la Meca y las pirámides de Egipto, donde duermen Enoc y Sabi, autores de su religion, eran sagrados á sus ojos (19).

Otros practicaban una idolatria más tosca. Independientemente de la divinidad propia de cada tribu, todo padre de familia se creaba otras particulares y domésticas, como los dioses lares de los antiguos pueblos itálicos, que eran los primeros que se saludaban al entrar en la casa y los últimos á quienes se decia adios al salir de ella. Otros veneraban piedras informes; supersticion que procedia tal vez de la costumbre de los ismaelitas, que llevaban consigo cuando se alejaban de la Meca, alguna piedra del pais natal. Esto es lo que hacian tambien los moros modernos, cuando la guerra santa les llamaba contra los cristianos, y tenian en las manos estas piedras mientras que recitaban sus oraciones.

Cuéntase que los Beni Hanifa formaron un dios de pasta, al cual se comieron después en una gran carestia que hubo. Probablemente en la Meca se admitirian las divinidades de todas las tribus, para que de este modo se aumentase el concurso de los peregrinos, por lo cual se contaron allí hasta trescientos sesenta ídolos; numeroso calendario, que prueba la union de la idolatria con el sabeismo. Ni es extraño lo que afirma Azraki, á saber, que entre los ídolos de Meca habia tambien una imágen de la Virgen con el niño en los brazos. Se introdujo el culto del fuego entre los árabes por los magos, con la doctrina de los dos principios. Pero todos los dogmas se alteraron entre ellos por las supersticiones feroces, que llegaron hasta inmolar niños, y á esponer ó dar muerte á doncellas en honor de los dioses.

Los primeros padres del género humano que habian visto en el Paraiso una casa, ante la cual se prosternaban los ángeles en adoracion, quisieron imitarla sobre la tierra, y Abraham ó Ismael, construyeron en la Meca, con sujecion á su modelo, la *Kaaba*, ó habitacion cuadrada, santuario de toda la Arabia. Conservábase allí la piedra negra, núcleo primitivo de la tierra, rubí brillante en otro tiempo, que al caer del cielo iluminó toda la Arabia con las claridades de la aurora (20). Se empañó y volvió negro á medida que los hombres se pervirtieron, para volver á aparecer brillante en el dia del juicio. Iban los devotos todos los años en peregrinacion á visitar esta casa, dando siete veces la vuelta con presurosa planta, besando otras siete la piedra negra, recorriendo otros tantas las montañas comarcanas, desde donde arrojaban piedras al valle de Mina. Terminábase la ceremonia con el sacrificio de camellos y carneros, cuya lana y cuernos eran enterrados en el suelo sagrado. Enviaban los reyes imiaritas una tela de lino de Egipto para cubrir la casa, como en el dia el Gran Señor la envia de seda y oro.

Historia.—Se podria, aun en los tiempos de ignorancia, como los árabes llaman los anteriores á Mahoma, recoger si se quiere, toda la série de antecesores de cada familia; pero por lo que respecta á una historia, no poseen ninguna cierta. Hemos visto con harta frecuencia lo mal que se adoptan al carácter oriental la exactitud de las fechas, la discusion crítica y el apoyo de los comentarios; piérdese la realidad en medio de los excesivos adornos accesorios; ni es posible distinguir, al través de la rosada niebla, la verdad de la fábula, los héroes de los dioses, los hechos de las hipótesis, los relatos del mito; y hay veces en que las formas de una crónica árida encubren la más caprichosa ficcion.

Parece que los árabes salieron varias veces de su pais para hacer no tan solo incursiones, sino tambien conquistas, sobre todo en Egipto; y los reyes pastores, cuya dominacion sufrió el Nilo, parecen pertenecer á su raza. El fabuloso Sesostris

(18) Herodoto, lib. III, 8.—Estrabon, lib. XVI.—Arriano.

(19) Véase Herbelot, Pocoke, Hyde, *De rel. vet. persar.* Prideaux, *Connection of the history of old and new Testament.*

(20) Los aerolitos se veneraban tambien en Pafos, Hierápolis y Efeso.

elevó contra ellos una muralla de mil quinientos estadios, que se estendia de Pelusa á Heliópolis (21); se dice tambien que atravesó el golfo Arábigo por Direa, es decir, por el estrecho de Bab-el-Mandeb, y se supone que se refieren á su invasion los edificios de estilo egipcio que se encuentran en la península. Proyectaba Alejandro someter los árabes, por ser los únicos que no le habian enviado tributo; pero la muerte le evitó quizá la vergüenza de un descalabro, y continuaron inquietando con sus escursiones el Egipto, la Persia y la Siria. Jamás extranjeros (si penetraron alguna vez) se establecieron en sus áridos desiertos; y no era posible avasallar una nacion que trasladaba su patria acá y allá, sobre dromedarios y caballos, en los lugares en que estaba segura de no tener que sufrir lazos. Solamente algunas tribus, establecidas en los confines de las tierras cultivadas, pudieron proporcionar ocasion á los romanos de alabarse de haber subyugado á los árabes. Lúculo llevó hasta allí sus escursiones; Pompeyo tomó á Areta en la Arabia Petrea; Augusto envió el año 24 después de Jesucristo, á Galo á la cabeza de un buen cuerpo de tropas para someter la Arabia, pero sus proyectos se frustraron completamente. Palma, lugarteniente de Trajano, redujo á la obediencia un distrito de la frontera, que fué restituido poco tiempo después; de modo que hasta el orgullo latino confesaba que los árabes eran invencibles (22).

Los historiadores extranjeros nos enseñan poco más sobre lo que les concierne. Hacen mencion sus tradiciones de Yoctan, quien habiéndose establecido en el Yemen, fué coronado allí con una guirnalda de frondosos mimbres. Engendró á Yarab, llamado el padre del Yemen, quien fué el primero que recibió esta salutacion después tan en uso: *Aleja las maldiciones;* y Yoram, que fundó el reino de Hedjaz. Conservóle su tribu hasta la llegada de Ismael, hijo de Abraham; fué entonces rechazada, pereciendo después en una inundacion.

De Yarab nació Yahsseb, llamado después Saba, héroe que empezó á hacer conquistas y empleó á sus prisioneros en construir la ciudad que llevó su nombre, así como los fuertes de la provincia de Mareb. Obtuvo los honores divinos é introdujo el culto de los astros. Imiar, su hijo mayor, dió su nombre á la dinastia de los Imiaritas. Tuvo por sucesor á su hermano Cahtan, cuyos hijos fueron destronados por Naman, apellidado Moacker. Tomaron sus descendientes el título de Tolba (*perteneciente*) y llevaron sus conquistas hasta las fronteras de la China, si no miente la vanidad. Pero es cierto que su dominacion se prolongó más que la de ninguna otra familia, puesto que duró veinte siglos.

Para fecundar el Mareb, donde se elevaba Saba, se habian reunido en un lago artificial las aguas de los manantiales y de los terrenos comarcanos; pero habiendo cedido los diques, á pesar de su solidez estremada, se escaparon las aguas con violencia y talaron el pais que antes habian hecho fecundo. Ocho tribus abandonaron la comarca atacada de esterilidad (23) y parte de ellas se establecieron en la Mesopotamia, donde tomaron su nombre de los jefes árabes las provincias de Diar-Bekr, Diar-Modar, Diar-Rabia. Fundaron los demás los dos reinos de Gassan y de Hira; el primero en la Siria Damascena, donde duró seis siglos bajo diferentes príncipes llamados por los griegos Aretas: el segundo en el Irak, donde no tuvo menor duracion bajo el patrocinio del shah de Persia, de quien sus príncipes se habian reconocido vasallos.

Las tribus que permanecieron en el Yemen continuaron en la obediencia de sus antiguos príncipes. Consta que se refugiaron allí gran número de hebreos después de la destruccion de Jerusalen por Nabucodonosor, y otros, consumada ya su ruina por Tito, y tambien cuando los arrojó Aureliano de Palmira, en donde Zenobia les habia dado asilo. Introdújose allí el cristianismo en tiempo de Valente, convirtiendo á él los monjes de la Siria á los sarracenos Gasanidas. Fué enviado Teófilo por órden de Constantino á predicar el Evangelio á los Imiaritas, aunque lo hizo siguiendo los errores de Arrio, de que abjuraron después.

Al-Numan, rey de Hira, llamado tambien Abu-Kabus, encontrándose ébrio cierto dia, habia hecho enterrar vivos á dos de sus amigos; arrepentido más tarde, construyó un monumento á la memoria de cada uno de ellos, y fijó dos dias en el año, nefasto el uno y el otro feliz, sentando como regla inviolable que toda persona que compareciese ante su presencia durante el primero seria condenado á muerte y ejecutada sobre el sepulcro de sus víctimas, debiendo esperar que se le presentase en el segundo solo dones y mercedes.

---

(21) Diodoro de Sicilia, I. Véase t. I, págs. 104 y 105.

(22) Horacio decia, I, 29: *Non ante devictis sabeæ regibus.* III, 23: *Intactis Arabum thesauris.*

Y Propercio.

India quin, Auguste, tuo dat colla triumpho,
Et domus intactæ te tremit Arabiæ

(23) Designan los árabes este acontecimiento con el nombre de *Seil-elarim,* torrente de los diques. Dice el Coran en el capítulo XXXIV: «Los descendientes de Saba vieron en su habitacion un signo de nuestra omnipotencia. A derecha é izquierda habia dos jardines: *Alimentadlos,* les fué dicho, *con los dones de nuestro Señor, y dadle gracias...* Pero fueron rebeldes y enviamos el torrente de los diques. En vez de los dos jardines de que gozaban en un principio, les hemos dado otros dos que solo producen amargos frutos, tamarindos y algunos lotos.»

Sacy *(Memorias sobre diferentes acontecimientos de la historia de los árabes antes de Mahoma)* supone que este dique fué construido por Lokman, hijo de Ad, y refiere su ruptura al año 210, ó á lo sumo, al año 170 de la era vulgar, á la par que Gosselin la colocaba en el año 374 antes de Jesucristo: Schultens en 30 ó 40 después de Jesucristo. Perron le señala la fecha de 553 antes de Mahoma.

Un árabe de la tribu de Taiy, que habia acogido y auxiliado al rey en ocasion que éste se habia estraviado en la caza, fué al palacio precisamente en el dia nefasto. Dos leyes igualmente sagradas se hallaban en lucha entonces, el respeto á la hospitalidad y á la palabra real. Considerándose el príncipe más ligado á esta última, despidió á su huésped con ricos presentes, con la condicion de que tenia que volver para sufrir la muerte en el siguiente año. Un cortesano, que por compasion se habia ofrecido como fiador, garantizó su vuelta. Concluíase el año sin que el árabe se presentase, y el rey que veia con placer que de este modo salvaria la vida de su bienhechor, apresuraba el suplicio del que habia respondido de su palabra. Pero antes de que el dia fatal hubiese terminado, el árabe, que con grande esfuerzo se habia arrancado del lado de su desconsolada familia, se presentó en cumplimiento de su promesa. Admirando el rey su generosidad, le preguntó por qué no habia tratado de libertar su vida; y habiéndole respondido que su religion se lo prohibia, en atencion á que seguia la ley de Cristo, quiso el rey conocerla; hízose instruir en ella, y fué bautizado con todos sus súbditos (24). De este modo se encontró el reino de Hira cristiano jacobita, llegando á ser un asilo para todos aquellos que eran perseguidos en otra parte. Dos obispos jacobitas de los árabes tenian sus sillas el uno en Akula, cerca de Bagdad y el otro en Hira, con el título de obispo de los árabes senitas de la tribu de Thalaab, los dos dependientes del maftian de Oriente.

Refieren asimismo que los judios del Imiar provocaron á sus vecinos, los cristianos, á una discusion pública. Discutióse por espacio de tres dias al aire libre en presencia del rey, de los grandes y del pueblo, hasta que los judíos, no teniendo otra razon que alegar dijeron: *Pues bien: si es cierto que vive Cristo y que puede oir las oraciones de sus adoradores, que se muestre y lo adoraremos.* En aquel instante se oscurece el cielo, en medio de los relámpagos y del destrozo del rayo, aparece Cristo circundado de gloria y esclama: *Aquí teneis á aquel á quien sacrificaron vuestros padres.* Dice y desaparece. Los cristianos se prosternaron repitiendo *Kyrie eleison*, permaneciendo los judios ciegos hasta tanto que recibieron el bautismo (25). A pesar de esto, prevalecieron los judios en el Imiar, persiguiendo Du-Navass á los cristianos, más bien por celo hácia aquella religion que por otro cualquier motivo. Refugiáronse en la Etiopia, en donde el negusc Elesbaas, no contento con acogerles con la mayor benevolencia, resolvió, instigado por el emperador Justino I, hacer la guerra en Arabia á Du-Navass, quien se vió obligado á arrojarse al mar. Cuatro príncipes etíopes dominaron entonces en el Yemen, hasta el momento en que el imiarita Seif consiguió (539), con ayuda de Cosroes Nuschirvan, arrojarlos del pais. Habiéndole asesinado á su vez los partidarios de los etíopes, obedeció el Yemen á príncipes nombrados por el rey de Persia, y de los cuales el último, Basan, se sometió á Mahoma.

Una de las tribas del Yemen, á quien hizo emigrar la inundacion, fué guiada á la comarca de Acc por Amru-Ben-Amer, jefe de los calánidas: otra, la de los joctánidas, se detuvo en Jatreb: otra más fué llevada por Cozai á Bat-el-Mar, cerca de la Meca, y de allí provinieron los cozaitas. Pero el Hedjaz se hallaba bajo la dominacion de los jomaritas, vástagos del tercer hijo de Joctan: gobernaban la Meca, custodiaban la Caaba y la fuente de Zemzem, empleo sagrado que daba una importancia política y lucro á causa de las peregrinaciones. Pero como maltrataban á los que se dirigian á la casa santa y se apropiaban sus donativos, suscitáronse disensiones entre ellos y los ismaelitas, que consiguieron espulsarlos y repelerlos al Yemen. Los cozaitas que habian prestado ayuda á los hijos de Ismael, se abrogaron la custodia de la Caaba (464) y la conservaron dos siglos y medio, hasta el momento en que Roxa, progenitor de Mahoma, la hizo pasar á la familia de los Coreisc, que era de su tribu, asegurándole de esta suerte la supremacia entre los árabes.

Habiendo querido introducir cada tribu sus ídolos en la Meca, se llegaron á contar hasta trescientos sesenta, número que concordaba con las ideas de los sabeos. Representaban hombres, gacelas, águilas, leones, y entre ellos ocupaba el primer lugar la efigie de Ebal, de ágata rojiza, con siete flechas sin plumas en la mano, símbolos adivinatorios. Abrah-el-Ascran, rey etíope del Yemen, declaró la guerra á este culto material (570), y puso asedio á la Meca; pero Abdol Motalleb que la custodiaba, se mantuvo en su puesto, repeliendo á los elefantes y á las tropas del enemigo. Habiéndose hecho proposiciones para entrar en acomodos, Abdol solicitó que se le devolvieran sus rebaños. *¿Por qué*, preguntó Abrah asombrado, *no imploras más bien mi clemencia respecto del templo amenazado?* — *Consiste*, respondió el coreiscita, *en que los rebaños son mios y en que la Caaba es de Dios, quien sabrá defenderla.* Dios la defendió efectivamente, porque una bandada de pájaros lanzó una porcion de guijarros contra los enemigos, que levantaron el sitio en desórden, llevando las señales en todo el cuerpo (26).

(24) Al-Meidavi y Amhed Ebu-Jusef, en POCOKE, *Specimen*, p. 72.

(25) Tal es la relacion de Gregencio *(Disput. cum Herbano Judæo)*, obispo de Tefra (Dhafar?), que defendia la causa del cristianismo. El mahometano Massudi nos proporciona otro milagro. Habiendo hecho Du-Navass encender una gran hoguera para precipitar en ella á los cristianos que no renegaban de su fé, una mujer que tenia en sus brazos á su hijo de pecho, se mostraba indecisa, cuando el mismo niño habló, recordándole un fuego mucho más temible. Confesó entonces la fé en voz alta y se arrojó con su cria á las llamas.

(26) ¿Aludirá esto á las viruelas?

No hallamos mejor medio de dar una idea de la civilizacion árabe de aquella época é introducir al lector al conocimiento de la moderna, que trasladar una conversacion entre Cosroes Parvis y Numan, principillo árabe, que dominaba sobre las tribus orientales bajo la dependencia del rey de Persia y residia en Hira, á orillas del Éufrates (27). Numan encontró en la córte de Persia á los embajadores de Bizancio, de la India y de la China: como aquellos extranjeros ponderaban á porfia el poder de sus soberanos, el número de sus fortalezas, la estension y la opulencia de sus ciudades, Numan se puso tambien á ensalzar á los árabes y á colocarlos sobre todos los pueblos del mundo sin esceptuar á los persas.

Sintióse ofendido el orgullo del emperador Cosroes y dijo al rey de Hira: «Numan, he tenido ocasion de comparar la condicion civil y política de los árabes con la de los demás pueblos, de quienes recibo diputaciones anuales; y he encontrado entre los griegos una bella armonia, un poder político de los mejor órganizados, muchas ciudades grandes y pequeñas, soberbios edificios, una ley (religiosa) que determina lo que es lícito é ilícito, reprime la insolencia é impone un freno á la temeridad. He encontrado que los indios poseian estas ventajas y muchas otras, un pais bien regado, una vegetacion magnífica, frutos esquisitos, perfumes, una gran poblacion, una industria maravillosa, costumbres suaves, preceptos de alta sabiduria, métodos de cálculo muy exactos (28). He admirado entre los chinos la fuerza del lazo social, el número y perfeccion de las artes manuales, de las máquinas de guerra, obras de hierro. Además, en todos los pueblos encuentro un gobierno regular, en el que todos obedecen al rey: hasta los turcos, hasta los kazares, que á pesar de su pobreza, la esterilidad de sus campiñas, el pequeño número de sus fortalezas, la falta de los primeros bienes de la civilizacion, como son buenas casas y buenos vestidos, tienen un rey que los reune en derredor suyo y vela por su conservacion. Pero entre los árabes no encuentro una sola de estas escelentes cosas ni en lo espiritual, ni en lo temporal: no tienen fuerza ni estabilidad. Y lo que demuestra cuán inferiores son á las demás naciones, es su clase de vida, poco diferente de la de las bestias feroces y de la de las aves de rapiña, con las cuales están en sociedad. Añádase á esto que degüellan en la cuna á sus hijos por no verlos padecer con el hambre; que viven en perpétua guerra de tribu á tribu, dándose muerte y robándose entre sí para tener que comer; que están privados de todos los goces de la vida, sin conocer vestiduras ricas, sin cocina delicada, ni buenos vinos, ni diversiones. Los que entre ellos hacen alarde de delicadeza y se entregan á los placeres de la mesa, encuentran esquisita la carne de camello, la que sin embargo es pesada y deja un sabor desagradable que produce náuseas. Si algun beduino ha acogido á un extranjero bajo su tienda y le ha ofrecido una bagatela, se habla de ello en todo el desierto como de un gran acontecimiento. Alaban en alta voz los poetas su hospitalidad, y su tribu está henchida de orgullo. Tales son los árabes, Numan: esceptúo no obstante la familia de los Tankidas (29), á los cuales mi abuelo (30) aseguró la autoridad, libertándoles de sus enemigos, y cuyo pais ofrece algunos monumentos, fortalezas, ciudades florecientes; en fin, alguna cosa que se asemeje á obras humanas. Pero vosotros, pobres beduinos, raza desgraciada, hubiera creido que la conciencia de vuestra miseria os impediria contaros entre los que gozan de bienes que os son desconocidos. Por el contrario, os enorgulleceis, os alabais, pretendeis la preeminencia; esto es intolerable.»

Numan respondió: «¡Dios aumente la prosperidad de tu imperio! Existe en la tierra una nacion á quien su brillante fortuna eleva más allá de toda comparacion, y tú la gobiernas; pero dejándola fuera puedo refutar todas las acusaciones del rey, y creo poder demostrar la superioridad de los árabes, sin contradecir y desmentir las palabras reales. Asegúrame que nada tendré que temer de tu cólera y yo te convenceré.»

—«Habla, dijo Cosroes, nada tienes que temer.»

Numan repuso entonces: «Por lo que hace á tu pueblo ¿quién puede negarle la supremacia? Posee los dones de la inteligencia, un vasto territorio, una grandeza política que nadie disputa y el favor insigne de vivir bajo tus leyes y las de tus abuelos. Pero después de él no veo otro que en comparacion de los árabes no se halle vencido...

—»¿Vencido? ¿Y en qué? esclamó Cosroes.

»En independencia, hermosura, nobleza, generosidad, poesias y proverbios, fuerza y penetracion de espíritu, desprecio de toda cosa terrenal, horror á todo yugo, probidad, fidelidad á las promesas. Libres como el aire, se mantienen los árabes desde remotos siglos, huéspedes y amigos de Cosroes, de aquellos grandes reyes que conquistaron tantas provincias, redujeron á tantos pueblos á la esclavitud, guiaron tantos ejércitos á la victoria y fundaron un tan vasto imperio. Tuvieron que alabarse aquellos ilustres monarcas de la amistad de los árabes, y no cesaron de honrarles á fin de que na-

(27) Está sacada del *Kitab-Alickd*, del compilador Ebn-Abd-Rabbu de Córdoba, que se apoya en el célebre *rawi* Ebn-Alkalbiy, ó Abu'l Mundir Hischam.

(28) Se encuentra uno inclinado, segun esto, á restituir á los indios los descubrimientos matemáticos que se atribuyen á los árabes.

(29) La familia Imiriata, que gobernaba el Yemen al principio del islamismo...

(30) Cosroes el Grande ayudó á Seif, hijo de Du-Yazan, á vencer al usurpador etiope. Pero, segun Abu'l Feda, solamente le proporcionó algunos centenares de malhechores sacados de las prisiones.

die se atreviese á atentar á su independencia. Sus caballos son sus fortalezas, la tierra su lecho, el cielo su techumbre, sus alfanges sus baluartes, su constancia sus máquinas de guerra; muy diferentes de otros pueblos, cuya fuerza y defensa consisten en montones de piedras y tierra, en torres y fosos. Basta enseguida verlos para preferir su persona á la de los indios cobrizos, de los chinos deformes y famélicos, de los turcos repugnantes, de los griegos encarnados como si estuvieran desollados. Su genealogia y el caso que hacen de ella bastaria para distinguirlos de las demás naciones. No encontrarás fuera de la Arabia un pueblo que no haya olvidado una gran parte de su orígen, hasta el punto de que si tú pidieras á cualquier otro que á un árabe el nombre de su bisabuelo y aun de su abuelo, no lo sabria. Por el contrario, entre nosotros, no encontrarias á nadie que no pudiese nombrar sus padres, hasta la vigésima generacion, sin omitir un grado. Asi conservan los árabes la memoria de lo pasado y de las parentelas; nadie entre los beduinos puede alegar ser de otra familia que de la suya, ni decirse nacido de otro que de su padre.

»La generosidad es una virtud árabe, sobre todo en la hospitalidad: si el pobre beduino que posee por todo recurso una camella y su pequeñuelo, recibe de improviso un viajero sorprendido por la noche, al cual bastaria una gota de leche para humedecer sus labios, no titubea en sacrificarle su camella, y consiente en perder todo su haber para adquirir la reputacion de hombre generoso y hospitalario. Su lengua, su literatura, sus máximas filosóficas, y todo lo que se refiere á ello, es el más bello don que el cielo haya hecho á la tierra. La poesia árabe es armoniosa, variada, sonora; sus rimas, perfeccion de lenguaje métrico, es lo que hay más dulce al oido. Añádase á esto el talento del poeta y de los oyentes, que todos poseen conocimientos prácticos, saben decir á tiempo un proverbio, brillan en las descripciones y tienen á su disposicion palabras que en vano se buscarian en otra parte. Nadie disputa en contra de que sus caballos son los primeros del mundo; sus mujeres las más castas, sus vestidos los más airosos que pueden imaginarse; tienen minas de plata y oro, las piedras de sus montañas son ónices; su cabalgadura es el dromedario, la mejor de todas, la única en la cual se puede atravesar el desierto.

»Por lo que respecta á la religion y las leyes que se derivan de ella, les prestan una obediencia absoluta. Tienen meses sagrados, una tierra santa, una casa á donde van en peregrinacion; celebran los misterios é inmolan víctimas. Si un árabe encuentra allí al asesino de su padre ó de su hermano, por fácil que le sea castigarle, no lo hará, porque el honor y la religion prohiben la venganza en el territorio sagrado. Basta decir, por lo que respecta á su lealtad, que se mantienen unidos por una mirada, por un gesto, cuyo significado sea conocido; hasta tal punto, que la obligacion contraida por aquel gesto no cesa sino con la vida. El árabe que quiere pedir prestado, cogerá una rama donde se encuentra, la dará á su prestamista, y éste no exigirá mayor garantia, sabiendo que aquella rama tiene tanto valor como una obligacion firmada ante testigos. Si un hombre del desierto sabe que alguno, después de haber reclamado su proteccion ha sucumbido á los golpes de un enemigo, lejos del protector á que habia invocado, se considera como obligado á perseguir al asesino hasta el esterminio de la tribu del ofensor ó del vengador. Un homicida, un hombre perseguido por el odio ó por la justicia, llega á refugiarse cerca de una familia con la que no le une ningun lazo de parentesco y á la que ni aun siquiera conoce, es acogido allí; y desde este momento, la vida del refugiado es más preciosa para aquella familia que la de sus miembros.

»Nos haces cargo de dar muerte á los hijos por no verlos padecer de hambre; pero reflexiona que solo las doncellas están espuestas á perecer de muerte violenta, sea por temor de que creciendo la que acaba de nacer llegue á ser oprobio de su familia, ya por un esceso de celos y pudor que es frecuente entre los árabes. El padre que casa á su hija, se cree deshonrado si la entrega á un estraño capaz de maltratarla.

»Has censurado, oh rey, que los árabes encuentren exquisita la carne de camello, pero al paso que tú la juzgas grosera, casi todos los beduinos rechazan las demás como inferiores á ésta; en una palabra, desprecian lo que vosotros estimais. El camello es para ellos una cabalgadura y un alimento, por que les proporciona la más delicada leche que se conoce, y una carne abundante, suculenta, gorda, tierna y saludable, superior en suma á las demás bajo todo concepto.

»Las guerras intestinas, las incursiones de tribu á tribu son la vida natural de los árabes, y las prefieren á un gobierno regular que les obligara á prestar obediencia á reyes. Otras sociedades confiesan su propia debilidad sometiéndose á uno solo. En efecto, conferir á manos agenas el poder supremo, es reconocerse incapaz de gobernar por sí propio, de hacerse respetar en lo interior y entre los extranjeros. El temor de una gran invasion determina á una nacion á tomar por jefe á un grande, es decir, á uno de los más capaces y de los más considerados. Administra justicia, manda los ejércitos, y eleva á los nobles á mayor altura que á los demás, ó mejor dicho, es el único del reino que posee dignidad y nobleza. En la sociedad árabe las virtudes regias son muy comunes; generosidad, rectitud, magnanimidad, valor, son tan vulgares entre sus miembros, que todos se llaman reyes. Nadie consiente en pagar tributo á quien quiera que sea, y horroriza la idea de una sumision que tenga punto de semejanza con la esclavitud.

»Has hecho escepcion en favor del Yemen ¡oh Cosroes! Tu abuelo y tu padre supieron lo que

vale un rey de Imiar, y el rey de Imiar sabe lo que valen los árabes del desierto. Cuando el rey de Imiar vencido por el etíope y espulsado de su reino llegó á pedir ayuda á tu abuelo, le pareció cosa tan miserable al gran Nuschirvan, que no se dignó tomar las armas en su favor. Dirigióse, pues, á sus vecinos del desierto, que venturosamente correspondieron á sus esperanzas. Así, si no hubiera hallado entre ellos hombres que supieran herir con la lanza y acribillar de dardos á los *abhrar* y estrechar de cerca á los *kuffar*, jamás hubiera vuelto á ver su pais.»

Cosroes admiró la elocuencia de Numan, y al despedirle le regaló un traje completo de su guardaropa (31).

No queremos dar á esta amplificacion más importancia que á aquellas con que los historiadores clásicos han engalanado sus narraciones; pero á semejanza de estas últimas nos revela las costumbres y las opiniones del tiempo: es de tanta más estimacion por cuanto tiene doce siglos de fecha y está comprobada con lo que pasa en la sociedad moderna. En efecto, los árabes se adhieren en estremo á sus usos, como todos los pueblos orientales, y continuan su antiguo género de vida (salvo el infanticidio) en las comarcas donde no han penetrado los turcos: especialmente los anazes al Norte de la península y los jafes, soberanos del Adramot, últimos representantes de la independencia ismaelita.

---

(31) Este relato fué traducido en 1839 por Fulgencio Fresnel, que visitó aquella península, observando especialmente las costumbres y tradiciones que puedan servir de comentario á las de la antigüedad. Todavia se habla la lengua de los imiaritas en Mirbat y en Zafar, con gran número de vocablos hebreos: igualmente se han conservado una porcion de tradiciones patriarcales. Son completamente distintos los moradores de la ciudad, del campo y del desierto. Los primeros son, como en todas partes, comerciantes, propietarios, artesanos, legistas. Los del campo están reunidos en aldeas y se dedican al cultivo. Los del desierto viven en un todo separados de los demás, siempre libres de dominacion extranjera como en otro tiempo los naturales del Assir, pais montuoso entre el Hedjaz, el Tiama y el Yemen propiamente dicho. Miran los árabes y los turcos como una de las más difíciles empresas someter á aquellos suizos de la Arabia, á quienes el fervor del islam no indujo á llevar lejos su religion y sus armas. Hácia el Djezan, la circuncision es una operacion atroz, porque se desuella toda la parte cuando el hombre es ya adulto, y en presencia de su novia, que le rechazaria si lanzara un gemido. Estos montañeses detestan á los turcos, y no desperdician ocasion de arrojarse hácia el Mediodía sobre el Yemen, y al Norte sobre el Haram sagrado. El Yemen está repartido entre muchos chaiques, y sus moradores, lejos de aborrecer á los extranjeros, no desean en su molicie más que depender de un gobierno bastante fuerte para protegerlos. En su consecuencia el bajá de Egipto mantiene fácilmente en sumision á las opulentas ciudades del Yemen, á la par que no hace la guerra á las pobres aldeas del Assir más que para asegurar el paso de las caravanas. Tambien eluden su dominacion los vahabitas orientales que moran entre Medina y el Nedjid. Esta poblacion, que une la vida del beduino á la del agricultor, posee los mejores caballos y camellos sin número, con los cuales huye al desierto cuando el virey pretende reclutar gente para sus ejércitos. Véase el *Boletin de la Sociedad de geografía*, mayo y junio, 1839.

CAPÍTULO II

MAHOMA.

Habia en la tribu de los coreichitas, descendiente de Ismael, hijo de Abraham, y una de las principales entre los árabes, como ya hemos dicho, porque estaba encargada de la custodia de la Kaaba, una familia ilustre, la de Haschem, que durante una gran carestia habia empleado sus riquezas, ganadas en el comercio, en mantener á los habitantes de la Meca. Abdol-Motalleb, su hijo, defendió la ciudad en una ocasion en que fué invadida por los abisinios. Vivió ciento veinte años, y engendró seis hijas y doce hijos, entre los cuales era objeto de su predileccion Abdalá: éste debia ser inmolado á consecuencia de un imprudente voto hecho á los dioses de la patria; pero Abdol rescató su vida al precio de cien camellos. Este era el más gallardo entre los hijos de Ismael, y cuando se casó con Amina, flor de la ilustre familia de los Zaritas, se murieron de celos doscientas doncellas.

En la solemnidad con que se celebra el nacimiento de un hijo varon, quiso el abuelo que se diera al recien nacido, único fruto de este enlace, no un nombre usual en la familia, sino el de Mahoma (1), en la confianza de que Dios habia de glorificarle. A los dos meses perdió este niño á su padre, y á su madre á los seis años, y quedó sin más herencia que cinco camellos, una esclava negra y la proteccion de Abdol-Motalleb. Este le recomendó al morir á Abu-Taleb, su hijo, que vino á ser jefe de los coreichitas y el primero de la Meca. Le dedicó al comercio, y á la edad de doce años le llevó consigo á Siria. Allí, en un monasterio de Bosra, un monje nestoriano, llamado Bahira ó Sergio les acogió cortesmente, asombrado de las respuestas sensatas, de las espresiones precisas y de la sinceridad del joven; le predijo un porvenir glorioso, é invitó á su tio á que le preservara de las asechanzas de los judios (2).

---

(1) *Mahamad*, alabado, glorificado: tuvo por sobrenombre *Abu'l Cassem*. No se sabe á punto fijo la fecha de su nacimiento, que se supone de 570 á 578. Los almanaques musulmanes la fijan el dia 12 del mes Rabie primero.

No poseemos una sola vida de Mahoma escrita por contemporáneos. El mejor de sus biógrafos, ABU'L FEDA.—*De vita et rebus gestis Mohamedis, ed. Reiske.* Copenhague, 1789 vivia en el siglo XIV. La más segura fuente es el Coran, aunque tambien algunos doctores han puesto en duda su autoridad.

Véanse EL MACIN (EL MAKHIN).—*Historia saracenica arabice et latine, edic. Erpenio.* Leida, 1625.

PRIDEAUX.—*Life of Mahomet.* Lóndres, 1697.

BOULANVILLIERS.—*id.* Lóndres, 1730.

J. GAGNIER.—*id.* Amsterdam, 1732. La primera es una diatriba; la segunda un panegírico; la tercera es la mejor de todas.

SAVARI.—*Compendio de la vida de Mahoma*, Paris, 1783.

OELSNER, *Mahoma*, Memoria coronada por el Instituto de Francia en 1809.

BREQUIGNY, *Disertacion sobre la fundacion de la religion de Mahoma y de su reinado.* Memoria de la Academia de las Inscripciones, tom. XXXII.

SILV. DE SACY, *Vida de Mahoma* en la *Biografia universal.*

RAMPOLDI.—*An. musulmanes*, Milan, 1822.

MILL, *History of Mohammedanism.*

W. C. TAYLOR.—*The history of Mohammedanism and its sects, described chiefly from oriental sources.* Lóndres, 1834. Considera el islamismo como una mezcla de las doctrinas hebráicas y cristianas.

HAMMER-PURGSTALL, *Gemäldesaal der Lebensbeschreibungen grosser moslimischer Herrscher der ersten sieben Jahrh der Hidseyret.*

A. SPRENGER.—*Das Leben und die Lehre des Mohammed: nach bisher grösstentheils unbenuzten Quellen bearbeilet.* Berlin, 1861.

(2) Cuéntase que este Sergio fué el principal autor del

Cuando llegó á la edad viril peleó contra los quenanitas y los avazenitas, árabes que habian violado el sagrado territorio de la Meca, y dió pruebas de gran denuedo. Tambien acreditaba un talento juicioso en la conversacion de los principales ciudadanos que se reunian en casa de su tio. La ingenuidad característica de sus palabras y de sus obras, habia hecho que se le apellidara por ellos el *Sincero* (*Al-Amin*). Habiendo incendiado una mujer la Caaba al quemar perfumes, los coreichitas resolvieron reconstruirla sobre el mismo plano, aunque dándole más ensanche, á causa del número siempre en aumento de devotos. Cuando sus paredes fueron levantadas hasta la altura en que debia colocarse la piedra negra, se suscitó una disputa entre las tribus, sobre á cuál de ellas perteneceria la colocacion de aquel objeto venerado. Ya iban á pasar de las palabras á las vias de hecho, cuando propusieron los ancianos que se atuvieran al primero que se presentara en el umbral de la casa cuadrada. La casualidad ó la destreza condujo allí á Mahoma: su parecer fué poner la piedra sobre una alfombra, y hacer que sostuviera sus orillas un miembro de cada tribu, sosteniéndola así hasta el lugar que le estaba destinado á la altura de un hombre. Fué seguido su consejo: entonces la cogió con la mano y la puso en su sitio.

Lo hábil de este espediente aumentó la consideracion que ya le habian granjeado su talento, su hermosura, su larga barba, sus vivos y penetrantes ojos, la espresion de su fisonomia, la eficacia de su palabra. Dotado de una memoria tan vasta como tenaz, de una imaginacion rica, de un juicio recto, hablaba el dialecto más puro, y habia aprendido en la primer familia de la nacion á discurrir con elegancia. De consiguiente, tenia á la vez modales cultos y graves, aunque estaba tan atrasado en la educacion que no sabia leer ni escribir. No le faltaba más que ser rico; pero necesitando una viuda opulenta, llamada Cadija, de un hombre hábil y leal para dirigir sus negocios mercantiles, le tomó á su servicio; encantada después de su fidelidad, no menos que de su hermosura, le dió su mano, á pesar de que él no tenia más que veinte y cinco años y ella frisaba en los cuarenta (595). Abu-Taleb pagó el dote de 12 onzas de oro y de veinte camellos, y Mahoma se encontró en igual posicion que las personas más pudientes de la Meca.

El objeto que se proponia era mucho más elevado. Orgulloso de descender del patriarca fundador de su nacion, se habia mostrado inclinado desde sus primeros años á las meditaciones religiosas y á las discusioues dogmáticas. Cada mes de Ramadan se retiraba al fondo de la caverna de Heres, fortificando su espíritu con las poderosas lecciones de la soledad. Allí adquirió la conviccion de que la idolatria no habia sido el primitivo culto de la Arabia; pero tambien puede suceder que adquiriera ideas más sanas sobre la divinidad en sus pláticas con algunos extranjeros cristianos, judios ó persas, en sus correrias comerciales á Bosra y á Damasco; y que oyendo hablar de las diversas creencias rivales, se propusiera en su interior reducirlas todas á una sola, que sencillísima en sus dogmas, no escluyera ninguna. Hasta pudo saber que era favorable á una gran innovacion el estado del Asia, puesto que los hebreos suspiraban, donde quiera, por el libertador prometido; los persas languidecian agotados por las contínuas guerras civiles; la Arabia estaba dividida entre tribus rivales, y la Grecia entre herejias impacientes. Pasó madurando su proyecto los quince años, durante los cuales nada dice la historia de su persona. Quizá la ardiente conviccion necesaria á todo el que se compromete en una vasta empresa, le hizo pensar que estaba destinado por el cielo á reformar el mundo; que era tambien «un profeta enviado al pueblo negro y al pueblo rojo, para abolir por medio de su religion todas las religiones anteriores.»

A la edad de cuarenta años (610), en que la vida está en toda su plenitud, hallándose en su acostumbrado retiro cuadragesimal con los individuos de su familia se le apareció una noche, mientras oraba, el ángel Gabriel, y le dijo: *Lee;* y habiendo contestado que no sabia, repuso Gabriel: «Lee en nombre de Dios criador: él formó al hombre uniendo los dos sexos. Lee en nombre de Dios adorable: él enseñó al hombre á servirse de la pluma: depositó en su alma un rayo de su sabiduria: ella es la verdad, y él se revela contra su bienhechor. Las riquezas fomentan su ingratitud; ciertamente volverá á Dios el género humano.» (3)

Mahoma contó su vision á Cadija, y le dijo como una voz le habia declarado apóstol del Señor. Alegre con verse mujer del profeta de Dios, refirió ella el suceso de Varca, su deudo, que versado en la Sagrada Escritura, siendo cristiano y sacerdote, halló, segun otros ejemplos, probable el relato, y proclamó á Mahoma profeta de los árabes. De vuelta á la Meca, Mahoma dió siete veces vuelta á la Caaba, fingió estar en comunicacion con el cielo, y adquirió prosélitos. El primero fué Alí, su primo, que apenas tenia doce años, y á quien miraba como hijo; luego Said, su esclavo, que mereció alcanzar de él su libertad; pero el más importante fué Abu-Bekr, uno de los diez magistrados de la Meca, que, gozando de mucho crédito en la ciudad, divulgó entre sus amigos la nueva creencia.

Mahoma la comunicó por espacio de tres años en secreto, hasta el momento en que declaró que Dios le habia mandado que la proclamara ante el género humano. Encargó á Alí que preparara un cordero y un vaso de leche, convidando á toda la descendencia de Abdol-Motalleb. Acudieron en

Coran; suposicion que no se funda en ningun documento antiguo. Otros le distinguen de Bahira.

(3) Este es el capítulo XCVI del Coran.

número de cuarenta; pero al fin de la comida se puso Mahoma á hablarles de su creencia, y Abu-Laheb le cortó la palabra en tono de burla. Afligido sin caer en el desaliento, renueva el banquete el Profeta al dia siguiente, y anuncia á los convidados el don más precioso que jamás puede ofrecer un hombre, el contento en la tierra y la felicidad en el cielo, si abandonaban la idolatria para creer en un solo Dios, sin iguales. Añade: *¿Quién de vosotros quiere ser mi ayudante? (visir)*. Enmudecen todos poseidos de asombro. Alí rompe el silencio esclamando: *¡Yo! Y si se atreve alguno á alzarse en contra tuya, le romperé los dientes, le arrancaré los ojos, le quebrare las piernas y le abriré el vientre.* Abrazóle Mahoma y le presentó á los convidados, diciéndoles: *Hé aquí mi califa (vicario), respetadle; obedecedle.* Toda la asamblea soltó la carcajada; y volviéndose los circunstantes á Abu-Taleb, le decian: *Magnífico, ahora tendrás que obedecer á tu hijo.*

Trayendo su autoridad la familia de los koreichitas de la custodia de la Caaba, minaba Mahoma su poder combatiendo la idolatria que se habia refugiado allí. De consiguiente, lejos de prestar oidos á sus predicaciones, se declararon sus enemigos; solo Abu-Taleb tomaba su defensa, aunque rehusara abrazar sus doctrinas. Pero no pudiendo oponerse á toda la parentela conjurada, exhortó á su sobrino á desistir de su empresa, si queria no esponerse á los mayores peligros. Mahoma con la resolucion propia de un innovador le respondió: *Aunque pusieran el sol en mi mano derecha y la luna en mi izquierda, no renunciaria á mi tarea.*

Se retiró á un lugar apartado; pero habiendo sido ultrajado allí por un árabe, Amza, hijo de Abdol-Motalleb, hirió con su arco de caza al temerario en plena asamblea; y viendo á los deudos de este aprestándose á la venganza, se proclamó musulman en su presencia (4). Irritados los koreichitas resolvieron esterminar al Profeta, y el feroz Omar se puso con este fin en marcha; pero habiendo entrado en la travesia en casa de una de sus hermanas, oyó leer allí algunos capítulos compuestos por Mahoma. Prendóse de ellos de tal modo, que se hizo tambien musulman y consagró su feroz denuedo al servicio del Profeta.

Este continuaba exhortando á su nacion á que creyera: de vez en cuando publicaba algunos capítulos que le traia del cielo el ángel Gabriel, y que formaron el Coran posteriormente: apoyaba su apostolado en este libro y en las tradiciones antiguas, representando como verdaderos musulmanes á Abraham, á Ismael y á todos los patriarcas anteriores. Siempre suspiraban los judios por la venida próxima de un Mesias: muchas sectas cristianas aguardaban tambien el Paracleto prometido por Cristo: Mahoma pudo, pues, persuadirse ó persuadir á los demás de que era él mismo. Con efecto muchos pasajes del Coran aluden á este espíritu divino, á la efusion de una gracia sobrenatural, á una consolidacion de la religion.

Primera Egira.—Tenia en contra suya los intereses de los moradores de la Meca, que, independientemente de su adhesion á las divinidades nacionales, temian ver cesar las peregrinaciones de que sacaban su riqueza. Haciéndose la persecucion cada vez mas amenazadora, Mahoma consintió en que sus parciales apelaran á la fuga, y ochenta y tres hombres, diez y ocho mujeres y algunos niños, obtuvieron por recomendacion suya un asilo hospitalario del negusc de la Abisinia, que rehusó entregarles á los coreichitas, y sin renegar de Cristo, reconoció el apostolado de Mahoma. Entonces los coreichitas profieren imprecaciones terribles contra los haschemitas, jurando no tener más vínculos ni comercio con ellos, y depositan este pacto de cólera escrito sobre pergamino en la Caaba. Los hijos de Haschem, musulmanes ó no musulmanes, se retiraron todos á la montaña con Abu-Taleb y Mahoma, y permanecieron allí tres años. Espirando este tiempo anunció Mahoma que aquel anatema habia desagradado á Dios, y que para probarlo habia enviado gusanos que royeran el escrito homicida, á escepcion del nombre de Dios que lo encabezaba. Abu-Taleb contó el hecho al enemigo, pidiendo que se comprobara, y que, de ser exacto, se alzara el anatema. Habiendo sucedido todo exactamente como Mahoma lo habia anunciado, fueron reintegrados los escomulgados en sus derechos.

Año de luto.—Poco después murió Abu-Taleb (617) y fué seguido de cerca por Cadija, el más gran sosten y la más insigne creyente de Mahoma. Abu-Sofian, chaique de los Omniadas, que habia llegado á ser principal personaje de la Meca, no cesaba, como idólatra ferviente, de molestar á Mahoma en la oracion, á la mesa, en la predicacion. Luego, cuando en tiempo de la peregrinacion esplicaba su doctrina á la muchedumbre, Abu-Laheb le contradecia ó hacia mofa de sus palabras.

«¿Qué te parece del que perturba al servidor de Dios cuando ora, cuando cumple la órden del cielo, cuando recomienda la piedad?

»¿Qué pensar del infiel y del apóstata? ¿Ignora que Dios le vé?

»Lo sabe; y si no abandona la impiedad, le arrastraremos por los cabellos, por sus cabellos malos y embusteros. Llame á sus fieles, nosotros reuniremos á nuestros guardias.

(4) *Islam* significa en árabe resignacion á Dios. El participio de *seilama* es *moslemon*, de donde se deriva el nombre musulman. Los sectarios de Mahoma se llaman entre sí *muminin*, es decir, creyentes, fieles: por eso los primeros sucesores del Profeta tomaron el nombre de Emir-al-Muminin, Príncipe de los creyentes, estropeado por nuestros historiadores en Miramamolin. *Al-coran* quiere decir la lectura. El Coran se llama tambien *Al-kitab*, el libro por escelencia; *Kitab-Allah*, el libro de Dios: *Kelam scheryt*, la palabra santa, etc.

»Estas palabras son la verdad; no obedezcas al impio; adora á Dios y aproxímate á él.» (5)

De esta suerte hablaba el ángel al Profeta, quien, no desistiendo nunca, persuadia á muchas gentes de la verdad de su religion; y éstas al volver á sus hogares divulgaban entre sus allegados y juraban sostenerla en todas ocasiones. Mahoma halló especialmente parciales en Yatreb (*Medina*), ciudad importante y riquísima; y doce de los más celosos llegaron á la Meca á ponerse á disposicion del Profeta. Hasta entonces no habia exigido á los recien convertidos que reconocieran un solo Dios y se abstuvieran del robo, de la fornicacion, del infanticidio; mas ahora exigió de éstos, á quienes se llamó ansarianos, es decir, auxiliares, que sostuvieran la religion con toda su pujanza. *¿Si morimos por tu causa, ¡oh, profeta de Dios! cuál será nuestra recompensa?—El Paraiso.* Y les envió á Yatreb, satisfecho de haberse proporcionado un asilo: tambien despachó en esta direccion á sus criados, quedándose en la Meca solo con Abu-Bekr y Alí.

Egira, 622.—Pero resueltos los coreichitas á hacer cesar este escándalo, pensaron en matar á Mahoma; y para que el ódio y la venganza de los suyos no cayeran sobre una sola tribu, escogieron para el asesinato á un hombre de cada una de ellas. Rodea la tropa de asesinos la tienda del profeta, quien hace que Alí se acomode en su lecho, cubriéndole con su caftan verde, y mientras aguardan á que despierte, Mahoma halló medio de salir con Abu-Bekr y se lanza al desierto. Cuando ya tarde se aperciben sus enemigos de la sustitucion, dejan á Alí sin hacerle ningun daño y siguen las huellas del fugitivo, que se refugia en una de las numerosas cavernas de Tur. Como ve allí á su compañero asustado, le tranquiliza con palabras que se hallan repetidas á menudo en el Coran: *¿Porqué estás triste y desalentado? Dios está con nosotros.* Y Dios les protegió, porque una araña tegió su tela á través del antro (6), allí depositaron las abejas sus panales y una paloma sus huevos, lo cual hizo que ni aun siquiera entraran allí á registrar sus perseguidores.

Luego que pasó el primer furor del enemigo, pudieron llegar los fugitivos sin ningun peligro á Yatreb. Quinientos habitantes salieron al encuentro del Profeta, quien hizo su entrada sobre una camella, con la cabeza desnuda protegida por un quitasol, porque su turbante desliado era llevado delante de él en guisa de estandarte. Esta ciudad rival de la Meca por envidias de comercio, puso una casa y una mezquita á disposicion del Profeta, adonde llegaron á reunírsele Alí y otros criados. Trasformada Yatreb desde entonces en la ciudad bien amada y en especie de centro de la nueva fé, fué llamada Medinet-al-Naby, Ciudad del Profeta, ó Medina por escelencia.

Data la era de los mahometanos desde la fuga de Mahoma, es decir, desde el primero del mes Moharram, correspondiente al viernes 16 de Julio del año 622 (7).

Si hasta entonces se puede ver en Mahoma un celo sincero de purificar el culto nacional, si no cesa, segun costumbre de los débiles, de recomendar la tolerancia, su ambicion no tarda en aumentarse á medida de sus recursos, y piensa por último en establecer el reinado de Dios y el suyo con auxilio de la fuerza. Como se suscitaran disputas sobre preeminencia entre los ansarianos de Medina y sus discípulos de la Meca (8), las puso coto exigiendo de cada uno de éstos que tomara un habitante de Medina por compañero de su corazon en defensa de la fé; luego les dijo: «Abrazad la divina religion en un todo: no formeis cismas y acordaos de los favores de Dios. Erais enemigos y he imbuido en vuestro corazon un amor fraternal; rendidle gracias siempre.»

Mahoma entonces eligió á Alí, á quien dió por esposa Fátima, su hija querida; asi como él se casó con Aichah, hija de Abu-Bekr, de edad de nueve años, única que le llevó su virginidad. Contaba á la sazon cincuenta y cuatro años. En seguida se ocupó de la organizacion de su culto. Impuso el ayuno del mes de Ramadan: debia anunciarse la hora de las oraciones, no al sonido de la trompeta, como entre los hebreos, ni al tañido de las campanas como los cristianos, sino de viva voz por el muezin; y recomendó á los fieles que cuando oraran se volvieran hácia Jerusalen. Quizá su intencion era grangearse de este modo la voluntad de los cristianos y de los judios, para los cuales era aquella ciudad igualmente santa. Pero cuando perdió esta esperanza intimó á los creyentes, á fin de adular el patriotismo de los suyos, que desde cualquier punto volvieran el rostro hácia la Caaba.

Establecido en una ciudad cuya situacion era tan favorable para interrumpir el comercio de los árabes con la Siria, Mahoma comenzó á inquietar á las caravanas y vino á ser un mérito la rapiña, porque el cielo habia dicho: «La llave del paraiso es la espada: una gota de sangre derramada por la causa de Dios, una noche pasada sobre las armas

---

(5) *Coran*, cap. XCVI.

(6) Lo mismo cuenta de David la tradicion judáica cuando huia de Saul. El segundo versículo del salmo LVII ha sido parafraseado por el *Targum* de este modo: «Rogaré al Todopoderoso, que hizo venir una araña, á fin de que tendiera su tela, por amor á mí, á la entrada de la gruta.»

(7) *Al-Hegirah* significa emigracion. Esta era fué introducida por Omar diez y siete años después del suceso. Realmente la evasion tuvo lugar el 13 de setiembre de 622; pero no queriendo modificar Omar el año introducido por Mahoma, dejó que empezara la Egira por la nueva luna de Moharram, es decir, cincuenta y nueve dias antes del dia verdadero.

(8) Moadgerianos, de *Mahadgerim*, los que emigraron con el Profeta.

y al raso, tienen más mérito que dos meses de ayuno y de oraciones. Los pecados del que muere en el combate le son perdonados, y sus heridas exhalan cierto perfume de ámbar y almizcle.» Informado de la llegada de una rica caravana escoltada por los coreichitas, fué á esperarla con trescientos trece de los suyos á Bedr, cerca del mar Rojo (14 de mayo de 624); y después de haber vencido á nuevecientos cincuenta enemigos, mandados por Abu-Sofian, mandó decapitar á dos, independientemente de los setenta que habian perecido en la refriega. De órden suya, comunicada en nombre de Dios, se dejó la quinta parte del botin al Profeta para emplearla en obras piadosas: el resto fué distribuido en porciones iguales entre los soldados que habian combatido ó habian quedado para custodiar el campamento, las viudas y los huérfanos de los muertos: tocó doble á la caballeria. Catorce de los suyos que perecieron en la jornada de Beder, bandoleros muertos en una agresion violenta, fueron los primeros mártires, los primeros santos del islam, que no debia propagarse sino á fuerza de agresiones.

Otras muchas veces derrotó á los coreichitas que se reunieron, al fin, en número de tres mil á las órdenes de Abu-Sofian. Enda, mujer de este caudillo, con otras quince de sus compañeras, tocaban los tambores y alentaban á los guerreros, recordándoles la sangre vertida en Bedr: de esta suerte se adelantaban contra Medina. Aunque Mahoma solo tenia consigo mil hombres y un solo caballo, les hizo frente en Ohod (23 marzo de 625); pero no habiendo sido sus órdenes bien ejecutadas, fueron derrotadas sus gentes, y si él pudo escaparse, fué con gran trabajo. Este desastre trastornó la fé en su apostolado; pero Gabriel envió del cielo su palabra: «Nos place alternar triunfos y reveses, á fin de que Dios conozca á los creyentes y elija á sus mártires entre vosotros... ¡Cuántos profetas combatieron á ejércitos numerosos sin desconsolarse por sus derrotas! No se desalentaron cayendo en la cobardia, y Dios ama al que es constante. Se contentaban con decir: «Señor, perdónanos nuestras culpas y el quebrantamiento de nuestros deberes y asístenos contra los infieles...» ¡Oh creyentes! Si prestais oidos á los infieles, ellos os reconducirán al error y pereceréis. Dios es vuestro protector, ¿quién mejor que él podrá socorreros?... Ha cumplido sus promesas cuando perseguisteis á los enemigos derrotados; pero vosotros, escuchando los consejos del miedo, disputásteis sobre los mandatos del Profeta y los violásteis después de haber alcanzado el botin, objeto de vuestros deseos. Muchos de vosotros aspiraron á los bienes de este mundo, otros á la vida futura. Dios se sirvió de vuestros enemigos para poneros en fuga y probaros: no habeis oido la voz del Profeta que os llamaba al combate, y Dios os ha castigado por vuestra desobediencia. Pero no os desconsuelen la pérdida del botin y el infortunio: Dios conoce cada una de vuestras obras. Después de lo sucedido, hizo descender la seguridad y el sueño sobre algunos de vosotros: los otros en su inquietud se atrevian á tachar á Dios de mentira. *¿Son éstas*, decian, *las promesas del Profeta?* Respóndeles: *El Altísimo es el autor de la derrota.* Ellos replican: *Si las promesas que se nos hicieron hubieran sido fundadas, ninguno de nosotros hubiera sucumbido.* Respóndeles: *Aquellos para quienes fué fatal la jornada, hubieran llegado á caer en el lugar donde han muerto, aun habiéndose quedado en su casa, á fin de que el Señor conociera sus corazones: á él es á quien pertenece este conocimiento...* ¡Oh creyentes! No os asemejeis á los que convertidos en infieles han dicho: «Nuestros hermanos han perecido en la guerra; de haberse quedado con nosotros, no hubieran muerto.» Palabras impias que costarán suspiros á muchos. Dios da la vida y la muerte: ve nuestras acciones: si pereceis defendiendo la fé, vale más la misericordia de Dios que las riquezas. Ya murais ó seais muertos todos, compareceréis ante el tribunal de Dios. No creais que los que han sucumbido estén muertos, no; viven y reciben su alimento de manos del Altísimo. Se regocijan ébrios de gozo, colmados de las gracias del Señor, y todo el que siga sus huellas, quedará exento de penas y de temores. Se regocijan porque el Señor, que no deja á los fieles sin recompensa, vertió sobre ellos los tesoros de sus beneficios (9).»

Estas palabras hicieron cobrar aliento á los musulmanes, y los coreichitas no se atrevieron á proseguir la victoria. Prefirieron recurrir á las traiciones y á una persecucion encarnizada de la que pudo escaparse, no sin gran trabajo, el Profeta; pero reanimó la confianza de los suyos con nuevas victorias, avasallando á muchas tribus en los confines de la Siria.

En un principio habia esperado grangearse la voluntad de los judios, y se hubiera proporcionado una gran ventaja si hubiera logrado persuadirles de que era el Mesías esperado, confirmando semejante creencia con victorias; pero no pudieron decidirse á reconocer en un extranjero á aquel á quien habian anunciado los profetas. Mahoma concibió desde este instante un odio mortal hácia ellos, y Gabriel le intimó que esterminara á la tribu judia de los koraiditas. En su consecuencia les atacó con un ejército numeroso. Ellos le dijeron como á Calígula: *No sabemos manejar las armas, pero hemos conservado la creencia de nuestros padres. ¿Por qué quieres reducirnos á la necesidad de una justa defensa?* Hallándose muy luego en el último apuro se remitieron á la decision de Saad, príncipe de los awasitas, suponiéndole su amigo. Este, que habia cambiado de fé, condenó á los hombres á morir, á las mujeres y á los niños á ser esclavos, y adjudicó todos sus bienes al enemigo. Setecientos infelices inermes fueron metidos vivos dentro de un foso y sepultados delante del

(9) *Coran*, c. XXVI.

Profeta. Cuanto poseian fué dado por el privilegio del cielo á Mahoma, quien gratificó con ello á los más valientes musulmanes, reservándose la más hermosa cautiva.

Guerra de las naciones.—Otras poblaciones fueron tambien sometidas, y hasta los mostalequitas, una de las tribus más antiguas de la Arabia. Jawaira, hija de su jefe, aumentó el número de las mujeres con que poblaba su harem el apóstol guerrero y voluptuoso. Recelosos los coreichitas con el aumento de su pujanza, llamaron á las armas á todos sus aliados, y atacaron á Medina en número de diez mil hombres (marzo de 626); pero después de haber tomado el intrépido caudillo de los creyentes las más hábiles disposiciones para la defensa, hizo que les saliera mal el largo sitio de la plaza, y fatigó al enemigo, obligándole por último á dispersarse.

Entonces pensó en tomar su desquite y preparó una espedicion contra la Meca. Supiéronlo sus adversarios y le enviaron un príncipe de los takifitas, llamado Arva, quien le dijo: *Los coreichitas se han vestido la piel del leopardo y no entrarás en la Meca sino á viva fuerza.* Cuando el príncipe idólatra estuvo de retorno cerca de los que le habian enviado, les dijo: *He vivido en la corte de los emperadores: he visto á Cosroes en todo el esplendor de su gloria; he visto á Heraclio rodeado con el fausto de los Césares; pero ningun rey es venerado de sus súbditos, como Mahoma de sus compañeros de armas Si hace sus abluciones se recoje el agua de modo que no se desperdicie una gota. Si se le cae un cabello se conserva cual si fuera una reliquia: si escupe, hay allí quien reciba su saliva.*

Movidos los coreichitas por este relato, entraron en acomodos. Se convino en que las tribus serian libres de aliarse con ellos ó con los musulmanes, y en que estos podrian visitar la ciudad santa, á condicion de ir sin armas y no prolongar allí su morada más de tres dias. Como murmurasen los suyos al ver frustradas sus esperanzas de saquear la Meca, Mahoma les guió contra los judios del Kaibar, y después de haber dado muerte á su caudillo, se casó con su viuda. En esta espedicion Alí habia dividido en dos pedazos al atlético Marah. Su hermana Zeinab resolvió vengarle, á consecuencia de la necesidad de represalias, que es una religion entre los árabes, y para ello sirvió al Profeta un cordero envenenado: inmediatamente se apercibió de la existencia del veneno; pero lo poco que habia gustado le puso en gran peligro, causándole padecimientos durante el resto de su vida. Interrogada acerca del orígen de aquel delito, Zeinab respondió: *Si fueras profeta, te hubieras escapado del peligro, de no serlo, hubiera libertado de un impostor al mundo.*

Entre tanto la nueva creencia se divulgaba con la ruina de la idolatria. Ommiah, príncipe versado en el conocimiento de los libros santos y seducido por los triunfos de Mahoma, resolvió tambien tentar fortuna y hacer que se le reputara como profeta. De consiguiente se puso en marcha desde Siria á la Meca; y pasando cerca del campo de batalla de Bedr, le enseñaron el foso en que habian sido metidos los jefes de los coreichitas; echó pié á tierra, cortó las orejas á su camello, y cantó una larga elegia, en la cual habia estos versos:

«¿No he llorado por los nobles hijos de los príncipes de la Meca?

»A la vista de sus despedazados huesos he llenado el aire con mis gemidos, á semejanza de una tórtola oculta en el fondo de una selva.

»Madres infortunadas, prosternad la frente en tierra y mezclad vuestros suspiros con mis jemidos.

»Y vosotras, mujeres que seguís los convoyes, cantad lamentaciones fúnebres interrumpidas por prolongados sollozos.

»¿Qué se hicieron en Bedr los príncipes del pueblo, los jefes de las tribus?

»Yacen desnudos y sin vida el veterano y el bisoño.

»¡Cuál habrá mudado de aspecto la Meca!

»Parece como si tomaran parte en mi dolor estas desoladas llanuras, estos desiertos inhospitalarios.»

Y aquí, poseido de dolor, espiró (10).

Sabedores de las victorias de su maestro los que se habian refugiado en Abisinia, volvieron á su lado con presentes y felicitaciones del negusc. Hasta el Yemen llevaron el estandarte del islam los generales de Mahoma: y resuelto entonces á propagar su fé fuera de la península, escribió á los príncipes limítrofes, sellando sus cartas con un sello de plata en que estaba grabado: *Mahoma, apóstol de Dios.* Irritado Cosroes al recibir este mensaje, viendo que estaban allí omitidos los títulos y espresiones debidos á su categoria, hizo pedazos la carta. Cuando lo supo Mahoma, esclamó: *De ese mismo modo despedazará Dios su reino.* Heraclio, emperador de Constantinopla, recibió la epístola con respeto, aunque no ocupándose más de ella. Mu-Kaukas, intendente de Egipto, que se habia sustraido á la dominacion imperial tomando el título de príncipe de los coftos, envió al Profeta una mula blanca, un asno, vestidos de lino, miel, manteca, aunque sin admitir su religion. Badan y Al-Mundar, gobernadores del Yemen y del Bahrein, en nombre del rey de Persia, abrazaron el islamismo y siguieron su ejemplo otros muchos. Proferia el Profeta, contra los que no creian en su mision, terribles amenazas. Habiendo dado muerte el gobernador griego de Muta á uno de sus embajadores, hizo la guerra á los griegos; este fué el preludio de los combates que el estandarte del Profeta debia dar á la cruz imperial durante tantos siglos. Cuéntase que cien mil *rumos*, es decir, súbditos del imperio griego, empuñaron las armas

(10) Abu'l-Feda, *Vida de Mahoma*, pág. 63.

y fueron derrotados por un puñado de musulmanes (setiembre de 629).

Mahoma se aprovechó del tratado celebrado con los coreichitas para emprender la peregrinacion á la Meca: rapóse, pues, la cabeza y se dirigió allí con setenta camellos que fueron inmolados. Entonces creyeron en él muchos de sus adversarios, pero gimió al ver la idolatria en el santuario de Abraham. Lo que quizá le conmovió más fueron los tesoros de esta ciudad y el odio inestinguible que le profesaban los coreichitas. Efectivamente, poco después se determinó á arrojarles de sus hogares; enarboló el estandarte y marchó contra la Meca. Habiendo sido hecho prisionero Abu-Sofian, su enemigo mortal, abrazó el islamismo, y después de hacerle ver los preparativos formidables del Profeta, se le dió libertad á fin de que los pusiera en conocimiento de los suyos. Entonces se informó á los moradores de la Meca por una proclama, de que todo el que se encerrara en su casa ó se refugiara ora en la Caaba, ora en la mansion de Abu-Sofian, salvaria la vida. El mismo Profeta, vestido de rojo, se pone á la cola del ejército, y después de orar monta en su camello y manda que empiece el asalto (630). Solo costó la vida á dos musulmanes la toma de la Meca, y habiéndose dirigido Mahoma al templo, derribó con sus propias manos los trescientos sesenta ídolos que se encontraban dentro de aquel recinto. Convocando luego á los principales moradores, les preguntó: *¿Cómo esperais que os trate?* á lo que respondieron: *De tí, generoso hermano, hijo de un generoso padre, solo aguardamos beneficios;* y el Profeta repuso: *Quedad libres.*

Su clemencia, como la de todos los príncipes, se ejercitó con algunas reservas; y aunque una ley del cielo declarase que el territorio sagrado no debia ser manchado con sangre, Mahoma hizo que le fuera revelada otra, que por aquella vez le permitia dar muerte á cuatro hombres y á tres mujeres de los más tenaces. Proclamado señor espiritual y temporal sobre la colina al-Safa (12 de enero), recibió el juramento del pueblo allí reunido: bajando luego á la Caaba, dió siete veces la vuelta á su alrededor, tocó y besó la piedra negra, se volvió hácia los cuatro puntos cardinales y esclamó: *¡Dios es grande!* hizo la ablucion y la oracion dentro y fuera, y luego predicó al pueblo á quien habia conducido á la unidad. Empleó los quince dias que permaneció en la ciudad en consolidar bien la religion y el gobierno; envió por aquellos alrededores á abolir la idolatria; recibió la sumision de algunas tribus; redujo á otras por la fuerza; calmó el inquieto ímpetu de los coreichitas y dejó satisfechos á los ansarianos.

Año de embajadas, 630-31.— Entonces llegaron embajadores de todas partes á Medina. Les acogia y ponia por primera condicion de todo tratado de alianza la destruccion de los ídolos. Enseguida se preparó á hacer la guerra á una liga de árabes y de griegos en la frontera de la Siria, no ya por medio de escursiones, cuya rapidez y sorpresa bastaban para asegurar el triunfo, sino dando grandes batallas, espuso á los creyentes los nuevos peligros y las dificultades, exhortándoles á ayudarle cada uno segun sus fuerzas. Sus parciales rivalizaban en celo relativamente á proporcionarle socorros; pero el pueblo murmuraba alegando lo escesivo de los calores. Vanamente les respondió: *Mucho más calor hará en el infierno*, y escomulgó á algunos, pero la espedicion no pudo ser coronada con el triunfo, que parecian prometerle diez mil ginetes y un número doble de infantes, aunque muchos príncipes verificaran su sumision, tanto al paso del ejército como en las inmediaciones de la frontera. Esta fué la última espedicion dirigida por el Profeta en persona (11).

A fin de que no se entibiara la imaginacion de los árabes, envió una numerosa peregrinacion á la Caaba á las órdenes de Abu-Bekr con todas las ceremonias que, prescritas por el Profeta, debian ser perpétuamente rituales. Allí recitó entonces el capítulo *de la conversion ó penitencia*, recientemente revelado á Mahoma; es importante citarle como resúmen de los principales hechos y del derecho público de la nacion.

«Anuncia esto de parte de Dios y del Profeta á los idólatras con quienes celebres alianza.

»Viajad en seguridad por espacio de cuatro meses, y pensad en que no podeis detener el brazo de Dios, y en que Dios cubrirá de oprobio á los infieles.

»Dios y su enviado declararon lo siguiente: después de los dias de la gran peregrinacion ya no hay remision para los descreidos. Convertios, pues; si persistis en la incredulidad, no podreis eludir la venganza celeste. Vaticina dolorosos suplicios á los infieles.

»Mantened hasta el fin la alianza contraida con los idólatras, si es que ellos la observan y no socorren á vuestros enemigos. Dios ama á quien le teme.

»Una vez fenecidos los meses sagrados, dad la muerte á los idólatras donde quiera que los encontreis. Cogedlos, asediadlos, tendedlos lazos por todas partes. Dejadles en paz si se convierten, si cumplen las oraciones y pagan el tributo sagrado: el Señor es clemente y misericordioso.

»Otorga un salvoconducto á los idólatras que te lo demanden para oir la palabra divina; dales seguridad para la vuelta, porque están sumergidos en las tinieblas de la ignorancia.

»¿Pueden celebrar pactos con los idólatras Dios y el Profeta? Sí, con tal de que observen el tratado concluido junto al templo de la Meca: entonces tambien debeis mantenerlo vosotros. Dios ama á quien le teme.

»¿Cómo lo observarán ellos? Si es suya la ventaja, no les estorbarán ser perjuros los vínculos de

(11) *Coran*, cap. IX.

la sangre ni la santidad de la alianza. Han vendido por un interés sórdido la santidad del Coran: han apartado de la salvacion á los creyentes: inícuas son todas sus obras. Han roto todo freno; violan tanto el parentesco como los juramentos.

»Si vueltos de su error hacen la oracion y pagan el tributo sagrado, serán vuestros hermanos de religion. Yo enseño los mandatos del Señor á quien sabe comprenderlos.

»Si violando la solemnidad del pacto, perturban vuestro culto, atacad á sus jefes, y no os detenga el juramento. ¿Quién se negaria á pelear contra perjuros, cuando han intentado espulsar á vuestro apóstol y fueron los primeros en atacaros? ¿Le temereis por ventura? Más debeis temer á Dios si sois fieles.

»Atacadles, Dios los castigará por vuestra mano: cubrirá su frente de oprobio; os protegerá contra ellos, y fortificará el corazon de los fieles: disipará su cólera, perdonará á quien le plazca, porque todo lo sabe y es prudente en sus decretos.

»¿Creeis estar abandonados, y que Dios no distingue á los que combatieron generosamente cuando, sin aliados, no os quedaba más que el brazo del Señor, el de su apóstol y el de algunos verdaderos creyentes? El Altísimo conoce vuestras obras.

»No penetren los idólatras en el templo santo: por su irreligion son indignos de ello. Vanas son sus obras: en la eternidad será el fuego su morada.

»Pero el que cree en Dios y en el nuevo dia, el que ora y paga el tributo sagrado, sin temer á otros que á Dios, visitará su templo. Para éstos es fácil la via de la salvacion.

»¿Creeis que el que lleva agua á los peregrinos ó visita los santos lugares, tiene un mérito igual al que contrae el que defiende la fé con las armas? El Señor aprecia de diverso modo sus obras y no es guia de los perversos.

»Los creyentes que abandonaron á sus familias para afiliarse bajo los estandartes de Dios, sacrificando sus vidas y haciendas, tendrán un puesto honorífico en el reino de los cielos: gozarán de la felicidad eterna. Dios les promete misericordia: pondrá en ellos su complacencia, y habitarán jardines de delicias, en que será perpétua la bienaventuranza, ilimitados los placeres, porque las recompensas del Señor son magníficas.

»¡Oh creyentes! Cesad de amar á padres, madres y hermanos, si prefieren la incredulidad á la fé. Si los amais, llegareis á ser perversos. Si padres, hijos, hermanos, esposos, deudos, riquezas adquiridas, comercio laborioso, habitaciones amadas, ejercen sobre vosotros más imperio que Dios, su apóstol y la guerra santa, aguardad el juicio del Altísimo. El no es la guia de los prevaricadores.

»¡Cuántas veces os ha hecho sentir los efectos de su proteccion el Todopoderoso! Acordaos de la jornada de Onein, cuando vuestro número os ensoberbecia. ¿De qué os sirvió ejército tan formidable? Estrecha os pareció la tierra en vuestra precipitada fuga.

»Dios tomó bajo su tutela al Profeta y á los creyentes: hizo bajar batallones de ángeles invisibles á vuestros ojos para castigar á los infieles: semejante es la suerte que aguarda á los prevaricadores. Él perdonará á quien le plazca: es indulgente y misericordioso.

»¡Oh creyentes! Los idólatras son inmundos: después de este año no se aproximen al templo de la Meca. Si temeis empobreceros, Dios os enriquecerá con su gracia: Dios es previsor y sabio.

»Combatid al que no cree en Dios ni en el último dia, al que no se priva de lo que han vedado Dios y su Profeta, al que no profesa la religion verdadera entre los judios y los cristianos. Combatidlos hasta que paguen el tributo de sus manos y queden sometidos.

»Dicen los judios que Ozai es el hijo de Dios: dicen los cristianos que el hijo de Dios es el Mesias: hablan como los infieles que les precedieron, y el cielo castigará sus blasfemias. Llaman señores á los pontífices, á los monjes, y Mesias al nacido de Maria, á la par que les está mandado servir á un solo Dios, fuera del cual nada existe. ¡Anatema sobre todo el que se asocia á su culto!

»Querrán estinguir con su soplo la luz de Dios, pero él la hará resplandecer á pesar del horror que inspira á los infieles. Envió á su apóstol á predicar la verdadera fé y á establecer su triunfo sobre las ruinas de otras religiones, á pesar de todos los esfuerzos de los idólatras.

»¡Oh creyentes! La mayor parte de los monjes y de los sacerdotes devoran vanamente los bienes agenos, y apartan de la salvacion á los hombres. Se puede vaticinar á los que acumulan oro en sus arcas, y se lo niegan al sostenimiento de la fé, que padecerán dolorosos tormentos. Este oro, enrojecido con el fuego del infierno, les será aplicado en la frente, en los costados y en los riñones, diciéndoles: *Hé aquí los tesoros que habeis amontonado; gozad de ellos.*

»El año es de doce meses ante el Eterno. Este número fué escrito en el libro santo. Cuatro meses son sagrados: tal es la creencia constante. Huid en aquellos dias de la iniquidad, pero pelead con los idólatras en cualquier tiempo en que ellos peleen contra vosotros. El Señor está con quien le teme: es una infidelidad cambiar los meses sagrados...

»¡Oh creyentes! ¡Cuánto os consternasteis cuando se os dijo: *¡Id y combatid por la fe!* ¿Preferis acaso la vida del mundo á la vida venidera? ¿Y qué son los bienes terrenales en comparacion de los celestes? Si no marchais al combate, Dios os pedirá severa cuenta, colocará á otro pueblo en vuestro puesto, y no podeis contener su venganza, porque su poder es infinito.

»Si negais socorro al Profeta, su apoyo será Dios, cuyo brazo le amparó cuando fué espulsado por los infieles. Un compañero de su fuga le asistió en la caverna, y entonces le dijo Mahoma: *No*

te aflijas; el Señor está con nosotros. El cielo le envió una escolta de ángeles ocultos á vuestros ojos: aniquilados fueron los razonamientos del impío, y la palabra de Dios fué exaltada. El es poderoso y sabio.

»Seais pesados ó ligeros, corred al combate; sacrificad por la fé hacienda y vida: no pueden aprovecharse de mejor modo. ¡Si lo supierais!

»La esperanza de un triunfo inmediato y fácil les hubiera hecho volar al combate, pero les asustó lo largo del camino. Jurarán por Dios, diciendo: «Si hubiéramos podido, hubiéramos seguido tus banderas;» pero pierden sus almas porque Dios conoce su mentira. Plegue al cielo perdonar tu condescendencia á sus deseos. Necesitabas tiempo para distinguir quienes decian la verdad y quienes eran mentirosos.

»Los que temen á Dios y al último dia, no te pedirán exencion ninguna: darán por Dios sangre y riquezas: conoce á los que le temen; pero el que no cree en Dios ni en el último dia, él que fluctúa entre dudas, te pedirá que le eximas del combate.

»Si hubieran pensado en seguir el estandarte de la fé, algo hubieran dispuesto; pero el cielo rehusó su servicio, se aumentó su cobardia, y les fué dicho: «Quedaos con las mujeres.»

»Si se hubieran puesto en marcha con vosotros, hubieran ocasionado gastos y engendrado divisiones; muchos hubiéran prestado oidos á sus discursos sediciosos; pero el Señor conoce á los malos. Quisieron atizar la rebelion, pusieron trabas á sus designios hasta que la verdad, bajando del cielo, puso de manifiesto la voluntad de Dios contra su oposicion.

»Muchos de ellos te dirán: «Dispénsanos de la guerra; no nos espongas á la tentacion.» ¿No han caido igualmente? Pero el infierno rodeará á los infieles. Les afligen vuestras victorias, y esclaman al oir vuestros reveses: «Hemos mirado perfectamente por nosotros mismos.» Entonces tornarán á la infidelidad, y se regocijarán de vuestros desastres.

»Díles: Nos acontecerá lo que el Señor ha decretado: es nuestro Señor y en él confian los fieles. ¿Qué esperanza es la vuestra? Ser mártires ó victoriosos. Nosotros esperamos otro tanto y que Dios os castigue y nos confie su venganza. Aguardais: nosotros aguardaremos con vosotros.

»Díles: Ora ofrezcais vuestros bienes con gusto ó de mal grado, serán rehusados porque sois impios. Dios desecha vuestras ofrendas porque no creeis en él ni en su apóstol, porque sois tibios en la oracion y de mala voluntad cuando es necesario prestar socorro. No temais sus tesoros ni el número de sus hijos: funestos dones de que el cielo se servirá para castigarlos, haciéndoles morir en la infidelidad.

»Juran por Dios seguir vuestro partido; pero son perjuros por miedo de vuestros castigos y buscan los antros y las cavernas, y allí se esconden cobardemente.

»Otros te acusan con motivo de la distribucion de limosnas, contentos cuando tienen parte en ellas, irritados cuando se les escluye. ¿No deberian estar satisfechos de lo que reciben de Dios y del Profeta? ¿No deberian decir: «Nos basta el favor del cielo; Dios y el Profeta nos colmarán de bienes porque no deseamos más que al Señor?»

»Deben emplearse las limosnas para alivio de los pobres, para los que ponen sus deseos en Dios, para redimir cautivos, para socorrer á los que están adeudados, para los viajeros, para la guerra santa. Así lo prescribe el Señor, que es sabio y nada ignora.

»La calumnia zahiere al Profeta diciendo: «Es todo oidos.» Responde: El oye todo lo que pueda seros útil, cree en Dios y en los fieles. Reservada está la misericordia para los creyentes, y habrá tormentos eternos para los que calumnian al apóstol del Altísimo.

»Prodigan juramentos para adquirir vuestros bienes: mejor harian en buscar el favor de Dios y el del Profeta, si tuviesen fé. ¿Ignoran acaso que los que se separan de Dios y de su apóstol, permanecerán eternamente en el infierno y serán cubiertos de ignominia?

»Temen los impios que Dios envie un capítulo en que revele lo que guardan en su corazon; díles: Reid; Dios manifestará claramente lo que teneis oculto. Si les interrogais acerca de este miedo, responden: *Fingíamos; queríamos burlarnos de lo que haceis.* Respondedles: ¡Queriais, pues, burlaros de Dios, de su religion y de su apóstol!

»Basta de escusas; dejad la fé por el error: si algunos de vosotros pueden esperar perdon, los otros impios serán abandonados á penas eternas. Se unen los impios para preceptuar el crímen y abolir la justicia; cierran las manos á la limosna, olvidan á Dios; pero Dios no los olvida por que son prevaricadores.

»Dios promete á los malos y á los infieles el fuego del infierno: allí expiarán sus culpas bajo el peso de su maldicion y serán devorados por eternos tormentos.

»Sois semejantes á los impios que os han precedido. Ellos fueron más fuertes y poderosos que vosotros por sus riquezas y por el número de sus hijos. Han gozado de los bienes terrenales que les tocaron en patrimonio. Vosotros gozais como ellos de vuestra parte, hablais como ellos: sus obras fueron vanas en este mundo como en el otro y quedaron reprobados.

»¿No saben la historia de los pueblos primitivos de Noé, de Ad, de Temud, del pueblo de Abraham, de los madianitas y de las ciudades destruidas? Profetas tuvieron que operaron milagros delante de sus ojos. Dios no les trató injustamente: ellos mismos fueron autores de su ruina.

»Forman los fieles una sociedad de amigos; honran la justicia, proscriben la iniquidad, son asíduos en la oracion, pagan el sagrado tributo y obedecen á Dios y á su apóstol. Obtendrán la misericordia

del Señor porque es poderoso y sabio. Les destina jardines regados por rios admitidos en el seno de las delicias del Eden, gozarán eternamente de las gracias del Señor y del supremo deleite.

»¡Oh Profeta! combate á los descreidos y á los impios; trátales con rigor: el infierno será su morada. ¡Morada horrible!

»Juran por Dios que no te han calumniado: son pérfidos en sus discursos como en sus creencias. Su voto se perdió; fueron ingratos después de haber sido colmados de bienes por Dios y por el Profeta. Tendrian gran ventaja en convertirse; si lo difieren, Dios les castigará aquí abajo y en la otra vida, y no tendrán sobre la tierra protector ni amigo.

»Algunos prometieron á Dios seguir la virtud y hacer limosnas si les prodigaba beneficios: Dios les oyó, y en cambio solo obtuvo impiedad y avaricia. Perpetuará la iniquidad en su corazon, hasta el dia en que comparezcan en su presencia, porque olvidando sus juramentos fueron perjuros.

»¿No sabian que Dios conocia sus secretos, sus raciocinios clandestinos, pues que nada está oculto á sus ojos? Los que critican las limosnas generosas de los que viven del trabajo de sus manos, y se mofan de su credulidad, serán escarnecidos por Dios y condenados á tormentos.

»Aunque implores setenta veces para ellos misericordia, Dios no perdonará, porque rehusaron creer en él y en su profeta, y él no ilumina á los prevaricadores.

»Satisfechos con haber dejado partir al Profeta, se negaron á sostener con sus haciendas y personas la causa del cielo, diciendo: *No vamos á pelear con este calor*, responde. El fuego del infierno es mucho más abrasador que el verano. ¡Si pudieran comprenderlo!

»Ríanse algunos instantes, luego vendrán prolongados gemidos. Si Dios te llama al combate y solicitan seguirte, responde: No los admitiré entre los mios, no pelearéis bajo mis banderas; al primer choque preferiríais á la batalla el asilo de vuestros hogares. Quedaos con los cobardes.

»Si alguno de ellos muere, no reces por él ni te detengas junto á su sepulcro, porque rehusaron creer en Dios y en su enviado, y perecieron en la infidelidad. No te deslumbren sus riquezas y el número de sus hijos: Dios se servirá de ello para castigarlos aquí abajo, y morirán en su iniquidad.

»Cuando Dios enviaba un capítulo que prescribia creer en él y en su apóstol, y en seguirle á la pelea, los más robustos de entre ellos solicitaban ser eximidos para quedarse con sus familias. Quisieron permanecer con los cobardes: Dios cerró su corazon, y ya no volverán á oir la sabiduria.

»Pero el Profeta y los creyentes que sacrificaron sus bienes y derramaron su sangre en defensa del islam, serán colmados de favores por el cielo y gozarán de bienandanza. Habitarán la eterna morada preparada por Dios, los jardines bañados de delicias, donde está el colmo de la felicidad celeste.

»Muchos árabes del desierto llegaron á escusarse de marchar á la guerra. Aquellos que creen que Dios y el Profeta son engañadores, quedarán entre ellos y padecerán la correspondiente pena. No están obligados á combatir los débiles, los enfermos y los que no pueden bastarse á sí propios; con tal de que sean sinceros respecto de Dios y de su Profeta, esperimentarán la indulgencia y la misericordia del Señor.

»No teman reconvenciones los creyentes que te pidieron caballos y se fueron llorando, cuando no pudistes dárselos, desconsolados de no poder derramar su sangre por Dios: culpables son los ricos que piden exenciones porque prefieren estar en sus casas: Dios les ha marcado con el sello de la reprobacion y lo ignoran.

»A vuestro retorno alegarán escusas; díles: No os creemos; Dios nos ha revelado quienes sois; os examinarán Dios y su ministro. Sereis llevados ante él que conoce todos los secretos; revelará á vuestros ojos lo que habeis hecho. Cuando volvais de la refriega, os conjurarán para que no os alejeis de ellos; huid de su lado; son inmundos; el infierno recompensará sus obras; os conjurarán á fin de que torneis á admitirlos en vuestra amistad; si accedeis á sus deseos, acordaos de que el Señor es implacable con los prevaricadores.

»Los árabes del desierto son los más obstinados entre los infieles y entre los impios: conviene que ignoren las leyes que el cielo dicta al Profeta; Dios es sabio y prudente.

»Entre los árabes pastores hay muchos impios; tú no los conoces, pero nosotros los conocemos. Les está destinado un doble castigo: luego serán entregados al gran suplicio. Otros se confesaron culpados; quisieron redimir sus culpas con buenas obras; quizá el Señor les dirigirá una mirada propicia, él que es indulgente y misericordioso. Admite parte de sus bienes en limosna para que se purifiquen y espien su desobediencia. Ora por ellos: tus oraciones restituirán la paz á sus almas: Dios sabe y oye todo. ¿Ignoran que Dios recibe la penitencia y las limosnas de sus siervos porque es indulgente y misericordioso?

»Díles; obrad: Dios, su apóstol y los fieles, verán vuestras obras: comparecereis en el tribunal de aquél ante quien no hay secreto; él os pondrá de manifiesto vuestras obras.

»Otros aguardan el juicio de Dios preparados á recibir castigos ó favores. El Altísimo es sabio y prudente.

»Los que edificaron un templo, morada del crímen y de la infidelidad, gérmen de cizaña entre los fieles, ó bien los que empuñaron las armas contra Dios y su ministro, tienden lazos, á la par que juran que son puras sus intenciones; pero el Todopoderoso atestigua su mentira. Haz de modo que no entres en él: el verdadero templo tiene la piedad por base. Allí es donde debes hacer oracion: allí es donde deben desear ser purificados los mortales, porque el Señor ama á los que son puros. De

los dos templos, uno está fundado sobre el temor de Dios, otro sobre el barro socavado por el torrente y próximo á abismarse en el infierno. ¿Cuál es más sólido? Dios no sirve de guia á los malos.

»Sus corazones serán desgarrados cuando se desmorone el edificio levantado por ellos. Dios es previsor y sabio.

»Dios ha comprado la vida y los bienes de los fieles y el Paraiso es su precio; pelearán y darán muerte á los infieles. Cumplidas serán las promesas del Pentateuco, del Evangelio, del Coran; porque, ¿quién más que Dios es fiel á su alianza? Regocijaos de vuestra venta, es el sello de vuestra felicidad.

»Bienaventurados serán los que hacen penitencia, sirven al Señor, le alaban, oran, le reverencian, ayunan, quieren á la justicia, estorban el crímen y observan los divinos mandamientos.

»No deben empuñar las armas á la vez todos los fieles; es conveniente que permanezcan en sus casas algunos de cada cuerpo, á fin de que instruyéndose en la fé puedan instruir á los demás á su vuelta.

»¡Oh creyentes! Combatir á vuestros vecinos infieles; hallen en vosotros enemigos implacables. Haced memoria de que el Altísimo está con el que le teme.

»Siempre que os sea enviado del cielo un nuevo capítulo, dirán: ¿Quién de vosotros puede otorgar fé á esta doctrina? Pero ella reforzará la creencia de los fieles, que así encontrarán consuelo: aumentará más la herida de aquellos cuyo corazon está gangrenado, y morirán en su impiedad.

»En medio de vosotros se ha levantado un profeta insigne destinado á arrancaros de vuestros errores: el celo de vuestra salvacion le inflama, y los fieles solo deben aguardar de él indulgencia y misericordia. Si se niegan á prestar fé á la doctrina que les enseñas, díles: Dios me basta; no hay más Dios que él. En él he depositado mi confianza: es el señor de trono magestuoso.»

La solemnidad de esta peregrinacion enardeció el celo de los fieles hácia el nuevo culto que fué abrazado por las tribus más distantes. Basan y Shar se convirtieron y cerraron la série milenaria de los reyes del Yemen.

Ultima peregrinacion, 22 de febrero de 632.—Cuando Mahoma hizo nuevamente la peregrinacion á la Meca, llevó en pos de sí noventa mil devotos, á los cuales desde lo alto de una colina predicó las ceremonias del rito y su significado; y desde la cumbre de otra el dogma de la ciudad de Dios, y dijo: *¡Desventurado del que reniega de vuestra religion! No le temais á él, sino á mi. Hoy he perfeccionado vuestra ley y he consumado mi gracia sobre vosotros, y deseo que el islamismo sea vuestra fé.* Inmoló sesenta y tres camellos, número igual al de sus años, y Alí treinta y siete. Reformó el calendario, restableciendo el año lunar sin intercalacion, y cumplió con devota exactitud todos los pormenores relativos á la peregrinacion.

Muerte de Mahoma.—De vuelta á Medina se disponia á atacar á la Siria y á los rumos, cuando fué acometido por una fiebre que se aumentó con la noticia de los progresos hechos por dos apóstatas. Dijo á sus mujeres, cerca de las cuales estaba alternativamente, que deseaba permanecer durante su enfermedad con una sola, y todas dieron la preferencia á Aichah. No cesó el Profeta de orar mientras tuvo fuerzas para ello: se hizo llevar á la mezquita, donde oró por los que habian muerto en defensa de la fé, alabó á Dios y pidió perdon de sus pecados. Después dijo desde el púlpito: *¿Hay entre vosotros alguno á quien yo haya golpeado? Hé aquí mis espaldas, puede desquitarse. ¿He zaherido la reputacion de alguno? Haga otro tanto conmigo. ¿He causado á alguno perjuicio en materia de dinero? Hé aqui mi bolsa.* Un hombre del pueblo se levantó y dijo: *Tú me debes tres dracmas* (12) *hace mucho tiempo.* Y el Profeta se los restituyó juntamente con los réditos, añadiendo: *Mas vale sufrir vergüenza en este mundo que en el otro.*

Cuando le llegaron á faltar las fuerzas, encargó á Abu-Bekr que hiciera la oracion en la mezquita. Dijo á los ansarianos: *Estirpad á todos los idólatras de la península: otorgad á los nuevamente convertidos los mismos privilegios que á los musulmanes, y sed asíduos á la oracion.* Después de quince dias de padecimientos, Gabriel llegó á consolarle anunciándole la muerte de uno de los dos apóstatas rebeldes: entonces el Profeta permitió al ángel de la muerte que le hiriera (6 de junio), y espiró en el regazo de Aichah, esclamando: *Señor, ten misericordia de mí: concédeme un lugar entre aquellos á quienes has elevado en gracia y en favor.* Habia vivido sesenta y tres años (13), de los cuales habia profetizado veinte y tres y dominado diez.

Era de mediana estatura, tenia cabeza abultada, tez morena y sonrosada, facciones bien marcadas, ojos rasgados y vivos, frente ancha y proeminente, nariz aguileña, cabellos negros como el ébano, espesa barba, fisonomia de magestuosa dulzúra, pero cuando montaba en cólera, se veia una vena entre sus cejas, hinchada de una manera espantosa. Afable con sus inferiores, jovial con sus amigos, se nutria aun después de haber adquirido tantos tesoros, con pan de cebada, limitado, y se pasaban algunas veces dos meses sin que en su mansion se encendiera lumbre, contentándose con dátiles y agua pura. Sencillo en sus costumbres, ordeñaba por sí mismo sus cabras, barria, encendia lumbre, componia sus vestidos y se ocupaba en otros cuidados caseros. Jamás ostentó el fausto de un rey.

---

(12) La dracma de los primeros tiempos mahometanos, es más ancha y delgada que la de los griegos, aunque casi del mismo peso. Acontece lo mismo con el dinero de oro.

(13) Se habla aquí de años lunares, que equivalen á cerca de sesenta y un años solares.

No sabia leer ni escribir, ó á lo menos lo fingia asi, para inspirar mayor fé respecto de las revelaciones, que segun aseguraba, se le trasmitian por escrito. La forma de estas revelaciones hacia venerar la escritura, puesto que el mismo Dios recurria á ella. Por otra parte Mahoma recomienda el el estudio á cada paso: *Todo mal*, dice, *nace de la ignorancia: sin embargo, hay un mal peor y es el de ignorar su propia ignorancia. El ignorante no presta atencion á lo que en su rededor pasa, ni á lo que hacen los demás; si posee una virtud, cree poseer ciento: si tiene mil defectos no se conoce uno.* Repetia á menudo esta sentencia. *La ignorancia es una mala cabalgadura, que hace ridículo al que la monta y al que la guia.* Quejándose un árabe de que un sabio se habia detenido dos dias en su morada, Mahoma le dijo: *Por el eco manifiestan las montañas el placer que las causa el acento de una voz melodiosa: las rosas y los jazmines se abren al canto de los ruiseñores* (14): *cuando oyen el cántico de su conductor, hasta se reanimán los camellos. Es más duro que una roca, más estúpido que una bestia, el que no se complace al oir las pláticas de un sabio.*

Era paciente en la adversa fortuna y, cosa más rara todavia, en la prosperidad. Al saber la muerte de su hija Bakia, esclamó: *¡Gracias sean dadas á Dios! Recibamos de él como beneficio hasta la muerte de nuestros hijos.* Cruel cuando su seguridad lo exigia, tambien supo perdonar: trató con generosidad á sus enemigos, y observó escrupulosamente los convenios.

Al decir de los autores árabes, Mahoma aventajó en cuatro cosas á todos los demás hombres; en valor, en la lucha, en liberalidad y en vigor marital. «La liberalidad, decia, es una rama del árbol de la bienaventuranza, cuya raiz está en el Paraiso, donde la riegan las aguas del rio Kauster.» Tambien decia: «La felicidad consiste aquí abajo en hacer bien á sus amigos y en sufrir con constancia el mal por parte de los enemigos.»

Hasta los cincuenta años permaneció fiel á Cadija, á la cual se confesaba deudor de su fortuna; la veneró siempre, y la colocó entre el número de las cuatro mujeres, espejos de yirtud, con Maria hermana de Moisés, Maria madre de Cristo y Fátima. Como no cesara de hablar de ella con sus mujeres, Aichah le interrumpió un dia, esclamando: *Sea como quiera, ya era vieja, y ha sido sustituida por una que vale más.—No, por Dios*, repuso el Profeta, *ninguna mujer puede ser preferida á Cadija, que creyó en mí cuando me menospreciaban los hombres, y que atendió á mis necesidades cuando yo era pobre y se me perseguia.*

Cuando ella terminó sus dias, se casó Mahoma sucesivamente hasta con quince mujeres, aunque el Coran solo permite cuatro. Tambien se hizo autorizar y aun ordenar por el cielo para casarse con la mujer agena. Tuvo además once concubinas, y en una hora misma pasaba á los brazos de muchas. Se enamoró de una esclava cofta llamada Maria, que le habia enviado Mu-Kaucas, gobernador del Egipto; pero sorprendido con ella por Afsa, hija de Omar, una de sus mujeres, le juró para apaciguarle, que no tocaria más á aquella cofta, y que Omar gobernaria á los creyentes después de Abu-Bekr, si guardaba silencio acerca de lo que habia pasado; pero confió el secreto á Aichah, que se lo contó á Abu-Bekr, su padre. Habiéndose apercibido Mahoma del desagrado de la una y de la otra, repudió á Afsa, y se mantuvo por espacio de un mes lejos de sus mujeres para entregarse á otros amores. Entonces añadió al Coran un capítulo para permitir á los musulmanes faltar á sus juramentos.

Terrible era el castigo impuesto á Afsa, en atencion á que, repudiada por el Profeta, no hubiera podido pasar al tálamo de otro esposo. Temiendo, pues, enagenarse el afecto de Omar, Mahoma hizo circular el rumor de que Gabriel le habia ordenado recompensar los ayunos y la piedad de Afsa volviendo á admitirla en su lecho. Aconteció que en una marcha nocturna se quedó atrás Aichah: volvió á aparecer la mañana siguiente, aunque acompañada de un guerrero, lo cual dió márgen á muchas suposiciones entre los árabes. Mahoma, aunque estremadamente celoso, queriendo tal vez, como César, que nadie tuviera ni aun sospechas de sus mujeres, se hizo asegurar por una revelacion que Aichah era inmaculada, castigó á los maldicientes, y decretó que una mujer no podria ser condenada por adúltera, mientras no hubiera sido vista su falta por cuatro hombres. Aichah fué á la que más amó entre sus mujeres, y fué la confidenta de los misterios de su agonia. Considerósela después como madre de los creyentes (*Omm-el-moslem*) e intérprete de los pensamientos del Profeta.

No dejó más hijo legítimo que Fátima, mujer de Alí. Todos los que se vanaglorian en gran número aun hoy de ser descendientes suyos, y son los únicos que tienen derecho de llevar turbante verde, son vástagos de hijos naturales.

Aquella série de revelaciones fueron el principal instrumento del poder de Mahoma, en las que hizo intervenir de contínuo á la divinidad segun convenia á sus fines. Pero no puede menos de condenarse el vergonzoso abuso que hizo de la palabra divina para autorizar sus desórdenes, hasta tal punto, que su vida fué una escepcion contínua de las reglas por él mismo establecidas, y de cuyo cumplimiento le dispensaba de vez en cuando el ángel. Animado en un principio del celo de la indignacion contra la idolatria, recurrió después á la impostura, fingiendo después comunicaciones repetidas con la divinidad, á la cual atribuyó todas sus resoluciones, así como su feroz intolerancia respecto de los hebreos y de los cristianos. El

(14) En la poesia oriental se cantan repetidas veces los amores del ruiseñor con la rosa.

mismo pronunció su condena cuando escribió lo siguiente: *¿Qué impiedad peor que hacer á Dios cómplice de una mentira, atribuirse revelaciones falsas y decir: Haré descender un libro igual al que Dios envió.*

No aspiró al don de los milagros: y si los pedian sus enemigos en testimonio de su apostolado, citaba las victorias alcanzadas con ayuda de escuadrones de ángeles que peleaban con sus guerreros. «Juraron que si veian un solo milagro creerian en el libro que le fué enviado. En efecto, los milagros, aunque no lo confiesan los infieles, están en la mano de Dios. Díles: El que hace granar las mieses, alimenta al hombre con el pan y trasforma éste en carne y huesos; ¿no podria plantar un jardin en el desierto y hacer brotar agua viva de una roca? Sí, sin duda. Su omnipotencia destruye el razonamiento de los infieles. ¡Oh Profeta! Díles que aun cuando vieran miles de ángeles, aunque hablaran los muertos, no creerian más de lo que creen ahora en los divinos beneficios. Pueblos, abundan los argumentos para convenceros de la verdad. Solo emplearé prodigios para espanto de los perversos. ¿No soy yo un hombre como los demás? ¿A qué vienen los milagros? He sido enviado para invitaros á abrazar el bien que os era ofrecido y á temer el mal que os amenazaba. Unicamente digo lo que me fué prescrito. ¡Desgraciado del que rehuse escucharme!»

A pesar de una declaracion tan terminante, sus sectarios asociaron un prodigio á cada uno de sus actos. Ya son piedras y arboles que le tributan homenage, fuentes que brotan de sus dedos, hambrientos á quienes harta, enfermos á quienes cura, muertos á quienes resucita. Entre estos milagros aglomerados en la *Sunna*, es el más célebre su viaje al cielo. Mientras dormia una noche al raso, junto á la Meca, el ángel Gabriel le abrió el corazon (15), y habiendo esprimido la gota negra, se lo llenó de fé y de ciencia: agitando después setenta pares de alas, le llevó la yegua al-Borak en que cabalgan los profetas cuando van á sus misiones divinas: es más veloz que el rayo, tan inteligente como el hombre, solo que está privada del don de la palabra. Al punto que fué informada de que aquel á quien debia llevar era el medianero, el intercesor, el autor del islamismo, se sosegó; y recibiéndole sobre su espalda le condujo á Jerusalen. Allí encontró en el templo á Abraham, á Moisés y á Jesus con otros santos, que le acogieron alegremente y se pusieron á orar juntos. Mahoma y Gabriel subieron enseguida por una escalera que allí encontraron, y llegaron al primer cielo, de plata pura, donde vieron colgadas de cadenas de oro las estrellas abultadas como el monte Noho, cerca de la Meca. Hacian allí centinela los ángeles á fin de que los demonios no se aproximaran al Paraiso. Otros ángeles tenian las figuras de todos los animales, y cada uno de ellos oraba por la especie á quien representaba por su forma. Inmenso entre todos era el gallo blanco, cuya cresta tocaba en el segundo cielo, distante del primero un viaje de quinientos años (16). Tres voces resuenan contínuamente en los oidos de Dios: la del creyente que lee el Coran de contínuo, la del que implora todas las mañanas el perdon de sus culpas, y la del gigantesco gallo, la más agradable de todas.

Mahoma fué recibido en aquella mansion con grandes honores, y saludado por Abraham como el más insigne de sus hijos, y de sus profetas. Luego en menos tiempo que se gasta en decirlo, llegó al segundo cielo, de hierro, donde encontró á Noé, á Jesus y á Juan. En el tercero, todo de piedras preciosas, se mantenia el *Fiel* de Dios, ángel que mandaba á otros cien mil, y tan grande, que entre sus dos ojos habia un espacio de setenta mil jornadas de camino. Delante de él habia una mesa sobre la cual no hacia más que escribir y borrar. En esta mansion moran David, Salomon, José, que honran á su sucesor. En el cuarto cielo, todo de esmeraldas, vivia Enoc acompañado de un ejército todavia mayor de ángeles, uno de ellos tan grande que tocaba al quinto cielo, distante quinientos años de camino, y gemia incesantemente por los pecados de los hombres. El quinto cielo, morada de Aaron, es de oro puro, y el fuego de la cólera de Dios se conserva allí para los pecadores reincidentes. En el sexto, Moisés saludó á Mahoma como á hermano, si bien se afligió al pensar que éste haria entrar en el cielo más personas que las que componen el número de los hebreos. En el séptimo, compuesto de la luz más límpida, vió á la mayor criatura de Dios. Es un ángel que tiene setenta mil cabezas, de las que cada una tiene setenta mil bocas, y cada boca setenta mil lenguas, hablando cada una setenta mil idiomas para celebrar las alabanzas del Señor.

Mahoma fué elevado hasta el árbol Loto, pasado el cual ni aun á los mismos ángeles es dado lanzarse. De consiguiente Gabriel dejó allí al Profeta, que fué conducido por Asrafel hasta el trono del Eterno, á través de dos mares de luz y uno de tinieblas, y oyó una voz que le decia: *Mahoma, adelántate y aproxímate á Dios poderoso y glorioso.* Adelantándose, pues, se acercó á la divinidad á dos tiros de flecha, y leyó á la derecha del trono: *No hay más Dios que Dios, y Mahoma es su profeta.* Dios le tocó, llenándole de santo estremecimiento y le reveló muchos arcanos. Retrocediendo enseguida volvió á encontrar á Gabriel, quien le condujo de nuevo á Jerusalen, donde al-Borak le aguardaba.

Todo esto habia pasado en el trascurso de algunas horas. Habiendo manifestado Mahoma á Ga-

(15) Algunos creen que esta frase hace alusion á la epilepsia á que estaba sujeto, segun los griegos.

(16) Fábula sacada, como tantas otras, del Talmud babilónico.

briel el temor de que el pueblo no prestara asenso á tantas maravillas y le acusara de embuste, el ángel le dijo: *Abu-Bekr, testigo fiel, justificará los prodigios que tú narres.*

Todas estas fueron invenciones de sus creyentes; pero Mahoma tenia razon de decir que su milagro era el haberse elevado de pobre artesano á maestro de medio mundo. Mercader, profeta, predicador, héroe, legislador, poeta, imaginando establecer un dogma sencillísimo en medio de la lucha de las religiones, se robusteció con la paciencia inherente á triunfos muy lentos, y con la prueba que proporcionan las contrariedades: la persecucion le hace hallar un refugio en Abisinia y en Medina: la obstinacion le hace repeler á los cristianos y á los judios para favorecer únicamente á sus compatriotas: enarbolando luego el estandarte, propone la alternativa de victorias gloriosas ó de un martirio más glorioso todavia. Bajo aquel estandarte, obtuvo Mahoma sus primeros triunfos, inspirando á sus sectarios la confianza que dan las victorias, creando los grandes capitanes que terminaron su obra. Desde entonces el estandarte del Profeta (17) ya no debia tener reposo. Llevado por el mismo general que peleaba con una mano y le sostenia con la otra, fué depositado en la capital del islamismo, primero en Medina, luego en Damasco, en Bagdad, en el Cairo, desde donde pasó á la casa otmana y hoy se halla en Constantinopla. El Coran, de carácter sumamente delicado, copiado por mano de Omar, está allí envuelto con una llave de plata de la Caaba. Solamente se despliega cuando el sultan ó el primer visir se pone á la cabeza del ejército, ó cuando se quiere reanimar el entusiasmo nacional y religioso.

Cuando exhaló el postrer suspiro hubo una desolacion universal entre sus fieles; luego se suscitaron murmullos de descontento y de duda. Algunos dijeron que no podia morir el Profeta, y que volveria, como Moisés, al cabo de cuarenta dias, ó resucitaria á los tres dias como Cristo. El impetuoso Omar llegó hasta á amenazar con su espada á los que alegaran la opinion contraria. Pero el prudente Abu-Bekr al mismo tiempo que aplaudió su celo, desaprobó sus resultados, y dijo: *¿Adorais á Mahoma ó al Dios de Mahoma? Dios vive eternamente; pero su apóstol era mortal como nosotros y ha terminado su carrera.* Esta sentencia, confirmada por la putrefaccion que empezaba á manifestarse, sosegó los ánimos y se prepararon espléndidos funerales al Profeta. En vez de sollozos y gemidos, solo se oyeron alabanzas á este hombre insigne, que habia juntado el lauro del poeta, el cetro del legislador y la espada del guerrero.

Suscitóse una nueva disputa cuando se trató de señalar el punto donde debia ser sepultado. Querian los moadgerianos que fuera trasladado á la Meca, su ciudad nativa; los ansarianos poseerle en Medina, que le habia dado asilo; otros depositarle en Jerusalen en medio de los profetas. Abu-Bekr, zanjó tambien esta dificultad, declarando que el Profeta habia espresado su voluntad de que se le enterrara allí donde muriera.

En su consecuencia, su fosa fué abierta bajo el mismo lecho que habia espirado, y allí se depositaron sus despojos. Después se levantó en aquel sitio una magnífica mezquita, semejante á la de la Meca, en forma de torre, ceñida de galerias cubiertas con un pequeño edificio en el centro. Está sostenida por doscientas noventa y seis columnas, diferentes una de otra, que alzándose desde la tierra, están adornadas de arabescos, de piedras preciosas, de inscripciones de oro. Hácia el ángulo sudeste de la mezquita, está el sepulcro de Mahoma dentro de un cuadro de piedras negras, sostenido por dos columnas; á su lado reposan sus dos primeros sucesores, cuyas tumbas están siempre cubiertas de preciosas alfombras.

Habiendo exclamado Mahoma en la agonia: *¡Malditos sean los judios que convirtieron en templos los sepulcros de sus profetas!* no podia tener un templo como Dios; pero visitar su sepulcro es uno de los principales deberes del islamismo. Todo el que allí se encamina debe repetir asíduamente ciertas fórmulas, especialmente cuando descubre los árboles del territorio de Medina. Antes de entrar se purifica con abluciones, se pone sus mejores vestiduras, se purifica con las aromas de más precio y hace limosnas. Al acercarse á la mezquita debe exclamar de este modo: *¡Oh Señor, sed propicio á Mahoma y á la familia de Mahoma! ¡Oh Señor, purgadme de mis pecados y abridme las puertas de vuestra misericordia!* Enseguida se adelanta hácia el *area gloriosa de las flores*, es decir, hácia el sepulcro, y adora en todos los lugares consagrados por recuerdos, cumpliendo las mismas ceremonias que practicaron los primeros apóstoles.

---

(17) Lo llaman *Ucab Sandjak Scherif*. El estandarte de Mahoma, que se encuentra hoy en Constantinopla, en la sala de las reliquias, está envuelto en cuarenta cubiertas de seda, y los vestidos del Profeta en cincuenta. Todos los años, el 15 del Ramadan, se le descubre con gran pompa, presentándolo para que lo bese la corte, y después de cada beso el escudero mayor lo limpia con un pañuelo de muselina, que el que acaba de besar conserva como una memoria preciosa; concluida la ceremonia, la orilla besada se lava en una gran vasija de plata, y aquella agua se distribuye en ampolletas, que, después de selladas, se envian á príncipes y grandes, los cuales, al tiempo de recibirlas, hacen regalos al portador; esparcen algunas gotas en el primer vaso de agua con que quebrantan el ayuno aquella tarde, y creen que es un preservativo de enfermedades é incendios. HAMMER, *Staatsvers. und Staatsverw. des Osm.* R. I. 19.

CAPÍTULO III

EL CORAN.

Consignados se hallan en el Coran los errores, la doctrina, las virtudes y los vicios de Mahoma: destinaba este libro á formar el código civil y religioso de los árabes con la idea de reunir sus diseminadas tribus en una sola ley y creencia, en una moral reformada, en un culto más puro. Su intencion era que sus sucesores fueran á la vez pontífices y soberanos de la poblacion agrupada entorno de ellos.

Llámasele el Coran, es decir, libro que debe leerse, á la obra entera y á cada uno de sus capítulos, á los cuales se da de otro modo el nombre de *suras*. En total forman el número de ciento catorce, desiguales en estension, distinguidos no por su número progresivo, sino por sus títulos particulares, sacados ora de algunos de sus versículos, ora de la persona que habla en ellos, ó bien dictados por el capricho. Están en prosa, aunque en líneas paralelas, con rimas frecuentes, obtenidas á veces interrumpiendo y hasta alterando el sentido. A la cabeza de cada capítulo, á escepcion del noveno, se lee: *En nombre del Señor clemente y misericordioso*, que en el idioma árabe se espresa con las palabras *B'ism Illah elrohman elrakkim* fórmula (*bismillah*) con que los musulmanes encabezan todos sus escritos.

El Coran está escrito *ab eterno* sobre una mesa que los musulmanes llaman guardada, en virtud de los miles de ángeles que velan entorno, á fin de que los demonios no alteren su texto. Es tan larga como el espacio que separa el cielo de la tierra, y tan ancha como la distancia que existe desde Oriente hasta Occidente: está hecha de una piedra preciosa de esplendente blancura. Hallábase el Coran cerca del trono de Dios en el séptimo cielo: desde allí se lo trajo el ángel Gabriel al Profeta, escrito en un papel ornado de seda y de piedras preciosas; pero como sus versículos se le fueron revelando poco á poco, á medida que sobrevenia un hecho importante, ó queria superar una dificultad, justificar un acto, determinar una empresa, modificar una opinion, carece la obra de unidad, de inspiracion y de pensamiento: no solo se repite el autor, sino que hasta se contradice. En cuanto publicaba un versículo nuevo, inmediatamente sus discípulos se lo aprendian de memoria y lo escribian en hojas de palmera, en piedras blancas, en tiras de cuero, ó en el lomo de un carnero. Estos versículos fueron tambien encerrados dentro de un arca y confiados á una de las mujeres de Mahoma. Más tarde Zeid, el mejor de sus secretarios, los reunió sin órden de tiempo ni de materia; por eso se encuentra al fin lo que correponde evidentemente al principio: lo que fué revelado en Medina, mezclado con lo que fué revelado en la Meca, tal vez en un mismo capítulo en suma, reunidos segun caian en manos del compilador. De aquí proviene así mismo la circunstancia de ser los primeros capítulos estremadamente largos y los últimos muy cortos. Sin embargo, el IX empieza en esta forma: «Este libro se halla distribuido con un órden juicioso, siendo obra del que posee la sabiduria y la ciencia.»

Además de las dudas que ocasiona esta confusion, nacen otras de la oscuridad intrínseca de muchos pasajes; tanto, que los teólogos y los comentadores se han tomado un interminable trabajo para explicar aquel caos de visiones, relatos, preceptos, consejos, cosas falsas y verdaderas, sublimes y absurdas; y para quitar de enmedio las contradicciones evidentes, han asegurado que Dios ordenó ciertas cosas, que luego le plugo derogar, anulando de unas el sentido y la letra, de otras la letra solamente, y de otras, por último, el sentido, conservando la letra.

La ausencia de vocales en el alfabeto árabe como en el de los demás idiomas semíticos, unida

á que la introduccion de los puntos fué muy posterior á Mahoma, hace que el modo diferente de enunciar las voces, produzca enormes diferencias de sentido en el Coran, aunque se hayan instituido *mokris* destinados á leerle con la acentuacion precisa.

Existen siete ediciones diferentes de este libro; dos publicadas en Medina, una en la Meca, otra en Cufa, las demás en Bosra y en la Siria, sin contar la Vulgata. Se diferencian entre sí en el número de versículos, desde seis mil hasta seis mil doscientos cuarenta y tres, y sumando todas, pues ha habido quien ha hecho la cuenta, setenta y siete mil seiscientas treinta y nueve voces y trescientas veinte y tres mil quince letras (1); hasta se sabe las veces que cada letra está repetida.

El sabeismo, antigua religion de los árabes, habia degenerado en un culto supersticioso. El cristianismo, que comenzaba á penetrar en la península, hacia sentir la necesidad de una religion de moral y de espíritu, que libertara á Dios y al hombre de los lazos de la materia; pero le estorbaban el triunfo, por una parte el respeto hácia la antigua fé, por otra la oposicion de los judios, y hasta sus mismas heregias. De consiguiente, el nuevo culto no podia ser más que una transicion entre estos diversos elementos. Mahoma, *profeta iliterato*, como se llama á sí propio, tuvo necesidad de valerse de agenas manos para formar un código y conocer las demás religiones. Ahora bien, los que no creen en su revelacion divina ni diabólica (2), designan como colaboradores suyos al judio Abdallah-ebn-Salam, al monje nestoriano Sergio, y á Salvan, mago convertido al cristianismo y á un Cain ó Aich, librero cristiano que le dió la Biblia para que la leyera. Quizá estas tradiciones discordantes no hacen más que simbolizar la triple influencia de las antiguas religiones sobre la moderna. Efectivamente, lo que en la ley de Mahoma parece referirse al culto de los persas, ya habia podido ser introducido en la Arabia por las doctrinas de los sabeos. Apenas parece que tuviera nocion alguna del Evangelio: lo que de él toma es muy poco, y aun las tradiciones evangélicas se hallan tan desfiguradas, como si descansaran en cosas oidas ó en libros apócrifos. Hace mayor uso del Antiguo Testamento, citando espresamente el Pentateuco y los Salmos, apoyándose en los patriarcas, y hasta contando su historia con la intencion espresa de reintegrar sus enseñanzas, sus ejemplos, y de halagar la vanidad de la nacion que les atribuia su orígen.

Doce siglos hace que este libro es venerado por naciones poderosísimas como código político y religioso, y se estiende hasta la forma esterior el respeto á su contenido. Todo musulman está obligado á sacar ó á mandar que le saquen una copia, y el sultan dos, como fiel y como príncipe. Enriquecióselo con oro y con pedrerias; no le tocaria un musulman sin estar purificado ritualmente, ni le tendrán nunca al leerlo más abajo de la cintura. Se han inscrito sus versículos en las banderas y en los palacios; llevánle consigo á la guerra, se le consulta en los casos dudosos, y se mira como una profanacion que caiga en manos de los infieles.

Mérito literario.—Además, es venerado por los árabes como obra maestra literaria. «Dícese que un hombre dictó el libro á Mahoma; pero aquel á quien se designa habla un idioma extranjero, á la par que el árabe del Coran es elegante y puro.» (3) En estos términos desmentia el Profeta los falsos rumores; y en efecto su obra está escrita en el dialecto más castigado, el de la Meca, que vino á ser el idioma literario enseñado en las escuelas. Mahoma sacó de la belleza de la obra una prueba de su redaccion divina, desafiando á todo mortal ó á todo ángel á escribir una página de igual mérito. Existia en aquella época un poeta muy celebrado llamado Abu-Okail-Lebid, que habia puesto á la puerta de la Caaba una de sus composiciones que empezaba con estas palabras: «Toda alabanza que no se dirige á Dios es vana; todo bien que no proviene de Dios, es la sombra del bien.» Tanto era su mérito que ningun contrincante osó presentarse á disputarle la palma. Pero el capítulo *Al-Bakrah* (4) del Coran fué presentado, y Lebid quedó sobrecogido de admiracion que se confesó vencido, declarando que era imposible llegar á tamaña perfeccion, sin una inspiracion divina. Abjuró, pues, de la idolatria y se convirtió al islamismo (5).

---

(1) Tambien fué practicado por los rabinos este ejercicio de improba paciencia con la Biblia.

(2) Supone Marracci que el diablo llegó á inspirar al profeta árabe bajo la figura de Gabriel. Entonces habria que suponer que Satanás es más poeta y menos lógico de lo que los hombres creen.

(3) Cap. VI.

(4) Copiamos aquí el principio de este capítulo porque en él se hace mencion primeramente de la infalibilidad del Coran, y después de la predestinacion.

«En el nombre de Dios clemente y misericordioso.

»A. L. M. No haya duda acerca de este libro: es la norma de los que temen al Señor.

»De los que creen en las verdades sublimes, que hacen oracion y derraman en el seno de los pobres parte de los bienes que les hemos dado.

»De los que creen en la doctrina que te hemos enviado del cielo, y en las escrituras, y se mantienen firmes en la creencia de la vida futura.

»El Señor será su guia; la felicidad su suerte.

«Por lo que hace á los infieles, predíqueseles ó no el islam, persistirán en su ceguedad.

»Dios ha puesto un sello en su corazon y en sus oidos; sus ojos están cubiertos con una venda, y les aguarda el rigor de los suplicios.

»Si dudais del libro que hemos enviado á nuestro siervo, presentad un capítulo siquiera semejante á los que contiene; y si sois sinceros, apelad á otros testimonios que al de Dios.»

(5) Este poeta compuso en el momento de su muer-

Algunas pinturas risueñas ó severas, imágenes ora graciosas, ora magníficas, descripciones de la omnipotencia de Dios, son cualidades que puede descubrir en el Coran hasta un extranjero, pero el que no comprende el original queda poco compensado por algunos pasajes sublimes (6) de las prolijidades, de las repeticiones enojosas, de la confusion de las materias, de la oscuridad frecuente.

Sunna.—Ademas del Coran veneran los musulmanes la *Sunna* ó tradicion que corresponde á la *Misna* de los judios. Sus doctrinas trasmitidas de viva voz por el Profeta y recogidas por escrito, dos siglos después, por Al-Bochari, que de trescientas mil tradiciones inciertas, separó siete mil doscientas sesenta y cinco auténticas. Todos los dias iba á orar al templo de la Meca y á hacer allí las abluciones para salir más airoso de su empresa, y cuando la hubo terminado depositó su obra sobre el púlpito, después sobre el sepulcro del Profeta.

Agregóse á esto en seguida el *Ijmar*, decisiones unánimes de los imanes ortodoxos sobre los puntos controvertidos, y el *Kias*, analogia que se saca de las antiguas sentencias para los casos nuevos.

Tales son las fuentes de la doctrina mahometana (*islam*) que dividen los doctores en dos partes, el *iman* ó la fé, la teoria, y el *din* ó la práctica.

Empezando por los dogmas, el Coran es infalible porque principia de este modo: *No haya duda acerca de este libro*. El Coran es la palabra incarnada, increada, eterna, existente por sí misma; de modo que se sustituyó un dios muerto al dios vivo; y á diferencia del cristianismo no se habia instituido un cuerpo vivo de intérpretes.

Dios.—Su regla fundamental está contenida en estas palabras que repiten los musulmanes á todas horas: *No hay más Dios que Dios: un solo Dios y ningun Dios fuera de él.* Cada capítulo del Coran es una proclamacion de esta verdad, entorno de la que Mahoma esperaba reunir á las religiones en lucha. «Dios existe por sí mismo, no engendra ni es engendrado; no tiene compañero; reina solo; solo á él deben tributarse alabanzas. Separa el grano de la espiga, el hueso del dátil: hace surgir la vida de la muerte y la muerte de la vida: separa la aurora de las tinieblas y señala la noche para el reposo. Coloca los astros en el firmamento para guiaros, en medio de las tinieblas, por la tierra y por los mares. Os ha formado de un solo hombre, os prepara un abrigo en el seno de vuestras madres y os dispone en los riñones de vuestros padres: hace caer la lluvia para fecundar los gérmenes de las plantas: cubre la tierra de verdor, hace germinar el trigo y crecer la palma con sus racimos. Le debeis las uvas, las aceitunas, las granadas de vuestros jardines. Si quiere producir alguna cosa, dice: *Hágase*, y es hecha.»

Tal era la creencia de los primeros patriarcas. «Hemos mostrado á Abraham el reino de los cielos y de la tierra para que su fé no vacilase. Cuando la noche le hubo rodeado con sus sombras, vió una estrella y exclamó: *Este es mi Dios;* pero habiendo desaparecido la estrella, añadió: *No adoraré númenes que desaparecen.* Vió asomar la luna y dijo: *Este es mi dios;* pero al ocultarse repuso: *Si el Señor no me hubiera iluminado, me estaria sumido en el error.* Habiéndose presentado el sol en el horizonte, exclamó: *Este es mi dios, mayor que los demás*; pero observando que terminaba su carrera, continuó de este modo: *Pueblo mio, rechazo el culto de vuestras divinidades: he levantado mi frente hácia aquel que formó los cielos y la tierra y adoro su unidad: mi mano no quemará incienso ante los ídolos* (7).

Por lo tanto, el dios de Mahoma no es ese poder físico del sabeismo sustancialmente presente bajo las diversas formas de la naturaleza y de la humanidad. Creó el mundo, no sacándolo de sí mismo, sino de la nada; no está unido á él por un vínculo natural y una continuidad esencial, sino separado del todo como Jehová; sin mezcla natural, solo con su voluntad eterna, al par que el mundo, su obra, está sujeto á una necesidad absoluta.

A fin de que la idea de Dios uno quedara más pura, Mahoma escluyó la trinidad, prohibió el culto de las imágenes y de las reliquias: él mismo no aspiró más que al título de profeta.

Angeles.—Dios todopoderoso y omnisciente, justo, bueno, misericordioso, crió los ángeles, sus ministros, de una deslumbrante blancura, formamados de luz: los principales son Gabriel, Miguel, Asrael, ángel de la muerte, Israfil, ángel de la resurreccion (8) Cada hombre tiene dos para su custodia y para que tomen apunte de sus acciones. No forman los ángeles una gerarquia, como en el sabeismo, colocada entre el criador y la criatura: están reducidos á la condicion de simples mensajeros creados para el servicio del hombre.

---

te un verso que se reputa como el colmo de lo sublime. *Vagiadto jedid' al mout gair ledhidh.*

«Dícese que todo lo nuevo produce deleite; aunque la muerte es nueva para mí, yo no esperimento ninguno.»

(6) Se cita el siguiente pasaje del cap. IX como el más sublime, Dios habla allí de este modo después del diluvio. «Tierra, trágate tus aguas: cielo, absorbe las que has vertido. Se retiró el agua y el mandato de Dios quedó cumplido: el arca se detuvo sobre la montaña, y se oyeron resonar estas palabras terribles. *¡Ay de los perversos!*»

(7) *Coran* cap. VI y passim.

(8) Léese lo mismo en el evangelio apócrifo de San Bernabé, salvo que los dos últimos ángeles se llaman Rafael y Uriel. Muchas analogias podrian hallarse entre el Coran y los libros apócrifos. En el ejemplar de este evangelio que poseen los musulmanes, han sustituido á la palabra *paracleto*, consolador, la de *paraclito*, es decir, famoso, celebrado, equivalente á la significacion árabe de *mahamed*. En su consecuencia dicen que la venida de Mahoma fué profetizada por Jesucristo.

Sin embargo uno de los ángeles superiores negó su obediencia á Adan, por lo que fué arrojado del cielo y se trasformó en Satanás (*Eblis*). «Dijimos á los ángeles: *Adorad á Adan*, y le adoraron. Solo Eblis le negó homenaje, y el Señor le dijo: *¿Por qué no odedeces y adoras á Adan?—Soy de una naturaleza superior a la suya*, respondió Eblis, *puesto que estoy formado de fuego y él de barro.—Fuera de aquí*, dijo el Señor; *no es el paraiso para los soberbios; huye cubierto de oprobio y sin esperanza de perdon* (9).

Entre los ángeles y los demonios están los genios, creados tambien de fuego, si bien más materiales, que comen, beben, engendran y mueren. Los hay de distintas especies, como los *djin* ó genios, las *peris* ó hadas, los *dii* ó gigantes, los *tacwin* ó destinos: son los unos buenos y los otros malos: antes de la creacion de Adan habitaban el mundo, y Mahoma fué tambien enviado para su conversion.

Revelacion.—El hombre criado para el paraiso, fué arrojado de allí por la malicia del ángel malo, y ahora, que vive en la tierra, debe merecer para la eternidad premio ó castigo. Dios ha acudido en su ayuda, revelándole muchas veces su voluntad en ciento veinte y cuatro libros sagrados, de los cuales diez fueron dados á Adan, cincuenta á Seth, treinta á Edris ó Enoch, otros tantos á Abraham: además, el Pentateuco fué dado á Moisés, los Salmos á David, á Jesucristo el Evangelio, el Coran á Mahoma, libro que aventaja á todos: es el sello y la clausura de las revelaciones. No fué menor de ciento veinte y cuatro mil el número de elegidos enviados por Dios á la tierra; pero solo trescientos trece tenian por comision especial apartar á los hombres de las supersticiones. Seis de ellos establecieron una ley nueva, derogando la antigua, Adan, Noé, Abraham, Moisés, Jesús y Mahoma. Adan mereció mal de su descendencia por el pecado con que la mancilló: conservados son los preceptos de Noé en la Sinagoga: Abraham no fué cristiano ni judio, sino musulman y adorador de un solo Dios, aunque no sea venerado más que por un corto número de caldeos. Contada y embellecida está en el Coran la historia de Moisés. Habla de Cristo con respeto como de uno de aquellos que más se aproximan á la faz de Dios, aunque contando muchos prodigios sacados de los libros apócrifos, y afirmando, á pesar de todo, que no era mortal. Cuando fué acusado se le sustituyó ó un fantasma ó un delincuente á quien se crucificó en su puesto, mientras él subia al tercer cielo, desde donde vendrá el dia del Juicio á confundir á los judios que le niegan homenaje. La mayor parte de los ejemplos tomados por Mahoma de la Sagrada Escritura tiene por objeto demostrar cuán severo castigo impuso Dios á los que maltrataron á los profetas; y para esto tenia sus razones.

Por lo tanto su profesion de fé está concebida en esta forma: «Creemos en Dios, en el libro que nos fué enviado; en lo que fué revelado á Abraham, Ismael, Isaac, Jacob y á las doce tribus; en la doctrina de Moisés, de Jesús y de los profetas, sin establecer la diferencia entre ellos, y nosotros somos musulmanes.» La religion mahometana no es, pues, enemiga de la cristiana, ni de la hebrea, y las crueles persecuciones ejercidas en su nombre provienen más bien de odios nacionales ó de la ambicion de dominar.

Vida futura.—Hay tres clases de musulmanes; unos perfectos en estremo, serán los primeros que entren en el paraiso; otros ocupan un término medio; los últimos, buenos solamente en la apariencia, alcanzarán misericordia, aunque no gloriosas recompensas. Resucitarán antes que nadie los musulmanes y serán colocados sobre una eminencia; luego, aunque á la hora de la muerte estuviera cargado de pecados su registro, lo encontrarán en blanco en el instante de su resurreccion, y no llevarán consigo más que sus buenas obras, cumplidas ora por ellos mismos, ora por otros en su nombre.

Juicio.—Inmediatamente que su cuerpo es depositado en la tumba, se aparecen dos ángeles negros, Monker y Nakir, que, después de haber hecho que se levante, examinan al muerto acerca de la fé en la unidad de Dios y en la mision de Mahoma. Si no responde como debe, es severamente castigado en el *barzak*, nombre dado al intérvalo que separa la muerte de la resurreccion. A los cuerpos de los buenos, se les concede el reposo. Las almas, si pertenecen á musulmanes perfectos, suben en derechura al cielo, si á mártires, se detienen en el gaznate de los pájaros verdes, que se alimentan con frutos del paraiso y beben aguas del mismo; las de los demás fieles vagan en las inmediaciones de sus sepulcros, ó aguardan el dia de la resurrecion en el cielo más bajo.

Ninguna cosa que haya tenido principio puede libertarse de la muerte, ni aun los ángeles, entre los cuales será Israfil el primero que resucite y cuyo soplo debe hacer resonar la trompeta del juicio final. La aproximacion de este dia será anunciada con signos más ó menos evidentes; disminuirá la fé entre los hombres; personas de baja condicion se elevarán á las altas dignidades, y pesarán sobre los humanos tan grandes infortunios, que esclamará el que pase junto á un sepulcro: *¡Oh si estuviera ahí enterrado!* Luego el sol saldrá por Occidente, como lo verificaba al principio del mundo: se aparecerá una fiera de figura terrible y monstruosa: el Antecristo derrocará reinos: por último Cristo volviendo, al mundo, abrazará el islamismo. Entonces se oirá el alarido de la consternacion ante el cual quedarán espantados todos los moradores del cielo y de la tierra; vacilará el mundo, se hundirán los edificios; hasta las madres olvidarán á sus hijos de pecho, y los hombres descuidarán á sus camellas preñadas de diez meses. Después de trascurridos cuarenta años, Israfil, si-

(9) *Coran*, cap. VII.

tuándose en el templo de Jerusalen anunciará la resurreccion y evocará á las almas de todas las partes del mundo: las pondrá en su trompeta, y cuando haga penetrar su último soplo, saldrán de allí como un enjambre, llenando el espacio entre el cielo y la tierra, luego volverán á sus cuerpos ya preparados por una lluvia de cincuenta años.

El dia del Juicio durará mil ó cincuenta mil años (10). La imaginacion oriental se ha esplayado en la pintura de las tremendas y majestuosas circustancias de la resurreccion, y emplearia mucho tiempo el que quisiese indicar meramente las tradiciones en extremo distintas acerca del juicio reservado á todos los vivientes, hombres, genios, ángeles ó animales. Después que los justos y los injustos hayan esperado largamente en medio de terribles angustias, aparecerá Dios á pedir á cada uno cuenta de sus obras; y como Abraham, Noé y Jesucristo habrán declinado ya el oficio de intercesores, se encargará de esto Mahoma, debiendo, entretanto, las almas dar cuenta de su tiempo y del uso que de él hicieran, de sus riquezas, de cómo las adquirieron y las emplearon; de su cuerpo y del modo con que lo usaron; de sus conocimientos y del servicio á que los destinaron. Si quieren echar la culpa al alma ó al cuerpo, Dios le citará el apólogo del ciego y del tullido destinados á la custodia de la viña, que se ayudaron uno á otro para robar y fueron condenados igualmente. Gabriel sostendrá la balanza, cuyos platos, bastante anchos para contener el cielo y la tierra, estarán suspendidos el uno en el infierno y el otro en el paraiso. Exámen tan prolijo quedará terminado en el espacio de tiempo que basta para ordeñar á una camella. Entonces se hará una compensacion entre las almas por los daños causados ó sufridos, descontando en provecho de los ofendidos parte de las buenas obras de los ofensores. Los animales mansos tomarán venganza de las fieras, luego todos quedarán reducidos á polvo. Pero los hombres deberán pasar por encima del puente Al-Ssirat, más angosto que el más ténue cabello, y á la par que los justos le cruzarán con ligera planta, los malos caerán en el infierno abierto debajo.

Como Mahoma era mercader presentó el paraiso á manera de un contrato: *Dios compró á los fieles su vida y su hacienda, dándoles por premio el paraiso: alegraos de la venta hecha y del premio por el cual os habeis rescatado, puesto que el paraiso es el beneficio que os resulta.* Mahoma entrará allí el primero de todos, y saborearán los profetas las más sublimes delicias: enseguida los doctores y los predicadores: luego los demás á proporcion de sus méritos; pero la ínfima clase de los creyentes, tendrá para sus placeres setenta y dos huris, doncellas de negros ojos, cuya virginidad se renovará ilimitadamente. Después de haber tomado la imaginacion lúbrica de Mahoma tantas ideas á los judios y á los magos, relativamente á los futuros destinos del hombre, no supo inventar para la morada celeste cosa mejor que una mezcla de lupanar y de cocina.

Entre el paraiso y el infierno hay un muro de separacion (*al-Orf*), á través del cual pueden platicar los bienaventurados y los réprobos. Siete puertas abren paso al infierno y conducen á diferentes castigos. Por la primera entran los musulmanes condenados: por la segunda los cristianos: por la tercera los judios: los sabeos por la cuarta: los güebros y los magos por la quinta: los idólatras por la sexta: por la última los hipócritas y los avaros. Serán eternas las penas para los infieles; pero por culpables que sean los musulmanes, serán salvados cuando les haya purificado el fuego de sus culpas, reduciendo á carbon toda la piel de su cuerpo.

Tambien las mujeres serán premiadas en un paraiso distinto, pero el mayor número gemirá en los abismos. Habiendo rogado una vieja á Mahoma que le alcanzara el paraiso, respondió; *No es el paraiso para las viejas*, viéndola afligida añadió: *No habrá viejas en el paraiso, porque Dios las restituirá juventud y hermosura.* Sancionó la inferioridad de la mujer en el mero hecho de aplicarle solo la mitad de los castigos y de las recompensas del otro mundo, así como en éste repartia la mitad de las penalidades á los esclavos.

Fatalismo.—«Dios ha decretado desde la eternidad cada accion, cada suceso del hombre: todo está escrito en el libro de la evidencia. Los infieles están predestinados para el fuego: el hombre lleva colgado al cuello su destino, y en el dia de la resurreccion, Dios les enseñará su libro abierto». De consiguiente pesa la fatalidad sobre la práctica del musulman. Vanamente quisieron modificar sus teólogos este dogma, á fin de dejar siquiera alguna parte á la libertad humana, y por lo mismo á la moralidad de las acciones. Todo lo rige un decreto inmutable: someter la voluntad de Dios á la de un individuo se reputa como una blasfemia digna de los magos, y peor todavia. Efectivamente el hombre no suministra más que la materia de la moneda, Dios es el que la aplica el cuño; y el hombre ó es perverso ó santo, no por su mérito ó por sus culpas personales, sino porque Dios así lo quiere. De esta suerte inspiró el Profeta á los suyos una ilimitada confianza, que, sin pensar en el peligro, les hizo precipitarse sobre el enemigo, persuadidos de que les asaltaria la muerte lo mismo en su lecho que sobre el campo de batalla, puesto que estaba señalada su hora. «La hora final está predestinada por Dios, y los que perecieron en el combate de Ohod, no hubieran evitado su destino, aunque se hubieran quedado en su morada, porque en ningun lugar puede eludir el hombre el decreto absoluto de Dios». Pero, aunque este sentimiento lanzó al principio á los musulmanes á

(10) Diversos asertos del Coran en los caps. XXXII y LXX.

la victoria, después fué causa de esa apatia que ha llegado á caracterizarlos, y de la tirania más absoluta fundada en la ciega obediencia al enviado del Altísimo y á sus sucesores.

El paraiso se gana con la fé pura, y su puerta no estará cerrada para musulman ninguno por perverso que sea. Lo importante es que se crea, todo lo demás es menos. Lejos, pues, de imponer una moral difícil á su nacion errante, se contentó Mahoma con mejorarla escluyendo lo que repugna á la razon, como la idolatria, el suicidio, el asesinato, las uniones incestuosas, la esposicion de los niños y la usura. Para él es cosa desconocida el mérito de la continencia, y la poligamia está justificada por la ley y por el ejemplo del voluptuoso Profeta. Es verdad que limitó á cuatro el número de esposas, pero cada cual puede tomar tantas mujeres como guste, ya sean alquiladas, ya por un tiempo determinado (*kabin*). De esta suerte perpetuó la esclavitud de la mujer y todas sus mortales consecuencias. Castígase la fornicacion con cien azotes: el adulterio con la muerte, siempre que pueda ser probado por cuatro testigos de vista (11).

Lícito es el divorcio; pero después del tercero el marido no puede volver á tomar á su mujer si ella no ha pertenecido á otro. Basta al marido la razon más leve: la mujer debe alegar motivos poderosos y pierde su dote: puede casarse de nuevo al cabo de tres meses, dado que no esté en cinta. «Vuestras mujeres, dice el Coran, son vuestro campo; cultivadlas tanto como os plazca: abasteced vuestros corazones: temed al Señor. El deseo de poseer á una mujer, sea ó no manifiesto, no nos hará delincuentes ante el Señor, pues sabe que no podeis prescindir de pensar en las mujeres (12). No os caseis más que con dos, tres ó cuatro, escogiendo aquellas que más os hayan agradado. Sino podeis mantenerlas decorosamente, tomad una sola y contentaos con esclavas (13). De cualquiera modo que os compongais no podeis amar igualmente á vuestras mujeres; pero no dejeis que se incline la balanza hácia ningun lado. Si sobreviene un divorcio, Dios enriquecerá al uno y al otro esposo: es sabio é infinito».

Gabriel se apareció á Mahoma bajo la figura de un beduino y le preguntó: «¿En qué consiste el islamismo?» Mahoma respondió al punto: «En profesar que no hay más que un Dios y que yo soy su profeta, en observar exactamente las horas de oracion, en dar limosna, en ayunar el Ramadan, y en cumplir si se puede la peregrinacion á la Meca».

Precisamente es eso, repuso Gabriel descubriéndose.

Cinco oraciones son de obligacion cotidiana: antes de salir el sol, á mediodia, antes y después de ponerse el sol, y á la primera vigilia de la noche. Las oraciones, *columnas de la religion y llaves del Paraiso:* vienen á ser breves jaculatorias acompañadas de actos y posturas determinadas por el iman, que es imitado por todos los asistentes siempre que se encomien y que consisten en postrarse hasta tocar en tierra con la frente, y en poner los pulgares detrás de las orejas como para indicar una separacion completa de los intereses mundanos. Tambien pueden ser dichas en particular volviéndose constantemente hácia el lado de la Meca. En horas determinadas esclama el muezin desde lo alto de los minaretes que son semejantes á nuestros campanarios: «No hay más Dios que Dios y Mahoma es su profeta: musulmanes, acudid á la oracion:» en este momento la mente de todos los creyentes se eleva hasta la divinidad (14).

El musulman debe presentarse á Dios con un traje decente en que no haya lujo, y despojarse antes de la oracion de pomposos ornamentos, á fin de no mostrarse con arrogancia á la vista del Señor. No pueden orar en público con los hombres las mujeres, que inspiran ideas muy distantes de ser devotas.

Los musulmanes hacen sacrificios de animales en la Caaba; pero no los consideran como parte integrante del culto. Sin embargo, los practican en circunstancias estraordinarias, al término de un viaje, con motivo del nacimiento ó de la muerte de un hijo, por la dedicacion de una mezquita, ó en la fiesta nacional del Curbam Bairam.

Siendo sagrados el domingo y el sábado para los cristianos y para los judios, Mahoma consagró á Dios el viernes, dia en que Dios crió al hombre, y en que él habia hecho su entrada en Medina.

---

(11) Las historias musulmanas no hablan más que de dos ejemplos de lapidacion por adulterio: las crónicas musulmanas de uno solo, en 1680, bajo Mahomet IV en Constantinopla, en virtud del celo de un juez y de la santurroneria del predicador Wani.

(12) Cap. II.

(13) Cap. IV.

(14) Collier, embajador holandés, cerca de la Puerta otomana al principio del siglo pasado, vió en la llanura de Andrinópolis á ciento cincuenta mil soldados y otros tantos musulmanes que habian acudido de las inmediaciones á hacer la oracion del viernes. «Toda aquella muchedumbre de cabezas, cubiertas de turbantes, se hallaba pronta á hacer el *Salath al giuma,* que comenzó á la llegada del sultan. Todos oian con respeto lo que decia un *iman* colocado á la cabeza de cada oltah ó regimiento. Cada uno permanecia en su puesto, vestido con trajes de brillantes colores que presentaban una agradable perspectiva. Inmóviles como estátuas, no se oia toser, ni escupir, ni decir una palabra; ni aun siquiera se meneaban sus cabezas. Fijos sus ojos solamente en el iman, cada vez que pronunciaba el nombre de Mahoma, inclinaban la cabeza hasta la mitad del pecho; y cuando se proferia el de Dios, se postraban hasta la tierra: luego, cuando se esclamaba *Allah al akbar,* una porcion de muezines, desparramados entre la muchedumbre, repetian este grito á larga distancia, y trescientas mil personas se prosternaban en el suelo, teniendo á su cabeza al soberano y por templo la naturaleza. No se podia ver semejante espectáculo sin emocion profunda.»

Asiste el musulman este dia al culto público y á las oraciones comunes recitadas en la mezquita por el iman, que añade á ellas un sermon con mucha frecuencia. Cada cual puede consagrarse enseguida á sus trabajos habituales.

Las abluciones son el preludio de la oracion, y el musulman está obligado á repetirlas muchas veces al dia. Pero cuando no tienen agua á la mano, como por ejemplo, en Arabia, donde escasea mucho, puede purificarse con arena: «Cuando os apresteis á la oracion, purificaos ante todo las manos hasta el codo, luego la faz hasta las orejas, y los piés hasta el tobillo. El aseo es la clave de la oracion.» (15)

La circuncision, antiguamente en uso entre los árabes, no está ordenada en el Coran, aunque la recomendó mil veces de viva voz el Profeta; y así es considerada como de derecho divino, y en algunos puntos hasta se estiende á las doncellas. No se practica en los recien nacidos como entre los hebreos, sino entre los seis y diez y seis años, cuando el mancebo se halla en aptitud de pronunciar la fórmula de la fé.

No solo se considera la limosna como una obra de caridad: se impone con determinada medida. Débela el rico en proporcion de los medios que ha empleado para adquirir su fortuna: está obligado á la quinta parte si han sido poco decorosos, al diezmo si su lealtad es intachable. Además en las fiestas del Bairam, toda persona acomodada debe dar un *sa* (mil cuarenta dracmas) de trigo, de pasas y de dátiles para los pobres. Es costumbre hacer distribuciones en las circunstancias más solemnes de la vida. Omar decia: «La oracion nos conduce á la mitad del camino del paraiso; el ayuno á su puerta; la limosna nos la abre.» Y en el Coran se lee: «Te preguntarán qué beneficios deben hacerse: Respóndeles: «Socorred á vuestros hijos, á vuestros deudos, á los huérfanos, á los peregrinos: el bien que hagais no quedará oculto para el Todopoderoso.» Haced limosna de dia, de noche, en público, en secreto. Sereis recompensados por las manos del Eterno y quedareis exentos de tormentos y de terrores. El que da por ostentacion es semejante á una roca cubierta de polvo: sobreviene un turbion, y solo le queda su dureza (16).

Tambien pertenecen á la limosna la hospitalidad respecto de los viajeros, la fundacion de caravanserrallos, y la preparacion de fuentes y enramadas en el camino. Pero esta caridad es una obligacion, no un sentimiento: es un cálculo para la salvacion el cual se cumple escrupulosamente con una mano, á la par que con la otra se maltrata al esclavo, se engaña al comprador y se degüella al rival.

Ayuno.—En el mes de Ramadan no se deben gustar alimentos de ninguna especie desde la salida hasta la puesta del sol. «De noche podeis acercaros á vuestras mujeres, que son vuestro vestido y el suyo. Sabia Dios que hubierais traspasado lo prohibido, y por eso volvió su mirada hácia vosotros y os dispensó. Ved á vuestras mujeres y desead las promesas que el Señor os hizo. Comer y beber, os es permitido hasta el momento en que basta la luz para distinguir un hilo blanco de un hilo negro. Entonces guardad el ayuno hasta la noche. Permaneced desviados de vuestras mujeres y pasad el dia en la oracion. Tal es el precepto del Señor y declara sus leyes á los mortales, á fin de que le teman (17).» *El olor de la boca del que ayuna*, decia Mahoma, *es más grato á Dios que el del almizcle.* En esta ocasion se abstienen de perfumes y de baños, y se preparan con estas privaciones á las fiestas del Bairam (18). Siendo el año lunar, el mes de Ramadan cae en diferentes estaciones; y cuando toca en lo riguroso del verano, las prescripciones del Coran vienen á ser estremadamente penosas. Es verdad que los ricos eluden su severidad durmiendo todo el dia, y pasando en banquetes y diversiones toda la noche.

Está prohibido en todo tiempo comer cerdo, liebre, carne de ningun animal ahogado, y sangre; beber vino ó licores fermentados. Esta última prohibicion nada tiene de riguroso en Arabia; pero quizá la intencion de Mahoma fué atacar en su base el sacrificio de la Eucaristía. Tambien están prohibidos los juegos de azar repetidamente, y con especialidad las suertes sacadas con flechas. Cuando todavia eran idólatras los árabes, ponian tres flechas en un carcaj en el momento de emprender la espedicion: en una se leian estas palabras *Dios lo ordena*: en la otra *Dios lo prohibe*; la última en blanco y su determinacion dependia de la que se sacaba. Otras veces dividian un camello en veinte y ocho partes, luego marcaban diez flechas con uno, dos, tres cortes y así sucesivamente hasta la séptima flecha, dejando las otras tres intactas. Aquellos á quienes tocaban las flechas señaladas, recibian tantas porciones como cortes tenian; y aquellos á quienes tocaban las blancas debian pagar el camello. Estas supersticiones daban márgen á litigios y fraudes, que Mahoma quiso desterrar de entre sus compatriotas.

Peregrinacion.—La obligacion más solemne para los musulmanes es la peregrinacion á la Meca, que todo creyente libre debe hacer por lo menos una vez en la vida, con tal de que goce de cabal juicio, de buena salud, de mediana holgura y no se esponga á un gran peligro. *Aquellos que no la cumplen solo faltan á sí propios porque Dios de nada necesita.* En su consecuencia todos los años parten caravanas santas desde todos los paises donde se

(15) Cap. XXXVII.
(16) Cap. II.
(17) Cap. II.
(18) El pequeño Bairam empieza á fines del mes de Ramadan: el grande se celebra en la Meca, cuando los peregrinos sacrifican las víctimas en el valle de Mina.

cree en Mahoma (19) y llegan á Arabia por el tiempo del Bairam. Antes de ponerse en camino se cortan los devotos las uñas, se recortan los bigotes y los cabellos, y enseguida practican las ceremonias usadas por el Profeta. El jefe supremo de la religion, que es ahora el Gran Turco, provee á los gastos de la caravana sagrada: regala numerosos vestidos á los árabes del desierto para que no la molesten y dejen subsistir los pozos en el camino: envia muchos camellos cargados de odres llenos de agua con una buena escolta, y nombra el *emir hadji* ó príncipe de los peregrinos, cuya dignidad es vitalicia. Este emir recibe una asignacion pingüe, sin hablar de los enormes beneficios por los camellos y los caballos que alquila, de los tributos que impone á los mercaderes que quieren viajar con la caravana, y de la herencia que le trasmiten los musulmanes que mueren en la travesia. Y mueren á miles al cruzar el desierto, ora por el simun, ora de sed, ora de enfermedades; especialmente el cólera en este siglo ha sembrado aquellas abrasadas llanuras de millones de cadáveres horribles. Un cadí, versado en el conocimiento del Coran y de las leyes, falla sobre las disputas que se suscitan entre los peregrinos.

Prescriben los teólogos á estos celosos creyentes, multiplicar las prácticas de piedad y las oraciones, tratar bien á los conductores de camellos, bajar de sus cabalgaduras en las cuestas muy pendientes á fin de no fatigarlas; no negar á nadie que se la pida una parte de sus provisiones, abstenerse de disputas y de palabras obscenas. Cuando llegan á los límites de la tierra santa, se visten el iram sagrado, ajustando á su cintura una banda de lana, se echan por los hombros otro pedazo de tela, se descubren los peregrinos la cabeza, se calzan babuchas que no les cubren el talon ni la garganta del pié, y creen oir al camello de Mahoma que, invisible, aunque inmortal, saluda su llegada. Al acercarse al recinto venerado cantan el telbiyé: *¡Héme aquí, oh Señor, pronto á obedecerte! Tú eres único, no hay asociacion en tí; para tí las alabanzas; de tí las gracias; tuyo el universo; no tienes compañero.*

El templo de la Meca, tan ponderado por los milagreros orientales solo tiene de notable su sencillez. Está adornado en lo esterior con siete minaretes, desigualmente distribuidos. Al entrar, se halla un claustro de doscientos á doscientos cincuenta pasos, rodeado de cuatro hileras de columnas hácia el Oriente, y de tres hácia los demás puntos. Estas columnas se hallan enlazadas entre sí por arcos á la morisca, de donde cuelgan lámparas, y encima de los cuales se elevan ciento cincuenta y dos cúpulas pequeñas. Diez y siete puertas, sin simetria, como todos los demás, abren paso á la mezquita. Casi en medio del patio se alza la Caaba sobre un basamento de doce piés, en forma cúbica, no teniendo más que una sola puerta al Norte: está revestida de plata y cubierta con un ancho pabellon de seda negra flotante al viento, que se renueva todos los años. Allí se conserva la piedra negra que, colocada á la altura de unos cinco pies, de figura ovalada y de siete pulgadas de diámetro, parece una agregacion de otras muchas piedras como los aerólitos. A los cuatro lados de la Caaba, se ven en cuatro pequeños edificios los imanes de los cuatro ritos mahometanos ortodoxos, dirigiendo las oraciones de los creyentes de su comunion. Solo se abre la puerta tres veces al año, una para los hombres, otra para las mujeres, y otra, en fin, para asearla.

Está vedado perseguir á un enemigo dentro del territorio de la ciudad santa, así como matar allí animales, á escepcion de los que son dañosos, y cortar ó arrancar una planta ó una rama de un árbol.

Hacen los peregrinos su profesion de fé, sobre los montes Saffah y Mervah. «Saffah y Mervah son monumentos de Dios; el que haya cumplido la peregrinacion de la Meca y visitado la santa casa, estará dispensado de ofrecer una víctima espiatoria, con tal de que dé la vuelta á estas dos colinas. Aquel que haga más de lo que se preceptua, merecerá el reconocimiento del Señor.» (20) Enseguida atraviesan el Makamer-Ibrahim (*habitacion de Abraham*) de Mina á Arafat, en siete correrias; tres á paso lento, y cuatro con velocidad mirando hácia atrás y deteniéndose para imitar á Agar, buscando agua para Ismael. A la caida de la tarde, se dirigen aceleradamente hácia Mozdalifah, á fin de llegar á tiempo para hacer allí la oracion de la noche á ejemplo del Profeta; pero hay muchos que perecen en la travesia sofocados ó aplastados por la indómita oleada de los devotos. Después de haber dado siete veces vuelta á la Caaba, se purifican bebiendo agua de los pozos de Zemzem (21), acompañando cada uno de sus acciones con oraciones rituales.

Hecho todo esto, los peregrinos se rapan la cabeza, y los que los vieron gallardos á la hora de la partida, haciendo oir cánticos de devocion y de regocijo, les ven volver estenuados por las marchas y por el ayuno, desgarrados, enfermos y diezmados. Cuando un peregrino (*hadji*) torna á sus hogares, es allí recibido por sus compatriotas, con una especie de fiesta, y se le honra hasta la muerte.

---

(19) Actualmente van seis. La de Damasco, la más importante de todas, va guiada por un bajá de tres colas y se compone de cuatro ó cinco mil personas: vienen en pos las que parten de Egipto, de Berberia, de la Persia, de Lahsa y Nedjed, y de Oman y del Yemen.

(20) *Coran*, cap. I.

(21) Como seria una impiedad rehusar el agua ofrecida por el chaique Zemzem, custodio del pozo, los sultanes han hecho á veces uso de ella para envenenar á los que incurren en su desagrado. Véase el *Viaje de Ali-Bey el Abassi*; 1803-1807.

Hay algunos que se ganan la vida haciendo muchas veces el viaje de la Meca á espensas y por intencion de los que no pueden ir personalmente.

Guerra santa.—La guerra santa contra los infieles es otra obligacion en armonia con un pueblo lleno de pasiones fuertes y sanguinarias: esta obligacion fué impuesta á los fieles por Mahoma. «Combatid á los enemigos en la guerra de religion, matadlos donde quiera que los encontreis: el peligro de cambiar de religion es peor que el asesinato. Combatidlos hasta que no tengais que temer tentacion ninguna y esté consolidado el culto. Cese toda enemistad tan luego como abandonen los ídolos; vuestra cólera solo debe ejercitarse contra los malos. Violad, respecto de ellos, las leyes que ellos no observarian respecto de vosotros: el Paraiso está á la sombra de las espadas; las fatigas de la guerra son más meritorias que el ayuno, las oraciones y las demás prácticas de la religion. Los valientes caidos en el campo de batalla suben al cielo como mártires (22). ¡Oh creyentes! cuando marcheis á la guerra santa, medid vuestros actos, y la codicia del botin no os haga llamar infiel al que os saluda sosegadamente. Dios posee infinitas riquezas. No sean tratados los fieles que se queden en sus casas, sin necesidad, al igual de los que defienden la religion con su vida y hacienda. Dios elevó á éstos sobre aquéllos. Todos poseerán el soberano bien, aunque en más alto grado los que mueren en la pelea. Preguntaron los ángeles á los culpables á quienes castigaron de muerte. *¿De qué religion sois?* Ellos respondieron: *Eramos débiles habitantes de un pais idólatra.* Repusieron los ángeles: *¿Acaso no es ancha la tierra? ¿No podiais abandonar el lugar de vuestra morada?* Su mansion será el infierno. Aquel que deje su patria por defender la religion santa, hallará abundancia y numerosos compañeros. El fiel que, habiendo abandonado á su familia, para alistarse bajo los estandartes de Dios y de sus apóstoles llegue á morir, recibirá galardon del Señor clemente y misericordioso.

(22) *Coran*, cap. II y IV. A menudo es recomendada por la tradicion hebráica la guerra sagrada. «Todo el que se alista para la defensa de la fé, dice Maimonides, debe confiar en aquél que es esperanza de Israel y su salvador en los dias de la tormenta: combate por la profesion de la unidad de Dios. Ponga, pues, su alma en manos del Altísimo, no piense más en su mujer ni en sus hijos; destierre de su corazon todo recuerdo y dirija únicamente su espíritu hácia la guerra» *(Halach Melachim*, cap. VI). La Cábala, dice así mismo: «¡Maldito sea el que cumple descuidadamente la obra del Señor! ¡Maldito el que impide á su espada verter sangre! Pero el que hace toda clase de esfuerzos en el campo de batalla, sin asustarse, con intencion de glorificar el nombre de Dios, aguarde con confianza la victoria y no tema peligro ni desastre, cierto de tener en Israel una casa construida para él y sus hijos.» Hemos visto en estos últimos años proclamada la guerra santa en la Argelia contra los franceses.

Mahoma confirmó el antiguo uso de los árabes de suspender las hostilidades durante cuatro meses, á menos que se tratara de atacar á los que hubieran violado esta tregua santa.

Leyes civiles.—El Coran, código religioso, es además base de las leyes civiles. Ya hemos visto las relativas al matrimonio y al divorcio. En las herencias reciben los hijos doble parte que las hijas. Se necesitan por lo menos dos testigos para la validez de un testamento. Los doctores consideran como una impiedad sustraer á su familia parte de los bienes, á menos que sea para mandas piadosas. Se consideran como legítimos los hijos nacidos ora de esposas, ora de esclavas, ora de concubinas, con tal que sean de padre conocido. Deben ser redactados los contratos en presencia de dos hombres ó de un hombre y de dos mujeres, todos musulmanes. Se castiga el robo con la pérdida de la mano: la pena del talion hace justicia de las injurias á la persona, si bien se logra una composicion á menudo. Los delitos menos graves son castigados con el látigo ó el palo.

Era antigua en Oriente la unidad de despotismo, y Mahoma la consolidó, declarando única autoridad el Coran. Este es al mismo tiempo dogma, pontífice y culto; pues á nadie se concede el derecho de explicar infaliblemente su sentido; ninguna autoridad habla, excepto la suya, y el recitarlo es religion. Mahoma no fundó tampoco ninguna autoridad temporal; no instituyó ni Iglesia, ni Estado, ni poderes políticos ó religiosos. Habia escrito lo que Dios le dictaba; después de su muerte, no se le nombró sucesor, y todo permaneció inmutable é irrevocable; estinguida la soberania temporal y la espiritual, todo quedaba sometido á la letra muerta del Coran, cuya divinidad es cómoda para los poderes temporales, que de este modo no encuentran oposicion legítima, como sucede á los déspotas de los Estados cristianos. «El imperio es de Dios, que lo da al que quiere; la tierra es de Dios, que la concede al que mejor le parece.» Asi, pues, el soberano de nacimiento ó de conquista, es por derecho divino señor despótico y único propietario de las tierras, y las cede á los súbditos en virtud de un contrato tácito ó expreso. Al atravesar un sultan por una aldea pide de beber, y da al labriego que le trae agua el terreno que cultivaba, absolviéndolo de toda obligacion con respecto al dueño, el cual queda reducido á la mendicidad por la generosa arbitrariedad del monarca.

Sacerdocio.—Hablando con propiedad, el islam no tiene sacerdotes. La oracion pública y la predicacion se hacian por el mismo Mahoma y sus sucesores. El que preside á una asamblea de creyentes, congregada para la oracion, se llama *iman*, y el iman supremo es el sucesor legítimo de Mahoma. El *mufti*, intérprete de la ley, es el jefe de los *ulemas* ó doctores: especie de decano de la facultad, y no un pontífice á la manera de los cristianos. Los *muezines* anuncian la hora de la

oracion desde lo alto de los minaretes. Dependen de la autoridad civil los ministros de los templos, y se les degrada cuando son indignos: no llevan ninguna señal distintiva, y no tienen tampoco carácter que les emancipe de las obligaciones de todos los demás ciudadanos. Por lo tanto, la division de los dos poderes que habia introducido el cristianismo, cedió allí el puesto á la unidad antigua, y sólo duró breve tiempo la distincion entre el califato y el dominio. Allí no hay dogma ni derecho, sino enseñanza y jurisprudencia; ni tampoco hay clero que pueda oponerse á los que mandan (23).

Mahoma ha escrito: *El islam no tiene monjes*; pero tambien ha dicho en otro pasaje: *Es cosa escelente la pobreza*; y de aquí han partido los árabes para dar libre curso á su inclinacion natural, á la contemplacion. De consiguiente, mientras que gran número de musulmanes ganaban el Paraiso por medio de la guerra, otros procuraron conseguirle con ayunos y maceraciones. Al trigésimo séptimo año de la Egira, Uveis de Karn, en el Yemen, por consejo del ángel Gabriel, se arranca todos los dientes en honor del Profeta, que habia perdido dos en la batalla de Ohod, y exige el mismo sacrificio de sus prosélitos. Otros cenobitas tomaron el nombre de dervises en persa y en turco, de fakires en árabe, es decir, pobres de los cuales se pretende que Alí instituyó veinte y nueve órdenes, y Abu-Bekr, tres. Más tarde el chaique Abdulkari Ghilan, instituyó la regla de los cadires, encargados de custodiar los sepulcros de los grandes imanes en Bagdad. Los saltimbanquis, á quienes se ve en Levante tragarse cuchillos, echar llamas por la boca, arrojarse al fuego, pertenecen á la regla fundada por Seid Amed Rufai. Los nurbakes, ó dispensadores de la luz, profesan sobre ella ciertas doctrinas místicas. Tuvieron por principal caudillo á Jelaleddin Rumi, poeta célebre que fundó la órden de los mevlevos, la más afamada de todas. Luego, en 1400, Pir Mohamed Nakchibendi fundió las diferentes órdenes en una sola. Se redujo á una simple asociacion religiosa, poco diferente de nuestra órden tercera de San Francisco, á la cual se afilian personas de todas clases, hasta de la más elevada, sin estar obligadas á otra cosa que á recitar ciertas oraciones, á reunirse algunas veces para cantar ó rezar el *tesbih*, que equivale á nuestro rosario, y se compone de noventa y nueve cuentas.

Sujetos se hallan los verdaderos dervises á obligaciones más estrechas: «Diez cualidades comunes al perro, dice Assan-el-Basri, deben ser patrimonio de un dervis: tener siempre hambre; no tener lugar fijo en que acostarse; carecer de herederos; no abandonar á su señor, aunque éste le maltrate; velar de noche; contentarse con el lugar más abyecto; ceder su puesto á quien lo quiera; volver al que le ha maltratado cuando le presente un pedazo de pan; ponerse á un lado cuando le dan de comer; no pensar en volver al sitio de donde ha partido en pos de su amo.»

Saadi, dice más exactamente en el Gulistan: «Antes de entrar en el retiro el buen musulman piense que un solitario sin doctrina es una casa sin puerta; que un dervis sin piedad, es una casa sin luz; que los bienes de las corporaciones religiosas pertenecen á los pobres; que el dervis avaro es un ladron de camino; que un solitario gordo puede compararse á un cerdo... Muéstrese el dervis desaliñado en su esterior, y tenga en su interior el espíritu despierto y adormecida la concupiscencia... Poseed las virtudes de un verdadero dervis, y luego poneos, si os acomoda, el kalpali del tártaro.»

Sofis.—Exigen particular mencion los sofis en razon del predominio que adquirieron en Persia. Llámase así en este pais los que, separándose del mundo, se aplican especialmente á la cultura del entendimiento. Dieron los primeros musulmanes este nombre á ciertos individuos reunidos en sociedad para dedicarse á la penitencia y á las mortificaciones. Abul introdujo entre ellos en el segundo siglo, una regla que tuvo más ensanche en el tercero. Los que la seguian se vanagloriaban de estar en comunicacion con Dios, y alcanzar á la misma esencia de la divinidad, «procurando preservar la mente y el corazon de perturbaciones, estirpar la naturaleza humana, reprimir el instinto de los sentidos, revestirse de las cualidades espirituales, y transfigurarse en la ciencia pura, y en hacer toda especie de beneficios.» Así lo dice Chunaid, luz del sofisma; el cual, como se le preguntase qué dotes se exigian á un verdadero siervo de Dios, respondió: «Estar persuadido de que todo proviene del Señor, que todo subsiste en Dios, que todo volverá á él.» (24) Este panteismo no les impulsaba á absorberse en Dios con ayuda de los tormentos voluntarios de los indios, sino á refrenar la impureza, las dudas, las pasiones, hasta que la muerte los indentificara con el Ser infinito.

Con motivo de la creacion se lee en el *Goulchen Raz*, que se puede llamar su suma teológica: «¿Cómo pues se desprendió lo finito del Ser primitivo? Pregunta de un hombre que no ha llegado al conocimiento de la verdad todavia. Nunca se ha separado el uno del otro. Lo finito es un fénix sin sustancia. Aparece una porcion de nombres, si bien todos denotan un solo sér. Lo que es infinito jamás puede trasformarse en finito. ¿Y cómo habia de ser eterno en el caso contrario? Lo que es eterno jamás descenderá á los límites de lo finito, y lo que es finito nunca se elevará hasta lo que es eterno.»

---

(23) Además de los autores citados, véase á CHAUVIN BELLIARD.—*El islamismo*, Paris, 1845.

(24) *Thoulouck Sufismus, sive Persarum theosophia pantheistica;* Berlin, 1821.

De consiguiente el panteismo les arrastra, como de costumbre, á no reconocer diferencia entre las religiones, ni aun entre las obras humanas. «Ninguna accion, dice Asisi, emana de nosotros. ¿Qué cosa es bien? ¿Qué cosa es mal?» Léese en una de sus composiciones poéticas. «Yo soy todo lo que ves y de lo que gozas. Soy el Evangelio, los Salmos, el Coran. Soy Usa y Allat (dos ídolos árabes): soy Baal y Dagon, la Caaba y el altar del sacrificio. Dividido se halla el mundo en setenta y dos sectas, y sin embargo no hay más que un Dios. Yo soy el creyente que cree en él. ¿Sabes tú lo que son el fuego, el aire, el agua y la tierra? Yo soy el aire, la tierra, el agua y el fuego. Soy la verdad y la mentira, el bien y el mal, el duro y el blando, la ciencia, la soledad, la virtud, la fé, el más profundo abismo del infierno, el más cruel tormento de la llama, el supremo paraiso, Uri y Riswan, la tierra y cuanto contiene, el ángel y el diablo, el espíritu y el hombre; en suma, yo soy el alma del mundo.»

Herejias.—Ya aquí vemos una de las herejias del islam; pues aunque al parecer deberia estar exento de ellas, reducido como se halla á tan sencillas reglas y aun casi á negaciones, no tardaron á ingerírsele disputas y sutilezas. Las sectas cristianas, desparramadas en Oriente, habian llevado la decadente filosofia griega á puntos donde no habia logrado llegar en sus mejores dias. Solo la escuela de los peripatéticos hadia quedado en pié en medio de las ruinas del paganismo y del neoplatonismo, y todos los estudios se reducian á la *Lógica* y al *Organon* de Aristóteles. Aplicaron los árabes estas reglas á su teologia, que se ejercitó en controversias sobre lo que sus doctores llaman los cuatro puntos cardinales, es decir, los atributos de Dios, la predestinacion, las promesas y las amenazas. Aun llegó á investigar hasta qué punto deben ejercer influjo en materia de fé la razon y la historia, incluyendo tambien la mision de los profetas y el oficio del iman.

Segun los diferentes modos de entender las cuestiones que nacen de estos diversos asuntos, son los musulmanes ortodoxos ó heterodoxos. Titúlanse los primeros sunnitas ó tradicionales, porque reconocen la autoridad de la Sunna, que suple al silencio del Coran, en cuanto al dogma y al precepto. De acuerdo en el fondo de las tradiciones difieren en la práctica. De aquí las cuatro escuelas reputadas por ortodoxas, y á las que por este motivo están reservados puestos en el átrio de la Caaba para rezar allí sus oraciones, cada una bajo la direccion de su iman.

Hanefitas.—El jefe de la primera fué Abu-Hanifah (699-769), muerto en la cárcel de Bagdad, por haber rehusado las funciones de juez para las cuales se creia inhábil con sujecion á esta máxima: «Si digo la verdad, soy incapaz para ello; si miento, soy indigno.» En su calabozo repasó el Coran siete mil veces. Divulgada su doctrina en un principio en el Irak, es ahora general entre los otomanos: sus adeptos forman la secta de la razon, porque deciden segun su propio exámen, y no segun el ageno dicho.

Malecitas.—Al revés, la escuela á que se adhieren los africanos es esclava de la tradicion: tuvo por fundador á Malek-Ebn-Ans, que vivió del año 90 al año 177 de la Egira. Habiendo ido á visitarle en su última enfermedad uno de sus amigos, le halló vertiendo un torrente de lágrimas, y preguntándole la causa obtuvo esta respuesta: «¡Plugiera á Dios que hubiera recibido mi cuerpo tantos azotes como cuestiones he resuelto con arreglo á mi opinion propia! En ese caso tendria que dar á Dios menos cuentas.» Empleaba en la gloria del Señor toda su sabiduria: por lo cual interrogado acerca de cuarenta y nueve cuestiones, respondió á treinta y dos: *Lo ignoro.*

Safeitas.—Mohamed Ebn Edus-el-Safei, nacido en Gaza, en Palestina, el dia en que murió Abu Hanifah, fué versadísimo en la ciencia teológica y discutió antes que otro alguno sobre jurisprudencia, tratándola metódicamente. Pasaba una tercera parte de la noche en el estudio, otra en la oracion y destinaba la última al sueño. No juró una sola vez en nombre de Dios, y un dia en que se le sometia una cuestion, se le vió titubear en silencio; y estrechado respondió de este modo: «Calculo si vale más que hable ó enmudezca.» Trataba de embustero al que pretende amar á la vez al Criador y al mundo. La secta por él fundada se estendió entre los árabes; y Ebn Andal, que en un principio habia vedado á sus discípulos prestarle oidos, decia posteriormente que era lo que el sol al mundo, lo que la salud al cuerpo.

Anbalitas.—Este Ebn Anbal engendró la cuarta secta. Nacido en el 164 de la Egira en Meru del Corasan ó en Bagdad, donde estudió y creció en fama, sabia por lo menos un millon de tradiciones acerca de Mahoma. No habiendo querido confesar que el Coran hubiera sido creado, el califa Al-Motasem mandó que fuera azotado y preso: á su muerte siguieron su ataud ochenta mil hombres y sesenta mil mujeres. Enseñaba una práctica de rigor sumo; y á pesar de todo encontró tantos sectarios, que bajo el reinado del califa Al-Radi, escitaron una sedicion violenta en Bagdad (934), donde quisieron destruir todo refinamiento, el vino, las cantatrices, los instrumentos de música. Sin embargo, su número fué disminuyendo y apenas se encuentra hoy alguno fuera de Arabia.

Viene en seguida una nube de musulmanes heterodoxos, en divergencia sobre artículos fundamentales en materia de fé. Como efectos de causas semejantes se hallan muchas analogias entre las herejias cristianas y mahometanas. En efecto, unas y otras nacieron de la inquietud que impulsa á querer averiguar más de lo que enseña la fé primitiva; de la inobservancia de ciertas prescripciones, de la ambicion política, de los restos de las creencias anteriores, por ejemplo, del magismo. Ahora bien, la identidad de las opiniones se reprodujo en la similitud de los hechos; persecucio-

nes y martirios, sofismas y oscuridades, odios inestinguibles y guerras sangrientas; con la única diferencia de que los errores de los musulmanes, en razon de la ignorancia y de la imaginacion son todavia más estravagantes; sus milagros más absurdos, sus imágenes más estrambóticas. Dicen los mahometanos que los magos están divididos en setenta escuelas, los cristianos en setenta y una, los hebreos en setenta y tres, una de las cuales es ortodoxa; á la par que el islam aventaja á todas, hasta en contar setenta y tres, todas heterodoxas (25).

Motazales.—Niegan los motazales, teólogos filósofos, los atributos de Dios, á escepcion de la eternidad, que constituye su esencia; por ella conoce Dios y no por la inteligencia. Refutan la predestinacion, no pudiendo ser Dios autor del mal. Obra el hombre libremente, y si un creyente muere culpable de un grave delito, será condenado á eternos castigos. Se subdividen en veinte sectas, cada una de las cuales cree poseer por sí sola la verdad, y la principal de ellas es la de los kadres, es decir, protestantes contra el decreto absoluto de Dios (*al kadr*).

Sefatianos.—Los sefatianos ó atributistas profesaban precisamente el dogma contrario, á saber, que los atributos de Dios son eternos, tanto los esenciales como los accidentales: agregaban á estos los atributos declarativos, es decir, aquellos á que es fuerza recurrir para la esposicion histórica, como tener ojos, hablar, y otros semejantes. Pero respecto de la interpretacion de éstos se dividieron en diferentes opiniones. Fué la más célebre la de los asarianos. Al-Asari disputaba á Al-Jobbai, motazal, que Dios se vió obligado á hacer siempre lo mejor; y raciocinaba de este modo: «Supon á tres hermanos: uno habiendo vivido en conformidad con la ley, otro rebelde á ella, y el tercero muerto en tierna edad. ¿Cuál será su suerte? Al Jobbai respondió que el primero tendria su recompensa en el cielo; que el otro seria castigado en el infierno, que el tercero no tendria recompensa ni castigo.» Pero Al-Asaris añadia: «Y si el tercero dijera al Señor: *Hubieras debido otorgarme más larga vida, para poder entrar en la gloria con el mejor de mis hermanos.*» Al-Jobbai replicaba: «Dios responderia que en virtud de su presciencia, habia sabido que si el niño no hubiera muerto hubiera sido criminal y merecido el infierno.» Entonces Al-Asari, dijo: «Pues bien, el segundo añadirá: *¿Por qué no me retiraste tambien del mundo desde mi infancia antes que me hiciera merecedor del castigo?*» Al-Jobbai no supo alegar más objecion que la de «que Dios le habia prolongado su vida para dejarle ocasion de perfeccionarse» lo cual refutó Al-Asari diciendo: «¿Y cómo no prolongó la del niño, cuando por la misma razon debia haber redundado en su ventaja?» No teniendo Al-Jobbai nada que replicarle le dijo: «¿Estás por ventura poseido del demonio?» (26)

Estraviándose de esta suerte en los abismos de la predestinacion, creen sus discípulos que Dios tiene una voluntad eterna, aplicable á lo que quiere, con relacion ora á sus propias acciones, ora á las de los hombres. Sin embargo, estos son responsables de sus obras, aunque en realidad son producidas por Dios, que quiere el bien y el mal, el provecho y el daño, y hasta puede mandar al hombre cosas imposibles.

De los mardaitas del Líbano se derivaron los drusos, así llamados á consecuencia de un misionero del califa egipcio Hakem-Bamrillah, á quien miran los drusos como á un dios. Se dividen en teimanes ó sectarios del emir Cheab, dominan sobre el Líbano, teniendo su residencia en Deirolkamr y en discípulos de Ibn-Mahan.

Careyitas.—Llamóse careyitas, es decir, *rebeldes*, á doce mil hombres que se separaron de Alí, irritados porque habia sometido á un arbitraje sus derechos al califato. Sostenian que se podia llegar á ser iman sin pertenecer á la tribu de los coreichitas, y que para esto ni aun habia necesidad de ser libre con tal de reunir piedad y justicia; que el iman puede ser depuesto cuando se separa del camino recto.

Siitas.—Al revés los siitas ó *cismáticos* consideran como únicos califas ó imanes legítimos á Alí y á sus sucesores: este cargo no depende, segun ellos, de la voluntad del pueblo: algunos, escediéndose de toda medida, llevaron su veneracion por este santo hasta el estremo de preferirle á Mahoma. Los siitas ven en Alí no solo al jefe civil y religioso, sino que reconocen en sus descendientes prerogativas sobrenaturales, como la presencia de la divinidad en el iman. Con motivo de la desaparicion misteriosa de su décimo descendiente, sus

(25) Como fácilmente se presume, Gibbon ensalza la religion de Mahoma sobre la de Cristo, y su argumento más fuerte es la estabilidad de la primera, en comparacion de la movilidad de la otra. La prueba que alega consiste en que el árabe dice todavia hoy en Constantinopla: *No hay más Dios que Dios y Mahoma es su profeta.* Impudente insulto hecho á la razon de los lectores; pues no hay un niño entre nosotros que no sepa repetir, sin equivocarse en una sílaba, el *Credo* de los tiempos apostólicos, que ofrece un conjunto de creencias nunca alteradas; á la par que la fórmula mahometana se encierra en siete ú ocho palabras que no contienen dogmas, ni sentido dogmático, y por consiguiente se prestan mucho menos á la corrupcion. En cuanto á la pretendida inmovilidad del islam, puede juzgarse de ella por el número de sectas, y por los torrentes de sangre que han hecho correr hasta los vahabitas, nuestros contemporáneos. A mayor abundamiento este error no debe atribuirse propiamente á Gibbon, pues leemos lo que sigue en uno de sus autores favoritos: *Ordo ecclesiæ mahumedanæ longe romanum antecellit; nam a quo tempore ista superstitio incœpit, nulla in eorum ecclesia schismata orta sunt.* ESPINOSA, *Opera posthuma*, p. 613.

(26) EBU-KALEC, *Vita Jobbai.*

partidarios se han persuadido que reaparecerá para restablecer el imperio.

Los sunnitas culpan á Alí de haber difundido por sí mismo aquella creencia, atribuyéndole las siguientes palabras: «Yo soy Alá, el clemente, el misericordioso, el altísimo, el creador y el conservador, el competente: yo que concedo las gracias; yo que en el seno de la mujer doy una forma á la gota.» (27) Los siitas á su vez echan en cara á los sunnitas el haber suprimido no solamente muchas máximas de Mahoma, sino hasta un capítulo entero del Coran relativo á Alí, donde están profetizadas las persecuciones que después sufrió.

La secta de los siitas continuó adquiriendo importancia cuando la familia turca de los Otmanes y la persa de los Sofis (ó Safis) aunque no tenian vínculos de parentesco con las casas de Alí y de Mohaviah, le legaron sus derechos. Desde entonces la secta de los siitas ha hecho insoportable la morada de Persia, á pesar de la hermosura del país. Todo el que no pertenece á ella es impuro, ora sea judio, cristiano ó sunnita; pero los turcos son siempre blanco de su odio como poseedores de los lugares á donde van en peregrinacion: Cufa, sepulcro de Alí: Kerbele, sepulcro de Hussein: Bagdad, de Muza, y residencia perpétua de los imanes. Por eso enseñan que se contraë más mérito matando á un sunnita que á treinta y seis cristianos. Celosísimos por las peregrinaciones devotas, las hacen á diez ó doce santuarios, sin contar el de la Meca; de suerte que están en contínuo viaje. Guardadas entre ellos las mujeres con más severidad que entre los turcos, son llevadas en jaulas de madera sobre caballos: se las baja de allí para comer y otras necesidades, aunque sin permitirles salir de su encierro. No entrarian en las casas de los turcos, ni probarian alimento á que ellos hubiesen tocado. Como la devocion querria que se hicieran enterrar en torno de los sepulcros de los santos, de que son poseedores en la actualidad los turcos, forman en las ciudades depósitos de cadáveres, conducidos por mulas detrás de fétidas caravanas, á través de la Persia y de Mesopotamia, hasta Cufa, pagando muy cara la travesia, la sepultura, las oraciones, y fomentando sus recíprocos ódios.

Casi todos estos sectarios han supuesto que encerraban un significado oculto las verdades religiosas y morales, cuyo conocimiento, reservado á un escaso número, es superior á todo deber de religion.

Vahabitas.—No hemos hecho más que indicar las principales heregías del mahometismo (28), sin empeñarnos en la tarea harto difícil y enojosa de enumerar las más modernas hasta la de los vahabitas. Cuando lleguemos á la historia de nuestro siglo, veremos á éstos derramar torrentes de sangre para volver su pureza al islamismo corrompido; y con una velocidad que recordaba las primeras victorias de los musulmanes lanzarse desde el Nedjed, someter á las tribus errantes, y sembrar el espanto hasta Damasco y Bagdad; derrotados en fin por Ibrahim bajá (1818) y después de haber perdido á su caudillo Abdalá, quedar sometidos por algun tiempo para volverse á alzar formidables.

¿Hasta qué punto ha merecido bien de la humanidad Mahoma?

Es imposible purgar de la mancha de impostor al hombre que hace hablar á Dios para dispensarse de cumplir las leyes que impone á los demás: «Conocemos las reglas del matrimonio establecidas por nos para los creyentes; á pesar de todo no temas hacerte culpable, usando de tus derechos. Dios es indulgente y misericordioso. A medida de tu capricho puedes conceder ó negar tus abrazos á tus mujeres; recibir en tu lecho á la que habia sido por tí escluida, para restituir el contento á un corazon entristecido. Tu voluntad será su ley y se conformarán á ella. Dios conoce el fondo de vuestra alma: él es sabio y vigilante. No aumentes el número de las esposas que posees (él tenia nueve); no podrás cambiarlas por otras cuya hermosura te haya seducido, si bien siempre te es lícito frecuentar á tus esclavas. Dios lo observa todo. ¡Oh creyentes, no entreis sin licencia en la casa del Profeta, escepto cuando os convide á la mesa. Acudid á ella cuando os llame: salid de la mesa separados y no prolongueis demasiado las conversaciones, porque le ofenderiais en ese caso. El tiene escrúpulo de decíroslo, pero Dios no se sonroja de la verdad. Si teneis algo que preguntar á sus mujeres, sea á traves de un velo: asi vuestros corazones y los suyos conservarán la pureza. Evitad ofender al apóstol del Señor; nunca os caseis con las mujeres con quienes él tuvo comercio: este seria un crimen á los ojos del Eterno.» (29)

Fuerza es decirlo, el Coran es obra de un presuntuoso que cree resolver las cuestiones cardinales cortándolas sin ocuparse de las dificultades, y que constituye de este modo un teismo insípido y superficial, una creencia puramente negativa de la divinidad. Es estéril é incompleta la doctrina de su libro, á la par que, examinada esteriormente, es una compilacion sacada de las fuentes menos puras, de los evangelios apócrifos, preferidos allí á los auténticos, de la Cábala más bien que del Pentateuco. No queda de consiguiente más que su mérito poético.

Ismael no supo, pues, más que Israel; pero aun cuando se quisiera admirar el Coran por algunas de las verdades y de las sentencias morales bien espresadas que en él se encuentran, no se debe

(27) *Dabistan*, pág. 35.

(28) Silvestre de Sacy publicó en su avanzada vejez una obra *Sobre la religion de los drusos* (1838), que ofrece un animado cuadro de las diferentes sectas del islamismo.

(29) *Coran*, cap. XXXV.

juzgar una opinion religiosa solamente por el texto de su enseñanza, sino tambien con arreglo á los usos prácticos que se derivan de ella. Ahora bien, al enseñar, ó á lo menos al hacer revivir una religion más racional (30), una moral menos sanguinaria, abrió á los árabes el camino del poder y de la sabiduria. Para los parientes era una obligacion vengar el asesinato de uno de los suyos. Cuando dos tribus se hacian la guerra, la que salia vencedora inmolaba á un prisionero libre por cada esclavo ó mujer que habian perdido, y diez por cada hombre libre. Mahoma redujo este talion á la proporcion grosera de hombre libre por hombre libre, esclavo por esclavo, mujer por mujer; y exhortó á admitir el precio de la sangre vertida, diciendo: *El que perdone al asesino, alcanzará de Dios misericordia.* Y añadió: «Dios se complace en los que perdonan las ofensas. Observad en cada uno, no sus malas cualidades, sino las buenas. Perdonad á quien os ultraje: huid de los ignorantes, de los pedantes y de los pendencieros. Restituir el mal por el mal parece política y prudencia; pero los hombres piadosos reciben el mal y devuelven el bien. El hombre piadoso paga las repulsas con donativos, las murmuraciones con alabanzas; debe compararse á esos árboles que dan sombra y frutas á los que les tiran piedras.»

Pero ¿qué valor tienen semejantes consejos diseminados en medio de una doctrina que escita las pasiones y fomenta sus efectos? Si al principio pudieron introducir una momentánea mejora entre los compatriotas de Mahoma, no tardaron éstos en volver á su antiguo método de vida. El árabe del dia vive libre, ignorante y pobre, como antes del Profeta, apacentando sus rebaños ó inquietando con sus incursiones á los moradores de la Palestina, de la Siria, del Irak.

De consiguiente, no se dejaron sentir los efectos del islam en el pais donde tuvo cuna: fuera de él, hieren nuestra vista. Mahoma fué llamado el hijo de la espada, á la par que Cristo se llamaba hijo del hombre. Si pues fué caritativo y benévolo, respecto de sus fieles, se mostró en su doctrina inflexible con sus enemigos, y consolidó el antiguo derecho de la victoria que hace esclavo al vencido en su persona, ó turba su conciencia. Si el musulman no corta la cabeza de su prisionero en honor del Profeta, le ata á la cola de su caballo hasta que se resigne á la servidumbre. Es profanada la santidad de los afectos domésticos por los matrimonios múltiples y por la facilidad del divorcio. La fortuna del padre se halla dividida entre muchas familias, y la ternura maternal, distraida por los celos de esposa, es sofocada por la rivalidad de madrastra. Nos estremece solo el relato de los fratricidios comunes en las familias reales; pero conviene establecer una gran diferencia entre el religioso gobierno interior de nuestras casas y la voluptuosa comunidad del harem, donde tanto el himeneo como la paternidad son sentimientos frios, y los niños desde la cuna encuentran el odio y las rencillas de sus madres; dramas cuyo desenlace natural es el asesinato, no bien se presenta una ocasion.

Abstenerse del vino (31) en un pais que no lo produce; ayunar dias enteros bajo un cielo de fuego, que obligaba á pasarlos durmiendo, eran privaciones ilusorias; pero tan pronto como los sectarios de esta ley se hallaron trasladados por la fuerza de las armas á los deliciosos climas de Persia y del Asia menor, á las islas donde sonreia una abundante vendimia, parecieron rigorosos y difíciles estos preceptos en constante oposicion con los apetitos naturales; de aquí resultó que el carácter del sarraceno, se hizo feroz y sombrio, de jovial que era. El título de musulman fué sustituido á todo otro lazo de tribu, de nacion, de familia. Nada de nombre comun en una misma descendencia, nada de blasones distintivos, nada de nobleza hereditaria: nadie pensaria en preparar moradas, ni en plantar árboles para un porvenir fatalmente ciego é inevitable. El Dios uno es celoso hasta de sus símbolos: por consiguiente, ninguna imágen, ninguna arte de imitacion. Solo Dios y el hombre sin mediador, sin esa escala progresiva que eleva hasta el Criador, desde la humilde criatura, sin gerarquia en el cielo ni en la tierra. Fué conservada la predicacion, ese instrumento principal de la civilizacion entre los cristianos, pero la hizo estéril la incurable imperfeccion de la doctrina. No tuvieron los mahometanos arquitectura religiosa, porque su fe separa completamente á Dios de su obra, no le hace conocer en sí mismo, ni en sus relaciones con la creacion, y le relega al fondo de las inexplorables tinieblas de su unidad absoluta. Nada despertó tampoco entre los árabes esa necesidad de remontarse desde el fenómeno á la idea, de descubrir la razon de las cosas, motivo principal de los progresos de las ciencias entre los cristianos. Fué destruido lo que aun quedaba de las antiguas civilizaciones orientales, volvió el Africa á la barbarie: para luchar con aquella invasion nueva, tuvo que suspender la obra de su regeneracion Europa. Estendióse una dominacion matadora sobre la mayor parte del mundo, sobre los paises más favorecidos por la naturaleza, no para infiltrarles nueva sangre, como lo hicieron los bárbaros del Norte, sino para atajar todo adelanto en medio de los furores de la matanza y de la apatia del fatalismo. Siendo el Coran ley religiosa y civil, estorbó toda mejora hasta en las leyes, sancionó la injusticia á título de revelacion divina y rechazó las reformas. No siendo moderada la autoridad de los califas por los privilegios de la Iglesia, por los

(30) Hállase proclamada la unidad de Dios en el poema de Antar, anterior á Mahoma.

(31) En el Coran se llama al vino, madre del envilecimiento *(ummul chabai)*.

concejos, ni por los recuerdos de libertades anteriores, permaneció absoluta, cual lo es comunmente en un gobierno patriarcal; sacerdotes y príncipes á un mismo tiempo, interpretaron el Coran y pudieron cubrir con el manto de la religion la injusticia.

Aun hoy, cuando las ideas de la Francia, las especulaciones de la Inglaterra, las intrigas de la Rusia agitan el Oriente por todas partes ¿á qué se reducen las reformas celebradas por los que las hacen consistir en beber vino y en mudar de traje? Hasta bajo Mehemet-Alí, á quien tanto se encomia, no hay más propietario que él en Egipto: el fellah *(felá)* no puede libertar de la mutilacion á sus hijos destinados á ser eunucos: todavia se condena á las doncellas seducidas, á ser cosidas desnudas con un gato dentro de un saco de cuero, y luego arrojadas al mar; y todo el reino de los Faraones y de los Tolomeos no contiene más de millon y medio de habitantes, inclusos los doscientos cincuenta mil de la capital. ¿Y qué diremos del imperio otomano, cuando hasta los decretos paternales dictados al jóven sultan, respiran ideas y revelan males apenas propios de la sociedad europea hace mil años?

Hé aquí los frutos tardios, aunque naturales, del islam, que retardó la obra de los siglos, la de la legislacion romana y del cristianismo, renovó la servidumbre doméstica y la poligamia, acompañadas de crímenes inseparables de ellas, y de males con que la naturaleza paga á los que la ultrajan.

La esclavitud se perpetuó; eternizóse el despotismo de unos jefes que apoyaban en el derecho divino la exorbitancia de un poder sin freno (32), el inícuo derecho de conquista, la inhumana razon de Estado, esa razon de Estado que hace á las conciencias esclavas de la espada; que mata á los rivales, á los hijos, á los hermanos, para seguridad del primogénito; que ordena no atar el ombligo á las hijas que dan á luz las sultanas; que envia órden de suicidio á los que hacen sombra: que sacrifica la justicia al bien público, identificado con el capricho del monarca, y traza estas palabras en las constituciones de un imperio establecido sobre las más magníficas comarcas de la Europa: «La mayor parte de los legistas ha declarado lícito á todos mis hijos y descendientes llamados á gobernar, que hagan morir á sus hermanos para asegurar la tranquilidad del mundo. Háganlo, pues, así.» (33)

(32) *La rebelion es peor que los suplicios.* Coran.

(33) *Constitucion osmánica de Mahomet* II.

No permitiéndome comprobarlo todo, los pocos recursos que he contado en mi patria antes de publicar mi trabajo, y en mi constante deseo de mejorarlo, apelé á la crítica ilustrada de los hombres á quienes creo más capaces de aconsejarme ó de corregirme, principalmente sobre materias en que no me es dado beber en las verdaderas fuentes. Así he rogado al baron de Hammer, juez competente en todo lo concerniente á Arabia, que tuviera á bien manifestarme su dictámen respecto de este libro que trata de cosas árabes, y lo obtuve tal como podia esperarlo de su saber y cortesia. Dándole gracias por los elogios con que, solo ciertamente para que sirviesen de estímulo, honró esta parte de mi obra, consignaré enseguida las observaciones que me ha hecho, para que se aproveche de ellas el lector.

Por lo que hace á la crítica de las fuentes, Mr. de Hammer me censura por no haber hecho mucho caso del Thaberi (en efecto, entonces no conocia más que los estractos de Schultens, que ya he citado, y no los dos tomos traducidos por Rosegarten, publicados solo en 1838); de haber por el contrario atribuido grande importancia al Wakidi de Okley, con motivo de las primeras campañas de los muslimes, pues el que está impreso tiene mucho de novela, como lo ha demostrado Hamaks, cotejándolo con el verdadero Wakidi, que se halla en la biblioteca de Leida.

En su sentir Sale y Sacy no son tampoco buenos guias en lo relativo á la religion mahometana; de lo cual cree haber dado pruebas en los *Anales de literatura de Viena*, hablando de la obra del último, titulada: *De la religion de los drusos.*

Refuta la doctrina del profesor Lanci, con motivo de la existencia de una escritura *imiarítica*, ó, como dice éste, *omirena*, reservándose probarlo al pasar revista á noventa obras orientales publicadas desde 1836 á 1840, trabajo que Mr. Hammer ha comenzado en los *Anales de la literatura* antedichos.

Tambien le he consultado con motivo de las diferentes traducciones del Coran, entre las cuales hallaba yo estremada discordancia, especialmente en la division de los versículos de los Suras, lo cual me habia hecho sumamente penosa la analogia de las citas. Hé aquí su respuesta sobre este punto. «Yo cito siempre á Marracci, que es aun el mejor texto del Coran, como lo demostraré en los *Anales*, hablando de la traduccion de Kasimirski. Este traductor ha seguido la nueva edicion de Flugel, y ora por comodidad, ora por espíritu de protestantismo, ha preferido la edicion de Hinkelman á la de Marracci. Están de acuerdo con ésta los coranes impresos por los musulmanes en Tebriz y en otros puntos. «Vereis por mi crítica que Kasimirski no es fiel más que en los pasajes en que ha seguido á Marracci. Las traducciones alemanas son detestables.»

CAPÍTULO IV

PRIMEROS CALIFAS, 633-661.

Quizá Mahoma parece grande, si bien solamente á los ojos de aquellos que se postran en adoracion delante del triunfo, que se dejan deslumbrar por rápidas victorias, por las agitaciones violentas y por el esterminio, única señal por la cual atestiguara el Profeta su mision divina. Hubo, en efecto, algo de prodigioso en ver á sus compañeros derramarse por todas partes con la velocidad y los resultados del simun de sus desiertos; porque aun no conocia la historia un imperio y una creencia, fundados en tan corto espacio de tiempo sobre tan vasta estension de territorio. Los que atribuyen este resultado á la indulgencia que otorga el islam á los sentidos, acreditan muy poco conocimiento del espíritu humano, que se inclina preferentemente hácia lo que se presenta bajo aspecto más riguroso. Creemos más bien que fué ayudado por el anuncio de una reforma de las demás religiones: de esta suerte juntó el islam, á la ventaja que proporciona el ataque, la persuasion impetuosa de una creencia reciente. Colocado después sobre el trono en la persona misma de su profeta, organizó la sociedad en conformidad de la fe; impuso á los vencidos instituciones modeladas sobre ésta, creando un poder único, absoluto, y por consiguiente eficacísimo para mantener la armonia.

Al revés, en los paises comarcanos se hallaban fraccionados los árabes y los berberiscos en tribus hóstiles: estaban desgarrados los persas por discordias intestinas, hasta tal punto, que en el discurso de cuatro años, la corona de Artaxares ciñó cuatro distintas sienes, y apenas se habian reunido sus sufragios, sobre Isdegerdes, mozo de quince años, cayó el ejército musulman sobre ellos. En el imperio griego estaba paralizada la fuerza de una monarquía absoluta y de una civilizacion antigua por las heregías y las disputas, y solo contaba para su sostenimiento con extranjeros brazos. Además, estos dos reinos habian luchado uno contra otro, y agotándolos á ambos las victorias alternativas de Cosroes y de Heraclio, habian preparado su debilidad contra un enemigo cuyas fuerzas se encontraban intactas. Por otro lado, á los súbditos, agobiados de impuestos, cansados de reiteradas facciones, mortificados por sus creencias, no les inspiraba valor para resistir á la invasion, el amor de la patria y de su gobierno. Animados por la sed de botin y de matanza, ávidos de conquistar mujeres y un paraiso prometido á la victoria, los árabes que caian sobre aquellas poblaciones, tenian á su cabeza generales que les gritaban: «Dios vive y os contempla. ¡Pelead! delante de vosotros están las huris de ojos negros y de seno de alabastro: detrás el infierno.»

Intolerancia —Mientras el Profeta fué débil, solo supo predicar la tolerancia y la libertad de conciencia; nada más dulce que los capítulos que publicó cuando estaba refugiado en Medina; pero mudó de lenguaje á medida que se aumentaron sus fuerzas, y desde entonces respiró odio el Coran y esterminio á los no creyentes. Entonces debia escucharle mejor un pueblo belicoso y sanguinario; todo el que adoraba á muchos dioses, ó á ninguno, fué, de consiguiente, para los árabes, un enemigo á quien hacer desaparecer de la superficie de la tierra. Pero como la desesperacion hubiera producido una indomable resistencia, se determinaron los sucesores del Profeta á la tolerancia, respecto de los paises situados fuera de la península. Permitióse, pues, á los indios conservar sus pagodas; cristianos y judios pudieron escoger entre el islam y un tributo. Si conquistaban un pais, quedaba el monje dispensado de sus votos, puesto en libertad el deudor y el delincuente, redimido el prisionero de guerra, y se admitia á los vencidos á los derechos de los vencedores, á condicion

de hacerse musulmanes. Son educados los niños en la fe nueva, las mujeres de los creyentes obligadas á abrazarla: ahora bien, costaban tan poco una profesion de fe y la circuncision, que no debe causar estrañeza que adquiriera tantos prosélitos la religion del Profeta, cuando no exigia de ellos instrucciones preparatorias, ni pruebas, ni esfuerzos de virtud ni abdicacion de la razon.

Aquellos que no renegaban de su creencia, permanecian espuestos á los furores del pueblo y de los soldados, á las persecuciones de sus hermanos apóstatas; ó bien tenian que sufrir á consecuencia de la arrogancia de los califas, que á medida de su capricho, empleaban, como agentes de confianza, á judíos y á cristianos, ó los trataban como enemigos. Con posterioridad, se intimó á los cristianos que, para distinguirse de los demás súbditos, usaran turbante de un color diferente, prohibiéndoles montar caballos y mulas; debieron ir sentados en asnos á semejanza de las mujeres; se determinó el tamaño de sus edificios públicos y privados; se vieron obligados á ceder la derecha en las calles y en los baños, y á no dar publicidad ninguna á su culto; eran castigados con la muerte, si ponian los piés en una mezquita, ó intentaban convertir á un musulman. Después de trascurridos tantos siglos, cuando las victorias y el comercio han mezclado á las naciones, vanamente se ha entibiado el celo de los musulmanes y se ha introducido la civilizacion en su seno; todavia se oye en la ciudad más ilustrada el insulto de *perro cristiano*, persiguiéndolos constantemente: corre peligro vuestra vida, si penetrais en Damasco; por aquí se puede juzgar de los padecimientos de los vencidos en los primeros tiempos, bajo la ponderada tolerancia de los hijos de Mahoma (1).

Apenas cerró los ojos el Profeta, (652), hubo cuestiones sobre la eleccion de su sucesor en Medina. Pretendian los modgerianos reservarse la eleccion, por haber abrazado el islam antes que nadie; los ansarianos porque lo habian defendido, y hubiera corrido sangre entre ellos, si Osama, que tenia en Jorf su campamento, no hubiera acudido con su ejército y plantado el estandarte sagrado delante de la puerta del Profeta, y mantenido el órden.

Disputábase la eleccion entre Alí, Omar y Abu-Berk. Tenia el primero un derecho hereditario á ella, como hijo de Abu-Taleb y como esposo de Fátima, hija única de Mahoma. Además, el Profeta le habia declarado su califa en un momento en que la ambicion no hacia desear un puesto que esponia á muchos peligros, sin proporcionar honor ninguno. Pero se pronunciaba en contra de Alí Aichah, esposa predilecta por el Profeta, que, al recoger su último suspiro, habia venido á ser sagrada para los musulmanes; hacia ella memoria de que Alí se habia negado á prestar ascenso á su justificacion en la famosa noche en que se habia estraviado fuera del campamento. Omar era la cuchilla de Mahoma, quien habia dicho de él: «Si Dios quisiera dar á la tierra un nuevo profeta no eligiria á otro que á Omar.» Abu-Bekr, suegro del Profeta, tratado por él con todas las distinciones de valimiento que merecian sus servicios, y encargado de hacer en su nombre la oracion de la mezquita, cuando ya no se lo permitian sus fuerzas, era sostenido vigorosamente por Aichah. Venció, pues, á sus dos competidores, y los chaiques le tendieron la mano derecha; ceremonia de inauguracion, á que se sustituyó más tarde la de ceñir la espada de dos filos y prestar juramento de fidelidad. Omar, sinceramente adicto al islam, hizo á la paz el sacrificio de su ambicion. Alí se vió obligado por las armas á obedecer, ó á lo menos á aparentarlo; pero gran parte de los musulmanes, proclamó siempre sus derechos y persistió en considerar á los primeros califas como usurpadores.

Contentáronse los sucesores del Profeta con el título de califas (*Calif resoul Allah*), vicario del enviado de Dios, reuniendo como él la autoridad temporal y eclesiástica, interpretando la ley, haciendo la oracion y predicando en la mezquita; culto social de la nueva religion.

Entretanto se despertó entonces entre muchos árabes el amor á su antigua independencia. Sublevároнse los habitantes de la Meca para restablecer el gobierno de un corto número, y fueron mantenidos á raya por Sohail, uno de los principales coreichitas; otros se entregaban de nuevo á las fiestas de la idolatria, á las esperanzas del judaismo y á los consuelos del cristianismo: alentados igualmente por la fácil empresa del Profeta, meditaban nuevas revoluciones y un nuevo culto.

Los dos impostores.—Moseilama, uno de los dos apóstatas que se habia levantado cuando aun vivia Mahoma, era uno de los principales de la tribu de los oneifas en el Yamana: publicó visiones del género de las del Coran y encontró gran número de sectarios. En su consecuencia escribió en estos términos al Profeta: *Moseilama, apóstol de Dios, á Mahoma, apóstol de Dios. Sea tuya la mitad de la tierra y la otra mia.* A lo cual fué respondido: *Mahoma, apostol de Dios, á Moiselama impostor: La tierra es de Dios: la ha cedido en herencia á aquellos de sus siervos que han sido de su agrado. Prosperará el que le tema.* Viendo que no habia esperanza de ganar á su competidor, se unió Moseilama en mision y en cariño á la profetisa Sejieh, y se aprovechó del entusiasmo que ella suscitara para hacerse parciales, especialmente cuando la muerte de Mahoma dejó vacante en la tierra el puesto de profeta. No siendo el islam una religion en que las disensiones se resuelvan por discusiones y concilios, envió Abu-Bekr al valero-

(1) «Lejos de reducir los árabes á servidumbre á los pueblos vencidos, los consideraron como hermanos, y les daban parte en los privilegios de la nacion dominante, con tal de que abrazaran el islamismo; eran, además, justos, benéficos, generosos.» MULLER, *Hist. univ.*, lib. VIII.

so Kaled, hijo de Walid, quien derrotó al oneifita, matándole juntamente con diez mil de sus secuaces, y aquella derrota dió para siempre á Moseilama el título de impostor. Al-Aswad, que tambien se habia separado de Mahoma, suponia estar en relacion con dos ángeles. Habiéndole valido su elocuencia y su destreza gran número de parciales, habia ocupado el Yemen; pero fué asesinado por los suyos en la noche que precedió á la muerte del Profeta. No salieron más airosos los que se propusieron imitarle.

Abu-Bekr y sus dos sucesores, aunque valientes en las armas hasta entonces, no volvieron á empuñarlas desde que ocuparon la sede suprema, considerándose más bien como jefes de la religion, y enviando generales para estenderla al frente de los ejércitos. Queriendo Abu-Bekr continuar la ejecucion de los proyectos de Mahoma con la conquista de la Siria, dirigió esta carta á los árabes para llamarles á la guerra santa: «En nombre de Dios misericordioso, salud á todos los verdaderos creyentes y caiga la bendicion sobre vosotros. Alabo al Dios todopoderoso y oro por Mahoma su profeta. Pongo en vuestra noticia que me preparo á enviar los creyentes á la Siria, para arrancarla de las manos de los infieles; y he querido informaros de que pelear por la religion es un acto de obediencia á la voluntad de Dios.»

Una muchedumbre inmensa y fanatizada respondió á este llamamiento. Habiéndola pasado revista y bendecido el califa, confió el mando de ella á tres valientes capitanes, Abu-Obeidah, Amru y Kaled. Anduvo la primera jornada á pié delante del ejército, sin consentir en que nadie se apeara por esto del caballo, siendo igual el mérito en lo que se hace en servicio del Señor. Cuando se despidió de sus generales, les habló de este modo: «Acordaos de que os hallais en presencia del Señor y próximos á la muerte. Evitad, pues, la opresion y la injusticia: deliberad de acuerdo con vuestros hermanos, y conservad el amor y la confianza de vuestras tropas. Portaos por la gloria del Señor como cumple á hombres valerosos, sin volver nunca la espalda: pero perdonad á las mujeres, á los niños, á los ancianos, á las palmeras, mieses, frutos y bestias, salvo lo que sea necesario para vuestro sustento. Antes de hacer la guerra á los pueblos, invitadles á abrazar la verdadera fe; si celebrais tratados, no falteis á ellos. Adelantándoos encontrareis religiosos que viven en monasterios para servir á Dios; no les degolleis, ni destruyais sus asilos. Encontrareis otros con la cabeza rapada en figura de corona (2); cortad á éstos la cabeza sin contemplacion ninguna, á menos que quieran hacerse musulmanes ó pagar el tributo.»

Abu-Bekr estableció, además, con sujecion á las prescripciones de Mahoma, que se hicieran cinco partes del botin, cuatro para el ejército, una para los jueces, maestros, poetas, viudas y huérfanos. Pero á pesar de recomendaciones y de órdenes, á pesar de la prohibicion de resucitar la memoria de antiguas disensiones, de promover disturbios, ó de beber vino, no debe aguardarse moderacion ni disciplina por parte de estas bandas desordenadas de árabes acostumbradas á la rapiña; pues Mahoma, al presentar como base de la victoria el entusiasmo de la fe y la esperanza de las recompensas futuras, no habia alterado en nada el sistema militar de sus compatriotas. Siempre eran guerreros casi desnudos; peleando á pié con arcos y flechas, ó á caballo con la lanza y la cimitarra; manejando sus armas con más habilidad que arte, y acreditando un valor particular en los combates cuerpo á cuerpo: por lo demás, ejercitados en el saqueo, en hacer incursiones por bandas sueltas, sin máquinas de guerra, tanto para la defensa de un campamento como para el ataque de las murallas, montaban caballos ligerísimos y dóciles en estremo, con los cuales cargaban, huian, volvian á la carga sin cansarse. Tampoco presentaban sus ejércitos una línea compacta de guerreros, sino muchos cuerpos distintos de caballeria ó de arqueros, sucediéndose uno á otro, y renovando de esta suerte el combate muchas veces al dia, de tal modo que el momento en que el enemigo cantaba ya victoria, se hallaba asaltado de nuevo, y acababa por ceder después de agotar todas sus fuerzas.

Kaled.—Habiendo sido distribuido el ejército en dos divisiones (3), Kaled, apellidado la *espada de Dios*, fué encargado del mando de una de ellas, el cual, á causa de haberle hecho invulnerable una túnica de Mahoma, era designado en todas las circunstancias difíciles por la confianza de los guerreros, y poco le importaba mandar en jefe ó pelear como simple infante, con tal de que sirviera la causa de Dios. Marchó contra los príncipes Al-Moudar, que hacia muchos siglos gobernaban el Irak, bajo la alta proteccion de la Persia, y en breve enarboló el estandarte del Profeta sobre los baluartes de Hira y de Ambar; mató al último de estos príncipes y sometió al pueblo, al cual impuso un tributo de setenta mil monedas de oro.

Abu-Obeidah.—Entretanto el pacífico Abu-Obeidah se adelantaba hácia la Siria, al Oriente del Jordan. Los emperadores que la habian llamado Arabia para jactarse de triunfos alcanzados sobre indómitas tribus, la habian guarnecido de plazas fuertes, como Hierasa, Filadelfia, y especialmente Bosra. Los moradores de esta última ciudad, que

(2) La tonsura era la señal distintiva de los sacerdotes: los monjes, en su mayor parte legos, llevaban los cabellos largos. Es difícil determinar la diferencia que establecia entre ellos el califa; es probable que se atuviera á la voz del vulgo.

(3) La mejor narracion que hay de estas espediciones, tiene por autor á SIMON OKLEY.—*Conquest of Syria, Persia and Egypt, by the Saracens*. Lóndres, 1718, obra concluida en la prision. Es importante la *Historia de los califas* publicada en 1846 por Hëil, profesor en Heidelberg.

se habian ejercitado en las armas repeliendo las incursiones contínuas de los sarracenos, opusieron una vigorosa resistencia á los cuatro mil hombres que llegaban á acometerlos sin máquinas de guerra y sin provisiones de víveres. Iban á retirarse los sitiadores, que no aguardaban semejante recibimiento, cuando la llegada de Kaled reanimó el valor de las tropas; ayudándole la supersticion y la traicion, consiguió penetrar en la ciudad. Sin detenerse un punto corre á asediar á Damasco, capital de la Siria (633), á la cual ofrece la alternativa habitual de cambiar de fe ó de pagar tributo; pero á pesar de los prodigios de una infatigable valentia, resistieron los cristianos con la constancia que da un peligro personal, y con tanto éxito, que hubo necesidad de llamar á todos los sarracenos para que llegaran á hacer frente al ejército que el emperador Heraclio enviaba en socorro de la plaza.

Este príncipe debiera haberse puesto entonces á la cabeza de sus tropas, como lo habia hecho en la guerra de Persia, á fin de oponer la táctica y el buen concierto á la desordenada furia de invasores tan vecinos y tan peligrosos; pero cautivado de nuevo por los dulces ocios y por las discusiones escolásticas, se contentó con enviar un numeroso ejército que, sostenido por las tradiciones de la disciplina romana, preparó un terrible choque á los musulmanes reunidos en masa cerca de Eznadim (15 de julio). Sin embargo, tuvo que sucumbir al fanático esfuerzo de gentes que se precipitaban sobre el enemigo gritando: *¡A la muerte, al Paraiso!* y fué derrotado completamente (4).

Toma de Damasco.—Envanecidos los sarracenos con su victoria, volvieron á caer sobre Damasco (634), donde Tomás, deudo de Heraclio, dirigió los esfuerzos de los sirios y sostuvo su denuedo levantando á la vista de los dos ejércitos un crucifijo y á sus piés el Evangelio. Setenta dias duró el asedio: por último, careciendo ya de víveres los habitantes de la ciudad, y habiendo perdido toda esperanza de socorro, solicitaron entrar en capitulaciones. El bondadoso Abu-Obeidah consintió en ello, y entró en la ciudad para fijar las condiciones; pero habiéndose entibiado la vigilancia de los habitantes durante las conferencias, Kaled, á quien parecia una derrota vencer á medias, atacó la ciudad por otro lado y sembró en ella la matanza. Gran trabajo costó á Obeidah poner término á aquel desman, invocando el nombre de Dios y del Profeta, y fijó el precio á que podian comprar la tolerancia de su religion los vencidos. No pudiendo resignarse á la sumision Tomás y cuantos hombres habia de corazon esforzado, se atrincheraron en un campamento vecino desde donde se escaparon luego. Hubieran conseguido salvarse si el renegado Jonás no hubiera enseñado el camino que seguian á los sarracenos, quienes, avanzando á ciento y cincuenta millas en el territorio romano, les dieron alcance y les esterminaron completamente.

Muerte de Abu-Bekr.—Abu-Bekr murió sin tener noticia de este triunfo, dos años después del Profeta, habiendo reinado más bien como sacerdote que como guerrero. Habia ordenado á su hija Aichah que formara un inventario de cuanto poseia, para hacer ver si se enriquecia en el califato. Lo que se le habia señalado, á peticion suya, se reducia á 3 monedas de oro, un camello, un esclavo para sostener su dignidad; y todos los viernes distribuia á los pobres lo que le quedaba de la semana. Cuando se sintió próximo á la muerte, encargó á Omar que hiciera la oracion, y como éste le contestara que no necesitaba semejante dignidad, repuso de este modo: *Pero ella tiene necesidad de tí:* luego dictó á Otman, su secretario, las siguientes palabras: «En nombre del Dios misericordioso. Este es el testamento que Abu-Bekr hizo en el momento de salir de este mundo para entrar en el otro, el instante en que creen los infieles, en que no dudan los impios, en que dicen la verdad los embusteros. Designo á Omar por mi sucesor, oidle, obedecedle. Si procede con equidad, corresponderá á la opinion que siempre he tenido de él, de lo contrario se le imputarán sus obras. Mi intencion es recta, pero no conozco el porvenir: sin embargo, el que obre mal, será castigado. Adios: la misericordia y la bendicion de Dios sean con vosotros.»

Omar I.—Así, pues, Omar, uno de los sahabeones, es decir, de los antiguos compañeros de Mahoma, fué saludado en su consecuencia príncipe de los creyentes (*emir al-muminin*), y ni aun Alí hizo oposicion ninguna. Halló que la herencia dejada por su predecesor, se reducia á una tosca vestidura y á 5 monedas de oro. En su virtud declaró que no se consideraba capaz de imitar su austeridad; y á pesar de todo tampoco se alimentaba más que con pan de cebada, dátiles y agua. El ropaje con que predicaba estaba remendado por doce partes; y

(4) Relacion de la batalla de Eznadim.

«En el nombre de Dios misericordioso. Kaled, hijo de Walid, á Abu-Bekr, sucesor del apóstol de Dios. Alabanza á Dios, único y solo Dios: fuera de él no hay otro Dios. Su profeta es Mahoma, sobre el cual le plazca estender sin fin la bendicion divina, y á quien doy fervorosas acciones de gracias por haber destruido la idolatria y abierto los ojos á los que vivian en el error. Sabe, ¡oh caudillo de los fieles! que nos hemos encontrado con el ejército de los romanos á las órdenes de Verdan, prefecto de Ems, que habia jurado por Jesús vencer ó morir, y ha muerto. Con la asistencia divina, nosotros que tambien habíamos jurado vencer ó morir, hemos vencido. Decretado estaba que fueran vencidos nuestros enemigos; por eso nosotros hemos quedado vencedores. Alabanza á Dios: hemos matado á más de cincuenta mil enemigos; el resto se ha dispersado como el polvo en el desierto. Hemos perdido cuatrocientos setenta y cuatro hombres, que gozan de la gloria celeste. He escrito esta carta el 30 del primer mes yómada, mientras me hallaba en camino para volver de Eznadin, donde se ha dado la batalla, á Damasco. Ruega por nuestras prosperidades ulteriores y por nuestros triunfos. Adios: paz y bendicion sobre tí ¡oh sucesor del Profeta! y sobre los verdaderos musulmanes.

habiendo llegado un sátrapa persa á rendirle homenaje, le halló dormido en medio de pobres musulmanes sobre los escalones de la mezquita. Como acabara de dar 6,000 dracmas á un mendigo, un amigo suyo le reconvino por amar más á los estraños que á su propio hijo, á lo cual respondió: «Mi hijo tiene un padre que le mantiene, le viste, y le prepara lo necesario: ese forastero nada posee en el mundo más que la compasion.»

Habiendo caido Refaa de Antioquia en poder de Heraclio, fué interrogado por él en estos términos: «¿Cómo es que Omar se halla tan miserablemente vestido después de haber robado tantas riquezas á los cristianos?—Por el pensamiento de la otra vida y por temor de Dios.» Le volvieron á preguntar: «¿En qué palacio habita el califa?—En uno de tierra.—¿Cuántos criados forman su corte?—Pobres y mendigos.—¿Cuál es su trono?—La moderacion y el conocimiento de la verdad.—¿Qué guardias tiene?—Los más valientes unitarios.» Otros añaden que Omar, á quien se preguntaba por qué no se vestia como los príncipes á quienes habia avasallado, contestó de este modo: «Ellos buscan los bienes de este mundo, yo el favor del que es soberano de este mundo y del venidero (5).

Esta economia permitió á los primeros califas emplear todos sus tesoros en dirigir la guerra y dar realce á la paz, recompensando á los veteranos de Mahoma y á los demás que lo merecian. En medio de una sencillez que no les distinguia en nada del más ínfimo creyente, no dejaban sentir á los musulmanes el peso del despotismo á que les acostumbraban. Con esto y con ayuda de su carácter inflexible, robusteció Omar el islam, cuyo tipo ofreció á los creyentes por su repugnancia al lujo y al cultivo del entendimiento. Prohibió la navegacion, el embellecimiento de la arquitectura, el uso de otra lengua que la árabe. Introdujo el cómputo de la era mahometana, ordenó que ejercieran precisamente una profesion todos los musulmanes, so pena de ser escluidos de la asamblea de los fieles. Daba exacta cuenta de los tesoros que las conquistas hacian ingresar en las arcas públicas, y exigia que sus generales hicieran lo mismo: por último, cumplió la voluntad del Profeta purgando la Arabia de la presencia de los judios (6).

Hacia diez años que reinaba Omar cuando Firuz, esclavo persa, lo mató para vengar á su patria (644). Espiró encargando elegir un sucesor á seis de sus compañeros de más nota. Cortarónse los devotos musulmanes sus cabellos en señal de luto, para ornar con ellos su tumba.

Otman.—Alí hubiera sido elegido en este momento, si no hubiera rehusado la condicion á que se le obligaba de someterse, no solo al Coran, sino tambien á la tradicion; dióse, pues, la preferencia á Otman, que habia sido secretario de Mahoma (6 de noviembre). Este, débil y cargado de años, confió á otras manos la direccion de los negocios y el mando de los ejércitos; se dejó dominar por su familia y por sus amigos, y tiranizó siendo tambien él tiranizado. Introdujo la pompa extranjera, no sólo construyendo en Cufa una mezquita que podia dar cabida á cien mil personas, sino tambien permitiendo á sus cortesanos el lujo y las riquezas que se vedaba á sí propio. No menos devoto que sus predecesores leia de contínuo el Coran, predicaba regularmente, hacia obras caritativas; pero habian cambiado los tiempos, y estas virtudes no bastaron á atajar los desórdenes y los disgustos que estallaron por todas partes en el dilatado imperio. Reuniéronse en Medina los sediciosos, pidiendo á voz en grito que administrase justicia ó resignara el mando. Después de haberle tenido bloqueado dentro de su palacio por espacio de seis semanas, una oleada de rebeldes acabó por asaltarle á viva fuerza, y fué muerto Otman, mal defendido por el Coran, que habia colocado sobre su pecho.

Alí.—Después de cinco dias de anarquia, los antiguos compañeros de Mahoma tendieron su mano derecha á Alí, reconociendo al fin su derecho (656). Dirigióse á la mezquita para hacer la oracion vestido con una tela de algodon de listas, con un tosco turbante, llevando sus babuchas en una mano y apoyándose con la otra en su arco. Parece que no tuvo parte alguna en el asesinato de los dos califas anteriores. Dijo á los que le eligieron: «Acepto vuestra oferta; os gobernaré lo mejor que pueda: si quereis dispensarme de este cargo, seré uno de los más sumisos y obedientes respecto de aquel á quien me deis por soberano.

Llevaba al trono la esperiencia y no la flaqueza de los largos años, y parecia que habia de mandar segun las tradiciones del Profeta; pero su reinado fué desde luego perturbado por la rebelion de dos chaiques poderosos, Talha y Zobeir: ambos habian aspirado al califato, uno sostenido por Aichah, otro por los egipcios, y entonces aspiraban á obtener en premio de sus servicios el Irak y la Siria, de que se apoderaron á viva fuerza. Aichah, enemiga irreconciliable de Alí, hizo cundir el rumor de que habia sido cómplice del asesinato de Omar y de Otman, y venerada como era en calidad de madre de los fieles, dió un carácter sagrado á la causa de los rebeldes.

Jornada del camello.—La guerra civil era inevitable; llegóse, pues, á las manos y Alí salió victorioso en la batalla de Basora, donde fueron muertos Talha y Zobeir, y donde cayó prisionera Aichah, que seguia al ejército sobre un camello,

(5) Teofanes, *Cron.*—Cedreno, *Hist. comp.*

(6) O no fueron completamente estirpados, ó volvieron más tarde, porque Benjamin de Tudela, halló á muchos de ellos en aquel pais por el siglo XII, bajo el nombre de recabitas, y los viajeros modernos hacen subir á cerca de sesenta mil el número de los que se encuentran en la península. Poseen el Pentateuco, los libros de Samuel, de los Reyes, de Isaias, de Jeremias y de los pequeños profetas: son circuncisos, errantes, atrevidos, é imponen tributos á las caravanas. Véase Wolf.

siendo después enviada, sin que se la dirigiera cargo alguno, cerca del sepulcro de su esposo.

Mohaviah, hijo de Abu-Sofian, fué para Alí más temible adversario. Sostenido por los sirios, por Amru, gobernador de Egipto, y por la familia de Ommia, se proclamó vengador de Otman, haciendo poner de manifiesto sobre la cátedra de Damasco el caftan ensangrentado con los dedos cortados á su mujer que queria defenderle. Tomó en esta ciudad el título de califa, levantó tropas y encontró el ejército de Alí cerca del Éufrates (658). Cien dias permanecieron frente á frente ambos rivales: repugnaba á uno y á otro empeñar una lucha en que debia correr en los dos bandos sangre de los fieles. Especialmente Alí intimó á los suyos, bajo las penas más severas, no atacar y limitarse á repeler la agresion, no cebarse en los fugitivos y respetar á las prisioneras; después propuso á Mohaviah decidir la cuestion por medio de un duelo que no fué aceptado. Esto era por su parte generosidad y no miedo, porque, empeñado el combate, montó á caballo y con la grande espada de dos filos atacó ferozmente gritando á cada cabeza que hacia rodar por el suelo; *Allah akbar* (*Dios es vencedor*); grito que se oyó repetir cuatrocientas veces después de cerrada la noche.

Por lo que hace á Mohawiah, enarbolando el Coran en la punta de su lanza, decia que apelaba á este libro de la justicia de su causa, tanto, que los musulmanes timoratos, que concedian á Aichah la veneracion que Alí le negaba, se pasaron á las filas de aquél, y el yerno del Profeta se vió obligado á someter sus derechos á un arbitraje. Amru fué escogido por Mohaviah, y Muza por Alí, para que fallaran entre ellos. Resolvieron que uno y otro depondrian la dignidad de califa, á fin de que se pudiera proceder libremente á una nueva eleccion. En conformidad á lo que se habia convenido, Muza proclamó la abdicacion de Alí, pero entonces Amru, apelando á la astucia, rehusó hacer otro tanto respecto de Mohaviah: lejos de esto, le saludó como califa único. Tanta deslealtad encendió nuevamente la guerra, y el Irak y la Arabia fueron inundados de sangre. Hallábase dividida la autoridad entre Alí, Mohaviah y Amru, independientemente de un partido de careyitas fanáticos que blasonaban de querer conservar la pureza de islam. Discurriendo entre sí tres de estos últimos sobre tales divisiones, convinieron en ponerlas término matando cada uno de ellos á uno de los tres caudillos que se hacian la guerra. Uno de los parciales de Amru, sentado en su puesto, en aquel instante recibió el golpe mortal en vez del jefe: Mohaviah quedó solamente herido, y Alí fué muerto á la edad de sesenta y tres años (661).

Considéranle los sunnitas como uno de los cuatro primeros santos; pero, reconociéndole los siitas como el único heredero legítimo del Profeta, maldicen á los otros tres y veneran como santos á los asesinos de Omar y de Otman. Oculto en un principio el sepulcro de Alí para ponerle á cubierto de los ultrajes de sus adversarios, vino á ser más tarde objeto de veneracion en Cufa, donde los persas, siitas fieles, van á visitarle con devocion suma. Habia dicho el Profeta: «Yo soy la ciudad de la doctrina: Alí está á la puerta de ella.» En su consecuencia se le considera como el varon más insigne que ha producido la Arabia después de Mahoma. Se conserva un libro de poesias que se le atribuye, y en el cual se hallan notables sentencias: «Si alguno quiere ser rico sin poseer bienes de fortuna, poderoso sin tener súbditos, súbdito sin tener soberano, renuncie al pecado, sirva al Señor, y encontrará satisfechos estos tres deseos. Dios envió dos medianeros entre él y los hombres: el primero (Mahoma) ha muerto: el segundo permanecerá perpétuamente con ellos; es la oracion.» Decia ademas: «La mejor intercesion para un delincuente y la mejor penitencia, es confesar su culpa (7).»

Conquistas.—En este espacio de tiempo, se habian alcanzado los más sorprendentes triunfos, Cuando supo Omar la toma de Damasco (8), ensalzó el valor de Kaled, si bien desaprobó su temeridad y le retiró el mando. Entonces se adelantaron los musulmanes contra Heliópolis (*Balbek*) y Emesa. Uniendo á su fanático denuedo la habilidad y la astucia, alcanzaron allí y en otras partes nuevas victorias y se enriquecieron con los despojos de aquella fértil comarca, habitada por una poblacion numerosa. Uno de sus jóvenes guerreros gritaba en el asalto de Emesa: «Me parece que veo á las huris fijar sobre mí sus ojos negros, tan hermosas, que si una de ellas se manisfestara á la tierra, haria morir de amor a todos los hombres. Distingo á una con su velo de seda verde y su guirnalda de piedras preciosas en la frente; me hace señas y me llama: *Ven*, me dice, *ven pronto, por tí languidezco*. De esta suerte era escitado el valor de los musulmanes.

Aun no habian trascurrido dos años (656), y ya habian avasallado el valle del Líbano y la llanura del Oronto. Apercibiéndose al fin Heraclio de que no se trataba de incursiones, sino de conquistas, resolvió tentar el mayor esfuerzo de que era capaz el imperio. En su virtud reunió, tanto en Europa como en Asia, ochenta mil combatientes, á los cuales se agregaron sesenta mil árabes cristianos de Gassan. Pero no llegó á medirse personalmente con Kaled, que habia recobrado el mando en el dia del peligro. Vinieron á las manos los dos ejér-

---

(7) Los musulmanes no prescriben la confesion, pero concuerdan en atribuirla grande eficacia. Abu Alvuat, uno de los primeros contempladores ó sofis, ha escrito un tratado de moral en que prueba que el primer grado de la penitencia es la confesion; y se apoya en el cap. 57 del Coran. «Confesar á Dios sus pecados con verdadero arrepentimiento hará obtener perdon, porque Dios es misericordioso y justo.»

(8) Véase pág. 311.

citos en Yermuk, y se vió á Kaled en esta batalla desempeñar alternativamente los deberes de un capitan insigne, de un ferviente devoto y de un caritativo enfermero. Por ambas partes la tenacidad y la valentia tuvieron indecisa la victoria: finalmente, fué abatido el lábaro delante del estandarte del Profeta.

Asedio de Jerusalen.—Hallándose desde entonces sin defensa la Siria (637), la recorrieron los musulmanes como dueños del territorio, y se encaminaron á una ciudad igualmente sagrada para ellos, para los cristianos y para los judios. Llegado que hubo Abu-Obeidah con todo el ejército á la árida llanura que rodea á Jerusalen, envió á sus habitantes la intimacion de costumbre: «Salud y felicidad á los que caminan por la buena senda. Ordenamos declarar que no hay más que un Dios, y Mahoma es su Profeta; de lo contrario pagad tributo y sed nuestros súbditos. Si así no lo hiciereis, guiaré contra vosotros hombres para quienes es más grata la muerte que para vosotros beber vino y comer carne de cerdo.»

Habian reparado las victorias de Heraclio la ciudad de David, y como trofeo de aquellas se habia vuelto á llevar allí el madero de la cruz, que inspiraba confianza en los milagros y constancia en la defensa. Pero viendo el patriarca á los cuatro meses de asedio que no habia que aguardar ningun socorro, propuso entregar la plaza, á condicion de que la capitulacion tuviera por garantia la autoridad y la presencia de Omar. La santidad de la ciudad y su importancia parecieron al califa merecer que llegara á tomar posesion de ella en persona. De consiguiente se puso en marcha desde Medina sobre un camello con todas sus provisiones, reducidas á un saco de avena, otro de dátiles, un tajo y un bote de agua. Dirigiéndose de esta suerte como peregrino á la ciudad de los profetas, administraba justicia en el camino y reprimia las malas costumbres. Como encontrara á algunos tributarios que, á causa de no haber podido pagar su deuda, estaban espuestos por su amo al sol cuando estaba en su mayor fuerza, les mandó soltar, diciendo que habia oido decir al Profeta: «No aflijais á los hombres en este mundo, ó sereis castigados el dia del juicio.» Más lejos le presentaron un árabe, que con arreglo al antiguo uso del pais, se habia casado con dos hermanas nacidas del mismo padre y de la misma madre. Haciéndole presente Omar que el islam prohibia semejantes matrimonios, se arrepintió de haberlo abrazado: entonces Omar le dió con su baston en la boca, y le obligó á dejar una de sus dos mujeres, amenazándole con que, si alguna vez tocaba á aquella á quien le mandaba repudiar, ordenaria que fuera apredeado como adúltero. Tambien encontró á un anciano que porque le sacaran agua, dieran de beber á sus caballos y le prestaran otros servicios, entregaba su mujer á un mancebo, poseyéndola cada uno de ellos á su vez por espacio de veinte y cuatro horas. Omar le reprendió y amenazó de muerte al mancebo si volvia á acercarse á aquella mujer.

Cuando llegó á Jerusalen firmó la capitulacion (9) y entró en la ciudad santa platicando con el patriarca Sofronio. Sorprendiéndole la hora de la oracion en la iglesia de la Resurreccion, no quiso hacerla en su recinto por no suministrar con su ejemplo un pretexto á los musulmanes, que, pretendiendo orar donde él lo habia hecho, perturbarian la religion agena. Mandó construir sobre el sitio que ocupaba el templo de Salomon una mezquita que aun lleva el nombre de Omar.

De vuelta en Medina dividió el ejército en dos cuerpos, uno á las órdenes de Amru y de Yezid, tuvo encargo de avasallar el resto de la Palestina: otro, mandado por Abu-Obeidah y Kaled, fué á atacar á Antioquia y á Alepo. Esta última ciudad

---

(9) I. Al rendirse á los musulmanes los cristianos de la noble ciudad, conservarán el ejercicio público de su religion, aunque no podrán edificar nuevas iglesias en la ciudad ni en su territorio.

II. Los cristianos no escluirán á los musulmanes de las iglesias, á fin de que éstos observen si en sus reuniones se trama algo contra el público sosiego.

III. Los habitantes deberán tener abiertas sus casas á toda clase de viajeros y de peregrinos, para que puedan servirles de alojamiento.

IV. Si un viajero musulman no tuviera con qué mantenerse, estarán obligados los cristianos á proveerle de víveres gratuitamente, aunque no por más de un dia, á menos que una enfermedad ó el cansancio le impidan proseguir su viaje.

V. No hablarán los cristianos con menosprecio del Coran á sus hijos, ni estorbarán á ninguno de ellos que abrace el islamismo.

VI. Tendrán los cristianos el conveniente respeto á los musulmanes, á quienes deberán ceder el puesto de honor.

VII. No se vestirán á la musulmana. Les serán prohibidas las fórmulas ordinarias de los saludos; deberán ser diferentes sus nombres y apellidos de los de los verdaderos creyentes.

VIII. Serán asnos ó mulas las cabalgaduras de los cristianos y no llevarán armas. Tampoco emplearán caractéres árabes en las inscripciones sobre sus iglesias, sus casas y sus sellos.

IX. Les será prohibido vender vino y otros licores espirituosos, sin especial permiso. No podrán dejar correr los cerdos por las calles.

X. Llevarán vestidos oscuros, y llevarán ceñido un cinturon de cuero tanto en la ciudad como yendo de viaje.

XI. No podrán erigir la cruz sobre las iglesias, ni echar las campanas á vuelo, solo repicarlas; y cuando se rompan, no podrán refundirlas.

XII. No espiarán las acciones de los musulmanes ni se convertirán en delatores.

XIII. Deberán pagar exactamente el karacht (tributo impuesto á todos los infieles en la edad de la pubertad).

XIV. Reconocerán á perpetuidad la autoridad de los califas, y nunca harán nada contra ella directa ni indirectamente.

XV. El califa asegura á los cristianos su vida, su fortuna y la libertad de su culto. La proteccion del emperador de los fieles será inmediata y perpétua.

debió á su pronta sumision más favorables condiciones: la ciudadela, que se resistió tenazmente, fué tomada por sorpresa.

Si Heraclio hubiera tenido valor para ponerse al frente de sus tropas cuando parecia renacer el valor de los sirios para la defensa de la patria, hubiera repelido hácia la Arabia aquel impetuoso torrente, á que ya no fué posible oponer resistencia después de haber roto los primeros diques. Pero se habia inficionado locamente de una nueva heregia, y cuando vió condensarse la nube, no supo más que prosternarse delante de los altares de Antioquia, implorando misericordia por sus culpas y las de su pueblo: acto contínuo huyó de la Siria para refugiarse á Constantinopla (638). Entonces abre Antioquia sus puertas. El príncipe Constantino, que tenia cuarenta mil hombres de tropas de refresco en Cesarea, irritado ó desalentado por la fuga de su padre, corre á refugiarse á su lado en vez de marchar contra el califa. Abandonados á sí mismos, los cesareanos se someten á los musulmanes; y en breve estos ocupan á Tiro, Trípoli, Ramla, Tolemaida, Siquem, Gaza, Ascalon, Berito, Sidon, Gabala, Laodicea, Hierápolis, arrebatadas para siempre al imperio, que, siete siglos antes, las habia conquistado de los Seleucidas, ó las habia arrancado la libertad. Solo los Mardaitas, raza belicosa guarecida en el Líbano y en las montañas entre Mopsuesta y la IV Armenia, se mantuvieron independientes y rechazaron del Asia Menor á los musulmanes.

La guerra, acompañada de todos los horrores inherentes á las luchas de religion, costó cara á los vencedores, disminuidos en número de veinte y cinco mil de resultas de una epidemia. ¿Y qué les importaba eso? ¿No eran mártires de la fe? ¿No eran recogidas sus almas en el gargüero de los pájaros que se alimentaban con la fruta del Paraiso y bebian de sus fuentes? Poco tardaban otros en correr á llenar los huecos que habian quedado en las filas; así se vió á los musulmanes trasponer en los años siguientes las cumbres del Tauro, someter la Cilicia y hacer temblar á la ciudad de Constantino. Luego que Otman permitió lo que Omar habia vedado, Mohaviah, nuevo gobernador de la Siria, hizo construir con las maderas suministradas por los bosques del Líbano una escuadra de mil setecientas velas (648), con la cual dominó en el Mediterráneo. Saqueó á Cartago, luego á Chipre, á las Cíclades y á Rodas, donde fueron vendidos los restos del famoso coloso del Sol á un judio de Edesa, quien los cargó en novecientos camellos (10). Envalentonado por sus triunfos atacó la escuadra griega, mandada por Constante II, y la aniquiló en la jornada de Yacubé. Constantinopla aguarda de un instante á otro ver al enemigo surcar las olas del Helesponto, y Mohaviah se aprestaba realmente á acometer esta empresa cuando supo la muerte de Otman. Entonces concibió la esperanza de ascender al califato, y la guerra civil que estalló detuvo las espediciones contra los rumos (655).

Persia.—Señalábanse en Persia las armas musulmanas por otras victorias. Cosroes II habia empleado todas sus fuerzas contra el imperio griego, y los rápidos triunfos que sobre él obtuvo Heraclio, demuestran cuán debilitada y desunida estaba aquella nacion, no obstante su pomposa apariencia y su estension tan grande de terreno. Habiendo querido este príncipe sustituir al fin de sus dias Merdaz á Siroes, su primogénito, para dejarle la corona, habia disgustado á los soldados que favorecian á Siroes. Apoderáronse de su persona, y le depusieron después de un reinado de treinta y nueve años (628), de la misma manera que él habia depuesto á su abuelo Hormisdas. Fué metido en un calabozo, cargándole de cadenas el cuello y los brazos; vió á sus demás hijos asesinados delante de sus ojos, y él mismo fué atravesado á flechazos (11).

Siroes entabló negociaciones con Heraclio, y en virtud de ellas fueron puestos en libertad todos los prisioneros; pero en breve llegó á destruir la esperanza del pais la muerte de Siroes. Tuvo por sucesor á Adeser, de edad de siete años, que fué degollado seis meses después por Sarbazas, general de Cosroes (629) que se apoderó de la diadema de los shahs y reinó receloso siempre de la real familia. Esta encendió una guerra civil en cuyo curso fueron elevados alternativamente al trono muchos príncipes y muertos.

Isdegerdes III, 16 junio de 632.—Por último concordó el pueblo en ceñir la corona á Isdegerdes III, sobrino verdadero ó supuesto de Siroes, desde el cual contaron los persas una nueva era, que empezaba diez después de la muerte de Mahoma.

Ya habian amenazado los árabes á la Persia en vida del Profeta: atacáronla á la sazon directamente, y el trilustre rey de los reyes, confió el mandil del herrero al valiente y voluptuoso Rostam. Encontró á los musulmanes en la llanura de Cadesia, y se renovó muchos dias la batalla: por último la cabeza de Rostam, levantada en la punta de la lanza de un sarraceno, determinó la fuga de los suyos, y la victoria quedó por parte de los invasores (636).

Dueños los califas del Irak (*Asiria*), fundaron la ciudad de Basora, un poco más abajo de la confluencia del Tigris con el Éufrates, y en una situacion ventajosa para el comercio de la India. Aquellos persas, tan formidables para los romanos, no supieron ahora defender contra los árabes, pue-

(10) Una exajeracion más para añadir á las que se encuentran en este relato.

(11) Del *Talk-i-Kosru*, ó palacio de Cosroes, queda todavia un gran pórtico de 85 piés de elevacion por 76 de anchura, y de 148 piés de largo, que pretenden haber sido hendido en la misma noche en que nació Mahoma.

blo errante y sin arte de la guerra, las *dos ciudades*, como ellos llamaban á Modain, formada de Seleucia y Ctesifonte, ésta situada al oriente y aquella al occidente del Tigris. Ciertas profecias anunciaban el fin del imperio persa; de suerte que después de una corta resistencia los ladrones del desierto se entregaron á la alegria en la capital del pueblo mas rico. Admirábanse allí en efecto, palacios de oro, tronos de oro, salones de oro, alfombras de inmenso tamaño y de imponderable precio. Allí estaban amontonadas con profusion las pedrerias sacadas de todas las partes del mundo y las perlas pescadas en los vecinos mares. Para espresar el árabe vencedor la inmensidad de aquellas riquezas, dijo haber encontrado más de tres mil millares de millones de monedas de oro (12). Presentáronle á Omar un mulo cargado con la tiara, la coraza, el cinturon, y los brazaletes de Cosroes. Quiso probarse el de tez cobriza estos espléndidos adornos, y sus compañeros no pudieron menos de reirse al vérselos puestos: entonces hicieron memoria los más devotos de que el Profeta habia dicho: *Este se ceñirá los brazaletes de Cosroes.* Mandó echar la biblioteca real al Tigris. Llevároule una alfombra de seda de sesenta codos en cuadro, cargada toda de preciosos bordados, y para cumplir rigorosamente la ley el ignorante bárbaro, la hizo cortar en pedazos para distribuirla entre sus compañeros: ahora bien, solo el fragmento que tocó á Alí fué vendido en veinte mil dracmas.

Así como Ecbatana y Babilonia habian sucedido á Nínive, luego á estas últimas Seleucia y Ctesifonte, todas vastas ciudades, que se habian levantado y desaparecido como un campamento, así á la abandonada Modain sustituyó Cufa, donde los veteranos establecieron la guarida de sus rapiñas. No tardaron en ceder Jaloula y Nehavend, situadas al sur de Ecbatana; y *la victoria de las victorias* alcanzada por los árabes delante de esta ciudad sobre ciento cincuenta mil persas (642), que habian acudido á defender la independencia de su patria, acabó de determinar la caida del imperio de Arxatares.

Pasando los árabes de Amadan *(Ecbatana)* á Ispahan, á Caswin, á Tauris y á Rei, se adelantaron hasta las costas del mar Caspio; torciendo en seguida hácia Armenia y Mesopotamia, después de haber repasado el Tigris junto á Mosul, encontraron á sus compañeros de armas poseidos de júbilo á consecuencia del triunfo alcanzado por ellos sobre la Siria: finalmente, llegaron á Persépolis, primera capital del imperio de Ciro y santuario de los magos (645).

Apenas habia sabido Isdegerdes la toma de Jaloula, se escapó á través de las montañas del Farsistan, fortificándose en Rei, donde se elevaba uno de los más antiguos templos de fuego. Pero viéndose en breve atacado por el enemigo, se refugió en el desierto de Kirman, pidió socorro á los segestanos, y se detuvo en la estremidad en que el imperio de los turcos lindaba con el de la China. Este último se hallaba gobernado entonces por el gran Tai-Song, que no negó ayuda al monarca caido. ¡Cosa sorprendente! la China, aislada del mundo, sentia en las estremidades del Asia el rechazo del choque de aquellos beduinos, que apenas hacia diez años que se habian lanzado fuera de sus ignorados desiertos.

Prometió el califa Otman el gobierno del Corasan al que se aventurara antes que otro alguno en las populosas comarcas de que estaba formado el reino de la Bactriana, y el corcel del árabe no tardó en saciar su sed en las aguas del Oxo. Pero ya habia atravesado este rio Isdegerdes, después de haber encontrado hospitalario albergue en la Fargana, á orillas del Yaxartes. Volvia con los socorros que le habia suministrado el rey de Samarcanda, con las hordas turcas de la Sodgiana y de la Escitia y los chinos de la frontera, á probar otra vez la suerte de las armas, cuando sus propias tropas, poco fieles á la desgracia, se rebelaron contra él. Forzado de nuevo á la fuga llegó al rio Margo, donde encontró á un molinero que, sin curarse de la caida de los tronos, hacia andar á su molino. Le ofreció anillos y collares á trueque de que le trasladara al punto á la otra orilla; pero, poco enternecido el rústico de los altos infortunios del monarca, desconociendo el inmenso valor de aquellos adornos, le dió la siguiente respuesta: *Gano cuatro dracmas de plata al dia y no quiero dejar mi trabajo si no me dais otro tanto.* Detencion funesta, durante la cual, llegaron ginetes turcos y mataron al último Sasánida. Firuz, su hijo, se puso al servicio de los chinos. Habiendo concebido el hijo de éste el proyecto de encumbrarse al trono de sus ascendientes, tomó el título de rey de los reyes y se adelantó hácia la Persia; pero no encontrando allí la ayuda que habia esperado, volvió á morir á la China.

El inmenso territorio de los reinos asiáticos, repartido entre sátrapas, casi independientes, no permitia reunir la energia de la nacion en un solo esfuerzo defensivo: por eso hemos visto á los persas sucumbir muchas veces, bajo el choque de un puñado de hombres resueltos. Deseosos los sucesores del Profeta de establecer su dominacion en estas comarcas y de fijar en ellas su residencia, repartieron la Persia entre sus diversos capitanes, señalando á cada uno una comarca, y encomendándole la tarea de consumar la opresion y de terminar la conquista. Zijad, que acabó de reducir el Irak bajo el califa Mohaviah, acreditó allí el rigor más feroz. Insultado por los habitantes de Cufa, les hizo encerrar en la mezquita donde cortó las manos á ochenta de ellos. Reprimidos fueron por él los careyitas y los parciales de Alí á fuerza de sangre; prohibió cerrar las puertas en Basora, de dia ni de noche, y circular por las ca-

(12) ELMACIN.

lles después de la oracion de la tarde. Abul-Mogueira, musulman ferviente en estremo, no quiso dejar de ir á la mezquita á cumplir sus devociones; y tanto á las promesas, como á las amenazas del gobernador, dió por única respuesta: *No puedo, aunque me diérais el universo.—Pues bien, vé, pero no hables.—No puedo abstenerme de ensalzar el bien, ni de reprobar el mal.* Ziyad mandó que le cortaran la cabeza. Todavia más rígido que él, su lugarteniente Samra envió á la muerte en el espacio de seis meses á ocho mil habitantes de Basora.

Habian, pues, terminado la raza de los Sasánidas y la segunda dominacion de los persas: apagóse, pues, de nuevo el fuego en los altares de los magos, y solo fué mantenido secretamente por los güebros, tolerados como los cristianos y los judios. El mandil del herrero, enarbolado en tiempo de Abraham, para arrancar el país de la tirania de Zoak, abatido por los partos, rehabilitado de nuevo por Artaxares, fué esta vez hecho pedazos. Ya no recuperó Persia su independencia hasta la época en que Ismail-Sofí, árabe de orígen y siita de creencia, fundó allí una nueva dinastia (1499), rival de la de Otman, que se habia sentado en el trono de los Constantinos.

Egipto.—Habia sido derrocado otro antiguo reino por Amrú. Nacido de una prostituta, y después de haber sido en un principio adversario satírico de Mahoma, fué después de su conversion una excelente espada y mostró una voluntad enérgica en aquel belicoso apostolado. Hacia la guerra en Siria, cuando ganoso de alcanzar triunfos iguales á los de Kaled y de Abu-Obeidah, dirigió cuatro mil hombres sobre Egipto, que obedecia de nombre, aunque no de hecho, al imperio romano. Cuando lo supo Omar, se espantó de su audacia. Sin embargo, sometiendo su prudencia al fatalismo, escribió al general aventurero: *Si esta carta te halla todavia en Siria, retrocede al punto: si has traspuesto ya las fronteras del Egipto, marcha y confia en el socorro de Dios y de tus hermanos.* Presintiendo Amrú el contenido del despacho, aguardó á abrirle en el territorio egipcio: allí se lo enseñó á sus oficiales, y siendo todos de parecer de seguir adelante, continuó su marcha, tomó á Pelusa (638) llave del pais, y penetró en el valle del misterioso Nilo. Tambien se apoderó de Menfis, antigua residencia de los Faraones, y en la orilla opuesta se elevó una ciudad llamada actualmente el viejo Cairo.

En su conquista fueron ayudados los árabes por los coftos, primitivos moradores del pais, temerosos de la intolerancia de los emperadores de Constantinopla, quienes pretendian convertirlos al catolicismo, de jacobitas que eran todos, y hacerles abandonar su lengua y su escritura nacional por las de los griegos; aprovecharon con avidez esta ocasion, de recobrar su religion y su independencia. Mukaucas, rico y noble personaje del pais, que disimulando sus creencias habia obtenido la intendencia del alto Egipto, se habia apresurado á enviar comisionados que tributaran homenaje á Mahoma, tan luego como vió que su poder subia de punto: en cambio el Profeta le reconoció como príncipe de los coftos. Entonces hizo su sumision al califa, y se comprometió á pagarle una moneda de oro por cada cristiano, esceptuando, no obstante, los viejos, los monjes, las mujeres y los niños de menos de diez y seis años.

A este precio adquirieron los jacobitas su tranquilidad, y en todo Egipto se disputaban á porfia sobre quién perseguiria con más encarnizamiento á los griegos, y haria á Amrú mejor acogida. El general árabe, cuyo ejército se habia aumentado, lo condujo desde el pais alto al Delta, y luego sobre Alejandria. El patriarca Ciro, que ocupaba la silla arzobispal, después de haber espulsado de ella al hereje Benjamin, empleó todos sus esfuerzos á fin de conjurar la tempestad por medio de negociaciones; nada menos se proponia que convertir al califa, casarle con la hija de Heraclio, y asegurar de esta suerte la paz del mundo.

Sitio de Alejandria.—Bien pronto se disiparon estos generosos ensueños á los gritos de *Alah Akbar*, lanzados por los musulmanes, que se presentaban amenazadores bajo los muros de Alejandria (640). Esta importantísima ciudad estaba fortificada con todos los recursos del arte, tanto por el lado del mar, como por la parte de tierra. Si Heraclio la hubiera socorrido, su auxilio habria producido grande efecto en el valor de los ciudadanos, que sostuvieron con intrepidez un sitio de catorce meses, sostenido por los árabes con todo el valor que puede suplir la falta de máquinas de guerra. Veinte y tres mil de ellos perecieron en los repetidos asaltos que les dieron, y en los cuales peleaba siempre Amrú en las primeras filas, y subia á la brecha antes que otro alguno. Habiéndose adelantado un dia temerariamente en la ciudadela, se halló solo con un amigo y un esclavo: hecho prisionero, sin haber sido reconocido, fué llevado con su esclavo Moslema ante el prefecto, quien les preguntó con áspero tono, por qué hacian tanto daño en las tierras de los cristianos. *Venimos*, respondió Amrú, *para obligaros á abrazar el islam, ó á pagar un tributo anualmente al califa: de lo contrario, sereis pasados á cuchillo.*

Este lenguaje altanero le hubiera vendido, á no haber tenido su esclavo la suficiente presencia de ánimo para darle una bofetada, mandándole que delante de su superior guardara silencio. Este artificio produjo su efecto, y Moslema fué puesto en libertad con sus dos presuntos esclavos para obtener condiciones de paz. El grito de todo el campamento enteró á los sitiados del engaño de que habian sido juguete, y el aumento del peligro consecuente á la audacia que recobró el enemigo.

Poco tiempo después escribia Amrú á Omar: «La gran ciudad del Occidente ha sido tomada por los tuyos con una valentia, un ardor que no tienen ejemplo. Su opulencia, su hermosura, no se pueden esplicar con palabras: contiene cuatro mil

palacios, otros tantos baños, cuatrocientos teatros ó sitios de diversiones, doce mil tiendas de comestibles, cuarenta mil judios que pagan tributo, doscientos mil entre coftos y griegos, que lo pagarán en lo sucesivo. Ha sido tomada á viva fuerza y sin capitulacion ninguna, lo cual hace que los musulmanes aguarden con impaciencia el fruto de la victoria.»

La Biblioteca.—Omar no les concedió el saqueo: mandó que las riquezas conquistadas se reservaran para los servicios públicos y para la propagacion de la fe. Cuéntase que Amrú, menos grosero que sus compatriotas, se complació algunas veces durante su permanencia en Alejandria, en platicar con el gramático Juan, peripatético laborioso, que se arriesgó á pedirle como regalo la biblioteca real, tesoro sin valor para aquellos conquistadores iliteratos. De buena gana se la hubiera cedido Amrú; pero exigiendo Omar una cuenta detallada de todos los despojos, le envió á pedir su beneplácito con este objeto. Añádese que la respuesta del caudillo de los fieles fué la siguiente; *Si esos escritos son conformes al libro de Dios, vienen á ser inútiles, si le son contrarios no deben tolerarse.* En su consecuencia, todos los papiros distribuidos entre los cuatro mil baños de Alejandria, sirvieron para calentarlos por espacio de seis meses. Aunque este hecho reposa solo sobre la fe de un narrador tardio (13), concuerda perfectamente con la índole de los vencedores. Créase ó no en este hecho, es exagerar la importancia del estrago suponer que se trata aquí de la biblioteca reunida en el Bruquion por los Tolomeos, puesto que se sabe que fué incendiada en tiempo de César, ni de la que se formó en el Serapion por Marco Aurelio, dispersada en la época de Teodosio tan completamente, que no quedaron más que los estantes vacios (14). Admitiendo que estas pérdidas hubieran sido reparadas en parte, la última coleccion no podia tener grande importancia, ni por el número de las obras, ni por su rareza.

La pérdida de Alejandria fué más penosa que cualquiera otra en Constantinopla, pues la privaba de los acostumbrados subsidios del trigo. Esta fué una cruel afliccion para los últimos dias de Heraclio. Su sucesor intentó recuperarla, y el puerto del Faro, así como las fortificaciones, fueron tomadas y perdidas dos veces. Pero Amrú se presentó siempre á rechazar á los griegos y juró *hacer á Alejandria accesible de todas partes como la morada de una prostituta.* Con efecto, la desmanteló completamente: enseguida se ocupó en consolidar su conquista, haciendo incursiones en la Cirenáica, y aliándose con los berberiscos, pueblo nómada con las mismas costumbres que los árabes, y al cual dió Omar el título de hermanos.

Tuvo Egipto que padecer á la vez los males de la invasion y del triunfo de una faccion nacional; pero Amrú la sometió á una administracion vigorosa, aunque tolerante. Hizo que los granos de este pais fértil proporcionasen á la Arabia la abundancia de que hasta entonces habian gozado las capitales del mundo romano. Fué puesto el Nilo en comunicacion con el mar Rojo por el canal de Kolzum, de ochenta millas de largo. Sustituyéronse nuevos tributos á la injusta capitacion que fué suprimida, y la tercera parte de sus productos fué destinada al sostenimiento de los diques y canales. Pareció que el pais cobraba nueva vida bajo una administracion más sencilla y más de acuerdo con su naturaleza (15).

---

(13) Abdalatif, escritor del siglo XIII, en el *Compendium mirabilium Ægypti.* De él lo tomó Abulfaraj, cristiano jacobita, nacido en el Asia Menor en 1226. Ebn Kaldun, autor del VIII siglo de la Egira, escribió lo siguiente: «¿Qué se hicieron las obras científicas de los persas que hizo destruir Omar cuando conquistó el pais? ¿Dónde están las de los sirios, las de los caldeos y babilonios? ¿Dónde están las de los egipcios que les precedieron? Solo han llegado hasta nosotros los trabajos de un solo pueblo, es decir, los de los griegos.» Citamos este pasaje, no para prestar apoyo al hecho antes apuntado, sino para indicar que las fuentes griegas no son las únicas en que pudieron beber los árabes las nociones científicas á ellos atribuidas.

(14) Paulo Orosio dice: *Extant, quæ et nos vidimus, armaria librorum, quibus direptis, exinanita ea a nostris hominibus nostris temporibus. Hist.* VI, 15. El dilema de Omar fué renovado muchas veces en la época de la reforma. Después de haber quemado vivo los reformados al cura de Berze, se precipitaron sobre la célebre abadia de Cluny, y destruyeron allí códices y cartas, diciendo que todos eran libros de misa. TEODORO DE BEZA. El anabaptista Rothmann, en Munter, proclamó que la Biblia era la única necesaria, y que se debian quemar todos los demás libros, como inútiles y peligrosos; lo cual hizo que se prendiera fuego á la biblioteca de Rodolfo Langio, compuesta enteramente de manuscritos griegos y latinos. CATROU, *Historia del anabaptismo,* lib. V. pág. 101.

(15) Relacion trasmitida segun el historiador Al-Wakedi por Amrú al califa Omar.

«En el nombre de Dios, etc. Al sucesor del Profeta, emperador de los fieles, salud. Figúrate una hermosa campiña, situada entre dos desiertos y dos hileras de montañas, semejantes al lomo de un camello ó al vientre de un caballo ético. Todos los ricos productos de Siene á Menka son debidos al rio bienhechor que resbala magestuosamente por medio del gran valle: crece y disminuye en tiempos tan regulares como el curso del sol y de la luna. En una estacion dada del año, todos los manantiales pagan á este rey de los rios, el tributo anual impuesto por la Providencia. Sus aguas se elevan hasta que rebosan sus orillas y cubren todo el Egipto, depositando allí un limo fecundo. Las comunicaciones entre las ciudades y aldeas se verifican con ayuda de lijeros barcos, tan numerosos como las hojas que caen de las palmeras. Cuando no son necesarias las aguas para el abono del terreno, dócil el rio, torna á su cauce, á fin de que se puedan recoger los tesoros que ha sembrado.

»Este pueblo, protegido por el cielo, que parece destinado como las abejas á trabajar para otro sin sacar provecho de sus trabajos, labra superficialmente el terreno, y depositando allí semillas poco agrupadas, aguarda su fecundizacion de la bondad de aquél para quien todo gérmen

Amrú le gobernó mientras vivió Omar, luego Otman envió en su lugar á Abdalah, su hermano de leche, que habia servido á Mahoma en calidad de escribiente. Este corrompia sus revelaciones para entregarlas á sus enemigos como asunto de escarnio y de calumnia. Arrepentido de sus desmanes, obtuvo el perdon de ellos; y para borrar su apostasia, justificando la eleccion del califa, se propuso someter el Africa desde el Nilo al Atlántico. Entró, pues, á la cabeza de cuarenta mil guerreros en la provincia de Trípoli, donde se habian retirado los romanos, asi como los moradores fugitivos de los paises ocupados. Allí reunió el exarca Gregorio ciento veinte mil soldados, moros en su mayor parte; y habiendo encontrado al enemigo, le dió batalla por espacio de muchos dias consecutivos. Habia prometido Gregorio 100 monedas de oro y la mano de su hija, que peleaba á su lado, al que le presentara la cabeza del general árabe. Abdalah prometió otro tanto, aunque con mejor éxito. Sin embargo, Zobeir, que derribó la cabeza del exarca, rehusó el premio, pareciéndole indigno de un creyente recibir dinero y una cristiana.

Adelantáronse los árabes hasta Sufetala *(Sabtelé)*, haciendo reconocimientos hasta en los valles del Atlas; pero agotados de fuerzas por lo prolongado de la guerra y por las enfermedades, regresaron á Egipto para gozar allí de su botin. Era tan enorme que tocaron 1,000 monedas de oro á cada infante y 3,000 á los ginetes. Poco tiempo después (31 de la Egira) Alí Sarh condujo á los árabes á la Nubia, donde batallaban aun los nubienses ó nobados con los blemios, quizá todavia idólatras. Dongola, capital de aquel pais, entró en negociaciones, y los reyes se comprometieron á pagar el tributo anual de trescientos sesenta esclavos, en cambio de los cuales los califas debian darles un regalo de granos y vituallas. La negativa de semejante tributo ó la tardanza en satisfacerlo eran motivo de guerras que se renovaban sin cesar.

Quizá por él principió la trata periódica de esclavos negros que hacian las caravanas del Senaar, esclavos que habiéndose esparcido por el Egipto alteraron la raza indígena, y facilitaron la fusion de los vencedores con los vencidos. Macrizi asegura que las tribus conquistadoras se confundieron pronto con las conquistadas; y en efecto, vemos al comercio emprender de nuevo su acostumbrado curso y la religion, protegida hasta el punto de levantarse iglesias coftas al lado de las mezquitas. Muchos, sin embargo, se refugiaron en la Nubia, donde vivieron aislados á estilo de pastores; después, en el año 703, todos los cristianos de Egipto fueron sometidos á un tributo personal, y se les imprimió en la mano con un hierro ardiendo un leon, cortándose ambas manos al que no llevase esta marca. Un rey de Nubia se puso en marcha (743) seguido de un grande ejército, para impedir esta opresion, y consiguió aligerarla algun tanto.

---

crece y madura. Se desarrolla el grano, brota el tallo, madura la espiga alimentada por copiosos rocios que suplen á las lluvias y mantienen la humedad en que está empapado el suelo. La rica cosecha es inmediatamente seguida de la esterilidad. De este modo, emperador de los fieles, esta comarca presenta alternativamente la imágen de un polvoroso desierto, de una llanura líquida y argentada, de un pantano negro y fangoso, de una pradera verde y ondulante, de un jardin esmaltado de flores, y de un campo cargado de rubias mieses. ¡Bendito sea el autor de tantas maravillas!

»Te propongo tres cosas, emperador de los fieles, para la prosperidad del Egipto y ventura de sus moradores, que si son ejecutadas, harán llover las bendiciones del cielo sobre la cabeza de los fieles: 1.ª que no se aumenten los tributos; 2.ª que la tercera parte de la renta pública se invierta en el sostenimiento de canales, puentes y diques: 3.ª que la percepcion de los impuestos se haga en especie sobre los diversos productos de la tierra. Procede así, si quieres que la felicidad resida entre tus nuevos súbditos. ¡La paz y la bendicion del cielo sean sobre tí, emperador de los fieles!»

CAPÍTULO V

LOS OMMIADAS, 661-750.—CALIFATO HEREDITARIO.

«La historia política y religiosa del califato, imperio del islam por escelencia, no ofrece más que el espectáculo desconsolador de atrocidades, asesinatos, traiciones, y escesos del género más abominable. Otros imperios tuvieron su edad de sangre, aunque tambien conocieron dias de paz y de ventura: el de los califas no gustó ni un solo instante de reposo: estuvo espuesto de continuo á agitaciones y vaivenes por parte de facciones políticas y de sectas religiosas: no pasó un solo reinado sin estos desmanes: suavizaron las letras las costumbres más bien que pulirlas, y la humanidad jamás pudo despojarse del luto.» (1) Tal es la escena que se abre después de los tres primeros califas, en la época en que parecia que los musulmanes solo habian ensanchado sus conquistas para cubrir de matanza un territorio más estenso.

Mohaviah I, 661-680.—Al cabo la muerte de Alí y la victoria, aseguraron el primer puesto á Mohaviah, de la familia de Ommiah é hijo del idólatra Abu-Sofian. De esta suerte la sucesion sangrienta de Mahoma recayó en la descendencia de sus perseguidores, y la alta direccion del islamismo quedó entregada á los más encarnizados defensores de la idolatria. Encargado por Omar del gobierno de la Siria, se habia ganado los corazones por su liberalidad durante la paz, por su fortuna en la guerra. De consiguiente reunió gran número de parciales, cuando se levantó como vengador de Otman; y su eleccion fué confirmada por la espada y la astucia de Amrú. Mohaviah obligó á Hasan, hijo de Alí á renunciar á toda clase de pretensiones al poder, y á pasar sus dias en una oscura santidad cerca del sepulcro de su abuelo. Entonces introdujo grandes mudanzas en el gobierno de los fieles; y aun cuando repugnara á las costumbres y al fanatismo de los árabes ver una dignidad reuniendo la santidad y el poder y trasmitida como una herencia, hizo proclamar por sucesor suyo á su hijo Yezid de vida y alma afeminadas. En seguida trasladó la sede del gobierno de Medina á Damasco en Siria (672), donde tambien quiso que fuera trasferido el púlpito en que habia predicado Mahoma; pero se lo impidió un eclipse de sol que sobrevino, y que se tomó por una señal de desaprobacion del cielo.

A semejanza de Constantino después de su instalacion en Bizancio, hollaron entonces los califas las costumbres peculiares de los árabes, que se habia abstenido de violar el Profeta. Cesando de ser simples patriarcas, como sus cuatro antecesores, se apoyaron en la fuerza, imitando á los demás reyes, y vinieron á ser déspotas rodeados de boato. A lo menos las funciones de iman ó jefe de la religion, parecian corresponder á la familia del Profeta; pero Mohaviah las usurpó, y viendo multiplicarse las controversias sobre los puntos oscuros del Coran, pues habia dado ya lugar á doscientos comentarios, reunió en Damasco á gran número de cadís y de imanes para conciliar lo que aparecia contradictorio. Seis de los de más capacidad fueron encargados por órden suya de poner por escrito lo que les parecia más conforme á la sana razon, y su trabajo produjo el *Amalek*, al cual atribuyó únicamente la autoridad, anulando las demás glosas, y prohibiendo que se hicieran otras nuevas, como si semejante prohibicion pudiera ser observada.

Estas alteraciones desagradaban á los musulmanes celosos y á los árabes libres, y de ellas resultó que los parciales de la familia de Alí se unieran para derrocar á la nueva dinastia. Pero tuvieron en contra suya el potente brazo de Amru en Egipto y la ferocidad de Ziyad que, dominando sobre la

(1) HAMMER, *Min. del Oriente*, I, 385.

Persia, sobre la creciente ciudad de Cufa y sobre parte de la Arabia, esterminaba á los siitas. Una vez sofocadas en sangre las sediciones intestinas, Mohaviah llevó á lo esterior la guerra. Marchó contra el imperio griego, taló las provincias del Asia, é hizo que su escuadra tomara el rumbo del Bósforo. Habiendo dicho el Profeta que el primer ejército que asediara á Constantinopla obtendria la remision de todos sus pecados; la religion vino en ayuda de la ambicion y de la avaricia para impeler á los árabes sobre esta ciudad, donde se hallaban acumulados los tesoros y los trofeos de las dos Romas.

Fuego griego.—Reinaba entonces Constantino Pogonato, príncipe voluptuoso y cruel, que trasformándose en otro hombre á la hora del peligro, reanimó con su denuedo el de los griegos, que habian acudido en tropel á defender los sólidos baluartes de la plaza. Secundó la fortuna el patriotismo, pues habiendo pasado un egipcio, Calínico de Heliópolis, del servicio del califa al del emperador, inventó el fuego griego que suplió por los ejércitos y el valor. Era un combustible líquido que se hacia llover desde los baluartes sobre los sitiadores, que se disparaba con dardos ó con bolas de hierro, y que se lanzaba en naves incendiarias contra los buques enemigos. Frecuentemente se esparcia con ayuda de conductos de cuero desde la proa de las galeras, lo cual las daba el aspecto de dragones y de hidras vomitando fuego. Una vez que este fuego prendia en la madera, en la carne de los hombres ó de los animales, y no sirviendo el agua más que para fomentarlo, no podia apagarlo ningun ausilio humano: huian espantados los caballos, perecian los hombres en medio de atroces tormentos, eran consumidas las naves sin recurso. El secreto de su composicion fué guardado con el cuidado más escrupuloso. Constantino recomienda en su *Táctica* no darle á conocer nunca, y responder á los que preguntaren que un ángel se lo reveló al fundador de Constantinopla. Durante cuatro siglos no perdonaron medio los musulmanes de descubrir este secreto: halláronlo al fin, y se sirvieron de él contra los cruzados.

Esta invencion fué la mano de Dios para salvar á Constantinopla, dando largas al asedio, Abu-Ayub que habia dado hospitalidad en Medina al Profeta fugitivo, murió bajo los muros de la ciudad cristiana, y el ejército le hizo magníficos funerales. Cuando ocho siglos más tarde fué tomada Constantinopla por los turcos, indicó una revelacion la ignorada tumba del ansariano, y se edificó entorno una mezquita, donde al tiempo de su inauguracion van á ceñirse la espada los sucesores del Profeta.

En esto los mardaitas ó maronitas, lanzándose desde las cumbres de Líbano invadieron la Siria. En su consecuencia Mohaviah se vió obligado á comprar la paz á los griegos por treinta años, á restituir muchas provincias, y á pagar anualmente tres mil monedas de oro, agregándose á esto cincuenta caballos y otros tantos esclavos: esta fué la primera humillacion esperimentada por los mahometanos, y en gran parte la debieron á sus discordias intestinas.

Yezid, 680.—Reanimáronse bajo Yezid, hijo de Mohaviah, que se hizo menospreciar por su avaricia y su intemperancia, vicios tanto más vergonzosos en sentir de los árabes, cuanto que eran rarísimos entre ellos. Bebia vino, acariciaba á los perros, hacia que le sirvieran eunucos; y estos eran insultos á la vanidad nacional que hacian á los árabes echar de menos los tiempos del celo puro y de la paterna lealtad de los Sahabeones.

Hijos de Alí.—Aumentábase por esto el concentrado ódio de los siitas, y estimulaban á los hijos de Alí á reclamar sus derechos. Hasan se habia retirado sinceramente del mundo, y solo se cuentan de él obras de santidad. Un esclavo que por casualidad le habia echado encima agua hirviendo, se prosternó á sus piés repitiendo el versículo del Coran. *Es el paraiso para el que refrena su cólera.—Pero yo no estoy colérico*, dijo Hasan.—*Y para el que perdona las ofensas*, continuó el esclavo.—*Te perdono la tuya.—Y para los que vuelven bien por mal.—Te doy la libertad y 400 monedas de plata.*

Pero Husein, segundo hijo de Alí, y Abdalah, hijo de aquel valiente Zobeir que en Africa habia dado muerte al exarca Gregorio, con intencion de enseñorearse del poder, se pusieron á la cabeza de los facciosos. Habiendo recibido el primero de la Persia estímulos y promesas, mercancía que abunda entre los descontentos, resolvió probar fortuna por aquella parte. Partió, pues, de Medina hácia el Irak, pero al llegar á la frontera supo que el pueblo se habia amotinado en su favor en Cufa, habiéndole reprimido al punto Obeidalah, hijo de Ziyad. Hallóse personalmente envuelto por el enemigo en Kerbela, y como intentara en vano obtener condiciones decorosas, y exhortara estérilmente á los suyos á que atendieran á su seguridad apelando á la fuga, sostuvo con treinta y dos ginetes y cuarenta infantes el ataque de cinco mil caballos: habiendo caido todos sus compañeros á su lado, se ofreció el último á los golpes de sus adversarios. Arrastrado y escarnecido fué el cadaver del Fatimita (10 octubre) y Obeidalah le descargó un golpe en la boca. Al ver esto esclamó entre sollozos un anciano: *¡Ay de mí! ¡Ay de mí! He visto sobre esos labios los labios del Profeta.* Veneran los persas el sepulcro de este mártir.

Yezid tuvo la generosidad de perdonar á las hermanas y á los hijos de Alí, que, enviados á Medina, se consagraron á la oracion y al estudio, disfrutando inermes de la veneracion del pueblo: Alí, Hasan, Husein y otros nueve sucesores suyos forman los doce imanes reverenciados por los musulmanes siitas de la Persia (2). El último de ellos

(2) Algunos siitas no reconocen más que siete imanes, el último de los cuales fué Ismael; por lo cual fueron llamados *ismaelitas*.

fué Mohamed al-Madahi, que se retiró para vivir solitario en una gruta cerca de Bagdad; como se ignora el lugar y la época de la muerte, se supone que vive todavia, y siempre hay en las caballerizas reales de Ispahan un caballo ensillado para el momento en que se presente á destruir la tirania del Antecristo.

Otros vástagos de esta raza, ó individuos que pretendian serlo, ocuparon más tarde los tronos de Persia, de España, de Africa, de Egipto, de la Siria, del Yemen.

Abdalah, 681.—Abdalah Ben-Zobeid, más venturoso que los hijos de Alí, consiguió sembrar el espanto en el alma de Yezid. Se hizo proclamar califa en la Meca, y recibió el homenage de los moradores de Medina. Apenas habia trascurrido medio siglo desde que el Profeta habia esclamado: *Si alguno saquea mi ciudad, caerá sobre él la cólera de Dios y será disuelto como sal en el agua;* y ya el extranjero se habia sentado sobre el trono establecido por Mahoma, y sus dos ciudades predilectas, que se habian engrandecido, merced á una larga paz, se ven asaltadas por las armas vengadoras de Yezid. Medina fué saqueada y sitiada la Meca: ya estaba medio destruida la Caaba é iba á sucumbir la ciudad santa, cuando la noticia de la muerte de Yezid vino á salvarla.

Mohaviah II.—Regresó el ejército á Damasco, donde Mohaviah sucedió á su padre; pero habiéndole insinuado alguno que su familia se habia apoderado de la autoridad injustamente, se alarmó su conciencia, y después de seis semanas de reinado, habló en estos términos á los chaiques, á quienes habia congregado al efecto: *Mi abuelo arrebató el califato á uno que lo merecia más que él: tampoco mi padre fué digno de ocuparlo. Tocante á mí estoy resuelto á no tener que dar cuenta á Dios de una tarea tan pesada como gobernar á los musulmanes: escoged, pues, por califa á quien os convenga.*

Mervan I, 684.—Sin embargo, en vez de Abdalah y de un descendiente de Alí, fué proclamado Mervan, de la familia de Ommiah, gobernador de Medina. Abdalah, cuya dominacion se estendia sobre la Arabia, sobre una parte de Persia y Egipto, quiso sostener su título con las armas, y marchó sobre Damasco, declarando á la familia de los Ommiadas guerra á muerte. La desesperacion unió á todos los parciales de esta familia, y tornó á encenderse una guerra de las más atroces.

Mervan esclamaba: *¡Ah! ¡Era forzoso que un viejo como yo, un esqueleto vivo, costara tanta sangre á los valientes musulmanes!* No por eso dejó de dirigir las fuerzas de la Siria contra las del Hedjaz, del Egipto y del Irak. Mientras duró la division los moradores del Eorasan se designaron por protector á Salem, hijo de Ziyad, tan bien quisto en el pais que se puso su nombre á veinte mil niños. Parte de los que estaban por Alí, abrazaron la causa de Abdalah. Otros sublevaron á Cufa para vengar á aquel Husein, á quien habian abandonado vilmente, y proclamaron á Mahomed, primo del muerto. Mas como Mahomed se hallara prisionero en la córte de Abdalah, confiaron el ejercito á Soliman, hijo de Sord, y en número de diez y seis mil, que tomaron el título de penitentes, marcharon sobre Damasco.

Su valor fanático no bastó á salvarles, fueron derrotados, y habiendo sido muerto su jefe, regresaron á Persia, donde eligieron por general á Moktar, que mandando en nombre de Mahomed prisionero, se sostuvo á fuerza de supersticiones y de atrocidades. Se jactaba de haber dado muerte á cincuenta mil parciales de los Ommiadas, sin contar á los que habian caido en los combates, y hacia llevar delante de su ejército una especie de trono, prenda de victoria para los suyos, como el Arca de lá Alianza para los israelitas. Cuando se aproximaban á él los soldados, esclamaban de este modo: *Señor, concédenos vivir largo tiempo en la obediencia que te es debida: ayúdanos, no nos olvides, antes bien tómanos bajo vuestro patrocinio.*

Unieronse contra Moktar los dos califas de la Meca y de Damasco (686), y derrotado aquél en la llanura de Kerbela por Mosaib, hermano de Abdalah cayó en manos del enemigo y fué muerto implacablemente con sus parciales. Entonces se resignaron los persas á aguantar el yugo de Abdallah, á quien la cimitarra de Mosaib avasalló igualmente la Armenia y la Mesopotamia. Además continuó haciendo la guerra á los Ommiadas por espacio de doce años.

Abd el-Malek, 685.—Mervan habia tenido por sucesor á su hijo Abd el-Malek, quien abandonó completamente la política del Profeta. Así como Jeroboam, para consolidar la separacion de Israel y de Judá, habia prohibido asistir al templo de Salomon, cambió Abd el-Malek la peregrinacion de la Meca por la de Jerusalen, donde dió á la mezquita de Omar más ensanche. Habiendo invadido los griegos la Siria por este tiempo, renovó Abd el-Malek los tratados ajustados anteriormente por Mohaviah, y se resignó á la vergüenza del tributo, porque tenia necesidad de todas sus fuerzas contra sus enemigos interiores.

Resuelto entonces á poner coto á los progresos de Mosaib, entró en el Irak y le venció. Cuando le presentaron su cabeza exclamó uno de los circunstantes de este modo: *He visto en este mismo palacio la cabeza de Husein presentada á Obeidalah: la de Obeidalah á Moktar: la de Moktar á Mosaib, y te presentan la de Mosaib ahora.* Esta reflexion hizo temblar al califa, quien pretendió contrariar el vaticinio mandando demoler aquel fatal palacio.

Después de la toma de Cufa y de la sumision de algunas otras facciones de sectarios, solo la Arabia continuaba negándole vasallage. En su consecuencia, envió contra la Meca á Eyag, el más elocuente á la par que uno de los más valerosos y crueles adalides de su tiempo. Abdalah defendió ocho meses el asediado santuario del islam; pero fué muerto en una salida y quedó entregada á

merced del implacable Eyag la Meca (689). Recompensóle Abd el-Malek, nombrandole gobernador del Irak, del Corasan y del Sedjestan. A su entrada en Cufa, subió al púlpito y dijo: *Irakianos, veo cabezas próximas á saltar del tronco: veo barbas y turbantes teñidos de color de sangre.* Y con efecto, corrió la sangre á torrentes, cuando los siitas intentaron volver á levantar la cabeza. Justificaba sus crueldades con el principio de la obediencia absoluta, que deben los súbditos á los príncipes, obediencia mayor todavia, en su sentir, que la que es debida á Dios, puesto que el Coran manda servir á Dios, en cuanto lo permitan las fuerzas, á la par que intima obedecer á los príncipes sin restriccion ninguna.

Una vez restablecida la unidad del califato, Abd el-Malek pudo recuperar las provincias perdidas y adquirir otras nuevas. Apoderándose de Chipre, mandó acuñar allí la primera moneda musulmana (2). Ofendido de esto Justiniano II, como de usurpacion del derecho real, entró en la Cilicia, á pesar del pacto celebrado. Mahomed, que fué enviado en contra suya, hacia que llevaran en primera fila, el tratado violado, como apelacion á la justicia de Dios. Se batieron en las inmediaciones de Sebaste. Habian peleado los griegos, tan bien, que ya los árabes se retiraban en desórden, cuando Mahomed envió un carcaj lleno de oro á Nebulon, que mandaba un cuerpo de veinte mil esclavones ausiliares: la defeccion de este general decidió la victoria. Este revés no impidió á Heraclio, general de Tiberio, caer de improviso, con otros mercenarios, sobre Siria, donde avanzó hasta Sebastópolis, saqueando el pais, y asesinando á doscientos mil habitantes, retrocediendo impune.

Conquista del Africa.—Abd el-Malek tenia empeño en llevar á cabo la conquista del Africa, donde habian penetrado las armas musulmanas en tiempo de Mohaviah. Habiendo desembarcado allí el emperador Constante, recorrió las tierras sometidas á su imperio; y aunque supo cuán esquilmadas hahian sido por los árabes, las gravó con nuevos impuestos. Estas cargas y las vejaciones de los exactores, redujeron á la desesperacion á los africanos, quienes llamaron á los árabes en su socorro, y rechazaron donde quiera á los imperiales.

Akbar condujo las cosas á mejor término todavia, secundado por los berberiscos, cuyo afecto supo grangearse, se adelantó hacia lo interior del pais, avasalló á muchas ciudades aun florecientes, y habiendo triunfado de la débil resistencia de los griegos, ganó á través de los desiertos, en que sus sucesores edificaron á Fez y á Marruecos, las playas del Atlántico. Metiendo entonces á su corcel por medio de las olas, exclamó en su fanático celo. *¡Gran Dios! Si no me detuviera este mar, correria hasta las ignoradas regiones del Occidente, á predicar la unidad de tu santo nombre y á esterminar á las naciones que reconocieran á otros dioses que tú!* A fin de dar estabilidad á su conquista y de refrenar á los moros, tan movibles como las arenas de sus desiertos, levantó la ciudad de Cairuan, cuyos muros de ladrillo, el palacio del gobernador, y una mezquita sustentada por quinientas columnas, se concluyeron en menos de cinco años. Mucho tuvo que sufrir entonces, por primera vez, la Sicilia, á causa de las depredaciones de los árabes, y no se hubiera detenido allí el valor impetuoso de Akbar, á no haber sido llamado por un levantamiento general que habia escitado el moro Kuschil, apoyándole los griegos (682). Tomada fué Cairuan, y envuelto Akbar, por el enemigo, no le quedó mas recurso que morir como un valiente. Habiendo sido presentado un rebelde á Akbar en calidad de prisionero; éste le trató generosamente, por lo cual aquél no quiso después asociarse á los rebeldes contra su bienhechor. Viendo entonces Akbar que no podia libertarse de la muerte, le exhortó en vano á que se salvase, y abrazándose ambos, y habiendo roto la vaina de sus cimitarras, combatieron juntos hasta que cayeron los dos heridos de muerte.

Investido Zobeir, con el gobierno del Africa, vengó á su antecesor, aunque cayó á su vez abrumado por un ejército enviado de Constantinopla, en socorro de Cartago (687). Tan luego como obligó á los griegos á replegarse la necesidad de hacer la guerra en Armenia, resuelto Abd el-Malek á llevar á feliz remate la conquista del Africa, consagró á este fin las rentas del Egipto, y encargó esta espedicion á Hasan, gobernador del territorio. A la cabeza de un formidable armamento, llegó éste á acometer á Cartago (693), ciudad todavia importante, que se habia trasformado en refugio de los habitantes escapados de otras ciudades. Entonces conoció el imperio griego la urgencia de hacer el último esfuerzo para salvar al Africa. En su consecuencia, el patricio Juan, general hábil, reunió la mejor escuadra que habia surcado aquellos mares hacia largo tiempo, aumentándola con los socorros impuestos á la Sicilia, y con los ofrecidos por los visigodos de España, quienes ya preveian que el mar les seria débil baluarte contra tales enemigos. Habiendo entrado Juan á viva fuerza en el puerto de Cartago, hizo resplandecer una vez más el lábaro sobre la ciudad de Cipriano: ausiliado luego por Cahina, heroina africana, rechazó á Hasan hasta Barca (696).

Poco tiempo después, vueltos los árabes á la car-

(3) Al-Makrizi atribuye á Omar-ben-el-Catab, las primeras monedas de plata, segun el tipo de los Sasánidas, con adicion en algunas de las palabras: *Loado sea Dios*: en otras, *Mahoma es el profeta de Dios:* en otras, *No hay más Dios que Dios*: estas monedas llevaban tambien el nombre de Omar. Abd el-Malek cambió el tipo sasánida, y añadió la espresion *Allah Samad,* Dios es inmutable. Después de él mandaron los califas acuñar monedas con su propio tipo, y hasta con imágenes tomadas por lo comun de las monedas griegas y romanas. Bajo los Abasidas, todos los príncipes *sucesores* estuvieron autorizados para acuñar moneda de plata, pero los gobernadores de las provincias no podian fabricar más que moneda de cobre.

ga, tomaron á Cartago, y los griegos fueron aniquilados cerca de Utica. Aquellos que, á costa de estraordinarios afanes pudieron ganar sus buques, vieron al darse á la vela con rumbo á Creta, como destruian de nuevo las llamas la patria de Aníbal. Desde entonces fué estirpado de Africa el cristianismo. Las ciudades, tan ilustres por su comercio antiquísimo, luego por los generosos campeones y los martires de la fé, se convirtieron en madriguera de corsarios, que hasta hace poco insultaron y amenazaron á Europa.

Berberiscos.—Una vez espulsados los griegos se trataba de avasallar á los indígenas. Difieren mucho las opiniones sobre el doble orígen de los habitantes de la costa sententrional. Suponen algunos que en los primeros tiempos de la era cristiana, Malek-Afriki llevó de la Arabia tribus numerosas á la Libia, otros las hacen proceder de Berberah, antigua ciudad en la costa de Zanguebar y otros, de los cartagineses, que vencidos por los romanos, salvaron su independencia, refugiándose en las montañas. Se apoya la primera opinion en la estremada analogia de costumbres que existe entre estas poblaciones y las de Arabia, especialmente las del Yemen; vida errante, idioma semítico, mezcla de prácticas cristianas y judáicas, enlazándose con una idolatria supersticiosa. Estas semejanzas contribuyeron á que se entendieran fácilmente con los árabes, cuando aparecieron en Africa; y secundando el califa Omar esta disposicion, les llamó por política hermanos de su pueblo.

Moros.—Algunos hacen tambien proceder á los moros de los árabes sabeos, orígen de que están envanecidos, á la par que otros, con Procopio, los creen vástagos de los jebuseos ó gergerianos, espulsados por Josué, sucesor de Moisés, de la Palestina. Tambien tenian mucha semejanza con los árabes, lo cual facilitó la mezcla sucesiva, en cuya virtud no se diferencian los unos de los otros.

Por la época de que hablamos, su reina Cahina les habia disciplinado hasta cierto punto. Escitando su fanatismo á merced de haber fingido hallarse dotada de espíritu profético, les guió contra los árabes que acababan de perturbar su sosiego, y que se vieron repelidos en un instante hasta las fronteras de Egipto. Después de la victoria reunió á los jefes de las tribus y les dijo: *Nuestras ciudades atraen á los árabes por las riquezas que contienen. ¿Qué nos importan el oro y la plata á nosotros que nos contentamos con lo que produce la tierra? Destruyamos, pues, ciudades y riquezas, y quitemos todo pretesto á esos hombres codiciosos.* Bien oida su propuesta, se puso inmediatamente en planta; y todo el espacio que se estiende desde Tanger á Trípoli, reducido á desierto, no presentó ya á la vista árboles ni habitaciones. De esta suerte fué consumada la ruina de esta fértil comarca, empezada habia tres siglos. Entonces empezaron á desear los indígenas como un alivio la tirania de los mahometanos, que fueron recibidos con alborozo y secundados en sus esfuerzos. Llegóse, en fin, á las manos, y fué muerta en la lid la amazona africana.

Los espléndidos despojos enviados por Hasan al califa, escitaron la avaricia de Abd el-Aziz, hermano de éste: el cual se hizo investir con el gobierno de aquella parte, y despojando á Hasan de sus riquezas, le sustituye en el mando con Muza-ben-Naser. La iniquidad de esta medida fué cohonestada por los triunfos del nuevo genèral, que sometió á muchas provincias, tanto por la parte de Poniente como por la de Mediodia, de donde sacó para Abd el-Aziz gran número de esclavos y de camellos de rara hermosura. Procediendo en seguida con una circunspeccion prudente, y persuadiendo á los berberiscos de que eran realmente de sangre árabe, convirtió en aliados á los que habitaban el pais de Gadam y de Zab: doce mil de ellos se alistaron en sus filas.

Con este auxilio pudo sujetar á los moros que acababan de rebelarse, y envió al Asia trescientos mil insurgentes, á quienes habia reducido á servidumbre (698). Cuando fué informado el califa de los triunfos de Muza, le confió todas las fuerzas del Africa, á fin de que terminara su conquista; y á fin de honrarle más, le confirió el título de emir al-Mangreb, es decir, de gobernador del Occidente, y desde entonces cesó el Africa de depender de Egipto. Duplicándose el ardor de Muza, avasalló a las tribus que andaban errantes por los desiertos de Dahara, Sahara y Tafilet: tomó rehenes en las cinco principales y más antiguas tribus de los moros: llamábanse Zeneta, Mazmuda, Zanaga, Ketama y Hoara, luego se esforzó por tranquilizarlas, introduciendo en ellas la religion del Profeta. Le salieron tan bien sus proyectos, que las creencias y los matrimonios produjeron una sola nacion.

Sin embargo, comprendia la necesidad de intentar alguna espedicion lejana para saciar su sed de botin y de aventuras. Fijábanse, pues, sus ávidos ojos al otro lado del mar, cuando las disensiones intestinas de España le proporcionaron coyuntura de avasallar esta península, segun diremos en breve.

Valid, 705.—Durante estas espediciones habia muerto Abd el-Malek, después de haber acreditado grande avaricia, aunque se hallaba dotado al mismo tiempo de valor y de prudencia. Tuvo por sucesor á Valid, hombre indolente é inhábil para la guerra. No obstante, su reinado fué la época más brillante para los Ommiadas, cuya dominacion se estendió desde los Pirineos hasta el Yemen, y desde el Océano hasta la muralla de la China. El cruel y hábil Eyag, gobernador del Irak, envió á Kotaiba, su general, á la India, con el fin de someterla á la autoridad del califa. Habiendo cruzado éste el Oxo, cerca de Bokara, se apoderó de Samarcanda, Fargana y Nascheb; luego sujetó completamente la Bukaria y el Covaresm; pasó el Yaxartes y penetró en el Turkestan, haciendo ondear el estandarte del Profeta en los confines

del imperio chino. Al mismo tiempo Kasim penetraba á su vez en la India, cuyos tranquilos habitantes se resignaron á la servidumbre más bien que abandonar el culto de Brama y de Siva, culto ya trastornado por los budistas, los judíos y los cristianos.

Griegos.—Mucho más halagaba á los árabes la idea de coronar sus victorias con la destruccion del imperio griego. Los mardaitas, que no cesaban de infestar á la Siria (707), y tenian cerrados los desfiladeros por donde podian pasar los ejércitos, habian contenido hasta entonces á los musulmanes, cuando Justiniano II, por ceguedad ó por envidia, permitió á Abd el-Malek que los atacara, mandó asesinar á su caudillo y los trasladó del Líbano al Tauro. Una vez privado el pais de aquel formidable antemural, ocuparon los árabes sin descargar un solo golpe lo que se estiende al este de las cordilleras del Líbano é invadieron el Asia Menor. Encontraron una resistencia terrible por parte de Leon, soldado isáurico de singular denuedo, nombrado por el emperador Anastasio jefe de las tropas. Pero cuando Anastasio fué depuesto, fué Leon á apoyar sus pretensiones al imperio, y Valid se ocupó en formar una poderosa escuadra para acometer á Constantinopla.

Soliman.—Detúvole la muerte en sus proyectos; pero Soliman, su sucesor, confió á su hermano Moslem ciento veinte mil hombres, que, embarcándose á bordo de mil ochocientos buques, se adelantaron por el Bósforo, y fueron á poner asedio delante de la segunda Roma. Leon Isáurico, á quien acabamos de nombrar, ocupaba entonces el trono. Secundados su valor y su habilidad por el fuego griego y por un invierno mortífero para los pueblos del Mediodia, obligaron á los musulmanes á retirarse después de haber perdido en trece meses más de cien mil soldados. Este revés suspendió por algun tiempo las conquistas de los árabes sobre los romanos.

Valid fué el primero que edificó en Damasco un hospital y una hospederia para las caravanas; esta fué una clase de establecimientos en que se ejercitó posteriormente la liberalidad de los príncipes musulmanes: prohibió emplear en los actos públicos las lenguas griegas (4) y persa. Mandó construir en Damasco una mezquita suntuosa, y otra en Medina sobre el sepulcro del Profeta: hizo colocar en la Caaba la gotera de oro (*mizab*), bajo la cual se agrupan en tropel los musulmanes las pocas veces que allí llueve, para recibir sus aguas. Su hermano Soliman, que celoso por la justicia protegió el comercio, puso en libertad á los prisioneros, á escepcion de los condenados por delitos capitales, y mandó proseguir las espediciones comenzadas contra España y contra el extremo Oriente.

Omar II.—Omar llevó al trono de los Ommiadas la sencillez con que se presentaban en el púlpito los primeros califas. No quiso alojarse en el palacio á fin de no obligar á salir de él á la familia de su antecesor: á lo sumo gastaba dos dracmas al año en su vestido. Aspiró á convertir al islam al emperador Leon, y abolió la maldicion que los sunnitas tenian costumbre de proferir al fin de cada oracion contra Alí y su familia. Permitió á los cristianos conservar sus iglesias en Damasco. No tenia más que una mujer, esposa á la vez y criada. Su moderacion desagradó á los fanáticos, quienes hicieron que se le administrara un veneno. Habiéndose apercibido de ello al punto, dijo al criado que le habia escanciado el mortal brevaje; *Vete, huye, miserable, depon en el tesoro el precio que te han pagado, y nunca más se oiga hablar de tí ni de tu delito.* Como le exhortaran á que hiciera uso de antídotos, respondió que ni siquiera se ungiria detras de la oreja, en atencion á que todo lo que acontece está determinado de antemano. Su cuñado, que habia llegado á visitarle, le halló descansando sobre hojas de palmera y vestido con una camisa rota. Reconvino por ello á Fátima, mujer del califa, á lo que respondió ésta que hacia muchos dias no le quedaba otro vestido, porque todo lo habia distribuido á los pobres.

Yezid II, 720-724.—Yezid, su sucesor, hijo de Abd el-Malek, estuvo muy lejos de parecérsele en nada. Persiguió á los descendientes de Alí y desplegó el más ostentoso lujo.

Hescham.—Su hermano Hescham, á quien habia designado para que le sucediera, declaró de nuevo la guerra al imperio romano; y dotado de un carácter avaro en estremo, esquilmó á las provincias para llenar de plata y oro setecientas cajas enormes.

No hacia un siglo que el Profeta fugitivo habia abandonado la Meca, y ya su religion y la espada de sus sucesores habian avasallado un territorio, que con dificultad hubiera podido atravesar una caravana en el espacio de cinco meses, es decir, desde Tarso á Surate, desde Aden á Fargana, agregándose á esto la costa de Africa. Contribuyó el comercio, además de la fuerza de las armas, á propagar el islamismo y la lengua árabe: Cufa y Basora vinieron á ser centro de las caravanas entre la Fenicia, la Asiria y la India: Alejandria era sumamente frecuentada por mar y tierra; de suerte que los extranjeros que allí acudian tomaban conocimiento del islam, y seducidos por la sencillez de su doctrina, no menos que por la facilidad de su moral, llevaban á su pais sus nociones y su práctica.

A pesar de sus numerosos triunfos nunca habia podido conciliarse la familia de los Ommiadas el

(4) Abulfaraj cuenta que Valid prohibió á los escritores *(cateb)* hacer uso de la lengua griega en los libros *(defater)*. Algunos han comprendido que habia proscrito el idioma de los griegos. Pero *cateb* indica los escribientes de los recaudadores de los caudales públicos, y *defater* que es una corrupcion de (δέφθερα), los registros de ingresos.

aura popular fuera de la Siria. Acordábanse los musulmanes celosos cuán cruel enemiga habia sido para el Profeta al principio de su carrera, y la sangre de Alí y de los santos imanes derramada por ella para afirmarse en el trono; así sus miradas se revolvian siempre con esperanza hácia los descendientes de Fátima. Estos se habian dedicado á la contemplacion, imitando á su abuelo como apóstol, no como héroe. Pero Abas, tio de Mahoma, habia tenido por hijo á Abdalah y éste á Alí, que habia engendrado otro Mahoma. Vivia este último oscuramente en Siria, cuando viendo irritados á los musulmanes por la conducta acerba de Yezid y Hescham, alegó sus derechos, declarando que los hijos de Abas eran los verdaderos descendientes del Profeta; que el califato debia ser hereditario, y que los Ommiadas lo ocupaban en virtud de una usurpacion violenta.

Estas palabras fueron favorablemente acogidas, especialmente en las provincias orientales, donde fué considerado como el verdadero califa y después de él á su hijo Ibrahim. Parecia, pues, que solo faltaba una coyuntura ó un hombre bastante atrevido para levantar la cabeza contra los Ommiadas.

Zeid tomó en Cufa el título misterioso de iman; pero le derrotó y dió muerte el gobernador de Basora (739).

Mervan II, 744.—Entre tanto se sucedian rápidamente los califas, hasta que tomó el título de tal el ommiada Mervan, gobernador, y robusteció su mando con la generosidad y el perdon, reprimiendo al mismo tiempo con su valor las sediciones; pero con trasferir su residencia desde Damasco á Harram, en la Mesopotamia, se enagenó el afecto de los sirios, que hasta entonces habian sido el principal apoyo de los Ommiadas.

Durante estas rápidas sucesiones fueron envenenándose los odios de los careyitas y de los siitas; por último el emir Abu Moslem proclamó á los Abasidas en el Corasan y los sostuvo con intrépida valentia (716). Esta familia era tan opulenta que poseia treinta mil esclavos; formaba, pues, un poderoso apoyo para sostener los derechos con que le revestia su parentesco con el Profeta. Habiendo, pues, triunfado Abu Moslem de toda resistencia en aquellas remotas comarcas, reunió á los parciales de su casa y les hizo adoptar vestidos negros como señal distintiva. Por su parte los Fatimitas escogieron vestidos verdes y los Ommiadas, blancos; y tanto el Oriente como el Occidente fueron trastornados por estos colores.

Proclamado califa el abasida Ibrahim, flotó en toda la Persia y el Irak-Arabi el estandarte negro; hasta los mismos sirios descontentos se negaron á guardar fe á Mervan, que fué vencido siempre que vino á las manos con Abu Moslem. Entretanto Ibrahim, tanto por devocion como por hacerse propicios los creyentes, resolvió emprender la peregrinacion á la Meca (749), lisongeándose de ser protegido por la salvaguardia atribuida al Profeta en este acto sagrado. ¡Vana ilusion! Mervan le sorprendió en el camino y le condenó á muerte.

Abul Abas.—Este sacrilegio exasperó los ánimos contra Mervan, que vió levantarse por todas partes nuevos enemigos, quienes proclamaron (750) á Abul Abas, hermano de Ibrahim, emir al-mumenin é iman, y persiguieron al califa dejándole tendido en el campo de batalla.

No tardó en ser tomada Damasco: fueron desenterrados los huesos de los príncipes Ommiadas: cayó por tierra su palacio y se espulsó de la ciudad á sus parciales. Ochenta miembros de su familia se vanagloriaban de sobrevivir sometiéndose, y fueron convidados á un banquete por Abdalah, tio del emir al-mumenin; pero en medio del festin se presenta el poeta Chabil ben-Abdalah, y echa en cara á su huésped aquella generosidad inoportuna: «Acuérdate, dijo, de Husein; acuérdate de Zaid: Husein fué asesinado y arrastrado su cadáver vergonzosamente por las plazas de Scham, luego pisoteado por los caballos; Zaid, degollado en presencia de Hescham, quedó espuesto como un vil malvado mientras vivió el califa. ¿Quieres que yo renueve el sentimiento dejado por aquellos que fueron asesinados en su lecho durante un reposo sin desconfianza? ¿Te hablaré de Ibrahim tu sobrino, pérfidamente inmolado en un calabozo y arrojado su cadáver en medio del camino? ¡Ea, sus, empuña el acero, antes de que te asesinen del mismo modo! ¡Ea, sus, espie la muerte de éstos, la sangre de tus amigos y de tus deudos! ¡Sus, sus, este es el momento de la venganza!»

Abdalah mandó que fueran degollados sin perdonar uno solo: luego, una alfombra echada sobre los cadáveres amontonados, le ofreció una mesa preparada para un atroz banquete. Asi acabó la raza de los Ommiadas, que habia combatido antes que otra alguna al Profeta, estendiendo después á tan larga distancia los límites de su imperio.

CAPÍTULO VI

LOS ABASIDAS, 750-809.

Al fin el vicariato del Profeta vuelve á recaer en su familia que pretendia tener á él un derecho esclusivo (1). Abul-Abas, apellidado el Sanguinario *(al-Saffah)*, á causa del modo con que adquirió la autoridad suprema, murió después de cuatro años de reinado de las viruelas que habian devastado á Arabia.

Almanzor, 754.—Tuvo por sucesor á su hermano Almanzor, que, descontento de los escándalos suscitados por los ravendianos, que sostenian la metempsícosis, resolvió abandonar á Damasco, mansion de los Ommiadas, para trasladar hácia Oriente la sede del gobierno. Luego que los horóscopos fueron sacados exactamente, se fundó la nueva ciudad á orillas del Tigris hácia el lado de Levante (762), quince millas más arriba de las ruinas de Modain, en el sitio en que se alzaba la choza de un ermitaño cristiano llamado Dad, de donde procede el nombre de Bagdad. A semejanza de un campamento se estiende el recinto de la ciudad en círculo perfecto en rededor del palacio del califa. Como se hallaba situada en las inmediaciones de Basora, de Cufa, de Vaset, de Mosul, de Savada, y en el camino del comercio de las Indias; su poblacion y su prosperidad se aumentaron rápidamente: al mismo tiempo se hermoseó con los restos de las ciudades que la habian precedido en aquellos alrededores. Por espacio de quinientos años fué capital del imperio musulman, luego cayó en poder de los tártaros, de los mongoles, de los turcomanos, y por último vino á ser capital del imperio persa restaurado.

Los sucesores de los sencillos califas de la Meca, se abandonaron en esta nueva residencia al lujo de las córtes orientales: pidieron para su harem un tributo de bellezas á las comarcas que están más ricamente provistas de ellas, y apenas se puede esplicar el boato que desplegaron en alfombras, pedrerias, barcas, caballos y fieras. Servíanles centenares de eunucos, y guardias cubiertos de oro velaban por la seguridad del real beduino. Si todavia se dignaban predicar los viernes en la mezquita, permanecian invisibles lo demás del tiempo, encerrados en medio de una multitud de mujeres, ó en los paraisos de Scham y del Tigris.

Almanzor construyó una porcion de edificios y sostuvo numerosas guerras tanto interiores como esteriores: á pesar de todo dejó 600.000,000 de dracmas en dinero contante y 24.000,000 en oro. Sus hijos les vieron el fin muy en breve, porque Mahadi consumió 6.000,000 de dineros de oro solamente en la peregrinacion de la Caaba, llevando consigo hasta camellos cargados de nieve. Mejor inspirado hizo tambien preparar cisternas y caravanserrallos á lo largo de las setecientas millas que separaban la nueva capital del islam de la

---

(1) *Genealogia de los Abasidas:*

Al-Abas tio de Mahoma
|
Abdalah
|
Ali
|
Mohamed — Abdalah
|
Ibrahim 744-49 — Abul-Abas 750-54 — Almanzor 754-75
|
Mohamed Mahadi 775-85
|
Muza-Al-Adi 785-86 — Harun-al-Raschid 786-809 — Ibrahim

primitiva. Habiéndole regalado un árabe una babucha de Mahoma, le dió 10,000 dracmas, añadiendo: *Ni siquiera la ha visto el Profeta; pero si yo la hubiera rehusado se hubiera creido que era realmente de su pertenencia, y se me hubiera censurado por haberla menospreciado; porque el pueblo propende siempre á declararse en favor de los débiles contra los poderosos.* Como durante su peregrinacion le pidieran todos regalos, preguntó al santo varon Ayadi por qué no imitaba su ejemplo, á lo que respondió: *Me avergonzaria de implorar en la casa del Señor otra cosa que él mismo.*

Al-Mamum, sobrino de Almanzor, habia distribuido en regalos antes de apearse en la Meca 2.400,000 dineros de oro. Al celebrarse su matrimonio fué adornada la cabeza de su mujer, por no decir cargada, de mil perlas del mayor tamaño que se habian visto, y se echaron en medio de los cortesanos lotes de casas y de tierras.

Tan inmenso lujo enervó á los príncipes sin pulir á los pueblos, y el ardor de las conquistas no se entibió sino para multiplicar los goces sensuales. Es verdad que se entibió este ardor entre los califas; pero mientras languidecian en sus voluptuosos palacios, recibian á cada instante la noticia de que se habian agregado á su imperio provincias, cuyo nombre oian pronunciar entonces por la vez primera. Como los musulmanes creian contraer un mérito para la otra vida, arrostrando la muerte en los campos de batalla, cada uno de ellos, por su particular impulso, consagraba á una espedicion toda su habilidad y valentia. Así, pues, aunque estuviese gangrenado el centro, en la periferia combatian héroes, no por obedecer al califa, no en defensa de este ó de aquel imperio, sino para si y por sus creencias, obedeciendo á su conciencia como agentes libres de la divinidad.

De esta suerte abarcó el imperio musulman, además de la península donde habia nacido, la Siria, la Palestina, la Anatolia, la Persia, la Armenia, la Media, la Babilonia, la Asiria, paises todos de una civilizacion antigua; de este modo sujetó al mismo yugo á las naciones feroces que habitaban el Sind, el Sedjestan, el Corasan, el Tabaristan, la Georgia, el Zablestan, el Mavarannah (*Gran Bucaria*), hasta el imperio chino de los Tang; y el Hidaspes lo separaba de los reinos independientes de la India Septentrional. Añádanse el Egipto, la Libia, la Mauritania y otras regiones en Africa; la España y una estremidad de la Galia en Europa. Estas diversas provincias más pobladas que lo están actualmente, no contenian menos de ciento cincuenta millones de habitantes. Se habian establecido en todas partes colonias militares, agrícolas, comerciales, que difundieron el culto, la lengua, las leyes, la civilizacion musulmanas: la España estaba poblada de ellas: y en Africa surgian las nuevas ciudades de Marruecos, Fez, Tánger, Oran, Argel, Cairuan, Mandia, Tripoli, además del Cairo y Fennis en el Egipto, que llegó á ser tambien esta vez granero del mundo. Lanzándose después los árabes al otro lado del estrecho de Bab-el-Mandeb, en la costa oriental de Africa, adornaron con nuevas ciudades aquella extremidad desierta; y se aproximaron al Indostan, pasando por Magadoxo, Brava, Melinda, Mombaza, Quilon, Mozambique, Sófala y Madagascar. Habia colonias más ricas en el Irak-Arabi (*Babilonia*) donde Basora, Cufa, Haschemia, Mahomedia, Raca, Arunia y Bagdad, la ciudad de las sesenta y tres torres, renovaban la antigua gloria babilónica, y el comercio se extendia por Erzerum al mar Negro y al golfo pérsico, por Balk á la India y por Bokara y Samarcanda á la China. Este gran movimiento de caravanas y de mercaderes desde el corazon del Africa hasta el Báltico, y desde la China hasta la Galia, y las peregrinaciones á la Meca y al sepulcro de los imanes llevaban la vida y la industria á una multitud de paises nuevos.

Sin embargo asomaba la decadencia á través de tanto esplendor y desarrollo. Proseguíase ardorosamente en lo interior la guerra entre los verdes, los blancos y los negros: no renunciaban los Alidas á sus derechos; esforzábanse los Ommiadas por recuperar su poder perdido. Abdalah en persona habia disputado el trono á su sobrino Almanzor, si bien fué vencido y muerto por Abu-Moslem (755). Este capitan valeroso á cuya decision y á cuyo brazo eran deudores del trono los Abasidas, se vanagloriaba de haber esterminado en las batallas á 600,000 Ommiadas. Cotidianamente se consumian para el servicio de su mesa ocho mil tortas, mil carneros, y un sin número de bueyes y aves. Habia empleadas en sus cocinas mil mujeres, y cuando era necesario trasladar sus utensilios de un punto á otro, se necesitaban mil doscientas acémilas. Tenia tres esposas que le eran presentadas una vez cada año para recibir sus caricias dentro de una litera que era quemada al punto. El resto del tiempo permanecian encerradas, y se les hacia pasar á través de una ventana lo que les era preciso. Abu-Moslem habia solicitado, mientras aun vivia Abul-Abas, el título honorífico de *emir-hadji*, ó conductor de la caravana sagrada de la Meca; pero, á fin de mortificarle el califa, eligió á Almanzor su hermano. Abu-Moslem dió suelta á su descontento en palabras, luego para eclipsar al hermano del califa, le precedió en el camino con una magnífica comitiva y doscientos camellos cargados de provisiones. Dos veces al dia convidaba á su mesa á los principales peregrinos, y terminada la comida distribuia un ropage á cada uno de sus convidados. No olvidó Almanzor este insulto, y después de haberse servido de la espada de Abu-Moslem, su envidia subió de punto cuando le vió venerado en el Corasan como príncipe independiente; le atrajo á su corte, y violando los deberes de la hospitalidad hizo que fuera asesinado.

Mahadi, 775.—Mahadi continuó matando á los Alidas que parecian renacer de la sangre. Administraba justicia con asíduo celo y cambiaba de vez en cuando los gobernadores para impedir que

adquirieran demasiada autoridad en las provincias; sus armas habian prosperado, merced al valor de su hijo Harun, quien llevó á feliz remate la guerra de Siria é impuso un tributo al imperio griego. A la muerte de su padre (785) hubiera podido apoderarse del trono con perjuicio de su hermano mayor Muza-al-Hadi, que se hallaba entonces en lo interior del Asia; pero, tan generoso como valiente, hizo por el contrario cuanto pudo para asegurar los derechos del ausente.

Harun al-Raschid.—Este último murió al año, asesinado, segun se dice, por su madre, que abrigaba el designio de precaver con su muerte los lazos que tendia á Harun. Este, apellidado el Justo, *(al-Raschid)*, fué la mas ilustre gloria de los Abasidas, como tambien el último califa insigne. Todo el mundo sabe cuán célebre es en las tradiciones orientales y en los cuentos de las *Mil y una noches*.

Literatura.— Hemos visto jactarse al Profeta y sus primeros sucesores de ser iliteratos, y menospreciar todo lo que no era el Coran en materia de libros. Pero cuando una religion está basada sobre un código escrito, fuerza es que se introduzca con él una literatura de interpretacion y de debate; la cual así impulsa á otros ejercicios. La poesia, ya muy apreciada entre los árabes en los siglos de ignorancia, halló proteccion cerca de los primeros califas. Un ladron condenado á perder la mano derecha, segun el texto del Coran, mereció ser absuelto por Mohaviah en virtud de cuatro versos que compuso: ésta fué la primera sentencia judicial conmutada por un príncipe musulman. Otro árabe llegó á manifestarle en verso que el gobernador de Cufa le habia robado su mujer, prodigio de hermosura, y el califa le envió órden para que se la restituyera sin tardanza; pero el gobernador de Cufa respondió en tono suplicante que se la dejara por espacio de un año, pasado el cual consentia en perder la cabeza. Entonces concibió Mohaviah el deseo de conocer á la que era objeto de tan ardientes pasiones: pero apenas fijó en ella sus ojos, quedó embelesado, no tanto de su hermosura como de su viveza y de su modo elegante de espresarse: la dejó, pues, en libertad para que escogiera entre su persona, el gobernador y el poeta. Quizá se lisonjeaba de que la deslumbraria el brillo del trono; pero la jóven le pidió de una manera encantadora, que la dejara en poder de su primer cariño, lo cual le otorgó colmándola de alabanzas y regalos.

Por lo demás los Ommiadas no habian estimulado más que á la interpretación del Coran y á la poesía; el favor de los Abasidas se estendió hasta las ciencias profanas. Para adquirir instruccion tenian los árabes la ventaja de ocupar las comarcas donde aun subsistian restos del saber antiguo; la India, Alejandria, la Caldea. Mahadi, hizo donacion de setenta mil dracmas á Merwan por setenta dísticos compuestos en loor suyo. Almanzor habia estudiado astronomia y tenia envidia á los Ommiadas porque aventajaban en tres cosas á los Abasidas; en tener grandes pendolistas, insignes generales é ilustres muezines; porque no se encontraba ya un capitan igual á Heyag, ni un muezin como Baalbeki, ni un calígrafo semejante á Ebn-Hamid. Este último habia reformado los caractéres árabes, si bien fué eclipsado por Ebn-Mokla, que inventó los caractéres cúficos, y perdió la mano por órden de Al-Moklader, después de haber sacado tres copias del Coran, que fueron un tipo de perfeccion hasta el momento en que superó esta obra maestra Ebn-Bauvab, muerto en el año 1022.

El protector más espléndido que tuvo la ciencia entre los árabes fué Harun-al-Raschid, que reunió en su córte á las personas de más saber que habia en los paises avasallados. Merced á él, la academia de Bagdad adquirió un nombre en la ciencia médica, que nos han trasmitido los árabes con las buenas doctrinas de la antigüedad, mezcladas con un cúmulo de observaciones supersticiosas. Isaac-ben-Onaim tradujo al árabe la *Sintaxis* de Tolomeo, que vino á ser, por esta causa, uno de los libros más conocidos en la Edad Media, bajo el nombre de *Almagesto* (ὁ μέγιστος).

Harun se hizo esplicar por Malek, fundador, como ya hemos dicho, de la secta ortodoxa, su famoso libro titulado el *Mautha*. Como quisiera cerrar la puerta durante esta explicacion, obtuvo una respuesta propia para afear la conducta de esos abyectos soberbios que pretenden hacer de la literatura un no se qué de privilegiado y secreto: *No es provechosa la ciencia á los grandes, sino en tanto que es comunicada á los pequeños.* Queriendo Harun atraarle á su palacio para instruir á sus hijos, contestó el sabio: *La ciencia no hace la corte á nadie; debe, por el contrario, hacérsele á ella.*— *Teneis razon*, repuso Harun, *acudirán donde los demás mancebos van á instruirse con vuestras lecciones*; y los envió en efecto.

A fin de poner coto á las interminables discusiones concernientes á la doctrina del islam, Harun decretó que solo se tuviera el islam por regla de fe con un corto número de intérpretes determinados. Hizo cargar doscientos camellos con escritos emanados de otros comentadores y controversistas, y todo fué arrojado al Tigris. Sin embargo, todavia quedaron muchas obras de esta clase: en lo sucesivo surgieron todavia en número mas estraordinario, como para probar que las disputas sobre opiniones no se terminan con decretos. Harun tomó por maestro de derecho á Asmai, á quien hizo las recomendaciones siguientes: no darle lecciones en público; no reprenderle demasiado en particular, sino aguardar á ser requerido para ello; responder con precision sin añadir nada de supérfluo; guardarse de querer sugerirle sus propios sentimientos; no exigir que se atuviera á su opinion; que le corrigiese sin valerse de espresiones duras; ayudarle especialmente en los discursos que necesitaba recitar en la mezquita y en otros puntos: no envolver sus pensamientos en palabras oscuras. Gustan los gran-

des de que se observen estos preceptos, hasta cuando no lo dicen.

Un ulema, célebre entonces, Jacob-Abu-Yusef, fué el primero á quien se constituyó gran juez del imperio, por El-Hadi y por Harun; pero por uno de sus actos, se podrá juzgar hasta qué punto sabia plegarse á los deseos del poder la ciencia. Habiéndose enamorado Harun de una esclava de su hermano Ibrahim, le ofreció por ella treinta mil escudos de oro; pero éste no pudo satisfacerle, porque habia hecho juramento á la jóven de no darla ni venderla. Consultado Jacob sobre lo que se debia hacer en este caso, aconsejó una semi-donacion y una semi-venta para evitar un perjurio. Fué seguido este dictámen, é Ibrahim envió al hábil ulema los quince mil escudos que le produjo este contrato. Pero el Coran prohibe cohabitar con la concubina de un hermano, sino ha pasado antes por los brazos de otro. En su consecuencia, Jacob aconsejó á Harun que la casara con un esclavo, estipulando que éste la repudiara al punto sin haberla tocado; pero el esclavo se enamoró de ella, tan perdidamente, que rehusó volverla, ni aun por la oferta de diez mil dracmas. Entonces el cadí halló en su entendimiento sutil este otro espediente. Dijo al califa que hiciera donacion del esclavo á la hermosa. Prohibiendo el Coran á la mujer tener á su propio esclavo por esposo, el matrimonio debia quedar deshecho. Asi consiguió Harun sus fines y se enriqueció el ulema.

Abu-Hasan es célebre en la ciencia gramatical. Encontrándole un dia Harun, quien le preguntó acerca de su situacion, le contestó: *Aunque no hubiera recogido otro fruto de mis estudios que la gracia con que hoy me honra el emir de los fieles, pensando en mí, tendria bastante para darme por contento.* De tal modo agradó á Harun esta respuesta, que le nombró preceptor de su hijo Al-Mamun. Como se presentara un dia para dar leccion al príncipe, éste, sentado á la mesa con sus compañeros, le escribió sobre una hoja de mirto dos versos que decian: *Hay un tiempo para estudiar, y otro para divertirse* (2): *esta es la hora de los amigos, de las rosas, de los mirtos con que estoy coronado.* Hasan trazó otros en respuesta, al reverso de la hoja. *Si conocieras la sublimidad del saber, preferirias el placer que proporciona al de que disfrutas. Si conocieras al que está á tu puerta, te prosternarias para dar gracias á Dios por el favor que te concede.* La humildad no era, pues, ni aun entonces el mérito de los humanistas, ni la franqueza el de los consejeros reales.

Desde el primer siglo de la Egira se empezó un diccionario árabe, que fué perfeccionándose posteriormente, merced más que á nada á los trabajos de Firuzabad. En él están deducidas las palabras de su raiz; se esplica allí la naturaleza de las cosas, consignadas de manera que constituyen una verdadera enciclopedia.

En general la cultura intelectual de los árabes ofrece mucha imaginacion y escaso gusto; observacion, no raciocinio. Acostumbrados á una poesia toda de atrevimiento, no saborearon la eterna frescura de la literatura griega, ni tradujeron á ninguno de los autores á quienes admiramos como clásicos; antes bien, les parecen tímidos y frios. Se complacen en imágenes atrevidas, gigantescas, en espresiones inesperadas que producen asombro. No sabiendo abandonar una descripcion, mientras haya cabida para añadir un nuevo ornamento, amontonan colores sobre colores, comparaciones sobre comparaciones, y sin contentarse con la naturalidad, van siempre en pos del artificio, de los pensamientos alambicados, de las dificultades multiplicadas. Hacen uso de la rima en sus versos, donde se repiten á veces en gran número y en todo el curso de la composicion. Llaman *casida* á un idilio de veinte á cien dísticos; *gacela* á la oda amorosa, que contiene de siete á trece; *divan* á sus colecciones. En estos dísticos el primer verso es suelto: los segundos consuenan en toda la composicion con la rima asonante.

Seria difícil hablar de sus poetas, porque ciertos orientalistas darian la palma á uno de ellos de quien ni aun siquiera se dignan hacer mencion otros. Aunque alguno haya aspirado á señalar relaciones superficiales entre sus producciones y las primeras poesías, escritas en las nuevas lenguas de Europa, nos inclinamos á creer que esas analogías de espresion resultan de la analogía de afectos, y de ningun modo que nuestros versificadores se hayan propuesto imitar á los suyos. Su influencia se manifestó más bien en los libros de caballeria, y quizá les somos deudores de las novelas. La mania que hemos notado en ellos de contar y de oir relatos, les ha hecho multiplicar obras de este género, tan distinto del caballeresco, y que no está nutrido de aventuras guerreras, sino de lujo, de artes, de riquezas, de hadas, de viajes comerciales. Príncipes y mercaderes, reinas y esclavas, monjes y odaliscas, son los personajes de tales libros; pero rara vez el guerrero, á no ser que se quiera inspirar terror. Saben tambien excitar y sostener el interés, aunque siempre por medio de la intriga, y no siguiendo paso á paso el profundo desarrollo de las pasiones. La coleccion más divulgada entre ellos, es la de *Las mil y una noches* (3) en treinta y seis partes, de las que solo conocemos una en Europa.

---

(2) Se halla la misma idea mas elegantemente espresada en un fragmento que nos ha conservado Ateneo en el lib. VII. Ὥρη ἐρᾶν, ὥρη δε γαμεῖν, ὥρη δε πεπαύσεσθαι.

(3) El baron de Hammer la cree de orígen persa y de una antigüedad muy remota, porque la atribuye á la reina Humai, la Parisátide de Herodoto, salvo, no obstante, gran número de alteraciones y de interpolaciones Puede consultarse sobre la literatura oriental el trabajo reciente de Gunther-Wahl, *Allgemeine Geschichte der morgenlandischen Sprachen und Litteratur.*

En la filosofía su talento sutil se aficionó á la metafísica y á la lógica peripatética; pero no hicieron sino comentar, y ni siquiera una teoria nueva nos han trasmitido, creyendo que habian llegado al más alto grado cuando consiguieron traducir á Aristóteles.

Sin embargo, después de estudiar tanto á este filósofo, bien poco le entendieron: esclarecieron mal sus ideas, y no le perfeccionaron en lo más mínimo. Se obstinaron en encontrar misterio en las cosas más sencillas y oscuridades en frases evidentes. Averroes, que hizo el gran comentario, añade muchas cosas de su cosecha, y todos se ingenian en inventar de esas espresiones y de esas fórmulas que adormecen la razon sin satisfacerla.

Mejor direccion siguieron los árabes en el estudio de las ciencias naturales. Abu-Rian-al-Biruny (941) viajó cuarenta años para componer el tratado *Del conocimiento de las piedras preciosas*, en el cual insertó observaciones recogidas por él mismo y hechos nuevos. Ibn-al-Betar, de Málaga (1248), fué recogiendo yerbas por toda Europa, luego por Africa y por las distantes regiones del Asia: de esta suerte apuntó muchas noticias en sus libros sobre las virtudes de las plantas, sobre los animales, sobre las piedras y sobre los metales.

Pero tambien en este punto, ó cegaba á los musulmanes la veneracion, ó los estraviaban las supersticiones.

En contacto con tantos paises, trasmitieron á los unos los conocimientos de los otros; y trasladando á Europa los guarismos de la India, que nosotros llamamos árabes, prestaron un inmenso servicio. Tambien tradujeron á muchos autores, aunque de segunda mano, esto es del siriaco, multiplicando de este modo falsas interpretaciones. Además, los escogieron al acaso; y para citar un ejemplo de ello, poseyeron para la historia natural á Dioscórides con preferencia á Aristóteles y á Teofrastro, y no tradujeron á los poetas, á los historiadores, ni á los políticos. No menos aficionados á la rapiña que sus guerreros, se apropiaban no solo las ideas, sino las obras enteras de los sabios.

Como se ha podido observar, carecen en un todo de crítica sus historiadores y conocen poco la cronología. En todas partes ven prodigios y la intervencion inmediata de la divinidad. Los posteriores se creen obligados á reproducirlos, consideran como un mérito añadir circunstancias más estraordinarias, y sin pensar nunca en investigar las causas de los acontecimientos, les basta repetir por toda razon: «Dios así lo ha querido.» Prodigan elogios á los príncipes, porque, bajo el despotismo, los vicios que aprovechan ó agradan á algunos reciben el nombre de virtudes. Era un deber la guerra: los que sobrevivian á sus peligros gozaban de las liberalidades del príncipe y le ponian en las nubes: los miles de muertos no hablan. No teniendo idea alguna de libertad, ni de la primera condicion de un buen gobierno, la igualdad ante la ley, encomian lo que brilla: la crueldad les parece justicia; la profusion, liberalidad; la obstinacion, firmeza.

A ellos hay que recurrir para encontrar impudentes panegíricos en todo escritor, en todo poeta. Por lo demás estos autores tienen muy poco valor para nosotros, porque no han ejercido ninguna influencia sobre el pueblo, y se han desarrollado á la sombra recelosa del trono. Su doctrina nos ha dado siempre la idea de un hombre robusto nacido bajo un clima pestífero; porque los orgullosos caprichos de un monarca, á la vez rey y pontífice, y el dogma absurdo de un ciego fatalismo, no podian producir más que una vida lánguida y una muerte prematura.

Harun, que se mostró, como ya hemos dicho, magnífico protector de los sabios, estuvo en correspondencia con Carlomagno, á quien envió un reloj de ruedas. Un timbre, sobre el cual caian bolas, daba las horas; otros sistemas de ruedas indicaban las fases de la luna y los dias de la semana. Este fué motivo de asombro para los toscos descendientes de los bárbaros del Norte. Aquel califa favoreció el comercio, que vino á ser la principal ocupacion de sus súbditos. Zobeida, su esposa, mandó construir, en interés de los traficantes, á Tauris, en el Aderbijan. Entabló con China relaciones que proporcionaron el conocimiento de las artes y de medios de fabricacion nuevos; por eso entre los árabes se hallan mencionados por la vez primera el aguardiente, el té, la porcelana y otros géneros de aquel pais.

Habiendo negado el tributo el emperador griego Nicéforo I (805), Harun taló el Asia Menor, asedió y destruyó á Heraclea, y envió una escuadra para que asolara á Chipre: por último fué restablecida la paz con arreglo á las condiciones establecidas entre Ireneo y el padre del califa. Pero no habiéndolas observado Nicéforo, las agravó Harun, exigiendo que el tributo le fuera pagado en bizantinos con la efigie del emperador y la del califa, y que los enviados á quienes se encargara la entrega quedaran esclavos. La primera vez fueron á desempeñar este encargo el copero mayor de la corte de Constantinopla y ochenta señores griegos, y Harun les dió libertad regalando á cada uno una cadena de oro. Distribuia cotidianamente mil dracmas á los pobres de Bagdad, y cada año todo lo que necesitaban trescientos peregrinos para hacer el viaje á la Meca. Devoto hasta el extremo lo cumplió por su parte cinco veces, á pié una de ellas, en satisfaccion de un voto, y siempre llevando en pos un centenar de literatos. Llegado á Medina veneró á Mahoma diciendo: *Salud y paz á tí, Profeta de Dios, mi primo hermano.* A lo que Muza, iman supremo, descendiente de Alí, añadió: *Salud y paz á tí, mi tatarabuelo.* Viendo en esto Harun cierta especie de agravio, mandó que le metieran en un calabozo, donde acabó sus dias.

Facciones.—Se puede juzgar por este hecho que no habian cesado las pretensiones de las familias que habian ejercido el poder, ni las sospechas que se inspiraban mútuamente. No perdonaban medio

los Ommiadas de recuperar á lo menos alguna parte del califato. El jóven Abderraman que, salvo de la matanza de todos los suyos, habia huido con su padre Mohaviah entre los beduinos y los moros; abandonó esta comarca para arrancar la España del dominio de los Abasidas, cuya omnipotencia no bastó á domeñar al nuevo emir. Edris, hermano de aquel Abdalah que se habia sublevado contra Almanzor; buscó un refugio en Africa, y se hizo adictas algunas tribus de berberiscos que le aclamaron por jefe (785). A su cabeza conquistó á Tremecen, y gran parte de la Mauritania oriental, donde comenzó la dinastia de los Edrisitas, independiente de los califas. Su hijo del mismo nombre que él, edificó á Fez (807), á que dió ensanche, acogiendo allí á los fautores de los Ommiadas y á los que sucumbian en la lucha de las facciones que desgarraban á España.

Aglabitas.—Ibrahim-Ben-Aglab, de la sangre de Alí (v. 790), habia sido encargado por Harun de gobernar á Cairuan y de reprimir á los Edrisitas; pero apenas se hubo adquirido el afecto de sus admiradores, se declaró independiente tanto del califa como del emir de España. Sus sucesores en la nueva ciudad de Tunez estendieron su dominacion sobre gran porcion del Africa hasta Egipto: hasta llevaron sus armas á Sicilia, sobre la cual pesó su yugo durante más de un siglo.

Los Ben-Merdar, que para sustraerse á los ataques de Almanzor (769), se habian refugiado en las gargantas del Atlas, recuperando vigor, volvieron al Magreb Alaksa, á la estremidad oriental del Africa, y presentándose alternativamente adictos, en la apariencia, al califa ó al emir de España, se mantuvieron en una verdadera independencia.

Habia sido turbada la tranquilidad del Africa por los marabutos, especie de sectarios que creian poder el hombre igualar á la naturaleza de los ángeles y hacerse impecable por medio de una vida austera; que los elementos contienen algo de divino, y que el primer hombre poseyó una ciencia infusa igual á la de Dios. Otros entre ellos, llamados cabalistas, pretendian tener comercio con los ángeles, y se gobernaban con arreglo á estatutos redactados por un tal Beni: otros en fin, llamados sunnakitas, mezclaban la idolatria al islamismo y á las prácticas de los judios y de los cristianos. Divulgaron sus doctrinas hasta en el pais de los negros viviendo como salvajes.

Tambien aparecieron en el centro del Asia nuevos enemigos de los Abasidas: los tártaros kazares ó turcos orientales se precipitaron desde las comarcas allende del Oxo, sobre Bukara, y destruyeron á Bikend.

Barmecidas.—La familia de Barmek, una de las mas antiguas de Persia, habia llegado á tan alto grado de privanza cerca de Harun, que habia nombrado á Jafar, uno de sus miembros, su visir, y confiado el gobierno de las principales provincias á Mahomet y á Muza, tambien pertenecientes á esta familia. Cualquiera que fuese el motivo se convirtió en odio mortal el afecto del califa. Cuando Jafar recibió la órden inesperada de suicidarse, (803) dijo al enviado: *Puede ser que Harun haya dado esta órden; pero tambien es posible que no estuviera en su cabal juicio. Vuelve, pues, y dile que has ejecutado su mandato, y que mi cabeza está fuera de la tienda. Si se arrepiente seguiré viviendo; sino te aguardo á la puerta del divan.* Habiendo regresado Jeser, dijo á Harun el Justo, que habia dejado fuera la cabeza del visir: *Tráemela para verla*, repuso el califa. Entonces retrocediendo Jeser degolló á aquel que habia empuñado las riendas del imperio y dispuesto del corazon de Harun por espacio de 17 años. *Reconoce*, cantaba un poeta persa, *en la suerte de los Barmecidas los engañosos favores de los reyes, y teme ser dichoso.*

Toda esta familia fué proscrita y se confiscaron sus bienes: hasta se prohibió pronunciar su nombre. El viejo Mondir, uno de aquellos pocos hombres que tienen valor para ser fieles al infortunio, se puso en frente de su palacio desierto, y comenzó á ensalzar sus virtudes. Preso y condenado á muerte pidió por última gracia decir dos palabras al califa. Se le otorgó y se estendió acerca de los servicios de aquella familia; no contento Harun con escucharle sin perder la paciencia, le perdonó y aun le hizo regalos. Pero cuando el califa aguardaba agradecimiento, prosternándose á estilo oriental, el viejo esclamó: *¡Alah, Alah! Este es un nuevo favor que recibo de la familia de los Barmecidas.*

Harun el Justo murió el 25 de marzo de 809, á la edad de cuarenta y ocho años, habiendo reinado veinte y tres. Ya debilitada la monarquia por pérdidas numerosas, recibió de su mano el último golpe, porque la repartió entre sus tres hijos Amin, Al-Mamun y Motasem. Estos hermanos se hicieron la guerra con un odio propio de hermanos: luego, para proveer á la seguridad de sus personas se rodearon con una guardia de turcos que, adquiriendo en breve un poder semejante al de los pretorianos de Roma, prepararon nuevas revoluciones en el imperio del islam.

CAPÍTULO VII

LOS ÁRABES EN ESPAÑA.—CALIFATO DE CÓRDOBA.

Por esta época la España, sede de un gobierno árabe independiente, y teatro de una lucha generosa, que no acabó hasta el fin de la Edad Media, pertenece más bien á la historia del Asia que á la de Europa (1). Dejamos á esta península con los reyes godos que la reunian toda entera bajo su dominacion y poseian ademas las fortalezas de Tánger, Arsila y Ceuta. Aunque hacia mucho tiempo que los godos se hallaban establecidos en España, todavia no se habian connaturalizado con los primitivos habitantes. Gran número de judios, que habian fijado en el pais su residencia desde época muy antigua, se quejaban de la intolerancia de los concilios. Como en ellos se trataba á la vez de los asuntos políticos y religiosos, adquirió un poder el clero, que útil en un principio para dulcificar á los vencedores, permitió luego á los sacerdotes abandonarse impunemente á sus vicios y aspirar á la dominacion temporal. Hallábanse los reyes embarazados por la aristocracia clerical, y cada nueva eleccion en este pais donde ningun órden se hallaba establecido, ocasionaba disturbios y á veces guerras. Los privilegios del trono iban disminuyendo y se multiplicaban los descontentos.

Rodrigo, 710.—Despues del reinado cruel de Vitiza, Rodrigo, duque de Córdoba, sacó ventajas á sus rivales y ocupó el trono; pero temiendo los hijos de Vitiza que vengara en ellos las iniquidades paternales, se pusieron en salvo en Ceuta, donde se hallaba de gobernador el conde don Julian, cuñado de Vitiza y hermano de un tal Oppas, á quien Rodrigo habia impedido ser arzobispo de Toledo. Ambos recibieron favorablemente á los huérfanos, y bajo pretexto de restablecerlos en el trono, aspiraron á reclutar parciales en España. Habiéndolos reunido en el monte Calderino, cerca de Consuegra, deliberaron acerca de los medios de llevar á buen término el levantamiento meditado; y como acontece por lo comun en medio de la ceguedad de las facciones, se tuvo por mejor el más desesperado, puesto que se resolvió reclamar la ayuda de los árabes (2).

Julian, segun la tradicion, fué en busca de Muza, emir del Africa, ofreciéndole entregarle Tánger y ayudarle con sus amigos á conquistar la España. Fácil es de concebir cuánto sonrió á la ambicion de Muza semejante conquista; á su fe, la perspectiva de propagar el islamismo en Europa; á su codicia, la adquisicion de un pais, ya atacado vanamente por los suyos (3): pues como dicen los poetas

---

(1) Véase JOSÉ CONDE.—*Historia de la dominacion de los árabes en España*. Madrid, 1820.
VIARDOT, *Historia de los árabes y moros en España*, 1840.
LEMBKE, *Gesch. von Spanien*.
CARDONNE, *Historia de Africa y de España*.
MURPHY.—*History of the Mahometan empire in Spain*. Londres, 1816.
ASCHBACH.—*Gesch. der Ommiaden in Spanien*. Francfort, 1829.
Y todos los historiadores de España.

(2) El amor de Rodrigo á la Cava, hija del conde don Julian, y la violencia que hubo de hacerle, lo cual provocó la rebelion del conde, es una traicion de orígen árabe probablemente, conservada después en los romances. En estos se refieren los prodigios que avisaron á Rodrigo de su inminente ruina. Habia en Toledo un antiguo edificio, cerrado con barras de hierro desde tiempo inmemorial, y se decia que abrirle debia ser presagio de un gran trastorno en España. Suponiendo Rodrigo que habia de encontrar allí tesoros, lo abrió; pero no halló dentro más que un sepulcro, representando gentes desconocidas hasta entonces, y una inscripcion que les anunciaba como conquistadores futuros de España.

(3) Un escritor del siglo X (SEBASTIAN SALMANT, ca-

árabes: «Aventaja en mucho á todas las regiones conocidas: es la Siria por la suavidad del clima y la pureza del aire; es el Yemen por la fecundidad del terreno; es la India por sus flores y sus aromas; es el Hejaz por los productos de la tierra; es el Catay por sus metales preciosos; es el Aden por sus puertos y sus costas.»

Habiendo autorizado Muza la espedicion, confió á Tarik-ben-Zeyad (30 de abril de 711), que se habia señalado por su valor en la conquista de Almagreb, doce mil intrépidos guerreros, con los cuales desembarcó en la isla Verde. Después de haber triunfado de la primera resistencia de los godos, se fortificó en aquella posicion importante, sobre la roca de Calpe, que á consecuencia de su nombre fué llamada Gibraltar (4). El godo Teodemiro, encargado de guardar aquella costa con la escuadra, pidió prontos socorros á Rodrigo, quien mandó emprender la marcha á la flor de su caballeria. Prendió el árabe fuego á sus naves y obligó á los suyos á la victoria con la imposibilidad de la fuga. Teodemiro fué derrotado cuantas veces volvió á la carga, y los estandartes del enemigo esparcieron el espanto por todo el pais, mientras el grueso del ejército ocupaba los alrededores de Sidonia y amenazaba á Sevilla. Rodrigo, que peleaba entonces contra los revoltosos gascones, acudió con cuantas tropas pudo allegar para conjurar tan perentorio peligro. Habiendo encontrado á los árabes á las orillas de Guadalete, les dió batalla por espacio de ocho dias consecutivos, y acabó por ser muerto en la refriega (26 julio), los suyos emprendieron la fuga y terminó el reinado de los godos.

Tarik dividió en consecuencia su ejército en tres cuerpos, y dirigió uno sobre Córdoba, otro sobre Málaga, y el tercero sobre Toledo. Secundaban los judios los progresos de los árabes, á la par que habiendo perdido la poblacion indígena el hábito de esgrimir las armas, se sometia sin resistencia. Córdoba fué tomada: Ecija, Málaga, Elvira se sujetaron á pagar el tributo de sangre, es decir el rescate de sus vidas: Toledo (712) obtuvo conservar sus leyes y sus jueces con el libre ejercicio del culto, aunque sin publicidad (5).

Halló Tarik en el palacio de los reyes godos inmensos tesoros, las veinte y cinco coronas enriquecidas con pedrerias de los príncipes que habian dominado en España desde Alarico hasta Rodrigo, además una célebre mesa de esmeralda: eso es todo lo que saben encomiar las tradiciones de los árabes. No quiso Muza dejar por más tiempo á otro los laureles y las riquezas de la conquista, y desembarcando con un cuerpo de árabes, de berberiscos y de judios desterrados, forzó á Sevilla á capitular, y luego á Carmona y otras ciudades. Habiendo penetrado posteriormente en la Lusitania y en el pais occidental *(Algarve)*, llegó delante de Mérida, y esclamaba acampado bajo aquellos soberbios baluartes: *¡Dichoso el que triunfe de esta ciudad, monumento inmenso de la industria humana!* Se le rindió después de un largo bloqueo (11 de julio), á condicion de que cada uno de sus habitantes podria alejarse, dejando en la ciudad armas, caballos y bienes; de que las riquezas de las iglesias pertenecerian á los vencedores; y de que los que se quedaran serian protegidos. Incorporado en Toledo, Muza á Tarik, á quien envidiaba, le destituyó del mando y le hizo cargar de cadenas.

Abd-el-Asiz, llegado de Africa con refuerzos, sometió la Andalucia y entró en el territorio de Murcia (713), donde reinaba como príncipe de los godos Teodemiro, que se habia opuesto al desembarco de los árabes. El valor entusiasta de estos le arrancó la victoria, aunque no el denuedo. Habiéndose refugiado en Orihuela, hizo que se vistieran de soldados hasta las mujeres, guarneció de esta suerte los baluartes, donde pasó varias revistas. Creido entonces Abd-el-Asiz de que la guarnicion seria más numerosa de lo que realmente era, ofreció condiciones ventajosas, y Teodemiro se dirigió personalmente, sin ser conocido á negociar al campo enemigo. Estipulada la capitulacion se dió á conocer; y no solo fué tratado generosamente, sino hasta aplaudido cuando reveló la estratagema de que se habia valido (6).

---

pítulo III) cuenta que los árabes intentaron en tiempo de Wamba un desembarco en Algeciras; pero siendo más aguerridos los marinos godos que los suyos, perdieron doscientos setenta y dos bajeles, con todos los hombres que tenian á bordo.

(4) *Gebel-el-Taric*, monte de Tarik: algunos distinguen á Tarik de Tarif, que guió una primera espedicion en el 710.

(5) Dióse á los habitantes de Toledo, sometidos de este modo á los árabes, el nombre de mozárabes, que parecia derivado de *mixti arabibus*. Conservaron la liturgia introducida en el sexto siglo por Isidoro, la que es algo diferente de la de Roma. Otras muchas ciudades de España adoptaron el rito mozárabe, que siguieron hasta el año 1064, época en que fué abolido por las córtes de Barcelona. Otro tanto quisieron hacer los reyes de Castilla, pero se opuso el clero mozárabe vivamente á ello: el asunto fué, pues, remitido al juicio de Dios. Dos campeones se batieron en palenque cerrado, y quedó vencedor el de los mozárabes. Sin embargo, la liturgia romana prevaleció poco á poco en todas partes, á escepcion de Toledo y Salamanca, donde los mozárabes conservaron algunas iglesias.

(6) He aquí segun los autores árabes, cuales fueron las condiciones de la paz.

«En el nombre de Dios clemente y misericordioso, Abd-el-Asiz y Teodemiro, hacen el tratado de paz siguiente, rogando á Dios que lo sancione, y asegure su ejecucion.

»Teodemiro conservará sus Estados, y nadie más que él mandará sobre los cristianos que los habitan. Cesa toda guerra entre los naturales y los árabes. No serán tomados como esclavos las mujeres ni los niños, sino que todos conservarán la religion y sus templos.

»Todos los deberes y obligaciones respecto de los vencedores, se reducirán á esta: cada noble pagará un tributo anual de un dinero de oro (de valor de unos 40 reales), cuatro modios de trigo, otros tantos de cebada, de vino

Prosiguiendo Abd el-Asiz su victoria, ocupó á Jaen, Elvira, Granada, y después á Antequera y Málaga: por último, á toda Andalucia. Habiendo reintegrado una órden del califa á Tarik en el mando, Muza y él se repartieron el cuidado de avasallar á la península. Este se dirigió hácia Levante, en sentido contrario del Tajo: aquel hácia el Norte; volviéronse á reunir á orillas del Ebro: atacaron juntos á Salamanca, obligándole á pagar el tributo de sangre; y separándose entonces de nuevo, continuaron sus conquistas.

Tarik.—Pero no cesando Muza de presentar ante el califa bajo colores desfavorables al generoso Tarik, que sabia ganarse el afecto de los soldados, y acusando Tarik por su parte á Muza de una insaciable codicia, Valid llamó á ambos. Muza volvió como en triunfo, llevando en su séquito treinta mil prisioneros españoles, y llegó á Damasco (diciembre) cuando Valid estaba en los últimos de su vida. Soliman, hermano del moribundo, le envió á decir que no entrara en la ciudad antes de que él hubiera sucedido á Valid en el califato. Su intencion era apoderarse así de los inmensos tesoros de que era portador Muza; pero éste no hizo de aquella insinuacion caso alguno. Interrogado por el califa acerca de la situacion del pais y de la guerra, le dijo: *Leones son los godos dentro de sus castillos, águilas á caballo, á pié mujerzuelas. Cuando se presenta la ocasion saben aprovecharla; pero si son vencidos, trepan á sus montes como cabras á buscar allí un refugio. Se parecen los berberiscos mucho á los árabes en su fisonomía y en su modo de hacer la guerra: son como nosotros sobrios, pacientes, hospitalarios; pero no hay hombres más pérfidos en el mundo. Impetuosos los francos y valientes en el ataque, son inhábiles en el momento de la defensa, y se desalientan de resultas de una derrota. Nunca los han contado nuestros musulmanes antes de acometerlos.*

Soliman hizo pagar bien caro á Muza la desobediencia, porque una vez ascendido al califato, le metió en un calabozo, y le impuso una enorme multa. Entretanto Abd el-Asiz, su hijo, sometia la Lusitania hasta el Océano, ocupaba á Pamplona y las plazas de los Pirineos, y enviaba al califa pingües riquezas. Temeroso éste de que Abd el-Asiz y los tres hijos de Muza trataran de vengar á su padre, resolvió deshacerse de ellos. El valeroso Abd el-Asiz fué degollado en el momento en que oraba (717), y le presentaron la cabeza á su infortunado padre, quien exclamó: *¡Maldito sea de Dios el bárbaro que asesina á quien vale mucho más que él!* y se retiró á lo interior de Arabia, donde murió (718). De este modo fueron premiados los primeros conquistadores de España: enmudece la historia respecto de los traidores que entregaron su patria al extranjero, y solo fábulas cuentan de ellos las tradiciones.

Ayub, sobrino de Muza, fué elegido por los chaiques árabes de España, para continuar las espediciones; pero el nuevo califa Omar II designó en su lugar á El-Aor (Alaor), hijo de Abderraman el-Kaisi, quien pesó sobre los suyos y sobre los naturales por su severidad y codicia.

Pelayo.—Parte de los últimos se habian refugiado en las montañas de Asturias para defender su vida. Envalentonados por encuentros felices, y por el amor de la patria, creyeron en la posibilidad de restaurar el poder de España. Aprovechándose del momento en que el El-Aor hacia una escursion á la Galia Narbonense, se proporcionaron armas y reunieron á los descontentos, especialmente en Galicia, Leon y Asturias. Tenian á su cabeza á Pelayo, vástago, segun se dice, de real estirpe; pero hombre de accion y de consejo, que es lo que importa en las revoluciones, atrevido á la vez y prudente, conocedor perfecto del pais, fecundo en espedientes, indomable en la derrota, y no desesperando nunca de la patria ni de su causa. Conociendo lo más conveniente para la defensa y para la guerra de montañas, evitaba las batallas y no acometia al enemigo más que en detalle.

Destacó El-Aor algunas tropas para disipar aquel puñado de rebeldes, á quienes la victoria aun no habia valido el título de héroes. Pero retirado Pelayo á la cueva de Santa Maria de Covadonga (718), sobre la cumbre de una montaña que domina un profundo abismo, limpió de moros el valle, y todos los que se atrevian á presentarse, eran aplastados por piedras, estacas, troncos de árboles, por todas las armas, en fin, de que es capaz de echar mano un pueblo resuelto á hacer el último esfuerzo. La posicion le dió esperanza, confianza la religion, salud la victoria. Pelayo, después de haber rechazado á los enemigos de la fe y de la patria, estableció entre los suyos aquella disciplina que duplica las fuerzas; y reanimadas muchas ciudades á consecuencia de los primeros triunfos, le ofrecieron obediencia, víveres y brazos.

El-Samah-ben-Melic llegó á relevar á El-Aor, culpable de haber escitado el descontento y de haberse dejado vencer. Mas deseoso el nuevo general de saquear el rico territorio de la Galia, que de ocupar las rocas cántabras, cruzó los Pirineos y sitió á Tolosa: pero atacado por el duque de

---

dulce, de miel, de vinagre y de aceite. Los siervos y los súbditos pagarán solo la mitad.

»Teodemiro no recibirá en sus Estados á los enemigos del califa: promete serle fiel y advertirle de toda maquinacion que llegue á descubrir.

»El presente tratado de paz valdrá para las poblaciones de Orihuela, Valentola, Alicante, Mula, Vacasora, Ota y Lorca.

»Dado el cuarto dia de la luna de rajeb, el año 94 de la Egira, en presencia de Otman-ben-Habi-Abda, de Habib-ben-Habi-Obeidah, de Edris-ben-Maicera y de Abulcasim el-Mazeli.»

De los cuatro chaiques signatarios de este tratado, el primero habia sido inseparable amigo y compañero de armas de Muza: Habib era el todo de Abd-el-Asiz.

Aquitania, quedó en el campo de batalla, y el ejército debió su salvacion á los grandes esfuerzos de Abd el-Rahman, á quien se confirió, desde luego, en recompensa el mando; pero Ambesa, gobernador de Córdoba, lo obtuvo en seguida del emir de Africa, y dió mejor organizacion á la administracion y á los impuestos. Exigió la vigésima parte de las rentas de los que se habian sometido voluntariamente, y la décima parte de los que solo habian cedido á la fuerza. Envió al califa un censo exacto de España, construyó un puente en Córdoba, residencia de los gobernadores árabes, refrenó á los rebeldes, y taló las Galias hasta el Ródano, aunque bajo los muros de Sens murió de resultas de sus graves heridas (723)

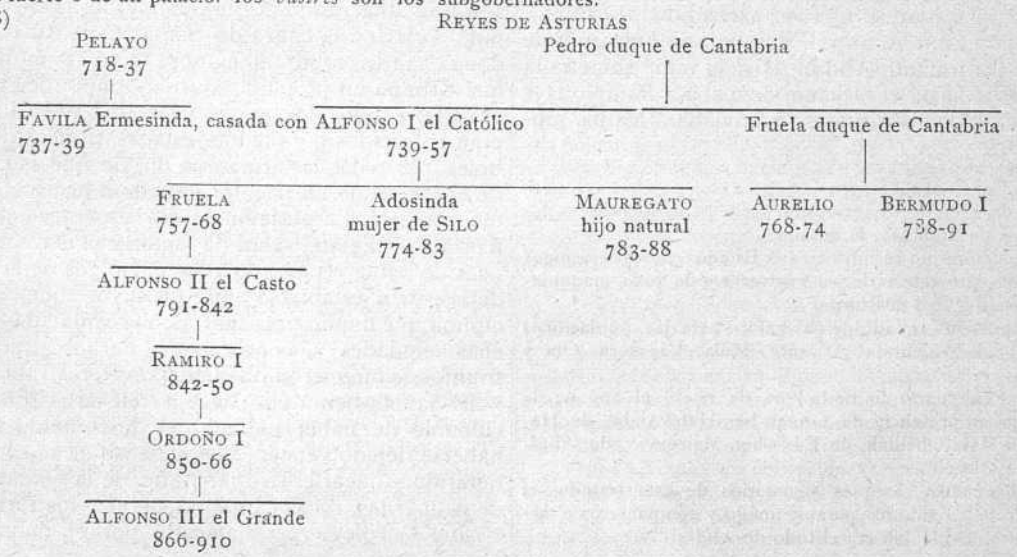
Otman-Abu-Neza (Munuza) fué investido acto contínuo con el mando, y poco después Odaifa (726); era ya el décimo en tan breve tiempo, sucediéndose con tanta rapidez en España los generales, como los emires en Africa y los califas en Arabia. Con sus vejaciones escitó el sirio Alaitap las quejas del pueblo, lo cual hizo que le exonerara el califa; y fué devuelto el mando á Abd el-Rahman (Abderraman) (728), quien se esforzó á fin de cicatrizar las llagas abiertas por su predecesor y por aliviar al pueblo de todo lo que era opresivo. Enseguida reunió todas sus fuerzas, y habiendo hecho venir otras de Magreb, dirigió una espedicion contra la Francia, bajo el mando de Otman-Abu-Neza. Este general, que habia gobernado la península, miraba con envidia á Abderraman, su sucesor. Habiéndose unido, por otra parte, en virtud de un matrimonio, con Eudes, conde de Aquitania, condujo débilmente la guerra, y celebró una larga tregua con los cristianos. Abderraman, con cuyo beneplácito no se habia contado, se negó á ratificarla, y dió órden para que aseguraran la persona de Otman, quien viendo que le daban alcance sus perseguidores, se quitó la vida; su esposa, que era cristiana, fué enviada al harem de Damasco. Desparramáronse entonces los árabes por la Galia; y esta provincia hubiera aumentado el número de las conquistas del islamismo, si el valor de Cárlos Martel no lo hubiera estorbado.

Habiendo perecido Abderraman en la batalla de Poitiers (732), Abd-el-Melik recibió el mando, con órden de hacer que se levantara toda España en masa, como para una guerra sagrada, y esterminar á la Francia. Pero se habia infiltrado el desaliento en el alma de los árabes y se dejaron vencer. Okba, el nuevo gobernador, perdió un fuerte ejército en la Septimania, y no juzgó prudente aventurar nuevos combates. Severo consigo propio y con los demás, destituyó á los valís y á los alcadis ó alcaldes (7) que habian abusado del poder. Puso cadís ó jueces en cada capital de provincia, fundó escuelas públicas y erigió mezquitas. Pero habiéndose visto en la precision de acudir á refrenar á los berberiscos de Africa, se aprovecharon los valís de su ausencia para hacerse independientes, y secundados los asturianos por este desmembramiento, se adelantaron hasta el Duero. Entretanto tuvieron que deplorar la pérdida de Pelayo (737) (8), héroe digno de eterna memoria, porque supo conjurar el peligro cuando todo parecia perdido, y conservar la nacionalidad española.

Alfonso I.—Su hijo Favila compró la paz de los árabes; pero fué muerto, poco despues, en la caza por un oso, y tuvo por sucesor á Alfonso (739), su cuñado, que añadió al pequeño reino de Asturias parte de la Galicia y de la Lusitania, con la

(7) Los *valis* son los gobernadores de una provincia ó de una gran ciudad: los *alcaldes* los de un pueblo pequeño, de un fuerte ó de un palacio: los *vasires* son los subgobernadores.

(8)



mitad de Castilla, casi toda Vizcaya y algunos cantones de Navarra. Devastaba las llanuras y obligaba á los cristianos á refugiarse en las montañas.

Este engrandecimiento era favorecido por las contínuas sublevaciones del Africa, que no cesaban de llamar á la orilla opuesta á los emires de España; habiendo desembarcado después en la península los restos de un ejército de sirios y de egipcios que acababa de esperimentar una derrota, empezaron allí la guerra civil contra el reelegido gobernador Abd-el-Melik, á quien cogieron prisionero y le decapitaron (742). Pero Taalaba y Balei, jefes de esta banda de egipcios y de sirios, se enzarzaron uno contra otro, lo cual permitió á Abd-el-Rhaman, hijo del emir á quien habian muerto, batirlos á ambos (743), y adquirir el sobrenombre de el victorioso (Almanzor). Con objeto de restablecer la tranquilidad en España, repartió á los recien vencidos en terrenos separados, concediéndoles la tercera parte del impuesto que pagaban los naturales. Porque los árabes no habian venido á España como un pueblo solo, sumiso á una sola persona, sino que las diversas tribus se conservaban tambien en la Península divididas, aproximándoles apenas las necesidades de la guerra. Así, la legion de Damasco se estableció en Córdoba, capital de la España musulmana; la de Hems en Sevilla y en Niebla; la de Kinnesvia (Cólquide de Siria) en Jaen, al Sudoeste de Córdoba; la de Palestina, en Medina Sidonia y en Algeciras; la de Persia, en Jerez de la Frontera; la del Yemen, en Toledo y en Huesca; la del Irak, en Granada; la de Egipto, en Murcia y Lisboa: y diez mil ginetes del Hejaz se repartieron las más fértiles tierras de lo interior.

El cisma suscitado en Arabia por los fatimitas, produjo nuevos gérmenes de division en España. Cuando Amrú, que habia llevado á Yezid la cabeza del iman Husein, hijo de Alí, vió prevalecer á los vengadores de éste, se apresuró á salvarse en Africa, desde donde Samail, su sobrino, pasó á España y se hizo jefe del partido egipcio. Así, los yemanes ó sea los árabes, que habian llegado al pais en un principio, tuvieron que pelear contra los sirios, los egipcios, los alabdaros, es decir, los moros ó berberiscos de Africa. Samail recorrió con ellos las provincias, poniendo á contribucion las ciudades que no se sometian voluntariamente. Declaró la caida del emir Hesam (Abul-Kotar), y sublevó á las tropas, haciendo brillar ante sus ojos la esperanza del saqueo, única capaz de seducirlos. Habiéndose apoderado de la persona del emir, le encerró en el fondo de una torre en Córdoba (745); pero algunos amigos fieles hallaron modo de sacarle de su encierro, y recorrió la ciudad proclamando la rebelion. Poco tardó en volver Samail, y habiendo sido muerto Hesam, en una salida, tornó á caer Córdoba en sus manos. Entonces se estableció en Zaragoza, y gobernó el norte de la península, mientras el mediodia obedecia á Tueba, hermano de Taalaba, que habia empleado el brazo vencedor de los berberiscos.

La intencion conocida de los dos rivales era mantenerse en el poder, ganando á los valís por la connivencia, y oprimiendo igualmente á cristianos é islamitas. Gemian los mahometanos á consecuencia de esta tirania, pero ¿á donde habian de volver los ojos? Harto daban que hacer al emir de África los levantamientos contínuos de los berberiscos, y era víctima de la guerra civil la Arabia. En su consecuencia, para poner remedio al mal, se reunieron los más nobles entre los yemanes y los egipcios de España y convinieron en elegir un emir de Africa que, poniendo por obra la prudencia y la fuerza, pudiera terminar tan funestas divisiones. Su eleccion recayó en Yusuf-el-Ferí, de la tribu de los coreichitas, quien reprimió ó logró contentar á los jefes turbulentos. Hizo reparar puentes y caminos, regularizó la reparticion y recaudacion de los impuestos, y dividió el reino en cinco departamentos. Tueba habia muerto: Amer-ben-Amrú, emir del mar y jefe de los alabdaros, habia obtenido á Sevilla; pero habiendo llegado á ser enemigo mortal de Samail, á quien habia tocado en suerte Zaragoza, y no hallándose apoyado por el emir, atizó la guerra civil y se hizo dueño de la ciudad de su rival. Yusuf corrió á las armas, y todo era en España sangre y esterminio.

Aprovecháronse de este incidente los cristianos de Asturias, Alfonso llevó sus conquistas hasta las orillas del Duero, y se aseguró su posesion por medio de una línea de castillos; fortificó igualmente hasta los más mínimos pasos de las montañas, y asi mereció el título de grande.

A este tiempo se habia consumado en Arabia la revolucion que hizo pasar el poder de los Ommiadas á los Abasidas, y Abul-Abas habia confirmado á Yusuf en el gobierno de España. Pero reunidos en Córdoba cerca de ochenta chaiques, fieles á la familia caida de los Ommiadas, y no prometiéndose nada del desgarrado imperio de los califas, ni de los ambiciosos emires que se disputaban el Africa, resolvieron darse ellos mismos un jefe.

Dos sobrinos de Hescham se habian escapado del esterminio de los Ommiadas: vivieron respetados por sus tranquilas virtudes en la córte de Abul-Abas hasta el momento en que la envidia les hizo sospechosos á los ojos del califa. Loliman, uno de ellos, fué estrangulado; Abd-el-Rahman, fugitivo entre los beduinos, hizo por largo tiempo vida errante: no creyéndose luego bastante seguro, pasó á Egipto y de allí al Magreb; pero fué descubierto y con gran trabajo pudo libertarse de las pesquisas del gobernador de Burca. Vagó á través de los desiertos hasta el instante en que llegó á Tuhart, principal campamento de la tribu Zeneta, de la cual descendia la madre de Abd-el-Rahman. De consiguiente fué recibido allí como un hermano, prometiéndole todos fidelidad como huéspedes y amigos. Parece que la tranquilidad pastoril no

le hizo abandonar toda idea de grandeza: aun es probable que sus emisarios dirigieran hácia él el pensamiento de los chaiques de España: estos, hallándole precisamente idóneo para realizar sus proyectos, le invitaron á salir de su oscuridad y á recuperar el esplendor que convenia al nieto de Mohaviah y de tantos califas. Admitió con júbilo sus proposiciones, y habiendo obtenido alguna ayuda de los zenetes, desembarcó en las costas de España.

Califato Ommiada.—Yusuf habia triunfado de Amer y dominado á sus hijos (25 setiembre de 755), cuando sobrevino este nuevo enemigo, y llegó hasta él el grito que resonaba en toda Andalucia: «¡Dios proteja á Abd-el-Rahman-ben-Mohaviah, rey de España!» Yusuf y Samail hicieron tenaz resistencia; pero vencidos en Musara, se vieron obligados á pedir entrar en negociaciones y á someterse, si bien no dejaron de inquietar á Abd-el-Rahman mientras vivió.

Abderraman I.—Tampoco se resignó en sosiego el califa de Oriente á la pérdida de tan hermosa provincia. Envió contra el Ommiada á Ali-ben-Mogheit, quien tratando al nuevo rey como aventurero rebelde, y haciendo llevar una bandera puesta en sus manos por el mismo califa, prometia mares y montes á todo el que se le incorporara. No por eso dejó de ser vencido y muerto por Abd-el-Rahman y hubo quien se atrevió á salar su cabeza, y llevarla hasta Bagdad, donde la colgó de los muros del palacio, con gran susto de Almanzor, quien tuvo á dicha hallarse separado por tantos paises y mares de tan formidables adversarios. De esta suerte el estandarte blanco, abatido en Arabia, ondeó á orillas del Guadalquivir; y Abd-el-Rahman, señor de la España, dió principio á una serie de reyes Ommiadas, independientes de los califas orientales, y acogió á los que eran perseguidos en Siria por su adhesion á la familia desposeida.

Sin embargo se hallaban en España muchos descontentos: personas que habian perdido el valimiento de que gozaban ó sus grados en la revolucion, y otros partidarios celosos de la unidad religiosa, tenian horror á aquel cisma. Un fanático salió á campaña para oponerse al pago del *azan*, es decir, el diezmo, á un príncipe que le empleaba en hacer la guerra á los verdaderos creyentes del Magreb. Fomentaba el Africa estos odios, que sofocados en una parte, estallaban en otra. Pero cuando los emires de Africa pensaron en hacerse independientes, ya nada tuvo que temer por este lado España.

En medio de estas agitaciones hubiera podido prosperar el reino de Asturias; pero á la muerte de Alfonso (757), se alzaron descontentos contra Fruela, su hijo, quien á pesar de todo alcanzó el triunfo. Este príncipe edificó á Oviedo, haciéndola la capital de sus Estados y derrotó á Abd-el-Rahman en un principio; pero sintiéndose luego sin disposicion para resistir al enemigo esterior, compró la paz de los árabes á costa de un enorme tributo (9).

Duró todo el tiempo de su reinado: cuando sucumbió luego bajo el hierro de sus deudos (768), Aurelio, que ascendió al trono, pensó en librarse de este tributo vergonzoso. Habiendo penetrado los musulmanes en las montañas vencieron á los cristianos repetidas veces, y por gracia especial obtuvo Aurelio la renovacion del antiguo tratado.

Silo, su sucesor (774), tuvo tambien que resignarse á él para dejar que su nacion á beneficio de la paz recuperara fuerzas y adquiriera la solidez que da el tiempo á todas las instituciones. Conociendo su fin próximo (10), y queriendo evitar discordias en la eleccion de su sucesor, llamó á la corte á Alfonso, hijo de Fruela, y este príncipe se mostró digno por sus bellas cualidades de ocupar el trono que le destinaba Silo. Pero, á fin de desposeerle Mauregato, á quien habia tenido Alfonso el Católico en una mora, pidió socorros á Abd-el-Rahman (783 788), con los cuales despojó á su

---

(9) En el nombre de Dios clemente y misericordioso. «El magnífico rey Abd-el-Rhaman otorga paz y proteccion á todos los cristianos de España, seglares ó clérigos, así como á todos los habitantes de la *Castilla*, prometiendo sobre su alma que este tratado será fielmente observado por su parte; obligándose por la suya los cristianos á pagarle ó á consignarle anualmente, durante cinco años consecutivos, diez mil onzas de oro, diez mil libras de plata, diez mil caballos y otros tantos mulos, mil corazas, mil lanzas y mil espadas.

«Fecho en Córdova el tercer dia de la luna de safer, año 142 de la Egira.»

Conde observa que la palabra *Castella*, Castilla, fué verosímilmente inserta en este tratado por un error de copista, atendido que en esta época llamaban los árabes Galicia, y no Castilla, al territorio situado mas allá de la sierra de Guadarrama, ó *Gibal-Axerrat*.

(10) Dícese que en la Iglesia de San Salvador de Oviedo, fundada por Silo, se leia antes este epitafio:

T I C E F S P E C N C E P S F E C I T
I C E F S P E C N I N C E P S F E C I
C E F S P E C N I R I N C E P S F E C
E F S P E C N I R P R I N C E P S F E
F S P E C N I R P O P R I N C E P S F
S P E C N I R P O L O P R I N C E P S
P E C N I R P O L I L O P R I N C E P
E C N I R P O L I S I L O P R I N C E
P E C N I R P O L I L O P R I N C E P
S P E C N I R P O L O P R I N C E P S
F S P E C N I R P O P R I N C E P S F
E F S P E C N I R P R I N C E P S F E
C E F S P E C N I R I N C E P S F E C
I C E F S P E C N I N C E P S F E C I
T I C E F S P E C N C E P S F E C I T

Partiendo de la S central se encuentran repetidas doscientas setenta veces las palabras SILO PRINCEPS FECIT.

sobrino, permaneció fiel á los árabes, y estimuló los matrimonios entre ellos y los cristianos, lo cual le atrajo el odio de sus súbditos: quizá tomaron de aquí ocasion para contar que se obligó á satisfacer á los árabes cada año el feudo de cien doncellas.

Verdaderamente las alianzas de los españoles hubieran debido ser por naturaleza al norte de los Pirineos, donde la preponderancia de Carlomagno hubiera servido de apoyo á los cristianos. Con efecto, este héroe traspuso los montes, no para hacer triunfar la cruz, sino en virtud de ser llamado por los chaiques rebeldes. Uno de los numerosos descontentos que habia hecho el cisma era Soliman-ben-Arabi, emir de Zaragoza, que, habiéndose ganado la voluntad de los alabdaros, una de las principales familias de la ciudad, levantó contra Abd-el-Rahman el estandarte de la rebelion. El emir de Barcelona, que habia tributado homenaje á Pepino el Breve, se dirigió (777) á la dieta de Paderborn para implorar la asistencia de Carlomagno. Otorgóle éste de buen grado su demanda, si bien, poco afortunado en su espedicion, hizo una retirada desastrosa y perdió en Roncesvalles á la flor de sus guerreros (778).

Parte por fuerza, parte en virtud de negociaciones, Abd-el-Rahman vió respetada su autoridad en Toledo, Mérida, Sevilla, Zaragoza, Valencia, y se esforzó por restablecer el órden en todos estos puntos. Religioso, afable, prudente, equitativo, multiplicó los cadís, á fin de que donde quiera se administrara justicia; estableció escuelas, fundó y dotó nuevas mezquitas, agregando tambien á ellas personas que enseñaran el Coran, segun la doctrina de El-Auzei de Damasco, doctrina que fué posteriormente abandonada por la de Malek-ben-Anas. Celebró las fiestas con gran solemnidad: hizo acuñar moneda (11): hermoseó en particular á Córdoba, donde enfrenó la furia del rio y levantó una mezquita: queria que eclipsara á la de los Abasidas en Bagdad é igualara á la de Damasco. Subia á veces á la gran torre para disfrutar de la perspectiva de un horizonte tan estenso como el de las llanuras en que se habia criado, porque la mansion de la deliciosa España no habia estinguido en los árabes el amor á su pais nativo, y á los nombres de Sevilla, Cabra, Elvira, Jaen, sustituian los de Emesa, Wasita, Damasco, Quinsarina. Abd-el-Rahman plantó en Córdoba una palmera, la primera que dió sombra en España, y á veces le dirigia este canto: «Hermosa palmera, eres como extranjera en este suelo; pero la brisa de Occidente acaricia blandamente tus hojas: tus raices hallan un terreno fecundo, y tu copa se alza en medio de una atmósfera pura. ¡Cómo llorarias si pudieras esperimentar los cuidados que me consumen! Nada tienes que temer de la adversa fortuna; yo soy constante blanco de sus tiros. Cuando la suerte contraria y el furor de Abas me desterraron de la patria, mis lágrimas regaron las palmeras que crecen á las orillas del Éufrates; pero ni las palmeras ni el rio han conservado memoria de mi dolor. ¡Tú, hermosa palmera, no eches de menos la patria!»

Hescham I, 788.—Reinó treinta años, y tuvo por sucesor á Hescham, á quien habia asociado anteriormente al trono. Poco dispuestos sus hermanos á obedecer, sublevaron diferentes provincias, y hubo necesidad de someterlos por la fuerza de las armas. Cuando se vió afirmado en el trono, pensó en terminar la conquista de la península proclamando la guerra santa, á la que todos debian concurrir con sus brazos ó su dinero, suministrando armas ó caballos. Abd-el-Vaid se puso en marcha al frente de treinta mil guerreros contra Asturias, y se adelantó hasta Lugo, devastándolo á su tránsito todo.

Alfonso II.—Bermudo el Diácono, sucesor del rey Mauregato, sintiéndose debilitado por los años, tuvo la generosidad de confiar el mando al desposeido Alfonso, hijo de Fruela, y éste, volviendo á dirigir los negocios por medio de medidas tan prontas como eficaces, rechazó al enemigo, le quitó las tierras y el botin, y le obligó á emprender la retirada. Por gratitud cedió Bermudo al jóven adalid la corona que le habia conservado (791), y que supo después conservar para sí propio, manteniendo distantes á los árabes, sin andar con contemplaciones y adelantándose victorioso hasta Lisboa. La pureza de sus costumbres fué causa de que se le apellidara el Casto: envió presentes á Carlomagno é hizo prosperar el reino. A pesar de todo, los descontentos le depusieron y le encerraron en el monasterio de Abeila. Pero al asomar otra vez el peligro se vió restablecido (801), y esclareció su fama con nuevas victorias.

Otro cuerpo del ejército árabe, á las órdenes de Abd-el-Malek (794), se habia arrojado sobre la Galia Narbonense, habia tomado y destruido á Gerona, y espulsado á las montañas á los cristianos de la Celtiberia. Habiendo cruzado enseguida Abd-el-Malek los Pirineos, prendió fuego á los arrabales de Narbona, y se dirigió sobre Carcasona. Agrupáronse los vasallos francos entorno de Guillermo, conde de Tolosa, encargado por Carlomagno de la defensa de las provincias del Mediodia; pero fueron derrotados en Villedaigne, y los sarracenos recorrieron sin obstáculo la Aquitania, desde donde regresaron á España, empujando delante de ellos una multitud de prisioneros, y siendo portadores de enormes riquezas destinadas á terminar la mezquita de Córdoba. Este edificio, convertido actualmente en catedral, tiene seiscientos piés de longitud y doscientos cincuenta de anchu-

(11) Leíase en ellas por un lado: *Alá es Dios, y no hay más Dios que Alá*: y por exergo: *En el nombre de Alá esta moneda fué acuñada en Andalucia el año de....* Se leia en el reverso: *Dios es uno, es eterno, no tiene padre, hijo, ni igual;* y por exergo: *Mahoma, enviado de Dios para dar á conocer su ley y hacerla triunfante á pesar de los infieles.*

ra. Está sostenido por mil ochenta y tres columnas de mármol y de jaspe, que le dividen en diez y nueve naves, cada una de las cuales tiene su puerta de bronce ornada de bajo-relieves: la del centro es de oro. Alumbrábanla de noche cuatro mil setecientas lámparas, en que se quemaban ciento veinte mil libras de aceite cada año, y ciento veinte libras de madera de áloe y de ámbar gris para perfumarla.

Hescham construyó el puente de doce arcos sobre el Guadalquivir: fundó escuelas, impuso á los cristianos la obligacion de aprender el idioma de sus señores y de renunciar al latin en los actos oficiales: protegió á los sabios y á los poetas, siendo él tambien poeta; plantó jardines, y cultivaba allí flores con sus propias manos, y cantaba: «Es abierta y liberal la mano del noble: no se asocia con la magnanimidad la codicia de la ganancia. Amo los jardines floridos y su soledad dulce y amena: amo la brisa de los campos y la risueña gala de los prados; pero no aspiro á poseerlos. ¿Con qué objeto me ha proporcionado el cielo tesoros, sino para tener la satisfaccion de distribuirlos? Dar es mi ventura en los tiempos prósperos: pelear es mi deber cuando la guerra me llama, y segun la necesidad lo requiere, hago uso de la espada ó de la pluma. Sobre todo sea mi pueblo venturoso: no necesito de otros bienes.»

Habiendo hecho proclamar sucesor suyo á su hijo El-Hakem, le decia: «Penetren hasta el fondo de tu corazon y queden allí grabadas mis últimas palabras. Son los consejos de un padre que te ama. De Dios son los reinos, y segun su voluntad los da ó los quita. Démosle gracias eternas por habernos colocado en el trono de España; y para conformarnos con su santa voluntad, hagamos bien á los hombres, único fin para que ha puesto en nuestras manos el poder supremo. Sea siempre igual tu justicia, protege sin distincion al rico y al pobre. No consientas que tus ministros sean injustos á la sombra de tu nombre. Muéstrate dulce y clemente respecto de tus súbditos, porque Dios es nuestro comun padre. Escoge para gobernar tus provincias varones prudentes y esclarecidos. Castiga sin compasion á los agentes prevaricadores que esquilman al pueblo con exacciones arbitrarias. Trata con bondad á los soldados, aunque sin manifestarles dulzura, á fin de que no abusen de las armas que la necesidad te obligue á confiarles. Sean defensores del pais y no sus tiranos. Piensa en que el amor de los pueblos constituye la gloria y la seguridad de los reyes: el poder de un príncipe que se hace temer, es transitorio, y es cierta la ruina de un Estado cuyo soberano se haya hecho odioso. Protege á los labradores, que nos alimentan con sus trabajos; vela sobre los campos y sobre las cosechas. En suma, condúcete de manera que el pueblo viva feliz á la sombra de tu trono, y disfrute en seguridad de los bienes y de los placeres de la vida. Hé aquí, hijo mio, en lo que consiste un gobierno sábio.»

El-Hakem, 796.—Mal correspondió Hakem á la educacion y al ejemplo paterno; pues se mostró vano y presuntuoso, de un natural duro y arrebatado. Sus tios tornaron á alegar sus antiguas pretensiones, al mismo tiempo que los galos recuperaban palmo á palmo la Narbonense invadida. El valor de Foteis reprimió á los primeros y rechazó á los segundos. Luis, rey de Aquitania, enviado por Carlomagno á socorrer al rey de Asturias, tomó á Barcelona después de una vigorosa resistencia; pero El-Hakem invadió poco después la Navarra, y descendiendo hácia el Ebro se apoderó de Huesca. Amrú, que gobernaba en Toledo en su nombre, derramaba torrentes de sangre cristiana, y bajo el pretesto de celebrar una fiesta, cogió y decapitó en una noche cuatro cientos ilustres toledanos (*cædes foveæ*). El mismo Hakem, encerrado con sus mujeres, no daba muestras de su poder sino por medio de órdenes sanguinarias y de impuestos enormes. Córdoba acabó por sublevarse; y arrojándose el rey sobre los insurgentes, los venció y entregó la ciudad al saqueo y á la matanza. Trescientas personas empaladas ofrecieron un horrible espectáculo á lo largo del rio: por último, al cabo de tres dias mandó suspender las ejecuciones, y permitió abandonar el pais á los que habian quedado. Algunos fueron á llevar su miseria á Toledo: otros, en número de ocho mil, pasaron á Africa y aumentaron la poblacion de la ciudad naciente de Fez; habiendo ganado quince mil de ellos á Alejandria, la tuvieron á su merced, hasta el momento en que el valí de Egipto les determinó, mediante considerables sumas, á trasladarse á Creta. Reunidos en aquella isla con los egipcios y los sirios del Irak, fundaron á Candía y se dedicaron á la piratería (822).

Los remordimientos y las voluptuosidades volvieron loco á Hakem el *Cruel*. Unas veces reunia á los chaiques y al ejército como si se tratase de una espedicion lejana, y luego, sin decirles nada los despedia; otras hacia llamar á media noche á los cadís y á los vasires de la córte, mandaba entrar enseguida á sus cantoras, y después de haber bailado y tocado, despedia á los asistentes. Cierto dia en que el esclavo encargado de humedecer y perfumar su larga barba habia tardado un instante, le tiró á la cabeza un frasco de almizcle. Como éste se quejara por lo bajo, esclamó Hakem: *¡Qué! ¿Temes que lleguen á faltar perfumes, porque he roto una ampolla? ¿No sabes que para tenerlos siempre he hecho rodar trescientas cabezas en un dia?*

Tambien se exhalaban en canciones su melancolía y su ímpetu belicoso, de las cuales nos han quedado algunos fragmentos, y en especial un himno guerrero que empieza de este modo: «He visto desvanecerse los abismos con la espada; pero me he alzado sobre la cumbre de los montes, y los montes se han convertido en humildes valles. Díganlo mis fronteras. ¿Temen acaso ser pisoteadas por los caballos de los ginetes enemigos? ¿Ven brillar el acero en

sus manos? ¿Oyen otro ruido que el de los arroyos que se despeñan de las rocas y arrastran en su curso los árboles de la selva? Mis fronteras dirán si yo soy el primero entre los héroes, y si mi espada fué la primera que se tiñó de sangre. Jóvenes guerreros han huido asustados al aspecto de los peligros y de las fatigas, mas no los de mi escuadron selecto, porque el que me acompaña nunca conoció la infamia ni el miedo.»

Los libros de su biblioteca, cuyo catálogo razonado habia hecho él mismo, ascendian al número de cuatrocientos mil volúmenes. Le fué deudor el califato de Córdoba de dos instituciones: un ejército regular y asalariado, con sus almacenes de víveres y municiones, y una fuerte marina.

A la par que en los demás paises han dejado los godos la reputacion de bárbaros é ignorantes, su dominacion en España es considerada como una edad de oro, un tiempo de virtud, de heroismo, de poesia. Esto proviene no tanto de la bondad peculiar de aquel pueblo, que á decir verdad, fué el menos grosero, entre los bárbaros, cuanto de que se asoció á su nombre el recuerdo de la independencia nacional, y la comparacion con los nuevos invasores.

Condicion de los cristianos.—Conocemos bastante á los árabes para figurarnos el destrozo que hicieron en la península, llegando como los demás en clase de conquistadores, y siendo adversarios de la religion dominante. En pos vinieron las discordias entre los invasores mismos, y los indígenas les vieron con amarga satisfaccion verter olas de sangre por conservar el derecho de oprimirlos. Una vez resueltos á establecerse en España, cesaron de devastarla á su antojo y conservaron todo lo que no amenazaba directamente su dominacion. Dejaron á los mozárabes la propiedad, con la obligacion de pagar el mismo impuesto que los musulmanes, esto es, un 5 por 100 sobre los bienes muebles, y la décima parte de los frutos de los bienes raices: los varones eran sometidos por una vez á la capitacion. Tomaron para sí las armas y los caballos, pues los vencidos estaban excluidos del servicio militar, y se apropiaron los bienes del fisco, parte de los eclesiásticos y los de los emigrados ó prisioneros. Quedaron las mismas diócesis con obispos elegidos libremente y con el clero secular y regular. Parte de las antiguas iglesias fueron convertidas en mezquitas; se prohibió construir otras nuevas ó agrandar las viejas; los ritos se celebraban, pero dentro de los templos, pues no se permitia pompa alguna exterior, ni aun tocar las campanas, exceptuándose solo de esta prohibicion los mozárabes de Córdoba.

Nos queda la capitulacion otorgada en 734 por dos capitanes sarracenos á los habitantes de Coimbra y sus inmediaciones, en que se especifica que los cristianos pagarán doble que los árabes; las iglesias veinte y cinco libras de plata; los monasterios, cincuenta, y las catedrales ciento. Allí se dice que los cristianos tendrán un conde de su nacion en Coimbra, y otro en Agueda para administrar justicia, aunque nadie podrá ser condenado á muerte sin órden del *algazil* árabe. Si un cristiano mata ó injuria á un árabe, será juzgado por el *algazil* con sujecion á las leyes del ofendido. Si un cristiano viola á una doncella árabe, deberá hacerse musulman y casarse con ella; de lo contrario, será condenado á muerte; y sufrirá la pena capital si el ultrage ha sido á una mujer casada. El cristiano que entre en una mezquita ó hable mal de Mahoma ó de Alá, estará obligado á declararse musulman ó perecerá. Dirán los sacerdotes misa á puerta cerrada, bajo la multa de diez libras de plata. No maldecirán los obispos á los reyes musulmanes so pena de la vida. Quedarán en paz los monasterios si pagan cincuenta libras de plata. Fué esceptuado el de Lorban de este tributo, porque aquellos monjes tenian costumbre de indicar de buena fe á los musulmanes los mejores sitios para la caza, y de prestarles buena acogida, de modo que podian ir á Coimbra y comprar con exencion de tributos, aunque sin permiso especial no podian salir del territorio. Tambien nos queda un decreto del año 759, por el cual regulaba Abd-el-Rahman para tres años el tributo debido por sus súbditos cristianos. Consistia en seiscientas veinte y cinco libras de oro, veinte mil marcos de plata, diez mil caballos, otros tantos mulos, mil corazas, y otros tantos sables y lanzas.

Por más que los historiadores musulmanes guarden silencio sobre el particular, y por más que nuestros historiadores modernos encomien la tolerancia de los califas, podemos colegir que la division entre vencedores y vencidos, manantial de tantos padecimientos para otros pueblos, se exarcebó en España á causa de los odios religiosos. Cuéntase que los cristianos contribuyeron á los moros con cien doncellas cada año, hasta que siete jóvenes de Simancas, destinadas á tal sacrificio, se cortaron la mano, y de este modo despertaron el valor de los españoles, quienes redimieron aquel vergonzoso tributo por medio de una batalla (12). Habiendo Abd el-Rahman perseguido y muerto á algunos por la fe, varios monjes salieron de su retiro predicando contra el falso iman, tanto, que los musulmanes temieron que estallase una rebelion. «Los calabozos (escribe Eulogio de Córdoba, uno de los mártires de aquella época), están llenos de clérigos que cantan allí las alabanzas del Señor, mientras que las iglesias enmudecen cubiertas de telarañas; pero el sacrificio que Dios acoge mejor es un corazon contrito.»

Rodrigo, sacerdote de Córdoba, tuvo dos hermanos, y habiéndose hecho uno de ellos musulman, resultaron de aquí continuas disputas y riñas. Una vez que Rodrigo trató de calmarlos, le hirieron y dejaron medio muerto: entonces el hermano

(12) De este hecho fabuloso sacó Lope de Vega una de sus tragedias mas heróicas.

infiel llamó á los vecinos, y les dijo que su hermano antes de mórir, habia manifestado deseo, á pesar de su cualidad de sacerdote, de declararse musulman. Cuando Rodrigo volvió en sí, y tuvo conocimiento del hecho, huyó de aquellos lugares; pero obligado por alguna necesidad á entrar de nuevo en Córdoba, mientras que la persecucion era cada vez más activa, fué reconocido por su perverso hermano, el cual le condujo á la presencia del cadí, y este le mandó poner preso, y en seguida hizo que le cortasen la cabeza, y le arrojasen al rio con los demás que permanecian fieles á sus creencias.

Flora, oriunda de padre musulman y de madre cristiana, y educada en la religion verdadera, ocultó su creencia, hasta que creciendo en edad la divulgó. Su hermano, en venganza, mandó prender á muchos clérigos y religiosas; y no pudiendo conseguir ni aun así que renunciase á la fe de sus antepasados, la entregó al cadí, quien, después de recibirle la confesion, la hizo golpear en términos de quedarle descubierto el cráneo; en seguida, la devolvió á su hermano á fin de que dispusiese lo necesario para su cura y conversion. El la confió á algunas mujeres; pero Flora, no bien se vió buena, huyó, y encontró en una iglesia á Maria, hermana de un diácono que habia sufrido el martirio, y ambas, deseosas de imitarle, se presentaron al cadí, declarando que su fe era la misma que la de aquél. El cadí las puso en una prision, amenazándolas con privarles de la vida y de la pureza; pero viendo que no deponian su firmeza é intrepidez, las mandó decapitar, y abandonó sus cuerpos á los perros. Eulogio, que las habia encontrado en la cárcel, nos ha conservado su memoria, como tambien la de otras personas que perecieron entonces, para probar que debian ser veneradas no menos que los primeros mártires. Describiendo los insultos que se hacian á los sacerdotes, dice: «Ninguno de nosotros está seguro, cuando algun negocio nos obliga á presentarnos en público; apenas descubren en nosotros la más leve señal de que somos eclesiásticos, nos tocan las matracas como á los mentecatos; y si no basta el injuriarnos, los muchachos nos apedrean. Hay muchos que no sufren que nos acerquemos á ellos, y se creerian contaminados si tocásemos sus vestidos; apenas oyen el sonido de nuestras campanas, no hay maldicion que no lancen contra nuestra religion.»

Insultaban frecuentemente los mozárabes á Mahoma, y respondian con señales de horror á la invitacion de orar que hacia el muezin. Hubo reacciones, y en tiempo de Abd-el-Rahman perecieron muchos; hasta que viendo este príncipe que sus reliquias eran consideradas como sagradas, las mandó quemar, é hizo que un sínodo declarase que el provocar de aquel modo el martirio estaba desaprobado por los Santos Padres.

Así, pues, los musulmanes como los demás tiranos, eran buenos con aquellos que lo sometian todo á su voluntad, hasta las creencias. Esta enemistad era una de las causas en cuya virtud podia preverse que no duraria la aparente prosperidad del reino árabe, y que á su lado se desarrollarian los Estados cristianos, cuyo objeto exclusivo y constante era sacar partido de las desgracias ó de la negligencia de sus adversarios. Además de que en lo interior las diversas tribus, lejos de fundirse en una sola nacion, se declaraban enemigas entre sí, agregándose á esto las disensiones religiosas de que hemos hablado, alimentos todos de la ambicion de los valís, siempre ansiosos de independencia.

En el curso de esta historia, veremos los medios de gobierno que introdujeron los emires y cómo favorecieron las artes y las ciencias, hasta el punto de hacer que algunos escritores celebren su dominacion en España.

CAPÍTULO VIII

IMPERIO GRIEGO

LOS HERÁCLIDAS, 641-711.

¿Quién no hubiera creido que la incesante amenaza de una nacion tan formidable como los árabes hubiera debido poner término á las disensiones del imperio de Oriente? Pero la caida del Occidente no le instruyó en nada; en vez de pensar en rejuvenecer sus instituciones y en hacer brillar algun vislumbre de la libertad civil, se apoyaba en tropas extrangeras; vémosle provocar por su tirania las insurrecciones y la anarquia, que es su inmediata consecuencia, y en medio de todo esto abandonarse á las sutilezas de una teologia charlatana; pasar de viles desmanes á escrúpulos ruines; aplicar á la heregia la pena de traicion, multiplicando los mártires inmolados á causa de intrincados enigmas, y por último sacrificar la seguridad interior y sus más hermosas provincias al capricho de un cisma nuevo (1).

Heraclio.—Como rayo de luz que se desprende de las nubes al ponerse el sol, brilló el reino de Heraclio con sus victorias ganadas á los persas, pero antes de terminar él su vida, lo envolvió un eclipse. Habia principiado á reinar en medio del indolente fausto de sus antecesores; y después, sin que nos indique la historia el motivo de tan repentina mudanza, se puso al frente de sus tropas y combatió como héroe. Cuando cesó aquel sacudimiento galvánico, volvió á caer en la inercia, y celebrando con pueril orgullo los triunfos alcanzados, olvidaba las derrotas que sus ejércitos esperimentaban donde quiera por parte de los musulmanes, los cuales arrancaron al imperio la Fenicia, Damasco, Egipto, la Siria y hasta la Sagrada Jerusalen, sin que Heraclio osara ponerse á la cabeza de sus tropas, para sostener con su presencia el valor que habia devuelto el peligro á los pueblos amenazados.

Sus pensamientos se inclinaban á muy distinto punto; se ocupaba en hacer triunfar una herejia de invencion suya (629). Preguntó á sus doctores si, así como Cristo habia tenido dos naturalezas, tenia tambien dos voluntades ó una sola. Le respondieron que una sola, en atencion á que pura como estaba del pecado original, solo podia querer el bien. Al revés, los católicos sostuvieron que Cristo tenia dos voluntades, lo mismo que dos naturalezas, aunque estas dos voluntades, divina y humana, estuviesen siempre en armonia, porque no las ponia en oposicion el pecado. Quiso el emperador interponer su autoridad en este debate teológico, y formuló en la *Ectésis* (630), la doctrina de los *monotelitas* ó esposicion, que queria hacer general en todo el imperio, cuando la muerte llegó á desbaratar sus proyectos y á terminar su reinado que habia durado treinta y un años (641). Enseguida tomaron los monotelitas el nombre de Sirio Maron, cuyos discípulos acogieron esta doctrina, é hicieron especialmente prosélitos en los valles del Líbano, donde los montañeses se enorgullecian con el título de *mardaitas* ó rebeldes.

(1) Jorge Finlay *(Greece under the Romans: a historical view of the Greek nation from the time of its conquest by the Romans until the extinction of the roman empire in the East.* Edimburgo 1844) muestra la lucha entre el genio griego y el romano y su recíproca influencia. Desde la conquista hasta Constantino se ve á Roma preponderar y á Grecia incorporarse enteramente al imperio. Desde Constantino hasta Justiniano, la Grecia, haciéndose cristiana, adquiere la libertad individual y sobrevive al imperio de Occidente. La época de Justiniano lo es de tirania legal, y el entendimiento griego permanece esclavo de la ley romana. Las consecuencias de semejante esclavitud se prolongan hasta Heraclio. Empezando entonces las invasiones de los árabes, los emperadores tienen que buscar apoyo en los indígenas, lo que da orígen al elemento griego, que en tiempo de Leon Isáurico eclipsó del todo la civilizacion romana.

Heraclio dejó dos hijos, Heraclio Constantino y Heracleonas: el primero de edad de veinte y ocho años, nacido en Eudoxia; el segundo de diez y nueve, teniendo por madre á Martina. Esta princesa, cuya ambicion aspiraba á gobernar bajo el nombre de su hijo, intrigó para hacer que se le confiriera la autoridad, alegando un testamento de su padre; pero conociendo el pueblo cuán mal estaria el cetro en manos de una mujer, cuando tanto se necesitaba de la espada, proclamó á Heraclio Constantino. Este, en sus primeras campañas habia dado pruebas de valiente; pero envejecido antes de tiempo, renegó de su pasado, y se entregó completamente á Filagro, su tesorero, cuya sórdida avaricia le sugirió los peores consejos. Obligó al patriarca Pirro á entregarle una considerable suma depositada en sus manos por el emperador difunto, para asegurar la subsistencia de su viuda, en el caso en que su hijastro la echara del palacio. Llegó hasta el punto de mandar abrir el sepulcro de su padre para arrancar de sus sienes la diadema ornada de pedreria con que habia sido sepultado. Quizá la venganza de la emperatriz abrevió los viles sufrimientos de aquel reinado imbécil y avaro, envenenándole á los ciento tres dias de ocupar el trono. Enseguida alejó del trono á Constante y á Teodosio, hijos del emperador difunto, para colocar en él á su hijo Heracleonas; pero al poco tiempo fué depuesto por el Senado, quien le mandó cortar la nariz, y á su madre la lengua, y desterró á ambos.

Constante II.—No por esto fué libre la eleccion del nuevo emperador; porque Valentin, escudero de Filagro, obligó á los senadores á elegir á Constante, de doce años de edad, y á que se le confiriera la regencia (octubre).

¡Desgraciadísimo reinado! Avanzando cada vez más los musulmanes, y haciéndose poderosos por mar, se apoderaron del Africa, luego de Arad y de Rodas. Mohaviah entró á sangre y fuego la Armenia; y envalentonado por la negligencia de los imperiales, se atrevió á pensar en apoderarse de Constantinopla. Mandó equipar en Trípoli una numerosa escuadra; pero en el momento en que se iba á hacer á la vela, dos cristianos, que eran hermanos hallaron modo de escaparse de la cárcel con otros y de prender fuego á las naves. En breve armó Mohaviah otra, y dirigiéndose á Siria, puso en derrota la escuadra mandada personalmente por Constante. Hubiera caido prisionero el mismo emperador á no haberse revestido generosamente un soldado napolitano con el paludamento, haciéndose degollar en su puesto, mientras él huia disfrazado á Constantinopla. Por su fortuna las disensiones que estallaron entre los árabes obligaron á Mohaviah á retirarse.

Por otra parte los eslavos invadieron el pais que de ellos tomó el nombre de Esclavonia, y para espulsarlos de allí hizo el usurpador esfuerzos infructuosos. Pero, más que todo esto ocupaba á Constante el deseo de propagar la heregia de los monotelitas, y así como su padre habia publicado la *Ectesis*, él, á instigacion de Pablo, patriarca de Constantinopla, publicó un *Tipo* ó formula de fe (648), con el que pretendia imponer silencio á las agitadas pasiones.

¿Era este el medio de conseguirlo? Con todo su poder resistieron los católicos una opinion falsa é impuesta por la fuerza. El emperador persiguió á aquellos que no le reconocian el derecho de mandar en las conciencias: condenó el papa Martin en el concilio Lateranense (649) la heregia, el *Tipo*, y á los patriarcas constantinopolitanos que sostenian este.

Pero el exarca Caliopa, hizo conducir al papa á Constantinopla, acusándole de tramas y de blasfemias; fué arrastrado por la ciudad, y últimamente confinado á Querson, donde murió á poco. Constante mandó cortar la lengua y la mano derecha al patriarca Máximo, que se habia declarado en favor del pontífice. Teodosio, su propio hermano, que se hacia amar del pueblo por su bondad y su ortodoxia, le inspiraba temores, tanto más vivos, cuanto que él se veia aborrecido. Hizo el emperador que se ordenara diácono, y le dió por su mano el cáliz sagrado; mas no tranquilizándole esto todavia, ordenó que se le degollara. Ya no le dejó un instante de sosiego el espectro de su hermano: creia verle por las noches sosteniendo en la mano un cáliz lleno de sangre que le presentaba diciendo: «Bebe.»

Para libertarse de estas visiones y del odio del pueblo, resolvió abandonar á Constantinopla, divulgando el rumor de que queria recuperar la Italia y restituir el águila latina á su antigua morada; pero en cuanto se embarcó el pueblo, que se veia arrebatar con su partida el esplendor y las ventajas de una capital, y al propio tiempo las distribuciones habituales de granos, se amotinó y detuvo á su mujer y á sus hijos. Tocante á él, libre con trabajo de sus guardias, se hizo á la vela, y al alejarse escupió contra la ciudad reina. Después de haber pasado el invierno en Atenas navegó hácia Italia, donde abordó al asomar la estacion florida (665), y fué el primer emperador de Bizancio que apareció allí al frente de sus tropas. Al principio le sonrió la fortuna en la guerra que hizo á los ducados longobardos del Mediodia; pero fué vencido á su vez tan luego como el enemigo pudo recibir socorros del pais superior. Desesperado de poder reconsquistar la península, se arroja en calidad de enemigo sobre Roma, aun cuando ella reconoce su autoridad; le roba en plena paz las obras de arte que los bárbaros habian respetado en medio de los estragos de la guerra; y aborrecido desde entonces en la antigua capital del mundo, escarnecido en la otra, se retira á Sicilia. Desde allí se pone á hacer el corso en la costa de Africa y amenaza á Cartago. Entonces Avages, gobernador de esta provincia, temiendo todavia más á los árabes que á los imperiales, se declara en rebeldia, y se incorpora á los musulmanes con parte de las tropas.

Siracusa, ascendida á la categoria de capital, la conservó por espacio de seis años; pero lejos de haber recuperado el brillo de la época de sus prosperidades, solo le cabia en suerte sufrir los caprichos del déspota. Por último, un dia que estaba en el baño le arrojó á la cabeza un cántaro de bronce, Andrés, hijo del patricio Trollo (668), y libertó á la tierra de un tirano que durante el trascurso de veinte y siete años habia aumentado más y más sus miserias.

Constantino III Pogonato.—Queriendo imitar Siracusa el ejemplo de las otras metrópolis, proclamó en tumulto al armenio Mazizis, quien no tenia más mérito que su gallarda apostura; pero Constantino III, hijo del emperador difunto y proclamado Augusto hacia catorce años, se habia enseñoreado ya del poder en Constantinopla. Vino con una escuadra á atacar á Mazizis, á quien derrotó y quitó la vida sin gran trabajo, y regresó á la ciudad del Bósforo, donde fué saludado emperador con el sobrenombre de *Pogonato*, barbudo, porque en el curso de esta espedicion, le habia despuntado el primer bozo.

¡Pero hasta qué estremo era llevada la mania de teologizar! Algunos comenzaron á discurrir que, puesto que la Santísima Trinidad contaba tres personas, tambien debia haber tres emperadores, y que Constantino debia agregarse por colega á sus dos hermanos Tiberio y Heraclio. Entonces Constantino invita á los principales caudillos del pueblo á dirigirse desde su campamento á la ciudad para ponerse de acuerdo, pero no bien han atravesado el estrecho, les ataca y alancea, enseguida manda que se corte la nariz á sus hermanos á fin de que no se piense más en elevarlos al trono, y acaba de sofocar aquella heregia política á fuerza de suplicios.

En esto los sarracenos, que habian hecho en Africa horribles estragos (672), saqueado á Siracusa y á toda la isla, llegaron á poner asedio delante de Constantinopla; pero el emperador, que no carecia de pericia militar, resistió con bravura, y ayudado del fuego griego, rechazó las naves musulmanas siempre que volvieron á la carga. Tambien fueron derrotados los árabes en Siria, inquietada además por los mardaitas. Dueños de los valles del Líbano, habian aumentado sus fuerzas, dando allí asilo á los cristianos que llegaban á buscar refugio desde todas partes, y habian ocupado todo el país entre Jerusalen y el Tauro. Mohaviah se vió obligado, de consiguiente, á consentir en una paz de treinta años, comprometiéndose á pagar un tributo de tres mil libras de oro, de cincuenta esclavos y cincuenta caballos. Los historiadores orientales guardan silencio sobre este tratado ó lo niegan como una baladronada bizantina; quizá debemos limitarnos á creer que Constantino obligó á los árabes á no arrojarse más sobre su imperio.

Otra nueva plaga fueron para él los búlgaros. Habiéndose separado á instigacion de Heraclio (630) de los ávares, con quienes habian hecho hasta entonces la guerra á Constantinopla, se agruparon, á semejanza de los ávares, entorno de diferentes caudillos; y uno de estos capitanes cayó con sus tropas sobre las fronteras septentrionales del imperio. Como encontrase poca resistencia, cruzó el Danubio (678), la Mesia Inferior, y quitó á los ávares el pais eslavo, que en lo sucesivo fué llamado Bulgaria. Después de haber opuesto Constantino vanamente la fuerza á sus ataques, se resignó á pagarle una asignacion cada año. Estos búlgaros formaban una tercera parte de su nacion; otros quedaron mezclados con los ávares, y los que habitaban más hácia Levante, se estendieron desde el Don al mar Negro y se reunieron con los cazaros.

6.º concilio ecuménico.—Menos aficionado Constantino á las sutilezas teológicas que sus antecesores, pensó sériamente en poner término á las discusiones por el único medio eficaz, la persuasion y la conciliacion (2). Convocó, pues, en el salon de la Cúpula (*in Trullo*), en Constantinopla, el sexto concilio general, que, habiendo examinado los textos de los Santos Padres, así como las falsificaciones, por medio de las cuales los habian alterado los sectarios, pronunció condena contra los que admitian en Jesucristo una sola voluntad y una sola actividad.

Concilio quinisexto.—Como no se habian hecho en este concilio ni en el precedente cánones de disciplina, se convocó otro en el mismo salon, que fué llamado *quinisexto*, como suplementario del quinto y del sexto. Su constitucion más importante es la que en la Iglesia de Oriente privó á los clérigos de la facultad de contraer matrimonio, después de haber entrado en las órdenes: era lícito á los que estaban casados continuar viviendo con sus mujeres, absteniéndose de ellas al aproximarse las grandes solemnidades, y obligando á los obispos á una continencia absoluta. Tal es aun la disciplina de la Iglesia griega.

Obispos *in partibus*.—Conservóse el título y la categoria á los obispos que, á consecuencia de las invasiones de los mahometanos, habian perdido ó no habian podido ocupar las sillas para las cuales habian sido nombrados. De aquí el orígen de los obispos *in partibus infidelium*. Este concilio no fué aprobado por el sumo pontífice.

Constantino pasó el resto de su reinado en paz interior, tanto como esterior, pero en los últimos tiempos se hizo receloso y cruel, y mandó dar muerte, en secreto, á sus dos hermanos (setiembre

---

(2) Bueno es tomar nota de esta declaracion de Gibbon, capítulo XLVI: «Los oscuros teólogos de Italia no tenian tropas para sostener su opinion, ni tesoros para comprar partidarios, ni elocuencia para hacer prosélitos: de consiguiente, no sé decir con qué astutos medios pudieron determinar al orgulloso emperador de los griegos á abjurar del catecismo de su infancia y á perseguir la religion de sus padres.» ¡Cuánta mala fé en estas pocas palabras!

de 685), ya mutilados de órden suya, luego murió de languidez después de haber gobernado diez y siete años.

Justiniano II.—Si habia proporcionado algun solaz al imperio, empeoró todo bajo su hijo Justiniano II, que de edad solamente de diez y seis años, tenia ya gran dosis de presuncion y muchos vicios, sin poseer valor ni talento. El patricio Leoncio hizo la guerra á los árabes con buen éxito; pero en la paz concedida á Abd-el-Malek, el emperador se obligó, dejándose llevar de la vanidad de recibir un tributo de califa, á oponerse á los maronitas del Líbano, mientras que hubiera debido sostener á todo trance aquel baluarte entre él y los musulmanes. Además, animado Leoncio de envidia contra Juan, príncipe de los maronitas, le convidó á un banquete en que le degolló, librando así á los mahometanos de su más formidable enemigo.

No tardó el califa en renovar las hostilidades. Habiendo atacado el Africa, consiguió arrancar esta provincia al imperio. Apoderóse igualmente de Chipre, donde mandó acuñar la primera moneda musulmana. Irritado Justiniano de este acto de soberania, como de una usurpacion, llevó sus armas contra Cilicia; pero la desercion de veinte mil eslavos le obligó á huir vergonzosamente á Nicomedia.

Poco antes habia hecho Leoncio la guerra con éxito á los eslavos (688); pero cayendo posteriormente en descuido, se habia dejado sorprender y vencer. Al llegar Justiniano á Nicomedia reunió á los ancianos, á las mujeres y á los hijos de los desertores, y los mandó tirar al mar con otros diez mil que le habian permanecido fieles. En suma, parecia no tener más intencion que estinguir todos los elementos de su poder.

Habiendo negado el papa Sergio su aprobacion al concilio quinisexto, mandó el emperador que se apoderaran de su persona, si bien le protegió el pueblo de Roma. Justiniano permitia á sus favoritos tomarse tales libertades, que el jefe de los eunucos, Estéban amenazó con un látigo á la emperatriz Anastasia, su madre. Su crueldad y su avaricia le inducian á derramar sangre á torrentes, y prodigaba el dinero que se proporcionaba de esta manera en edificios suntuosos: así construyó un espacioso salon de baile y un teatro, para cuya fabricacion hizo derribar una iglesia con grande escándalo del pueblo. Además se entregaba á un desenfrenado libertinaje. Conociendo el odio que inspiraba por esto, y juzgando después el peligro á que se hallaba espuesto, Justiniano dió al gobernador Ruscio la insensata órden de hacer, durante la noche, una matanza general de ciudadanos (695), empezando por el patriarca. El patricio Leoncio, víctima designada al hierro asesino, supo evitar el golpe. Alentado por los astrólogos, por el general descontento y por su propia ambicion, resolvió apoderarse de la autoridad. Hace empuñar las armas á sus guardias, entra en el pretorio fingiendo preceder allí al emperador, da libertad y arma á los presos, llama al pueblo á la insurreccion, y el grito de *muera Justiniano* resuena en toda la orilla del Bósforo. Abandonado el tirano, es sorprendido en su palacio y conducido al hipódromo, donde el pueblo pide su suplicio con grandes voces; pero Leoncio se contenta con mandar que se le corten la nariz y las orejas, confinándole luego á Querson, en la Crimea: tenia aquel veinte y cinco años y habia reinado nueve.

Ascendido al trono en su lugar Leoncio, envió al Africa el más fuerte ejército que habia puesto el imperio en pié de guerra hacia mucho tiempo. Sin embargo, dejó tomar á Cartago y aniquilar la dominacion romana en las playas en que Escipion la habia establecido ochocientos cuarenta años antes.

Tiberio III.—Temerosos entonces los jefes de castigos ó de censuras, se rebelaron y proclamaron emperador á un capitan de guardias, llamado Apsimaro, que tomó el siniestro nombre de Tiberio (698).

Este, sin detenerse un instante, condujo el ejército contra Constantinopla; aterrada por aquel imprevisto ataque y desolada por la peste, y si bien los ciudadanos estaban dispuestos á sostener á Leoncio, los guardias ausiliares abrieron al usurpador las puertas, y preso á su vez Leoncio, fué conducido delante de su rival afortunado, quien le mandó cortar la nariz y le encerró en un monasterio, después de un reinado de tres años. Siete duró el de Tiberio III. Su hermano Heraclio hizo con éxito la guerra á los árabes de la Capadocia y de la Siria; pero rivalizando en crueldad con los pueblos más bárbaros, pasaba á cuchillo á cuantos cogia.

Entretanto el destronado Justiniano no se dormia, y ejercia en Querson la tirania á que se habia acostumbrado en Constantinopla. Viendo que se habia enagenado la voluntad de la poblacion del pais, busca un refugio cerca del kacan de los cazaros, á quien da en matrimonio su hija Teodorá. Instruido Tiberio de sus manejos, hace prometer una suma considerable al kacan, quien se obliga á entregarle la persona de su suegro, y encarga á dos oficiales que se apoderen de él fingiendo tributarle homenaje, y que le lleven á presencia del emperador; pero Teodora, que columbra la trama, avisa á Justiniano, y éste degüella á los dos traidores, se embarca y naufraga. *Haz voto*, le dijo uno de sus allegados, *de perdonar á tus enemigos, si te salvas del peligro;* á lo cual respondió: *Ahógueme en este instante si perdono á ninguno de ellos.*

Vuelta de Justiniano II.—Arrojado hácia la embocadura del Danubio, busca un asilo cerca de Terbelio, rey de los búlgaros, á quien promete la mano de su hija y la mitad de los tesoros del imperio si le ayuda á recuperar el trono. El bárbaro pone á su disposicion quince mil guerreros, con los cuales se presenta de improviso bajo los muros de Constantinopla, donde entra por traicion (705).

Seducido el pueblo por sus promesas, le aclama. Tiberio fué preso y conducido al anfiteatro con el emperador Leoncio, y Justiniano asiste al espectáculo apoyando sus piés sobre el cuello de los dos infortunados, mientras el pueblo adulador clama con el Salmista: *Andarás sobre el áspid y sobre el basilisco, hollarás al leon y al dragon con tu planta.* Irritado Justiniano por el infortunio (3) manda decapitar á sus rivales, alancear á Heraclio que habia defendido el imperio, matar á los principales oficiales del ejército, sacar los ojos al patriarca Calínico, y tirar al mar á gran número de personas. *¡Y osaron los romanos llamar bárbaras á las demás naciones!* esclamaba Terbelio al ver tales atrocidades.

Este búlgaro profesaba, pues, odio y desprecio á aquel á quien habia elevado por dinero; así después de hacerse ceder parte de la Tracia, llamó al emperador para tener allí con él una conferencia, y poniendo en tierra su ancho escudo y haciendo en derredor una señal con su látigo, le ordenó que colmara de dinero aquel círculo, y que después llenase á cada soldado auxiliar búlgaro la mano derecha de oro y la izquierda de plata. Justiniano no tuvo más arbitrio que obedecer y tascar el freno. Habiéndose atrevido con posterioridad á declarar la guerra á los búlgaros, huyó vergonzosamente delante de ellos después de haber perdido su ejército, sin quedarle más que un esquife que le llevara á su capital.

Mejor supo hacer uso de sus armas para vengarse de una poblacion tranquila. Instruido de que Rávena habia manifestado alegria cuando fué depuesto, dió órden á la escuadra de Sicilia para que la atacara y la entrara á sangre y fuego: sus principales moradores fueron conducidos á Constantinopla y condenados á suplicios ó metidos en calabozos. Envió otro ejército á castigar á los habitantes de Querson por la traicion que habian preparado en contra suya. Acometidos de improviso fueron esterminados sin distincion ninguna; algunos de ellos, enviados á Constantinopla, fueron allí quemados vivos ó ahogados, á pesar de las protestas del papa arrancado tambien de su silla.

El patricio Estéban, encargado de esta espedicion, ó más bien de esta matanza, habia creido poder perdonar á los niños: pero Justiniano le envió inmediatamente nuevas órdenes á fin de que no dejara á un solo habitante de Querson con vida. La desesperacion hizo tomar las armas á un cierto número de infelices, y se apoderaron de algunas plazas fuertes; guiados por Filépico Bardanes, soldado de las tropas imperiales, desterrado á Cefalonia por Tiberio, para alejar no sé qué vaticinios de grandeza, rechazaron á las tropas enviadas contra ellos por Justiniano. Temiendo éstas la cólera del tirano, se pasan al bando opuesto, é incorporándose á Bardanes le aclaman emperador (711). Marcha sobre Constantinopla al frente de sus dos ejércitos, á los que se han reunido los cazaros, y hace allí su entrada sin descargar un solo golpe. Justiniano, que le aguardaba entre Cefalonia y Nicomedia, monta en cólera al saber su triunfo, y amenaza tomar venganza; pero sus soldados se sublevan y envian su cabeza á Filépico, quien la remite á Roma. Habia reinado esta vez seis años, dejando muy en zaga á los bárbaros más sanguinarios. A pesar de todo afectaba devocion, y fué el primero que puso la efigie de Cristo en las monedas imperiales. Se habia refugiado su hijo Tiberio en una iglesia, cargándose con todas las reliquias veneradas que allí habia; pero en vano invocó los nombres más sagrados al mismo tiempo que estrechaba una cruz en sus brazos: no pudo conjurar el golpe mortal, y con él acabó la raza de Heraclio, que habia ocupado el trono durante un siglo.

(3) Fué apellidado *Rinotmeta*, nariz cortada. Para cubrir su deformidad se habia mandado hacer una nariz de oro.

CAPÍTULO IX

EMPERADORES ISÁURICOS, 711-802 (1).

Filépico Bardanes.—Si el derecho hereditario daba tan malos jefes al imperio de Oriente, no se los proporcionaba mejores la forma electiva. Reanimadas fueron las controversias religiosas por Bardanes que, sectario ferviente del monotelismo, y á fin de que aboliera las condenas pronunciadas por el sexto concilio ecuménico, convocó un sínodo de obispos favorables á esta doctrina. Entonces los romanos negaron al nuevo emperador la obediencia y depusieron al exarca: hasta llegó el caso de esgrimir las armas, y no sin grandes afanes consiguió el pontífice, ausiliado por el clero, separar á los combatientes.

Entre tanto los árabes estaban en actitud amenazadora: bajo pretexto de vengar á Justiniano II invadieron los búlgaros la Tracia, aunque después de haberse adelantado hasta las puertas de Constantinopla, retrocedieron impunes y hartos de botin y de sangre. De esta suerte todo contribuia á que se aborreciera y despreciara á Bardanes. Finalmente, Rufo, uno de sus oficiales, ganado por los patricios Jorge y Teodoro, entra en el palacio en el momento en que el emperador dormitaba después de un opíparo banquete: le envuelve en su manto y le traslada en sus brazos al hipódromo, donde le sacan los ojos (3 junio de 713). Acto contínuo es enviado á un monasterio, para espiar allí un reinado de diez y siete meses.

Arroja de sí tan escasa luz la pomposa fraseología de los historiadores bizantinos, que no sabemos á qué se refieren cuando hacen mencion del *pueblo*, ni por quién era este representado bajo aquel despotismo. Quizá el fantasma del Senado recuperaba alguna autoridad en los interregnos, y de acuerdo con el clero, se apoyaba entonces en el asentimiento tumultuoso del ejército y de la plebe ciudadana.

Anastasio II.—El *pueblo*, pues, reunido en Santa Sofia, proclamó á Artemio, secretario de Estado. Tomó el nombre de Anastasio II, y al mismo tiempo que se aprovechaba de la traicion, condenó á Jorge y á sus cómplices á la pena impuesta á Bardanes. Instruido y esperimentado, se aplicó á restablecer la paz en la Iglesia, aceptando la autoridad de los seis concilios, y sometiéndose al papa.

Leon Isáurico.—Puso al frente de los ejércitos á un tal Leon, nacido en Isauria, de padres pobres, que se habian trasladado á la Tracia para hacer allí el comercio de bestias. Cierto dia obtuvo Leon de su padre permiso para llevar en persona quinientos carneros al emperador Justiniano II, el cual tenia suma necesidad de víveres. Tanto el hecho en sí, como los modales francos del mancebo, agradaron al príncipe, quien le colocó en sus guardias. Celoso y valiente hizo tales progresos en su carrera, que el emperador, concibiendo celos de él, le envió entre los alanos para impelerles á hacer la guerra á los ávares, acompañando este encargo de promesas tanto más generosas, cuanto que no pensaba cumplirlas. Leon salió airoso de su empresa; pero, habiendo encontrado, á su vuelta, destrozado el ejército romano, penetró con cincuenta alanos solamente en las montañas, reunió allí cuatrocientos fugitivos, puso en derrota á una division enemiga, se apoderó de algunos bastimentos, y volvió como por milagro á Constantinopla. Admirando Anastasio II su habilidad y su valor, le confió un ejército numeroso para defender el Asia Menor contra los sarracenos. Informado á este tiempo de que el califa Soliman habia hecho inmensas cortas en los bosques del Líbano, para equipar una poderosa escuadra, se apresuró el emperador á armar

(1) SCHLOSSER, *Gesch. der bildersturmenden Kaiser.*

otra capaz de hacerle frente, y confió el mando de ella á Juan, diácono de Santa Sofía.

Teodosio III.—Pero al llegar á Rodas se amotinan los soldados contra su caudillo y le dan muerte; desesperando luego de alcanzar perdon, declaran á Anastasio indigno del trono, proclaman, en su lugar, á Teodosio, oscuro recaudador de impuestos en Adramito de Anatolia y hacen que se vista la púrpura á viva fuerza (716).

Al saber esta noticia, fortifica Anastasio á Constantinopla, luego se refugia en Nicea de Bitinia; pero Teodosio llega á atacar la capital y se apodera de ella al cabo de seis meses de asedio; y Anastasio, bajo promesa de salvarle la vida, renuncia un trono que acaso hubiera ilustrado con sus virtudes. Teodosio III, á cuyas plantas llega á arrojarse en traje monástico, le confina á Tesalónica.

Quedábale un adversario más temible en Leon el Isáurico, que rehusando someterse á Teodosio, se disponia á sostener á su bienhechor, cuando el árabe Moslem, hermano del califa, deseoso de sembrar la discordia en el imperio, le escribió: *Digno eres de reinar; acude á nosotros, te alargaremos la mano, y ajustaremos una paz ventajosa para todos.* Leon se convino, y fué saludado augusto por los árabes (717). Enseguida aspiraron á cortarle la retirada, pero supo abrirse paso á la cabeza de trescientos valientes. Tambien le apoyaba el armenio Artavasdes, su yerno, que gozaba de gran concepto entre sus compatriotas; de modo que contando con fuerzas bien dispuestas y pertrechadas se dirigió á Nicomedia. Habiendo encontrado al hijo de Teodosio, lo venció y le hizo prisionero: luego marchó sobre Constantinopla, siendo saludado como emperador en todas partes. Teodosio, que habia admitido el cetro contra su voluntad, envió sin sentimiento al patriarca y á los principales senadores, para que se lo entregaran á Leon (mayo); enseguida se hizo ordenar sacerdote con su hijo y tornó á la oscuridad, de donde habia salido á pesar suyo. Retirado á un convento de Efeso, se dedicó allí á copiar, en letras de oro, los evangelios y los salmos, y en el momento de morir, quiso que se inscribiera sobre su tumba la palabra ΥΓΙΕΙΑ, *curacion.*

Abrióse delante de Leon victorioso, la puerta de Oro de Constantinopla, en medio de las ruidosas aclamaciones del pueblo, que sin desengañarse nunca en virtud de una larga esperiencia, cree siempre mejorar en cada nuevo reinado. Sin embargo, entonces habia motivos para esperar algo bueno: la bravura de Leon prometia un defensor valiente, y su laboriosidad un hábil administrador. Habia jurado en manos de los obispos respetar los decretos de los concilios y las decisiones de la Iglesia; pero el resultado estuvo muy lejos de corresponder á las esperanzas, pues quiso mostrarse heresiarca en un trono que habian perturbado ya tantos herejes.

Culto de las imágenes.—Sábese cuanto horror habia inspirado Moisés á los hebreos, respecto de toda representacion figurada, ora de hombre, ora de la divinidad, con intencion de precaverles contra su inclinacion á confundir la imágen con la cosa representada. Salidos de la sinagoga los cristianos, es probable que se abstuviesen, al principio, de representar á las personas que veneraban y á Dios; y no son pruebas suficientes de lo contrario las imágenes de que la tradicion habla en los primeros tiempos del cristianismo.

Pero ademas de lo natural que es al hombre el contemplar con respeto la semejanza de aquellos á quienes ha querido ó venerado, los romanos tributaban una especie de culto á los retratos de los emperadores vivos ó muertos, por lo cual los cristianos deseosos de hacer redundar en provecho de la verdad los instrumentos de la mentira, es probable que no tardaran en reproducir la efigie de Cristo y de los Apóstoles (2). A veces puede estraviarse la ignorancia vulgar hasta el punto de confundir con el original la copia, y adorar la que no tenia otro destino que elevar el alma al Criador; y por eso algunos padres y concilios reprobaron las imágenes, fuese efecto del carácter particular de aquellos ó del peligro especial que de estas resultase. No obstante, la Iglesia, que inmutable en cuanto al dogma, se doblega, por lo que respecta á los ritos y á la disciplina, á la conveniencia de los paises y de los tiempos, encontró inútil este rigor cuando cesó la razon que lo habia apoyado, esto es, el temor de la idolatria, de la cual no se divisaba la menor sombra en sus doctrinas.

Cuando se propagó el cristianismo, cuando ocupó los lugares en que dominaba el politeismo y convirtió á un uso sagrado las cosas profanas, se multiplicaron las imágenes del Salvador y de los santos, siendo á propósito las historias del Antiguo y Nuevo Testamento, para dar á las artes el pasto que hasta entonces les habia suministrado el gentilismo y cautivar las miradas de los bárbaros, á quienes la curiosidad de conocer la significacion de las pinturas hizo á veces elevarse hasta el conocimiento de las verdades morales del Evangelio.

Cuando Nestorio pareció ultrajar á Maria con negarle el título de la madre de Dios, fué representada en todas partes con el niño divino en sus brazos. Ciertas imágenes, *no hechas á la mano* (ἀχειροποιητὸς), adquirieron especialmente inmensa voga: tales eran el lienzo con que una mujer piadosa (3) habia enjugado el rostro del Redentor paciente, y el santo sudario en que fué envuelto exangüe, habiendo conservado ambos su imágen divina.

Dígase lo que se quiera, hasta el Norte hacia

(2) Véase tomo III, pág. 334.

(3) Φερον τχονα, *porta-imágen*, palabras de que la tradicion ha sacado una Santa Verónica.

uso de las imágenes antes de Carlomagno: y el venerable Beda, describiendo una iglesia anglosajona, edificada por San Benito en 680, se espresa de este modo: «Hermoseaban la nave las efigies de la Vírgen y de los Apóstoles: en el ala del mediodia estaban representados los principales pasajes del Evangelio; en el Norte las visiones del Apocalipsis... No podia entrar allí el más tosco aldeano sin sacar útiles enseñanzas, sin deleitarse en contemplar la dulzura de Jesucristo y las facciones de sus fieles siervos; ó bien estudiaba los sublimes misterios de la Encarnacion y de la Redencion, y el espectáculo del Juicio final le enseñaba á aplacar la justicia del Todopoderoso.» (4)

Habianse introducido en esto abusos como en todas las cosas humanas, tanto más fácilmente entre pueblos apenas salidos de la idolatria, que ya fuera bárbara ó culta, habia tomado por carácter la deificacion de la criatura. Indignado Sereno, obispo de Marsella, de ver confundido á menudo el signo con la cosa, hizo sacar fuera de las iglesias y reducir á polvo ciertos simulacros, que, no solo eran venerados, sino hasta adorados. Habiéndose informado de esto Gregorio Magno le escribió de esta suerte: «Alabo tu celo en estorbar que se adoren simulacros hechos por mano de hombres; pero en mi sentir, no debieras haberlos hecho pedazos, en atencion á que están colocados en las iglesias con el fin de que los que no saben leer vean en las paredes lo que no pueden aprender en los libros. Mejor hubieras hecho en conservar las imágenes, diciendo al pueblo que es un error adorarlas.» (5)

Aplicaba, pues, la Iglesia á este culto aquella justa moderacion que favorece el vuelo de las bellas artes, fascina la imaginacion, socorre á los espíritus contemplativos, mas sin caer en la idolatria. Pero el ignorante profeta de la Arabia habia proscrito toda imágen, tanto por atenerse á las ideas que habia copiado de los judios, como para estirpar de entre sus compatriotas todo gérmen de politeismo: sus sucesores las destruyeron donde quiera que llevaron sus armas: Yezid II prohibió á los cristianos tributarios suyos tenerlas en las iglesias, y Leon el Isáurico pudo ver los efectos de esta prohibicion cuando hacia la guerra en Asia. No hay, pues, necesidad de creer, como se cuenta, que en el tiempo en que guardaba los rebaños de su padre le habian presagiado los judios la más alta fortuna, á condicion de que destruyera lo que llamaban idolatria. Cuando posteriormente ascendió aquel al trono que hubiera sido locura esperar, ejerció la autoridad que se abrogaban sobre las cosas eclesiásticas los emperadores de Constantinopla, prohibiendo el culto de las imágenes (726).

Parece que en un principio se limitó á esto, dejándolas subsistir por otra parte, y queriendo solo que fueran colocadas á bastante altura para que no pudieran alcanzar á ellas los besos de los fieles; pero estas fueron órdenes, no una instruccion, y órdenes dadas sin que se consultara al sínodo. De aquí resultaron sérios rumores; se supuso que Leon procedia de este modo por inspiracion de los mahometanos y de los judios; que el deseo de convertirlos á la fe cristiana le determinaba á hacer esta concesion á su antipatia; rumores que, á semejanza de las que quedan mencionadas, dan testimonio de que la veneracion á las imágenes estaba muy arraigada y consentida. Aunque los prelados griegos se mostraban con bastante frecuencia sumisos á la voluntad imperial, entonces el patriarca German protestó contra este incompetente decreto, y escribió al papa así como á los demás obispos, apoyando el culto de las imágenes con razones, autoridades, y los muchos milagros que á ellas se debian.

Iconoclastas.—Mientras discutia la Iglesia, recurria el emperador á la fuerza y el pueblo á los motines. Agriado Leon en vista de tal resistencia, fulminó las órdenes más severas y quiso que fueran observadas. Mandó echar abajo un crucifijo, que se hallaba en el vestíbulo del palacio; opusiéronse á ello las mujeres, con súplicas primero, y como no consiguieran nada, dejaron caer de la escalera al ejecutor del decreto. Leon apaciguó el tumulto haciendo correr sangre, multiplicó contra los que resistian atroces suplicios y desterró al patriarca German. Estaba anexa al palacio una biblioteca de treinta mil volúmenes, cuya direccion tenian Lecuménico y otros con doce que enseñaban allí las ciencias sagradas y profanas á espensas del Estado. Por lo comun los emperadores no tomaban ninguna resolucion importante sino después de haber consultado á aquellos hombres ilustrados. Sin pedirles Leon su dictámen quiso que aprobaran lo que habia hecho; y no pudiendo inducirles á ello, hizo rodear de llamas el edificio, donde se quemaron los libros y sus guardadores. Estas eran las razones del Enrique VIII del Oriente. Ofendido el pueblo en sus más sagradas afecciones, alzaba por todas partes murmullos y vociferaciones contra el rompe imágenes *(iconoclasta)*. La Grecia y las Cíclades se sublevaron furiosas y proclamaron emperador á Cosma, y enviaron una escuadra contra Leon, cuyo valor reprimió la rebeldia, no el descontento. Donde quiera se multiplicaban la aflicion y las violencias: allí donde se presentaban los emisarios de Leon para derribar las imágenes, se armaba el pueblo de piedras y de cuchillos para defenderlas; pero el emperador queria ser obedecido; y cárceles y suplicios aguardaban á los recalcitrantes.

Dirigióle el papa Gregorio II dos cartas esponiéndole la doctrina de la Iglesia sobre este asunto; pero por toda respuesta duplicó el iconoclasta sus exigencias y amenezas. Acreditando Gregorio III el mismo celo con menos contemplaciones, le escribió tambien con más energico tono, hasta echarle en cara su presuncion ignorante y amena-

(4) Véase AB. WIREM. pág. 295; *Hom. in nat. d. Benedicti*, tomo VII, col. 565.

(5) *Epist.* VIII, 10.

zarle con ver sublevada á la Italia toda. «¿Por qué, le decia, no has consultado, como emperador y jefe de los cristianos, á las luces de hombres instruidos y espertos? Ellos te hubieran enseñado el motivo por que si prohibió Dios adorar las obras de los hombres, fué á causa de los idólatras que habitaban la tierra prometida. Dices que adoramos piedras, paredes, tablones. Solo la ignorancia te puede hacer creer esto, atendido que lo hacemos únicamente en memoria de aquellos cuyo nombre llevan estos objetos, presentándonos su semejanza, y á fin de elevar al cielo nuestro espíritu torpe y grosero. Dios nos libre de considerarlas como dioses, y de poner en ellas nuestra confianza; más decimos á la imágen de nuestro Señor: *Señor Jesús, socorrednos y salvadnos;* decimos á la de su santa madre: *Santa Maria, rogad á vuestro hijo que salve nuestras almas*; si es la de un mártir, decimos: *San Estéban, vos que derramásteis vuestra sangre por Jesucristo, y que podeis tanto con él, rogad por nosotros.*»

El sacerdote Jorge, que debia presentar esta carta, no tuvo valor para realizarlo y se volvió con ella. Gregorio queria deponerle, sino se hubiera resignado á llevarla; pero fué preso en el camino por los soldados imperiales, quienes le metieron en un calabozo, después de quitarle el pliego. ¿Y cuál fué la respuesta del Isáurico? *Enviaré á Roma gentes que derriben la imágen de San Pedro: procederé con el papa Gregorio como Constante con Martin, arrancándole de su sede cargado de cadenas.* Pero el papa le replicó: «Los pontífices son mediadores y árbitros de la paz entre Oriente y Occidente y no nos asustan tus amenazas. Estamos en seguridad á algunas millas de Roma. Fijas se hallan en nuestra humildad las miradas de las naciones: ellas veneran aquí abajo como á un dios al apóstol San Pedro, cuya imágen amenazais hacer pedazos. Los reinos más remotos de Occidente tributan homenaje á Cristo y á su vicario, y sólo tú eres sordo á su acento. Si persistes, sobre tí caerá la sangre que llegue á derramarse.»

El papa ya conocia que podia hallar apoyo entre las naciones nuevas contra la opresion del mundo antiguo; y apercibiéndose de las maquinaciones urdidas en contra suya, veló por la seguridad de su persona, al mismo tiempo qne informó á la Italia de cuanto acontecia. Lejos de obedecer al emperador contra el papa los pueblos de la Pentápolis así como los venecianos, se declararon por el culto de sus mayores, y cesó entre ellos toda sumision á las órdenes de Constantinopla. Haciendo uso el pontífice de sus armas, reunió á noventa y tres obispos de Italia, quienes fulminaron anatemas contra los que destruyeran, profanaran ó insultaran las imágenes santas (731).

Al saber estas noticias montó Leon en cólera, y no pudiendo nada entonces contra la vida de los rebeldes, les atacó en sus fortunas, aumentando en una tercera parte el tributo y la capitacion de Calabria y Sicilia, donde secuestró los dominios de la Santa Sede. Enseguida armó una escuadra numerosa para avasallar la Italia; pero la escuadra fué dispersada por una tempestad, y el emperador no se encontró en estado de oponerse á la independencia de aquel bello pais.

Mientras Leon perdia de este modo algunas hermosas provincias y sembraba en las otras disturbios, se envalentonaban los sarracenos. Aquel Moslem que le habia animado á apoderarse de la diadema, sorprendió entonces á Pérgamo, aunque sus moradores habian creido hacerse inespugnables degollando á una mujer en cinta, y metiendo sus manos en el agua en que habian puesto á cocer el feto (6). Constantinopla se vió enseguida nuevamente asediada por mil ochocientas velas y ciento veinte mil guerreros; pero violentas tempestades y el fuego griego destruyeron aquella formidable armada. De esta suerte se vió desembarazada la capital al cabo de seis meses, y la circunstancia de salvarse, á pesar de la pérdida de sesenta mil personas, se pudo considerar todavia como un señalado triunfo. Para vengarse el irritado califa mandó asesinar á todos los cristianos que se negaran á abrazar el islamismo, lo cual aumentó el número de mártires.

Durante estos disturbios, Sergio, gobernador de Sicilia, concibe el pensamiento de declararse independiente, haciendo proclamar emperador á un tal Tiberio; pero es vencido por Paulo, oficial del palacio, que mata al usurpador, y Sergio para salvarse se refugia en el pais de los longobardos. Anastasio, que habia pasado del palacio imperial á un convento, no supo permanecer allí tranquilo; habiendo tomado á sueldo un ejército de búlgaros, ensayó nuevamente la senda peligrosa del trono, si bien á la primera resistencia que esperimentaron los búlgaros le entregaron en manos de Leon, quien hizo rodar su cabeza juntamente con la de sus cómplices. Tambien fué apoyado por Soliman un pretendido hijo de Justiniano II, á quien se ciñó en Jerusalen la corona; pero el ejército griego le derrotó, y le dió muerte.

En suma, Leon, valiente y esperimentado en las cosas de la guerra y no menos sagaz en el gobierno, hubiera podido dar gran impulso al imperio griego, si él mismo no hubiera escitado en lo interior el descontento, y roto el vínculo que unia á las provincias aun existentes. Tuvo un hijo que recibió el nombre de Constantino, y fué apellidado Coprónimo, porque al celebrarse su bautismo habia manchado las sagradas fuentes. Hizo que se le coronara cuando aun estaba en la cuna; luego le dió por mujer la hija del kacan de los cazaros, que tomó en el bautismo el nombre de Irene, es decir, Paz.

Cazaros.—Estos cazaros, de nacion fínica, á quienes ya hemos mencionado muchas veces, eran designados á veces con el nombre de turcos orien-

(6) TEOF. CEDRENO, *ad. Leon.*

tales, gobernados por un kacan y por *begos* ó magnates. Habian intentado cruzar á través del Cáucaso desde el centro del Asia, aunque contenidos por los árabes, que guardaban las Puertas Caspias, torcieron hácia el Occidente y ocuparon gran parte de la Crimea (600), confinante con los eslavos establecidos entre el Dnieper y el Don, á quienes se obligaron á pagar tributo. Habiéndose adelantado todavia más al Poniente, restauraron el imperio de los ávares, y estendieron su dominacion desde los montes Cárpatos hasta el Euxino: deseosos no obstante de engrandecerse hácia Levante, hicieron con más éxito otra nueva tentativa sobre el Cáucaso y la Armenia, é invadiendo la Persia, alcanzaron allí señaladas victorias y un rico botin (626). De consiguiente, nada podia ser más favorable al imperio que la alianza celebrada por Leon, puesto que, acometiendo el kacan á los árabes, les apartaba del propósito de atacar á las provincias griegas, al mismo tiempo que los cazaros disminuian en número á causa de las guerras, y se civilizaban por el roce con otros pueblos.

Constantino IV, Coprónimo, 741.—Apenas murió Leon después de veinte y cinco años de reinado, Constantino su hijo se puso en marcha contra los árabes, pero mientras se ocupaba en combatirlos, su cuñado Artavasdes divulgó la noticia de que habia perecido en su espedicion, y se hizo proclamar augusto. Se ganó el aura popular declarándose celoso defensor de las imágenes, y el patriarca Anastasio, que en el reinado precedente se habia mostrado ardoroso iconoclasta, cambiando de opinion á cada momento, convocó al pueblo á Santa Sofia, y allí teniendo su mano encima del madero de la verdadera cruz, esclama: *Juro por el que murió en esta cruz, que Constantino me dijo un dia.—Creo que el Hijo de Maria no era más que un hombre, y que Maria le dió á la luz del mundo del mismo modo que á mí me parió mi madre.* Horrorizado el pueblo al oir tal blasfemia maldijo á Constantino; pero sostenido éste por el ejército en que habia gran número de iconoclastas, volvió, y entonces tuvo principio una encarnizada guerra, tanto más cruel cuanto que era al propio tiempo civil y religiosa (7), si bien acabó aquel por encerrar á sus enemigos en Constantinopla, á quienes redujo tras de una larga hambre (743). Abandonada fué la ciudad á la codicia é impiedad de los vencedores. A Artavasdes le sacaron los ojos, como igualmente á sus dos hijos Nicéforo y Nicetas. Sus parciales fueron mutilados ó desterrados: se condenó á ser azotado al patriarca Anastasio, paseándole por la ciudad sobre un asno con el rostro vuelto hácia la cola, y conservándole á pesar de todo en su silla, porque al decir de Cedreno, no se encontró otro peor para que le sustituyera.

Entonces Constantino volvió contra los árabes, en el momento en que habian venido á las manos los Ommiadas, los Abasidas y los Siitas; y favorecido por las circunstancias alcanzó ventajas sobre el enemigo, se apoderó de Germanicia en Siria y de otras plazas fuertes: habiendo sorprendido después á la escuadra dirigida sobre Chipre por los sarracenos, la echó á pique (746). Aquel hubiera sido el momento de llevar adelante las victorias, pero le sobrecogieron prodigios espantosos. Terremotos espantosos asolaron el Asia y sepultaron á muchas ciudades. Estuvo oscurecido el sol desde el dia 4 de agosto hasta principios de octubre, hasta tal punto que apenas se distinguia el dia de la noche: un invierno estraordinario en aquellos climas heló los dos mares hasta cien millas de distancia de la costa, y la nieve se alzó á veinte codos sobre esta costra helada; luego en la época del desleimiento, inmensas moles de flotantes témpanos llegaron á batir los muros de Constantinopla (8). Por último se descubrió un cometa en forma de viga inflamada, durante diez dias al Occidente, y durante veinte y uno al Levante, con grande espanto del vulgo y singular sorpresa de los pobres cronistas que se titulaban historiadores.

Mayores estragos fueron aun producidos por la peste, que después de haberse declarado en Calabria, donde fué mortífera hasta lo sumo, se derramó por Sicilia, Grecia, por las islas Egeas y Constantinopla, á la cual desoló por espacio de tres años.

Constantino habia dirigido una nueva espedicion á Armenia, cuando fué llamado por una irrupcion de búlgaros en la Tracia. Al adelantarse en contra suya le sorprendieron y derrotaron en un desfiladero. Vuelto á la carga, les venció á su vez sin perder á uno siquiera de los suyos, lo cual hizo dar á esta campaña el nombre de *guerra nóble.* Elerico, rey de los búlgaros, sospechando de si seria debida á la traicion tan fácil victoria, recurrió al artificio, y escribió al emperador manifestándole, que cansado de guerra queria abdicar y vivir como simple particular en Constantinopla. En su consecuencia, le rogaba que le indicase las personas de su córte de que convendria fuese acompañado. Satisfecho el emperador, y considerando Elerico delincuentes de inteligencias con él á los que le designó, les hizo morir á todos.

Adelantábase Constantino con ánimo de tomar venganza de semejante agravio, cuando atacado en el camino por el carbunclo pestilencial murió después de haber reinado veinte y cuatro años (14 setiembre de 775). Príncipe valeroso, supo defender el imperio contra los diversos enemigos que le

(7) «La mas feroz que ha tenido lugar desde que el mundo es mundo» dice Cedreno *ad ann. I Const.* autor tambien del relato precedente.

(8) Teofil. ad *am Const.* 23 y 24. Este acompañado de treinta personas, atravesó el Helesponto, caminando sobre hielos flotantes.

atacaron, y se mostró moderado y prudente en sus actos. Sin embargo, le califican los escritores de disoluto hasta el esceso; le pintan cubierto de úlceras vergonzosas, y tan degradado en sus deleites, que se frotaba el cuerpo con inmundicias, y obligaba á sus cortesanos á hacer otro tanto: brutal con los que le rodeaban hasta el punto de darles golpes, y asustadizo en presencia de fantasmas que se le aparecian en sueños. Exageraciones procedentes sin duda de que persiguió cruelmente á ejemplo de su padre á los que se negaron á someterse al edicto que prohibia honrar á las reliquias y á los santos. Tambien prohibió abrazar la vida monástica, y confiscó las casas religiosas, obligándo á los monges á casarse con insultante boato, haciéndoles quemar la barba, y obligándoles á pasear por el hipódromo con mujeres del brazo. Tornó á poblar á Constantinopla, destrozada por la peste, llamando á su recinto colonias de iconoclastas, y reunió bajo la presidencia de Teodosio, arzobispo de Efeso, un concilio de sacerdotes inficionados con la heregia (754), quienes declararon falsa la doctrina católica concerniente á las imágenes. Vióse, pues, entonces renovarse la atrocidad de los suplicios y la constancia de los mártires. Los monges de Monte Santo y Estéban de Auxencia especialmente, sufrieron tanto el juicio como los tormentos y la muerte, más bien que renunciar á este culto. Todavia opusieron mas enérgica resistencia á las órdenes de este emperador los italianos; de donde provino la destruccion de la dominacion griega, y el origen del poder temporal de los papas en la Pentápolis, segun veremos más adelante.

Leon IV, Cazaro.—Leon, hijo de Constantino, apellidado el Cazaro á consecuencia de la nacion á que pertenecia su madre, fué asociado al imperio cuando apenas contaba un año. Gobernó después solo á la muerte de su padre, y en breve tomó por colega á su hijo Constantino. Para asegurarle la corona, recurrió á los ritos más adecuados para ligar la conciencia y herir la imaginacion de los griegos, haciendo prestar á los grandes y al clero, sobre el madero de la verdadera cruz, el juramento siguiente: *Por nuestra fe en Jesucristo, velaremos por la seguridad de Constantino; espondremos en su servicio nuestra vida, le seremos fieles así como á su descendencia.* De órden suya fué depositada el acta de este juramento en el altar de Santa Sofia. Con esto aspiraban los emperadores á evitar los disturbios que á cada sucesion al trono conmovian el imperio, al cual no hubiera proporcionado sosiego ni aun la servidumbre. Aun entonces Nicéforo, cuñado de Leon, intentó trastornar el Estado, si bien fué descubierto. Como se exhortara al emperador para que le condenara á muerte en union de su hermano, que no se habia hecho complice suyo, aunque le amaba en estremo, respondió: *Al revés, perdono á Nicéforo culpable por Cristóbal inocente*, y le confinó á Querson.

Leon hizo con algun éxito la guerra á los árabes, quienes en venganza destruyeron las iglesias de Siria; pero debió hallar un consuelo en la conversion de Elerico, rey de los búlgaros, que se dirigió á Constantinopla para recibir allí el bautismo. Leon le concedió el título de patricio, con la esperanza de tranquilizar de este modo á sus inquietos vecinos.

Sin embargo, el mismo Leon hizo renacer disturbios en el pais (779), mostrándose á su vez hostil al culto de la Vírgen y de los santos, y habiendo hallado en el oratorio de su mujer Irene algunas imágenes piadosas hizo morir en medio de atroces tormentos á los que se la habian proporcionado, y no quiso partir más con ella su lecho. Se creyó ver el dedo de Dios en lo que le aconteció cuando tuvo el antojo de hacer quitar del altar de Santa Sofia una corona enriquecida con piedras, regalo del emperador Mauricio. Apenas la ciñó á sus sienes, se le señalaron en la frente manchas lívidas y pestilenciales, y murió el mismo dia (8 setiembre de 780).

Constantino V, Porfirogénito.—Habia tenido de Irene á Constantino, apellidado *Porfirogénito*, porque nació cuando su padre estaba ya revestido con la púrpura. Tampoco empezó el reinado de este príncipe sin grandes vaivenes, porque muchos senadores unidos á otros personages ilustres, urdieron una trama en favor de su tio Nicéforo que ya habia intentado enseñorearse del poder, segun llevamos dicho. Pero habiendo descubierto Irene la conjura, castigó á los delincuentes con azotes y con el destierro; á fin de estirpar el mal en su raiz, obligó luego á todos los hermanos de Leon á recibir las órdenes sagradas, y á administrar la Eucaristía al pueblo en las fiestas de Navidad.

Tambien se rebeló en la Sicilia el gobernador Elpidio, seducido acaso por el ejemplo del resto de Italia, si bien tuvo que refugiarse entre los moros de Africa por haberle espnlsado de la isla el patricio Tiberio: habiéndole proclamado aquellos emperador, produjo tal espanto, que Irene se resignó á entrar con él en negociociones y le señaló una subvencion anual. Trató ésta igualmente con los árabes que se habian hecho dueños de la Grecia y del Peloponeso, y les confirmó estas posesiones á costa de un tributo.

Por este tiempo Carlomagno se engrandecia en Occidente, y entre él é Irene se trató de un parentesco que reuniese ambos imperios. El eunuco Eliseo, enviado por ella á la córte del rey franco, permaneció allí instruyendo en el idioma y en los usos griegos á la princesa Rotrudis, que habia sido prometida en matrimonio á Constantino. Sin embargo, Irene faltó al convenio y obligó á su hijo á casarse con la armenia María, quizá enojada porque Carlomagno se habia apoderado del ducado de Benevento, quitándoselo á los longobardos, á pesar de que ella lo habia tomado bajo su patrocinio. Muy en breve se cansó Constantino de la mujer que le habia sido impuesta, y tomó aversion á su madre. Descontentos los cortesanos de ver la auto-

ridad en manos de una mujer que sabia ejercerla, le repetian que era tiempo de sacudir la tutela y de tomar de hecho el gobierno con que estaba investido de nombre. Decidióse, pues, á ello, y empezó por querer sorprender á Saturacio, primer ministro de Irene. Oyólo Saturacio, é informó de ello á la emperatriz, que condenó á todos los cómplices de Constantino á la pena de azotes y al destierro. Su hijo fué confinado á un aposento del palacio, y el Senado y el ejército se vieron obligados á reconocerla por única soberana.

Algunas legiones que tenian sus cuarteles en Armenia, se negaron á someterse, y su ejemplo arrastró á las demás, proclamando á Constantino todas ellas (790). En vista de esto, su madre no tuvo más arbitrio que restituirle la libertad. Reintegrado el emperador en el poder devolvió á sus parciales sus empleos, y desterró á Saturacio con todas las hechuras de su madre, después de haberles mandado azotar por las calles de la ciudad. Además, mandó llevar á Irene con un rigor respetuoso á un palacio que ella habia construido y atestado de tesoros. Pero á su regreso de una espedicion contra los búlgaros, restituyó á su madre una autoridad que tan perfectamente sabia emplear en provecho del Estado.

Entonces, lisonjeado por felices pronósticos, marchó de nuevo contra los búlgaros, pero perdió en esta espedicion la flor de sus soldados y oficiales. Hízole suspicaz la vergüenza de su derrota, y mandó sacar los ojos á Nicéforo, á sus demás tios y á Alejo Mosolo, comandante de las legiones de Armenia. Estas legiones, que habian negado constantemente la obediencia á Irene para favorecer á Constantino, se declararon en abierta rebeldia (795), derrotaron y cegaron á los oficiales enviados contra ellas, viéndose recompensadas tan inícuamente. Llegando el emperador á atacarlas en persona, las puso en derrota, mandó ejecutar á todos los oficiales, y llevó a los soldados encadenados á Constantinopla, desde donde fueron diseminados en las islas.

De esta manera socavaba los cimientos de su poder. Regocijóse la ambiciosa Irene de ver la destruccion de aquellos tenaces enemigos, y para hacer odioso á su hijo, le aconsejó repudiar á Maria, á quien amaba poco, para casarse con Teodeta, una de sus damas. Entonces empieza á discutir el clero sobre la validez del contrato y sobre la del divorcio. Desciende la division hasta las filas del pueblo, é iba á sacudir todo yugo cuando sobrevinieron los búlgaros y los sarracenos. Unos y otros fueron rechazados; pero Irene conspiró con los principales oficiales para deponer á Constantino, quien, preso por estos últimos en el momento en que huia de Constantinopla, fué privado de la vista de tan mala manera, que á los pocos dias murió (19 de agosto de 787). Dos de sus tios, que se habian refugiado en Santa Sofia, fueron confinados á Atenas, y muertos al poco tiempo en un tumulto que querian suscitar. Con ellos acabó la raza de Leon el iconoclasta.

Irene.—Irene, la primera mujer que ocupó en su propio nombre el trono de los Césares, se concilió la voluntad del pueblo favoreciendo el culto de las imágenes. A instancias del patriarca Tarasio, habia convocado un concilio, al cual debian asistir los legados del papa Adriano; pero fué dispersado por el ejército que estaba en favor de los iconoclastas.

VII Concilio general.—Cuando se apaciguó el tumulto, la emperatriz reunió en Nicea hasta trescientos setenta y siete obispos (24 setiembre 787), que aceptaron los seis concilios generales, rechazando el de los iconoclastas convocado por Constantino. Espresaron su decision de este modo: «Sean espuestas las santas imágenes pintadas ó esculpidas, del mismo modo que la cruz en las iglesias, sobre los vasos y ornamentos sagrados, en las paredes, en las casas, en las calles, porque esto nos recuerda y nos induce á amar á Jesucristo, á su madre, á los apóstoles y á los santos. Ríndase á éstos el saludo de honor, no la adoracion debida solamente á la naturaleza divina. Se quemará incienso y se encenderán antorchas delante de las imágenes, como se hace con la cruz, con los Evangelios y con las demás cosas sagradas; porque el honor que se tributa á las imágenes se refiere á aquellos á quienes representan. Tal es la doctrina de los Padres y la tradicion de la Iglesia católica.»

Favorable al culto de las imágenes, fundadora de monasterios y hospitales, piadosa en las prácticas esteriores, no causa estrañeza que Irene haya sido encomiada por los autores eclesiásticos como una nueva Elena, no obstante que su ambicion la arrastró á dar muerte á su hijo y maltrató á sus cuñados. Es verdad que comunicó actividad al comercio, emancipó de un tributo anual á los ciudadanos y se aplicó incesantemente al alivio del mayor número. Burlándose los sarracenos de un imperio gobernado por una mujer, se presentaron armados delante de las puertas de Constantinopla, y tomaron la vuelta cargados de botin. No contento su favorito Saturacio con el segundo lugar aspiró al primero: habiendo sido desbaratados sus proyectos, para castigarle se limitó á prohibir que le visitara persona alguna: y tanta bondad le conmovió hasta el punto de morir de pesadumbre.

Carlomagno envió á Irene una enbajada solemne anunciándole su coronacion como emperador de Occidente (800), y le propuso sellar una paz duradera entre ambos imperios, dándole su mano. Sonrió la proposicion á la emperatriz; pero pareció á los eunucos que seria cobarde reconocer una usurpacion de este modo; y principalmente Aecio, eunuco omnipotente, que se habia propuesto unir con Irene á Leon, su propio hermano, gobernador de la Tracia y de la Macedonia. Este Leon tampoco convenia á los magnates, quienes temerosos de que Aecio realizara sus planes, fijaron sus ojos en Nicéforo, patricio opulento.

Nicéforo.—Entonces divulgaron la noticia de que Irene se queria casar con Carlos y trasladar á Occidente la sede del imperio, dejando que Bizancio

volviera á ser lo que era antes de Constantino. Después de enagenarle los ánimos á beneficio de estos rumores y con otros más, asaltaron el palacio de Irene, y condujeron á Nicéforo á Santa Sofia (31 octubre de 802), donde fué coronado en medio de los aplausos de los nobles y de las imprecaciones de la muchedumbre. Nicéforo se mostró respetuoso respecto de Irene, hasta el momento en que reveló el sitio donde habia depositado sus tesoros. Violando entonces su solemne promesa la confinó á un monasterio, y luego á Lesbos, donde murió de pena (803) (9).

(9) Ἐκ λύπης καὶ ἀθυμίας. CEDRENO.

CAPÍTULO X

FRANCOS.

MAYORDOMOS DE PALACIO, 614-715.

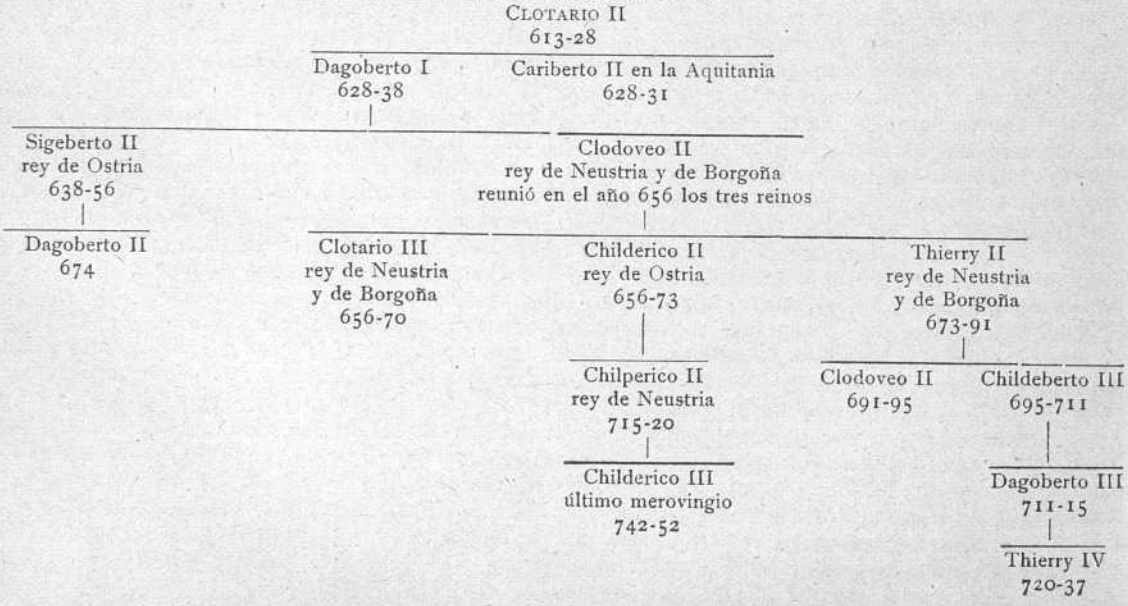
La adúltera Basina, mujer del rey de los turingios (1), la primera noche en que participó del tálamo que habia de hacerla madre de Clodoveo, le dijo: *Guardemos continencia: levántate y cuenta á tu sierva lo que veas en el patio de palacio.* Con efecto, habiéndose levantado, vió leones, unicornios, leopardos juguetear saltando, y volvió á decírselo á su compañera. *Vé y mira de nuevo,* repuso ella, *y luego instruye á tu sierva.* Por segunda vez salió de su aposento y vió osos y lobos. Su tercera vision le ofreció el espectáculo de gozquillos y de bichos abyectos. Entonces Basina le habló de esta manera: *Todo cuanto acaban de ver tus ojos es la verdad pura. De nosotros nacerá un leon: sus valerosos hijos están figurados en el leopardo y el unicornio. Con el tiempo ellos engendrarán á su vez lobos y osos valientes y voraces. Después los últimos serán perros; y la turba de bestias indica á aquellos que han de maltratar al pueblo no defendido por sus reyes* (2).

De esta suerte la Edad Media, traduciendo en su estilo las ideas en predicciones y en hechos, indicaba la degeneracion progresiva de los Merovingios (3), que después de haberse engrandecido con

(1) Véase pág. 114.

(2) Epístola de Gregorio de Tours, *Script. Fr.*, II, 397.

(3) GENEALOGIA DE LOS ÚLTIMOS MEROVINGIOS.



Clodoveo, veremos declinar con Clotario II y Dagoberto I, y luego bastardearse en sus sucesores para ceder el puesto á una raza mejor.

Clotario II, 613.—Habiendo reunido Clotario II los cuatro reinos francos de Neustria, Ostria, Borgoña y Aquitania, hubiera podido reparar una larga paz las fuerzas del pais; pero por el contrario todo propendia á agotarlas. Era la dominacion de los Merovingios un tránsito de la barbarie al órden: para el porvenir no habia echado ningun cimiento. Algunos Estados se habian formado con la mezcla de los indígenas y de los invasores: luego el uno habia avasallado al otro, sin que fuera posible establecer ninguna distincion política ó de raza. Fuera los estrechaban aun los turingios, los bávaros, los alemanes, alternativamente vencedores ó vencidos, aunque indómitos siempre: no se cansaban los frisones y los sajones de hacer la guerra á la Ostria: los bretones y los pueblos de la Armórica, á la Neustria: en la Provenza, en la Narbonense y en la Aquitania, aspiraba la poblacion romana á hacerse independiente: y las ciudades, que habian conservado un resíduo de instituciones municipales, oponian sus ligas á las armas de los francos.

El establecimiento de estos conquistadores en las Galias habia alterado en ellos los hábitos de la libertad germánica, disminuyendo los hombres libres en número é importancia, al propio tiempo que cesaban las asambleas generales. Habia escluido el clero á los seglares de la eleccion de los obispos; pero estos nunca alcanzaron en las Galias tan inmenso poder como en España, refrenados como estaban por los reyes, de quienes recibian en su mayor parte la investidura, y escogidos á menudo entre la raza conquistadora, sin tener más mérito que saber hacer la corte al soberano y agradarle. Era reconocida la supremacia romana; pero distante el pontífice y en lucha con los sofistas y los fuertes, habia delegado gran parte de sus poderes al obispo de Arlés, haciendo de este modo más escasas sus relaciones con esta monarquia, que habia educado en la cuna.

Esforzábanse los reyes por hacerse herederos del imperio romano y por robustecer su propia autoridad sobre los restos de éste. Pero su cualidad originaria de ser los primeros entre sus iguales, les impedia de todo punto constituirse en centro de aquel gran movimiento, y elevarse en medio de la multitud de grandes propietarios entre quienes se hallaba repartido el territorio.

Hasta esta misma aristocracia carecia del vigor necesario para dominar sobre la sociedad nueva, porque no habia comun acuerdo entre sus filas más que para restringir las prerogativas reales. Ya sus miembros habian obligado al fisco á hacer liberalidades numerosas: los beneficios, los honores se convertian de revocables en vitalicios: posteriormente el tratado de Andelot (587) permitió á los leudos hacer hereditarias las tierras donadas á título remuneratorio. De tal modo prevaleció la aristocracia territorial, que Brunequilda, que quiso ponerle diques, cayó víctima de la guerra que estalló entre los señores y el monarca (614). Clotario II mandó restituir los bienes que ella habia adjudicado á la corona, y estendió el tratado de Andelot á la Neustria. La aristocracia, viendo legitimadas sus usurpaciones, hallándose establecida en dominios distantes, y temerosa de que si se presentaba, pudiesen los reyes debilitar su ambicion ó reprimir su rapacidad, no asistia ya á las asambleas nacionales; tampoco asistia la masa de los hombres libres, cada vez más pobres, y ocupados en proveer á sus necesidades: faltaba, pues, la base de las constituciones germánicas, y á los desiertos campos de Marzo ó de Mayo no concurrian sino los empleados de palacio y algunos leudos de los más poderosos.

Habiéndose aumentado el poder de estos, no quedaban á los pequeños propietarios para libertarse de la opresion más que dos caminos: ponerse bajo el patrocinio de los leudos, declarándose sus vasallos y obligándose al servicio militar con ellos; ó si poseian un dominio suficiente, convertir sus alodios en beneficios, y previo el homenage al rey, ingresar tambien ellos de este modo en la clase de los leudos.

Guerra.—El leudo tenia obligacion de empuñar las armas siempre que el monarca enarbolaba la capa de San Martin, y todo propietario debia suministrar víveres á su contingente, como tambien municiones para los almacenes. Por el salario suplian ventajosamente el botin y los prisioneros: los leudos más ricos y los empleados de su casa servian á caballo: todos los demás á pié. En lo concerniente á la guerra, disfrutaba el rey de una autoridad ilimitada, por ser el servicio militar la primera obligacion inherente al beneficio, y envolver la negativa al uno la pérdida irremisible del otro; pero, cuando en tiempo de paz llegaron á convertirse los leudos en grandes propietarios, prevaleció esta condicion sobre la de ser compañeros del rey, hasta tal punto que, separándose de su lado, se ligaron entre ellos.

Esta organizacion imperfecta se hallaba grandemente modificada por los elementos que en ella habian depositado las civilizaciones romana y germánica en diferentes grados. Los francos de Ostria, dejando sus escursiones, habian echado raices en las orillas del Rhin, del Mosela y del Mosa; pero inmediatos como estaban á la antigua Germania, habian conservado mucho de su índole. Todavia salian algunos de ellos por bandas para ir á saquear la Italia ó el Mediodia de la Galia; á la par que otros, deseosos de órden y de instituciones nuevas, se fortificaban dentro de sus castillos, asociando de un modo enérgico y original el espíritu turbulento de los conquistadores con la estabilidad de los propietarios. Al revés, los de Neustria, establecidos en el corazon de las Galias se enervaban en la paz, y por lo mismo consideraban como bárbaros á sus belicosos hermanos.

Mayordomo.—Ya los emperadores romanos habian hecho títulos de honor de los diferentes servicios de la casa imperial, sin escluir los más abyectos. Imitado fué su ejemplo por los reyes germánicos, cerca de los cuales la dignidad adquiria igualmente su brillo en la adhesion á la persona del soberano. Aquél que era grande dentro de palacio, era tambien grande á los ojos del pueblo. Los ministeriales ó servidores del rey estaban bajo las órdenes de uno de ellos llamado mayordomo, que los mandaba en tiempo de guerra, y dirigia en tiempo de la paz la administracion de los dominios particulares del monarca. Cuando estos empleados llegaron á ser hombres libres, subió de punto la importancia de los mayordomos, y todavia más cuando comenzaron los reyes á distribuir terrenos en feudo. Entonces hubo de entenderse el mayordomo con los que tenian que recibir la investidura, y frecuentemente él era el que arreglaba la infeudacion. De este modo vino á ser el primero entre los leudos, su juez durante la paz y su caudillo en la guerra. Como posteriormente aspiraban á ponerse bajo la proteccion del rey todos los hombres libres, tambien tuvo que ser juez de los leudos, juez del pueblo.

Cuanto más se aumentaba su influjo más codiciado era el empleo de mayordomo, llegando á ser privilegio de las principales familias, que añadieron su importancia personal á las atribuciones cada vez más estensas de este empleo. Disponiendo desde entonces los mayordomos de los beneficios á su antojo, se proporcionaban de esta suerte un grande influjo, y se hacian parciales y clientes entre los principales beneficiados. Como en los frecuentes cambios de reinado corrian estos riesgo de verse desposeidos de sus tierras, hicieron de modo que el mayordomo no fuera del rey, sino del reino, á fin de que al mudar el uno continuara el otro en su puesto. Luego que lo hubieron conseguido gozaron en seguridad de sus posesiones; y el mayordomo, jefe de la más poderosa parte de la nacion, inamovible en medio de las mudanzas del poder real, aflojaba diariamente los lazos de su independencia respecto de éste, hasta que los grandes acabaron por atraer á sí la eleccion de este dignatario, sin que el soberano tomara parte en ella con su voto, ni aun siquiera con la investidura. A instancias de los grandes, juró Clotario II no remover nunca á Varnacario del empleo de mayordomo del reino de Borgoña (15 octubre de 614), ni á Rodon del de la Ostria: y finalmente hizo lo propio respecto del de Neustria (4).

De electiva que era esta dignidad, no tardó en convertirse en inamovible y hereditaria, teniendo interés los grandes en sustituir al que moria con un miembro de la misma familia, que les conservara sus beneficios como á clientes. Hé aquí, pues, un empleo de palacio convertido en dignidad del Estado, hereditario y poderoso en estremo. El lugarteniente del rey vino á ser general del ejército; el juez de palacio figuró como gran justicia del reino, y acumuló asi en su persona los poderes que se escapaban de la débil mano de los príncipes. Solo una cosa faltaba á todos los mayordomos, y era que uno solo reuniera en sí estas funciones respecto de todas las partes del reino.

Contribuyó á consumar la revolucion la menor edad de los reyes, porque en el trascurso de ciento catorce años (638-752) solo uno ó dos llegaron á la edad, pero no al juicio viril. Por eso la historia los designa con el nombre de *reyes holgazanes*. La firmeza de los mayordomos contrastaba con su debilidad siempre en aumento. Teodeberto II habia elevado á este puesto en la Ostria á Arnulfo que, vástago de una noble familia galo-romana, habia adquirido por su talento y por su sabiduria crédito y poder, hasta que se retiró completamente de los negocios públicos y fué nombrado obispo de Metz, su patria.

Pepino el anciano.—Tenia por deudo y amigo á Pepino, hijo de Carloman, de una familia ostriana, que, propietaria de grandes dominios junto al Mosa, poseia alli el castillo de Landen. Después de haberse señalado personalmente por sus virtudes, su sincera piedad y su mérito, fué contado como el precedente entre el número de los santos.

Por consejo de Arnulfo y de Pepino se habian determinado los señores de Ostria á conferir la corona á Clotario, rey de Neustria (613). Poseido de gratitud respecto de ellos, les daba testimonio de respeto y accedia á sus deseos de buen grado. A instancias suyas convocó en Paris á los principales leudos y á los obispos de los tres reinos, para poner remedio á las disensiones que destrozaban el Estado. En aquel campo de Marzo los señores, á quienes su union hacia preponderantes, no pensaron más que en consolidar su autoridad. Restituyó el fisco los bienes arrebatados á los vasallos por Brunequilda en las guerras civiles; fueron abo-

---

(4) Se halla el mismo empleo entre los anglo-sajones. Véanse PHILIPS.—*Englische Reichs und Rechtsgeschichte*, Berlin, 1828. II, 8, 9. Sismondi, en su *Historia de los franceses* y en la de la *Caida del imperio romano*, ha deducido la palabra mayordomo de *mord* y *dom*, juez del asesinato, como si éste hubiera sido un magistrado elegido por el pueblo para proteger sus franquicias contra el monarca; suposicion que carece de todo fundamento.

Además de los precitados autores, pueden consultarse PERTZ, *Gesch. des Merovingischen Hausmeister*, 1819.

GOUYE DE LONGUEMARE.—*Disertacion sobre la cronologia de los reyes Merovingios desde la muerte de Dagoberto I hasta la consagracion de Pepino*. Paris, 1756.

SCHMIDT.—*Gesch. von Frankreich*, Hamburgo, 1835.

LEHUEROU.—*Historia de las instituciones merovingias y carlovingias*. Rennes, dos tomos.

Y entre los escritores antiguos: FREDEGARIO y sus continuadores; la compilacion de VALESIO, *Gesta Francorum*, tomo III; las crónicas publicadas por BOUQUET, t. II, III, IV y algunas vidas de Santos.

lidos diferentes impuestos; el clero y el pueblo recuperaron la eleccion de los obispos, y el privilegio de la jurisdiccion eclesiástica quedó confirmado.

Clotario nombró entonces á Pepino (5) mayordomo de la Ostria (622) confiándole, como tambien á Arnulfo, la educacion de su hijo Dagoberto, proclamado rey de esta comarca. A la muerte de Varnecario propuso el rey á los leudos que eligiesen un mayordomo para la Neustria; pero ellos rehusaron abrogarse jamás semejante derecho (6).

La tranquilidad interior permitió al reino algun respiro. Adquirió actividad el comercio con Inglaterra, España, Italia, Siria, Egipto, Africa. Los sajones que habian hecho nuevas incursiones, fueron batidos más allá del Weser por los dos reyes, y reducidos á pagar el tributo de quinientas vacas, como lo pagaban anteriormente.

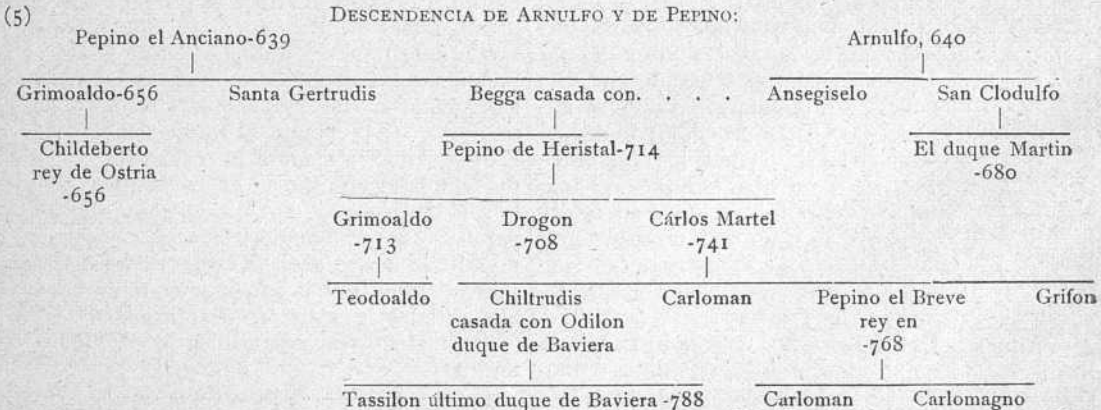
Dagoberto I, 628.—Cuando murió Clotario, se hubiera renovado la reparticion ordinaria entre sus hijos, si Pepino no hubiera inducido á los neustrios y á los borgoñones á reconocer á Dagoberto, que reinaba hacia seis años en la Ostria, mientras Cariberto, su hermano, era proclamado en Aquitania, á donde habia huido.

Gascuña.—El linde de la Galia que se apoya en la vertiente occidental de los Pirineos, ocupada por los restos de los antiguos iberos (*vascos ó gascones*), habia ido estrechándose cada vez más por las usurpaciones de los romanos y de los godos. Cuando los francos arrollaron á éstos últimos, no consiguieron avasallar á los vascos. Al revés, los hombres de corta estatura del Bearn vieron descender de sus rocas, en tiempo de Clotario II á aquellos gigantescos montañeses con sus groseras capas rojas con borceguies de crin, y ocupar el pais á que dieron el nombre de Gascuña. Amand, su duque, habia dado su hija Gisela en matrimonio á Cariberto, quien, habiendo sobrevivido pocos años, dejó al morir tres hijos, Hilderico, Boggis y Bertran. Habiendo perecido el primero de muerte violenta, aspiró Dagoberto á incorporar la Aquitania á la corona (631), pero el duque de los gascones le obligó á dejársela á sus dos sobrinos como ducado tributario. Este ducado pasó posteriormente á Eudes, reputado por hijo de Boggis; y los duques de Aquitania, vasallos los más insignes de la corona franca, vinieron á ser el sosten de la decadente familia de los Merovingios hasta que se sepultaron bajo sus ruinas.

Habiendo tomado Arnulfo el hábito monástico, tuvo por sucesor á Cuniperto, obispo de Colonia, por cuyo consejo mandó Pepino formar una coleccion de las leyes de todos los pueblos germánicos que prestaban obediencia á Dagoberto. Este rey, ateniéndose á las sugestiones de los dos ministros, pudo proporcionar algun descanso al reino. Recorrió sus Estados administrando justicia en persona: protegió tambien el comercio, é instituyó la feria deSan Dionisio, que atraia anualmente por espacio de cuatro semanas muchedumbre de sajones, españoles, longobardos y marselleses.

Igualmente iban los francos á traficar fuera; y ya bastante cultos para conocer la necesidad de los géneros de la India y de los productos de las manufacturas griegas, algunos jefes emprendieron el proyecto de abrirse á mano armadá un camino entre Constantinopla y la Francia por el valle del Danubio. Partiendo de Baviera, último límite de los francos, proseguian su camino hasta el mar Negro; y bien preparados á repeler todo ataque, cruzaban el pais de los ávares y de los búlgaros, y trasportaban de este modo el convoy de sus mercancias. Un tal Samon, natural de Sentgau en el Hainaut, abandonó su pais con objeto de dedicarse al tráfico y adquirió gran crédito cerca de una tribu de eslavos-venedos, chescos ó bohemios probablemente (623). Habiendo muerto por esta época el kacan de los ávares, sacudieron el yugo todas las poblaciones que le prestaban obediencia,

(5) DESCENDENCIA DE ARNULFO Y DE PEPINO:



(6) *Clotarius cum proceribus et leudis Burgundiæ conjungitur, cum eos sollicitasset si vellent, mortuo jam Warnechario, alium in ejus honoris gradum sublimare. Sed omnes unanimiter denegantes se nequaquam velle majorem domum eligere, regis gratiam obnixe petentes cum rege transigere.* FREDEGARIO, cap. 54.

como habia acontecido en tiempo de Atila; y Samon dirigió tan acertadamente con sus consejos á su tribu adoptiva, que la emancipó de toda dependencia. Ella le galardonó con el título de rey, y se casó con doce mujeres que le dieron treinta y siete hijos, quince de ellos hembras. Pero habiendo insultado y saqueado sus súbditos á una caravana de mercaderes francos, pidió satisfaccion de este desman Dagoberto. Samon, cuya autoridad no era suficiente para obligar á los suyos á la restitucion, trató de inducir á Dagoberto á contraer vínculos de amistad con los eslavos. *Es imposible*, le respondió el embajador sicario, *que cristianos siervos de Dios celebren alianza con perros*. Samon respondió á esta insolencia: *Si vosotros sois los siervos de Dios, nosotros somos los perros; y puesto que contra Dios cometeis tantos desmanes, hemos recibido de su autoridad licencia para morderos*. Empezó la guerra; y los longobardos, aliados de los francos, tomaron parte en ella, así como los alemanes, sus tributarios; pero aun siendo derrotados por estos últimos y por el duque de Friul, unido á los neustrios, no por eso dejaron de penetrar los eslavos en la Turingia, talando todo su territorio; y llegados á Wogastiburgo, pusieron en derrota á los ostrianos (630).

Quizá estos se habian dejado humillar en odio á Dagoberto y para llenar de ignominia á este príncipe manchado con toda clase de vicios y maldades. Tenia tres mujeres y un sin número de concubinas. Yendo á diferentes provincias con objeto de administrar justicia, mandaba degollar, ora á uno de los grandes del pais, ora á otro. Finalmente, los leudos de la Neustria, aburridos y no pudiendo sufrir la dominacion de Pepino, se apoderaron de la persona del rey, obligándole á trasladar á Paris la capital del reino. Allí, aun conservando su empleo, se hallaba embarazado Pepino por los barones neustrios, quienes llegaron hasta el punto de atentar contra su vida. Quizá descontentos de esto, dejaron los ostrianos la victoria á los eslavos. Aumentóse todavia más con las sospechas la crueldad de Dagoberto. Poco antes habia dado asilo en Baviera á una tribu de búlgaros, que se habia sustraido á la dominacion de los ávares: entonces temió que se uniera á los eslavos, y mandó que fueran asesinadas nueve mil familias. A fin de asegurar la frontera de la Ostria procuró ganarse el afecto de los sajones meridionales, indultándoles del antiguo tributo de quinientas terneras, y apaciguó á los ostrianos, dándoles por rey á su tercer hijo Sigeberto (633), que confió al obispo Cuniberto y al duque Adalgisclo, con esclusion de Pepino. Así consiguió oponer una buena línea de defensa á los ataques de los eslavos.

Bretones.—Tambien habian levantado la cabeza los bretones establecidos en las costas de la Armórica, y á cada mudanza de rey se lanzaban como saqueadores sobre las orillas del Loira y del Sarte. Durante las disensiones civiles en tiempo de Brunequilda y de Fredegunda, habian permanecido independientes, y cuando Dagoberto ascendió al trono, el duque Judicael tomó el título de rey, y les dejó continuar sus incursiones sobre las tierras de los francos. No osando Dagoberto dejar sus torpes ocios para reprimir las sediciones, envió á San Eloy á fin de que entrara en tratos con Judicael, quien, por sugestion suya, fué al palacio de Clichy, residencia de Dagoberto. Recibióle espléndidamente, obtuvo ricos regalos y celebró alianza con él; pero lejos de perder nada de su independencia pudo entonces hacer valer su título de rey, ya legitimado, sobre la inquieta nobleza de su país. De este modo parecia consolidarse en medio de la Francia otro reino, cuando la muerte de Dagoberto y de Judicael dejaron á Alano, hijo de este último, espuesto á ataques de que sus juveniles años y su flaqueza no le consentian salir triunfante. Ocuparon diferentes porciones de territorio los magnates vecinos: se apropiaron los reyes francos las poblaciones de Nantes, Rennes, Dol, Saint-Malo, y la herencia de los descendientes de los antiguos reyes se redujo al pais de Cornouailles.

Dagoberto, que alternaba entre los deleites y la devocion, entre el libertinage y la penitencia, enriquecia á los monasterios y á las iglesias con el fin de acallar los remordimientos: fundó muchas abadias, y con especialidad la de San Dionisio (632), que dotó magnificamente, desposeyendo á otras iglesias, poco temeroso de atraerse la cólera de los santos, á quienes ofendia, si obtenia la proteccion de aquel á quien habia hecho objeto de su predileccion soberana. Tuvo constantemente á su lado dos hombres que fueron posteriormente colocados entre los bienaventurados. Ovano, encargado de la custodia de su sello, y después obispo de Ruan, gozaba de una reputacion tan grande, que el duque de los bretones rehusó el convite del monarca por ir á comer con el santo ministro.

San Eloy.—Eloy de Cadillac ejercia la profesion de platero. Habiéndole encargado el rey un trono todo de oro y de pedrería, quedó tan satisfecho de su obra que mandó se le pagara con arreglo á su mérito. Entonces el artista le presentó otro enteramente igual y hecho con el oro que le habia sobrado del primero y hubiera podido guardarse impunemente. Dagoberto admiró una lealtad que, aun siendo un deber, parecia virtud en aquellos tiempos, y le confió la direccion de la ceca. Eloy secundó la magnificencia del rey, y los cantos populares ensalzaban el fausto de Dagoberto, la silla de oro y el tahalí que habia hecho Eloy para su uso. Habiéndose retirado enseguida del mundo, se ocupaba en adornar las urnas de los santos, empleando la ganancia en redimir esclavos. Sus virtudes le valieron el obispado de Noyon (640), y luego ser venerado entre el número de los santos.

Estas amistades, el boato y la devocion con que cantaba personalmente en el coro con los religiosos, pudo hacer que le perdonaran los cronistas su debilidad y sus vicios, de cuyas resultas gemia y

languidecia el pueblo. Habiendo caido enfermo en el palacio de Epinay, hizo que se le trasladara á San Dionisio, y allí murió á la edad de treinta y seis años, después de haber recomendado la reina Nantilda y sus hijos al celo y lealtad de los obispos y de los magnates (638).

Mayordomos.—Después de Dagoberto ningun rey gobernó por sí mismo; toda la autoridad fué abandonada á los mayordomos de palacio, quienes durante la menor edad de una série de príncipes niños, ejercieron el poder plenamente, unas veces en lucha, otras de comun acuerdo con los tutores de los príncipes ó con los grandes vasallos. Cincuenta años de guerras civiles fueron la consecuencia de semejante estado de cosas.

Se consideraba á la Ostria y á la Neustria como á dos distintas naciones: la primera, más teutónica por su vecindad y costumbres, y la segunda más romana. La civilizacion progresiva de los neustrios, y el no haber podido los grandes reprimir á los arimanes ó pequeños propietarios, ni adquirir una posicion estable, hacia que su rey prevaleciese. Al revés en la Ostria se habia robustecido la alta nobleza, llegando hasta el punto de equilibrar el poder del monarca: produjo, de consiguiente, en esta época una revolucion que dió la preponderancia á los paises del Rhin, sobre los próximos al Sena, é hizo dominar nuevamente las ideas aristocráticas de la Germania.

Quedó repartido el reino de Dagoberto entre Sigoberto II, rey de Ostria, y Clodoveo II, rey de Neustria y de Borgoña; éste, de edad de tres años, y aquél apenas fuera de la tutela. Valió, sin embargo, la prudencia de Pepino, que, de regreso en Ostria, recuperó allí la dignidad de mayordomo (7), y celebró un tratado de paz con Egas, mayordomo de palacio del rey de Neustria, encargado de su tutela con la reina Nantilda.

Por desgracia Pepino y Egas murieron hácia la misma época (639-43), y no les igualó en habilidad ni en desinterés ninguno de sus sucesores. El puesto de Pepino fué disputado entre Grimoaldo, su hijo, y Oton, preceptor del rey; pero habiendo sido asesinado el segundo por Leuter (642), duque de los alemanes, Grimoaldo se enseñoreó del poder supremo. Empleólo en robustecer la autoridad real contra los grandes, uno de los cuales, Radulfo, habia tomado el título de rey de Turingia. En el trascurso de catorce años, Grimoaldo favoreció la justicia y marchó de comun acuerdo con Sigeberto, si bien al morir este príncipe encerró á su hijo Dagoberto en un convento de Irlanda, é intentó colocar en el trono á Childeberto, su propio hijo (635).

Clodoveo.—No se lo consintió la rivalidad de los magnates ostrianos: pusiéronle preso en union de su hijo, haciendo entrega de ambos al mismo tiempo que del reino á Clodoveo II, quien les hizo morir en Paris encarcelados.

No era menor la ambicion de Erquinoaldo, mayordomo de Clodoveo. Aspirando á dominar sin freno, especialmente después de la reunion de los tres reinos y los tres mayordomos, rebajaba á los grandes dignatarios, para elevar á la clase media de los arimanes, oprimida por el predominio de los leudos Este modo de proceder desagradó á la reina Nantilda, la cual, viéndose privada de toda autoridad, se encaminó á Borgoña, é hizo que eligieran allí los grandes para mayordomo de palacio á Flaocato, de orígen franco, á quien concedió la mano de su sobrina. A pesar de todo no resultó de este suceso guerra entre los dos rivales. A poco sobrevino la muerte de Flaocato, y Erquinoaldo volvió á encontrarse á la cabeza de los tres reinos, y con su pujanza los hizo florecer nuevamente. Láminas de oro y de plata adornaban el sepulcro de San Dionisio: Clodoveo mandó que fueran arrancadas de allí con objeto de comprar pan á los pobres. Entonces dijeron los monjes que habia perdido el juicio por un castigo del cielo: otros le alabaron por semejante conducta, aunque en realidad no figuraba más que como instrumento en las manos de Erquinoaldo.

Batilde.—A fin de dominarle más facilmente hizo que se casara con una doncella de rara hermosura, llamada Batilde, robada por corsarios en las costas de Inglaterra, pero virtuosa en estremo; supo hacerse amar tanto, que lejos de echarle en cara los contemporáneos su orígen incierto, tomaron ocasion de lo ocurrido para suponer que pertenecia á régia estirpe.

A la muerte de Clodoveo mantuvo Erquinoaldo el reino indiviso entre los hijos de este príncipe (656), Clotario III, Childerico II y Thierry III, que reinaron bajo la tutela de Batilde, quien se dejó dirigir dócilmente por el mayordomo, autor de su fortuna. Cuando éste murió, estallaron las disensiones (660) y fué dividido el reino. Agrupáronse los grandes de la Neustria y de la Borgoña entorno de Clotario III, dándole su mayordomo al conde Ebroino que, nacido en la condicion más ínfima, se habia elevado á tan alta categoria en fuerza de ambicion

---

(7) *Mayordomos.*

Bertoaldo en.	Borgoña.
Protadio.	Id
Warnacario.	Id.
Landrico en.	Neustria.
Egas.	Id.
Erquinoaldo.	Id.
Ebroino.	Id.
Waraton.	Id.
Gislemario.	Id.
Bertario.	Id.
Teodoaldo.	Id.
Raganfrido.	Id.
Arnulfo en...	Ostria.
Pepino.	Id.
Grimoaldo.	Id.
Wulfoaldo.	Id.
Pepino de Heristal.	Id.
Cárlos Martel.	Id.

y de destreza. Por su parte los ostrianos encumbraron al trono á Childerico II, de edad de tres años, y nombraron á Wulfoaldo mayordomo.

Batilde se habia mostrado digna de su elevada fortuna por su administracion prudente y por sus reformas bien entendidas. Suprimió la capitacion, que inducia á los francos á renunciar al matrimonio ó á vender sus frutos. Puso freno al descarado tráfico de las cosas sagradas, que se hacia tanto respecto de los obispados como de las más humildes dignidades: abrió conventos, asilo en medio de las civiles contiendas, y alivió la miseria pública. Su dulzura, hermanada con su firmeza, refrenaba la ambiciosa tirania de Ebroino; pero éste, para quien toda traba era insoportable, la indujo ó la obligó á tomar el velo (665). Queriendo entonces el mayordomo volver á incorporar á la corona los bienes usurpados de ella, asi como los bienes cedidos por debilidad ó arrancados por violencia, recurrió á los más despóticos espedientes. Fueron esterminados nueve obispos, gran número de sacerdotes y los jefes de las más poderosas familias: después, á la muerte de Clotario III, hizo coronar á Thierry III, su hermano, sin haber consultado siquiera á los grandes (670).

Childerico II.—No se atrevieron los neustrios á tentar una resistencia peligrosa; pero temiendo los señores de la Ostria y de la Borgoña que pensara en imponerles la dominacion del rey de Neustria, empuñaron las armas á instigacion de San Leger, obispo de Autun, y del mayordomo Wulfoaldo. Invadieron la Neustria y obligaron á Thierry y á Ebroino á encerrarse en conventos, y toda la Francia reconoció por rey á Childerico II. San Leger no recogió ópimos frutos de la revolucion que habia fomentado. Habiendo determinado el obispo de Clermont á una señora á dejar todos los bienes á la Iglesia, desheredando á su hija, Hector, patricio de Marsella, amante de la jóven, citó al obispo ante el rey, á fin de que le restituyera la herencia. Leger abrazó ardorosamente la causa del demandante, lo cual fué causa de que le cobraran odio el rey y los grandes, como si hubiera maquinado en union de Hector contra la autoridad del soberano. Fué muerto el marsellés y Leger encerrado en el convento de Luxeuil.

Muchos enemigos se adquirió Childerico con semejante rigor y con sus brutales violencias, al propio tiempo que se hacia despreciable por sus vicios. Finalmente un noble franco, llamado Bodilon, á quien habia condenado por una falta leve á la pena infamante de azotes (671), le asesinó con su esposa, á la sazon en cinta, y toda su familia, á escepcion, segun se cuenta, de un mancebo que se retiró con el nombre de hermano Daniel á un monasterio.

Dagoberto II, 674.—Wulfoaldo, que se habia escapado á Ostria, se puso al frente del partido popular, el cual proclamó rey con el título de Dagoberto II á aquel hijo de Sigeberto II, á quien la familia de Pepino habia apartado del trono en beneficio propio, y que estaba refugiado cerca de San Vilfrido, obispo de York. Tambien los leudos de Neustria y de Borgoña sacaron del convento para encumbrarle al trono á Thierry III, á quien dieron por mayordomo á Leudesio, hijo de Erquinoaldo. En medio de estas agitaciones salió así mismo Ebroino de su piadosa carcel, y habiéndose puesto de acuerdo con Wulfoaldo para recuperar la autoridad, hizo aparecer á un Clodoveo y á un Clotario, pretendiendo ser hijos de Clotario III: poco tardó luego en libertarse, merced á su perfidia, de Leudesio, su rival, y se regocijó con los males que tuvo que padecer San Leger. Entregado por dos monjes este prelado, fué víctima de tormentos crueles, aunque dice la leyenda que cubierto de heridas, y después de cortarle los labios y la lengua, se hallaba curado en el instante y hablaba mejor que nunca. Irritado Ebroino al ver que los tormentos redundaban en gloria de su enemigo, y que era honrado como mártir en vida, convocó un concilio para que fuera degradado como cómplice del asesinato de Childerico; pero el obispo se limitó á responder al interrogatorio á que se le sujetó, que solo Dios podia leer en el secreto de su corazon (8). Quisieron admitir los obispos como una confesion estas palabras: de consiguiente le desgarraron su túnica le degradaron, y le entregaron á Ebroino, quien mandó que fuera decapitado (678).

Thierry III.—Sacrificando á los dos supuestos Merovingios, Ebroino dejó reinar á Thierry III, á condicion de ser su mayordomo. Entonces dió libre curso á sus venganzas, depuso y desterró á obispos, saqueó iglesias y conventos, y perturbó á las religiosas y á los monjes en sus pacíficos retiros.

Muerte de Dagoberto, 679.—Los leudos ostrianos, poco dóciles siempre respecto de sus reyes, que habian muerto á Brunequilda y desheredado al hijo de Sigeberto II, se declararon en abierta rebeldia y decretaron la muerte de éste y de su hijo Sigeberto. San Vilfrido, aquel prelado que le habia dado acogida en su infortunio, cayó en manos de los ostrianos, quienes le hablaron en esta forma: *¿Quién os presta audacia para presentaros en el territorio de los francos, á vos que mereceis la muerte por habernos traido aquí á ese Dagoberto, rey sin fé, caudillo sin valor, que dejaba caer nuestras ciudades sin defensa, y cubrirse de ignominia nuestra gloria, que menospreciaba los consejos de los leudos, y á semejanza de Roboam, agravaba los impuestos? Ya ha pagado su merecido, y podeis ver como yace su cadáver sin honores.* Vilfrido les respondió: *Hice lo que debia socorriendo al desterrado y protegiendo el infortunio: he menospreciado la*

(8) *Nullatenus dixit fuisse se conscium de hoc facinore, se Deum potius quam homines hoc scire est professus.* Vida de San Leger. Acerca de estos hechos se buscaria inútilmente claridad de narracion y concordia de circunstancias en los narradores.

injusticia de los hombres y he obedecido á la justicia de Dios (9).

Entonces confiaron los leudos el poder supremo á dos duques ó príncipes de los francos: á Martin, hijo de Clodulfo, y á Pepino de Heristal, hijo de Ansegiselo, descendientes ambos del mayordomo Arnulfo. Habiendo heredado Pepino por Beggá, su madre, hija de Pepino el anciano, inmensos dominios de este magnate, ocupaba entre la aristocracia del pais el primer puesto. Viendo Ebroino que esta revolucion amagaba tambien á la Neustria y debia asegurar el triunfo de la aristocracia, empuñó las armas, y vencedor de los ostrianos en Lacofao (680), obligó á Pepino á emprender la retirada; habiendo caido Martin posteriormente prisionero en Laon, le condenó á muerte, aunque le habia prometido seguridad completa.

Pareció entonces salvada la monarquia merovingia y asegurada la preponderancia de la Francia occidental. Se aprestaba Ebroino á reunir los tres reinos, cuando fué asesinado por Hermanfrido, empleado del fisco, á quien habia convencido de prevaricacion y despojado (681) de sus bienes. Como no conocemos sus actos más que por el testimonio de sus enemigos, debemos proceder con alguna reserva en punto á creer las atrocidades con que sobrecargan su memoria, después de haber sucumbido con él la causa de que era el principal apoyo. De seguro acreditó ser piloto hábil y entendido en medio de la tempestad; y conforme al espíritu de los neustrios que le habian elegido, propendió de contínuo á rebajar á los duques y á minar la aristocracia, para restablecer la unidad á la sazon tan necesaria como imposible. Los medios á que recurrió eran los mejores. Fué el primero escoger los duques en otras provincias que en aquellas en que tenian dominios, clientes y esclavos; porque separados de estos instrumentos de su poder, hubieran llegado á trasformarse en los primeros servidores del rey, sin posibilidad de hacer hereditarios sus empleos. Tambien dió pruebas de destreza grangeándose la amistad de los hombres libres de la Ostria, para oponerlos á los grandes propietarios. Además parece que intentó someter á leyes y costumbres uniformes las diversas naciones que componian el reino de los francos: esto debia ser obra del tiempo (10).

Diéronle por sucesor los señores de Nuestria y de Borgoña á Varaton, quien obligó á los ostranianos á reconocerle, si bien fué despojado muy en breve de su dignidad por su hijo Gislemaro. Habiendo muerto éste (684), fué sustituido por su cuñado Bertario, que endeble de contextura, y de capacidad escasa, hacia alarde de altaneria respecto de los leudos de Borgoña y de Nuestria. Así determinó á Alderamno, á Reul, y á algunos otros, á pasarse á las filas de Pepino: le dieron rehenes y le escitaron contra Bertario.

Pepino de Heristal.—Después de la muerte de Martin, habia recibido Pepino el homenage de gran número de señores ostrianos, y ejercia las funciones de mayordomo, sin poseer el título de este empleo. Aprovechóse de la mala administración de la Neustria, á cuyos tránsfugas recibió con los brazos abiertos; y desplegando como ellos su bandera, envió á Thierry III la intimacion de restablecer á todos los grandes en sus dominios y en sus dignidades. *En breve iré en persona á buscar á esos siervos fugitivos.* Tal fué la respuesta de Bertario; respuesta que prendió fuego á la mina.

Batalla de Testry, 687.—Al frente de un formidable ejército entra Pepino en la Neustria; y en Testry, en el Vermandés, resuelve la cuestion entre la Francia romana y la Francia teutónica, entre los grandes y los pequeños propietarios. Fueron vencidos los neustrios, quedó muerto Bertario por los suyos en la fuga, y Thierry III, prisionero, obligándosele á admitir á Pepino por mayordomo. Esta es una de aquellas batallas que cambian el aspecto de las naciones, hasta tal punto que algunos historiadores han querido ver aqui una nueva invasion germánica. Entonces los ostrianos, poblacion de costumbres teutónicas, prevalecieron sobre los neustros y los aquitanios, inclinados á la civilizacion romana. De aquí una política más conforme al carácter de los conquistadores, á quienes restituyó la fuerza. Privados de representante y de defensor los arimanes, pequeños propietarios de la Neustria, hubieron de obedecer al duque hereditario de la Ostria, jefe de los grandes leudos: quedó el pueblo despojado de todo derecho; y afirmando la aristocracia su predominio, restableció las asambleas nacionales, al propio tiempo que sustituyó la lengua teutónica á la romana.

Fin de los Merovingios.—No derrocó Pepino á los Merovingios, aunque nada se lo impedia realmente. Todavia permanecieron por espacio de sesenta años sobre el trono, que quisieron rodear demasiado pronto con las formas y la corrupcion romanas, si bien no fueron más que fantasmas de reyes. Un cronista, que narraba las cosas tales como las veia, sin sutilizar acerca de ellos, se esplicaba de este modo: «Entre los francos era costumbre que reinaran los príncipes, sin querer ó hacer otra cosa que comer y beber estúpidamente, permanecer en su morada, presidir á principios de mayo la asamblea del pueblo, saludarlo y ser saludado por él.» (11) Consiste en que efectivamente ser rey se

(9) *Talem virum exulantem.... enutrivi et exaltavi in bonum et non in malum vestrum; ut ædificator ubium, consolator civium, consiliator senum, defensor ecclesiarum Dei in nomine Domini secundum promissum ejus esset.* EDDIO STEFANO, Vita S. Wilfridi.

(10) Vida de S. Leger, en los *Script. rer fran.* II. 613. —*Interea Hilderico regi expetunt universi ut talia daret decréta per tria quæ obtinuerat regna, ut uniusque patriæ legem vel consuetudinem observaret, sicut antiqui judices conservavere.*»

(11) «*Genti Francorum olim erat moris gentes secun-*

reducia al título de tal, á sentarse en el escabel de oro sin reclinatorio, á gastar barba y cabellera largas, y mandar en la apariencia. Daba audiencia el monarca y respondia á los embajadores, si bien le era dictada esta respuesta. Señalábale el mayordomo de palacio una renta determinada, además de la cual poseia una pequeña casa de campo, algunas tierras y un número de esclavos apenas suficiente para su servicio. Allí vivia todo el año, para no salir más que en el mes de mayo, como una antigua reliquia que todavia infunde respeto. Subiendo entonces á un carro tirado por bueyes, cuyo paso lento aguijaba un aldeano, comparecia á la asamblea de los grandes con el manto azul y blanco, en figura de dalmática, cortado por ambos lados, cayendo hasta los piés por delante y por detrás arrastrando: llevaba en la cabeza un aro de oro, con una doble hilera de piedras preciosas, y en la mano una vara de oro de seis piés de altura, cuya punta estaba enriquecida con pedrerias (12). Recibia el donativo anual y retornaba á su mansion enseguida. Pero todo lo concerniente al Estado, tanto en lo interior como en lo esterior, era negocio del mayordomo de palacio que mandaba en su nombre.

A la muerte de Thierry (691), Pepino confirió la corona á Clodoveo III, enseguida (695) á Childeberto III, hijo de aquél, y después (711) á Dagoberto III, hijo del último. No hubo rey en Ostria. Pepino mostró respeto y condescendencia hacia los leudos neustrios, é hizo que su hijo Grimoaldo se casara con Anstruda, viuda de Bertario. Habiendo convertido el ducado de Ostria en centro del gobierno, cuya sede fué Colonia ó Heristal, cerca de Lieja, colocó en Paris á Norberto en calidad de mayordomo de palacio, y después á su hijo Grimoaldo, si bien esto no era más que una sombra de independencia, dado que nada se hacia sino en virtud de sus órdenes.

Sin embargo, muchos señores y príncipes tributarios solo habian prestado ayuda á Pepino para reinar con él y no para que descollara sobre ellos. Negaron, pues, á este advenedizo la obediencia que habian prometido á los Merovingios. Alano, duque de los bretones, Eudes, duque de Aquitania y de Gascuña, Ratbod, duque de los frisones, Godofredo y Villicaro, duques de los alemanes, se declararon independientes. En su consecuencia Pepino tuvo que ocuparse, ante todo, en restablecer la tranquilidad en lo interior: les acometió y venció antes de que hubieran podido aumentar su fuerza obrando de comun acuerdo.

Entonces se aplicó á poner remedio á los desórdenes que se habian introducido en la administracion. Cuando habia sido reconocido por los leudos duque de Ostria, ya disponia allí á su antojo de los feudos, y recibia homenaje de los vasallos inmediatos de la corona; nombraba á los magistrados, duques, condes y centenarios; era el rey en suma. Ahora estendió esta autoridad sobre la Borgoña y la Neustria, y de esta suerte se encontró árbitro de trescientos ducados: conferia ó confiscaba feudos, recibia embajadores, todos se dirigian al poderoso mayordomo con más gusto que á los perezosos Merovingios en los veinte y siete años que gobernó.

Menos observador de la religion que de los usos germánicos, se casó con dos mujeres, Plectruda y Alpaida: tuvo en la primera á Drogon, duque de Champaña, que murió antes que él (708), y á Grimoaldo, mayordomo de la Neustria. Este último estaba designado para suceder á su padre; pero habiendo sido asesinado por el frison Rantgar en la iglesia de San Lamberto, en Lieja (713), Pepino trasladó á Teodaldo, hijo natural de Grimoaldo, de edad de seis años, la autoridad de éste bajo la direccion de Plectruda. Esta corrió, de consiguiente, á la Neustria tan luego como Pepino cerró los ojos (16 diciembre de 714), para ganarse la voluntad de los leudos, ó para obligarles á admitir á aquel mancebo por tutor de Dagoberto III, tambien niño. Pero alegres éstos, viéndose al fin libres de la administracion vigorosa de Pepino, levantan la cabeza, y escitando algun sentimiento de pundonor en Dagoberto, le deciden á empuñar las armas (715). Atacando entonces á los ostrianos en la selva de Compiegne, le hacen esperimentar tal derrota, que con mucho trabajo logró refugiarse en Colonia, donde al poco tiempo murió.

Chilperico II.—Múy pronto vuelve á caer Dagoberto en su habitual indolencia, y los magnates neustrios derogan cuánto habia sido hecho por Pepino. Raganfrido es elegido por ellos mayordomo: muerto posteriormente el rey, encumbran al trono á aquel hermano Daniel, á quien ya hemos mencionado, supuesto hijo de Childerico II, dándole el nombre de Chilperico II.

Proponíase Raganfrido cambiar completamente aquel estado de cosas y avasallar los francos orientales á los de Occidente. En su consecuencia se constituyó mayordomo de las provincias situadas á la orilla izquierda del Mosa y celebró alianza con Ratbod, duque de los frisones. Desagradó á los ostrianos tanto el caer en la dependencia de los occidentales como permanecer bajo el gobierno de una mujer y de un niño, si bien, desunidos y sin guia, ignoraban á qué partido atenerse.

---

dum genus principari, et nihil alliud agere vel disponere quam irrationabiliter edere et bibere, domique morari, et kal. Maii præsidere coram tota gente, et salutare illos et salutari ab illis.» Historia miscella.

(12) Así aparece en el ceremonial de la asamblea convocada en Valenciennes el año 693.

CAPÍTULO XI

CÁRLOS MARTEL Y SUS HIJOS.

Pepino de Heristal habia tenido de Alpaida un hijo llamado Cárlos (691), á quien habia desheredado como cómplice del asesinato de Grimoaldo. Temerosa Plectruda de que, valiente y resuelto como era, desbaratara sus proyectos, le habia mandado encerrar en Colonia; pero tan luego como él se informó de las disposiciones hostiles de los ostrianos, logró fugarse, y muy en breve fué proclamado príncipe de los francos orientales por los vasallos de su padre y por los principales señores (715).

Cárlos, cuya robusta mano sabia hacer uso de la francisca, acometió á los frisones que se adelantaban sobre Colonia á instigacion de Raganfrido, y los puso en derrota; y aunque por ser inferior en número no pudo estorbarles que verificaran su incorporacion con los neustrios que asediaban aquella ciudad, los acosó de tal manera, que les obligó á emprender la retirada. Habiendo pasado en seguida las Ardenas con fuerzas de más consideracion, venció á los neustrios en las inmediaciones de Vincy (21 de marzo de 717) y avasalló á todo el territorio hasta el Sena. Entonces hizo proclamar rey de Ostria á un supuesto Merovingio con el título de Clotario IV, que murió al cabo de dos años. Una invasion de sajones interrumpió el curso de sus triunfos (718): apenas los ha repelido hasta el Weser, vuelve de nuevo á la carga: le abre Plectruda las puertas de Colonia, y le entrega los tesoros, de que le dejaba por heredero la muerte de Teodoaldo. Derrota nuevamente en Soissons á Raganfrido (719), se apodera de Paris y somete la comarca hasta el Norte del Loira.

San Huberto.—Los aquitanios, que siempre miraron á los francos como extranjeros, habian combatido con Raganfrido en defensa de los Merovingios. Huberto, uno de sus condes, cazador famoso, fué en un principio á establecerse en la Neustria con Ebroino, y después con Pepino en la Ostria. Pero habiéndosele aparecido cierto dia en la selva de las Ardenas un ciervo milagroso, abandonó el siglo por servir á Dios, fundó el obispado de Lieja, y fué invocado como patrono de los cazadores.

Eudes, conde de Aquitania, de Gascuña y de Provenza, que se habia hecho independiente después de la batalla de Testry, y acababa de ser derrotado en Soissons, celebra un tratado con Cárlos, en cuyas manos entregó á Raganfrido y al rey Chilperico II. Es confinado á Angers el primero: queda reconocido como rey el segundo, y Cárlos gobierna en su nombre. Cuando éste termina su existencia, saca de la abadia de Chelles á otro jóven, que dice ser hijo de Dagoberto III (720), y á quien intitula Thierry IV. Muerto tambien éste (737), creyó supérfluos tales fantasmas, y no eligió más rey.

Cárlos, á quien sus primeras victorias habian valido el sobrenombre de Martel, lo justificó de un modo completo con las que alcanzó posteriormente, porque pasó casi toda su vida en lides, tanto dentro como fuera, contra los enemigos del reino. Tuvo necesidad de ponerse en marcha cinco veces contra los indomables sajones, obligando finalmente á parte de ellos á pagarle un tributo (738). No tuvieron más arbitrio los bávaros y los alemanes que el de doblegarse á su yugo, y sus duques volvieron á ser vasallos de los francos, cuyo reino recuperó de esta manera sus antiguas fronteras hácia Oriente. Convirtiendo durante este tiempo San Wilibrod á los frisones, les civilizaba algo, y les inclinaba á respetar á los cristianos sus vecinos.

Invasion de los árabes.—En esto se adelantaban nuevos enemigos por las comarcas meridionales. Los árabes, que acababan de someter la España y

habian llegado hasta los Pirineos, lanzaban codiciosas miradas hácia el otro lado de estos montes, sobre ricos paises todavia libres de sus depredaciones. En su consecuencia reclamaron la Septimania, parte la más meridional de la Galia, fundándose en que durante algun tiempo habia sido provincia de los reyes godos (1) y pasaron los Pirineos (719), y no encontrando oposicion, estable cieron una colonia en la romano-gótica Narbona y se adelantaron hasta Tolosa. Ya estaban próximos á apoderarse de ella, cuando vieron aparecer á Eudes á la cabeza de sus vasallos de Aquitania. Alentado el valeroso duque, á quien habia enviado el papa tres esponjas, cuyo destino era limpiar la mesa de la Eucaristia con este precioso regalo, destruyó completamente á los sarracenos. Ambesa, nuevo gobernador de España, sobre quien pesaba la ignominia de este desastre, envió diferentes cuerpos á sembrar la desolacion y el estrago en la Galia. Habiendo llegado personalmente á aquel territorio, saqueó á Carcasona; por capitulacion se hizo dueño de Nimes (726), devastó toda la Provenza, y remontando el Ródano, se adelantó hasta Autun en Borgoña. Este torrente fué contenido en Sens por el obispo Ebbon, hasta que llegó Eudes, el cual derrotó á Ambesa y quizá tambien le mató.

Las disensiones intestinas de que á la sazon era víctima España, la estorbaron durante largo tiempo de pensar en acometer á la Galia, hasta que Abderraman (Abd-el-Rahman), que habia salvado los restos del ejército de El-Samah, fué llamado á la direccion del gobierno (728). Esta eleccion desagradó á Othman-ben-Abu-Neza (Munuza) quien tenia el mando de las tropas acantonadas entre el Ebro y el Garona, y habia ejercido el poder en la Península durante muchos meses. Berberisco de orígen, veia ya con disgusto las violencias de que eran blanco en Africa sus compatriotas por parte de los árabes: y deseoso de declararse independiente, solicitó la amistad del conde Eudes. Nada podia sobrevenir más imprevisto ni más apetecible para éste, porque un tratado con Otman le ponia á cubierto de las incursiones de los árabes y le prestaba apoyo contra el mayordomo de palacio de los francos. Selló, pues, la alianza dándole en matrimonio su hija Lampaya. Esto redundó en daño suyo, en atencion á que para castigarle de haber violado el convenio de Soissons, le atacó Cárlos Martel y recorrió muchas veces la Aquitania devastándola: por otra parte mandó Abderraman castigar al berberisco, quien habia ultrajado á la religion y á la política, casándose con una cristiana hija de un enemigo; y bloqueado á Otman en Puigcerdá, solo se pudo libertar de caer en sus manos dándose la muerte.

Entonces, para restaurar el honor de las armas musulmanas, y aprovechándose de la discordia entre Eudes y Cárlos Martel, cruzó Abderraman los Pirineos con un numeroso ejército (732), á que seguian mujeres y niños, porque no se trataba solo de una escursion, sino que el designio era plantar el estandarte del Profeta en aquel nuevo reino, formar allí un centro de accion desde donde los árabes pudieran invadir la Europa por el lado de Occidente, al mismo tiempo que se abrieran paso á Oriente por Constantinopla, ciudad siempre amenazada por sus armas. Entrando, pues, en la Gascuña por el valle del Bidasoa, empezó á talar la Aquitania, cuyo duque fué acusado de estar en connivencia con los invasores. Enseguida se encaminó hácia Burdeos. Habiéndose reunido bajo las banderas del conde Eudes los aquitanios, que habian defendido vanamente de posicion en posicion su patria, presentaron batalla á Abderraman junto al Garona, donde fueron completamente destruidos, por lo cual tuvo que refugiarse el duque cerca de Cárlos.

Entonces los musulmanes á quienes ya no detenia ningun tropiezo, continuaron adelante devastando, matando y especialmente insultando todas las cosas religiosas, como conventos, iglesias, monjas, la iglesia de San Hilario en Poitiers, y se dirigieron sobre Tours, para robar allí los tesoros que la devocion habia tributado al taumaturgo de las Galias.

Batalla de Poitiers.—El espanto esparcido por los rápidos triunfos de aquellas bandas devastadoras, vomitadas por el Asia y por el Africa para estinguir la civilizacion y la fe, hacia aun más perentorio el peligro que amenazaba no solo á Francia, sino á toda Europa. Cárlos acudió á prevenirlo y alentando con su denuedo á sus valientes ostrianos reunidos bajo su bandera, los condujo junto al Loira para salvar el santuario de toda la Francia. Encontráronse ambos ejércitos en las llanuras que se estienden entre Poitiers y Tours (octubre), y durante siete dias hubo entre ellos varios choques parciales: por último Abderraman ordenó la batalla general. Empezó con el alba. «Los francos, dice Isidoro de Beja, estaban alineados como sólidos muros, como un baluarte de hielo contra el cual se estrellaban sin conseguir moverla los árabes, armados á la ligera. Se adelantaban y se retiraban velozmente: entre tanto eran segadas sus vidas por la espada de los germanos, bajo cuyos golpes cayó el mismo Abderraman. Sobrevino la noche y los francos levantaron las armas, como para pedir descanso á sus jefes, queriendo reservarse para la lid del dia siguiente, porque veian á lo lejos cubierto el campo con las tiendas de los sarracenos, pero cuando al asomar el alba, se formaron en batalla, se apercibieron de que las tiendas estaban vacias, y de que, asustados los sarracenos de la gran pérdida que habian esperimentado, habian emprendido la retirada durante la noche, y se encontraban ya á gran distancia.» La imagina-

(1) REINAUD.—*Invasiones de los sarracenos en Francia*, Paris, 1836.

FAURIEL, *Historia de la Galia Meridional*, tomo III, cap. 22 y 26.

cion exageró los sangrientos resultados de una jornada que salvaba á toda Europa: se calculó en trescientos setenta y cinco mil el número de árabes caidos en el campo de batalla: y se elevó á milagro los portentos del martillo de Cárlos y sus valientes hazañas, que la tradicion atribuyó posteriormente á Carlomagno y á sus paladines. Es lo cierto que los cristianos no se creyeron en disposicion de molestar á los árabes en la retirada, y que éstos renunciaron al pensamiento de avasallar á la Galia, aunque no á pisar su territorio de vez en cuando para ejercer sus rapiñas (2).

La victoria de Cárlos Martel le aseguró la posesion de la Galia Meridional, pues muy en breve le tributó Eudes homenage respecto de la Aquitania y de la Gascuña. Habiéndose sublevado la primera inmediatamente después de la muerte de este duque (735), Cárlos le arrebató su independencia, y quedó en calidad de prisionero Atton, uno de los dos hijos de Eudes. Hunaldo recibió este ducado del mayordomo de palacio, jurándole fidelidad.

Cárlos dirigió sus armas contra los frisones, cuyo duque Poppon, habia renunciado al cristianismo y á la obediencia. Le venció y le mató en una sangrienta batalla, luego hizo una justicia terrible con los templos y con los ídolos paganos. Tambien fué sometida la Borgoña y se establecieron condes francos en Lion y en el resto del pais para gobernarlo; pero no pudiendo resignarse al yugo los magnates borgoñones, se sublevaron á las órdenes de Mauronte (737), quien, entendiéndose con Yusuf, gobernador árabe de Narbona, le entregó las importantes plazas de Arlés y de Aviñon. Así por traicion de los francos, volvieron á mostrarse amenazadores los árabes para las Galias, y hasta se atrevieron á poner á Lion asedio. Cárlos, que hacia en este momento la guerra á los sajones, voló á la defensa del pais en union de su hermano Childebrando, y después de haber recuperado á Aviñon, se adelantó sobre Narbona, sede de la dominacion árabe en la Septimania. Atima, que era el gobernador de ella, le opuso una denodada resistencia, y Ocba, emir de España, envió á los suyos con un refuerzo considerable bajo las órdenes de Omar-ebn-Kaled, quien desembarcó en la costa; pero Cárlos le atacó á orillas del Berre en el valle de Corbiere; derrotó totalmente á los árabes, y el mismo Omar perdió la vida.

Sin desanimarse á consecuencia de este revés los sarracenos, renovaron poco después sus ataques contra la Provenza (739), favorecidos nuevamente por Mauronte, quien les entregó Marsella y las ciudades de las orillas del Ródano. En virtud de esto, Cárlos volvió á la carga, de concierto con Liutprando, rey de los longobardos, quien se veia amenazado por las costas de la Liguria. El efecto reunido de las dos naciones produjo la expulsion de los mahometanos de Marsella y de Arlés, y los estrechó en la Septimania: además, á fin de que no pudieran establecerse más allá del Aude, desmantelaron á Agda, Beziers y Nimes, y talaron el pais de que permanecian poseedores. Algunos años después hizo Ocba nuevos aprestos para una espedicion contra las Galias (740); pero un alzamiento de berberiscos le obligó á distraer sus fuerzas hácia otro punto, y las discordias de los musulmanes suspendieron las incursiones.

Cárlos Martel fué saludado como salvador de la Europa y del cristianismo. Liutprando, longobardo, celebró con él un tratado de alianza (741), el papa Gregorio III le envió presentes y le confirió el título de patricio romano. Pero para subvenir á los gastos de tantas guerras y para recompensar á los compañeros de sus victorias, tuvo que recurrir á violencias soldadescas: con especialidad despojó de sus bienes á las iglesias y monasterios para gratificar á sus oficiales. Cuenta la crónica de Auxerre que no dejó al obispo de esta ciudad más que cien mansas escasas (mil docientas fanegas), y dió lo restante en feudo á seis valientes bávaros, lo cual demuestra cuán ricamente dotadas se hallaban las iglesias. Ya Ebroino no habia temido dar propiedades eclesiásticas en enfiteusis á seglares, y á menudo los concilios elevaron quejas contra usurpaciones de esta misma clase que se permitian los Merovingios. Siendo concedidos estos dominios á ruego de algun seglar, recibieron el nombre de precarios; y los que eran investidos con ellos, se consideraban como los abogados ó defensores temporales de los monasterios ó de las iglesias desposeidas. Cárlos Martel hizo que estos beneficiados prestasen el juramento de fidelidad á él y no al rey. Entonces introdujo la ceremonia del homenaje feudal; hasta tal punto se consideraba como verdadero soberano de los francos, aunque nunca tomó el título ni las insignias de monarca.

Acostumbrado á la autoridad absoluta de los campamentos, la ejerció tambien en tiempo de paz, dando y quitando á su antojo los obispados y abadias. Quitó la sede de Reims á Rigoberto, que le habia tenido como padrino en las sagradas fuentes, para colocar en su puesto á Milon, simple clérigo tonsurado, que le habia seguido á la guerra. Así corrompió enteramente la disciplina eclesiástica y contribuyó mucho al empeoramiento de las costumbres; por eso los escritores eclesiásticos le califican de tirano, y hasta cuentan que, habiendo sido arrebatado en éxtasis Euquerio, obispo de Orleans, vió á Cárlos en lo más profundo del infierno, y oyó á un ángel que decia que los santos, que sostendrán la balanza en el juicio final, le

(2) Veinte y dos años más tarde cantó Isidoro de Beja la victoria de Poitiers, y ya se encuentran en sus versos las rimas, ó más bien asonancias, que eran comunes en la poesia de la Edad Media, y han quedado en la versificacion española:

Abdirraman multitudine repletam
Sui exercitus prospiciens terram,
Montana Vaccorum diseccans
Et fretosa et plana percalcans
Trans francorum intus experdidat, etc.

habian condenado á penas eternas por haber invadido sus bienes. Para apoyar su relato añadia Euquerio, que no se hallarian las cenizas de Cárlos; y con efecto, cuando se abrió el sepulcro, estaba vacio y requemado y salió de él una serpiente.

La necesidad en que se hallaba de sostener ejércitos numerosos (y sorprende que pudiera conseguirlo sin reclutarlos entre los germanos), su educacion esencialmente guerrera, la ambicion que le empujaba á encumbrarse para rebajar á los duques y la urgencia de repeler á los extrangeros, pueden hacer á la historia más indulgente respecto de su persona que lo han sido los cronistas. Por otra parte, el celo que consagró á sostener á San Wilibrod y á San Bonifacio en sus esfuerzos para convertir á los frisones, á los turingios y á los sajones, el valor que le hizo convertir con la espada, como decia el papa Gregorio, á más de cien mil infieles, deben ser admitidos á título de compensacion por los historiadores.

Muerte de Cárlos Martel.—Cárlos sobrevivió solamente dos años á sus triunfos, después de haber desbaratado una conspiracion urdida por Sonequilda, su esposa, que queria restablecer la autoridad de los Merovingios, tentativa que fué realmente la postrera. De acuerdo con los magnates del reino, dividió el territorio franco entre sus dos hijos Carloman y Pepino, esceptuando algunos dominios que donó á su hijo menor, llamado Grifon, y murió en Kiersey, junto al Oise (21 de octubre de 741) (3).

De tal modo fueron en ese reparto olvidados los cabelludos Merovingios que no se hizo mencion de ellos; pero habiéndose suscitado divisiones entre los dos hijos de Cárlos, se entendieron para conferir por su autoridad propia y sin consultar á los obispos ni á los magnates, el título de rey á un niño imbécil, pretendido vástago de Chiperico II, y á quien titularon Chilperico III (742). Pepino y Carloman gobernaron en su nombre, como *prefectos por la gracia de Dios*, ó más bien reinaron, segun lo decian ellos mismos. En la reparticion del territorio tocó al primero la Neustria, la Provenza y la Borgoña: al segundo la Ostria, la Suabia y la Turingia. Descontento Grifon de verse escluido, fomentó las disposiciones hostiles de los leudos y del clero, deseosos de libertarse de la opresion en que les habia tenido el robusto brazo de Cárlos. Tambien sublevó en su favor á los sajones, á los bávaros y á los alemanes; pero sus hermanos se apoderaron de él en la ciudad de Laon y le metieron en el fondo de un calabozo: encerraron á su madre Soniquilda en la abadia de Chelles y sujetaron á los rebeldes (744). Odilon, duque de Baviera, cuñado de los dos mayordomos, fué vencido y rechazado más allá del Inn. Sólo obtuvo la paz prometiendo obediencia. Hunaldo, duque de Aquitania, que penetrando en la Neustria, se habia adelantado hasta Chartres, reconoció la imposibilidad de restaurar una dinastia de que hasta entonces habia sido apoyo, y se metió monje en la isla de Re (745). Su hijo Waifro, se vió reducido á tributar homenage. Quedaron privados los borgoñones de sus patricios y en la obligacion de someterse á condes ordinarios (745).

Sintiéndose Carloman fatigado de la vida tumultuosa y renunciando su autoridad en favor de Pepino, se encaminó á Roma con una magnífica comitiva; ofreció costosos regalos al papa, tanto en su nombre como en el de su hermano, hizo que le cortaran los cabellos, y se encerró en un convento que fundó en la cumbre del monte Sorate (747). Enojado en seguida de las visitas de una multitud de francos, que iban todos los años en peregrinacion á Roma, se retiró al monasterio del monte Casino. Habia dejado en el mundo dos hijos, Drogon y Pepino, recomendándoselos á su tio; pero éste, á fin de figurar como soberano absoluto de la Neustria y de la Ostria, les obligó á que se vistieran el hábito monástico.

De esta suerte eran los monasterios refugio de los grandes caidos ó de los corazones ulcerados, y al propio tiempo albergue del poco saber que habia sobrevivido á tantos trastornos, centro de la actividad intelectual, y foco desde donde la civilizacion se derramaba por Europa. Con efecto, se fortificaban los espíritus en el seno de aquella soledad piadosa, y se adquiria la costumbre de la abnegacion de la voluntad del individuo, de la obediencia absoluta y del sacrificio de sí propio. A la menor seña del pontífice ó de su abad, tomaban el báculo y se dirigian, á través de montes y de mares, á naciones bárbaras y enemigas, con el fin de reclutar nuevos siervos de Cristo, de hacer nuevos prosélitos en la defensa de la verdad, dándose por galardonados con haber conseguido la salvacion de una sola alma aun á costa de perder la vida. Los monasterios fundados en Inglaterra se propusieron especialmente por tarea la conversion de los germanos, y el anglo-sajon Wilfrido, conocido con el nombre de San Bonifacio, apóstol de la Germania, merece más que un conquistador la atencion de la historia (4).

Este atrajo al cristianismo en el trascurso de trece años de continuas fatigas á los pueblos del Hesse y de la Turingia; de manera que iban á difundir el cristianismo en la Germania aquellos sajones insulares cuyos compatriotas del continente debian rechazarlo con tanta obstinacion y que en tiempos posteriores habian de darle tan terrible golpe.

(3) Dejó además tres hijos naturales: Remigio, que fué posteriormente obispo de Ruan: Gerónimo, padre de Fuldrada, fundadora de la abadia de San Quintin; Bernardo, que habiendo quedado viudo, tomó el hábito monástico en Corbia. Chiltrudis, su hija legítima, se casó con Odilon, duque de Baviera: sus dos hijas naturales, Gontruda y Teodrada, tomaron el velo.

(4) Véase el libro anterior, cap. XVI.

Las indomables tribus germanas sinpatizaban y estaban en inteligencia con los francos y con Roma, cuyo nombre veneraban profundamente: hordas errantes fijaban su residencia en rededor de la iglesia y del cementerio: adquirian animacion y vida las ciudades de Maguncia y de Colonia, y la derramaban entorno de ellas. La escuela de Fulda, que San Bonifacio fundó en union del bávaro Sturm, en la parte más solitaria del valle de Faggis, entre el Hesse y la Turingia, instruia á la juventud, que de retorno en su pais, y después de investida con el ministerio de la palabra, divulgaba ideas de bondad moral é instituciones civiles.

Cárlos Martel secundó la obra de Bonifacio; pues la política de los reyes francos exigia que favoreciesen á los misioneros, porque estos convertian á los inquietos vecinos de las Galias en pueblos humanos; además de que este acuerdo con Roma es el carácter de la monarquia francesa desde su orígen, y la renovacion del imperio debia resultar de la asociacion de la Iglesia con la prefectura de las Galias. A este resultado condujeron por una parte los acontecimientos que acabamos de referir pertenecientes á la Francia, y por la otra los que pasamos ahora á observar en la Iglesia.

CAPÍTULO XII

ITALIA

PAPAS.—LONGOBARDOS.

En sus instituciones civiles no ofrecia la Italia más estabilidad que la Francia. En el primer ímpetu de la invasion habian ocupado los longobardos gran parte de ella; pero si la division que hicieron entre diferentes duques les ayudó á establecerse en el territorio, tambien les estorbó consumar su conquista. Siendo elegido el rey entre estos diversos señores sin derecho hereditario, resultaba necesariamente una revolucion á cada vacante del trono, y los duques favoreciendo á uno ú otro de los competidores, no cesaban de atraer sobre sus personas privilegios cada vez más considerables; del tal manera, que los de Benevento y Espoleto obraban enteramente á su antojo. Unanimemente deseaban solo una cosa, mantenerse tranquilos y señores absolutos en sus dominios, libres de hacer la guerra, no por mandato del rey, sino para aumentar sus franquicias ó sus riquezas: y así solamente con gran trabajo podian arrastrarles los reyes contra los griegos para espulsarlos de la Italia, ó contra los francos, que les inquietaban sin tregua ni descanso, ora por el instinto natural de saqueo, ora á instigacion de los emperadores de Oriente. Desprovistos de marina tampoco podian los longobardos impedir á estos monarcas que enviaran socorros á sus guarniciones; socorros débiles, si se quiere, pero transportados fácilmente á donde la necesidad los exigia. Ni aun después de abrazar la religion católica dejaron de ser considerados los longobardos como extranjeros, no mezclándose con los romanos, é ignorando cuán conveniente les era ganarse la voluntad del clero. No habia, pues, esperanza de que reunieran la Italia bajo una dominacion bastante fuerte para hacerse temer, ó bastante bien organizada para hacerse amar.

Exarcado.—Conservábanse las tradiciones del antiguo imperio en la parte del territorio sometida á los griegos. Estendia el exarca su dominacion sobre la moderna Romania, sobre los pantanosos valles de Ferrara y Comachio; sobre cinco ciudades marítimas, desde Rímini hasta Ancona; sobre otra Pentápolis entre la orilla del Adriático y la vertiente de los Apeninos; sobre Roma, Venecia y casi todos los paises de la costa hasta el estremo de Italia (1). Algunas ciudades, como Venecia, por ejemplo, se habian emancipado de toda dependencia; otras, continuamente amenazadas, eran invadidas de vez en cuando por los longobardos. Para volverse á apoderar de ellas los exarcas se aprovechaban del momento en que estos se hallaban empeñados en guerras extranjeras ó civiles, aunque bien pronto eran encerrados de nuevo en sus estrechos límites, sin gozar nunca de sosiego, reducidos á renovar la tregua todos los años, ó á comprarla á veces al precio de un tributo de 300 libras de oro. Si carecian de dinero para pagarlas ó para mantener su ejército, confundiendo amigos y enemigos corrian sobre Roma para saquear el tesoro de la Iglesia, ó iban á robar el santuario de San Miguel en el monte Gárgano, veneradísimo por los longobardos.

Asentada en medio de pantanos Rávena, resi-

(1) Durante la dominacion longobarda, el nombre de Exarcado tiene dos sentidos: en el más lato indica todas las provincias de Italia sometidas al imperio, y especialmente la Venecia, parte de la costa liguria, la Emilia oriental, la Flaminia, el Piceno occidental y el ducado de Roma; en el mas estricto indica la parte oriental de la Emilia y la Flaminia, esto es, la Romania actual; y se distingue de la Pentápolis, que seria hoy el ducado de Urbino, y parte de la marca de Ancona: y del ducado de Roma, que comprendia parte de la Etruria, con la Sabina, la Campania y parte de la Umbria.

dencia de los exarcas, y fácilmente socorrida por las escuadras griegas, se sostuvo siempre contra los bárbaros. En lo interior estaba regida por las instituciones municipales del Bajo imperio, y distribuida en escuelas para las milicias urbanas. Allí se conservó por espacio de muchos siglos una insensata costumbre, y acabó por producir resultados deplorables. Al caer la tarde del domingo, jóvenes y ancianos, hasta las mujeres y los niños de todas las condiciones salian de la ciudad, y dividiéndose allí en escuelas, segun los barrios, se ponian á tirarse piedras hasta el punto de causar heridas y muertes. En el año 696 la escuela de la puerta Tiguriense desafió á la de la puertecilla de Sommovico; siendo la ventaja de los primeros, persiguieron á los otros á pedradas con tal furor, que muchos perdieron la vida. Enseguida arrollaron la puerta cerrada ante ellos y cruzaron en triunfo el barrio de los vencidos. De nuevo salieron ambos bandos el domingo siguiente, y á poco se cambió el juego en una terrible refriega, en que muchos de los combatientes de la puertecilla cayeron mortalmente heridos, aunque la ley fuese conceder cuartel á todo el que implorara gracia. Entonces los de la puertecilla conciben un atroz proyecto de venganza: fingen reconciliacion y convidan á comer cada uno á un tiguriense: les degüellan á la mesa, y luego les arrojan á las cloacas ó los entierran. Descubierto en breve este desman horrible todo fué gemidos en la ciudad espantada. Preceptuó el obispo Damian un ayuno de tres dias y una procesion, á que asistió personalmente con el clero y los monjes, desnudos los piés, vestidos con un saco y cubiertos de ceniza: seguíanles los seglares y después las mujeres sin adornos; por último iban los pobres implorando todos á gritos misericordia. Pasados estos tres dias se buscaron los cadáveres y se les dió sepultura, castigóse á los asesinos, fué quemado el menaje de sus casas, no queriéndoselo apropiar nadie, y quedó destruido el barrio. Desde entonces se le designó con el nombre de barrio de los Asesinos (2).

Papas.—Surgia á la sazon un nuevo poder en Italia, que debia desarrollarse en el curso de aquel siglo y echar hondas raices en medio de las ruinas de los demás. Siempre se habian mostrado opuestos los papas á la dominacion longobarda, y deseosos de conservar al imperio las provincias invadidas. Gregorio Magno habia empleado para lograr este fin autoridad, elocuencia, dinero, intrigas: imitaron este ejemplo sus sucesores, y cuantas veces se vieron amenazados por los longobardos, reclamaron al punto los socorros de Constantinopla (3). Conservando respecto del emperador la sumision contraida cuando Roma era la capital del mundo, se dirigian á él para que confirmara su eleccion. Le pagaban ciertas retribuciones y tenian en su corte un apocrisario para tratar allí de sus negocios; pero cada vez iba disminuyendo más su dependencia de aquellos soberanos distantes y de los débiles exarcas á quienes tenia ojeriza el pueblo. Así la autoridad de los papas, que se hallaban al frente de las instituciones municipales conservadas en aquella ciudad y á que no habian tocado los bárbaros, eludia la del duque residente en Roma, y se aproximaba á una especie de soberania. En lo interior se aumentaba el poder de los pontífices por efecto de su inmenso engrandecimiento en lo esterior. Las ricas donaciones hechas á la Iglesia, hasta en las comarcas más distantes, les colocaban entre los principales propietarios de los nuevos reinos, donde la posesion del territorio era la fuente de la autoridad política. Los misioneros partian directamente de Roma, y no pudiendo vanagloriarse las nuevas iglesias de igualar á la romana, ni por la antigüedad ni por orígen apostólico, se inclinaban delante de los pontífices con una adhesion absoluta. Como posteriormente eran las conversiones una obra de civilizacion y aseguraban en lo posible los reinos constituidos contra las invasiones esteriores, adquirian veneracion los papas, no solo en razon de la supremacía del sacerdocio, sino tambien á causa de los intereses temporales.

Sabiniano.—Habiendo sucedido Sabiniano á Gregorio Magno (setiembre de 604), lejos de imitar la caridad generosa con que su antecesor habia distribuido trigo, se puso á hacer compras para revenderlo. Como los pobres reunidos en tumulto pedian que no quitara la vida á aquellos á quienes Gregorio habia alimentado tantas veces, se presentó Sabiniano en el balcon del palacio, y les contestó de este modo: *Callaos; si Gregorio os dió de comer para comprar vuestros elogios, yo no me cuido de hartaros á ese precio.* En estas palabras, dictadas por la avaricia, se columbra igualmente la envidia que alimentaba en su seno contra su antecesor, y que llevó hasta el punto de querer destruir sus escritos (4).

Bonifacio III.—Tuvo por sucesor al romano Bo-

---

(2) AGNELLI.—*Vitæ episc. Ravenn.* R. I. Ses. t. II.

(3) A los historiadores de Italia, ya citados, conviene añadir especialmente:

ANAST. BIBL., *Vitæ pontificum romanorum*, R. I. Script.

CENNI. —*Monumenta dominationis pontificiæ.* Roma, 1761.

Son cartas de los papas desde Gregorio III hasta Adriano I, dirigidas á Cárlos Martel, Pepino, Carloman y Carlomagno.

ORSI.—*Del orígen del dominio y de la soberania de los romanos pontífices.* Roma, 1789.

(4) Así nos lo presenta Pablo Diácono; pero el padre Oldoino refiere un pasaje de la descripcion de la basílica Vaticana, en la cual se dice: *Sub ejus tempore fuit fames gravis: sed perfecta pace cum Longobardorum gente, Sabinianus jussit aperire horrea ecclesiæ, et venundari frumentum populo per unum solidum triginta modios tritici: misericordia enim visceribus ultra quam dici possit affluebat, et quantum in se nullum a beneficio misericordiæ excludebat.* Notas á GIACONIO, t. I, p. 422.

nifacio III (607?), apocrisario y diácono; porque los papas eran elegidos con más frecuencia en esta órden que entre los sacerdotes, atendido á que, reuniendo en su oficio la administracion temporal y espiritual, tenian á su alcance más medios de ganarse los ánimos.

Este pontífice cedió muy en breve el puesto á Bonifacio IV (608), natural de Valeria, en el pais de los marsos. A semejanza de su antecesor habia obtenido del emperador Focas que los patriarcas de Constantinopla renunciaran al título de ecuménicos, é hizo que se le concediera el panteon de Agripa, que consagró después de haberlo purificado de la idolatria, á la vírgen María y á todos los mártires, en memoria de lo cual fué instituida después (835) por Gregorio IV la fiesta de Todos los Santos.

Error de Honorio.— Después del romano Diodato (615), y del napolitano Bonifacio V (618?), fué ocupada la Santa Sede por el campanio Honorio (625), quien tuvo la felicidad de ver estenderse el cristianismo entre los anglo-sajones (5); pero en cambio vino á afligirle la heregia de los monotelitas. Sergio, patriarca de Constantinopla, versado en las sutilezas griegas, informó al papa de esta controversia con tanta destreza, que Honorio pensó que le preguntaba si habia en Cristo dos voluntades humanas, es decir, esa propension que arrastra á los hombres al pecado. Honorio lo negó en términos formales, afirmando que no podia haber más que una sola voluntad en Cristo; ahora bien, en esto estribaba el error de los monotelitas. Pecó, pues, por irreflexion, y por deseo de acabar con aquellas deplorables disputas, descendiendo hasta el punto de recomendar á Sergio que mantuviera oculta su decision sobre la única ó doble operacion en Cristo. Al reves Sergio metió mucho ruido con la carta del papa; por eso en el VI concilio ecuménico (680), cuando se fulminó anatema contra los que no veian más que una sola voluntad en Cristo, se comprendió en él á Honorio, *ex-obispo de la antigua Roma, por haber seguido, en su carta á Sergio, el error de éste, y haber autorizado su doctrina* (6). Sin embargo, era contrario á los usos de la Iglesia condenar sin oir al acusado, y además el secretario que habia escrito en nombre del papa el malhadado despacho, atestiguaba la intencion inocente de la doctrina alli espresada, por lo demás, como opinion personal.

Aprovecháronse los oficiales griegos de la muerte de Honorio (638) para saquear el palacio; pero, contenidos en su tentativa, sugirieron al emperador que echara mano del tesoro allí depositado. Después de Severino y Juan IV, dálmata (640-42), ocupó la sede Teodoro de Jerusalen, quien escribió la sentencia contra los monotelitas con vino consagrado. El concilio de Africa (646) le confirió los títulos de bienaventurado, padre de los padres, arzobispo y papa universal.

San Martin.—Martin, natural de Todi (649), lejos de ceder á Constante II, que queria inducirlo á aprobar su *Tipo*, convocó un concilio en que condenó las heregias, y especialmente la de los monotelitas, la *Ectésis* de *Heraclio* y aquel mismo *Tipo* (7). En esto vió el emperador un ultrage, y mandó al exarca Olimpio que se apoderara de su persona, muerta ó viva. No atreviéndose éste á lanzarse á una abierta violencia, fingió querer comulgar de la mano misma del papa, y apostó á un asesino para que lo matase en aquel momento. Este protestó de que en el instante de cometer el crimen, desapareció de su vista el papa, lo cual se tuvo á milagro, y confesando Olimpio su culpa, imploró el perdon. Más resuelto que él (652) su sucesor, Teodoro Caliopas, se encaminó á Roma con tropas, registró el palacio pontifical para cerciorarse de que no habia allí depósitos de armas, y aunque no encontró cosa alguna, se llevó durante la noche al pontífice en union de seis familiares y un copero. Anduvieron errantes por mar tres meses: habiendo abordado luejo el bajel á Naxos, el papa quedó á bordo en calidad de preso, y fué trasladado enseguida á Constantinopla, donde permaneció tres meses encarcelado sin comunicacion de ninguna especie (8). Entonces se le hizo comparecer en juicio, como culpable de haber urdido una trama contra el emperador con Olibrio y los sarracenos, y de haber hablado mal de la vírgen Maria. Convicto por medios inicuos, que nunca faltan en semejantes tribunales, fué conducido á un patio en medio de una gran muchedumbre de pueblo, y allí se le despojó del palio, del manto y de las demás insignias de su dignidad: luego le pusieron un collar de hierro, y después de haber sido arrastrado por medio de la ciudad, á pesar de su edad avanzada, fué sumergido en un calabozo sin lumbre en lo más crudo del invierno. Las mujeres de sus carceleros, dulcificaron en su obsequio, como aconteció á menudo en favor de las demás víctimas, la atrocidad de las órdenes imperiales. En aquella lóbrega mansion estuvo hasta mediados de marzo, época en que se le deporto á Querson, donde vivió penosamente en medio de privaciones y de enfermedades, hasta el momento en que Dios le llamó á su seno. Al patriarca Máximo, que sostuvo su inocencia (651), le cortaron la lengua y la mano derecha (9). Tales eran los medios opuestos por los emperadores á la accion libre de la Iglesia.

---

(5) Véase Lib. VIII, cap. XI.

(6) Si empero aquellos actos del concilio no fueron adulterados, y si verdaderamente tal es su sentido, acerca de lo cual pueden verse los tratados especiales.

(7) Véase antes pág. 344.

(8) Tenemos una relacion contemporánea de los padecimientos del papa Martin, ap. LABBE, *Conc.* t. IV. p. 67.

(9) Gibbon, cap. XLVII, halla justo *este castigo de la desobediencia*, PORQUE en el *Tipo* se le habia amenazado. La consecuencia es lógica porque es legal.

Apenas preso Martin, dió Constante órden para que se procediera á la eleccion de su sucesor; y los romanos se determinaron á cumplirla, quizá por miedo de que se encumbrara un hereje á la Santa Sede. Fué elegido Eugenio, quien vivió poco tiempo, y tuvo por sucesor á Vitaliano, natural de Segni (657). Marcos, arzobispo de Rávena, rehusó someterse á la jurisdiccion de la Iglesia romana, apoyándose en un diploma del emperador Constante; pero Vitaliano le escomulgó y Marcos á éste. Este cisma continuó en el instante en que el papa Dono obtuvo la revocacion de aquel diploma. Se atribuye á Vitaliano la introduccion de los instrumentos destinados á acompañar el canto en las iglesias (10).

Vienen enseguida el romano Adeodato (672), Dono (676) y Agaton (678), natural de Reggio en la Magna Grecia, el cual alcanzó en favor de la Iglesia romana la exencion de tres mil sueldos de oro á cada eleccion de un pontífice, á condicion, no obstante, de no consagrar á los electos hasta después de que el emperador los confirmara. Luego Leon II (682), tambien de Reggio, Benedictino II (684) y Juan V (685), antioqueno, ocuparon muy poco tiempo la Santa Sede: el último quitó á los arzobispos de Cagliari el derecho de órdenar á los obispos. A su muerte se inclinaba el clero al arcipreste Pedro; y preferian los soldados á un tal Teodoro; conviniéndose por último en elegir en su lugar á Conon (686), oriundo de Tracia, el cual reunió todos los votos, á causa de su figura magestuosa y angélica sencillez. Igualmente disputada fué la eleccion de su sucesor (687), y al fin salió victorioso Sergio de Palermo. A consecuencia de haberse negado hasta á dar lectura de las actas del concilio *Trullano*, Justiniano II envió al protospata Zacarias con órden de prenderle (694). Sublevado el pueblo, no halló el enviado otro refugio que el manto del pontífice. El exarca de Rávena, Juan, que llegó tambien á insultarle, no se atrevió á ello, ó se arrepintió; pero la ambicion de sus competidores al pontificado perturbó la vida de este papa, quien hasta se vió obligado á mantenerse mucho tiempo fuera de Roma (11).

Tan temeroso estaba el pueblo de sufrir violencias por parte de los emperadores, que en el momento en que al celebrarse la eleccion de Juan VI, griego (701), vino de Constantinopla á Roma el exarca Teofilacto, recien nombrado, empuñaron las armas los romanos, y no se apaciguaron sino á instancias y en virtud de las seguridades que oyeron de boca del papa. Su sucesor Juan VII (705), de Rosano, no se sintió con fuerzas para oponer resistencia á los ruegos y á las amenazas de Justiniano, quien le hizo suscribir en un todo las actas del concilio *Trullano*.

Constantino.—Sisinio, sirio, que ocupó la Santa Sede veinte dias escasos (708), tuvo por sucesor al sirio Constantino, á quien Justiniano intimó la órden de dirigirse á Constantinopla, ora por hacer alarde de su autoridad, ora por inclinarle á confirmar el Quinisexto. Recibióle el emperador con los honores debidos á su carácter, é inclinó á sus piés la coronada frente, pidiéndole la comunion y sus oraciones, y el papa supo armonizar la justicia y la condescendencia; pero cuando Filépico le envió las actas del conciliábulo de Constantinopla, que condenaba el VI concilio ecuménico, Constantino las rechazó desdeñosamente; y en señal de veneracion mandó pintar los seis concilios en el pórtico de San Pedro en Roma. Por su parte el pueblo no quiso rendir homenaje á un emperador hereje, se negó á conservar su retrato, obstinándose en no mencionarle siquiera en la misa, ni en los actos públicos, y en no admitir las monedas con su efigie.

Este rápido resúmen nos demuestra cuán poco tenian que agradecer los papas á los emperadores y cuán inclinado estaba el pueblo á sacudir el yugo de éstos: deteníale solo el temor de enemigos más peligrosos, los longobardos.

Rotaris.—Rotaris, último rey longobardo, de quien hemos hablado en el siglo precedente, habia sustituido á las costumbres un código escrito: con ayuda de las leyes y de una administracion vigorosa supo reprimir á los duques, y los guió contra los griegos: derrotó á éstos con su exarca Platon á orillas del Panaro. Avasalló el ducado de Génova con la Liguria, única conquista duradera hecha desde la primera invasion por los longobardos á los griegos.

Ariberto.—Asesinado en union de Rodoaldo, hijo y sucesor suyo, por un marido agraviado (652), quedó estinguida la descendencia de Teodolinda; pero la nacion ó los magnates eran tan adictos á la memoria de aquella piadosa reina, que todavía fueron á buscar entre los Agilolfingos de Baviera, un sucesor; y con Ariberto, hijo de Gundualdo, ya duque de Asti y hermano de Teodolinda (653), comienza otra serie de reyes católicos, estraños á la raza longobarda.

Como si el reino no se hubiera encontrado ya suficientemente dividido entre los duques de Friul, de Espoleto y de Benevento, se quiso subdividirlo á la muerte de Ariberto (661), entre sus dos hijos Pertarito y Gundeberto, á estilo de los francos y de los demás germanos. Residió el primero en Milan, el segundo en Pavia.

Grimoaldo.—No les mantuvo su ambicion acordes por mucho tiempo, y Gundeberto envió á Garibaldo, duque de Turin, á pedir al duque de Benevento, Grimoaldo, socorros para despojar á su

(10) «*Instituit cantum, adhibitis instrumentis quæ vulgari nomine organa dicuntur.*» Así se espresan las Pontificales. San Agustin emplea la voz *organum* para toda clase de instrumentos.

(11) Bajo el pontificado de Sergio (698), Aquilea é Istria se reunieron á la Iglesia, de la que estaban separadas hacia ciento cuarenta y dos años por la cuestion de los Tres Capítulos, pág. 216.

hermano. El pérfido embajador logró persuadir al beneventino que acudiera con tropas, si bien fué aconsejándole que esterminara á soberanos extranjeros, y á apoderarse del reino, que necesitaba tener al frente campeones robustos y no niños. Sonrió la proposicion á Grimoaldo. Gundeberto fué muerto traidoramente por Garibaldo. Pertarito pudo salvarse cerca del kacan de los ávares, quien rehusó un modio de oro, á cuyo precio solicitaba Grimoaldo que le entregara su huésped, si bien insinuó al desterrado que abandonara sus Estados. Entonces Pertarito osó volver á pisar la Italia y fiarse en la generosidad de su enemigo y junto á Lodi mandó á pedirle seguridad. Este acto de confianza agradó á Grimoaldo, quien le prometió paz y comodidad; pero como viera que miraban á aquél con propicios ojos los longobardos, empezó á inspirarle recelos y determinó desembarazarse de su persona. Hizo, pues, que le cercaran soldados en el palacio que le habia señalado en Pavia: pero Unulfo, su fiel criado, le disfrazó de esclavo, y fingiendo perseguirle á palos, le hizo cruzar por medio de los centinelas; habiéndole hecho bajar después desde lo alto de las murallas de la ciudad al Tesino, le llevó hasta Asti, desde donde se trasladó á Francia. Informado Grimoaldo de este piadoso fraude, perdonó á Unulfo, y contentándose con su palabra, le envió á su salvado señor.

Grimoaldo habia tomado el título de rey y obligado á la hermana de sus antecesores á darle la mano de esposa. Al mismo tiempo se habia grangeado la voluntad de los duques, concediéndoles tales privilegios, que les hacian casi independientes y destruian la fuerza de la monarquia. Por otra parte, siendo ya completa la conversion de los longobardos, adquiria preponderancia entre ellos el clero, y por consiguiente el pontífice romano: ahora bien, por un interés diametralmente opuesto al de los conquistadores, propendian los papas á conservar lo que estos propendian á destruir, la nacionalidad italiana. Grimoaldo, no menos valeroso con el acero en la mano que firme en sus resoluciones, mantuvo en lo interior el órden, y rechazó á los francos enviados por Clotario III, ó más bien por Ebroino, con objeto de restablecer la autoridad de Pertarito.

En su tiempo hizo el emperador Constante una tentativa todavia más enérgica para espulsar á los extranjeros de la Italia y restaurar el imperio romano (663). Habiendo equipado una escuadra en Sicilia, desembarcó en Tarento, llamó entorno del dragon á todas las guarniciones de las ciudades marítimas dependientes del imperio, y al frente de ellas se puso en marcha con direccion al ducado de Benevento, el más poderoso de los Estados longobardos. Al proponerse Grimoaldo realizar una conquista de mucha más importancia, se la habia cedido á su jóven hijo Romualdo, quien defendió denodadamente la ciudad contra los ataques de los sitiadores, dando de ese modo tiempo al rey para que acudiera en su socorro; y rechazado el enemigo hasta cerca de Formia, fué allí derrotado por Grimoaldo. Desesperado ya el emperador de recuperar la Italia se dirigió sobre Roma: á falta de haber sabido vencer á enemigos, quiso despojar á sus súbditos inermes, y saqueó todo cuanto se habia libertado de las depredaciones de los bárbaros. No contento con los donativos que le ofreció el papa Vitaliano, se apoderó de todo el bronce del Panteon, llevándose hasta la techumbre, y trasladó su botin á Sicilia; pero mientras los bajeles cargados con estos despojos hacian rumbo hácia Constantinopla, fueron atacados por una escuadra musulmana, que trasportó mil objetos de arte á Alejandria, desde donde algunos quizá habian pasado en otro tiempo á Roma.

Muerto Constante á manos de un asesino (página 345), pensó Romualdo en vengarse del ataque, y á la cabeza de una banda de búlgaros, arrebató al imperio las ciudades de Bari, de Tarento, de Brindis y la provincia de Otranto, conquistas que no pudo conservar.

Estos búlgaros solicitaron y obtuvieron establecerse en la Baja Italia, mientras fueron rechazados por el rey los ávares, que llamados por Grimoaldo contra el duque de Friul, querian fijarse en el pais alto.

Pertarito.—Su hijo Garibaldo, que le sucedió, no pudo impedir que los turbulentos duques llamaran á Pertarito del destierro para encumbrarle al trono. Las iglesias de Santa Agueda y de Santa Maria de la Pértiga (12), que erigió en Pavia, dan testimonio de su gratitud á Dios, que le habia salvado de tantos peligros. Reinó quince años, amaestrado por el infortunio en el arte de no abusar de la próspera suerte.

Cuniberto.—Hallábase en tanto perturbado el reino por dos facciones, una propicia y otra contraria á los príncipes bávaros (686). Cuniberto, hijo de Pertarito, tuvo menos habilidad que él para dirigir los ánimos, y de aquí resultó que los duques de Benevento y de Espoleto sacudieran toda su dependencia. Alaquis, poderoso duque de Brescia, conspiró con Aldon y Granson, principales ciudadanos, ocupó su palacio, y le confinó en la pequeña y fuerte isla de Comacina. Pero bien pronto disgustó al obispo de Pavia y á otros señores longobardos. Cierto dia, contando Alaquis monedas de oro, dejó caer una, y como la recogiera un jóven de familia noble que se hallaba presente, le dijo: *Tu padre tiene muchas de éstas y no tardarán en ser mias.* Refirió el jóven estas palabras á Aldon, su padre, quien previno sus proyectos, haciendo salir al rey de su retiro. Habiendo encontrado Cuniberto en la Coronata (Cornate), cerca del Ad-

(12) Este nombre procede, al decir de Pablo el Diácono, de un uso longobardo, que es el siguiente: Cuando moria alguno en lejana ribera, sus deudos levantaban pértigas, con una paloma en la punta, vuelta hácia el lado en que el difunto habia terminado su existencia.

da (691), al duque de Brescia, le desafió á singular combate, á lo cual respondió Alaquis: *Es un beodo; pero tiene una robustez estraordinaria. En vida de su padre, hallándose en palacio ciertos carneros de desmesurado tamaño, los levantaba con el brazo estendido, y yo no podia hacer otro tanto.* Esta cobarde negativa le enagenó la voluntad de muchos de sus parciales, para quienes su único mérito consistia en la fuerza, y su muerte aseguró á Cuniberto la victoria y el reino.

Lo conservó por espacio de otros nueve años, trasmitiéndole luego á su hijo Luitperto (700), que fué destronado muy pronto por Ragimperto, duque de Turin (701), teniéndole prisionero Ariberto, hijo y sucesor de su rival. Reinados cortos y sucesiones borrascosas, que impedian adquirir fuerza á la monarquia. Ansprando, noble longobardo, parcial de Luitperto, habia buscado un refugio entre los bávaros; posteriormente volvió á pasar con ellos los Alpes y venció á Ariberto, quien se ahogó al vadear el Tesino (712): este fué el último Agilolfingo en Italia. Cuéntase que salia disfrazado para oir lo que se decia de su persona; que se presentaba á los embajadores con desaliñado traje, con pieles comunes, no sirviéndoles nunca manjares esquisitos ni vinos de precio, á fin de no tentarles con las delicadezas italianas; pero más hubiera valido defenderlas con valerosa concordia que celar con pusilánime astucia.

Liutprando.—Solo duró tres meses el reinado de Ansprando, si bien se prolongó treinta y dos años el de su hijo Liutprando, quien devolvió todo su brillo á la dominacion longobarda. Reprimió los levantamientos nacientes de los duques, y hasta condenó á muchos de ellos al suplicio. Tambien quitó diferentes castillos á los bávaros, quienes quizá meditaban recuperar el poder. Se mantuvo en buena inteligencia con los francos y con los ávares, y publicó sabias leyes, encabezándolas con el título de *rey cristiano y católico de los longobardos bien amados de Dios.* Sabedor de que dos gasindos atentaban contra su vida, los convida á una partida de caza, y desviándose con ellos aparte, les censura por sus culpables designios: quitándose en seguida las armas, les dice: *Aquí teneis á vuestro rey; ahora haced lo que os acomode.* Vencidos por esta accion atrevida y generosa, caen á sus piés ambos, y no contento con perdonarles, les otorga mercedes. Igualmente vivió en armonia con la Iglesia, á la cual confirmó la donacion ó restitucion hecha por Ariberto II, de muchas propiedades en los Alpes Cotios, y se hizo propicios los devotos, mandando trasladar las reliquias de San Agustin desde Cerdeña á Pavia. Luego que hubo restablecido el órden y la obediencia, y estirpado todo gérmen de guerras civiles, pensó en ejecutar el proyecto de sus predecesores, espulsando á los griegos, á fin de reunir toda la Italia bajo sus leyes. Pareció que la fortuna le ofrecia ocasion de realizarlo.

Hemos dicho (cap. IX) que Leon el Isáurico publicó un edicto para prohibir el culto de las imágenes, y que Gregorio II, sucesor de Constantino (715), se habia opuesto á él en calidad de tutor de las creencias sancionadas por la Iglesia. Irritado Leon, envió órden á Pablo, exarca de Rávena, de que marchara sobre Roma y depusiera al pontífice, quien en cambio fulminó escomunion en contra del emperador y escribió á los longobardos, á los venecianos, á las ciudades y á los principales duques, á fin de que permanecieran firmes en la fe, y rechazaran las innovaciones impias. Entonces se vió con cuánto fundamento pudo escribir el pontífice al mismo Leon: *Todos los occidentales tienen fijos los ojos en nuestra humildad, y nos consideran como un dios sobre la tierra.* Con efecto, los longobardos negaron el paso al ejército enemigo (728); el pueblo de Rávena se sublevó contra el iconoclasta, y en su furor asesinó al exarca en union de todos los que se habian mostrado hostiles al culto de las imajenes. Otro tanto hicieron los napolitanos, cuyo duque, Exilarato, que llegó allí para asesinar al papa, fué muerto juntamente con su hijo por los romanos, quienes se habian insurreccionado con objeto de defender en la persona del pontífice su religion y sus franquicias, espulsando de la ciudad al gobernador griego. Cunde el levantamiento en la Italia imperial de estremo á estremo: caen por tierra las estátuas del Isáurico, y hallándose la poblacion de acuerdo en no tener nada comun con los griegos, tenidos como tiranos, despreciados por débiles, aborrecidos como herejes, se eligieron magistrados nacionales en lugar de los que venian de Constantinopla y de Rávena, y se decide que para hacer la guerra á Leon, se nombre á un emperador que tenga su residencia en Roma.

Esta era una de aquellas revoluciones que triunfan, porque son determinadas por el sentimiento de la religion y de la justicia, no por sutilezas que es incapaz de comprender el pueblo, y de que no tiene que esperar ninguna ventaja. Cada cual se arma para su defensa, apartándose de la heregia y negando el pago del impuesto; y no se derrama más sangre que la que es difícil de ahorrar en los primeros momentos de una conmocion popular que se aspira á comprimir (13).

Fué tan estraña la ambicion de los papas á este movimiento espontáneo, que Gregorio II intercedió en favor de Leon (14) con la esperanza de que

---

(13) *Respiciens ergo pius vir* (el papa) *profanam principis jussionem, jam contra imperatorem quasi contra hostem se armavit, renuens heresiam ejus, scribens ubique se cavere Christianos eo quod orta fuisset impietas talis. Igitur permoti omnes Pentapolenses, atque Venetiarum exercitus, contra imperatoris jussionem restiterunt, dicentes se numquam in ejusdem pontificis condescendere necem, sed pro ejus magis defensione viriliter decertare. Liber pontificalis.* Gibbon dice que este pasaje es importante y decisivo. Sea.

(14) *Cognita imperatoris nequitia, omnis Italia con-*

volveria á la senda de la verdad. Por su solicitud la autoridad imperial fué conservada en Roma y restablecida en Nápoles, aunque adquirieron allí más fuerza las instituciones municipales, y por consiguiente la autoridad de los pontífices. Nobles, cónsules y pueblo recuperaron el derecho de intervenir en los negocios públicos, cuando se reunieron en asamblea para condenar la opinion que Leon queria imponerles. Civita-Vechia fué fortificada, y se celebró una alianza con los longobardos en nombre del ducado romano, al mismo tiempo que se conservaban las apariencias de sumision á la persona del emperador.

Liutprando se aprovechó de estas turbulencias, y con el pretesto de favorecer la equidad y la libertad de conciencia (728) asaltó y ocupó á Rávena (15), Bolonia y la Pentápolis. Pero los venecianos, cuyos socorrros reclama el papa contra los bárbaros, envian al dux Orso, quien cae sobre el rey longobardo, le bate, hace prisionero á su sobrino, y restablece en Rávena, de donde expulsa el enemigo, al eunuco Eutiquio, enviado desde Constantinopla para ejercer en esta ciudad las funciones de exarca. Habia esperado Liutprando que la reciente ofensa tendria más influjo en el ánimo del pontífice que el bien de la península. Engañado en su esperanza, se irrita á causa del mal éxito de su tentativa y celebra la paz con Eutiquio, prometiendo prestarle ayuda para someter á los recalcitrantes, á condicion de que le dé auxilios contra los duques de Espoleto y de Bevevento, sublevados en favor de Roma. Habiendo coronado el éxito la empresa, se adelantan juntos los dos ejércitos sobre Roma, á fin de castigarla de opuestos desmanes: uno de haber desobedecido al emperador, otro de haberle permanecido fiel. Presentándose el papa en el campamento dijo á Liutprando palabras tan bondadosas, que éste se echó á las plantas del pontífice, prometiendo no causar daño á nadie. Dirigióse en union del papa á la basílica del Vaticano, donde depositó sobre el cuerpo de los santos Apóstoles su manto real, sus brazaletes, su loriga, su puñal, su espada dorada, su corona de oro, su cruz de plata, dejándolo todo en calidad de donativo.

Así se habian reanudado las antiguas relaciones entre griegos y longobardos, si bien el emperador de Constantinopla no cesó de mortificar á los pontífices. El sirio Gregorio III (731), no menos enérgico que su antecesor, no pidió su confirmacion al exarca, se opuso á los edictos que proscribian las imágenes sagradas, y exhortó ardorosamente al emperador con el firme propósito de que los derogara. Posteriormente cuando le vió obstinarse en su error, congregó un concilio, en que por unanimidad de votos fueron escluidos de la unidad de la Iglesia aquellos que hicieran pedazos las imágenes sagradas. A fin de vengarse publicó el emperador un edicto por el cual arrancaba de la autoridad del metropolitano de Roma, y sometia á la jurisdiccion del de Constantinopla, las iglesias de Nápoles, de la Calabria, de la Sicilia y de la Iliria; enseguida envió una numerosa escuadra destinada esclusivamente á asegurar el exacto cumplimiento de sus órdenes; pero una violenta tempestad la dispersó en el golfo Adriático. Abordaron á Rávena los restos de dicha escuadra con el pensamiento de entrar la ciudad á saco, aunque habiéndose apercibido de ello el pueblo por avisos que llegaron á tiempo, corrió á las armas y repelió á los griegos, cuyos buques echó á pique. Este fué el último esfuerzo tentado por los emperadores dirigido á conservar á Italia.

Llamamiento á los francos.—Libre el papa de este peligro, tardó muy poco en caer en otro nuevo. Efectivamente Liutprando, á quien se le habia dado por colega Hildebrando, volvió á poner por obra sus antiguos proyectos, y en su consecuencia penetró en el ducado romano. Hízose allí dueño de las principales plazas y amenazaba á Roma, cuando viendo Gregorio que no habia que esperar ningun medio de salvacion de sus propias fuerzas, no aguardándolo tampoco por parte de los griegos, se decidió finalmente á recurrir á un príncipe bárbaro. Así fué que envió á Cárlos Martel embajadores con numerosos presentes, y una carta concebida en los términos siguientes:

«Gregorio á su escelentísimo hijo el señor Cárlos virrey *(subregulus)* de Francia.

«Gemimos en una profunda afliccion al ver abandonada la Iglesia por aquellos de sus hijos que deberian consagrarse á su defensa. El pequeño territorio de Rávena, único que nos quedaba el año último para subvenir al mantenimiento de los pobres y al alumbrado de la iglesia, ha sido acometido á sangre y fuego por Liutprando é Hildebrando, reyes de los longobardos. Han arruinado los dominios de San Pedro, robado el ganado que quedaba y talado hasta las cercanias de Roma. Ni siquiera de tí, escelentísimo hijo, hemos recibido hasta el presente el menor consuelo, y sabemos que en vez de pensar en poner remedio á estos males, prestas más fe á los principios que son causa de ellos, que á la verdad que esponemos á tus ojos. Rogamos al Altísimo que no te castigue por semejante pecado; más ¿no oyes por ventura las burlas de los que nos dicen: *Dónde está aquel Cárlos cuya proteccion imploras? Venga en buen hora y sálvete, si puede, de nuestras manos con sus temibles francos.* ¡Cuán inmenso dolor se apodera de nosotros al oir estas reconvenciones, cuando vemos á hijos tan poderosos de la Iglesia no mover siquiera el dedo para defenderla y vengarla de sus enemigos! Bien po-

---

silium iniit, ut sibi eligerent imperatorem et Constantinopolim ducerent; sed compescuit tale consilium pontifex, sperans conversionem principis. ANAST. BIBL.

(15) Los de Pavia creen que Liutprando llevó entonces de Rávena á su ciudad la estatua de bronce que representaba á Antonino Pio á caballo, que llamaban el Regisol, y que fué destruida en la revolucion del 1796.

dria protegerla el príncipe de los Apóstoles armado de su poder inmenso; pero quiere probar en tiempos tan calamitosos el corazon de sus hijos. No prestes, pues, crédito á esos reyes cuando acusan como culpables á los duques de Espoleto y de Benevento: su única culpa consiste en no habernos querido atacar contra la fe el año pasado. Por lo demás obedecen plenamente á los reyes; sin embargo se les quiere despojar de su categoria y desterrarles para subyugar á la Iglesia sin obstáculo alguno y hacerla esclava.

»Envíanos uno de tus fieles servidores, incorruptible á los regalos, á las amenazas, á las promesas, que vea con sus propios ojos nuestras persecuciones, la humillacion de la Iglesia, las lágrimas de los peregrinos, la ruina de nuestro pueblo, y te dé cuenta exacta de todo. Te exhortamos por el juicio de Dios y por la salvacion de tu alma á socorrer la Iglesia de San Pedro y de su pueblo y á desviarte de esos pérfidos reyes. Por el Dios vivo y por las llaves de San Pedro que te envio en señal de reinado (16) apresúrate á acudir en nuestro socorro; pon en evidencia tu fe, y aumenta de esta manera el renombre que ya te has conquistado en el mundo, á fin de que el Señor te oiga tambien en la tribulacion, de que el nombre del Dios de Jacob te proteja, y de que podamos orar contentos dia y noche al Eterno por tí y por todo tu pueblo sobre el sepulcro de los santos Apóstoles Pedro y Pablo.»

Se cree que el portador de esta carta habia recibido instrucciones verbales, á fin de entenderse con Cárlos para hacer pasar del imperio á su persona la soberania de Roma. Pero nada existe que corrobore esta opinion. Tuvo el papa que dirigir nuevas instancias á Cárlos, quien acabó por enviar embajadores á Liutprando; pero mientras se estaba en negociaciones, murió el papa, el emperador y el mayordomo (741).

Zacarias.—Zacarias que fué elevado entonces á la Santa Sede, era de Santa Severina en la Magna Grecia, generoso en las dádivas y en el perdon, y autor de paz y de concordia. Habiéndose dirigido personalmente á Terni, supo inclinar al rey longobardo, en fuerza de benevolencia y de dulzura, á prometer la restitucion de las ciudades de que se habia apoderado. Trasamundo, duque de Espoleto, se vió desamparado por los romanos, lo cual le impulsó á entregarse á Liutprando, quien le encerró en un monasterio. Gregorio, duque de Benevento, fué asesinado en un tumulto del pueblo, en el momento en que aspiraba á salvarse huyendo á Grecia. Liutprando donó los dos ducados á dos de sus deudos; quebrantando con posterioridad sus promesas, retuvo en su poder todas las ciudades que habia ocupado, y hasta invadió nuevamente el exarcado. Pero el papa se condujo con tanto acierto, que al fin logró restablecer la paz.

Raquis.—Cuando cesó de vivir Liutprando (744), depusieron los longobardos á Hildebrando, su colega, y tomaron por jefe á Raquis, duque de Friul. Tardó muy poco en llevar la guerra al seno del exarcado (749). De nuevo intervino el papa, y no solo le hizo renunciar á su empresa, sinó que tocó hasta tal punto su alma, que sin demora fué á encerrarse en el monasterio del monte Casino, que á la sazon acababa de ser reedificado, y á donde se habia retirado, muy poco tiempo antes, Carloman de Francia. Tambien Tasia y Rotrudis, mujer e hija de Raquis, se encerraron en un claustro.

Astolfo.—Astolfo, hermano de Raquis, encumbrado al trono por el voto público, comenzó de nuevo las hostilidades contra los griegos, y como hábil guerrero, las condujo con tanta fortuna, que habiéndose hecho dueño en dos años de la Pentápolis y del exarcado, trasladó la capital de su reino desde Pavia á la ciudad imperial de Rávena. Refugióse en Nápoles el exarca Eutiquio (752), y fué el último que gobernó la Italia griega, donde las posesiones que aun quedaban al imperio, fueron divididas en los temas ó distritos de Sicilia y de Calabria. Al mismo tiempo los duques de Nápoles, de Gaeta, de Bari y de otras ciudades, permanecieron casi independientes, bajo la supremacía nominal del estratega de Sicilia.

Estéban II.—Hubo de parecer á Astolfo la posesion del exarcado motivo bastante para atribuirse todas sus dependencias, inclusa la misma Roma. En su consecuencia intimó al senado y al pueblo romano que le prestaran obediencia como soberano de Rávena, intimacion que apoyó con un ejército numeroso. A fuerza de presentes y de súplicas pudo inducirle Estéban II (17), que habia sucedido al papa Zacarias, á consentir en una paz de cuarenta años; pero apenas habian trascurrido cuatro meses, la rompió aquél é impuso un tributo anual á los romanos, hasta el momento en que fuera de su agrado incorporar este ducado á su reino. En un principio recurrió el papa á los ruegos, y guió en Roma una procesion, en la que, caminando en persona con los piés descalzos, llevaba en la mano una de aquellas imágenes de Cristo que no estaban hechas por mano de hombre. Cubierto el pueblo de cenizas y prorumpiendo en sollozos iba detrás de una cruz, de la cual estaba colgado el tratado de paz violado por los longobardos. Estéban envió inmediatamente al abad del monte Casino y á otros sacerdotes cerca de Astolfo para inclinarle á mejores disposiciones; pero este príncipe los trató con desden marcado, intimándoles que regresaran á sus conventos, sin volver á ver siquiera al papa. El emperador Constantino Co-

(16) *Ad regnum*; quizás indica la adquisicion del reino celeste. Léese en algun texto *ad rogum*, es decir, por oracion.

(17) O III, si se cuenta á otro Estéban que fué elegido antes de éste, pero no consagrado; porque murió de apoplegia al tercer dia de su eleccion.

prónimo, que en su testarudez por abolir las imágenes no habia cesado de atormentar al pontífice, en virtud de cuyos buenos oficios se habia conservado su autoridad en Italia, no adoptó entonces otra medida que la de enviar al silenciario Juan con cartas. El papa hizo conducir al enviado á Rávena por su propio hermano (753), encargándole suplicar de nuevo á Astolfo que consintiera al fin en ceder el exarcado á los griegos. Todas estas fueron tentativas infructuosas. Después de semejante paso continuaron todavia con más calor los armamentos y las amenazas (18). Otra vez Estéban escribió al emperador para que, segun las reiteradas promesas, viniera á defender la Italia (19); pero á éste le agradaba más abolir el culto de las imágenes, dar muerte á los monjes que las defendian, que la noble empresa de hacer frente á los longobardos y á los sarracenos.

Estéban en Francia.—¿Qué más podia hacer el papa? Acordándose de Gregorio III, recurrió á Pepino, duque de los francos, quien, prestándole más benévolo oido que lo habia prestado Cárlos Martel, envió al duque Autaris y á Crodegang, obispo de Metz, á fin de invitarle á que cruzara los Alpes. Con objeto de tentar el último esfuerzo se encaminó el papa, en union de los embajadores francos y del silenciario Juan, á la corte longobarda, sin que por eso consiguieran alterar en lo más mínimo la firme é irrevocable resolucion de Astolfo. Juan regresó á Oriente sin haber alcanzado cosa alguna, y el papa emprendió su viaje con direccion á Francia, en cuyo territorio fué recibido con el sincero respeto que otorga constantemente el pueblo á la virtud perseguida.

---

(18) *Fremens ut leo, pestiferas minas Romanis dirigere non desinebat, asserens omnes uno gladio jugulari, nisi suæ sese subderent ditioni.* ANAST. BIBL., *Vit. Steph.* II.

(19) *Deprecans imperialem clementiam, ut juxta id quod et sæpius scripserat, cum exercitu ad tuendas has Italiæ partes modis omnibus adveniret.* ANAST. BIBL.; BARONIO *ad. an.* 745; XXIII, XXV. Esto demuestra cuán distante se hallaba de las ideas de rebelion y de soberania.

CAPÍTULO XIII

PEPINO REY.—SOBERANIA TEMPORAL DE LOS PAPAS.

El *peregrino apostólico* halló cambiadas las cosas en Francia. Apenas se halló solo en el poder, por abdicacion de Carloman, Pepino el Breve, que tenia el título de mayordomo con la autoridad de rey, abrió á su hermano Grifon las puertas de su calabozo, confiriéndole honores y ducados (748); pero éste, sediento de dominacion y de venganza, impulsó á los sajones á declararse en rebeldia. Pepino les sujetó nuevamente al tributo de quinientas terneras, y Grifon buscó un refugio entre los bávaros; habiendo muerto posteriormente Odilon, su cuñado, les indujo á que le eligieran por duque, con esclusion de Tasilon, hijo del difunto. Sin embargo no tardó en caer sobre él Pepino, y después de derrotar á los bávaros, restableció á Tasilon en sus derechos paternales. Como habian celebrado alianza con Grifon los alemanes, les quitó sus príncipes nacionales, poniéndoles bajo el gobierno de condes francos bajo la vigilancia de enviados reales. Vanamente habia intentado el papa desviar á Pepino del designio de ponerse en marcha contra Grifon y contra los bávaros: así es que cuando se vió triunfante de ellos, habló al legado Sergio de la manera siguiente: «Mentias tú cuando pretendiste, de parte de San Pedro, impedirme llevar á cabo la guerra. Se ha manifestado bien á las claras la voluntad de Dios con el laurel de la victoria, y el cielo ha decidido que los bávaros sean súbditos de la Francia:» argumento que no ha perdido jamás su peso en la balanza política.

Hecho Grifon prisionero debió la vida á las súplicas de San Bonifacio y del pontífice. Su hermano le concedió generosamente doce condados con la ciudad del Mans, si bien á poco Grifon quiso levantar nuevamente la cabeza y fué muerto en los Alpes (753). De consiguiente Pepino ya no tenia rivales: á la edad de treinta y siete años se encontraba vencedor en muchas guerras, querido del pueblo y de los soldados por sus afables modales, y no menos del clero á quien habia restituido todo lo que Cárlos Martel le habia arrebatado: para ser rey solo le faltaba el nombre. Ya los francos ponian á sus actas la fecha de los años de su reinado. A él solo iban dirigidas las solicitudes ó las reclamaciones: le rodeaban todos los honores. Habian venido á ser los magnates sucesivamente sus vasallos, y se hallaban ligados respecto de su persona por el juramento de fidelidad más que por respecto de los débiles sucesores de Clodoveo.

Por otra parte la nacion, esto es, el ejército, tenia á semejanza de todos los pueblos germánicos, el derecho de elegir por rey á quien fuere de su agrado, no habiendo obedecido hasta entonces más que á una costumbre y al mérito, al escogerle entre los individuos de la raza Merovingia. Cansados los francos de esta ficcion, enviaron á Roma á Burcardo de Wurtzburgo, y á Fuldrado, abad de San Dionisio, para preguntar al papa Zacarias, de parte de los francos y de sus duques, á quien convenia dar el título de rey, si al que ejercia la autoridad realmente ó al que solo lo era de nombre. A esto respondió el papa, como hubiera podido hacerlo todo apreciador equitativo de la legitimidad, que el título de rey pertenecia al que desempeñaba las funciones inherentes á esta categoria; con lo cual el papa, lejos de usurpar un poder indebido, no hacia sino reconocer que el derecho de elegir al rey residia en la nacion (1).

---

(1) Véase á BOSSUET, *Defensio*, II, 34.—FENELON, *Œuvres* (Versalles) t. XXII, 584; II, 382. Parece que este hecho, callado por todos los contemporáneos, no encontró fe más que en la decadencia de los Carolingios, siglo y medio después; y que en efecto el papa no tomó parte alguna en el cambio de dinastia.

Pepino rey.—Pepino, que al principio habia rehusado admitir un cetro que el órden de los acontecimientos ponia en sus manos, viendo que le era confirmado á la sazon por el voto de los suyos, y que poseia además la sancion de la justicia, lo aceptó en el campo de Mayo de Soissons (759); y para justificar su eleccion á los ojos de los galos quiso ser consagrado con sujecion á la costumbre de los reyes de Judá, adoptada igualmente por algunos reyes de España. Hizo, pues, que le ungiera con el santo óleo San Bonifacio, el prelado más venerado de aquel tiempo (2); y la nueva dinastia fué, como la precedente, consagrada por la Iglesia (1.° de marzo). Childerico III, último que con derecho ó sin él llevó el nombre de Merovingio, vió cortados nuevamente sus cabellos, y tornó al monasterio de donde habia salido. Si cuando ocupaba el trono no alcanzó más título que el de *Insensato*, pudo merecer el de *Piadoso* en una morada que convenia mejor á sus inclinaciones.

Este triunfo de los francos de Austria sobre los de la Neustria, considerado por algunos como una nueva invasion septentrional, hizo efectivamente prevalecer la lengua y las instituciones de aquella nacion más germánica sobre las de los galo-francos, debilitados demasiado pronto por su mezcla con los romanos.

Después de la victoria del primer Pepino sobre los neustrios y sobre los hombres libres, los magnates, que le habian ayudado con su brazo á alcanzarla, se creyeron dispensados de toda obediencia: lo cual estinguió completamente la monarquía fundada por Clodoveo; y amenazó verificarse una descomposicion como aquella en medio de la cual habia sucumbido el Imperio romano. Ahora bien, al hacerse rey Pepino el Breve declaró vigentes los derechos dinásticos y con apariencias de justicia aspiró á dominar tantos príncipes independientes. Resuelto á sostener su soberania con la fuerza, se puso desde luego en marcha contra las provincias del Mediodía. La Septimania, que habian defendido los godos contra Clodoveo y los sarracenos contra Cárlos Martel, parecia dispuesta á gobernarse por sí misma; pero el godo Ansemundo, á quien habia elegido por jefe un gran número de magnates, rindió de buen grado homenaje á Pepino; ejemplo que fué imitado por las ciudades de Nimes, de Magalona, Agda y Beziers. De esta suerte tuvieron espedito el paso los francos para ganar las provincias arrancadas á los visigodos por los sarracenos. Acosados estos últimos continuamente por los cristianos, no podian esperar socorros del otro lado del Pirineo, á causa de la guerra civil que habia estallado en España al tiempo de verificarse la caida de los Omniadas. Envalentonados con semejante estado de cosas los godos de la Septimaria, bajo el mando de Pepino atacaron á Narbona, postrer refugio de los musulmanes, y se apoderaron de ella después de un asedio que duró tres años (759). Así se halló destruida la dominacion de los árabes en la Galia. Este pais, que tomó el nombre de Gotia, formó un ducado del reino de los francos, al cual juró Pepino conservar sus leyes.

Quedaba la Aquitania, siempre estraña á las instituciones francas, y que por este motivo tenian costumbre de repartirse entre sí los hijos de los reyes Merovingios, no queriendo ninguno poseer por única herencia una tierra habitada por romanos, porque no conferia los derechos de las tierras sálicas. La enemistad de Eudes con Cárlos Martel y de Hunaldo con Pepino, continuó en la persona de Waifro (Guaifero) hijo de Hunaldo. Este habia obtenido el pais en feudo de manos de Carloman, y le habia jurado fidelidad. Pero luego que Pepino hubo ascendido al trono, el duque de Aquitania se creyó dispensado de su juramento, y obrando como soberano, abrió un asilo á todos los que salian de Francia, ora fueran súbditos descontentos, ora magnates declarados en rebeldía. Pepino se lamentaba de ello, así como de las frecuentes violaciones de las inmunidades eclesiásticas; y como no fué oido tuvo necesidad de recurrir á las armas (759). Por espacio de ocho años hicieron frente á los temibles francos los muelles pueblos del Mediodia y los menospreciados vástagos de los romanos: con frecuencia adelantáronse hasta Autun y Chalons los aquitanios y los vascos; pero los francos prendieron fuego al Berri, penetrando en la Auvernia, llevando los estragos hasta el Lemosin, y arrancando allí las viñas, tesoro tan apreciado en la Aquitania. No sintiéndose Waifro con fuerzas para luchar con el enemigo, mandó desmantelar las ciudades y se retiró á las montañas, donde continuó haciendo la guerra con indomable pertinacia, hasta el instante en que fué muerto por uno de los suyos (2 junio de 768) (3). Entonces toda la Aquitania se sometió á Pepino; y Tasilon, duque de Baviera, que se habia rebelado contra su tio en favor de Waifro, fué derrotado.

Después de la muerte de Alan, hijo de Judicael, se habia dividido la Bretaña, y las ciudades de Nantes, Rennes, Dol, Alet (Sant-Maló) habian caido y vuelto á caer en poder de los francos, sin reconocer á pesar de todo su dominacion sino en tanto

(2) Llamar usurpacion al advenimiento al trono de Pepino, como lo hace la generalidad de los historiadores, es querer aplicar á los reinos electivos de los germanos las ideas modernas de la legitimidad. Ninguno de los escritores latinos contemporáneos lo considera bajo este aspecto, por lo cual es un absurdo de los historiadores bizantinos contar que el papa absolvió á Pepino de su felonia λύσαντος αὐτὸν τῆς ἐπιορκίας τῆς πρὸς τὸν Ῥήγα τοῦ αὐτοῦ Στεφάνου, TEOFANES, *Chronogr.* p. 337.

(3) La historia no habla de la manera como murió; pero algunas crónicas dicen que fué muerto por sus mismas gentes, porque querian alcanzar la gracia del rey. Cron. de Francia segun BOUQUET, v. 323.

que eran obligadas á ello por la fuerza. Pero mientras que el ambicioso Mac-Tiernes *(hijo de príncipes)* trastornaba aquella comarca (753), Pepino se adelantó hasta Vannes, y avasalló toda la península armórica.

Unidad franca.—Entonces se hallaron reunidas bajo un mismo cetro la Ostria, la Neustria, la Borgoña, la Aquitania y la Bretaña; fué consumada la obra de Clodoveo, y quedó borrada por la victoria la antigua diferencia que existia entre los galo-romanos y los francos, ya reunidos bajo una dominacion germánica. Es consolador al par que instructivo ver como la nacion más unitaria logró paso á paso formarse de tan diferentes elementos.

No habia dulcificado el cristianismo á los frisones de tal manera que hubieran renunciado á sus incursiones. Cuando asesinaron á San Bonifacio, que habia llegado con el fin de convertirles, Pepino vengó su muerte talando la Frisa, cuyo duque Ratbod II se vió obligado á refugiarse en el pais de los daneses (756).

Pepino habia sujetado á la paz á los sajones (758) imponiendo á los que habitaban á la orilla izquierda del Rhin el tributo de trescientos caballos; pero como violaran el tratado celebrado con él uniéndose á sus hermanos los idólatras, penetró el rey franco en la Westfalia, los puso en derrota cerca de Iburgo, en la diócesis de Osnabruk, y les obligó á someterse, á darle rehenes, y á no volverse á mostrar hostiles contra los misioneros. San Saiberto, uno de los apóstoles en que tan fecunda era la Inglaterra, habia llevado anteriormente el Evangelio hasta el Rhin: y habiendo otorgado Pepino en donacion la isla del Rhin, llamada de César *(Kaiserswerth)*, erigió en ella un obispado que fué trasladado con posterioridad á Werden, á orillas del Ruhr.

La nueva dinastia franca se habia aproximado, pues, á Roma, tanto por su antiguo título de católica, como por haberla consagrado el pontífice recientemente y por divulgar el Evangelio entre las naciones idólatras; asi su índole la inclinaba á hacer prevalecer en el órden civil la monarquia y en el religioso el papado. Tomó de una manera más pública este último oficio cuando el papa Estéban II, no pudiendo obtener de los longobardos que respetasen las tierras del ducado romano, se presentó á Pepino pidiéndole socorro. El rey envió á su encuentro hasta San Mauricio á su hijo Cárlos, que debia ser sobrenombrado Magno, y que caminó á pié delante de su carro: luego el rey le recibió en su castillo de Pontion, donde al acercársele el papa se prosternó en ademan suplicante así como su clero, vestido de cilicio y cubierto de ceniza. Al apearse Pepino se humilló delante del pontífice, como jefe de la Iglesia, con sus hijos y los magnates del reino. Enseguida le condujo á la abadia de San Dionisio, y le prodigó esmerados cuidados durante una enfermedad producida por el pesar y la fatiga del viaje. En señal de gratitud consagró el papa nuevamente á Pepino como rey de los francos (28 de julio), y ungió tambien á sus dos hijos Cárlos y Carloman, amenazando con la escomunion á los magnates y al pueblo en el caso en que transfirieran la corona á otra familia. Acto continuo confirió al rey y á sus hijos el título de patricios; pero no quiso disolver, á pesar del deseo de Pepino, su matrimonio con Berta, posponiendo la gratitud á las leyes eclesiásticas.

Pepino, patricio de Roma, y por consiguiente protector oficial de la Santa Sede, obligado desde entonces á prestarle ayuda contra los longobardos, manifestó la intencion de darle en soberania el exarcado de Rávena. Previendo el rey Astolfo que la buena armonia que reinaba entre Pepino y Estéban redundaria en su daño, hizo que Optato, abad del monte Casino y súbdito suyo, ordenara á Carloman retirado en su monasterio, que se dirigiera á Francia para disuadir á su hermano de la espedicion á Italia. Carloman se presentó á la dieta de Kiersi y alli hizo observar cuán poco conveniente era tomar partido en favor de los griegos heterodoxos contra los longobardos católicos, diciendo que *la sangre de los francos no debia derramarse sino en favor de Francia;* y que dejarian imprudentemente espuestos sus propios hogares á los ataques de los sajones y de los aquitanios por defender el territorio ageno. Tanto ardor empleó en sostener esta causa, que el papa y su hermano se sintieron ofendidos: para vengarse Pepino mandó cortar la cabellera á sus dos sobrinos y los encerró en un monasterio. Quizá abreviaron los dias de Carloman el pesar ó el despecho que esperimentó de resultas (4).

Sin embargo, las razones que habia espuesto hicieron impresion en el ánimo de los magnates francos, quienes se negaron á empuñar las armas hasta que se intentara entenderse amigablemente. En su consecuencia, Pepino comisionó enviados para que ofrecieran á Astolfo doce mil sueldos de oro con tal de que renunciara á la Pentápolis y á otras tierras (5). En virtud de su negativa, mandó decretar la guerra en la dieta de Braine (754). Tan luego como el edicto real les llamó á las armas, acudieron los magnates en gran número en torno de la bandera de Pepino, y forzaron el paso de Susa, que hacia ciento cincuenta años que separaba á dos pueblos, en paz uno con otro. Hallóse Astolfo encerrado en Pavia y no tuvo más arbitrio que resignarse á entrar en negociaciones.

Donacion de Pepino.—Obligóse, pues, á entregar á Pepino el exarcado y la Pentápolis, de que el rey franco hizo donacion á la república, y á la Iglesia

(4) *Ann. Metenses*, p. 754. Carloman salió más airoso en otra demanda, que tenia por objeto hacer restituir al monasterio del monte Casino las reliquias de San Benito, arrebatadas á este monasterio cuando fué saqueado por los longobardos, y llevadas por peregrinos galos á la abadia de Fleury, junto al Loira.

(5) *Chron. Moiss.*, BOUQUET, V, 67.

romana y á San Pedro, es decir, al pontífice, que fué restablecido en Roma.

Dominacion temporal.—Tal fué el origen de la dominacion temporal de los papas, que, aun cuando eran jefes de la Iglesia, no habian poseido hasta entonces ninguna soberania. El donativo hecho por Constantino el Grande al papa Silvestre es una invencion de posterior fecha (6), pero es verdad que los papas tenian inmensas posesiones. Ya en tiempo de Gregorio Magno contaban veinte y tres dominios en Italia, en las islas del Mediterráneo, en la Iliria, en Dalmacia, en Germania y en las Galias: nos bastará citar el estensísimo de los Alpes Cotios. (7) En conformidad del derecho romano, ejercian los pontífices en estos dominios su jurisdiccion sobre los colonos, lo cual traia consigo magistrados, apelaciones, encarcelamientos. Además, en virtud de la negligencia de los emperadores, residentes á tan larga distancia, ejercian algunos actos de soberania: así envió Gregorio Magno un gobernador á Nepi con órden al pueblo de que le obedeciera como á su propia persona, y un tribuno á Nápoles para que velara por la defensa de esta ciudad: agregándose á esto que las instituciones municipales de Roma les conferian como á primeros ciudadanos, una porcion de soberania. Más desde ahora la donacion de Pepino les colocaba realmente en la categoria de príncipes de la tierra y como fué base del más antiguo reino italiano en Italia, y ejerció grande influjo en las vicisitudes de este pais, naturalmente ha debido llamar la atencion de los historiadores y de los publicistas.

No siendo actualmente la dominacion papal más aborrecida, temida ó adulada que otra cualquiera, se puede discutir acerca de su orígen con tanta imparcialidad como si la cuestion versara sobre el derecho que tenia Roma para destruir á Cartago. Además, un buen católico sabe establecer distincion entre la inmovilidad de un poder espiritual indefectible y los accidentes de una dominacion que no aguardó la Iglesia para hacerse grande y fuerte, y que, aun cuando hubiera de serle arrebatada, no perderia un solo átomo del brillo que debe á influencia más alta que la del principado.

Ya no existe el original de la donacion de Pepino, siendo falsificada el acta de que se hace mérito; pero los cronistas que lo mencionan de comun acuerdo, y las confirmaciones hechas de él poco después y sucesivamente, no dejan duda alguna acerca de su existencia. Esta donacion comprendia á Rávena, Rímini, Pesaro, Cesena, Fano, Sinigaglia, Jesi, Forlimpópoli, Forli con el castillo de Susubio, Montefeltro, Aceragio, Monlucati, Serra, Castel San Mariano, Bobro, Urbino, Cagli, Lucli, Agobio, Commacchio, Narni (8). Han supuesto algunos (9) que la donacion concernia únicamente al dominio útil de los bienes comprendidos en esta estension de territorio, no á la soberania reservada por Pepino para sí y para sus sucesores; ó que si tal vez comprendia la soberania, no tuvo efecto más que con relacion al dominio útil. (10) ¿Cómo pudo ser esto, si al romper con el papa los longobardos y el arzobispo de Rávena, le quitaron la jurisdiccion y no los dominios? Además vemos á los papas enviar jueces y funcionarios á las ciudades donadas, (11) y decir: *Nostra romana civitas, nostrum populum romanum*, (12) conociendo que

---

(6) Véase tomo III, pág. 368.

(7) Algunos suponen que este abarcaba tambien á Génova; pero dos años después de la confirmacion que hizo Liutprando al papa, murió un tal Andoaldo, que es designado como duque longobardo de la Liguria.

(8) Algunos pretenden que esta donacion se estendia desde Luni hasta el distrito de Suriano, comprendiendo en ella la Córcega, y de allí hasta monte Bardone; luego Berceto, Parma, Reggio, Mantua, Monselice, Venecia, la Istria, y los ducados de Espoleto y Benevento.

(9) PFISTER, *Gesch der Deutschen*, t. I, p. 409.

SPITTLER, *Staatgeschichte t.* II, p. 86 y otros muchos.

(10) Véase SISMONDI, *Historia de las repúblicas italianas*, tomo I. Napoleon zanjó esta cuestion con el sable como otras muchas.

«Desde nuestro campamento imperial de Viena 17 de mayo de 1809.

»Considerando que cuando Carlomagno, emperador de los franceses y NUESTRO AUGUSTO PREDECESOR, hizo donacion á los obispos de Roma de diferentes paises, se los cedió á título de feudos para asegurar el reposo de sus súbditos, y sin que por esto dejara Roma de formar parte de su imperio;

»Hemos decretado y decretamos lo siguiente:

»Quedan incorporados los Estados del papa al imperio francés.»

¡Terrible lógica! Pero el abate Emery le convenció fácilmente de su error. Véase ARTAUD, Vida de Pio IX, c. 21.

(11) *Nam et judices ad faciendas justitias... in eadem Ravennatium urbe residentes ab hac romana urbe direxit, Philippum presbyterum, simulque et Eustachium quondam ducem. Cod. Carol*, número 54. Véanse tambien los números 51, 75, etc. Cuando Carlomagno quiso tomar á Rávena en 784 algunas colonias antiguas, tuvo necesidad de una concesion del papa.

(12) Véanse en FANTUZZI, *Monum. ravennati*, los diplomas del t. V, especialmente el 17 y el 18. Además SAVIGNY, *Historia del derecho romano*, c. V. párrafo 110; LEO, *Gesch. von Italien*, t. I, páginas 187-189; CENNI, t. I, página 63; ORSI, c. VIII; PHILIPS, *Deutsche Geschichte*, III, párrafo 47; GOSSELIN, *Poder de los papas* (Paris, 1846), página 240 y sig. Posteriormente el papa Adriano escribia á Carlomagno: «Los duques de Espoleto, de Benevento, de Friuly de Clusio, urdieron contra nosotros el peligroso plan de reunirnos con los griegos y con Adelquis, hijo de Desiderio, para hacernos la guerra por mar y tierra, deseando invadir *esta nuestra ciudad de Roma* y restablecer el reino longobardo. Por tanto os ruego que acudais lo más pronto posible en nuestra ayuda; pues á vos, después de Dios, hemos entregado la defensa de la santa Iglesia, de *nuestro pueblo romano* y de la república romana.» *Col. Carol. ep.* 57.

Despues se han publicado:

TH. D. MOLCH.—*De donatione a Carolo M. sedi apostolicæ anno* 774 *oblata*. Munster, 1861.

han sido sustituidos al exarca y obran en su lugar y puesto. Tambien pudiera demostrarse que antes de la donacion de Pepino, los papas ejercian jurisdiccion en muchos de aquellos paises, por un consentimiento popular, al que Pepino rendia homenaje, llamando restitucion á su donativo; y arguye mal el que trasladando á aquellos tiempos ideas del nuestro pretende encontrar en ellos una distincion exacta de derechos y de poderes, de dominio útil y de gobierno político. El propietario ejercia como tal en sus posesiones ciertos actos de soberania, mantenia el órden, administraba justicia, llevaba los hombres á la guerra, á la par que el soberano recaudaba impuestos, enviaba inspectores, y la mayor parte del poder era del que tenia más energia y fuerza entre los dos.

Al llegar á este punto se creen inevitablemente obligados los historiadores á hacer una digresion sobre la ambicion de los papas, sobre su codicia en proporcionarse bienes y poderio, sobre los males que atrajeron á Italia estorbando que cayera toda entera (por culpa de ellos) en poder de los extranjeros. Nosotros nos hemos permitido y hasta hemos creido un deber, siempre que nos ha dado derecho para ello la historia, ponernos en oposicion con decretos de la opinion y de la fuerza; y jamás hemos esperimentado simpatia respecto de una tirania cualquiera para darle la razon, porque tenga espadas y trono. Una vez más nos limitaremos á consultar los hechos (13). Por una parte se hallan los emperadores de Constantinopla, poseyendo la Italia, no como sucesores legítimos de los antiguos césares, sino á título de conquista, y tratándola como tal, después de haberle arrebatado sus antiguos privilegios; por otra, reyes extranjeros (14), armados y amenazadores, que juran y violan sus juramentos, devastan las ciudades, esterminan las poblaciones y lo entran todo á sangre y fuego. Tienen en frente de ellos ancianos sacerdotes elegidos por el pueblo y en sus filas,

---

AUG. THEINER, *Codex diplomaticus dominii temporali G. Sedis*, Roma, 1861. Es una coleccion en tres volúmenes de todos los documentos que sirven para la historia del gobierno temporal de la Santa Sede, sacados de los archivos del Vaticano. Pero en esta coleccion no van comprendidos los muchos documentos relativos á la misma materia, y ya publicados por Cenni, Alamanni, Fontanini, Borgia, Orsi, Garampi, etc.

(13) Este es uno de los puntos históricos, acerca de los cuales están más desacordes y más complicados los juicios, en lo concerniente á los hechos, á las intenciones y á las personas, en atencion á que casi siempre ha sido cuestionado por escritores de partido. Ya son sospechosas en su orígen las noticias que han llegado hasta nosotros, hallándose todas ora en las cartas de los mismos papas, es decir, de una parte interesada, ora en sus vidas escritas por Anastasio, ó por otros con parcialidad manifiesta.

«Por lo que hace á los modernos, escribiendo algunos en odio de la religion, no han visto más que astucia ó violencia en todo lo que los papas han hecho, querido, dicho ó padecido. Otros, sin proponerse un fin irreligioso, aunque adictos á la causa de un potentado que estaba ó creia estar en disidencia por no sé qué derechos con los papas, propendieron á poner siempre la razon del lado de la usurpacion y del desafuero. Algunos de los apologistas de la sede católica rebatieron las acusaciones, reteniendo el método de los acusadores. Cuando aparecen encarnizados en la discusion, no creais que se proponen por objeto establecer una opinion con relacion á un punto de historia; lejos de eso no lo miran más que como un medio á lo sumo. De esta suerte las cuestiones están mal sentadas por ambas partes, ora sea por casualidad ó de intento. Cuanto puede perjudicar al partido del escritor, se halla disimulado ó desfigurado: son oscuras discusiones de erudicion ó de principios, introducidas á propósito en el momento en que las cosas podrian empezar á aclararse. De aquí se sigue que cuando el lector cree que los escritores van á allanarle el camino para llegar á conocer lo más claramente posible algunos hechos, se apercibe, por el contrario, con despecho, de que han hecho cuanto ha estado en su mano para convertirlo en difícil y tortuoso.

»En otros escritores se nota un espíritu de partido procedente de motivos y de disposiciones más dignas; pero el espíritu de partido siempre existe. Tocados algunos de una veneracion piadosa y sincera en favor de la dignidad de los soberanos pontífices, indignados de la parcialidad hostil con que fueron tratados muchos de ellos, lo han defendido casi todo, y casi todo lo han justificado. Al revés otros disgustados del violento abuso que hicieron de su autoridad muchos papas, no han pensado en establecer distinciones de tiempo y de personas. Han visto en todas las acciones de todos los papas un designio profundo, contínuo, perpétuo de usurpacion y de dominacion. En consecuencia de esto, se han visto inducidos á presentar á los enemigos de los papas como víctimas, llenos de dulzura en su mayor parte, bajo la inexorable cuchilla del sacerdote. A veces se sorprende uno de ver á escritores, en lo demás sensatos y perspicaces, aunque movidos por este espíritu, pedir lágrimas á la posteridad, no en favor de una muerte dolorosa, no hácia uno de esos padecimientos que puede esperimentar todo hombre, sino por la pérdida del poder, por el aniquilamiento de proyectos ambiciosos de hombres que con propósito deliberado han hecho derramar tantas á sus contemporáneos.

»Cuando una cuestion histórica se convierte de este modo en disputa de partido, se hallan predispuestos frecuentemente los lectores á suponer tambien miras de partido en todo el que se lanza á tratarla de nuevo: ahora bien, aquel cuya opinion es absolutamente favorable á un partido, esperimentará doble trabajo en libertarse de la sospecha de parcialidad. ¿Qué hacer en este caso? Decir lo que se piensa, y dejar después que cada cual lo interprete á su modo. Si el que defiende á un papa es considerado como apologista de todo lo que han hecho todos los papas ó de todo lo que se ha hecho en su nombre; si muchos no saben imaginar siquiera que se pueda querer probar que un hombre, una sociedad ha tenido razon en un caso, sin proponerse por objeto favorecer toda la causa, todo el sistema á que este hombre, ó esta sociedad se consideran como unidos, no es ciertamente culpa suya; el objeto que se propone realmente, es decir lo que le parece verdad, y decirla con tanto más celo cuanto más combatido haya sido.» MANZONI.

(14) No eran extranjeros, dice un autor, porque se hallaban establecidos hacia mucho tiempo en Italia y no poseian reinos fuera de sus fronteras. Segun este raciocinio tampoco serian extranjeros los turcos para los griegos.

que oran, escriben, hacen procesiones, envian embajadas, van á suplicar en persona, no solicitando más que paz y justicia: á lo sumo reunen un puñado de hombres armados solo con el fin de defenderse. Entre estas tres clases de competidores deseosos de conservar ó de conquistar la Italia, descubrimos millones de italianos, cuya suerte se decidia en sus debates. Oraban y gemian con el papa y se veian despojados, muertos por el rey ó por el emperador. ¡Cuánto no habian padecido bajo aquella dominacion griega, distante, irresoluta, arrogante, que tiranizaba las conciencias, hecha aun más intolerable por la codicia y la insolencia de los funcionarios, quienes no se sonrojaban de hacerse satélites ó asesinos por obediencia! ¡Cuánto no hubieran tenido que padecer cayendo bajo el yugo de aquellos longobardos que habian robado á sus hermanos, leyes, bienes, magistrados y hasta el nombre de italianos! Con efecto los longobardos, después de tantos años de residencia en el territorio de Italia, nunca se habian naturalizado: tanto terror inspiraba su nombre, que en los paises á donde se acercaban, las poblaciones que habian perdido el uso de las armas, osaban aun empuñarlas de nuevo para rechazar la opresion y la matanza reservadas á los vencidos.

Si quedaba á los italianos alguna esperanza de renacimiento ó de alivio no podian cifrarla más que en el papa, á quien los romanos consideraban hacia largo tiempo como su representante, defensor de sus derechos, único que supiera consolar á los oprimidos é intimar justicia á los opresores; papa que por su carácter debia ser más equitativo, más lleno de mansedumbre, y que hacia aun respetable á todas las naciones aquel nombre romano hácia el cual se habia concebido tanto desprecio por culpa de otros.

La historia, aun independientemente de los hechos, deberia observar cuál es la causa cuyo triunfo hace disminuir las injusticias y lágrimas entre esa multitud de hombres, que tiene por costumbre descuidar totalmente: deberia á lo menos, cuando los siglos han calmado las pasiones, estar escrita con implacable justicia y maldecida cuando no simpatiza con los oprimidos.

Astolfo ataca á Roma.—Después de haber arreglado las cosas en Italia, pasa nuevamente Pepino los Alpes; pero Astolfo, que no habia consentido en el tratado más que á la fuerza ó para ganar tiempo, reune con gran celeridad á sus fieles, y poniéndose en marcha sobre Roma, le pone sitio (755). «Abrid la puerta Salaria (dice á sus moradores) á fin de que yo entre en la ciudad, y entregadme la persona del pontífice, si quereis que use de misericordia con vosotros. En el caso contrario derribaré vuestras murallas, os pasaré á cuchillo, y veremos quién llega á arrancaros de mis manos.» Conociendo los romanos á fondo sus propios intereses y la fe que podian tener en su palabra, rechazaron sus proposiciones, y mientras que talaba las cercanias de Roma, ayudados los ciudadanos por los francos que se habian quedado en el pais, sostuvieron el asedio por espacio de cincuenta y cinco dias con un valor que se habia vigorizado en las pruebas á que les habian sujetado las últimas disensiones.

Pepino en Roma.—Entonces fué cuando Estéban dirigió á Pepino una carta en nombre de San Pedro (15), exhortándole á libertar su sepulcro y á su sucesor bajo amenaza de castigos temporales y eternos. Inmediatamente traspone Pepino otra vez los Alpes, baluarte siempre débil contra los extranjeros; y mientras el enemigo le aguarda al paso de aquellos montes, le coge la retaguardia y llega á acometer á Pavia. Obligado Astolfo á retroceder á toda prisa para no dejar á su capital sin defensa, compra la paz al precio de la tercera parte de sus tesoros (diciembre), y sometiéndose á un tributo anual de doce mil sueldos de oro; además se obliga de nuevo, dando rehenes, á poner al papa en posesion del exarcado y de la Pentápolis.

Pepino envió al abad Fuldrado, su canciller, á llevar las llaves de Rávena y de otras ciudades á Roma, donde fueron depositadas sobre el sepulcro de San Pedro, y habiéndose dirigido allí personalmente, fué recibido como un libertador (756). En su busca llegaron embajadores de Constantinopla para inducirle á restituir al imperio las plazas que habian pertenecido á los griegos, mediante el reembolso de los gastos de la guerra; á lo que respondió que no habia peleado en beneficio del emperador y que le asistia derecho para disponer de ellas á su arbitrio como de una conquista legítima. Enseguida regresó á Francia, ora con el fin de no inspirar más recelos á los griegos con su vecindad ora fuera obligado á ello por sus leudos, deseosos de abreviar la duracion de la campaña. A esto conviene prestar atencion antes de encomiar la generosidad de Pepino, ó de criticar la estremada bondad con que dejó subsistir á los vencidos, en vez de establecer en medio de ellos su dominacion y sus leyes.

Aun no habia puesto en ejecucion el tratado Astolfo cuando murió de una caida de caballo (756). Ensalzado como uno de los mejores reyes longobardos, fué generoso con las iglesias y con los monjes, en cuyos brazos exhaló el último aliento, creemos que arrepentido de tantas violencias y astucias (16).

---

(15) *Estéban pretendia haberla recibido de San Pedro*, dice Mr. de Segur. Existe una enorme diferencia entre una figura de retórica y una impostura impia. Sin embargo, muchos historiadores juzgan aquí como aquel que creyera al autor de una novela que finge haber inventado ó refundido, tan delincuente como al falsificador de una letra de cambio.

(16) «Aquel tirano, secuaz de Satanás, Astolfo, devorador de la sangre de los cristianos, destructor de las iglesias de Dios, herido por un golpe divino, cayó en la voragine del infierno.... Ahora, por la providencia de Dios, por la mano del bienaventurado Pedro y por tu fortísimo brazo...

Desiderio.—Su hermano Raquis salió del claustro para pretender nuevamente la corona; pero el sufragio de algunos guerreros dió la preferencia á Desiderio, duque de Istria (737) (17), quien para deshacerse de su contrincante solicitó el apoyo del papa, prometiéndole no solo ejecutar punto por punto los compromisos de Astolfo con una fidelidad invariable, sino añadir á las ciudades que ya le habian sido donadas las de Faenza é Imola, con el castillo Tiberiano, Gavello y el ducado de Ferrara. Tan luego como el abad Fuldrado y el conde Roberto hubieron recibido la seguridad de lo que Desiderio prometia bajo juramento, se intimó á Raquis, en virtud de la obediencia monacal, que tornara á su piadoso retiro, y se anunció á los longobardos que los ejércitos romanos y francos sostendrian en el caso de que la necesidad lo exigiera, los derechos de Desiderio, el cual fué reconocido como rey en su consecuencia (757).

Estéban II murió aquel mismo año (21 abril). Paulo, su hermano y su sucesor, prometió amistad y fidelidad; puso en libertad á Sergio, arzobispo de Rávena, á quien habia encarcelado Estéban por falta de respeto y exigió á Desiderio el cumplimiento de sus promesas, aunque vanamente. Este habia empleado la astucia, y no bien se encontró sentado en el trono, se fijó en el proyecto constante de todos sus antecesores, cuyo objeto era someter la Italia. Habiendo reunido un ejército y confiando en que Pepino se hallaba ocupado en una guerra contra los sajones, sembró la desolacion y el estrago en la Pentápolis (758); avasalló á Liutprando y Alboino, duques de Benevento y de Espoleto, que habian rendido homenaje al rey franco; y gestionó con un secretario griego, para que el emperador enviase un poderoso ejército, al cual él uniria sus fuerzas para recuperar á Rávena.

No tardó el papa en dar cuenta de los preparativos á Pepino, *nuevo Moisés, nuevo David;* y este príncipe envió embajadores que renovaron la paz con las mismas condiciones que habian sido impuestas á Astolfo (759), de tal manera que, habiéndose presentado una escuadra griega delante de Rávena con objeto de recuperar esta ciudad, se reunieron para repelerla romanos y longobardos. A pesar de esta armonia aparente, nunca quiso Deriderio restituir las plazas ocupadas, por más que se quejó el papa; favorecia por el contrario al arzobispo de Rávena, contumaz á la Iglesia romana, y era inevitable la guerra cuando fué diferida por la muerte casi simultánea del pontífice y de Pepino (768).

Muerte de Pepino.—Hacia poco que habia regresado el rey de los francos de su espedicion feliz á la Aquitania, cuando sintiendo su fin próximo se hizo trasladar al sepulcro de San Martin y desde allí á San Dionisio, donde murió el dia 18 de setiembre á la edad de cincuenta y cuatro años, después de haber reinado diez y seis. Entre todos los que antes de él habian gobernado la Francia ninguno puede comparársele en actividad ni en prudencia, cualidades que favoreció la fortuna. Su reinado no fué agitado por conjuraciones ni por disturbios, cortejo ordinario de toda dominacion nueva. Mostró condescendencia respecto de los magnates, á quienes convocó con regularidad, no ya en los campos de Marzo, sino de Mayo, porque habiéndose aumentado el número de la caballeria era necesario aguardar á que hubieran madurado los forrajes para ponerse en campaña, como se hacia ordinariamente después de la asamblea. Viendo los nobles y el clero que el rey sometia á su deliberacion sus designios en aquellas reuniones, creian ser partícipes de la soberania, aunque en realidad no hacian más que prestar su aprobacion á lo que se les proponia. Cuando murmuraron á veces, como aconteció respecto de la espedicion á la Italia, donde no veian más que fatigas sin provecho, dejó al papa el cuidado de persuadirles. Conociendo la omnipotencia de los obispos, les trató con los mayores miramientos, y hasta dió á sus guerras cierto carácter religioso, ora combatiendo á los sajones como idólatras, ora á los aquitanios como usurpadores de los bienes eclesiásticos, ora á los longobardos como enemigos de los papas. Esto le valió ser considerado como protector de la iglesia católica, tanto más encomiado cuanto más contrastaba con los emperadores iconoclastas. Honró al papa Zacarias, que recurrió á él; veneró á San Bonifacio, ateniéndose á sus amonestaciones para la reforma del clero; y llevó de Italia á Francia una considerable porcion de reliquias, sacándolas él mismo vestido de una manera sencilla en las procesiones solemnes (18). Sin embargo no se dejaron mover las de San Austremonio hasta que él no hizo donacion de una tierra á los monjes; y habiendo usurpado otra á una iglesia, se le apareció en sueños San Remigio, y le golpeó de modo que se sintió acometido de la fiebre, no sanando hasta después de la restitucion. Anécdotas que pintan á lo vivo aquella monarquia de Iglesia y de guerra, que sacó de estos dos elementos tanto brillo en tiempo de los dos primeros reyes, y tanto envilecimiento bajo los reyes sucesivos.

---

ha sido ordenado rey de los longobardos Desiderio, hombre dotado de gran dulzura.» *Carta del papa á Pepino.*

(17) Malvezzi lo da por duque de Brescia. *Chron. Brix. Per. it. Scr.* t. IV. Da visos de probabilidad á su opinion el haber fundado monasterios en Leno y el de Santa Julia en Brescia, ricamente dotado por él, y del cual fué después abadesa su hija Ansilberga, que compró igualmente bienes para su monasterio en el territorio bresciano.

(18) En la segunda traslacion de San Austremonio: *Rex ad instar David regis... oblita regali purpura, præ gaudio omnem illam insignem vestem lacrymis perfundebat, et ante sancti martyris exequias exultabat, ipsiusque sacratissima membra propriis humeris evehebat.* En la de San German de los Prados ponian: *Tam ipse cuam optimates ab ipso electi, manus ad feretrum.* Rer. fr. Script., t, V, p. 428, 433.

Habiendo enviado los griegos á Pepino un órgano, el primero que se habia visto en Francia, se lo regaló á la iglesia de Compiegne, y como á la sazon metia tanto ruido la heregia de los iconoclastas, convocó un concilio, en el cual discutieron sus teólogos sobre esta materia con los doctores griegos. Decíase proverbialmente: *Hábil como Pepino.* Dió pruebas de su constancia en proseguir la realizacion de sus designios en la espedicion contra la Aquitania, que no abandonó hasta que fué dominada esta provincia. Así incorporó á la Francia germánica la Alemania y la Galia, y fué el primero entre los bárbaros que la avasalló toda entera, cual lo habia estado en tiempo de los romanos. Reconcilió la aristocracia con el trono, restituyéndole los poderes usurpados por los mayordomos. Diríase que conocia ya lo que con posterioridad ha demostrado la esperiencia, esto es, que los franceses no podian echar raices en Italia; pues en vez de procurar adquirir para sí propio, hizo donacion de lo que adquirió al pontífice, contentándose con debilitar á los longobardos y con estorbar que la union de toda la Península preparara un rival á la Francia. Hasta los mismos papas á quienes daba la independencia, quedaban ligados á su persona en virtud de sus beneficios, de suerte que nada tuvo que temer de su engrandecimiento.

Temido de los bárbaros fué venerado por los suyos, aunque le faltaba una cualidad que hace mucha impresion en las gentes toscas, una apostura magestuosa. Sabiendo que algunos de sus cortesanos se habian divertido con su corta estatura y su corpulencia, de donde le vinieron sus sobrenombres el *Breve* y el *Gordo*, les convidó á ver la lucha de un toro y de un leon; luego como este hubiera asido y derribado á su contrario, volviéndose Pepino hácia los magnates que le rodeaban les dijo: *¿Quién de vosotros tiene valor para obligar al leon á que suelte su presa?* Y como nadie hiciera ademan de querer arriesgarse á ello, añadió: *Yo se la haré soltar.* Empuñando entonces su ancha espada, saltó á la arena, embistió al feroz animal, y del primer golpe le echó la cabeza al suelo: del segundo hizo saltar la del toro; dirigiéndose enseguida pausada y sosegadamente al lugar donde habia dejado su comitiva, dijo: *David era pequeño y derribó á Goliath; Alejandro era pequeño, pero valia por ciento más altos y de mejor porte que él por su denuedo y por su brazo.*

CAPÍTULO XIV

CARLOMAGNO.—FIN DEL REINO LONGOBARDO.

Su gloria fué eclipsada por la de su hijo, y así se inscribió sobre su sepultura lo siguiente: *Aquí yace Pepino, padre de Carlomagno.* Sin embargo, este último no hubiera podido merecer el sobrenombre de Magno, si su padre no le hubiera dejado un reino robustecido y consolidado por la fusion de elementos heterogéneos, de la misma manera que Alejandro no hubiera dado cima á tantas hazañas, si Filipo no le hubiera allanado el camino.

Cárlos y Carloman.—Al morir Pepino, repartió el reino entre sus dos hijos, en conformidad á la antigua costumbre, que señalaba á cada uno de ellos una porcion igual del pais franco y del territorio romano. Cupieron en suerte á Carloman la Ostria y la Borgoña, y á Cárlos la Neustria y la Aquitania (1). No tardaron en separarse, seguido cada uno de sus leudos y fieles: el primero fué coronado en Soissons y Carlos en Noyon (9 octubre de 768). A su advenimiento fué de nuevo sublevada la Aquitania por Hunaldo, padre del asesinado Waifro, quien después de haber permanecido veinte y tres años en un convento para expiar allí su fratricidio, salió entonces para vengar la muerte de su hijo. Impaciente el pais bajo el yugo germánico, se apresuró á proclamarle, y algunas semanas bastaron para consumar la pérdida de una provincia, que habia costado á Pepino ocho años de guerra. Cárlos, aunque reducido á sus propias fuerzas sometió la Aquitania. Hunaldo logró escaparse y permaneció algun tiempo en un convento de Roma: luego, cuando vió á los francos en guerra con los longobardos, fué á ofrecer á éstos un brazo y un odio que no habian alcanzado domeñar la edad ni el infortunio. A fin de mantener á la Aquitania en la obediencia, la repartió Cárlos entre condes francos (769) y construyó junto al Dordoña una fortaleza, llamada después Fronsac, donde un corto número de ostrianos tuvo á raya un pais agotado por tantas guerras.

Cárlos, que cumplia á la sazon veinte y cinco años, habia adquirido ya madurez en los campamentos y en el gobierno de la Ostria. De elevada y magestuosa estatura, tenia la tez clara, y un vigor á prueba de toda clase de fatigas; de una conversacion viva, impasible en los reveses como en los triunfos, respetuoso hácia la religion, amigo de las ciencias, instruido en todo cuanto se sabia

---

(1) Véanse: *Genealogia regum Francorum;* los Anales de las diferentes ciudades, las crónicas y los versos coleccionados por PERTZ, tom. I, II; y las vidas de los santos contemporáneos.

EGINHARDI, *Vita Caroli magni*, es el monumento más precioso de la época.

MONACUS SANGALLENSIS, *De gest. Caroli M.—Capitularia Caroli, M.—Epistolæ Caroli M.*, Alcuini, Hincmari.—*Diplomata Caroli M.—Codex Carolinus.*

Véanse tambien:

ANASTASIO BIBL., *Vitæ Pontificum.*

GAILLARD, *Historia de Cárlos M.*

BOEHMER.—*Regesta chronologica diplom. Carolum, die Urkunden sämmtlicher Karolinger in kurzen Auszügen.* Francfort, 1833.

DIPPOLD.—*Leben Kaiser Karls des Grossen,* Tubinga, 1810.

PHILIPPS, *Deutsche Gesch.*, t II.

MOESER, *Osnabrückische Gesch.*, t. V.

LEDEBURG.—*Kritische Beleuchtung einiger Puncte in der Feldzügen Karls des Grossen,* Berlin, 1829.

J. ELLENDORF.—*Die Karolinger, und die Hierarchie ihrer Zeit.* Hesse, 1838-39.

Esto sin contar á los conocidos Baronio, Muratori, Guizot, Sismondi, Montesquieu... y las historias universales y germánicas, especialmente Luden.

en su tiempo. Cuando todavia no están determinadas las instituciones sociales y cada cual atrae á sí la mayor parte de autoridad que puede, si llega á presentarse sobre el trono un hombre dotado de carácter enérgico, firme en sus designios, no bastando nada á apartarle de la senda que se ha trazado, arrastra fácilmente á los demás en pos de su huella. Son aniquilados los rebeldes: limítanse los descontentos á murmullos sin resultado: se convierten en instrumentos los hombres activos del que modera el impulso de su brazo con la inspiracion de la prudencia. Tal fué Carlos, y quizá en su carácter personal, más bien que en otra cosa, consiste el ascendiente que ejerció sobre sus contemporáneos.

Al revés, se nos pinta á Carloman como uno de aquellos hombres medianos, á quienes la superioridad de los demás ágria hasta el punto de hacerles ásperos, suspicaces, y que recelando de las personas eminentes, depositan ciega confianza en individuos incapaces. Algunos de estos últimos, y especialmente el duque de Auquerio, pagado para este fin por el rey de los longobardos, procuraron animarle en contra de su hermano; y se dejó ablandar por sus sugestiones hasta tal punto, que maquinaron contra su vida. Si no estalló la guerra entre ellos, se debió á la intervencion de Berta, su madre. Carloman tardó poco en morir (771), dejando dos hijos de edad tierna. Ahora bien, no considerando el derecho germánico á los pueblos como una propiedad trasmisible por herencia, y teniendo la dignidad real por una carga, mirándola como una magistratura conferida por el comun sufragio libremente, los señores de los paises dominados por el rey difunto, eligieron en su lugar á Cárlos (2), quien se halló de esta suerte á la cabeza del Estado más poderoso de Europa.

Carlomagno y Desiderio.—Aquí empieza una série de guerras, á las cuales debió Carlomagno la fortuna de encumbrarse al alto puesto que la posteridad no le ha disputado. Desiderio, rey de los longobardos, habia esperado poder reparar á la muerte de Pepino las pérdidas que le habia hecho esperimentar este monarca; pero cuando la espedicion de Aquitania vino á darle á conocer que Cárlos no cedia en nada á su padre en valor y habilidad, pensó sériamente en ganarse su afecto. Hizo, pues, que se le propusiera la mano de su hija Deseada ó Hermengarda, y le pidió la de su hermana Gisela para su hijo y colega Adelquis. Pero el papa Estéban no pudo menos de mirar de reojo un pacto que debia poner en peligro los intereses temporales de la Santa Sede y los de Italia. En su consecuencia, escribió á Cárlos en términos sumamente enérgicos, para que no diera el escándalo de repudiar á Imiltrudis, vástago de una familia ilustre entre los francos, con objeto de tomar otra mujer en una raza detestada de Dios é infestada de lepra; exhortándole tambien á no entregar á uno que, merced á él solamente conservaba el reino, la hermana que habia negado al emperador griego. Berta, que contemplaba este doble matrimonio bajo un aspecto completamente distinto, se dirigió en persona á Italia para concluirlo (770). En Roma conferenció con el papa, á quien hizo que concediera Desiderio algunas ciudades que le habia arrebatado; y aunque no parece que llegara á realizarse el enlace proyectado entre Gisela y Adelquis, volvió ella á pasar los Alpes llevando consigo á Hermengarda. Infeliz niña que con los dolores y la humillacion debia compensar el breve gozo de haberse sentado al lado del mayor rey.

Desórdenes en Roma.—Las principales familias que habian usurpado la eleccion de los cónsules que sucedieron á los magistrados decuriones, y á menudo tambien la de los prelados, habian adquirido grande ascendiente en la Romaña sobre las demás clases por los empleos, por la riqueza, por la fuerza, y pretendian tomar parte en la eleccion de los papas. Especialmente era ambicionada la cátedra de San Pedro por estas familias desde qúe los pontífices se habian hecho príncipes, y aun recurrian á veces á la violencia para ocuparla. A la muerte de Paulo, sucesor de Estéban II (767), reunieron sus bandas armadas *(scholæ)* cuatro hermanos de una familia patricia, entre los cuales se contaba el duque Toton de Nepi, é hicieron proclamar á la fuerza á uno de ellos llamado Constantino, que todavia era seglar: obligaron á Jorge, obispo de Palestina, á que le confiriera las órdenes, y habiéndole instalado en el Vaticano, hicieron que le jurara fidelidad el pueblo romano.

Pero los romanos aguantaban con gran trabajo al nuevo jefe que habia sido impuesto á la cristiandad. El primiciero Cristóbal y su hijo Sergio, dignidad de la Iglesia, se evadieron, bajo pretesto de ir á tomar el hábito de monjes, al pais de los longobardos de la Baja Italia, cuyo socorro reclamaron para espulsar á Constantino de la sede que habia ocupado indebidamente.

Teodiceo, duque de Espoleto, con el beneplácito de Desiderio, hizo partir un cuerpo de soldados á las órdenes de un tal Valdiberto, que se prometia entregar la ciudad á sus compatriotas. Efectivamente fué tomada Roma, perecieron muchos, y el

(2) «Los historiadores franceses pasan de largo por esta accion de Carlomagno, como si fuera la cosa más insignificante haber usurpado á sus sobrinos un reino, que *por todas las leyes divinas y humanas* les era legítimamente debido.» MURATORI, ad. ann. 771.

No conocemos ninguna ley *divina* que obligue á dar á los hijos el reino del padre. Si existia á la sazon alguna humana, el historiador hubiera debido citarla; pero jamás hemos oido hablar de ella, ni otros tampoco. Al contrario, vemos constantemente mantenido hasta entonces el derecho de los magnates para elegir rey. Sin embargo, es costumbre introducir aquí las palabras impropias y las ideas enteramente modernas de usurpacion y herencia. «Cárlos, dice Sismondi, con tanta avaricia é injusticia como hubiera podido hacerlo uno de sus antecesores, despojó á la esposa y á los hijos de Carloman de su herencia y les obligó á huir á Italia, etc.»

papa quedó prisionero. En medio del desórden de la invasion extrangera, Valdiberto saca á un sacerdote fuera del monasterio, y clama á voces: *¡Viva el papa Felipe! San Pedro es quien le ha elegido.*

Pero aquel primiciero Cristóbal, penetrado de las intenciones de los longobardos, escitó á un gran número de romanos contra el recien elegido, que fué depuesto, y con sujecion á las formas canónicas se nombra á Estéban III, de Reggio (768). Constantino privado de la vista se presentó ante un concilio reunido en San Juan de Letran, implorando su compasion y confesando su culpa, lo cual no le libertó de ser azotado. El concilio derogó los actos de su pontificado y le condenó á hacer penitencia hasta su muerte. Además declaró que jamás seria promovido ningun seglar á obispo ó papa, y que no asistiria á la eleccion ningun individuo militar ó laico; que mientras la eleccion durara, no iria á Roma ninguna persona desde las plazas de la Toscana y de la Calabria, y que no se entraria en su recinto con armas ni bastones. Convicto Valdiberto de maquinaciones se le sacaron asimismo los ojos.

Entonces Cristóbal y Sergio fueron enviados á Desiderio por el papa para reclamar los bienes y las rentas pertenecientes á la Santa Sede (3). Desiderio les entretuvo con buenas palabras, diciendo que iria en persona á arreglar la diferencia. En tanto ganó á su causa á Pablo Axarta, camarlengo papal que inspiró desconfianza al papa contra Sergio y Cristóbal. Noticiosos éstos del peligro que corrian, levantaron tropas y pusieron la ciudad en estado de defensa, de tal modo, que cuando apareció Desiderio cerca de las siete colinas, encontró una resistencia enérgica, recurrió de nuevo á la astucia, é invitó al papa á dirigirse á su campamento para entenderse con él acerca de las ventajas y derechos que tenia que restituir á la Iglesia, pero tan luego como salió de Roma escitó allí Axarta una sedicion contra Sergio y Cristóbal. Iban ya á venir á las manos cuando regresó el papa y se interpuso á fin de calmarlos ánimos.

Desiderio en Roma.—Siempre desleal Desiderio invitó al papa á nueva conferencia en San Pedro, que se hallaba entonces estramuros. Cuando se presentó en aquel recinto mandó cerrar las puertas y le mantuvo preso, obligándole á enviar órden á Cristóbal y á Sergio de que depusieran las armas y de llegar á unirsele ó de retirarse á un convento. Estos, abandonados por sus parciales, salieron para correr al lado del papa, quien, restituido á la libertad, les dejó á ambos en la basilica, á fin de que llegada la noche pudieran volver á entrar en Roma sin peligro, pero violando Desiderio la santidad del asilo, les arrancó de allí y les mandó sacar los ojos (4).

Satisfecho de haberse vengado, retrocedió Desiderio sin haber restituido cosa alguna. No podia esperar el papa apoyo del rey de los francos, yerno del rey de los longobardos, pero no tardó en ingerirse entre ellos la discordia. Cárlos, entre cuyas virtudes no se contaba la constancia en el amor, se cansó muy pronto de Hermengarda (776), y la envió á su padre para contraer matrimonio con Ildegarda, princesa de Suabia. Esta afrenta irritó á Desiderio, y como Gerberga, viuda de Carloman, se habia retirado á su córte con sus hijos á fin de libertarse de las asechanzas que temia por parte de su cuñado, proclamó los derechos de los dos huérfanos á la herencia paterna y requirió al papa para que los ungiera reyes de los francos.

Adriano en Roma.—Adriano I, hijo de Teodulo, duque de Roma habia sucedido á Estéban III (772). Lento en adoptar un partido, aunque dotado de gran perseverancia, vió que no atañia al papa elegir el rey de una nacion libre, tanto menos cuanto que esto atizaria la guerra civil: por lo cual respondió que queria como pontífice vivir en paz con todos los cristianos; y que tampoco podia fiarse de un príncipe que habia faltado á todas las promesas hechas á su predecesor. Entonces Desiderio, lleno de cólera, ocupó otras ciudades de la Pentápolis, bloqueó á Rávena y devastando las campiñas se adelantó sobre Roma.

Invitacion á Carlomagno. — Habiendo hecho Adriano cuánto estuvo á su alcance para conjurar la tempestad, no pudo resistir, á pesar de la buena voluntad de su pueblo (5), é imitó á Zacarias dirigiéndose á Carlomagno á fin de que acudiera á proteger la Iglesia de que era defensor oficial. Cárlos procuró inducir á Desiderio, por medio de sus

(3) *Pro exigendis á rege Desiderio justitiis beati Petri.* ANAST, *Vita Stephani*, III, p. 178. Es decir, las rentas de los bienes eclesiásticos situados en el reino longobardo y en las ciudades ocupadas por Desiderio.

(4) Se halla espuesto el hecho de diferente modo en una carta de Estéban III á Berta (CENNI, I, 267). Allí se dice que el detestable Cristóbal y su más que malvado hijo Sergio, habian urdido una trama con Toton, enviado de Carlomagno, para dar muerte al pontífice; pero Dios le salvó, merced al socorro de Desiderio. Llamados al Vaticano rehusaron presentarse, y habiendo empuñado las armas, espulsaron al pontífice de Roma. Abandonados después se habian refugiado en San Pedro, donde les habia defendido el papa con esfuerzo contra la muchedumbre, que pedia á voces su sangre. Pero como quisiera hacer que volvieran á entrar en la ciudad para asegurar su salvacion, fueron presos y cegados sin su consentimiento ni noticia.—Esta version es preferida por Muratori y por el mayor número de escritores, aunque Cenni, Pagi y Cointe, han supuesto que esta carta habia sido arrancada al papa por Desiderio, ó que habia sido falsificada en su cancilleria. Con efecto, otra carta (CENNI, I, 274), así como los biógrafos de Estéban y de Adriano cuentan este suceso del modo que hemos adoptado por considerarlo más verosímil.

(5) El papa convocó *universum populum Tusciæ et Campaniæ et ducatus Perusini, et aliquantos de civitatibus Pentapoleos; omnesque parati erant, si ipse rex adveniret, fortiter... illi resistere.* ANASTASIO.

embajadores, á que cediera por dinero sus usurpaciones. A consecuencia de su negativa hizo preparativos de guerra. Fijó á sus vasallos la ciudad de Ginebra como punto de reunion, y les espuso el estado de opresion del pontífice, las tentativas hechas por Desiderio para encender la guerra civil en Francia, y por unanimidad quedó resuelta la espedicion en contra suya. No debia ser difícil el dirigirla sobre un pais dividido entre diferentes poseedores, donde los griegos no tenian más que pretensiones, sin fuerza ni voluntad para sostenerlas; á donde los papas llamaban á los francos; donde los longobardos, desacordes entre sí, tenian además que defenderse contra el odio de los italianos.

Al que mira con diez siglos de posterioridad las vicisitudes de esta época, puede parecerle que nuestros padres erraron en no someterse completamente á los longobardos, lo cual hubiera dado á la Italia esa unidad á la que han debido Francia é Inglaterra, merced á la dominacion de los bárbaros, hacerse fuertes. Aun admitiendo que los que raciocinan de este modo adivinen lo que hubiera acontecido realmente en este caso, ¿qué justicia podia imponer á un pueblo, á una edad que procurara emanciparse de una opresion cruel, con la única esperanza de que vendria á ser gérmen de una felicidad en beneficio de los nietos?

Pero ¿hubiera sucedido esto? Y si apoderándose los longobardos de la península entera, hubieran llegado á estinguir los restos de la civilizacion romana, ¿cómo hubiera podido la Italia derramar su luz sobre toda la Europa? Si este poder moderador que se abrogó entonces la Iglesia, aun en las cosas temporales, no hubiera prevalecido sobre el derecho político inhábil y feroz de aquellos tiempos, hubieran podido reconquistar sus nacionalidades todos los demás puntos de Europa y de la misma Italia?

Nos sentimos poco dispuestos á cerrar los ojos sobre lo que ha sido para investigar lo que hubiera podido ser. Pero todo el que se fije en las miserias sucesivas de Italia, emanadas de acontecimientos demasiado terribles, de infamias y de violencias inscritas en la historia y en el libro de la ira de Dios como una expiacion ó una preparacion, trasládese á aquella época, y verá que no dejando caer la Italia bajo el yugo de los bárbaros, haciéndola en seguida centro del renovado imperio, se conservaron allí las instituciones antiguas y las mejores tradiciones del entendimiento y de la vida, las cuales purificadas produjeron en breve comercio, ciencias, civilizacion, libertad, y por último la gloria de haber sido maestra y modelo de las demás naciones. Ahora bien, ¿hubiera sido posible esta edad espléndida bajo la dominacion feroz y humillante de los extranjeros, aunque se hubiera logrado darle unidad?

Si la Italia no fué una en tantos siglos ¿quiere buscarse la causa en aquellos tiempos y en aquella dominacion? ¿No habia sido una bajo el mando del godo Teodorico? Y sin embargo no pudo sostenerse. ¿Hubiera sobrevivido al fraccionamiento que el feudalismo propagó posteriormente por todas partes? ¿Hubiera resistido á los homicidas amores de los extranjeros cuando, en el siglo XVI llegaron franceses, españoles, húngaros, suizos, turcos, á saciar su ambicion y su codicia en ella mientras que desde Roma resonaba infructuosamente el grito de guerra del papa Julio II para que se espulsara á los bárbaros?

Sin hacer, pues, responsable á un pueblo de consecuencias remotas é inciertas de su conducta, creo que por el derecho eterno de la conservacion, el Estado romano, amenazado de caer bajo la servidumbre extranjera, pudo legítimamente defender su preciosa independencia, apoyándose en quien se la aseguraba. Además los longobardos no habian entrado en una senda capaz de dar por producto la reunion de toda la Italia. Aunque convertidos á la fe romana, les puso en lucha con el pontífice la ambicion de estender sobre otros paises, sin más derecho que el de la conquista, el mal gobierno á que tenian sujeta la Lombardia, y siendo considerado el pontífice por los romanos como su representante, como defensor de sus derechos, y como el único que supo consolar á los oprimidos é intimar á los opresores que administrasen justicia, debia aumentarse entre los italianos el odio contra una nacion que respondia con amenazas y con el estruendo de las armas á las súplicas y á los consejos que el papa le dirigia. En esta lucha, diseminado el clero por todas partes para dulcificar los males que son patrimonio del vencido, consideraba como suyos los agravios hechos á su jefe y habituaba á los fieles á sentir la herida de ellos, como padecen los miembros á consecuencia de los golpes que recibe la cabeza.

En Francia se consolidó el poder real en virtud de la asociacion de los bárbaros con el clero, y formó de esta suerte el núcleo en torno del cual el tiempo y los sucesos condensaron los demás elementos sociales hasta llegar á constituir el poder nacional. Al revés en Italia, habiéndose divorciado la fuerza de la opinion, el poder político de la autoridad eclesiástica, ¿de qué manera hubiera sido posible aproximar vencidos y vencedores? Ademas, los reyes francos, más ambiciosos y fuertes, sometieron á diferentes príncipes por medio de la intriga, de la guerra y hasta apelando al crímen, á la par que entre los longobardos subsistieron constantemente los duques, pequeños soberanos en sus dominios, que muy lejos de dejar ejercer al rey aquella autoridad absoluta, que hubiera sido la única capaz de asegurar el éxito de espediciones emprendidas en comun, le consideraron siempre, no solo como el primero entre sus iguales, sino tambien como hechura de ellos.

Agréguese á esto, que por la energia de su carácter arrastraba Cárlos al ejército y á los duques á decretar en las asambleas lo que á su voluntad cumplia, á proceder sobre el campo de batalla con la confianza ciega de personas que no hacen más

que obedecer á la voz de mando. Al revés, Desiderio se habia encontrado á su advenimiento al trono contrariado por la faccion de Raquis, que habia sofocado aunque no estinguido: empleando los diferentes duques sus respectivas fuerzas á medida de su antojo, se negaban á prestarle ayuda y hasta se entendian con sus enemigos. Por consiguiente, á falta de recursos bastantes y por miedo de ser vendido, debia mantenerse á la defensiva; y al paso que la política le aconsejaba no aguardar en sus hogares á un enemigo á quien habia provocado y aliarse con los sajones, de la misma raza que su nacion, tuvo necesidad de proceder con sumo tino y de maniobrar segun lo exigian el ataque y las maquinaciones esteriores.

Por el contrario, comprendió Cárlos, á semejanza de todos los grandes hombres, lo que reclamaba su tiempo. En vez de ponerse en lucha con los sacerdotes, á la sazon omnipotentes, quiso fortificarse apoderándose de todas las fuerzas motrices de la sociedad y dirigiéndolas hácia el objeto que se proponia. Adelantábase, pues, ahora con un propósito determinado é irrevocable, no ya como Pepino para humillar y devolver su dominacion á los longobardos, sino firmemente resuelto á esterminarlos, puesto que no sabian estarse quietos.

Al paso que hemos visto caer á los godos, levantarse de nuevo, y aun casi deplorar su caida porque fué noble y generosa, hubo debilidad y cobardia en la de los longobardos, cuyos reyes juraban y perjuraban, llevaban siempre la peor parte en las lides, aceptaban el trono bajo condiciones dictadas por un soberano extranjero, y á semejanza de niños indóciles, se volvian á alzar arrogantes y soberbios, tan luego como se habia alejado de sus dominios aquel en cuya presencia habian humillado la frente.

La conquista de Italia costó á Cárlos muy poca sangre: no tuvo que disputársela más que á los parciales poco fieles de Desiderio y de su denodado hijo y colega Adelquis. Este habia fortificado con tal acierto los desfiladeros de los Alpes, que los magnates francos empezaban ya á murmurar á causa de la tardanza que esperimentaban en su empresa, más dispuestos, como lo ha sido siempre esta nacion, á perecer en ataques instantáneos que á vencer á fuerza de perseverancia. Cárlos estaba para renunciar á su proyecto cuando un desertor ó un diácono, segun aseguran otros, llamado Martin, le indicó un paso no custodiado á través de inaccesibles rocas. Un puñado de francos á las órdenes del duque Bernardo, hijo natural de Cárlos Martel, pasó por allí y atacó por la espalda á los longobardos, quienes poseidos de un terror pánico ó impelidos por la traicion, abandonaron sus inespugnables posiciones; y sin volver á mirar una sola vez de frente al enemigo, Adelquis se encerró en Verona, Desiderio en Pavia con la familia de Carloman y con Hunaldo, el fugitivo duque de los aquitanios.

Carlomagno en Italia.—Contento Cárlos de aquel suceso inesperado, plantó su lanza en el territorio de Italia (774), y antes de que el enemigo hubiera vuelto de su consternacion, asedió á la vez las dos ciudades, apoderandose de ellas, ayudado por inteligencias con lo interior de la plaza. Adelquis consiguió fugarse á Constantinopla. Caido Desiderio en manos de su formidable enemigo, fué conducido á Francia con Ansa, su esposa, y encerrado en el monasterio de Corbia, donde acabó sus dias. Hunaldo fué apedreado por el pueblo enfurecido. De la familia de Carloman no se hace mencion ninguna.

Carlomagno en Roma.—Mientras aun oponia resistencia Pavia, se habia dirigido Cárlos á Roma, donde recibió los honores otorgados anteriormente al representante del emperador. Nobles y magistrados le salieron al encuentro con los gonfalones, hasta treinta millas de distancia: se veian desplegarse á lo largo de la via Flaminia las escuelas ó comunidades nacionales de los griegos, de los longobardos, de los sajones y otras de cualquiera nacion que fuesen, porque cada una tenia su barrio y se regia con arreglo á sus instituciones, en medio de aquella Roma habituada en otro tiempo á absolberlas á todas; y coros de niños celebraban con sus himnos, y llevando en sus manos palmas y ramos de oliva, al que *venia en nombre del Señor*.

Cárlos, que era recibido allí no como un rey extranjero, sino como un patricio, trocó el vestido franco por la larga túnica y la clámide romana. Apenas vislumbró la cruz, se apeó del caballo y se encaminó á pié hácia el Vaticano (1.° abril): subió allí besando cada uno de los escalones del peristilo, en lo alto del cual aguardaba el papa Adriano, quien le estrechó entre sus brazos. Acto contínuo, se dirigieron al altar uno junto á otro llevando el rey la derecha. Como solicitara entrar en Roma, el papa concibió al principio algun recelo de aquel huésped armado, si bien, tranquilizado en breve con sus promesas, le introdujo en el recinto de la ciudad, prodigándole los honores más solemnes. Cárlos asistió allí á las tiernas ceremonias de Semana Santa, luego confirmó y aumentó la donacion de Pepino. El acta suscrita por Cárlos y por los obispos, abades, duques y condes de su comitiva, fué colocada sobre el sepulcro de San Pedro y debajo del Evangelio que era costumbre besar.

Fin de los longobardos.—De esta suerte concluia el reinado de los longobardos después de haber durado más de tres siglos, en cuyo trascurso no llegaron á hacerse amar nunca, ni produjeron un solo hombre insigne, como los que se vieron nacer entre los demás bárbaros. Sin embargo, sobrevivió su nombre, puesto que Cárlos se tituló rey de los longobardos (6). Aunque la primera vez que bajó

(6) Algunos añaden que se hizo coronar por el arzobispo de Milan, si bien no es probable que los reyes longobardos se inauguraran recibiendo la corona, y si entregándoles una lanza. Pablo Diácono cuenta que un cu-

á este pais no se eximió de los males que comunmente trae en pos de sí la guerra (7), refrenó prontamente los escesos de sus guerreros. Como no iba con una nacion nueva, no tuvo necesidad de despojar á los antiguos propietarios: se limitó á poner en Pavia una guarnicion franca, confiriendo los feudos vacantes á muchos nobles de sus vasallos, y confirmando en la posesion de los demás y en sus dignidades á los señores á quienes encontró con esta investidura y que le juraron fidelidad.

No tardó en desagradar á los magnates longobardos aquella mano robusta que los tenia á raya. Arigiso, duque de Benevento, yerno de Desiderio, y, á pesar de esto, acorde con el papa en contra suya, organizó una trama para sacudir el yugo con Hildebrando, duque de Espoleto, Rotgaudo, duque de Friul, Reginaldo, duque de Chiusi, y Adelquis, que refugiado á Constantinopia, soñaba como todo rey caido, en volver á encumbrarse al trono. El papa Adriano, que tenia siempre abiertos los ojos sobre los intereses de su amigo y de su protector, advirtió de ello á Cárlos, quien, antes de que los conjurados hubieran podido reunir sus fuerzas, invadió (773) el Friul, á la cabeza de voluntarios (pues era demasiado tarde para convocar á una espedicion el ejército feudal), derrotó al duque que fué muerto, y colocó en su lugar al franco Marquardo, y luego á Enrique (Hunrok), cuyos descendientes conservaron este ducado hasta el año 924.

Tambien los otros rebeldes fueron sometidos, y á fin de prevenir las rebeliones, fué modificada la administracion y la jurisdiccion, sirviendo de base el feudo al estilo de los francos. Fueron abolidos los duques, y sus posesiones divididas en distritos presididos por condes, y subdivididas, como anteriormente, bajo la direccion de los gastaldos y de los escultetos. Estendíase á todo el canton el poder del conde, menos sobre las personas que dependian del rey inmediatamente; conducia á los habitantes á la guerra y los convocaba á las asambleas. Si parecian injustas las decisiones de los condes, se presentaba la queja ante el conde palatino, residente probablemente en Pavia, quien fallaba como representante del rey. Además se enviaban de vez en cuando *missi dominici*, para reparar los agravios é informarse del estado del pais. Como acontece en toda conquista, lo mejor que habia fué patrimonio de los señores francos, de tal manera, que del reino longobardo no quedó más que la legislacion y el nombre, y aun la legislacion fué modificada por las *Capitulares* de Carlomagno.

Quedó independiente el ducado de Benevento, refugio de los longobardos, que no pudieron resignarse á la dominacion franca. Hízose ungir el duque Arigiso por su obispo, y tomando cetro y corona con el título de príncipe de la Nueva Longobardia (771), que sobrevivia á la antigua, procuró apoderarse alternativamente de alguna de las plazas pontificales de sus cercanias.

Cárlos, irritado con las tentativas de este inquieto duque, cruzó por cuarta vez los Alpes y se adelantó amenazador contra Arigiso (786). Este obtuvo la paz, recibiendo á título de feudo su ducado disminuido en seis ciudades, que fueron concedidas á la Iglesia. Desde este momento se consideró vasallo del rey de los francos, comprometiéndose á pagarle un tributo anual de 7,000 sueldos de oro, y entregó doce rehenes, entre los cuales se contaba su propio hijo Grimoaldo. Pero no refrenaron á Arigiso promesas y rehenes: envió á pedir á Constantino V, ó más bien á Irene, su madre, el ducado de Nápoles, la dignidad de patricio de la Sicilia y un ejército, prometiéndole reconocer la soberania del emperador, hacerse afeitar la barba y adoptar el traje griego. Irritada Irene á la sazon contra Cárlos, quizá por la repulsa de la prometida Rotrudis (pág. 353) admitió su proposicion, y Adelquis, rey destronado de los longobardos, se dirigió hácia la frontera de Benevento para alentar los ánimos y regir el levantamiento (787). Mas habiendo muerto Arigiso mientras se elaboraban estos designios, Carlomagno confirió el ducado á Grimoaldo, su hijo, bajo la condicion de desmantelar á Salerno y á Acarenza, de inscribir el nombre del rey de los francos al frente de todos sus actos y en las monedas, y á hacer cortar la barba de sus longobardos.

Muerte de Adelquis.—Adelquis no renunció por esto á su empresa: de acuerdo con el patricio Teodoro atacó á Grimoaldo, que fiel á Cárlos, le dió batalla: en ella cayó Adelquis mortalmente herido (788), y con él murió la última esperanza de los longobardos.

Pepino rey de Italia.—Para consolidar el nuevo órden de cosas, llevó Cárlos á Italia á Pepino, su hijo, de edad de cinco años, y habiéndole dado la investidura de este reino, hizo que le consagrara el papa Adriano, señalándole Pavia por residencia. De consiguiente, el reino de Italia ocupaba la parte superior de la península, dominada antes por los longobardos, y que solo entonces tomó el nombre de Longobardia. El pais de los sabinos, que habia pertenecido al ducado de Espoleto, fué asignado á los papas, además de la donación de Pepino. Estas comarcas conservaron sus instituciones propias como en tiempo de los emperadores griegos, y el gobierno municipal en las ciudades, administradas por decuriones bajo la autoridad del principal ó del duque. Muchas familias consulares y senatoriales ó patricias subsistian aun en Roma, donde ejercian grande ascendiente sobre el gobierno, aunque los papas nombraban á los duques y á los demás magistrados. Las cartas del papa Adria-

---

cillo fué á posarse sobre la de Hildebrando. Jamás se habla tampoco de la coronacion de los Carlovingios, y el primer recuerdo cierto de este acto no va más lejos del año 888, cuando Berenguer fué coronado en Pavia.

(7) «Fué tan grande la desolacion en aquellos dias, que habiendo muerto unos al filo de la espada, otros de hambre y otros devorados por las fieras, apenas quedaba un pequeño número de habitantes en las aldeas y en las ciudades.» Crónica del eclesiástico Andrés, *ap.* MURATORI.

no demuestran que dirigia y velaba por el gobierno temporal hasta en los paises no sujetos á la Santa Sede, por consecuencia de aquella confusion de poderes de que hemos hablado más arriba.

Los obispos de Rávena, que habian intentado, cuando se hallaba la sede del gobierno imperial en esta ciudad, emanciparse del papa en materias eclesiásticas, aspirando ahora á semejanza suya á una dominacion temporal, solicitaron de Cárlos que confiriera á esta sede la Marca de Ancona. Aunque no consintió en ello, su negativa no fué de tal índole, que les hiciera renunciar á toda pretension. Mientras vivió Cárlos, el arzobispo de Rávena tuvo bajo su jurisdiccion, además de la ciudad misma, á Faenza, Forlí, Forlimpópoli, Cesena, Comacchio, Imola, Bolonia y otras ciudades, alimentando la idea de estender su autoridad sobre toda la Pentápolis (8). Para apoyar sus pretensiones empobrecia á la Iglesia, adulando á los reyes francos hasta el punto de permitirles trasladar á Aquisgram y á otras partes los ornamentos más notables de los templos de Rávena.

Baja Italia.—Sin embargo, todavia conservaban los emperadores de Constantinopla al Sur de Italia á Gaeta, Otranto, Amalfi, Nápoles, Sorrento, además de Sicilia, y por algun tiempo la Córcega y la Cerdeña. Encontrábase en Nápoles el gobierno en manos de un maestre de la caballeria; en Sicilia, en las de un patricio, ambos nombrados, hasta el décimo siglo, por los emperadores griegos. Pero encontrándose en continuas luchas los habitantes de aquellas comarcas con los longobardos de los dos ducados meridionales, no supieron los griegos defenderlos de otra manera que dando cada vez mayor estension á sus franquicias, lo que acabó por producir su entera emancipacion.

Repúblicas marítimas.—En otras ciudades marítimas, germinaba tambien, bajo el nombre del imperio griego, la libertad que conviene á pueblos que, acostumbrados á la independencia del mar, estaban poco dispuestos á sufrir el despotismo en tierra. Quejábase ya Gregorio Magno de las piraterias que se ejercian contra los súbditos del imperio por los pisanos, cuyo poder se aumentó después en el siglo IX. La soberbia Génova, situada á la falda de estériles montañas, bañada por un mar poco abundante en pescado y precisada á pedir á la navegacion medios de existencia, al principio del siglo IX proveia ya á su seguridad; era regida por un gobierno sencillo, propio para defender las franquicias del pueblo, á hacerle afecto á la patria y á los negocios públicos.

Venecia.—Alcanzó Venecia en menos tiempo la grandeza; fué la primera que dió el ejemplo de un gobierno regularizado á las naciones modernas, y vivió mucho tiempo con muy pocas turbulencias interiores y hasta sin una guerra civil. Acabó solitaria y débil, dejando, no obstante, un recuerdo afectuoso entre aquellos mismos que le estuvieron sojuzgados, al paso que los orgullosos procuran no concederles ni siquiera compasion, este último derecho de la desgracia, difamándola, como el libertino que entrega á la befa y al desprecio á la mujer cuya deshonra ha causado. Antes de la invasion de los bárbaros contaba el pais de los vénetos cincuenta ciudades y se estendia desde la Panonia hasta el Adda, del Pó á los Alpes Retios y Julios. Espuestas las primeras estas ciudades á las incursiones de los septentrionales, perdieron su propiedad; después redujo Atila á cenizas á Aquilea, Concordia, Oderzo, Altino, Padua. Los pueblos de la Euganea y de Venecia, que huian ante el azote de Dios, se refugiaron en la isla de Rivo-Alto y los islotes circunvecinos (450). Pasado el huracan, muchos de ellos prefirieron este asilo seguro á su desolada patria. Eran los refugiados, como por lo comun acontece en las emigraciones, aquellos que gozaban de más comodidades; trataron de procurarse el bienestar al mismo tiempo que se entregaron á las únicas industrias posibles en aquellas riberas, al comercio, á la pesca, á la estraccion de la sal, al trasporte de todo lo que bajaba por los rios de Italia, ó debia remontarlos, con objeto de suplir á los trigos que ya no les proporcionaban los abandonados campos.

A la caida del imperio romano, después á la llegada de los godos, y aun tal vez más á la llegada de los longobardos, acudieron á unirse á ellos nuevos desterrados para sustraerse á la servidumbre. Era natural que los primeros no concediesen á sus nuevos huéspedes todos los derechos civiles y políticos: y de esta manera fué como se encontró formada una nobleza, no por el derecho de la sangre ó de conquista, sino en virtud de una posesion anterior. Cuando el Imperio existia ya tan solo en Constantinopla, la distancia aflojó los lazos que habian conservado con él; y seria difícil determinar hasta qué punto llegó su dependencia, con respecto á los sucesores de Zenon, que quizá se limitaba al homenaje, mantenido como título de defensa contra los vecinos y de privilegiado comercio con el Oriente.

Y como todas las naciones se resienten de su orígen, por lo cual Roma fué guerrera, Esparta ruda, Atenas urbana, Florencia turbulenta, así los italianos conservaron en Venecia el recuerdo de su primitiva civilizacion con pocas armas, mucho comercio, é instituciones municipales como las que tenian en tierra firme. Al principio Heraclea, situada en la desembocadura del Piave y después Malamocco, isla que hoy no existe, fueron la residencia del gobierno, y comprendia las islas y el trozo de tierra firme que se extiende desde Grado hasta Cabeza de Dique. Se celebraban asambleas populares para tratar de los intereses comunes y nombrar á los magistrados anuales y un tribuno por cada una de las islas. De este manera se constituia entre ellos la libertad, sin la mezcla de san-

(8) *Cod. Carol. Ep. Adriani*, 53-54.

gre septentrional, reputada necesaria por algunos para rejuvenecer la raza italiana.

Ya en tiempo de Teodorico, saludaba Casiodoro á los venecianos como prácticos en la navegacion de los mares y rios. «Semejantes á aves acuáticas habeis esparcido vuestras casas en toda la superficie del mar. Por vosotros, tierras separadas se encuentran unidas; diques se oponen á la impetuosidad de las olas; la pesca basta á vuestro alimento y el pobre no es diferente del rico; las habitaciones son uniformes; no hay distancias entre las condiciones ni celos entre los ciudadanos; las salinas son vuestros campos.» (9)

El primer año del dominio longobardo (568), el patriarca de Aquilea, que se habia engrandecido durante el cisma de los Tres Capítulos, se trasladaba de su destruida ciudad á Grado, y en el espacio de un siglo, fué imitado por la mayor parte de sus sufragáneos; fueron á establecerse uno á Cáprola, otro á Heraclea, otro en la isla de Torcelo, otro en la ribera de Medoaco, y otro, en fin, en Equilo. Y cuanto más insoportable se hacia el yugo longobardo sobre los italianos y especialmente sobre el clero, más se aumentaba la poblacion de las seguras lagunas.

Los esclavones que habian ocupado la Dalmacia, entregados al pillage, y no encontrando botin en un pais tantas veces saqueado, se dedicaron á la pirateria. Tuvieron entonces los venecianos que oponerse á sus ataques reuniendo el valor á la industria (10). Cuando ayudaron al exarca contra Liutprando á recobrar á Rávena, Orso, á quien se debió esta victoria, se envaneció y aspiró á la tiranía, lo cual produjo una reforma en el gobierno, restringiendo la administracion al principio á un solo tribuno, después á diez, á doce, á siete; en fin, los nobles, el pueblo y el clero reunidos, eligieron á un solo jefe, cuya autoridad, estendiéndose sobre todos, refrenase la ambicion y la prepotencia (697).

Habiendo sido revestido con el poder Paolucio Anafesto de Heraclea, no como consecuencia de una usurpacion tiránica, sino por amor á una libertad menos tumultuosa, dió principio á la série de *duces*, magistratura suprema, y, sin embargo, templada de manera que ninguno de ellos pudo llegar á ejercer un poder despótico. Eran entonces nombrados vitalicios por el pueblo, y esto sin abolir los comicios ni el voto universal.

Cuando Carlomagno fundó el imperio occidental, firmó con el oriental una paz (804), con la que determinó los límites de este territorio: reservábase la Ostria, la Liburnia, la Dalmacia, y se hacia prestar el juramento de fidelidad de los duces de Venecia y de Zara. Violando este tratado el emperador Nicéforo, envió tropas á recuperar la Dalmacia. Siguió pronto una tregua (807); más ésta fué rota por Pablo, duque de Zara y de Cefalonia, que ocupó los puertos de la Dalmacia, después ancló en medio de las isletas en que Venecia empezaba á engrandecerse é hizo una tentativa sobre Comacchio. Rechazado por los francos, procuró entablar negociaciones con Pepino, pero fueron contrariadas por Obelerio y Beato, duces, por temor de que la cesion de la república fuera el precio del tratado.

Viéndose Pablo rodeado de asechanzas, trasladó su escuadra á Cefalonia, y los venecianos quedaron espuestos á la venganza de Pepino, que estaba irritado contra ellos, porque le habian respondido cuando les habia reclamado el juramento de obediencia: *No queremos ser súbditos* (δοῦλοι) *si no del emperador romano;* porque se habian negado á ayudarle en su espedicion á Dalmacia, y porque, forzado por sus persecuciones el patriarca de Grado, habia tenido que trasladar su silla á Pola. Habiendo vuelto Pepino sus armas contra ellos, tomó las islas de Grado, Heraclea, Equilo y Malamocco. Entonces prometió el dux, para salvar á Olivolo, Torcelo, Cáprola, pagarle un tributo anual. Imputando los venecianos esta sumision á traicion ó cobardia por parte de Obelerio, le desterraron á Oriente con toda su familia (809).

Facilitaron á Pepino las discordias interiores la conquista de Quiogia y Palestrina, desde donde echó un puente de barcas, hasta Malamocco, lugar entonces del gobierno. A propuesta de Angelo Participacio, toda la poblacion se trasladó á Rialto, y el almirante Víctor de Heraclea dejó á los buques enemigos internarse en los bajos de las lagunas: después cuando la baja marea les impidió moverse, los venecianos les asaltaron con dardos y fuego, de suerte que con gran dificultad pudieron, cuando subió el mar, refugiarse destrozados y en desórden en el puerto de Rávena (11).

---

(9) *Variarum*, 12, 24.
(10) DANDOLO, *Cron.*, V, 7.

(11) La crónica veneciana de Martin de Canale habla estensamente de la espedicion de Carlomagno contra Venecia, y de como entró en Malamocco, de donde huyeron á Rialto todos los habitantes. Hostigados sin cesar por los francos vinieron á las manos con ellos, y desde sus naves arrojaron contra aquellos una cantidad tan grande de panes que Carlomagno comprendió que no podria rendirlos por hambre. Fingiéndose traidora á su patria una mujer le presentó hombres que por pingüe suma fabricaron un puente flotante por el cual pasaria el ejército; pero lo habian dispuesto de manera que le perdieron y ahogaron la caballeria. Abatido entonces Cárlos quiso ver al dux; por lo cual entró en Venecia; y cuando navegaba por el sitio donde el agua es más profunda echó con toda la fuerza de su brazo un larguísimo estoque que empuñaba y dijo: «Así como este estoque que he arrojado al mar, no se os volverá á presentar, ni á mí ni á otra persona viva, así no haya en el mundo persona que tenga poder para dañar el dominio de Venecia; y al que os dañe, que le sobrevenga la ira y la malevolencia de Dios Nuestro Señor, como ha caido sobre mí y sobre mi gente.»

Esta victoria indemnizó á Venecia de las pérdidas esperimentadas. Colocado Angelo Participacio á la cabeza del pueblo que habia salvado, trasladó el gobierno á Rialto, é hizo construir una muralla para defender la entrada de la laguna, donde Quiogia, Malamocco, Palestrina y Heraclea, renaciendo de entre sus ruinas, formaron una corona al rededor del palacio del dux, con unos sesenta islotes reunidos por puentes; era como un símbolo de la unidad moral, de la que el pais aguardaba su fuerza. Este grupo de islas recibió el nombre de la antigua patria y fué llamado Venecia; poco después consiguieron los venecianos robar de Alejandria el cuerpo de San Márcos, que después fué considerado como patrono de la ciudad. Un concejo y un santo, tales son los elementos con que los italianos siempre compusieron su libertad.

No obtuvo más éxito la escuadra de Pepino contra la Dalmacia, lo que hizo que esta provincia permaneciese por los griegos. Sucediéronse las hostilidades y las negociaciones, hasta el momomento en que el patricio Arsafio, recibió en Aquisgran de manos de Carlomagno el tratado de paz que cedia á los griegos la ciudad de Venecia, como tambien las de Trau, Zara y Espalatro. Esto era para el imperio griego una adquisicion puramente en el nombre, al paso que estas ciudades se encontraban de esta manera libres de las renacientes inquietudes que les causaban las pretensiones de los francos.

CAPÍTULO XV

CARLOMAGNO CONQUISTADOR.

No eran ya las espediciones contra los longobardos escursiones como las de los bárbaros, realizadas con el objeto de entregarse al saqueo, ni hostilidades de tribu á tribu, sino guerras aconsejadas por una intencion política y por la necesidad, de poner en ejecucion un sistema resuelto. Ya hubiera comprendido Carlomagno esta necesidad, por el examen de su siglo, ó ya se viera empujado á ello, sin saberlo, por las circunstancias, ya por aquel instinto que hace conocer á los grandes hombres lo que á su época conviene, es lo cierto que se columbra de contínuo en las cincuenta y tres espediciones por él emprendidas desde 769 hasta 813 (1) la intencion de reunir en una unidad vigorosa á los pueblos situados en el territorio del antiguo imperio romano, con objeto de oponerlos á la doble invasion de los árabes en el Mediodia y en el Norte á la de los bárbaros que habian quedado en la Germania cuando salieron los demás.

No debe, pues, verse en él un conquistador ambicioso, sino un ordenador que se dedica á asegurar en el territorio ocupado las poblaciones recientemente establecidas y á oponer un dique á nuevas irrupciones. Con este fin empezó por someter la Aquitania, cuyas contínuas agitaciones debilitaban la frontera de Francia, vecina al nuevo reino fundado por los árabes en España. Siempre alerta los longobardos, como un ejército en campaña, en medio de poblaciones avasalladas y temerosas, avarientos siempre de conquistas en un sentido diferente del suyo, sucumbieron bajo sus golpes. Envió á la Bretaña armórica al senescal Andulfo, quien tomó muchos castillos é hizo gran número de prisioneros (786), aunque no supo sujetar completamente á este pais hasta doce años más tarde. No le guardaron la fidelidad jurada los mactiernes, á quienes restableció en sus posesiones.

Sajones.—Más molestos fueron para Cárlos los sajones. Probablemente se derivaban del mismo tronco que los francos, y no habian abandonado su patria; pero mientras que éstos, que habian salido de ella, se habian hecho cultos por su mansion en las Galias y por abrazar el cristianismo, los *hombres de la tierra roja*, como se llamaban los sajones á sí propios, habian conservado su rudeza nativa. Diseminados en sus marcas y en espesísimas selvas, designando con la misma palabra el prado y la ciudad (2), detestaban una civilizacion que les encadenaba á tierras, á aldeas, á una administracion. El extranjero que transitaba por su marca, no debia ofender las tierras con sus carros, y el odio y la envidia que esperimentaban hácia los francos le apegaban cada dia más á su tosca idolatria.

Dividíanse en cuatro poblaciones principales, los vestfalianos, al Occidente; los osfalianos, al

(1) Contra los aquitanios. 1
— los sajones.. 18
— los longobardos. 5
— los árabes en España. . . . 7
— los turingios. 1
— los ávares. 4
— los bávaros.. 1
— los bretones.. 2
— los eslavos mas allá del Elba. 4
— los sarracenos en Italia.. . . 5
— los daneses. 3
— los griegos.. 2
53

(2) GRIMM, *Deutsch Rechts Alterthumer.*

Levante, los engrianos, al Mediodia, y los nordalbinos, á la orilla derecha de Elba (3).

A la par que las instituciones germánicas habian caido entre los francos y que los derechos de la nobleza habian sido usurpados por los secuaces del rey, que habian sustituido á los hombres libres, los sajones, por el contrario, fieles á las costumbres de sus mayores, no reconocian ningun jefe universal sino que cada tribu elegia el suyo (4): luego tenian una dieta anual en Marclo á la orilla de Weser para tratar allí de los intereses comunes. Distinguian entre sí tres clases, los nobles *(etelingos)*, los hombres libres *(frilingos)*, los siervos *(litos)*; y la institucion germánica de la banda guerrera que seguia subsistiendo entre ellos, les empujaba á fechorias y aventuras. Así como habian llegado los tres Pepinos á consolidar la monarquia de los francos, conduciendo las tribus guerreras del pais oriental á la Galia, prosiguiendo los sajones aquel movimiento comenzado hacia siglos, amenazaban invadir las tierras de la Ostria, traspasando la débil barrera del Elba y del Weser. Después de la mitad del siglo VI, sus correrias habian tenido tregua: vencidos y sujetos á un tributo, levantaban de nuevo la cabeza á la primera coyuntura, rechazándolo todo y haciendo nuevas irrupciones. En repetidos casos se habia probado á introducir el cristianismo en su pais, pero siempre en vano. Su religion, quizá la misma que la de los escandinavos, se hallaba tan enlazada á su organizacion política, que no podia ser derribada la una sin que cayera la otra: equivalia á minar la nobleza nacional hacer la guerra al culto existente. Obligados por la fuerza á dejar que los misioneros predicaran en su territorio, acogieron á San Lebuino, de orígen anglosajon. Hallándoles poco dóciles á su acento, se presentó en plena asamblea de Marclo y les amenazó con la cólera de Cárlos. Nunca lo hubiese hecho, porque en su exasperacion echaron abajo la iglesia elevada en Deventer, y esterminaron á cuantos se habian convertido. Lebuino fué salvado con gran trabajo, merced á la compasion de un noble, y corrió á traer la infausta nueva á Cárlos (772), quien en este momento celebraba la dieta de Worms. Así como cuando la espedicion de los longobardos, llegaba la religion á ofrecerle oportunamente un motivo para empeñarse en una empresa que su política juzgaba necesaria. Participando de su opinion los nobles francos ó arrastrados por su ascendiente, decretaron unánimemente la guerra nacional y religiosa.

Espedicion contra los sajones.—Peleando aisladamente á las órdenes de diferentes caudillos los sajones de las tres primeras poblaciones, fueron vencidos con facilidad por Carlomagno, que superando las barreras formadas por selvas enteras echadas abajo tomó á Ehresburgo *(Stadtberg)*, sobre una altura cerca de Diemen en Westfalia, probablemente metrópoli de su culto, pues el Hirminsul se alzaba allí en medio de un bosque sagrado. Este ídolo, del cual por una analogia de nombre se supone equivocadamente haber sido consagrado á la memoria de Herminio, representaba á Hirmin, genio tutelar de toda la nacion germánica (5). Estaba armado de piés á cabeza, sosteniendo una balanza en la mano izquierda, y en la derecha una bandera con una rosa, y sobre su escudo se veia un leon, rey de los demás animales: á sus piés habia un campo esmaltado de flores. Por espacio de tres dias se ejercitó el hacha de armas de los compañeros de Carlomagno contra el ídolo y contra todo lo que ofrecia vestigio de su culto. El cielo manifestó su aprobacion haciendo brotar allí un manantial para saciar la sed de aquellos piadosos guerreros. Doblegáronse las tribus bajo el yugo de Cárlos, á quien entregaron doce rehenes, obligándose á pagar un tributo anual, y á dejar á los misioneros en libertad de predicar en su territorio.

Cárlos se habia visto obligado á detenerse en medio de su espedicion para correr á combatir contra los longobardos que se habian sublevado (773), y tan luego como los sajones supieron que se hallaba empeñado en otra guerra, corrieron á las armas, espulsaron á los predicadores, volvieron á apoderarse de Ehresburgo (774), devastaron la Turingia hasta Fritzlar, y vengaron sobre el templo erigido allí por San Bonifacio los ultrajes hechos á su Hirminsul.

El rey dió orden de hacer marchar tres cuerpos de tropas para repeler á los sajones de las orillas del Weser (775), hasta que pudo acudir personalmente, lo cual se verificó al poco tiempo. Convocó á los suyos en el campo de Mayo cerca de la quinta real de Duren, entre Aquisgram y Colonia, se adelantó contra Sigeburgo á orillas del Ruhr, tomó por asalto la plaza y puso guarnicion en ella. Enseguida fortificó á Ehresburgo, decidido desde entonces á avasallar el pais sin entrar en condicio-

(3) *Pfahl*, significa poste, y un poste señalaba el límite entre dos pueblos. *Enge* significa en medio; los engerianos eran las tribus del centro. El nombre de los ultimos se deriva del rio *Albis*, actualmente Elba.

Denique Westfalos vocitant in parte manentes
Occidua, quorum non longe terminos amne
A Rheno distat. Regionem solis ad ortum
Inhabitant Osterlindi, quos nomine quidam
Ostfalos alio vocitant, confinia quorum
Infestant conjuncta suis gens perfida, Slavi
Inter prædictos media regione morantur
Angarii populus Saxonum tertius.

Poeta Sajon, ap. PERTZ, p. 228.

(4) *Saxonum gens*
Quæ nec rege fuit saltem sociata sub uno,
Ut se militiæ pariter defenderit usu,
Sed variis divisa modis plebs omnis, habebat
Quot pagos, tot pene duces.

Id.

(5) GRIMM. — *Irmenstrasse und Irmensäule*. Viena, 1815.

nes de ninguna especie. Después de haber asegurado de este modo su retaguardia, se dirigió sobre el Weser, y habiéndolo pasado por Brunsberg, á pesar de una viva resistencia, recibió el homenaje de Brunon y de Assion, jefes de los engrianos y de los ostfalianos, quienes le dieron rehenes y le prometieron no molestar la predicacion de ningun modo. Habiendo sorprendido por este tiempo los vestfalianos á un cuerpo de francos, le aniquilaron completamente; pero Cárlos corrió en contra de ellos y les redujo á someterse á los mismos pactos.

¿Qué caso se podia hacer de juramentos pronunciados con la espada en la garganta, de conversiones dictadas por intereses momentáneos? Cuando los soldados oian declarar que necesitaban recibir el bautismo, prestaban obediencia; muchos de ellos especulando con la vestidura blanca de los neófitos se hacian bautizar dos ó tres veces. Cuando los ávares se apercibieron de que Carlomagno daba un banquete á sus compatriotas convertidos, acudieron en tropel á las sagradas fuentes, á fin de tener un puesto en la mesa.

En verdad, mientras que solo se convertia la plebe, apenas se alteraba su condicion política; pero no sucedia asi cuando se tocaba á la nobleza, cuyo único punto de apoyo era la religion. Si el vulgo corria, pues, al bautismo, los nobles se negaban á someterse á él, y no dejaban de acechar el momento de volver á empezar las hostilidades. Cuando Carlomagno acudia al Friul (776) para prevenir la sublevacion de los duques longobardos, supo que los sajones, otra vez sublevados, habian tomado á viva fuerza y destruido á Ehresburgo, y que asediaban con vigor la guarnicion encerrada en Sigeburgo. Acudiendo bien pronto del Tagliamento al Ruhr, y aunque encontró los caminos interceptados por troncos de árboles seculares, se adelantó hasta las fuentes de Lippa, donde construyó el castillo de Lippspring, rodeado de murallas no menos fuertes que las del castillo de Ehresburgo, que reedificó; y precisó á los nobles de las tres tribus, no solo á renovar su juramento, sino á recibir el bautismo ellos y su familia. Entonces convocó el campo de Mayo en Paderborn, en el pais de los vestfalianos (777), y no solo los etelingos, sino la mayor parte de los hombres libres acudieron á él, juráronle fidelidad, consintiendo en perder sus bienes y libertad si faltaban á su fe, y recibieron una multitud de ellos el agua del bautismo. Erigióse una iglesia en esta ciudad, y San Storm, abad de Fulda, nombrado primer obispo de los sajones, estableció su silla donde en otro tiempo se elevaba la estátua de Hirminsul.

Pero toda la nacion no se habia presentado en Paderborn. El vestfaliano Witikindo, uno de sus más valientes jefes y de los que gozaban más crédito, se refugió en Jutlandia, cerca de Sigifredo, príncipe danés, con un númeroso séquito de etelingos y frilingos, que no podian resignarse á sufrir una dominacion extranjera y otro culto. Desde aquí, este héroe, que debia, con el tenaz valor del antiguo Herminio, retardar la caida de la independencia nacional, se concertó con sus compatriotas que habian quedado en el pais, para aprovecharse de la ausencia de Cárlos, ocupado entonces en combatir á los sarracenos entre los Pirineos. Al paso que las victorias que se referian del monarca franco, los habian tenido quietos, se despertó en ellos nuevo ardor al saber la derrota que, segun se decia, acababa de esperimentar en las gargantas de los Pirineos, en el famoso Roncesvalles (778). Inmediatamente volvió á aparecer Witikindo en las orillas del rio natal, y solo su vista hace olvidar derrotas y juramentos. Las iglesias y monasterios son entregados á las llamas, y desde el Elba hasta el Lippa resuena un solo grito: ¡Mueran los misioneros! ¡muera todo el que se niegue á abjurar de la cruz para volver á los dioses de la antigua Germania! Devasta Witikindo la Turingia y el Hesse, adelántase hasta el Rhin, y Colonia se encuentra iluminada por el reflejo de las llamas, á que está entregada Deutz en la opuesta orilla. Estiende sus estragos hasta la embocadura del Mosela. Toman parte en la sublevacion los frisones, y ya el antiguo territorio de los francos se encuentra invadido, toda la Germania se halla pronta á sacudir el dominio de los francos.

Sin embargo, esta furia queda atajada por los francos orientales y por los alemanes, quienes, obedeciendo á las órdenes de Cárlos, rechazan al enemigo hasta el Hesse, derrotándolo cerca de la aldea Badenfeld, mientras que el rey se apresta á una guerra decisiva (779). Pronto se adelanta al frente de sus paladines, y en Buckholz junto al Aa, derrota á los vestfalianos; lo cual precisa á Witikindo á buscar un refugio entre los daneses, como la planta que se dobla al pasar el torbellino para levantarse luego más vigorosa. Entonces las tres naciones más acá del Elba, envian á pedir la paz, y la obtienen en la dieta de Horheim (780). El bautismo y los juramentos debian parecer en adelante á Cárlos garantias insuficientes, y estaba persuadido de que le era preciso, para asegurarse de la obediencia de los sajones, anonadar todas las fuerzas que podia conservar la nobleza. En su consecuencia, exigió que un gran número de hombres libres y de litos viniera más acá del Rhin como prenda de la sumision de sus compatriotas, y que diez mil familias fuesen trasladadas á las tierras despobladas de la Bélgica y de la Helvecia. Se abolieron las asambleas políticas, y los jueces nacionales; los sajones que se quedaron en su pais, tuvieron que odedecer á los condes francos. Durante muchos años la ley de guerra castigó con la pena capital, hasta la violacion de los preceptos eclesiásticos, como sustraerse al bautismo ó quebrantar el ayuno de cuaresma (6).

En la asamblea general convocada por Cárlos,

(6) BALUZIO, *Capit. de partibus Saxoniæ*, I, 250.

junto á las fuentes del Lippa (782), se celebró una alianza con Sigifredo, príncipe danés, y con el kacan de los ávares: el gefe franco consolidaba su autoridad de este modo. Ya no tenia por qué temer, desde que la Sajonia se habia trasformado en provincia franca, ver á la barbarie salir de las selvas para hacer una nueva irrupcion en las Galias; pero detrás de los sajones se hallaban otros pueblos rebeldes á la civilizacion y sedientos de lanzarse sobre el Mediodia, los eslavos. Ya las tribus de los sorabos y de los chescos habian traido á pastar sus rebaños más acá del Elba: además, establecidos los primeros entre este rio y el Sava, intentaron saquear la Turingia y la Westfalia. Cárlos convocó en Lippspring á los caudillos sajones, y como no les importaba menos que á los francos rechazar esta invasion, les invitó á que hicieran tomar las armas á sus fieles. ¡Imprudente confianza! Un cambio de dominacion, de instituciones, de culto, no puede llevarse á cabo sin producir graves disgustos. Así habia acontecido, especialmente respecto de los sajones que habian sido sometidos por la fuerza, y entre quienes Witikindo, indomable á los desastres, no cesaba de atizar los odios manteniendo siempre alerta su patriotismo. No bien se hallan reunidos y con las armas en la mano, se rebelan contra los francos en union de los cuales debian lanzarse á la pelea. Animados por la presencia de Witikindo, á quien vuelven á ver en medio de ellos, les presentan la batalla cerca del monte Sinthal (783), y triunfan de sus vencedores. Es muerto el chambelan Adalgiso, así como el condestable Gerlon y el conde palatino, Wolvado, teniente de Cárlos: á no haber sobrevenido el rey, corria riesgo otro cuerpo del ejército de ser destrozado.

Matanza de Ferden.—Este era aun otro levantamiento de la nobleza, porque el comun del pueblo se humilló en breve en presencia de Cárlos (784), que habiéndose adelantado hasta Ferden, junto al Aller, y despojándose de una clemencia que tan cara le habia costado, convocó á los sajones en dieta, les intimó que le entregaran los principales rebeldes. Cuatro mil quinientas personas fueron conducidas á Ferden entre nobles y hombres libres. Allí, á pesar de su humillacion y de sus ruegos, fueron pasados á cuchillo en cruel expiacion de su reiterada perfidia.

Al saberse la horrenda tragedia cambióse el dolor en despecho, y éste en abierta insurreccion. Witikindo, habiendo reunido un ejército numeroso, acampó cerca de Detmold en la Westfalia. Entonces tuvo necesidad Carlomagno de toda su admirable actividad. Habiendo atacado á Witikindo, ó no alcanzó la victoria ó fué á costa de tanta sangre, que hubo de replegarse á Paderborn para aguardar allí refuerzos llevados por su hijo Cárlos, que en aquella ocasion se inauguraba en la carrera de las armas. Con sus tropas de refresco pudo volver á tomar la ofensiva contra los sajones que avanzaban hácia Osnabruck, cantando: *Santo y generoso Wodan, ven en nuestra ayuda y en apoyo de los príncipes Witikindo y Quelta contra el malvado Cárlos. Te ofreceré un búfalo, dos ovejas y el botin; te inmolaré todos los francos sobre tu santa montaña del Hartz.* Dióse una batalla terrible á las orillas del Hase, la cual duró muchos dias: al fin Carlomagno, prevaleciendo sobre el ímpetu indisciplinado, destrozó completamente las fuerzas de los sajones. Witikindo tornó al pais de los daneses, y los francos se pusieron á devastar, sin que encontraran la menor resistencia, todo el pais situado entre el Weser y el Elba, á fin de reducir al hambre á sus moradores y de humillar absolutamente su soberbia.

Pero tan poco seguro se creia Carlomagno de su victoria, que mantuvo contra su costumbre sus tropas sobre las armas durante todo el invierno. Al asomar la primavera (785) entra en el Bardengau; é informado de que Witikindo y su hermano Albion hacen nuevos preparativos de guerra les ofrece la paz, prometiéndoles perdon y recompensas si cesaban de una vez las hostilidades. Debilitados con tantos desastres, y sin esperanzas ya de restaurar su patria agotada de fuerzas y recursos, prestaron oido los dos hermanos á sus proposiciones, y después de haber recibido rehenes se encaminaron á Bardenwick (antiguo Luneburgo) para tener una conferencia. Desde allí pasaron á Francia, y doblando su orgullosa frente á la voluntad de Carlomagno, recibieron el bautismo con gran pompa en una asamblea solemne convocada en Attigny.

Facilmente se concibe el júbilo que hubo de esperimentar el rey franco en virtud de una conversion que colocaba entre sus fieles á los dos campeones más heróicos de los sajones. Con efecto, en pos de ellos aceptaron el cristianismo y el yugo de los francos infinitos nobles, ora fuesen arrastrados por el ejemplo, ora porque desesperasen de su causa. Con intencion de hacer de los sajones y de sus demás súbditos un solo pueblo, publicó una capitular, por la cual les atribuia los mismos derechos que á los francos: esto les valió ser gobernados por condes de su nacion, asistir á las asambleas generales, y ser tratados de la misma manera que los vencedores para la composicion de los delitos. Así, durante ocho años de paz, se les vió combatir en union de los francos contra los ávares y los eslavos. A pesar de todo se les vedó reunirse en asambleas particulares y dedicarse á la práctica de ritos idólatras, bajo la amenaza de los más rigurosos castigos. Pronuncia la ley pena de muerte contra todo el que rehuse el bautismo, contra el que queme un cadaver segun la antigua costumbre; igual pena debia sufrir el que inmolara un hombre al demonio, el que conspirara con los idólatras contra los cristianos, el que robase la hija de su señor. Si un noble hace un voto á las fuentes, á los árboles, á los bosques, ó si come en honor de los demonios, debe pagar sesenta sueldos; treinta si es hombre libre, quince si es colono: y si no los tiene, hasta satisfacerlos debe servir á la

Iglesia: ademas todos deben contribuir en favor de la Iglesia con el diezmo de sus bienes y de sus trabajos (7).

No se doblegaron los nordalbinos á estas rigurosas leyes. Por el contrario, mantuvieron su independencia y el culto patrio, insultando la cobardía de sus hermanos de la otra orilla del Elba, y escitándoles continuamente á rebelarse. No hablaban á sordos. Muchos de ellos se insurreccionaron, y marchando Carlomagno en contra suya, les obligó á capitular en Sinfeld (794); pero apenas se aleja para combatir á los ávares, cuando de nuevo levantan la cabeza y le asesinan algunos de sus capitanes que habian quedado entre ellos, lo cual le hizo adoptar la resolucion de pasar el invierno junto al Weser para consolidar su victoria. Pronto tomó su campo el aspecto de una magnífica corte, donde se vió llegar á sus hijos los reyes de Italia y de Aquitania, á Tudum, kacan de los ávares, á los embajadores de Alfonso, rey de Asturias, y los de Ben-Omeya, emir de Mauritania, reunion accidental que dió nacimiento á una ciudad que conservó el nombre de Nuevo Heristal.

Duraban aun estos cuarteles de invierno, cuando los transalbinos degollaron á los comisionados encargados de recaudar el tributo, y á Godescalco, enviado por Cárlos al rey de los daneses (795). Tuvo entonces Carlomagno que resolverse á estirpar los últimos gérmenes de aquella guerra renaciente: apoyado por los fieles obotritas, dirigió á sus francos contra aquellos irreconciliables enemigos, á quienes atacaron y derrotaron en Suentana. Hizo trasladar una tercera parte de la poblacion á la Galia; después, habiendo pasado personalmente el Elba por la primera vez, se adelantó hasta Eider y acabó por someter á todos los sajones transalbinos (797). No permanecieron tranquilos, empero, y hubo una série de insurrecciones y derrotas antes de que Carlomagno consiguiera domeñarlos dándoles muerte ó expatriándolos. En fin, firmó en Zeltz una paz definitiva con los sajones que abrazaron el cristianismo y juraron fidelidad al vencedor, no formando muy pronto más que una sola nacion con los francos. Reintegrados en sus bienes, en su libertad civil y en sus leyes nacionales, tuvieron que obedecer á sus obispos y á jueces nombrados por el rey (8). Como la percepcion del tributo habia sido una causa perpétua de rebeliones por su parte, se les libró de él, mediante su reemplazo por el diezmo de sus bienes y de sus trabajos, no menos insufrible y oneroso. Renunciaron á su antigua libertad, que se fundaba en la propiedad territorial; y permaneciendo en las tierras patrimoniales sin llegar á ser vasallos, se les consideró como dependientes del rey, y en tal concepto fueron sometidos al heriban del Imperio. Los frisones siguieron la misma suerte; y la memoria, ó por lo menos el espíritu, de la libertad, quedó sofocado (9).

Los patrimonios confiscados á la religion enemiga se asignaron como dotacion á los obispos, y abades ó sacerdotes, para que predicasen y bautizasen; y cada cien nobles, ú hombres libres ó colonos, debian imponer entre sí una tasa para proporcionar á la iglesia de que dependian, un patio, dos mansos (10), un siervo y una sierva. Se instituyeron varios obispados en Osnabruck, Hildesheim, Verden, Minden, Halberstadt, sin hablar del de Paderborn ya mencionado: San Guileado, penetrando hasta la Vigmodia, erigió allí la silla de Bremen (787); en fin San Liudgero fué promovido al obispado de Munster, después de quince años de apostolado en la Frisia y en la Sajonia marítima (802). Estos ocho obispos que los contemporáneos comparan á *ángeles veloces para anunciar el Evangelio de paz en toda la amplitud del aquilon* (11), se presentan á los ojos de los que estudian los progresos de la civilizacion como maestros de la Germania. Entorno de la iglesia y del presbiterio no tardaron en levantarse aldeas, que pronto se ensancharon y convirtieron en ciudades. Los obispos reunian allí los sínodos, y los condes las dietas: á aquel punto acudia la poblacion á llevar los diezmos, á recibir las ordenaciones, los sacramentos, el pan de la palabra; allí era congregada la juventud para recibir su instruccion del clero, y al volver luego á su pais natal, difundia en él ideas humanas y la costumbre de las instituciones civiles. Creciendo de este modo en poderio los obispados, formaron aquellos principados eclesiásticos que fueron una parte esencial de la constitucion germánica.

Nada puede justificar el difundir la verdad por

---

(7) BALUZIO, lug. cit. Se ha querido ver en los tribunales de inquisicion establecidos por Carlomagno, el orígen de la Santa Vehme, que se estendió posteriormente en el siglo XIV en Westfalia y castigaba en secreto y de un modo misterioso al traidor.

(8) Varios modernos ponen esta paz en duda. Nada hemos encontrado (escepto el silencio guardado por los demás escritores) que contradiga al poeta sajon, cuando afirma en estos términos:

Tum sub judicibus quos rex imponeret ipsis,
Legatisque suis permissi legibus uti
Sajones patriis, et libertatis honore,
Hoc sunt postremo sociati fœdere Francis.
Lib. IV, 109-112.

(9) MÖSER *(Historia de Osnabrück*, t. I, sec. III, párráfo 40) y LUDEN *(Hist. de Germ.*, t. IX, p. 375) consideran la sumision de los sajones como un pacto de amistad entre ambos pueblos, celebrado de igual á igual. No les faltan razones; pero la totalidad de los hechos les es contraria.

(10) Una casa con las caballerizas y los edificios rústicos formaba un patio. Un patio con sus campos y sus bosques, se llamaba *manso*, quinta, de la medida de doce fanegas ó yugadas. Muchos mansos constituian una *marca*, y muchas marcas un distrito, *pagus*.

(11) HEMOLDI, *Chron. Slavorum*, 3.

medio de la espada, y la memoria de Carlomagno permanecerá siempre manchada con los estragos á que recurrió para propagar la religion y la civilizacion. Pero todas las guerras entre pueblos de la misma familia son en extremo mortíferas, y si la política del rey franco encontró buenos todos los medios para reprimir la nueva irrupcion de los bárbaros idólatras, no abusó de la victoria. Comprendiendo que su munificencia daria mejores resultados que el terror, la puso por obra (12); y se mostró al par que dulce en la piedad, formidable en la ira (13). Los jefes, y el mismo Witikindo, ganados por la conducta afable y generosa de Carlomagno, le juraron fidelidad y no faltaron á sus compromisos.

Muchos de los bienes confiscados ó vacantes en el territorio germánico, se adjudicaron á los guerreros francos; al mismo tiempo los sajones recibieron en donacion propiedades en la Galia, lo que produjo por ambas partes un cambio de ideas y afectos, interesando á unos y otros en el sosten de la paz. Asegurároнse los progresos de la civilizacion en Francia (14), y se la ayudó á penetrar en el corazon de la Germania. Inundada la Sajonia con tanta sangre, tuvo para indemnizarse de su independencia, las ventajas de la paz y de una administracion regular; pronto veremos al jefe de su liga, Enrique I, encontrarse frente á frente del imperio fundados por Carlomagno.

Hemos referido seguidamente las espediciones contra los sajones, aunque así en el órden como en el tiempo, estuvieron separadas por muchas otras, y por turbulencias interiores.

Espedicion contra los turingios y bávaros.— Mientras que Carlomagno sometia otra vez á los sajones aquende el Elba, el conde de Turingia, Hartrado, urdió una trama contra los señores de su pais y contra los ostrianos: su objeto era desembarazarse del rey y libertarse de la dominacion de la casa de Heristal, y quizá esta maquinacion debia ser apoyada por un movimiento general de los enemigos de la Francia; pero habiendo tenido noticia Carlomagno de estos manejos, envió el heriban á castigar á la Turingia. Los rebeldes, que fueron hechos prisioneros, confesaron su crímen, y se les mandó á los unos á la Italia y á los demás á la Neustria ó á la Aquitania con el pretesto de hacerles prestar un nuevo juramento de fidelidad, por las más veneradas reliquias, haciéndole de esta manera más sagrado. A algunos, sin embargo, se les sacaron los ojos en el tránsito; otros fueron condenados al último suplicio por la dieta de Worms, y todos perdieron sus beneficios y sus patrimonios. Carlomagno trasladó tan gran número de francos á la parte meridional del pais, que el nombre de Franconia se dió á la comarca vecina al Mein superior, al Reidnitz y al Pegnitz.

Tasilon II, duque de Baviera, dotado de un carácter noble, lleno de la dignidad de su raza y de su pueblo, respetuoso con los ministros de Dios, moral en sus relaciones de familia, celoso de la prosperidad de sus súbditos, rechazó las hordas de los ávares, protegió á la Germania contra éstos, derrotó á los eslavos que ocupaban la Carintia, y extendió los límites de sus Estados. Le era insoportable ver á la antigua raza de los Agilolfingos, reducida á servir bajo de los Heristales, cuya ilustracion era reciente, y que se complacia en humillar á las antiguas familias señoriales de la Germania, con objeto de dominarlas á todas. Ya habian sujetado la de los alemanes, los sajones y frisones, sin tener más rival que la casa de Baviera. Tal vez tambien Luitperga, su mujer, la hija de Desiderio, rey de los longobardos, le escitaba contra el destructor de los suyos; por lo que se habia declarado enemigo de Carlomagno. Pero vencido y citado ante la dieta de Worms, solo á la intercesion del papa debió ser de nuevo admitido y perdonado, prestando juramento de fidelidad y dando doce rehenes (781). Lejos de observar el tratado, sostuvo inteligencias con Adelquis, rey de los longobardos, con el duque de Benevento, con los ávares, y con todos aquellos que sabia eran enemigos de su enemigo. Invadió, pues, Carlomagno la Baviera por tres partes diferentes (787), é implorando Tasilon de nuevo merced, obtuvo conservar el pais á título de feudo.

No obstante, las instigaciones de su mujer le indujeron á hacer traicion otra vez á sus promesas. En su consecuencia, acusado como culpable de felonia por sus mismos fieles, en el campo de Mayo de Ingelheim, fué condenado á perder allí la cabeza. Conmutó la pena Carlomagno en reclusion en un claustro, donde fué hasta separado de sus hijos. En él concluyó la ilustre raza de los Agilolfingos, que habia dado mucho tiempo señores á la Baviera y reyes á la Italia; y dividióse entonces el pais en condados, y los habitantes juraron obediencia al vencedor.

La adquisicion de un pais tan hermoso como la

---

(12) *Plus regit pietas et munificenttia fecit*
Quam terror. Nam se quisquis commiserat ejus
Egregiæ fidei, ritus spernendo profanos,
Hunc, opibus ditans, ornabat honoribus amplis.
Copia pauperibus saxonibus agnita primum
Tunc fuerat rerum, quas Gallia fert opulenta,
Prædia præstiterat cum rex compluribus illic,
Ex quibus acciperent preciosæ tegmina vestis,
Argenti cumulos, dulcisque fluenta Liæi.
Poeta sajon ad. an. 803.

(13) *Et multis experta modis innotuit ejus.*
Tam dulcis pietas, quam formidabilis ira.
Este es uno de los versos más hermosos del Poeta sajon,

(14) Aparece claro de la siguiente carta escrita por Alcuino á Carlomagno, que se consideró á los sajones como un obstáculo para la civilizacion: *Utinam quandoque divina gratia vobis concedat libertatem e populo nefando Saxonum, iter agere, regna gubernare, justicias facere, ecclesias renovare, populum corrigere, singulis personis ac dignitatibus iusta decernere, oppressos defendere, leges statuere, peregrinos consolari, et omnibus ubique ætatis et cælestis vitæ viam ostendere.* Ep. 81.

Baviera, era aun más importante por su posicion, pues aseguraba la union entre las provincias septentrionales y las meridionales de los francos, y establecia entre estos paises germánicos y la Italia comunicaciones de gran consecuencia: Ratisbona y Augsburgo llegaron á ser puntos intermedios para el comercio y la industria, conservada ó creada por la Italia, de donde se difundieron por la Germania interior, penetrando hasta los pueblos más septentrionales. Carlomagno se dirigió allí en breve para asegurar el pais y atraerse la voluntad de los habitantes: en una asamblea general celebrada en Ratisbona, antigua ciudad real, regularizó los negocios del pais con el asentimiento del pueblo, y pareció haberse conciliado su afecto usando de moderacion; sometió los cantones á condes, que en la administracion de justicia debian seguir las leyes bávaras, pero que podian ser francos, del mismo modo que los bávaros podian ejercer cargos en lo demás del imperio: el gobierno de todo el pais fué confiado á un conde superior, vicario del rey, recayendo el nombramiento en Geroldo, cuñado de Carlomagno, sin contar los comisionados regios extraordinarios que podian enviarse para proteger la justicia.

Pero no tardó Cárlos en sentir la necesidad de nuevas empresas. Ya hemos hecho mencion de los ávares y de los eslavos, pueblos establecidos detrás de aquellos que Carlomagno habia subyugado, y que desde entonces figuraban como vecinos amenazadores para su imperio. Habitaban los segundos entre los Carpatos y el mar Báltico, los demás, entre aquellas mismas montañas y los Alpes Julios, no estando separados de la Baviera sino por el Ems. Seguros en medio de los pantanos de la Hungria, caian á su antojo sobre el imperio griego ó sobre los eslavos, y acumulaban en su campo (*ring*), inmensa ciudad de madera rodeada de árboles entrelazados, los despojos de los bizantinos, los lechos de oro exigidos en tributo de los sucesores de Constantino.

Habiendo, pues, amenazado á la Italia, se tomó el partido de fortificar á Verona, quizás desmantelada después del sitio que habia sostenido allí Adelquis; y en virtud de las contestaciones que se originaron para saber si los eclesiásticos debian tener á su cargo la tercera ó cuarta parte de la reconstruccion de las murallas, se dispuso que la decision fuese remitida al juicio de la Cruz. Aregao, representante de la parte pública, y Pacífico, que lo era de la del obispo, jóvenes ambos y dotados de gran fuerza, se colocaron de rodillas con los brazos abiertos, mientras que se recitaba la misa segun la *Pasion* de San Mateo: a la mitad de ésta no pudo Aregao sostener más los brazos levantados; pero Pacífico los mantuvo así hasta concluirse la misa, de suerte que no tocó á los eclesiásticos sino la cuarta parte del gasto.

Cuando el kacan de los ávares vió en peligro á Tasilon (788), con el cual habia contraido alianza, dirigió sus tropas hácia los confines de la Baviera y del Friul, pero fueron rechazadas. Quiso entonces Carlomagno determinar de una manera estable los límites de los dos territorios; y de este modo pensaba evitar los motivos de guerra, mas esto fué precisamente lo que la hizo estallar. Habiendo comenzado, pues, las hostilidades, entró con tres ejércitos en las tierras del kacan, se adelantó á la antigua Panonia (790), y rechazó al enemigo allende el Raab, apoderándose de sus plazas fuertes y de sus tesoros. Pero *una epidemia y un hambre tan espantosa*, dice el monje cronista, *que obligó á los soldados á comer de carne hasta en cuaresma* (15), hicieron inútiles aquellos formidables armamentos. Solo cinco años después el rey franco pudo enviar á aquellas comarcas á su hijo Pepino (796), quien precedido por el duque de Friul, penetró hasta cerca del lugar en que Atila habia tenido su corte salvaje, y donde debia ser ganada en nuestros dias la más brillante victoria de los tiempos modernos. Favorecido por las divisiones que la muerte del kacan habia suscitado en las filas de los ávares, subyugó Pepino el pais, y se le asignó por límite hácia Levante el Raab. La comarca entre este rio y el Ems fué bajo el nombre de Marca oriental (*Austria*), confiada á la guardia de un mar grave.

Como no era posible civilizar aquellos pueblos sin modelarlos, segun nuestras ideas, que les eran enteramente extrañas, se enviaron á ellos misioneros, y San Arnon, obispo de Saltzburgo, fué á convertir los pueblos de la orilla occidental del Danubio; entonces fué cuando se edificaron ó renovaron las ciudades de Viena, Buda, Raab y Mohacz.

Ofreció Carlomagno al pontífice las primicias de los tesoros conseguidos en esta espedicion (16). Lo demás fué dividido entre el ejército, sus paladines y el duque de Friul, que principalmente habia contribuido á esas victorias. Casi toda la nobleza de los ávares pereció; la que quedaba, fué dispersada, y el pais gobernado por un kacan, tributario de los francos. Tudun, que se habia apresurado á ir á recibir el bautismo en Aquisgram, fué el primero que obtuvo este título de Carlomagno; pero habiendo faltado á su fe, fué derrotado y muerto. Geroldo, gobernador de los bávaros, pereció en la sublevacion que aquel desleal tributario habia incitado, y el duque del Friul, que habia acudido á vengarle, cayó á su vuelta en una emboscada que le prepararon los habitantes de Trieste y de Fiume (799). Los kacanes que sucedieron á Tudun,

---

(15) *Anal Loisell.*, an. 791.

(16) «¡Cuántas batallas dadas en esta guerra! ¡Cuánta sangre derramada! Panonia despoblada lo testifica, y la residencia del kacan, desierta hasta el punto de no haber huella de poblacion humana. Toda la nobleza de los hunos pereció allí, toda su gloria se eclipsó. Los tesoros acumulados en estos lugares después de tanto tiempo fueron presa del vencedor, y los hombres no podrian recordar una guerra de donde hayan vuelto los francos tan cargados de riquezas.» EGINARDO, cap. 13.

sostuvieron la religion entre los ávares y permanecieron fieles. Pero decayeron de tal manera de su antiguo valor, que uno de ellos vino á suplicar á Carlomagno que concediese un asilo á su pueblo aquende el Danubio (805), para salvarle de los bohemios.

Eslavos.—Los bohemios pertenecian á la segunda de las dos razas que hemos dicho ocupaban la frontera de la Germania, es decir, á los eslavos. Al verse libres del yugo de los ávares por el franco Samon (17), las diversas tribus tornaron á ser independientes unas de otras; y de esta suerte algunas se hallaban en guerra con los bávaros, los sajones y los turingios, mientras otras eran aliadas de ellos. A su nacion pertenecian hácia el estremo oriental de la Germania los moravios, que habitaban los paises á que han dejado su nombre; los chescos en la Bohemia, por la parte del Norte: los sorbios ó sorabios, entre el Saale y el Elba; los wiltzos ó welatabos y los lusitzos, entre este último rio y el Oder, en lo que forma actualmente el Brandeburgo y parte de la Pomerania; en fin, los obotritas, en el Meclemburgo. Estrechados estos últimos entre los sajones y los daneses, reclamaron la alianza de Carlomagno, bajo cuyas banderas Witzan, su caudillo, habia ya peleado contra los sajones y los wiltzos. Vencidos por el rey de los francos estos últimos, poderosísimos entre los eslavos marítimos, se ligaron con los daneses y los sajones; luego volvieron á empuñar las armas, y quitaron la vida á Witzan, á tiempo que cruzaba el Elba para llevar refuerzos á Carlomagno (780). Los sorbios, que inquietaban á menudo la Turingia, fueron derrotados por los francos y obligados á seguir sus banderas contra los ávares (783).

Pero cuando después de haber triunfado de los ávares y de los sajones, estendió el rey franco su dominacion hasta el Raab, enclavados los eslavos en medio de sus súbditos, temblaron por su independencia y corrieron á las armas. Enviado Cárlos, primogénito de Carlomagno, en contra de los chescos, les venció, y enseguida destrozó á los sorabos junto al Saale. A pesar de todo, no pudo jactarse de haber avasallado á esta nacion, aunque la tuvieron á raya las fortalezas de Halle y de Magdeburgo.

Daneses.—Los daneses, á quienes veremos amenazadores respecto de los nuevos Estados en el siglo siguiente, pertenecian á aquella familia germánica que, bajo el nombre de normandos, habitaba la Jutlandia, las islas del Báltico y la Escandinavia. Habian prestado ayuda á los sajones, á quienes les asemejaban la comunidad de orígen y una constitucion que tenia igualmente mucho del antiguo sistema tudesco. Hemos visto á Sigifredo, rey *(ober-kongar)* de los daneses, dar asilo al formidable Witikindo y á la flor de la nobleza sajona, en el Sleswig y en la Jutlandia; y Carlomagno, no pudiendo nunca durante la guerra de Sajonia cruzar la trinchera construida por Hardecanuto, rey danés, para defensa de sus fronteras, ni obtener la amistad de Sigifredo, para lo cual no perdonó medio alguno, ni aun siquiera la más mínima condescendencia para los predicadores del Evangelio (18), debió, por el contrario, levantar fortalezas en las costas de la Frisia y de Flandes, y equipar una escuadra para oponerse á sus desembarcos. Godofredo, que sucedió á Sigifredo (808), persistiendo en los sentimientos paternales, se puso de acuerdo con los wiltzos para asaltar á los obotritas, espulsarles de las tierras ocupadas por ellos sobre los sajones transalbinos y restituir éstas á sus antiguos poseedores. Entonces se sublevaron á la vez todas las tribus eslavas contra los francos y los obotritas, y no teniendo fuerzas los últimos contra tantos adversarios, tuvieron que resignarse á pagarles un tributo anual.

Carlomagno juzgó esta guerra de tanta gravedad y de tan inmensa importancia, que llamó á las armas á todos sus vasallos de un estremo á otro del imperio. El pregon que hizo publicar intimó á todos los poseedores de beneficios y á los aquitanios que se reunieran junto al Rhin: al mismo tiempo ordenaba el alzamiento en masa de los sajones y de los frisones. Godofredo no aguardó la tempestad en la inercia. Después de destruir el puerto de Rerich en el Océano, que era el mercado del Norte, y de trasladar los negociantes á Sleswig, fortificó el itsmo Címbrico con una cadena de trincheras que se estendian á lo largo del Eider, desde el Océano al mar oriental. Cárlos, hijo de Carlomagno, multiplicó las devastaciones; pero no aparece que su espedicion tuviera un éxito venturoso, y consta que perdió en ella mucha jente al volver á pasar el Elba. Trasikow, duque de los obotritas, acometió la empresa de vengarle con auxilio de los sajones, taló las tierras de los wiltzos, y recuperó los paises que ellos le habian arrebatado; pero mientras se acercaba á las fronteras de los daneses, fué asesinado por un emisario de Godofredo.

Este príncipe se proponia nada menos que conquistar toda la Germania (19) con ayuda de los eslavos y de los sajones. Habiendo armado, en su consecuencia, doscientas naves, abordó á las costas de la Frisia y vendió la paz á muy caro precio. Carlomagno, para oponerse á sus ataques, fortificó el castillo de Hochbur (*Hamburgo*) y construyó á Essefeld, junto al Sturia; pero á este tiempo fué asesinado Godofredo (810), y Emmingo, su sucesor, ajustó la paz con los francos, que fué jurada por doce nobles de cada bando á orillas del Eider,

(17) Véase antes pág. 359.

(18) No hacen mencion las crónicas más que de un solo escandinavo convertido al cristianismo y colmado de honores, Holger Danske, el Ogiero danés de los romances.

(19) *Godefridus adeo vana spe inflatus erat, ut totius sibi Germaniæ promitteret potestatem.* EGINARDO, c. 14.

que debió separar el imperio franco del territorio danés.

Armamentos marítimos.—Aquellos ataques por mar, cuyo peligro presentia Carlomagno, harto terribles para sus sucesores, le determinaron á preparar tambien fuerzas para luchar sobre aquel elemento, y barcos propios para navegar á lo largo de las costas, salieron en gran número de los arsenales de Gante y de Boulogne: apostados en la embocadura de los rios de Germania y de Francia, se opusieron á la entrada de las flotillas enemigas.

Sarracenos.—No pensó nada más que en defenderse en el Océano, donde las espediciones de los normandos, que debian ser con posterioridad formidables, eran á la sazon muy poca cosa; pero en el Mediterráneo ayudó á las islas Baleares á rechazar la dominacion de los emires de España (799); y habiendo vuelto éstos con los sarracenos de Africa á talar estas islas, Pepino envió en su ayuda á Ademaro, conde de Génova, quien pereció peleando. Vencedor de los infieles el condestable Burcardo (809), les apresó trece naves, lo cual no impidió que estas islas mal fortificadas quedaran de continuo espuestas á los ataques de los sarracenos. Quizá pudieron libertarse sus moradores refugiándose en las montañas, en medio de las cuales conservaron ó volvieron á adquirir aquellas costumbres silvestres que les distinguen todavia. Mallorca fué defendida contra los musulmanes por Irmingar, conde de Ampurias, quien echó á pique ocho de sus naves, les hizo quinientos prisioneros y les tomó todo el botin hecho en Córcega y en Cerdeña (813).

Tampoco se abstuvieron los sarracenos de ejercer sus piraterias en tierra firme, en Italia: saquearon á Niza y á Civitavechia: además algunos de ellos se apostaron en la playa del mar de Liguria como para proporcionarse la facilidad de un desembarco.

Carlomagno tuvo que habérselas directamente con los árabes de España. Continuaba en este pais la prolongada y generosa lucha de los indígenas independientes contra los conquistadores: dueños éstos de las principales ciudades, se enervaban en los goces del lujo y en una civilizacion adoptiva, á la par que la energia de los otros tenia, para fortificarse en los montes cántabros, peligros y el amor de la patria y de la religion. Las disensiones que se suscitaron entre los conquistadores cuando Abd el-Rahman se separó del califa de Bagdad y se hizo independiente, fingiendo tomar partido por los Ommiadas desposeidos (pág. 338), redundaron en gran ventaja de los cristianos; y entre el número de los jefes que cayeron en desgracia por haber sostenido á la familia modarita vencida, se contó Soliman-ebn-Arabi, emir de Zaragoza, quien se presentó en la dieta de Paderborn (777) implorando el socorro de Carlomagno contra el príncipe de los creyentes, y escitándole á aliviar la suerte de los cristianos que allí padecian.

Esta espedicion halagó al rey de Francia, que aun prescindiendo de una guerra contra los enemigos de la fe, veia aquí la posibilidad, ya que no de espulsar de Europa á los infieles, á lo menos de oponer la barrera de los Pirineos á sus contínuas incursiones. En su consecuencia convocó en Chasseneuil, junto al Lot, un campo de Mayo, único que se reunió en la Francia romana, donde los arimanes de Aquitania y los leudos de la Ostria aprobaron la empresa proyectada. Dividido el ejército en dos cuerpos traspuso los Pirineos. El que mandaba en persona Carlomagno, se apoderó de Pamplona y puso sitio á Zaragoza, defendida por Abd-el-Melec-ben-Omar, que habia dado muerte á su hijo por haber visto flaquear su valor en un instante difícil.

Derrota de Roncesvalles.—No pudo vencer el héroe su resistencia, siendo llamado otra vez al Norte por nuevos levantamientos de los sajones, ó quizá en virtud de las tramas de Lupo, hijo de Waifro, quien anhelaba vengar á su familia (20). Este imaginó cortar la retirada á los francos, y reuniendo en contra de ellos á los vascos, á los astures y á los sarracenos (778), les emboscó donde los desfiladeros de Navarra desigualan á los hombres y los caballos y hacen mortal el ataque é imposible la defensa.

Roldan.—En el momento en que se desarrollaba el ejército *como una enorme serpiente de bronce* por medio de las escarpadas rocas de los Pirineos, á lo largo de estrechos senderos cubiertos de follaje (*Roncesvalles*), cayeron los conjurados sobre la retaguardia y los bagajes, y favorecidos por las escabrosidades del terreno mataron á los más valerosos adalides de Carlomagno, y entre ellos á Roldan, conde de la frontera de Bretaña, de quien solo esta vez hace mencion la historia, á la par que la novela de Turpin y los poemas caballerescos están llenos con sus hazañas. La tradicion oral y los cantos populares repitieron que una inmensa hendidura abierta en los Pirineos, debajo de la torre de Marbore, procedia de un golpe descargado por la durindana de Roldan; y como ésta saltó en pedazos, cojió su cuerno para llamar en su auxilio al indolente Carlomagno y al traidor Ganelon de Maganza, y le tocó con tanta fuerza, que de resultas retembló el mundo y reventaron las venas del cuello del héroe. Aquel siglo devoto le adjudicó en su derrota el más solemne triunfo, contándole entre el número de los santos (21).

---

(20) *Ille omnibus pejoribus pessimus ac perfidissimus, operibus et nomine Lupus, latro potius quam dux dicendus, Waifri patris scelestissimi, avique apostatæ Hunaldi improbis vestigiis inhærens. Chartá Alaon.* ap. BOUQUET, VII, 472. Tal vez fué éste el tipo de donde tomaron los romanceros la casa de Maganza.

(21) Léese en el martirologio de Usuard, el 16 de junio: *Rolandi comitis et martyris.*

Dispersáronse los homicidas gascones, y su duque, Lupo, fué ahorcado: pero perdiéronse el objeto y el fruto de la espedicion, porque los árabes no tardaron en recuperar todo lo que los francos habian ocupado al otro lado de los Pirineos, y se vieron obligadas á emigrar muchas familias que probablemente se habian declarado favorables á su causa. Pero las comarcas entre el Ebro y los Pirineos permanecieron bajo la autoridad ó bajo la proteccion de Carlomagno; conservároníe fidelidad los emires de Huesca, de Jaca y Gerona: Barcelona vino á ser capital de la marca de Gotia, que comprendia la Cataluña y el Rosellon: Navarra, Aragon y el pais Vasco formaron la marca de Gascuña, teniendo por capital á Pamplona desmantelada. Dominacion incierta, sin embargo, en cuanto á sus límites y á su fuerza, por lo cual Carlomagno, con la intencion de consolidarla, aguerrió la Aquitania y formó de ella un reino (781).

Sin embargo, los aquitanios no se habian hecho amigos de los francos, al paso que recordaban, por el contrario, las batallas de sus antepasados con los árabes, contra los cuales eran á propósito en clase de tropas ligeras, acostumbradas á la guerra de puestos y de emboscadas, y compuestas de gente celosa de su fe, tanto como los árabes andaluces de la suya. Por lo mismo Cárlos resolvió tratar á la Aquitania como á la Italia, constituyendo de ella un reino particular, aunque sin segregarlo del imperio, y poniendo al frente á Ludovico, su tercer hijo. Este, después de ungirle el papa, fué conducido allí á caballo, vestido de armas proporcionadas y con un consejo de oficiales. Además de la Aquitania propiamente dicha y la Gascuña, comprendia la Septimania, que le servia de frontera por el lado de la España oriental, tomando, en tal concepto, el nombre de marca de Gotia. Como era costumbre de los reyes francos, el de Aquitania debia residir alternativamente en varios puntos, donde tenia al efecto palacios; pero su antiguo renombre daba cierta primacia á Tolosa. El pais fué organizado conforme á su destino militar, con los ojos vueltos siempre hácia España. Cárlos encargó el mando de las diferentes ciudades á gobernadores de confianza y experimentados, y se captó por medio de beneficios el favor del clero, enemigo constante de la dominacion de los francos.

Pero los vascos preferian una independencia turbulenta. Poco tardó en volver á caer bajo el yugo musulman la Navarra: Pamplona y Barcelona fueron gobernadas en nombre del emir de Córdoba. Llamados por los cristianos los condes de la frontera (783), volvieron á pasar los Pirineos y fueron bien acogidos en Gerona y en otras ciudades; pero los gobernadores musulmanes rechazaban igualmente el patronato del rey franco y el de los emires árabes. Ocupados éstos en negocios más graves, dejaban á sus subordinados enredarse en querellas con motivo de límites dudosos; Cárlos, entretenido por la guerra contra los ávares, confió la defensa de las provincias meridionales á Guillermo, conde de Tolosa, cuando Hescham proclamó la guerra santa para etxerminar á los cristianos (789). En todas las mezquitas mandó leer una exhortacion en prosa rimada y cantable, mezclada con pasajes del Coran.—«Alabanzas á Dios que que realzó la gloria del islamismo con la espada de los campeones de la fe, y que en su libro ha prometido expresamente á los fieles su socorro y una espléndida victoria. El eternamente Adorable ha dicho: *Vosotros que creeis, prestad asistencia á Dios, y él auxiliará y asegurará vuestros pasos. Consagrad, pues, al Señor vuestras buenas obras; él es el único que puede, con su ayuda, reunir vuestros estandartes.* No hay más Dios que Dios; él es solo y no tiene compañeros; Mahoma es su apóstol y amigo predilecto. Hombres, Dios ha querido poneros bajo la direccion del más noble de sus profetas y os gratificó con el don de la fe. El os reserva en la otra vida una felicidad tal, que nunca ojos, oidos ni corazones humanos han visto, percibido ni sentido obra semejante. Mostraos dignos de tan gran beneficio, la mayor señal de bondad que Dios pudiera daros. Defended la causa de vuestra inmortal religion y marchad constantemente por el camino recto. Dios os lo ordena en el libro que os concedió para que os sirviese de guia. ¿No os ha dicho: *Oh creyentes, combatid á los infieles que os rodean, y sed duros con ellos?* Volad, pues, á la guerra santa y haceos gratos al Señor. Vuestra será la victoria y el poder; porque el Altísimo ha dicho: *Es obligacion nuestra socorrer á los fieles.*» (22) Los vasallos franceses se unieron al conde Guillermo, pero fueron derrotados; y los sarracenos prendieron fuego á los arrabales de Narbona (794), matando allí tantos hombres «que solo Dios que los crió lo sabe:» los prisioneros, en gran número, fueron conducidos al otro lado del Pirineo, llevándose el enemigo tan rico botin, que la quinta parte, adjudicada al rey, ascendió á sesenta y cinco mil mistacales de oro, que destinó á la reedificacion de la gran mezquita de Córdoba.

Cuando se encendió de nuevo la guerra civil á la muerte de Hescham (796), Abdalah su hermano, y Zeid, emir de Zaragoza, llegaron á pedir socorros á Carlomagno, al mismo tiempo que Alfonso II, rey de Asturias, le proponia una alianza contra los sarracenos, llamándose vasallo y siervo del rey de los francos, á quien ofrecia las primicias del rico botin que habia sacado de una incursion hecha hasta Lisboa. Cárlos encargó á su hijo Luis la guerra contra los árabes (798), el cual se apoderó á viva fuerza de Gerona, Lérida y Pamplona, y por capitulacion, de Huesca. Volvió á levantar á Ausonia (*Vich*) y á otras ciudades, poblándolas de nuevos habitantes, y confió su defensa al conde Borrell. Pero tan luego como se concertaron entre sí los musulmanes, arrancaron otra vez á los francos sus

(22) Reinauld *(Invasiones de los sarracenos en Francia)* tomó este discurso de un formulario impreso en el Cairo. Véase tambien *N. Journal Asiatique*, tomo VIII. p. 338.

conquistas y talaron sus fronteras. A pesar de todo aun consiguió Luis hacerse dueño de Barcelona (801), demasiado importante como centro de las espediciones de los musulmanes contra la Septimania, y dejando á los musulmanes abandonar la ciudad la pobló de cristianos. De este modo convirtió á esta plaza en una barrera contra los árabes y en un arsenal protegido por una fuerte guarnicion, bajo el mando de Bera, que fué su primer conde.

Después de una alternativa de pérdidas y de conquistas, Hakem y Carlomagno celebraron una tregua de tres años que fijó en el Ebro sus límites respectivos (813).

No sin razon, pues, la figura de Carlomagno creció en dimensiones en los relatos que pertenecen á la época de las Cruzadas; pues aquellas empresas religiosas y civilizadoras pueden considerarse que principiaron durante su reinado.

CAPÍTULO XVI

CARLOMAGNO EMPERADOR.

Estension del reino.—Por tanto se hallaba consolidada la autoridad de Carlomagno sobre toda la Francia y se estendia á la mayor parte de los pueblos occidentales. La Ostria, centro de su dominacion, abarcaba las provincias situadas junto al Escalda, el Mosa y el Mosela hasta el Rhin (1): además el Hesse, la Francia renana (2), la Alsacia, la Alemania, la Suabia (3), la Baviera, la Carintia, con parte del Friul, la Turingia, la Sajonia, la Frisia. A la Neustria ó Francia occidental, situada entre el Escalda, el Mosa y el Loira (4) se agregaban la Aquitania, la Septimania, la Borgoña con el Nivernés, el Franco Condado, la Suiza borgoñona, el Valés, Ginebra, Lion, el Delfinado y Aviñon; además la Saboya y las marcas de España. Toda la Italia le obedecia, á escepcion de la Campania, de la Calabria, de una porcion de la Lucania, de la Sicilia, todavia griegas, del ducado longobardo de Benevento y del patrimonio de la Iglesia. Disputábanle los árabes la Córcega, la Cerdeña y las islas Baleares.

Tenia por tributarios principalmente á los pueblos eslavos establecidos al Oriente, desde el Báltico hasta Venecia, entre el Elba y el Oder, los montes de la Bohemia y los Cárpatos, el Danubio, el Theiss, el Raab y el Sava. Tales eran los obotritas del Meclemburgo, los sorabios y los lusacianos de la Misnia, de la Sajonia del Anhalt y de la Baja Lusacia: los chescos y los bohemios, los moravios, los ávares y los eslavones de la Panonia: la Croacia de los francos, alrededor de Zara, llamada así para distinguirla de la Croacia griega, donde se hallaban Tran y Ragusa.

De consiguiente, su dominacion se estendia al Sur hasta el Ebro, el Mediterráneo y Nápoles: al Occidente hasta el Atlántico: al Norte hasta el mar septentrional, el Oder y el Báltico: al Oriente hasta el Theiss, hasta los montes de la Bohemia, el Raab y el Adriático. Habíanle tenido los árabes de la península ibérica como enemigo: los griegos observaban con espanto su engrandecimiento: los normandos de Dinamarca y de la Escandinavia se ligaban con él por medio de tratados. Escribió á Offa, rey de Inglaterra, prometiéndole proteccion para los mercaderes anglo-sajones que fueran á traficar á Francia, y acompañó su carta con presentes para todas las catedrales, con un talabarte, una espada y dos mantos de seda para el heptarca.

De consiguiente, no sin razon le celebraba Alcuino como rey de la Europa; y restaurada la grandeza romana, tal como habia estado en tiempo de los sucesores de Constantino, no tardó en revivir tambien el nombre de éste, pero con un carácter nuevo, el de jefe supremo de los cristianos en el

---

(1) Con Metz, Tréveris, Coblenza, Aquisgram, Nimega, Amberes, Cambray, Turnay, Reims, etc.

(2) Con Maguncia, Ingelhein, Worms, Spira, Francfort, Wurtzburgo, etc.

(3) Con Constanza, Zurich, Coira, Hamburgo, Ulma, etcétera.

(4) Con Paris, Soisons, Chalons, Troyes, Chartres, Orleans, Tours, el Mans, Angers, Nantes, Rennes, Brest, Ruan, Boulogne, etc.

He aquí como Eginardo designa los confines del reino de los francos: *Regnum francorum, quod post patrem Pipinum, magnum quidem et forte susceperat (Carolus) ita nobiliter ampliavit, ut pene duplum illi adjecerit. Nam cum prius non amplius quam ea pars Galliæ quæ inter Rhenum et Ligerim, Oceanumque et mare Balearicum jacet, et pars Germaniæ quæ, inter Saxoniam et Danubium, Rhenumque et Salam fluvium qui Turingios et Sorabos dividit, posita á Francis qui orientales dicuntur, incoleretur, et præter hæc Alemanni atque Bajoarii ad regem Francorum potestatem pertinerent, ipse primo Aquitaniam et Wasconiam, totumque Pyrenei montis jugum.... tum Saxoniam.... subjugavit.*

órden temporal, así como del espiritual lo era el pontífice.

Sus relaciones con el papa.—El título de patricio que ya tenia Carlomagno, espresaba la idea de patrono de la Iglesia, de los pobres y de los oprimidos; no le prestaba ninguna autoridad sobre Roma; y las atribuciones de patricio aparecian en la fórmula por la cual se conferia este título. Revistiendo el papa al candidato con el manto, y poniéndole el anillo en el dedo le decia: *Te concedemos este honor con el objeto de que hagas justicia á las iglesias de Dios y á los pobres, y de que des cuenta de ello al juez supremo.* Añadíale, remitiéndole el diploma escrito de su mano: *Sé patricio misericordioso y justo;* y después le ponia sobre su cabeza el círculo de oro (diadema). El elegido recibia del pueblo el juramento, no de vasallage, sino de clientela subordinada á la fidelidad prometida al papa (5).

Por este título se encontró Carlomagno protector de la Iglesia, lo que hizo que hubiese entre él y los papas un interés recíproco de sostenerse. Además, Adriano era amigo especial de Carlomagno, y tuvo siempre abiertos los ojos para velar á fin de que la dominacion de los francos echase raices en Italia. Carlomagno manifestó el mayor respeto al pontífice, y cuando murió le lloró como á un padre: dió limosnas por el descanso de su alma y compuso su epitafio en verso, el cual hizo grabar en mármol con letras de oro (6).

Tuvo Adriano por sucesor al trono pontificio á Leon III, quien envió al rey de los francos, como patricio, las llaves del sepulcro de San Pedro y el estandarte de la Iglesia romana, acompañándoles con palabras de afecto y sumision (795). Carlomagno envió á Roma al sabio Angilberto, para asistir á la consagracion del pontífice. Estaba además encargado de renovar con él el tratado hecho con Adriano, y de entenderse sobre lo que pareciese conveniente para confirmar su patriciado y hacerle eficaz á la proteccion de la Iglesia. «Porque (añadia Cárlos) es mi mision defender, con el auxilio de la divina misericordia, en lo exterior, por medio de las armas, á la Santa Iglesia de Cristo, contra los ataques de los paganos y los menoscabos que puedan causarle los infieles, y en lo interior consolidarla con la profesion de la fe católica; y obligacion vuestra es elevar las manos á Dios como Moisés, y sostener con vuestras preces mi servicio militar» (7).

No habian renunciado, sin embargo, los papas á todo género de honores respecto de los césares de Constantinopla, antes bien por órden del mismo Leon se colocó en el palacio de Letran un mosaico que representaba al emperador recibiendo el estandarte de manos de Cristo y á Carlomagno de la del papa (8). Si no obstante profesaba el papa un resto de respeto hácia aquellos débiles y distantes monarcas, conveniente al jefe de la cristiandad, no podia esperar de allí ningun apoyo, y en las circunstancias críticas recurria al rey de los francos. No se hizo esperar la ocasion.

Cámpulo y Pascual, sobrinos del papa Adriano, el uno sacristan y el otro primiciero de la Iglesia, descontentos de verse privados del poder de que gozaban en vida de su tio, hicieron con otras familias influyentes de Roma una de aquellas conspiraciones que amenazaban comunmente la autoridad de los papas desde que eran príncipes temporales. En el momento en que el pontífice se trasladó procesionalmente (799) para las fiestas de las rogativas, desde la iglesia de Letran á la de San Lorenzo, fué asaltado por una turba armada, que después de haberle maltratado hasta querer arrancarle los ojos (9), le puso preso en el convento de San Silvestre. Vinigiso, duque de Espoleto, acudió al socorro de Leon, quien, libertado por él, instruyó á Carlomagno del atentado y pasó los Alpes. Dirigióse á Paderborn, donde se encontraba reunido un campo de Mayo, y donde los señores germanos nuevamente convertidos rivalizaron sobre quién tributaria más honores al jefe de la Iglesia, que se presentaba por primera vez en una de sus asambleas. Así fué que este viaje no contribuyó poco á aumentar la autoridad pontificia. Después de haber oido el rey las quejas de Leon prometió hacer justicia, después le despidió acompañado de los señores y prelados, á los cuales se unieron ocho comisionados encargados de averiguar la tentativa de asesinato de que el santo padre habia sido objeto, y de velar por su seguridad.

Hizo Leon su entrada triunfante en Roma por entre las alabardas de los sajones, frisones, longobardos, francos y de los aplausos del clero, del Senado y del pueblo. Cuando hubo recobrado su autoridad, el mismo Carlomagno se dispuso á hacer un viage á Roma, llegando allá á principio del invierno. Fué su primer cuidado ilustrarse sobre la disidencia que existia entre el papa y sus enemigos. Habiendo, pues, convocado un concilio com-

---

(5) MABILLON, *Ann. Bened.*, XXIII, 3.

(6) *Post patrem lacrymans Carolus hæc carmina scripsi:*
Tu mihi dulcis amor: te modo plango pater...
Nomina jungo simul titulis clarissima nostra;
Adrianus, Carolus, rex ego, tuque pater...
Tum memor esto tui nati, pater optime, posco,
Cum patre dic, natus pergat et ipse tuus:

(7) *Ep. Caroli Magni*, X, p. 616.

(8) Se ve en otro mosáico á San Pedro dando con la mano derecha un manto al papa arrodillado, y con la izquierda un estandarte á un príncipe, y la inscripcion dice: *Beate Petre, dona vita Leoni pp. et victoria Karolu dona.*

(9) ZONARAS, XV, 13, dice: Ἐλοβήσαντο δὲ τὰ ὄμματα, ἀλλ' οὐ ἐξετύφλωσαν. La leyenda, adoptada con todo por el martirologio romano, cuenta que le fueron sacados, y tambien cortada la lengua, pero que los recobró milagrosamente. Está apoyado en muchísimos escritores, respecto de los cuales véase los Bolandistas, 12 de junio.

puesto de seglares y obispos, francos y romanos, hizo examinar las acusaciones producidas contra el pontífice. Pero así como en tiempo de Diocleciano un concilio reunido para fallar sobre el papa Marcelino, acusado de idolatría, se habia declarado incompetente para juzgar al jefe de la Iglesia, y lo habia invitado solamente á declarar su propia inocencia, lo mismo se hizo esta vez. Poniéndose, pues, Leon, el Evangelio y la cruz sobre la cabeza, juró que era inocente, y sus acusadores fueron condenados á muerte, como culpables de calumnia y homicidio; pero fué conmutada su pena, á ruegos del papa, en destierro perpétuo.

Carlos coronado emperador.—En esto llegó la fiesta solemne de Navidad. Carlomagno asistia á las magníficas ceremonias que se celebraban con este motivo, con la frente inclinada delante del sepulcro de los santos Apóstoles, cuando el pontífice se acercó á su lado, como movido por una inspiracion repentina, y ciñó á sus sienes una diadema de oro. Entonces clamó el pueblo con unánimes voces: *Vida y victoria á Cárlos, grande y pacífico emperador romano, coronado por la voluntad de Dios* (10).

Quizá Carlomagno no aguardaba aquel acto: es lo cierto que se mostró sorprendido y asombrado. Quejóse á Leon de que á pesar de su flaqueza le imponia esta nueva carga y deberes de que tendria que dar cuenta á Dios. Ya fueran estas palabras sinceras, ya demostraciones que alegan todos y en que no cree nadie, el hecho es que Carlomagno cedió al voto público, por el cual se halló elegido con no menos derecho que tantos otros que habian sido proclamados césares en Roma y en Constantinopla por una turba venal ó por una soldadesca turbulenta. Fué, pues, consagrado solemnemente como jefe supremo temporal de la cristiandad, é hizo juramento de proteger con todo su saber y poder á la Iglesia de Roma.

Cuando los germanos invadieron el antiguo imperio llevaron allí la idea de una monarquía á la vez guerrera y religiosa; guerrera en tanto que los compañeros de armas se agrupaban en torno del más valiente; religiosa en razon de que el rey era escogido entre una familia descendiente de los dioses ó semidioses; libre en el primer sentido, hereditaria en el segundo. Llegados al territorio romano encontraron allí un monarca reinando como representante de un pueblo, y una religion que imponia la obligacion de obedecerle como representante de la divinidad; sin nada de personal ni de hereditario. Luego que lo hubieron derribado, traian á la memoria aquella grandeza, y aspiraron á igualar su pompa magnífica, su administracion complicadada, su sistema rentístico, su vasta unidad. De aquí procede que en las instituciones de los pueblos invasores se reproducen de contínuo el contraste de la tosquedad nativa y de reminiscencias de la civilizacion romana. Aun cuando el orígen de su autoridad fuera diferente, y aunque los Merovingios, por ejemplo, reinaran en Francia, los godos en Italia y en España, como descendientes de héroes, adoptaban igualmente la idea romana, queriendo figurar como representantes del Estado é imágenes de Dios. Desviáronse los reyes longobardos en Italia y los Pepinos en Francia de la tradicion germánica, constituyéndose, no sobre un derecho hereditario cualquiera, sino sobre la fuerza ó sea la eleccion de compañeros dispuestos á sostenerlos con la espada. En su tentativa sucumbieron los longobardos: mejor inspirados los otros, se atribuyeron el carácter religioso cristiano, haciéndose ungir por el clero, y especialmente Carlomagno restaurando el símbolo político del imperio y reinando por la voluntad de Dios.

La admiracion que Cárlos concibió hácia Roma, desde que la vió por primera vez, despertó en él el sentimiento de no tener, siendo poseedor de tan vastos Estados, una capital como la del antiguo Imperio. ¿No ejercia el obispo de Roma plena autoridad sobre todos los obispos de Occidente, pretendiendo extenderla tambien á los de Oriente? ¿Por qué no haria él otro tanto, en clase de rey de Roma con los reyes de Europa? ¿No estaba el mundo reunido bajo la autoridad del papa, con el nombre de cristiandad? Ahora bien, el nombre único que hubiese de darse á las diferentes naciones que estaban sometidas á Carlomagno no se podia tomar de los francos ni de los longobardos, ni de los bávaros, ni de otro pueblo alguno; el que los abrazaba á todos sin inspirar celos á ninguno era el de *Imperio Romano*. A la sazon Irene habia ocupado por medio de la violencia el trono de Oriente, y no era más que una mujer; ¿debia Cárlos contentarse con un título que le colocaba en un puesto inferior al de ella? Es, pues, creible que naciese en él la idea de restaurar el imperio romano; y después de realizar el proyecto en que habian fracasado sus antecesores, de hermanar el dominio septentrional con la administracion latina, debia volver á emprender la obra de los Césares, esto es, rechazar, en lo esterior, á los invasores, y establecer en lo interior la unidad de gobierno.

Indole del imperio.—Los contemporáneos no vieron en la ceremonia de la coronacion de Carlomagno más que una renovacion del imperio de Occidente; pero se hallaba una especie de vaticinio en estos versos, inspirados por otra idea á un analista del Bajo Imperio: *De esta suerte quedó roto el vínculo que unia á dos ciudades soberanas: así la espada separó á la hija de la madre, á la moderna Roma llena de juventud y de belleza, de Roma la antigua decrépita y cubierta de arrugas.* Con efecto, la civilizacion antigua quedaba separada entonces de la civilizacion venidera: aquella representada por los degenerados emperadores de Bizancio; ésta guiada por el pontífice que se ponia á su cabe-

(10) Entonces empezaba el año en Navidad: por eso se dijo que la coronacion habia tenido lugar el año 800; pero, segun el cómputo moderno, fué el 799.

za, confiriendo al rey franco el poder temporal supremo. *Si toda autoridad emana de Dios,* ningun otro más que el jefe visible de la Iglesia podia ser considerado como inmediatamente investido del poder supremo: hallábase, pues, virtualmente constituido jefe de la humanidad entera, reunida en la Iglesia universal. Pero se decia que este poder dado por el cielo al pontífice, constaba de dos naturalezas, una temporal y otra espiritual: y así como se confiere una porcion de esta última á los obispos, quienes la ejercen bajo su dependencia, confia la autoridad temporal al emperador, consagrado por él para ejercerla bajo la dependencia y la direccion del papa como jefe visible de la cristiandad en los intereses temporales. De consiguiente, son inseparables ambas potestades, debiendo servir la una de apoyo á la otra: seria imposible que se destruyeran, atendida la diversa esencia de su jurisdiccion.

Naturalmente, entre estas dos potestades predomina la potestad pontifical, fallando como árbitra sobre las disensiones de los príncipes, ora entre ellos, ora con sus pueblos. Pensamiento admirable que precedió por el mismo hecho á las utopias de un filósofo más humano que práctico, y que podia llevar á las matanzas de las guerras el remedio que se pide actualmente al antagonismo de la diplomacia.

No siendo el emperador solamente jefe del imperio, sino de la Italia y de toda la cristiandad, la razon exigió dirigirse al pontífice para que diera á la eleccion su aprobacion y consentimiento. El elegido juraba en manos del clero observar las reglas de la justicia y las leyes positivas, y como éste era, digámoslo así, el pacto, cuando lo violaban los emperadores, y especialmente cuando atentaban contra la fe de que debian ser defensores, perdian todo título á la obediencia. Esto es lo que se debe tener presente, si se quiere comprender la historia de la Edad Media, y conocer la causa de actos que vistos bajo otro aspecto, han parecido usurpaciones y arbitrariedades.

A su vez el emperador, como administrador temporal de la cristiandad, ejercia la supremacia sobre todos los reinos, y sobre la misma Roma, que recuperaba su primer lustre como capital del mundo. Quizá trasmitió entonces su título de patricio al papa, quien, no pudiendo hacer á Roma capital y casi sede del imperio, sin alzar á su lado un poder que hubiera disminuido el suyo, y sin subordinar su jurisdiccion temporal á la del rey de los francos, pospuso los intereses de su propia dominacion á lo que creyó que redundaba en ventaja de la cristiandad entera. Pero ¿es de suponer, que obrando libremente quisiera imponerse de buena voluntad un soberano? (11).

(11) Champollion Figeac halló en 1836, en la Biblioteca Real de Paris, una carta de Carlomagno al papa Adriano, de la cual aparece la manera respetuosa con que el emperador trataba al pontífice. Dice así:

Si posteriormente tuvo tanto que padecer Italia á consecuencia de la intervencion continua de los Césares en sus vicisitudes, elemento heterogéneo que embarazó su marcha y acabó por producir su caida, no creemos, y nos fundamos para ello en las causas alegadas en otro lugar, que se deba acusar á los papas ni á la institucion del imperio, al paso que nadie puede poner en duda que la concurrencia de los septentrionales á este santuario del saber y de las instituciones sociales, contribuyó poderosamente á que se despojaran los bárbaros de su nativa rudeza. ¿Era Italia una víctima necesaria para la prosperidad de Europa? ¿Era la Ifigenia, cuyo sacrificio debia augurar la espedicion contra Troya? A lo menos soporten sus hijos decorosamente su desgracia, y no la insulten los que se han aprovechado de ella.

Entonces se convertia la cristiandad en una vasta monarquia, venerando los príncipes como su superior á Carlomagno, y tratando con él los infieles como con el jefe de los creyentes. Pero este jefe era electivo, es decir, de confianza, y podia subsistir bajo su supremacia cualquiera clase de gobierno, hasta la república más libre. Semejante unidad no era, pues, de ningun modo el imperio universal soñado sucesivamente por Cárlos Quinto, Luis XIV y Napoleon, obligando á todas las naciones á obedecer á una sola voluntad, á sujetarse á leyes hechas para otras costumbres que las suyas, sacrificándolas al interés de un solo pais. Habia allí influencia y no dominacion; no

I. *Salutat vos dominus noster filius vester Carolus, et filia vestra domina nostra Fastrada, filii et filiæ domini nostri, simul et omnis domus sua.* II. *Salutant vos cuncti sacerdotes, episcopi et abbates, atque omnis congregatio illorum in Dei servitio constituta, etiam et universus generalis populus Francorum.* III. *Gratias agit vobis dominus noster filius vester, quia dignati fuistis illi mandare, per decorabiles missos et melliflua epistola vestra, de vestra á Deo conservata sanitate, quia tunc illi gaudium et salus ac prosperitas esse cernitur, quando de vestra sanitate vel* POPULI VESTRI *salute audire et certas esse meruerit.* IV. *Similiter multas vobis agit gratias dominus noster filius vester, de sacris sanctis orationibus vestris, quibus adsidue pro illo et fidelibus sanctæ Ecclesiæ et vestris atque suis decertatis, non solum pro vivis, sed etiam pro defunctis: et si domino placuerit vestrum bonum certamen dominus noster filius vester cum omni bonitate in omnibus retribuere desiderat.* V. *Mandavit vobis filius vester, dominus videlicet noster quia Deo gratias et vestras sanctas orationes, cum illo et filia vestra ejus conjuge et prole sibi a Deo datis, vel omni domo sua, sive cum omnibus fidelibus suis, prospera esse videntur.* VI. *Postea vero danda est epistola dicentibus hoc modo: presentem epistolam misit vobis dominus noster filius vester postulando scilicet* SANCTITATI *vestre ut* ALMITAS *vestra amando eam recipiat.* VII. *Deinde dicendum est: Misit vobis nunc dominus noster filius vester talia munera qualia in Saxonia preparare potuit, et cuando placet* SANCTITATI *vestræ oendamus ea.* VIII. *Deinde dicendum erit: Dominus noster filius vester hæc parva munuscula paternitati vestræ destinavit, inducias postulans interim dum meliora sanctitati vestre preparare potuerit.* IX. *Deinde...* (falta el resto.)

quedaba destruida la individualidad de las naciones, sino que se ponian acordes sus civilizaciones diversas, y las instituciones de cada una de ellas eran respetadas por hallarse fundadas en el carácter, en los usos, en la historia. El título de *sacro imperio*, prueba de que este poder aspiraba á una superioridad moral, á amoldar la sociedad seglar con arreglo al modelo de la gerarquia eclesiástica; á introducir un órden legal en la desunion que reinaba entre los pueblos, una paz y una reconciliacion de éstos bajo la ley que era tambien la intencion de los pontífices.

Además, la preeminencia del emperador sobre los reyes, debia resultar de que esta dignidad no era hereditaria ni divisible, lo cual hizo que los pontífices sustentaran repetidas luchas para asegurar á los pueblos la libre eleccion del comun jefe, á fin de no abandonarla al acaso del nacimiento.

Carlomagno legitimó la dominacion de los bárbaros adhiriéndoles al territorio, y cuando hubo un emperador de Occidente, cesaron de ser considerados como usurpadores de los derechos del emperador de Oriente como se les consideraba antes. El advenimiento de un rey bárbaro al trono de los Césares, les asoció á la nacion romana, atendido que vencedores y vencidos no tuvieron ya más que un solo jefe. Desde entonces pudo decirse que el sistema feudal recibió su organizacion, esto es, aquella escala de poderes, superiores unos á otros, hasta el más elevado é indivisible, que tambien emanaba de Dios, única fuente de toda autoridad, y del pontífice, su representante.

La Iglesia se habia emancipado del gobierno de la antigua Roma que la habia tenido bajo su dependencia, como solia hacerlo con la religion nacional; pero entre los antiguos germanos los derechos y las funciones eclesiásticas estaban mezcladas con el poder civil, de modo que aun después de convertidos, se encuentra entre ellos una confusion de las cosas sagradas y las profanas; los obispos tomaban parte, como los duques y los condes, en los consejos del reino; duques, condes y reyes asistian á los concilios eclesiásticos, enlazándose el cristianismo con la nacionalidad, el Estado con la Iglesia. Carlomagno trató de conducir el sacerdocio y la nobleza á su destino primitivo; señaló, al efecto, en lo posible, los límites respectivos de lo eclesiástico y lo civil; en el consejo del Imperio separó la alta nobleza y el clero en dos cámaras, formando de este modo un estado distinto, en parte ligado á la nobleza, y en parte separado de ella, obrando unas veces de acuerdo con este cuerpo y otras por sí solo.

La nobleza feudal, sosten é instrumento del poder de los reyes, ocasionó frecuentes peligros á éstos; de modo, que les era necesario buscar un contrapeso. No existian aun los municipios, al paso que la nobleza encerraba en sí toda la fuerza del Estado; el desarrollo intelectual se encontraba por completo en el cuerpo eclesiástico, custodio de la antigua civilizacion romana y cristiana, y tan favorable á ésta como la nobleza á los príncipes germanos; esta última, como fuerza del Estado, pertenecia al gobierno particular de la nacion; y así, si se queria formar una república europea, era preciso agregar en cada Estado al poder nacional de la nobleza, otro influyente en la asamblea general de las naciones cristianas y á propósito para mantener la union universal.

Carlomagno fundó, pues, la constitucion del Estado en estas dos clases. Sus instituciones tendian evidentemente á afirmar el poder real; pero respetó los derechos de la nobleza, y comprendió que la elevacion del clero era una necesidad de su época. Los espíritus esforzados, exentos de envidia, no piensan jamás en engrandecerse debilitando lo que les rodea, sino en difundir la vida y el libre vigor. La educacion de las naciones fué siempre uno de los objetos más importantes de la vocacion eclesiástica; y para efectuarla se necesitaba tener poder, influencia, riquezas. Las riquezas entonces consistian principalmente en bienes raices; y esta circunstancia enlazaba al clero mucho más con el gobierno germánico, cuyo fundamento era la propiedad territorial. Desde que los obispos adquirieron tan grande influencia, su jefe entró en relaciones con los Estados, que sin ser esenciales á su vocacion eclesiástica, tampoco se hallaba en contradiccion con ella.

La idea del imperio, cual la concebia la Edad Media, era, pues, moral y política, grande é importante; y seria injusto imputar á Cárlos y á Leon los males que de ella resultaron, cuando la unidad conbinada á la sazon se convirtió en una discordia, perjudicial á entrambos, y que sin embargo fué provechosa para la humanidad.

Si la mision de la segunda dinastia francesa fué combatir el paganismo y el islamismo, como la de la primera habia sido vencer al arriamismo, esta nueva constitucion del Estado se diferenciaba totalmente de las ideas de los gentiles y de las ideas mahometanas, que depositaban el poder temporal y el espiritual en una misma mano, esto es, la justicia y la razon donde estaba la fuerza, mientras que los cristianos las colocaron donde estaba el sacrificio, por cuya razon aquellos proclamaron el fatalismo, y los cristianos la gracia. El sacro romano imperio habia conservado y reunido lo que tenian de comun los pueblos de Europa: Dios, la fe, la ley, el derecho eclesiástico, la lengua latina, estableciendo una reciprocidad de accion entre el Norte y el Sud, saludable á entrambos, y que, á modo de una corriente eléctrica entre dos polos inversos, producia una vida enérgica, tomando de un lado la excitacion y del otro la moderacion.

De este modo el imperio cristiano viene á ser el segundo elemento de la historia moderna. Precisamente porque es cristiano se funda en la justicia, y hace imposible la tirania de un déspota ó de una faccion, sin que se reniegue de la voz del

pastor y de la comunion de los fieles: en vez de sostenerse por medio de los complicados contrapesos de una constitucion política, descansa la autoridad sobre el carácter personal y adopta por guia el amor más bien que el derecho estricto. De donde resulta que el poder de los emperadores era enteramente popular y estaba fundado en la opinion, no en las posesiones; tanto, que Federico Barbaroja, cuyo patrimonio, muestra Francisco II, que lo tenia muy vasto, dejó caer de sus manos el imperio cuando ya no se tenia fe en su grandeza y dignidad. Cuando Napoleon quiso levantar sobre las ruinas de la república una dominacion que no podia ser legítima más que por la eleccion popular, recurrió á ella evocando el fantasma de Carlomagno, para lo cual se hizo consagrar por el papa y mandó llevar ante sí la corona, la espada y el cetro del hjjo de Pepino.

Carlomagno merece, pues, la gratitud de la posteridad como fundador de la constitucion que hasta nuestros dias ha unido á la Europa Central, más bien que merece gloria por sus conquistas.

Este imperio, en el sentido cristiano de union religiosa de todos los pueblos del Occidente, producia el íntimo acuerdo de la fuerza con el derecho; creaba una legitimidad sagrada, efectuando en el órden de las cosas temporales la unidad existente en el órden de las espirituales, y facilitando como en una sola familia, la difusion de las mejoras en la vida y en el pensamiento. Los príncipes más poderosos de Europa, se emplearon en obtener la coronacion que conferia este derecho supremo, lo cual fué causa de civilizacion y movimiento. Por su parte, los papas como tutores de las testas coronadas, á la par que depositarios de su juramento y del voto de los pueblos, prestaban su apoyo á los barones, á los príncipes eclesiásticos, á los concejos, para que opusieran barreras á las usurpaciones de los emperadores, favoreciendo así la libertad política que debia acabar por volverse contra ellos mismos.

CAPÍTULO XVII

CARLOMAGNO LEGISLADOR.

Gobierno.—Cárlos quiso afirmar su nuevo carácter aun más que con el título y las ceremonias, con introducir unidad en la administracion, en virtud de la cual, como acontecia entre los romanos, estuviese el rey presente en todas partes, lo supiese todo, lo hiciese todo valiéndose de comisionados, condes ú obispos, cuya autoridad se derivase de la suya y fuese ejercida á su gusto. Dificilísima empresa en medio de los contrarios elementos que componian aquel cuerpo tan vasto.

Desde luego se oponian á la unidad de la administracion las ideas germánicas, por las cuales se asociaban á la propiedad los derechos soberanos. El rey franco no era más que el jefe de un cuerpo libre de compañeros, que poco á poco fueron convirtiéndose en señores hereditarios de los beneficios, y que pudieron hasta derribar una dinastia para sustituir en su lugar esta otra, que lo debia todo á ellos y que sin su brazo nada podia. Cárlos, pues, los respetó; pero por una parte disminuyó las posesiones, y por otra, no contento con la fidelidad que le habian jurado los poseedores de alodios y beneficios, soberano cada uno en su dominio, exigió juramento á todos los hombres libres, como solo y verdadero soberano que era, y entonces más sagrado á causa de la uncion obtenida. Queria asegurar así á los hombres libres de órden inferior toda clase de apoyos, á fin de que no los absorbiesen los grandes vasallos, y tener separados los feudos de los alodios: barrera opuesta al disolvente feudalismo, pero que se quebró entre las débiles manos de sus sucesores.

El reino.—Aun continuaba electivo el reino de los francos, annque la eleccion se habia limitado á la familia de Pepino. Revestido el rey con la autoridad suprema mandaba los ejércitos, convocaba las asambleas, daba leyes, juzgaba las causas mayores, y aun las demás, por apelacion de los tribunales inferiores; acuñaba moneda, conferia beneficios seculares, nombraba duques y condes, enviaba comisionados, instituia los obispos electos. Es difícil decir cuáles eran los límites que ponia al rey la eleccion, pues á las cosas nuevas se conservaban los nombres antiguos; y Cárlos habla unas veces de señor, otras de príncipe libremente elegido, que ruega á sus subordinados obedezcan el poder de que le han constituido depositario; y así los fieles, ya hablan como súbditos, ya reclaman como señores libres. En una palabra, no existia público freno, y todo dependia de las cualidades personales del principe que ocupaba el trono.

La capital.—Carlomagno no tuvo ninguna residencia fija, aunque solia detenerse con preferencia en Aquisgram, porque se encontraba allí más cerca de los sajones. Ninguno de sus sucesores residió en Paris tampoco.

La corte.—Aunque comunmente sencillísimo en su traje, quiso rodearse de todo el boato desplegado por el antiguo imperio y por la Iglesia. El apocrisario ó gran limosnero y el conde del palacio, se hallaban al frente de la doble gerarquia eclesiástica y civil. Del primero dependia el clero adicto á palacio, y todo lo concerniente á la religion y al órden eclesiástico, á las contestaciones de los capítulos y de los monasterios, y á cualquiera reclamacion hecha al príncipe respecto de asuntos de la Iglesia.

La principal atribucion del conde palatino era fallar sobre los negocios sometidos al rey, como juzgar en apelacion, interpretar, suplir ó conciliar las leyes, para lo cual debia recurrir á veces al consejo del príncipe. Tenia á sus órdenes al canciller, que fué posteriormente encargado del sello y del despacho de los actos emanados de la corona. El chambelan tenia á su cargo la custodia de

los ornamentos reales, dirigia el ceremonial de la corte, recibia los donativos hechos al rey por los vasallos y los embajadores (1). El senescal, y á sus órdenes el copero y el condestable, proveian á las necesidades de la real casa, á los suministros y á los trasportes en los viajes. Un prefecto de la caza, cuatro cazadores de pájaros y un halconero atestiguaban el nuevo género de placeres introducidos por los septentrionales.

Division.—Viendo Cárlos que sus inmensos Estados no podrian pasar por completo á su posteridad, pensó en segregar de ellos las porciones que habian sido recientemente reunidas, y conservando en su integridad la Francia, en atribuir á sus hijos más jóvenes, la Lombardia y la Aquitania. Procedió así por su propia autoridad sin consultar á la asamblea nacional, como si las conquistas de la familia reinante no hubieran sido de su competencia. Quizá pensaba tambien que acostumbrada la Lombardia y la Aquitania, aquella á sus duques particulares y ésta á la independencia, rechazarian menos un yugo que les dejara una existencia propia, mientras que no se destruia la unidad del imperio, porque estos príncipes no debian ser más que lugartenientes suyos (2), enviados á educarse en medio de los pueblos que debian gobernar un dia.

Teniendo la Aquitania gran necesidad de reponerse de los males de una desastrosa guerra, dió por tutores al jóven rey á San Guillermo de Tolosa y á San Benito de Aniano; ambos deseaban el bien y eran capaces de hacerle. Ocupándose el primero de sus cuidados seculares, mantuvo la paz en lo interior y supo repeler á los sarracenos: el otro restauró los monasterios derribados durante la guerra: fundó en Aniano una órden religiosa que en el fondo era una reforma de la del monte Casino, aproximada á la rigidez de Basilio y de Pacomio, y que vino á ser un centro de industria y de agricultura. Plantó viñedos, olivares; trajo agua para el riego de los jardines, y abrió un camino por medio de escarpados montes.

Administracion.—La inmensa estension del imperio hacia imposibles las asambleas nacionales; pero exigiendo ciertos negocios el sufragio público, Carlomagno instituyó reuniones parciales. Para este efecto la Aquitania, y los reinos de Ostria, Neustria, Borgoña, Italia, fueron divididos cada uno en muchas legaciones (*missatica*), y cada una de estas en condados, correspondientes con frecuencia á la division eclesiástica.

A fin de obtener uniformidad y hacer convergentes las fuerzas hácia el centro, no nombró más mayordomos y destruyó el poder de los duques instituyendo los condes; de tal manera, que al fin de su reinado no se halló más ducado que el de Benevento, y aun éste subsistió á viva fuerza.

Condes.—Conservaron los condes los mismos poderes públicos que bajo los Merovingios; jefes militares y civiles de su distrito, su estension formaba la única distincion que existia entre ellos. La preeminencia de los margraves ó condes de la frontera, provenia únicamente de las fuerzas más considerables que reclamaba su posicion (3).

El cargo de conde, que no era hereditario, y algunas veces ni aun vitalicio, obligaba á lá fidelidad respecto del rey, á administrar justicia á los súbditos con arreglo al tenor de las leyes y de las costumbres, á castigar á las malhechores, á protejer á las viudas y á los huérfanos, á percibir las contribuciones debidas al fisco. No tenian jurisdiccion directa más que sobre la ciudad de su residencia; presidian los litigios de los hombres libres y de los regidores, dirigiendo los procedimientos y recogiendo los votos de éstos; esponian el hecho en discusion, y las pruebas indicaban los términos de la ley seguida por las partes y establecian la cuestion que debian resolver los jueces; luego, segun la decision de estos, pronunciaban la sentencia y la mandaban ejecutar. Llenaban, pues, las funciones del ministerio público y del presidente; pero el juicio quedaba á los regidores, elegidos por el pueblo entre los propietarios del pais, francos ó romanos, equivalentes á los decuriones de los antiguos municipios. En caso de ser indignos eran depuestos por el conde (4).

Jurisdiccion.—La jurisdiccion estaba muy fraccionada, pues se puede decir que en las instituciones germánicas cada empleado público tenia una partícula, hasta los intendentes de los bienes reales. En las ciudades y en las aldeas habia vicarios; en los campos, centenarios y *decanos* en mayor ó menor número; pero cuando se trataba de la libertad y de la propiedad de los ciudadanos, la sentencia se reservaba al conde. La apelacion podia hacerse, segun las causas y las personas, ya á la

---

(1) Seguimos especialmente á DES MICHELS, GUIZOT, é *Hincmari epistola de ordine palatii*, en BOUQUET, IX, 264.

(2) En una carta del año 807 dirigida á Pepino, se titula todavia Carlomagno rey de los longobardos, y le envia sus órdenes. BOUQUET, V, 269.—Un diploma del año 795 demuestra que las donaciones de Luis debian ser confirmadas por su padre.

(3) Estos marquesados eran en número de nueve: dos contra los ávares, la marca del Friul y del Austria; tres contra los eslavos, hácia la Bohemia, en la Turingia y en la Sajonia meridional; uno contra los daneses en la Sajonia septentrional; uno contra los bretones; uno contra los árabes, y la marca de Barcelona en España.

(4) *Scabinei boni et veraces et mansueti cum comite et populo eligantur et constituantur.* Capit. de 809, art. 22. *Missi nostri, ubicumque malos scabineos inveniunt, ejiciant et totius populis consensu in locum eorum bonos eligant.* Capit. de 829, art. 2. *Sicut in capitulis avi et patris nostri continetur, missi nostri, ubi boni scabinei non sunt, bonos scabineos mittant, et ubicumque malos inveniunt, ejiciant, et totius populi consensu, in locum eorum bonos eligant.* Capit. de 873, art. 9.

córte del conde palatino, para los menos importantes, ya al rey ó ya á su consejo. En fin, los más graves se sometian á la asamblea general.

Ya los últimos emperadores romanos habian adoptado el uso de enviar agentes (*agentes in rebus*) á los paises lejanos. Los Merovingios obraron á veces del mismo modo. Pero Carlomagno, queriendo que la autoridad real estuviese presente en todas partes, dió á los enviados del trono (*missi regii*) más regularidad, importancia y generalidad. Designaba comunmente dos por provincia, entre los obispos y los abades, los condes y los duques (*missi majores*), para que acompañados de otros inferiores (*missi minores*), ejerciesen la suprema inspeccion de la administracion pública (5). Su principal mision tenia por objeto hacer justicia, procurar que la administrasen los empleados públicos, condes, abogados, centenarios, regidores, y hacer justicia á las quejas que se diesen contra estos. Recorrian al efecto cuatro veces al año su *missatica*, convocando á los litigios á los obispos, á los abades, á los condes de aquella legacion, á los abogados, eclesiásticos, vasallos y centenarios con algunos regidores y hombres buenos (6).

Asambleas provinciales.—En aquellas asambleas provinciales se examinaban primeramente los asuntos eclesiásticos, después la conducta de los empleados públicos, enseguida los demás asuntos. Las sentencias de las curias ó tribunales inferiores se revisaban allí, por si se habia faltado á la justicia. Se revisaba tambien la administracion de los beneficios y de las casas de campo reales, y se recibia el juramento de los jóvenes ciudadanos. Allí se publicaban las nuevas leyes ú ordenanzas, y se proponian las mejoras ó reformas que hubiese que hacer en bien del pais, para que fuesen referidas al rey por sus comisionados. Como en las antiguas asambleas de la Germania, los delegados reales ó los condes proponian, y el pueblo nombraba á los vizcondes, abogados, regidores, escultetos y notarios. Todo propietario podia presentarse en las asambleas: lo que hubiera sido un escelente remedio contra la ambicion de los leudos, si la acumulacion de riquezas en manos de un pequeño número, disminuyendo la importancia de los hombres libres, no hubiese permitido á un gentil hombre venir á representar él solo una multitud de desposeidos.

Condicion de las personas.—La clase de los nobles se componia de los grandes del imperio, eclesiásticos ó seculares, poseedores de los alodios de más estension. Seguia la segunda clase de los pequeños propietarios libres; y en la tercera se encontraban los libertos, que, hasta la cuarta generacion, no gozaban de la plenitud de los derechos civiles, y debian á sus antiguos señores prestaciones y servicios. Los esclavos quedaban sin derechos civiles, pero no sin libertad individual. Asemejábanse á ellos los *litos*, que tenian una posesion con el solo gravámen de un censo y de algunos servicios; los *lasos* que trabajaban para su señor, pero que conservaban sus economias; los *colonos* ó campesinos, pegados unos y otros al terruño, pero con diferentes condiciones. Carlomagno dió á Alcuino una abadia en que se contaban veinte mil siervos.

Esclavos.—El tráfico de esclavos, impiedad muy comun entre los antiguos, no era, pues, desconocido á los germanos y á los longobardos; pero los venecianos fueron los que principalmente se entregaron á esta nefanda ganancia, entablando relaciones con los sarracenos de Africa, y vendiéndoles esclavos traidos del Norte, especialmente eunucos; á veces, hasta robaban hijos libres para mutilarlos, y dos magistrados de Rávena abusaron del poder judicial, hasta el extremo de vender los huérfanos y las viudas, cuya tutela les habia sido encargada (7). Estos hechos indignos se verificaban en las tierras imperiales, no obstante la reprobacion de los papas; y habiendo comprado los mercaderes venecianos en el territorio romano una partida de esclavos, el papa Zacarias no pudo redimirlos sino á costa de dinero. Los reyes Rotaris y Liutprando equipararon semejante tráfico al homicidio (8); pero sus medidas produjeron poco efecto, hasta que Carlomagno decidió que nadie pudiera entregarse al comercio de esclavos sino con el beneplácito provincial, hallándose presentes el conde ó los delegados reales; se impuso pena capital á todo el que los vendiese á extranjeros ó que mutilase á un hombre (9). Con iguales castigos conminaron Arigiso, duque de Benevento, y Sicardo á los que cometiesen tales crímenes; pero siendo estos medios poco eficaces, Cárlos expulsó de sus provincias y del territorio del papa, á todos los mercaderes venecianos (10).

Dieta.—En lugar de espantarse Carlomagno de las franquicias del pueblo, sabia por su actividad

---

(5) La racion de un delegado real consistia comunmente en cuarenta panes, dos jamones, un lechoncillo ó un cordero, cuatro pollos, veinte huevos, nueve pintas de vino, dos medidas de cerveza, dos modios de trigo. *Cap.* del 829.

(6) Ermoldo Nigelo canta las comisiones que Luis el Piadoso da á sus enviados.

Nunc, nunc, ó missi, certis insistite rebus,
Atque per imperium currite rite meum:
Canonicumque gregem, sexumque probate virilem,
Femineum nec non, quæ pia castra colunt.
Qualis vita, decor qualis doctrina, modusque;
Quantaque religio, quod pietatis opus;
Pastorique gregem quæ convenientia jungat,
Ut grex pastorem diligat, ipse ut oves.
Si tibi claustra, domos, potum, tegimenque cibumque.
Prælati tribuant tempore sive loco.

(7) FANTUZZI, *Monum. ravenn.*, V, dip. 19.

(8) ROT., ley 222.—LIUT. leg. V, 19.

(9) CARLOMAGNO, ley V, 72, 73, 82.

(10) *Cod. Carol.*, ep. 84.—*Capitul. Mantuanum* del año 781, c. 7.—*Capitul. Long.* del año 802, c. 18.—*Capital Arichis*, c. 13.

convertirlas en medio de gobierno. Convocaba frecuentemente asambleas generales (se mencionan treinta y una desde 770 á 813); tal vez habia dos al año, una en otoño, en la que se discutian con solo la asistencia de los fieles los asuntos difíciles, se arreglaban los litigios, y se preparaban las materias de que habia que tratar en la otra, más solemne, que se abria en mayo, y correspondia á los antiguos campamentos. Pero si éstos al principio eran una revista general del ejército y una dieta del imperio, donde cada individuo del comun de los conquistadores tenia igual voz, y la mayoria pronunciaba un voto decisivo, la extension progresiva impidió semejante reunion, y la hicieron imprudente las diferencias de ideas y de costumbres. Por tanto, la dieta fué totalmente separada de la revista, aunque se celebraban en un sitio y tiempo mismos.

No se sabe á punto fijo quienes tenian el derecho de intervenir en la dieta; pues que las voces *todos* y *pueblo* son vagas. Probablemente estaba formada, como al principio, del comun de los conquistadores á que pertenecian, además de los príncipes de la Iglesia, todos los verdaderos francos, y tambien los individuos de los pueblos reunidos que habian pactado tener iguales derechos y deberes. Se veian, pues, allí los antiguos leudos y fieles del rey, los vasallos inmediatos y los empleados públicos. Respecto de los antiguos hombres libres de Germania, que conservaban las propiedades puras, y no querian confundirlas con la gran propiedad comun de los conquistadores para recibirlas después á título de beneficios ó de feudos, algunos fueron quizá convocados con objeto de atraérselos, pues que estaban obligados tambien á militar, pero á gusto del rey, y no en virtud de un derecho. No debian tenerse en cuenta los pequeños poseedores de alodios, aunque estaban sometidos al heriban. A estos *seniori* acompañaban asimismo, como escolta ó simplemente por honor, los *juniori*, multitud inferior en grado, que no tomaba parte en las deliberaciones; pero el rey los veia, los interrogaba, y trabajaba á fin de conciliarse su favor. Los eclesiásticos decidian aparte sus negocios, y lo mismo los seglares; pero lo que una cámara determinaba, se llevaba á la otra para que le diese su aprobacion; y en los asuntos de naturaleza mixta se reunian con el objeto de tomar acuerdo (11). Los Estados del imperio eran consultados tambien distintamente acerca de los asuntos de sus respectivos paises; y cada individuo, al despedirse, recibia el encargo de informarse de sus compatriotas y de los forasteros, de los amigos y de los enemigos sobre cuanto concernia al imperio (12).

Pero si en un principio, todo hombre libre y propietario de un alodio tenia derecho de asistir á aquellas reuniones, cuando el imperio adquirió más estension les fué difícil á todos, é imposible á muchos atravesar los Alpes y los Pirineos para acudir al Rhin y al Mosa. Pronto no se presentaron ya sino los grandes vasallos de la corona, es decir, los señores seglares y los prelados, los condes y los magistrados; á ellos, pues, es á quienes se debe entender cuando se habla del pueblo que allí intervenia y que aprobaba repitiendo tres veces *placet*. No vemos, en efecto, que la muchedumbre estuviese allí representada de otra manera que por los obispos, que eran los elegidos del pueblo, y por los regidores, de los cuales cada conde debia llevar consigo doce (13).

Adalardo, abad de Corbia, primo hermano de Carlomagno, habia expuesto en un tratado titulado *De ordine palatii*, el gobierno interior en tiempo de aquel emperador, y sobre todo el de las asambleas generales. Este tratado se ha perdido; pero Hincmar, arzobispo de Reims, le ha reproducido en parte en una instruccion escrita á pedimento de algunos grandes del reino que habian recurrido á sus consejos. Se lee en ella: «Era el uso de aquel tiempo celebrar cada año dos asambleas; y porque ellas no pareciesen convocadas sin motivo (*ne quasi sine causa convocari viderentur*), se sometian al exámen y á la deliberacion de los grandes, segun las órdenes del rey, los artículos de ley que habia él mismo redactado por la inspiracion de Dios, y cuya necesidad le habia sido demostrada en el intérvalo de las reuniones.»

Parece resultar de aquí que las asambleas no eran sino una simple formalidad; que sus miembros consideraban como una carga, y que Carlomagno esponia allí las Capitulares que habia establecido, pero solo como notificacion, y para que no apareciese que las convocaciones se habian hecho sin motivo. La iniciativa procedia, pues, del emperador; y sin embargo, es probable que los asistentes podian proponer lo que consideraban oportuno y pedir la derogacion de lo que les desagradaba.

Continua el prelado diciendo que después de aquellas comunicaciones, se discutian las leyes segun su importancia, hasta que, vistas las deliberaciones de la asamblea, el príncipe decidia, *segun la sabiduria que habia recibido de Dios*. La dieta no era, pues, sino un consejo y nada más, aunque las fórmulas empleadas para la publicacion de las leyes, hacen creer que la aprobacion del pueblo y de los grandes era necesaria para su validez (14),

(11) HINCMAR, c. 29.
(12) Id., c. 36.

(13) *Vult D. imperator* (Luis el Benigno) *ut in tale placitum... veniat unusquisque comes, et adducat secum duodecim scabinos, si tanti fuerint; sin autem de melioribus illius comitatus suppleat numerum duodenarium; et advocati tam episcoporum quam abbatum et abatissarum cum eis veniant.* Capit. add. ad. leg. Salic., an. 819, cap. 2.

(14) *Karolus imperator Augustus, á Deo coronatus, cum episcopis, abbatibus, comitibus, ducibus, omnibusque fidelibus cum consensu consilioque eorum constituit....* Capit. de 813

como tambien para disponer el armamento general de los hombres libres. Lo mismo acontecia en la decision de los asuntos importantes, y sobre todo para el caso de alta traicion, segun las instituciones germánicas. Cuando era aceptada una ley, el canciller remitia copia á los comisionados reales y á los arzobispos, para que fuese publicado por ellos en las asambleas provinciales.

Las reuniones se celebraban al aire libre si el tiempo no lo impedia, de lo contrario en grandes edificios, donde los que tenian voz se colocaban separadamente de la muchedumbre. Entretanto recibia el emperador los dones que se le traian conforme á un uso muy antiguo; saludaba á las personas de más consideracion, discurria con aquellos que no veia en otras ocasiones, intervenia en las comisiones particulares á que se deseaba su asistencia, hablando como de igual á igual sobre las proposiciones, que eran discutidas tanto tiempo como se queria, hallándose separados los seglares de los eclesiásticos. Cárlos se aprovechaba principalmente de las asambleas para adquirir conocimiento de los paises de que cada uno procedia, y saber si el pueblo estaba mal dispuesto é inquieto, y por qué, cómo se portaban los magistrados, cuál era la naturaleza de los paises comarcanos.

No tenian, pues, entonces las asambleas nada de comun con las cámaras legislativas de nuestros tiempos. Se reunian dónde y cuándo querian los monarcas, discutian las proposiciones que les sometian, esperaban de él la sancion; de modo, que él, alma de todo, se servia de ellos como de un medio de gobierno eficaz para adquirir noticias, trasmitir órdenes, comprometer á los señores á sostener leyes emanadas de ellos, al menos en la apariencia.

De consiguiente, eran muy distintos los puntos que se trataban en una dieta. Citaremos como un ejemplo la que se celebró el año de 779 en Heristal, donde se hicieron muchas leyes y decretos, aun concernientes al clero, á la administracion de la Iglesia y á los monjes, y se aseguró, sobre todo, á las iglesias el diezmo de todos los bienes de los seglares: tambien se restringió el derecho de dar asilo á los malhechores, disponiendo que fuesen entregados los homicidas y los que merecieran pena capital. Se confió á los condes una jurisdiccion legal, y debian ser obligados por los comisionados del rey, lo mismo que los vasallos, á observar la justicia. Se prohibieron las guerras entre particulares, previniéndolas por medio de compensaciones pecuniarias. El perjuro á quien se convenciera de su delito con el juicio de Dios y con la prueba de la cruz, debia perder la mano, los bandoleros un ojo, la nariz ó la vida. Se prohibió establecer nuevos peajes; se conservaron las asociaciones de beneficencia y de seguros contra naufragios é incendios; pero no se permitieron las sociedades juradas; se mandó que los esclavos no fuesen vendidos sino en presencia del obispo, del conde y del centenario, ó cuando menos de testigos irreprensibles. Nadie podia vender esclavos fuera de la marca, so pena de pagar el guidrigildo tantas veces como esclavos habia vendido. Mas que de otra cosa trataban de las relaciones de la Iglesia; lo que indica quizá que los obispos que asistian á las asambleas donde se discutian estas disposiciones legales, tomaban nota de lo que más les importaba, y en consecuencia se cuidaban más del sentido que de las expresiones de la ley.

Capitulares.—De este concurso de señores y eclesiásticos con el emperador, salieron las leyes conocidas con el nombre de *Capitulares*, porque están divididas en capítulos (15). Erraria el que asimilase las Capitulares á un código cualquiera hecho para regir una nacion bárbara ó civilizada. Designánse bajo este nombre génerico, las antiguas leyes revisadas, y las que han sido hechas ya por los sínodos eclesiásticos, ya por solos los seglares, y en fin, por el emperador; algunos estractos de estas últimas, promulgados por lugares y en casos particulares; las actas de los concilios; los fragmentos de jurisprudencia canónica; juicios y decretos sobre casos especiales (16), que después pudieron servir como regla de derecho. Algunas Capitulares no son sino simples instrucciones dadas por Carlomagno á sus comisionados

---

Cárlos el Calvo dice: *Lex fit consensu populi et constitutione regis.* Edict. pistense, an. 854, cap. 6.

El Poeta sajon dice (*Annal.*, lib. II, 786).

Magni decreto Caroli, sacrique senatus,
Missus in occiduas exercitus exiit oras
Subdere Britones.

(15) Las Capitulares promulgadas por los Carlovingios son en número de ciento cuarenta y seis, á saber: cinco de Pepino el Breve, sesenta y cinco de Carlomagno, veinte de Luis el Pio, cincuenta y dos de Cárlos el Calvo, tres de Luis el Tartamudo, de Carloman y Cárlos el Simple, después una del rey Eudes, sin contar las que proceden de los reyes de Germania, de Lombardia y Aquitania. La primera coleccion se hizo en cuatro libros por Ansegiso, abad de Fontenelle, consejero de Carlomagno, muerto en 833; después en 842, Benito, levita de Maguncia, á peticion de Olger, su arzobispo, añadió tres libros, en los cuales colocó hasta cosas estrañas á las Capitulares; muchos pertenecientes al derecho romano, varias falsas decretales de los papas, leyes particulares á ciertos pueblos, con tal confusion, que alguno pudiera creerlas generales para todo el imperio. Hiciéronse en seguida otros suplementos, lo que hizo ascender á dos mil y ciento el número de las Capitulares. Han sido publicadas por Baluzio, al que se suele alabar por diligente, y sin embargo careció demasiado de atencion crítica.

(16) «Del hombre que se sirve de un esclavo: Este hombre mandó á su esclavo dar muerte á dos niños, uno de nueve y el otro de once años; y cuando los hubo muerto, le hizo arrojar él mismo en un foso. Se decidió que este hombre pagara un guidrigildo por el niño de nueve años, un doble por el de once, un triple por el esclavo que habia hecho asesino, además de nuestro edicto.»

en el momento en que salen para su inspeccion, ó respuestas á sus preguntas ó á las de los condes y de los obispos sobre las dificultades sobrevenidas en su administracion política; otras son simples actos políticos, como nombramientos, gracias, recomendaciones ó de administracion económica, ya pública, ya doméstica.

En tiempo de Carlomagno debieron sacarse muy pocas copias de las Capitulares; y los obispos no tuvieron una copia completa de ellas hasta el reinado de Luis el Pio: así, tanto ellos como los demás que intervenian en la dieta debian salir del paso del mejor modo posible: éste escribia una cosa, aquél otra, y habia quien lo fiaba todo á la memoria. De muchas Capitulares solo existen los títulos; además, no se conocen con certeza ni el año ni el lugar donde fueron dictadas; y muy bien pudiera ser que se atribuyesen á Cárlos las que no eran suyas, como se hizo en otros casos para asegurar á las decisiones una consideracion mayor.

Cárlos tenia tres personajes instruidos y sábios, de los cuales uno estaba siempre á su lado, para tomar nota de todo lo que se le ocurria sobre objetos de interés público (17). Es probable que no tengan otro orígen ciertas indicaciones recordatorias insertas en las Capitulares, éstas por ejemplo:

«Convendrá ordenar que los que nos trajeren caballos de regalo inscriban su nombre sobre cada caballo. Entiéndase lo mismo en cuanto á los vestidos de las abadias.

»Convendrá ordenar que donde quiera que se hallen vicarios que hagan ó permitan hacer algun daño, se les espulse y se les reemplaze con otros mejores.»

Otras eran preguntas que se proponia hacer ora á los obispos, ora á los condes en las asambleas generales; y el tono imperioso, de mal humor y de buen sentido, las hace una de las partes más curiosas de esta coleccion.

»¿Porqué acontece tanto en las fronteras como en el ejército que cuando hay que hacer algo en defensa de la patria no quiere el uno prestar apoyo al otro?

»¿De dónde emanan esos contínuos procesos, por los cuales cada cual quiere tener lo que vé poseer á su semejante?

»Preguntar con qué motivo y en qué lugares po nen los eclesiásticos obstáculos á los seglares en el ejercicio de sus funciones. Investigar y discutir hasta qué punto debe intervenir un obispo ó un abad en los asuntos seculares, y un conde ú otro seglar cualquiera en los asuntos eclesiásticos. ¿Qué debe decirse de los que bajo pretexto del amor de Dios y de los santos, trasladan reliquias de un punto á otro, consagran nuevas iglesias y exhortan con tanto calor á los fieles á que dén á éstas sus bienes.

(17) *Concil. S. Macr.e.*

»Preguntarles de un modo apremiante acerca del sentido de estas palabras del Apóstol: *El que combata en servicio de Dios, no se inquiete por las cosas del mundo*, y á quién van dirigidas.

»Preguntar á los obispos y á los abades, á fin de que nos declaren sinceramente cuál es el verdadero sentido de aquellas palabras: *Renunciar al siglo*, que emplean á menudo y en qué señal se pueden distinguir los que renuncian al siglo de los que lo siguen todavia. ¿Consiste solo en que no gastan armas ni están casados públicamente?

»Preguntar si ha renunciado al siglo el que por todos los medios trabaja constante en acrecentar sus posesiones, ora prometiendo el reino de los cielos, ora amenazando con el infierno; ó bien despojando, en nombre de Dios ó de algun santo, de sus bienes á algun hombre sencillo ú honrado, de tal manera que sus herederos legítimos queden privados de ellos, y que en su mayor parte, á causa de la miseria en que caen, se ven impelidos á toda clase de desórdenes y de delitos.»

A todo esto precede: «Recordar que el año pasado he ayunado tres dias para implorar á Dios que nos otorgara conocer en qué debíamos corregir nuestra vida, lo cual queremos hacer ahora.»

¿Cómo buscar en todo esto un sistema de legislacion completo? En efecto, lo que más se revela en aquellas leyes es el carácter del hombre que las dictó. De donde resulta ese sentimiento religioso predominante y natural en quien reconoce que es emperador cristiano; hasta algunas de ellas son puramente religiosas, como cuando prohibe el venerar mártires de memoria dudosa; cuando establece que nadie crea que no es lícito rogar á Dios en todos los idiomas; cuando quiere que la predicacion se ponga al alcance de las clases inferiores, y dirige amenazas contra las supersticiones necias é inhumanas. En la capitular para los sajones dice: *Si alguno, alucinado por el demonio, creyere como los paganos, que hay mujeres ú hombres hechiceros ó que comen hombres, y fundado en esto los quema, ó da á comer su carne, ó come de ella, se le considerará reo de muerte.* Y en el concilio de Aquisgram: *El que crea que un semejante suyo puede mudar de aspecto, no siendo por obra del Criador, es infiel y peor que un pagano* (18).

Cárlos era impulsado por su infatigable actividad á tratar de todo, á intervenir en las cosas más opuestas entre sí. Tan pronto llama la atencion de sus comisarios sobre los beneficiados y sobre lo que le deben ó les manda formar un censo de las tierras fiscales y de los beneficios, á fin de saber lo que posee en cada legacion la corona, como intima á los condes que velen para que los monjes, imprentas de aquella época, copien correctamente

(18) Pero antes estaba escrito en las leyes longobardas: «Nadie presuma matar á la esclava ó aldia de otro como hechicera, pues un cristiano no debe creer que una mujer pueda comerse á un hombre vivo.»

los libros, ó bien invita á los mismos monjes á hacer uso de una buena ortografía y de caractéres legibles: ordena construir diques y dos puentes sobre el Sena, determina el precio de los granos. Si todavía sobreviven el infanticidio y otros vicios de la inmoralidad antigua, los ataca de frente. Si languidece el comercio, anula los peajes onerosos, atrae á los extranjeros notables en la industria, llama á los sajones y á los eslavos á la feria de San Dionisio, hace tratados con los emires de España para la libertad de los cambios. Piensa, en fin, en reunir con el Océano el Ponto Euxino.

Después el mismo hombre recomienda á los intendentes de los dominios reales que para el dia de San Martin lleven á palacio todos los potros, para que acabada la misa les pase revista el soberano: que se crien en sus corrales por lo menos cien gallinas y treinta gansos, que ceben carneros y cerdos, que hagan salar el tocino, que tengan mucho cuidado en que las salchichas, el vino, el vinagre, la mostaza, el queso, los almíbares, la manteca, la cera, sean de buena calidad. Les advierte que no permitan que falten por el decoro pavos reales, tórtolas, perdices y faisanes, que provean á las manufacturas reales de lino, lana, gualdo, rubia, jabon y cadarzo; que velen á fin de que se pise en los lagares el fruto de la vendimia, y de que se vendan en el mercado los huevos sobrantes y los peces de sus víveros (19).

¿Es esto sencillez, sublime ó pueril ingenuidad? ¿Es un ejemplo que queria dar á los menores propietarios ó más bien efecto característico de su época que le inclina á creerse obligado á verlo y dirigirlo todo? Agobiado así de la inmensa responsabilidad que se impone á sí propio, esclama: «El señor no puede velar individualmente sobre cada uno con todo el cuidado necesario, y mantener á cada cual en el órden debido: es necesario, pues, que cada cual se aplique á mantenerse por sí propio, segun su inteligencia y sus fuerzas, en el santo servicio de Dios y en la via de sus mandamientos.»

Aquí se comprende no al rey, cuya fuerza manda, sino al padre, cuyo afecto dirige, y que á veces se cambia en moralista para decir que *la avaricia consiste en desear lo que poseen los demás, ó en negarse á dar á otro alguna cosa de lo que poseemos*, ó para recomendar el ejercicio de la hospitalidad. *Vedad con premura los hurtos, los matrimonios ilegítimos, los falsos testimonios, como os lo hemos exhortado frecuentemente y como la ley de Dios los prohibe* (20).

No encontró el ejemplo de esta manera de catequizar en los códigos bárbaros, ni en la legislacion perfeccionada de Roma, sino en el libro entonces universal, la Biblia: allí encontró el consejo mezclado con la prescripcion imperativa, la instruccion con la penalidad, y exaltada la idea del deber. Por eso Carlomagno habia conocido la necesidad de aliarse con la Iglesia, fuente de la autoridad sobre la tierra, y de tomarla bajo una proteccion que puede asemejarse á una tutela; tan frecuentemente dirige sobre los eclesiásticos su vigilancia. Unas veces aspira á reorganizar el poder episcopal con objeto de que no pueda debilitarse ni traspasar sus límites; otras prohibe recibir religiosas antes de la edad de veinte y cinco años, y sin que un noviciado conveniente las coloque en disposicion de saber los compromisos á que se obligan. Tampoco quiere que se admita un gran número de siervos en los monasterios para no despoblar las aldeas. De los mil ciento veinte y seis artículos comprendidos en las Capitulares, seiscientos veinte y uno son concernientes al derecho civil, y todos los demás al religioso. Así en virtud del carácter moral, ora de la legislacion, ora de su dignidad imperial, recomendó especialmente al clero la ejecucion de las Capitulares, y las dirigió por esta razon al clero con el preámbulo siguiente:

«Jesucristo Nuestro Señor, reinando eternamente: yo, Cárlos, por la gracia y la misericordia de Dios, rey de los francos, defensor decidido y humilde ayudante de la santa Iglesia; á todas las órdenes de la piedad eclesiástica y á los dignatarios del poder secular, salud de paz perpétua y bienaventuranza en nuestro Señor Jesucristo, Dios eterno.

»Meditando con la calma de un espíritu piadoso con los sacerdotes y nuestros consejeros, sobre la abundante clemencia de Cristo rey, respecto de nosotros y de nuestro pueblo; pensando cuán necesario es no solo darle con todo corazon y con la boca incesantes acciones de gracias por su piedad, sino tambien insistir en sus alabanzas con un ejercicio contínuo de buenas obras, á fin de que el que ha derramado tanto honor sobre nuestro reino, se digne conservarlo eternamente y á nosotros con su patrocinio:

»Nos place exhortar á vuestro celo, pastores de la Iglesia de Cristo, conductores de su rebaño, y brillantes antorchas del mundo, para que con celo

---

(19) *De villis fisci.*

(20) «Creeríamos hallarnos en el tiempo de Luis XIV y de Colbert cuando leemos las comisiones que Carlomagno daba á sus ministros de llamar á los artesanos mas industriosos *(Capitular* del año 800); de proponer á los príncipes árabes tratados para asegurar la libertad de comercio á sus súbditos *(Collec. des hist. franc.*, tít. V. passim); de construir el famoso canal que debia enlazar el Rhin con el Danubio. Cuando posteriormente vemos á este gran príncipe exhortar á los mercaderes para que no descuiden la salvacion de sus almas por un vil interés ó por amor de una sórdida ganancia, sino antes bien que se propongan como regla de vida los principios de la moral evangelica y el bienestar social, *(Capitular* de 809, lib. IV, c. 299), nos sentimos poseidos de cierto respeto hácia la noble sencillez de aquellos tiempos en que el legislador, no temiendo mezclar á sus leyes el nombre de la divinidad, parecia más bien un moralista aficionado á persuadir y á conmover el corazon que un soberano que manda y quiere ser obedecido.» PARDESSUS, *Curso de derecho comercial*: introduccion.

vigilante y atenta admonicion, procureis guiar el pueblo de Dios por los pastos de la vida eterna, y llevar sobre vuestros hombros, al través de los muros de la seguridad eclesiástica, las ovejas descarriadas, con el ejemplo de vuestras obras y con la exhortacion; á fin de que si el insidioso lobo halla alguna que traspasa los preceptos canónicos ó se estravia de las tradiciones paternales de los concilios, no la devore, lo cual Dios no permita. Conviene, pues, advertirles y exhortarles con gran celo de devocion, y hasta obligarles á que se mantengan con fe firme y perseverancia infatigable en las instituciones paternales. Para este fin os hemos dirigido tambien nuestros delegados, para que de acuerdo con vosotros y por la autoridad de vuestro nombre, reformaran lo que debiera ser reformado. Además, hemos añadido algunos capítulos de institucion canónica, que hemos creido más necesarios para vosotros. En su consecuencia, nadie atribuya á presuncion este consejo, piedad que nos ha inspirado la idea de corregir las cosas falsas, de suprimir las que son supérfluas, de confirmar las que son buenas, sino que se acoja con caridad benévola; porque leemos en el libro de los Reyes que el santo rey Josías, recorriendo el reino que Dios le habia dado, reformando, advirtiendo, se esforzó por volver al verdadero culto del Señor á sus pueblos. Muy lejos estoy de quererme comparar á él en santidad, pero como debemos seguir siempre los ejemplos de los santos, y llamar á cuantos podamos á una buena vida, en honor y gloria de Jesucristo Señor Nuestro, hemos hecho escribir algunos capítulos, á fin de que procureis advertir á los fieles, y de que con la misma intencion predigueis sobre todo lo que creais necesario. No descuideis dar á conocer con piadoso celo lo que creais oportuno á vuestra santidad y al pueblo de Dios, para que vuestra diligencia y la obediencia de los súbditos sean recompensados por el Todopoderoso con la felicidad eterna.»

Si las Capitulares se consideran como leyes, es evidente que se publicaban de un modo diverso de las anteriores, tanto, que no expresan los usos nacionales, sino órdenes. Quizá las modificaciones particulares á cada nacion eran promulgadas en las dietas parciales de sajones, frisones y longobardos; pero las Capitulares introducian, al lado del derecho particular, otro comun. Descúbrese en ellas el cuidado de volver á colocar, bajo la dependencia del poder público, los elementos que se habian segregado de él, las propiedades públicas y privadas, los hombres libres y los esclavos. Hecho emperador Carlomagno, pensó en reformar la legislacion germánica completamente (21); pero la sangre derramada en nuestros dias en Francia y en España para reducir á la uniformidad estos dos reinos, nos ha dicho con harta elocuencia cuán difícil es estirpar las costumbres y las instituciones de los diferentes pueblos de que una nacion se compone. Carlomagno se ahorró esta esperiencia, convencido de que el gobierno no es soberano del pais sino á condicion de no trastornarlo y de no introducir reformas más que á medida que la poblacion sea capaz de soportarlas. De consiguiente, dejó sus distintas leyes á los romanos, á los francos, á los alemanes, á los bávaros, á los sajones, á los turingios, á los frisones, á los galos, á los borgoñones, á los bretones, á los vascos, á los godos, á los longobardos y á los beneventinos, modificándolas y añadiendo las disposiciones oportunas á que estaban obligados á prestar obediencia vencedores y vencidos.

Sin duda, en virtud de los consejos de los miembros del clero, se ocupó tanto acerca del estado de las personas y de las relaciones entre ambos sexos, á fin de disminuir el número de concubinatos y de divorcios, no menos perniciosos á la moral pública que á la de las familias.

Carlomagno se apercibe de la transformacion que se prepara en el estado de las propiedades y de las personas; vé á la aristocracia usurpar poco á poco los bienes de los hombres libres y hasta las pensiones vitalicias concedidas por el rey á sus vasallos, lo cual hacia que los pobres se quejaran de la frecuencia de los edictos de guerra y de los servicios personales que les imponian los condes á despecho de las leyes: porque, reducidos de esta suerte á la miseria, se veian obligados á entregarse en cuerpo y alma á los señores, para obtener un trato más suave y hacerse sus criados (22). De consiguiente, á fin de que los pobres recaigan á cargo de los que los han hecho tales, impone á cada uno de ellos la obligacion de mantener á los que han nacido sobre su beneficio, prohibiendo la mendicidad.

Cárlos habia tratado de impedir el aumento de los grandes vasallos, pero sus órdenes produjeron lo contrario; y sometiendo todos los súbditos al eriban, borró todo vestigio de la antigua libertad puramente germánica, hizo que los pequeños se sujetasen á los grandes, é impuso á los simplemente libres las obligaciones de los vasallos, sin que disfrutasen de sus ventajas. Si esto podia sobrellevarse por las naciones subyugadas, no así por las que se habian unido al imperio mediante pactos con los aquitanios, los beneventinos y los francos del Rhin, que en tal virtud solo pensaron en sustraerse del yugo oficial.

Organizacion del imperio.—Fué, por tanto, complicadísima la constitucion personal del imperio. Además de los esclavos, hubo en él libertos que se ingeniaban para asegurarse una posicion ya en la

(21) EGINARDO, cap. 29.

(22) *Dicunt quod quiscumque proprium suum episcopo, abbati vel comiti aut duci dare noluerit, occasiones quærunt super illum pauperem quomodo eum condemnare possint, et illum semper in hostem faciant ire, usque dum pauper factus volens nolens, proprium suum tradat au vendat: alii vero qui traditum habent, absque illius inquietudine domi resideant.* Cap. de 811.

Iglesia, ya en la vida civil. Entre los que eran considerados como libres, algunos vivian del producto de sus tierras y de las propiedades hereditarias, rodeados por sus colonos y segun los usos de sus padres; pero en contraposicion de estos mismos usos, tenian que marchar al ejército con sus braceros. Hubo allí tambien hombres libres del órden inferior; sometidos igualmente á tal obligacion, y que no volvieron á ver segura su antigua libertad; hubo vasallos reales y sub-vasallos que pasaban por libres; hubo hombres libres en las tierras eclesiásticas y en las pertenecientes á seglares; libres que poseian al mismo tiempo alodios y beneficios que en consecuencia conservaban el aspecto de una verdadera libertad, y que eran, con todo, vasallos reales ó sub-vasallos; hubo vasallos reales que fueron sub-vasallos de la Iglesia, ó de un gran vasallo seglar: hubo en fin, colonos y litos, y todos tenian derechos y deberes distintos los unos respecto de los otros; pero gracias al eriban, se hallaban en igual dependencia del imperio.

Hay que añadir las ciudades con su constitucion particular. En lo interior de la Germania, en la orilla derecha del Rhin y en la izquierda del Danubio, hubo, á la verdad, ciudades apenas nacientes; pero en la otra orilla de ambos rios, algunas ciudades que habian sido edificadas desde el tiempo de los romanos, conservaban su antiguo esplendor. Nada se dice, sin embargo, de su situacion política; aunque es cierto que habian sido dadas en feudo á obispos ó á grandes funcionarios seglares, ó formaban partes integrantes del real fisco y cuyos habitantes continuaron viviendo entre sí con arreglo al derecho romano. Tambien en la administracion de justicia fué disminuido el pueblo que asistia á los *mallí*: y de este modo perdió el derecho de juzgar que le competia, y no fueron jueces y regidores sino los ricos.

Leyes penales.—Habiéndole suministrado en gran parte leyes represivas y penales los códigos precedentes, Cárlos apenas tuvo que hacer sino encarecer las compensaciones, visto el aumento de las riquezas y de las acusaciones, y suavizar algunas penas, especialmente las que recaian sobre los esclavos, estableciendo que ninguno debia perecer más que en virtud de la ley. No prodiga la pena de muerte más que en las capitulares concernientes á los sajones, empujándole la política ó la severidad y conduciéndose como en un pais sometido á la ley de la guerra: toda violacion del órden, toda práctica idólatra es castigada con el último suplicio. Tambien se opuso á los atentados de los nobles prohibiendo las uniones que formaban entre sí con el nombre de *gildos*, á veces bajo el pretesto de devocion y de caridad. Además prohibió á los hombres libres ligarse por juramento respecto de otros, mas que el rey, que era su señor natural y para utilidad de él.

Procesos.—El procedimiento criminal se diferenciaba del procedimiento civil. Las acusaciones eran públicas y los particulares debian denunciar el crímen y pedir su castigo, no habiendo entonces ningun magistrado que procediese contra los delitos públicos, ni dándose requisitoria sin acusador. Ante todo se debia examinar la conducta de éste; no era escuchado si el delito no constaba y si no existia el cuerpo de él. Solo los bandidos podian ser detenidos sin forma de proceso, y cada cual estaba obligado á contribuir con todas sus fuerzas á su arresto. El que prestaba fianza, no podia ser detenido en la cárcel, ni aun de órden del rey, fuera de casos de violencia.

Ninguno puede ser condenado sino está convicto: en los casos dudosos se remitia la decision á la justicia divina. Para que constara el delito se necesitaba la confesion del culpable ó pruebas testimoniales. Los jueces, los testigos ó los conjuradores no podian sacarse de una clase inferior á la del acusado; y se necesitaban setenta y dos testigos contra un obispo, cuarenta contra un sacerdote, y más ó menos contra los seglares, segun su categoria. Por lo comun bastaba su juramento para declarar á uno inocente ó culpable. Exigíase, en su consecuencia, que fuesen gentes probas, y que residiesen á los alrededores: debian declarar en ayunas. Ya hemos buscado el orígen y la razon de aquellas leyes, tratando de los códigos bárbaros en general. Carlomagno las modificó en parte y proveyó á los medios de hacerlas observar. Prohibió los duelos judiciales, y no permitió llevar armas en tiempos de paz. Quiso que el juez supiese la ley de memoria; que el conde encargado de presidir á la justicia, no perdiese su tiempo en cacerias; que el perjuro y el falsificador de un documento perdiesen la mano derecha; que el vizconde que perdonase á un condenado, sufriese la pena merecida por éste. A los débiles y á los ignorantes se les concedieron abogados: el exámen que se exigia quitaba en parte su publicidad á los juicios, y ya no decidia el pueblo, como antiguamente, sino unos cuantos jueces: la apelacion fué pues una novedad.

Por lo demás, las penalidades de los diferentes pueblos se conservaron, como tambien las ordalias y el precio de la sangre. Pero Carlomagno hizo las composiciones obligatorias, imponiendo el destierro ó la prision á los que se negasen á ello; el derecho individual de la venganza se encontró de esta manera trasmitido á la sociedad. Además del respeto á las costumbres, se vió tal vez precisado á conservar las composiciones, porque eran una de las principales rentas del fisco, y para no trastornar el órden de la hacienda con su abolicion. Las Capitulares introducian además principios diferentes de los que aparecian en las antiguas legislaciones bárbaras: no atendian solo al culpable, sino tambien al acto; querian que se purificase la sociedad, que el reo fuese castigado por la ofensa hecha á ésta y no únicamente por la reclamacion del ultrajado, y que se impusiese un saludable temor á los delincuentes (23).

(23) Véase la profesion de estos principios en la

Ejército.—Para la guerra continuaba el antiguo sistema militar, modificado á medida que sobrevenian los cambios acaecidos en las fortunas. Para la defensa nacional, llamábase á las armas la *landwehr*, compuesta de todos los hombres libres ó arimanes. Para las espediciones particulares, los condes se ponian en campaña, seguidos de la juventud reclutada entre sus vasallos, y cada ariman debia procurarse vestuario, armas y hasta el sustento, mientras estaba dentro de las fronteras del reino. Con el objeto de evitar en éste las vejaciones, determinó Carlomagno que se regularia el servicio por la estension de las posesiones. De esta manera, el que tenia tres ó cuatro predios debia servir en persona; los que tenian menos, debian unirse entre sí para proporcionar un hombre; y lo mismo en otra proporcion, los que no tenian más que el valor variable de una libra de plata. Los pobres guardaban la ciudad ó trabajaban en los caminos, en las fortificaciones, ó en los puentes. Fué éste un gran cambio, pues debieron prestar servicio no solo los grandes propietarios sino la totalidad de los súbditos, y todo hombre libre pudo elegir un *seniore* bajo cuya bandera militase. La milicia fué, pues, una carga personal y real al mismo tiempo, y el interés del príncipe se identificó con el del Estado. Los hombres libres, no propietarios, quedaron exentos del servicio. Los pequeños propietarios se pusieron, pues, para este efecto bajo la dependencia de los grandes, lo que disminuyó el número de los que llevaban armas. Así el pueblo y el ejército volvieron á ser una cosa sola y se introdujo en la vida una nueva servidumbre, de la cual nadie podia librarse, quedando estinguida toda libertad pura, como existia entre los antiguos germanos.

Además del eriban, ejército que ejecutaba únicamente las expediciones consentidas por la nacion, tenia el rey la banda de vasallos suyos, voluntarios ó pagados, que empleaba donde queria, en las empresas difíciles, en las violentas, en las que ocurrian después de espirado el término del eriban, en custodiar la persona real y en guarnecer las plazas.

Cualquiera que poseia un beneficio, por pequeño que fuese, estaba obligado á servir á caballo en la guerra, armado de escudo, lanza, sable, una larga espada, un arco y un carcaj bien provisto; mientras que al hombre libre le bastaba una lanza, un escudo, un arco de dos muescas, y doce flechas. Uno y otro debian tener, además, una coraza, si su alodio ó beneficio era de doce predios. Los bagajes del rey, de los obispos, de los condes, y las provisiones y máquinas se trasportaban á costa de los propietarios: cada conde velaba en su jurisdiccion por la conservacion de los caminos y los puentes: las tropas se alojaban en las casas de los habitantes, si era posible: quedaban á disposicion del conde, en el pais que le estaba sometido, los dos tercios de toda la yerba y del heno para alimentar á los caballos y demás animales que seguian el ejército. El hombre libre que no respondia al llamamiento de guerra, pagaba el eriban de 60 sueldos, ó quedaba sujeto á una esclavitud temporal; el vasallo perdia su beneficio; el desertor era castigado de muerte. Como la mayor parte no se hallaba en estado de pagar 60 sueldos, sufria la esclavitud, lo que pronto hubiera destruido á los pequeños propietarios: es verdad, Carlomagno dispuso que aquel que muriese en aquel estado fuese considerado como libre de su deuda y que sus fondos volviesen á sus herederos; pero esto no impidió que los pequeños propietarios se viesen reducidos á la condicion de siervos, mendigos ó ladrones, sobre todo en tiempo de sus sucesores.

Después de la supresion de los duques, antiguos comandantes militares de las provincias, el conde marchó á la cabeza de los vasallos de su señorio y á veces de los arimanes. Los vasallos de las iglesias y de los monasterios seguian á los obispos y á sus abades. Pero Carlomagno veia con disgusto á los hombres de Dios empapar sus manos en sangre; hizo, en su consecuencia, reprobar este abuso por Adriano, y la asamblea general confirmó la prohibicion. Fueron entonces mandados por el porta-estandarte, por el *vice-gobernador*, ó por el *abogado*. Pero el alto clero vió en esto una usurpacion de los honores que le eran debidos, y procuró siempre volver á tener uso de armas, lo que después hizo abiertamente en los tiempos feudales, cuando todo se adquiria y conservaba por la espada.

Hacienda.—Las obligaciones á las cuales estaba sujeto el hombre de guerra, libraban al reino del gasto más pesado, el de sostener ejércitos. Los hombres libres debian proveer de monturas á los mensajeros públicos, albergar á los enviados del rey y á los embajadores extranjeros. Los oficiales reales eran recompensados ó con beneficios ó con una parte de las multas y composiciones. Como cada padre de familia cuidada de la economia doméstica, así cada canton y comunidad se mantenia por sí, y la cámara régia no tenia que enviarles nada para los caminos, las instituciones, y los establecimientos, á no ser que el rey quisiese dotarlos de su cuenta.

Los beneficiados pagaban sus cuotas en caballos, en telas, en dones de diferentes especies, que llevaban al campo de Mayo, y que el gran chambelan recibia, no sin sacar un considerable provecho. Estamos tentados á creer que existia una forma cualquiera de catastro, al ver la importancia de las propiedades determinada constantemente por el número de los predios.

Poseia además la corona tierras tributarias y vastos dominios, ó casas de campo, en las cuales tenian los reyes comunmente sus asambleas. Iban por algun tiempo á cada una de ellas, con el objeto de consumir los productos en el mismo sitio

---

Cap. I del año 802, pár. 1, 25-32; y *Cap. extr. ex lege Longob.*, pár. 26, y la aplicacion *passim*.

de su produccion. Comprendian muchas habitaciones, ocupadas por los siervos del fisco ó tambien por labradores libres, pagados en raciones, ó con una mansa y obedeciendo á un alcalde *(major)* dependiente de un juez fiscal, á quien á la vez pertenecia la gestion general y la jurisdiccion sobre todos los habitantes de las aldeas sujetas á sus órdenes. Parece que la reina presidia á la administracion interior, (24) pues tenia, como se diria hoy, el ministerio de Hacienda, de donde provino la importancia que alcanzaron las mujeres en el reinado de los Carlovingios. Un camarero, á las órdenes de la reina, dirigia el palacio y aquella parte del fisco que quedaba después de la distribucion de los beneficios y á la cual se llamó la *cámara*.

Economia política.—Algunos atribuyen á Carlomagno la gloria de haber comprendido la importancia de la uniformidad de los pesos y medidas en todo el reino; pero quizá es un error de interpretacion (25) y de todos modos lo cierto es que no pudo vencer las dificultades; las que ni aun después de mil años han permitido conseguir aquel objeto. Todavia, pasado este tiempo, no se han olvidado los mezquinos principios de administracion en cuya virtud se creia obligado á determinar el precio de los géneros, de prohibir tan pronto uno como otro, ó de no permitir ya la importacion ó la esportacion de granos. Hacia leyes suntuarias, fijaba el precio de los granos, prohibia las especulaciones sobre efectos y á veces no permitia ni la usura ni el simple préstamo (26).

Independientemente de las considerables sumas que producian al fisco las multas penales, percibia infinidad de derechos nombrados de diferentes maneras, sobre los rios, las plazas, los puertos, los puentes, los caminos... Lo que contribuia á poner trabas á las comunicaciones interiores y al trasporte de las mercancias. A pesar de todo el deseo de Carlomagno, de ver el comercio prosperar, no supo que el primer medio que se debe emplear para este objeto, es la libertad. ¿Cómo se le ha de hacer un cargo, cuando después de tantos progresos y esperiencia muchos hombres no están en el dia convencidos de ello?

Sin embargo, hacia desaguar los pantanos, desmontar los bosques y construir aldeas. El Rhingau le debe las viñas que en el dia constituyen sú riqueza, y la Germania, que no contaba sino algunas ciudades construidas por los romanos sobre el Rhin y el Danubio, vió aparecer en su tiempo un gran número, donde constituyó fuertes é instituyó obispados. Mantuvo en buen estado y concibió el proyecto grandioso de unir el Rhin al Danubio, por el Rednitz y el Altmuhl, lo cual hubiera hecho comunicarse el Océano con el mar Negro. Hizo trabajar en ello al ejército, pero aquel suelo tan blando oponia inmensa dificultad al arte poco adelantado de la época. Después nuevas guerras llegaron á interrumpir la obra. Es una tarea que Luis de Baviera ha vuelto á emprender y terminado en nuestros dias.

Comercio —Las dietas proporcionaban la venta de efectos y su presentacion á la vista de los señores que acudian á aquellas reuniones. Veíase en la feria de Aquisgram llevar los sajones el estaño y el plomo de Inglaterra; los judios quincalleria y vasijas de gran precio; los eslavos los metales del Norte; los galos los productos de sus manufacturas; los mercaderes de las costas de Italia y de Provenza, las telas y las especias sacadas de Constantinopla y de Asia; los longobardos y los hombres de la Romaña, paños y lana. Y aunque el comercio no habia hallado aun su verdadero camino en lo interior de la Germania, las ciudades próximas al Rhin y al Danubio servian de depósito á las mercaderias procedentes de Italia ó que se enviaban á este pais, no obstante la inseguridad y poca comodidad de las comunicaciones. Sin embargo, Marsella, Frejus, Niza, habian perdido su esplendor por consecuencia de las correrias de los sarracenos en el Mediterráneo; tambien las de los normandos impedian prosperar á Flandes, que estaba aun en gran parte cubierta de pantanos.

Dispuso Carlomagno que en cada una de sus casas de campo hubiese artesanos para todos los oficios: así, al lado de los grandes establecimientos agrícolas surgian grandes establecimientos industriales; veíanse allí mujeres que hilaban, tejian, teñian y hacian vestidos; curtidores, zapateros, carpinteros, torneros, toneleros, trabajadores en metales y en vidrios; gérmenes de la vida de las ciudades que debian desarrollarse después con tan fecundos resultados. De este modo daba un utilísimo ejemplo á los grandes señores eclesiásticos y civiles; excitó las necesidades que enseñaba á satisfacer; y esta satisfaccion produjo nuevas necesidades, y condujo á la invencion de nuevos medios.

¿Pero cómo podian desarrollarse y florecer las artes en el aislamiento y sin competencia? Así es que la órden que dió de cultivar los vegetales de toda especie, manifiesta su buena voluntad y nada más; porque solo la dificultad del cambio puede precisar á pedir todo á todos los terrenos, y esta dificultad hace que nadie quiera cultivar más de lo que necesita para su consumo. Un gran número de tierras permanecian, en efecto, sin cultivo ó quedaban para pastos. Resultaba de ello que los animales estaban á bajo precio, mientras que el trigo valia en proporcion ocho veces más que en el dia. Las manufacturas se vendian carísimas, hasta el punto de que un manto costaba tanto como seis bueyes ó seis modios de trigo; y se puede decir

---

(24) HINCMAR, c. 13.

(25) Recomienda *pondera susta et equialia* y que se ven dos con *æquales mensuras et justas*. Pero ésta es solo la espresion bíblica para indicar que no hayan fraudes en las pesas y medidas.

(26) *Capit.* del 808, art. 5; y del 806, art. 12, 17, 18, 19.

que el vestido de un señor de casa, costaba tanto como el sosten de toda la familia (27).

(27) El concilio de Francfort y algunas leyes nos han conservado el precio de los diferentes objetos, y nos proporciona el medio de estimar el valor del dinero en tiempo de Carlomagno. Véase un bosquejo.

12 panes de una libra.	1	dinero.
1 modio de trigo.	12	dineros.
6 fanegas ó un buey, ó escudo y lanza. . .	2	sueldos.
30 modios ó 5 bueyes, ó un vestido sencillo..	10	»
21 id. ó 3 bueyes y $^1/_2$, una espada ó un puñal.	7	»
36 modios ó 6 bueyes, ó una coraza. . . .	12	»
18 id. ó 3 id. ó un casco.. . . .	6	»

En la dieta de Verneuil, en 755, mandó Pepino que con una libra de plata se acuñasen veinte y dos sueldos, de los cuales uno se detendria para los gastos. Cada sueldo de plata debia, pues, pesar 279 gr. y $^3/_{11}$, cada dinero, 23 gramos $^3/_{11}$; de modo que el primero valdria hoy 3'25 pesetas y el segundo á 0'27. Carlomagno modificó la division de la moneda. Redujo la libra de plata á 20 sueldos, cada uno de 12 dineros, mientras que, segun la ley Sálica, el sueldo se componia de 40 dineros. La libra y el sueldo no eran monedas efectivas como el dinero.

De aquí se infiere que las monedas de entonces estaban con las actuales en la proporcion de 1 : 1200. Una libra de plata era marco y medio, esto es 78 pesetas. Teniendo en consideracion la liga, Say *(Econom. polit.,* I, 21) da á la libra de Carlomagno el valor de 72 pesetas.

Los metales preciosos que la Italia y el imperio bizantino habian recogido en el pillaje del mundo, se encontraron disipados entre las manos de los bárbaros, y su valor debió anmentarse. Ademas, la cantidad que se empleaba en ornamentos disminuia la que estaba en circulacion, y la industria no habia descubierto aun las minas del Cáucaso y de la Escandinavia. Parece tambien que no se conocia otro procedimiento para la estraccion del metal, que lavar la arena de algunos rios, cuyas aguas arrastraban partículas de oro.

En todo esto, á pesar de las faltas que se advierten en los decretos de Carlomagno, y de que tan solo dirigia su atencion á los guerreros y á los propietarios, sin cuidarse del pueblo, se respira ya una atmósfera distinta de la que rodeaba á los anteriores legisladores septentrionales, y se ve que sus operaciones se encaminaron todas á alcanzar dos grandes objetos, como hemos dicho desde el principio: rechazar por medio de la guerra á los nuevos invasores que amenazaban por el Norte y por el Mediodia acabar con la renaciente cultura, y organizar en lo interior el reino y el imperio mediante una administracion uniforme y concentrando todas las fuerzas de la nacion en el trono para dirigirlas en masa hácia la civilizacion.

CAPÍTULO XVIII

LA IGLESIA EN TIEMPO DE CARLOMAGNO.

Por una desconfianza mezquina se ven impelidos los políticos inhábiles á oponerse á los sentimientos de su época y retardar sus progresos, en los que ven un peligro para todo poder que no se sostiene más que por la costumbre; al revés, el grande hombre conoce su tiempo; y sin espantarse de los pasos que da hácia adelante, emplea los elementos que le ofrece en consolidar el edificio que prepara y que respetará el porvenir. Carlomagno vió que el clero, á consecuencia de todo el bien que habia hecho en medio del trastorno producido por los bárbaros, habia adquirido un poder inmenso sobre la opinion; y lejos de inspirarle recelos, reconoció que este influjo podria servir utilísimamente á sus proyectos de civilizacion y de unidad, y lo acrecentó con la riqueza, el poder y el respeto. Al mismo tiempo que contenia con las armas la irrupcion de la barbarie, los misioneros acometian la empresa de suavizar, á beneficio de la palabra, la rudeza de los pueblos limítrofes, y la veneracion hácia el jefe de la Iglesia debia impedir el hundimiento de la sociedad y de las costumbres. Una vez sometidos los sajones por medio de la predicacion cubrió las fronteras de la Francia con una barrera, no tanto de fortificaciones como de obispados, que de enemigos amenazadores hicieron vecinos creyentes é industriosos, apegados al campo, á la iglesia, á la aldea natal. En lo interior se mostró generosísimo en dotar al clero con bienes temporales y en hacer fundaciones piadosas, Concedió á cada iglesia una mansa exenta de impuestos y de servicios: confirmó por un solo acto á la de San Martin de Tours cuarenta y ocho alquerias, cuyos beneficiados habian dejado de pagar el censo: hizo que restaurara Luis en Aquitania doce monasterios y edificó otros doce. Santo le han proclamado las crónicas por haber instituido tantos conventos como dias tiene el año.

El diezmo.—No es verdad que el diezmo, institucion ya conocida en la religion hebráica, empezara á ser obligatorio solo por mandato de Carlomagno (1): es cierto que aseguró su percepcion y se lo impuso á los recien convertidos, bajo amenaza de escomunion, enriqueciendo de esta suerte al clero más que hubiera podido hacerlo con una donacion por pingüe que fuese. En conformidad de un decreto del papa Gelasio mandó que el producto del diezmo fuera repartido por igual entre el obispo, los sacerdotes, las fábricas de cada diócesis y los pobres, es decir, los hospitales. Estos establecimientos eran administrados y servidos por la caridad desinteresada del clero; así el acrecentamiento de las riquezas eclesiásticas redundaba en provecho de los indigentes.

Pero no se hace prosperar tanto á la Iglesia con las liberalidades como estirpando las malas yerbas que estorban el desarrollo del buen grano. En su consecuencia aplicó remedio á los abusos, en virtud de los cuales ciertos eclesiásticos se permitian despojar á las iglesias de sus bienes para dárselos á su familia, ó invirtiéndolos en objetos diferentes de su destino primitivo. Adoptó medidas para que las personas devotas no hicieran donaciones con perjuicio de sus herederos. Quiso que los patrimonios eclesiásticos jamás fueran asignados a los seglares sino á título precario, y á condicion de que el que gozara su usufructo pagara doble diezmo y conservara los monumentos del culto.

Nótese con este motivo que la autoridad de Carlomagno emanaba del papa como una dele-

(1) Se lee en un estatuto de Pepino, dirigido al obispo de Maguncia. «Ordenad en nuestro nombre que todos, de buen ó mal grado, paguen el diezmo.»

gacion; y por eso se ocupaba en los asuntos eclesiásticos sin que aquel se ofendiese de ello: además de que sus decretos no eran sino aplicaciones de los cánones.

Fueron reconocidos los condes como protectores oficiales de la Iglesia, y vemos á gran número de monasterios obtener por ellos la confirmacion ó la restitucion de sus derechos. Tambien con mucha frecuencia era eclesiástico uno de los delegados reales, como lo reclamaban las atribuciones políticas conferidas á los obispos por Carlomagno.

Siendo la jurisdiccion inherente á la propiedad territorial, el clero la ejerció sobre sus posesiones, del mismo modo que los vasallos sobre sus feudos: por eso era costumbre añadir á las donaciones la inmunidad, en virtud de la cual ningun juez real podia ejercer acto de autoridad sobre los dominios eclesiásticos. Los abogados de las iglesias se reunian á lo menos una vez al año en una de las ciudades dependientes de aquellas, y allí administraban justicia asistidos de hombres probos.

Jurisdiccion.—Carlomagno robusteció la jurisdiccion canónica estendiéndola hasta los casos en que hubiese efusion de sangre. Ningun clérigo pudo ser preso sin prévio aviso al obispo diocesano, y era de competencia de los obispos la informacion relativa á los delitos cometidos en sus diócesis, sin escluir los más graves. Los eclesiásticos no admitian pruebas de Dios en sus tribunales; y Cárlos mandó que se disculpasen segun el derecho eclesiástico, con testigos ó con prestar juramento sobre los cuatro Evangelios ante el pueblo con tres, cinco ó seis sacerdotes, concurriendo tambien seglares conjuradores testigos (2).

La jurisdiccion introdujo á la Iglesia cada vez más en lo interior de las familias, á causa de las cuestiones de los matrimonios y testamentos. Además muchos seglares, para poder gozar de ella, le confiaron sus bienes. Porque cuando los códigos eran redactados por bárbaros y aplicados por hombres toscos ó apasionados, el derecho canónico parecia la perfeccion, y los tribunales episcopales con formas regulares, con derecho estable, aventajaban en mucho á los tribunales de los condes más ignorantes y corrompidos.

Pero como de este modo el clero quedaba casi exento de toda dependencia del Estado, Carlomagno puso límites con recomendaciones especiales al exceso de la concesion general. El concilio de Francfort autorizó para que se apelara al rey de los fallos de los tribunales episcopales, pero se hizo muy poco caso de este derecho. Igualmente restringió Carlomagno el derecho de asilo en sagrado, quitándoselo á los asesinos (3): quiso que se espulsara al criminal que buscaba salvacion en las tierras eclesiásticas para sustraerse á la jurisdiccion secular; de lo contrario debia prenderle el conde (4), y si el obispo se oponia á ello era pasible de una multa.

Es ley muy notable aquella por la cual mandó que los súbditos romanos, francos ó alemanes, fueran sometidos á esta prescripcion sacada del código Teodosiano. «Sea conducido inmediatamente ante el obispo el querellante ó el acusado, que en todo estado de causa haya elegido su fallo, no obstante la oposicion de su adversario, y ejecútese cuanto el obispo resuelva. Sea admitido sin reserva el testimonio de un obispo por los jueces, y después del suyo no se admita otro en el mismo negocio.» Con efecto, esta ley se halla al final de la coleccion de Teodosio, como un rescripto de Constantino á Ablavio, prefecto del pretorio; pero pasa por apócrifa y no se descubre que haya sido ejecutada antes de Carlomagno, á la par que desde entonces tuvieron en ella los obispos un medio poderoso de ensanchar su jurisdiccion.

Sin embargo, la disciplina del clero y la rigidez de sus costumbres se habian relajado con el aumento de sus riquezas, con la introduccion en su seno de personas pertenecientes á las familias ilustres y poderosas, á consecuencia de la facilidad con que se otorgaban las dignidades, no al celo y al mérito, sino á la intriga. Atrayendo á sí los reyes la eleccion de los obispos, daban á menudo la preferencia á los intrigantes y á los que teniendo más dinero sabian gastarlo mejor. Este desórden no se escapó á la perspicacia de Carlomagno, y si en un principio designó á los prelados atendiendo solo á su capricho (5), al final de su rei-

(2) *Capit.* del 801, pár. 39.
(3) *Cap.* de 779.
(4) *Cap.* de 803.
(5) A propósito de esto, referiremos dos hechos que pueden dar idea de la época, ó á lo menos de la manera con que los monges entendian á Carlomagno. El cronista de San Galo cuenta que Cárlos nombró á uno de los jóvenes pobres que hacia educar en la escuela de su palacio, capellan de su capilla. Un dia que se anunció la muerte de cierto obispo al prudentísimo Cárlos, preguntó si habia enviado al otro mundo alguna porcion de sus bienes y del fruto de sus trabajos. *Nada más que dos libras de plata, señor*, respondió el mensajero. No pudiendo contener en su seno el jóven de quien se trata la vivacidad de su espíritu, esclamó á su pesar en presencia del rey: *Hé aquí un ligero viático para un viaje tan grande y de duracion tan larga.* Después de haber deliberado algunos instantes consigo mismo, Cárlos, el más prudente de los hombres, dijo al jóven escritor. *¿Qué te parece si yo te diera ese obispado? ¿Cuidarias de hacer más considerables provisiones para ese viaje?* Apresurándose el otro á devorar estas cuerdas palabras como uvas maduras antes de tiempo que hubieran caido en su entreabierta boca, se echó á los piés de su amo, y respondió: *Señor, á la voluntad de Dios y á vuestro poder toca la resolucion.—Escóndete*, repuso el rey, *bajo la cortina que esta corrida detrás de mí, y sabrás cuantos rivales tienes para este honroso puesto.* Desde que fué conocida la muerte del obispo, siempre prontos los oficiales de palacio á espiar las desgracias ó al menos la muerte de otro, impacientes con toda dilacion, y teniéndose envidia unos á otros, interpusieron para obtener el obispado á los familiares del emperador. Pero éste firme en su designio,

nado restituyó formalmente á los eclesiásticos y al pueblo la eleccion del obispo, aunque por lo comun bajo la presidencia de comisarios reales. Pero la simonia corrompió las elecciones populares, como habia corrompido el nombramiento hecho por el príncipe.

Gerarquia.—Habia sido trastornada la gerarquia bajo los Merovingios, y el espíritu de independencia precursor y compañero del feudalismo se habia introducido en la Iglesia. Habíanse sustraido los obispos de la autoridad de los metropolitanos, disponian á su antojo de las rentas eclesiásticas, y estendian su jurisdiccion con detrimento del clero inferior. Tomando después parte en las asambleas nacionales, obtuvieron allí preponderancia, gracias á la santidad de su carácter y á su mayor instruccion. Por otra parte, el poder que habian adquirido en las ciudades les habia permitido atraer á sí los restos del gobierno municipal, al mismo tiempo que sus vastos dominios los igualaba á los magnates seculares.

Elegidos de este modo y ocupados en semejantes asuntos, se entregaban á pensamientos mundanos, como viajar, hacer ruidosas cacerias, ostentar fausto, mezclarse en los intereses del siglo, intrigar en la corte, profanar así los misterios y contraer sacrílegas amistades. Su ejemplo era imitado con facilidad por sus dependientes; y los concilios ó los prelados producian reiteradas y ardientes quejas contra los estravios de los monjes y de los clérigos. San Adelmo describe á una monja de su tiempo, cuya falda (*subucula*) era de tela fina, de color de violeta; encima llevaba una túnica de color de escarlata con mangas anchas y una cofia de seda con listas; en los piés zapatos de piel encarnada; caíanle los cabellos, rizados con hierros, sobre la frente y las sienes; y una toca, sujeta á la cabeza con cintas, bajaba rodeando su pecho y flotando por detrás hasta tocar el suelo; y tenia las uñas cortadas formando punta, de modo que parecian garras de halcon (6).

Reformas.—A estos desórdenes se oponian remedios por los particulares y por el público, por la autoridad civil y por la religiosa. Hincmar de Reims, Erardo de Tours, Riculfo de Soissons, dictaron reglas al clero. Le recordaron que su deber era difundir la palabra de Dios, destruir los vicios, insinuar la virtud, enseñar á todos el símbolo de la fe y la oracion dominical. Les recomendaron cuidar de las viudas, de los huérfanos, de los extranjeros; evitar todo trato con las mujeres, no prodigar la escomunion, no recorrer el pais traficando, no introducirse en las casas, vivir con sobriedad, no llevar armas, no hacerse empresarios, no frecuentar las tabernas ni dejar vender vino en las iglesias, bajo pena de azotes y escomunion. Se les mandó que cantasen como debian el *Gloria*, el *Santus*, el *Kyrie eleyson*, los salmos; tener escuelas y libros escritos correctamente; vestirse de una manera decente, para inspirar una idea augusta del santo ministerio; que ninguno asistiera á los oficios con el traje que usaba habitualmente, y servirse de los vasos sagrados de plata, y tenerlo todo con limpieza.

Otros prescribieron á los monjes reglas de tan sublime perfeccion, que no se debe uno admirar si no llegaban siempre á conseguirla. No pareciendo bastante austera la de San Benito, se hizo mas rígida por San Columbano. Fructuoso, visigodo, descendiente de familia real, introdujo una á mediados del siglo VII, que restringia la de Isidoro de Sevilla.

Benito de Aniano, 750-821.—Benito, de raza goda, hijo de los condes de Maguelona, después de haber sido copero del papa, y militado al servicio de Carlomagno, se disgustó del mundo y se metió monje. Pareciéndole solo buena para hombres débiles y novicios la regla de San Benito, exageró sus rigores hasta igualar en austeridad á los Basilios y los Pacomios; pero, habiendo reconocido al

---

los rechazó á todos, diciendo que no queria faltar á la palabra con el jóven. La reina Hildegarda envió enseguida los grandes del reino, y fué primeramente ella misma á solicitar este obispado para su capellan. Recibió el rey su peticion con afabilidad, le aseguró que no podia ni queria negarle nada, pero añadió que no se perdonaria el engañar á su jóven clérigo. Lo mismo que todas las mujeres cuando pretenden hacer prevalecer sus deseos é ideas sobre la voluntad de sus maridos, la reina disimulando su cólera, dulcificando su voz naturalmente áspera y esforzándose por ablandar con caricias el fuerte corazon de Cárlos, le dijo: *Querido príncipe, señor mio, ¿por qué perder este obispado dándole á tal niño? os ruego, mi amable dueño, á vos que sois mi gloria y mi apoyo, que lo concedais á mi secretario, vuestro afecto servidor.* A estas palabras, el jóven á quien Cárlos habia invitado á que se colocase detrás de la cortina, y escuchase las peticiones que cada uno hiciese, esclamó con tono lamentable pero sin abandonar la cortina que le cubria: *Señor rey, mantente firme; no sufras que nadie arranque de tus manos el poder que Dios te ha dado.* Entonces este príncipe, amigo valeroso de la verdad, mandó á su protegido que se presentase y le dijo: *Recibe este obispado, pero dedica tus mayores cuidados á enviar grandes limosnas al otro mundo, antes que yo y tú partamos, y un buen viático para el largo viaje del que no se vuelve.*

El poder de Cárlos en la distribucion de los beneficios aparece tambien en esta otra relacion del mismo cronista: Habiendo muerto un prelado, Cárlos le dió por sucesor á cierto jóven. Este preparábase henchido de gozo á marchar. Sus servidores le llevaron como convenia á la dignidad episcopal un caballo dócil, y un taburete para montar. Indignado de que se le tratase como á un enfermo, se lanzó desde el suelo sobre el animal con tanta viveza, que estuvo á pique de caer por el otro lado. El rey que desde la balaustrada del palacio vió lo que pasaba, le mandó llamar y le dijo: *Mi valiente, eres hábil, ágil y listo y tienes buenos piés. La tranquilidad de nuestro imperio se encuentra como sabes, turbada contínuamente por multitud de gueras; tenemos necesidad en nuestro séquito de un capellan como tú. Quédate, pues, para ser el compañero de nuestras fatigas, pues que puedes montar tan pronto á caballo.*

(6) *De laud virg.*, p. 364.

imposibilidad de conseguirlo, volvió á la órden que habia querido variar, y se contentó con volverla á la observancia de sus primeros reglamentos. Habiéndose rodeado de algunos discípulos más fervientes, construyó en Aniano (780) un monasterio con todo el esplendor que su riqueza le permitia desplegar, y que pudo contener mil monjes, entre los cuales introdujo toda la rigidez cenobítica. Escribió á este efecto el *Código de las reglas*, cuerpo de derecho de la vida monástica. Este reformador añadió á la legislacion estensa y generosa del fundador de los benedictinos, muchas prescripciones minuciosas, como las siguientes: No afeitarse en cuaresma, hasta el sábado santo; bañarse solamente cuando el prior lo quiera; no comer aves, sino en caso de enfermedad, sino es Navidad ó Pascuas; nunca frutas ni ensaladas; llevar un capuchon de dos codos de largo; hacerse sangrar en épocas fijas, y otras observancias minuciosas que el legislador del monte Casino habia abandonado al fervor de cada uno y á la prudencia de los superiores. Publicóse la nueva constitucion en una asamblea de monjes y abades, convocada por Luis el Pio, bajo la presidencia del mismo Benito, con el objeto de reformar las órdenes religiosas (7).

San Crodegando, obispo de Metz, sometió el clero de su catedral á una regla que prescribia la vida comun en una casa contigua á la iglesia, con voto de obediencia al archidiácono, distribuyendo las horas entre el estudio y la oracion. Aunque es verdad que él declarase querer sujetarse á las prescripciones de San Benito, introdujo en ellas varios cambios. No fué obligada la órden á la pobreza; pero cada uno debió dejar la propiedad de sus bienes á San Pablo de Metz, reservándose el usufructo vitalicio y la libre disposicion de las limosnas obtenidas por la misa, la confesion y la asistencia á los enfermos. Los miembros de la congregacion podian salir y pasearse mientras que el sol estuviese en el horizonte, pero debian volver al oscurecer; dormian en dormitorios comunes, pero en lechos separados. Los de mas edad recibian cada año una capa nueva, y la que dejaban servia á los más jóvenes; tenian, además, una piel de ternera para su calzado, y cuatro pares de sandalias al año.

Canónigos.—Esta institucion es la de los canónigos; y aunque se pueden encontrar algunos restos de antes (8), solamente entonces tuvo una regla determinada que los sujetó á la salmodia en comun, y asoció la vida monástica á la vida secular. Tuvo tal satisfaccion en ello Carlomagno, que hizo recoger en el concilio de Aquisgram todo lo mejor que se habia escrito para dirigir aquellas asociaciones que pronto se estendieron en Italia (9) y otras partes. Subsistieron de esta manera hasta el siglo XII, cuando para poner término á los escándalos que resultaban, cesaron los canónigos de comer en comunidad continuando entonces cada uno en vivir en la habitacion llamada *canónica*, y recibió una prebenda particular. Para que no cause admiracion la sumision del clero libre á nuevos rigores, debemos recordar que los bienes del clero eran administrados por el obispo, que distribuia á cada sacerdote la parte que debia asignarle; y como los obispos, por consecuencia de las costumbres mundanas que se habian introducido entre ellos, descuidaban á veces su clero hasta el punto de dejar que le faltase lo necesario, fué acogida favorablemente una institucion que le aseguraba una existencia conveniente y aun acomodada.

Aplicóse tambien Carlomagno á la reforma del clero, procurando introducir en la vida religiosa el órden y la actividad que habia llevado al gobierno temporal. En su consecuencia, dispuso que los comisionados reales examinasen si se producian quejas contra los obispos y abades; si estos vivian conforme á los cánones; cómo se sostenian las iglesias; si se cometia en ellas algun desórden que no pudiese remediar el obispo (10). Reclamó para esto una celosa cooperacion de los obispos. Citaremos como prueba la carta de Leidrado, nombrado por el obispo de Lion, una de las más importantes iglesias, pero que tambien era una de las más corrompidas. Suprimiremos todo lo que no haria sino dar una idea del mal gusto del autor.

«Al poderoso Cárlos, emperador, os habeis dignado destinarme al gobierno de la iglesia de Lion á mí, el más ínfimo de vuestros servidores, incapaz é indigno de este cargo. Pero como tratais á los hombres atendiendo menos á su mérito que á vuestra acostumbrada bondad, habeis obrado conmigo como ha placido á vuestra inefable piedad. Faltaban muchas cosas, tanto interior como esteriormente á estas iglesias. Escuchad lo que yo, vuestro

---

(7) Una estadística de aquel tiempo asigna al Imperio, con exclusion de la Italia, 83 grandes monasterios, de los cuales 23 pertenecian á la Germania, 24 á la Francia, 36 á la Aquitania; y se hallaban distribuidos en tres clases: los primeros debian al emperador donativos y servicios militares; los segundos solo donativos; los restantes no debian sino rogar por la salud del Imperio y de la nacion.

(8) Desde los primeros tiempos hubo sacerdotes afectos á las cátedras que formaban un colegio. Vivian de los bienes de la Iglesia, y asistian á los obispos en los misterios y en los sínodos. En el concilio de Laodicea del 366 se hace mencion de los salmodistas canónigos (can. 15), llamados así á causa del cánon ó catálogo donde estaban empadronados. En el siglo IV San Eusebio reunió á su clero en un edificio y en una mesa comunes, con reglas de una vida austera, de la cual tomó quizá la suya San Agustin.

(9) En Italia, el ejemplo más antiguo de que tenemos noticia, se encuentra en Como que tenia canónigos en 803; San Juan de Florencia, en 824. Fueron introducidos en Milan en el siglo XI, cuando se esperó remediar de esta manera el concubinaje. Las tablillas en las cuales se inscribian los nombres de los canónigos eran de cera; de aquí el título de *primicerius secundocerius*, etc.

(10) BALUZIO, t. I, pág. 244, 375, 453.

muy humilde servidor, he hecho desde mi llegada con la ayuda de Dios y la vuestra.

»Cuando hube, segun vuestra órden, tomado posesion de esta iglesia, obré con todo mi poder para poner los oficios eclesiásticos en el punto en que, con la gracia de Dios, han llegado poco á poco. Ha tenido á bien vuestra piedad conceder á demanda mia la restitucion de las rentas que en otro tiempo pertenecian á la iglesia de Lion; por cuyo medio se ha establecido una salmodia, en la que se sigue, tanto como hemos podido, el rito del sagrado palacio, en todo lo que se refiere al oficio divino. Tengo escuelas de cantores, de los cuales algunos hay bastante instruidos para poder instruir á otros. Además tengo escuelas de lectores, que no solo cumplen su obligacion en los oficios, sino que tambien por la meditacion de los libros sagrados se aseguran los frutos de la inteligencia de las cosas espirituales. Algunos pueden esplicar el sentido espiritual de los Evangelios; varios tienen la inteligencia de las profecias; otros de los libros de Salomon, de los Salmos y del mismo Job. En fin, he hecho todo lo que he podido para la copia de libros. Igualmente he procurado vestiduras á los sacerdotes y lo que era necesario para los oficios. Nada de lo que se hallaba al alcance de mi poder he omitido para la restauracion de las iglesias, tanto, que he hecho recubrir la gran iglesia de esta ciudad, dedicada á San Juan Bautista, y reconstruir parte de sus paredes. Tambien he reparado el techo de la iglesia de San Estéban; he construido de nuevo la de San Nazario y Santa María, sin contar los monasterios y las casas episcopales, que estaban arruinadas y he reparado y cubierto. (Continua enumerando diferentes reparaciones). Sobre todo, hemos mandado que los decretos de los antiguos reyes de los francos se ejecutasen, para que los monjes posean perpétuamente sin oposicion, todo lo que tienen en el dia, y lo que con la gracia de Dios puedan adquirir después.»

El mismo rey Cárlos dispuso que Pablo Warnefrido formase una coleccion de las homilias de San Agustin, de San Ambrosio, de San Hilario, de San Juan Crisóstomo, de Leon y de Gregorio Magnos, para que sirviesen de modelo á los oradores sagrados. Dispuso que se predicara en todas las parroquias de manera que lo comprendiese el pueblo, y que los obispos leyesen con frecuencia á sus ovejas la Biblia y los Santos Padres.

Concilios.—Opuso principalmente los concilios Carlomagno á la relajacion de la disciplina. No encontramos menos de cuarenta en su reinado. Algunos tuvieron que tratar tambien de intereses políticos, pero todos se ocuparon de la organizacion moral de la sociedad civil y religiosa. Sostuvo los cánones eclesiásticos con el brazo secular. Los decretos de reforma emanados de aquellos concilios nos revelan las costumbres y los abusos del clero, y el contraste entre la intencion del legislador y la corrupcion de los gobernados; pues todo se vuelve predicar la moral, y los actos más insignificantes están regulados allí por prescripciones; encuéntrase en ellos hasta la prohibicion hecha á los eclesiásticos de encontrarse solos con mujeres á no ser sus madres. Háceseles comunmente un cargo de la sensualidad y se les prohibieron las diversiones mundanas, el servicio militar. La avaricia de adquirir ricos patrimonios hacia que se procurase atraer á las órdenes á los jóvenes opulentos; otros entraban en ellas para sustraerse á la obligacion de llevar las armas. Declaróse Carlomagno en contra de uno y otro abuso (11). El concilio de Chalons del Saona se expresa de esta manera: «Se imputa á varios de nuestros hermanos persuadir á otros, por avaricia, que renuncien al siglo y den sus bienes á la Iglesia; que se desarraigue esta idea de los ánimos, porque el sacerdote debe buscar la salvacion de las almas, no el lucro terrestre. Las ofrendas deben ser espontáneas, y la Iglesia no tan solo debe abstenerse de los despojos de los fieles, sino que ha de socorrer á los necesitados.» (12)

No iban las cosas mejor fuera de Francia: las cartas de Bonifacio y de Beda nos muestran el estado en que se hallaba Inglaterra, pues en ella se reprueban las frecuentes peregrinaciones hechas á Roma por inglesas, que la mayor parte se corrompian en el viaje, hasta el punto de que no habia ciudad en Italia donde no se encontrasen prostitutas de esta nacion. Además, escribiendo Bonifacio á Etelbaldo, rey de Mercia (13), le echa en cara las malas costumbres de las mujeres; le cita por oposicion lo que se practicaba entre los paganos de la antigua Sajonia, donde la doncella que deshonraba la casa paterna, y la mujer que manchaba el lecho conyugal, eran á veces condenadas á ahorcarse por sí mismas y quemadas después, siendo tambien ahorcado el cómplice; en otras partes, las mujeres conducian en muchedumbre á la culpable por la aldea, con la saya corta, lacerándola y azotándola hasta que perdiese la vida. Encuéntranse con más frecuencia, en los concilios de Oriente, las huellas de las prácticas paganas, como la de consultar á los augures, festejar las calendas, las brumales, el principio de marzo; veíanse tambien las danzas de los hombres y mujeres á la manera de los antiguos; la imitacion de sus misterios, de sus juegos escénicos, de sus bufonescas bacanales, vistiéndose los hombres de mujeres y éstas de hombres; los estudiantes en derecho, para figurar la pretension de continuar los usos de Roma, celebraban de un modo profano su entrada en la escuela y en los diferentes grados que obtenian; otros celebraban agapas con los antiguos abusos ó juraban por los objetos sagrados de otros tiempos (14).

Las más estensas reglas de reforma se dieron

(11) *Cap.* de 805, c. 15.
(12) *Concil. Cabil.*, an. 813, c. 6.
(13) *Ep.* 19, ap. BARON., *ad. an.* 745.
(14) *Concil. Quinisextum.*

por el concilio Quinisexto Trullano. Después de haber permitido á los miembros del clero oriental conservar sus mujeres, prohibe á los monjes y á los clérigos asistir á los espectáculos, á las carreras de caballos, al teatro; si acuden á una boda, deben retirarse antes de la llegada de los cómicos. Recomienda además no tolerar ciertos ermitaños que vagan por la ciudad, con los cabellos largos y las vestiduras negras; no abrir hospederias en el recinto de las iglesias, cantar en éstas con decencia sin esforzar la voz, no adornar con pedrerias y magníficos vestidos á las doncellas que toman el hábito religioso. Prohibió á dos hermanos contraer matrimonio con dos hermanas, al padrino con la madre de su ahijado, al católico con una hereje, y recíprocamente. Lanza escomunion contra aquellos que hacen pinturas obscenas, ó hacen rizar artificialmente sus cabellos. Prohibe entrar en los baños con mujeres, jugar á los dados, dar representaciones teatrales ó combates con fieras. Impone seis años de penitencia á los adivinos y á los que los consultan, á los conductores de osos y á los que dicen la buenaventura. Prohibe además las invocaciones á Baco en la vendimia, vestirse los hombres de mujer ó al contrario, encender fuegos delante de las casas en la luna nueva, dar tortas en Navidad bajo pretexto del parto de Maria, por más que no hubo de enfermar, leer en la iglesia falsas historias de los mártires.

Restos del paganismo.—El paganismo no se habia desarraigado tampoco del Occidente: continuaban celebrándose fiestas ridículas, como la de los locos, en la que hombres y mujeres recorrian las calles vestidos de animales, y sobre todo de ciervos y vacas. Después de las comidas fúnebres, se representaba un espectáculo jocoso, con osos, bailarinas, figuras de demonios, llamadas talamascas, que daban ahullidos y hacian estraños gestos; terminándolo todo embriagándose. Estaban en uso otras danzas sagradas en las iglesias, en las mayores solemnidades; continuaron por espacio de mucho tiempo entre los mozárabes de España, y no habian caido del todo en desuso hace un siglo en el Franco Condado. Creíase aun en la posibilidad de hacer pacto con las potestades infernales, sobre todo para conocer el porvenir. De contínuo elevaban su voz contra estos errores los prelados y los sínodos. Ya hemos visto con qué rigor perseguia Carlomagno entre los sajones los ritos profanos y la creencia de los hechiceros. Recomendó el concilio de Tours repetir á los fieles que los magos no pueden en manera alguna remediar con encantos las enfermedades del cuerpo, ni curar los animales lisiados. El de Leptines condenó la violacion de los sepulcros, las lupercales de febrero; el tener por sagrados los bosques, y ciertas piedras; llevar amuletos y nudos; sácar augurios del vuelo de los pájaros, de las fuentes, de los caballos, de los bueyes, del fuego producido por pedazos de madera frotados uno contra otro *(nodfyr);* y lo que debe aparecer más digno de admiracion, frecuentar los templos de Júpiter y de Mercurio.

Cuando el de Nicea decidió que se debia á las imágenes de los santos un culto de honor (προσκύνησις) reservando la adoracion (λατρεία) á las de la Trinidad, el texto fué mal traducido en latin: resultó de ello que trescientos prelados, reunidos en Francfort, condenaron esta doctrina como herética, afirmando que la postracion (προσκύνησις) se debia á Dios únicamente. El papa Adriano le instruyó con caridad en la verdadera intencion de los padres de Nicea; pero la pasion se interpuso; el español Claudio, obispo de Turin, ademas de despreciar las imágenes, negaba la invocacion de los Santos, añadiendo que sus reliquias no valian más que las de los animales; y la decision del concilio no se admitió sino bajo Juan VIII cuando el bibliotecario Anastasio hizo una version más exacta.

Adopcianos.—Habiendo sido proclamados indivisibles en el Redentor las dos naturalezas divina y humana, nacia una duda sobre el punto de saber como, en la naturaleza humana, Jesucristo habia nunca podido ser hijo de Dios, que es espíritu puro, y que no engendra sino espiritualmente. Felix, obispo de Urgel, y Elipando, arzobispo de Toledo, creyeron resolver la dificultad sosteniendo que Cristo, como hombre, es hijo de Dios por adopcion, no por naturaleza; distincion próxima al dogma de Nestorio, procedente quizá del esfuerzo que se empleaba para que el misterio de la Encarnacion pareciese menos repugnante á los musulmanes, y que, con el nombre *adopcianismo*, se estendió en España y en la Galia meridional. Era esta la primera disputa en materia de fe que habia ocupado á los teólogos de Occidente después de la invasion de los bárbaros. Condenóla el concilio de Ratisbona (792), y Felix se retractó; pero volvió enseguida á su error, y la sostuvo. Confió Carlomagno á Alcuino el cuidado de refutarla, y la decision de Ratisbona se confirmó (794) por los sínodos de Francfort y de Aquisgram.

Lo que es particularmente notable en los concilios de Francia, es la armonia del poder espiritual con el poder secular, del cual el primero invocaba las luces y el apoyo. Leemos en las actas del concilio de Arlés (813): «Hemos enumerado brevemente lo que nos ha parecido merecer una reforma, y hemos resuelto presentarla al emperador, invocando su clemencia á fin de que si algo falta á este trabajo, supla á ello su prudencia; si hay algo contra razon, corríjalo su juicio; si alguna medida está prudentemente tomada, hágala ejecutar su autoridad con la bondad divina.» Y en el preámbulo del concilio de Maguncia (814): «Necesitamos especialmente de vuestro apoyo y de vuestra sana doctrina, á fin de que nos advierta y nos instruya con benevolencia; y si lo que hemos deliberado os parece digno, confírmelo vuestra autoridad; si os parece que hay algo que enmendar, ordene su correccion vuestra grandeza imperial.»

Esta armonia no podia menos de producir felices resultados. Con efecto, vemos que se hizo más regular la liturgia; se divulgó el canto gregoriano por las escuelas de Metz y de Soissons; la magnificencia prohibida en los vestidos privados de los sacerdotes, fué empleada en las santas ceremonias, y las religiosas se dedicaron á bordar espléndidamente los ornamentos de las iglesias. Wilfrido hizo trazar el Evangelio en letras de oro sobre fondo de color de púrpura y lo regaló á la iglesia de Rispon dentro de un estuche de oro enriquecido con pedrerias.

Liturgia.—Tambien se redactaron entonces los libros relativos á todas las ceremonias del culto. Así como entre los griegos se componia el *topicon*, liturgia de todo el año, comprendiendo la misa y la salmodia; el *octoecos*, canto sagrado con las diversas entonaciones; el *paracleticon*, lecciones para recitar con la misa; el *menacon*, oficio de cada mes; el *euchologion*, bendiciones y oficios; del mismo modo tuvieron los latinos el *gradual*, salmos que canta el coro después de la lectura de la epístola; el *liber orationum*, oraciones para toda la liturgia; el *leccionario*, lecturas sacadas del Antiguo Testamento y de las cartas Apostólicas; el *antifonario*, cantos que alternaban entre el coro y los fieles hasta el siglo IX, en que los repitió solo el coro alternativamente; el *evangeliarum*, evangelios dispuestos para las lecciones públicas; el *ritual* y el *pontifical romanum*, que indicaba los ritos y los actos del culto para cada fiesta. Agréguense á estos los diferentes *penitenciales*, ó código de penas eclesiásticas, y las *homiliarias*, colecciones de sermones para uso de los sacerdotes y de los fieles.

Tambien hubiera querido Carlomagno introducir la unidad en la liturgia y se leian en los libros carolinos. «Muchas naciones se han separado de la santa y venerable comunion de la Iglesia romana, pero no la nuestra, que instruida de aquella tradicion apostólica por la gracia de aquel de quien se deriva todo don perfecto, recibió siempre las gracias de arriba. Estando, pues, desde los primeros tiempos fijada en esta union y en esta religion santa, aunque con alguna diversidad para la celebracion de los diversos oficios, sin lesion de la fe, conoció, en fin, la unidad en el órden de la salmodia, tanto por los cuidados y habilidad de nuestro ilustre padre, de venerable memoria, como por la presencia en las Galias del santísimo Estéban, pontífice de Roma; de tal manera, que el órden de la salmodia no se diferenció ya en nada entre todos los que estaban reunidos por una misma fe: estas dos iglesias, unidas en la lectura sagrada de una sola é identica ley santa, se hallaron además juntas en la venerable tradicion de una sola é idéntica melodia, y la celebracion de los oficios no separó ya lo que habia reunido la piadosa devocion de una fe única.»

CAPÍTULO XIX

LITERATURA.

Fanáticos y toscos en un principio los sarracenos no pudieron menos de ser funestos al saber; y si no está probado el incendio de la biblioteca de Alejandría, es lo cierto que concuerda con los sentimientos de los primeros califas. El papa Agaton recomienda al emperador griego los legados que envia al concilio de Constantinopla (680) como hombres de íntegro celo, en quienes la fidelidad á las tradiciones ocupa el lugar de la ciencia. *Por qué*, dice, *¿cómo es posible encontrar un conocimiento perfecto de la Sagrada Escritura en personas que viven rodeadas de bárbaros y están obligadas á proporcionarse el alimento cotidiano? Por* su parte los Padres del sínodo romano escriben: *Si nuestra atencion se fija en la elocuencia profana, creemos que nadie puede lisongearse de conocerla á fondo. El furor de las naciones bárbaras agita y trastorna sin tregua nuestras provincias por medio de correrías, guerras y saqueos. Así rodeados de bárbaros llevamos una vida angustiosa y llena de fatigas: nos vemos obligados á ganar nuestra vida con nuestras propias manos, por haber perecido los bienes con que nos sostenia la Iglesia y ser la fe nuestro sustento.* Habiendo pedido el rey Pepino libros al papa Pablo I, le envió éste cuántos pudo haber á las manos. ¿Y de que se componia esta coleccion? Del antifonario, del responsal de la *gramática* de Aristóteles, de los libros de Dionisio el Areopagita, la ortografía, la gramática, todos en griego: era muy poco para un papa y para un rey.

Juan *(Gioanicio)* **de Rávena.**—No nos apresuremos, sin embargo, á achacar solo semejante miseria á la invasion de los bárbaros, puesto que no encontramos que en este punto sea mejor la situacion de Oriente; y nos suministran la prueba más completa de ello las alabanzas prodigadas á Juan de Rávena (679). El exarca Teodoro, á quien se le habia propuesto por secretario, hizo al principio muy poco caso de él en atencion á su mezquina figura; pero habiéndole dado á leer por via de ensayo una carta en griego de Constantino Pogonato, ¡cuál fué su sorpresa cuando el aspirante le preguntó si debia leerla en griego ó en latin! Cuando le vió descifrarla rápidamente en griego, le tomó á su servicio: encantado después Constantino de las cartas que Juan le escribia en nombre del exarca, quiso tenerle á su lado y le confió los primeros empleos del ministerio. En seguida le permitió regresar á su patria; pero cuando Justiniano II hizo su espedicion ó más bien su latrocinio (pág. 347), contra Rávena (709), fué preso Juan con los demás habitantes, aunque perdonándole del castigo general de perder los ojos; pero habiendo concebido algun tiempo después recelos de su persona (711), ordenó su muerte, y el heraldo debia gritar: *El elocuente poeta Juan de Rávena es condenado á morir como un raton entre dos paredes por haberse mostrado contrario al invencible augusto.*

Aquellos estériles guardadores de la ciencia antigua, á pesar de poseer aun intacta la más hermosa de las lenguas y tantos medios de estudio, no supieron hacer sino compilaciones en que se revela una docta y monótona ineptitud; mientras que los occidentales, si bien incultos en las formas y en las cosas, ofrecen ráfagas de originalidad, y son un reflejo de su época.

San Juan Damasceno.—El literato más ilustre en todo el Oriente, aunque extraño al imperio griego, fué Juan Damasceno, nacido hácia el año 676 y educado por el monje italiano Cosme, y hermano de otro Cosme, apellidado *melodos* á causa de los cánticos que compuso. Desempeñó Juan altos empleos cerca de Abd-el-Melek. Leon el Isáurico, contra el cual habia escrito para defender las imágenes santas, se vengó de él calumniándole ante el

califa, quien le mandó cortar la mano. Añádese que se la volvió la Vírgen y que pasó el resto de sus dias en el convento de San Sabas en la Palestina. Allí escribió Juan Damasceno diferentes obras, y especialmente la *Exposicion exacta de la fé ortodoxa*, primer sistema completo de dogmática, donde desenvolvió la filosofia peripatética, que habia superado al platonismo, y la aplicó á demostrar los dogmas católicos.

Sus *Paralelos sagrados* son estractos dogmáticos y morales de la Sagrada Escritura, cotejados con autores eclesiásticos, entre los cuales se cuentan muchos cuyas obras no han llegado hasta nosotros. Juan confiesa que los gentiles tuvieron conocimiento de Dios; busca en la naturaleza testimonios del Verbo Divino, y los encuentra, como San Agustin, principalmente en la semejanza con nuestra constitucion intelectual. Define la Providencia diciendo qué es «la razon divina, por medio de la cual todas las cosas se hallan ordenadas sabia y armoniosamente;» y la filosofia «conocimiento de las cosas en lo que son, esto es, en su naturaleza.»

No dijo nada que no se encuentre en los autores que le precedieron, especialmente en los peripatéticos, modificados por los Santos Padres; alteró quizá la ciencia divina concediendo más á la argumentacion humana y á la opinion de los Padres que á las Sagradas Escrituras: sin embargo, su profundo juicio y su riquísima erudicion le hacen digno de ser colocado en primera línea, no solo en la teologia, sino tambien en la filosofia, donde se le considera como uno de los fundadores de la escolástica. Los cristianos de Oriente le juzgan una regla infalible de la enseñanza teológica, que no encontró en aquellas comarcas ningun intérprete digno.

Que Carlomagno, este promovedor de todo bueno y sólido saber en Europa, no supiera ni aun siquiera escribir, es una idea que nos repugna á nosotros los modernos, acostumbrados como estamos á instruirnos en los libros; pero eran á la sazon tan raros, que se preferia la enseñanza oral; y aunque Carlomagno no pudo encontrarse en el caso de carecer de libros, tuvo que conformarse con el sistema general que consistia en leer, en oir, en discutir, abandonando la tarea de escribir á una clase inferior y mecánica. Este uso no existió solamente entonces, sino que cuatro siglos más tarde, Federico Barbaroja, protector de los poetas y tambien poeta, no sabia escribir tampoco (1): ni el rey de los francos, Felipe el Atrevido (2); ni el caballeresco Juan de Luxemburgo, rey de Bohemia, en el siglo de Dante (3); ¿qué más? Perefixe educó á Luis XIV sin enseñarle á leer ni escribir. Omitimos hablar de los muchos señores que no podian estampar en sus cartas más que una cruz por toda firma; hasta en el siglo XIV se halla esta mencion, que tal personaje no ha firmado, *por no saber escribir porque es noble*. Quizá por este motivo introdujeron los príncipes los monógramas, cifras artificialmente compuestas con las letras de su nombre (4), y que probablemente estaban hechas por el secretario.

No habiendo estudiado Carlomagno sino muy tarde la escritura, jamás pudo acostumbrar á ella su mano, aunque comunmente siempre tenia cerca de sí ciertas tablillas, sobre las cuales se aplicaba á trazar su nombre, si bien con muy poco éxito (5). Esto no le impedia ser muy instruido: se esplicaba con una elocuencia vigorosa y abundante: hablaba el latin como su propio idioma y componia versos en esta lengua. Comprendia tambien el griego y discutia á veces en las asambleas de los obispos con una precision que asombraba á los prelados; y lo más importante de todo es que amó y distinguió á todo el que acreditaba un talento distinguido: fundó escuelas, estimuló el saber, procuró que los vencedores apreciasen las ciencias, cuya tradicion se encontraba entre los vencidos, y éstos cesaran de emplear como sinónimos las palabras septentrional y bárbaro.

Cuando hizo su primera espedicion á Italia (774) vió allí los restos de aquella civilizacion insigne, ya que no moral, y se propuso trasladarla á Francia. Se llevó consigo á Pedro de Pisa, que habia sido profesor en Pavia, y á Pablo Warnefrido, historiador de los longobardos. Obtuvo el primero la direccion de la escuela de palacio, que seguia á Carlomagno donde quiera que iba, y asistian á las lecciones, además del emperador, los príncipes de su familia, y todos los personajes más distinguidos que se dirigian á su córte. Esta escuela fué confiada con posterioridad á Alcuino.

---

(1) STRUVIO, *Corpus hist. German*, I, 577.
(2) VELLEY, VI, 426.
(3) SISMONDI, V, 205.

(4) El monograma de Cárlos era 

, esto es, *Karolus*, y el de Federico Barbaroja 

Las cartas pontificias se firmaban frecuentemente con este  que significa *Bene valete*.

(5) *Tentabat scribere, tabulasque et codicillos ad hoc in lecticula sub cervicalibus circumferre solebat, ut, cum vacuum tempus esset, manum effigiandis libris assuefaceret; sed parum prospere successit labor præposterus ac sero inchoatus.* EGINARDO.

Algunos pretenden que en este pasage se trata, no de aprender á escribir, sino de aprender á escribir bien. Sin embargo, el texto no puede ser más claro.

Alcuino, 726-804.—En medio de la barbarie que los anglo-sajones habian llevado á Inglaterra, el cristianismo habia fundado allí monasterios que llegaron á ser focos de piedad, de celo y de ciencia. La escuela de York poseia una rica biblioteco, y entre el número de las obras que contenia, se contaban las de Aristóteles. Allí se pulian los talentos con el estudio de las letras profanas, aprendiendo gramática, retórica, poesia, jurisprudencia, historia natural, matemáticas, astronomia, cronologia, además de las Sagradas Escrituras. Alcuino nació en York y allí fué educado. Habiéndose encaminado después á Roma para solicitar allí el palio de un nuevo arzobispo de su patria, á su regreso pasó á Parma, donde fué conocido por Carlomagno. Este indujo á Alcuino á fijar su residencia en Francia, donde le asignó en breve tres opulentas abadias: le hizo su consejero íntimo, y le constituyó reformador de las letras, como él lo era de la política. Alcuino escribió comentarios sobre la Sagrada Escritura, buscando en ella alegorias y sentidos morales; tratados dogmáticos y trabajos de liturgia: *Sobre los vicios y las virtudes*, enteramente práctico, y en que se descubre de una manera ingeniosa de observar la naturaleze humana; otro *Sobre la razon del alma*; y además obras literarias, por ejemplo, un diálogo entre el autor y Cárlos, en el cual le espone los métodos de los antiguos retóricos y sofistas, con especialidad en lo concerniente á la dialéctica y á la elocuencia forense. Tambien escribió vidas de santos y la de Carlomagno, que por desgracia se ha perdido, á la par que nos quedan demasiadas poesias suyas, sobre asuntos del momento en su mayor parte (6).

Escribe en una lengua inculta, con un estilo duro, haciendo ostentacion de ciencia, y además prodigando hasta el esceso adornos que no realzan la trivialidad de las ideas. Aun cuando argumenta al estilo de los teólogos, se cuida muy poco de la forma, y sabe elevarse hasta la filosofia y la literatura antigua. Muéstrase versado, no solo en el conocimiento de los Padres latinos, sino tambien en el de los mejores autores profanos. Supo todo cuanto las ciencias abarcaban en su tiempo, y reunia las dos literaturas, civil y religiosa, cuyo divorcio parecia absoluto.

En la escuela del palacio, donde se renovaban cotidianamente los oyentes, y á donde les llevaba más bien el deseo de cultivar su entendimiento que la necesidad de aprender una ciencia, no era posible dar lecciones encadenadas y progresivas sobre una materia determinada. De consiguiente, es probable que Alcuino tratara cada vez un asunto diverso, ajustándose á los oyentes que acudian á la escuela, á las preguntas que le eran dirigidas, al interés del momento, y á los conocimientos que él mismo adquiria gradualmente. Nos queda una *disputa* entre él y Pepino, rey de Italia, que trasladamos aquí en parte (7), para dar una idea de aquella en-

(6) El abate Froben publicó en Ratisbona la mejor edicion de las obras de Alcuino, 1777, 2 tomos en fólio.

(7) *Pepino.* ¿Qué es la escritura?
Alcuino. La guardadora de la palabra.
P. ¿Qué es la palabra?
A. El intérprete del alma.
P. ¿Qué es lo que da nacimiento á la palabra?
A. La lengua.
P. ¿Qué es la lengua?
A. El látigo del aire.
P. ¿Qué es el aire?
A. El conservador de la vida.
P. ¿Qué es la vida?
A. Un goce para los venturosos, un dolor para los míseros, la espectativa de la muerte.
P. ¿Qué es la muerte?
A. Un acontecimiento inevitable, un viaje incierto, un asunto de llanto para los vivos, la confirmacion de los testamentos, el ladron de los hombres.
P. ¿Qué es hombre?
A. El esclavo de la muerte, un viajero pasajero, huésped en su morada.
P. ¿Cómo está colocado el hombre?
A. Como una linterna espuesta á los vientos.
P. ¿Dónde está colocado?
A. Entre seis paredes.
P. ¿Cuales son?
A. Lo de encima, lo de abajo, lo de delante, lo de atrás, la derecha y la izquierda.
P. ¿Qué es el sueño?
A. La imágen de la muerte.
P. ¿Qué es la libertad del hombre?
A. La inocencia.
P. ¿Qué es la cabeza?
A. La cima del cuerpo.
P. ¿Qué es cuerpo?
A. La morada del alma.
Aquí se habla de las diversas partes del cuerpo, y luego continua:
P. ¿Qué es cielo?
A. Una esfera movible, una bóveda inmensa.
P. ¿Qué es la luz?
A. La antorcha del dia.
P. ¿Qué es el dia?
A. Una escitacion al trabajo.
P. ¿Qué es el sol?
A. El esplendor del universo, la belleza del firmamento, la gracia de la naturaleza, la gloria del dia, el distribuidor de las horas...
P. ¿Qué es tierra?
A. La madre de todo lo que crece, la nodriza de todo lo que existe, el granero de la vida, el abismo que lo devora todo.
P. ¿Qué es el mar?
A. El camino de los audaces, la frontera de la tierra, la hospederia de los rios, el manantial de las lluvias...
P. ¿Qué es invierno?
A. El destierro del verano.
P. ¿Qué es primavera?
A. El pintor de la tierra.
P. ¿Qué es verano?
A. El poder que viste á la tierra y madura los frutos.
P. ¿Qué es otoño?
A. El granero del año.

señanza desparramada y absoluta, en la que pueriles preguntas producen á menudo respuestas tambien pueriles. Nótase en ellas esa curiosidad ávida que en la juventud del hombre, como en la de las sociedades, se aventura al acaso, sobre todo lo que

---

P. ¿Qué es año?
A. La cuadriga del mundo...
P. Maestro, tengo miedo al mar.
A. ¿Qué es lo que al mar te lleva?
P. La curiosidad.
A. Si tienes miedo, te seguiré adonde quiera que vayas.
P. Si supiera yo lo que es una nave, te prepararia una para que vinieras conmigo.
A. Una nave es una casa errante, una posada en todas partes, un viajero que no deja en pos de sí ninguna huella...
P. ¿Qué es yerba?
A. La vestidura de la tierra.
P. ¿Qué son legumbres?
A. Los amigos de los médicos, la gloria de los cocineros.
P. ¿Qué es lo que hace dulces las cosas amargas?
A. El hambre.
P. ¿De qué no se cansan los hombres?
A. De la ganancia.
P. ¿Cuál es el sueño de los que están despiertos?
A. La esperanza.
P. ¿Qué es la esperanza?
A. El alivio del trabajo, un suceso dudoso.
P. ¿Qué es la amistad?
A. La similitud de las almas.
P. ¿Qué es la fe?
A. La certidumbre de las cosas ignoradas ó maravillosas.
P. ¿Qué es lo maravilloso?
A. He visto hace poco un hombre en pié, andar á un muerto y que jamás ha existido.
P. ¿Cómo puede ser eso? esplicádmelo.
A. Es una imágen en el agua.
P. ¿Porqué no he comprendido eso por mí mismo habiendo visto tantas veces una cosa semejante?
A. Como eres jóven, de buen carácter y dotado de natural talento, te propondré otras cosas estraordinarias; prueba á descubrirlas por tí mismo.
P. Así lo haré, pero si me equivoco corrígeme.
A. Se cumplirá tu deseo. Alguno á quien no conozco ha conversado conmigo sin lengua y sin voz; no habia existido antes, ni existirá después, y no le he oido ni conocido.
P. Quizá haya sido un sueño.
A. Precisamente, hijo mio. Oye además esto: he visto á los muertos engendrar al vivo, y por el soplo del vivo han sido consumidos los muertos.
P. Quizá frotando dos ramas ha nacido el fuego que ha consumido á las ramas.
A. Es verdad.

Siguen aquí catorce enigmas por el estilo, y la conversacion concluye así:

A. ¿Qué es lo que existe y no existe al mismo tiempo?
P. La nada.
A. ¿Cómo puede existir y no existir?
P. Existe de nombre, no de hecho.
A. ¿Qué es un mensajero mudo?
P. El que tengo en la mano.
A. ¿Qué teneis en la mano?
P. Mi carta.
A. Lee, pues, felizmente, hijo mio.

se presenta, multiplica frívolas preguntas, se contenta con frívolas razones, se complace en analogías inesperadas y en cuanto ofrece sutileza de ingenio.

Academia.—Esta disposicion infantil, resultado de una naturaleza salvage que se educaba á la sazon en las reminiscencias clásicas, aparece en una institucion que se ha continuado después en los siglos más cultos: queremos hablar de una academia formada de cuantos hombres reunia la córte dotados de un talento insigne. Cada uno tomaba allí un nombre histórico: Carlomagno se llamaba David; Alcuino, Flaco; Wala, Arsenio ó Jeremias; Angilberto, Homero; Fridigiso, Nataniel; Amalarico, Sinfosio; Gisla, Lucia; Gundrada, Eulalia, y se designaban entre sí con estos nombres (8). Cuando aun en Italia pudiéramos sentirnos con animo de reir de estas niñerias de hace diez siglos y que todavia existen hoy, convendria reflexionar que solazaban al hombre más ilustre de la Edad Media, al más distinguido talento de aquel siglo. De importancia muy distinta era frecuentemente la correspondencia de Alcuino con sus contemporáneos, de la cual nos quedan doscientas treinta y dos cartas, treinta de ellas dirigidas á Carlomagno, no para hacerle la corte, sino sobre puntos importantes, ora de política, de religion ó de ciencia.

Cuando Alcuino pidió descanso, Carlomagno le permitió retirarse á su abadia de San Martin, que poseia entonces más de veinte mil colonos. Restableció allí la disciplina, hizo llevar de York libros y multiplicar las copias, y formó muchos discípulos. «Yo, vuestro Flaco (escribia á Cárlos), segun vuestra exhortacion y vuestra sabia voluntad, me dedico á preparar á los unos, bajo el techo de San Martin, la miel de las Sagradas Escrituras; trato de embriagar á los demás con el vino rancio de los antiguos estudios; nutro á éstos con los frutos de la ciencia gramatical; hago brillar á vista de aquellos el órden de los astros. Pero me faltan los libros más escelentes de erudicion escolástica que me habia procurado en mi patria. Pido, pues, á vuestra escelencia, que me permita enviar algunos de nuestros servidores, con el objeto de que traigan á Francia las flores de la Bretaña..... En la mañana de mi vida, he sembrado en la Bretaña los gérmenes de la ciencia, ahora cercano á la noche, y aunque mi sangre se ha enfriado, no dejo de sembrarlos en Francia, y espero que con la gracia de Dios prosperarán en uno y otro pais.

Conociendo Alcuino la importancia de la litetura clásica, se dedicó á corregir los manuscritos alterados, mutilados ó traspuestos por amanuenses.

---

(8) Como vivo en el pais de los poetas árcades, apenas me atrevo á sonreir cuando leo la ep. 11 de Alcuino Riculfo: «Soy como un padre privado de sus hijos. Dametas está en Sajonia, Homero en Italia, Cándido en la Bretaña: una enfermedad detiene á Martin en San José, y no tengo noticias de Mopso.»

Dirigió principalmente su atencion sobre los libros sagrados, recomendando la exactitud de los puntos y comas, y encontrando más mérito en copiar textos que en plantar viñas (9). Después de haber hecho una copia de la Biblia con mucho cuidado, la presentó á Carlomagno, como un tributo digno á la vez del talento del que la ofrecia y de la proteccion que daba el soberano á quien se destinaba. El ejemplo que dió, multiplicó los buenos amanuenses, para quienes el arte fué un orígen de fortuna y aun de gloria; y las bibliotecas de los monasterios se enriquecieron tambien con manuscritos profanos. Esforzándose los mejores amanuenses en desterrar los caractéres teutónicos, para adoptar los hermosos caractéres redondos romanos. Empezó esta reforma en el convento de San Wandrilo, por los monjes Ovon y Harduino, y que nos ha valido los hermosos manuscritos de los religiosos de Reims y Corbia.

Debilitado por los años, renunció Alcuino en favor de sus discípulos, las cuantiosas abadias con que estaba investido, y no se ocupó más que de la salvacion de su alma y de la salud de su cuerpo.

Además de este gran hombre, todo el que visitaba el palacio de Carlomagno le hallaba rodeado no solo de una córte de reyes vencidos, como á Tigranes y Atila, y en nuestro siglo, á Napoleon en Dresde, sino de una guirnalda envidiable. Deben, en efecto, añadirse, á los miembros ya citados de su academia, á Leidrado, nacido en la Norica, bibliotecario, que fué arzobispo de Lion, y convirtió millares de adopcianos; á Esmaragdo, abad de San Miguel, que escribió sobre la gramática siguiendo las huellas de Donato, y la *Via regia*, para la instruccion de los príncipes; á San Benito de Aniano, de quien hemos hablado; á Angesico de la Borgoña, intendente de las fábricas y el primero que coleccionó las capitulares; á los ostrianos Adalardo, que, independientemente de los estatutos de su abadia de Corbia, ha dejado cartas y el tratado del órden interior del palacio, y Tegano, que después escribió la vida de Luis el Pio; al español Agobardo, autor de obras teológicas, de cartas y poesias; á Raban Mauro, abad de Fulda y arzobispo de Maguncia, quien, después adquirió gran fama y dejó cincuenta y una obras de teologia, de moral, de filosofia, de cronologia; después á Teodolfo, godo de Italia, á Paulino de Aquilea, y á algunos otros de que hablaremos después. Como se vé, la mayor parte son sacerdotes, y se dedicaron particularmente á materias de religion, otro de los caractéres de aquel siglo. No los encontró ya Carlomagno formados y con renombre, felicidad que fué reservada á Augusto y Leon X; casi todos crecieron, gracias á sus instituciones, y supo emplearlos en las misiones, en las reformas, en su cancilleria, en el clero y en la legislacion, segun la aptitud de cada uno.

Escuelas.—Un dia desembarcan mercaderes bretones en Francia y con ellos dos escotos de Hibernia, que no cambian efectos, pero que van gritando que tienen consigo la ciencia. Habiendo sido informado, Carlomagno les envió á llamar. Eran Clemente y Juan Mailors, discípulos de Beda; le dicen entonces que poseen la sabiduria, y no piden por comunicársela más que el alimento, el vestido, un lugar conveniente y personas inteligentes. Puso al segundo Carlomagno en el monasterio de San Agustin, cerca de Pavia, para que abriese allí una escuela; al otro en las Galias para instruir tambien gran número de niños, tanto de las primeras familias como de la clase media é inferior. De vuelta el emperador, después de una larga ausencia, se hizo presentar aquellos discípulos y quiso que le manifestasen un bosquejo de lo que habian aprendido. Los de baja y mediana clase sobrepujaban sus esperanzas; los nobles no le ofrecieron sino ignorancia. Entonces hizo colocar á los primeros á su derecha, y les habló de esta manera: *¡Gloria á vosotros, hijos mios, por haber secundado tan bien mi celo! Aplicaos á perfeccionaros, y os daré buenos obispados, magníficas abadias y siempre pensaré en vosotros.* Volviéndose después á los que tenia á su izquierda, dirigiéndoles una amenazadora mirada y un juramento que le era familiar, dijo: *Por lo que á vosotros toca, nobles delicados, galanes, que orgullosos con vuestro nacimiento, despreciais mis órdenes y preferis á la gloria del estudio la molicie, el juego, la ociosidad, las ocupaciones frívolas; por el Rey del cielo, que os admire quien quiera. Por lo que á mí toca, no hago el menor caso de vuestro nacimiento y de vuestra delicadeza; y sino os apresurais á reparar el tiempo perdido con una constante aplicacion, nunca obtendreis nada de Cárlos* (10).

Escribia además al abad Bugulfo y á su congregacion en los términos siguientes: «Que sepa vuestra devocion grata á Dios, que de concierto con vuestros fieles, hemos juzgado útil; que en los episcopados y en los monasterios confiados por el favor de Cristo á nuestro gobierno, se atienda no solo á vivir segun las reglas y la santa religion, sino tambien á instruirse en las letras segun la capacidad de cada uno. Porque aunque sea mejor hacer bien que saber, es preciso saber antes de hacer. Además, habiéndonos dirigido varios monasterios en estos últimos años escritos en los cuales se nos anunciaba que los hermanos rogaban por nos, hemos notado que en la mayor parte los sentimientos eran buenos y las palabras groseramente incultas, no sabiendo la indócil lengua expresar correctamente lo que una devocion piadosa inspiraba

(9) *Est opus egregium sacros jam scribere libros,*
Nec mercede sua scriptor et ipse caret...
Fodere quam vites melius est escribere libros:
Ille suo ventri serviet, iste animo.

(10) MONAC. SANGALL.

interiormente. Hemos empezado pues, á temer que la inteligencia de las Sagradas Escrituras fuese mucho menor que lo que debia ser... Por lo cual exhortamos, no solamente á no descuidar el estudio de las letras, sino tambien á trabajar, con humilde corazon, para poneros en estado de penetrar con facilidad y seguridad los misterios delas Sagradas Escrituras, cuyas alegorias y figuras comprenderá más fácilmente el que se halle instruido en la ciencia de las letras. Que se elija, pues, para esta obra, á hombres que tengan voluntad y posibilidad de aprender y el arte de instruir á los demás... Si os es caro nuestro favor, facilitad copias de esta carta á todos los obispos sufragáneos y á los monasterios.» (11)

Difícilmente quedaban sin resultado los deseos de Cárlos; por lo cual en su tiempo tuvieron principio las escuelas de que salieron en el siglo siguiente hombres insignes. Y si bien parece que limitaba sus cuidados á los eclesiásticos, en algunos lugares se tomaban iguales medidas respecto de los seglares, como lo demuestra una capitular de Teodolfo, obispo de Orleans, concebida en estos términos: «Que los sacerdotes sostengan las escuelas hasta en las aldeas y en los campos; y si algun fiel quiere confiarles sus hijos para instruirles en las letras, que no se nieguen á ello; que los instruyan, por el contrario, con perfecta caridad, sin exigir ningun precio, contentándose con lo que los padres les ofrezcan voluntariamente y por afecto» (12).

Hizo componer Carlomagno libros por Alcuino para uso de aquellas escuelas, y tambien por Pablo el Diácono un *Homiliario* purgado de solecismos y de sentidos viciosos. Quiso además que los obispos fuesen capaces de predicar y amigos del estudio. Y elegia para llenar las sillas vacantes, á hombres de talento esperimentado. Parecióle tambien propia la música para suavizar los corazones; y así trajo de Italia muchos cantores, para enseñar el método gregoriano y tocar el órgano. Construyéronse algunos de estos instrumentos por el veneciano Jorge, á imitacion de aquel que Constantino V habia enviado á Pepino.

No juzgó Carlomagno indignas de sus cuidados á las lenguas teutónicas; antes bien empezó una gramática, é hizo recopilar los antiguos cantos nacionales, en los cuales se recordaban los nombres y los fastos de los antiguos reyes (13). Pensaba, además, con el objeto de la uniformidad, imponer el uso de la lengua tudesca en toda la extension del imperio; pero conoció, ó que era una empresa imposible, ó que seria dañosa á la civilizacion. Tambien se le atribuyen los nuevos nombres dados á los vientos, fuera de los cuatro cardinales (14), y haber aplicado á los meses denominaciones significativas (15). Su hijo Luis, hizo más tarde poner en versos tudescos, por un sajon, los dos Testamentos; pero prohibió, tal vez por un esceso de devocion, leer y enseñar los antiguos cantos (16), que de esta manera se perdieron.

Dispusieron tambien los obispos que conteniendo las *Homiliarias* la esposicion de la fe y de la moral evangélica, se tradujesen en lengua romana y teutónica (17). El tudesco se hablaba desde las orillas del Soma y del alto Mosa hasta las fronteras eslavas, y se conservó entre los borgoñones del Lionesado y del Vienesado. Estaba en uso, en union del romano, en las orillas del Loira; pero en Italia se habia estinguido ante el antiguo idioma, el cual adoptaron hasta los longobardos.

Propagábase el saber no tan solo por la córte, sino tambien por los monasterios. El de Fulda educaba la Germania, y salieron de él monjes que marcharon á fundar conventos y difundir la instruccion en Reichenau, Hirschau y Osnabruch. El griego era principalmente enseñado en el último. Francos, bávaros, frisones, suevos, ingleses, acudian á Utrech, á las lecciones de Gregorio, discípulo de San Bonifacio. La escuela de Corbia (*Corwey*) fué fundada por San Anicario y por Pascasio Ratberto para civilizar la Sajonia: salieron de la escuela establecida por Alcuino en Tours, obispos y abades, que si bien no pueden contarse por sus libros entre los literatos, fueron más útiles que éstos ofreciendo asilos á la civilizacion, asaltada en todas partes por una nueva barbarie. Parece que los árabes los consideraron como antemural contra ella, pues al arrojarse desde la España ó desde el mar para caer sobre la Europa, dirigian sobre los conventos sus ataques. El de Lerins, que habia producido tantos prelados, sucumbió á sus golpes; todos los monjes fueron muertos con Porcario, su abad.

Teología.—Era la teologia la reina de las ciencias y su principal objeto la esplicacion de las Sagra-

(11) BALUZIO, I, 201.

(12) *Teod., cap.* I, 120.

(13) *Barbara et antiquissima carmina, quibus veterum regnum actus ac bella canebantur, scripsit, memoriæque mandavit.* EGINARDO, c. 29.

(14) *Ostroni wind; ostsundroni-wind; sundostroni-wind; sundroni-wind; sundwestroni-wind; westsundroni-wind; westroni-wind; westnordroni wind; nordwestroni-wind; nondroni-wind; nordostroni-wind; ostuordroniwind.* EGINARDO.

(15)

Winter-manoth.	. .	Mes del invierno.
Hornung	.. . .	— de fango.
Lentzin	. . .	— de primavera.
Oster	. . .	— de pascuas.
Wine	. . .	— de amor.
Brach	. . .	— de sol.
Hewin	. . .	— de heno.
Aran	. . .	— de cosecha.
Wintu	. . .	— de vientos.
Windume	. . .	— de vendimia.
Herbist	. . .	— de otoño.
Heilag	. . .	— de muerte.

(16) THEGAN, *De gestis Lodovici*, c. 19.

(17) *Conc. Turon.*, año 813. can. 17.

das Escrituras; pero como tal esplicacion exige otros conocimientos, éstos se hallaban sometidos á la ciencia de Dios. La division conocida de *trivio* y *cuadrivio* de Casiodoro y de Boecio, fué llevada de Italia á Inglaterra por Agustin, á España por Isidoro de Sevilla y á Francia por Alcuino. Nada nuevo aventuraban, pues, los teólogos, ni de su propia cosecha en la interpretacion de los libros sagrados, sino que se limitaban á acumular las citas de los Padres. No hubieran podido obrar de otra manera, ignorando las lenguas originarias y no sabiendo ejercer la crítica histórica. Tenemos un ejemplo sorprendente en el hecho que hemos apuntado de la repugnancia de las iglesias francas á admitir el decreto del II concilio de Nicea, cuando pudiera haberse zanjado la cuestion, inmediatamente recurriendo al texto griego.

Otras ciencias.—Ateníase la dialéctica á Aristóteles, aunque muy lejos de adivinar su ingenio ni su atrevimiento. Hallábase la aritmética llena de trabas por la numeracion romana, y aunque se supliera á su insuficiencia con estravagantes cálculos por los dedos (18), tampoco servian para el objeto cuando se trataba de fracciones. La ciencia de los números tuvo que aplicarse principalmente á los cómputos de las fiestas movibles y de las lunaciones. Alcuino fué muchas veces consultado por Carlomagno sobre este punto. La geometria y la astronomia indicaban lo que habia de más elevado en la filosofia natural, repeticiones mezquinas de las cosas antiguas sin crítica ni esperimentos. De consiguiente, es notable hasta lo sumo hallar indicada en Beda la causa de las mareas tal como la indicó Newton posteriormente; y la forma esférica de la tierra con la existencia de los antípodas, sostenida por el irlandés Virgilio, obispo de Salzburgo y discípulo de San Columbano.

El pequeño número de cartas que nos han quedado de esta época, dan testimonio del estremado descuido de la lengua y de la sintáxis. Si pasamos á los libros, veremos que estos pecan por el contrario por un cuidado escesivo, por una afectacion de voces estravagantes, de metáforas estrañas y acumuladas, embutiendo espresiones griegas y latinas, deleitándose en los juegos de palabras y mostrando un énfasis que repugna á la sencillez de las imágenes. Exagerando aun más este estilo y comprimiéndolo en una medida inexacta, tendremos lo que se llamaba entonces poesia, á la vez trivial y ampulosa, que en las composiciones ligeras se pierde en bagatelas, imitando las de una literatura que vuelve á su infancia. Cuando canta empresas heróicas, no sabe reunir los dos elementos de que necesita toda epopeya, la imaginacion y la narracion. Esto no impedia á los poetas compararse entre sí á los escritores más ilustres (19) de quienes quizá nunca habian visto las obras.

Poetas.—Adhelmo, obispo de los anglos occidentales (709), hizo treinta y seis versos, en los cuales se halla el primero leyendo al revés el último; el acróstico hácia abajo; el telóstico hácia arriba. Compuso además muchos enigmas en que hay acumuladas dificultades de la misma especie (20). Eugenio, obispo de Toledo (657), escribió versos elegiacos y morales, no sin entregarse á juegos pueriles, ó si se quiere seniles, de lo cual dan testimonio dos epitafios acrósticos y telósticos, uno de ellos destinado á sí propio da *Eugenius* con las letras iniciales, y *misellus* con las finales. Hay uno cuyas palabras están cortadas de una manera estrambótica (21). A veces, sin embargo, aparece felicísimo en el pensamiento y á veces hasta en la espresion (22).

Las inscripciones sepulcrales pueden darnos idea de la versificacion en Italia. La de Cuniberto, en San Salvador de Pavia (23), donde reposaban tam-

---

(18) BEDA, *De indigitatione*.

(19) He aquí lo que Pedro de Pisa escribia en verso á Pablo el Diácono.

Qui te, Paule, poetarum
Vatumque doctissimum
Linguis variis, ad nostram
Lampantem provinciam
Misit, ut inertes aptes
Fœcundis seminibus?
Græca cerneris Homerus,
Latina Virgilius,
Flaccus crederis in metris,
Tibullus eloquio.

Pablo respondia del modo siguiente á estas exageraciones, probando, mejor aun con el hecho que con las palabras, que no los merecia.

Peream si quemquam horum
Imitari cupio,
A via quam sunt secuti
Pergentes per invidiam
Potius, sed istos ego
Comparabo canibus.
Tres aut quatour in scholis
Quas didici syllabas,
Ex his mihi est ferendus
Manipulus adorea...

(20) Los acrósticos del prólogo dicen:
Adhelmus cecinit millenis versibus odas.

(21) O Jo *versículos nexos quia despicis* HANNES, etc.

(22) Como por ejemplo, en estos versos sobre el verano:

Nunc polus Phœbi nimio calore
Æstibus flagrat, fluviosque siccat,
Intonat tristis, jaculansque vibrat
Fulmina dira.
Ingruit imber inimicus arvis,
Flore nam suevit spoliare vires:
Spem quoque frugum populat nivosis
Grando lapillis.
Bufo nunc turget inimica sylvis
Vipera lædit, gelidusque cimex,
Scorpius ictu jugula, paritque
Stellio pestem.
Musca nunc sævit, piceaque blatta,
Et culex mordax, olidusque cimex
Suetus in nocte vigilare pulex,
Corpora pungit.

(23) *Aureo ex fonte quiescunt in ordine reges*

bien Ariberto y Pertarito, es pobre, como tambien la de Ansprando (24); algo mejor es la de Audoaldo, duque de Pavia, muerto por los años de 718 (25).

Probablemente á esta época pertenece un tal Vespa, de quien nos queda el pleito entre un cocinero y un tahonero (*Judicium coci et pistoris*), sobre la preeminencia de su respectivo arte. Vulcano falla sobre su disputa, declarando ser digno de estimacion el arte que cada uno de ellos ejerce; y les amenaza para el caso en que no se retiren en paz ambos, con negarles igualmente su ministerio, sin el cual no son nada. Esta composicioncilla no carece de ingenio ni de mérito poético.

La espedicion del patricio Juan á Africa en 694 fué cantada por un tal Cresconio. Tambien nos quedan de los obispos de Toledo Isidoro y Julian, himnos, epitafios y epígramas. Teodulfo, godo de Italia, llamado á Francia por Carlomagno, nombrado obispo de Orleans, abad de Fleury, y empleado muchas veces en calidad de delegado real, fué depuesto como delincuente de urdir tramas en tiempo de Luis el Pio y confinado á Angers, donde exhaló el último aliento. Poseemos un libro suyo sobre el bautismo; otro sobre el Espíritu Santo, y algunos himnos, entre los cuales ha adoptado la iglesia el de las palmas. *Gloria, laus et honor tibi sit, rex Christe redemptor.* En la *Paræsis ad judices*, exhorta é instruye á los jueces enviados por los reyes, esponiendo los medios que se ponen en planta para corromperlos, advirtiéndoles que consideren á los hombres como iguales, y sugiriéndoles respecto de los que padecen, miramientos de más delicadeza, de la que podia esperarse encontrar en un siglo de tosquedad y de fuerza (26).

Controversistas.—El friulano Paulino escribió tambien cartas é himnos (802): pero es mucho más célebre por haber argumentado en contra de los errores de Félix y de Elipando. Habiendo asistido á todos los concilios celebrados en el imperio, á él son especialmente debidos los decretos del concilio de Aquisgram. Carlomagno le donó los bienes de un parcial de Desiderio, muerto en la guerra; y con posterioridad recibió una casa de campo y el patriarcado de Aquilea.

San Julian, obispo de Toledo (690), trató en sus *Pronósticos* de la vida futura y del estado de las almas antes de la resurreccion, estableciendo claramente el dogma del purgatorio; además ha dejado la guerra del rey Wamba contra el duque rebelde Pablo, y otras obras en prosa y verso.

Beda, 672-735.—El venerable Beda, nacido en el condado de Durham, fué colocado á la edad de siete años en el convento de Viremont, desde donde pasó al de Jarow. Toda su vida estuvo dedicado á estudiar las ciencias y la Sagrada Escritura. Acusado de heregia, porque daba la preferencia al computo del texto hebráico sobre el de los LXX relativamente á la época del nacimiento de Jesucristo, se defendió demostrando que en aquel punto era libre la opinion, á la par que no era lícito hacer conjeturas respecto de la época en que debia acabar el mundo, cosa que Dios ha querido tener oculta á los hombres. Además de la lengua latina poseia tambien la lengua griega. Cultivó la poesia, la astronomia, la aritmética, el canto y escribió casi sobre todas las materias, no siempre de una manera servil; siendo bien construidos algunos de sus versos (27). Su contraste de la primavera con el invierno es la última tentativa de poema bucólico en idioma latino, y le valió las alabanzas que le fueron dedicadas en los tiempos inmediatos al suyo.

Historiadores.—Aun en la actualidad se leen útilmente algunas de sus vidas de santos, y especial-

---

Avus, pater, hic filius eiulandus tenetur
Cunigpert florentissimus et robustissimus rex,
Quem dominum Italia patrem atque pastorem,
Inde flebile maritum jam viduata gemit.
Alia de parte si originem quæras
Rex fuit avus, mater gubernacula tenuit regni:
Mirandus erat forma, pius; mens, si requiras,
Miranda.....

(24) *Ansprandus, honestus moribus, prudentia pollens,*
Sapiens, modestus, patiens, sermone facundus,
Adstantes qui dulcia, flavi melis ad instar,
Singulis promebat de pectore verba.
Cujus ad æthereum spiritus dum pergeret axem,
Post quinos undecies vitæ suæ circiter annos
Apicem reliquit regni præstantissimo nato
Lyutprando inclyto et gubernaculo gentis.
Datum Papiæ, die iduum junii, indictione X.

(25) *Sub regibus Liguriæ ducatum tenuit audax*
Audoald armipotens, claris natalibus ortus,
Victrix cujus destra subegit naviter hostes
Finitimos, et cunctos longe lateque degentes,
Belligeras domavit acies, et hostilia castra
Maxima cum laude prostravit Didimus iste,
Cujus hic est corpus hujus sub tegmine cautis...

Y más abajo se lee:

At non fama silet, vulgatis fama triumphis,
Quæ vivum, qualis fuerit, quamtusque per urbem
Innotuit laurigerum et virtus bellica ducem;
Sexies qui denis peractis circiter annis
Spiritum ad æthera misit, et membra sepulchro
Humanda dedit, prima cum indictio esset
Die nonarum juliarum, feria V.

---

(26) *Qui patre seu matre orbatur, vel si qua marito,*
Istorum causas sit tua cura sequi:
Horum causiloquus, horum tutela maneto;
Pars hæc te matrem noverit, illa virum.
Debilis, invalidus, puer, æger, anusve, senexve,
Si veniant, fert opem, his miserando, piam;
Fac sedeat, qui stare nequit, qui surgere prende:
Cui cor voxque tremit, pesque manusque, juva;
Dejectum verbis releva, sedato minacem:
Qui timet, huic vives: qui furit, adde metum.

(27) Como estos sobre la muerte de un cuclillo:

Collibus in nostris erumpant germina læta,
Pascua sint pecori, requies et dulcis in arvis,
Et dulces rami præstent umbracula fessis,
Uberibus plenis veniantque ad mulctra capellæ,
Et volucres varia Phœbum sub voce salutent.

mente su *Historia eclesiástica de Inglaterra* (28). Habiéndose propuesto narrar los acontecimientos de su patria, pidió noticias al abad Albino, versadísimo en el conocimiento de los hechos relativos á Inglaterra; le proporció datos tambien Nortelmo, sacerdote de Lóndres. Sacó de los archivos de Roma un gran número de cartas que insertó en el relato, dando de esta suerte ejemplo de las historias eruditas. Rico con estos documentos bebidos en buenas fuentes, escribió cinco libros, arrancando la narracion desde la época de Julio César hasta el año 731, cuatro años antes de su muerte. Aun cuando se propuso referir solamente los hechos eclesiásticos, estos se hallan enlazados á los hechos políticos, de tal manera, que su obra viene á ser una autoridad preciosa.

Presenta la misma fisonomia el compendio de la historia universal que el abad Jorge, el sincelo de Tarasio, patriarca de Constantinopla, habia emprendido escribir empezando en la creacion del mundo (29). Sintiendo su muerte próxima, cuando todavia no habia llegado en su libro más que al reinado de Diocleciano, rogó al abad Teofanes que continuara su trabajo, lo cual verificó éste prosiguiéndolo hasta su tiempo (813). Este compendio trae noticias bastante extensas sobre los asuntos eclesiásticos en el imperio de Oriente, que formaban toda su vida interior entonces.

Pablo Diácono, 740-801.—No encontramos otro historiador que haya escrito en griego; pero entre los que han empleado el idioma latino, merece mencion especial Pablo Warnefrido. Habia nacido en Cividal, en el Friul, y fué diácono de la iglesia de Aquilea. Recuerdos todavia vivos le sirvieron para componer la *Historia de los longobardos:* pero solo llegó á Rotaris, tal vez por ahorrarse el peligro y la dificultad de referir sucesos recientes, en que el favor y el odio hubieran podido alterar sus juicios: Erchemperto, hijo del longobardo Adelgario, la continuó en lo concerniente á los príncipes de Benevento.

Cuando cayó el trono de los longobardos, Pablo, retirándose al monasterio de Monte Casino, siguió adicto á sus destronados reyes, y prestó apoyo á las tentativas de Adelquis para recuperar la corona. Viles consejeros, que nunca faltan para empañar con su abyeccion la generosidad de un príncipe, escitaban á Carlomagno á permitir que sufriera el diácono la pérdida de las manos y de los ojos, pero él les respondió: *¿Y dónde hallaremos una mano tan hábil para escribir la historia?* y lo llevó consigo á Francia, donde le hizo compilar el *Homiliario* para todas las fiestas.

Lo trató con benevolencia y le dirigia enigmas en verso, que esplicaba igualmente en verso Pablo. Además le enviaba, cuando este hubo regresado al monte Casino, afectuosos saludos (30). Pablo compuso la *Historia miscella*, cuyos diez primeros libros son una amplificacion de Eutropio. Llega el décimo octavo hasta el reinado de Leon el Isaurico, los otros seis, que fueron añadidos en el siglo VI, por Landolfo, canónigo de Chartres, condujeron la narracion hasta Teofanes.

Eginardo, 839.—Eginardo, franco, del otro lado del Rhin, *bárbaro poco ejercitado en la lengua de los romanos*, como el mismo dice, fué hecho educar por Cárlos con sus hijos en la escuela de palacio, luego le encargó de la superintendencia de los trabajos públicos, y le hizo su consejero y secretario particular. Si hemos de creer las crónicas, le tuvo en tanta estimacion, que sabiendo que se habia enamorado de su hija Emma, se la dió en matrimonio (31);—¡la hija del emperador unida al pobre historiador! Es cierto que lo conservó siempre á su lado mientras vivió, y que Luis el Pio, también le guardó consideraciones. Pero al amigo de Carlomagno, testigo del esplendor que éste habia derramado en el Imperio, se disgustaba al verle eclipsarse bajo su degenerado hijo, por lo cual se retiró al monasterio de Seligenstadt (816). Emprendió, por reconocimiento, trazar la vida de

---

(28) *De sex mundi ætatibus.* Es tambien notable por la circunstancia de ser la primera obra en que están dispuestos los años con arreglo á la era que ha venido á ser vulgar posteriormente.

(29) Véase pág. 226.

(30) *Parvula rex Carolus seniori carmina Paulo*
Dilecto fratri mittit honore pio.

Y dirigiéndose á su propia carta:

Illic quære meum mox per sacra culmina Paulum:
Ille habitat medio sur grege, credo, Dei.
Inventumque senem, devota mente saluta,
Et dic: Rex Carolus mandat aveto tibi...
Colla mei Pauli grandendo amplecte benigne
Dicito multoties, salve, pater optime, salve.

(31) Refiere la crónica del monasterio de Lorch que habiéndose enamorado Eginardo de Emma, y no pudiendo sofocar su pasion, penetró en el cuarto de la princesa, donde le abrió su corazon. Mientras que los amantes olvidaban juntos que la noche pasaba, habia caido una espesa nevada, y cuando quiso retirarse, conoció Eginardo que no podia verificarlo sin que sus huellas revelasen su secreto. Desconsolábase con este contratiempo, cuando Emma, pronta como todas las mujeres en encontrar espedientes, le ofreció tomarle sobre su espalda y llevarle de esta manera hasta su casa; lo cual ejecutó. Pero Cárlos, que por permiso de Dios habia pasado la noche sin dormir, vió á su hija y á su secretario en esta aventurada travesia. Sin embargo, se contuvo, pensando que aquello no podia acontecer sin permiso del Altísimo. Habiendo después reunido su consejo secreto, espuso el hecho y pidió á cada uno su parecer. Unos querian que sufriese un terrible castigo, otros que fuese desterrado, otros eran de parecer de perdonar, por no divulgar el deshonor de la familia real. Adoptó Cárlos el último partido: hizo que se presentara Eginardo, y le dió por mujer á la que le habia llevado á cuestas con un buen dote.

Este hecho no está referido en otra parte; parece desmentido por la historia; pero como ha servido de asunto á novelas, poemas, dramas, no hemos querido pasarlo en silencio. Pretenden ser descendientes de estos amores los condes de Erbach.

Carlomagno, y su asunto le hizo elevarse mucho sobre las miserables crónicas de entonces. Procediendo con un órden que ya no se encuentra desde que la antigua literatura se ha estinguido, cree necesario empezar dirigiendo una mirada á los reinados de los predecesores de Cárlos. Pasa después á relatar sus guerras, luego su gobierno: en fin, aborda su vida doméstica. No hablamos de sus *Anales* que tienen escaso valor. Su carácter de historiador imperial puede disminuir nuestra confianza en su veracidad; pero está bien lejos de entregarse á las descaradas adulaciones qus ciertos escritores juzgan indispensables cuando hablan de los reyes vivos. Actor él mismo en los acontecimientos, en los cuales habia tomado parte con la espada ó la pluma, confidente de los secretos del grande hombre, no se atuvo á los hechos esteriores y á sus superficiales consecuencias; busca las causas remotas, y muchas veces con éxito. Pesa el mérito de las instituciones, y manifiesta en su grandeza monumental á aquel Cárlos, que bajo la pluma de otros aparece amenguado en un estilo trivial, ó henchido de exageraciones milagrosas.

Bellas artes.—Ejerciéronse las bellas artes en multitud de edificios mandados ó ejecutados por Carlomagno, cuando hubo visto los restos de la antigua magnificencia italiana. El mismo Vasari, idólatra de la forma, encuentra de *muy bello estilo* el templo de los Santos Apóstoles, que hizo construir en Florencia, y cuyo plan original tenia mucho de la sencillez antigua. San Miguel de Roma es del mismo estilo. Un magnífico puente que construyó en Maguncia, fué destruido poco después por el fuego. Habia en Nimega y en Ingelheim palacios de gran magnificencia, y dos oratorios en Francfort y en Ratisbona; pero se deleitó particularmente en embellecer á Aquisgram, poco separada de la cuna de su familia, y que hacia frente á los sajones. Edificó allí ó hizo ensanchar un palacio que llamó de Letran, en recuerdo de aquel de Constantino en Roma, con casas y edificios públicos en rededor, notablemente la *capilla* de Nuestra Señora, de donde tomó el pais el nombre de Aix-la-Chapelle. La iglesia forma en el centro un octágono circuscrito por un muro exterior de diez y seis caras; es tambien octágona la cúpula de ventanas; y esta disposicion, y más aun las esculturas, hacen creer que trabajaron en ella artistas griegos (32). Hállase, no obstante, indicado cómo fué su arquitecto Ansegiso, clérigo de Fontenelle, y fué enriquecida con mosáicos y columnas que se sacaron de Roma y de Rávena. La fuente termal que surge al pié de la montaña, aun se llama *del emperador*. Aquellos monumentos perecieron en medio de los desastres de la edad siguiente; y así, no sabemos lo que hay de excesivo en la admiracion de los contemporáneos, que los comparan á lo más espléndido que nos ha legado la antigüedad.

Difundió tambien Carlomagno en Germania la aficion á las miniaturas en los libros, arte en el cual fueron después célebres los alemanes (33).

Cuando no obraba por sí inspiraba á los demás; así hizo de manera que los abades y los condes favoreciesen á los artistas, que hacia venir de Italia en su mayor parte; sacaba tambien á veces de esta comarca las obras antiguas. Es posible que los artistas llamados por él de la península, hayan fundado una escuela, que hubiera sido el orígen de las lógias en que los fracmasones se trasmitian ciertas doctrinas y procedimientos sobre el arte de construir. De aquí tal vez la admirable rapidez con que se propagó después la arquitectura gótica.

---

(32) *Meinwercus, quandam capellam prope majorem ecclesiam Paderbornensem, quondam per Geroldum consanguineum et signiferum Caroli Magni per græcos operarios constructam in honore B. Mariæ, desolatam reformavit.* Meinwerch murió en 1036, y este pasaje de una crónica del siglo XIV (ap. MEIBOMIO, *Scr. rer. Germ.*, t. I, pág. 257) prueba que se conservaba la tradicion de artistas griegos que habian trabajado de órden de Carlomagno.

(33) Un tal Ingobertus de aquel tiempo se alaba *Graphidas ausonidos æquans superansve tenore.*

CAPÍTULO XX

FIN DE CARLOMAGNO.

Carlomagno, como acontece con los grandes hombres, resplandeció en todo cuanto ejecutó su siglo; siglo á que falta unidad y poder, siempre que le faltó su concurrencia, y del que fué alma, cabeza y brazo. Desde Aquisgram ó desde los palacios inmediatos de Metz y de Thionville, partia el impulso comunicado á toda la Europa. Deseábanle los bárbaros por aliado y temian fenerle por enemigo: venerábanle los príncipes europeos como jefe de la cristiandad, saludábanle los musulmanes. Y en la cabaña del Sorabe como en el palacio de Bizancio, en las lagunas venecianas, como en los fértiles valles de Basora, se preparaban homenages á Carlomagno.

La fortuna le proporcionó ser el cuarto de una raza de políticos y conquistadores; pero la pasion hácia las grandes cosas le fué personal en un todo, así como la fuerza, carácter que hace capaces de ejecutarlas. En un siglo de ignorancia comprendió cuán eficaz era la instruccion para protejer los vestigios de la civilizacion romana y los gérmenes de la civilizacion nueva. Soldado y conquistador amó la paz y el clero; bárbaro, veneró la sabiduria romana y recogió sus resíduos: sabio, no desdeñó las lenguas iliteratas del Norte: religioso, midió y contuvo los derechos de los eclesiásticos, supo respetarlos sin servilismo, y tenerlos á raya sin arrogancia. Tudesco por origen, por lenguaje, por costumbres, por inclinaciones, en suma, por todo, escepto en la ambicion de renovar el nombre romano, solo se presentó dos veces en Roma, y eso á instancia de los papas, con la clámide y los borceguies á la usanza latina, llevando el restante tiempo el traje de los francos (1): camisa y calzas de lienzo, túnica ajustada por un cinturon de seda, cintas arrolladas alrededor de las piernas, y en los piés sandalias. En invierno un jubon de piel de nutria, y siempre el sayo al estilo veneto, con la espada de guarnicion y pomo de oro ó de plata. En las grandes solemnidades ó cuando daba audiencia á los embajadores, se ponia una túnica bordada de oro, sandalias adornadas con piedras preciosas; un sayo cerrado con un ajustador de oro, y una diadema tambien de oro y de pedre-

(1) «Para los dias de gala gastaban los antiguos francos borceguies dorados esteriormente, con correas largas de tres dedos: cintas en muchos pedazos que les rodeaban las piernas: por encima calzas ó calzones de lino del mismo color, aunque de un trabajo variado y precioso. Sobre este vestido iban ajustadas en forma de cruz tres largas correas por delante y por detrás. Después llevaban una camisa de finísima tela, una bandolera que sostenia la espada, bien envuelta primero en la vaina, después en una correa y por último en una blanquísima tela encerada. En el centro estaba reforzada con pequeñas cruces de relieve: con esto creian dar con más facilidad muerte á los paganos. Por encima de todo se echaban un manto blanco ó azul celeste en cuatro paños, doblado y cortado de manera que, puesto sobre los hombros, caia por delante y por detrás hasta los piés, mientras que por los lados apenas bajaba hasta las rodillas. En la mano derecha llevaban un baston de manzano con nudos simétricos, recto, formidable, con pomo de plata ó de oro cincelado.

»Pero viviendo en medio de los galos y viéndolos vestidos con vivos y alegres colores, depusieron por amor á la novedad su vestido acostumbrado y adoptaron el de estos pueblos. No se opuso á ello el emperador, pareciéndole cómodo para la guerra; pero como viera á los frisones abusar de esta indulgencia y vender mantos tan cortos como eran largos en otro tiempo, ordenó que no se compraran por el precio ordinario más que mantos largos y anchos. ¿Para qué sirven esos mantos? En la cama no me puedo cubrir con ellos: á caballo no me preservan de la lluvia ni del viento; y cuando satisfago las necesidades naturales, se me hielan las piernas.» MONGE DE SAN GALO.

rias: en los tiempos ordinarios se diferenciaban poco sus trajes de los que usaban generalmente los francos. Habiéndose presentado en Pavia unos mercaderes que vendian pieles finas, todos sus barones compraron de ellas é hicieron alarde de su lujo; invitóles Cárlos á una partida de caza, y como les sorprendiese un terrible aguacero, buscaron abrigo en una sala, donde se agruparon en deredor de la chimenea, echándoseles á perder sus hermosas pellizas, y quedando ellos calados de agua: entonces Cárlos, riéndose, les enseñó su piel de carnero, y les dijo: *Esta me ha costado dos sueldos, y me ha preservado de la lluvia mejor que las vuestras que valen un tesoro.*

En esta estremada sencillez aparecia magestuoso y sobrehumano: dan fé de ello las tradiciones fabulosas. «Ogiero el danés, grande del reino franco, cuenta el monje de San Galo, se habia refugiado al lado del rey Desiderio. Cuando supieron que el temible monarca bajaba á la Lombardia, ambos subieron á lo alto de una torre desde donde podian ver á lo lejos y en todas direcciones. En breve descubrieron máquinas de guerra en tan gran número como las que hubieran bastado para los ejércitos de Dario y de César. Desiderio preguntó á Ogiero: *¿Está Cárlos entre ese grande ejército?—No*, respondió éste. Viendo luego una innumerable masa de soldados reclutados en todas las partes del vasto imperio franco dijo el rey longobardo á Ogiero: *De seguro se adelanta Cárlos triunfante en medio de esa muchedumbre.—No*, respondió el otro, *y no aparecerá tan pronto.—¿Y entonces qué haremos*, repuso con inquietud Desiderio, *si viene con mayor número de guerreros?—Vereis quién es cuando llegue*, replicó Ogiero, *pero ignoro lo que será de nosotros.* Mientras discurrian de este modo distinguieron al cuerpo de guardias que jamás conoció el reposo. Ante este espectáculo, poseido de terror, el longobardo esclamó de esta suerte: *Ciertamente ahí viene Carlomagno.—No*, respondió Ogiero, *todavia no.* Luego se ven venir en la comitiva obispos, abades, clérigos de la capilla real y condes: entonces Desiderio, no pudiendo ya soportar la luz del dia ni arrostrar la muerte, clama sollozando: *Bajemos, escondámonos en las entrañas de la tierra, lejos del aspecto y de la cólera de tan terrible enemigo.* Ogiero, trémulo, que conoce por esperiencia el poder y la fuerza de Carlomagno, le dice: *Cuando veais á las mieses agitarse de horror en los campos, al Pó y al Tesino batir las murallas con sus ondas ennegrecidas por el hierro, entonces podeis creer que llega Cárlos.* Aun no habia acabado de pronunciar estas palabras cuando empezó á distinguir hácia el Oriente como una nube tenebrosa levantada por el viento Boreas, que convirtió el más esplendente dia en horribles sombras; pero á medida que se acercaba el emperador, el resplandor de sus armas envió á la gente encerrada en la ciudad, una brillantez más espantosa que la más profunda noche. Entonces apareció el mismo Cárlos, hombre de hierro, cubierta la cabeza con un casco de hierro, con manoplas de hierro en las manos, el vientre guarnecido de hierro, una coraza de hierro sobre sus hombros de mármol, en la mano izquierda una gruesa lanza de hierro que blandia en el aire, y apoyada la derecha en su invencible espada. El esterior de los muslos que, á partir de las correas, desguarnecen los demás para montar más fácilmente á caballo, lo habia él envuelto en planchas de hierro. En cuanto á las botas, todo el ejército las usaba de hierro; no se veia más que hierro sobre el escudo del emperador: su caballo tenia la fuerza y el color del hierro. Todos los que precedian al monarca, todos lo que venian á su lado, todos los que le seguian, todo el grueso del ejército llevaban armas semejantes á las suyas. El hierro cubria los campos y los caminos: á la luz del sol resplandecian las puntas de hierro. Aquel hierro tan fuerte era llevado por un pueblo más fuerte todavia. Aquella masa de hierro sembró el espanto en las calles de la ciudad. *¡Cuánto hierro! ¡ay! ¡Cuánto hierro!* fué el confuso grito de todos los ciudadanos. La solidez de las murallas y la robustez de los jóvenes se conmovieron de terror á la vista del hierro, y el hierro confundió el juicio de los ancianos. Lo que yo, pobre escritor balbuciente y desdentado, he procurado pintar en una descripcion larga, Ogiero lo vió de una ojeada y dijo á Desiderio: *Hé ahí al que buscais con tanto afan;* y cayó como cae un cuerpo muerto.» (2)

Quedan otros recuerdos de la majestad de Cárlos: los embajadores de Constantinopla, al dirigirse á la audiencia, atravesaron cuatro salas, inclinándose sucesivamente ante los grandes, á quienes tomaban por el emperador; pero ¡cuál fué su sorpresa, cuando al llegar á la quinta que estaba adornada con mayor magnificencia, descubrieron en ella á Cárlos, más majestuoso todavia por su aspecto que por la riqueza de las pedrerias con que estaba tachonado su manto! Habiendo visto desfilar los embajadores de Harun-al-Raschid delante de ellos á todo el ejército de Carlomagno enriquecido con los despojos de los hunos, y á los obispos y al clero en la majestad de su traje, esclamaron que hasta aquel dia habian visto hombres de barro, y que los veian de oro por la vez primera.

Carlomagno, como jefe de la cristiandad, habia pedido á este gran rey del Oriente franquicias para los peregrinos que se dirigieran á la Tierra Santa. Harun le envió las llaves del Santo Sepulcro, diciéndole que lo considerara como si estuviera bajo su soberania (3). Hizo que le llevaran al mismo tiempo un elefante, que fué para los francos motivo de grande asombro. Estos embaja-

---

(2) *De factis Caroli magni.*

(3) *Ut illius (Caroli) potestati adscriberetur concessit* EGINARDO. Más tarde las crónicas añadieron á esto la soberania de Jerusalen y de toda la Tierra Santa.

dores encontraron en Porto Venere al emperador que venia de Italia, después de su coronacion, juntamente con los de Ibraim-ben-Aglab, emir de Cairuan, que se habia declarado independiente de la corte de Bagdad: estos habian hecho á Carlomagno el homenaje de un leon de la Marmárica, de un oso númida y le habian llevado las reliquias de San Cipriano: en cambio el emperador les dió trigo. Sin duda es un espectáculo estraño ver á Italia enviar socorros contra el hambre de un pais que habia sido su granero durante siglos. Condujo Carlomagno á los embajadores de Italia á Francia, enseñándoles el pais y sus comodidades. Les dió el espectáculo de una caceria de búfalos, y uno de estos animales hubiera hecho correr gran peligro al emperador, sobre quien se habia arrojado furiosamente, si un señor no le hubiese muerto.

Recibió además otra embajada de Harun (807), que le envió mantos de seda, telas preciosas, toda clase de perfumes, y lo que causó más sorpresa, fué una gran tienda de lienzo estremadamente fino, con todos sus compartimentos y cuerdas de colores vivos, como tambien un reloj que indicaba las horas por medio de bolas de bronce que caian sobre un címbalo. Abríanse alternativamente doce puertas en el cuadrante, y doce ginetes salian á cerrarlas cuando se habia verificado la revolucion de las horas. El enviado de Harun, le dijo: «Grande es tu poder, pero tu fama te hace aun mayor. Persas, medos, indios, elamitas, todos nosotros en Oriente, te tememos tanto como á Harun, nuestro señor. ¿Qué te diré de los griegos? Te temen más que á las flotas del mar Jonio.»

Ignoramos si la única simpatia de las grandes almas atraia á Harun hácia Carlomagno, ó si algun motivo político le determinó a un homenaje estraño por parte de aquella soberbia nacion, enorgullecida con recientes victorias; tal vez querian inducirle á hacer la guerra á los árabes de España, odiados como hereges y temidos como amenazadores del Africa.

Las imaginaciones añadian nuevos adornos á tanta grandeza de Cárlos: de modo que de aquella mezcla de héroe germánico, de emperador romano, y de bueno y dócil creyente como nos lo muestra la historia, se formó en las tradiciones esparcidas, con respecto á él, un tipo pintado sin cesar con más hermosos colores, á medida que se desarrolló el génio de la Edad Media por la caballeria y las cruzadas. Entonces se hizo descender á los francos de Hector, á Carlomagno de Constantino el Grande; se le representó vencedor de los sarracenos, peregrino y conquistador en Jerusalen, yendo en busca de reliquias, disputando sobre teologia. En una palabra, reunieron en él todo lo que constituia un héroe dotado de todas las perfecciones físicas y morales, modelo de todas las virtudes de la época, abrazando los tres elementos de la civilizacion, latino, germánico y cristiano. Todos los monasterios como tambien las más célebres universidades, quisieron tenerle por fundador: se le atribuyeron las leyes que pertenecian á la antigua raza germánica, y las que después de él produjeron la nueva civilizacion.

Encontró la caballeria en él á su fundador, sus primeros modelos en sus paladines, de los cuales cada uno de ellos se convirtió en el héroe de una epopeya. Se supuso que él habia emprendido la primera cruzada, rechazado á los moros de Paris y de la Francia. Segun los sagas alemanes, dirige contra los húngaros una espedicion, y creyéndosele muerto, su mujer Hildegarda fué estimulada por los barones á elegir otro esposo; promete hacerlo en el término de tres dias; pero un ángel lleva la noticia á Carlomagno y le presenta un caballo milagroso, sobre el cual llega á Aquisgram en medio de las fiestas del matrimonio, y se sentó en el trono donde eran inaugurados los reyes. Por el contrario en la *España historiada*, es á los sarracenos á quienes hace la guerra; el mensajero es el demonio, que trasformado en caballo, lleva á Carlomagno hasta el patio del palacio, donde hace de alegria la señal de la cruz; de tal manera se asusta el maligno, que le arroja al suelo, dejándole maltratado en su caida.

Oyó contar Petrarca en Aquisgram, que Carlomagno se habia enamorado de una joven, hasta el punto de olvidar por hacerle la corte, su reino y á sí mismo. La que él amaba enfermó y murió; pero en vano esperaron sus paladines que Cárlos recobrase su razon y actividad, pues acariciaba al cadáver como vivo, aunque ya se hubiese putrificado. Sacó de ello, enconsecuencia, el arzobispo Turpin, que debia existir en ello mágia, y habiendo examinado á la muerta, le encontró en la boca un anillo; desde el momento que lo quitó cesó el encanto. Hizo Carlomagno enterrar aquellos fétidos restos; pero todo su afecto se concentró en Turpin, hasta el momento en que el prelado hubo arrojado aquel talisman en un lago profundo, cerca de la ciudad. Aficionóse entonces vivamente á aquel lago, lo cual le valió á Aquisgram ser siempre la primera en sus pensamientos; quiso vivir y morir allí. Refiérense aun en esta ciudad cien cosas maravillosas, y se enseña en la catedral el enorme cuerno de caza hecho de un diente de elefante que le regaló Abul-Abbas, y en la abadia de Roncesvalles se conservan las mazas de armas de Roldan y de Oliveros, con palos del grueso de un brazo regular; en la contera tienen un fuerte anillo al que está atada una cadena ó una cuerda, que impide al arma escaparse de la mano; en el otro estremo se ven tres cadenas con una bola de metal redonda en uno de los palos, y en el otro oblonga y rayada, á manera de melon, y con un peso de ocho libras (4) ¿á las cuales, manejadas por una mano robusta, qué armadura podia resistir?

Las leyendas piadosas á su vez celebran las virtudes de Carlomagno, su devocion, su caridad, su

(4) DANIEL, *Historia de la milicia francesa.*

templanza, y los milagros que hizo. La historia separa aquellos absurdos elementos; pero aun le queda bastante que admirar en este hombre reclamado, dice Sismondi, por la Iglesia como un santo, por los franceses como su más grande rey, por los alemanes como su compatriota, como su emperador por los italianos, y que se encuentra á la cabeza de todas las historias modernas, como Napoleon deberá encontrarse al frente de las historias futuras.

Cárlos trató de restaurar el poder imperial por medio de una administracion sabia, que le hacia hallarse presente en todas partes, y un ejército permanente, que no permitia violar sus órdenes. El imperio que Cárlos recibió aun jóven, estaba fundado en las armas; tuvo que empuñar éstas desde que se presentó por la primera vez en la escena, y apenas pudo deponerlas mientras vivió. Merece quizá la censura de haber querido á veces la guerra porque se habia convertido para él en una pasion, ó porque la hizo de suerte, que no era posible la paz con él; pero semejante pasion solo fué desarrollada por el curso de los acontecimientos.

Sin embargo, no condujo á su pueblo á la guerra contra toda la Europa por ambicion, y no debe ser confundido con aquellos admirados y execrables conquistadores, que siegan millares de vidas, sin ningun sentimiento de la dignidad humana, ni sus guerras eran como las de las invasiones precedentes. Vió que sobre las tribus que habian establecido su residencia en el imperio romano, se arrojaban otras del Septentrion y del Mediodia, y pensó en unir á las primeras para oponerse á las segundas. Sometió, pues, por una parte á las poblaciones romanas que se empeñaban todavia en sustraerse del yugo de los bárbaros, como sucedia á los aquitanios; y por la otra á las poblaciones germánicas que aun no se habian establecido de una manera fija, como acontecia á los longobardos de Italia; y reuniéndolas bajo el dominio de los francos, las dirigió contra aquella doble invasion: guerras que eran esencialmente defensivas contra los tres intereses del territorio, raza y religion. El interés del territorio se manifiesta principalmente en las espediciones contra los pueblos situados en la orilla derecha del Rhin, pues que los sajones y dinamarqueses eran germanos, y quizá los sajones no eran sino francos, que no habian salido de la Germania; en las guerras contra los pueblos errantes situados al otro lado del Elba y del Danubio, los ávares y los eslavos, se agitaban intereses de raza y de territorio; y en las que se hacian contra los árabes, intereses de raza, de territorio y de religion. La guerra defensiva se convirtió en ofensiva; porque Carlomagno trasladó la lucha al territorio de los pueblos que querian invadir el suyo, y se ocupó en sujetar las razas extranjeras y en estirpar las creencias enemigas. En efecto, cuando la conquista cesó con la muerte de Cárlos, se desvaneció la unidad, y el imperio quedó destruido; pero no por eso puede decirse que se perdió su obra guerrera: aquella amenazadora invasion no comenzó de nuevo su curso; el imperio se deshizo, pero para transformarse en Estados particulares, que sirvieron de barrera donde quiera que existia aun el peligro; y desde entonces hubo límites políticos, Estados más ó menos bien ordenados, pero reales y duraderos: empezaron los reinos de Lorena, de Germania, de Italia, de las dos Borgoñas y de Navarra. Cesó, por lo tanto, la invasion, exceptuando las expediciones marítimas, que arruinaban los puntos á donde se dirigian; pero que no eran hechas por pueblos enteros, ni producian en tal virtud resultados vastísimos.

Como quiera que sea, Carlomagno pasó su vida en medio de las fatigas de la guerra, y la fortuna que le permaneció fiel, le inspiró una pasion hácia ellas que sofocaba todos sus demás gustos. Creyó que para hacer más formidable el poder militar, convenia arrostrar toda clase de sacrificios. Se acostumbró á examinarlo todo con ojos de general, y á resolverlo con la prontitud del guerrero. Para conseguir esto, olvidó la diferencia de las cosas, y llegó á creer que, así como en la batalla debia vencerse la resistencia del enemigo ó con una accion rápida, ó con una lentitud prudente, ó con fuerzas superiores y una voluntad decisiva; en las demás circunstancias de la vida, era preciso superar todo obstáculo y fundar y obtener con prontitud lo que el hombre se hubiera propuesto obtener y fundar.

Por lo tanto conculcó los derechos consagrados por el tiempo, hizo usurpaciones, á veces hasta brutalmente; y la obra de la civilizacion se ensangrentó por causa suya. Pero en todo esto le movia un gran pensamiento, el de reunir á todos los pueblos cristianos; cosa que no podia efectuarse sino con la fuerza, y reprimiendo á los nuevos invasores, para que la civilizacion pudiese en adelante progresar sin aquel vértigo de guerras que la habian agitado en el siglo anterior. Esta unidad de las naciones cristianas era tambien el blanco de su política; y á él dirigió la literatura, aunque se cercioró de que el resultado no correspondia á su celo, y oyó los lamentos que arrancaba la desanimacion general.

Conociendo que cambiaban las ideas y costumbres no trató de oponerse á lo pasado, sino que quiso ponerse al frente de este cambio. Los galos y francos caminaban á fundirse unos en otros en el pais que gobernaba, y él emprendió á acelerarlo y consumar la obra de la fuerza y del tiempo. La reforma de la legislacion, en la idea de hacer desaparecer lo que tenia de confuso y remediar su insuficiencia, fué aun para él un medio de obtener la unidad. Su sistema militar fué el de la antigua Roma; servirse de una conquista para hacer otra. Su objeto el de la moderna Roma, fundar una estensa red gerárquica, cuyos hilos viniesen todos á parar á su cetro. De esta manera fué como justificó el diezmo y el bautismo de sangre. Solo su administracion permaneció germánica. Un paso más,

y la grande obra de la union política se hubiera cumplido. Ya las naciones germánicas habian perdido sus príncipes nacionales, y dependian inmediatamente del poder del rey de los francos; ya no quedaba más que establecer entre ellas la uniformidad de las leyes y de las instituciones sociales, para fundirlos en un solo pueblo, é intentó hacerlo. En efecto, proyectó promulgar una ley única (5): pero los tiempos le impidieron realizar su designio, y tuvo que dejar subsistir la diversidad de los códigos.

Con el objeto de conseguir la unidad y hacer que los demás la apreciasen, habia tomado por modelo á la Iglesia que caminaba al frente de la civilizacion, y estaba habituada á la obediencia uniforme; lo cual era un nuevo motivo para que debiesen darse la mano los poderes civil y eclesiástico, de cuya armonia resultó un acuerdo en extremo favorable para suavizar las costumbres populares y afianzar la autoridad política.

Elevó, pues, al clero, hasta hacerle tomar una parte esencial en el gobierno, y estableció un lazo diferente del de la conquista, que era el único hasta entonces que habia regido los Estados de Europa. Quiso propagar tambien entre los bárbaros esta religion que civilizaba y dulcificaba, en cuya tarea empleó á veces la espada, menos con el furor de un bárbaro que con la cólera de un hombre poderoso irritado de los obstáculos que le impiden marchar al bien. ¡Presérvenos el cielo de querer disculpar á Carlomagno de la matanza de los sajones! pero los hombres estraordinarios caminan con mayor velocidad que su siglo; siguen caminos no trillados, y resisten á esfuerzos en que otros sucumben; no se puede, pues, medirlos con la comun medida, y el mal que causan debe por lo comun achacarse más bien á las cosas que les rodean que á ellos. Cárlos destrozó á los sajones, pero los instruyó, de manera, que en breve pudieron elevarse poderosos entre los germanos. El cristianismo le enseñó el modo de expiar sus sangrientas conquistas, imponiendo á los vencidos los beneficios de la civilizacion; la que difundida entre los sajones y los bávaros, contuvo las invasiones de los pueblos del Norte por un medio mucho más estable que el de la espada.

Sóbrio en la comida y la bebida y durmiendo poco, levantábase de noche á trabajar, y se hacia leer durante su comida historias y la *Ciudad de Dios*. No se rodeaba de cortesanos, abyectos para con el príncipe y arrogantes respecto de los súbditos, sino de personas afectas al bien de las masas y dispensadoras de la soberana beneficencia. Fué constante y ardiente en sus amistades, benévolo para con los hombres instruidos; y no se le puede hacer cargo de actos de rigor en la paz. Observador de las prácticas religiosas, él mismo cantaba al facistol en el coro, dirigiendo á los cantores con la voz y con la mano. Hace Eginardo, respecto de él, la reflexion de que cuatro veces habia ido en peregrinacion al sepulcro de los santos Apóstoles, mientras que Harun-al-Raschid habia hecho ocho veces el viaje á la Meca.

Su familia.—Costumbres y vicios de bárbaros se mezclaban en él á las virtudes de un grande hombre. Respetó poco la dignidad del matrimonio, y lo contrajo con la hija de Desiderio, cuando ya tenia una mujer franca, Imiltrudis; después la repudió para casarse con Hildegarda, descendiente de una muy ilustre familia sueva. Tuvo de ella á Cárlos (772), á Pepino (776), y á Luis (778), á Rotruda (773), á Berta (775) y á Gisela (781); además, otros tres hijos muertos en la infancia. Frastrada, de raza franca oriental, le dió dos hijas. Después de la muerte de ésta, contrajo matrimonio con Luidgarda, de familia germana, que fué estéril; tuvo además cuatro concubinas: Matalgarda, Gersuinta, Regina y Adalinda. Esto no le estorbó buscar además otros amores; y una tal Amalberga, que se rompió un brazo resistiendo sus impúdicas violencias, fué honrada como una santa. El monje Vetino, arrebatado en éxtasis, vió á Cárlos en el purgatorio, martirizado por un buitre á causa de su incontinencia. Ya en las censuras, ya en las alabanzas, siempre se observa el lenguaje de su siglo.

Penas domésticas perturbaron con amarguras la alegria de sus triunfos. Perdió á Rotruda, su hija mayor, luego á otros hijos, y los lloró hasta parecer débil á aquellos que califican de flaqueza llorar á personas que parecian destinadas á verter lágrimas sobre nuestro sepulcro. Sus hijas no le consolaron tampoco con su conducta; pero suya fué la culpa en parte por no haber querido separarse de ellas llevado de un escesivo amor paterno y por haber fomentado sus desórdenes, con el mal ejemplo, y con una condescendencia irreflexiva (6).

Division del imperio.—Advirtiendo que ninguno de sus hijos bastaria á sostener el peso del mundo, tanto más cuanto que ya les veia desacordes, pensó en la manera de asegurar la paz entre ellos. La política de su raza, de concierto con sus afectos paternales, le aconsejó dividir entre los tres príncipes las tres naciones franca, longobarda y romana de Aquitania que le prestaban obediencia. Ya habia señalado á Luis la Aquitania, á Pepino la Italia, á Cárlos la Ostria y la Neustria, aumentada con los paises situados entre el Saona y el Ródano. Pepino el Jorobado, su hijo natural, al verse escluido de esta division, urdió una trama con muchos señores, pero le denunció un sacerdote longobardo, y fué condenado á muerte en una asamblea: su padre conmutó esta pena en la de reclusion en un claustro. Murió el rey de Italia el 7 de junio del año 810, y en breve le siguió al se-

(5) PFISTER, *Hist. de los alemanes.*

(6) Un pasaje mal interpretado de Eginardo ha hecho que se le acuse respecto de sus hijas de un horrible delito, que Voltaire llama una *debilidad.*

pulcro el 4 de diciembre de 811, su hermano Cárlos, que se habia señalado por muchas victorias contra los septentrionales. No estando la representacion en uso, Bernardo, hijo de Pepino, no podia aspirar á la corona de su padre: sin embargo, Carlomagno hizo que se le reconociera como rey de Italia, bajo la regencia de Wala; tanto empeño parecia tener en dividir este reino, que se habia esforzado en conducir á la unidad durante el curso de su vida.

Coronacion de Luis.—Pero aquellos no debian perjudicar á la unidad imperial, y Cárlos resolvió anticipar su sucesion, asociándose al trono á Luis de Aquitania, el único hijo que le quedaba. Habiendo convocado á los grandes y á los obispos en Aquisgram (813) llevó á su hijo al altar, sobre el cual está depositada la corona, y después de haber orado algun tiempo se volvió hácia la asamblea, y se dirigió á Luis en esta forma. *El puesto á que Dios te eleva, te obliga á respetar cada vez más su poder. Al encumbrarte á emperador, te conviertes en defensor de la Iglesia, y debes protegerla contra los impios y los malos. Tienes hermanas, hermanos y deudos de tierna edad, á quienes debes amar y sostener. Honra á los obispos como á padres, ama á los pueblos como á hijos: no temas emplear contra los malos y los sediciosos la autoridad que te está confiada. Tengan en tí un protector los monasterios y los pobres. Elige jueces y gobernadores temerosos de Dios y que no se dejen corromper con regalos. Elevado á una dignidad un hombre, no le despojes ligeramente de ella, y consérvate sin mancilla á la faz de Dios y de los hombres.* Luis se levantó, cogió con sus propias manos la corona y se la puso en la cabeza. Entonces se abrazaron los dos emperadores, no sin derramar lágrimas abundantes, y toda la asamblea fluctuaba entre la esperanza y el temor.

Muerte de Carlomagno.—Carlomagno sobrevivió poco á este acto solemne: se complacia en saborear el reposo en Aquisgram, después de una vida tan ocupada, y sostenia y reparaba sus fuerzas con el ejercicio y con el baño. Cierto dia se sintió acometido de un temblor al salir del agua; pero teniendo odio á la medicina, y considerando el ejercio y la sobriedad como los mejores remedios, no le ocurrió adoptar otras precauciones. Entretanto el mal fué en aumento y le llevó al sepulcro el dia 27 del año 814 á la edad de setenta y dos años. Los estudios sagrados fueron la ocupacion de sus últimos años, y pasó el dia que precedió á su muerte en corregir los Evangelios con griegos y sirios. En su consecuencia fué depositado en el sepulcro con un evangelio de oro sobre sus rodillas, sentado en una silla de oro, con una espada de oro al lado y revestido con las insignias imperiales, y debajo un cilicio que tenia costumbre de llevar. Sobre su cabeza fué puesta su corona que contenia madera de la verdadera cruz, y delante el cetro y el escudo de oro, que habian sido consagrados por el papa Leon (7).

En su testamento se abstuvo de hablar de la dignidad imperial, sabiendo que no podia ser conferida más que por el pontífice; pues, por el derecho político de entonces, tocaba al protegido elegir el protector; ni tampoco indicó nada acerca de la posesion de Roma, considerando á ésta verdadero dominio de los pontífices. Hizo muchos donativos; mandó que las dos terceras partes de lo que poseia en objetos preciosos, fuesen distribuidas entre las veinte y una ciudades metropolitanas de sus Estados (8); que su biblioteca fuera vendida en provecho de los pobres, pero que se conservaran los ornamentos de su capilla. Regaló á San Pedro de Roma una mesa de plata, sobre la cual estaba trazada una descripcion de Constantinopla: otra al obispo de Rávena, en que habia grabada una vista de Roma; dejó otra en que se veia el mapa general del mundo; y una de oro para repartir entre sus herederos y los pobres; reparto que se ejecutaria como acostumbran hacerlo los poderosos.

---

(7) *Sub hoc conditorio situm est corpus Caroli Magni atque ortodoxi imperatoris, qui regnum francorum nobiliter ampliavit et per annos* XLVII *feliciter rexit. Decessit septuagenarius anno ab Incarnatione domini* DCCCXIV, *indictione* VII, V *calend februarii.* Así se dice que le encontró el emperador Oton en el año 1001. Federico Barbarroja le hizo remover en 1166 cuando hubo obtenido su canonizacion por el anti-papa Pascal: quizá desde esta época trae su fecha el sepulcro venerado aun en la actualidad en la catedral de Milan como perteneciente á Carlomagno. Fué abierto con grandes precauciones en 1844, y se encontraron huesos de una dimension colosal, puesto que el femur tenia cincuenta y dos centímetros. Estaban envueltos en dos paños rameados, fabricados en el imperio de Oriente.

(8) Roma, Rávena, Milan, Cividal en el Friul, Grado, Colonia, Maguncia, Yuvavo ó Salzburgo, Tréveris, Sens, Besanzon, Lion, Ruan, Reims, Arlés, Vienne, Tarantasia, Embrun, Burdeos, Tours, Bourges.

CAPÍTULO XXI

CHINA.

DINASTIAS IV, V Y VI.

Después de Confucio (479 a. C.) se enconaron las discordias entre los diferentes Estados de la China (1), de suerte que aquel período fué llamado *Tsen-kue*, reinado de la guerra. Habiéndose estendido generalmente la opinion de que la autoridad suprema estaba fatalmente adherida á la posesion de los nueve vasos de acero en los cuales Yu habia hecho dibujar las nuevas provincias del imperio chino, esforzábanse los diferentes feudatarios en hacerse dueños de ellos. Así, para anonadar aquel elemento de renacientes discordias, Yeng-uang, que aun reinaba en el nombre, los hizo arrojar en un profundo lago.

IV dinastia.—En medio de aquellos pequeños príncipes, comenzó á aumentar en poderio el de Sin, quien subyugó varios de ellos, uno después de otro, y rechazó las agresiones de los tártaros. Viéndose después con bastante fuerza para derrocar la gastada dinastia de los Cheu, ofreció al Señor supremo el solemne sacrificio, lo que equivalia á declararse rey. Los que se quisieron oponer á su elevacion fueron subyugados. Nanuang, príncipe reinante, le cedió treinta y cinco ciudades que le quedaban é imploró su clemencia. La faccion que trató de sostener á Tung-cheu-kiun, hijo del soberano depuesto, fué derrotada, y Chao-Siang comenzó la nueva dinastia de los Sin (248 a. C.) Este príncipe, que se habia aprovechado tan hábilmente de la division de los grandes feudatarios para ascender á la primera dignidad, murió antes de consolidar su autoridad. Pero su hijo Chiang-siang-uang derrotó á los que aun se obstinaban en luchar (240), y que con sus mútuos celos causaron su pérdida; porque Chi-uang-ti, su sucesor, acabó de esterminarlos, y sometió una estension de pais igual á la mitad de la actual China (221).

Para librar entonces á sus Estados de las incursiones de los tártaros manchues, construyó la famosa muralla (215), ó más bien reunió las diferentes porciones que habian construido los varios señores para la defensa de sus respectivas fronteras. La gloria de esta grande empresa se encuentra oscurecida por la persecucion que suscitó á los letrados. Empeñado en renovar la faz del imperio, reconoció por una parte que los letrados eran el eje de la constitucion; por otra, que los feudatarios jamás se resignarian á la centralizacion del poder, en tanto que pudieran alegar la historia, y que probando con ella la antigua dominacion pretendieran dominar de nuevo. Envió, pues, comisionados á las diferentes comarcas del reino, para buscar y quemar irremisiblemente todos los libros, escepto los de medicina y agricultura. Puede juzgarse cuán penosamente afectó semejante órden á un pueblo tan adicto á lo pasado. No pudieron sufrirlo los doctos en silencio, lo cual les valió una persecucion, en la que pereció un gran número de ellos. Fué suficiente este acto para atraer al rey la maldicion de todos los historiadores. Si Chi-uang-ti era un tirano, no le faltaba habilidad á pesar de todo. Sostuvo la paz, restableció el órden en el imperio, publicó leyes nuevas, hizo construir arcos, caminos, canales: estas son mejoras materiales de las que no hay nada que temer cuando la inteligencia se encuentra comprimida.

En lugar de dividir el imperio entre sus hijos, usó de todos los artificios para asegurar su unidad; pero apenas hubo cerrado los ojos (209), Eul-chi, el segundo, hizo que se rebelasen varias provincias, y envenenó á su hermano mayor; poco después vió tambien él sublevarse las provincias contra su au-

(1) Véase Libro IV, cap. XXV.

toridad, y Liu-pang, soldado de fortuna, habiéndose puesto á la cabeza de los descontentos, asaltó á Ing (206), el último rey, á quien obligó á entregarle los sellos. Ascendido al trono, tomó el vencedor el nombre de Cao-su, con el título de emperador.

V dinastia.—Después de haber luchado Liu-pang cinco años contra el feroz Yang-yu, se vió saludado por todo el pais con el título de *emperador elevado y augusto*. Dió á su dinastia el nombre de *Han*, que era el del pais de su naturaleza, añadiéndole el de *occidental*, porque estableció su residencia en Honan-fu y despues en Si-ngan-fu. Hizo construir este emperador, para llegar á la primera de aquellas ciudades, un camino suspendido sobre desfiladeros y valles, de todos modos bastante ancho para el paso de cuatro caballos de frente, con parapetos y posadas. Empleáronse allí cien mil obreros como máquinas vivas obedeciendo á una señal de sus amos.

Una vez asegurado en el trono, se abandonó á una dulce molicie, hasta el momento en que la severa voz de los censores despertó su genio guerrero. Dedicóse entonces á visitar el pais, á reprimir á los rebeldes y á sus enemigos. Pero no pudo libertarse de los yung-nu, sino buscando su alianza y dando su hija en matrimonio á su rey Mete. «Jamás se impuso mayor vergüenza, dice un historiador chino, al imperio del centro, que, después de este tiempo perdió su honor y dignidad». Florecieron de nuevo la agricultura y las artes con la seguridad y la proteccion. Aunque Liu-pang, como acontece en tiempos de un nuevo reinado, cambió las instituciones de la dinastia precedente, no borró las proscripciones contra los letrados, que por este motivo hablaban mal de aquel príncipe, rodeado solamente de hombres de guerra. Con objeto de apaciguarlos, reunió en todas las provincias á los más instruidos en el colegio imperial, valiéndose de sus consejos, y elevándolos á las dignidades. Entre aquellos letrados, Lu-kia, que habia llegado á los más altos empleos al lado del emperador, le hablaba sin cesar de los antiguos libros. Cansado un dia este príncipe de su insistencia, le dijo: *He conquistado el imperio sobre mi caballo y he llegado á ser vuestro señor sin el Chu-King. ¿Para qué sirven vuestros libros?* A lo cual respondió Lu-kia.—*Sí, habeis conquistado el imperio sin libros; ¿pero podeis gobernarlo sin libros? El príncipe que sabe emplear tanto la espada como el pincel, puede estar seguro de reinar largo tiempo. Si los príncipes de Sin hubiesen imitado los antiguos ejemplos, ¿os encontrariais sentado en el trono?*

Desde entonces Liu-pang, tuvo mejor opinion de las obras escritas, y él mismo compuso versos, entre los cuales se encuentran estos, que son dirigidos á Pei, lugar de su nacimiento: «¡Oh amigos, que contento es volver á ver su patria después de una larga ausencia! Los encantos de la gloria y de la grandeza, el mismo título de emperador no son tan lisonjeros, ni pueden apagar el amor del lugar natal. Manifestémonos reconocidos para con la tierra que nos recibió niños y que nos ha alimentado. Mi patria querida, cuna de mi fortuna, estaré contigo después de mi muerte. Que mi sepulcro manifieste el afecto que te tengo; y quiero que te veas para siempre libre de todo impuesto.»

Un dia que los principales funcionarios se encontraban reunidos para una fiesta, les preguntó: «¿A qué debo, segun vuestra opinion, el haberme elevado á la más alta de las dignidades?» Y como por adulacion, todos respondian que á sus virtudes. «No, replicó, sino á que he sabido conocer las diferentes capacidades de aquellos en quienes he puesto mi confianza, y emplearlos en lo que sabian hacer mejor.»

Mandó formar una coleccion de las reglas más propias para gobernar bien, y componer tratados sobre el arte de la guerra y la música, reducida á reglas precisas, y de los usos y las ceremonias. Cuando se encontraron terminadas, las hizo escribir en letras coloradas, presentar en la asamblea de los grandes, donde cada uno las firmó; después con su sello las cerró en una cajita forrada de hierro, las puso en la sala de los antepasados, con objeto de que se recurriese á ellas siempre que sus sucesores se separasen del camino recto.

Tuvo por sucesor á Huei-ti, quien se entregó ciegamente á la direccion de su madre (194). Esta, mujer ambiciosa y vengativa, intentó envenenar al príncipe de Tsi, hermano del príncipe reinante; y la misma mujer de Huei-ti tuvo que sufrir por su parte tratamientos atroces y vergonzosos. Como vió al emperador morir sin posteridad, compró un niño de una campesina que fué estrangulada por su órden inmediatamente, y haciéndole pasar por legítimo heredero de su hijo, reinó como su tutora cuando hubo sido reconocido bajo el nombre de Lieu-hu (187). Desde el momento en que ella no le encontró bastante dócil, descubrió el fraude que le habia valido el trono, y se sostuvo algun tiempo con ayuda de sus parientes, que habia sacado de la nada. Pero aterrada por los espectros de sus víctimas, murió.

Ven-ti, hijo segundo de Liu-pang, habiendo sido llamado al trono (179), se esplicó por esta proclama que anunciaba un buen reinado: «Todo se renueva en la primavera: los árboles y los campos adquieren un aspecto nuevo; parece que los animales reviven; todo respira y anuncia alegria. Existen ciertamente en mi pueblo enfermos, ancianos y otros desgraciados. Si yo, que soy su padre y su madre, no pienso en socorrerles, falto á mi deber. Quiero que todo mandarin, en su distrito, indague las personas que merezcan mi atencion y provea á sus necesidades. ¿Cómo podré pretender la sumision y afecto de los ancianos, si no tienen seda para cubrirse, ni alimentos, teniendo que sufrir el hambre y el frio? Que se dé, pues, á los ancianos de ochenta años, y tambien á los de menos edad, una cantidad suficiente de granos, de carne,

de vino; y á aquellos que han pasado de esta edad, seda y algodon para vestirse. Quiero además que el crímen de los hijos no recaiga sobre sus padres, ni sobre la familia.»

Cuando se promulgó este decreto los ancianos esclamaban á porfia: *¡Este es el reinado de la virtud!* y en efecto, Ven-ti hizo la felicidad del pueblo. Abolió el impuesto de la sal y la mitad de los demás; permitió que se acuñase moneda en otra parte que en la capital, y la mandó hacer redonda, con un agujero cuadrado en el medio para facilitar el trasporte. Favoreció la agricultura, labrando con sus propias manos, haciendo cultivar en sus jardines moreras y criar gusanos de seda. No quiso hacer uso ni de platos de oro y plata, ni permitir que sus mujeres llevasen telas de colores variados y bordados. Como se le propusiese construir un gabinete que le hubiese costado 100 taeles, respondió: *Con esta suma sostendria cien familias. Mientras fuí príncipe de Tai, no me cuidé de semejantes refinamientos. En el dia que soy emperador y padre del pueblo, ¿por qué he de disipar el dinero tan inútilmente?*

Detenia su carruaje para recibir las peticiones que se le presentaban; escuchaba voluntariamente las admoniciones de los sabios; y prohibiendo la ley censurar al gobierno, publicó este memorable edicto: «En el tiempo de nuestros antiguos emperadores, se esponia en la corte por una parte una bandera en la cual cada uno podia escribir y proponer libremente los proyectos que creia buenos y útiles; por la otra parte una mesa en la que cada uno podia anotar los errores del gobierno, y lo que tenia que decir sobre ello. Este era un medio de facilitar las quejas y procurarse buenos consejos. En el dia encuentro que la ley convierte en crímen el hablar mal del gobierno. Este es el medio no solo de privarnos de los conocimientos que podemos sacar de los sabios que se encuentran lejos, sino tambien de cerrar la boca á los oficiales de nuestra corte. ¿Cómo ha de ser instruido el príncipe en adelante de sus errores y defectos? Tiene esta ley otro inconveniente. Bajo el pretexto de que los pueblos han hecho protestas públicas y solemnes de fidelidad y de respeto al príncipe, por poco que uno las desmienta, es considerado como rebelde. Los más inocentes discursos, si desagradan á los magistrados, pasan por murmuraciones sediciosas contra el gobierno. Encuéntrase de esta manera el pueblo en su sencillez é ignorancia, culpable de un crímen capital cuando menos lo piensa. Esto es lo que yo no puedo sufrir.»

Citemos aun esta otra declaracion de Ven-ti, digna de servir de modelo: «Este es el décimo cuarto año de mi reinado, y cuanto más gobierno, más conozco cuán poco soy capaz de ello, y me avergüenzo. Aunque no he faltado en cumplir las ceremonias rituales con respecto al Señor supremo y á mis abuelos, sé que nuestros antiguos y sabios reyes no pretendian por esto ninguna recompensa, ni pedian lo que se llama felicidad; de tal manera exentos de todo interés personal, que olvidaban á sus más cercanos parientes, para sacar hasta de la nada á aquellos en quienes encontraban un saber y una virtud eminentes, y que preferian los prudentes consejos de otro á sus propias inclinaciones. ¡Bello y sabio desinterés! En el dia me encuentro informado de que varios de mis oficiales disponen oraciones, no para obtener la prosperidad de mis pueblos, sino la mia propia. Si yo tolerara que mis pueblos poco cuidadosos de sus deberes y poco celosos del bien comun, pensasen únicamente en la felicidad privada de un príncipe de tan escasa virtud como yo, seria una gran falta por mi parte. En su consecuencia ordeno, que mis oficiales, sin tener tanto cuidado en hacer por mí ostentosas oraciones, dediquen su atencion á llenar bien sus deberes.»

Habian concluido los reinados feudales que apoyaban sus pretensiones sobre los recuerdos conservados en los anales: de modo que estos no inspiraban ningun temor, como en el tiempo en que su destruccion fué dispuesta por Chi-uang-ti. No contento con levantar la prohibicion que los proscribia, favoreció Ven-ti su reproduccion, y los letrados que sobrevivian, emplearon todos sus esfuerzos en encontrar lo que se habia escapado de las llamas. Sacaron de los sepulcros, de las grutas y de las ruinas, los libros é inscripciones que se habian ocultado en aquellos parajes. Principalmente el viejo Fu-seng, que ya antes de la persecucion, pasaba por uno de los más distinguidos letrados, se habia refugiado en el campo, y habia escondido en las paredes de su casita un ejemplar del Chu-King y otros libros muy importantes, lo que permitió restablecer los anales de aquel antiquísimo imperio. Esta tarea fué grandemente secundada por dos inventos nuevos, la confeccion del papel con tallos de bambú machacado, y aquella tinta aun tan estimada entre nosotros.

La fama de las virtudes de Ven-ti determinó á varios pueblos vecinos á someterse á él, como lo hicieron las provincias de Kuang-tung y de Kuang-si. Pero los tártaros de raza turca renovaron la guerra, y tuvo que aprestarse á rechazarles. Entonces redactó el ministro este informe: «Cuando los enemigos amenazan, debe pensarse en tres cosas: en fortificar las fronteras, en guarnecerlas con tropas disciplinadas y en establecer arsenales con armas á toda prueba. Leemos en los libros que combatir sin buenas armas es entregarse al enemigo, y que los generales que mandan malos soldados están seguros de una derrota. Los oficiales sin esperiencia esponen al príncipe á su ruina; el príncipe que elige oficiales indignos, pone en peligro sus Estados. Importa mucho conocer al enemigo, sus fuerzas, su pais. Los tártaros hacen la guerra de otra manera que nosotros. Trepan por escarpadas montañas precipitándose con impetuosidad, atraviesan torrentes y rios á nado, saltan á través de los precipicios, franquean á caballo estrechas gargantas, manejan magistralmente el arco y las flechas, diri-

giendo seguros golpes. Atacan, se dispersan, se rehacen con una facilidad admirable. En los desfiladeros y en todo espacio estrecho, siempre tendrán ventaja; pero á campo raso donde los carros puedan maniobrar, nuestra caballeria conseguirá ventajas sobre ellos. Sus arcos son menos fuertes que los nuestros, sus lanzas menos largas, sus armaduras menos sólidas, y en batalla campal no sostendrán el choque de nuestros escuadrones. No saben tampoco como nosotros echar pié á tierra, batirse con la espada, manejar la pica, sostener el ataque y abrir los batallones. Nuestras fuerzas son, pues, cinco y tres las suyas.»

Prosigue proponiendo alistar á los súbditos tártaros del imperio, ejercitarlos en la táctica china, y colocarlos en las fronteras. Debió el imperio á este espediente haberse puesto al abrigo de las incursiones del enemigo.

Este ministro era A-fu, y Ven-ti le recomendó como el único que podia salvarle, á su hijo Hiao-king-ti, quien le sucedió (156). Este príncipe, aunque afable y benévolo, vió sublevarse á los grandes que no cesaban de aspirar á la independencia. Entre los hijos de éstos, que segun la costumbre, eran educados en la corte, queria el príncipe hereditario con particularidad al de On, y jugaba con él con frecuencia al ajedrez. Pero un dia, habiendo entrado en cuestion le tiró el tablero á la cabeza y le dió muerte. Juró el padre vengarse, y se convino con los demás príncipes tributarios para hacer una revolucion; de suerte que apenas bastó la habilidad de A-fu para sofocar el incendio.

Vu-ti (ó Hiao-vu-ti) que después ascendió al trono (140), trató de devolver al imperio su brillantez en lo interior y su fuerza esterior. Habiendo convocado, pues, á los sábios, les consultó sobre las conquistas que meditaba, pero Yong-king se espresó en estos términos: «La virtud de los monarcas abraza sus reinos como una cadena cuyos eslabones se unen los unos con los otros. Debe un príncipe comenzar por reformar los abusos, como un músico templa su instrumento antes de tocarlo. Dícese proverbialmente que el pescado vale más en la red que en el agua; es decir, que no basta especular sobre las cosas del gobierno, sino que es preciso obrar. Recopiló Confucio la doctrina de los antiguos sabios, y es la que debe seguirse, no la de los doctores del dia, que corren solo tras lo que es nuevo. Haria bien V. M. en ordenar que se atuviesen á lo que enseña Confucio.»

Dócil á este consejo, renunció el emperador á sus ideas de guerra, y se puso al corriente de las necesidades de su pueblo. Habiendo reducido un incendio á diez mil familias á tal miseria, que padres comieron á sus hijos, abrió un mandarin para socorrerlos los graneros públicos sin aguardar las órdenes imperiales. Lejos de atraer este acto tan estraordinario en China el castigo sobre su autor, le valió las alabanzas de Vu-ti. El mismo mandarin ejecutaba puntualmente los decretos del hijo del cielo cuando estaban conformes á la razon y á la justicia; se oponia á ellos cuando le eran contrarios, diciendo: «Es un crímen impulsarle á una injusticia por vil condescendencia; nuestro deber es impedirle manchar su fama.»

Vu-ti hizo corregir los libros canónicos, atrajo á su córte á los sabios, protegidos además por otros príncipes de Sin y pudieron hacer conocer con libertad los abusos y proponer las reformas. El más bello adorno de su corte fué el gran historiador Se-ma-tsian, autor de las *Memorias históricas (Sse-ki)*, de que ya hemos hecho mencion (2).

Sin embargo, Vu-ti se dejó engañar por los tao-sse, quienes separándose de la doctrina de Lao-seu se entregaban á raras especulaciones y buscaban el elixir de la inmortalidad. Era en vano que los sectarios de Confucio se esforzasen en desenmascararlos. Habiendo tomado uno de ellos la copa que ofrecian al emperador, se tragó el contenido. Irritado el monarca con su audacia, le condenó á morir al momento, pero el letrado le dijo: *Si la eficacia de este licor es real, la órden que habeis dado será vana; si no os habré desengañado con mi muerte.* Vu-ti le perdonó, pero no desechó su mania, y los tao-sse continuaron ilusionándole con sus prestigios. Aprendió, no obstante á conocerles á fin de su vida, y los desterró.

Marca la quinta dinastia una época brillante para la China, que dejando de permanecer confinada en aquella estremidad sin comercio ni influencia en el extranjero, se puso en relacion con sus vecinos. Tan pronto aliada, tan pronto enemiga, se hizo el centro de las operaciones comerciales, capital de la política, modelo de la civilizacion. Ejerciendo su accion sobre la estremidad del Asia, estendió sus conquistas y llegó á dominar por dos veces sobre el mar Caspio, en paises, cuya historia nos hubiera quedado desconocida sin los autores chinos.

Los yut-chi ó escitas, nacion de raza rubia, habian fundado siglo y medio antes de J. C., diferentes principados en la India, de donde fueron después arrojados por Vicramaditia; desde cuyo acontecimiento comenzó la era de aquel glorioso rey (56 a. C.); pero volvieron conmunmente á aquel pais, cuyas riquezas habian dejado huellas en su memoria, hasta el momento en que habiéndolo conquistado de nuevo hácia el tiempo de J. C., dieron muerte á los reyes, dominando cual señores por espacio de dos siglos. Estos son probablemente los mismos de que hablan los anales chinos con el nombre de yue-ti, poderosos entonces al Occidente del Chen-si y cerca de las montañas Celestes y tal vez idénticos á los getas ó godos de Europa. Dábanse á sí mismos el nombre de yung-nu, y los chinos llamaban hing-ku á los tártaros, otro pueblo cuyas incursiones obraban sobre la China como las invasiones de los bárbaros sobre la Europa.

---

(2) Véase tomo II, pág. 273.

Procuraron los primeros emperadores de la dinastia de los Han, hacerlos para con ellos propicios con regalos y concesiones, llegando hasta dar sus hijas en matrimonio á sus jefes. Bajo el reinado de Vu-ti, algunos yung-nu que se habian sometido á la China, refirieron á aquel príncipe que sus compatriotas habian hecho la guerra á los yue-ti, y que el rey de los yung-nu se habia hecho una copa con el cráneo de su rey. Tal vez estos yung-nu son los mismos que después cayeron sobre el imperio romano. Los yue-ti estuvieron tambien en guerra con los partos posteriormente al año 127 a. C.; después otros escitas ocuparon en la misma época á Bactra y la Sogdiana, y destruyeron el reino griego de la Bactriana.

Hiao-vu-ti pensó en servirse de ellos para destruir á los bárbaros. Chang-Kiang, que les envió como embajador, se puso en camino con algunos oficiales para ir á encontrar á los yue-ti en la comarca situada al Norte del Oxo, á donde se habian retirado. Habiendo sabido los yung-nu el viaje de Chang-Kiang y su objeto, se le opusieron en el camino y le detuvieron prisionero durante diez años. Consiguió, en fin, escaparse con sus compañeros, y llegó hasta los yue-ti; pero no pudo inclinarlos á dejar un pais tan rico y abundante en todos los bienes para volver á los desiertos de la Tartaria á guerrear contra los yung-nu. Habiéndose frustrado su mision, Chang-Kiang se dirigió hácia su patria por las montañas del Tíbet; pero cayó de nuevo entre las manos de los yung-nu que le conservaron mucho tiempo cautivo; aun se les escapó y volvió á China después de una ausencia de trece años, con uno solo de sus compañeros, de ciento que habian marchado con él. Procuró este viaje á los chinos el conocimiento de varios paises y de diferentes naciones de la India, y les enseñó el camino que era preciso seguir para ir á través de la cordillera del Tíbet. Pero la barbarie de los pueblos intermedios que degollaban á los agentes espedidos para hacer tratados de comercio, se opuso á las comunicaciones y á los viajes.

Vu-ti envió contra los yung-nu, á Ho-Kiu-ping con trescientos mil hombres. Cuatro victorias que consiguió rechazaron su *ala derecha* lejos de la gran muralla, porque el pais que habitaban podia siempre ser considerado como un campamento. Esta espedicion fué la primera que estendió las fronteras chinas hácia el Oeste; muchas familias se trasladaron de este lado, y los puestos militares siguieron siempre avanzando. Vu-ti entró vencedor en los reinos de Pégu, de Siam, de Cambodje, de Bengala. Fué su flota á someter las costas orientales de la China gobernadas por un jefe independiente; y sus naves, cuyos puentes estaban distribuidos en aposentos, robaron toda la poblacion de Canton, que permaneció algun tiempo desierta.

Como el poder de los príncipes tributarios, algunos de los cuales dominaban sobre mil *li* y muchas ciudades, parecia escesivo, se propuso impedir que el hijo mayor heredara la mitad de los bienes paternos, y que el resto se dividiese entre los demás hermanos.

Después de otros varios reinó Si-Ven-ti (72). Educado éste en la prision en que su madre habia sido encerrada por Vu-ti, se habia enseñado á amar la justicia, y él mismo examinaba las reclamaciones de sus súbditos. Hizo recopilar en un código las leyes promulgadas por sus antecesores, aboliendo las que no eran oportunas, y recomendando la suavidad en la aplicacion de las que conservaba. Un informe de uno de sus ministros nos refiere, sin embargo, que solo en un año perecieron doscientos veinte y dos individuos por el crímen de sus mujeres ó de sus hermanos. Tuvo tambien este príncipe contra los yung-nu y otros tártaros turcos (80), varias guerras, de las que salió con honor. Sometió, ya fuese por su reputacion de virtud, ya por la fuerza, á todas las tribus hasta el mar Caspio, é hizo construir para eternizar la memoria de sus hazañas, la magnífica pirámide de Ki-lin. Mandó revisar los *King* ó libros canónicos, y determinar la mejor leccion; tambien favoreció todos los estudios.

Ascendió al trono Ping-ti á la edad de nueve años, el primer año de la era vulgar. Fué gobernado el imperio bajo su nombre por Uang-mang, astuto ambicioso, que, aspirando á la suprema categoria, aumentó el número de sus hechuras, multiplicando sus principados. Reunió bajo el pretexto de darles una educacion conveniente, á todos los niños varones de sangre imperial, de los cuales se encontraron doscientos mil. Atrevióse después á cometer el crímen más horrible á los ojos de los chinos, violando los sepulcros, para sacar las riquezas sepultadas con los cadáveres (5 d. C.) Por último, envenenó al emperador, tomó el título de tal, y ofreció el sacrificio al Ser Supremo. Esterminó á centenares á los que se le oponian, y por otra parte, elevó á los descendientes de Confucio al más alto puesto, que después permaneció hereditario entre ellos. Creyéronse libres los pueblos súbditos ó aliados, de las obligaciones contraidas para con la dinastia de los Han; lo cual obligó á Uang-mang, á tener siempre las armas en la mano, y en su consecuencia á sobrecargar al pueblo. Aumentóse el número de los partidarios de la dinastía caida, y llegó el momento en que sitiaron al usurpador, quien, vencido fué despedazado.

VI dinastia.—Después de grandes desórdenes y de efímeras tiranias, obtuvo el birrete imperial Kuang-vu-ti (25), de la dinastia de los Han, llamados orientales porque trasladó la corte de Si-ngan-fu á Ho-nan-fu. Después de haber restablecido por una amnistia la tranquilidad interior, pudo este príncipe dispersar á los ung-mey (cejas rojas), partidas ó más bien ejércitos de ladrones, que se habian reclutado durante las últimas turbulencias, y que tomaban su nombre del color con que se teñian. Contribuyeron su afabilidad y energia á mantener en sus Estados la justicia y la paz. Bajo su reinado y el de su sucesor Ming-ti, se anudaron las relacio-

nes con los pueblos de Occidente, y el imperio recobró sus antiguas fronteras (56).

Instruido este último príncipe en toda la ciencia de los antiguos filósofos, instituyó en su palacio una academia de ciencias para los hijos de los príncipes bárbaros y los gobernadores de las provincias conquistadas. Empleó cien mil hombres para construir un dique contra las irrupciones del rio Amarillo. Pero el haber dejado introducirse la idolatria de Fo, bastó para que su memoria sea anatematizada por los letrados. Opusiéronse estos bajo su hijo Chang-ti, á la nueva supersticion (76); y Kong-hi, uno de ellos, dijo que el emperador Vu-ti, aceptando este culto extranjero, habia destruido todo el bien que se le debia. Habiéndose referido estas palabras á los censores del imperio como una *injuria* hácia uno de los mayores príncipes de la familia de los Han, el acusado se disculpó de esta manera. «Es una calumnia de mis enemigos pretender que quiera erigirme en reprobador de los augustos príncipes. He hablado del gobierno de Vu-ti como habla la historia. La historia es la leccion de los príncipes de la posteridad; se ha hecho para instruirlos é impedir que incurran en las faltas de sus predecesores. ¿Seria un crimen recordar lo que ella ha encontrado reprensible? Las acciones de los príncipes, buenas ó malas, no pueden permanecer ocultas, estando fijos todos los ojos sobre ellos: ¿seria una falta vituperarlos cuando se portan mal? Si merezco la muerte por haberme fiado en referir lo que está escrito, proscríbanse la historia y su tribunal del cual nadie se libra. Ella registrará tambien el tratamiento sufrido por mí, por haber censurado acciones vituperadas por ella y resultará una mancha para el emperador que me haya castigado.» Agradecióle el emperador su lealtad. Aunque es cierto que favoreciese á los tao-sse, no descuidó la doctrina de Confucio, ni á los que la seguian. Convocados los letrados por él para examinar las concordancias, y esplicar las variaciones de los cinco libros canónicos, el resultado de su trabajo produjo el *Comentario esplicativo*.

Dejó la infancia de O-ti libre el campo á las intrigas de sus ministros y de su madre (89). Sin embargo, los yung-nu continuaban inquietando el imperio: Pu-nu, uno de ellos, reinó con crueldad, tramaba la muerte de su hermano mayor, cuando éste se escapó del peligro por la fuga, y se puso á la cabeza de ocho hordas de esta nacion. Proclamado Chen-yu por ellas, se retiró hácia los confines de la China, donde fundó el reino de los yung-nu meridionales, quienes se asociaron á los chinos para hacer la guerra á los septentrionales.

Pan-chao, general de O-ti, no menos valiente guerrero que hábil político, estableció el sistema federativo en el Asia Central, y de este modo llegó á triunfar de los yung-nu septentrionales; sometió la Pequeña Bukaria y subyugó más de cincuenta principados, cuyos herederos envió á la corte para servir allí de rehenes. Habiéndose adelantado hasta el mar Caspio, quiso atravesarle y atacar el imperio romano, pero los partos le persuadieron de que apenas le bastarian dos años para este viaje, lo que le decidió á retroceder. Antes de alejarse, dijo al general que debia sucederle como gobernador del pais: «Los chinos esparcidos en estas comarcas son, en su mayor parte, desterrados y deportados por sus fechorias. Los naturales se asemejan á las fieras difíciles de domesticar. Sois vivo é impetuoso; acordaos de que no es fácil pescar en agua clara, y de que no se obtiene la paz tirando mucho de la cuerda. ¿Quereis haceros respetar? Manifestaos afable, indulgente, generoso. Disimulad las cosas de poca importancia; contentaos con una discreta exactitud de los pueblos en el cumplimiento; escusad las faltas graves, no tengais cuidado de minuciosidades que fatigarian á los hombres sin hacerles mejores.»

O-ti fué el primero que concedió á los eunucos altas dignidades, ocasionando de este modo grandes perjuicios por las luchas que surgieron entre ellos y los letrados. La emperatriz se encuentra citada como un modelo de saber y modestia. Entre los numerosos presentes que le ofrecieron en ocasion de su matrimonio, no quiso aceptar sino papel y pinceles.

Se sucedieron las regencias hasta Chun-ti, que consiguió varias victorias (126). Habiendo recibido una perla muy grande, la devolvió diciendo que no debia ocuparse de un vano lujo, cuando el pueblo se moria de hambre. Habiéndose rebelado algunos distritos, en lugar de hacer marchar contra ellos un ejército, les comisionó un ministro que dijo á los rebeldes: «La avaricia y crueldad de los mandarines os ha hecho tomar las armas, y sobre ellos recae la falta de vuestra insurreccion. ¿Pero es acaso una accion loable rebelarse contra su príncipe? El no desea sino la paz y la felicidad de sus pueblos; los que los tratan mal, le engañan. Vengo enviado por él para gobernaros. Si deponeis las armas, os prometo que todos conservarán su gerarquia, y que á todos se os proporcionará con qué vivir contentos en el seno de vuestras familias.» ¡Bello ejemplo en un príncipe que sabe reconocer sus faltas! Estableció además Chun-ti que nadie seria promovido á la magistratura antes de la edad de cuarenta años cumplidos; ¿pero son acaso los años la exacta medida de la esperiencia?

Siguieron los eunucos y los letrados disputándose el poder, hasta que los primeros lograron inspirar desconfianza contra la academia, como si la union de los hombres instruidos fuera amenazadora para con la autoridad, cuando realmente es el más firme obstáculo contra la tirania. Fueron, pues, desterrados los sabios de la corte, procesándose á los más afamados. Al mismo tiempo aspiraba el emperador al título de amigo de las ciencias, y hacia grabar los cinco libros clásicos en tres clases de caractéres en cuarenta y seis piedras de mármol. Letra muda que no asustaba al despotismo.

Los empíricos.—Habiendo asolado la peste el

imperio por espacio de once años, un tao-sse, llamado Chang-kio, encontró contra ella un remedio seguro en cierta agua que preparaba con palabras misteriosas. El mal era grave, el remedio estraño; obtuvo, pues, con facilidad confianza Chang-kio. Seguido de multitud de empíricos les disciplinó, y de esta manera se encontró á la cabeza de un partido fuerte, aumentado por el gran número de descontentos. Hizo entonces circular la voz de que el *cielo azul*, es decir, la dinastia de los Han tocaba á su fin y que cederia el puesto al *cielo amarillo*.

Gorros amarillos.—Habiéndose medio descubierto sus proyectos, vió segura su pérdida si no era audaz, y apeló á las armas. Levantáronse á su voz cincuenta mil hombres, que adoptaron el gorro amarillo por señal distintiva y los envió á devastar el pais.

Encontróse favorecido en sus espediciones por la contemporánea sublevacion de varios ambiciosos que dividieron la China en varios principados. Pero la prudencia y el valor del general Sao-sao reprimieron á los gorros amarillos, y el mayor número se alistó bajo sus banderas. Aprovechándose después de la guerra civil adquirió un inmenso territorio y se encontró en disposicion de libertar al emperador Hien-ti, á quien tenian preso los grandes en su propia córte (190). Elegido por este príncipe su primer ministro, apaciguó las facciones, adoptó el gorro de doce pendientes, adornado con cincuenta y tres piedras preciosas, atributo distintivo del monarca, y un carro de eje dorado, pintado de cinco colores y tirado por seis caballos. Poco hubiera tardado en apoderarse igualmente del sello imperial á no haberle atajado la muerte en sus proyectos ambiciosos. Consistia su principal mérito en saber discernir la capacidad de cada uno y en emplearle conforme á ella.

Consumada fué su obra por su hijo Sao-pi, quien arrebató la corona á Hien-ti, y empezó la dinastia de los Uei (220). Pero al paso que la dinastia caida habia estendido las fronteras del imperio hasta el mar Caspio, la nueva no poseyó más que la mitad septentrional de la China; encontrándose el resto dividido entre las familias de los Hu y de Heu-han ó Han *posteriores;* residia la primera en Nankin en el Mediodia; la otra en Ching-tu en el Norte. Multiplicáronse las disensiones en el imperio, dividido de esta manera en tres, hasta el momento en que se estinguió la familia de los Hu, después de haber habido cuatro reyes en cincuenta y nueve años.

Considerado Sao-pi como un usurpador por los partidarios de la antigua familia, sostuvo la guerra contra sus dos competidores, y demostró valor, tanto en los combates como en los reveses. Llegado que hubo al término de su vida, dijo: «Cuando un hombre ha llegado á cincuenta años, no puede quejarse de que el cielo le concede una corta existencia; menos lo puedo yo, que tengo sesenta.» Y recomendando su hijo Heu-ti al sábio Chu-kuo-teang, añadió: «Si se niega á vuestros consejos, deponedle, y reinad en su lugar.» Después dirigiéndose á su hijo: «Por ligero que te parezca un pecado, no lo cometas; por pequeña que creas una virtud, no la descuides; solamente, la virtud merece que la sigamos. He practicado tan pocas, que no puedo servirte de modelo; pero presta atencion á los consejos de Kuo-teang que será para tí un segundo padre.»

Pasóse el reinado de Heu-ti en medio de las guerras civiles y de la anarquia. Peleó contra el rey de los vei (223), cuyo general, Song-chao, animado con la victoria, se rebeló, y habiéndose puesto al frente del Estado, dirigió un terrible ataque contra Heu-ti. No atreviéndose este príncipe á marchar contra él y morir en el campo de batalla, se entregó cobardemente al vencedor, quien le dejó vivir en una despreciable oscuridad. No pudiendo su hijo despertar su valor, ni doblegarse él mismo á la servidumbre, se retiró á la sala de sus antepasados, dándose allí la muerte con su mujer. Con él acabó la dinastia de los Han, y el hijo de Song-chao, dió principio á la de los Tsin (263).

Relaciones esteriores.—Tuvieron los Han contínuas diferencias con los tártaros. Concluíase á veces la guerra con ventaja de éstos, que entonces invadian y sujetaban la China en parte ó enteramente, como lo ejecutaron á su vez los yung-nu, los turlos, los to-po, los yuan-yuan, los kitat, los yu-chi, los mongoles, los manchues; con más frecuencia los chinos llevaban la mejor parte, y después de haber rechazado á los bárbaros, los perseguian más allá de los desiertos. Entonces el conseguir una victoria les proporcionaba inmensas regiones, siempre abiertas al conquistador; y los habitantes de aquellas dos líneas de ciudades que marcan el camino de la Persia á la China al través de la Tartaria, pagaban á éstos el tributo que percibian antes los tártaros. Además, cuando las hordas de aquellos feroces guerreros se disipaban, podia el emperador enviar guarniciones hasta la estremidad del imperio que los tártaros dejaban libre. Consolidaban los chinos de esta manera un poder que la division les impidió después conservar, y adquirian conocimientos de paises ignorados hasta entonces.

Su espedicion al mar Caspio parece haber tenido por objeto hacer libre en este mar el comercio entre ellos y los romanos. Ateniéndose á las relaciones de los partos, los chinos se figuraron el imperio romano como un pais maravilloso, con príncipes muy poderosos, una capital inmensa, y habitantes estraordinariamente sabios y justos. Como nunca habian encontrado en sus escursiones sino pueblos menos civilizados que ellos, honraron á este imperio con el nombre de Ta-sin, esto es, gran China, y supusieron que todo lo que se encontraba bueno y bello en los otros paises, procedia de allí. «Acúñanse allí, dicen los libros, monedas de oro y plata y una de oro vale diez de las otras. Trafican por mar con la Persia y con la India, ganando diez por uno. Sin embargo, son leales

y justos, y no tienen dos precios para las mercancias. El trigo está barato, y circulan inmensos capitales. Cuando embajadores extranjeros llegan á las fronteras, se les provee de carruajes por el público, y una vez llegados á la capital, se les proporciona oro para subvenir á sus gastos. Deseaban sacar de nosotros la seda cruda, porque saben hilar con mucha finura y teñir perfectamente; pero los *ases* no quieren consentir en ello, para no perder el beneficio que les reporta la mano de obra.»

Los ases son quizá los eftalitas. Habiendo su rey Catuxo intrigado en la corte de Cosroes, rey de Persia, á fin de impedir el tráfico de las sedas, los sogdianos, para consumirlas, indujeron á los turbos á establecer comunicaciones directas con los romanos. Era natural que tambien los romanos deseasen comunicarse directamente con los pueblos de donde recibian la seda; pero los partos se oponian á ello. Solo un embajador, de An-tun (Antonino) (166), rey de Ta-tsin, llegó á la corte de Uang-ti después de haber viajado por mar y atravesando el Ji-nan, que es el Tonquin moderno. Sus tributos no eran de gran valor, sino cuernos de rinoceronte, colmillos de elefante, conchas de tortugas; de esta manera creyeron que los embajadores habian guardado para sí lo más precioso. Estas relaciones amistosas de Occidente con Oriente se vieron probablemente interrumpidas por las discordias de la nueva dinastia y por el aumento de poder de los persas.

En la época en que nos encontramos, merecen fijar nuestra atencion algunas innovaciones en las doctrinas. El fundador de la séptima dinastia como si llevase á cabo en la China la obra que la escuela de Alejandria ensayaba en el imperio romano, purificó el culto, mostrando que los *Hu-ti*, es decir, los cinco primeros emperadores á los cuales se ofrecian sacrificios, no eran otra cosa que los cinco elementos de las cosas. Sacó por consecuencia, que era conveniente, para cortar de raiz el error, destruir los lugares que con particularidad les estaban consagrados, lo cual se ejecutó. Reformó y recopiló las leyes; aumentó el sueldo de los mandarines, para que tuviesen menos tentaciones de robar, y renovó la ceremonia en la cual el emperador cultivaba el campo.

Hácia esta época, una secta de los tao-sse, imaginó que el hombre era tanto más perfecto, cuanto más inactivo, de modo que sus adeptos se prohibian á veces hasta el uso de los sentidos. Habiéndose unido Hi-kang, á otros seis filósofos, que en union suya, fueron llamados los siete sabios de Bambú, enseñó que el vacio era el principio de todas las cosas. Ridiculizaba las ceremonias, las leyes, los King, creyendo la suprema felicidad en la satisfaccion del cuerpo, y en dejar á las cosas de este mundo seguir su curso. Sabe Y-ven-ti, la muerte de su madre, en el momento en que jugaba al ajedrez; se hace traer dos botellas de vino, las vacia y continua su partida. Manda Lieu-ling á las gentes de su séquito, que en el caso de que el accidente que se llama muerte le aconteciese viajando en su carro, se le ponga en tierra y prosigan su camino. Honró á aquellos sectarios el príncipe de Uei con sus persecuciones.

Pan-oei-pan, hermana del célebre general Pan-chao y del historiador Pan-ku, fué instruida en todo lo que se sabia en su tiempo, y llegó á rivalizar en saber con sus hermanos. Casada á la edad de catorce años con un jóven mandarin, se dedicó á los cuidados domésticos, como debe hacerlo una mujer, no robándoles sino cortos momentos para entregarse al estudio, al cual se consagró después de viuda enteramente, habiéndose retirado cerca de Pan-ku. Ocupándose este letrado en su calidad de historiógrafo imperial, en revistar y en continuar los anales de Se-ma-tsian, componia además ciertas *Instrucciones sobre la Astronomia*, y los *Ocho modelos*. Sirvióle de gran socorro su hermana para preparar los materiales, elegirlos y coordinarlos, de lo cual la recompensó citándola á cada paso con elogio. Cuando cayó despues en desgracia, como amigo de Teu-hian, y murió en la prision, ella fué encargada de continuar la obra de su hermano; al efecto se le proporcionaron todos los libros de que tuvo necesidad, señalándole un sueldo; de manera que la completó y publicó: su *Libro de los Han* fué principalmente aplaudido. Nombróla después el emperador maestra de poesia, elocuencia é historia, de la jóven princesa que estaba destinada á ser emperatriz. Compuso entonces un tratado sobre los deberes de la mujer.

«A nosotras pertenece, dice (3), el último lugar en la especie humana, reservadas como somos para las más humildes funciones. Antiguamente, cuando nacia una mujer, se la ponia tres dias sobre unos harapos, dejándola allí sin hacer caso de ella. El tercer dia se visitaba á la parida y se tenia cuidado de la recien nacida. Entrando después en la sala de los abuelos, el padre con la niña en brazos y la comitiva con tejas y ladrillos en las manos, permanecian algun tiempo silenciosos delante de las efigies de sus antepasados ofreciéndoles taciturnos, uno la criatura y los demás los materiales que tenian. Si las doncellas se persuaden de lo que son, no se enorgullecerán, permanecerán sumisas en su puesto, y convencidas de que no pueden nada sin el socorro de otro, se dedicarán á sus deberes sin encontrar en ellos nada pesado.

»Cuando una mujer ha entrado en otra familia, nuevos deberes se le imponen, que menos consisten en hacer lo que de ella se reclama que en prevenir lo que se pudiera exigir. ¿Quereis que vuestro marido os respete? respetadlo sin restriccion. ¿Quereis que os honre y os ame constantemente?

---

(3) El padre Amiot ha publicado una larga disertacion sobre esta letrada y la traduccion de los *Siete articulos*, título de la obra, de la que aquí sacamos algunas máximas. *Mem. sobre los chinos*, t. III, p. 365 y siguientes.

velad siempre sobre vos misma para no dejarle notar vuestros defectos y corregiros.

»Cuatro cualidades hacen á una mujer amable: la virtud, las palabras, el esterior y las obras. La virtud debe ser sólida, entera, constante, sin tacha. No debe tener nada de feroz, de exasperante, ni áspera, ni pueril, ni minuciosa. Que sean honestas las palabras de la mujer, afables y mesuradas; no se debe ser ni muda ni charlatana. Que no diga nada trivial ni bajo, pero que tampoco rebusque las espresiones, y no haga alarde de las más comunes. Si es bastante instruida para poder discurrir sobre las letras, que no haga ostentacion de erudicion, porque nada disgusta tanto como la mujer que á cada momento cita la historia ó los libros sagrados, los poetas y la literatura; pero es estimada, si es instruida, si no pronuncia discursos fútiles, si habla de las letras y de las ciencias con brevedad, y por pura condescendencia á aquellos que la interrogan.

»La belleza hace seguramente á una mujer amable; pero no depende de nosotros. Es, por tanto, bastante bella para su marido, cuando se tiene siempre la mirada y la voz dulce, el vestido y la persona limpia, el peinado escogido y bien dispuesto, las palabras y modales honestos.

»Que la mujer no debe ejecutar sino acciones ordenadas y decentes para la satisfaccion de su marido y el buen ejemplo de sus hijos y servidores. Que todo lo hága á su tiempo, sin ser, sin embargo, esclava del momento; sin precipitacion ni pereza, atenta sin inquietud, graciosa sin afectacion.

»Al pasar de la casa paterna á la de su marido, todo lo pierde, hasta su nombre: todo lo que lleva, todo lo que ella es, hasta su misma persona, se convierte en propiedad de aquel que se le dá por esposo. Todas estas virtudes deben dirigirse hácia él; no debe procurar agradar sino á él; vivo ó muerto él solo debe poseer su corazon. Por esto es por lo que el *Libro de las leyes para las mujeres*, dice: *Si una de ellas tiene un marido segun su corazon es para toda la vida, si le tiene en contra de su corazon, es para toda la vida.* En el primer caso, es feliz, y para siempre; en el segundo, es desventurada, porque su desgracia no acabará sino con la vida.

»La que ama á su marido y es correspondida, obedece sin esfuerzo, tanto porque es su inclinacion como porque está segura de la aprobacion de aquel á quien agrada. Una absoluta obediencia á su marido, á su suegro, y á su suegra, siendo además fiel á todas sus obligaciones, es lo único que puede librar á una mujer de todo vituperio. Que la mujer en la casa sea absolutamente una sombra, un simple eco: la sombra no tiene otra sombra aparente que la que le da el cuerpo, el eco no dice sino lo que se le hace decir.

»La mujer de buen sentido y que desee vivir tranquila, empiece por hacerse superior al fastidio inseparable de su condicion, estando convencida de que haga lo que haga, siempre tendria que sufrir algo de aquellos con quienes vive. Que se persuada de que su tranquilidad en lo doméstico y su reputacion esterior dependen únicamente de la estimacion que haya sabido ganarse por parte de sus suegros y de sus cuñados; y obtenerlo es bien sencillo: Que jamás contrarie á los demás; que cuando se le contrarie tenga paciencia; que no responda á las palabras duras que le puedan dirigir; que jamás vaya con quejas á su marido; que no desapruebe nada de lo que vea ú oiga, á menos que se trate de una cosa enteramente mala; que condescienda con los deseos de los demás, en todo lo que no es contrario á la honestidad y al deber. Por malos que sean el suegro y la suegra, asi como los cuñados, conservarán estimacion á una mujer que se conduzca tan bien; ensalzarán siempre y en todas partes su virtud y su carácter. Este elogio repetido le asegurará indudablemente el corazon de su marido, la hará respetar de los parientes, estimar de todos, y citar como ejemplo á las demás mujeres.»

CAPÍTULO XXII

LOS BUDDISTAS EN LA CHINA.

Ya hemos hecho mencion al tratar de las opiniones religiosas y filosóficas del Indostan (1), de la gran reforma de Budda, quien se atrevió, para atraer á sus sectarios á un culto más puro y á una moral de igualdad, á declarar la guerra á las creencias establecidas y á la casta sacerdotal.

La gran reforma de Budda nació, pues, segun parece, seis siglos antes de J. C., en las orillas del Ganges, y las predicaciones de Budda no pasaron más allá de este rio por la parte del mediodia. Los buddistas, viéndose perseguidos, se vieron obligados á ceder Magada y Varnachi á los bracmines que eran allí preponderantes, y á estenderse fuera de la China. Entonces estableció el buddismo su centro en Kotana; propagándose desde allí á los puntos meridionales de la isla de Ceilan, se sustituyó en el curso del sexto siglo á la adoracion de Siva y Visnú: penetró después en Siam, en el Aman, en la península de Malaca, en el imperio de los birmanes. Estableciόse esta religion en el Japon en 552 después de Cristo, luego en las elevadas montañas del Tíbet, donde después sentó su trono; y desde los elevados páramos del Asia Central penetró hasta el imperio de Cachemira, en otro tiempo metrópoli del bracmismo, mientras que en la Sogdiana y la Bactriana, se encontró con los dioses de la Escandinavia.

Difundia así una doctrina moral entre las naciones que no conocian ninguna; y como felizmente pocos individuos se hallaban en estado de adquirir las virtudes de perfeccion necesarias al aniquilamiento de sí mismo, al menos escitó á ejercer las practicables. Las austeridades del celibato indujeron á la templanza aun á aquellos que no querian privarse de la sonrisa de un hijo; la pureza del cuerpo se convirtió en una ley; tratáronse los animales en consideracion á la metempsícosis. De este modo no cedió á ninguna en cantidad de prosélitos, á pocas en pureza de moral (2).

(1) Lib. II, cap. 13 y 15.

(2) Los más modernos, como Keru y Desenaste, niegan que Budda haya sido un personaje histórico. Otros le suponen muerto el 370 a. C. El buddismo salió de un órden monástico indio, que practicó una moral universal, animada por la caridad, y encerrándose en el quietismo, esto es, en la libertad de las ilusiones del mundo. En éste el monaquismo es esencia hasta del principio; en el cristianismo es una manifestacion accidental del espíritu evangélico. El buddismo se encierra en el quietismo, en la negacion del sér, mientras el cristianismo tiende siempre á la venida del reino de Dios, á ser perfectos como el Padre.

Mahavero, natural del Magada, muerto entre el 330 y el 348 a. C. predicó en la India la secta Gainica, apoyándose en doctrinas y prácticas anteriores, no negando los Vedas ni el bracminismo. Sus doctrinas están muy difundidas en la India inglesa, y ayudaron bastante á la civilizacion del pais, especialmente con servirse de la lengua vulgar. Tiene una cronologia completa y una rica literatura sacerdotal y seglar.

Por el contrario, el buddismo fué arrojado fuera de la península, porque rechazaba las castas y el sacerdocio; en el Tíbet, en el Japon y en otras partes nombró un sumo sacerdote, que, sin embargo, no es vicario de Dios, sino Dios encarnacion.

En estos últimos años han estado al frente del movimiento religioso de la India Ramoun Roy, Keshal, Kunder Seu, Dayanunda Sarasrate.

A. BARTH, *La religion de la Iudia*. 1879.

M. SENARTH, *La leyenda de Budda, su carácter y sus orígenes*. 1882.

H. KERN, *Der Buddismus und seine Geschichte in Indien*. 1882.

E. ARNOULD, *The Leight of Asia, being the life and teaching of Garlama*. 1885, 22 edicion.

L. LEBLOIS, *Las biblias y los iniciadores religiosos de la humanidad*. 1885.

Actas del Instituto veneciano. 1884, cuaderno 1.°.

Desde el año 390, antes de J. C., habian penetrado en la China algunos libros buddistas, donde se traducian; pero solo sesenta y cuatro años antes de J. C. (3), el emperador Ming-ti, de la dinastia de los Han, vió en sueños un hombre de color de oro, de muy elevada estatura y resplandecientes el cuello y cabeza. Habiendo tenido consejo con sus ministros sobre esta extraña vision, uno de ellos le dijo: que se encontraba á Occidente un sér sobrenatural llamado Fo, cuya estátua, de color de oro, tenia seis piés de altura. Recordó entonces el emperador aquellas palabras de Confucio: *El santo será encontrado en Occidente;* envió, pues, embajadores á la India para adquirir noticias del sér misterioso que habia visto, de sus leyes y de su doctrina, y con encargo de traerle alguna efigie suya. Fastidiados éstos de tan larga peregrinacion se detuvieron en una isla, y habiendo encontrado en ella un ídolo de Budda, lo llevaron á la China. Después Bodhi-Dhorma, vigésimo octavo patriarca, trasladó á China la religion de que era jefe, y murió en 491. Viendo los recien convertidos al Budda chino colocado al lado del emperador, le consideraron superior á todos los demás, como jefe natural del culto, y una encarnacion legítima de Dios (4).

Fué causa de gran escándalo para los letrados, adheridos como lo están á las cosas nacionales y á sus inmutables ritos, esta religion tomada del extranjero y que trastornaba las formas de la constitucion, es decir, lo que era á su vista su misma esencia. En lugar, pues, de examinarla y de adoptar su pureza, su tenacidad de eruditos hizo desaprobarla, porque no habia sido conocida de sus padres, y emplearon todo su poder en separar de ella á los reyes. No obstante encontró acogida tanto entre los grandes, como entre el vulgo, el cual fué tal vez menos seducido por las verdades que enseñaba que por su cortejo de supersticiones. En efecto, así como la filosofia de Lao-seu, habia descendido á las groseras promesas de los tao-sse, la religion de Fo se convirtió en China en un medio de lucro. Sus sacerdotes, llamados *bonzos*, afectan gran austeridad de vida y costumbres, para expiar sus pecados y los de los demás. Unos de ellos caminan con grandes cadenas al cuello y en las piernas, otros se golpean con enormes piedras; hay algunos que se hacen conducir en cofres cerrados erizados de clavos, donde apenas encuentra espacio su cuerpo; y como pretenden tener gran poder sobre las enfermedades, leer en el porvenir, y sobre todo conocer las futuras emigraciones de las almas, una crédula devocion los colma de riquezas.

Predican los cinco preceptos negativos. No matar á ningun sér viviente, no tomar los bienes de otro, no mancharse con impurezas, no mentir, no beber vino. Recomiendan además las obras de misericordia, sobre todo construir templos y monasterios, alimentar bien á los bonzos é invocar á Fó, así como á Amida, su compañero. Aquel dios se encuentra representado bajo diferentes formas, sobre todo bajo la figura de un dragon, ó tambien de un hombre agachado con un enorme vientre, semejante á los que en el dia la moda hace venir de China, para bambolearse en las mesas entre elegantes inutilidades. Pero si las oraciones y los votos no le hacen conseguir su objeto, el tosco chino rompe su ídolo; á veces intenta un proceso contra la inepta divinidad. Refiérese, en efecto, que no habiendo sido oido un padre en su esperanza de curacion de una hija, acusó al Dios de ser impotente ó embustero. En vano trataron de calmarle los bonzos; hizo seguir el proceso hasta que hubo obtenido el destierro del ídolo y el castigo de sus ministros (5).

Adáptase el buddismo á los diferentes caractéres de los pueblos á que se acerca: severo y riguroso en el Tíbet y en el Japon; degradado en la Mongolia, en Siam y en el Indostan, donde desenvuelve sentimientos de piedad, de paz, de paciencia y de resignacion indolente. Los talapuinos, sin aspirar á dominar, se contentan con limosnas para la absolucion de los pecados.

Resintiéronse de tanta mansedumbre los pueblos entre los cuales se estendió. Antes de Atila, la pena de muerte estaba abolida entre los bárbaros que habitaban el actual territorial de los Afganes. A los juicios de Dios, en los cuales los indios manejaban hierros candentes ó pasaban por encima del fuego en testimonio de la verdad, se sustituyó la prueba de un medicamento que debia ser saludable al inocente, y causar una enfermedad al culpable. Queria un rey bárbaro establecer el dogma del infierno en sus Estados; pero un mendigo buddista le venció y destruyó esta creencia. Sin embargo, el buddhismo enseña que hay dos infiernos, cada uno tiene sus diez y seis abismos; los tormentos son allí más exquisitos que aquellos que las creencias de la Edad Media han proporcionado á Dante sombrios colores, y al fin de los cuales el alma vuelve á emprender el curso de sus emigraciones.

Viaje buddista.—Debemos el conocimiento de estos últimos datos á la relacion de un viaje hecho en el siglo v por el chino Fo-hian, adorador de Fo á los paises extranjeros á donde el buddismo habia estendido sus ramificaciones. Le habia emprendido con intencion de recoger los libros sagrados de aquella religion, acercándose á su orígen; de venerar los lugares ilustrados por leyendas ó reliquias; de visitar los monasterios *de la pequeña y de la grande traslacion.*

Así como Benjamin de Tudela no vé en todo el mundo más que á judios, Fo-hian no vé ó no busca sino buddistas. Poniéndose en camino el año 499, con muchos peregrinos de la China Septentrional,

(3) Es decir, el séptimo año del reinado de Ming-ti.
(4) Véase tomo I, págs. 200 y 201.
(5) Le Comte, t. II, 113.

atraviesa el *rio de arena*, es decir, el gran desierto de la Tartaria; después, volviendo al Mediodia, y dirigiéndose siempre al Occidente, pasa la cadena central, casi al Norte de Cachemira, cruza el Indo, entra en el Afganistan y en la Persia, vuelve hácia la India, que corta de occidente á oriente; sigue el Ganges hasta su embocadura, se embarca para Ceilan, y vuelve á su patria tocando en Java. De esta manera habia recorrido 126 grados, que hacen seis mil cuatrocientas veinte y seis millas en aquella altura, en diez y seis años y casi siempre á pié. De sus compañeros unos murieron, otros se detuvieron en los monasterios indios; y Fo-hian volvió solo á propagar la doctrina á su pais. «Desde que Fo-hian, escribe, habia dejado la tierra de Han (la China), se habian pasado muchos años; las personas con quienes tenia que avenirse eran todas extranjeras; las montañas, los rios, los árboles, todo lo que se ofrecia á su vista era nuevo para él: sus compañeros ó habian muerto ó estaban dispersos ó presos. Pensando en lo pasado, su corazon estaba henchido de pensamientos y tristeza. De repente cerca de una imágen de Ta-do (ídolo buddico), vió á un hombre que le tributaba el homenage de un abanico blanco del pais de Tsin; esto le causó tal emocion, que saltaron las lágrimas de sus ojos.» En una tempestad urden los bracmines abandonarlo en una isla, como causa de la tormenta; en otra, solo el temor que esperimenta, es el que los marineros quieran echar al agua las imágenes sagradas y los libros sanscritos que ha recogido ó copiado con tanto trabajo; después, llegado al término de sus oscuros peligros, exclama: «Al recuerdo de todo lo que he sufrido, mi corazon se conmueve; pero no por los sudores que he derramado en los peligros; este cuerpo fué sostenido por los sentimientos que me animaban; mi propósito me hizo exponer la vida en paises donde hay contínuo peligro, para conseguir á cualquier precio el complemento de mis esperanzas.»

Este viage nos enseña cuanta estension habia tomado el buddismo. Ya se habia establecido en la orilla derecha del Indo, en el Kafristan, donde empezó á declinar cada vez más, hasta que fué suplantado por el islamismo. Florecia en lo interior de la India Central, aunque terribles persecuciones le hubiesen desterrado de las comarcas meridionales, pero tambien decayó allí más tarde. La doctrina de los tao-sse, que dominó en el Tíbet hasta el momento en que el buddismo prevaleció, habia ya penetrado en el pais del Ganges (6). Por todas partes manifiesta Fo-hian la influencia benéfica de aquella religion. En Magada, cada uno de los delegados de los jefes del reino han establecido «casas de medicamentos, de felicidad y de virtud, donde los pobres, los huérfanos, los tullidos y todos los enfermos de las provincias encuentran médicos, de comer y beber segun sus necesidades, y remedios. Todo contribuye á consolarlos, y los que se curan se van á sus casas.»

Los mendigos abundan en los monasterios. Al principio las mujeres no eran admitidas á la vida religiosa; después se les permitió, sometiéndolas enteramente á los monjes é imponiéndoles iguales austeridades y aun más penosas. «Que los alimentos recogidos de limosna se dividan en tres partes: que el mendigo dé una al que vea padecer de hambre, y que lleve otra á un paraje desierto y tranquilo, y la ponga sobre una piedra para las aves y los animales.

En aquellos conventos se emplea el dia y la noche en rezar rosarios y tocar las campanas. Cada uno de ellos tiene reliquias de Budda, de las cuales la más singular es su sombra. A veces en lugar de recitar las oraciones prescritas, se hace dar vueltas á una rueda, en la cual están atadas, consistiendo su mérito en el movimiento. Aun en algunos parajes, estas ruedas dan vueltas solas por medio de un contrapeso, verdadero modo de rezar por máquina.

En el pais de Kie-cha, la naturaleza es del todo obediente á las necesidades de los monjes, y el tiempo se echa á perder y enfria en cuanto acaban de encerrar sus cosechas; así es que el rey hace de manera que no acaben su provision del año sino cuando los granos de toda la comarca están maduros y en seguridad. En otra parte dice: Cuando los reyes buddistas de la India tributan homenaje á los monjes, se despojan de la tiara tanto ellos como los príncipes de sus familias; los oficiales ofrecen con sus propias manos los alimentos á los piadosos reclusos, y después de habérselos presentado, estienden una alfombra por el suelo, se guardan de colocarse en un sitio en frente de ellos, y no se atreverian á sentarse en una cama en su presencia. Los reyes, los grandes, los jefes de familia, han construido capillas para los religiosos; les han proporcionado provisiones y campos, huertos, jardines con labradores y animales para cultivarlos. El acta de aquellas donaciones, se ha grabado en hierro, y ningun príncipe osaria violarla en lo más mínimo.

Esta es otra de las muchas analogias que hemos señalado entre el buddismo y el cristianismo (7)' que tienen tantas relaciones en su orígen, y son tan diferentes en la esencia, inclinándose el primero al panteismo y el segundo al teismo. El cristianismo es una religion de libertad, de amor, de accion; al paso que el buddismo adora á un dios

(6) Aunque esto no sea de su plan, nos proporciona Fo-hian algunas noticias históricas, recordando que el año 97 de Cristo, un conquistador chino envió á Kan-yng, á las orillas del mar Caspio, para que fuese á someter un reino de Fu-lin, cuya fama habia llegado hasta la celeste corte, y que era el imperio romano. Nos manifiesta tambien á los yue-ti (getas) haciendo la guerra á poblaciones que habitaban las orillas del Indo, para robarles el vaso de oro de Budda.

(7) Véase t. I, pág. 193.

sometido á una ley fatal, en cuya unidad tenebrosa se encuentran confundidos el bien y el mal, la sabiduria y la perversidad. Siendo la primera de las virtudes en el buddismo la inaccion del talento, todas las demás le están subordinadas, y el objeto supremo es llegar al éxtasis, al vacio, al anonadamiento.

Floreció el buddismo en China bajo el poder de los yuan, y de nuevo bajo el de los manchues, reinantes en el dia. En 1779 Kien-lung escribia al gran lama, que le consideraba como el jefe y el más santo de todos los que consagraban su vida al servicio del Todopoderoso, y que su único deseo era ser contado entre sus discípulos. Pedíale, en consecuencia de edad, como era de setenta años, el favor de poder contemplarle antes de morir, y de orar en su compañia. Dignose su santidad acceder á los deseos del emperador, pero llegado que hubo el gran lama á la corte celeste, murió allí de viruelas.

Tambien el presente emperador de la China deseó ver al gran lama; y tambien éste, apenas hubo llegado, murió. Sus creyentes habian tenido la precaucion de hacerle designar á su sucesor, niño arrancado de en medio de sus juegos para someterle á aquellos penosísimos honores.

CAPÍTULO XXII

DINASTIAS VII, VIII, IX, X, XI, XII Y XIII.—265-907.

VII dinastia.—Habiendo sido depuesto por Song-chao el último de los Hu orientales, Zu-wu-ti, hijo de este último, comenzó la dinastia de los Tsin. Después de encarnizadas luchas, destruyó á sus rivales y á los tártaros sus aliados. Tambien sometió á Nankin y al reino de Hu, volviendo la unidad al imperio, que comprendia entonces quinientas veinte y tres ciudades ó aldeas, defendidas por doscientos treinta mil guerreros.

Cinco mil actrices, destinadas al recreo del palacio de Hu, corrompieron enteramente á Zu-wu-ti, de suerte que no pensó más que en vivir en indolente deleite. Hacíase llevar en un carro ligero, á través de inmensos parques, por carneros enseñados al efecto, y bajaba donde se paraban para cenar allí al lado de una de aquellas mujeres, que á porfía le servian golosinas, y procuraban detener los carneros á su puerta dándoles las yerbas que más les agradaban. En medio de estas bajas diversiones, dejó que se encendiesen de nuevo las guerras, y no hubo un momento de descanso en todo el curso de su largo reinado y en el de su inepto hijo Oei-ti (290). Dícese, que perecieron en las discordias civiles cien mil chinos, que los pequeños príncipes se aprovecharon de ello para cobrar valor, y los enemigos para emprender sus incursiones. Lieu-yuan, uno de los jefes de los yung-nu, después de haber servido en empleos de gerarquia á los emperadores de Tsin, pensó en hacerse independiente, y tal vez en restablecer á la familia de los Hu, de la que pretendia descender por línea materna. Habiéndose dedicado á civilizar á sus súbditos y á establecer leyes y penas, obtuvo el mando de cinco hordas de los yung-nu, con las cuales se dirigió contra la China, de la que se hizo proclamar emperador; degradando á los emperadores de Tsin hasta el punto de hacer que le sirviesen de coperos á la mesa. Entregóse entonces á las mayores crueldades, y ¡desgraciado de aquel que se hubiese atrevido á dirigirle amonestaciones! No obstante esto, presentáronsele una vez los ministros, haciendo llevar sus ataudes á la puerta del palacio, y le manifestaron que merecia el título de tirano. Les escuchó y los recompensó; pero no cambió en nada su modo de obrar.

Los grandes del reino juraron, bebiendo sangre reunir sus fuerzas para sostener la familia imperial. Después de la muerte de Lieu-yuan, su hijo Lieu-tsan fué asesinado por su ministro, quien habiendo violado é incendiado los cadáveres de sus predecesores (317), proclamó á Yuen-ti, vástago de los Tsin. Como este príncipe trasfirió la silla del imperio á Nankin, designáronse los miembros de la familia bajo el nombre de Tsin *orientales*.

No obstante esto, no se restableció la tranquilidad. El hijo de Lieu-tsan, que dió á su dinastia el nombre de Chao, continuó la guerra contra los Tsin, secundado por el valor de Chi-le, intrépido jefe de los yung-nu; pero recompensado este guerrero con ultrajes, pensó en emplear su espada en interés propio. Habiendo, pues, derrotado á Lieu-tsan, sustituyó su familia á la de Chao; dominó treinta y tres años en el nordeste de la China, hasta que fué derribado por los Vei. Narran que el príncipe de Chao construyó en Ye un palacio de una inesplicable suntuosidad; las paredes eran de finos mármoles; los suelos, dados de espléndidos barnices; las campanillas colgadas enrededor de las cornisas, eran de oro; las columnas de plata, las mamparas de perlas. Cuando aquel edificio, en el cual trabajaron los más hábiles artistas, se acabó, el príncipe colocó allí hermosas doncellas que habia elegido en las familias de los mandarines, y tambien entre el pueblo. Mil de ellas, cabalgando en caballos magníficamente enjaezados, formaban su guardia y le acompañaban en sus viajes. Estaba

habitado aquel palacio por más de diez mil personas, astrólogos, adivinos, arqueros, luciendo todos los más magníficos adornos.

Entre tanto fué ocupado el trono por varios emperadores, cuyos reinados se turbaron con contínuos levantamientos. Rodeados por eunucos y ministros, ocupábanse en argumentar con los buddistas, ó en buscar con los tao-ssé el brebaje de la inmortalidad.

VIII dinastia.—Lieu-yu, de padres pobres, pero dotado de ingenio y vivacidad, aprendió á leer y escribir sin maestro, enriqueciéndose con variados conocimientos; avergonzado de una posicion que le obligaba á vender sandalias para vivir, se alistó como soldado, señalándose por su valor, sobre todo contra Sun-guen, temible pirata que desalojó del Kiang (400), desde donde queria remontarse hasta la metrópoli del imperio. Colocado á la cabeza del ejército, rechazó Lieu yu los numerosos competidores al trono de los Tsin, y fué nombrado príncipe de Sung en recompensa (418). Prosiguió el curso de sus victorias; pero habiendo marchado contra el príncipe de Hia, vió frustrarse su empresa por la debilidad del emperador Ngan-ti, de quien se vengó haciéndole extrangular, y sustituyéndole por su hermano Kong-ti. Temiendo éste igual suerte, escribió su abdicacion en una hoja de papel encarnado, y de esta manera fué como concluyó la dinastia de los Tsin, después de ciento cincuenta y tres años de una dominacion débil y agitada (419). Mandó Lieu-yu á Chang-ueí llevar el veneno al monarca caido; pero no atreviéndose Ciang-ueí ni á desobedecer á su nuevo amo, ni á dar muerte al antiguo, bebió él mismo el brebaje fatal. Entonces mandó Lieu-yu á Kong-ti darse muerte; y como respondió que la religion de Fo le prohibia el suicidio, le hizo degollar.

Comenzó bien Lieu-yu la nueva dinastia de los Sung (420); héroe en el campo de batalla, hábil en el gobierno, sin orgullo ni ostentacion, fiel á las antiguas doctrinas, magnánimo y bienhechor, aspiraba al título, tan comunmente prodigado y tan rara vez merecido de padre del pueblo; pero murió después de haber reinado dos años. Chao-ti, su hijo degenerado, fué bien pronto depuesto, muerto y reemplazado por su hermano Ven-ti, al cual no le hacen más cargo los historiadores que la proteccion que concedió á los bonzos. Un letrado le dijo: «Hace cuatrocientos años que la secta de Fo se habia introducido en el imperio; se ha estendido de tal manera, que no hay aldea donde no tenga torres y templos: ¡cuánta madera, cuánta piedra, cuántos ladrillos, hierro y plomo se han consumido! ¡cuanto bronce, oro y plata empleados para los ídolos que se adoran allí! Vuestra magestad haria bien en demoler aquellos edificios, y en reparar los monumentos públicos con sus materiales. No hizo nada el emperador; pero construyó un vasto colegio, que fué un plantel de personajes ilustres. Renovó la costumbre de criar en la corte gusanos de seda con las moreras de los jardines reales, cogida la hoja por la misma emperatriz, siendo tambien ella la que trabajaba con sus manos la seda con que se hilaba la tela para el gran sacrificio al cielo.

Pero en el cambio de dinastia se habian sublevado varios príncipes, y con particularidad en el Norte, los Ueí habian fundado un imperio. Sostuvo contra ellos Ven-ti contínuas guerras, hasta el momento en que fué muerto por su hijo mayor (453), quien tambien recibió la muerte de su hermano Hiao-vu-ti. Ascendido al trono por un crímen, pensó este príncipe en destruir el foco de las turbulencias interiores, humillando á sus parientes, que poseedores de vastos dominios, trataban con fausto imperial, y mandaban despóticamente á sus vasallos. Les hizo presente que sus divisiones podrian abrir el camino á alguna otra familia, y procuró inducirles á renunciar á aquel escesivo poder, lo cual consiguió. De esta manera se encontró robustecida la autoridad imperial, resultando de ello, que respetado por los Ueí y por los Estados comarcanos, procuró al pais una verdadera prosperidad. Echó á perder su obra su hijo Fu-ti, libertino desenfrenado, y enseguida Ming-ti (465), príncipe cruel y sin pudor, que introducia amantes para sus mujeres que él era impotente á fecundar.

IX dinastia.—Dejó el trono á Lieu-yu (466), engendrado de la manera dicha, recomendándole á Siao-tao-ching, que era su primer ministro y el general de sus ejércitos. Pero éste que aspiraba al trono, se deshizo de los dos supuestos hijos de Ming-ti, y de todos los que podian oponerse á sus proyectos. Encontróse estinguida de esta manera la dinastia de los Sung y la de Tsi dió principio con el nombre de Cao-ti (1).

Cao-ti estableció su córte en Nankin y decia: *Que solamente reine diez años y haré que el oro sea tan comun como el lodo*, pero murió al cuarto año de su advenimiento (483). Vu-ti, su hijo, decretó que los mandarines no permanecerian en ejercicio más de tres años, y que después seria revisada su administracion.

En su reinado, apareció el letrado Fan-chin, encarnizado adversario de los bonzos; para contradecirles, enseñaba el fatalismo, y proclamaba que todo perecia con el cuerpo. Un hijo del emperador, que siempre le tenia á su lado, le preguntó un dia cómo podia explicar por su doctrina, la diferente condicion de los hombres: «La vida, respondió, se asemeja á las flores de los árboles, que al principio son botones, despues se abren, se dilatan y acaban por ser llevadas por el viento. Entre los hombres, algunos son como las colgaduras del lecho; otros como los banquillos que le sostienen. Príncipe, vos sois las colgaduras; mis semejantes son

(1) *Tsi-tsu-cao-hoang-ti*, es decir, el gran emperador muy sublime; título comun á varios fundadores de dinastias. Los chinos por abreviar dicen solamente Cao-ti, ó bien para distinguirle de los demás emperadores del mismo nombre, añaden el de su dinastia, y le llaman *Tsi-cao-ti*.

los banquillos que os sostienen. Aunque diferentes por la riqueza y la costumbre, su principio y fin son los mismos. El aspecto del hombre es el indicio de sus ideas. Las ideas son los instrumentos de que se sirve para emprender alguna cosa. Las ideas respecto del cuerpo son como el corte de un sable. ¿Cuándo el sable se destruye no se destruye tambien el corte?»

No le faltaba á pesar de todo, oportunidad en sus reflexiones. Un dia vió el príncipe al volver de caza, un campo de sazonadas espigas: cogió algunas de ellas y las mostró á Fan-chin: «Son hermosas, dijo el letrado, pero no reparais sino en su belleza, no en las fatigas que cuestan. Si pensáseis con cuantos sudores las ha bañado vuestro pueblo durante tres estaciones, os disgustaríais de estas cacerias».

Permanecian los emperadores Veí en posesion de la parte septentrional del Chan-si. En su consecuencia, tenian frecuentes relaciones con el Asia Media y Occidental, recibiendo embajadas de la Persia, de la Transoxiana, del pais de los alanos y de la India. Pero no cesando las sectas interiores, ni gozaron, ni dejaron gozar á los demás de paz. Encontrábase entonces el pais gobernado por un príncipe cuyas intenciones eran pacíficas, y que decia: «Si mis predecesores prolongaron tanto la guerra, fué por consolidar la paz. Ahora que todo está tranquilo jamás aprobaré que se turbe este estado de cosas por un motivo ligero.» Ocupóse con preferencia en restablecer la disciplina y en destituir á indignos favoritos. Deseoso de instruirse, siempre tenia, ya estuviese á caballo, ya en litera, un libro en la mano. Reunió un dia á todos los ancianos de sus Estados, les dió un banquete, donde se sentó con ellos, y consultó á su prudencia y á sus recuerdos, tanto sobre el gobierno como sobre los mandarines.

Preguntado un embajador por él con respecto á la dinastia de los Tsi, respondió: «No ha hecho gran bien al pais. Se ha elevado, no por el mérito, sino por la fortuna, y no podrá sostenerse mucho tiempo. Gobierna de un modo áspero y vulgar. Hay una infinidad de empleos, y no se encuentra nadie que pueda desempeñarlos bien. Nada parece estable y regular. El pueblo murmura, y aspira á cambiar de señor.»

X dinastia.—En efecto, no duró aquella dinastia. Ming-ti, uno de los peores tiranos, adquirió el trono (494-99) y se sostuvo en él por la crueldad. Pao-kiuan, su hijo, se manchó con toda clase de ignominias. Su general Siao-y, habia defendido bien el imperio contra los Ueí ó Veí; pero el emperador le hizo envenenar. Entonces temiendo su hermano Chao-yan que no le aconteciese otro tanto, tomó las armas, y apoyado por los descontentos depuso á Ho-ti, hermano de Pao-kiuan y se hizo reconocer emperador, y dió principio á la dinastia de los Liang.

Devolvió Vu-ti (este es el nombre que tomó) su brillo al imperio. Restableció las comunicaciones con el Asia Meridional, enviando frecuentemente bageles á la isla de Ceilan y á los puertos de la India; tambien recibió embajadas de la Persia y del centro del Asia. Viendo alteradas las creencias nacionales por el buddismo, por los tao-sse, y por las incesantes disputas y persecuciones que añadian males á los males que minaban el pais, trató de resucitar la filosofia de Confucio, considerada siempre como la única legal. En su consecuencia, hizo construir una sala en honor de aquel grande hombre, abrir colegios en cada ciudad, para dar lecciones de historia, para comentar la antigüedad y los King. No obstante esto, no dió fin á su reinado sin haberse dejado seducir por los bonzos, hasta el punto de que con el objeto de poder discutir con ellos, se encerró en un monasterio para vivir en él segun sus reglas. Quejáronse los grandes, y quisieron que volviese al gobierno; pero los bonzos se opusieron á ello, sosteniendo que habia profesado, y no pudo libertarse sino pagando una gran suma. Habiéndose por su parte, la emperatriz cortado el cabello, se habia tambien hecho bonza, y habia construido un monasterio, que podia contener mil religiosas, bajo el nombre de *paz eterna*; pero reconocida culpable de graves delitos, fué arrojada al agua, con una gran piedra al cuello. No tardó el emperador en volver á emprender su vida activa. Comia solo una vez al dia, y únicamente yerbas, arroz y frutas; se vestia con simple tela, hablaba con modestia, aun á sus criados y eunucos. No condenaba á nadie á muerte, por respeto á la metempsícosis; prohibia hasta que se diese muerte á los bueyes y carneros, aun cuando fuese para sacrificios, y mandó que se sustituyesen con harina. Concibieron sus súbditos descontento. Resultó de ello que habiéndose rebelado, el general Heu-king, se apoderó de Nankin, y del emperador, á quien dejó morir de hambre, á la edad de noventa y seis años (550): colocó en el trono imperial á Kian-ven-ti, hijo del muerto, pero poco tiempo después, le depuso y le sofocó, titulándose emperador de Han; pero Yuan-ti, otro hijo de Vu-ti, fué sostenido por los grandes, que cogieron al rebelde, le cortaron la cabeza (552), y entregaron su cadáver á los mayores ultrajes y á la voraz rabia del populacho. Trasladó Yuan-ti su capital á Kiang-ling, pero Chin-pa-sien, aquel general que habia vencido á Heu-king, habiéndose aliado con los Veí septentrionales, le atacó y le sitió en la ciudad de su residencia. Salió entonces el emperador de la devota soledad en que vivia bajo el vasallaje de los bonzos, y tentó la suerte de las armas; pero conociendo que no le quedaba ya esperanza, rompió su espada, prendió fuego á la biblioteca, que contenia ciento cuarenta mil tomos, esclamando que las ciencias y el arte militar habian perecido; y después fué á entregarse al vencedor, quien le hizo dar muerte, y lo mismo trató á King-ti que le sucedió (555), y último de los Liang.

XI dinastia.—Este príncipe habia cedido sus derechos á Tin-pa-sian, primer emperador de la di-

nastía Chin (557), que reinó treinta y tres años y protegió las ciencias y los bonzos, mientras que el emperador del pais septentrional los perseguia de muerte. Ven-ti, su hijo, supo hacerse amar y respetar. Mandó que se anunciaran las horas de la noche dando golpes sobre un tambor (560), como todavia se practica ahora; pero tuvo sucesores indolentes y disolutos. Tambien en el Norte se entregaba el emperador Heu-cheu á un inmoderado fausto. Edificó tres torres cuya altura pasaba de cien piés, y en lo interior de las cuales habia muchos salones adornados con lo más precioso, y de donde brotaban bonitos surtidores de agua en medio de flores de todas las estaciones. Allí consumia sus dias en medio de suntuosos placeres. Yang-kien, su suegro y su primer ministro, ya príncipe de Sui, le depuso y luego marchó contra los Chin: el emperador no creyó al pronto en el peligro; pero cuando le vió de cerca bajó con sus mujeres al fondo de un pozo, de donde se le sacó con escarnio. Fué depuesto (589), y acabando con él la dinastia de los Chin, empezó la de los Sui,

XII dinastia.—De esta suerte se hallaron reunidos el Norte y el Mediodia, y la China de más acá y más allá del Kiang, volvió á ser una nacion poderosa. El emperador, que tomó el nombre de Ven-ti, era iliterato, aunque dotado de enérgico talento; mereció ser contado entre los mejores príncipes. Templado y benévolo reformó la música y la elocuencia, promulgó un nuevo código, conforme, pero no servil á las prescripciones de las tres primeras dinastias. Apercibiéndose de que habia demasiados colegios mantenidos á espensas del Estado, los suprimió, á escepcion del de la capital, y convirtió los edificios en graneros, que fueron llenados con el dinero que servia para sostener los colegios, y con la porcion de arroz y de trigo que como fondo de precaucion debia depositar allí cada familia. Enemigo, no de los letrados, sino de la turba que usurpaba su nombre, á los diez mil volúmenes reunidos por los Heu-cheu añadió cinco mil que habia comprado ó conquistado. El letrado Van-tong le propuso doce medios de conservar la paz, pero él no le hizo caso. Entonces abandonando la corte este consejero se dedicó á la enseñanza, y adquirió tal renombre, que Ven-ti quiso tenerle á su lado; pero el sabio se negó á ello diciendo: «He nacido en una casa abierta al viento y á la lluvia: para alimentarme bien ó mal basta muy poco terreno: por lo demás, ocupado en estudiar los libros y en investigar la verdadera doctrina, vivo con mis discípulos, y soy el hombre más contento del mundo. En lo concerniente á gobernar á los pueblos, tened el corazon recto y sincero y no deseeis más que el bien. Mi mayor júbilo consiste en saber que os esmerais por conservar la paz. No deseo empleos. Son sumamente peligrosos: instruyendo á la juventud, presto al Estado un servicio de la mayor importancia.»

Yang-ti, 605.—Su segundo hijo le asesinó, como asimismo al hijo mayor, y reinó con el nombre de Yang-ti. Mezcló al cuidado de los negocios públicos los deleites de la caza, de la música y de las mujeres .Mandó reparar la gran muralla, y prohibió gastar armas; ley que todavia subsiste. Empleó los tesoros paternos en edificar á Lo-yang, á donde trasfirió su residencia: allí empleó dos millones de individuos en trasportar piedra desde una distancia muy grande. Hizo que se revisaran por cien letrados y que se *reimprimieran* todos los libros de guerra, de política, de medicina, de agricultura. Por su estremada solicitud se aumentó la bibloteca imperial hasta el número de cincuenta y cuatro mil volúmenes, y escluyó á todos los que no tenian el grado de doctor así de los empleos civiles como de los militares. Venció á los rebeldes de Tonkin, invadió el reino de Siam, en cuya capital halló inmensas riquezas, como tambien diez y ocho ídolos de oro macizo. Vióse obligado el rey de Corea á rendirle homenaje, y otros príncipes extranjeros se pusieron bajo su patrocinio.

Nada se podia ver más magnífico que su palacio, cuyo jardin tenia veinte leguas de circuito. Veíase en medio un gran lago rodeado de colinas; sobre cada una de ellas habia hermosos kioscos abiertos al aire y vastos aposentos de bambúes, donde flores artificiales sostenian una eterna primavera. Acudia á los diferentes palacios construidos en aquel vasto recinto, acompañado por tropas de concubinas á caballo, como él, tocando instrumentos y caracoleando. Las suntuosas barcas de su uso hubieran ocupado una longitud de sesenta millas. Al lujo de los edificios añadió dos graneros públicos, de los cuales uno tenia dos leguas de circunferencia. Para procurarse los materiales necesarios á sus construcciones, abrió canales que, reuniendo los rios de segundo órden con el rio principal, contribuyeron á la prosperidad del imperio del medio. Hizo florecer el comercio interior, y los pueblos de Occidente acudieron á traficar á la ciudad de Kan-chu, bajo la inspeccion de magistrados particulares. Pudieron adquirirse por su medio bastantes datos sobre los paises extranjeros para trazar un mapa que representase los cuarenta y cuatro principados que entonces subsistian, con los caminos que conducian desde el imperio del medio al centro del Asia: uno de estos caminos se dirigia hácia el pais de los uiguros orientales; otro hácia el de los occidentales, y un tercero hácia el principado de Chen-chen, invadido en la actualidad por arenas. Estos informes inspiraron á Yang-ti el deseo de verse reverenciado del Occidente, y entonces, tanto por sus embajadores y sus espléndidos dones como por la fuerza, devolvió á la China la preponderancia que ejercia sobre la estremidad del Asia antes de ser fraccionada.

XIII dinastia.—Pero sus numerosas construcciones le precisaron á cargar los pueblos con nuevos impuestos; cada familia tuvo que contribuir con un hombre de quince á cincuenta años; los mismos soldados se vieron obligados á trabajar mediante

un aumento de sueldo. Acabaron todos por cansarse; trastornóse el pais; cien competidores aspiraron al trono, y formaron otros tantos Estados independientes. Habiendo reunido Li-yuan, de la antigua familia de los Li, fuerzas imponentes, batió á varios jefes rebeldes, destituyó á Yang-ti, destruyó á los Sui, y con ellos las doce pequeñas dinastias y dió principio á la de los Tang (618), bajo el nombre de Kao-tsu.

Al ver éste el magnífico palacio de los reyes sus precedesores, esclamó: *¡Perezca un edificio que no sirve sino para debilitar el corazon de un príncipe, y fomentar su avaricia!* y le hizo incendiar. Su piedad hácia Lao-kiun hizo que le construyese un templo, y dispuso que cien mil bonzos contrajesen matrimonio, para proporcionar hombres á su ejército (627). Después de haber subyugado á sus enemigos, abdicó en favor de su hijo Li-chimin, que habia sido su brazo derecho en las anteriores victorias, y que supo contestar con generosidad á los envidiosos ataques de sus hermanos, á las calumnias con nuevos triunfos, rechazando las reiteradas invasiones. Acometido en fin por sus hermanos, se vió obligado á hacerles la guerra y esterminarlos.

Taí-sung.—Es contado entre los mayores héroes de la China (626) el que gobernó bajo el nombre de Taí-sung (2). La estendió hácia el Occidente, y para mantener sujetos á los Tu-ku-koen, descendencia de los príncipes de Siam-pi, como tambien á los tibetanos, que entonces empezaban á agitarse, como para impedir á éstos interrumpir las relaciones comerciales con el Occidente, estableció en el centro del Asia cuatro *chin* ó gobiernos militares, en las comarcas rodeadas de las montañas cubiertas de nieve de Tsung-ling y de Tian-chan. Los paises al Oeste y al Norte de aquellos gobiernos se sometieron á los chinos. Esta nacion tuvo de esta manera á su obediencia todo el vasto espacio comprendido entre el gran Imperio y la Persia, que formó, con el mar Caspio, su límite al Oeste. Al mismo tiempo, tocaba por el Norte con el Altai y los tang-nu, comprendiendo la Sogdiana, el Turquestan, parte del Korasan y los paises atravesados por la cordillera del Indo-Kusc.

En lo interior, el hijo del Cielo era el jefe de gran número de Estados feudales gobernados por príncipes, de los cuales diez y seis eran de primera clase, llamados vireyes *(tu-tu-fu)* y setenta y dos de menor importancia. Sus tropas estaban repartidas en ciento veinte y seis campos militares. Aquellos príncipes recibian del emperador el despacho, el sello y el cinturon; pero en lo demás administraban á su antojo, enviando en cierto tiempo embajadas y regalos á la corte, obligándose á sostener sus provincias en paz.

No eran solo éstos los vasallos que rendian homenaje á Taí-sung: deben añadirse aun los del Nepal y del Magada, en la India. Isdegerdes, shah de Persia (638), arrojado por los árabes (3), buscó un refugio en Fergana; el mismo Fu-lin, es decir, el emperador romano, envió de regalo á Taísung (643) cristales de color de púrpura (*rubíes*) y esmeraldas. El engrandecimiento de los árabes *(ta-chi)* no quedó ignorado por los chinos: mencionan sus anales que invadieron el territorio de los romanos, derrotaron sus ejércitos, y los sometieron á un tributo. ¡Tan lejos se dejaba sentir la fama de aquellos beduinos, encerrados poco tiempo habia entre dos golfos y el desierto!

Corea.—Tuvo tambien que habérselas Taí-sung con la Corea (*Kao-li*). Esta estensa península oblonga, que tiene la China al Oeste y el Japon al Este, rodeada de ciento cincuenta islotes esparcidos en el mar Amarillo y en el del Japon, de tanta estension como la Italia, está bajo la misma latitud, pero es tan fria por las montañas, que es preciso en invierno abrir galerias bajo la nieve para comunicarse de una casa á otra (4). Contiene cerca de ocho millones de habitantes, distribuidos en cuarenta y un principados, donde se cuentan treinta y tres ciudades de primera clase, treinta y ocho de segundo órden, y setenta de tercera.

Debe su cultura á los chinos, cuya lengua, escritura y doctrina se encuentran en uso entre los letrados, á quienes distinguen dos plumas en el gorro; mientras el pueblo habla un idioma que le es propio, y en el cual se encuentran mezcladas muchas palabras chinas y manchues. Se viste á la usanza de los chinos, una túnica larga abierta con grandes mangas, un gorro cuadrado, y polainas de cuero, de algodon ó seda. Los ricos se cubren la cabeza con un sombrero de anchas alas y de forma aguda. Tienen la barba larga, los cabellos cortados; y las mujeres reunen los suyos en grandes trenzas sobre la nuca. Labran esmeradamente el terreno hasta la cima de las montañas, sosteniendo la tierra con ayuda de pequeños muros. El arroz es el cultivo y el alimento más general. Parecen descender de una nacion en otro tiempo muy poderosa en el corazon del Asia, y llamada Sian-pi, al Sur de la cual

---

(2) Klaproth le llama *Wen-vu-ti*, nombre que no se le y da en ningun libro chino. Este escritor se ha separado tambien en otros nombres de la leccion comun, sin motivo; y da por ejemplo, al hijo de Tai-sung el nombre de *Hiao-ti*, en lugar del de *Kao-sung* que es con el que se le conoce comunmente.

(3) Véase antes, pág. 316.

(4) Klaproth publicó en 1832 la traduccion del *San Kokftsou ran to sets*, ó prospecto general de los tres reinos. Hamel habia publicado en 1668, en Roterdam, una descripcion de aquel pais. *Journal van de ongelukkige voyagie van t'iacht de Sperwtr, gedestineerd un Tayowan in t'iaar* 1653, *hoe, t'selve iacht opt 'Quelpaerts eyland is gestrant; als mede eem pértinente beschry vinge der lauden, provintien, steden ende forten legende in t'koningry Corea.*

habitaba un pueblo designado con el nombre de Han.

Kit-tsu, tio del último emperador Chang, habia sido preso por órden de éste, porque desaprobaba su conducta; por la cual Wu vang esperó, cuando hubo usurpado el trono, encontrar en él un amigo, y hacerle su primer ministro. Pero Kit-tsu respondió que habiendo servido á los Chang, á los cuales debia su familia toda su fortuna, jamás pasaria al servicio de los destructores de sus señores (1122 a. C.) Admirando Wu-vang su fidelidad, le hizo rey de la Corea, cuyos habitantes civilizó, ignorándose las vicisitudes de sus sucesores, que reinaron en el Noroeste de la península hasta el siglo cuarto antes de J. C., en cuya época fueron sujetos á los pequeños reyes de Yan. Cuando fueron destronados los Tsin, muchos chinos buscaron la tranquilidad en aquella comarca; después el emperador Vu-ti hizo de ella una provincia de la China.

Treinta y ocho años antes de J. C., un hombre nacido milagrosamente se apoderó del antiguo reino de Kit-tsu, que llamó Kao-li, y fundó allí una dinastia que duró hasta 667. Entonces fué derribada por los chinos, que establecieron vireyes en el pais. Diez y ocho años antes de J. C., el reino de Pe-tsi se habia formado al Sudoeste; más fué destruido en 660 por los tang chinos. El reino de Sin-lo, al Nordeste, era más antiguo: fundado cincuenta y siete años antes de J. C., por extranjeros que habian venido por mar, fué sometido en el siglo tercero por los japoneses, que estendieron su dominio sobre una gran parte de la península.

Introdújose la religion de Budda en el Kao-li en 372; doce años después en el Pe-tsi; y en el año 528, en el Sin-lo. Aunque los bonzos hayan permanecido respetuosos y obligados á construir sus templos fuera del recinto de las murallas, el desprecio que se les manifiesta no los separa de su austera vida y de sus multiplicadas ceremonias. Tienen conventos que cuentan hasta quinientos cenobitas, de los cuales algunos están afeitados del todo y jamás comen carne. Si miran á alguna mujer, reciben azotes y son arrojados del convento. Al entrar en él, los marcan indeleblemente para reconocerlos si vuelven á la vida civil. La mayor parte subvienen como pueden á su subsistencia, ya instruyendo á mancebos, ya dedicándose al comercio por menor; los ancianos mendigan. La mayor parte del pueblo sigue no se que grosera idolatria, sin más culto que quemar delante de los ídolos algunas maderas odoríferas, y hacerles saludos.

Haciendo tantos siglos como hace que los habitantes de aquel pais están sometidos á la China, sobre todo desde el advenimiento de los tártaros al imperio, han contraido los vicios de la servidumbre, el gusto á los placeres innobles, el fraude, la cobardia. Las mujeres están allí menos guardadas que en la China; pueden ir á pié y tomar parte en la conversacion. El comercio es allí muy activo con el gran imperio y el Japon; y como la mayor parte de las ciudades están á orillas del mar, cada una de ellas tiene obligacion de poseer un barco armado. Sin embargo, tienen tan pocos conocimientos, que el mundo, segun ellos, no se compone de más de doce reinos, libres del yugo de la China y sus mapas no indican tierras más allá de Siam. Si los europeos llegan á hablarles de tantos Estados florecientes en las diferentes partes del mundo, se echan á reir, respondiendo: *¿Pues qué? se ha de contar cada islote por un reino, cada cabaña por una ciudad? De otro modo ¿cómo ha de poder alumbrar el sol tantos paises en un solo dia?*

Habiendo Kai-su-ven, g rande de aquella comarca, asesinado al rey, Taí-sung marchó contra él para castigarle y entró en la Corea que después fué sometida (648) por Kao-sung, su sucesor (5).

Era Taí-sung tan valiente en la guerra como generoso y prudente en la paz. «Temo sobre todas las cosas, decia á los grandes, que la alegria ó el mal humor me arrastren á recompensar ó á castigar inoportunamente. Os invito, pues, de nuevo á esponerme francamente en que peco, y vosotros debeis escuchar del mismo modo las advertencias que os hagan otros sobre vuestros defectos». Antes de firmar una sentencia capital, se imponia un ayuno de tres dias, absteniéndose de la música y otras diversiones. Habiendo leido que los palos aplicados á la espalda dañan á las partes nobles, mandó que se aplicasen más abajo. Destinó á los letrados un estenso edificio en su palacio, para que permaneciesen allí componiendo libros, ó escoger los mejores de los que ya estuviesen publicados; y el público podia entrar á ciertas horas, para oir la esplicacion de los libros santos, que á veces hacia el mismo rey. Construyó tambien en su capital un colegio donde se educaban hasta diez mil discípulos, entre los cuales se contaba á los hijos de varios príncipes extranjeros, y mandó hacer para su uso una edicion de los libros canónicos y clásicos, con comentarios de suma autoridad, por ser obra de tantos doctos y escogidos entre los mejores autores de cada género, sobre todo de los que florecieron en tiempo de los Han. A fin de que la paz no hiciera perder la costumbre de la guerra, instituyó en todas partes academias militares; y allí debian ejercitarse principalmente en disparar el

---

(5) Se lee lo que sigue en el *Tong-kué-tong-lkien* ó *Espejo general de los paises orientales:* «En el X año del reinado de Mu-sing, rey de Corea (607 de J. C.), elevóse una montaña del fondo del mar al Mediodia de la Corea. Cuando empezó á surgir, las nubes y el vapor oscurecieron el aire; la tierra tembló con un estruendo semejante al del trueno. Al cabo de siete dias y otras tantas noches, la oscuridad se disipó. La montaña tenia cien *changs* (mil piés) de altura, y cuarenta *li* (cuatro leguas) de circuito; no se veian yerbas ni plantas. Un espeso humo envolvia su cima. Envió el emperador para examinarle al sábio Tien-hong-chi, que habiendo descendido, la dibujó y la presentó al monarca.» *Memoria de Mr. Julien al Instituto de Francia*, 8 de junio de 1840.

arco, arma especial del gran imperio. El mismo tomaba parte en estos ejercicios, y á los que le exhortaban á que no expusiera su persona, les respondia: «Me considero en el imperio como un padre en medio de su familia, y llevo á todos mis súbditos en mi seno como á mis hijos. ¿Por qué, pues, he de alimentar temores?» Disminuyó los impuestos: ordenó y compendió el código civil, el código criminal y las costumbres; dividió el imperio en diez provincias, en las cuales se contaban mil nuevecientas sesenta y nueve ciudades: distribuyó el ejército en ochocientos noventa y cinco cuerpos con almacenes para su subsistencia; proveyó al mantenimiento de los ancianos y de los enfermos, y colmó de dones á los hombres de mérito. Gratificaba á los que acreditaban piedad filial con cinco grandes medidas de arroz, y hacia grabar sobre el umbral de su casa el nombre de la virtud de que eran modelo.

Escribió el *Espejo de oro, tratado sobre el arte de reinar* (6), y algunas de sus máximas podrian acomodarse tambien á los que se llaman padres de otros pueblos. «Aplicado cotidianamente á los negocios públicos, escribia, me complazco lo demás del tiempo en pasear mi vista y mi pensamiento por la historia de lo pasado: he examinado las costumbres de cada dinastia, los buenos y malos ejemplos de cada príncipe, las revoluciones y sus causas, y de esto he sacado gran provecho siempre. Cuando investigo por qué, deseando reinar todos los príncipes tranquilamente y trasmitir su dignidad á una posteridad numerosa, no se ven donde quiera más que disturbios y revoluciones, encuentro que la causa estriba á menudo en el poco cuidado que ponen los príncipes en meditar sobre sí mismos y en su repugnancia á oir la verdad, lo cual ofuscándoles acerca de sus deberes y de sus faltas, les arrastra á su ruina. Para evitar esto, después de haber visto en la historia las reglas de un buen gobierno y las causas de las revoluciones, hago de ella un espejo para descubrir allí mis defectos y aplicarme á corregirlos.

»El primer punto de un gobierno justo, es no elevar á los grandes empleos más que á personas virtuosas y dignas. El emperador, elevado al colmo de los honores, debe amar á sus pueblos y procurar hacerlos venturosos, para lo cual se requieren dos cosas: buen órden y seguridad. Para conseguir el primero, debe hacer reglamentos y fortificarlos con el ejemplo; para lograr la otra, conviene tener ejércitos que quiten al enemigo la voluntad de invadir sus fronteras. *Bello es reinar*, dicen algunos: *Difícil es reinar*, dicen otros. Los primeros pueden probar su opinion de esta suerte: la dignidad del emperador eleva á un príncipe sobre el resto de los hombres: su poder es absoluto; las recompensas y los castigos en sus manos; no solo posee todas las riquezas del imperio, sino que se sirve á su antojo de las fuerzas y de la habilidad de sus súbditos. ¿Qué deseo hay que no satisfaga? ¿Qué empresa que no realice? Los que piensan de otro modo razonan de esta manera: Si el príncipe falta al respeto al soberano del cielo, acontecen prodigios y desgracias; si ofende á los espíritus es á veces castigado de muerte. Si quiere proporcionarse alguna satisfaccion, como traer de lejos objetos raros y preciosos, hacer espaciosos parques, hermosos estanques, construcciones estensas, se vé obligado á recargar al pueblo con impuestos ó exacciones con detrimento de la agricultura. De aquí la carestia, el hambre, y el pueblo gime, murmura, sucumbe. Si el príncipe rehusa remediar el mal, es considerado como un tirano nacido para la ruina de los pueblos.

»Todavia es tarea más árdua escoger bien á las personas que deben servir los empleos, y ocupar á cada uno en proporcion de su capacidad. Discernir entre las diferentes habilidades la mejor, y entre personas que poseen la misma habilidad, á las que son mejores, son cosas difíciles, y sin embargo, sumamente necesarias para todo el que quiere reinar bien.»

Taí-sung licenció á tres mil mujeres que estaban adictas al servicio de la emperatriz Sun-che, celebrada aun por su amor conyugal y sus virtudes. Esta templaba la impetuosidad del emperador, no quiso consentir en que ensalzara á sus deudos con perjuicio de otros personages más dignos, y educó á los hijos de su esposo de cualquiera mujer que le hubiesen nacido. Irritado Taí-sung contra el ministro Vei-cheng, porque era sobrado franco en echarle en cara las sentencias de los antiguos, queria destituirle, cuando la princesa compareció en su presencia brillantemente adornada, y le dijo mientras la contemplaba con asombro: «He querido presentaros con la mayor pompa mis felicitaciones, porque poseeis el tesoro más precioso que puede poseer un monarca, un *colao* que osa contradecir á su príncipe, y que no teme perder su privanza por causa de su justa firmeza, y que á riesgo de perder sus empleos no hace traicion á la verdad ni á su conciencia.» El emperador la comprendió, mudó de consejo y le dió gracias. Ella escribió un libro sobre el modo de portarse en el aposento de las mujeres; y no pudo menos de esclamar el emperador después de su lectura: «Estas son reglas que deberian ser observadas en toda la duracion de los siglos.» Habiendo caido enferma se negó á recurrir al socorro de los encantos de los tao-sse, y después de haber dado sabios consejos, tanto á su marido como al príncipe heredero, exhaló el último suspiro. El emperador le erigió un mausoleo todavia más espléndido que el de su padre; pero habiéndole censurado el *colao* por ello, mandó que fuera demolido. Este *colao* sobrevivió poco, y el mismo rey escribió su elogio, haciendo que fuera grabado sobre su sepultura: volviéndose luego hácia sus cortesanos, les dijo: «Hay tres clases de espejos: uno

(6) El Padre Hervien ha traducido algunos pasajes de este libro para la coleccion del Padre Du-Halde.

sirve á las mujeres para adornarse: otro consiste en los libros antiguos, donde se lee como nacieron, se engrandecieron y cayeron los imperios; el tercero son los hombres, por el estudio de los cuales se aprende lo que se debe hacer y evitar. Yo he poseido este espejo en mi colao, y por desgracia lo he perdido sin que me quede la esperanza de encontrar otro que le iguale.»

Como se le aconsejara usar de severidad para reprimir ciertos disturbios, prefirió enviar á los mismos lugares para inquirir lo que deseaban los descontentos, diciendo: «No hay rey sin reino, y los reinos los forman los pueblos. Hollar á los pueblos para saciar la codicia del príncipe, es como si se cortara uno su propia carne para hartar su vientre. Este se satisface, pero el cuerpo perece. A menudo provienen los desastres más bien del malestar interior que de las guerras exteriores. El monarca que oprime á su pueblo, le impulsa á murmurar: los murmullos conducen á la sedicion, y de ésta resultan grandes males para los súbditos y el rey.»

Paseándose por un rio con sus hijos, dijo á estos: «Atended: las olas sostienen este frágil leño, y en un instante pueden sumergirlo. El pueblo se parece á estas olas, y el emperador es la imágen del frágil barco.»

El sabio Kung yu-tu, preceptor de sus hijos, se quejó á él del poco provecho que el príncipe heredero, soberbio y negligente, sacaba de sus lecciones: Taí-sung le dijo: «No trasluzca mi hijo que me habeis dicho una sola palabra de esto, porque os tomaria odio, y se aprovecharia aun menos de vuestras instrucciones.» Habiéndose presentado algunos dias en el salon donde los príncipes daban sus lecciones, quiso que el maestro siguiera hablando sentado, mientras que el príncipe y sus hijos escuchaban en pié; luego se felicitó de tener un profesor de tanta sabiduria, y le regaló una libra de oro y cien piezas de telas de seda.

Este monarca ilustre acabó sus dias á los cincuenta y tres años, después de haber reinado veinte y tres. A la noticia de su muerte, los embajadores extranjeros manifestaron la afliccion que esperimentaban, unos cortándose los cabellos, otros pinchándose el rostro: muchos hicieron correr sangre de las orejas cerca del ataud que encerraba sus despojos. Dos tártaros solicitaron quitarse la vida sobre su sepulcro; pero no se les permitió en virtud de órdenes dejadas por el difunto. Catorce reyes hicieron colocar sus imágenes de piedra cerca de su sepultura, como un homenage póstumo.

Introduccion del cristianismo.—Tambien es memorable el reinado de Taí-sung, atendido á que entonces fué conocido el cristianismo en la China por la vez primera. En el año 635, llegó á Jan ngan el sacerdote nestoriano O-lo-pen del Ta-sin, es decir, del imperio romano. El emperador envió á su encuentro á los principales dignatarios, que le llevaron á palacio, é hizo traducir los libros sagrados. Persuadido de que contenian una doctrina verdadera y saludable, decretó que se levantaria un templo á la nueva religion, en la capital, sirviéndolo veinte y un sacerdotes (638). Atestígualo un monumento erigido en 781 en Si-ngan-fu. Allí está espuesta en globo la doctrina cristiana, y se dice que los misioneros fueron en 636 á la corte de Taí-sung, quien públicó un edicto en favor del cristianismo; y que Kao-sung hizo construir iglesias en todas las ciudades. Vu-eu persiguió el cristianismo; pero los monarcas sus sucesores, le protegieron, y Kuo-tse-y llevaba siempre consigo á la guerra un sacerdote (7).

---

(7) La inscripcion completa se halla en el suplemento á la *Biblioteca oriental* de Herbelot, hecho por el jesuita Visdelou, página 375. Bastará hacer mencion de algunos de sus fragmentos.

«Elogio de la admirable religion que se difunde en el reino del Centro, compuesto por King-seng, bonzo del templo de Ta-sin y grabado en piedra.

»Aquel que siempre verdadero, solitario, primero entre los primeros, profundamente inteligente, vacio, último del último, que existe por escelencia, que tiene eje místico, que convirtió (la nada y lo existente) por medio de la accion, que confiere por la dignidad primitiva, la escelencia á todos los santos, ¿no es el escelente cuerpo de nuestra sola unidad triple, verdadero señor sin orígen, O-lo-ho?

»Formó una cruz para determinar las cuatro partes. Juntó el viento primitivo y engendró dos materias. Cambióse el tenebroso vacio, apareciendo totalmente descubiertos el cielo y la tierra. El sol y la luna llevaron á cabo sus revoluciones, formando de este modo el dia y la noche. Ejecutó con su trabajo diez mil cosas; pero cuando creó los primeros hombres, les dotó de una íntima concordia; mandando que velasen por la seguridad de un mar de conversiones. Su perfecta y primitiva naturaleza, hallábase vacia y no llena; era candoroso y puro su corazon, no teniendo en un principio ni deseos ni apetitos. Pero desde que *Sothan* (Satanás) introdujo la mentira aplicando su artificio, manchó lo que era puro.

»Insertó la igualdad de grandeza en medio de esta verdad, y deshizo la oscura identidad en el interior de lo falso. Por eso trescientas sesenta y cinco sectas, prestándose mútuo apoyo, formaron una cadena y tendieron á porfia redes de leyes. Indicaron las unas á las criaturas para depositar lo venerable; vaciaron las otras el ser para sumergirlos á ambos: éstas sacrificaron orando para alcanzar á todo trance la felicidad: aquellas hicieron alarde del bien para engañar á los hombres. El exámen y la atencion trabajaron trabajando; la afeccion hácia el beneficio estando en esclavitud fué esclava. Siempre fluctuantes no consiguieron cosa alguna: lo cocido se convirtió en asado. Hiciéronse más densas las tinieblas, perdieron la vista, y estraviados por largo tiempo no volvian al buen camino. Entonces nuestra admirable unidad triple hizo partícipe de su cuerpo al admirablemente ilustre *Mix-ho* (Mesias).

»Recogiéndose éste, ocultó la magestad verdadera y se presentó á los hombres bajo figura de hombre. Arrobado el cielo por su nacimiento, proclamó su alegria; una mujer produjo al santo en *Ta-sin*: una constelacion admirable anunció al afortunado.

»El emperador Taí-sung ilustró á la China, abrió la revolucion, gobernó santamente á los hombres. O-lo-pen, de virtud admirable, nacido en el Ta-sin, observó las azuladas nubes y trajo las verdaderas escrituras: prestó atencion á las reglas de los vientos para cruzar lo difícil y peligroso. El noveno año del Chinq-kuan, llega á Chanq-ngan: el

Cuando los misioneros descubrieron este monumento en 1625, algunos lo calificaron de impostura, sin hacerse cargo de que en un pais en donde las tradiciones históricas y los antiguos monumentos, son objeto de seria inspeccion por parte de la autoridad, y en el que se vigila á los extranjeros con tanto cuidado, hubiera sido imposible imprimir una inscripcion falsa compuesta de mil ochocientas palabras.

En efecto, la piedra, que tiene cinco piés de ancho y diez de alto, fué sacada por operarios chinos de los cimientos de una casa particular, y colocada por órden de la autoridad pública en un templo contiguo, consagrado á los ídolos, en la provincia de Chen-si. Por otra parte, su naturaleza es tal, que no hubiera podido falsificarla un europeo ni imitar el estilo de los escritores de entonces, haciendo alusion á usos poco conocidos, á circunstancias locales, á fechas indicadas con ayuda de figuras misteriosas de la astrologia china, hasta el punto de segregar todo asunto de controversia, aun para gentes ocupadas en hallarla. ¿Se dirá acaso que fué obra de un letrado chino, ganado por los jesuitas? Pero los lados de la inscripcion están cubiertos con nombres siriacos con magnífico carácter estranguelo: hubiera sido, pues, necesario que el impostor supiera tambien esta lengua, y velase á fin de que noventa líneas de una escritura tan poco conocida fuesen copiadas exactamente. Agréguese á esto que antes de los estractos publicados por los asemanios, los nombres de los sacerdotes sirios grabados allí eran muy poco conocidos: habria, pues, necesidad de suponer á un hombre versado en estas antigüedades, y al mismo tiempo gran artífice de fraudes para engañar á aquel pueblo lleno de penetracion. ¿Y con qué objeto todo esto? Para demostrar lo que ya por otra parte se hallaba comprobado, á saber, que en los siglos VII y VIII, sacerdotes sirios habian levantado algunas iglesias en Si-ngan-fu. Además, la doctrina espuesta en esta inscripcion no es un cristianismo puro y evidente, sino cierta mezcla de opiniones de diferentes sectas, hasta tal punto, que algunos no las han juzgado agenas de las doctrinas chinas, hallando que tenian relacion con las de Lao-seu, á las que siempre fué adicta la dinastia de los Tang, segun la persuasion en que fué mantenida por los bonzos, de su parentesco con la familia de este filósofo.

U-chi, doncella de rara belleza y de talento cultivado por una educacion viril, así por esto, como por su humor alegre, fué colocada al lado de Taí-sung para consolar su viudez. Conocióla Kao-sung, heredero del trono en esta posicion, y se enamoró de ella. Pero cuando hubo muerto el emperador, debió como las demás reinas ser encerrada en un monasterio de bonzas, anejas al sepulcro del monarca, y con voto de continencia perpétua. Cuando, después de cumplido el luto trienal, el nuevo soberano llegó allí á tributar homenage á la memoria paterna, y á quemar perfumes delante del libro, sobre el cual Taí-sung habia escrito sus *Recuerdos para gobernar bien*, asistieron las viudas á aquellas ceremonias, y U-chi supo atraer la atencion del emperador con sus lágrimas y desesperados gemidos. La hizo salir del convento y la colocó de dama de la emperatriz. Pero esperta en artificios, no tardó con una aparente docilidad, con oportunas negativas, exagerando las persecuciones que habia sufrido, en inducirle á repudiar á la emperatriz, y concederle su lugar bajo el nombre de Vu-eu. Arbitra de los consejos de su esposo, asistia á las audiencias oculta detrás de una cortina, dictaba sus decisiones, y castigaba á los que se habian opuesto á su elevacion. Habia hecho encerrar en un palacio separado á la emperatriz y á una de las reinas depuestas; pero habiendo ido Kao-sung á consolarlas, celosa Vu-eu, les hizo cortar los piés y las manos, y poco después la cabeza. Dominada entonces por el frenesí del crímen, sustituyó su propio hijo al príncipe heredero; después, habiendo concebido sospechas contra él, le envenenó. Persiguió generalmente á todos los grandes, y ¡cosa inaudita! ella misma ofreció el solemne sacrificio á Tien. Después de haber dirigido á su antojo, por espacio de treinta y cuatro años, al imbécil Kao-sung, se sostuvo emperatriz cuando él murió (684), y más libre entonces, reprimió con más rigor aun á aquellos que no podian soportar tantas indignidades. Persiguió á los cristianos, que ya se habian propagado, é hizo construir dos templos, segun los consejos del bonzo Oai-y, su favorito, el uno al Cielo, el otro á la Gran Luz, en el cual trabajaban cada dia diez mil hombres.

Aquel bonzo contaba hasta mil jóvenes discípulos; pero habiéndolos acusado un censor de malas costumbres, fueron desterrados; al bonzo no se le impuso otro castigo que el de hacerle teñir con sangre de buey una estátua de doscientos piés de

---

emperador ordenó á un ministro que fuera con gran comitiva al arrabal occidental, y que cuando hubiera encontrado al extranjero le llevara al palacio. Tradujo las escrituras en el salon de los libros. La puerta inaccesible oyó la doctrina y comprendió la recta unidad. Ordenó especialmente publicarla. El duodécimo año de Chinq-kuan y en el séptimo mes en otoño, hizo un edicto del tenor siguiente:

»La doctrina no tiene nombre determinado: el santo no tiene sustancia determinada: instituye las religiones segun los paises, y pasa á todos los hombres en tropel en su barca. O-lo-pen del reino de *Ta-sin*, y de gran virtud, se apoderó de las escrituras y de las imágenes, y llegó á ofrecerlas á la corte suprema. El espíritu de esta religion es escelente, misterioso, pacífico; su venerable primogénito produce contemplando lo perfecto, y establece lo necesario. Construyan acto contínuo los administradores principales en el Y-nien de la ciudad imperial un templo del reino de Ta-sin y colóquense allí veinte y un bonzos.

»Habiéndose estinguido la virtud de los venerables Cheu, el carro azul *(Lao-tseu)* pasó á Occidente; habiéndose esclarecido la sabiduria de los grandes Tang, sopló en Oriente el viento maravilloso ..»

altura, colocada en el templo de la Luz. Poco después, por celos de un médico, incendió aquel templo (694), y ganando el fuego el palacio y la sala del trono los redujo á cenizas. Imputó este desastre la emperatriz á la casualidad, se apaciguó la cólera celeste, y el bonzo se encargó de la reconstruccion del templo destruido. Colocó allí en grandes mesas de cobre, un sumario de todo lo que se encontraba en el Imperio, y doce ídolos de diez piés cada uno. Pero habiéndose hecho sospechoso á la emperatriz, fué apaleado de su órden de tal manera, que murió.

Esta astuta mujer puso en ejecucion todos los medios de suplantar la familia de los Tang (705); pero cuando vió la resistencia que el pueblo, los turcos y los tibetanos oponian á sus proyectos, volvió á llamar á la córte á su hijo Chun-sung, á quien habia desterrado. Túvole bastante tiempo privado de toda autoridad, pero en fin, habiéndose unido los descontentos al ejército, estalló una sublevacion, en la que fueron asesinados los favoritos de la emperatriz, y ésta entregó el sello imperial á su hijo, é impetró de él un retiro. Chung-sung fué un príncipe inepto, sujeto á su mujer Vei-chi, la cual, en union de sus damas, vendia los empleos, perdonaba los castigos, redactaba órdenes, en las cuales el emperador ponia ciegamente su sello. No tardó la ambiciosa emperatriz en despreciar á su esclavo; eligió un amante, y cuando su marido pensó romper su cadena, ella le envenenó... Era su proyecto gobernar como regente, pero los príncipes la degollaron (710).

Yuan-sung, llamado tambien Ming-oang-ti ó emperador iluminado (713), restauró su degradada familia, y corrigió los abusos. Habiendo encontrado que de doscientos mil soldados solo habia una cuarta parte de ellos ejercitados en el manejo de las armas, castigó á los oficiales. Dispuso que así como se veneraba la ciencia de Confucio, se construyesen salas en todas las ciudades en honor de Tai-kung, el más ilustre guerrero. Refrenó el excesivo lujo de la corte, socorrió á sus súbditos en las necesidades, y reformó el código resucitando las instituciones útiles. Destruyó muchos templos de Fo, y envió á sus hogares á doce mil bonzos, diciendo: *Nuestros abuelos creian que si existe en el imperio un hombre que no trabaje, una mujer que no hile, ciertamente, alguno sufre por ellos frio y hambre.*

Comenzaba entonces la China á ver surgir temibles enemigos en los tibetanos (*tu-fan*). Poderosos en tiempo de la emperatriz Vu-eu (692), habian ocupado muchos paises del Asia Central, acercándose á las montañas del imperio, al que arrebataron los cuatro gobiernos militares de la frontera. Habiéndose estendido despues por el corazon del Asia, y sostenidos por auxiliares árabes, se apoderaron de Fergana, en la orilla del Sir superior (745). Secundado el rey del pais por los gobernadores occidentales de la China, redujo á los tibetanos á pedir la paz. Este feliz éxito reanimó por un momento el crédito de los chinos en Occidente; la sumision de los sogdianos y de varios jefes árabes fué su consecuencia; pero el nuevo imperio de los árabes se engrandecia en Persia con detrimento suyo, después se elevó el de los Abasidas en el Korasan y en las orillas del Oxo. Sin desanimarse los tibetanos, volvieron á la carga, y los kitanos, empezaron á echar en medio del Asia los cimientos sobre los cuales se elevó poco á poco un poderoso imperio. Marcharon los chinos contra estos últimos, contra los tibetanos y los árabes, bajo el mando del héroe Kao-sian-chi (747) que persiguió á los enemigos en el espacio de setenta leguas sin detenerse; pero habiéndose reunido estos últimos, y hasta recibiendo socorros de los príncipes vasallos, descontentos por la avaricia del héroe chino, le atacaron y le derrotaron. Otros ejércitos chinos sufrieron tambien reveses, aunque después los repararon.

Fundó Yuan-sung la academia de los Han-li, compuesta de cuarenta doctores, elegidos entre los más afamados del imperio. Habiéndole pedido el rey de los tibetanos los libros canónicos de los chinos, se opuso un letrado diciendo: «Si los tu-fan, enemigos jurados de nuestra nacion, leen una vez nuestros libros, su inteligencia se abrirá, adquirirán nuestras ciencias, y con ellas la prevision y la habilidad; se harán insolentes y temibles para nosotros, aprenderán el arte de vencernos, y tal vez de subyugarnos. No dé V. M. á nuestros enemigos flechas para atravesarnos.» Pero otro sostuvo, con más estensas miras, que era preciso concederles su demanda, tanto para no enagenárseles enteramente, como para que pudiesen iniciarse en la gran doctrina y hacerse mejores. «¡Ah! ¡ojalá podamos hacer, esclamó, semejante dón á todos los bárbaros! La tierra se veria poblada de sábios, y no nos veríamos esforzados con tanta frecuencia á reunir ejércitos para reprimir la insolencia y la rapacidad de injustos agresores. Si las ciencias hacen á algunos pueblos más artificiosos, astutos y malos, enseñan al mayor número á vivir honradamente, á practicar la sabiduria y la virtud.»

Yuan-sung, que habia dado principio á su reinado bajo tan buenos auspicios, se abandonó después á los deleites; enamorado de una mujer, repudió á la emperatriz, y se confió enteramente á Ngan-lu-chan, turco refugiado, que de simple soldado habia sido elevado al mando de los ejércitos, y al gobierno de las provincias al Norte del rio Vang. Este aspiró á declararse independiente, y cuando le pareció ocasion oportuna, fingió ser llamado por el emperador para librarle de la tirania de sus ministros: con cuyo pretesto pasó el Vang, se apoderó de la capital Chan-ngan, y se proclamó emperador (755).

Desanimado y arrepentido, Yuan-sung, entregó el sello á su hijo Su-sung (756), que por su valor personal, recobrando la confianza del pueblo y de los príncipes vasallos, dispersó á los rebeldes. Fué asegurado su triunfo por la muerte de Ngnan-lu-

chan, que pereció á manos de uno de sus servidores, ó quizá á las de su hijo (757). Una vez asegurado en el trono, dejóse Su-sung corromper como le habia acontecido á su padre, y todo lo abandonó á las intrigas de sus mujeres y de sus eunucos. Los persas y los árabes, que hacian mucho comercio en Canton, escitaron allí turbulencias, y después de haber saqueado los almacenes, é incendiado las tiendas, se escaparon por mar. Su-sung y su padre favorecieron el cristianismo, y tal vez le abrazaron; pero como los letrados le confunden á menudo con el buddismo, es difícil distinguir de cuál creen hablar los historiadores.

Así como Harun-al-Raschid mandaba regalos á Carlomagno, de la misma manera envió á la China tres embajadores. Aunque es verdad que los primeros árabes que habian llegado á la corte del hijo del cielo se negaron á arrodillarse delante de él y á dar con la frente en tierra para rendirle homenaje, diciendo que semejantes adoraciones no eran debidas más que á Dios, estos se sometieron á aquella humillante ceremonia.

Durante las turbulencias que habian agitado al imperio, no habian cesado los tibetanos de hacer la guerra (780): tanto, que un ministro mostró á Te-sung la necesidad de coligarse en su contra con los uiguros, concediendo al kacan la mano de una princesa china. Envió tambien á varios grandes del imperio al rey de Nan-chao, á varios príncipes de la India y al califa de los árabes (787), con objeto de atraerles á hacer la guerra á aquel pueblo feroz, igualmente molesto ó peligroso á todos. Fueron los uiguros los primeros que marcharon contra ellos (790), pero sufrieron una derrota, y los tibetanos multiplicaron sus escursiones en el Chen-si. Quitaron á los chinos la Bucaria y se hicieron cada vez más formidables.

Wu-sung con su valor limpió las fronteras de los turcos y tibetanos que las habian invadido (84); expidió una órden, aun vigente, por la que cada cinco ó siete años todo mandarin está obligado á enviar la sincera confesion de sus faltas, pidiendo perdon de ellas al emperador: fácil es imaginar la sinceridad de tales confesiones. Sectario de los tao-ssé se mostró igualmente hostil á los cristianos y á los buddistas. En su consecuencia mandó derribar los numerosos templos buddísticos, á escepcion de dos solamente, en Siang-ngan y en Loyang, y de uno solo en las demás ciudades. En cuanto al cristianismo y al maguismo (Ta-sin y Muhub) ordenó que sus sacerdotes salieran de los claustros y tornaran á sus hogares para quedar sujetos á las mismas cargas que los demás habitantes. Los que eran extranjeros fueron espulsados del territorio. El encabezamiento que se hizo entonces dió por resultado cuatro mil seiscientos sesenta templos o conventos autorizados por el gobierno, cuarenta mil erigidos por particulares con doscientos sesenta mil quinientos monjes buddistas, y cerca de tres mil entre cristianos y magos. Estos últimos se estendian especialmente por el pais al Sur y al Norte del Oxo y en los confines de la Persia.

Disputas sobre religion é intrigas de eunucos forman la historia de los años sucesivos (8) de manera que un viajero árabe dice: «Encontróse la China entonces en el estado en que se encontró el imperio de Alejandro después de la muerte de Dario, cuando los príncipes, entre quienes habia distribuido los paises arrebatados á los persas, establecieron otros tantos reinos. Cada señor de la China se unió á otro para hacer la guerra á algunos de ellos, con el permiso ó sin el permiso del emperador. Cuando habiendo conseguido victoria el fuerte sobre el débil, se habia hecho dueño de la provincia, la entregaba al pillaje, robaba todo lo que encontraba y destrozaba á los súbditos de sus enemigos. Semejante crueldad es permitida por las leyes de su religion, hasta el punto de que venden carne humana en los mercados (9).»

En fin Chiu-ven, jefe de bandas, esterminó á los eunucos y obligo al emperador á trasladar su residencia de Chen-si al Ho-nan (905), donde le hizo morir, y le sustituyó con su hijo Chao-suan-sung, á quien depuso dos años después. Con éste acabó la raza de los Tang, á la cual subrogó la suya Chiu-ven, con el nombre de Liang (907). Sin embargo no poseyó todo el imperio, sino solamente el Ho-nan y el Chan-tung, siendo lo restante ocupado por diferentes príncipes independientes y por invasores limítrofes, mientras que el valiente Li-ke yung, enemigo generoso y sólido apoyo de los Tang, dominaba en el Chan-si con el título de rey de Sin, y debia ser fundador después de la décima quinta dinastia (10).

Relaciones esteriores.—Bajo los Tang, continuó la China sus relaciones esteriores. Durante el reinado de Yuan-sung, embajadores y misiones llegaron frecuentemente de la India, y posteriormente al año 713, algunas para pedir socorros del celeste imperio contra los árabes y los tibetanos. Lo obtuvieron, pero los chinos fueron vencidos por los árabes, con quienes otras veces tuvieron que combatir, siendo varia la fortuna. Igualmente los turcos y los reyes de la Sogdiana, de Cachemira; y otros

---

(8) El descubrimiento de una relacion de dos mercaderes árabes con motivo de estos hechos, rectifica el relato de los jesuitas. Aquellos viajeros, para indicar el gobernador de una ciudad, se valen del nombre de eunuco. Así la Vulgata llama eunuco á Putifar, ministro de Faraon.

(9) La antropofagia no está en uso en China en los tiempos comunes; pero en las carestias, frecuentes en un pais tan poblado, á veces se recurre á ella á menudo. Hácese en varias ocasiones mencion de estos festines salvajes en las guerras civiles: es una consecuencia del hambre que por lo comun les acompaña, ó de un género de venganza á la cual los chinos y los malayos tienen gran propension.

(10) Al llegar á este punto nos encontramos abandonados por Klaproth, con cuyo auxilio hemos aclarado ó corregido las relaciones de los jesuitas y las de Staunton, Grosier, Beaumont, etc.

Estados de órden inferior, tuvieron relaciones de amistad ó de alianza con la China. En el año 742, mercaderes que habian llegado del mar del Sur, llevaron preciosos donativos, tales como perlas de fuego, flores de oro, pedrerias, dientes de elefante, telas de gran valor, de parte del rey de los leones, es decir, de Serendib.

Gerarquia.—Habiéndose calculado mal un eclipse en 722, llamó el emperador al bonzo Y-hang, el cual enseñó una astronomia que se ha convertido en clásica. Dió principio á medir el Imperio y á determinar la posicion de las principales ciudades, construyendo al efecto esferas, gnomones, astrolabios, cuadrantes de círculo y otros instrumentos de observacion. Dos compañias de agrimensores, enviados por él al Norte y al Mediodia, tenian que observar, dia por dia, la altura meridiana del sol, con un gnomon de ocho piés, como tambien la estrella polar. Encontró de esta manera que á la distancia de tres mil seiscientos ochenta y ocho *li*, la sombra difiere de un pié, cinco pulgadas y algunas líneas, y la elevacion de la estrella polar de diez grados y medio. Habiéndose observado escrupulosamente la distancia entre dos puntos opuestos del Norte al Mediodia, esta línea se hizo la base de la triangulacion. Otros se ocuparon en notar la duracion precisa de las noches y de los dias en los paises extranjeros, y observar allí las estrellas invisibles en el Imperio.

Tal vez Y-hang aprendió esta ciencia de los indios, de donde provendrá la semejanza que tiene con la de los árabes. Hizo tambien una máquina, cuyo motor era el agua, y que representaba las revoluciones de los astros, y estátuas que daban las horas y los cuartos. Habiendo muerto este sabio (727) antes de dar la última mano á un curso de astronomia que meditaba, dió encargo el emperador á una comision de coordinar los trabajos que habia dejado y publicarlos. Notó entonces el astrónomo indio Ku-tan, que gran número de conocimientos estaban tomados de Occidente y de las obras indias que habia traducido del sanscrito desde el año 718. Segun lo que se sabe, se enseñaba en aquella version, que los movimientos celestes podian calcularse por cuatro puntos: el modo ascendente y el descendente por los eclipses, el ciclo de veinte y ocho años solares por las intercalaciones, y otro por las ecuaciones de la luna.

La triangulacion hecha por Y-hang, nos enseña que la China tenia entonces una estension de 9,310 *li*, de Este á Oeste (26° y medio), y de 10,948 (31°) de Norte á Sur. Aquel espacio se hallaba dividido en quince provincias, administradas por 17,686 mandarines principales y 57,416 secundarios. Estaba habitada, segun el censo hecho en 722, por 7.861,236 familias, que daban 45.431,265 individuos. Habíase aumentado aquel número diez y siete años después, hasta 52.884,818 almas y 9.619,254 familias, sin contar los príncipes, los grandes, los mandarines y las personas de su servicio, ni los letrados, guerreros bonzos, esclavos, todos esceptuados del impuesto. En los años que siguieron, las largas guerras civiles diezmaron aquella poblacion. En el año 780, percibia el fisco 30.598,000 taeles (231.735,000 pesetas) en dinero, y en grano 2.157,000 medidas de 120 libras cada una.

Habiendo reunido el emperador en 811 á los grandes del reino para tratar de los asuntos públicos, uno de ellos se espresó de esta manera: «El emperador sostiene más de ochocientos mil hombres de guerra: los mercaderes, los bonzos de Fo, los tao-ssé, y otros que no cultivan la tierra, ascienden á más del doble de los agricultores; solo tres habitantes por cada diez ganan su vida con el sudor de su frente y deben sostener á los demás. No son menos de diez mil los mandarines civiles que gozan sueldo. Muchas aldeas han llegado á ser ciudades de tercer órden. Antiguamente todo mandarin de primer órden recibia mil medidas de trigo y de arroz mensualmente (11), y tres mil onzas de plata (22,500 pesetas); en el dia se asignan hasta nueve mil á los grandes de primer órden; para los demás, el término medio es de mil.»

Hombres ilustres.—En el reinado de Yuan-sung, vivieron Tu-fu y Li-tai-pe, que trazaron las reglas que aun sigue la poesia china siempre en la infancia.

Bajo Hien-sung (806) florecia Pe-ku-y, quien, después de haber desempeñado diferentes empleos, se retiró á sus tierras con cuatro personas, un bonzo instruido en botánica, dos letrados poetas y un calavera festivo y jovial que le recreaba con sus cuentos y sus chistes. Viviendo con ellos en apacible indolencia, se proclamaba *doctor de la agradable embriaguez*. Muchos envidiaron esta placentera soledad, y el mismo emperador llamó á Pe-ku-y, y habiéndole inducido á abandonarla con riquezas, le nombró presidente del tribunal de los delitos, en que se mostró rígido observador de la justicia, diciendo: «Soy como el árbol tan-kuer, recto, liso, inflexible. Es posible romperme pero no doblarme.» Dejó obras que le hacen inmortal entre sus compatriotas.

Tambien alcanzó celebridad Han-yu, quien, nombrado, siendo todavia mozo, censor general del imperio, creyó de su deber reformar los abusos donde quiera que los habia. Viendo, pues, que los eunucos habian instalado dentro del mismo palacio un mercado á fin de vender á subido precio á los cortesanos y á las mujeres, exhortó al emperador para que suprimiera esta indecorosa práctica. Concibieron los eunucos tanto odio en contra de su persona, que le hicieron enviar como gobernador á una ciudad distante de tercer órden; pero se portó allí de tal manera, que los padres en sus votos de felicidad por sus hijos, esclamaban: *¡Ojalá te parezcas*

(11) Deberá leerse probablemente al *año*.

á Han-yu! Llamado á la corte fué agregado al ministerio: pero esponiendo allí lealmente lo que le parecia mejor, no lo que agradaba á los ministros, fué separado de los negocios como inhábil y encargado de la educacion de los hijos del emperador. Durante una carestia que se hizo sentir cruelmente en esta época, un mandarin anunció al monarca que en un *miao* de la ciudad de Fung-siang-tu se conservaba un dedo de Fo, y que siempre que se ponia de manifiesto producia la abundancia y ahuyentaba todas las calamidades. El emperador envia á buscar esta reliquia, se pone de manifiesto, es venerada, y ni un solo letrado osa oponerse á supersticion semejante. Solo Han-yu levanta la voz, hace presente al soberano los males causados por la introduccion del culto de Fo, cuyos sectarios sustituian prácticas esteriores á virtudes reales: en su consecuencia exhorta á depositar la reliquia en el tribunal de los ritos, á fin de que allí quede reducida á cenizas. Poco faltó para que esta audacia costara la vida á Han-yu, quien, por gracia especial, fué enviado de gobernador á una ciudad pequeña. Allí compuso una obra en la cual espuso la tradicion constante de las doctrinas chinas hasta Mengseu, y los cultos supersticiosos que se introdujeron en el pais sucesivamente. Cuando el emperador tuvo noticia de esto le puso al frente del colegio imperial, donde hizo prosperar las letras y á los que las cultivaban. Elegido después por el nuevo emperador Mu-sung (821) ministro de la guerra, con plenos poderes para repelir las rebeliones, renacientes de contínuo, marchó sin otro séquito que el correspondiente á su empleo, y no empleando más que la persuasion, apaciguó á los sublevados, perdonó á los delincuentes, y fué llevado en pacífico triunfo.

CAPÍTULO XXIV

TÍBET.

Anteriormente se nos ha presentado repetidas ocasiones de mencionar el Japon y el Tíbet, pueblos de tan grande importancia en los acontecimientos del Asia oriental y media. Dejando para otro lugar hablar del Japon, nos limitaremos aquí á hacerlo del Tibet.

Estiéndese este desde la vertiente septentrional del Himalaya hasta el oeste de la China, al sur del Turkestan chino y al levante del Turkestan independiente, en una longitud de dos mil millas de oeste á este y de seiscientas de mediodia á norte. Es pais de montes y llanos muy elevados, donde el hombre habita á más alto nivel sobre el mar que en ningun otro punto (1). Los inviernos son allí muy rigurosos aunque el pais está en el límite de la zona torrida (28°). El veneciano Marco Polo fué el primero que habló de él, y desde entonces hasta los misioneros no se han tenido otros conocimientos. Antonio Andrade, jesuita portugués, lo visitó en 1624; en 64 un jesuita francés y otro aleman: el padre Horacio de la Peña fundó allí en 1732 una mision católica, y dió una *Breve noticia* del Tíbet, publicada luego por el padre Giorgi en Roma en 1761, el cual acumuló en el *Alphabetum tibetanum*, una erudicion indigesta. Pallas describió en 1777 aquel pais, y algunos años después los ingleses enviaron al gran lama una embajada, presidida por Samuel Turner, que trazó una interesantísima descripcion de todo.

La poblacion no es uniforme, y en lo que cabe hablar de un pais tan remoto, puede decirse que algunos de sus habitantes, como los butias, los magaros y los newaros, fueron lanzados á las alturas del Himalaya y del Nepal por la raza india; y que los tibetanos, propiamente dichos, se dirigieron allí desde el lado opuesto. Parece, segun los libros chinos, que los *kiang*, como llaman á los tibetanos, ocupaban la estremidad occidental de la China, aun antes de que las colonias que poblaron el imperio celeste, bajasen de los montes Kuen-lun. Tenian una vida errante con sus numerosos rebaños, sin gobierno y sin más derecho que la fuerza. Los tibetanos creen descender de una especie de monos, y el centro del pais se llama aun el pais de los monos; se reputan, en consecuencia de este pretendido orígen, por los primeros que nacieron del género humano (2).

Como no han conocido el alfabeto anteriormente al siglo VII de nuestra era, no se apoyan con respecto á los tiempos antiguos, sino en tradiciones. El compendio de sus libros históricos, publicado por el padre de la Peña, es una obra árida, cuya cronologia es falsa, y que comunmente no habla sino del nombre de los reyes. Prasrimpo y Prasrimno están indicados como los antecesores de aquella nacion, y se nombra como su primer rey á Gniatrizengo, hijo de la mujer de Makkiaba, rey de la India; espuesto en su infancia y recogido por un campesino, se refugió luego en el Tíbet, donde introdujo la agricultura. Viviendo los tibetanos en tribus distintas, jamás formaron una gran nacion; y el trabajo que se tomaria uno en indagar cuáles fueron sus vicisitudes, no seria compensado ni por el interés ni por el provecho que pudiera encontrarse. Entre las demás tribus descolla-

(1) La ciudad de Daba está á cuatro mil setecientos noventa y seis metros sobre el nivel del mar, es decir, á la misma altura que el monte Blanco.

(2) Hanuman, príncipe de los monos, que llegó al socorro de Rama, en la guerra de Lanka, segun la mitologia indiana (t. I, pág. 182), bien podria significar un príncipe del Tibet.

ron las de los Tu-fan, en el Tíbet oriental, cuyo jefe Huti, que pretendia descender de los emperadores chinos, reunió bajo su autoridad varias hordas de aquella comarca (491). Sus descendientes ocupaban, á mediados del siglo VI, los paises montuosos al Sur del Chen-si; fueron poderosos durante la dominacion agitada de los deos y tomaron el título de *zan-pu*, es decir, hijos del espíritu celeste. Residian en su mayor parte en las orillas del Losachuan, cerca de Lassa; y, aunque se encontrasen allí algunas ciudades, preferian habitar en tiendas á los alrededores.

Otras hordas vagaban á ciento cincuenta millas de aquel campamento, allende el lago llamado el mar Negro, alimentándose de leche, queso, carne de buey y granos tostados. Pieles y telas de lana componian sus vestidos. Los que morian eran enterrados con los caballos y los bueyes degollados sobre el sepulcro. Se servian, á guisa de escritura, de pedazos de madera tallados, y de cordelillos con nudos para ayudar á la memoria (3). Cada año prestaban juramento á su rey inmolando perros y monos, y hacian cada tres años un sacrificio más solemne de hombres, caballos, asnos y bueyes. Contaban el año por la recoleccion de los granos.

El zan-pu Ye-zung-lung introdujo el buddismo en el Tíbet (630), y pudo poner sobre las armas centenares de miles de hombres, con los cuales venció á muchos pueblos del Asia interior y al rey de la India media. Envió, sin embargo, una embajada al emperador de la China Taí-sung, para ofrecerle ser su vasallo, pidiéndole por mujer una princesa de sangre real. Pero no habiendo podido obtener lo que habia sido concedido á algun príncipe turco, se adelantó con un grueso de tropas sobre las fronteras de la China, y consiguió de esta manera el matrimonio deseado.

Lu-tung-zan, regente durante la minoria de Kli-li-fa-bu (650), su sucesor, triunfó de los pueblos vecinos, y adquirió tal poder, que el emperador de la China concibió recelos: pero aquel hábil ministro supo disipar sus temores, y dirigió sus armas contra el Asia central. A su muerte, la regencia pasó a su hijo King ling; entonces el emperador de la China se declaró enemigo de los tibetanos, y sostuvo los cuatro distritos militares del Asia Central; pero los tibetanos llegaron á apoderarse de ella y á derrotar ciento cuarenta mil chinos enviados á su territorio (678). Apoderáronse, además, en los años que siguieron, de muchos distritos de la China occidental: aliados con los árabes (790), continuaron inquietando el resto del pais, y acabaron, como ya lo hemos referido, por hacerse dueños de la misma capital de la China. En memoria de la paz, que se celebró medio siglo después, se erigió un monumento en Lassa; el monumento subsiste, pero la paz no fué de larga duracion. No obstante, encontrándose los tibetanos debilitados por sus interiores discordias y por sus guerras con los turcos, su zan-pu se sometió á la China (866). Los anales de este pais no hablan de ellos hasta la época en que Ku-su-lo (1015), descendiente de los antiguos tzan-pu, propuso al emperador atacar unidos al rey Hia, cuyo engrandecimiento habia dado el último golpe á los tibetanos. Aquel príncipe tenia por ministro á un astuto y cruel bonzo: el cual, deseoso de devolver á su pais su antiguo poder, declaró la guerra á la China pero no salió airoso en su empresa. Habiéndose enagenado la voluntad de sus súbditos su sucesor, estallaron rebeliones por todas partes; fraccionado el Tíbet entre príncipes hostiles unos á otros, reconoció la supremacia de la China (1125), que se encontró de esta manera libre de los ataques de aquellos incómodos vecinos.

Fueron vencidas y dispersadas otras tribus de los yue-chi que se encontraban en guerra con los yung-nu (126 d. C.) Solicitaron la alianza de los tibetanos los emperadores Han, enemigos como ellos de los yung-nu; pero aquellos prefirieron llevar sus armas á las opulentas comarcas de la Persia y del Sind, y se hicieron poderosos en la Transoxiana hasta el siglo V, en que el poder creciente de los Sasánidas y las invasiones de los yuan-yuan quebrantaron sus fuerzas.

Su religion era una mezcla de idolatria y de reminiscencias nacionales. Los lases, génios benéficos, de hermosa y noble estatura, y de amenazador semblante, están divididos en nueve coros. Entre los genios maléficos, uno de los principales es Gongor, quien, sin embargo, protege el mundo, la religion y la fé. Jam-yang, dios de la sabiduria, habitante de la luna, enseñó á los dioses que era necesario, para dar nacimiento al hombre, que un dios y una diosa tomasen la figura de monos. Gnezeden, quinto de los antiguos soberanos del mundo, nació de un tumor Zedent, es decir, el muy hermoso y de uno de sus muslos, engendró un hijo. Zangan-dara-eke, en otro tiempo reina, y convertida en una diosa que se invoca en los peligros, está representada con tres ojos: uno en la frente, otro en la palma de la mano, el tercero en la planta del pié.

Una reina procedente de la India, para contraer matrimonio en el Tíbet, habia llevado consigo una pequeña estatua de Sakia Muni, es decir, de Budda, y algunos libros. El mencionado Yé-zung-lung, habiendo oido hablar de ello siglo y medio después, envió á la India á Tuomi-sambuoda, su primer ministro, para procurarse con respecto á estos datos más exactos. Este introdujo á su vuelta dos clases de caractéres para escribir la lengua del pais.

El buddismo en el Tibet.—Este es un primer beneficio hecho por el buddismo á la civilizacion. Ningun pais le fué tan deudor como el Tibet, donde, no encontrando ni letrados ni bracmines para combatirle, se estendió con rapidez. Enseñó

(3) KLAPROTH, *Reseña de los pueblos del Asia media.*

máximas morales á gentes que no poseian ningunos conocimientos. Sustituyó á príncipes guerreros, jefes contempladores sin ambicion de conquistar, aspirando solamente, por el contrario, á alcanzar la perfeccion por medio del aniquilamiento estático. La escritura y la antigua civilizacion de la India fueron importadas entonces al Tíbet, de donde algunos pensadores del siglo pasado las pretendieron originarias, queriendo que toda la cultura intelectual descendiese de aquellas elevadas cimas para derramarse por el resto del mundo. Algunos religiosos enviados á la India por Trisrung-teu, volvieron con el *Kanyur*, es decir, el gran cuerpo de la doctrina de Sakia, en ciento ocho tomos. Le hizo traducir y erigió *mias* ó templos para custodiarlos. Y como segun los buddistas, como ya lo hemos dicho, basta para hacer eficaces las oraciones ponerlas en movimiento, ya recitándolas, ya escribiéndolas, ó de cualquiera otra manera que sea, aquellos libros están en ruedas que dan vueltas sin cesar por el impulso del agua. Su número determina el de las lámparas encendidas en las grandes solemnidades, y de las cuentas de rosario que los bonzos pasan entre sus dedos.

Irritados los grandes por el favor que concedia el rey á la nueva doctrina, robaron tantos libros como pudieron, como tambien la estátua de Sakia, y convirtieron su templo en matadero. Pero siguiéronse grandes desastres á aquel sacrilegio, hasta el momento en que el rey, para apaciguar al ofendido dios, llamó de la India al gran sacerdote Urkien, quien, con obras expiatorias, hizo cesar el azote. Lanzados por las persecuciones, los mismos buddistas fueron á establecerse en el Tíbet; y Boddisatua, encarnacion divina del grado inferior, fundó el primer convento en Samia, á tres jornadas de Lassa. Otros le siguieron; pero aislados de su centro y viviendo en medio de una nacion tosca, se hicieron ellos mismos incultos. En el curso del siglo XI, un bonzo pasó de la China al Tíbet, para sustituir allí la gran doctrina á la pequeña, es decir, la teologia filosófica á la mitologia leyendaria, pero confundido por un buddista, tuvo que marcharse sin dejar otra cosa por recuerdo, á aquellos que creian en él, que una de sus botas. Continuaron, pues, los tibetanos su ortodoxia grosera, sin acudir siquiera á instruirse en la isla de Ceilan, donde el buddismo se conservaba puro de las mezclas que se habian introducido en la China.

Gerarquia buddista.—Como habian sacado su creencia de un orígen diferente, no reconocian la supremacia del Budda chino. Pero algun tiempo despues de la época de que hablamos, habiendo invadido los mongoles la China, y amenazando desde allí hasta el Egipto y la Silesia, el Budda que se sentaba al lado de los nuevos emperadores participó de su poder, lo cual le dió un desusado brillo y la categoria de rey. Quiso el acaso que el Budda de aquel tiempo Kang-ka-yambo, fuese tibetano: en su consecuencia designáronle en su patria estensos dominios y recibió el nombre de *lama*, que en aquella lengua significa sacerdote. Llegando entonces á ser príncipe y aumentándose cada vez más su autoridad con el favor de los mongoles, dió mayor solidez á la gerarquia. Hasta entonces, cada convento del Tíbet, habia tenido á su frente un gran *lama;* todos aquellos *lamas*, por una no interrumpida sucesion, se remontaban hasta el patriarca Urkien. Solo entonces se estableció en jefe supremo, encarnacion de Budda. Inmediatamente después de él vienen cinco grandes lamas, personificacion de los hijos de Budda; después cinco lamas buddisatuas, es decir, hijos de aquellos hijos encarnados. Los primeros forman el consejo del lama supremo, y á su muerte eligen su sucesor en una especie de cónclave. Los lamas secundarios están distribuidos en las provincias, segun la necesidad, con sus vicarios (*gibons*).

El último grado de la gerarquia está ocupado por los *kegnien*, niños de ambos sexos, dedicados por sus padres á la vida religiosa, que hacen á los nueve años profesion de observar los cinco preceptos buddistas, y viven en comunidad ó aisladamente. Los *ketzuel* cumplen los diez preceptos de profesion, y pueden á los veinte años ser profesos (*ke-long*) con votos solemnes. Algunos, entre estos, son simples monjes *(traba)*; otros priores *(lama)*, y viven de espontáneas ofrendas. Toda mujer, para presentarse á un *lama*, debe, si no quiere pasar por seductora, teñirse el rostro con azúcar rojo y con los resíduos de la infusion del té. Hay además doctores en las ciencias mágicas y adivinatorias (*nga-ramba*), que pueden casarse, y dependen tambien de ciertos jefes; no existe ningun monasterio sin tener su *chok long*, ó doctor mago, con un traje espantoso, que adivina el porvenir y dice oráculos.

Entonces fué compilada la inmensa coleccion de los libros sagrados de los tibetanos, que costó tres mil onzas de oro. Contiene obras de Budda y de sus discípulos, sus vidas y las de los patriarcas, las actas de los concilios, en una palabra, toda su literatura canónica (4).

Los Ming, que sucedieron á los mongoles en China, no persiguieron el buddismo que volvió después triunfante con los manchues. Bajo éstos fué redactado el diccionario polígloto, que podria llamarse la *Suma* de aquella religion, en la que todas las denominaciones mitológicas y espresiones filosóficas, relativas á Budda, están reproducidas en cinco lenguas: sanscrita, china, manchua, mongola y tibetana.

---

(4) El *Kanyur*, ó enciclopedia religiosa de los tibetanos, forma doscientos treinta y dos tomos; y la version mongola no puede venderse en China sin permiso del emperador, ni en menos de 6,666 pesetas. La sociedad de Calcuta, envió un ejemplar á la Biblioteca real de Paris, en cien tomos, en fólio, impresos en papel del pais. Véase t. I, pág. 192.

Del Tíbet se propagó el buddismo á la Mongolia (1147), donde el lama Sakia-pandita enseñó tambien el alfabeto siriaco que habia aprendido de los turcos uiguros, y éstos de los nestorianos. Esto contribuyó á pulir á los mongoles y les dotó de una literatura, como que fueron traducidas diversas obras religiosas del sanscrito y del tibetano á su idioma.

Desde que el lama supremo se encontró poderoso, aun en lo temporal, fué ambicionada su categoria: y habiéndose el lama de un gran monasterio de Bricun adelantado á mano armada contra el de Sequia, se apoderó del principado á pesar de la investidura imperial dada al otro. Recurrió, pues, á la China el lama desposeido, la que habiendo intervenido, dividió el Tíbet parte entre diferentes príncipes que le eran afectos, y otra parte entre los dos competidores. Resultó de ello que el lama supremo se vió reducido á la ciudad de Sequia y sus alrededores, con títulos de honor sin provecho. Mientras que los dos pontífices continuaban haciéndose la guerra, se presentó un príncipe tibetano que sujetó á ambos, después fué él mismo sujetado por los gengis-kanidas. De esta manera cesó el jefe de la religion de ser rey.

Al fin del siglo XVI, un jefe llamado Altan, convirtió las creencias religiosas en instrumento de su ambicion. Habiéndose apoderado á viva fuerza del pais en que domina el lamismo, invitó al lama supremo á presentarse en sus Estados. La encarnacion divina accedió á sus votos, y grandes milagros acompañaron á su viaje; entre otros, cuando el príncipe y el pontífice llegaron á encontrarse, se reconocieron de repente, como personas, que por efecto de la metempsícosis, se habian ya visto en una vida anterior. Recordaba Altan haber sido Kubilai, descendiente de Gengis-kan, el hombre á quien habia obedecido el mayor número de súbditos; y el lama recordaba los honores con que se le habia colmado en los tres siglos anteriores, cuando vivia en la persona del lama Pegsapa, descendiente del que enseñó á los mongoles el arte de escribir. Amigos de tan larga fecha se entendieron fácilmente para destruir ciertos restos de barbarie; luego se separaron perfectamente de acuerdo, después de haberse dado mútuamente el uno al otro el título de inmenso y supremo rey, y el otro de sacerdote océano (*Dalai lama*) título conservado por sus sucesores.

Pero la unidad de aquella supremacia fué fraccionada por las dos sectas del gorro encarnado y del gorro amarillo. Los lamas de la primera dominan en el Butan, gran meseta en medio de los montes del Himalaya, y rechazan la autoridad del dalai lama. El Tíbet está dividido entre tres lamas del gorro amarillo: el dalai, cuyo palacio y pagoda están en Potala, poco distante de Lassa, se halla revestido de cierta supremacia respecto de los demás, pero deja con una muelle apatia sacerdotal, á un teniente seglar gobernar una porcion del territorio; el de Zang, residente en Te-chu-lumbu, dueño de otra parte del pais, y el taranot-lama, príncipe de una porcion de la Tartaria, que tiene su asiento en Karka, cerca de la frontera rusa. Los tres representan una encarnacion de Budda. El favor del emperador de China dió, en 1792, la preponderancia al gorro amarillo.

En el dia el gran lama depende del imperio de en medio, y recibe del tribunal de ceremonias el permiso de titularse *supremo*, á condicion de añadir y *súbdito muy obediente*. Los cuatro mil hombres que el emperador de China mantiene allí, á título de honor, le conservan en completa servidumbre. Si cae en la desgracia del emperador, es invitado en la córte, donde es recibido con solemnes demostraciones, y el hijo de Tien lleva la condescendencia hasta hacerle curar por sus médicos. Después, al cabo de algunos dias, la gaceta oficial anuncia que el dios Budda ha cambiado de morada y se dispone á renacer entre los tibetanos.

Esta nacion es en el dia dulce, afable; los hombres son afeminados, y su fisonomia participa de la de los mongoles. Las mujeres son morenas, con las mejillas coloradas de un vivo encarnado, y sobrepujan á los hombres en vigor; por lo cual sirve una sola para muchos maridos. Se entregan al comercio y á la agricultura, y el nacimiento de una niña es un motivo de fiesta.

Los regalos más usados en el Tíbet son los pañuelos; los ricos los cambian entre sí, se regalan entre novios, y se ofrecen al lama. Consiste el saludo en quitarse el sombrero, en cruzar los brazos sobre el pecho y en sacar la lengua formando punta. Su idioma abunda en monosílabos y carece de partículas y de inflexiones, como el de los chinos. Resulta de esto que sus escritos son muy oscuros. Las obras religiosas están redactadas en un lenguaje sagrado, que se parece al sanscrito.

Antiguamente los tibetanos se comian á sus padres cuando dejaban de vivir. En el dia, cuando pierden á uno de ellos, le acercan la cabeza á las rodillas, le meten las manos entre las piernas; después de haberle atado de esta manera, vestido con su traje usual, lo suspenden en un saco en una cesta: entonces llegan los parientes á hacer el duelo, el lama á recitar las oraciones, y cada uno lleva, segun sus facultades, manteca al templo para derretirla delante de las imágenes sagradas. La mitad del ajuar del difunto pertenece al santuario; la otra mitad se vende para comprar té á los lamas y pagar las exequias. El cadáver se lleva después á los cortadores que lo atan á una columna, y cortan la carne en pedazos, que arrojan á los perros, como tambien los huesos, machacados en un mortero con harina. Otras veces los dejan colgados para que sean comidos por los buitres; los de los pobres son arrojados al agua. Los cadáveres de los religiosos son quemados (5).

(5) Encontró Rubruquis estos usos en el siglo XIII;

En la medicina se reconoce por principal agente de la supersticion las oraciones, así como los encantos de los lamas y de los monjes. En los casos menos graves, los enfermos, después de haber sido frotados con manteca, se esponen al sol; y cuando está cubierto por las nubes, se les cubre de hojas de papel y le ahuman con hojas de abeto.

Estando de embajador en Pekin el padre Jacinto vió uno de sus banquetes de ceremonia. Se colocaron por edades alrededor de varias mesas largas y bajas, recostados en cojines de borra. Después de haber probado de un manjar hecho de harina de cebada *(san-pa)* con manteca, bebido vino, cerveza y té, el cual no endulzan, sino que por el contrario le echan sal y manteca, se quitaron los sombreros para recitar las oraciones, enseguida tomaron otro té y un nuevo san-pa, y bebieron vino; después se sirvió á cada convidado una taza de cebada y arroz, sazonada con manteca y azúcar; recitaron otra oracion y empezaron á comer de esta sopa con los dedos y á beber vino. Hecho esto, todos se levantaron para pasearse en el patio; habiendo vuelto á la mesa, encontraron trozos de carnero crudo sazonado con sal, pimienta y ajo, acompañados de grandes pedazos de vaca, crudos tambien. Después de haber orado otra vez, cada uno sacó un cuchillo de la cintura y trinchó la carne, comiéndola juntamente con los pedacitos que estaban salados; y se tornó á beber y á pasear y volviendo á ponerse á la mesa y á beber, llevaron por tercer servicio un lebrillo de *tuba*, especie de puches de pasta y carne picada. Recitóse otra oracion; los convidados se armaron de los palitos que usan como en la China, en lugar de tenedores, y comieron de aquel amasijo. Sucedieron á esto pastelillos que fueron envueltos en servilletas para enviarlos á casa de los convidados, con lo que terminó el banquete que habia durado más de medio dia; y volviendo á pasearse y á orar, bebiendo, cantando y bailando hasta la hora de la cena, que se pareció á la comida aunque fué más breve.

Sus fiestas religiosas se asemejan á las de los indios. Tienen al principio de cada año, en el mes de febrero, tres dias de regocijo, durante los cuales cambian entre sí regalos. Después se consagran quince dias en Lassa á solemnidades religiosas, en memoria del triunfo del buddismo. El dalai lama da entonces un festin con danzas guerreras y juegos en la maroma. Todos los lamas de los alrededores van al encuentro de su jefe supremo, para ofrecerle donativos que llevan sobre su cabeza. Al finalizarse estas fiestas, un hombre del pueblo, disfrazado de demonio, se presenta á un sacerdote que figura el dalai lama y le dice: «Lo que vemos por las cinco vias de la inteligencia no es ilusorio; ninguna doctrina está exenta de errores.» El sacerdote le rechaza; después, á título de prueba decisiva, le desafia á echar los dados. El fingido dalai lama tira el suyo tres veces é infaliblemente saca seis; el demonio saca siempre as. Vencido de esta manera huye. Entonces los sacerdotes y el pueblo le dan golpes y persiguen hasta una gruta, donde se refugia para restablecerse con manjares preparados al efecto. Esta es la consagracion de la doctrina de la nada.

---

pero son muy antiguos y señalados en otros paises. Estrabon dice que en la Bactriana los ancianos y los enfermos deshauciados eran abandonados á ciertos perros llamados ονταφστας. Refiere Ciceron que entre los hircanios la sepultura más noble es aquella que consiste en ser devorado por los mastines. *(Tusc.*, I, 45). Otro tanto cuenta Justino de los partos, y esta costumbre aun subsiste entre los calmucos.

EPÍLOGO

Esta época se nos ha mostrado fecunda en grandes sucesos. Alzase un poder nuevo en el Oriente sobre las ruinas del antiguo imperio persa, de la antigua Siria, del antiguo Egipto. Se forma un nuevo imperio de los restos ó de la fusion de los diferentes reinos de Ostria, Neustria, Borgoña y Lombardia, y se ensancha hasta representar la union de todo el Occidente. Se constituye un poder que, juntando la espada al báculo pastoral, debe sobrevivir en su debilidad á todos los demás que le invocan ó le amenazan.

El imperio de Bizancio demuestra cuanto aventaja la administracion romana á los desórdenes de los gobiernos bárbaros; porque falto de brazos, de dinero, de valor, de patriotismo; dividido por heregías, azote de la humanidad y del buen sentido; acosado por enemigos vigorosos, se sostiene todavia, como un edificio bien fundado, minado por el tiempo. Hasta puede dar á conocer, cuando una mano capaz empuña las riendas del gobierno, que la civilizacion equivale á la fuerza. Por eso se lee en las fábulas cabalísticas que, después de la muerte de Salomon, su cadáver permaneció en pié un año entero, mientras que los demonios, á quienes habia obligado por arte mágico á trabajar en el templo, creyéndole todavia vivo, proseguian su tarea. Por último, habiendo roido un gusano el baston en que se apoyaba, cayó entonces al suelo, reconocieron los espíritus que habia cesado de vivir, y recuperaron su libertad.

¿Están acaso desprovistas de enseñanza las vicisitudes de la civilizacion de la China, tan diferente de la nuestra? No lo creemos; y en la vacia monotonia de su moral acompasada, siempre predicada sin ser observada nunca, hemos hallado algunas cosas que no seria inútil repetir ni aun á los paises cuyas instituciones son mucho más liberales, como en otro tiempo se servian de fábulas para instruir, censurar ó corregir á los hombres. Puede haber exageracion en el ejemplo de aquellos ministros, de aquellos letrados, que, precedidos de su ataud, van á decir la verdad al emperador; pero uno de ellos ha escrito estas palabras: «La ruina de las dinastias de Sin y de Sui ha provenido de que en vez de limitarse, á imitacion de los antiguos, á una inspeccion general, única que conviene á un soberano, pretendieron gobernar todas las cosas inmediatamente y por sí mismos.» (1) ¿No es esta una de las causas más generales de ruina para las monarquias?

Hemos narrado las injurias dirigidas á los bonzos y al culto de Fo; pero conviene no olvidar que consultamos únicamente las obras de los letrados, enemigos declarados de una religion que arruinaba su docto materialismo, y, lo que es más, su poder oficial. ¿Quién puede decir bajo cuán diferentes aspectos se presentarán estas narraciones, cuando la guerra, ese terrible instrumento de civilizacion, haya derribado las barreras, dentro de las cuales esa nacion, envuelta en fajas de seda, arrastra su larga infancia? Quizás este dia ha nacido ya.

¡Cuánto asombro no escita la nacion de los árabes! Divididos en mil repúblicas diferentes en su península nativa, teniendo cada una de ellas distintos dioses, su historia es un desierto, donde únicamente las batallas señalan el camino. El único vínculo que les unia era la creencia en que estaban de descender de Abraham todos. Este vínculo lo fortifica Mahoma. Enseña una religion sin misterios, un culto sin sacerdocio, una caridad limitada á los creyentes: impone privaciones y promete goces: proclama que solo es noble aquel

(1) Du Halde, *Compilacion de obras hechas bajo los Mings.*

á quien corre el oro desde la boca á la mano, ó hiere con la palabra como con la flecha ó la espada, y convierte, en fin, las antiguas rivalidades en emulacion de valor y de fiereza.

Luego que las tribus han cesado de ser enemigas, no pueden entregarse mútuamente al saqueo de las caravanas; entonces los árabes se lanzan fuera de la península con voluntad firme, con carácter fogoso, sostenidos por el sentimiento personal del deber y del mérito, que les hace muy superiores á la molicie asiria, á la corrupcion bizantina, á la inmoralidad de las grandes metrópolis del Asia. Devotos como monjes, batalladores como héroes, oran y matan, ayunan y saquean: se identifican con Dios por medio de la inspiracion y se encenagan en los deleites. No se proponen más objeto en sus espediciones que estender el reino de Dios, y pensando que el destino de todos los hombres es trabajar con tal fin, no se cuidan del papel que toca á cada uno, capitan ó soldado, iman ó califa. De aquí aquella devocion tan absoluta de los primeros vicarios del Profeta, que no mezclan á sus acciones ninguna ambicion privada, ninguna rivalidad, apareciendo sencillos en sus costumbres, ardorosos en su fe. Todavia viven los compañeros del Profeta y ya están reducidas á la obediencia treinta y seis mil ciudades: son derribados cuatro mil templos de Cristo ó del fuego, y edificadas mil cuatrocientas mezquitas.

Acostumbrados los pueblos de Asia y de Africa al despotismo desde la antigüedad, no se espantan de este nuevo yugo. Habian olvidado los súbditos del imperio el honor nacional sin adquirir la magestad del pueblo romano. No opusieron, de consiguiente, á la insocial dominacion aquella vigorosa resistencia que necesitaba. Sin embargo, los egipcios y los sirios, débiles y afeminados bajo los sucesores de Alejandro y bajo los romanos, se portaron alguna vez como héroes; los españoles siempre.

Fundado el islam sobre una idea verdadera y sublime de la divinidad; careciendo de misterios que pudieran superar la razon humana ó repugnarle; estableciendo como primeras virtudes la liberalidad, la magnanimidad, el valor heróico; exento de las luchas entre la soberania y el sacerdocio, y enseñando preceptos bastante en relacion con la corrupcion de la naturaleza humana, es sorprendente que no conquistase todo el mundo. Pero mientras predicaba el amor y la humildad, insinuaba la soberbia y la arrogancia, gérmenes de destruccion. En breve se ingerta en el heroismo devoto la sed del saqueo y del poderio: resucita el egoismo, el califa se separa del iman, el sucesor del Profeta, del rey de los creyentes. Sin embargo, este cisma no estorba que la Iglesia y el Estado permanezcan concentrados en un solo jefe, consolidando la tirania con ahogar toda libertad, así esterior como de espíritu.

Se derramó más sangre en las disensiones intestinas que la que costó el someter á los que repugnaban tal creencia. Deploramos las víctimas humanas degolladas en los altares de los ídolos; y sin embargo, si se sumasen, quizá no llegarian en toda la antigüedad, en los pueblos todos, á igualar el número de las que sucumbieron por difundir el teismo de un profeta que solo ofrecia como prueba de su divina mision el exterminio.

Esta segunda irrupcion procedente del Mediodia, fué tan mortífera y desastrosa, que á su lado podria pasar fácilmente por una colonia pacífica la de los septentrionales. Muchos elementos de civilizacion se escaparon á estos últimos que, con el tiempo, sirvieron para domeñar á los mismos bárbaros, los cuales, humillando su altiva cerviz bajo la religion de los vencidos, y adorando lo que en un principio habian quemado, estendieron la fraternidad y aceptaron los frutos de la civilizacion antecedente. Al revés, el árabe destruye cuanto encuentra en su camino: pirámides de cabezas cortadas dan testimonio de su soberbia intolerancia, que no sabe proponer más que dos partidos, obedecer ó ser esclavo. Derriba cuanto permanece en pié: cambia el espíritu, la civilizacion, las creencias. En todas partes ingiere el despotismo, al contrario de los hijos del Norte, que traian ideas de una libertad personal desconocida de todos los pueblos antiguos.

De consiguiente, á la par que el cristianismo difundia el amor entre los fieros septentrionales, y haciendo estensivos á la humanidad entera los derechos de que la sabiduria práctica de los romanos habia concedido como un privilegio á una sola clase, proclamaba sobre la tierra las verdaderas franquicias, la dignidad del hombre como tal hombre, y abria el paso á seguros é infalibles progresos; llega el islam á rechazar á la sociedad hácia lo pasado y á establecer en ella la inmovilidad por medio del fatalismo resignado, que puede despertarse á veces á la voz de un príncipe insigne y obtener un adelanto material en las artes y en las ciencias materiales; pero vuelve á caer bien pronto en la inercia y se pone á hacer lo que antes hacia. De esta suerte corren cada año cien mil creyentes á la peregrinacion de la Meca, y se agrupan en el estrecho valle de Aaraft en Mozdalifah, porque el Profeta se encaminó á esta ciudad hace doce siglos.

El mayor elogio del cristianismo como doctrina social (como religion seria la comparacion más absurda que impia) está en los efectos del islamismo. En los lugares á donde llegan los apóstoles del Evangelio cesa de correr la sangre y se suspende el esterminio entre hermanos; instituciones sociales, enseñanzas y una gerarquia dan testimonio de la religion y del progreso. El islamismo arrancó por un momento á la Arabia del fraccionamiento patriarcal para lanzarla á encarnizadas guerras, y dejarla caer luego nuevamente en la barbarie inculta y estacionaria de los primeros tiempos. En lo esterior reduce á desiertos los más florecientes paises; y mientras la cruz puebla

de ciudades las orillas del Rhin y del Oder, la cimitarra del musulman destruye las del Asia. Además las disposiciones fanáticas de los primeros apóstoles árabes, unidas á su constitucion nacional y á la que toma por base su sanguinario evangelio, hacen del orgullo, del desden, del odio recíproco, de la sed de venganza, otros tantos elementos de la vida social. Y hasta en la época actual, en las hermosas comarcas del Asia, en las playas mas risueñas de Europa, vemos perpetuarse las formas antiguas de que Cristo libertó á las sociedades: la pirateria, los serrallos de las mujeres, la esclavitud de las conciencias, un despotismo desenfrenado, que se propone por principal objeto su conservacion, y se hace árbitro de la vida, de la honra, de la hacienda de los súbditos. Todavia adornan en la actualidad los palacios de Constantinopla, de Ispahan, de Alejandria, cabezas y orejas cortadas. Todavia en la actualidad es máxima admitida que el gran señor pueda cometer al dia siete homicidios: el gran visir seis, y así sucesivamente en disminucion hasta el simple visir, que puede derribar una cabeza al dia sin formal proceso. Todavia en la actualidad, como en tiempo de Dario, un sátrapa persa manda enterrar hombres vivos, y se complace en pasearse entre dos hileras de estos infortunados, que puestos con la cabeza hácia abajo agitan sus piernas en las convulsiones de la agonia, y piensa en levantar una torre enorme, cuyos materiales serán hombres vivos (2). Si Mahmud en Constantinopla y Mehemed Alí en Alejandria pretenden reformar sus respectivas naciones, no pueden conseguirlo sino violando todos los preceptos del Coran.

Es imposible detenerse en esta parte de la historia sin reflexionar en lo que hubiera acontecido si los árabes hubieran abrazado el cristianismo con el mismo ardor con que se inflamaron en favor del islam. ¡Cuántas guerras se hubieran ahorrado! ¡Cuantos paises, que hoy yacen despoblados ó sujetos á la esclavitud más humillante, disfrutarian de los beneficios de la civilizacion!

No desesperemos á pesar de todo: pues el progreso penetrará tambien en el seno del islamismo: «Acuérdate del viajero que pasando cerca de una ciudad sepultada bajo ruinas, clamó de este modo: *¿Cabe en lo posible que Dios resucite á los moradores de esta ciudad destruida?* Dios le hizo morir, y después de permanecer en tal estado por espacio de un siglo, le resucitó y le preguntó: *¿Cuánto tiempo has permanecido en este sitio?—Un dia ó algunas horas,* respondió el viajero. Y el Señor añadió: *He aquí tu alimento y tu bebida, todavia están intactos; mira tu cabalgadura, está consumida. Hemos operado esta maravilla para que tu ejemplo instruya á los hombres. Observa como juntaremos y cubriremos de carne los huesos de tu caballo.* En vista de este prodigio, exclamó el viajero: *Ahora reconozco que el poder de Dios es infinito*» (3).

La decadencia uniforme del imperio de Constantinopla y las fragorosas irrupciones de los musulmanes, distan mucho de escitar el interés que nos induce á contemplar en Europa ese desarrollo progresivo, en el que aparece menos la fatalidad de los sucesos que el esfuerzo de cada hombre y de toda la sociedad para desprenderse de la materia. Sin embargo, la invasion no se halla terminada todavia: por una parte los eslavos, por otra los árabes, y por otra los normandos, restringen ó modifican todos sus movimientos. Aun domina la barbarie, pero siente la necesidad de órden, empieza á conocerse á sí misma, lo cual es un primer paso hácia el progreso. El rey bárbaro asesina, pero de resultas sufre remordimientos, y procura acallarlos con obras piadosas, circunstancia que á lo menos da testimonio del poder de la conciencia. En vez de inmolar á los príncipes destronados sobre el altar de la Victoria, se les encierra en monasterios: una voz se levanta y hace lo que no hacian los sacerdotes de la antigua Roma, intercede por el oprimido, y si es impotente, gime en su compañia y protesta contra el opresor. Todavia impide el egoismo que la sociedad se constituya, pero hay sacerdotes y senadores que recuerdan la Roma antigua con su administracion maravillosa: hay una Iglesia que escogiendo por cetro la moderna Roma vence la fuerza material, la obliga á doblegarse ante la ley moral, y ofrece el ejemplo de nuevas instituciones. El que sepa reunir estos tres elementos para formar con ellos un gran edificio, vendrá á ser el bienhechor del género humano. Tal fué la empresa acometida por Carlomagno.

En la misma época se operan dos grandes revoluciones en paises muy distantes uno de otro. Los hijos de Cárlos Martel derrocan á los Merovingios, y los califas ommiadas son arrojados del trono de Damasco. Así se fundan contemporáneamente las dinastias de los Abasidas y de los Carlovingios, que agitaron por largo tiempo el Oriente y el Occidente. Carlomagno y los demás reyes de Europa, acreditan un valor caballeresco, amor de gloria, deseo de consolidar la paz por medio de la guerra. Respetan el derecho, y aunque algunas veces no se curan de él, tampoco lo colculcan, y se les vé inclinados á restaurar la sociedad y las leyes. Los árabes van impelidos por un apostolado guerrero, por la sed de conquistas, por una fiebre de destruccion. Entre éstos dura más tiempo la gloria de las armas; entre aquellos se aumenta la civilización, que al cabo llegará á hacer pedazos la espada. Estos dos imperios se descomponen igualmente en varios califatos ó reinos independientes. De consiguiente, desde ahora se pueden prever las luchas que sobrevendrán y de las cuales nacerán

(2) Véanse las cartas de Texier, escritas en 1840.

(3) *Coran*, sura II.

poderes territoriales y hereditarios capaces de estinguir la autoridad suprema.

La primitiva grandeza de los Carlovingios, y luego su debilidad, dan tambien elevacion temporal al jefe espiritual del cristianismo, á la par que con los Abasidas el jefe de la fe queda reducido á los límites del santuario: recita el sermon oficial del viernes, y convoca á los que están llamados á resolver con él alguna cuestion teológica; pero el islamismo carece de aquel centro de vida y de operaciones que constituyó el inmenso poder del cristianismo.

Una de las preocupaciones históricas más vulgares consiste en llamar al siglo X edad de hierro, y en suponerle una ignorancia profunda y una civilizacion ínfima, como si no hubiera empezado á asomar alguna cosa mejor más que con posterioridad al año 1000. Aquellos que mediten sobre los hechos y no se resignen á admitir sentencias ya pronunciadas, hallarán, por el contrario, que el mayor caos de la sociedad y la ignorancia más intensa se encuentra en el siglo VIII, cuando aun no poseia ningun pais una organizacion capaz de abarcar á las diversas poblaciones. Decae la antigua literatura, y todavia á la moderna no le han nacido las primeras plumas. Se disuelve todo lo antiguo, y aun no tiene estabilidad lo que nace: gobiernos, magistraturas, propiedades, todo se resiente de la impotencia de niños que hacen y tornan á hacer, aunque sin dirigir sus acciones á un objeto, ni saberlo alcanzar. Carlomagno, concediendo á los literatos una proteccion inusitada entre los bárbaros, combate la ignorancia; y propagando, semejante en esto á Mahoma, el cristianismo con el acero, ensancha el círculo de la civilizacion. El propendia á conducir el Occidente á la unidad por medio de una administracion uniforme, de una política comun, y sustituyendo al derecho local uno general. La restauracion del Imperio fué una realizacion de este designio, aunque ni él, ni los papas, ni ninguno de los contemporáneos vieron claramente su estension y sus consecuencias; pero con tal institucion, apoyada en el único elemento vital que existia entonces, puso término al dominio disolvente y destructor de la barbarie, y abrió el camino de lo venidero.

Bajo la unidad soberana, introducida ó preparada entonces, se descubrian los gérmenes de aquella independencia hereditaria, que es el carácter del feudalismo. Pues al paso que los dominios y las dignidades pasaban antes de mano en mano sin órden ni fijeza, Carlomagno les dió estabilidad, ora refrenando la invasion en lo esterior, ora disponiendo en lo interior esa cadena de dependencias mútuas. Así consolidó el terreno en que las razas germánicas, injertas en el tronco romano, debian hechar raices para producir la Europa moderna. Imperceptible hasta entonces el progreso por la necesidad en que la sociedad se hallaba de despertar de su abatimiento, se muestra ya evidente.

Hemos atribuido al carácter de Carlomagno la principal parte de sus grandes acciones; y la rápida decadencia de su obra, bajo sus degenerados hijos, suministra una prueba inequívoca de ello. Pero es sobrada injusticia asegurar que con él cayó todo cuanto habia hecho: después de él subsiste la gran unidad de la cristiandad que impide á la Europa anonadarse completamente con el fraccionamiento de los feudos, y que le permite oponer una vigorosa armonia á la amenazadora barbarie del Norte y el Mediodia. Un número de literatos, siempre creciente en medio de los mayores desastres, prueba que el impulso sobrevivió á la mano que lo habia dado; el ejemplo de Carlomagno será al principio una reconvencion para sus descendientes, y en seguida excitará el valor á emprender grandes y generosas hazañas; y la Italia, arrancada por él de la servidumbre del extranjero, desplegará el vuelo adelantándose á las otras naciones.

LIBRO DÉCIMO

Los Carlovingios.—Los normandos.—Los árabes.—Los eslavos.—El Feudalismo.—El Imperio trasferido á los alemanes.—Sus contiendas con el sacerdocio.—Reinos musulmanes.—Ciencia.

CAPÍTULO PRIMERO

LUIS EL PIO Y SUS HIJOS.

Es costumbre decir que el edificio construido por Carlomagno se desmoronó en pos de él, y que de tan vasto imperio nada quedó, del mismo modo que ha acontecido con el de Napoleon, cuya caida permitió á la revolucion, contenida hasta entonces un momento por su robusto brazo, recobrar libremente su triunfal carrera. Sin duda el ascendiente de Carlomagno fué debido en gran parte á sus cualidades personales: su genio le habia inspirado ideas de oponerse á nuevas invasiones que amenazaban llevar á cabo los árabes y los germanos, y al interior fraccionamiento reuniendo los Estados cristianos, sometiendo las razas extranjeras, estirpando las creencias enemigas, por medio de la guerra ofensiva y de las conquistas. Con un talento superior á su tiempo, con una actividad prodigiosa que le imponia como una necesidad coordinar y reformar, se sirvió de los restos de la civilizacion romana, de la libertad de los germanos que no habian emigrado, de las nuevas instituciones de los que habian abandonado su patria, para elevar un Estado, en que reuniesen las formas de la antigua administracion imperial, el *poder de la corte*, como decian los contemporáneos, las asambleas nacionales de la Germania y el patronato militar. Fué á un mismo tiempo caudillo de guerreros, presidente de los campos de Mayo, emperador romano; y tamaña carga no pareció superior á sus fuerzas. Pero entre sus hijos ¿cuál era capaz de gobernar un imperio que se estendia desde el Elba hasta el Ebro, desde el mar del Norte hasta la Calabria? ¿No habia sentido él mismo el sacudimiento dado por el Septentrion á las cadenas con que le tenia sujeto? ¿No habia encontrado en Córcega las naves de los árabes de España surcando el Mediterráneo, desde que les habia cerrado todo otro camino? ¿Y podian libertarse del hambre los demás árabes de Cairuan de otro modo que entregándose á la pirateria? Cárlos habia oprimido á las naciones: pero estas iban á sacudir el yugo.

De consiguiente debia aflojarse la unidad que él habia impuesto; pero no por eso es verdad que desapareciera toda su obra. Ciertamente pereció todo cuanto adquiria vida de la actividad del monarca: ya no hubo un gobierno de donde partiera y al cual se refiriese todo el movimiento; se hicieron más escasas y menos poderosas las asambleas generales: decayeron los *missi dominici*, la administracion central, el único poder director, pero se vió subsistir el gobierno local, condes, duques, vicarios, centenarios y beneficiados; así como el órden en que él habia dispuesto las propiedades y las magistraturas, arrancándolas de la confusion en que se hallaban anteriormente, y dirigiéndolas hácia la independencia hereditaria, es decir, hácia el feudalismo. Tambien duró el empuje que habia dado

á los entendimientos, que desde entonces siguieron avanzando por la senda del progreso; y por último, aunque debilitado, no dejó de existir el imperio de Occidente.

Fueron detenidas las dos invasiones amenazadoras; una á la falda de los Pirineos, otra junto al Wesser; y con los restos de aquel vasto imperio se forman reinos capaces de hacer frente al enemigo, no hallándose ya obligados á mantenerse constantemente á la defensiva para asegurar un territorio de fronteras movedizas, antes bien, dándose instituciones más ó menos regulares al abrigo de determinados confines. Sobrevienen nuevos bárbaros, pero por mar: temibles más bien en razon de sus estragos parciales que por los efectos duraderos de sus incursiones y que venian á afligir á las naciones, no á destruirlas.

Cárlos habia previsto esta nueva plaga. Mientras se encontraba en la Narbonense, algunos piratas empujaron audazmente sus esquifes hasta el puerto, pero, sabedores de su presencia, se volvieron á hacer al punto á la vela. Apoyado Cárlos en un balcon, desde donde se veia el Oceano, permaneció silencioso por algun tiempo atónito, dejando correr sus lágrimas; dirigiéndose luego á sus leudos les dijo: «¿Sabeis porqué lloro? No es porque tema á esas gentes, sino que me aflige que mientras yo vivo se hayan atrevido á abordar á esas playas, y preveo cuantos males causarán á mis hijos y á sus pueblos (1).»

Mayor razon tenia todavia Cárlos para asustarse de los peligros interiores que de los de fuera. A su penetrante golpe de vista no se habia escapado reconocer cuanto se inclinaban los magnates á atraer á sí la propiedad toda, ora despojando por el fraude ó por la violencia á los que dependian de ellos, ora sobrecargándoles con servicios personales y militares, á fin de que, reducidos al último estremo invocaran la servidumbre como un refugio. Era posible regularizar esta disposicion, no oponerle obstáculos. Habia reunido naciones de origen diferente; pero si los Merovingios no habian alcanzado á operar una fusion entre los francos, los galos y los aquitanios, ni aun entre los francos de la Neustria y los de la Ostria, todavia era más difícil borrar las indestructibles barreras del Rhin y de los Alpes; y no era creible que los sometidos pueblos de la Sajonia, de la Bretaña, de la Baviera, de la España, de la Italia, se hubieran como naturalizado con los conquistadores, y mucho menos aun los tributarios que habitaban junto al Oder, el Theiss y el Garellano. La division hecha por Cárlos debilitaba á los suyos, al paso que no llenaba las aspiraciones de las razas; y en virtud de ellas veremos al imperio disolverse; al feudalismo preponderar sobre la monarquia; á la unidad vencida por el fraccionamiento; á cada baron hacerse centro de una sociedad reducida y casi independiente; á los magnates y á los obispos no ya ocupados en protejer el trono de los Carlovingios, sino en disputarse sus despojos.

Las ventajas de un grande imperio no pueden comprenderse sino con ayuda de sutiles teorias y combinaciones de fraternidad, superiores á las sencillas ideas propias de naciones nuevas, extrañas á las vastas asociaciones, y de escasas y limitadas relaciones sociales. Su complicado mecanismo deja á los pueblos á merced de sus gobernadores, ó hace que sean descuidados por el monarca, distante de ellos; á no ser que se les imprima direccion por una administracion mucho mejor regularizada de lo que puede hallarse en un Estado recientemente formado é inexperto. Los condes, los embajadores, los obispos y los regidores, se movian con uniforme rapidez, mientras recibieron el impulso que les comunicó Cárlos; á la muerte de éste, no pudiendo heredarse á la par del título, su incomparable habilidad, aquella máquina demasiado velozmente combinada é impelida por un atrevidísimo auriga en una senda aun no allanada, necesariamente hubo de destruirse. ¡Infeliz el rey que llega en el momento en que va á estallar una revolucion de que no es causa, pero que ni puede reprimir ni sabe guiar!

Tal fué la suerte que cupo á Luis el Pio, bajo cuyo mando se fraccionó el imperio de Carlomagno en tres grandes reinos, la Italia, la Francia y la Germania, sin contar los de menor estension, unos y otros de duracion más ó menos corta. Habian perdido las diferentes naciones sus familias privilegiadas: los jefes sajones habian sido convertidos al cristianismo ó esterminados: el último rey longobardo habia muerto en el claustro de Corbia; la dinastia de los Agilolfingos se habia estinguido violentamente en la persona de Tassilon. Buscaron, pues, jefes en otro punto, y los mismos hijos de Luis se presentaron como tales. Al parecer se pusieron á la cabeza de una rebelion parricida, cuando no hacian más que realizar el voto de los pueblos aspirando á una existencia nacional. En Italia pasó el cetro de los Carlovingios á manos nacionales, de las que bien pronto se lo arrancan los extranjeros. Los sajones, que se sustituyen en Alemania á la raza de Cárlos, establecieron á duras penas alguna armonia entre las diferentes poblaciones teutónicas, que aspiran al mando, ó entre las tribus eslavas destinadas á la obediencia: atraen hácia Germania aquel título de imperio que habia hecho revivir Cárlos, y que se conserva allí hasta nuestros dias para estinguirse en manos de Francisco II de Austria. Hasta la misma Francia cesa de obedecer á la descendencia de Pepino, que concluye en el fondo de los claustros, allí donde habia dejado morir á los Merovingios.

(1) Chron. Mon. S. Gall, II, 22. *¿Scitis, o fideles mei, quod tantopere ploraverim? Non hoc timeo quod isti magis mihi aliquid nocere prævaleant; sed nimium contristor quod, me vivente, ausi sunt littus istud attingere; et maximo dolore torqueor quia prævideo cuanta mala posteris meis et eorum sint facturi subjectis.»*

Apenas subyugada por el órden y la civilizacion la primera muchedumbre de los bárbaros, aparecen otras detrás; y los eslavos al Nordeste, los normandos al Noroeste, fundan dos grandes potencias, Rusia é Inglaterra. La division impide resistir su invasion, y de esto resultan nuevas divisiones.

Debilítase el poder de Mahoma en la Arabia; pero surge en Persia con una fuerza á que jamás habia llegado aquel pais desde el tiempo de Ciro. Otros musulmanes amenazan la Italia, y el imperio de Oriente, lánguido resíduo de la civilizacion antigua, situado en los confines de una nueva barbarie: detenidos los de España por los cántabros, se entregan al cultivo de las artes y de las ciencias, que suavizan sus costumbres.

En medio de estos acontecimientos se engrandece la autoridad eclesiástica, único poder organizador en medio del trastorno en que se regeneraban las familias y las sociedades. Llegan los pontífices al apogeo de su poderio. Tal es el cuadro á que nos esforzaremos en dar color.

Luis el Pio.—Luis, hijo de Carlomagno, mereció mejor el sobrenombre de Piadoso, que le fué dado por sus contemporáneos, que el de Benigno, que la posteridad le ha conservado (2). Dotado de un carácter benévolo, tuvo las costumbres y las virtudes de un particular, y careció de las cualidades indispensables al hombre público para hacer el bien que deseaba. Educado esmeradamente por San Guillermo de Tolosa, profesó á la religion un amor cándido y ferviente, hasta el punto de considerar á los sacerdotes como superiores á toda grandeza humana. Su padre le obligó á dedicarse desde muy temprano á los negocios, y le confió el gobierno de la Aquitania, donde manifestó tanto cariño al pueblo, que de resultas concibieron celos los francos; y un sentimiento de justicia le indujo á restituir á los magnates de aquel pais los inmensos bienes de que les habian despojado su padre y su abuelo. Por una precaucion delicada residia alternativamente durante el invierno en Doué, Chasseneuil, Audiac y Ebreuil, á fin de que la residencia real no causara á ninguna de aquellas ciudades una carga demasiado onerosa. Alivió á sus súbditos de muchos impuestos, y les eximió de abastecer de forrajes á las tropas, á pesar de las quejas de éstas.

En su mocedad ejercitó su valor contra los árabes de España (810), enemigos de la religion y del pais, y les quitó á Barcelona. Ascendido al trono, vuelve á enviar al claustro á los monjes Adalardo y Wala, sobrinos y ministros de Carlomagno. Gimiendo en virtud de los ejemplos de incontinencia dados por su padre y por sus hermanas, manda prender á los cómplices de estas princesas, y á ellas las envió á los monasterios, para vivir allí con las pingües rentas que les habia señalado Carlomagno. Espulsa del palacio á aquella turba de mujeres (3), que habian trasformado el castillo de Herstal en un serrallo de emperador bizantino ó de califa; pero conserva en la corte y deja en el trono de Italia á sus hermanos naturales.

A las quejas, sofocadas hasta entonces por el poderío de Carlomagno ó por el fragor de sus victorias, prefiere Luis resolverlas en justicia. Ya para restituir á los aquitanios lo que les habia sido arrancado indebidamente, se habia reducido á tal desnudez, que no le quedaba otra cosa que dar más que su bendicion (4). Libertó á los sajones y frisones de la ley tiránica que permitia á los obispos y á los gobernadores designar arbitrariamente los herederos, y les devolvió el derecho de sucesion: de esta suerte se hicieron tan adictos á su persona, como se habian mostrado respecto de su antecesor hosti-

---

(2) Los italianos le llaman á la usanza latina *Pio* en el sentido de bueno, como Virgilio hablando de Eneas: los alemanes entienden este sobrenombre en el sentido religioso, y le traducen por *Fromm*; los franceses por *Débonnaire*.

Los historiadores de aquel tiempo son los siguientes:

THEGANUS, *De gestis Lhodovici*. Escritor de buena fe, aunque poco imparcial á veces.

ASTRONOMUS, *De vita Lhudovici Cæsaris*.

Vita Hludovici Pii de un anónimo, persona cercana al emperador é importante.

NITHARD, *De dissentionibus filiorum Ludovici Pii*. Era sobrino de Carlomagno y parcial de Cárlos el Calvo.

ERMOLDUS NIGELLUS, *Carmen in honorem Ludovici*.

Estos y otros escritores están comprendidos en los *Monumenta Germaniæ*, dirigidos hasta su muerte por Jorje Enrique Pertz, bibliotecario del rey de Hannover.

Sirven además: RIMBERTO, arzobispo de Hamburgo en tiempo de Luis el Germánico, que escribió la vida de San Anscario; el *Monje de San Galo*, que escribió segun la tradicion vulgar: RODULFO de Fulda, *Anales sajones*, el único que parece haber leido á Tácito: ABBON DE SAN GERMAN, *De bellis parisiacis*, que cuenta el asedio de Paris por los normandos: REGINON, crónica hasta el año de 907; y tambien las cartas del *Codex Carolinus*, de Servato Lupo, de Hincmar y las Capitulares.

Introdujo mucho órden en la exposicion de aquellos hechos DES MICHELS, *Hist. de la Edad Media*. Consúltese asimismo á F. FUNK.—*Ludwig der Fromme, Geschichte der Auflösung des grossen Frankenreichs*. Francfort, 1832. DUMMLER, *Geschichte des Ostfrankischen Reiches*, Munich, 2 tomos. Forma parte de los *Jahrbücher der deutsche Geschichte*, publicados por la Comision histórica de Munich.

E. MÜHLBACHEN, *Die Regesten des Kaiserreich unter den Karolingen* (Inspruch, 1880-83) en la reimpresion de los *Regesta Imperii* de J. F. Böhmer, hecha por Ficker.

(3) *Moverat ejus animum jamdudum, quamquam natura mitissimum illud quod a sororibus illius in contubernio execerbatur paterno; quo solo domus paterna inurebatur novo... Missit... qui aliquos, stupri immanitate et superbiæ fastu, reos majestatis caute ad adventuu usque suum observarent. Omnem cœtum fœmineum, qui permaximus erat, palatio excludi judicavit, præter paucissimas. Sororum autem quæque in sua, quæ a patre acceperat, concessit.* ASTRON., c. 21, 23. *Omnes civitates regni et principes Italiæ in hæc verba conjuraverunt, sed et omnes aditus, quibus in Italiam intratur, positis obicibus et custodiis obsecarunt.* Id., cap. 29.

(4) Id. cap. 7.

les. Aseguró á los cristianos de España, refugiados en las Marcas, las tierras que les habia señalado Cárlos, y que les disputaban los ministros imperiales (5).

Pepino y Lotario, sus hijos, fueron enviados por él, uno á Baviera y otro á Lorena, con encargo de velar de cerca por el bien de aquellas dos provincias, y de hacer que les quedara á lo menos la sombra de un gobierno propio. Habiendo hallado los comisionados imperiales, al inspeccionar las provincias, un cúmulo de abusos, de despojos, de vejaciones respecto de las personas, quiso poner remedio á todo, y á fin de que los grandes no codiciaran las propiedades agenas, les hizo liberalidades de sus propios bienes. Prohibió así mismo hacer mandas á las iglesias con perjuicio de los próximos parientes (6).

Hizo una tentativa para reducir las monedas á la uniformidad en toda la estension del imperio (7). Luis tomó bajo su patrocinio á los judios dispersos por todo el universo, con la marca del oprobio que les imprimia la ignorancia ó una supersticion cruel (8), y de este modo, menos vilipendiados, continuaron el comercio, que puede decirse mantenian por sí solos en el Oriente. Otros mercaderes fueron así mismo estimulados, aunque la prosperidad del comercio se hallaba gravemente estorbada por los privilegios concedidos á las naves de la Iglesia, que recorrian las costas y los rios exentas de todo derecho.

Mostróse el nuevo emperador dócil respecto de la Iglesia, y secundó el celo de sus jefes para purgarla de las malas yerbas que no dan flor ni fruto. Estéban IV (816), llamado al papado en reemplazo de Leon III, después de haber hecho jurar al pueblo romano fidelidad á Luis, se escusó con el de haber tomado posesion, sin aguardar á que su eleccion hubiese sido confirmada. Luego se dirigió en persona, á la ciudad de Reims, á poner sobre la cabeza *del elegido del pueblo y del ungido del Señor* una riquísima corona que habia llevado de Roma. En su primera entrevista, se prosternó el emperador tres veces delante del santo padre, y renovó la donacion; pero posteriormente dirigió sus quejas al pueblo romano, cuando habiendo muerto Estéban, después de un cortísimo reinado (817), fué elevado Pascual I, sin aguardar la sancion imperial.

En dos concilios celebrados en Aquisgram aspiró á restablecer la disciplina eclesiástica, y se esforzó en establecer la unidad, continuando el objeto que se habia propuesto su padre en las órdenes religiosas, imponiendo á todas la reforma de San Benito de Aniano (9). Hasta envió al superior de cada convento un peso y una medida para la racion cotidiana de los monjes. Ordenó que un diezmo de la renta de la iglesia episcopal fuera destinada al sostenimiento de los pobres y de los viajeros. Impuso á los canónigos la obligacion de trabajar y de instruir á los jóvenes, por ser indignos de vivir á costa de la Iglesia aquellos que vejetan en estériles ócios. Segun el texto de estos decretos, no se hubieran debido ver conventos de mujeres dirigidos por clérigos, ni los de uno y otro sexo confiados al gobierno de personas seglares, que no tardaban en convertirlos en propiedades privadas; y los obispos hubieran debido cesar de calzarse la espuela y de ceñirse la espada (10). Sabiendo así mismo cuán importante cosa era la libertad de las elecciones, dejó al clero y á los monjes el cuidado de elegir los obispos y los abades, ley que Carlomagno habia hecho y violado. Determinó lo que los monasterios debian al Estado como propietarios de tierras y dotados por él. De los ochenta y cuatro mayores, diseminados tanto en Francia como en Alemania, catorce fueron obligados al servicio militar y á pagar cánones; diez y seis tenian solo la carga de simples donativos; los demás solo debian oraciones (11).

Los homenajes que de todas partes se dirigian á Luis, parecian favorecer el feliz principio de aquel reinado. Bernardo fué el primero que llegó de Italia con objeto de renovar el juramento de fidelidad hecho á su tio. Grimoaldo le espidió embajadores para reconocer que tenia de su autoridad el principado de Benevento, y prometerle un tributo de 7,000 sueldos de oro; los príncipes daneses le eligieron para fallar como árbitro sobre las disensiones suscitadas á consecuencia de la sucesion del terrible Godofredo: á él confiaron los wilsos el cuidado de decidir entre dos hijos de su *krol*, que se disputaban la corona. Rindiéronle homenaje los eslavos occidentales y los obotritas: renovó la paz,

---

(5) *Capitular pro Hispanis.*

(6) *Capitular* de 816.

(7) «Habiendo establecido, respecto de la moneda, hace tres años, que desaparecieran todas las monedas particulares, queremos desde ahora que sea conocido por todos, á fin de que sin escusa alguna se pueda llegar prontamente á esta reforma, que hemos resuelto dar de término hasta la fiesta de San Martin para la ejecucion de este mandato, que está confiada á cada conde en su distrito. En su consecuencia, á contar desde este dia, no se recibirá ninguna otra moneda que la de nuestro reino.» Ap. CANCIANI, III, 176.

(8) Agobardo escribió á Luis una violenta diatriba, *De insolentia judæorum;* Rer. Fran. Script., t. VI, pág. 367. El obispo de Tolosa podia abofetear tres veces al año al abogado de los judios. *V. S. Theodori*, Id., t. IX, pág. 115.

(9) *Ludovicus fecit componi ordinariique librum, canonicæ vitæ normam gestantem; misit... qui transcribi facerent...; itidemque constituit Benedictum abbatem, et cum eo monachos strenuæ vitæ, qui per omnia monachorum euntes redeuntes monasteria, uniformem cunctis traderent monasteriis, tam viris quam fœminis, vivendi secundum regulam Sancti Benedicti inconmutabilem morem.* ASTRONOM., capítulo 28; ap. Rer. Fra. Script., VII, pág. 100.

(10) Véanse las actas de este concilio y las cartas de Luis. Id., pág. 334.

(11) *Constit. de monasteriis* de 817.

ó más bien la tregua con el califa de Córdoba. El emperador Leon el Armenio, le llamaba desde Bizancio, para que le socorriese contra los búlgaros, y determinaba en union suya los confines entre los dálmatas romanos, súbditos del imperio griego, y los dálmatas eslavos dependientes del imperio franco.

¡Engañosos preludios de prosperidad! Poco tardaron en desvanecerse las promesas pérfidas ó vanas. Refrenados hasta entonces los magnates en sus propensiones arbitrarias, se prepararon á defender con la fuerza una tirania, orígen para ellos de poder y de riquezas, y la conducta de Luis vino en su ausilio.

Division.—A ejemplo de su padre, y para proveer mejor al gobierno, resolvió dividir el imperio y asociarse uno de sus hijos. Después de haber consultado á la dieta con este motivo, de haber pasado tres dias en oraciones, ayunos y limosnas, dió á Pepino, su hijo segundo (817), el reino de Aquitania con la Gascuña, la Marca de Tolosa, Carcasona, Autun, el Avallonés y el Nivernés; á Luis, su tercer hijo, la Baviera, agregando la Bohemia, la Carintia y la Avaria; á Lotario, su primogénito, le destinó á llevar el titulo de emperador y á reinar en Italia después de la muerte de su padre, con la supremacia sobre los reinos de sus hermanos, para que en definitiva no hubiera tres Estados, sino uno solo. No podian hacer la paz ni la guerra sin su consentimiento, ni ceder plazas, ni celebrar matrimonios de príncipes, y él debia ser su heredero en caso de que murieran sin hijos: si los dejaba, en vez de dividirse el reino, debia el pueblo elegir á uno de ellos, y Lotario habia de reconocerle, asegurándole la integridad de sus Estados. Si por su parte moria Lotario sin posteridad, la nacion podia conferir la corona imperial á uno de sus hermanos, bajo condiciones convenientes para asegurar la unidad y la salud comun (12).

Deplorable arreglo, que asociando la individualidad del imperio con el derecho electivo del pueblo, abria campo á inevitables disensiones. Por resultado de esto el primero que entró en liza fué Bernardo, quien, á pesar de su ilegitimo nacimiento, de los juramentos que á Luis habia prestado, y de la constitucion misma que atribuia la preeminencia al hermano sobre el nieto, aspiró al imperio, como nacido del primogénito de Carlomagno y como rey de Italia. Fué impulsado á ello por los italianos, que descontentos de hallarse incorporados á un imperio extranjero, formaron una liga de príncipes y de ciudades, y fortificando los pasos que abrian camino á su territorio, alzaron por la vez primera aquel grito, que no ha cesado nunca, de librarse de los bárbaros.

Bernardo traspuso los Alpes con ellos (818); pero apenas se aproximaron los francos, cuando se desvaneció aquel repentino ardimiento, hasta tal punto, que se vió obligado á entregarse á la emperatriz Hermengarda, y por su mediacion se echó á los piés del emperador. Trasladado Bernardo á Aquisgram, fué condenado á muerte por los grandes vasallos, juntamente con sus amigos, á quienes denunció vilmente. Anselmo, arzobispo de Milan, Wolfoldo y Teodulfo, obispos de Cremona y de Orleans, fueron degradados en un sínodo y desterrados. Teodulfo se dedicó en el destierro á la poesia, no cesando, á semejanza de Ovidio, de lamentarse, de protestar de su inocencia, y de quejarse de que se negaran á un obispo las garantias otorgadas al más vil siervo (13). Olvidaba que se trataba de un crímen de Estado. El emperador perdonó la vida á los demas, si bien á sugestion de Hermengarda, permitió que se les quemaran los ojos con un hierro candente; en cuya operacion sucumbió Bernardo, y Luis le lloró.

Llegando á serle sospechosos los hijos naturales de Carlomagno, que le habian sido tiernamente recomendados por su padre, los confinó á diferentes monasterios (822); pero en breve se arrepintió de haber observado semejante conducta, y quiso hacer públicamente penitencia. Convocó en el palacio de Attigny á los magnates y á los obispos de su nacion (agosto de 822), y después de haberse acusado públicamente de crueldad, inercia, y negligencia, demandó perdon á Dios y á la nacion. Desde Teodosio jamás se habia visto á ningun monarca ceder de este modo al imperio de la conciencia; pero este acto de humildad magnánima fué calificado de flaqueza: los obispos comenzaron á abusar de un poder cuya importancia conocieron entonces; por lo que hace á los magnates, consideraron que la magestad del imperio se encontraba envilecida, y que se habia inferido insulto á la pretendida equidad de la condena dictada contra ellos; á mayor abundamiento, los hijos de Luis perdieron todo respeto hácia la persona de su padre, y precisamente desde este acto arranca el principio de la decadencia de los Carlovingios.

Hijos de Luis.—Luis, después de la muerte de Hermengarda, se habia casado con Judit (819), que entre las hijas reunidas de sus vasallos, le habia parecido dotada de mayores atractivos. Nacida de una madre sajona y de un conde bávaro, pareció vengar á estas naciones con daño de los francos. Instruida en las letras, en la música, en la danza, y en todas las artes más cultas (14), sometió á su

(12) *Charta divisionis*, Rer. Franc. Script., t. VI.

(13) *Servus habet propriam, et mendax ancillula legem*
Ospilio, pastor, nauta, subulcus, arans.
Proh dolor! amisit hanc solus episcopus, ordo.
Qui labeficatur nunc sine lege sua.
Non ibi testis inest, judex nec idoneus ullus...
Cármen ad Ajulfum episc.

(14) *Si agitur de venustate corporis, pulchritudine superas omnes, quas visus vel auditus nostræ parvitatis comperit reginas... In divinis et liberalibus studiis, ut tuæ eruditionis cognovit facundiam obstupui.* Así dice el obispo Friculfo, *Rer. Franc.*, VI, 335; y Walafrido, idem, 268.

esposo á la influencia de los meridionales, hácia los cuales habia manifestado inclinacion antes, lo cual acabó de hacerle odioso á los ojos de los francos. Bernardo, duque de Septimania, hijo de San Guillermo de Tolosa, que habia sido ayo de Luis, entró como consejero de éste, y como favorito de Judit: en breve los hermanos naturales del emperador fueron elevados á las más altas dignidades eclesiásticas; Wala y Adalardo fueron llamados de su retiro, y el primero colocado cerca de Lotario, á quien se habia señalado Italia, y que se hizo coronar en Roma por el papa Pascual.

Habiéndole nacido á Luis de su matrimonio con Judit un cuarto hijo, que fué después Cárlos el Calvo (823), no quiso que fuera peor tratado que sus hermanos: de consiguiente, en Worms se le confirió el título de rey y la soberania de Alemania (*Alsacia* y *Suabia*), de la Retia y de la Borgoña helvética segregadas de la porcion de Lotario. Este habia dado su consentimiento; pero le pesó en breve y se unió á sus hermanos para embarazar los proyectos paternales: de este modo se aumentaron las animosidades. Eran impotentes lo suplicios para reprimir los levantamientos: se insurreccionaban en la Armórica los bretones, se aliaban los vascos con los sarracenos, los eslavos septentrionales con los daneses, los de la Panonia con los búlgaros.

«En el seno mismo de la Francia se hallaban los bretones, nacion feroz, cristiana solo en el nombre, agena á la fe y al culto del Evangelio, no curándose en nada de las viudas, de los huérfanos, ni de las iglesias: en que el hermano tiene comercio con la hermana y roba á la mujer de su hermano, viviendo todos en el incesto y en cuanto habia de más obsceno, habitando en medio de los bosques, durmiendo dentro de cavernas, á semejanza de animales feroces, no subsistiendo más que de rapiñas.» (15) Cuando Luis envió un comisionado cerca de Morman, su príncipe, que habia tomado el nombre de rey, para invitarle á someterse, respondió al portador del mensaje: *Vé y dile á tu amo que no habito en ningun territorio de su pertenencia, y que no quiero sus leyes. Si los francos me declaran la guerra, me dispongo á recibirlos.* Morman fué muerto en una batalla: su sucesor prometió fidelidad al rey de los francos, y fué asesinado. Si los bretones se mantuvieron alguna vez sosegados interiormente, pacíficos no estuvieron nunca.

Habian reconquistado los vascos su indepedencia, inmediatamente después de la muerte de Carlomagno, y se sostuvieron en Navarra contra las armas de Luis, que no fueron en un principio más afortunadas que las de su padre en Roncesvalles. A pesar de todo, acabaron por ser puestos en derrota; y tambien fueron repelidos los árabes á quienes habian llamado en su ayuda. Derrotados igualmente los eslavos, se vieron obligados á marchar contra los daneses. Los obotritas, los sorabios, los wilsos, sufrieron el yugo de los francos, y sus jefes llegaron á depositar á los piés de Luis su homenaje.

Los romanos, que aguantaban bien á pesar suyo la dependencia de un emperador bárbaro, protestaron amenudo contra ella por medio de levantamientos y de tramas, que Lotario no estimó prudente castigar. Trece buques normandos hicieron tanto botin en trescientas leguas de costas, que tuvieron necesidad de echar á tierra sus prisioneros. Enseguida amenazaron nuevamente el pais, de que no se alejaron sino al ver á las poblaciones armadas en masa para rechazarlos. A la guerra se juntaba el hambre y la peste, «tres azotes del Dios trino.» (16)

Culpaba el pueblo al rey de tamaños desastres. Los magnates veian con envidia á Bernardo reinar como soberano sobre el ánimo del emperador, á quien además de su condado de Barcelona, le invistió con las funciones de chambelan y de ayo de Cárlos el Calvo, cuyo nacimiento le atribuia la maledicencia pública. Ligáronse, pues, contra este favorito con los que habian secundado en su rebelion á Bernardo, rey de Italia, señores despojados en su mayor parte, condes y obispos ambiciosos. A su cabeza se hallaba Wala, abad de Corbia, que queria ó fingia querer salvar el trono amenazado. De esta suerte se manifestaba aquel espíritu de division reprimido con trabajo hasta entonces, y que debia acabar por disolver el imperio.

Viendo ambos emperadores mugir la tempestad ordenaron por un edicto que todos los arimanes se mantuvieran armados y prontos á marchar para repeler á los enemigos (828). Comisionados enviados por ellos á las diferentes provincias tuvieron el encargo de dirigirse á las personas más influyentes, y de obligarlas, bajo pena de felonia, á declarar si habian llegado á su noticia, en lo concerniente á los condes y á los demás oficiales, algunos actos contrarios al bien público y al honor del rey. Se ordenaron rogativas públicas y un ayuno de tres dias. Los obispos recibieron la invitacion de reunirse en concilio para hallar remedio á los males públicos, ocasionados por la cólera de Dios contra los tiranos que aspiraban á perturbar la paz de los cristianos y á desunir el imperio.

Pero entre el mismo clero habia muchos que se ocupaban en sacar partido de aquellos disturbios; envalentonaba á los magnates el miedo del monarca; y á fin de determinar á los propios hijos de éste

---

Organo dulcisono percurrit pectino Judith
O Sapho loquax vel nos inviseret Holda
Ludere jam pedibus...
Quidquid enim tibimet sexus subtraxit egestas
Reddidit ingenii culta atque exercita vita.

(15) ERM. NIGEL., vs. 43-54; está de acuerdo con las narraciones contemporáneas.

(16) ..... *Trini terna fagella Dei* (Cron. episc. Albig.).

á hacer causa comun con ellos, esparcian el rumor de que podia acontecer que Judit les despojara en favor de su hijo Cárlos, de que Bernardo no se proponia otro objeto y de que debian libertar á su padre de un ambicioso. Fueron escuchados, se engrosó la faccion y estalló la guerra civil y parricida. Fácil empresa fué decidir al ejército reunido contra los indomables bretones (830), que se aprestaba á pesar suyo á una expedicion sin botin ni gloria, á dirigir sus armas hácia otro lado. Pepino llevó desde Aquitania sus tropas sobre Orleans, ciudad principal de la Galia romana, y desde allí á Compiegne, donde los príncipes se habian dado cita. Bernardo huyó á su ducado, Judit se encerró en un convento, y preso Luis fué confiado á la custodia de Lotario, hasta que se falló en la asamblea general sobre su suerte.

Los monjes que le habian sido dados por compañeros, se hicieron mediadores entre él y sus adversarios, tan luego como les prometió restaurar el lustre del imperio y la dignidad del culto. Facilitaron una avenencia entre el emperador, Pepino y Luis de Baviera: ni aun el mismo Lotario supo resistir á la voz paternal, y su reconciliacion, unida á las buenas disposiciones de los germanos en favor de Luis, apaciguó el levantamiento. Conmutó el emperador en reclusion en el cláustro la pena de muerte pronunciada contra los jefes de la rebeldia, los cuales se convirtieron posteriormente en otros tantos enemigos. Judit recuperó la categoria de emperatriz después de haber atestiguado su inocencia por medio de un juramento prestado sobre las santas reliquias. Bernardo solicitó probar la suya con la espada en la mano, si bien nadie quiso levantar el guante; é indultados los tres hijos rebeldes de Luis, volvieron á sus reinos.

Poco tiempo después Pepino y Bernardo volvieron á agitarse al son de sus proyectos ambiciosos. Ambos fueron sometidos á un proceso y declarados, Bernardo culpable de felonía, Pepino indigno del trono. El imperio debió dividirse entre Lotario y Cárlos; pero el nombre del primero no figuró en los actos públicos, y una parcialidad tan evidente, respecto del hijo de segundas nupcias, no podia menos de producir la guerra. Habiendo logrado Pepino evadirse, hace que se insurreccionen los aquitanios, y llama á sus hermanos á las armas; Wala y otros magnates se lanzan fuera del cláustro, y el pueblo les secunda, seducido por magníficas promesas. Agobardo, el escritor más insigne de aquel tiempo, fué encargado de redactar la proclama, acusando á la corte é invitando á todos á pelear en favor de Dios, del rey y de la monarquia: «Justo Señor de cielo y tierra, ¿por qué has permitido que tu siervo el emperador descendiera á tanto descuido, que cerrara los ojos á los males que le rodean, y amara al que le aborrece y aborreciera á quien le ama? Segun personas bien informadas, tiene cerca de sí á algunos ambiciosos que anhelan esterminar á sus hijos, y si lo consiguen, hacerse dueños del imperio, y repartirse el reino, que caerá, si Dios no lo remedia, en manos de extranjeros, ó será dividido entre muchos tiranos.» (17)

Los tres hermanos se reunieron cerca de Ochsfeld en la alta Alsacia (833), en un lugar al cual le vino de ahí el nombre de campo de la mentira (*Langenfeld, campus mentitus);* y el papa Gregorio IV, que vino de Italia con Lotario, fulminó escomunion contra todo el que no prestara obediencia á este príncipe: además escribió con altaneria á los obispos que habian continuado afectos á Luis, lo cual hizo que el monarca, que se habia puesto en marcha contra los rebeldes, se detuviese por escrúpulos de conciencia. El pontífice se dirigió personalmente á su campamento para enterarse de su justificacion; pero la desercion del ejército dió márgen á que se sospecharan secretos manejos por parte de Gregorio. Luis cayó entonces en tal abatimiento, que decia al corto número de los que aun le permanecian fieles: *Marchaos con nuestros hijos: no sufriré que nadie pierda la vida por mi causa.*

Deposicion de Luis.—Se entregó á sus enemigos con su esposa y su hijo predilecto. Judit fué enviada al claustro; dividióse el reino entre los tres hermanos, y Luis fué conducido por el emperador Lotario á Compiegne, á fin de que fuera allí juzgado por la asamblea, la cual le intimó que abdicara. Como se negara á ello, fué entregado al poder eclesiástico para que le degradase solemnemente.

Ya hemos visto á un sínodo deponer al rey Wamba; pero en España estas reuniones eran verdaderas asambleas nacionales, representantes del voto supremo, es decir, el del pueblo. Tampoco puede confundirse este acto con la deposicicion pronunciada por algunos pontífices, como la de Enrique por Gregorio VII, y la de Federico por Inocencio III. Constituye una iniquidad inescusable; no porque la autoridad eclesiástica no pudiera, segun el derecho de aquel tiempo, desposeer á un soberano, sino porque Luis fué condenado en virtud de culpas de que no estaba convicto, y sobre las cuales no se le oyó siquiera; y porque ya habia hecho penitencia voluntaria, de las que realmente habia cometido, ante el concilio de Attigny, sin recibir la imposicion de las manos ni el traje de penitente.

Los sacerdotes, ensoberbecidos con la espontánea humillacion de entonces, quisieron ostentar su supremo poder por medio de una escena de teatro. Conducido el emperador desposeido al monasterio de San Medardo de Soissons, se le puso en la mano un escrito prolijo que contenia sus acusaciones, y que en sustancia le juzgaba culpable de sacrilegio y de homicidio, violador de los consejos paternales y de sus propios juramentos, por haber maltratado á sus hermanos y dejado que se quitara la vida á su sobrino; causador de escándalo y perturbador de las conciencias de sus

(17) AGOBARDO, *Libèr apologeticus*. Rer. Fr., t. VI, página 249.

súbditos, por haber exigido de ellos un juramento diferente del que se habia prestado á sus hijos después del tratado celebrado con ellos, de donde resultaba que sobre él recaian los perjuicios; de haber llamado á las armas en cuaresma, y convocado la asamblea nacional para el Jueves Santo; de haber desterrado y despojado á muchos fieles, tanto seglares como eclesiásticos, que habian llegado á esponerle la verdad; de haber ordenado, por último, espediciones sin el consentimiento de la nacion, echando, de esta suerte, sobre sí la responsabilidad de los perjuicios que de ello habian resultado (18). Luis, prosternado ante Ebbon, arzobispo de Reims, confesó su culpabilidad vertiendo lágrimas, é imploró la penitencia pública para reparar los males que habia causado. Se le quitó el cíngulo militar y se le revistió el cilicio, ceremonia que le inhabilitaba para gobernar otra vez el reino (19). Acto continuo fué llevado por su hijo, en este estado de abatimiento, á la ciudad en que Carlomagno habia ceñido á sus sienes la corona.

Todos compadecieron la suerte del infeliz monarca desde que, cesando de ser emperador, tornó á ser hombre. Lotario, que se habia hecho instrumento de la degradacion de su padre, y Ebbon, que salido de la servidumbre y revestido por Luis con el manto arzobispal, acababa de cubrirle con un cilicio (20), inspiraban horror. Murmuraba el pueblo, fraguaban conjuraciones los magnates. Sonrojándose Luis de Baviera y Pepino de Aquitania de la paternal ignominia, y celosos de Lotario que marchaba al poder supremo, levantaron su voz para espresar la indignacion comun. A fin de alejar Lotario á su padre de los fieles germanos, le trasladó á Paris, pero los mismos á quienes convocó allí por vasallos, se declararon sus enemigos; y estaba á punto de correr la sangre cuando Lotario apeló á la fuga (2 de marzo de 834). De consiguiente, Luis quedó libre, si bien no quiso admitir de nuevo el poder imperial hasta que le devolviese la Iglesia el cíngulo guerrero. Consumada la ceremonia volvió á subir al trono, llevando á él la indulgencia y el olvido. Judit fué restituida al tálamo regio: Luis y Pepino tornaron á la Baviera y á la Aquitania: y Lotario, que quedó con las armas en la mano, fué vencido y perdonado.

A fin de humillar á Lotario y de galardonar á sus dos hermanos, las provincias que quedaron disponibles fueron divididas entre ellos y Cárlos. No se hace mencion ninguna en el acta que se formó con este motivo, de la Italia ni de Lotario, á quien habia sido devuelta, como tampoco de un emperador presunto, ni de sumision debida por los príncipes á su hermano mayor. Luis se reservaba la facultad de aumentar ó de disminuir las posesiones de sus hijos segun su comportamiento (21).

Cuando á la muerte de Pepino (13 de noviembre de 838) señaló el emperador la Aquitania á Cárlos, su hijo predilecto, Luis de Baviera corrió á las armas para obtener toda la Germania situada á la derecha del Rhin. Asocióse el emperador otra vez á Lotario para formarse un apoyo contra Luis, á condicion, no obstante, de que repartiria sus Estados con el hijo de Judit. Entonces se hizo una nueva division en la dieta de Worms en dos partes iguales, cuyos confines eran el Mosa, el Jura y el Ródano. Lotario escogió la parte oriental, Cárlos la Neustria y la Aquitania; á Luis solo le quedó la Baviera (839).

No pudiendo resistir éste tan duro tratamiento, llama en su ayuda á los sajones y á los turingios, á fin de formar un núcleo de naciones alemanas, al mismo tiempo que los aquitanios pretendian tener un rey nacional proclamando á un hijo de Pepino. En su consecuencia Luis el Pio se vió nuevamente obligado á empuñar las armas contra su propia sangre; pero antes de poner término á esta guerra espiró en una isla del Rhin cerca de Maguncia (840). Cediendo á los ruegos del archicapellan Drogon, su hermano natural, perdonó á sus hijos: *Perdono á Luis*, dijo, *pero piense en sí propio: él, que hollando con su planta la ley de Dios, ha sumido en el sepulcro los cabellos canos de su padre.*

Queriendo combinar la unidad del Imperio con el sistema de division, en uso en tiempo de los Merovingios, Luis habia suscitado todas aquellas guerras civiles, y los magnates se aprovecharon de ellas para aumentar su poderio con detrimento de la autoridad real, las que no concluyeron á su muerte, porque habian cesado de ser contiendas de familia. Lotario tenia empuñadas las armas frente á frente de Luis, un hermano contra otro; pero detrás de ellos acampaban dos razas enemigas; con Luis los germanos, con Lotario los italianos, narbonenses, aquitanios, de procedencia romana, movidos por un pensamiento nacional que aspiraba á destruir la unidad forzada, obra de Carlomagno.

Una vez coronado emperador Lotario, abandona á toda prisa la Italia, para que los paises de

---

(18) *Acta exauctorationis. Lud. Pii.* Rer. Franc., VI, 243.

(19) Era una ley del reino. Véase BALUZIO, *Cap.* I, 980.

(20) *Hebo Remensis episcopus, qui erat ex originalium servorum stirpe... O qualem renumerationem reddidiste ei! Vestivit te purpura et pallio, et tu eum induisti cilicio... Patres tui fuerunt pastores caprarum, non consiliarii principum... Sed tentatio piissimi principis... Sicut et patientia beati Job. Qui beato Job insultabant, reges fuisse leguntur; qui istum vero affligebant, legales servi ejus erant, ac patrum suorum. Omnes enim episcopi molesti fuerunt ei, et maxime hi quos ex servili conditione honoratos habebat, cum his qui ex barbaris nationibus ad hoc fastigium perducti sunt.* Thegan., cap. 44.

(21) *Præceptum duc. Lodovici de divis. regni.* Rer. Franc., VI, 411.

allende los Alpes no tomen ninguna determinacion contraria á sus intereses. Al mismo tiempo que halaga á Cárlos, á quien promete tratarle como á hijo, sostiene al hijo de Pepino, que puede prestarle apoyo sin inspirarle recelos. La faccion de este príncipe, que habia recobrado de nuevo valor en Aquitania, secundó á Lotario en sus planes. Entrando en la Neustria hizo favorables á su causa á los señores; de modo que costó á Cárlos mucho trabajo sacar á su madre de Bourges, y se encontró reducido á un escaso número de parciales. Pero éstos, dando pruebas de una fidelidad, rarísima entonces, juraron morir antes que abandonarle. Aunque reducidos á no poseer más que sus armas y el caballo que montaban, lograron sostenerse. Luis, que habia reparado sus pérdidas, se incorporó á Cárlos, cuyo valor no se desmintió. Habiéndose negado el emperador á remitirse, para fallar sobre sus disensiones, á la decision de un concilio de obispos y de seglares, se hallaron frente á frente el 25 de junio del año 841 en Fontenay (*Fontanet*), cerca de Auxerre; por un lado Luis de Baviera y Cárlos el Calvo, por el otro Lotario y Pepino, y allí apelaron al sangriento *juicio de Dios*.

Batalla de Fontenay.—La batalla entre los descendientes de los Velchos y los de los Teutones, que debia decidir la independencia de las naciones agregadas al imperio, redundó en favor de Luis y de Cárlos, si bien por ambas partes cayó un número igual de valientes guerreros, y la Europa, agotada de adalides, quedó espuesta á las incursiones de nuevos enemigos (22). A la par que los vencedores, debilitados ó aturdidos á consecuencia de su inesperado triunfo, perdian tres dias en oraciones, en ayunos, y en repartirse los despojos y las dignidades de los vencidos, y en recompensar á los fieles con los bienes de la Iglesia, Lotario, sin darse por vencido, solicitaba la alianza de los sajones. Les devolvió su culto y sus antiguas leyes, dió libertad á los esclavos, tierras á los hombres libres; lo cual produjo un trastorno general y una deplorable anarquia. Hasta abrió el imperio á los normandos, señalando en feudo á Haraldo ó Haroldo su rey, que habia abrazado el cristianismo para abandonarlo en breve, la isla de Walcheren y sus dependencias.

Vuelto con estos auxiliares arrolló á Cárlos el Calvo desde las orillas del Mosa hasta el Sena; pero tornando á cobrar éste la ventaja, verificó su incorporacion con Luis, y reunidos ambos en Estrasburgo, sancionaron su alianza por medio de un juramento en que procuraron interesar á sus pueblos, pronunciándolo, no en el idioma del clero, como todos los actos de entonces, sino en la lengua vulgar de la Galia de la Germania, de que ha quedado como el monumento literario más antiguo (23).

Tambien Lotario se habia enagenado la voluntad del clero desde el momento en que, fiándose más en las intrigas diplomáticas que en la fuerza de las armas, habia celebrado alianza con los sajones y con los árabes; así «los obispos fallaron

---

(22) «Hubo tantos muertos de una y otra parte, que no recuerda memoria de hombre que haya habido nunca en Francia tanta mortandad de cristianos.» Crónica de San Dionisio, *Rer. Franc.*, VIII, 127. Angilberto, poeta y guerrero, que se halló en la batalla, la cantó ó lloró en estos versos (*De bello Fontaneto*):

Maledicta dies illa!
Nec in anni circulis
Numeretur, sed radatur
Ab omni memoria
Jubar solis illi desit
Auroræ crepusculo.
Noxque ilia, nox amara,
Noxque dura nimium;
In qua fortes ceciderunt
Prælio doctissimi!

(23) Nos lo conservó Nitard, y lo reproducimos segun la edicion recientísima de Alfredo Holder (Friburgo, 1882). Luis se espresó de este modo en la lengua de los pueblos de Cárlos:

Pro Deo amur et pro christian poblo et nostro commun salvamen dist di en avant, in quant Deus savir et podir me dunat, si salvarai eo cist meon fradre Karlo et in adjudha et in cadhuna cosa, si cum hom per dreit son fradra salvar dist, ino qui il mi altresi fazed; et ab Ludher nul plaid numquam prindrai, qui meon vol cist meon fradre Karle im damno sit.

Por el amor de Dios y por el pueblo cristiano, y nuestra comun salvacion de ahora en adelante, en tanto que Dios me conceda saber y poderio, salvaré á este mi hermano Cárlos, ayudándole en todas las cosas, como es justo que se salve á un hermano, en tanto que él haga por mí lo mismo; y jamás entraré con Lotario en ningun acomodo que por mi voluntad redunde en detrimento de mi hermano Cárlos.

Cárlos juró en los mismos términos, empleando el idioma de los pueblos de Luis:

In Godes minna, ind in tes christianes folches, ind unser bedhero gehaltnissi, fon thesemo dage frammordes, so fram so mir Got gewizci ini madh furgibit so haldt ih thesan minan bruodher soso man mit rehtu sinan bruher scal, inthiu thaz er mig sosoma duo; indi mit Luheren inno kleinnin thing ne gegango the minan willon imo ce scaden weren.

Cada uno de los pueblos hizo después en su lengua el juramento siguiente:

Si Lodhwigs sagrament que son fradre Karlo jurat, conservat, et Karlus, meos sendra, de suo part non lo stanit, si io returnar non lint poiz, ne io ne neuls cui eo returnar int poiz in nulla adjudha contro Lodhwig nun li iver.

«Si Luis guarda el juramento que ha prestado á su hermano Cárlos, y si Cárlos mi señor por su parte no lo guarda, si no puedo inducirle á ello, ni yo ni ninguno de aquellos sobre quienes tenga influjo, le prestará contra Luis ningun ausilio.»

Oba Karl then eid then er sinemo bruodher Ludhwige gesuor geleistit; in Ludwig min herro then er imo gesuor forbrihchit, ob ih inan nes irrwenden ne mag, noh ih, noh thero, nohein then ih es irrwenden mag, widhar Karle imo ce follusti ne wirdit.

que el justo juicio de Dios habia rechazado á Lotario y trasferido el imperio á los más dignos; pero antes de permitir que Cárlos y Luis tomaran posesion de él, les preguntaron si entendian reinar segun los ejemplos de su hermano desposeido, ó segun la voluntad de Dios. A su respuesta de que se arreglarian ellos y sus pueblos, con todo el saber y el poder que Dios les otorgara, á su voluntad divina, replicaron los obispos: *En nombre de la autoridad divina, tomad el reino y gobernadlo segun la votuntad de Dios. Os lo aconsejamos, os exortamos á ello, os lo mandamos.* Cada uno de los dos hermanos eligieron á doce de los suyos, á cuyo arbitraje se remitieron para la division del reino (24).

Pero hallábase éste amenazado entonces por todas partes: víctima era de la guerra civil la Aquitania: devastaban la Neustria los bretones y los normandos: los sarracenos la Gotia, la Provenza y la Italia. Allende el Rhin se insurreccionaban los sajones, y los eslavos acechaban la ocasion de echarse sobre su presa.

Tratado de Verdun.—Entre tanto un invierno rigurosísimo produjo la escasez; los magnates que asistieron á la batalla de Fontenay conservaban una impresion de terror de ella: gemian los pueblos hartos ya de tantas guerras intestinas. De consiguiente fué concluida la paz en Verdun: se contentaba el emperador con una tercera parte de los Estados y algunas tierras más, sin aspirar á ninguna superioridad que pudiera disminuir la independencia de sus hermanos.

En esta reparticion tocó á cada uno de los hermanos una porcion de la Francia, quedando la parte oriental completamente separada de la parte occidental, aun cuando sus moradores conservaran el antiguo nombre nacional hasta el instante en que fué reemplazado por otras denominaciones particulares. Adoptaron los galos el de los franceses; los lombardos el de italianos; los diversos pueblos germánicos el de alemanes, que en un principio indicaba las tribus suevas. La estraña configuracion del reino de Lotario, que comprendiendo á Roma y á Aquisgram, serpenteaba entre las posesiones de sus hermanos, tenia á éstos en sujecion, si bien á él no le permitia adquirir fuerza ni fundir en una sola nacion pueblos tan diferentes.

Cada uno de los tres soberanos corrió al pais que le habia caido en suerte, á fin de apaciguar los disturbios acaecidos. Habiendo tomado los sajones el nombre de estelingos, espulsaban á sus señores para volver á sus antiguas leyes, segun las promesas de Lotario; y habiéndose aliado con los eslavos, amenazaban el nombre cristiano así como los Estados de Luis; pero éste reprimió su audacia condenando á sus jefes á muerte. Lotario cayó sobre los vasallos del Mosa que se habian declarado en favor de Cárlos. Este envió tropas para derrocar á Pepino II, y para conciliarse la voluntad de los vasallos de la Neustria, siendo casi todos deudores de sus beneficios al conde Adelardo, se casó con Irmitrunda, sobrina de este antiguo ministro.

En realidad los vasallos eran enemigos que sobrevivian á todas las paces, y habian perdido la costumbre de obedecer; abrigando cada castillo á un rebelde ó á un contumaz, era imposible de todo punto administrar y hacer la guerra. En esto se sublevaban los longobardos de Benevento: los árabes aglabitas, señores de la Sicilia, hacian oir nuevamente á Roma las amenazas del Africa, á la par que otros talaban la Provenza. A ejemplo de los sajones volvieron á levantar la cabeza los eslavos, invadiendo algunos el Friul, mientras los moravios, los bohemios, los obotritas, se preparaban al parecer á vengar sobre los francos orientales sus anteriores derrotas; pero Luis se aprovechó de sus divisiones para batirlos y sujetarlos á la obediencia.

Por intérvalos acallaba la política los resentimientos entre los hijos de Luis el Pio, y les inducia á reunir sus esfuerzos para triunfar de los rebeldes. En especial en la dieta de Mersen (847) se prometieron sostenerse recíprocamente contra sus enemigos, respetar los derechos hereditarios de sus hijos á condicion de que estos reconocieran la supremacia de sus tios. Además se convino en que no pudieran ser desposeidos los vasallos; en que los pocos hombres libres que quedaban serian juzgados con arreglo á las antiguas leyes, si bien deberian igualmente unirse á un señor, de quien no se separarian sino por justos motivos.

Con este eslabonamiento de sujeciones aspiraraban á mantener el pais tranquilo; pero en medio de todo se dejaba ver el incremento que iban teniendo los señores, quienes sacudian cada vez más el yugo, y envalentonados por los privilegios obtenidos reprobaban los actos de los reyes, de tal manera, que Cárlos y Lotario se vieron reducidos á declarar públicamente en Lieja que habian gobernado mal hasta entonces, y que en lo sucesivo se portarian mejor.

Intentaron oponerse los reyes al desmembramiento de su autoridad en virtud de algunas Capitulares, y merece particular mencion una carta de reforma dada por Cárlos en Coulaines, en que procura poner remedio á las causas de la guerra. Prescribe restituir á las iglesias sus bienes y sus privilegios: recomienda al pueblo respetar al rey y á los señores; y á los obispos y á los vasallos oponerse á las asociaciones ilegales que socavan la monarquia; renueva á los magnates la promesa de no despojarles de sus beneficios sino *por derecho y juicio;* y permite á cada uno elegir la ley que quiere seguir. Pero fué una inspiracion poco feliz asociar los obispos á la autoridad seglar, como prenda de concordia, é invitar á todo fiel á denunciar los errores en que pudiera incurrir el monarca.

Esta última medida abria un ilimitado campo á reclamaciones de resolucion imposible: y por su

(24) Así se espresa Nitard, uno de los elegidos, lib. IV, cap. I.

parte no ayudaban al rey á asegurar la paz los obispos ni los condes. Reunieron los primeros varios concilios, y pronunciaban arengas llenas del espíritu evangélico, aunque sin otra conclusion que exhortar al rey á restituir á las iglesias y á los monasterios los bienes distribuidos á los seglares, reclamaciones que alarmaban á los poseedores de estas tierras. Habianse separado los condes completamente de la corona, y los tres monarcas hermanos permanecieron en una alternativa continua de reconciliaciones y de guerras.

Ya fuese por fatiga ó remordimiento, Lotario se retiró á la abadia de Prüm (855), para ocuparse en la salvacion de su alma; pero en su último acto de soberanía desconoció aun la voluntad de su padre, el cual habia establecido que las posesiones de Lotario no deberian ser repartidas entre sus hijos. A pesar de esto señaló á Luis II el reino de Italia y la corona imperial; á Lotario II la Ostria más acá del Rhin, que de su nombre fué llamada Lotaringia (25); y á Carlos las provincias del Ródano, que formaban en otro tiempo el reino de Borgoña, y fué llamado entonces reino de Provenza (26).

Estos tres hijos de Lotario siguieron sobradamente el instinto de las discordias: los dos mayores se empeñaron en desposeer al más mozo; pero los borgoñones, deseando conservar su independencia, le sostuvieron durante las alternativas de querellas, de concesiones, de concordias y de violaciones (858). Finalmente, Cárlos de Provenza murió sin hijos, y su herencia fué dividida entre sus hermanos Luis II y Lotario II, quienes tomaron por límite el Ródano, subsistiendo tal órden de cosas hasta la division del imperio en tres naciones como diremos luego (27).

Perturbado fué el gobierno del rey de Lorena por una pasion desordenada á Gualdrada (802). A fin de poseerla, acusó á Teutberga de esterilidad é incesto, alegando á más que se habia casado con ella únicamente por miedo á su familia. Nicolás I, proclamando que es fuerza resistir á los reyes cuando no gobiernan segun justicia, cita á Lotario con objeto de que se disculpe. Obedeciendo este príncipe á su conciencia ó á la preponderancia que los pontífices habian adquirido en el mundo entero, se dirige á Roma en union de su cómplice. Recibió el pontífice á los penitentes en el monte Casino, y después de haberles confesado los absolvió

---

(25) Esta provincia fué dividida después en Lorena del Mosela, que es la Lorena actual, y en Baja Lorena, que son los Paises Bajos.

(26) El Lionés, Ginebra; el Delfinado, Saboya y Provenza.

(27) SINCRONISMO DE LOS TRES REINOS PRINCIPALES.

Germania.	*Italia.*	*Francia.*
887. ARNULFO, rey de Carintia, recibe el homenaje de los reyes de Francia, Italia, Borgoña: da la Lorena á su hijo Esventiboldo.	888. BERENGUER I, duque de Friul, y GUIDO, duque de Espoleto, se disputan la corona imperial. 889. GUIDO es coronado emperador en Roma y se asocia su hijo Lamberto.	887. EUDES, conde de Paris, coronado rey con perjuicio de Cárlos el Simple. Somete á Rainulfo, rey de Aquitania, y se reconoce vasallo de Arnulfo. 893. Cárlos III el Simple es consagrado en Reims, pretendiente.
	894. ARNULFO es llamado por el papa Formoso, y regresa sin obtener resultado.	
896. Arnulfo corre desde Italia contra los moravios, y celebra alianza con los húngaros. 899. LUIS el Niño, último Carlovingio en Germania. 912. CONRADO de Franconia. 919. ENRIQUE el Pajarero.	896. Vuelve y es coronado; Lamberto se le opone: se reconcilia con Berenguer. Anarquía.	896. Cárlos y Eudes se ponen en armonía. 898. Cárlos queda por rey solo; pero es desposeido por los feudatarios.
	922. RODULFO II de Borgoña.	922. ROBERTO, duque. 923. RODULFO de Borgoña. 936. LUIS IV de Ultramar.
936. OTON el Grande.	951. Oton el Grande se casa con Adelaida, viuda de Lotario.	954. LOTARIO.
962. OTON II.	973. OTON II se casa con Teofania de Constantinopla.	
983. OTON III.	983. OTON III.	986. LUIS V, el Haragan. 987. HUGO CAPETO. 996. ROBERTO II.
1002. ENRIQUE II, el Santo.	1002. Enrique el Santo.	1031. ENRIQUE I. 1060. FELIPE I.

y les dió la comunion, amenazándoles con la muerte si habian jurado en falso; pero al volver Lotario murió en Placencia (869), y este prematuro fin pareció castigo del perjuro (28).

Aunque el papa intimó á los loreneses que se sometieran á Luis II bajo pena de escomunion, no tuvo validez este decreto, y la sucesion de Lotario fué disputada entre sus hermanos y Cárlos el Calvo, quien al fin se apoderó de ella. Así obtuvo la corona imperial cuando la descendencia del primogénito de Luis el Pio quedó estinguida.

El reino de Carlomagno queda desde ahora completamente separado en tres Estados; la Francia, la Alemania y la Italia; y así como á la caida de Napoleon (el paralelo es algo frecuente entre dos grandes hombres), recuperaron su independencia las naciones ó concibieron la esperanza de recuperarla, del mismo modo los pueblos contemporáneos de Carlomagno se vieron con júbilo dueños de una existencia propia. Este desmembramiento no podia ser deplorado más que por aquellos que aman los vastos Estados, y que por interés ó por sistema permanecen adictos á lo pasado y reputan por anarquia la disolucion de las grandes monarquias. Una repugnancia mútua entre las razas asociadas y no fundidas, separó á los pueblos, aunque no los fraccionó. Algunos de los principales vinieron á ser centro para los otros, y al sistema personal, dominante desde el advenimiento de Carlomagno, sucedió la unidad territorial. Sin embargo, los barones se agitan por todas partes para conquistar la independencia: muéstranse nuevos bárbaros por todos lados, y sobresale en medio de todo el poder papal. Hechos son estos que nos cumple examinar separadamente.

(28) Volveremos á hablar de lo mismo en otra parte.

CAPÍTULO II

LOS CARLOVINGIOS EN FRANCIA.—840-888.

Con Cárlos el Calvo empieza la série de reyes de Francia segun la significacion actual de este título (840). Este príncipe unió á una grande ambicion en sus empresas una absoluta incapacidad para dirigirlas. Cobarde en la sumision, niño en la resistencia, débil en las manos del clero, nulo cuando de él se separa, su reinado es perturbado de contínuo por incursiones esteriores y por discordias intestinas. Adelantáronse los normandos hasta Nantes y hasta Burdeos. apoderándose de estos puntos; amenazaron á Paris y se ofrecieron en calidad de ausiliares á Pepino II. Despojado este príncipe al celebrarse el tratado de Verdun, habia recorrido á las armas, fué ausiliado por Sancho Sanchon, duque de los gascones, quien se habia hecho independiente en Navarra, y por aquel Bernardo, duque de Septimania, que, después de haber sido causa de los precedentes disturbios, se armaba á instigacion de Abd el-Rahman II en contra de un rey que pasaba por ser su hijo. Sea como quiera, Cárlos le sorprendió y mandó que se le condenara á muerte. Pepino obtuvo conservar la Septimania, gran parte de la Aquitania, y una independencia velada apenas por el homenage. Pero como no podia permanecer en reposo, Cárlos invitó á sus hermanos á que secundaran sus esfuerzos y le arrojó más allá de los Pirineos. No bien se habia alejado Cárlos, tornó á aparecer y á hacerse dueño del pais Pepino, ausiliado por los sajones, por los árabes y por los normandos, con los cuales habia celebrado alianza; y hasta se decia que habia renegado de Cristo y jurado sobre un caballo por el nombre de Wodan. Indignados los aquitanios se sublevaron en contra de su causa y le entregaron á Cárlos, quien mandó que se le tonsurara y encerrara en el monasterio de San Medardo de Soissons (852).

A fin de no caer otra vez bajo el yugo de extranjeros, pidieron los aquitanios por rey á Luis, hijo del rey de Germania: habiéndose escapado posteriormente Pepino del cláustro, reanimó el ardor de sus parciales: Cárlos presentó tambien á su hijo en calidad de tercer pretendiente; y durante el trascurso de diez años, las fuerzas y los votos de los aquitanios estuvieron divididos entre estos tres príncipes, apoyados por aliados tan temibles para los amigos como para el enemigo. Por último, prisionero Pepino nuevamente (864), y juzgado como traidor á su fe y á su patria, fué encerrado en el monasterio de Selins, y la corona de Aquitania quedó conferida á los hijos de Cárlos el Calvo; pero su autoridad estuvo poco asegurada en medio de aquellos condes de Poitiers, de Tolosa, de Barcelona, quienes aspiraban á una existencia independiente.

Bretaña.—Tambien se agitaban los bretones bajo la autoridad de su duque Nomenoe, que queriendo conservar en la paz las posesiones que habia adquirido durante la guerra, favoreció las rebeliones de los demás (815). Después de haberse apoderado de Rennes, Angers, Mans, y de haber vencido á Cárlos, pensó en coronarse rey, y se dirigió con este objeto al papa Leon IV, quien le autorizó tan solo para ceñir sus sienes con el aro de oro, segun el uso de los duques. Descontento de proceder semejante, se declaró hostil al clero, separó su provincia de la iglesia de Tours (844), y se puso á guerrear con el mayor ardimiento, si bien la muerte le detuvo en Vendome. Sus hijos Erispoe y Salomon tuvieron el título de reyes; pero á su muerte Cárlos abolió nuevamente este reino (851).

Entretanto, en lo interior cada baron aspiraba á figurar como un pequeño rey, sin cuidarse de asistir á la corte, donde se veia, en vez de neustrianos, aquitanios y longobardos, y de resultas se aumentaba el poder del clero. Los principales propieta-

rios eran los monasterios (1), en torno de los cuales se formaban aldeas y caseríos: las sillas episcopales daban lustre á las ciudades; así los ojos se fijaban más bien en Reims al Norte, y en Lion al Mediodia, que en Laon, cuyas alturas habia hecho escoger para residencia de los reyes el temor de nuevas incursiones normandas. Habian representado los obispos y los monjes el principal papel en las discordias fratricidas: habian dirigido las asambleas y los tratados, en los cuales se halla siempre alguna estipulacion para los conventos y se inculca el deber de proteger á las viudas y á los huérfanos; poder adquirido sin el socorro de las armas, y que se aumentaba de dia en dia, porque solo el clero ofrecia una idea de órden en medio del general trastorno.

De consiguiente, menos por devocion especial que por la fuerza de las circunstancias, abandonó Cárlos una parte de la autoridad temporal á los obispos. Confirió á los sacerdotes un derecho de inquisicion contra los malhechores (2), á quienes debieron hacer comparecer delante de los obispos en caso de reincidencia. Recomendaba á estos el cuidado de moralizar á los bandidos que infestaban el reino, y de fulminar sobre ellos anatemas si persistian en sus desmanes: ordenaba el empleo de las reliquias y de los juramentos contra los ladrones. En suma, la autoridad real no contaba con más socorro que el de la eclesiástica; los obispos impidieron, en efecto, más de una vez la injusticia y la guerra, y colocados entre la monarquia que se acercaba á su fin, el feudalismo que se iba aumentando, y el papado, cuyo engrandecimiento era visible, sostuvieron á los reyes.

Hincmar, 806-82.—Nacido en la Francia Septentrional, y sacado del monasterio de San Dionisio por Luis el Pio, para que atendiese con él á la reforma de los monasterios, y desempeñase á su lado las funciones ejercidas en las cortes por los religiosos, habia contribuido á la elevacion de Cárlos, quien le nombró arzobispo de Reims, cuya sede ocupó treinta y nueve años. Asistió á treinta y nueve concilios, presidiendo la mayor parte de ellos; escribió una infinidad de cartas á los principales personajes de aquel tiempo, y nos ha dejado setenta obras, además de las que han perecido. No se mostró servil hácia los Carlovingios en la época de su poderio, ni arrogante con ellos cuando fueron desventurados. Dotado de un vivo entendimiento práctico, se guardaba de sacrificar á una lógica rigurosa la posibilidad de las aplicaciones y las cosas del momento; así dió consejos que hubieran podido estorbar que se desmoronara la monarquia. Frecuentemente se le ha comparado á Bossuet por su condescendencia sin vileza hácia los reyes, y por su oposicion sin cisma hácia los papas. Así como el obispo de Meaux escribió la *Política sagrada*, Hincmar compuso un libro *De la persona real y del ministro*, para esplicar á Cárlos el Calvo el versículo siguiente: *Interrogaré á los príncipes sobre mi ley*. Bossuet admite que *Dios forma á los príncipes guerreros*, é Hincmar conduce el cristianismo á justificar las guerras, acomodándose ambos al carácter belicoso de sus reyes y de su siglo. Estaban enervados los Carlovingios, y por este motivo Hincmar modera su clemencia, recordándoles que Dios no perdonó ni á su propio hijo; á la par que Bossuet, bajo un rey que se irrita en presencia de los obstáculos, ensalza hasta las nubes la clemencia, *alegria del género humano y gloria de un príncipe*. Hincmar supo resistir tambien enérgicamente á los reyes que pretendian dar los obispados y querian que se sometieran á ellos las iglesias. Adicto al emperador Lotario el obispo de Lorena, habia sostenido que el rey no dependia más que de Dios y que los obispos no podian escomulgarle; é Hincmar impugna esta «palabra no propia de un católico, sino de un blasfemo, lleno del espíritu del demonio. Habiendo pecado David, rey y profeta, fué reconvenido por Natan, inferior suyo, y supo que era hombre, pero logró salvarse en virtud de una rigurosa penitencia. Saul aprendió de boca de Samuel que habia caido del trono. La autoridad apostólica prescribe á los reyes prestar obediencia á los que son superiores á ellos en el Señor.» Llega hasta el punto de atacar la autoridad real en su base, que es la sucesion hereditaria, diciendo: «Ciertamente la nobleza paternal no basta para asegurar los sufragios del pueblo á los hijos de los príncipes, cuando los vicios han superado á los privilegios naturales; y el delincuente queda privado entonces, no solo de la dignidad de su padre, sino tambien de la libertad.»

Poder de los obispos.—Con esta altaneria se dirigian los obispos á los reyes. Así Hincmar se encaminó al frente de una diputacion del clero, cerca de Luis de Baviera, á fin de disuadirle del propósito de ocupar la Neustria, y de ofrecer el perdon al invasor armado, á condicion de que haria penitencia por los males que habia causado al reino. El relato que á su regreso hicieron los obispos al concilio, es una singular revelacion del poder eclesiástico: «El rey Luis nos dió audiencia en Worms el dia 4 de junio, y nos dijo: *Os ruego que me perdoneis si os he ofendido, á fin de que os hable con seguridad.* Hincmar, que se habia colocado el primero á su derecha, le respondió: *Si es así, pronto concluiremos nuestro mensaje, pues ca-*

---

(1) Vandergisilo, conde de los gascones, hace donacion á la iglesia de Alaon de todos los bienes pertenecientes á su familia en el canton de Tolosa, Agenés, Quercy, Arlés, Perigueux, Saintonge, Poitú; es decir, la tercera parte de la Francia. La abadia de San Riquier poseia la ciudad de este nombre con otras trece, treinta aldeas é innumerables granjas. Las ofrendas hechas cada año sobre el sepulcro de este santo, ascendian á muy cerca de dos millones. *Acta Ss. ordinis S. Bened.* sect. IV, pág. 104.

(2) *Ut unusquisque presbyter imbrevitet in sua parochia omnes malefactores, et eos extra ecclesiam faciat... Si se emendare noluerint, ad episcopi præsentiam perducantur.* Capit. C. Calvi, *in Script. Rer. Franc.*, VII, 630.

balmente venimos á ofreceros el perdon que nos pedis. Habiendo presentado Grimoaldo, capellan del rey, y el obispo Teodorico algunas observaciones á Hincmar, repuso éste: *Nada habeis hecho en contra mia que haya dejado en mi alma un resentimiento condenable: de otra manera no me atreveria á acercarme al altar para ofrecer el sacrificio al Señor.* Teodorico añadió: *Proceded, pues, como el señor rey os lo ruega y perdonadle.* Hincmar dijo entonces: *En cuanto á mí y á mi propia persona, os he perdonado y os perdono. Pero en lo concerniente á las ofensas contra la Iglesia que me está confiada y contra mi pueblo, no puedo hacer otra cosa que daros consejos y ofreceros el socorro de Dios, á fin de que alcanceis su absolucion, si tal es vuestro anhelo.* Y esclamaron los obispos; *Decis bien:* y hallándose de acuerdo todos nuestros hermanos en esto, solo esta indulgencia le fué otorgada, y nada más. Porque aguardábamos á que nos pidiera consejos sobre la salvacion que le era ofrecida, y entonces le hubiéramos insinuado la regla de su conducta, segun el tenor del escrito que se nos habia entregado; pero nos respondió desde su trono que no trataria del asunto referente al escrito mencionado antes de haber consultado á sus obispos.»

Cuando Cárlos el Calvo presentó querella ante el concilio de Toul contra Wenilon, que después de haber sido nombrado por él para el obispado de Sens, se habia hecho su adversario para favorecer á Luis el Germánico, el rey se expresó en esta forma: «Por su eleccion y la de los demás obispos fieles de nuestro reino que expresaron con aclamaciones su consentimiento, Wenilon, en Santa Cruz de Orleans, en su diócesis, en presencia de los demás arzobispos y obispos, me ha consagrado rey, segun la tradicion eclesiástica, y al llamarme á reinar, me ha ungido con el santo crisma, me ha entregado la diadema y el cetro real, y me ha hecho subir al trono. Después de esta consagracion, no podia yo ser derrocado de tan alto puesto, ni suplantado por nadie, á lo menos sin haber sido oido y juzgado por los obispos, por cuyo ministerio he sido consagrado rey, y que han sido denominados los tronos de Dios. Dios descansa sobre ellos, y por ellos pronuncia sus juicios; siempre he estado, y estoy ahora todavia, pronto á someterme á sus correcciones paternales y al castigo que nos impongan sus fallos.» (3)

¿Cabe en lo posible confesar en términos más humildes la supremacia que el derecho público de entonces atribuia á la autoridad eclesiástica sobre el poder seglar? En efecto, los obispos concurrian con los magnates á elegir el rey y á imponerle la constitucion; si la violaba, le tenian por caido; si la observaba, le asistian con sus consejos, con hombres y con dinero.

Pero eran impotentes por su educacion y por su ministerio para refrenar las incursiones enemigas; y el mismo Hincmar se lo declaraba así al papa: «El pueblo se queja de nosotros y dice: defended con vuestras oraciones el reino contra los normandos y los demás invasores sin mezclaros en nuestra defensa, y si para esto quereis nuestro brazo, haced que el papa nos de un rey capaz de protejernos contra los paganos.» (4)

De consiguiente, el clero se declara no menos incapaz que el rey de hacer frente á inminentes peligros. Así se advierte en los movimientos de cada uno el desaliento que nace de la disparidad entre el objeto y los medios de conseguirlo. Cuando murió Lotario II (869), queriendo los loreneses un jefe más en disposicion de repeler á los normandos, pidieron para que les gobernara á Cárlos, que, teniendo además en su favor el testamento de Luis el Pio, fué proclamado por los obispos rey de Lotaringia.

Tratado de Mersen, 9 agosto de 870.—Luis el Germánico consintió en una division en que tocó á Cárlos la parte occidental y meridional, donde se hallaban Leon, Besanzon, Vienne, Viviers, Uzés, Toul, Verdun y Cambray, pero su ambicion le hizo invadir la Provenza; y habiendo ocupado toda la provincia viennesa la dió en mando á Boson, su chambelan, abad de San Mauricio, en el Vales, reservado á mayores honores.

Cuando el papa invitó á los magnates á reclamar la Lorena para el legítimo heredero, Hincmar dirigió al pontífice una carta que fué considerada como el primer fundamento de las llamadas *libertades galicanas.* Y habiendo llamado el mismo pontífice, ante su tribunal, á un obispo ya condenado por un concilio, Hincmar le respondió en nombre de Cárlos: «Pues qué, ¿se ha oido jamás decir que un rey debiese enviar á Roma á un hombre juzgado legalmente? Rey de Francia y vástago de sangre real, no soy considerado como vicario de los obispos sino como soberano de esta tierra. San Leon y el concilio de Roma han escrito que los reyes establecidos por Dios para mandar en la tierra, han concedido á los obispos regular los negocios segun los decretos soberanos: con mayor razon todavia tampoco son arrendatarios de los obispos.» (5)

Cárlos el Calvo emperador, 875.—Adriano II apaciguó en Cárlos estos arranques de firmeza con palabras conciliadoras, y prometiéndole el imperio si sobrevivia á Luis, lo cual aconteció efectivamente. Cárlos el Calvo pasó entonces los Alpes, y como Carlomagno recibió en Roma la corona imperial el dia de Navidad, y luego á su regreso la del reino de Italia.

---

(3) BALUCIO, Capit. del año 859, pág. 127. Hincmar escribia á Luis III: *Ego cum collegis meis ac cæteris Dei ac progenitorum vestrorum fidelibus, vos elegi ad regimen regni, sub conditione debitas leges servandi.* HINCMARI, II, 198.

(4) HINCMARI, Epist. ann. 870, R. Fr., VII, 340.

(5) *Epist.* del 871, id., II, pág. 701.

Vuelto á Francia hizo sancionar por su clero estos nuevos honores. Menospreciando á la sazon, por un pueril orgullo, los usos, el estilo de vestir y la lengua de los francos, se presentaba en la iglesia en los dias festivos con la dalmática, un cinturon que caia hasta los piés, y la cabeza envuelta en seda y adornada con la diadema (6). Tambien Cárlos aspiró á estender hasta el Rhin su reino, si bien Luis, hijo del difunto, se adelantó en contra suya con las armas en la mano. Manifestóse en su favor el juicio de Dios en las pruebas del hierro, del agua hirviendo y de la cruz; pero más todavia en la victoria de Andernach (876).

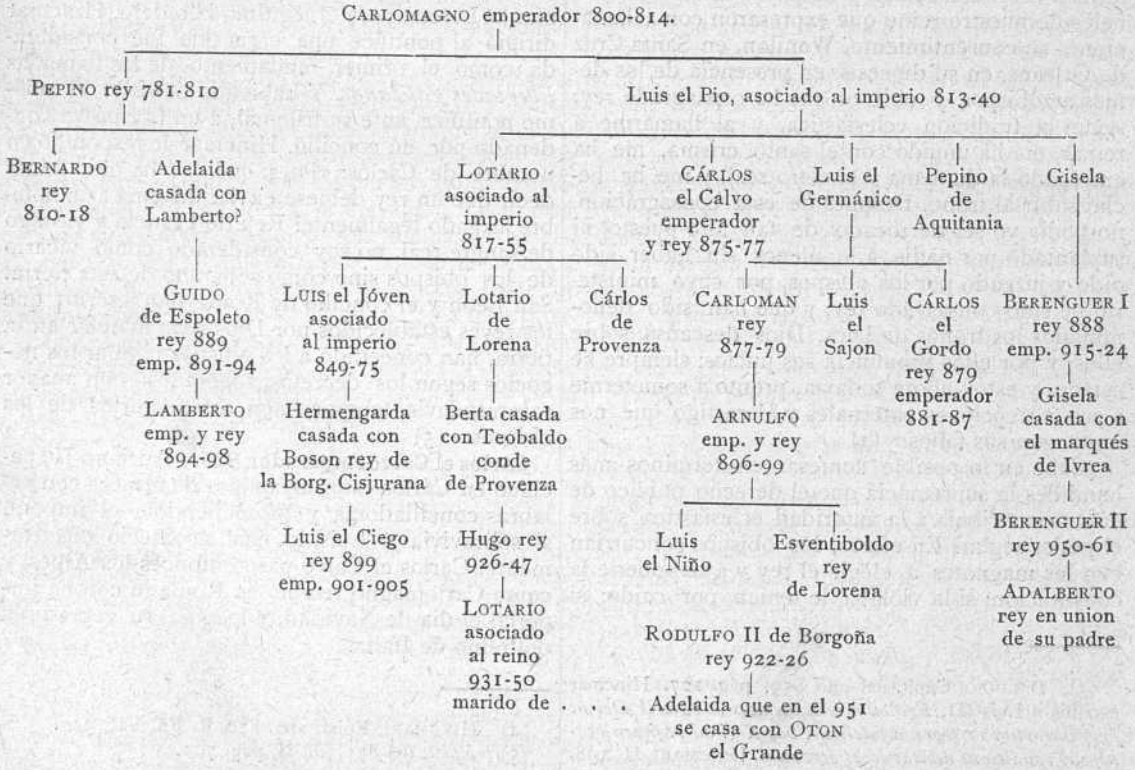
Habiendo comprado Cárlos vilmente la paz de los normandos al precio de 5,000 libras de oro, y la fidelidad dudosa de los barones con ayuda de privilegios, habia traspuesto los Alpes, cuando supo que Carloman, su sobrino, se adelantaba á la cabeza de los bávaros y de los eslavos. Entonces se decidió á retroceder ó huir; pero murió al pié del monte Cenis (6 octubre de 877); y Luis el Tartamudo, que reinaba hacia diez años en Aquitania, de que habia sido despojado otro rebelde hermano, sucedió á su padre (7).

La misma fatalidad que habia empujado á los Merovingios á guerras fratricidas, parecia pesar sobre los Carlovingios, cuya historia es un tejido de traiciones y de combates entre deudos. A la muerte de cada príncipe se suscitan disputas sobre sucesion; á veces llaman los grandes al trono á un extraño ó á uno de sus pares, que poco después deja el campo libre á otros pretendientes. La época no podia ser más favorable á los señores para ayudarles á emanciparse de la dominacion de los reyes, que impotentes para reprimirlos, se veian reducidos á halagarlos.

Luis el Tartamudo.—Luis el Tartamudo distribuyó á sus amigos abadias, condados, beneficios, tanto para recompensarlos, como para formar un contrapeso respecto de los grandes señores de las provincias; pero descontentos estos formaron una liga en Avernay. Encerrado el rey en el palacio de Compiegne tuvo entonces que estender ó confirmar sus franquicias, prometer gran parte de los dominios reales, así como abadias en encomienda; y acabaron por consentir en que fuera coronado. El nuevo rey reconoció en esta solemnidad la eleccion popular, espresándose de este modo: «Yo

(6) *Ann. fuld.* Rer. Fr., VII, 181. Baluzio, *Notas á las Capitulares*, pág. 1280, trae algunas antiguas efigies de los reyes francos. Entre su número se cuenta la de Cárlos el Calvo: está sobre el trono real con la corona de oro de cuatro florecillas, y cuyo círculo está adornado de perlas y de piedras preciosas: de ella salen por encima de las orejas dos ramas terminando en flores que se replegan en rededor de la cabeza y caen á modo de cintas.

(7) *Emperadores y reyes de Italia.*



Luis, constituido rey por la misericordia de Dios y por la eleccion del pueblo, prometo, delante de la Iglesia y delante de todas las clases del Estado, observar completamente las leyes y reglamentos dados por nuestros padres á los pueblos, cuyo gobierno me está confiado, segun el consejo comun de mis fieles y los decretos inviolables de mis predecesores.»

Los disturbios interiores, en medio de los cuales murió, le impidieron aspirar á la corona imperial. Una faccion declaró indignos de reinar á Luis III y á Carloman, sus hijos (879), como nacidos de una madre repudiada, y llamó á sucederle á Luis rey de Sajonia, quien recibió en Verdun el homenaje de los magnates. Pero Boson, cuñado de Cárlos el Calvo, y el abate Hugo, hicieron ungir á los príncipes y ofrecer toda la Lorena al sajon, quien, satisfecho, volvió á sus Estados, donde le ayudó á repeler á los normandos y asegurar sus dominios el ejército que habia puesto en pié de guerra.

Pero Boson habia trabajado para sí, no para sus pupilos. Aspiraba al título de rey de la Borgoña Cisjurana, que gobernaba en calidad de duque. Ofreciéronsela los obispos, dándole gracias por haber admitido la tutela del pueblo y de la Iglesia. Consagrado en Lion, su nuevo reino, que comprendia la Provenza, el Delfinado, el Lionés, el Vivarés, el pais de Uzés, y el Franco Condado, contó para consolidarse, además del apoyo del papa Juan VIII, su padre adoptivo, con su habilidad y su propio denuedo.

Habiendo derrotado los dos reyes de Francia á los normandos cerca de Fontevrault y de Saucourt (8), robustecido la vacilante fe de sus vasallos, y rechazado á Luis de Sajonia, que habia querido hacer valer nuevamente sus pretensiones, se dividieron el reino, viviendo entre sí en buena inteligencia, así como con los reyes alemanes. Se ocuparon en reprimir las usurpaciones de los magnates y en recuperar los dominios reales. Pero en breve murió Luis de una caida de caballo (882), habiéndose roto la cabeza al perseguir una doncella.

Carloman abandonó el asedio de Vienne para recojer la herencia de su hermano (884). Humilló á Boson y contuvo á los normandos; pero tambien tardó poco en sorprenderle la muerte. Hubiera debido volver la corona á Cárlos, hijo póstumo de Luis el Tartamundo: pero en la necesidad en que estaba el reino de un defensor valiente, se la ofrecieron los magnates á Cárlos el Gordo, ya rey de Germania, de Baviera, de Lorena, de Sajonia, de Lombardia, y emperador. De esta suerte se halló reunida la herencia de Carlomagno en las manos de este príncipe, cuya ineptitud hubiera tenido muy bastante con una sola corona. Después de haber comprado vilmente la paz de los normandos del Mosela, haciéndose su tributario, casó á Gisela, hija de Lotario II, con Godofredo, su jefe, á quien hizo asesinar luego. Resultó de aquí que sus compañeros se unieron á los normandos del Sena para atacar á Paris (866). Cárlos marchó contra ellos; pero abandonado por sus vasallos, compró su retirada á costa de dinero, permitiéndo á aquellos talar la Borgoña. Tanta cobardia puso en relieve la generosa resistencia opuesta al enemigo por Eudes, conde de Paris. Y mientras que esta conducta le enagenaba la voluntad del pueblo, los eclesiásticos se declaraban tambien contra él, porque les habia obligado á contribuir para el rescate pagado á Godofredo. Tan lejos llegó el descontento, que en la dieta de Tribur (887) fué depuesto como emperador, y aunque le quedaban Francia é Italia, vivió impotente y menospreciado. Se deshonró hasta en lo interior de su casa, acusando al obispo Liutardo de adulterio con su esposa, que se justificó jurando, no solo que era casta, sino que no la habia tocado su esposo.

Sus mismos panegiristas no hallan otra cosa que admirar en él sino su resignacion en los reveses que afligieron el fin de su reinado. «Era un espectáculo lastimoso y útil para demostrar la nada de las cosas humanas, ver á aquel Cárlos, sobre quien la fortuna habia amontonado sin combates ni peligros tantos reinos, que no cedia á ningun monarca, después de Carlomagno, en dignidad, poder y riqueza, presentado por la suerte como vivo ejemplo de la fragilidad humana, quitándole de repente y con ignominia las prosperidades con que le habia colmado sin tasa. Caido desde el trono en la indigencia, reducido á proveer á sus necesidades cada dia, suplicó á Arnulfo que le concediera con qué vivir, y obtuvo algunas rentas en Alemania para su sustento. Cárlos murió algunos dias antes de los idus de enero (888), y fué sepultado en el monasterio de Reichenau. Príncipe cristianísimo, temeroso de Dios, y guardando en el fondo de su corazon los mandamientos de la Iglesia, fué liberal en limosnas, y ocupóse de continuo en oraciones y salmos: por eso todo aconteció segun su deseo. Despojado después de todos sus bienes, soportó esta prueba con resignacion para merecer la inmortal corona» (9).

Entonces fué desmenbrado definitivamente el reino de Carlomagno, y los francos-alemanes quedaron divididos de los francos-latinos (10). La esterilidad de ocho reyes y el fin rápido de seis, habia

(8) Nos ha sido conservado el canto en que se celebró esta victoria de Luis III.

Einen Kunig weiz ich
Heisset herr Ludwig.
Der gerne Gott dienet, etc.

Por consiguiente se hablaba aleman al norte del Somma.

(9) *Annales Metens,* Rer. Rr., VIII, 67.

(10) *Hic divisio facta est inter feutones-francos et Latinon Francos.* Cron. regn. franc. *Rer. Fran.,* VIII, 231.

impedido hasta entonces entre los Carlovingios la division proclamada en Verdun. Pero esta vez todas las naciones que habian obedecido á Carlomagno eligieron reyes nacionales, sin miramiento alguno hácia los descendientes de este monarca. El título de emperador fué disputado entre Guido, duque de Espoleto, y Berenguer, duque de Friul. Eudes, conde de Paris, fué elevado al trono de Francia, y reconocido por los obispos, así como por Arnulfo, rey de Germania, á condicion, no obstante, de que se reconociera su vasallo.

De consiguiente, este poder tan formidable apenas hacia medio siglo habia bajado considerablemente. Los contemporáneos, que se lamentaban de esta rápida decadencia, consideraban la época precedente, no solo como heróica, sino tambien como prodigiosa; y entonces fué cuando se empezaron á acumular sobre Carlomagno y sus paladines aquel lujo de ficciones, como si se hubiera querido estimular con su ejemplo la indolencia de sus sucesores. El monje de San Galo contaba á Cárlos el Gordo, que Pepino de Heristal habia derribado la cabeza de un leon de un solo tajo, y que Carlomagno habia esterminado en Sajonia todo lo que superaba la altura de su espada; que sus soldados enristraban siete, ocho y hasta nueve bárbaros en su lanza, cual si fueran ranas (11); que Luis el Pio rompia por via de diversion las espadas de los normandos: añadia, que habiendo enviado Carlomagno un mensagero cerca de uno de sus hijos encerdo en un monasterio para preguntarle cómo convenia gobernar al Estado. éste por toda respuesta se puso á arrancar las ortigas y las malas yerbas.

Pero la leccion del monje de San Galo era tardia. Ya las malas yerbas habian echado raices capaces de sofocar la régia planta, al pié de la cual habian tenido su nacimiento. Cada vez que acontecia á los reyes tener necesidad del brazo ó del dinero de los señores, debian prodigarles privilegios con detrimento de la corona, y una concesion traia inmediatamente en pos otra más grande. En las Capitulares emanadas de los sucesores de Carlomagno se conoce que el poder real decae: no derivándose ya del emperador solamente, habiendo divergencia en su objeto, son amenudo preguntas y consejos, actos de los obispos ó del papa, convenios en las frecuentísimas querellas entre principes con los señores. En lugar de estenderse á todo el pueblo se limitan amenudo á los intereses particulares, á reparar agravios, espresándose con esa vacilacion que inspira la incertidumbre de la obediencia. Ya por el edicto de Mersen habia dado Cárlos el Calvo garantia á los señores sobre la inamovilidad de sus funciones públicas, y obligado á todo hombre libre á ponerse bajo el patrocinio de un señor, apagando así lo poco que quedaba de la libertad germánica y constituyendo una nobleza dominante. Algun tiempo después pareció realzarse de nuevo la autoridad real, cuando el mismo monarca, proveyendo por el edicto de Pistes (864) á todos los ramos de la administracion, se espresó como rey, mandó que fueran demolidos todos los castillos levantados sin consentimiento del soberano; pero no fué escuchado; y le vemos en la Capitular de Tusy (865) esforzarse por impedir las reuniones sediciosas, castigar los delitos políticos y llamar á los ciudadanos á defender la paz pública. Sin embargo, en vez de recurrir á medios eficaces para asegurarse su asistencia, se limitó á exigir de los hombres libres y de los centenarios juramentos sobre las reliquias, que fueron prestados por todos y enseguida violados, al mismo tiempo que quedaban sin efecto las órdenes que daba para la abolicion de los peages nuevos y de los servicios demasiado onerosos.

Capitular de Quiercy, 877.—Cuando quiso enseguida llevar á Italia á los señores poco dispuestos á emprender una expedicion lejana y sin provecho, mientras que los normandos estaban á las puertas, Cárlos les aquietó sacrificándoles los más bellos privilegios de su reino. Así, no contento con asegurar de nuevo á sus vasallos su categoria y sus funciones, les permitió trasmitirlas á sus hijos y hasta á sus deudos. Además á todos los hijos de los condes que le siguieran á Italia aseguró la sucesion de la dignidad paterna. Tambien entonces declaró por sí y sus sucesores que los fieles podrian resistir al rey y á mano armada cuando les mandara una cosa injusta. Desde este momento los magnates se hacen propietarios y señores tanto de sus dignidades como de sus feudos, y el sistema feudal se afianza sobre las ruinas del poder real.

Ya en lo sucesivo fueron subiendo de punto las usurpaciones, y algunos señores sacudieron toda dependencia. Boson trasmitió á su hijos la Borgoña del lado acá del Jura; la que está situada entre el Jura y los Alpes Apeninos fué hecha independiente por el conde Rodulfo Güelfo, que se ciñó la corona en San Mauricio del Valés. Proclamóse libre la Navarra bajo Fortun, hijo de García Gimenez que habia dado principio á esta revolucion. Los demás señores empleaban su brazo en la defensa del pais, y luego se servian de las mismas armas que habian esgrimido en contra del enemigo para emanciparse de toda obediencia: de esta suerte se granjeaban el afecto del pueblo, que encontraba en ellos con satisfaccion el vigor que habian perdido los Carlovingios degenerados. Hallaban los sarracenos para oponerse á ellos, sin contar los dos nuevos reinos de la Provenza, el Rosellon emancipado por Gerardo, célebre en los libros de caballeria, el obispado de Grenoble y el vizcondado de Marsella. Habia recuperado su antiguo lustre la familia de Guaifero en la Gascuña; en la Aquitania las casas de Gotia, de Poitiers y de Tolosa; Rainero, primer conde de Mons y

(11) *Quid mihi ranunculi isti? Septem vel octo, vel certe novem de illis hasta mea perforatos et nescio quid murmurantes, huc illucque portare solebam.* Monje de San Galo, II, 20.

del Hainaut, disputa la Lorena á los alemanes, y deja su nombre en el romance del *Renard* (*Zorro*) como tipo de la astucia que aventaja á la fuerza brutal: los condes, ó como se les llamaba entonces, los *forasteros* de Flandes y los del Vermandés combatian contra los belgas y tambien contra los alemanes.

Pero las batallas más terribles tienen lugar contra los normandos, cuyas empresas y las de los sarracenos vamos á referir sucesivamente.

CAPÍTULO III

INCURSIONES DE LOS SARRACENOS.

No bien habia cerrado los ojos Carlomagno, cuya formidable espada habia contenido á las hordas errantes, aunque sin poder ó sin saber oponerles un dique suficiente, cuando derramó la Escandinavia fuera de su seno sus terribles piratas, salieron de su oscuridad los eslavos, y los húngaros, raza estraña á las naciones germánicas, empujaron sus corceles hasta las fronteras del imperio carlovingio.

Estos pueblos no encontraban como á la caida del imperio romano, otros pueblos que debilitados por la servidumbre ó por los vicios de que es madre, contemplaran con indiferencia los esfuerzos tentados por una metrópoli lejana, sino generaciones jóvenes, armadas para defender sus hogares y asociadas en la poderosa unidad del cristianismo. Alborózase el alma al considerar como lograron estas rechazar á los agresores, ó pulirlos y trasformarlos en instrumentos de la civilizacion, á la cual amenazaban. Un despertar enérgico en el imperio bizantino pareció haber desalojado de la Grecia á los árabes, que se derramaron hácia Persia. Habian sido detenidos por Cárlos Martel en Francia: luego los condes de Aquitania, de Barcelona, de Navarra, velaban sobre sus fronteras, secundados además por la intrepidez de los vascos, por el reino de Oviedo, que cada vez tenia más estension, y todavia más por la discordia que habia estallado entre los nuevos soberanos de España. Así como se habia visto á los francos combatir bajo el estandarte de los emires rebelados contra los califas, vinieron los árabes á sostener á los rebeldes condes sublevados contra los Carlovingios y á talar el pais; pero en breve llegó á ser Barcelona para ellos una barrera que ya no salvaron nunca: y si alguna vez estendieron sus correrias al territorio francés, no resultó de aquí más que un estrago pasagero, vengado completamente por los cristianos.

Pero ya entonces zarpaban los piratas sarracenos de los puertos desde donde se hacian á la vela las flotas púnicas en otro tiempo; y recorriendo el Mediterráneo, como si les perteneciese, interrumpian todo comercio y ora junto á las costas, ora remontando el curso de los rios, amenazaban las propiedades y las personas (1). Habiéndose lanzado sobre la Cerdeña, donde pasaron la guarnicion á cuchillo, los sarracenos robaron el cuerpo de San Agustin y ocuparon muchos puntos, aunque no parece que llegaran á hacerse dueños de toda la isla. Una parte de la poblacion fué trasladada á Africa, donde fundó la colonia de Sardania en los alrededores de Cairuan; el resto de los habitantes buscó un refugio en las montañas, de suerte, que las ciudades se arruinaron, aconteciendo lo mismo con los acueductos y los caminos. Después de haber empuñado las armas Carlomagno para quitarles las Baleares y las demás grandes islas de este mar, hizo cruzar por sus aguas una escuadra destinada á repeler á los invasores; reparo débil y vano; y antes de morir, pudo saber que Niza y Centumcelle habian sido saqueadas por los piratas (810). No bien habia sucedido (815) Luis á su padre, cuando llegaron los embajadores de Cagliari á implorar su ayuda (2) contra estos piratas; pero no tuvo otra cosa que otorgarles sino su compasion. Entretanto los papas continuaron la guerra contra los sarracenos de Cerdeña: el conde de Génova recuperó la Córcega; y Bonifacio, marqués de Toscana, juntamente con su hermano Bernardo, después de desembarcar entre Utica y Cartago, les dió en la playa cinco combates, en los cuales fué

(1) REINALD.—*Invasion de los sarracenos en Francia, en Saboya, en Suiza*, etc. Paris, 1836.

(2) EGINARDO, ad. ann., 815 á 820.

suya la victoria (3), si bien su valor no fué secundado, y por otra parte los sarracenos no se dejaban abatir por las derrotas.

Estas incursiones eran el reverso de las que verificaban los septentrionales. Los indígenas se habian puesto á cubierto de las últimas, retirándose hácia el lado del mar, donde se encontraban seguros de los bárbaros; y ahora se veian atacados en la costa y obligados á internarse en el territorio. Dueños de grandes islas y del estrecho de Gibraltar, dominaron los sarracenos en el seno occidental del Mediterráneo, cual ya lo hacian en el oriental antes. Así se volvia á plantear el problema que habia sido resuelto con la destruccion de Cartago, sobre si pertenecia el tridente de Neptuno al Oriente ó al Occidente.

Provenza.—Hallábase especialmente espuesta á sus incursiones la Provenza, y desde las primeras que hicieron en aquel punto, destruyeron el monasterio de Lerins, foco de actividad y de ciencia, así como las colonias marsellesas de Antibo, de Saint-Tropez y de Hieres. Manteniéndose en el mar entre Tolon y Niza, y alentados por el buen éxito, atacaron las ciudades. Dos veces en diez años fué saqueada Marsella (838-848) (4), y estas comarcas, en que las generaciones anteriores se habian esforzado en lograr que correspondiese la riqueza del suelo y de los habitantes con la hermosura del cielo, quedan desde entonces perdidas para la historia. Hicieron de la isla de la Camarga su punto de recalada para lanzarse desde allí á lo largo del Ródano, cuya embocadura no se hallaba aun obstruída, y saquearon á Arlés dos veces; pero cuando tornaron algunos años después, los sorprendió Gerardo de Rosellon, los puso en derrota, y no menos activo que denodado, les quitó la voluntad de intentar de nuevo el paso por aquel punto.

La necesidad de oponerse á estos enemigos sirvió de pretexto á Boson para hacerse rey de Provenza, si bien cuando terminó su vida y Gerardo se hizo monje, se presentaron otra vez los sarracenos, no con ideas de saqueo sino de conquista. Esto nos parece más verosimil que la relacion de Liutprando (5). Segun él, veinte sarracenos procedentes de España y empujados casualmente sobre la costa de Provenza, sorprendieron á Fraxineto *(Garde Fresnet)*, cuyos habitantes pasaron á cuchillo; habiéndose hecho fuertes luego en aquella posicion inaccesible, secundaron á los aldeanos del contorno en sus matanzas fratricidas y devastaron todo el pais situado á su espalda.

Ayudados de nuevos compañeros que habian invitado á reunírseles, los árabes dominaron militarmente aquel territorio, sin depender de los califas de España ni de los emires de Africa. La escuadra romana, que se habia estacionado en el puerto de Frejus, todavia abierto en aquella época, no se libertó de ser presa de las llamas sino apelando á la fuga. Traspusieron los sarracenos de Fraxineto los Alpes Marítimos que habian quedado indefensos, y prendiendo fuego á Acqui y á otras ciudades, sembraron el espanto en Italia. Apostados en las cimas de los Alpes y fortificados en el monasterio de San Mauricio, se lanzaron desde allí, durante medio siglo, sobre la Borgoña, sobre la Italia y hasta sobre la Suabia, interrumpiendo el comercio, acometiendo y esterminando á las piadosas caravanas, compuestas especialmente de anglo-sajones que se dirigian en peregrinacion al sagrado umbral de los Apóstoles: saquearon á Génova y dieron muerte á sus habitantes (6), alentando á otros con el aliciente del botin.

Para desembarazarse de tales enemigos recurrió Hugo, rey de Arlés, al emperador Romano I, con cuyo sobrino casó á su hija Berta; y las naves bizantinas, únicas que podian entonces hacer frente á estos piratas, arrojaron fuego griego á sus galeras en el golfo Sambracitano. Cuando vieron que el mar les estaba completamente cerrado, tomaron la determinacion de abandonar á Fraxineto y se retiraron á la selva que se estiende detras, y que todavia conserva su nombre *(Selva de los Moros)*. No osando Hugo aventurarse á espulsarlos de aquel punto, trató con ellos, y les prometió amistad, á condicion de que se encargaran de defender los Alpes Helvéticos contra Berenguer, su rival, que se disponia á embestir la Italia. Tornaron pues, á Fraxineto y emprendieron nuevamente el curso de sus fechorias, sin estorbar por eso que Berenguer fuera á sostener sus pretensiones más allá de los Alpes.

Conrado, que sucedió á Hugo en el trono de Arlés, dejó á los sarracenos las plazas que tenian bajo su dominio; pero Berta, su madre, supliendo con su actividad á la indolencia de su hijo, velaba sobre los enemigos y levantaba castillos para estorbar su engrandecimiento (937). Luego, ya fuese efecto de su habilidad, ya del acaso, una banda de húngaros vino á dar en medio de aquellos musulmanes, y unos y otros se destruyeron mútuamente.

Algunos magnates buscaron, para hacerse independientes, el apoyo de los sarracenos; otros empuñaron las armas contra ellos, á fin de crearse un señorío con las tierras de donde eran espulsados. Mayolo de Valensoles, vástago de una familia ilustre, á quien su piedad y su saber habian valido el título de abad de Cluny, cayó en las manos de aquellos descreidos á su regreso de Roma, y su rescate le costó todas las riquezas de su monasterio. La indignacion causada por este aconteci—

(3) ASTRONOMUS, *De vita Ludovici*, cap. 42.

(4) Las monjas del monasterio de San Victor en los arrabales de esta ciudad, se cortaron las narices para libertarse de la brutalidad de los descreidos, de donde procede á este monasterio el nombre de *Desnarigadas*.

(5) Lib. I. cap. I.

(6) LIUTPRANDO, IV, 2.

miento reanimó el santo odio hácia la dominacion extranjera. Habiendo reunido el conde Guillermo á los señores, cuyas fuerzas se perdian operando aisladamente, les guió contra los sarracenos, que fueron vencidos (972). Unos se ahogaron en el mar, otros solo se libertaron de la muerte ó de la servidumbre, haciéndose cristianos. Esta hazaña valió á Guillermo el nombre de padre de la patria, y tras dos siglos y medio de luchas quedó al fin libre la Galia de la presencia de los sarracenos.

Los indígenas, que se habian refugiado en las montañas, volvieron al suelo paterno tan luego como hubo desaparecido de Fraxineto aquella plaga; y gran porcion de las tierras fueron donadas á las iglesias, que se convirtieron otra vez en asilo de la caridad y de la sabiduria. Lo demás, subdividido y cultivado por manos libres, en atencion á que la cimitarra árabe habia esterminado á los feudatarios, tardó muy poco en presentar de nuevo el aspecto de la prosperidad. Los señores que habian combatido por la libertad de la comarca, y que ahora tenian derecho al homenage, llamaron gentes de fuera para poblarla y cultivar las tierras mediante un leve censo: entonces se formaron los habitantes en concejos, y gozaron de franquicias de que dieron ejemplo á los mediterráneos (7). No obstante, de vez en cuando los berberiscos verificaban incursiones en aquellas riberas, hasta que Luis XIV abrió el magnífico puerto de Tolon é hizo un arsenal marítimo; pero solo en los últimos años hemos visto á la bandera francesa enarbolada sobre los muros de Argel, asegurar la tranquilidad de las costas.

Estas invasiones tan estensas y tan prolongadas de los sarracenos, no permiten creer que pudieran sacar del Africa septentrional tan inmenso número de hombres: debe suponerse más bien que muchos de los que eran oprimidos en Europa se juntaron á ellos, con especialidad los eslavos, vencidos en diferentes puntos, y siempre codiciosos de botin y de aventuras. Parece haberse reanimado entonces la inhumana costumbre de vender los esclavos, y en los mercados, con especialidad en Francia, eran espuestos muchos vencidos. Comprábanlos los sarracenos para hacerlos eunucos; y una vez abierto este camino á tan innoble lucro, corrieron á proveerse de estos desgraciados á las embocaduras de todos los rios, donde se les llevaban desde el corazon de la Germania. Verdun, en la Lorena, era un activísimo taller de mutilaciones de esta clase; y aunque los eclesiásticos anatematizaban semejante tráfico, eran robados hasta los niños bautizados; y no eran ciertamente los venecianos los últimos en ejercitarlo. El papa Zacarias rescató de ellos en el año 750 muchos mancebos á quienes conducian fuera de Italia; y en el año 776 fueron incendiados en Civita-Vecchia los buques griegos que iban á hacerse á la vela con un cargamento de esta especie. Aquellos niños, que crecian en el islamismo, llenaban las filas de los enemigos de la cristiandad, así como algunos mancebos que rescataban su vida al precio de su fe, todavia poco segura ó forzada.

Sicilia.—Nunca habia caido la fértil Sicilia bajo la dominacion de los longobardos; el imperio griego, que sacaba de allí granos, la hacia gobernar por un patricio; no sabia defenderla, y sin embargo pretendia que le suministrara por sí sola tanto como le suministraba antes toda la Italia. En la desastrosísima visita de Constantino á la isla, además del despojo á que fué sujeta, tuvo necesidad de subvenir al mantenimiento de la corte. La Iglesia romana, que tenia allí inmensas propiedades, esportaba anualmente gran cantidad de productos, sin que nunca enviara nada; pero luego que estalló la guerra de las imágenes, aquellos grandes bienes volvieron al fisco, y la Sicilia fué sometida á la jurisdiccion espiritual del patriarca de Constantinopla.

En mucho tenian los emperadores á esta isla, que aun prescindiendo de su riqueza, era una centinela avanzada á la inmediacion de los dominios que aun les quedaban en la Calabria. Pero el mar era surcado de contínuo por los buques francos y sarracenos, y la sumision de los patricios se aminoraba de dia en dia, no consistiendo ya su dependencia más que en el pago de impuestos. Elpidio, uno de aquellos patricios, que habia querido levantar la cabeza contra Irene, se refugió entre los sarracenos, quienes, á sugestion suya, hicieron muchos desembarcos en Sicilia, sin que á pesar de eso consiguieran fijar allí su residencia.

---

(7) Esta poblacion de propietarios cultivadores, que jamás conoció el yugo feudal, y conserva siempre aficion al trabajo y á la sobriedad, virtudes que le son necesarias, conservó tambien siempre aquel obsequioso servilismo que subsiste todavia en los campos de la antigua Francia. No contribuyó poco en ellos el recuerdo de los musulmanes á alimentar aquel fervor de creencia, que no se entibió por una persecucion reciente y dolorosa; y este recuerdo vive en la Provenza entre las clases más ignorantes y que menos se cuidan de lo pasado. No hay un labrador cuya reja no haya tropezado una vez á lo menos con una de las anchas pizarras, bajo las cuales duermen las generaciones africanas que dominaron en Provenza. Si el viajero se informa acerca de qué ruinas son las que descubre en la cima de la montaña, mujeres y niños le responden: *Allí es donde está nuestra aldea del tiempo de los sarracenos*. Entre aquellos escombros se vé surgir una capilla que guarda un piadoso ermitaño, y que era en otros tiempos la iglesia de la aldea que ya no existe. Diríase que custodia las cenizas de los antepasados, las cuales van á visitar todos los años sus descendientes, el dia en que les llama á cumplir este piadoso deber la fiesta de la parroquia. Esta conmemoracion de la antigua patria, va siempre acompañada de juegos, á que preside la alegria escitada por el sonido de un instrumento sarraceno (el tamboril) y que hace más solemne á veces una danza del mismo orígen (la morisca); solemnidades religiosas, ruidosos goces que son el más vivo testimonio de la dominacion extranjera y de una emancipacion gloriosa.» DES MICHELS, *Hist. de la Edad Media*, tomo II, página 398.

Eufemio, tribuno, es decir, gobernador de la isla en nombre de Miguel el Tartamudo, enamorado de una doncella consagrada al Señor, la robó; y aunque el emperador tambien se habia hecho reo de un sacrilegio semejante, mandó que se impusiera al tribuno un severo castigo (827). Eufemio recurrió á Ziadat-Alah-ben-Ibrahin, rey aglabita de Cairuan, á quien prometió vasallaje y un tributo si le ayudaba á conquistar su patria y el título de emperador. El príncipe musulman le confió cien velas y diez mil combatientes mandados por el emir Abu-el-Cam, que habiendo desembarcado en Sicilia, edificó allí una ciudad de su nombre (*Alcamo*), cerca de las ruinas de Selinunte. Eufemio, proclamado rey de la isla, esperaba que sus cómplices le abririan las puertas de Siracusa, cuando habiéndose adelantado solo cerca de las murallas, fué muerto por dos hermanos de aquella á quien habia ultrajado.

Cobrando entonces nuevo brio los sicilianos para salvar á su patria, derrotan á los sarracenos que habian quedado sin jefe, aunque muy pronto tornan á la carga éstos, ayudados por un socorro de Africa y otro de emigrados de España, y se hacen dueños de la parte occidental de la isla. Palermo, *celebérrima y populosísima* ciudad, sostuvo tan fiero asedio, que de setenta mil habitantes apenas quedaban treinta mil al fin del sitio (831); pero aquellos prófugos de España la repoblaron (8), de modo que llegó á ser residencia de los emires enviados por los príncipes de Tunez para llevar á cabo la conquista y gobernar el pais. Mahomet, hijo de Abd-Alah, aglabita, primer emir, mató á nueve mil romanos en la batalla de Enna (*Castrogiovanni*) (832), cuyo castillo fué tomado por su sucesor Al-Abbas, quien mandó construir en él la primera mezquita. Veinte años después el patricio Teodoto caia sobre las murallas de Mesina. Siracusa, con una resistencia heróica y desesperada, que duró diez meses, renovó los tiempos en que rompia la pujanza de Atenas; pero la cobardia del navarca Adriano hizo inútiles tantos esfuerzos (878). Fueron asesinados los jefes de los sitiados: se trasladó á la plebe á Africa para que llorara allí su libertad y su patria; y la ciudad con sus magníficos templos quedó reducida á escombros (9).

Ensoberbecidos con esta conquista los emires, negaron obediencia á los príncipes aglabitas; pero cuando veinte y cinco años más tarde les sujetaron de nuevo, Ibrahin, rey de Cairuan, desembarcó personalmente en Sicilia, y se apoderó de Taormina, defendida vanamente por estrechos desfiladeros, por escarpadas alturas, y por el fuerte que los antiguos reyes habian levantado en lo alto de ella. Sobre aquel sitio construyeron los sarracenos la aldea y el fuerte de Mola. Por la misma época otros sarracenos talaban á Lemnos, de donde arrebataban á la poblacion toda. Cuando las ciudades de Calabria enviaron á pedir humildemente perdon á Ibrahin de haber prestado apoyo á los rebeldes, el rey africano les intimó que se prepararan á la esclavitud y anunciaran su llegada *en la ciudad del viejo Pedro*.

Sin embargo, Cosenza le detuvo en su camino; y como murió á este tiempo, estalló la discordia entre los vencedores, no hallándose los hijos de los primeros conquistadores ligados con los reyes Fatimitas de Trípoli, que habian usurpado el trono de los Aglabitas. Esto dió márgen á una guerra, durante la cual renovaron los cristianos de vez en cuando generosas tentativas para sacudir aquel yugo, especialmente los agrigentinos, que se sostuvieron cuatro años, faltando poco para que se apoderasen de Palermo; pero vencidos al cabo, bañaron con su sangre los vestigios de la magnificencia patria (927).

Italia.—Debia, pues, concebir la Italia vivas aprensiones con motivo de la proximidad de aquellos peligrosos vecinos, que, después de haber saqueado mil veces sus costas, amenazaban todavia desde Palermo causarles mayores destrozos. En vez de ponerse de acuerdo para atender á la comun seguridad los duques de Benevento y las ciudades de la Campania, que no protegian ya los griegos, se hacian la guerra, y en sus enemistades hasta llegaron á implorar ayuda á los sectarios de Mahoma. Los de Africa ocuparon á Bari, los de España á Tarento (842), mezclando su sangre á la de los cristianos en las luchas fratricidas.

Otros se habian establecido en la isla de Ponza; pero, habiendo reunido Sergio, consul de Nápoles (845), buques de Gaeta, Sorrento, y Amalfi, los rechazó de aquel punto. Volvió el emir á fin de lavar aquella afrenta, y después de hacerse dueño del castillo de Miseno, desembarcó en Centumcelle, y marchó en derechura á Roma. Ignorante de la antigua gloria de esta ciudad, hostil á la nueva grandeza de la metropoli del mundo, incendió los arrabales y profanó la iglesia de los Santos Apóstoles (10). Leon IV fué elegido tumultuariamente para la sede vacante; y habiéndose puesto el nue-

(8) V. AMARI, Fragmentos de textos árabes.

(9) THEODOSII monachi *Ep. de excidio Syracusarum*. R. Ital. Scr., t. II, p. I, pág. 262.

Historia del Africa árabe bajo la dinastia de los aglabitas. Paris, 1841; obra de Yusef Ebn-Kalidum, que vivió en Túnez desde 1332 á 1406, y á quien de Hammer llama el Montesquieu árabe. Está traducida por Natal des Vergers, y en ella aparece la lucha de los berberiscos con los aglabitas, y como episodio la dominacion de estos en Sicilia.

CAMILO MARTORANA.—*Noticias históricas de los Sarracenos de Sicilia*. Palermo 1832.

T. G. WENRICH.—*Rerum ab Arabibus in Italia insulisque adjacentibus, Sicilia maxime, Sardinia atque Corsica, gestarum comentarii*. Leipzig 1845. AMARI, *Historia de la dominacion de los musulmanes en Sicilia*.

(10) El incendio del arrabal suministró asunto á uno de los cuadros de Rafael en el Vaticano.

vo pontífice á la cabeza de las tropas y de los ciudadanos, reanimados por su noble valor, rechazó hasta el mar á los sarracenos.

Ciudad Leonina.—Enseguida ciñó con una doble muralla la basílica de San Pedro y el barrio del Vaticano. Fortificó tambien á Orta y á Ameria; juntó en la nueva ciudad de Leópolis (*Ciudad Leonina*) á los habitantes de Centumcelle (11) y estableció en Porto una colina de corsos, que juraron vivir y morir bajo el estandarte de San Pedro.

Entonces se dirigieron los sarracenos sobre Fondi, que saquearon, y de donde se llevaron en calidad de esclavos á aquellos de sus moradores que no degollaron (852). Habiendo puesto asedio á Gaeta, repelieron hasta el monte Casino á un ejército de espoletanos enviado contra ellos por Lotario; y hubiera perecido la cuna de los benedictinos si no se hubiera desbordado un torrente. Gaeta fué salvada por el valor de Cesáreo, jóven hijo del cónsul Sergio, que entró en el puerto con las escuadras de Nápoles y de Amalfi, destinadas al comercio, aunque dispuestas siempre á defender la patria comun.

Cargados de botin se alejaban los sarracenos, pero «en el momento en que se acercaban á Palermo, encontraron una barca donde iban dos hombres, uno vestido de clérigo y otro de monje, los cuales dijeron á los musulmanes: *¿de dónde venis y á dónde vais?—Venimos de la ciudad de Pedro, hemos saqueado su oratorio, talado el pais, derrotado á los francos, quemado los conventos de San Benito. —¿Y vosotros, quiénes sois?—¿Quiénes somos? vais á saberlo al instante.* E inmediatamente estalló una furiosa tempestad que se tragó todas las naves» (12). Unos saqueaban á Luni y las costas de la Liguria; otros la Calabria, la Apulia, y penetraban en el ducado de Benevento; Luis II se puso en marcha contra ellos (850), á instancias del obispo de Capua y del abad del monte Casino; y después de haber dado muerte al emir Amalmater, hizo que le entregaran por fuerza todos los sarracenos que se hallaban en Benevento, mandando que se les cortara la cabeza. Pero mientras perdia el tiempo en restablecer la paz entre los duques de Benevento y de Salerno, los musulmanes, más osados que nunca, devastaron el Mediodia. Habiendo derribado un terremoto las murallas de Isernia, el feroz Masar, á quien se escitaba á aprovecharse de aquella coyuntura á fin de proporcionarse un fácil botin, respondió de este modo: *¡Pues qué, hallándose irritado el Señor contra esa ciudad, habia yo de agravar sus males!*

Menos generosamente procedió el emperador Luis, cuando Masar cayó en sus manos, pues ordenó su suplicio; pero Soldan, más terrible aun que el otro musulman, llegó á reforzar á Bari, de donde rechazó á todos los asaltadores: luego redujo á cenizas á Alifa, Telesia, Sepino, Boviano, Isernia, Venafro; perdonó á Benevento mediante un tributo. El monte Casino fué defendido por sus nemerosos vasallos, y los benedictinos del Vulturno se rescataron al precio de tres mil monedas de oro. Saliendo Soldan de Bari con treinta y seis naves se encamina á devastar la Iliria griega, saqueando las ciudades que se habian sostenido contra los eslavos. Pero los ragusanos prolongaron tanto su resistencia, que Basilio el Macedonio envió en su socorro una escuadra, á cuya aproximacion huyeron los sarracenos.

Apercibiéronse los italianos de que el único medio de purgar su territorio de la presencia del extranjero, era la union. Luis, á peticion de ellos, publicó el edicto de leva que remitió á todos los condes, vasallos y hombres libres: «Diríjase al ejército todo el que no posea en bienes muebles el valor de su guidrigildo: defenderán los pobres las costas y las plazas fronterizas; los prelados, condes, gastaldos saldrán con todos sus ministeriales, sin reserva ni privilegio; los obispos no dejarán detrás de sí ningun seglar; los hombres libres que se nieguen á empuñar las armas, perderán bienes y patria; los condes y vasallos, sus honores y beneficios. Acontecerá lo mismo á los condes, señores, abades y abadesas que no enviaren al ejército sus vasallos y siervos. Hagan los condes que se encierren sus gentes dentro de los castillos; lleve todo hombre de guerra consigo una armadura completa, vestidos para un año y víveres hasta la cosecha. El que robe armas ó animales domésticos pagará triple composicion y será condenado al *harnescar* (13), ó al látigo si son esclavos. Pena de muerte por las fracturas, el adulterio, el incendio, el homicidio.»

Toda la Italia empuñó las armas (866); Luis se dirigió al monte Casino para pedir que las oraciones de los religiosos secundasen los esfuerzos de los ejércitos; pero primeramente se vió obligado á combatir á los campanios, con cuya fe no podia contar, y la ruina de Capua aterró á las demás ciudades. Taló el territorio de Nápoles, que con la indiferencia de una ciudad, ocupada únicamente en hacer prosperar su comercio, estaba tan llena de sarracenos como Palermo, y les suministraba armas, víveres y hasta un asilo (867). Marchando enseguida contra los musulmanes les rechazó de plaza en plaza, y les redujo á no poseer en tierra firme más que á Tarento y á Bari; mas como no llegase la flota griega que se le habia prometido, se vió obligado á retroceder. Persiguiéronle á su vez los sarracenos y se adelantaron

(11) A la cual volviendo después, le dieron el nombre de Civita-Vecchia.

(12) *Mon. anon.* ap. MURATORI II, 266.

(13) A llevar una silla de montar á la espalda en presencia de todo el ejército. Los sacerdotes debian llevar un misal. *Rer. It. Scr.*, t. II, p. I, pág. 265. Es muy importante este documento para conocer la condicion de las armas bajo los Carlovingios.

hasta el monasterio de San Miguel, santuario de los longobardos sobre el monte Gárgano, si bien no cesó de molestarles el ejército que habia dejado Luis en la Apulia. Bari fué recuperada tres años más tarde, y Soldan solo á la generosidad de Luis debió la vida (870), que cedió á las instancias del príncipe de Benevento, el cual habia respetado á la hija de Luis, teniéndola cautiva.

Luis envió entonces tropas á asediar á Tarento, estrechando al emperador Basilio á que le prestara su flota para limpiar el mar Tirreno de enemigos. Pero atribuyéndose los griegos el mérito de la victoria, que se abrogaban erradamente, segun decian ellos, los bárbaros que prestaban obediencia al falso emperador de Occidente, Luis les respondió de este modo: «Es verdad que vosotros habeis hecho grandes preparativos, semejantes en número á las langostas que oscurecen el aire; pero cayendo á semejanza de éstas después de un corto vuelo, habeis abandonado el campo de batalla para despojar á los cristianos de la Esclavonia, nuestros súbditos. Nuestros guerreros eran poco numerosos, porque, cansado de esperar, les licencié, quedándome solo con lo más florido, que me sirvió para continuar el bloqueo; vencimos á los tres emires más poderosos de los sarracenos; ahuyentamos á los infieles; y si me hubierais socorrido por mar, hubiéramos recuperado la Sicilia. Acelera, pues, hermano, los socorros marítimos prometidos, respeta á tus aliados y desconfia de los aduladores.»

Considerándose Basilio como insultado por el tono de esta carta y por el título de hermano, no respondió al llamamiento que le hacia, y la expedicion abortó de resultas. Habituados los francos en Italia á disgustar después de la victoria á aquellos en cuyo provecho habian vencido, irritaron hasta tal punto á los beneventinos con sus escesos, que Adelgiso, su duque, se declaró en favor de los emperadores de Oriente, quienes recuperaron á la sazon las principales ciudades de la Calabria, del Samnio y de la Lucania. Habiendo acudido Luis para impedirlo, fue hecho prisionero (14).

Estas disensiones redundaron en provecho de los sarracenos, quienes, deseosos de vengar las derrotas, enviaron desde Sicilia un inmenso ejército á Salerno y marcharon sobre Capua para socorrer á sus reanimadas colonias (872). La de Tarento recuperó á Bari. Fué recorrida la Apulia por los musulmanes; y si Nápoles, Gaeta y Amalfi no eran sus aliadas, tampoco les eran enemigas. Luis, que habia recuperado su libertad, les hizo de nuevo la guerra; pero antes de morir vió á los sarracenos dueños de la Italia meridional y amenazar con incendiar á Benevento. Al verificarse la toma de Salerno, el emir Abdhila instaló su lecho sobre el altar de la iglesia de los santos Fortunato y Caya, y cada noche sacrificaba allí la virginidad de una monja, hasta el momento en que cayó sobre él una viga y le dejó muerto. Durante el asedio de Benevento, un ciudadano que se habia descolgado por las murallas para pedir socorro, es cogido á la vuelta. Le hacen los árabes magníficas promesas para engañar á los suyos y terribles amenazas si se niega á ello; llegado al pié de los baluartes, grita: *¡Valor! Manteneos firmes. Os llegan libertadores. Voy á perecer, y así os recomiendo mi mujer y mis hijos.* Inmediatamente fué hecho pedazos.

Acordes los musulmanes con los indígenas pudieron establecerse en la costa de la Campania (875), y Soldan, no desarmado por el perdon, apareció de nuevo más terrible que nunca. Los monasterios del monte Casino y de Vulturno, mal defendidos por oraciones y por sus vasallos, fueron entregados á las llamas. El pais de los valientes sabinos nada opuso á aquellas devastadoras incursiones. Llegaron á asolar hasta las deliciosas orillas del Tívoli, hasta las sagradas riberas del Tíber, y por espacio de dos años las campiñas de Roma fueron estériles para sus aterrados habitantes.

Trató Juan VIII de despertar el valor y la compasion en el vano é inepto Cárlos el Calvo, á quien escribia: «La sangre cristiana corre, y los que escapan del fuego ó del acero, son llevados esclavos á un eterno destierro. Ciudades, villas, aldeas perecen y quedan despobladas; dispersos los obispos no encuentran refugio sino en el sólio de San Pedro, abandonando sus iglesias para servir de guari-

(14) Entonces se compuso este canto.

Audite omnes fines terra horrore cum tristitia
Quales scelus fuit factum Benevento civitas.
Lhuduvicum comprenderunt, sancto pio Augusto.
Beneventani se adunarunt ad unum consilium,
Adalferio loquebatur et dicebant principi.
Si nos eum vivum dimittemus, certe nos peribimus.
Scelus magnum preparavit in istam provintiam,
Regnum nostrum nobis tolli, nos habet pro nihilum.
Plura mala nobis fecit; rectum est moriat.
Deposuerunt sancto pio de suo palatio;
Adalferio illum ducebat usque ad pretorium,
Ille vero gaude visum tamquam ad martirium.
Exierunt Sado et Saducto, inoviabant imperio;
Et ipse sancte pius incipiebat dicere:
Tamquam ad latronem venistis cum gladiis et fustibus.
Fuit jam namque tempus vos allevavi in omnibus,
Modo vero surrexitis adversus me consilium,
Nescio pro quid causam vultis me occidere.
Generacio crudelis veni interficere,
Ecclesiæque sanctis Dei venio diligere,
Sanguine veni vindicare quod super terram fusus est.
Kadidus ille tentador, ratum adque nomine
Coronam imperii sibi in caput ponet, et dicebat populo:
Ecce sumus imperator, possum vobis regere
Leto animo habebat de illo quo fecerat;
A demonio vexatur ad terram ceciderat.
Exierunt multæ turmæ videre mirabilia.
Magnus Dominus Jesus Christus judicavit judicium:
Multa gens paganorum exit in Calabria.
Super Salerno pervenerunt, possidere civitas.
Juvatum est ad sancti Dei reliquiæ
Ipse regnum defendendum, et alium requirere.

da á las fieras. Ha llegado verdaderamente la hora de exclamar: ¡Felices aquellas cuyas entrañas son estériles y cuyos pechos no han amamantado! ¿Quién me dará arroyos de lágrimas para llorar la ruina de la patria? La reina de las naciones, la madre de las iglesias, está desconsolada y solitaria; ¡oh dia de tribulacion y de angustia! ¡dia de miseria y de calamidades!» Dirigia las mismas súplicas á otros príncipes para que no dejasen á la estirpe de Agar esclavizar la Italia y destruir la religion. Cárlos mandó al duque de Espoleto socorrer al papa; pero el cónsul de Nápoles, sordo á las amenazas y escomuniones, se negó á romper la alianza que habia concluido con los musulmanes. No pudo, pues, desviar Roma el peligro sino sometiéndose á un tributo anual, y vió á los barones de las cercanias aliarse á los sarracenos, con objeto de establecer su propia dominacion sobre ella.

Por fortuna, habiendo roto los sarracenos de Sicilia con los de Africa, tuvieron que suspender sus espediciones después de haber ganado á Siracusa (878). Animados entonces los griegos con aquellas disensiones y la anarquia que se siguió á la muerte de Cárlos, creyeron oportuno el momento para vencer tanto á los occidentales como á los musulmanes y recobrar la Italia. Su flota se enseñoreó de las costas orientales, y el navarca Nazario destruyó la de Palermo. Las ciudades del litoral de la Lucania y de la Apulia se encontraron libres de esta manera, y Reggio, Tarento, Bari, cambiaron de señores, no sin sufrir nuevos perjuicios.

Sin embargo, tanto los sicilianos como los italianos no cesaban de trabajar para espulsar á los sarracenos. Atenulfo, príncipe de Benevento y de Capua, hizo en union de todas las ciudades de la Campania, un vigoroso esfuerzo (900) que no coronó la victoria. En fin, la única voz que pudo llamar la cristiandad á unirse para una misma empresa se dejó oir, y Juan X consiguió asociar el Oriente y el Occidente para aquel preludio de las cruzadas. Constantino Porfirogénito mandó, á las órdenes del patricio Picingli, una escuadra, á la cual se unieron las de las repúblicas italianas, al mismo tiempo que los longobardos se juntaron á las tropas griegas de desembarco. Por su parte el papa se adelantó á la cabeza de los vasallos del emperador Berenguer (916). Sitiados los sarracenos en el Garellano, se defendieron tres meses: cuando ya no les fué posible resistir, prendieron fuego á su colonia, y trataron de huir aprovechándose de la confusion; pero fueron cogidos y esterminados. De esta manera se encontró destruida la dominacion de los musulmanes en Italia, lo que no les impidió reaparecer de vez en cuando. Se establecieron tambien (969) ya en el monte Gárgano, de donde el papa Juan XIV los desalojó con ayuda del rey dálmata Sviatopolk (15); ya en Reggio y Cosenza, donde muchas veces tuvieron ocasion de hartarse de sangre italiana, llamados en las fatricidas discordias.

Mientras que la flota de los pisanos reducia en Reggio á los sarracenos de la Calabria, Benito VIII, mejor guerrero que papa, reunia todos los obispos y vizcondes de las iglesias y marchaba contra los que se habian acantonado en Luni (1016). Tres dias duró la batalla, y al cuarto los infieles fueron derrotados. Se encontró en el botin una diadema que valia mil libras de oro, la que regaló el papa á Enrique II; y entre los prisioneros, la mujer del jefe sarraceno, á quien se dió muerte. Irritado su marido envió al papa un saco de castañas, como símbolo del ejército con el cual no tardaria en volver; el papa le remitió otro de maiz para indicar con cuantos guerreros se proponia rechazarle.

Pisa.—En efecto, á sugestion suya las escuadras de Pisa y Génova abordaron á Cerdeña, y favorecidos por la poblacion cristiana, arrojaron á los sarracenos que Museto (Mugheid el-Ameri), rey moro, habia allí establecido. Pero como volvian de Africa todas las primaveras, sorprendieron y saquearon á Génova, se apoderaron de Tarento, y después llegaron hasta las murallas de Salerno; entonces los cristianos, para acabar, emprendieron una espedicion al Africa, se hicieron dueños de Bona, amenazaron á Cartago y Museto se vió obligado á pedir la paz. Pocos años después, habiendo pedido auxilio á los moros de España, el indómito anciano volvió á emprender la guerra, y degolladas las guarniciones pisanas, se apoderó de toda la Cerdeña escepto de Cagliari. Mientras que los pisanos habian ido á pelear con los sarracenos en Calabria, Museto sorprendió su ciudad durante la noche, y la hubiera ganado si una mujer nombrada Cinzica de Sismondi, llamando al pueblo á las armas, no le hubiera puesto en disposicion de rechazar al enemigo (16). Entonces los nobles de Pisa se prepararon al último esfuerzo, y ayudados por Génova, por los Malespina, marqueses de Lunigiano, y por el conde Centilio de Mutica en España, equiparon una escuadra, que venció á los sarracenos y llevó prisionero á Museto (1050), y la Cerdeña fué dividida entre los vencedores.

Volvieron de nuevo los pisanos á Sicilia en 1063, y habiendo entrado en el puerto de Palermo, incendiaron cinco buques de trasporte, de seis que encontraron, y llevaron consigo el que tenia más rico cargamento. Con el producto de esta presa, fué con la que empezaron á construir su catedral (17). Renunciaron los sarracenos á dominar

(15) PLATINA, *Vita Joh.* XIII.

(16) Este hecho, si es cierto, dió nacimiento á la fiesta del Puente, batalla que se daba sobre el puente Arno, y que de figurada que era en la intencion se volvia á veces realidad.

(17) Esta espedicion de los pisanos y las demás referidas anteriormente, están sacadas de las inscripciones de su catedral.

la Italia; pero después un emperador cristiano, Federico II, los introdujo allí para oponerlos al papa, su enemigo y defensor de la libertad.

La Córcega tiene aun en sus armas un moro con los ojos vendados, en señal de la antigua dominacion;y la tradicion quiere que un romano, llamado Colonna, la conquistase de los sarracenos, para hacerse de ella un reino.

En Sicilia, la flota que habia enviado Constantino Porfirogénito, fué derrotada después de algunas ventajas; entonces los sarracenos, para vengarse en cierta manera de las esperanzas que ella habia hecho concebir á los cristianos, condujeron de la isla al Africa treinta de los habitantes de más valia, é hicieron circuncidar á quince mil niños con el hijo del emir. Nicéforo Focas trató de recobrar la Sicilia (965); y Manuel, su primo, tomó á Siracusa, Himera, Taormina, Lentina; tanto, que los enemigos se refugiaban en las montañas, cuando Manuel se atrevió á aventurarse en los desfiladeros, donde fué vencido, hecho prisionero y muerto. El emir Abul-Casan vólvió á tomar las ciudades conquistadas, y arrasó hasta los cimientos la generosa Taormina. No por eso dejaron los sicilianos de continuar haciendo frente á los extranjeros, de quienes mataron hasta al emir en una batalla (968). Pero las enemistades de los sarracenos entre sí, la conducta equívoca de los griegos, alternativamente aliados y enemigos de unos y otros, prolongaron las miserias de la isla, incapaz de rechazar con ayuda de sus propios recursos, á un enemigo que á semejanza de Anteo, sacaba siempre nuevas fuerzas de la Libia, su madre.

Gobierno árabe en Sicilia.—Habíanse retirado los gobernadores griegos al continente de la Italia, trasladando allí el nombre de Sicilia, de donde procede el de las *Dos Sicilias*. Amenudo salian los sarracenos de Palermo y de las demás fortalezas para devastar las campiñas, talar las mieses, y llevarse esclavos á los naturales, y cuando se les rendia una ciudad, la obligaban á abrazar la fe de Mahoma ó á pagar un tributo. Pasado el primer ímpetu de la conquista, se contentaban con esto último: cuéntase, en efecto, que los árabes dejaron á las ciudades que se rindieron, sus antiguas instituciones, y que tomaban el consejo de los obispos acerca de las leyes que debian establecerse (18). Es lo cierto que los estraticotes ó duques conservaron la jurisdiccion criminal hasta el tiempo de los suevos. Un emir mandaba en toda la isla: un alcalde, dependiente suyo, en cada ciudad ó distrito, y los cadis administraban allí justicia; despotismo fraccionado, y por la misma razon más opresivo.

Es probable que las constituciones dadas á este reino, se estendieron tambien á los demás paises sometidos á los Fatimitas: seria, pues, importantísimo encontrarlas. Las que publicó el abate Vella, como hechas en el año 216 de la Egira, de acuerdo con los más ilustrados entre los vencidos, fueron en un principio coleccionadas como auténticas por los eruditos, y Canciani las insertó en su *Coleccion* de las leyes de los bárbaros; pero después se conoció que era falso este documento. Reducidos por lo tanto á una estremada escasez de noticias, diremos que la isla, que desde los cartagineses habia formado dos provincias, la siracusana y la panormitana, fué á la sazon dividida en tres valles, conteniendo cada uno de ellos varios distritos. Consistian las rentas de la república en un tributo pagado por los poseedores de las tierras, á quienes los vencedores sometieron á una contribucion llamada *getia*, aboliendo la que los romanos habian establecido sobre los animales que servian para las labores del campo. No fueron reservadas como dominio público las tierras quitadas á los griegos, sino divididas entre los soldados de más mérito, tocando la mayor parte á los inválidos, á los gobernadores y á los tres capitanes de las provincias. Estas posesiones, á diferencia de los feudos, podian ser enagenadas con ciertas formalidades, y mediante el consentimiento del señor principal.

La propiedad, las sucesiones, y en general el estado civil, se encontraron de manera que los normandos tuvieron que introducir muy pocas alteraciones. Desapareció con los antiguos dueños del territorio la servidumbre de los colonos al estilo romano. De aquí resultó que el trabajo de los brazos libres borró la huella de la holgazaneria griega. Fueron desmontados muchos terrenos: el algodonero, el moral, el papiro, la caña de azúcar (19), el fresno que produce el maná, el alfónsigo, fueron introducidos y cultivados en los demás. Levantáronse edificios, enriquecidos con mármoles y mosáicos; y todavía en la actualidad señala la tradicion los espaciosos jardines del emir con sus viveros de mármol (*Mar morto*). De esta suerte, los Aglabitas, y después los Obeiditas, se aprovechaban de la paz que continuó allí por largo tiempo, no teniendo los emperadores de Oriente ni los Estados de Italia suficientes fuerzas para alterarla.

Pero vanamente enriquecian los árabes aquel pais con los frutos del Africa y del Asia, y levantaban agua por medio de canales subterráneos (*jarras*) para proveer á las habitaciones y

(18) Fr. Testa, *Diss. de ortu et progressu juris siculi.* Alfonso Airoldi, *Cod. diplom. de la Sicilia bajo el gobierno de los árabes*, t. I, parte 1.ª, pág. 384, nota.

(19) La caña de azúcar prosperaba admirablemente en Sicilia. En 1419 la Universidad de Palermo hacia una concesion de agua para su cultivo: en 1449 Pedro Speciale las plantó en las cercanias de Ficarazzi: en 1650 un viajero describió como muy activos los trapiches de azúcar. Habíalos principalmente en Carini, Trabia, Buonfornello, Roccella, Pietro di Roma, Malvicini, Olivieri, Casalnuovo, Schiso, Casalbiano, Verdura, Sabuci, Módica. Federico II obligó á los judios procedentes de Garbo, á cultivar cerca de Palermo el añil y otras plantas exóticas.

regar los jardines. Sicilia hacia memoria de haber sido cristiana é italiana, y no se podia resignar á una dominacion que ofendia al orgullo nacional y á la independencia doméstica. De consiguiente, los sarracenos se veian obligados á construir para su seguridad numerosas fortificaciones, designadas todavia con el nombre de *cala* ó de *calata*. Cambiáronse en ciudadelas los monumentos de la antigua grandeza del pais, y abrigados en los templos de Selinunte, en el teatro de Taormina, los bandidos de Africa acosaban á los patriotas sicilianos, y se lanzaban á robar las mujeres y los niños para que sirviesen de adorno ó de custodia de los serrallos. Los califas conocieron pronto que era imposible tener sujeta aquella rica isla; por lo cual Almanzor, fatimita, la dió en 947 á modo de feudo, á Asan Ebn-Alí, cuya dinastia, denominada de los Kelbitas, promovió en alto grado la prosperidad de Palermo.

En breve allí, como en otros puntos, los chaiques y jefes de familia adquirieron poder con perjuicio de la autoridad del emir, y el pais se encontró dividido en un gran número de pequeños señorios, hostilizándose unos á otros. Ebn-el-Tamun, que dominaba á Siracusa y Catania, se habia casado con Maimuna, hermana de Alí-ben Naamh, señor de Enna y de Girgenti. Cierto dia que se habia embriagado, mandó que se le abrieran las venas, si bien luego que sanó con gran trabajo, huyó hácia donde estaba su hermano, quien derrotó y desposeyó á su cuñado. Ebn-el-Thamun se refugió cerca del normando Rogerio, cuya bravura se hacia cada vez más célebre en la Calabria, y le escitó á tentar la conquista de la isla (1061). Prestóle agradable oido el aventurero normando, y aunque los sarracenos recibieron algunos socorros de Africa, supo dominarlos su valor infatigable. Siracusa fué tomada en 1088; tres años después cayeron en su poder Enna y Girgenti: abandonaron el pais muchos ricos musulmanes; y los que allí se quedaron, conservaron sus bienes y el ejercicio de su culto, aunque fueron privados de ciertos derechos, como de tener tiendas, molinos, hornos y baños públicos.

CAPÍTULO IV

NORMANDOS

ISLANDIA.—EDDA.—SAGAS (1).

Los pueblos que se trasladaron al territorio del imperio romano tomaron el nombre de germanos y de francos, del que vino de Asia á ocupar el Norte de Europa, y que se ha designado con el título comun de teutones ó dacios (*Deutsch*), mientras que se llamó hombres del Norte (*Nordmann*) á los que ocuparon la península escandinava é islas adyacentes. Se ignora qué naciones habitaron allí antes, como acontece con todo lo concerniente á los pueblos primitivos; solo se sabe que la península danesa fué denominada Quersoneso címbrico por aquellos cimbros que recorrieron primeramente la Europa, y luego se fijaron en la Galia belga y en la isla Británica, donde todavia subsiste su raza en la Cambria ó pais de Gales (1). Quizá el resto de la Escandinavia estaria habitado por fineses (*Jotnos*) que serian posteriormente lanzados á la Finlandia y la Laponia.

Escandinavia.—La Escandinavia, llamada así de la Escania, parte la más meridional de la Suecia, única que conocieron los romanos, forma una vasta península, unida al Nordeste con la Finlandia, dividida en su longitud por una cordillera de montañas, y cuyas costas son bañadas por el mar Glacial, por el Báltico y por el del Norte. Ábrese al Mediodia como para abarcar la otra península opuesta, habitada primero por los cimbros, luego por los jutos, y que se junta por el Sleswig al Holstein y al Lauemburgo, antiguas residencias de los anglios que la unen á la Germania. Golfos y cabos cortan las costas, que rodean una infinidad de islas, entre las cuales las hay bastante estensas, como Seeland, Laaland y la Fionia. Estas, en union de la Jutlandia, forman actualmente la Dinamarca, á la par que la península compone los dos reinos de Suecia y de Noruega.

En la parte más inmediata al polo, permanece el sol en el horizonte durante el verano muchas semanas y debajo en el invierno. En lo restante del año alternan escenas magníficas de nieves y de hielos que resplandecen y se coloran por las auroras boreales, con las pompas de una vegetacion vigorosa, que desarrolla con rapidez suma el corto y abrasador estío.

Odin.—Se supone que Odin condujo al Báltico á los germanos que formaron allí los pueblos conocidos después bajo el nombre de noruegos, de sue-

(1) Véanse: *Crónicas anglo-normandas. Coleccion de estractos y de escritos relativos á la historia de Normandia y de Inglaterra, durante los siglos* XI *y* XII, *publicada por la primera vez con arreglo á los manuscritos de Lóndres, de Cambridge, de Douai, de Bruselas y de Paris*, por FRANCISCO MICHEL. Ruan, 1836.

DEPPING, *Hist. de las espediciones de los normandos.*

MALLET, *Introduccion á la historia de Dinamarca.*

CH. COQUEREL, *Resúmen de la historia de Suecia*, segunda edicion, 1825.

LICQUET.—*Historia de Normandia.* Ruan, 1835.

GRABERG DE HEMSOE, *Ensayo sobre los Escaldas.*

RHUS, *El Edda.* En la introduccion hace una esposicion de las costumbres de la Noruega y de la Islandia.

HEIBERF.—*Mitologia del Norte, segun el Edda y las poesias de Oelenschlager.* Copenhague.

Edda Rhytmica, seu antiquior, vulgo sæmundina dicta. Copenhague, 1827.

EDELESTAND DU MERIL.—*Prolegómenos á la historia de la poesia escandinava.* Paris, 1839.

BERGMANN.—*Poemas islandeses.* Traduccion de la Voluspa del Wafthrudnismal y del Lokasenna. Todo el Edda ha sido traducido al francés por la señorita Du Puget en la Biblioteca extranjera. Paris, 1839, 1840.

X. MARMIER, *Historia de la literatura en Dinamarca y en Suecia*, 1840.

(2) Véase pág. 139.

cos y de daneses; pero la época es tan incierta, que los eruditos han supuesto tres emigraciones separadas por larguísimos intérvalos. Mezcláronse los nuevos pueblos con los indígenas; los godos, que se habian fijado en las islas, tomaron el nombre de danos; la poblacion de Jutlandia, más antigua en aquel territorio, engendró á aquellos anglios y sajones que conquistaron la Gran Bretaña. Particularmente se contrae la mezcla de teutones y de escandinavos á los puntos meridionales; y la distincion entre los suecos y los godos como razas conquistadoras y vencidas, se mantuvo por largo tiempo en Suecia.

Se dice en una saga que Thor, jefe poderosísimo de una tribu y sacerdote en las cercanias del golfo de Botnia, invitó á sus hijos á un sacrificio solemne: presentáronse Nor y Gor, aunque sin su encantadora hermana Goa. Ambos hermanos se pusieron á buscarla, Gor por mar, y Nor por tierra. Cruzando éste los montes halló una inmensa llanura y una nacion belicosa, mandada por Rolf de la montaña, el cual habia sido el raptor de su hermana; pero informado de su poderio, no osa hacerle frente, y le deja la mujer de quien se ha apoderado. Entonces prosigue su camino, descubriendo el pais entre el Océano y los Alpes Dofrinos, que llama *Norveg*, es decir, viage de Nor.

La caza y la pesca, á que les convidaban las selvas y los numerosos lagos de su territorio, eran más que la agricultura el ejercicio favorito de los hombres del Norte. Entre ellos eran respetadas las mujeres y aprendian á trazar los caractéres rúnicos prohibidos á los esclavos; poetisas alguna vez se aplicaban con más frecuencia á la medicina y á la cirugía, interpretando los sueños, vaticinando el porvenir, adivinando el carácter por las fisonomias. No por eso descuidaban los quehaceres domésticos, porque hasta las mismas reinas bordaban, cocian los alimentos, hacian el pan y la cerveza. La mujer casada llevaba en su cintura el manojo de llaves, símbolo de la autoridad doméstica. Si se encontraban en un viaje dos personas de diferente sexo y se veian reducidas á partir la misma cama, el hombre colocaba en medio su espada y esto era suficiente. Asi lo cuentan las sagas.

Obedecian los escandinavos á muchos reyes supremos (*ober kongar*), y á un gran número de reyes tributarios (*unter kongar*). Después de estos venian los condes (*jarls*), jefes de vasallos (*herses*), y durante la guerra, capitanes de hombres libres (*boendes*). Elegíase á los reyes á voluntad entre ciertas familias descendientes de Odin: los jóvenes de real estirpe, que quedaban sin dominios, se dedicaban á hacer el corso con el titulo de reyes del mar (*soe kongar*), ó tomaban el mando de alguna estacion marítima en las costas saqueadas (*wikings*). Absolutos reyes en sus tierras, los padres trasmitian las propiedades á los primogénitos, pues en aquel clima avaro, no sometido por el arte, era imposible fraccionar los terrenos que necesitaban un cultivo en grande: los hermanos menores, arrojados de la casa paterna, buscaban libertad, subsistencia y gloria en los mares.

Tambien los reyes de Dinamarca, que se vanagloriaban de descender de Skiold, hijo de Odin, eran á un mismo tiempo pontífices, jueces y generales. Habiéndose hecho independientes diversos caudillos (590), sumieron el pais en la anarquia, hasta el momento en que Widfarne subyugó á todos y llevó sus conquistas al mismo territorio de la Suecia. Esta grandeza duró poco, y el reino fué declinando hasta Lodbrok Raguenar (3), que fué preso y muerto por Ella, rey del Northumberland (794). Gorm el Viejo, su nieto, reunió los diferentes Estados daneses (930-80), sobre los cuales reinó el primero su hijo Haraldo, el del Diente Azul (*Blaatand*).

En Suecia, Ingue, nieto de Odin, fundó el templo de Upsal, en que sus descendientes reinaron con fortuna hasta Ingiald, que atacado por el danés Widfarne, incendió la ciudad y se quemó allí con su familia. Uno de sus sucesores, Haraldo el de la hermosa cabellera (*Haärfäger*), reunió los principados de la Noruega en un solo reino, que trasmitió á sus hijos (863).

Los normandos son el pueblo que representa más insigne papel en la historia después de los helenos, á quienes se parecen por su carácter aristocrático, por sus monarquias templadas, por una necesidad de accion incesante, por el orgullo, por la audacia, por su aficion innata al lujo, que entre ellos precedió á la civilizacion en vez de ser su consecuencia. Así han formado la aristocracia de los tiempos modernos, como formaron los griegos la de los tiempos antiguos, pero fueron muy inferiores á los helenos en el sentimiento del órden y de lo bello.

Se parecian á los francos y demás germanos en el aspecto de su cuerpo, distinguiéndose por su elevada estatura, hermoso semblante y noble porte (4). Las costumbres feroces que les inspiraba la religion de Odino, *el padre de la carniceria, el depredador, el incendiario*, no eran templadas en ellos por el roce con naciones más civilizadas. Manchando su culto con supersticiosas atrocidades, sacrificaban hombres y se tiraban de unos á otros niños á quienes recibian con las puntas de sus lanzas.

Llegados al término de su vida aventurera hacian echar al fuego todo aquello de que eran poseedores, á fin de que sus hijos se vieran obligados á proporcionarse otras riquezas pirateando. Una vez sobre las olas se sentian á veces acometidos de una fiebre de valor (5), y colocándose en la

---

(3) *Villosa femoralia*, traduce Sajon el gramático; pero tal vez quiera decir *de la piel dura*.

(4) HERM. NIGELLUS, *De g. Ludov. Pii.*

(5) Los que eran atacados de ella se llamaban *bersekir*, frenéticos. *Furore bersekico si quis grassetur*, dicen las sagas, de donde copiamos otras tradiciones.

proa arrostraban los más terribles peligros. Bardur, rey de Ulfsdal, decia: *Nada espero de los ídolos: por mi parte he recorrido paises, he encontrado espíritus y gigantes, y nada han podido en contra mia; así es que solamente confio en mis propias fuerzas.* Un legislador moderó estos escesos de valentia ordenando atacar al enemigo cuando estuviera solo, defenderse contra dos, no evitar tres, y retirarse solamente delante de cuatro (6). ¿Pero cómo poner coto á un valor que desafiaba hasta á los séres sobrenaturales y se reia de la misma muerte? Cuando Lodbrok fué hecho prisionero por el sajon Ella, se le metió en un hoyo lleno de víboras, y allí entonó este feroz *cántico de muerte:* «Hemos combatido con nuestras espadas: jóven aun, marché á Oriente para servir un sangriento banquete á los lobos, y en la pelea envié á Odin todo el pueblo de la Eltinguia. Desde allí se hicieron á la vela nuestros bajeles con direccion á Ifa; nuestras lanzas horadaron las corazas, nuestras espadas rompieron los escudos.

»Hemos combatido con nuestras espadas: el dia en que ví á centenares de guerreros morder la arena del promontorio anglio, destilaban los hierros sangre; silbaban las flechas al pasar junto á los cascos; yo me sentia ébrio de placer, como si estuviese sentado al lado de una doncella llena de atractivos.

»Hemos combatido con nuestras espadas: derribé al jóven orgulloso con su hermosa cabellera, que seguia por las mañanas á las doncellas y se entretenia con las viudas. ¿Qué mejor suerte para el valiente que la de caer entre los valientes? El que no ha recibido nunca una herida, arrastra dias inútiles: opóngase el hombre al hombre y lidien.

»Hemos combatido con nuestras espadas: y ahora no me cabe duda de que el hombre es siervo del destino y de los decretos de las hadas. ¿Quién me habia de decir que recibiria la muerte de ese Ella, cuando impelia las naves á lo lejos, é invitaba las fieras á semejantes banquetes? Pero no ceso de reir, porque sé que me está preparado un asiento en las salas de Odin; dentro de poco beberemos allí la cerveza en las copas hechas de los cráneos de nuestros enemigos.

»Hemos combatido con nuestras espadas: si los hijos de Aslanga supiesen las convulsiones que experimento á causa de las mordeduras de las serpientes que rodean mi cuerpo, correrian bramando al combate, porque la madre que les dí les ha suministrado corazones valerosos. ¡Ah! Una víbora penetra en el mio. Fuí vencido; pero en breve la lanza de uno de mis hijos atravesará de parte á parte el corazon de Ella.

»Hemos combatido con nuestras espadas en cincuenta batallas, y no sé de ningun rey que me aventaje en fama: desde jóven derramé sangre y deseé la muerte: las diosas que Odin me envió, me invitan al banquete; en la morada suprema beberé la cerveza con los dioses: han pasado las horas de mi existencia, pero moriré riendo.» (7)

Gentes de este carácter despreciaban del mismo modo las lanzas enemigas que el furor de las tempestades. Campeones *(kaemper)* adictos á un jefe *(half)*, debian combatir y morir con él, no buscar abrigo contra la tormenta, ni vendarse las heridas sino después de haber cesado la batalla. Seguíanles en sus espediciones las *vírgenes de los escudos*, que escitaban su valor, y lo galardonaban con abrazos iguales para todos. El rey del mar mandaba el bajel sobre las olas y en tierra la banda armada. Ordenaba y se ejecutaban las maniobras de las velas y de los remos. Disparaba tres javélinas al tope del mastelero mayor, y las recogia sucesivamente sin que errara ninguno de sus golpes; nunca habia bebido cerca del hogar, ni dormido bajo techado. Obedecido como el más valeroso en el instante del peligro, tomaba asiento con los demás á la hora del banquete, vaciando á la redonda anchas copas, en las que pronto sustituyó el vino de las colinas del Rhin á la cerveza. El recuerdo de sus camaradas que habian perecido en número tan infinito en medio de las tempestades, no los desanimaba, y cantaban. «El furor de la tempestad ayuda al brazo de los remeros, el huracan está á nuestro servicio, acercándonos al fin de nuestro viaje.» Daban sepultura á sus valientes en la playa que cubre la marea, como si el estruendo de las olas hubiera de serles más grato que el silencio de los valles, y como si su sombra al levantarse hubiera de esperimentar alborozo cuando viera volver á los nietos de Odin de largas y peligrosas espediciones.

---

(6) DEPPING, I, 2.

(7) *Krakamal*, ó *Lodbrog's quida*; es uno de los mejores partos de la musa escandinava; fué compuesta quizá en el siglo XII:

Pugnavimus ensibus,
Hoc ridere me facit semper.
Quod Balderi (Odin) *patris scamna*
Parata scio in aula:
Bibemus cerevisiam brevi
Ex concavis crateribus craniorum;
Non gemit vir fortis non contra mortem.
Magnifici in Odini domibus,
Non venio desperabundis
Verbis; ad Odini aulam
Fert animus finire.
Invitant me deæ
Quas ex Othini aula
Othinus mihi misit.
Lætus cervisiam cum Asis (dioses)
In summa sede bibam.
Vitæ elaspæ sunt horæ,
Ridens moriar.

Compáresele con Lucano (Fars. I. 59-63), donde aludiendo á los guerreros escandinavos, canta:

Certe populi quod respicit Arctos,
Felices errore suo, quos ille, timorum
Maximus, haud urget lethi metus; inde ruendi
In ferrum mens prona viris, animæque capaces
Mortis, et ignavum redditurœ parcere vitæ

La *via de los cisnes*, como dicen sus cantos, les proveia de lo que les negaba la tierra, estéril ó mal cultivada, y la pesca insuficiente para remediar las hambres que de vez en cuando desolaban la comarca. En tiempo de la que se hizo sentir en la Jutlandia, bajo el kongar Snio, se adoptó el feroz partido de degollar á los ancianos y á los niños; pero habiéndose opuesto una madre con la energía de la desesperacion á esta decision bárbara, se convino en que se sorteara quiénes debian salir del territorio. Algunos pretenden que este uso, que tambien hemos encontrado entre los sabinos y los germanos, fué reducido á ley; y cada cinco años se vieron obligados los hijos varones de cada familia á desterrarse, esceptuándose el primogénito.

Quizá son estos los que en tiempo de los romanos infestaban las costas de la Galia belga y de la Bretaña. Estas espediciones se regularizaron en lo sucesivo, suministrando cada pais un determinado número de buques, de tal manera, que Frolo III tuvo tres mil bajo su mando. Así iban armados, ora á traficar en el Báltico, ora á saquear las costas del Océano, terribles por el sonido del cuerno, á que daban el nombre de trueno, y por sus mazas de férreas puntas, á que llamaban estrellas de la mañana. Haciéndose más audaces en sus espediciones, emprendieron viajes que apenas se renovaron después de inventada la brújula. Conquistaron las Hébridas al Oeste de la Escocia: descubrieron treinta y cinco islas (893), que denominaron Féroes, en virtud de los rebaños de ovejas (*faar*) que constituian su riqueza. Hallaron el Mainland (964) con las cuarenta y cinco islas que lo rodean, y que son afamadas por la pesca del arenque; hicieron conocer las Orcadas, donde esterminaron á los petos (*pictos?*) ó papes indígenas. Como Erico Rauda (*cabeza roja*) hiciera rumbo (982) de la Islandia, tambien descubierta por ellos, abordó á una costa en que la yerba que la cubria, le valió el nombre de Groenlandia (*país verde*); es la isla que despoblada posteriormente á principios del siglo XV, no recibió nuevas colonias hasta el año 1721. Leif halló al Sur un continente rico en trigos silvestres, en plantas semejantes á vides, y cuyos rios abundaban en salmones. Este pais, á que dió el nombre de Winland, era probablemente la Carolina, que de este modo hubiera sido conocida cinco siglos antes de Cristóbal Colon (8).

(8) En 1862 Nilson publicó en Estokolmo en sueco *Los primitivos habitantes del norte escandinavo*, en el cual ilustrando un monumento curioso de Kivik, halla entre aquellos antiquísimos habitantes la edad de la piedra, después la del bronce, llevada allí probablemente por los fenicios. Examina el viaje de Pitea en el 350 a. de C.; creyéndolo un fenicio, que fué de escala en escala con los fenicios, hasta Tule, que ya no es la Islandia, ni el grupo de las islas Setland ó de las Féroes, aunque sí el Finmark. Otros vestigios busca en el norte de la civilizacion fenicia del culto de Baal. Por otros caminos y emprendieron las mismas investigaciones Steenstrup y Worsaae y otros miembros de la Academia de ciencias de Copenhague.

Bajo el reinado de Alfredo el Grande, llegó á Inglaterra Other, que poseia en sus dominios comprendidos en el círculo polar, veinte bueyes, otros tantos carneros y cerdos, seiscientos rengíferos y algunos caballos para labrar la tierra que nunca quedaba inculta. Se habia dedicado mucho á la pesca de la ballena, y habia llegado á cojer hasta sesenta en un dia, algunas de ellas de cincuenta brazas de largas. Muchos fineses, en señal de vasallaje, le pagaban tributo con arreglo á su riqueza; pero lo más general que le daban eran quince pieles de marta ó de nutria, cinco rengíferos, un capote de piel de oso, plumas de aves, una ballena, y dos cables de ciento veinte brazas hechos con piel de este pescado. Aquel héroe del mar habia doblado el cabo del Norte y navegado hasta la embocadura de Duina. Wulfstan fué desde Edabia, en el Schleswig hasta Trusc, cerca de Elbing. Segun el itinerario de estos dos navegantes, traducido por el rey Alfredo sobre la version de Paulo Orosio, el Norte de la Europa se hallaba dividido en siete paises: la Suecia, la Gotia, la Dinamarca, la Noruega, la Biarmia (*Permia*) en el mar Blanco, el Finmark ó Laponia, porque la Finlandia no fué conocida hasta el siglo XII, la Queenlandia en el golfo de Botnia, que actualmente llamamos Norlandia y Ostrobotnia, y que pasaba entonces por hallarse poblada de amazonas.

No dejaban los normandos de consultar á los dioses antes de establecer una colonia ó un punto de recalada; una vez determinado el sitio de su nueva residencia, lo consagraban llevando fuego en torno de él. El jefe de la colonia repartia la tierra entre sus compañeros y parientes: disfrutaba de la misma autoridad que habia ejercido como rey de mar en la travesía, y se la trasmitia á sus descendientes. El pequeño Estado (*härad*) compuesto de la banda guerrera, celebraba sus asambleas (*häradsthing*) en el templo, y su jefe, como sacerdote, fallaba en nombre de los dioses.

Islandia.—Cuéntase que Naddod, á su regreso de las islas Féroes (861), fué arrojado sobre costas áridas y salvajes, á que dió en un principio el nombre de (*Sneeland*), tierra de la nieve; otro les dió más tarde (868) el de Islandia (isla del hielo). Algunos años después, cuando Haraldo, el de la hermosa cabellera, se hizo dueño de la Noruega, muchos *unter kongars* y *yarls*, que ejercian allí el poder, emigraron á aquella isla bajo la direccion de Ingolfr (v. 900), llevando allí sus usos, leyes, creencias y lenguaje.

Luego llegaron otros desterrados de la Escandinavia á aquel asilo de la libertad y de la independencia; envanecidos de su orígen, se hacian repetir, para no olvidarlo, y repetian ellos mismos con sus genealogías, las aventuras de sus antepasados y de sus amigos. De esta suerte vino á ser la Islandia

otra Escandinavia, como si la Providencia hubiera querido conservar allí el tipo original del mundo septentrional. *Al cabo de sesenta inviernos* contaba la isla tantos habitantes como podia mantener su territorio. Para ella fué la pesca un manantial de riqueza, en una época en que la Cuaresma era observada rigurosamente, y en que todavia era desconocido el banco de Terranova. Sus moradores construian sus naves con las maderas que los rios arrancaban de los bosques vírgenes de la América y del Asia Septentrional, y que el mar empujaba periódicamente hácia sus playas. Se gobernaban en comun bajo un magistrado electivo vitaliciamente, llevando el título de órgano de la ley (*loeg-sögömadr ó lagman*), á la vez gobernador, juez y presidente de las asambleas. Dividióse el pais en cuatro provincias, subdivididas en distritos, teniendo cada una sus asambleas. Eran las leyes claras y precisas; y se observaba un órden maravilloso en una república formada bajo el círculo polar por gentes que no conocian más derecho que la fuerza. De este modo supo mantenerse independientemente por espacio de tres siglos.

Cuando posteriormente las discordias intestinas y el influjo del clero (1261), acorde con el de Noruega, determinaron á los islandeses á entregarse al rey de este pais, el monarca prometió conservar las antiguas leyes; pero no cumplió su promesa. Tuvieron que contentarse con un código en que sus antiguas costumbres fueron mezcladas en parte con las decisiones soberanas, y que aun está vigente bajo el nombre de *Gragas* (9).

El cristianismo fué introducido desde muy temprano en Islandia, por Olao I, rey de Noruega (996) y como el pueblo lo resistia, Olao amenazó en el fervor de una conversion reciente, con mutilar ó condenar á muerte á todos los habitantes de la sla que aportaran por sus Estados. De consiguiente, la necesidad del comercio y de las comunicaciones, obligó á los islandeses á admitir un misionero sajon, en compañia del cual volvió el noble Hialti, recien desterrado por haber dicho que Odin y Friga eran ídolos de cabeza de perro y que ladraban de una manera horrible. Entonces se convirtieron muchos, si bien mayor número de ellos opusieron resistencia, y estaba próxima á estallar una guerra civil, nuevo escándalo para aquella isla, cuando los principales cristianos se dirigieron á Thorgeir (*buitre de Thor*), primer magistrado del pais, pidiéndole leyes para aquellas circunstancias.

Este por conviccion y por deber, hacia observar la religion nacional, habia más de quince años. Apesar de todo, preocupado en gran manera de las innovaciones introducidas «se encerró en su morada, dice el historiador islandés, y habiéndose tendido sobre su lecho, permaneció allí con la cabeza envuelta todo un dia en un absoluto silencio. A la mañana siguiente convocó á todos los ciudadanos á la asamblea legislativa, y presentándose delante de ellos, dijo que preveia la inminente ruina de la república si todos no vivian bajo las mismas leyes; las discordias intestinas, la prohibicion de comerciar con la Dinamarca y la Noruega, le parecian anunciar que la isla volveria á convertirse en un desierto. De consiguiente, para evitar estas calamidades, aconsejó abrazar la religion que prevalecia en otras partes, ordenar que todos los islandeses recibieran el bautismo, prohibir el culto público de las antiguas divinidades, bajo pena de destierro, concediendo no obstante la facultad de adorarlas secretamente y no hacer alteracion ninguna respecto de los niños (10), y de los banquetes de carne de caballo.» Las proposiciones de Thorgeir fueron adoptadas por unanimidad, y al cabo de un corto número de inviernos, se habian acostumbrado los islandeses á las reglas del cristianismo. En 1057, Isleifr, fué establecido como primer obispo en Skalholt, después de haber sido consagrado por Adalberto, arzobispo de Brema. Nuevas leyes abolieron completamente las instituciones idólatras, el uso de comer caballo y de bautizar en las aguas termales de Langardali.

Ya en el año 999 Haller fundó una escuela en Hankadalr; Samund otra en 1080 en su poético retiro; Isleifr en 1057, y Ogmundr, en 1107, las de Skalholt y de Hoolum, donde se enseñaba á leer, á escribir, el canto llano, un poco de latin y teologia. Los ricos enviaban á sus hijos á continuar sus estudios á Alemania, Francia, é Italia.

La antigua lengua de la Escandinavia, llamada danesa (*dænsk tungu*), luego lengua del Norte (*norræna tungu, norrœnt mal*), trasladada á Islandia con la elegancia inherente á la nobleza de los emigrados, fué conservada allí con esmerada pureza, á la par que las comunicaciones con otros pueblos la alteraron en Dinamarca y en Noruega. Cuando en nuestros dias se fijó la atencion en esta lengua, se halló que si la pronunciacion se habia modificado algo en las costas y en los puertos, y que si se habian naturalizado allí ciertas espresiones danesas, en lo interior de las tierras se encontraba tal como habia sido llevada. No hay aldeano que no entienda los libros islandeses más antiguos. Este idioma, de una construccion muy sencilla, no tiene las sílabas duras de las lenguas germánicas, ni el silbido perpétuo del inglés: es poderosísimo

(9) *Hin forna Logbok Islendinga sem nefnist Gragas. Codex juris Islandorum antiquissimus qui nominatur Gragas ex duobus manuscriptis pergamenis quæ sola supersunt etcétera, nunc primum editus... præmissa commentatione historica et critica de hujus juris origine et indole ab* J. F. G. SCHLEGEL *conscripta.* Copenhague, 1829, dos tomos.

(10) Entendia por esto la facultad de esponer á los niños contrahechos. Al celebrarse las fiestas principales, se ofrecian á Odin, á Thor y á Freya, noventa y nueve caballos, noventa y nueve halcones y noventa y nueve perros de caza.

en crear voces nuevas por la composicion: posee tres géneros como el griego, el artículo determinado como el danés, el afijo para los sustantivos, la declinacion para los nombres propios al estilo latino; es franco, atrevido en su composicion, dulce y sonoro en los acentos, espresivo en las más delicadas gradaciones de la idea; y presenta sorprendentes analogias con el griego, el persa y el eslavo.

Runos.—Los monumentos literarios más antiguos de la Islandia son los runos. Dejando á un lado las cuestiones agitadas por los eruditos con motivo de su interpretacion, nos limitaremos á decir que el alfabeto rúnico era sencillo, y compuesto de quince ó diez y seis caractéres, anteriores ciertamente á la época de las misiones. Servian para trazar las inscripciones de las batallas, los epitafios ó los calendarios, y á veces hasta composiciones largas.

Odin, á quien se atribuye la invencion de estas letras, enseñó su mágico poder para curar las enfermedades, para disipar las nubes, para detener un dardo en su vuelo, para romper las cadenas de los cautivos, para apagar los incendios, para reanimar á los difuntos, para inspirar á la voluntad el amor ó el ódio. Una *n*, cuyo nombre es *nath*, necesidad, trazada en la palma de la mano ó en las uñas, preservaba de las traiciones femeninas. Una *t*, *thur*, gigante, inspiraba susto á toda mujer que fijaba en ella los ojos. La walkiria Brunhilda prometió á Sigurd indicarle diferentes runos; los de la victoria, que, trazados en la espada aseguran el triunfo; los del amor, que encadenan el corazon de las doncellas; los del mar, que ponen á cubierto de naufragios. Habia además los que se reputaban por funestos, por propicios, por medicinales, y por esto se les delineaba en la proa de los buques, en las copas de cuerno, en varas, en la misma persona. Egil, á quien se presenta una copa envenenada, se abre la vena, y traza con la sangre que de ella brota palabras rúnicas, y la copa salta en pedazos. Conducido cerca de una mujer enferma y desahuciada por los médicos, la manda levantar y descubre en su lecho una vara cubierta con caractéres rúnicos. Luego que la ha quemado, la sustituye con otra de diferentes letras, y recupera la enferma la salud inmediatamente. Los misioneros cristianos hicieron la guerra á esta supersticion, que á pesar de todo continuó hasta el siglo XIV (11).

No teniendo el pais ciudades en que pudieran concentrarse los hombres y la civilizacion, hallándose aislados los habitantes unos de otros, siendo raros y difíciles los medios de comunicacion, faltaban toda emulacion, toda simpatia, todo aplauso. No parece, pues, la literatura de los islandeses una imitacion de los autores extranjeros, ni de los nacionales; no se encuentra en ella el afan de una generacion entera por seguir la senda trazada por un genio. Su poesia, libre de reminiscencias, no se desvia de su objeto; nacida para la nacion á quien se dirige, la índole del pais y la ignorancia de lo que pasa en sus contornos, la preservan del contagio de fuera.

Escaldas.—Sus poetas eran llamados *escaldas;* no eran cantores vagabundos, sino compositores, diplomáticos, embajadores, instruidos de cuanto se sabia ó se hacia, admitidos á los consejos como á los banquetes de los reyes. Exentas se hallan las formas de su poesia del desaliño que se espera hallar en los primeros ensayos; al contrario, procede con mucho arte, de tal manera encadenado, que las palabras corresponden á las palabras y las letras á las letras. A veces las ideas más sencillas están veladas bajo misterios, y se necesita poner las palabras en órden segun ciertas reglas, mediante las cuales, lo que era un simple ritornelo musical, se convierte en estrofas y de aquí resulta un sentido tan bien combinado como las palabras (12).

Reconocian como legítimas ciento treinta y seis variedades de versos, que se unen en cuartetas, de las cuales cada una está dividida en dos hemistiquios de seis ó siete sílabas, teniendo estas tres ó cuatro letras, atendiendo que no cuentan solo las vocales, sino tambien las consonantes. Si el primer hemistiquio empieza por una vocal, debe servir la misma para el segundo: si comienza por una consonante, deben ser las mismas las dos primeras sin hablar de otras muchas letras en que es preciso establecer concordancia; estas repeticiones de letras semejantes, suplian la rima, que fué introducida en 1150 por Einar Skulason, poeta de la corte

(11) BRYNIOLSEN.—*Periculum runologicum.* Copengague, 1823. Véase lo que hemos dicho acerca de esto en el t. III, pág. 352.

(12) Hé aquí un ejemplo:

Haki Kraki hoddum broddum
Saerdi naerdi seggi leggi
Veiter neiter vella pella
Bali stali beittist heittist.
Haki Kraki hamde framde
Geirum eirum gotna flotna
Hreiter neiter hodda brodda
Brendist endist bale stale,

Lo cual hay que construir de este modo:

Haki broddum saerdi leggi
Kraki hoddum naerdi seggi;
Veiter pella bali beitist;
Neiter vella stali heittist,
Haki hamde geirum gotna;
Kraki framde eirum flotna;
Neiter brodda endist stale;
Hreiter hodda brendist bale.

El sentido es: «Hakon hirio á los hombres con las flechas: Kraki halagó á los hombres con el dinero: las llamas devoraron al que daba vestidos de seda: el rey á quien hacia feliz el oro, fué herido con el acero.

«Hakon dominó á los hombres con la espada: Kraki enriqueció á los marinos con el oro: el que llevaba el cortante acero, pereció por el acero: el que derramaba el oro, pereció por el fuego.»

Aquí se hallan en el orígen de la poesia esas dificultades en que se complace á veces en su decrepitud.

del rey de Suecia, Suercher I. Lo que de cierto no esperaria nadie es que nacieran obras maestras literarias en un pueblo encerrado dentro de un pais árido y de riguroso clima, viviendo de la pesca y de su escaso comercio, y dedicado, no obstante, á la jurisprudencia, á la historia natural y á las matemáticas (13).

El primer escalda de que se hace mencion, es Thorwald Hialteson, poeta de Erico el Virtuoso, rey de Suecia, el último fué Sturle Thordson, autor de un poema en loor de Birger yarl, y de la *Sturlungasaga*, historia de la Islandia y de su familia. Tambien las mujeres cultivaron la poesia, é Inguna Seimond se llevó la palma entre las antiguas poetisas. Erpur Luitand era llevado al suplicio por delito de rebelion, cuando se puso á cantar uno de sus poemas en honor del rey Hund; y tan poderoso fué el encanto que produjo, que el pueblo y los soldados pidieron su perdon unánimemente.

Hacia poco que el escalda Egil habia perdido á su hijo Gunnar, cuando Bandvar, el primogénito, fué víctima de un naufragio. Como encontrara su cadáver el infortunado padre, le puso sobre su caballo hasta la colina de Skalagrim, en cuyo seno lo depositó. Llevaba un calzado estrecho y una túnica roja, ajustada por arriba y ensanchándose por los costados; su sangre circuló con tanta violencia, que estallaron su calzado y su túnica. De vuelta en su casa, se encerró en su aposento, donde se durmió, y nadie se atrevia á decirle una palabra. Así estuvo tres dias sin tomar ningun alimento; al tercero, Ausgerda, su esposa, envió un esclavo á caballo cerca de Torguda, hija muy amada de Egil, que acudió al punto. Habiéndole preguntado su madre si habia cenado, levantó la voz y respondió de este modo: *Todavia no he probado el pan, ni volveré á comerlo hasta que torne á la mansion de Freya.* Enseguida rogó á su padre que abriera, diciéndole, *Quiero que hagamos el viaje juntos.* Egil la hizo entrar y ella se tiro de espaldas sobre otro lecho: *Bien te está, hija mia, querer ser la compañera de tu padre; esa es una gran prueba de ternura.—¿Cómo*, repuso ella, *habia de sobrevivir yo á tanto infortunio?* Ambos permanecieron mudos durante algun tiempo; luego Egil dijo: *¿Quieres tomar algun alimento, hija mia?—Estoy mascando alga marina con la esperanza de abreviar una existencia que me horrorizaria ver prolongada.* El padre preguntó entonces: *¿Es quizá veneno?—Si, y muy activo. ¿Lo quereis tambien?* Tomólo el anciano: poco después pidió de beber Torguda, y se lo propuso á su padre, quien tomó un cuerno y tragó el licor de que estaba lleno. *¡Ah! hemos sido engañados*, esclamó Torguda, era leche. Egil se estremeció al oir estas palabras, y mordió el cuerno. Torguda replicó de esta manera. *¿Qué nos toca hacer ahora que nuestra intencion salió fallida? Nos quedará suficiente aliento para que puedas componer un canto sobre Bandvar, y yo lo grabaré en un baston.* Egil probó á hacerlo y á medida que lo adelantaba, se mitigaba su pesadumbre y su alma encontraba reposo. Cuando lo hubo terminado, se lo llevó á su familia, se sentó en su elevada silla y preparó el brebage del luto que es de costumbre beber á la memoria de los muertos. Luego despidió á Torguda á la morada conyugal, después de haberla colmado de regalos.

Edda.—Tales son los cuentos que se leen en las antiguas sagas (14), cuya coleccion es llamada *Edda*, nombre derivado de una raiz que significa abuela (15). Preténdese que la primera tuvo por autor á Sæmund Sigfuson en el siglo XI; y sin embargo, no parece verosimil que un sacerdote haya querido, apenas un siglo después de la introduccion del cristianismo, coleccionar estas tradiciones mitológicas, sin añadir siquiera una palabra de desaprobacion ó la espresion de un sentimiento cristiano. Esta antigua Edda se estravió y no volvió á ser hallada hasta 1643; pero hácia el año 1,200, Snorre Sturleson, gramático islandés, habia hecho en prosa un resúmen de esta coleccion, ó más bien una segunda Edda en tres partes. Contiene la primera la antigua mitología: la segunda, titulada *Heimskringla orbis terrarum*, por las palabras con que empieza, comprende las sagas históricas estractadas de catorce escritores anteriores: forman hasta el año 1178 un curso de historia, que fué continuado hasta el año 1263 por Sturle Thordson, y luego por un compilador anónimo. La tercera parte, ó *Kalda*, es un vocabulario de frases, y una especie de arte poética ó métrica, con sujecion á los antiguos modelos, en que se citan ochenta escaldas, y entre ellos se cuentan príncipes y reyes.

Es una tarea digna de la constancia de los eruditos, y que puede ser fecunda, buscar en aquellas colecciones algunas tradiciones históricas, y especialmente los sentimientos, las creencias de los pueblos del Norte; pero el que busque en ellas lo bello, encuentra imágenes cuyo colorido áspero, atroz y nebuloso difiere absolutamente de nuestra manera de sentir; y aunque se encuentran ideas atrevidas, espresiones vigorosas, conceptos verdaderamente poéticos, es fuerza segregarlos de alusiones tan vagas, de tan inconexos usos, que la imaginacion se ahoga bajo el peso de un largo comentario, antes de que se pueda saborear aquel pasaje. En el *Vafthrudnismal, el iote* ó gigante Vafthrudnir, uno de los séres que desde el principio de las

(13) EINAD, *Syllabus auctorum islandicorum* cuenta doscientos cincuenta poetas antes de la Reforma, sin comprender en este número á los que son menos conocidos.

(14) Casi en todas las lenguas teutónicas se halla alguna voz correspondiente á la voz sueca *saga;* en aleman, *sagen*, en danés, es *sige;* en holandés, *zeggen*, en anglosajon, *saggan* ó *sergan*; en inglés, *say*.

(15) Otros la hacen derivada de *Odde*, nombre de una tierra de Samund: de *odr*, saber, cántico, entusiasmo; de *oedi*, enseñar; y de otras voces.

cosas poseia la sabiduria, da hospitalidad á Odin que se le presenta de incógnito, y le propone una lucha de doctrinas, á consecuencia de la cual perderia el vencido la cabeza. Hace el gigante repetidas preguntas sobre la mitologia al dios, quien los resuelve al punto. A su vez el dios propone enigmas al gigante, y éste los esplica todos á escepcion del último, por el cual se declara vencido y pierde el reino. En el *Lokasenna* están reunidos los dioses por Agir en un banquete, en que Lok, genio del mal, poseido de despecho á causa de no haber sido convidado, se pone á apostrofar á todos, revelando las faltas de cada uno de ellos con el descaro del Momo de Luciano, hasta el momento en que Thor, dios de la fuerza, atajó su malignidad amenazándole con su terrible martillo.

En otro lugar nos hemos valido del Edda para deducir de él el sistema religioso de los antiguos germanos (Lib. VII, cap. I), al paso que otros se han esforzado en puntos de semejanza con el de los pueblos orientales. Sin embargo, el Edda no está acorde con su propio texto en sus cosmogonias; y quizá es esto un indicio de la diferencia existente al principio entre la doctrina indígena y las que más tarde fueron importadas y confundidas con ella en la nueva compilacion.

Mucho antes de que fuera creado el mundo, existia un lugar llamado *Niflheim*, en medio del cual habia un abismo, de donde se lanzaban torrentes de aguas tan frias que á sus orillas se amontonaba el hielo. Hácia el Mediodia habia otro denominado *Muspelheim*, que era todo luz y fuego. A su estremidad moraba Surtr el todopoderoso, armado con el rayo, que al final de las cosas, vendrá á vencer á los demás dioses y á destruir la tierra con las llamas. Las chispas que de allí saltaban derretian con su contacto las escarchas del Niflheim, y animándose las gotas á medida que caian produjeron una raza de gigantes. Imer, el primero de ellos, se propagó haciendo salir de su sobaco izquierdo un hombre y una mujer, y se alimentó con leche de una vaca nacida del hielo liquidificado, que pacia lamiendo las rocas saladas cubiertas de nieve. El primer dia que se puso á lamer de este modo, salió de la piedra una cabellera de hombre, al dia siguiente la cabeza y después todo el cuerpo. Fué un hombre robusto y hermoso, llamado Bure, quien engendró á Borz, el cual se casó con Bestla, vástago de la primera pareja, y tuvo en ella á Odin, Vili y Vé. Trasformados estos en dioses del cielo, mataron á Imer, cuya sangre produjo un diluvio en el cual se anegó toda su raza, á escepcion de Bergelmer, ó Viejo de la montaña, que habiéndose salvado en una barca con su esposa, produjo una nueva raza.

Habiendo cogido los tres dioses el cadáver de Imer, hicieron la tierra con la carne; el mar que la rodea, así como los rios, con la sangre; los montes con los huesos; y con el cráneo la bóveda del cielo, á la cual se adhirieron algunas chispas sacadas del Muspelheim. Los dioses habitaron el *Asgard* ó *Walhalla*, los hombres el *Midgard*, bajo el cual se abre el *Udgard*, mansion de los gigantes primitivos. El arco iris es el puente por el cual se comunican los habitantes de los dos primeros reinos (16).

Tambien aquí se descompone la unidad de la creacion en una trinidad de demiurgos, de los cuales el más conocido es Odin. Como criador del alma humana podia trasmitirla muchas veces á cuerpos de hombre. Considerábase la vitalidad como procedente de Odin, la razon de Vili, los sentidos de Ve. Una secta heterodoxa veneraba á Thor, protector de los noruegos y de los fineses. Odin habia encargado á Forseti el juicio de los muertos, á escepcion del de aquellos que morian peleando, pues se abria inmediatamente el Walhalla para ellos. Aquellos que no obtenian entrada en el paraiso, poseian por morada el *Helheim*, mundo helado y tenebroso, ordenado como el nuestro, en el cual continuaban las ocupaciones que eran de costumbre en esta vida; circunstancia que les obligaba á llenar los sepulcros de armas, de joyas y de utensilios. En aquel lugar, reinaba Hel, diosa medio blanca y medio negra, como Hécate, á quien se veia á veces de noche hender los aires, cabalgando sobre una yegua (17). Más allá de Helheim se estendia otro imperio subterráneo, obediente á Ran, diosa del mar y á Oegir, su esposo, que con sus nueve hijos se apoderaban de los náufragos y procuraban hacer zozobrar las naves.

Creian los escandinavos en la inspiracion de ciertas mujeres, considerándolas hasta como divinidades que venian á asistir en los partos. De este número fué Valau-Vola, cuyas predicciones son llamadas *Voluspa* (18), y en las que el universo se encuentra dividido en nueve regiones. Este número nueve es solemne en las tradiciones de los escaldas: Heimdal, protectora de la tierra, habia tenido nueve madres: las walkir y los disos se aparecian siempre á los hombres en número de nueve: las bodas de Freyr y de Gerda duraron nueve dias; tambien fué de nueve dias el viaje de Hermodr al Niflheim para libertar á Baldr; la gran

---

(16) Finn Magnusen, *Eddälaren og dens oprindelse, eller nojagting, etc.*, ó sea, sistema del Edda y de su orígen, ó esposicion de las fábulas y opiniones de los antiguos habitantes del Norte sobre la existencia, la naturaleza y el destino de la tierra, etc., Copenhague, 1824-26.

(17) Esta yegua se llamaba *mare*; y de aquí el *nigtmare* de los ingleses y el *cauchemar* de los franceses.

(18) De los tres episodios del *Edda*, traducidos por Bergmann, la *Voluspa*, ó visiones de Vola, representa la mitologia escandinava, desde el orígen de las cosas hasta la destruccion y el renacimiento del mundo, cantada por la profetisa Vola, demostrando que la justicia acaba por triunfar de la fuerza y de la astucia. Todo es allí sombrio y moral, y parece anunciar la caida de los dioses escandinavos. El *Vafthrudnismal* es un diálogo entre Odin y el jote Vafthrudnir.

solemnidad que se celebraba en Upsal, se repetia cada nueve años: se contaban los sacrificios y se distribuian los cánticos por novenas: se abrian nueve surcos con el arado alrededor del fuego sagrado para conocer lo venidero, y la Escandinavia no ha olvidado todavia su respeto hácia este número.

Tampoco cesó allí con los tiempos antiguos y las emigraciones sucesivas la aficion á los cuentos y á lo maravilloso. Tornando los islandeses anualmente á las costas del Báltico y á las de la Noruega para recoger una herencia, para visitar á sus deudos, para vengar una injuria no espiada: reanimaban las antiguas tradiciones y amontonaban otras nuevas. Otras veces llegaba el mercader noruego á Islandia á cambiar los productos del suelo natal por las lanas y pescados de aquel territorio. Llegado por el otoño no se volvia á poner en marcha hasta la estacion nueva: entre tanto se le acogia en la cabaña (*bar*) islandesa, y trasformado en huésped de la familia correspondia á su benevolencia, refiriendo durante las largas noches del invierno sus viajes, sus peligros en el mar tempestuoso, ó bien las hazañas de los reyes y de los héroes noruegos. Por su parte el islandés, que salia de su patria, aunque encontrara fértiles comarcas, obsequios de hermosas y generosidades de yarles, no olvidaba el humilde techo de su ahumada choza. A su regreso veia á sus compatriotas agrupársele en torno con una avidez sencilla para oir cuentos que parecian trasladarles desde la realidad de un pais desprovisto de todas las delicias naturales, á los de la imaginacion. Siempre que arribaba un barco, acudian todos á la playa, informándose de donde venia, de si los que traia á bordo nada tenian que contar de la Suecia, de la Noruega y de Dinamarca. De esta manera las tradiciones de aquellos paises venian anualmente á amontonarse á esta isla como archivos de familia, revistiéndose con aquella vaguedad, con aquel idealismo que tomaban de la distancia; pero conservando aun con mucha posterioridad el carácter primitivo, que se hallaba alterado en el continente por el roce con las naciones alemanas.

Estas tradiciones dieron nacimiento á otras sagas ó cantos históricos, recogidos de ciudad en ciudad por cantores así en la choza del pescador como en la tienda del guerrero y en el salon del príncipe, y repetidos luego delante de un atento auditorio. Aunque no fueran sagrados como el bardo, ni privilegiados como los antiguos escaldas, estos cantores eran bien acogidos en todas partes, y cuando habian despertado en la corte reunida la memoria de los antiguos héroes, el príncipe les hacia el regalo del anillo de oro y de la espada cincelada. Habiendo ido Thorstein á visitar á Harold, rey de Noruega, le contó una historia que duró tres dias, y preguntándole el rey donde la habia aprendido: *En mi pais* (19), respondió. *Todos los años voy al Alting, y allí recojo las relaciones de nuestro célebre Haldor.*

Son, pues, las sagas, tradiciones orales, sencillas tanto en la forma como en el asunto, trasmitidas de padres á hijos, obra de la familia y del pueblo. En ningun pais fueron tan numerosas ni tan duraderas como en la Islandia. Torfeo cuenta ciento ochenta y siete: Muller ha analizado ciento cincuenta y seis (20), y cree que las primeras, que contienen los cantos de los escaldas, se remontan al siglo XII; otras no pasan del siglo XVII. Al paso que en otras partes las tradiciones son resultado de profundas indagaciones hechas por los anticuarios, allí son aun el libro de las familias. En la estrecha cabaña del islandés todos se dedican al trabajo en derredor de la lámpara alimentada por la grasa de la ballena, mientras que el amo de la casa, sentado cerca de la luz, se pone á leer las sagas, acompañando la lectura con esplicaciones y comentarios para los jóvenes y los criados. Es un mérito más para el que sabe declamar de una manera patética, y mayor todavia, si el *thulr* (lector) añade á esto el conocimiento de lo pasado. La jóven lechera aprende de su padre á leerlas durante el invierno en los establos, á fin de poderlas repetir al aire libre cuando asome la tardia primavera. Las paredes de las casas, las entalladuras en las madera y el acero, los bordados de las tapicerias, reproducen las escenas ó los versos de las sagas, que se conservan y divulgan de mil maneras.

Por eso cuando la Sociedad de Copenhague pensó en reunir estos últimos fragmentos de la tradicion septentrional, testigos de la civilizacion y de la lengua primitiva del Norte, no tuvo necesidad de buscar otros colaboradores que los aldeanos islandeses. «¿Qué sabríamos, dice Rask (21), del desarrollo intelectual, de la organizacion y del estado del Norte en los tiempos remotos, sin las sagas y el libro de las leyes? Allí donde no vienen en nuestra ayuda, nos quedamos en tinieblas, como

(19) TORFEO.

(20) *Saga biblioteck med Ammerkuinger og indledende afhandlinger*. Copenhague, 3 tomos en 8.° Esta obra comprende el resultado de las investigaciones anteriores, especialmente de las hechas por Magnusen, que habia reunido todos los manuscritos inéditos esparcidos entre los sacerdotes y entre los aldeanos islandeses. Al morir hizo donacion de ellos á la Universidad con una suma para publicarlos y para el sostenimiento de dos jóvenes islandeses que se ocuparan en las antigüedades del Norte. En 1772 fué instituida una comision real para la publicacion de estos manuscritos; y de aquí resultó la edicion de las sagas con la version latina. Otros sábios, con especialidad daneses, se han dedicado á esta clase de estudios.

(21) *Veiledning cil det islandske sprag*, X. Este profesor de Copenhague, uno de los más sábios filólogos, ha dedicado sus asíduos y doctos estudios á las antigüedades islandesas, é instituido en 1816 una sociedad de bibliófilos islandeses. *(Islands bokmenta Felag)*, que ha publicado muchas obras sobre aquel pais El mismo ha dado á luz la Edda y las Sagas, la mejor gramática escandinava, y el diccionario islandés-latino.

acontece respecto de la reunion de los diferentes principados daneses bajo la dominacion de Gorm, y respecto de otros sucesos de la mayor importancia. Tampoco conoceríamos nada de la vida, ni de los trabajos, ni de las lecciones de Odin, sino poseyéramos la Edda y los cantos de los escaldas.»

Precisamente en las sagas, derivadas de estas fuentes, es donde se debe buscar la historia de los piratas que invadieron la Europa en la Edad Media, los anglios y los normandos, fundadores de un reino poderosísimo, terror de la Francia, Rurico, que comenzó el Imperio de Rusia, Tancredo de Hauteville, que fundó un reino en la más risueña comarca de Italia. La mayor parte de las sagas tienen un carácter heróico; pero en vano se intentaria encontrar allí hadas benévolas, ni las cortesias caballerescas de los torneos, de que están llenos nuestros romances: tienen sus pinturas que están en relacion con las naturalezas ásperas é incultas.

Costumbres.—Cuando los vientos templados deshacen los tardios hielos, el islandés abandona las costas del pais natal, y con sus secuaces se atreve á arrostrar el furor de las olas en un frágil barco. Si encuentra un bajel, lo aborda, lo combate, el mar se tiñe de sangre, y los cantos y las copas solemnizan la victoria del más fuerte ó más afortunado. A veces dos valientes emplean todo un dia en un duelo singular, sin decidirse el triunfo por ninguno; en vista de lo cual, desterrando de su magnánimo corazon toda señal de ira, suben al mismo barco, y van juntos en busca de aventuras, aterrando la primera playa á donde los llevan el viento y la desgracia de los habitantes, y donde se entregan á saquear y matar. El botin no tiene para ellos tantos atractivos como la pelea y la sangre: ambas inspiran sus cantos; su maravilloso consiste en relaciones tan pronto de combatientes con ocho manos, como de gigantes para quienes un solo caballo no basta, de escudos encantados, construidos por enanos, y de espadas que cortan el acero como si fuese lienzo.

¡Feliz el que obtiene un elogio de estos cantores! El extranjero pregunta al llegar al Alting: *¿Dónde se encuentra ese hombre famoso en las sagas?* Arden sus hijos en deseos de igualarle: apenas pueden procurarse un bajel y algunos compañeros cuando se arrojan al mar, tras el botin y la matanza. Si sucumben en el combate, Odin les aguarda en el Walhalla. Pasando una tarde un campesino cerca de la gruta donde está enterrado Gunnar, oye ruido, y nota una luz por enmedio de las macizas rocas que cubren al héroe. Vuelto con el hijo de éste, ve cuatro luces brillar sobre el sepulcro, mientras que el difunto, reclinado sobre sus armas, repite su fúnebre canto, como Lodbrok en el foso de las serpientes. Asmundr, después de un largo combate, derriba á su adversario, y sujetándole con robusta mano le dice: *No puedo darte muerte porque no tengo mi espada al lado. Pero ¿me prometes aguardarme? voy á buscarla.—Lo prometo,* dice Egil. Parte el otro, y encuentra á su vuelta á su rival tendido en el suelo, esperando tranquilamente la muerte. Ciego de nacimiento Amundr, llega al Alting á pedir á Litingr satisfaccion de la muerte de su padre. Como éste se la negase, exclama: *¡Ojalá deje de ser ciego hasta que me vengue!* Apenas ha entrado en la tienda, cuando sus ojos adquieren de repente la facultad de ver *Alabado sea Dios,* dice, *conozco lo que espera de mí.* Cogiendo entonces su hacha, cae sobre su enemigo, le da muerte; y repentinamente se cierran sus ojos cubiertos de una eterna oscuridad.

Hasta las mujeres respiran venganza y fiereza; animan á sus hermanos á la pelea; y á veces cubriendo con la coraza y casco sus encantos van ellas mismas á defender su honor. Una doncella acudió al sepulcro de su padre para pedirle su temible acero con objeto de vengarle, y habiéndole obtenido atacó á los enemigos á quienes venció. Tonbiorg, hija de un rey de Suecia, pelea valerosamente en las filas de los soldados; y habiéndole dado su padre el gobierno de una provincia, toma un nombre varonil y se vé saludada con el título de rey. Combate con todos los campeones que solicitan su mano, los vence, y hace que sean muertos ó mutilados. Hay, en fin, uno que llega á vencerla; volviéndose entonces cerca de su padre, depone sus armas á sus piés diciéndole: «Os devuelvo el poder que me habeis confiado; renuncio á la gloria á que aspiraba y vuelvo á ser mujer. Existe más encanto en la figura de Ingerborg, amante de Hialmar. Muriendo este jóven guerrero sobre el campo de batalla da al fiel Oddr su anillo para llevársele. Al recibir el triste mensaje fija ella sus miradas en el anillo, y sin proferir una palabra más cae para no volverse á levantar.

El cuadro de costumbres pintado en las sagas causa repugnancia; pues no son otra cosa que seducciones, adulterios, incestos. El tiempo que no se emplea en la guerra se consume en los desórdenes; las venganzas de los poderosos son ejecutadas por los bandidos *(berserkir)*. Desempeñan un gran papel las supersticiones, los sueños, los presentimientos, las hechiceras y los trollos (22); después los enanos astutos, los formidables gigantes, y un pueblo de silfos, al cual el cristianismo imprimió algo de diabólico (23); mientras que al principio eran considerados como séres benéficos.

---

(22) Los trollos, muy poderosos en la mágia, eran de tres clases. Los primeros eran monstruos gigantescos; los segundos, muy inferiores en fuerza, les llevaban ventaja por la inteligencia y el conocimiento de los secretos de la naturaleza y del porvenir, lo que les hizo llegar á vencer á los primeros, y trasformarse en dioses. Los terceros son una mezcla de las otras dos razas, pero inferiores á ambas.

(23) En el antiguo lenguaje del Norte, eran llamados *alfr*; en aleman antiguo, *elbe*. En aleman moderno se les llama *elfe;* en sueco, *elfvar;* en danés, *elve;* en inglés, *elves;* en irlandés y en galo, *cheffro* y *dône-chi*, el buen pueblo, los séres benéficos.

Por eso los chefros y las hadas, su descendencia, son séres suspendidos entre lo ideal y lo real, entre las tinieblas y la luz, unos habitan las aguas *(ondinas)*, otros el fuego, *(salamandras)*; otros juguetean entre los matorrales, pueriles, caprichosos, serviciales, malignos, procuran mezclar sus hijos con los de los hombres, con el objeto de que participen de la redencion, se indignan cuando se les compara á los demonios, y se alegran cuando pueden entrar en las iglesias para pronunciar allí las palabras sagradas.

No queremos pasar en silencio otras producciones escandinavas de una naturaleza singular, como el *Rymbegla* y el *Kongs-skugg-sio*, ó Espejo del rey. El primero es un calendario eclesiástico, compuesto de pequeños capítulos diferentes sobre las fiestas, la division del tiempo, el curso del sol, las edades del mundo; miscelánea de verdades y fábulas, de lo antiguo y moderno, todo espuesto con igual fe. Esta obra no nos puede servir sino para informarnos de los errores y las supersticiones de la Edad Media (24). Comprende el segundo dos largas disertaciones sobre el comercio y la corte, que debian seguir á otras dos sobre los sacerdotes y cultivadores. Está escrito por Suerrer, rey de Noruega, ó por uno de sus ministros, hombre de mucha esperiencia é instruccion. Crédulo, segun la costumbre de su tiempo, desciende á minuciosos detalles, ora en lo concerniente á la vida del mercader, ora relativamente á las graves frivolidades del palacio; aunque incompleto, proporciona numerosos datos para la geografía, la historia y las costumbres. Existe mayor mérito en Are el sabio *(frodr)*, sacerdote islandés que, escribiendo una crónica de su patria, compuso con maravillosa crítica, para su siglo, la más antigua historia del Norte.

Cuando en el año 1261 la Islandia se unió á la Noruega, la literatura declinó allí, y el pais, convertido en provincia tributaria, tuvo que libertarse del poder extranjero. Habiendo tenido conocimiento de la literatura alemana en tiempo de los emperadores de Suabia, adoptaron los islandeses las aventuras caballerescas, cambiando los nombres y las costumbres tradicionales; resultó de ello otro ciclo poético que duró hasta el año 1350, en cuya época fué despoblada la isla por la peste.

Se ha tratado varias veces de trasladar al Jutland sus escasos habitantes, y dejarla desierta; pero en el dia está reconocida como muy propia para las pescas polares y para la escavacion de las minas, y lo serian aun más si no existiese la traba de la compañía instituida por Cristian II, que goza el privilegio de esplotarlas.

(24) *Rymbegla, sive rudimentum computi ecclesiastici.* Copenhague, 1780.

CAPÍTULO V

LOS NORMANDOS EN FRANCIA.—REINOS ESCANDINAVOS.

A la par que algunos conservaban en Islandia las tradiciones de sus antepasados, otros, siguiendo las costumbres nacionales, recorrian los mares en pos de aventuras y de ganancias. No bastaban á detenerles las tempestades ni los hielos; apenas tocan en una playa, se convierte la primera selva que encuentran, bajo el golpe de sus hachas, en una escuadra sobre la cual remontan el curso de ignorados rios. Si hallan á su paso puentes, esclusas ú otros obstáculos naturales, cogen sus barcas sobre sus hombros y pasan al otro lado. Juntando la astucia á la intrepidez, conquistadores y embrollones como los antiguos romanos, caballeros y escribas, rapados como los sacerdotes y respetuosos hácia ellos, roban y trafican alternativamente, poniendo su valor al servicio de quien mejor lo paga, prontos á volver las armas contra aquellos en cuyo favor han peleado, ó á apoderarse del pais para cuya defensa se les habia requerido.

Tales eran los hombres que por espacio de dos siglos amenazaron la Europa, y luego fundaron memorables reinos. Emigracion distinta de las precedentes, porque no era ya un pueblo entero que cambiaba de patria, como puede ejecutarse por tierra, sino un corto número de guerreros que llegan sin mujeres, se casan con las hijas de los vencidos, y enseñan á sus hijos su lengua. Encaminándose algunos hácia Oriente fundaron el imperio ruso; otros, haciendo rumbo á Italia, destruyeron los últimos resíduos de la dominacion griega: otros, vogando hácia el Mediodia y el Occidente, renovaron las heridas abiertas por sus hermanos los sajones en la Armórica y la Bretaña.

Quizá sea verdad que las victorias de Carlomagno sobre los sajones, determinaron á muchos de ellos á buscar refugio entre los normandos, á quienes por espíritu de venganza escitaron á llevar la guerra al pais de los francos; pero lo que puede calificarse de cierto de todo punto, es que aquellas bandas de corsarios se reclutaron del gran número de aquellos á quienes movia á indignacion el yugo de la servidumbre, ó de aquellos otros á quienes privaba la paz de las ocasiones de señalarse por su denuedo. Estimulados por sus consejos ó alentados por su ayuda comenzaron los normandos á desolar la Francia, no ya saqueando para apelar inmediatamente á la fuga, sino con una insistencia que dejaba columbrar la idea de conquistar allí una mansion fija. Obtuviéronla con efecto cuando Luis el Pio, más devoto que hábil para leer en el libro de lo venidero, otorgó al danés Haraldo una provincia, en recompensa de su bautismo; lo cual sirvió de aliciente á otros á quienes no habia cabido en suerte en su patria más que una herencia, la del mar. Descuidáronse los armamentos con que Carlomagno habia guarnecido la embocadura de los rios; y como si esto no hubiera bastado, sus hijos apelaron á los normandos en el curso de sus guerras fratricidas. Pepino II no temió abjurar, por sus dioses, de la religion cuyos ministros habian consagrado á su abuelo. Carloman recurrió á ellos contra su propio padre. Luis el Germánico los empleó como un arma en contra de su hermano: Hugo, bastardo de Lotario, esperaba con su ayuda adquirir la corona de la Lorena.

Después que quedaron quebrantadas las fuerzas de la Francia en Fontenay, aquellos piratas asaltaron con la mayor osadia todo cuanto se estiende desde la embocadura del Elba hasta la del Guadalquivir; pero no eran muy fáciles de remontar los rios de la Aquitania; el pais entre el Elba y el Weser ofrecia pocos atractivos á sus deseos; y aunque habian saqueado á Hamburgo, y tomado posicion junto al Elba, derrotando además en batalla campal al duque Brunon, á quien mataron once condes y dos obispos, en breve los sajones les der-

rotaron á su vez en Morden y los obligaron á emprender la retirada. En España se atrevieron á incendiar á Sevilla, y á marchar desde allí sobre Córdoba y Alicante. Por espacio de trece dias saquearon á Lisboa, si bien las tempestades del golfo de Gascuña, el valor de los cristianos de Galicia y las armas de los califas árabes les alejaron de aquellas costas. Sin embargo, volvieron á aparecer allí de vez en cuando; saquearon la mezquita de Algeciras, y Alfonso el Grande fortificó la ciudad de Oviedo con el fin de poner allí á cubierto de sus correrias los objetos preciosos de los aldeanos.

Les atraia más la Francia, comarca rica y más inmediata, accesible por sus muchos rios y debilitada por la anarquia. Los señores que habian sobrevivido, yacian cubiertos de oprobio; y á los que estaban encargados de la defensa de las costas pareció aquella una coyuntura favorable para sacudir, con el auxilio de estos aventureros, hasta la apariencia de sumision.

Los normandos remontaban serpenteando el curso de los rios, y su *trueno* divulgaba tal espanto que los habitantes de las riberas huian con sus rebaños á las ciudades y á las abadias del contorno, para ponerse bajo la proteccion de los baluartes y de las reliquias, barrera insuficiente contra aquellos ávidos devastadores, que reverenciando las cosas sagradas mucho menos de lo que codiciaban las riquezas de las iglesias, atacaban, mataban, incendiaban en todos partes. Fueron arruinados los monasterios de Fleury, de San Martin de Tours y de San German de los Prados en Paris. El abad de San Dionisio pagó una vez un rescate de millon y medio, lo cual no impidió que fuera destruida su abadia. Nadie se atrevia á sembrar los campos; las fieras tomaban posesion de los bosques y de los caminos. A tal estado de desolacion fueron reducidas todas las comarcas por medio de las cuales descienden al Océano los rios de la antigua Galia. Algunas veces se adelantaron hasta lo interior de las tierras: sin que aun los valles de los Pirineos salvasen á Bigorre, Tarbes, Oloron y Bayona; hasta que incitados por la abundancia y por la facilidad del botin fijaron su residencia junto á los rios más favorables á sus incursiones, el Loira, el Sena, el Escalda y el Mosa (850).

Establecimiento en el Escalda.— El reino que Luis el Pio habia señalado á Haraldo entre los frisones, vió acudir á otros aventureros, encantados de encontrarla tan adecuada á su modo de navegar y de combatir. Después de haberse apoderado de Dorstadt, mercado principal de los frisones, de haber despoblado á Utrech, quemado á Amberes, y arrasado á Wilta en la embocadura del Mosa, se establecieron en la isla de Walcheren. Habiendo obtenido del emperador Lotario la cesion legal de lo que habian adquirido, se engrandecieron estendiéndose por el pais de Lovaina, su plaza de armas. Balduino I, que tenia este pais en ducado, defendió valerosamente á Flandes; pero quedaron descubiertas la Baja Lorena, la Neustria Septentrional y la Frisia. Un Rurico diferente del fundador del imperio ruso, alcanzó de Cárlos el Calvo el ducado de Frisia (870). Rodolfo taló la Alemania hasta el momento en que fué muerto por Luis el Germánico en una batalla. Rollon, después de haber devastado la Holanda y batido á los francos sobre el Escalda, salió de Walcheren para ir á amenazar las orillas del Sena. El más terrible de todos fué Godofredo, quien habiendo reunido en la Estanglia á los daneses que no querian someterse al cristianismo impuesto por Alfredo el Grande, desembarcó en las orillas del Mosa y del Escalda, de que se quedó por dueño, después de haber dado muerte en las Ardenas al hijo de Luis el Germánico. Este monarca no pudo impedirles que se fortificaran en Nimega ni que fundaran una nueva colonia en Ascaloa (*Eslao*) cerca de Maestricht (881), conservando todo el pais entre el Mosa y el Somma. Aunque luego les derrotó Luis III en Saucourt, no por eso dejaron de conservar á Amberes, Gante y la mayor partes de Flandes.

Godofredo salió de Ascaloa para vengar esta derrota; y el incendio de Tongres, Colonia, Bonn, Juliers, Tréveris y Metz, espantaron á la Europa. La magnífica capilla de Carlomagno en Aquisgram, tuvo que servir de cuadra á los corceles daneses, y su palacio quedó abierto á todos los vientos. Tamaño ultraje despertó á Cárlos de su estupor, é hizo cesar la resistencia de sus barones, quienes, á su llamamiento se presentaron delante de Ascaloa. Godofredo se mostró dispuesto á obtener por medio de estipulaciones lo que no podia alcanzar con las armas; pero habiéndose dirigido á una conferencia fué asesinado (882). Entonces su hermano Sigefredo, taló, para vengarle, las riberas del Oise; y aunque Carloman se humilló hasta el punto de pagarle doce libras de plata, no dándose por satisfecho, ayudó á los normandos del Sena á asediar á Paris; luego á su regreso mató al arzobispo de Maguncia, que quiso estorbarle el paso. Más venturoso el rey Alfonso en sus disposiciones, le atacó con denuedo, le hizo caer bajo sus golpes, y diez y seis banderas quitadas á los normandos espulsados, dieron testimonio de que bastaba la concordia para triunfar de ellos.

Establecimiento del Loira.—Precisamente esto era lo que faltaba á la Francia, donde rey, magnates y pueblo se miraban de reojo, sirviéndose de obstáculo mútuo. Si el rey publicaba el eriban, veian los señores en esto una intentona para recuperar la supremacia real: se agitaban y no obedecian. Habiéndose armado los habitantes para defender sus hogares, los grandes concibieron recelos y prefirieron al enemigo (1). Ya en tiempo de

(1) *Vulgus promiscuum inter Sequanam et Ligerim, inter se conjurans adversus Danos in Sequana consistentes, fortiter resistit. Sed quia incaute suscepta est eorum conjuratio, á potentioribus nostris facile interficiuntur.* Annal. Bertin., *Rer. Fr.*, VII, 74.

Luis, los normandos se habian apostado sobre el Loira, cuyas riberas tenian mucho que sufrir de la vecindad de los turbulentos bretones. Haciéndose dueños de Nantes, tomaron por principal estacion la isla de Biére (843). Allí adquirió terrible fama Hasting, el más fiero entre los reyes del mar. No bien circuló la noticia de su impetuoso valor, acudieron de la Escandinava intrépidos jóvenes, y tripulando con ellos la más formidable escuadra que habia armado aquel pueblo, demolió á Nantes y á todas las ciudades situadas á orillas del rio; ávido luego de más lejanas aventuras, corrió á saquear á Pisa con cien naves, y tomó á Luni creyendo que era Roma (807). De vuelta á Francia, encontró allí por adversario á Roberto el Fuerte, á quien Cárlos el Calvo habia confiado la Marca de Anjú; pero le dió muerte en una batalla, y se adelantó hasta Clermont en Auvernia. Fué entonces á ayudar á los daneses que invadian la Inglaterra; pero habiendo sido rechazado (876) por Alfredo el Grande, llevó de nuevo á Francia el espanto y la devastacion.

Sin embargo, aquellos habitantes habian sentido la necesidad de tomar las armas, y como no se podia formar un ejército de las fuerzas comunes, las ciudades y los barones tomaron separadamente sus medidas. Resultó de ello que en lugar de abiertas llanuras, los corsarios encontraron por todas partes castillos, tropas y gentes de guerra, ante quienes tenian que ceder. Entonces fué cuando Hasting y los demás jefes aceptaron posesiones estables, y muchos se hicieron bautizar sirviendo en adelante de barrera para nuevas incursiones.

Establecimiento del Sena.—Ya Oggiero (Autcair) habia remontado el Sena hasta Ruan, antemural de Paris; después de el Ragnar (841) incendió los mismos arrabales de Paris, y Cárlos el Calvo pagó al sucesor de este caudillo siete mil libras de plata para que consintiese en retirarse (845); confesion de impotencia que aumentó la audacia de los invasores y desanimó á los pueblos. Así, pues, reaparecieron; y estableciéndose en la isla de Oissel, incendiaron de nuevo los arrabales de Paris (diciembre de 856), y su jefe Biorn, costilla de hierro, hijo de Lodbrok, llegó á recibir un gran tributo de Cárlos el Calvo. Hubiera sido necesario hierro y no oro; pero los oprimidos á quienes hubiera convenido armar para la defensa de la patria, inspiraban más temor que sus enemigos. Entretanto los normandos se habian acantonado hasta en la isla de San Dionisio, que dejaron á poco de recibir cuatro mil libras de oro.

En el momento en que su espedicion á Inglaterra los tenia alejados, Cárlos levantó tropas, impuso grandes contribuciones, y se dispuso á una vigorosa defensa (885). No obstante asolaron á la Neustria los escandinavos á su vuelta, y Sigefredo sitió á Paris con setecientos bateles. Fué defendida la plaza por Hugo, abad de San German, el obispo Gozlin y el conde Eudes; Cárlos el Gordo no se presentó sobre las alturas de Montmartre (886), sino para comprar á precio de dinero la retirada de los normandos, cobardia que no contribuyó poco á derrocar del trono la raza Carlovingia. Paris y Sens fueron las únicas ciudades de la Francia occidental donde no penetraron los normandos. Sigefredo fué después derrotado y muerto por Arnulfo, en Lovaina.

Rollon.—Radholf ó Rollon, hijo de un poderoso yarl de la Noruega, era de tan elevada estatura que, no encontrando ningun caballo para su uso, caminaba siempre á pié. Fué desterrado por el rey Haraldo, al cual la madre del desterrado dirigió esta profecia: «Arrojas como á enemigo á un hombre de noble estirpe; escucha lo que te predigo. Es peligroso atacar al lobo, y cuando una vez se le ha irritado, infelices de los rebaños que vagan por la selva.» Rollon se retiró á la isla de Walcheren, después, cuando vió vacante el establecimiento del Sena, se trasladó á Ruan, donde recibió un tributo de Cárlos. Dejaba conocer la voluntad, no de asolar, sino de fijarse en el pais que ya se llamaba Normandia, y concedia seguridad en Ruan á los colonos del Sena. Tan pronto aliado, como enemigo de sus compatriotas, segun encontrase ventaja en ello, estendió poco á poco su dominacion. Cárlos el Simple le concedió, por el tratado de Saint-Claire sobre Epte (912), la Neustria y la Bretaña, con la mano de Gisela su hija, bajo la condicion de abrazar el cristianismo. Poniendo, pues, Rollon sus manos en las del rey, pronunció esta fórmula: «En adelante soy vuestro fiel y vuestro hombre, y juro conservar fielmente vuestra vida, vuestros miembros y vuestro real honor.

Ducado de Normandia.—Pero cuando se trató de besar los piés del monarca en señal de homenage: *No lo haré jamás*, dijo el feroz guerrero. Mas como insistiesen, hizo seña á uno de los suyos, que tomó el pié del rey como para acercarle á su boca; pero le levantó tan alto, que Cárlos cayó de espaldas. De esta manera hasta en el homenage existia insulto para el nieto de Carlomagno; este fué el principio del ducado de Normandia, por cuyo medio se reprimió la turbulencia de los bretones, y los normandos del Loira fueron sometidos á una autoridad regular. Rollon distribuyó las tierras entre los suyos, sin consideracion á los antiguos propietarios; y muchos colonos acudieron allí, porque era donde únicamente encontraban seguridad, y porque los lazos de su servidumbre se rompian de esta manera, y se encontraban cultivadores libres de tierras tambien libres.

Aseguró Rollon la estabilidad de su colonia dándole leyes con el consentimiento de los principales de su nacion; leyes que sacó menos de las costumbres escandinavas que de las de los francos; mostrándose de estremada severidad en la represion de los malhechores. Es digno de admiracion por haber impuesto á la hez de todos los paises, una constitucion en que reinaba la igualdad, sin distincion de vencedores y vencidos, de galos y francos, sin la distincion siquiera del lenguaje. A pesar del

bautismo recibido, continuó Thor compartiendo con Cristo los homenages de los normandos; y el mismo Rollon, conociendo cercano su fin, mandó un sacrificio humano para apaciguar la divinidad de su patria. Es verdad que se construyeron monasterios é iglesias; pero los obispos no fueron admitidos en las asambleas de los barones, mientras que los francos no formaron parte del clero. Después este se hizo muy poderoso, y como habia acontecido en todas partes, introdujo allí la civilizacion. Las catedrales de la Normandia están en el número de los monumentos del arte más antiguos y magníficos de la Edad Media; los campos de los alrededores fueron abonados, y el Sena contenido en su cauce.

Aquí se detuvo el torrente normando, que hacia un siglo asolaba la Francia. Reuniéronse á ésta las diferentes colonias errantes ó poco seguras, y así pronto rivalizó con el reino. El desierto que se habia formado en otras partes á lo largo de las costas, nada tenia ya que atrajese nuevos invasores, ó si penetraban en las tierras, chocaban con los feudatarios, que dueños en adelante de un dominio que les pertenecia en propiedad, querian defenderle con todos sus esfuerzos.

Conversion de la Escandinavia.—Pero la barrera más fuerte fué el cristianismo, semejante á las lianas que se adhieren á las movedizas arenas de un rio y las convierten en un dique. Reunidas las dos religiones escandinava y eslava en el Norte, habian recibido nueva fuerza de los sacerdotes, que habian propagado un odio tan atroz contra los cristianos, y el culto fué defendido con más obstinacion que su libertad (2). Sin embargo, algunos de los príncipes del pais, viajando en los paises cristianos, en Inglaterra, y yendo á la gran ciudad *(mikla gaard)*, como llamaban á Constantinopla, habian adquirido allí nociones sobre el cristianismo, y aun algunos habian recibido el bautismo. Aunque no observasen á su vuelta la nueva creencia, se notaba que renunciaban á la poligamia, á comer carne de caballo y aves de rapiña, víctimas comunes ofrecidas á los dioses escandinavos. Ya hemos visto al sajon Willibrod no salir bien con sus esfuerzos, y al mismo Carlomagno no obtener la admision de sus misioneros. Cuando Haraldo Klak, rey de Jutlandia meridional, derribado del trono, hubo encontrado proteccion en la corte de Luis el Pio (826), aceptó el bautismo más por política que por conviccion, y permitió á Ebbon, arzobispo de Reims, predicar en su recuperado reino. Después de él acudió allí San Anscario, quien dejando la escuela de Corbia, se propuso *recalentar con la palabra de Dios los hielos del aquilon*, y consiguió en la Escandinavia lo que San Bonifacio habia logrado en Germania. Mandó á educar algunos niños nacidos en la servidumbre á Hadeby en el Sleswig, de donde propagaron el verdadero culto arruinando el de Odin. Llamado después á Suecia por el rey Biörn, estableció la iglesia de Sigtuna. Fundó el emperador Luis para él el arzobispado de Hamburgo, consagrándosele ante la dieta de Ingelheim (831); después con tres legados reales marchó á Roma, donde recibió el palio con el título de legado en Dinamarca, Suecia, Noruega, Islandia, Groenlandia y las islas Feroes, provincia que habia que conquistar. El la recorrió comprando niños ó pagando su rescate para bautizarlos, é instituyendo iglesias. Aumentó el emperador su poder declarándole su embajador en el Norte. Modesto en medio de sus triunfos, queria que su familia viviese del trabajo de sus manos. Cuando la ciudad de Hamburgo fué destruida por los normandos, encontró en casa de una viuda de noble sangre, el asilo que le negaba el obispo de Brema, cuya diócesis fué por esta razon unida á la de Anscario.

Si los resultados de la predicacion no estaban en relacion con el celo del apóstol, culpa era de los reyes de aquellos paises, que temian una emboscada en el vínculo que debia enlazarlos con Alemania. Gorm el Viejo, rey de Islandia, trabajó activamente para estirpar el cristianismo. Fuerza es agregar las incursiones en virtud de las cuales sucumbió Hamburgo bajo los golpes de los eslavos y Brema bajo los de los húngaros. A pesar de todo, no cesaban de salir misioneros de Germania, y con especialidad de Corbia. La conversion del duque de Normandia sirvió de ejemplo á muchos de sus iguales; Oton I, obligó á Haraldo Blaatand, hijo de Gorm, á recibir el bautismo en union de los magnates daneses. Por último, Canuto el Grande hizo prevalecer el cristianismo en Inglaterra, Escocia, Suecia y Dinamarca. En el año 1017, se dirigió á pié en peregrinacion á Roma con su comitiva, la alforja al hombro y el bordon en la mano; y desde allí escribió una carta que atestigua cuanta mudanza operaba el cristianismo en aquellos espíritus feroces. «Canuto, rey de Dinamarca y de Inglaterra, á los obispos y primados, y á todo el pueblo inglés, salud. Os hago saber como he ido á Roma para obtener el perdon de mis pecados, y la salud de mis magistrados; y rindo á Dios las más humildes gracias porque me ha permitido visitar en persona á los santos apóstoles Pedro y Pablo, y á todos los santos que están dentro y fuera del círculo de Roma. Me decidió á emprender este viaje el haber oido de boca de los sabios, que Pedro puede atar y desatar, y que custodia las llaves del reino de los cielos. Aquí, en la solemnidad de la Pascua, se ha celebrado una reunion de ilustres personajes, el papa Juan, el emperador Conrado y los jefes de las naciones, desde el Gárgano hasta el mar que ciñe nuestra isla. Todos me han acogido con distincion, honrándome con ricos presentes, vasos de oro y plata, telas y costosas vestiduras. He hablado con el emperador, con el

(2) MUENTER, *Sobre el bautismo del rey Haraldo y el establecimiento del cristianismo en las provincias danesas*, 1830, y MATTER.

señor papa y con los demás príncipes acerca de las necesidades de los habitantes de mi reino, así ingleses como daneses, y he procurado obtener para ellos justicia y seguridad en sus viajes á Roma, y especialmente que no se les detenga con barreras ni peajes. Me he quejado al papa de las inmensas sumas que se exigen á los arzobispos cuando acuden en solicitud del palio; y ha quedado resuelto que semejante exaccion no se renovará. Además, he hecho voto á Dios de mejorarme á mí mismo, y de gobernar con justicia. Si he pecado durante mi juventud contra la equidad, de hoy en adelante haré cuanto pueda por enmendarme; y así ordeno á mis consejeros y magistrados que no apoyen ninguna injusticia por temor á mi autoridad ó por consideracion á los descontentos; y que si quieren conservar mi benevolencia y su vida, no cometan injusticias con los ricos ni con los pobres, sino hagan que cada cual disfrute de lo que posee, no vejándole para abastecer mis arcas, pues no quiero dinero sacado injustamente.» Llevó de Roma sacerdotes que acabaron de catequizar á los daneses.

El noruego Hakon, hijo de Haraldo Haärfager, habia aprendido el cristianismo en Inglaterra, aunque no pudo conseguir que lo adoptaran los suyos. «Si ayunamos hoy ¿cómo han de quedarnos fuerzas para trabajar mañana?» decian los esclavos y los habitantes. «Cuando tú llegaste á ser nuestro rey, creímos hacernos libres; ¡y ahora quieres que abandonemos el culto de nuestros valientes antepasados para someternos á una servidumbre extranjera!» Vióse, pues, obligado él mismo á probar la carne de los caballos ofrecidos en sacrificio y á beber en honor de Odin, de Thor, y de Bragi. Olao (Olof), que habia conocido en su juventud el cristianismo en Sajonia y Grecia, fué empujado mientras hacia el corso á una de las Sorlingas, y encontró allí á un ermitaño que le bautizó y le predijo que seria rey de Noruega. Llególo á ser, en efecto, con el apoyo de una faccion, y habiendo acometido la empresa de convertir á aquel pueblo, eligió á San Martin por patrono. Pero vanamente puso por obra las predicaciones, los halagos, las violencias, dando á los recien bautizados los bienes de los recalcitrantes, á quienes martirizaba á menudo: consta que encontró muy pocos devotos. Hasta recurrió al juicio de Dios; y después de haber derribado con un tajo de su espada un peon de dama sobre la cabeza del sobrino de uno de sus vasallos, obligó á éste á hacer otro tanto para demostrar la verdad del culto de los ídolos. Este apóstol fué espulsado violentamente; y la tarea que habia acometido fué mejor desempeñada por Olao el Grande, y llevada luego á feliz remate por Canuto su vencedor.

Olao Scötkonung, hizo adoptar en Suecia por el año de 1000 la religion de la civilizacion y del progreso; pero setenta y cinco años más tarde fué espulsado Ingué por el pueblo furioso, á consecuencia de haber demolido el santuario de Upsal; y los restos de la idolatria no fueron completamente estirpados hasta el siglo XII (3).

Eran las mujeres las primeras que abrazaban el cristianismo; y como los hombres son formados por las madres, tanto en lo relativo al espíritu como al cuerpo, se estendió en las familias. Muy en breve cesó la pirateria general: menos frecuentes los desafios fueron sustituidos por discusiones pacíficas ante los tribunales: se mejoró la suerte de los prisioneros y de los esclavos; se abolió la servidumbre doméstica; se respetó la vida de los niños y se introdujeron en el cláustro los estudios (4). La religion, que modifica sus beneficios segun los lugares, instituyó en vez de *las cofradias de sangre* que se formaban en otro tiempo para sustentar una querella hasta la muerte de todos los socios, *gildas* pacíficas é industriales, elemento de los municipios y de la prosperidad comercial de los septentrionales; y compañias religiosas guerreras como la cofradia de Roskild para la represion de los corsarios.

Dinamarca.—Entonces recibieron una organizacion regular los tres reinos de la Escandinavia. Haraldo Blaatand, primer rey de Dinamarca (930), estableció su residencia en Roskild; pero demasiado violento en su deseo del bien, se enagenó las voluntades; y los descontentos, guiados por su propio hijo Suenon, le dieron muerte en una batalla (980). Suenon Tingskög (*barba hendida*) restableció el paganismo, sometió la Noruega por la fuerza, é hizo sufrir horribles daños á la Inglaterra, que conquistaron sus armas; y acabó, no obstante, por volver al cristianismo. Tuvo por sucesor á Haraldo VIII (1013); después á Canuto el Grande, ya rey de Inglaterra, que aseguró la prosperidad del pais, dándole con el cristianismo la industria, el comercio y un código criminal llamado *Withenlog*. Habiéndose estinguido la raza de los reyes Skioldunges con la muerte de Canuto III (1041), Magno, rey de Noruega, debia sucederle: pero Suenon II Estrithson, pariente del primero, se re-

---

(3) Las tres primeras iglesias de Suecia fueron las de Byrke (836?), de Norlanden (1055?), y de Sigtuna (1064?), las cuales desaparecieron en la Edad Media. Vinieron luego los obispados de Lincoping (1101?), de Scava (1005), de Strengnaess (1072), de Arosia ó Westerans (1149), Vexao (1020), de Aebo y Upsal (1172).

(4) Malte-Brun hacia mencion en el *Diario de los Debates*, en 1810, de los beneficios que todavia produce el cristianismo en las estremidades de la Suecia y en la Laponia. «Se pueden citar más de veinte ministros que cada uno en su canton, han divulgado con su ejemplo los principios de una buena agricultura y escitado la aficion á todas las empresas útiles. En la Angermania *(Wester Nordlan)* me hablaron por todas partes de la mujer de un ministro, muerta á la edad de cien años, que introdujo allí hilar el lino, cosa desconocida hace sesenta años en aquel punto, y que á la sazon mantiene una maravillosa comodidad en un pais tan poco favorecido por la naturaleza, y situado á los sesenta y cuatro grados de latitud.

belló y fundó la nueva dinastia de los Estritidas (1047). Declarándose deudor del trono á Adalberto, arzobispo de Brema, aumentó el poder de los eclesiásticos, lo cual, no obstante, no les hizo cerrar los ojos sobre sus escesos; porque el obispo de Roskild le obligó á una penitencia pública por haber hecho dar muerte á varios señores en la iglesia, y Adalberto rompió el matrimonio incestuoso que habia contraido.

Noruega.—Fué violentamente agitada la Noruega por discordias intestinas y por guerras con los daneses. Olao, rey del mar, se hizo dueño de ella con ayuda de una faccion (994). Promulgó el código llamado *Christenret*, derribó el templo de Thor, al cual sustituyó la iglesia de Hlada; construyó para su residencia á Drontheim en el sitio de la ciudad escandinava de Nidaros, y recurrió á medidas violentas para estirpar la idolatria. Sigrida, reina de Upsal, tan orgullosa como bella, vino para verle y contraer con él matrimonio; pero á su negativa de recibir el bautismo, Olao la trató de perra, le arrojó su guante al rostro, y la hizo sumergir en el mar (1000). La ultrajada reina, llevó en dote su venganza á Suenon Tingskög, rey de Dinamarca, que venció á este feroz apostol; y la Noruega se dividió entre los suecos y los daneses.

San Olao.—Pero mientras que unos y otros estaban ocupados en Inglaterra, Olao II, que se habia aguerrido en el oficio de pirata, les arrojó de su patria (1018); y restablecido en el trono paterno, propagó el cristianismo por los medios más convenientes, la instruccion y el ejemplo (1029), cuando Canuto el Grande le obligó, menos por la fuerza que por la seduccion de sus ministros, á cederle la corona. Desposeido Olao se encaminaba hácia Jerusalen para hacerse monje (1032), cuando una vision le animó á tentar de nuevo el éxito de las armas. Habiéndose puesto á la cabeza de treinta mil valientes, teniendo por distintivo la cruz grabada sobre su casco y escudo, y por grito de guerra: *¡Adelante, soldados de Cristo, de la cruz y del rey!* atacó la Noruega, llevando consigo tres escaldas para cantar sus victorias. Dos perecieron á su lado; el tercero vió á Olao caer vencido y cantó sus alabanzas antes de arrancar la flecha de la herida de que murió. Fué considerado Olao como un santo y como patrono de los noruegos y suecos, que por espacio de muchos siglos le pagaron un tributo.

Este culto era, como suceden con otros, una protesta de los noruegos contra la dominacion de sus vencedores, oprimidos y humillados como lo estaban por ellos hasta el punto de que el testimonio de un danés valia por el de diez noruegos. Llevó consigo Canuto lo más selecto de su juventud, en la apariencia por honra, pero en realidad para tener rehenes. Después su hijo natural Suenon cansó de tal manera la paciencia de los vencidos, que colocaron sobre el trono á Magno, hijo de San Olao (1036). Disponíase éste á tomar una terrible venganza de la muerte de su padre, si el escalda Sigwater no hubiera mitigado su cólera. Se vé que los poetas del Norte se atrevian entonces á combatir en primera fila, y lo que es aun más extraño, á decir la verdad, á los reyes.

Tuvo Magno por sucesores á su hermano Haraldo III el Severo (1047), que murió en el momento en que se disponia á conquistar la Inglaterra; después á Magno II y luego á Olao III el Pacífico (1066-69), quien se esforzó en dulcificar las costumbres de los suyos, favoreció el comercio y el espíritu de asociacion, propagó la libertad por emancipaciones, fundó á Bergen, puerto importante, así como las ciudades mediterráneas de Stavanger y Kongell.

La historia de Suecia principia á ilustrarse con Biörn IV el Viejo, al cual sucedió Olao II, después Erico VI el Victorioso, que subyugó la Dinamarca, la Finlandia, la Estonia, la Livonia y la Curlandia (964). Su hijo Olao III Skötkonung (*rey en el seno materno*), cambió el título de rey de Upsal en el de rey de Suecia; y los noruegos habiendo destruido la antigua Sigtuna, residencia de Odin, construyó la nueva. Fué convertido por Sigurdo que con otros misioneros procedentes de Inglaterra, propagó el cristianismo: Skara en la Vestrogotia vino á ser la metrópoli de la nueva religion. Sus hijos Anundo Jacobo y Edmundo III (1026-51), estendieron la religion y la civilizacion. Acabando en ellos la descendencia de Lodbrok; Stenkil, yerno de Anundo y marido de la viuda de Edmundo, fué jefe de la nueva dinastia (1056).

Cerca de Upsal se elevan tres cerros (*hogar*) cónicos y sumamente pendientes, que son los sepulcros de los antiguos reyes. Otro terminado en plataforma, lleva el nombre de altura de la justicia (*Things-hög*), porque se administraba ésta al principio de cada año, teniendo enfrente al gobernador del Upland acompañado de otros magnates del reino, y detrás de él el pueblo armado. En la vecina pradera de Mora, reunido el pueblo alrededor de la almadana de Thor, y luego entorno de la cruz, y los jueces de la provincia sentados sobre rocas que todavia se conservan, procedian á la eleccion de rey; y el que reunia los sufragios, colocado en la más alta de aquellas piedras, pronunciaba el juramento.

CAPÍTULO VI

LOS NORMANDOS EN INGLATERRA.

Hemos visto á los anglo-sajones establecerse en la Bretaña, y civilizarse allí sometiéndose á la Iglesia que, en vez de la espada, ponia en sus manos un baston bendito y ornado de flores, y los inducia á fundar monasterios, lejos de impelerles á destruir ciudades (1). La raza de los antiguos cimbrios en el pais de Gales permanecia independiente detrás de una trinchera que Offa, rey de Mercia, habia hecho levantar desde el Wye hastá los valles del Dee. Habiendo sorprendido los pictos y los escotos á Egfredo, rey de Northumberland, en medio de las montañas, le derrotaron y avanzando entonces hasta el Twed, enarbolaron allí el dragon rojo enfrente del dragon blanco de los invasores, que no penetró más adelante; y la mezcla de los indígenas con los extranjeros establecidos más allá de este rio fué designada con el nombre de escoceses.

Los siete reinos anglo-sajones, que abarcaban el resto de la isla, guerreaban uno contra otro, sin que ninguno alcanzara á someter á los demás; ni deponian las armas hasta convencerse de que eran inútiles ó dañosas; y el vencido tenia que conceder todo lo que el vencedor osaba pedir. De este modo el rey de Kent, el del Northumberland, el de Mercia, parecieron por un momento deber prevalecer sobre sus rivales; pero esto no lo consiguió sino Egberto, rey de Wessex y del Sussex, único entre los dominadores de la isla que descendia de los antiguos reyes conquistadores, de la estirpe de Odin; pues la Mercia obedecia, juntamente con la Estanglia, Kent y Essex, al usurpador Bernulfo: y el Northumberland cuyos príncipes habian perecido, estaba desgarrado por las facciones. Forzado este príncipe á desterrarse por las turbulencias interiores (827) se dirigió á la corte de Carlomagno, y en aquel centro de la civilizacion aprendió las artes de la paz y de la guerra. Aprestábase, después de restablecido en el trono (609), á someter á los bretones de Cornualles, cuando Bernulfo invadió sus Estados (823). Cayendo, pues, sobre él con las fuerzas que tenia prontas á marchar, le derrotó y le dió muerte en la pelea. Poco después los nortumbrios debilitados por la anarquia, jurararon fidelidad á Egberto y él concedió á estos, á los mercianos, y á los estanglios tener príncipes propios, que debian rendirle homenaje y pagar tributo. Y de este modo se halló único soberano de la isla.

Parecia, pues, que esta vuelta á la unidad, debia renacer á la prosperidad, cuando sobrevino una nueva plaga. Reinando Britrico en el Wessex á un puerto de aquella costa abordaron tres naves; y habiendo asesinado los hombres que venian á bordo al magistrado que llegaba á informarse del objeto de su viaje, saquearon la comarca, y se dieron nuevamente á la vela. Era un destacamento de aquellos normandos que hacian temblar á Paris y á Constantinopla, y preparaban largos males á los hermanos que les habian precedido en la isla británica.

En breve se presentaron con una numerosísima escuadra para desembarcar en la costa de Cornualles, y fueron favorecidos en esta empresa por los naturales del pais en odio á los sajones (830): muy poco tardaron otros en seguir sus huellas, y ninguna ribera de la isla estuvo á cubierto de sus incursiones. Bajo el reinado de Etelwulfo, hijo de

---

(1) Véase el libro VIII, cap. XI. Nuestro principal apoyo, pero solamente en lo relativo á los hechos es THIERRY, *Historia de la conquista de Inglaterra por los normandos*. Obra muy reciente es la de E. A. FROEMAN, *the Norman Conquest*, 5 tomos en 8.°. *The reign of William Rufus*, 2 tomos, 1884.

Egberto (2) (836), no trascurrió un solo año sin que aparecieran nuevamente, entregando el pais al saqueo y emprendiendo después la fuga. Luego en el año 851 invernaron en la isla; y reducidos al último apuro por Atelstan, hermano ó hijo y colega de Etelwulfo, llamaron en su ayuda trescientos cuarenta buques, con los cuales, al asomar la primavera, invadieron el mediodia, y el oriente de la Inglaterra incendiando á Londres y á Cantorbery y adelantándose hasta Surray; pero al fin Etelwulfo los derrotó en Okely. Este rey, que juntaba el denuedo á la devocion, hizo donacion al clero de un diezmo de los dominios de la corona. Envió á su hijo menor Alfredo á Roma para recibir allí la confirmacion y la uncion real del papa Leon IV. Dirigióse allí después personalmente en peregrinacion y permaneció un año (655) haciendo generosos regalos á las iglesias y prometiendo un tributo anual de cien *mancusas* (3) para el papa, y de doscientas para mantener encendidas las lámparas de los Santos Apóstoles. A su vuelta halló agitado su reino por su hijo Etelbaldo, al cual, muerto Atelstan, cedió varias provincias. Por testamento repartió los dominios entre sus hijos (850), que se lo vieron disputado por otros invasores.

Entretanto los reyes del mar no cesaban en sus incursiones. Habiendo conquistado Lodbrok Raghenar las islas danesas y perdídolas luego, se puso á hacer el corso; y como le saliesen bien muchos de sus desembarcos en Francia, Frisia y Sajonia, concibió la idea de reemplazar sus lijeras barcas con dos más capaces, y probar fortuna en Inglaterra; pero al acercarse á las costas no supieron los suyos dirigir aquellas moles, y fueron causa de que se hicieran pedazos (866). Ella, rey del Northumberland, cayendo sobre los náufragos, los degolló, y apoderándose de su jefe, le condenó á morir en un hoyo lleno de víboras sin poder abatir su denuedo. Su canto de muerte (pág. 513), repetido en su pais, escitó á los suyos á la venganza. Ocho reyes de mar y veinte jefes de segundo órden desembarcaron hácia la costa de Estanglia. Acogidos con sumision allí y provistos de víveres marcharon acto contínuo sobre York (867), capital de la Northumbria, talaron el pais y cogieron vivo á Ella, quien espió cruelmente el suplicio impuesto á Lodbrok.

Entonces pensaron en establecerse en el pais Ingvar y Ubba hijos de este intrépido caudillo; y habiendo fortificado á York, repartieron las tierras entre sus compañeros y se prepararon á conquistar toda la Inglaterra. En su consecuencia se pusieron en marcha los ocho reyes de comun acuerdo para realizar esta empresa (869); pero llegados cerca de la abadia de Crogland encontraron una tropa de gente del pais que, guiados por un fraile converso, llamado Tolio, venian á combatir en favor de Cristo y de la patria, después de haberse confortado con el viático. Tres de estos jefes daneses fueron muertos en el rudo combate dado al enemigo por aquellos generosos sajones, que perecieron al fin agobiados por el número. Libres algunos de ellos de la muerte corrieron al convento á anunciar que todo estaba perdido. Entonces el abad manda á los monjes más jóvenes poner á buen recaudo las reliquias y los libros, mientras él quedaba orando á Dios en union de los ancianos y de los niños. Todavia resonaba el canto de los salmos cuando llegan los daneses, asesinan á cuantos allí se han quedado, después de haberles dado tortura para que revelaran el sitio donde se hallaban los tesoros del convento; y para descubrirlos hacen pedazos las marmóreas sepulturas, y esparcen por el suelo las osamentas que encierran en su seno. Recibidos á flechazos en el convento de Perterborough matan á ochenta y cuatro monjes que se encuentran dentro, y la biblioteca les sirve para incendiar el edificio. Edmundo, rey de Estanglia, fué hecho prisionero por los invasores (870), é intimándosele que les rinda homenaje, rehusa á ello: entonces le hacen blanco de sus flechas, y su constancia le valió los honores del martitio.

Alfredo el Grande.—Avasallada de esta suerte la Northumbria y la Estanglia ocuparon en breve la Mercia, y solo quedó Wessex de los ocho antiguos reinos. Tan crítico estado de cosas determinó á los magnates sajones á abandonar á los hijos menores de Etelredo, tercer hijo de Etelwulfo, muerto en la guerra contra los daneses, para llamar al trono, ó más bien al mando general á su jóven hermano Alfredo (871). Este príncipe habia conocido y adquirido, en sus dos viajes á Roma, una civilizacion diferente de la de su pais nativo: sabia leer latin y tocar el arpa; por lo cual desagradándoles las instituciones nacionales concibió el proyecto de reformarlas con aquella arbitrariedad de que ofrecian ejemplo los antiguos, aunque no era tolerable para los modernos, Obraba, pues, á medida de su antojo sin consultar á las asambleas generales: mostrábase sumamente rígido respecto de los jueces prevaricadores é ineptos, si bien no sabia acreditar hácia el pueblo aquella afabilidad que hace perdonar hasta la tirania.

---

(2) Reyes de Inglaterra en aquel tiempo.

	DINASTIA ANGLO-SAJONA.		
Egberto,	827	Edmundo,	941
Etelwulfo,	836	Edredo,	946
Etelbaldo,	858	Edwyn,	955
Etelberto,	860	Edgardo,	957
Etelredo,	866	Eduardo II,	975
Alfredo,	871	Etelredo II,	978
Eduardo,	900	Edmundo II,	1016
Atelstan,	925		
	DINASTIA DANESA.		
Suenon,	1013	Hardecanuto,	1039
Canuto,	1017	Eduardo III,	1044
Haroldo,	1036	Haroldo II,	1066
	DINASTIA NORMANDA.		
Guillermo I,	1066	Guillermo II,	1087

(3) La mancusa vale una peseta y setenta y cinco céntimos.

Así cuando los daneses le atacaron en medio del invierno, vanamente envió por las ciudades y por las chozas al heraldo que llevaba una flecha y una espada desnuda y gritaba: *Todo el que no quiera ser tenido por un hombre de ningun valor (un nithing) salga de su casa y acuda:* el pueblo permaneció sordo á este llamamiento, y Alfredo tuvo que abandonar sus tesoros y á sus amigos para emprender la fuga: entonces Gotrun invadió y ocupó el reino, afligiendo con todo género de males á los sajones que no habian huido.

Alfredo, desconocido de todos, se refugió en las fronteras de Cornualles, cerca de un pastor que le hacia ganar el pan á costa de los más humildes servicios. Dotado de aquel temple de alma y de aquella voluntad que engendra los héroes, en vez de dejarse abatir por el infortunio, supo adquirir en él nuevas fuerzas. Reflexionó sobre sí mismo y sobre sus defectos para corregirse, y su amor hácia su nacion se reanimó con los cantos de los antiguos bardos y con las sagas de los escaldas, y resolvió salvar á su pais. Como encontrara al cabo de algunos meses á varios de sus antiguos compañeros de armas, fué informado por ellos de que la opresion de los daneses hacia que se echara de menos el gobierno precedente: púsose, pues, á su cabeza y se situó en un islote, en medio de las lagunas formadas por la confluencia de los dos rios de Tone y de Parret. Fortificado allí contra una sorpresa hacia vida de bandolero, cayendo de vez en cuando sobre algun destacamento de daneses y quitándoles los frutos del saqueo. Poco á poco reclutó en aquel sitio á los que tenian horror al yugo extranjero, ó negaban su obediencia al soberano: y después él mismo, disfrazado de bardo, se atrevió á introducirse entre los enemigos, para observar sus fuerzas y reanimar las esperanzas de los que permanecian fieles á su persona y á la patria. Cuando le pareció madura la empresa (879), volvió á enarbolar la bandera del caballo blanco y se lanzó sobre los daneses, que atónitos al ver aquel ejército sajon de que no tenian la menor idea, cayeron bajo la cuchilla ó se refugiaron en las fortalezas, donde los atacó el pueblo, que se alzó contra ellos en masa. Dejóse el reino de Estanglia á Gotrun, bautizado con el nombre de Atelstan; á los normandos que aceptaron el cristianismo, se les concedieron tierras y libertad; los paises libres de Sussex y Kent proclamaron á Alfredo, que de este modo sujetó á sus leyes todo el pais, borrando la antigua division en reinos, que se asociaron en la desgracia y en el triunfo.

Inmediatamente trató de robustecerlo, sobre todo en lo tocante á escuadras; lo que le valió de mucho, pues el terrible Hasting acudió desde Francia con trescientas y treinta naves (883) y secundado por los daneses de Estanglia, perjuros á sus juramentos, le preparó nuevas luchas. Sin embargo, Alfredo, con el tiempo y merced á su perseverancia, llegó á salir vencedor después de haber asistido á cincuenta y seis batallas. En los intérvalos que le dejaba la guerra se ocupaba en civilizar á su pueblo, lo cual ha hecho que se le compare á Carlomagno. Efectivamente, aunque obró en más reducida esfera y con menos influjo sobre la civilizacion general, su historia ofrece más interés que la del héroe franco, porque se vé aparecer en ella la grandeza del hombre invencible en los reveses, moderado en la prosperidad, siempre dulce y modesto. Acompañaban al nombre de Carlomagno el asombro y cierto misterioso espanto; el de Alfredo no recuerda más que bendiciones. Así como Cárlos tuvo á Eginardo por amigo, tuvo el héroe inglés al galo Assero que escribió su historia, obra menos literaria que la del franco, aunque sencilla y verídica. Alfredo concedió tambien su valimiento al remés Grimaldo y al célebre filósofo Juan Escoto; instituyó escuelas elementales á las cuales debian enviar todos sus súbditos á sus hijos, y otros establecimientos donde la instruccion era más elevada, especialmente la escuela de Oxford, dotada por él de una manera pingüe.

Era cosa sumamente necesaria todo esto, porque los conventos más florecientes, asilos de la ciencia, habian sido reducidos á cenizas; y como escribió el mismo Alfredo, apenas se hallaba más acá del Humber alguno que entendiese las oraciones más comunes ó supiera traducir el latin. Vanamente se hubiera buscado un hombre instruido al mediodía del Támesis. Para poner remedio á tal ignorancia puso en lengua vulgar los libros que le parecieron más útiles; las *Fábulas* de Esopo, la *Historia eclesiástica* del venerable Beda (4) y la de Paulo Osorio, añadiendo noticias sobre la Germania y sobre los paises sometidos á los eslavos. Dirigió á cada obispo un ejemplar de la *Pastoral* de Gregorio Magno, traducida, y un tintero, con la prohibicion de separar jamás lo uno de lo otro, ni de la iglesia. Compuso por sí mismo libros de instruccion, ensayos en verso y en prosa, incultos en la forma, aunque por cierta riqueza de imaginacion, notables.

Siempre tenia á su lado pergamino para anotar las sentencias de la Escritura que le agradaban, y especialmente de los Salmos, con las cuales compuso un manual que hojeaba de contínuo. A falta de reloj media el dia quemando velas de igual tamaño, consagrando la tercera parte de su tiempo al alimento, al sueño y á los ejercicios corporales, otra tercera parte á los negocios, y el resto al estudio. El arte de hacer el vidrio que habia sido llevado de Roma á Inglaterra por San Benito Biscop dos siglos antes, se habia perdido completamente, por lo cual mandó hacer faroles de cuerno. Gastaba en obras pias la mitad de las rentas: dividia esta mitad en cuatro partes, de las cuales

---

(4) Comprendia la traduccion latina de un himno de Cädmon, poeta anglo-sajon, muerto en 680; pero Alfredo le sustituyó el original, que ha quedado como el monumento más antiguo de aquella lengua.

una era para dos monasterios que habia fundado, otra para las escuelas, otra para algun convento, aunque estuviera situado fuera de Inglaterra, y la última para pobres de toda especie. Gran parte del resto lo empleaba en construcciones, que eran á la vez una ocupacion para los indigentes y un estímulo para los ricos. Atrajo á los artesanos y comerciantes concediéndoles privilegios, recurso de que se valió tambien para que acudiesen colonos á las tierras desiertas; y animado por las relaciones del escandinavo Other (pág. 514), mandó esplorar los mares del Norte. Creó una marina, y formó un cuadro de las riquezas del Estado. Dueño de todo el país, determinó reunir las leyes de sus predecesores y dar un código; al principio del cual trasladó cuarenta y ocho leyes sacadas del Exodo, añadiendo que no habian sido derogadas por Cristo, cuya ley se reduce á la máxima que prescribe no hacer á otro lo que uno no quisiera que le hiciesen á él. «Muchos concilios y reyes, dice, han tratado de reprimir los sentimientos y los actos opuestos á este precepto; pero sus disposiciones se contradicen con frecuencia: razon por la cual, después de consultar á mi consejo, he adoptado algunas y rechazado otras, sin atreverme á añadir ninguna exclusivamente mia.» Dictó muchas leyes en favor de la autoridad real; perteneciendo varias de las publicadas por él, á Ina, rey de Wessex, á Offa, rey de Mercia y á Etelberto, rey de Kent. Sus sucesores aumentaron con otras el código anglo-sajon, que estaba compuesto de cánones, leyes, constituciones y juicios de la ciudad de Lóndres.

Constitucion.—Alfredo estableció, ó por mejor decir, renovó en sus Estados la distribucion teutónica en distritos (*shires*), centenas y decenas de familias, en que los jefes de cada division respondian de los delitos de los que dependian de ellos, fallaban sobre sus diferencias con asistencia de los padres de familia, y sometian los casos más graves á la asamblea de los diputados de diez decenas, que se reunia mensualmente. El centenario, presidente de la reunion, escogia á doce jefes de familia, quienes, después de haber jurado resolver segun su justicia, se entregaban al exámen de la causa, y pronunciaban las penas que generalmente consistian en multas. Este es el primer gérmen del jurado que constituyó la seguridad de los ingleses, y que le envidian las otras naciones (5). Además habia cada año una asamblea de centenarios. Los tribunales del condado (*shiremots*), compuestos de todos los vasallos de la corona (*thanes*) con armas, segun el uso germánico, se congregaban por Pascuas y por San Miguel bajo la presidencia del obispo ó del *alderman*. Un cherif percibia las multas y velaba, con una autoridad militar, por los intereses del fisco. Después fué encargado de fallar sobre los asuntos de menor cuantía, asistido de doce hombres buenos. El rey convocaba dos veces al año, y por lo comun, en Lóndres, á los magnates del reino, obispos, abades, condes, aldermanes y tanes, que poseyesen nueve mil seiscientos acres de tierra; y quizá tambien á los diputados de las diferentes aldeas, con esclusion de los aldeanos y de los esclavos, y en esta reunion se discutian los intereses generales (*witenagemot*). Quedaba, pues, á los *prudentes* la autoridad legislativa, es decir, á la aristocracia, y los juicios al concejo. Asimismo solian reunirse sínodos presididos por el rey, á los cuales eran llamados los nobles y los obispos para deliberar acerca de los negocios de la Iglesia y del Estado. Unicamente á éstos tenia obligacion el sacerdote de asistir. El derecho de asilo continuó restringiéndose.

Seguian las pruebas del fuego, y los delitos más graves se castigaban con la muerte, aunque aplicando ésta con cautela «pues la obra de Dios no debe destruirse por motivos de poca monta» (6). Otros delitos, contándose entre ellos hasta el homicidio no calificado, se expiaban con penitencias. El juez que habia proferido alguna sentencia injusta pagaba al rey la multa de ciento veinte sueldos, y perdia el empleo. ¡Cosa sorprendente! Después de tantas invasiones y guerras, Alfredo se vanagloriaba de haber dejado brazaletes de oro colgados en los caminos públicos sin que nadie los tocase; y dijo en su testamento que los ingleses deben ser libres como sus pensamientos. Esto es lo que un hombre tuvo el poder de hacer en tiempos tan difíciles, en el espacio de cincuenta y dos años de vida y veinte y nueve de reinado, de los cuales pasó veinte y cinco atormentado por una enfermedad incurable. Se han hallado entre sus cartas algunas máximas dirigidas á sus súbditos. Es deber de un guerrero tomar precauciones eficaces contra la peste y el hambre, velar porque la Iglesia goce de paz, y el labrador pueda labrar tranquilamente sus campos y conducir su arado para el bien de todos.

«Un hijo virtuoso es el consuelo de su padre. Si tienes un hijo, enséñale, mientras sea niño, lo que el hombre debe hacer, á fin de que se atenga á ello cuando sea adulto; tu hijo será entonces tu recompensa. Pero si le dejas al antojo de sus caprichos, una vez crecido te afligirá, maldecirá á aquel á cuyos cuidados haya sido confiado y despreciará tus exhortaciones, y hubiera sido mejor

(5) Meyer *(Orígen de las instituciones judiciales)* pretende demostrar que el jurado no fué introducido en Inglaterra antes de la invasion de los normandos, y que empezó solamente en el reinado de Enrique III. El *jurado* inglés es una especie de tribunal, compuesto de un número determinado de personas, que se entresacan de una lista donde figuran los habitantes más respetables, y que se convocan para examinar una cuestion de hecho, ó bien de hecho y de derecho, ó para dar su dictámen acerca de la indemnizacion ó sobre la reparacion de los daños, gastos é intereses. Su decision unánime *(verdict)* debe servir de norma al juez en lo relativo al procedimiento.

(6) *Lib. Const.*

para tí no tener ningun hijo, que tenerlo mal educado.

Decia tambien que «la dignidad de un rey no es verdadera sino en tanto que él se considera no como rey, sino como ciudadano en el reino de Cristo, es decir, en la Iglesia; en tanto que no se haga superior á las leyes de los obispos, sino que se someta con humildad y docilidad á la ley de Cristo proclamada por ellos.»

Los grandes bienes de que le fué deudora su nacion, ha sido causa de que la gratitud le atribuyese varias disposiciones de incierto orígen, y así como se han reunido en Arturo todas las proezas de guerra, se han atribuido á Alfredo como á un tipo ideal los actos legislativos más diversos.

La prosperidad que habia procurado á la Inglaterra duró poco. Fué disputada su sucesion á su hijo Eduardo por Etelbado (900), que, rechazado por la nacion, huyó al pais de los daneses del Nortumberland, se hizo idólatra para conciliárselos y los guió contra sus compatriotas. Fué derrotado y muerto por Eduardo, quien prosiguió sus victorias contra los daneses. Su sucesor el valiente Atelstan (925) tomó á York, y obligó á aquellos rebeldes á jurarle obediencia y rompió con su espada una liga que se habia formado contra él entre los daneses y bretones del pais de Gales y de Cornualles. «Atelstan, jefe de los jefes, da collares á los valientes, ellos combatieron con la espada en Brunanburg, despedazaron el muro de los escudos, vencieron á los famosos guerreros escotos y á los hombres de los navios. Olao ha huido seguido de unos pocos y ha llorado sobre las olas. No contará el extranjero esta batalla sentado en su hogar, rodeado de su familia, porque sus parientes sucumbieron en ella, y los amigos no volvieron. Los reyes del Norte, se lamentarán de que sus guerreros se hayan atrevido á empeñar la lid con los hijos de Eduardo.» (7)

Concedió Atelstan la categoria de noble *(thane)* á todo comerciante que hiciese á sus espensas dos largos viajes. Habiéndole pedido el emperador Oton una de sus hermanas en matrimonio, le envió las dos que tenia con el objeto de que eligiese la que más le agradase (cortesia muy ruda).

Habiendo socorrido Edmundo su hermano y sucesor (941) á Malcolm, rey de Escocia, obtuvo de él, en recompensa, el homenage feudal. Mientras comia en un dia de fiesta en Glocester, Leolfo, jefe de bandidos, entró y quiso sentarse en la mesa del rey, á quien dió muerte en la lucha. Sucedióle su hermano Edredo; después Edwico (946-55), que se enagenó la voluntad de sus súbditos por su tirania, así como por sus amores con Etelgiva y la hija de ésta, á que se opusieron los sacerdotes y que el pueblo vituperaba. En la ceremonia de la coronacion dejó á los obispos por retirarse con su querida; pero San Dunstan, arzobispo de Cantorbery, fué á arrancarle de sus brazos tratándole de inspirarle varonil sonrojo. Esta mujer odió entonces al prelado y le hizo desterrar. Pero el arzobispo Odon envió gentes armadas para robarla de la corte; y después de haberla desfigurado, la deportó á Irlanda. Como se atreviese á volver Etelgiva, dió órden que se le cortasen las corvas, y después que recibiese la muerte. ¡Tal era entonces la rigidez y poder de un obispo!

Edwico perdió una parte del reino, pero Edgardo, su hijo, la recobró. Los monjes le han representado como un santo; los acontecimientos manifiestan que fué un príncipe pacífico. A fin de asegurar la tranquilidad del reino salia por la primavera con la escuadra, cuando los reyes de mar volvian á emprender el corso, y los tenia á raya. En vez del tributo que pagaban los príncipes de Gales, les impuso un censo de trescientas cabezas de lobo cada año, lo cual produjo la completa destruccion de estos animales en la isla. El monje Dunstan habia sido alma de los consejos de Edredo, censor severo de Edwico, y procedia con Edgardo del mismo modo, empleando su ascendiente en proteger, contra él y contra los demás magnates, la pureza de las costumbres y la santidad del matrimonio. Habiendo abusado el rey de una monja novicia, Dunstan le impuso una severísima penitencia. Además le escitó á acreditar suma rigidez contra los delincuentes, contra los sacerdotes que iban de caza ó se dedicaban al tráfico y á la incontinencia, y á estirpar los restos del paganismo, la nigromancia, los encantamientos. Prohibió que los sacerdotes celebraran más de tres misas al dia, y ordenó las penitencias canónicas; siete años de penitencia por el homicidio consumado, tres por el deseo de cometerlo y así sucesivamente. No obstante podian ser conmutadas; en vez de un dia de ayuno se podian recitar doscientos veinte salmos con sesenta genuflexiones y sesenta padre-nuestros. Una misa equivalia á dos dias de abstinencia. Cabia asimismo hacerse ayudar por otros en el ayuno hasta poder cumplir en tres dias las penas de siete años. Edgardo sostuvo estas reformas con su autoridad, y exhortaba á los obispos á unir la espada de Pedro á la de Constantino.

A la muerte de este príncipe (975), San Dunstan entra en la asamblea nacional con la cruz en alto y proclama rey á Eduardo, escluyendo á sus competidores: le consagra, y le sirve de padre durante dos años de reinado. Pero Elfrida, su madrastra, á quien el rey difunto, su esposo, habia condenado por su licenciosa conducta á no llevar la corona en siete años, hizo que le asesinaran en una partida de caza y le sustituyó su hijo (978). Si las largas penitencias á que se sujetó ella tranquilizaron su conciencia, no disminuyeron el horror que esperimentaba el pueblo, tanto más, cuanto que el reinado de Etelredo II fué desgraciadísimo.

Luego que los sajones avasallaron á los daneses, que les habian dado hospedaje, pesaron sobre es-

(7) *Cron. Sax.* ap. GIBSON.

tos con más rigor del que solian emplear respecto de sus compañeros de armas; pero de este modo se acostumbraron á la tirania, efecto y pena de las conquistas. Aumentábanse, pues, los odios, y los daneses no cesaban de suspirar por su patria, solicitando continuamente su auxilio. Apenas se dió á conocer Etelredo por un príncipe débil, volvieron los piratas escandinavos á infestar las costas, que no estaban defendidas ya por la escuadra. Vanamente compró la primera vez su retirada mediante diez mil libras de plata; en breve se asociaron Suenon, rey de Dinamarca, y Olao rey de Noruega (1002), para correr á atacar á aquel príncipe que pagaba á sus contrarios en vez de combatirlos. Desembarcaron en el Northumberland, donde plantaron una lanza en tierra, y echaron la otra al primer rio que encontraron á su paso. Llamando luego á las armas á los daneses habitantes del pais, más bien reprimidos que dominados, pusieron en fuga á Etelredo, quien no consiguió librarse de los extranjeros sino aumentando cada vez más el precio del rescate. La indignacion del pueblo para con aquellos feroces invasores subió de punto al ver los ultrajes que inferian á los sacramentos, pues algunos se jactaban hasta de haber recibido veinte veces el bautismo; en consecuencia los sajones levantándose en masa la noche de San Bricio, degollaron á todos los daneses que se habian establecido nuevamente en Inglaterra, desde los más ancianos hasta los niños de pecho (13 de Noviembre).

Una flota, toda compuesta de hombres libres y de jóvenes que Suenon condujo á la venganza taló el pais por espacio de tres años: luego los invasores admitieron un rescate de treinta mil libras, y otro de cuarenta mil posteriormente.

San Elfego.—Habiendo caido en sus manos el arzobispo de Cantorbery, Elfego, rehusó hasta el último momento rescatarse; repitiendo una y muchas veces que no queria abastecer de carne cristiana los dientes de los idólatras, y exortándoles á convertirse si querian libertarse de la suerte de Sodoma. Cansados al fin de sus predicaciones y de su constancia, le dieron una cruel muerte. San Elfego fué objeto de la admiracion á su valor debida (8), y solo el menosprecio cupo en suerte al indolente Etelredo, cuyas humillaciones no impidieron que Suenon ocupara toda la isla y tomara el título de rey (1013).

Se necesitaba el áspero rigor de la dominacion extranjera para que los anglo-sajones echaran de menos á Etelredo. Con efecto, apenas cerró los ojos Suenon (1014), cuando le llamaron de la Normandia, donde se habia refugiado cerca de su cuñado, el duque Ricardo. Inmediatamente Canuto, hijo de Suenon, que debia sucederle en Inglaterra, hizo mutilar todos los rehenes que se hallaban en su poder, y despidiéndolos así á sus casas, comenzó la guerra contra Etelredo. Cuando este último terminó sus dias (1016), su hijo Edmundo obligó á Canuto á que le cediera parte del reino, señalando el Támesis por límite; pero al morir este príncipe, asesinado por su cuñado Edrico (1017), entró Canuto en posesion de toda la isla, después de haber jurado á los jefes reinar con justicia y bondad, y tocado con la mano desnuda la mano de los principales de ellos.

Canuto.—Al principio se mostró receloso, persiguiendo á los príncipes de sangre real, y á los que habian defendido con más valor su patria; luego que se hubo afirmado en el trono gobernó generosamente, licenció á la Escandinavia gran parte de sus tropas, y no estableció diferencia alguna entre los daneses y los sajones, antes bien, declaró en vigor sus antiguas costumbres. Celoso por el cristianismo fundó iglesias, restableció la contribucion de un dinero que cada casa debia pagar al papa; este era el *dinero de San Pedro*. Como le llamara un adulador el árbitro del Oceano, se sentó á la orilla en el momento en que subia la marea, y le demostró que las olas no le respetaban. De vuelta de la peregrinacion, de que hemos hablado (p. 525), hizo adoptar en un witenagemot celebrado en Winchester, un código semejante á los de los demás reyes bárbaros con las modificaciones introducidas por el cristianismo. Prohibió á los lores que obligasen á contraer nupcias contra su gusto á las hijas de un vasallo y á todos vender á los cristianos en paises extranjeros, para que no estén obligados á cambiar de fe. Mantuvo en vigor las tres legislaciones personales vigentes en el Wesser, en la Mercia y entre los daneses.

Cuando el *gran rey* terminó su existencia, se hizo imposible la fusion que habia intentado, y operando la nacionalidad sordamente una reaccion contra la union, sus tres reinos fueron repartidos entre sus hijos. Pero Hardecanuto, á quien tocó la Inglaterra (1036), fué desposeido por Haroldo, y de aquí resultó una guerra de nacion á nacion, aunque de hermano á hermano en la apariencia. Un hijo de Etelredo, llegado de Normandia para sostener sus derechos, fue degollado con muchos centenares de sus compañeros, y se equilibraron los triunfos hasta que con la muerte de Haroldo recobró el reino Hardecanuto (1039), cuyo reinado fué corto, si bien le dió tiempo á acreditarse de implacable y de avaro. Hacia que le sirviesen cuatro comidas al dia, y el conde Godwin, hombre que desde la condicion más humilde se habia elevado á las más altas dignidades, le regaló un buque de tamaño ordinario cuya popa estaba completamente cubierta con hojas de oro. Durante este tiempo permanecian los sajones oprimidos por el insolente orgullo de los conquistadores, que alojándose á discrecion en sus casas no permitian á su huésped beber ni sentarse en su presencia,

(8) Anselmo, uno de sus sucesores, decia al arzobispo Lanfranco: «Creo que es verdaderamente mártir aquel que prefiere morir á inducir en error á los suyos. Juan Bautista murió por la verdad, Elfego por la justicia; ambos por Jesucristo que es la verdad y la justicia.»

y trataban de rebeldes á los que se atrevian á defender su hacienda, sus mujeres y sus hijas.

Habiendo muerto Hardecanuto de repente en un banquete (1041), se sublevaron los sajones contra los daneses, á quienes obligaron á regresar á su patria, y eligieron por rey á Eduardo, hijo de Etelredo. Desprovisto este príncipe de las brillantes cualidades que se admiran y se maldicen, llegó de Normandia, donde se habia refugiado, y se casó con la hermosa é instruida Edita, hija de Godwin, principal motor de los últimos sucesos. Se decia proverbialmente: *Edita ha nacido de Godwin como nace la rosa de la espina.*

Entonces se pensó en restablecer las costumbres anglo-sajonas, tanto, que las leyes de Eduardo el Confesor, han quedado en las memorias como tipo de los privilegios nacionales, aunque él no dictó ningunas. El *danegheld*, tributo percibido primeramente para el mantenimiento del ejército contra los daneses, y luego para pagar el tributo á éstos, quedó abolido como inútil, desde el momento en que su poder se debilitó fuera. Aquellos que se habian establecido en el pais permanecieron allí entregados á trabajos pacíficos, y se fundieron con los naturales.

Aunque al recibir la corona prometió Eduardo no conferir empleos á los normandos (9), entre los cuales habia pasado su juventud, antiguos beneficios valieron á algunos de aquellos extranjeros, cargos y la confianza del rey. No se hablaba más que el idioma normando en la corte: las casacas normandas habian reemplazado el manto sajon, y las cosas habian llegado á tal punto, que los ingleses decian haber caido de nuevo bajo el extranjero yugo. De la burla se pasó al insulto, luego se vino á las armas. Godwin y sus hijos se unieron á los descontentos, pero fueron derrotados y proscritos. Procediendo entonces Eduardo con más osadia, como acontece cuando se ha desbaratado una trama, señaló dignidades seculares y eclesiásticas á los normandos, cuyas intrigas é insolencias ofendian á la nacion. Godwin y sus hijos volvieron á empuñar las armas, y cediendo el rey Eduardo á los consejos de los prudentes, admitió su homenage y amistad. Asustados entonces los normandos, abandonaron sus empleos para huir del pais, de donde fueron desterrados por un witenagemot No contento Godwin con este triunfo, volvió á intrigar con objeto de apoderarse del trono, pero la muerte llegó á desbaratar sus proyectos. Tornó á emprenderlos su hijo Haroldo, valiente guerrero (1053), á quien sus victorias hicieron adquirir mayor crédito en el favor del pueblo, y que llegó á ser jefe del partido opuesto á los normandos. Sin embargo, debia ser el principal instrumento de su grandeza.

Guillermo el Conquistador.—Entre el número de los huéspedes que llegaron de Normandia á visitar al rey Eduardo, se contó Guillermo (10), bastardo y sucesor de Roberto, duque de Normandia, apellidado el Diablo. Educado este príncipe en el ejercicio de las armas, su primera y única enseñanza, adquirió valor y ferocidad, y aquella ambicion que admite toda clase de medios para alcanzar sus fines. Cierto dia que los ciudadanos de Alenzon, cuyas murallas asediaba, se habian puesto á tundir cuero, para echarle en cara que su abuelo habia sido zapatero de viejo, mandó al instante cortar los piés y las manos de los prisioneros caidos en su poder, y arrojar dentro de la ciudad aquellos despojos. Mientras que los demás no buscaban en Inglaterra sino el favor regio y dinero, él se ocupaba en examinar las fuerzas y riquezas del pais; y el deseo de apoderarse de él, que se habia despertado en su alma, se convirtió en esperanza de lograrlo, al encontrar allí tantos normandos, y ver los muchos homenajes de que era objeto. Eduardo, que le habia recibido como á un antiguo amigo, á su vuelta le entregó un hijo y un sobrino de Godwin, que tenia en rehenes, para que los custodiase. Cuando Godwin cesó de inspirar temores, Haroldo suplicó á Eduardo que le permitiese ir en persona á traer los dos rehenes; y aunque el monarca, desconfiando de la astucia normanda, se lo consintió con dificultad, él se puso en marcha como para un viaje de recreo, con el halcon al puño y sus lebreles en trailla. Habiéndole hecho zozobrar una tempestad junto á las tierras de Guido, conde de Ponthieu, éste le detuvo prisionero por derecho de albinaje, hasta que informado de su cautiverio el bastardo de Normandia pagó por él un enorme rescate, y le hizo en sus dominios una urbana acogida, aunque le reconociera por uno de los más encarnizados enemigos de los normandos. Detúvose por largo tiempo, mostrándole parte por parte el pais; hizo caballeros á los dos rehenes que le restituia, y les indujo á *probar las nuevas espuelas* en una espedicion contra los bretones; después de haber ganado el reconocimiento Haroldo, le dijo: «Cuando desterrado Eduardo vivia conmigo bajo el mismo techo, me prometió hacerme su heredero si llegaba á ser rey de Inglaterra. Si me ayudas á realizar esta promesa, saldrás bien librado, y no te negaré nada de lo que me pidas.» Y antes de que Haroldo pasmado hubiese hallado una respuesta: «Darás tu hermana en matrimonio á uno de mis barones; te casarás con mi hija Adela: al partir me dejarás uno de los dos rehenes; te le restituiré luego que haya desembarcado en Inglaterra, donde fortificarás el castillo y lo entregarás á mis soldados.»

Haroldo estaba en la corte, hablaba con un príncipe, su bienhechor: y así nada pudo negarle, reservándose desmentir aquel tratado, en cuanto se viese dueño de sí, en punto seguro; pero Guiller-

(9) Designaremos desde ahora de este modo á los normandos establecidos en Normandia, á quienes veremos en breve conquistar la Inglaterra.

(10) *Ego Guillelmus cognomento Bastardus.* Rer. Franc., XXII, p. 568.

mo, convocando una junta de los señores normandos, invitó á Haroldo á que jurase, con la mano puesta sobre dos relicarios, que cumpliria la palabra empeñada. Tampoco de esto pudo librarse; pero no bien hubo pronunciado el juramento, cuando Guillermo mandó levantar el tapete en que estaban los dos relicarios, y mostró debajo de él (astucia propia de la época), una urna llena hasta el borde de las reliquias más veneradas de Normandia. La supersticion hizo que Haroldo se creyera más obligado que antes por un juramento prestado á tantos santos y de tal nombradia; y á su vuelta contó ingénuamente al rey Eduardo lo que habia acontecido, y viendo en esto la mano de Dios, esclamó: «El señor ha tendido su arco, ha preparado su espada y la esgrime como un guerrero; su cólera se manifestará por el hierro y por *las llamas*. Rogaba al cielo que no le reservara para ser testigo de las calamidades que se preparaban, y como este temor le entristeciese y acortase su vida, exhortó á los jefes de la nacion, á que no teniendo él hijos escogieran por rey á Haroldo como el único capaz de hacer frente á la tormenta. Aquellas voces y estos consejos divulgados entre el pueblo, esparcian un terror vago, una tremenda aspectacion.

Haroldo se esforzó por reanimar á los suyos y por restablecer el órden, puso nuevamente en vigor los usos anglo-sajones, y habiéndole intimado Guillermo de Normandia que descendiera del trono (1066) sino queria esponerse á los mayores infortunios, respondió que reinaba, no por su voluntad, sino por eleccion del pais. Entonces Guillermo, uniendo la astucia al denuedo, alegó la promesa de Eduardo y de Haroldo, la matanza de los daneses en la noche de San Bricio, y la de los normandos que habian acompañado á Alfredo. Entre tanto levantó tropas, pidió socorros á la Escandinavia, y halló apoyo en Tostig, hermano de Haroldo, en los condes de Anjú y de Flandes, en Enrique IV, emperador de Alemania, y en otros príncipes irritado de lo que llamaban *mala fe del sajon*, ó seducidos por el hombre que más gritaba y podia. Este acusó á Haroldo de sacrilegio y perjurio ante la corte de Roma; y porque él se desdeñó de presentar allí su defensa, la asamblea de los cardenales, á instigacion de Hildebrando, que fué después Gregorio VII, le declaró excomulgado, y autorizó á Guillermo para que ocupase aquel reino, dándole como señal de investidura la bandera y el anillo que contenia un cabello de San Pedro.

Tales muestras de favor decidieron á los normandos, mal dispuestos en un principio, y de todas partes acudieron aventureros codiciosos de botin, de feudos, de gloria; pero Tostig, que intentó el desembarco antes que otro alguno, fué rechazado. Habiendo operado por su parte Haroldo III, rey de Noruega, una embestida con doscientas velas, quedó igualmente derrotado por el rey inglés, y tuvo á dicha que le permitiera volver con veinte naves. Pero á los pocos dias abordaba á aquellas playas Guillermo en persona (29 de setiembre de 1066). y echaba á tierra en Sussex un ejército de sesenta mil hombres, guerreros escogidos, con resplandecientes armas, vigorosos corceles, que confiados en la victoria se sentian además animados por los poetas Berdico y Tallaferro, cuyos cantos celebraban las proezas de los paladines de Carlomagno (11).

Los normandos en Inglaterra.—Al poner el pié en tierra cayó Guillermo; y para que los suyos no lo tomasen por un mal agüero esclamó: «He cogido con mis manos esta tierra, y vive Dios que es nuestra toda.» Envió un monje á Haroldo, proponiéndole abandonar el reino, ó someter la decision de su cuestion, al papa ó al juicio de Dios, en un combate singular. No aceptó el rey ninguna de estas proposiciones y se dió la batalla en Hastings; en la que á pesar de los prodigios de valor, fueron derrotados los ingleses, y Haroldo quedó entre los muertos con la flor de los suyos (12).

---

(11) *Taillefer ki moult bien cantout*
Sor un cheval ki tos alout,
Devant li dus alout cantani
De Karlemaine et de Rollant;
E d'Olivier et des vassals
Ki morurent en Ronchevals.

Crónica en versos anglo-normanda de Brut de Wace, titulada la *Novela de Ru*, escrita en verso en el siglo XII, y publicada con escelentes notas por Federico Pluquet: Ruan, 1827, 2 tomos.

(12) Guillermo de Malmesbury escribia hácia mediados del siglo XII. «Los anglo-sajones, mucho antes de la llegada de Guillermo el Conquistador, habian abandonado el estudio de las letras y el de la religion. Los clérigos se contentaban con una instruccion confusa, apenas balbuceaban las palabras de los sacramentos, y era maravilla si alguno de ellos conocia la gramática. Su ocupacion era beber juntos dia y noche. Se comian sus rentas á la mesa en casas pequeñas y miserables, muy diferentes de los franceses y normandos que hacen poco gasto en grandes y soberbios edificios. De aquí proceden todos los vicios que acompañan la embriaguez y afeminan al hombre. Después de haber resistido á Guillermo con más temeridad y ciego furor que ciencia militar, vencidos los anglo-sajones sin esfuerzo en una sola batalla, caen con su patria en una dura servidumbre... Los vestidos de los ingleses bajaban hasta la mitad de la rodilla: tenian los cabellos cortos, la barba afeitada, los brazos llenos de pulseras de oro, la piel pintada de adornos de colores. Comedores hasta rayar en crápula y perder la razon, comunicaron estos vicios á sus vencedores, al paso que adoptaron en otras cosas las costumbres de los normandos. Por su parte los normandos eran, y son aun en el dia cuidadosos en sus vestidos, delicados en su alimento, pero sin esceso, acostumbrados á la vida militar, é incapaces de vivir sin guerra. Ardorosos en el ataque, saben, cuando la fuerza no les basta, emplear la astucia y la corrupcion. Envidian á sus iguales, quisieran sobrepujar á sus superiores, y despojando á aquellos que le son inferiores, les protegen contra los extranjeros. Leales para con sus señores, la menor ofensa les hace renunciar á su fidelidad. Saben poner en balanza la perfidia y la fortuna, y venden el juramento. Son de todos los pueblos los

No obstante esto no cesó la resistencia; Guillermo tuvo que apoderarse sucesivamente de todas las ciudades y castillos, ya á viva fuerza, ya con negociaciones. Habiendo sido elegido rey Edgar, sobrino de Eduardo III, las *ansas* ó ligas comunales de las ciudades, y principalmente de Lóndres, se prepararon á la defensa. Pero cuando vieron que sus esfuerzos eran inútiles, se sometieron; y el dia de Navidad fué proclamado Guillermo soberano de Inglaterra. No era ya un príncipe elegido por la nacion, y la ceremonia de la coronacion fué un insulto á los vencidos, que se mantenian respetuosos por millares de hombres de armas á caballo, que disponian los aplausos ó el silencio.

Aunque Guillermo no tardó en construir en Lóndres la famosa Torre (1067), no se atrevia á vivir allí, y salia frecuentemente para contínuas espediciones. Impuso enormes contribuciones de guerra, y confiscó los bienes de todos los que habian seguido la bandera nacional, y dividió los despojos, enviando una buena parte al papa juntamente con la bandera de Haroldo, y á las iglesias del continente en que se habian dirigido al cielo oraciones é himnos por su triunfo.

Los fuertes y las ciudadelas que hacia construir en todas partes empleando los brazos de los sajones, eran una prueba de la poca confianza que le merecia el afecto de los vencidos, que tampoco él procuraba adquirir. Estos, desarmados é insultados en sus más caros y sagrados sentimientos, eran los únicos que escaseaban de todo, y perecian en medio de la horrible miseria que durante algunos años siguió á los desastres causados por la guerra mientras que los extranjeros vivian alegres y se hartaban del pan arrancado de la boca de los que lo habian empapado con su sudor. En todos los parages en que ondeaba la bandera de los tres leones, los pastores normandos y los tejedores de Flandes se convirtieron en barones y señores feudales. Los capitanes obtuvieron las ciudades y las tierras jurándose vasallos de Guillermo, y las subenfeudaron á caballeros dependientes suyos, á cuyas órdenes estaban sujetos los escuderos, como á las de estos, á su vez los hugieres y criados; todos eran poseedores ó más bien tenedores de un trozo de tierra, todos habian sido ennoblecidos por la victoria. Sobrenombres burlescos se trasformaron en honoríficos títulos de familia, de que hoy se glorian los altivos britanos. Orgullosos con tener por servidores á personas más ricas que lo que lo eran sus parientes en su patria, obligaban á las doncellas nobles á casarse con ellos (13), y tomaban por queridas á las que reunian pocos bienes de fortuna: hasta se dió un feudo á la jugadora de manos Adelina, porque habia divertido al ejército.

No pudiendo soportar las provincias del Oeste tanta insolencia se sublevaron (diciembre); pero Guillermo volvió del continente y prometió á los vencidos que serian regidos por sus leyes nacionales como en tiempo de Eduardo, y cada uno gozaria de la herencia paterna. Separó de esta manera á Lóndres de la causa de los insurrectos, que falta ya de union, sin castillos ni jefes hábiles, fueron sometidos á viva fuerza. Mas como recurriesen de vez en cuando al puñal, último recurso de los débiles, Guillermo puso en vigor, para seguridad de los vencedores, la costumbre anglo-sajona de la mútua garantia. Encontróse de esta manera responsable el canton de la multa, ya fuese ó no inglés el individuo muerto. Dispuso tambien que toda luz se apagase á las ocho, á las campanadas de la queda; esta era una precaucion comun á otros paises del Norte; se recurrió entonces á ella para tener sujeta á una poblacion que sobrepujaba en número á los conquistadores. Como no obstante era imposible arrancar á los ingleses el último patrimonio de los vencidos, sus recuerdos, se multiplicaron las guerras y crueldades y perecieron, segun se dice, cien mil hombres.

Algunos anglo-sajones volvieron á Dinamarca y Noruega, de donde en otro tiempo habian venido sus padres, ó entraron á servir en el cuerpo de los varangios en Constantinopla. Los que quedaron se refugiaron en las selvas, infestando los caminos para recobrar por partículas lo que habian perdido de un golpe. Glorificándose con el título de bandidos *(outlaws)*, continuaron la guerra y difundian el terror en el seno de la paz. Entre los pantanos al Norte de Cambridge, habian formado su *campo de refugio* (1070), donde vivian seguros contra los ataques del enemigo, y desde allí se lanzaban á emprender correrias, ejecutando actos que los vencedores llamaban asesinatos, y ellos venganzas. Los monjes les ayudaban, como hemos visto que lo han hecho en nuestros dias en el Tirol y en España, teniendo inteligencias con los insurrectos, reanimando el odio contra los invasores. Daban á los sajones asilo en los monasterios, guardaban en depósito su botin ó los alimentaban con los donativos de la devocion. A pesar de todo, el campo de refugio acabó por ser destruido (1072), y el desaliento de los rebeldes aumentó la audacia de los opresores.

Escocia.—El mayor número y los más fuertes de los fugitivos se habia retirado á las montañas de Escocia con Edgar, rey legítimo, puesto que era el elegido de la nacion. En esta comarca habian quedado los antiguos pictos, bretones y escotos, sin

---

más inclinados á la benevolencia, tributando tanto honor á los extranjeros como á sus compatriotas, y no desdeñan contraer matrimonios con los vencidos. *De gestis reg. Angl.*, libro III, Rer. Fran., X, 185.

(13) *Nobilis puellæ despicabilium ludibrio armigerorum patebant, et ab immundis nebulonibus oppresæ, dedecus suum plorabant... Clientes ditiores haberent quam eorum in Neustria fuerant parentes. A buccis miserorum cibos abstrahentes.* Crónicas segun THIERRY.

haber tenido que sufrir á consecuencia de la invasion de los daneses, y gobernándose por sí mismos. Habian vencido los escotos de la montaña á los pictos de la llanura, y Kennet II habia llegado á ser rey de todo el pais (833), que tomó entonces el nombre de Escocia. Teniendo los pictos el mismo orígen que los vencedores, no se estableció allí la servidumbre del terruño; antes bien á fin de aumentar su autoridad favorecieron los reyes á los habitantes de la llanura, que les servian para dominar los clanes de los montañeses. Malcolm III, que reinaba entonces, dió asilo y empleo á Edgar y á sus compañeros; mas Guillermo acudió para estinguir aquel foco de independencia que se formaba hácia el lado de Escocia, y después de haber tomado una vez y otra á York (1069), persiguió á los anglios hasta la muralla romana. Este territorio se repartió á la sazon entre los invasores, quienes acabaron de someter la comarca, y Edgar renunció nuevamente á su vano título de rey.

Guillermo se hizo coronar entonces por tres legados pontificales en la abadia de Westminster (1070), donde el arzobispo de York preguntó á los anglios si estaban satisfechos de tener por rey al duque de Normandia; y el obispo de Coutance dirigió la misma pregunta á los sajones, y les respondió un estruendo de aclamaciones tan sinceras y tan espresivas como se pueden esperar en semejantes circunstancias. Habiendo tomado los soldados que rodeaban por precaucion la iglesia aquel estrépito por un grito de rebelion, prendieron fuego á las casas contiguas.

Gobierno.—La conquista de los normandos restringió la gran libertad de que disfrutaba el pais bajo la dominacion sajona: todo se hacia entonces por el pueblo, que no solo deliberaba en las asambleas nacionales, sino que tambien estaba representado en cada una de las divisiones políticas del territorio; nombraba á los magistrados encargados de velar sobre el órden público, los cuales daban cuenta luego á la asamblea general. Todavia en la actualidad luchan entre sí en Inglaterra los dos elementos sajon y normando, es decir, la libertad popular y el privilegio feudal.

El feudalismo, ya establecido entre los normandos, fué trasplantado por Guillermo á la isla, donde aun era desconocido. Dividió los primitivos alodios en sesenta mil y quince baronias, de las cuales dió veinte y ocho mil y quince al clero, y treinta y dos mil á los magnates normandos como feudos hereditarios, donde ejercieron una jurisdiccion completa con tribunal especial. Tutores legítimos de los hijos dejados por sus vasallos, pudieron casar á sus hijas con quien les convenia; idea paterna que ocasionó en Inglaterra indecibles vejaciones, el despojo de los huérfanos y el tráfico de la mano de las herederas.

Podian los barones subinfeudar sus posesiones á *caballeros*, que quedaban sujetos, en una parte proporcional, á las obligaciones de su señor respecto del soberano. Tambien los obispos y los abades estaban obligados á suministrar al rey ginetes en proporcion de sus feudos. De esta suerte comenzó la aristocracia inglesa, que ha subsistido hasta nuestros dias asociándose con el otro elemento de la industria moderna; duracion tan sorprendente como la de la dominacion del senado romano y la de los papas. Celosa por defender y conservar el territorio de su patria tanto como los romanos el *ager*, dispensa después con largueza á sus conciudadanos las tierras de los vencidos; goza de inmensos privilegios, pero indemniza á la nacion por la ciencia y el ingenio con que dirige el comercio y por el órden que sabe sostener.

Bajo la Heptarquia cada rey tenia algunos bienes, cuyo goce le estaba reservado. Reunidos todos desde entonces en las manos de Guillermo, fué el monarca más rico de Europa, no poseyendo menos de mil cuatrocientas heredades. Tambien se reservó las cazas por medio de prescripciones estremadamente rigurosas, y cerca de Westminster, su residencia ordinaria, hizo plantar la *selva nueva*, de treinta millas de longitud, demoliendo casas, conventos y treinta y seis parroquias. Todo el que mataba allí á un jabalí ó á un ciervo ó cortaba una rama, era condenado á perder los ojos, á la par que el asesinato de un hombre se redimia mediante una libra de plata. *Ama á las fieras como un padre* (14), decian las sátiras de aquel tiempo; pero su pensamiento secreto era arrojar de aquel punto á los outlaws que se mantenian allí con las armas en la mano. Esto fué lo que le hizo constantemente avaro hasta lo sumo de concesiones de derecho de caza, con gran disgusto de los naturales, que vivian de ella, y de sus normandos, que eran apasionadísimos á este recreo.

Feudalismo.—Siendo Guillermo, fuerte por sí mismo, y hallándose al frente de un gran número de nobles dóciles á sus leyes, distribuyó los feudos á quien quiso y bajo las condiciones que le plugo imponer; así, estableciendo un feudalismo gerárquico, el general conquistador quedó en clase de rey, los capitanes se convirtieron en barones y los soldados en caballeros. Mientras que en el resto de Europa se aflojaban tanto los vínculos entre los vasallos y el monarca, la corona de Inglaterra conservó tanto poderio sobre el primero de sus vasallos, como sobre el súbdito de la más ínfima clase. Hallándose aborrecidos y desparramados los feudatarios en escaso número en medio de una poblacion grande, se agruparon entorno de Guillermo, que lo podia todo en favor de su defensa y del territorio conquistado. Eran los feudos más pequeños y estaban más diseminados que entre los francos, y al paso que estos al encumbrar al trono á la nueva dinastia de los Capetos, la impusieron condiciones, Guillermo se las dictó á sus vasallos, á quienes convocaba á las asambleas para dar más

(14) *Swa Swithe he ludofe tha heoder swylce he wäre heora fäder.* Cron. Sax. ap. GIBSON.

fuerza á los decretos reales, y disminuir la de los tribunales feudales en las causas civiles y criminales. A diferencia del feudalismo normando, Guillermo hizo que le prestaran homenaje, no solo los señores, sino tambien los caballeros, quienes con esto dependieron del rey inmediatamente. De este modo era verdaderamente monarca de Inglaterra, al paso que en Francia no era el príncipe más que jefe de los barones. De aquí salió una monarquia, feudal en sus formas, absoluta de hecho, que mantenia la independencia hasta sofocar la libertad.

A imitacion de Alfredo mandó levantar el catastro de todos los bienes raices, donde están descritos los condados con todas sus divisiones, los nombres de los antiguos y de los nuevos propietarios, el número de las tierras, de los molinos, de los estanques, con la calidad, valor, cargas, alquileres, el número de siervos sajones, de bestias, de abejas, de arados. Este libro, que todavia subsiste, era llamado por los sajones libro del *Juicio final* (*doomsday book*), porque sancionaba su espropiacion. Se le consultaba, dice Polidoro Virgilio, siempre que se queria saber cuanta lana se podia esquilar aun de las ovejas inglesas. Se hallaba redactado con arreglo á declaracion juramentada; no era un reglamento administrativo, sino un catálogo militar del género del que formaron algun tiempo después los cruzados respecto de la Grecia conquistada. Muchos normandos que en un principio se habian apropiado bienes raices sin más derecho que el de la fuerza, se vieron entonces privados de ellos; pero contra el uso de los demás paises, los mismos conquistadores quedaron sujetos al impuesto que anteriormente pagaban las tierras á los reyes sajones.

Guillermo impuso además otra contribucion á los nobles para dispensarlos del servicio militar, y le sirvió para asalariar á hombres obedientes á su más mínima seña. Continuó percibiendo el danegheld para el sostenimiento de las tropas auxiliares.

Clero.—Al antiguo clero sajon, ignorante é intruso, se sustituyó violentamente otro mejor, que no fué admitido en la nueva organizacion social sino como propiedad personal, como vestimenta de la tierra. Lanfranco de Pavia, el teólogo más insigne de aquel tiempo, pasó desde la abadia de Caen en Normandia al arzobispado de Cantorbery, no por eleccion del clero, sino por la voluntad del rey. Empleóse con fervor en restaurar las iglesias desoladas, y en plegar á la obediencia á los vencidos. Se dirigia el rey por sus consejos, y cuando Guillermo salia de la isla, él era quien gobernaba en su nombre. En medio de las ruinas de las aldeas se alzaron muchas abadias, y para poblarlas afluian colonias de monges del continente, como habian ido los guerreros para repartirse los despojos. Guillermo se mostró generosísimo con los prelados; pero el clero abusó de estas disposiciones del rey para sobrecargar á los vencidos; así por una parte aparecia el lujo, la ociosidad, el poderio; por otra el trabajo, la humillacion, la miseria. Demasiado distante Roma para conocer el mal y aplicarle remedio no veia más que celo en lo que era opresion realmente.

A pesar de todo, Guillermo no se dejó avasallar por el clero; prohibió á los eclesiásticos salir del reino sin su permiso: exigió que todo decreto de los concilios fuera sometido á la sancion real, sin la cual no se podia escomulgar á ningun oficial ni baron. Pareciendo que se habia reconocido vasallo de la Santa Sede con marchar bajo la bandera papal á la conquista de Inglaterra, cuando Gregorio VII le exigió homenaje en nombre del reino, le respondió con una negativa (1076). Prohibió al clero asistir á los concilios congregados entonces en virtud de la cuestion de las investiduras, y confirió los beneficios eclesiásticos á pesar de la prohibicion de Roma. Después separó los negocios eclesiásticos de los seculares, en que conocian poco antes igualmente los mismos tribunales, fortificó la jurisdiccion de las curias, mandando que todo el que fuera citado ante ella compareciera sin escusa; que no se pudiera apelar de sus fallos ante los tribunales seglares, sino solamente ante el tribunal supremo, y que la autoridad real aseguraria la ejecucion de las sentencias.

Los vencidos.— Guillermo convocó á Londres doce hombres de cada provincia á fin de que hicieran bajo juramento una esposicion exacta de las costumbres del pais. Fueron reunidas en un código redactado en francés, y se ordenó que fuera observado. Dícese que estas leyes no eran otras que las del rey Eduardo III (15); y pudiera elogiarse la clemencia del conquistador por habérselas dejado á los vencidos. Pero ¿qué valor tenia semejante don sin la independencia y cuando el normando era por derecho superior y podia violarla á su antojo, acostumbrado como estaba á hacer su voluntad sin freno legal ni respeto humano? Ningun vínculo enlazaba al vencedor con el vencido; separados de raza y hablando distinto idioma, el uno se hallaba privado de su independencia, de sus bienes, de su tranquilidad, condenado á la obediencia y al trabajo, á la par que el otro quedaba en posesion de la autoridad y del territorio. Fué adoptada la lengua francesa en la enseñanza en los actos públicos, en la conversacion, en el púlpito, de donde provinieron los muchos modismos extranjeros, que unidos al sajon, constituyeron la lengua inglesa, que ocupa el término medio entre las lenguas romana y teutónica. Hablar el sajon fué señal de humilde nacimiento, aunque no por

---

(15) *Electi sunt de singulis comitatibus duodecim viri sapientiores, quibus jurejurando injunctum erat coram rege Willelmo, ut, quoad possent, legum suarum et consuetudinum sancita patefacerent, nil prætermitentes, nihil addentes.*— TH. RUDBORN, Anglia sacra, pág. 259.—*Ces sont les leys et les coustumes, que li reis Williaume grantat á tout le peuple de Angleterre, ice les meismes que li reis Edward, son cosin, tin devant lui.* INGULF CROYL.

eso renunció á hablarlo el vencido, y en este dialecto deploró sus miserias y maldijo al extranjero.

No era menos hábil Guillermo en proporcionarse dinero que en ganar batallas. Luego que habia intimado una órden no prestaba oidos á reclamaciones. Sin tolerar más rapiñas que las suyas mantuvo la tranquilidad pública, después de haber destruido el latrocinio é impidiendo las venganzas privadas. Esta fué una de las ventajas de la conquista: produjo otra aumentando las comunicaciones con la Francia y Roma, lo cual hizo cesar los malos efectos del aislamiento; mejoró el estudio de las ciencias y pulió las costumbres. Además se halló preservado el pais de nuevas invasiones por parte de los escandinavos.

Guillermo estaba malísimamente dispuesto contra Felipe rey de Francia, cuando éste, para burlarse de su gordura, le mandó á preguntar si pariria pronto: *Por el esplendor y la Natividad de Dios*, esclamó (este era su habitual juramento), *que cuando salga á misa de parida encenderé tantos cirios en Nuestra Señora de Paris que se maravillará el rey de Francia.*

Muerte de Guillermo.— Efectivamente, avanzó con un ejército en contra suya (1087), talando las maduras mieses, arrancando los viñedos, incendiándolo todo, pero habiéndosele espantado el caballo en Nantes, murió de su caida á la edad de sesenta y tres años (9 setiembre), sintiendo entonces los remordimientos de las devastaciones y de las crueldades que le habian valido el nombre de conquistador (16).

En el momento en que se iba á dar sepultura al *gran baron*, un tal Ascelino se acercó y dijo: «Obispos y clérigos, este terreno es mio: el hombre por quien orais me lo arrebató por fuerza para construir en ella la iglesia; yo no he vendido mi tierra, ni la he empeñado, ni la he perdido por culpa mia; me pertenece y prohibo que el cuerpo del ladron sea cubierto con mi tierra.» De consiguiente hubo necesidad de transigir con el reclamante; enseguida, habiéndose cavado aprisa la huesa, pareció demasiado angosta, de modo que le entraron á la fuerza y reventó, dejando el hedor apenas tiempo de echarle encima la tierra, pesada para el usurpador. Sus poetas celebraron sus virtudes reales, y acusaron de tercos y perversos á los ingleses por no haber amado á un rey tan pacífico y justo (17).

---

(16) La comision establecida en Falaise para erigir un monumento á Guillermo el Conquistador, publicó en 1846 un árbol genealógico, del cual aparece que descienden de él los actuales reyes de Inglaterra, de Prusia, de Cerdeña, de los Paises Bajos, el emperador de Rusia, el rey y el pretendiente de Francia.

(17) *Gens Anglorum, turbasti principem*
Qui virtutis amabat tramiten.
Diligeres eum, anglica terra,
Si absit impudentia et nequita tua.
Cujus regnum pacificum
Fuit atque fructiferum.
(Segun THIERRY).

CAPÍTULO VII

LOS NORMANDOS EN ITALIA.

No perdieron los normandos su aficion á las correrias y á las aventuras, ni aun cuando tuvieron una patria regida por instituciones civiles, con establecimientos y reinos fuera: muchos de ellos ponian su valor al sueldo de príncipes extranjeros, y hasta de los césares de Bizancio; otros acechaban todas las ocasiones de rapiña y de lucro, aunque ya no era tan fácil poner á contribucion la Europa, desde que se hallaba repartida entre algunos millares de barones atentos á defender sus tierras; cuando á todo paso de rio ó de montaña se presentaba un hombre de armas, con la lanza y el estoque, acompañado de enormes mastines, para detener al viajero y exigir el peaje, si es que no se apoderaba de su equipaje y de su persona.

Atemperando entonces los normandos las antiguas costumbres á las nuevas ideas del cristianismo, con el bordon y la esclavina, y con terribles armas debajo de la túnica religiosa, dispuestos á combatir en caso necesario y á robar si podian, iban en peregrinacion á los santuarios de Palestina, de Galicia, de Turena, y de Italia, calificando de sacrílegos á los que se atrevian á perturbarles en su viaje. Si se les presentaba una ocasion oportuna, traficaban, cuando no en otra cosa, en reliquias, estimadas porque venian de lejos, y que servian para aumentar el crédito de una iglesia ó la seguridad del baron que las llevaba debajo de la coraza cuando iba á esperar á su rival: y á veces encontraban en el camino una castellana con quien casarse ó un ducado que ocupar, no parándose en las culpas que pudiesen cometer, pues se prometian les serian absueltas al fin de su peregrinacion.

Episodio de Luni.--En otro tiempo Hastings y y Biorn hijo de Lodbrok, después de incendiada Paris (pág. 523), se propusieron saquear la capital del mundo cristiano. Reunieron cien barcas, saquearon en su tránsito las costas de España, tocaron en la Mauritania y las Baleares, y llegaron por último á una ciudad italiana con murallas etruscas flanqueadas de torres (867). Creyeron que tenian delante de sí á Roma; pero sabedores de que no era sino Luni, saquearon sus alrededores y volvieron á emprender su marcha al acaso. Habiendo encontrado á un peregrino, le preguntaron por donde irian mejor. *¿Veis estos zapatos de hierro, que llevo en los hombros? Están bastante gastados, y aun lo están más los que llevo en los piés: ahora bien, cuando salí de Roma, se hallaban nuevos, y desde allá aquí he andado sin interrupcion.* Asustados de tan larga travesia, retrocedieron. Así se expresa una crónica; pero otras septentrionales refieren, que tomando á Luni por Roma dirigieron á sus moradores palabras de amistad y les pidieron refugio y socorro, añadiendo que su jefe ardia en deseos de ser bautizado y de descansar. El obispo y el conde los proveyeron de cuanto necesitaban; Hastings fué bautizado; pero no por esto consiguió que se admitiese a sus compañeros en la ciudad. A los pocos dias el neófito cayó enfermo, y dió á entender que queria dejar su rico botin á la Iglesia, con tal que se le concediese sepultura en tierra sagrada. En efecto, cuando los gemidos de los normandos anunciaron su muerte, fué con gran pompa llevado á la catedral; pero al llegar allí, saltó armado del ataud, y ayudado por los suyos, asesinó al obispo y á todos los concurrentes. Dueños los normandos de la ciudad, advirtieron que no era Roma; y en su consecuencia, apoderándose de los objetos más ricos que encerraba, de las mejores mujeres y de los jóvenes capaces de manejar las armas ó de remar, se dieron de nuevo á la vela (1).

(1) Una leyenda italiana dice que el príncipe de Luni se enamoró de una emperatriz que viajaba en compañia de

Siglo y medio después, al volver cuarenta peregrinos normandos de Palestina á bordo de naves amalfitanas, abordaron á Salerno en el momento en que amenazaba á esta ciudad una escuadrilla de sarracenos: su valor ayudó á los habitantes á repeler al enemigo, y al despedirles el príncipe Guaimaro III, después de haberles galardonado dignamente, les invitó á volver con otros valientes de su patria. Lo que contaron á sus compatriotas de aquellos deliciosos climas, estimuló su inclinacion natural á las aventuras; y Osmundo Quarrel se encaminó allá, acompañado de cuatro hermanos y sobrinos, y de sus vasallos. Se establecieron en el monte Gargano (1015), monasterio longobardo muy frecuentado, y ofrecieron el socorro de su brazo á quien lo necesitara. Dos magnates de la Apulea, Melo y Dato, reclamaron los servicios de los extranjeros con el objeto de libertar á su patria del yugo de los catapanos imperiales, por lo cual Osmundo, describiendo la belleza del pais (2), y la cobardia de sus posesores, atrajo á otros aventureros que llegaron en bastante número y arrollaron á los habitantes todavia idólatras del monte de Júpiter (*San Bernardo*), y provistos luego de armas y caballos por Melo y unidos á las bandas de lombardos que él habia reclutado, marcharon contra los griegos. Al principio fué suyo el triunfo; pero no tardó en seguir á éste una completa derrota, en la que murió Osmundo; Melo huyó á Germania; Dato, cogido por traicion por los griegos fué arrojado al mar en un saco de cuero, los normandos dispersos tuvieron que ganar el sustento diario con sus espadas (1019), hasta que Sergio, duque de Nápoles, en recompensa de los servicios recibidos, dió á Rainulfo, hermano de Osmundo, la ciudad de Aversa, con el título de conde (1029).

La fortuna de sus hermanos llevaba cada año nuevos normandos á Italia, de suerte que la colonia de Aversa llegó á ser una potencia en medio de las poblaciones oprimidas (1035). Doce hijos de Tancredo de Hauteville, escasos de bienes de fortuna, bajaron tambien de la Normandia en direccion de aquellas playas, y el príncipe Guaimaro IV se sirvió de ellos para someter á Amalfi y á Sorrento (1038). Como entonces en favor de los longobardos, otras veces pelearon en favor de los griegos, mediante un sueldo, no por deber ni fidelidad; y Guillermo Brazo de Hierro, Drogon y Unfredo, jefes de la colonia militar, acompañaron á los imperiales para ir á quitar la Sicilia á los sarracenos; empresa que hubiera sido coronada por el éxito, á no interrumpir sus victorias la envidia de los griegos y la injusticia del general Maniakis, que no satisfizo su avaricia en el reparto del botin, y, antes por el contrario, mandó azotar á su intérprete (1040). Disgustados con tal proceder, volvieron al continente, decididos á arrancar de manos de los bizantinos la Apulia y la Calabria. Eran apenas setecientos de caballeria y quinientos de á pié, cuando se encontraron enfrente de sesenta mil imperiales, y habiendo el heraldo de armas propuesto la alternativa de retirarse ó combatir, *¡combatir!* gritaron todos á una voz; y un normando de una puñada mató el caballo del heraldo. Las llanuras de Cannas vieron otra vez derrotados á los romanos (1041) y solo quedaron á los griegos las plazas de Bari, Otranto, Brindis y Tarento. Los doce jefes normandos dividieron entre sí el pais, construyendo cada cual una fortaleza para la defensa de sus vasallos, y valiéndose á su antojo de las contribuciones señaladas á cada distrito. Quedó en comun la ciudad de Melfi como metrópoli y ciudadela del Estado, donde cada conde tenia una casa y un barrio separados (3). Los asuntos generales fueron tratados en reuniones militares. Luego eligieron en Matera, por jefe supremo, á Guillermo Brazo de Hierro, *leon en guerra, cordero en la sociedad, ángel en los consejos.* Se le confirió, segun la espresion de la carta normanda, *el derecho de gobernar con la vara de la justicia, y de terminar todas las disputas con la lealtad.* Al propio tiempo recibió de los indígenas el *estandarte del mando.*

Este feudalismo, que se habia formado entre dos imperios, no podia vivir y desarrollarse sino mediante el valor personal de aquel centenar de valientes, que en concepto de los italianos no eran sino bárbaros y aventureros; pues despojaban á porfia al pueblo, y ni el jefe tenia autoridad para reprimirlos. A fin de obtener un apoyo moral, pidió Guillermo al emperador Enrique III el título de duque de la Apulia y la investidura (1043), que fué confirmada á su hermano y sucesor Drogon, agregándose á los normandos el territorio de Benevento, excepto la ciudad señalada al pontífice (1046). Situados entre los latinos y los griegos sin creer ni ser creidos, pretendiendo la investidura ya de éstos, ya de aquellos, pero realmente no confiando sino en sus espadas, los doce condes unas veces se hacian mútuamente la guerra, otras se coligaban contra el enemigo comun, considerando tal á todo el que poseia una mujer hermosa, un buen caballo, una armadura ó un terreno que escitasen sus deseos. Después de haber intentado en vano la corte de Constantinopla atraer con pom-

---

su esposo, y que ella le correspondió. Convinieron ambos en que la emperatriz se fingiese muerta, y de este modo pasó desde el sepulcro á los brazos de su amante. El emperador lo supo, y destruyó aquella ciudad.

Véase á DEPPING, t. I, pág. 164, 168.

SUHM, *Hist. of Danmarck*, t. II, pág. 213, 216.

GAYER, *Svea Rickes Höfder*, t. I, pág. 578.

PLUQUET, *Roman de Rou*, t. I, nota 8.

CAPEFIGUE, *Sobre la invasion de los normandos*, pág. 157.

(2) «La tierra que produce leche y miel y tan esquisitas cosas.» Crón. inédita de AIMÉ.

(3) *Pro numero comitum bis sex statuere plateas,*
Atque domus comitum totidem fabricantur in urbe.
(GUILLERMO DE APULIA).

posas promesas aquel puñado de valientes á la frontera de Persia, permitió á Argiro, duque de Bari é hijo de Melo, urdir una vasta conspiracion, por la cual debian ser muertos á puñaladas todos los normandos en un mismo dia y á la misma hora. Muchos sucumbieron efectivamente, y el mismo Drogon fué asesinado en la iglesia de Montoglio, pero Unfredo, sucesor de Drogon, vengó á los suyos (1051).

En sus escursiones no respetaban los bienes de las iglesias y de los pontífices, por lo cual Leon IX imploró contra ellos el socorro de Enrique III, marchando él personalmente á la cabeza de una multitud de guerreros, aunque Pedro Damian y otros sabios desaprobaron que un papa se ciñese otra espada que la espiritual. Los jefes normandos enviaron á pedir la paz, ofreciendo al papa el homenaje de sus posesiones (4); pero habiéndose negado él á pactar, mientras que no evacuasen la Italia, los normandos le presentaron una batalla cerca de Civitella y le cogieron prisionero (18 junio de 1053). Los mismos que le habian derrotado cuando tenia las armas en la mano, le adoraron después de vencido, pidiéndole que les perdonase la victoria, y suplicándole que les enfeudase cuanto poseian y cuanto pudiesen adquirir á uno y otro lado del Faro. Leon accedió á sus ruegos; y de este modo aquella prision produjo más ventajas al papa que una gran victoria, dándole la supremacía respecto de un pais al que no podia aspirar.

Roberto Guiscardo.—Unfredo debió en parte su triunfo á Roberto, apellidado Guiscardo, esto es, el astuto; hombre, segun dice Guillermo de Pulla, de alta estatura, sumo vigor, anchas espaldas, largos cabellos, barba de color de lino, ojos de fuego, voz tonante; que manejaba con una mano la espada y con la otra la lanza; más sagaz que Ulises y más elocuente que Ciceron. Llegó de Normandia en clase de peregrino, acompañado tan solo de cinco ginetes y treinta infantes (1048); y su primitiva pobreza excitó en él el deseo de adquirir, constituyéndole frugal consigo mismo y pródigo con los demás. Viendo que sus compatriotas tenian ocupado aquel territorio, tomó á sueldo algunos aventureros italianos, emprendiendo enseguida una guerra de bandolero; y mientras que Unfredo sujetaba á su dominio la Apulia, trató él de apoderarse de la Calabria; corriendo en todas direcciones y saqueando el pais, hoy riquísimo, mañana hambriento, grangeándose pronto fama de valiente entre valientes. Unfredo concibió celos de él y habiéndole sorprendido durante un banquete (1054) estuvo á punto de matarlo; después se reconcilió con él (1057) y le concedió cuanto habia conquistado; pero á su muerte Guiscardo ocupó toda la herencia. El papa Nicolás II, que le habia excomulgado á causa de sus violencias, le bendijo de nuevo en vista de su docilidad, y á la muerte de Unfredo le nombró duque de Apulia, de Calabria y de todas las tierras que pudiese quitar en Italia y en Sicilia á los griegos cismáticos ó á los sarracenos (5). Así los capitanes como los soldados le levantaron sobre el pavés, y desde entonces cesó de ser su igual, convirtiéndose en su príncipe; pero la oposicion de sus sobrinos, privados de la herencia paterna, y la de los demás barones, enemigos de toda preeminencia, le hicieron consumir las fuerzas de que necesitaba para consolidar el nuevo principado.

A pesar de esto y de los socorros imperiales, Guiscardo logró arrancar de manos de los griegos á Bari (1071), última posesion que les quedaba en la Magna Grecia; después atacó á Salerno (1075), célebre por una escuela de medicina á la que traian enfermos de todas partes, y después de un fiero asedio la tomó; y tambien á Amalfi, terminando la dominacion de los longobardos, quinientos nueve años después que Alboino habia clavado su lanza en el suelo de Italia.

Envalentonado por sus victorias Roberto, pensó en atacar el imperio de Oriente, como lo verificaron sus hermanos de Rusia; y para que no faltase un pretexto á la expedicion, se empeñó en sostener á uno que se decia padre del destronado Constantino; declaró la guerra á Alejo Comneno (1081), y con cincuenta naves y algunas galeras de Ra-

---

(4) *Manderent messaige á lo papa, et cerchoient paiz et concorde, et prometaient chascun an de donner cense et tribut à la saincte Eglise.* AIMÉ.

(5) El juramento que prestó entonces al papa, es el primer ejemplo cierto que presenta la historia en que se vé á los reyes reconociéndose vasallos de la Santa Sede:

Ego Robertus, Dei gratia et sancti Petri, dux Apuliæ et Calabriæ, et utraque subveniente, futurus Siciliæ; ab hac hora et deinceps ero fidelis s. romanæ Ecclesiæ, et tibi domino meo Nicolao papæ. In consilio aut facto, unde vitam aut membrum perdas, aut captus sis mala captione, non ero. Consilium quod mihi credideris, et contradicos ne illud manifestem, non manifestabo ad tuum damnum, me sciente. Sanctæ Romanæ Ecclesiæ ubique adjutor ero, ad tenendum te et ad aquirendum regalia s. Petri, ejusque possessiones, pro meo posse, contra omnes homines; et adjuvabo te ut secure et honorifice teneas papatum romanum, terramque sancti Petri et principatum; nec invadere nec aquirere quæram, nec etiam depredari præsumam, absque tua, tuorumque successorum, qui ad honorem s. Petri intraverint, certa licentia, præter illam quam tu mihi concedes, vel tui concessuri sunt successores. Pensionem de terra s. Petri quam ego teneo aut tenebo, sicut statutum est, recta fide studebo ut illam annualiter Romana habeat Ecclesia. Omnes quoque ecclesias, quæ in mea persistunt dominatione, cum earum possessionibus, dimittam in tua potestate, et defensor ero illarum ad fidelitatem sanctæ romanæ Ecclesiæ. Et si tu vel tui successores ante me ex hac vita migraveritis, secundum quod monitus fuero a melioribus cardinalibus, clericis romanis et laicis, adjuvabo ut papa eligatur et ordinetur ad honorem s. Petri. Hæc omnia suprascripta observabo sanctæ romanæ Ecclesiæ et tibi cum recta fide; et hanc fidelitatem observabo tuis successoribus ad honorem s. Petri ordinatis, qui mihi firmaverint investituram a te mihi concessam. Sic me Deus adjuvet et hæc sancta Evangelia. BARONIO *ad* 1059. N.° 70.

gusa, á cuyo bordo iba una fuerza de treinta mil hombres, tomó á Corfú y Butroto (*Butrinto*) (17 de junio), y puso sitio á Durazzo. Alejo (6) se dió prisa á hacer la paz con los turcos, y preparó un ejército inmenso con los auxilios que éstos le suministraron y con escandinavos que tomó á sueldo. Lejos de asustarse por ello Guiscardo, mandó incendiar las naves, para quitar á los suyos toda esperanza de retorno, y aceptó la batalla (18 de setiembre). Su mujer se mostró en ella una verdadera heroina, y aun después de ser herida, permaneció entre los contendientes exhortando á sus tropas, tanto que Alejo no debió su salvacion sino á su espada y á la rapidez de su caballo. Durazzo fué tomada y Roberto se internó en el Epiro; pero las pérdidas que habia sufrido, sus enfermedades y las tristes noticias recibidas de Italia exigieron que abandonase aquella empresa. Su hijo Bohemundo, que quedó en Grecia, eludió la actividad de Alejo; mas éste le opuso á los turcos, y sabiendo que los normandos valian poco como soldados de á pié, les mató los caballos, obligando por último á aquel á retirarse.

Roberto, dotado de tanta prudencia como valor, habia añadido nueva legalidad á su soberania haciéndose confirmar por el papa Nicolás en los títulos obtenidos y las conquistas eventuales, mediante el tributo de doce dineros por cada par de bueyes, y la promesa de serle fiel y ayudarle siempre que de él necesitase. En efecto, trescientos normandos ayudaron á aquel papa á subyugar á los condes de Túsculo; y después, cuando Gregorio VII fué hecho prisionero en Roma por el emperador Enrique IV, Roberto acudió, incendió la ciudad, y dando libertad al pontífice lo llevó consigo triunfante á Solano. Preparó luego una nueva expedicion contra la Grecia (1084); y á pesar de oponerle Alejo una escuadra, sostenida por los venecianos, desembarcó, derrotó á los griegos en muchos encuentros por mar y tierra, y saqueó la Grecia y las ciudades del Archipiélago. Detúvole la muerte, y en su consecuencia los normandos se desparramaron (1085); pero pronto veremos á sus nietos volver con el signo de la cruz en el pecho, á aterrar á Constantinopla y á los musulmanes.

Roger.—Guiscardo habia conferido á su hermano menor Roger el título de conde de Calabria, mas sin otro medio para conquistar ésta que su valor y un caballo. Habiéndose lanzado al camino, desbalijaba á los pasajeros, especialmente á aquellos que se dirigian á Amalfi en clase de mercaderes (7): su mujer, á la que ni aun pudo constituir un dote, le cocia el parco sustento, y frecuentemente no poseian entre los dos sino una capa para presentarse en público. Habiéndole matado en la pelea el único caballo que tenia, tomó en sus espaldas la silla y se salvó con ella. Tal era el padre de los futuros reyes de Nápoles; el cual, con el atrevimiento propio de sus compatriotas, se trasladó á Sicilia (1061), alegando que queria librar á los cristianos de la servidumbre musulmana (8); se mezcló allí en las guerras fratricidas de los árabes, tomando en la apariencia partido á favor de Ebn-el-Tahmmuna; pero en realidad, atendiendo solo á sí mismo. En el sitio de Trani los trescientos soldados que le acompañaban, resistieron á todas las fuerzas de la isla. En la jornada de Ceramio cincuenta mil enemigos fueron derrotados por ciento treinta y seis cristianos (1063), y Roger aseguró que San Jorge, patron de los normandos, habia peleado con ellos, y guardó para San Pedro las banderas enemigas y cuatro camellos. En suma, veinte y ocho años persistió á fin de arrancar la isla de manos de los sarracenos, de los griegos y de los naturales (1061-89).

La toma de Palermo (1072) señala la época en que la raza de los Beni-Kelb fué desposeida, y á excepcion de algunas fortalezas, la isla quedó toda en poder del caudillo normando (1072), quien después de haber distribuido muchas tierras á los suyos (9), concedió á los cristianos algun reposo y restableció á los obispos en sus sedes. Dejó además á los musulmanes su culto y propiedades, les dió entrada en el ejército, y formaron una mitad del que, en 1096, estrechaba á la rebelde Amalfi; siguieron poniéndose en árabe las inscripciones y en el mismo idioma se acuñaban las monedas, y en el famoso manto de Nuremberg, hecho de órden de Roger, y llevado á Alemania por Enrique VI, está recamada una inscripcion cúfica, con la fecha de la Egira 528, que prueba que los árabes tejian en la isla las sedas antes que se llevasen á ella operarios de Grecia.

Gaufrido Malaterra, su conciudadano, describe

---

(6) Grande debió de ser el miedo que sentia Ana, hija de éste, al trazar el siguiente retrato de Roberto: «Cútis rojizo, cabello rubio, anchas espaldas, ojos de fuego, voz como la del Aquiles homérico, que ponia en fuga con su grito á millares de enemigos. No podia sufrir ninguna dominacion extraña: partió de Normandia con cinco ginetes y treinta infantes; y en cuanto llegó á Lombardia se ocultó en las cuevas y montañas, empezando su vida guerrera con asesinatos y robos, y proveyendo de este modo á los suyos de armas, caballos y dinero.»

(7) Malaterra refiere, sin mostrar ninguna desaprobacion, que Roger, noticioso de que algunos mercaderes debian pasar de Amalfi á Melfi, *non minimum gavisus, equum insiliens, cum octo tantum militibus mercatoribus occurrit, captosque scaleam duxit, omniaque quæ secum habebant diripiens, ipsos etiam redimere fecit. Hac pecunia roboratus, largus distributor centum sibi milites alligavit.* Lib. II, capítulo 26.

(8) *Terra Siciliæ, terra Saracenorum, habitaculum nequitiæ et infidelitatis, sepulcrum quoque gentis nostri generis et sanguinis... Ego cum exercitibus militum meorum fortiter laboravi ad hoc opus Dei perficiendum, videlicet ad aquirendam terram Siciliæ.* Diploma del 1091 ap. Rocco PIRRO, *Sicilia sacra*, tom. I, p. 520-21.

(9) Este es el orígen más probable del feudalismo en Sicilia.

así á los normandos: «Son astutos y vengativos; entre ellos es hereditaria la elocuencia y el disimulo: saben humillarse hasta la adulacion; y cometen toda clase de excesos siempre que la ley no les pone freno. Los príncipes ostentan magnificencia para con el pueblo; éste une la prodigalidad á la avaricia: ansiosos de adquirir, desprecian lo que tienen y esperan poseer lo que apetecen; armas, caballos, lujo en los vestidos, cacerias, halcones, tales son sus delicias; y si es necesario, soportan los rigores del clima, la fatiga y las privaciones de la vida militar.»

Gobierno.—En la Calabria y en la Apulia se dejó subsistente el gobierno feudal, que estaba conforme con el uso normando; y en Sicilia, donde no existia, fué establecido, quedando de este modo destruida la obra de los sarracenos. Los colonos se convirtieron de hombres libres que eran antes, en dependientes; los pastos sufrieron el gravámen de suministrar alimento á los caballos del vencedor; los bosques y los esclavos del terruño fueron sometidos al pago de contribuciones; y un gobierno fiscal é investigador sucedió al gobierno liberal y tolerante de los sarracenos, con perjuicio de la agricultura y del comercio. Acostumbrados los normandos á reunirse en su patria en asambleas legislativas y judiciales, continuaron ejecutando lo propio en Sicilia; y el nombre de parlamento que daban en su pais á estas reuniones, y que habian llevado á Inglaterra, se perpetuó asimismo en Italia, aquende y allende el Faro. Aunque al principio solo eran admitidos en estas asambleas los normandos, después se introdujeron tambien los indígenas, confundiéndose vencidos y vencedores: únicamente tomaban asiento allí barones y eclesiásticos, divididos en dos *brazos;* el pueblo no podia tener cabida, tratándose de un Estado cuyo territorio pertenecia todo á abades y señores. Sin embargo, á la manera que las ciudades adquirieron el derecho de rescatarse de los barones, con lo cual se emanciparon, esto es, no dependieron sino de la autoridad real, del mismo modo se añadió al eclesiástico y al baron el *brazo* demanial, así llamado porque se consideraba que solo dependia del dominio del rey. Veremos consumada esta obra por Federico II (10).

---

(10) Existen muchas obras respecto del derecho público de Sicilia bajo los normandos, á la cabeza de las cuales está la *Introduccion*, las *Consideraciones* y los *Discursos* de Rosario Gregorio. Ultimamente se ocupó de ello La Mantia (1866-74) el cual atacó severamente la obra de Brünneck, *Siciliens mittelalterliche Stadtrechte nach alten Drucken und Handschriften mit einer Einleitung herausgegeben, und dem inhalte nach sistematisch zurgestellt* (Halle, 1881).—P. Ciotti Grasso, *Del derecho público siciliano en tiempo de los normandos* (Palermo, 1883), espone la condicion civil y jurídica del pais.—C. Calisse, *Historia del Parlamento en Sicilia* (Turin, 1887).

CAPÍTULO VIII

ESLAVOS.

Al desplomarse el poder de Atila aparecieron las razas eslavas en el oriente europeo; familia innumerable que extendió su dominacion desde el Adriático al estrecho de Behring, desde el Báltico al Kamschatka, y cuyo idioma es hablado aun hoy por ochenta millones de hombres. ¿De dónde procedian? Quien dice que de la Iliria, quien de la Caldea, quien de la Fenicia, quien de la India (1). La filologia y la fisiologia han reunido recientemente sus esfuerzos á fin de descubrir el parentesco entre los pueblos, y seguir los pasos de algunos, apenas mencionados por la historia; pero aunque se han corregido muchos errores de los eruditos, quedan, no obstante, tantas incertidumbres y vacios, que no siempre se puede fijar el pié con confianza en el sendero que han abierto los sabios, si bien es á la par un deber y un consuelo aplaudir su diligencia.

Todos convienen en distinguir los eslavos de la estirpe germánica y de la tártara, mongola y madgiar; y la mayor parte de los autores los creen de la indo-escítica. Esta, en tiempos de la más remota antigüedad, se derramó por el Asia occidental, llegando hasta el Nilo; después, cuando Sesostris *curó* al Egipto *la llaga de los Sketo*, catorce siglos antes de Cristo, los escitas ó eslavos, propiamente dichos, atravesando el Asia Menor se refugiaron en Europa y ocuparon la Tracia hasta la Tesalia. En efecto, son de una raiz eslava todos los nombres tracios que nos quedan; y no difiere mucho de *Trax* el de *Ratz* que dan todavia los húngaros á los eslavos de las provincias ilíricas.

Los eslavos rubios ó sármatas, otra rama de ellos, segun los escritores griegos y romanos, habitaban al Norte del Caspio, del Cáucaso y del Euxino, y Herodoto encontró en las mismas orillas del Báltico á los venedos, tribu eslava. Moisés de Corene, en el siglo IV, es el primero que los designó con el nombre de eslavos, derivado quizá de *slowo*, que en su idioma significa palabra; resultando que *Slovenis*, como se denominan á sí propios, quiere decir los que hablan (2); al contrario de *Niemac* ó mudos, con que indicaban á los extranjeros, y en especial á los alemanes.

Sus tribus.—A su aparicion se dividian en las tribus de los vénedos, los antos y los eslavinos (3); los primeros situados al Sur del Báltico, los antos á orillas del Dnieper y del Dniester, y los eslavinos cerca de los manantiales del Vístula y del Oder.

---

(1) Los dos historiadores más antiguos de las razas eslavas son NESTOR, monje de Kief, que escribió por los años 1100 una crónica en eslavo, y ELMUNDO, cura de Bosson, que por el mismo tiempo trazó tambien una crónica desde 804 á 1170. Entre los modernos pueden consultarse:

STRITTER, *Memoriæ populorum*, t. I y II.

ASSEMANNI.—*Calendaria Ecclesiæ universæ*. Roma, 1755, tomo I y II.

GERHARDI.—*Gesch. aller wendisch-Slavischen Staaten*. Halle, 1790-1794.

ANTON.—*Versuch über die alten Slaven*. Leipzig, 1783.

S. DOBROWSKI.—*Untersuchung woher die Slaven ihren Nahmen erhalten haben*. Praga, 1784; y *Slavin*. Ibid, 1808.

P. J. SHAFFARIK.—*Ueber die abkunft der Slaven*. Ofen. 1828.

KARAMSIN.—*Gesch. von Russland*. Riga, 1820.

PETERSEN.—*Die Zuge der Daenen nach Wenden*. Copenhague, 1839.

A. W. BARTHOLD, *Gesch. von Rugen und Pommern*, 1339.

GLINKA.—*Drewniaia religia etc.* Mittau, 1814.

KAISAROW.—*Slavinski mitologia*, Moscou, 1807.

(2) Otros lo derivan de *selo* aldea ó de *sedlo* silla, ó de *slava* gloria.

(3) PROCOPIO, *De b. got.*, III, 14.—JORNANDES, 23.—FREDEGARIO, *Chron.*, 48 y 69.

Al espirar el siglo v, estos últimos se retiraron á las regiones hiperbóreas, rechazando hácia el mar á la nacion finesa; y fundaron en la ribera del lago Ilmen la ciudad de Slavensk, de la cual se ha pretendido que existian restos en Staroje Goroditsche. Allí se les unieron los roxolanos, nacion poderosa, mezclada tal vez de roxos y de alanos, que habian construido á Kiof, á orillas del Borístenes, y que habiendo sido echados de allí se juntaron con los eslavos á fin de levantar una *nueva ciudad (Novogorod)*, la cual se elevó tanto, que ya en aquellos siglos primitivos se decia en tono de proverbio: *¿Quién se atreveria á hacer la guerra á Dios y á Novogorod la grande?*

Los vénedos, habiéndose apoderado de la ribera occidental, se establecieron en el siglo v, entre los montes Carpatos y el mar Báltico, donde asimismo se habian retirado los suevos y otras naciones germánicas; y el Elba y los montes Bohemios señalaron el límite que dividió á estas de los eslavos.

Bohemia.—Los chescos, rechazando de la Bohemia á los marcomanos, que habian desalojado de allí á los boyos (550), dieron orígen á la ciudad y á la república de Praga, que prosperaron hasta que los ávares hubieron subyugado completamente la gran Croacia, esto es, parte de la Bohemia, la Alta Silesia y quizá la Alta Polonia. Ya hemos visto (pág. 359) á Samon, mercader franco, redimir á los chescos, que obtuvieron desde muy temprano el nombre del pais que ocupaban (4).

Pero Shaffarik (5), refutando á Mannert, Schaykowski, Murray y á los demás que los suponen escitas sármatas, conviene con Gebhard, Karamsin y Surovietski en formar de los eslavos una raza distinta, que antes de alcanzar la gloria (*slava*), se llamaba de los vénedos, y que constituye una de las dos razas más señaladas de la Germania y de los Alpes, siendo la otra los celtas. Algunos se fijaron á orillas del Adriático (*vénetos*), otros en la Armórica (*venedos, vandeas?*), y otros en las riberas del mar Báltico (*vendos*); y se llamaban mútuamente *servios*, ó sea diseminados, y por sinónimo eslavos, del mismo modo que algunos celtas se denominaban galos, y germanos algunos teutones. Espulsados de las llanuras del mar Negro, á donde sus colonias habian pasado desde la Iliria, fueron arrojados por los escitas hácia los montes Carpatos en época desconocida, después por los sármatas en el siglo II ó III antes de Jesucristo, y ultimamente por los godos al principio de la era vulgar, confundiéndose con frecuencia los vencedores en el nombre de los vencidos. Pudiera, pues, creérseles originarios del sudeste de Europa, y suponerse que su emigracion se dirigió del Mediodia al Septentrion; por lo cual se les encuentra más puros en Austria y en Turquia, así como en la Ukrania hay más eslavos que en Petersburgo y Moscou, por hallarse aquél poblado de normandos, y éste de naciones tártaras y escitas.

Polonia.—El nombre de los leskos se deriva de Leszsk ó Lech, su primer vaivoda, que á mediados del siglo VI acampó entre el Oder y el Vístula; y el de polacos de la *pole*, esto es, llanura al occidente de Kiof, punto de su partida. Cuentan como una de las empresas fabulosas de Lech la fundacion de Gnesen y Posen. A la muerte de su sucesor, los doce principales vaivodas se arrogaron el poder supremo, dividiendo la conquista en otros tantos palatinados; y fueron doce tiranos para el pueblo, doce enemigos del pais, en perpétua guerra unos con otros, que oprimieron á sus súbditos hasta el punto de lograr que se echase de menos el gobierno de uno solo. Eligióse, pues, á Craco bajo el título supremo de król (600), el cual, desde Cracovia, ciudad fundada por él y á que dió nombre, corrió á vencer y á despojar á los francos ostrianos.

Sucediéronle dos hijos; y después de muertos ó depuestos estos, apareció Vanda, su hermana, heroina más de poemas que de historia; la cual, dotada de tanta prudencia en los consejos como valor en las armas, supo defender su persona y su reino del teuton Ritogar; y con los encantos de la hermosura y la elocuencia desarmó á los secuaces de éste. Pero ningun mortal se hallaba destinado á la gloria de poseer aquella mujer altiva y varonil; y así, habiendo muerto sin descendencia, volvieron los vaivodas á repartirse la Polonia, lo que produjo descontento en lo interior y debilidad en lo exterior. Puso remedio á ello Premislao (Przemysl) (750), soldado oscuro, que con su brazo salvó á la nacion y obtuvo en recompensa el reino, que no se volvió á dividir hasta mil años después en virtud de una de las mayores injusticias de la diplomacia moderna.

Eslavos-antos.—Con frecuencia mencionaremos en nuestro relato los eslavos-antos del mar Negro, que partieron en 527 del Norte de la Dacia, como los otros bárbaros, para infestar la Mesia y la Iliria, de acuerdo quizá con los búlgaros; subyugados luego por los ávares, debieron secundar en gran parte sus empresas; pero cuando estos fueron derrotados delante de Constantinopla (626), los eslavos prestaron su apoyo á los romanos, y habiendo arrojado á sus antiguos señores de las orillas del Sava, se establecieron en la Iliria interior con el consentimiento de Heraclio.

Costumbres.—Acostumbrados á vivir en cabañas ó en grutas, destruian cuantas ciudades ocupaban; y las ruinas de Escardona, Narona, Salona y Epidauro, han quedado como monumentos de su ferocidad. Algunos naturales se fortificaron y defendieron en el palacio de Diocleciano, el cual llegó á convertirse en una ciudad, cuyo nombre adulterado es hoy Spalatro: los habitantes de Epidauro, habiendo buscado refugio en un escollo marino, dieron origen á la célebre Ragusa. Estos paises, lo mismo que Trau y Zara, profesaban al emperador de Bizancio una adhesion meramente de palabras,

(4) DES MICHELS, *Historia de la Edad Media*.
(5) SHAFFARIK.—*Slavianskia Drevnosti*. Moscou, 1837.

por el estilo de Venecia; y su reunion formó en lo sucesivo el *teme* de Dalmacia, habitado por los morlacos, restos de la nacion romana.

El cúmulo de consonantes que presenta la escritura de los rusos, servios y polacos, ha inducido á algunos á suponer extraordinariamente dura la lengua eslava, cuando al contrario su pronunciacion es dulcísima, y tiene variaciones en extremo delicadas, que seria difícil fijar por medio de la escritura. Especialmente el idioma de los servios, que se habla al Sudeste de la Croacia, entre los Dálmatas, en la Esclavonia, en la Bosnia y en la Servia, es el más sonoro y enérgico de todos los eslavos; flexible al acento de la pasion, y varonil y robusto, popular y culto, riquísimo en su gramática, la cual no se ha alterado á pesar de la adopcion de bastantes voces germánicas, albanesas, húngaras y turcas (6).

Muestran las tradiciones á los eslavos como una nacion tranquila, laboriosa y amante de la vida doméstica, que no bien encontraba en su tránsito algun sitio conveniente, establecia en él su residencia, inofensiva respecto de los pueblos vecinos, industriosa en los campos, tan hospitalaria, que cualquiera de sus individuos que emprendia un viaje dejaba abierta la puerta, leña en el hogar y una despensa bien abastecida: por lo demás, no menos hermosos que robustos, y dotados de excesiva ligereza, sabian pasar dias enteros ocultos bajo las raices de un árbol, acechando la presa ó al enemigo, ó mantenerse bajo del agua muchas horas con un canuto en la boca para respirar. El canto era para ellos entonces, como ahora, una necesidad. Procopio cuenta que los griegos los sorprendieron en su campamento y los derrotaron, porque se habian dormido después de haber estado cantando hasta media noche; tres guerreros ávares que habian caido prisioneros en manos de los griegos, y á quienes estos enviaron con una embajada al kacan, no llevaron consigo espadas ni lanzas, sino la *guzla*, especie de guitarra nacional, diciendo: «Tal es la costumbre de nuestra nacion; el pais no nos suministra hierro ni cobre, no tenemos hábitos militares, no sabemos el manejo de la lanza ni de la espada; solo nos cuidamos de la vida pastoril.»

Sin embargo, por otra parte se nos presentan como terribles guerreros. Su orígen se atribuye á Antiro, compañero de armas de Alejandro Magno; y un panegírico de aquel héroe qne se encontró en el claustro de Doberan, cuando en la guerra de los Treinta años invadió Wallenstein el Meklemburgo, no exhala sino ferocidad y sangre. «El valor no conoce reposo; nunca duerme en el lecho; se baña en sangre. Aquellos valientes se lanzaban intrépidos al campo de batalla, y postraban á sus plantas á los más feroces adversarios; Antiro, dotado de un ardimiento maravilloso, gustaba de los elogios concedidos á las batallas violentas, á las pruebas de valor; era tan robusto, que ningun hombre pudo despojarlo de su pesada armadura. Cuando tenia que defender á un amigo, se lanzaba riendo contra las tropas enemigas. Empleaba palabras suaves con aquellos á quienes protegia; pero desde que se mezclaba en la pelea, despedian rayos sus ojos y exhalaba fuego por la boca. Llevaba una espada cortadora que hacia brotar arroyos de sangre, y de cuyas heridas nadie sanaba; espada fuerte que jamás se rompió, y ¡desgraciado de aquel que se exponia á sus golpes! Apenas tocaba su cuerpo caia privado de la vida. Antiro vestia armas enteramente negras y un yelmo de resplandeciente blancura; su escudo era tan pesado que mil caballeros no hubieran podido quitárselo; brillaba en su dedo un anillo que le infundia la fuerza de cincuenta hombres, y con el cual ejecutó acciones prodigiosas.»

Los actos de los eslavos, desde que hace mencion de ellos la historia europea, están más de acuerdo con esta ferocidad que con las tradiciones que los representan de costumbres apacibles. Habiendo convertido la esteva y la podadera en lanzas y espadas, se hicieron formidables, malévolos, astutos y crueles respecto de los pueblos circunvecinos: después de la batalla daban tormento al prisionero, recreándose en ver sus convulsiones; atacaban al buhonero después de haberle comprado algunas mercaderias, quitándole á la fuerza el dinero que le habian entregado como precio de la venta. Tiranos domésticos, ninguna pena aplicaban al que mataba una mujer; el marido se acostaba en el lecho, mientras que las esposas yacian alrededor desnudas en los ladrillos, y cuando aquel moria, estas debian matarse ó quemarse con él (7). ¿No tenian, pues, razon las madres en degollar frecuentemente á sus hijas al nacer? Sin embargo, miraban la hospitalidad como un deber; y el advenedizo obtenia junto al hogar ó en la mesa los frutos mejores, el pescado más fresco. Si un eslavo se negaba á dar asilo, acudian los otros á devastar sus heredades y derribar su casa; cuando no tenia con

(6) Dombrowski, natural de Bohemia, reconstruyó el antiguo idioma eslavo en las *Instituciones linguæ slavicæ veteris*.

A Hanka, bibliotecario bohémico, se deben preciosos descubrimientos, especialmente los muchos de Konninghofer (1817), que contienen los poemas heróicos de los siglos VIII y IX, Libussa, Zaboi y Slavoi, Cestimir y Vlaslav, etcétera.

El húngaro Shaffarik dió la historia de la lengua, literatura y antigüedades eslavas.

Wouk Stephanowitsch Karadgitsch publicó una gramática, un diccionario servio y una coleccion de poesias nacionales.

Menos profundo es F. G. EICHHOFF.—*Historia de la lengua y de la literatura de los eslavos, rusos, servios, bohemios, polacos, y letones, considerados en su origen indio, sus antiguos monumentos y su estado actual.* Paris, 1839.

Véase tambien á TEMME, *die Volkssagen von Gommern und Rugen*, 1838.

(7) Esta costumbre siguió observándose en Polonia hasta el siglo X y en Rusia hasta tiempos posteriores.

qué honrar al huésped, podia ir á robar los alimentos y muebles que necesitase.

Religion.—Su religion se parecia algo á las asiáticas; la luz y las tinieblas simbolizaban en ella el bien y el mal: de modo que blanco (*bielo*) significa glorioso, favorable; y negro (*cerno*) cruel, peligroso. El sér supremo, llamado Perun, se descomponia en los dos genios Svantewith (*aspecto santo*), dispensador de la luz, y Cerneboch (*dios negro*), representado por un lobo rabioso, ó por un hombre con un tizon en la mano, que se complacia en que se le tributasen sacrificios humanos. Seguia una série de divinidades blancas ó negras; aquellas benéficas, que daban consuelos y auxilios; estas malignas, que inspiraban siniestras ideas y ejercian un poder mágico. Estribog, dios de los vientos, Volosk, dios de los rebaños, y otros que variaban segun las tribus, representaban las fuerzas de la naturaleza. Bielbog, dios blanco, de frente serena y faz radiante, tenia su principal culto en la isla de Rugen; allí, en medio de la ciudad de Arkona y dentro de un doble recinto, se elevaba su templo, donde se veia la estátua del dios con un rostro vuelto á cada parte del mundo; llevaba la espada á la cintura y en la mano derecha un cuerno, que en los dias solemnes se llenaba de vino para adivinar si seria buena ó no la cosecha (8).

Tres fiestas se celebraban cada año por todo el pueblo, con cantos, bailes y sacrificios: una en el solsticio de invierno, como el yul de los escandinavos y la Natividad de los cristianos; otra en la primavera, en conmemoracion de los difuntos; y la tercera al verificarse la siega. La víspera de esta última entraba el sacerdote en el templo para asearlo, y no atreviéndose á respirar su santo aire, corria á la puerta siempre que necesitaba tomar aliento. Al dia siguiente se agrupaba el pueblo alrededor del sagrado edificio; el sacerdote miraba el cuerno; y si no se habia disminuido el licor, declaraba favorable el pronóstico. Vertia enseguida un poco ante el dios; después llenaba la copa y bebia á la salud del pueblo; y volviéndola á llenar la entregaba al númen, al que entonces se le ofrecia la verdadera figura de un hombre de pasta.

Estaban destinados á escoltar al dios trescientos ginetes, y además un caballo enteramente blanco, que le servia á veces de montura durante la noche, tanto, que por la mañana se le encontraba fatigado y cubierto de sudor. Cuando pensaban emprender una guerra, llevaban ante el templo seis lanzas, y las clavaban dos á dos en el suelo: luego el sacerdote sacaba á fuera el caballo sagrado, y se le hacia saltar, augurando feliz ó desgraciadamente segun que levantaba primero el pié izquierdo ó el derecho.

En la misma isla habia otro ídolo con siete caras en una sola cabeza, siete espadas en la cintura y una en la mano; y el dios Perun tenia cuatro caras en los hombros y una en el pecho (9).

En medio de una selva, de la cual nadie hubiera arrancado una rama, en la provincia de Redarier (*Meklemburgo-Strelitz*) se eleva un recinto triangular, con una gran puerta en cada uno de los ángulos, dos de ellas siempre abiertas y la tercera cerrada, mirando á Oriente, que daba entrada á un misterioso sendero en direccion del mar. Tal era la ciudad de Riedgost, descrita por Ditmar de Merseburgo. Allí habia un templo sostenido por pilastras semejantes á cuernos de animales, con las paredes llenas de imágenes esculpidas de dioses y diosas, cuyas estátuas se veian dentro con yelmo y coraza. En él estaban custodiadas las banderas, y solo los sacerdotes podian ofrecer allí el sacrificio y sentarse, permaneciendo, entre tanto, de pié el pueblo. Cuando apremiaba un peligro, se postraban aquellos con la faz á tierra, y acercando los labios á un agujero, hacian preguntas; en seguida lo volvian á cubrir con un poco de cesped verde, y repetian al pueblo la respuesta que habian obtenido.

En Retra, en la misma provincia donde se halla actualmente la aldea Prilvitz, se rendia culto á Radegast (*aconsejador*), dios del sol, del honor y de la fuerza, cincelado en oro, envuelto en piel de búfalo, y con la alabarda en la mano. A la fecundidad y al amor presidia Sieba (*Siva*), doncella cuyo único vestido consistia en los cabellos que le bajaban hasta las rodillas, con una manzana en la mano derecha, y un racimo de uvas en la izquierda. El rey celebraba juicios en la selva donde surgia Prowe, dios de la justicia; y conseguia salvarse el que podia encontrar un refugio en medio de aquel sacro horror. Flins, dios de la muerte, estaba representado bajo la figura de un esqueleto, pero con un leon en los hombros.

Adoraban además la naturaleza, é interrogaban á las fuentes y encinas sagradas. El que queria consultar al oráculo, ó captarse el favor de los dioses, ofrecia en sacrificio bueyes ú ovejas, de las cuales tomaba el sacerdote para sí la mayor parte, y el resto se destinaba al pueblo. Después de hecho el holocausto, se lanzaban al aire pequeños trozos de madera, con un lado blanco y otro negro; considerándose buen augurio si caian por el lado blanco.

Los sacerdotes, bastante poderosos, percibian de cada hombre una contribucion para su mantenimiento y el del templo; y además tenian el tercio de las presas ganadas yendo en corso. Al principio eran jueces ó legisladores, y dirigian todos los actos del vaivoda ó del rey, interponiendo la decision de los dioses y custodiando el erario.

---

(8) Glinka.—*Drewniaia, religia, etc.* Mittau, 1814. Kaisarow.—*Slaviansk mithologia.* Moscou, 1807.

(9) Saxo, Grammaticus.—Frank, *Antiguo y nuevo Meklemburgo.*—Studemund, *Descripcion, historia, estadística y tradicion de Meklemburgo* (en aleman).—*Crónica de* Dithmar obispo de Merseburgo.

Entre las tribus que, como los obotritas, tenian un rey, era éste elegido por el pueblo: y subiendo sobre una piedra, con la mano puesta en la de un indígena, juraba ser fiel á las costumbres y á la religion del pais: el mismo pueblo podia quitarle el reino y la vida, é imputándole los males públicos, le sacrificaba á los dioses. Hasta la clase de los guerreros, no obstante su poder, cedia á la sacerdotal, ordenada gerárquicamente con un patriarca á la cabeza, que era llamado entre los obotritas *crive*, es decir, juez, porque su importancia consistia precisamente en los juicios y en los oráculos que pronunciaba.

Emigraciones.—La cordillera de los montes Carpatos, que se estiende desde Brahilow en la Valaquia hasta Dresde en Sajonia, separaba los establecimientos fijos de los eslavos de los paises en que se sucedian las hordas asiáticas de los hunos, ávares, búlgaros, etc. El mayor número ocupaba las tierras denominadas después la Rusia y la Polonia. Algunas tribus se establecieron junto al Elba, el Havel y el Oder, luego que los francos destruyeron allí el reino de los turingios: los que habitaban junto al Bug fueron sometidos por los ávares. Cuando los belocróatas ó bohemios se segregaron de estos, muchas tribus eslavas de venedos se trasladaron al mediodia del Danubio, á la Panonia y á la antigua Iliria. Entre los eslavos de la Iliria gozaban de cierta preeminencia los croatas, es decir, montañeses, que por los años de 620, á las órdenes de cinco hermanos, arrancaron de manos de los ávares el pais que desde el Adriático sube hasta el Montenegro y el Verbas, en la confluencia del Sava.

Los *banes* (10), príncipes casi independientes, gobernaban las doce zaparias ó banatos en que estaba dividido el pais, y aprovechándose de una costa erizada de escollos y de las innumerables islas que pueblan el Adriático ó el Archipiélago, se dedicaron al corso. Crescimiro fué en el décimo siglo su primer *archizupan*, y Dircislao, su hijo, se intituló rey de Croacia, que abarcaba la Bosnia y la Dalmacia Occidental, tenia por capital á Belgrado (*Zara-vieja*); pero enseguida conquistaron los húngaros este reino (1091-1102), á escepcion de las montañas y de las costas.

Allende el Verbas los sorabios, procedentes de la Lusacia y de la Misnia, después de haber fundado á Serviza, cerca de Tesalónica, recorrido la Grecia y ocupado el Peloponeso, fijaron su residencia en el valle de Morava y á orillas del Bosna, del cual tomaron su nombre. Continuaron siendo tributarios de los emperadores de Bizancio hasta el momento en que les avasallaron los búlgaros. Tenian el mismo orígen que estos los servios, establecidos entre el Elba y el Saale, así como los demás eslavos situados á orillas del Báltico.

En el quinto siglo ocuparon los venedos los paises evacuados por los marcomanos, por los boyos, por los longobardos, por los vándalos y por los anglo-sajones. De aquí resultó que sus diferentes tribus moravias, bohemias, sorabias, obotritas, vinieron á ser limítrofes de los bávaros, de los turingios y de los sajones; y cuando estos pueblos fueron dominados por los francos, se encontraron aquellas en contacto con estos últimos. Rindieron homenaje los obotritas de la Dacia á los francos, y solicitaron tierras en la Panonia. Otros se estendieron por la Nordalbingia, entre los sajones y los daneses, y sobre las tierras de estos, á medida que fueron dirigiéndose á la conquista de Inglaterra; y Miklin-burg (*gran ciudad*) vino á ser residencia de su gran príncipe (11).

Los moravios, tribu de los venedos, habian dado principio á una dominacion formidable, que fué sofocada en breve por los ávares. Sometidos á estos, y luego á los bohemios, se hicieron independientes cuando fué derrotado el kacan de Panonia: entonces Tudun, su *ban*, espulsó á los restos de los ávares, y reconoció la supremacia de Carlomagno. Los demás príncipes de esta nacion no negaron el homenaje á los sucesores de Cárlos desde que Belgrado vino á ser capital del gran imperio moravio, que duró hasta el momento en que los francos y los hunos lo acometieron por lados opuestos.

Al parecer, entre estos jefes se trasmitia la autoridad, tanto militar como judicial, hereditariamente. Llamábanse *krols* los reyes de Croacia, de Bohemia, de Polonia y de la isla de Rugen. Todo krol en Dalmacia tenia á sus órdenes dos banes, teniendo bajo su dependencia á muchos zupanes ó jefes de canton, que segun costumbre de los bárbaros, eran á la vez capitanes y jueces. *Knes* ó *kgniaz* indica el guerrero que posee un caballo y es inferior á los boyardos: el *welicki-knes* era juez supremo entre los dálmatas, príncipe entre los obotritas y los moravios, y más tarde entre los rusos.

Carlomagno no pudo someter á los bohemios establecidos más acá de los montes Crapatos, y que obedecian á muchos vaivodas: sin embargo, habia repelido á los eslavos junto al Elba y el Danubio; pero volvieron á avanzar terreno tan pronto como dejó de hacerse sentir su robusto brazo, no para conquistar como los sarracenos y los normandos, sino para rechazar la civilizacion y el cristianismo, que creian incompatibles con su independencia. Insurreccionáronse los obotritas, así como las tribus que habitaban á orillas del Elba; luego tributaron todos poco á poco homenaje á Luis el Pio, que muchas veces fué llamado á con-

(10) *Pan* en eslavo significa señor.

(11) *Velicki-knes*. El título de *gran duque*, de que nos servimos hablando de los rusos y de otros pueblos, es desconocido á las naciones eslavas, y fué inventado por los Médicis de Florencia.

ciliar las diferencias suscitadas entre los vaivodas de Bohemia y los de Moravia. Aunque su sumision fuera puramente nominal, los francos contaban por mucho no tenerles ya por enemigos. Permanecian pacíficos los eslavos orientales por miedo á los búlgaros sus vecinos.

Prescindimos de los movimientos parciales que estallaron durante los interregnos sobrevenidos en los reinos de Italia y de Alemania, y durante las querellas intestinas. Pero cuando los Estados de Luis el Germánico se hallaron solos en oposicion con los eslavos, que les rodeaban por todas partes, este príncipe tuvo que afanarse para reprimirlos con ayuda de los duques á quienes situó en las fronteras. Después de haber muerto Gozomysl, rey de los obotritas del Elba que se habian rebelado, les obligó á que pasasen por la vergüenza de obedecer á príncipes extranjeros, y nombró *margrave de la frontera de Sorabia* á Taculfo, rey de Turingia, que supo mantenerlos á raya. Después de su muerte, invadieron la Turingia y secundaron los movimientos de los moravios y de los bohemios, si bien se vieron obligados á entrar en sus deberes. Catorce vaivodas bohemios pasaron á Germania para pedir allí el bautismo; pero la nacion manifestó repugnancia á imitarlos, y nunca permaneció fiel á los alemanes.

Los principales disturbios procedieron de los moravios. Ratislao, que Luis el Germánico habia dado por sucesor al rey Moimiro I (846), sostuvo á Cirilo y á Metodio, que habian acudido á predicar el Evangelio (12); pero bajo apariencias pacíficas se aprestaba á la guerra, y la declaró negándose á pagar el tributo. Habiéndose adelantado Luis contra los rebeldes, le costó mucho trabajo efectuar su retirada; y cruzando Ratislao el Danubio devastó la Panonia, sin que tres ejércitos bastaran á tomar venganza de tamaño desafuero. Antes bien, Carloman, que mandaba uno de ellos, con la intencion de hacerse independiente de su padre, sustituyó á los margraves situados en aquella frontera, hombres que le eran adictos, y celebró alianza con Ratislao. Pero Luis, á la cabeza de un ejército imponente, redujo á su hijo á la obediencia: después atravesó el Danubio y atacó á Ratislao, que tuvo que prometerle fidelidad (864).

No duró la sumision más que el tiempo del peligro; y cuando los eslavos levantaron sus escudos en toda la línea de las fronteras, se mostraron más encarnizados los moravios, aunque la traicion de Esventiboldo (Svientopolk), que entregó en manos de los francos á Ratislao (872), les hizo fácil la victoria y la matanza. A Ratislao se le sacaron los ojos; después Esventiboldo se mostró igualmente desleal con los francos. Habiendo obtenido de Carloman un cuerpo de bávaros para hacer la guerra á los moravios, quiso vengarse de una afrenta que habia recibido de él, y los asesinó ó retuvo prisioneros. En seguida derrotó á este príncipe con el auxilio de los bohemios, y le asedió dentro de Munich. Luis acudió é hizo con él la paz *como pudo:* un misionero veneciano juró fidelidad en nombre de la Moravia, aunque sin dependencia (874).

A la primera ocasion propicia se aproximaron los eslavos nuevamente al Elba; y Cárlos el Gordo creyó suficiente impetrar de Esventiboldo (884) que no invadiera el imperio durante su vida. Viendo después Arnulfo amenazadores á los húngaros, permitió á Esventiboldo ocupar la Bohemia, sobre la cual no tenia ningun derecho. De consiguiente, los bohemios se creyeron relevados de todos los vínculos que les unian á la Alemania, que les habia hecho traicion, y á la muerte de Esventiboldo, se apoderaron hasta de la Moravia (894).

Adelantándose Arnulfo para restablecer su autoridad (901), entró el pais á sangre y fuego: después de él, continuó la guerra hasta el instante en que los tutores de Luis el Niño celebraron la paz con la Moravia, reconociéndose ésta tributaria. Pero en breve se la repartieron los húngaros y los bohemios, tomando estos posesion del territorio, á la derecha del Morava, y los otros á la opuesta orilla hasta el Wag (908): solo se conservó una pequeña porcion de los antiguos Estados de Esventiboldo por Ladislao, bajo la dependencia de la Bohemia, y en él empieza el margraviato de Moravia.

Cristianismo.—A lo menos de hecho, sino en el nombre, eran independientes todos los demás eslavos; pero la raza germánica habia obtenido sobre ellos un predominio capaz de contener sus incursiones, que podian producir una nueva barbarie. Además, habia ingerido entre ellos la civilizacion europea con el cristianismo. Los croatas, no bien se establecieron junto al Adriático, pidieron misioneros al emperador Constantino Pogonato, el cual los dirigió al papa; y éste, en 670, les envió sacerdotes que bautizaron al príncipe y al pueblo, y tomó bajo la dominacion de la sede apostólica el pais, obligándoles á desistir del robo y de toda guerra ofensiva.

Luis el Pio, con arreglo á las intenciones de su padre, fundó en Hamburgo una sede arzobispal destinada á ser la escala de las misiones del Norte, y el monasterio de Corbia vino á ser un plantel de apóstoles. Estos misioneros iban frecuentemente delante, y seguian siempre á los ejércitos francos, cuyas victorias secundaban sus predicaciones. A instigacion de Cárlos habia emprendido Arnon, arzobispo de Salzburgo, la conversion de los eslavos de la Carintia y de la Polonia; habiendo salido airoso en su empresa, ordenó por obispo en los paises situados entre el Drava y el Danubio á Thierry.

Establecidos los eslavos en la Dacia, la Mesia Superior, la Dalmacia y la Iliria, habian sido convertidos por sacerdotes latinos; y hácia el año

(12) LEGER.—*Cirilo y Metodio.* Paris, 1868.

de 870 lo fueron por griegos, cuando abrazaron el cristianismo aun los de la Grecia, propiamente dicha, y el Peloponeso, y los mainotas que se habian refugiado en el Taigeto, permaneciendo hasta entonces observadores pertinaces de la religion pagana.

Grandes progresos hizo la religion, merced al celo de Privinnas, que obtuvo de Luis el Pio una parte de la Esclavonia (831), y construyó tantas iglesias como castillos fuertes. Liutprando, arzobispo de Salzburgo, le enviaba operarios para fabricar casas á los colonos atraidos allí por el paternal gobierno de Privinnas, al cual y á su hijo Cozilon es deudora el Austria de su civilizacion primera.

Ratislao luego despidió al obispo latino, y pidió misioneros á Miguel el Tartamudo, emperador de Oriente. Este príncipe habia enviado antes á los cazaros del Volga un sacerdote de Tesalónica, llamado Constantino, y conocido bajo el nombre de Cirilo: como este sacerdote sabia el eslavon, pareció idóneo para el apostolado de Moravia. Partió, pues, con su hermano Metodio (853), y convirtió en el camino al búlgaro Bogoris, enseñándole una pintura del juicio final. Llegados á Moravia sustituyeron el rito griego al rito latino, y tradujeron en Buda al idioma eslavo los libros sagrados y litúrgicos (13), creando para este fin un alfabeto, que en sustancia es el alfabeto griego, con la adicion de otros diez signos para los sonidos que faltan en éste. De aquí resultó el abandono del alfabeto *glagolítico* atribuido á San Gerónimo, si bien se remontaba ciertamente á una antiguedad mucho más remota, puesto que, al decir de algunos, está sacado de la escritura geroglífica. Liutprando acusó á los dos misioneros ante el papa Juan VIII, atribuyéndoles que enseñaban errores; pero ellos se justificaron en Roma, y Metodio fué nombrado arzobispo de los moravios.

El sucesor de Ratislao concibió el pensamiento de estirpar la religion cristiana, pero habia echado muy profundas raices; así no solo volvió á llamar Esventiboldo á Metodio, sino que le otorgó su confianza, y le encargó de redactar un código eclesiástico y civil, cuerpo de derecho que estuvo vigente durante seiscientos años entre los eslavos de la Hungria, bajo el nombre de libro de Metodio. Sin embargo, declinó el cristianismo cuando llegó á caer el poder moravio, y dejó prevalecer al paganismo húngaro.

El mismo Metodio habia predicado el Evangelio en Bohemia, donde bautizó al duque de Borziwoy, y fundó una iglesia en la ciudad de Praga. Los duques que se sucedieron en este pais, favorecieron ó fueron hostiles alternativamente al cristianismo. Wenceslao I, que levantó la iglesia de Boleslawia en honor de los santos Metodio y Cirilo (925), se atrajo el odio de Draomira, su madre, la cual quizá llegó hasta hacerle asesinar en un rapto de fanático celo por el antiguo culto. Los parciales de ella elevaron al trono á Boleslao, quien se apresuró á restablecer el paganismo; pero Oton el Grande le obligó á levantar de nuevo las iglesias destruidas y á proteger el Evangelio, que triunfó bajo la autoridad de sus dos hijos en Bohemia y en Polonia. Ditmar, promovido al obispado de Praga, dependiente de Maguncia, recogió en diez años una abundante cosecha. Adalberto, su sucesor, benedictino de Corbia, sustituyó la liturgia y las letras latinas, á las que habian estado en uso hasta entonces, en atencion á que aquellos pueblos envolvian en su odio hácia los alemanes á los obispos que habian recibido de ellos. El emperador Enrique I habia obligado á los obotritas del Mecklemburgo á hacerse cristianos y á reconocerse vasallos de los reyes de Germania. Lo mismo habia acontecido con los wilzos del Brandeburgo, con los sorabios de la Lusacia y de la Misnia; pero los jefes eslavos, reunidos en Retra, ciudad santa, en tiempo de la primitiva idolatria del dios Radegast, se entendieron con Mistewoy, príncipe de los obotritas, y con Mizudray, príncipe de los vagrianos, para sacudir el yugo de los alemanes y repudiar sus creencias (1013). En su consecuencia, fué estirpado el cristianismo de Hamburgo á Salwedel, y los sacerdotes y monjes tuvieron que sufrir las más atroces persecuciones.

Habiendo reducido Oton el Grande la Polonia á feudo, fundó los obispados de Havelberg y de Brandeburgo, luego en la Jutlandia los de Sleswig, Ripen y Arhauus, después de haber obligado á Haraldo II á recibir el bautismo. En las fronteras de los eslavos y de los sajones edificó á Magdeburgo, cuyo obispo siguió en categoria á los de Maguncia, Tréveris y Colonia, con el título de patriarca de Germania.

Enrique II espulsó á los paganos de la Sajonia, aunque no pudo reducirlos á la obediencia; todo el que iba á ejercer entre ellos el apostolado, se disponia antes al martirio. Aun después de la conversion de sus compatriotas, los eslavos del Báltico inmolaban los obispos á su dios Radegast, haciendo juramento de no admitir nunca un nuevo culto.

Cuando Conrado el Sálico confirió el marquesado de Sleswig á Canuto el Grande (1025), los daneses se hallaron más en actitud de reprimirlos: luego Uton, hijo de Mistewoy, envió cerca del rey de Sajonia á su propio hijo Godschalk, á fin de que se educara con los benedictinos de Luneburgo. Esto no impidió que este príncipe declarara guerra á los sajones y al cristianismo cuando sucedió á su padre; pero habiéndole referido un habitante de Holstein, que le encontró casualmente, los males de todas clases que desolaban á su pais, le produjo tanto efecto que se convirtió. Acto continuo sometió con ayuda del duque de Sajonia y del rey de

(13) En Wastrow en el Hannover, el servicio divino se celebra siempre en eslavo.

Dinamarca á los wagrios y á los eslavos del contorno, y fundó el reino de los venedos ó de Eslavonia (1047), aboliendo el paganismo. El mismo iba por todas partes con los misioneros, para repetir en idioma venedo lo que ellos decian en lengua eslava. Irritados los pueblos le degollaron (1066). Reservada estaba la gloria de civilizarlos más tarde al obispo Vicelino (14).

(14) En la actualidad están divididos los eslavos en tres ramas: rusos é ilíricos; polacos, bohemios y vendos; letones y lituanios.

CAPÍTULO IX

LOS NORMANDOS Y LOS ESLAVOS EN RUSIA.

Las dos razas, cuyas vicisitudes hemos bosquejado rápidamente, llegaron á encontrarse y á unirse en Rusia. Nada nos han trasmitido los antiguos acerca de los primeros habitantes de esta comarca (1). Llamaban vagamente cimerianos á los pueblos de los alrededores del Bósforo, escitas á los que se hallaban más al Norte y se llamaron sármatas posteriormente. Estos últimos se distinguian en roxolanos y en yazigos; y hay autores que los confunden con los eslavos, habitando principalmente la Rusia y la Polonia con nombres diferentes, segun las tribus á que pertenecian. Quizá una porcion de ellos procedia de los montes Urales; y al mezclarse con ellos los eslavos formarian sin duda aquella confusion de idiomas y de costumbres que indica el tránsito entre el Oriente y el Occidente. Los carpos ó karpatas, ya célebres en el cuarto siglo, dieron tambien su nombre á la gran Croacia, es decir, al pais montuoso, que fué cuna ó principal residencia de los eslavos invasores del imperio. Dábase particularmente el nombre de eslavos á los que habitaban á orillas del lago Ilmen, que enriquecieron á Julien y edificaron, como hemos dicho, á Novogorod. Fueron avasallados los eslavos de la Polonia y algunos otros en el siglo VIII por los cazaros, que les impusieron el tributo anual de una piel de ardilla por familia.

(1) Paravey ha procurado demostrar recientemente que los rusos proceden de los ting-ling, pueblo del Asia septentrional, así como los antiguos sármatas y los polacos, y que son los centauros de la fábula. En su concepto las amazonas, á quienes se halla en algunos dibujos chinos con un solo pecho, debieron llevar consigo en su espedicion del Tanais á Atenas un cuerpo de cosacos, como lo demuestra el nombre de Pana-Sagor, hijo del rey de los escitas, mencionado por Justino. Segun los *Orígenes rusos* del baron de Hammer, los rusos de Asia descienden de Thiros ó Ross, hijo de Jafet. Ahora bien, Thiros se aproxima á Tauro y éste á Centauro.

Kiof (2), la segunda ciudad de la Rusia, junto al Dnieper, debió ser edificada en el quinto siglo. A principios del décimo, el califa Jafar II envió á aquellos paises á Ibn-Fozlan para visitarlos y predicar allí el islamismo. Recientemente se ha descubierto una relacion de este musulman (3), que da testimonio de la barbarie de aquellos paises. Dícese en ella que las mujeres protegen su seno con una especie de lámina de hierro, cobre, plata ú oro, segun su condicion, en la que hay un anillo de que cuelga una daga. Adornan su cuello cadenas de oro y plata en número proporcionado á la fortuna del marido. Se cubren los hombres de paño tosco que les cae hasta la mitad del cuerpo. Navegan por el Volga: después de haber echado el ancla, desembarcan y construyen grandes chozas de madera, donde moran diez ó veinte jefes de familia con sus mujeres y sus hijos, haciendo sin pudor todo lo que es costumbre mantener oculto. Esceden á toda ponderacion su rusticidad y su desaseo, y no se lavaban después de haber satisfecho las necesidades del cuerpo. Marmitas fijas en tierra, é imitando en la parte superior alguna semejanza humana, son sus dioses, á qúienes ofrecen votos, pan, carne, cebollas, leche, licores espirituosos, para obtener una ventajosa venta de sus mercancias. Si languidece el comercio, duplican las ofrendas; si prospera, inmolan vacas y carneros; y si durante la noche es devorada la carne por los perros, deducen de esto que los dioses han aceptado y consumido la ofrenda.

Si cae uno de ellos enfermo, levantan una tienda aparte y le dejan allí una provision de pan y

(2) Así pronuncian los rusos: he sustituido la *k* á su *tch*.

(3) *Ibn Fozlans und anderer Araber Berichte über die Rusen älterer Zeit;* por C. M. Fræh. San Petersburgo, 1823.

agua sin prestarle ningun otro socorro; si sana, vuelve entre los suyos; si se muere, es quemado con su tienda; pero si es esclavo, se le abandona á los perros y á las aves de rapiña. Al celebrarse las exequias de los magnates, un esclavo, ó más comunmente una esclava de la casa, debe inmolarse de buen grado en medio de ritos obscenos y crueles: en los que era atravesada y degollada por una mujer vieja, á la que se da el nombre de ángel de la muerte, es quemada acto contínuo con el cadáver dentro de una barca. El rey está colocado en un espacioso estrado guarnecido de pedreria, y le rodean cuarenta concubinas, á las cuales abraza á la vista de todos. Jamás pone el pié en tierra en ninguna ocasion ni circunstancia: si quiere montar á caballo, se le lleva su cabalgadura cerca de aquel estrado, entorno del cual se hallan cuatrocientos hombres escogidos y resueltos á morir en su defensa. Cada uno de ellos tiene cerca de sí dos jóvenes, una para criada y otra para concubina.

Siendo hombres dispuestos siempre á batirse y á derramar sangre los bárbaros, entre quienes Novogorod se engrandecia, el anciano Gostomusl propuso el dictámen de someterse á extranjeros valerosos (859), á fin de obtener la tranquilidad y de ponerse á cubierto de las amenazas de los fineses. Por lo general los suecos, que predominaban en el mar interior sobre los demás pueblos de la Escandinavia, dirigian sus correrias hácia Levante; y algunos de ellos, oriundos del Roslagen y denominados varegos (4) se habian establecido en el centro del golfo de Finlandia, en el mismo punto en que Pedro el Grande edificó posteriormente la capital de su imperio. Dirigiéronse, pues, los eslavos á los varegos (861) y les hablaron del modo siguiente: «Nuestro pais es vasto y opulento, si bien carece de justicia; venid á gobernarnos con sujecion á las leyes.» Tres hermanos, Rurik *(el Pacífico)*, Siwar *(el Victorioso)* y Truwal *(el Fiel)* entraron en el territorio de la gran Novogorod con sus camaradas, y se situaron: Rurik enfrente de los fineses y de los piratas; Siwar de los biarmos; Truwal de los kudos de la Lituania.

Rurik funda el imperio.—Habiendo muerto Siwar y Truwal, se reunieron las tres colonias bajo las órdenes de Rurik, quien se estableció en Novogorod (862) con el título de gran príncipe; dió al pais el nombre de *Rosland* (5), nombre en relacion con el de su patria, é hizo conocer á los eslavos que habian adquirido un soberano. Señaló sus conquistas en feudo á sus fieles *(boyar)*, si bien no pudieron convertir sus dominios en señorios, atendido que los sucesores de Rurik adoptaron el uso de hacer gobernar los distritos y las principales ciudades por lugartenientes *(posadnik)*.

Askold y Dir, compañeros de Rurik, á quienes no cupo en suerte ningun feudo, se pusieron en camino al acaso para encontrar á Constantinopla (864); pero hallando en el curso de su viaje á Kiof, se apoderaron de ella y la convirtieron en reino independiente. Habiendo equipado doscientos buques, descendieron por el Dnieper al mar Negro y al Bósforo de Tracia (864), sembrando el espanto hasta los muros de Constantinopla, aunque fueron sorprendidos por una tempestad tan terrible, que tuvieron á singular fortuna admitir las ricas telas y el dinero que les ofrecia el emperador Miguel, así como los obispos y los sacerdotes para bautizarles.

A las órdenes de estos atrevidos y belicosos jefes conocieron los eslavos sus fuerzas y aprendieron á servirse de ellas. Provistos de buenas armas atacaron en lo interior del pais á sus propios hermanos, quienes, para defenderse, no tenian más que escudos de madera. Otros varegos, que habian acudido para participar de los peligros y del botin de sus compatriotas, ayudaron á la consolidacion de los nuevos estados: Oleg, tutor del hijo de Rurik, marchó á su cabeza á nuevas conquistas (879); sometió á Esmolensko, habiendo tendido después un lazo á Askold y á Dir, á quienes hizo dar muerte, se apoderó de Kiof, y la hizo capital del imperio, cuyo poderio aumentó considerablemente, dominando á tribus sueltas.

Quiso tambien probar el hacerse dueño de Constantinopla, y la sitió con dos mil naves, montadas por ochenta mil combatientes (911). Ruedas preparadas bajo aquellos bajeles le permitieron acercarlos á la muralla cuando el viento era propicio, á fin de batir de este modo por tierra la plaza. Reducido Leon el Filósofo á entrar en negociaciones con el enemigo, le pagó doce *grivnas* por cabeza, no solo por su ejército, sino tambien por la poblacion de las principales ciudades. Se comprometió á mantener á espensas del tesoro á los embajadores rusos en Constantinopla; á suministrar durante medio año á los súbditos rusos que llegaron allí á hacer el comercio, pan, carne, vino, pescado, frutas en cantidad suficiente, con la entrada en los baños públicos; además víveres, anclas, cordage y velas para el retorno. Por su parte los rusos

---

(4) *War, war, guerre, guerra*, en aleman, en inglés, en francés y en español tienen la misma raiz. *I varaigues, varangues, wargi, warvangi, waringi*, quiere decir hombres de guerra ó guerreros emigrados.

(5) Nestor dice de una manera positiva que el nombre de rusos no procede de Ross, hijo de Lekh, primer príncipe de la Polonia, ni de los roxolanos ó ros-alanos ó roxanos, que habitaban en otro tiempo á orillas del Dnieper, sino realmente de un pueblo escandinavo. Además en los *Anales* de San Bertin, publicados por Duchesne, se lee que en el año 839 envió el emperador griego Teófilo embajadores á Luis el Pio, rogándole que buscara medio de hacer regresar á su patria á hombres designados con el nombre de *rhoss*, que le acompañaban, y no querian esponerse de nuevo á los grandes peligros que habian corrido, cruzando un pais salvaje para restituirse á Constantinopla. Luis supo que eran suecos. Liutprando menciona en su legacion á los *Roussios quos alio nomine normandos vocamus*.

prometieron abstenerse de todo insulto, habitar en distinto barrio, anunciar su llegada, y no ir en número de más de cincuenta á un tiempo. Juró Leon estas condiciones sobre el Evangelio, Oleg sobre sus armas, invocando á Perun y á Wolosk, divinidades eslavas; dejando después colgado su escudo á las puertas de la gran ciudad; tornó á embarcarse, desplegando á los vientos las velas de seda de los rusos, las de algodon de los eslavos, y regresó triunfante de una espedicion que le valió entre los suyos una reputacion de mágia.

De esta suerte el imperio ruso desde su cuna humilló á Bizancio, objeto constante de su ambicion. Ni una sola palabra dicen de este suceso los historiadores bizantinos, si bien son tan defectuosos, que no se debe tomar en consideracion su silencio. La *Crónica* de Nestor, monje del convento de Pocherskoi, en Kiof, quien escribió sobre documentos seguros, narra los hechos tales como acabamos de esponerlos. Este religioso vivió hasta el año 1113. Así á la par que la historia de los demás Estados septentrionales comienza con la introduccion del cristianismo, la de Rusia la precede en un siglo. En esta época da principio una série de crónicas nacionales, que continua sin interrupcion hasta el reinado de Ivan IV Wasiliewitz, en los primeros años del siglo XVI, y después menos completa hasta Alejo Michelovitz en 1645.

Los *Libros de las generaciones* (*stepennié knighi*) son otra fuente para la historia rusa: contienen la historia de los grandes príncipes, dispuesta por grados de genealogías; de tal manera que, habiendo reinado tan distintos príncipes sucesivamente, se hallan á igual distancia del comun tronco y no forman más que un grado. Por eso su cronologia es defectuosa. Cipriano es el autor más antiguo de ellos y Macario el más moderno; ambos metropolitanos, aquél del décimo cuarto y éste del décimo sexto siglo. Como era de estremada importancia para la nobleza rusa, antes de Pedro el Grande justificar su ascendencia, cada familia hacia inscribir su genealogia en los *Rodoslownie knighi*, registro oficial que se conservaba en la corte imperial; pero estos libros fueron entregados á las llamas, á fin de poner coto á las interminables pretensiones á que daban márgen las categorias para los empleos ó dignidades, atendido que se llegaba á ellas no por el mérito, sino por derecho de nobleza.

Igor.—Igor, hijo de Rurik, sucedió á Oleg, y tuvo que pelear contra los pechinecos (913), nacion de estremada barbarie, que habitaba entre el Ural y el Volga, y que arrojada de allí por los uzos habia penetrado en las tierras de los cazaros y habia rechazado á los madgiares de su establecimiento entre el Don y el Prut. Llegada al Dnieper asaltó á Kiof; si bien, constreñida á la retirada, se replegó sobre el Danubio (914), ocupando la Besarabia, la Moldavia y la Valaquia, donde con posterioridad adquirió grande importancia.

Igor, de una edad muy avanzada, quiso tentar una espedicion contra el imperio bizantino, y se cuenta que armó diez mil bajeles montados cada uno por cuarenta hombres; pero el fuego griego y la habilidad de Teófanes aniquilaron su escuadra. Volvia á la carga cuando el emperador Romano Lecapene logró apaciguarle renovando los antiguos tratados.

Sviatoslaf.—Deseoso Nicéforo Focas de dar á un mismo tiempo ocupacion á los búlgaros y á Swiatoslaf, hijo de Igor, que habia acreditado disposiciones belicosas, avasallando á los cazaros, le envió á Caloquiro (964), grande del imperio, ofreciéndole quince quintales de oro (2.000,000 de pesetas) para inducirle á declarar la guerra á los primeros. Inmediatamente sesenta mil rusos, bajando por el Dnieper al mar Negro, remontaron el Danubio, y se apoderaron de Preslaf (*Marcianópolis*), capital de los búlgaros. Pero á este tiempo los pechinecos atacaron á Kiof, y Swiatoslaf tuvo que retroceder á toda prisa para libertar su capital y su familia.

Logrólo en efecto, aunque seducido por el clima de la Mesia, resolvió trasladar allí su residencia. En su consecuencia repartió sus Estados entre sus tres hijos, quienes, no obstante, solo debian hacer sus veces. Asustáronse los griegos de esta determinacion, y el nuevo emperador Juan Zimisces levantó tantas tropas como le fué posible (971) para espulsar de Preslaf á aquel inoportuno huesped. Habiendo acometido de improviso á los rusos, los derrotó y quemó á ocho mil de ellos dentro la ciudadela. Vencido el mismo Swiatoslaf en campal batalla, se halló bloqueado en Silistria, donde se defendió con tanto denuedo, que el emperador griego consintió en otorgarle honrosas condiciones. Volvia humillado á su antigua capital con veinte y dos mil guerreros, residuo de los sesenta mil hombres que habia sacado, cuando le interceptaron el paso los pechinecos (973), y le dieron muerte, y su cráneo sirvió para hacer una copa á su príncipe ó kuria.

Wladimiro el Grande.—Sus tres hijos dieron el primer ejemplo de las discordias fratricidas que posteriormente han hecho padecer tanto á Rusia. Wladimiro, ayudado por los normandos y por la traicion, acabó por quitar la vida á su hermano Yaropolk, que ya habia dado muerte á otro llamado Oleg: así adquirió todo el imperio, y el sobrenombre de Grande, que hizo olvidar el de Malvado. Permitió de buen grado á sus axiliares normandos encaminarse á Constantinopla; y atacando él á Micislao, duque de Polonia, conquistó la Rusia Roja (*ciudades cervenianas*) que constituye actualmente la Galitzia: y ocupando la Livonia, estendió hasta el Báltico los límites de su imperio. A imitacion de su padre, que habia dominado á los búlgaros que habitaban entre el mar Negro y el de Azof, quiso avasallar á los que se habian quedado en sus antiguos establecimientos junto al Cama y el Volga; pero encontró tan enérgica resistencia, que le pareció prudente solicitar la amistad de ellos.

Wladimiro era tan dado á los deleites como feroz en la guerra; por lo cual se ha escrito que tenia á su disposicion trescientas mujeres en Visgorod, otras tantas en Bialgorod y doscientas en Berestof. No era menos celoso respecto de la antigua religion de los eslavos; y la estátua de Perun, su principal divinidad, se elevaba en Kiof sobre una columna, enfrente del palacio donde tenia su residencia. Era un ídolo de madera con la cabeza de plata y el rostro de oro, que tenia en la mano un rayo de piedras guarnecido de rubíes y de carbunclos: quemábanse sobre su altar, donde nunca se apagaba el fuego, animales y prisioneros, y tambien frecuentemente niños, ofrecidos por sus padres para aplacar la cólera divina. Queriendo Wladimiro darle gracias por el éxito venturoso de sus empresas, hizo echar suertes para ver á quién deseaba el dios por víctima, y habiendo sido designado un jóven cristiano se opuso su padre á que se le inmolara, y ambos recibieron muerte: estos dos primeros mártires de Rusia fueron venerados después bajo los nombres de San Fedor y de San Ivan.

Sin embargo, el voluptuoso y profano Wladimiro fué el instrumento de que se valió la Providencia para introducir en aquel pais el cristianismo. Conociendo que la idolatria de los suyos era demasiado grosera, envió diez sabios á Alemania y á Roma con el fin de que tomaran conocimiento de los diferentes cultos: personalmente consultó á los judios, á los cristianos, á los mahometanos: por último diputó otros cuatro embajadores á Constantinopla. Como vieran el magnífico templo de Santa Sofia, la pompa de los ornamentos sacerdotales, la belleza de las pinturas, la piadosa majestad de las ceremonias y de las plegarias, quedaron conmovidos y creyeron oir á los ángeles del cielo cuando niños vestidos de blanco cantaron á coro el Santo, Santo, Santo.

Desde su infancia habia adquirido Wladimiro de Olga, su madre, algunas nociones sobre la religion verdadera, y decia para sí mismo: *Forzosamente es esta la mejor de todas, cuando Olga la sigue*: al cabo se decidió á abrazarla. Habiéndose adelantado á la cabeza de un grueso ejército hácia la península taúrica, tributaria del imperio bizantino, se apoderó de Querson (988). Aumentóse el terror á consecuencia de una profecia que anunciaba como Constantinopla acabaria por ser tomada por los rusos; profecia repetida hace nueve siglos y que siempre está en vísperas de cumplirse. Entonces se contentó Wladimiro con pedir á los emperadores Basilio y Constantino la mano de su hermana Ana, sino preferian á este enlace la guerra. Adoptaron el primer partido, á condicion de que recibiera el bautismo, y suscribió á ello. No solo les restituyó Querson, sino que envió socorros á los emperadores para ayudarles á vencer á Bardas Focas.

Los soldados que le acompañaban doblaron su frente bajo el agua santa: luego doce de los más robustos derribaron la estátua de Perun, arrastrándola hácia el Dnieper. En breve todos indistintamente tuvieron órden de recibir el bautismo, so pena de perder la cabeza. Los súbditos raciocinaron del mismo modo que su rey, diciendo: «Sino fuera una cosa buena, ni el príncipe ni los boyardos la hubieran hecho.» De consiguiente los adultos entraron en el agua hasta el pecho ó el cuello, los jóvenes se mantuvieron á la orilla, y los niños estaban en los brazos de sus padres: á bordo de bajeles pronunciaban los sacerdotes las oraciones. Prosternado Wladimiro en la ribera, dijo: *Dios del cielo y de la tierra, dirije tus ojos hácia este pueblo; bendice á tus nuevos hijos; haz que te reconozcan por el verdadero Dios; fortifica en ellos la fé verdadera; sosténme contra las tentaciones del demonio, como espero triunfar de sus lazos con tu ayuda.* Dos arzobispos, dependientes del patriarca de Constantinopla, fueron instituidos en Kiof y en Novogorod, si bien independientemente del cisma griego, se conservaron en aquellas iglesias muchas supersticiones. Wladimiro, que habia depuesto con el paganismo su antigua fiereza, convidaba á su mesa una vez á la semana á sus boyardos y á los principales habitantes de Kiof. Socorria á las familias menesterosas: hizo desmontar vastos desiertos, fundó ciudades, instituyó escuelas con maestros griegos, á quienes tenia horror el pueblo, porque consideraba como una tirania la obligacion de enviar allí á sus hijos. Tambien llamó de fuera arquitectos y artesanos: concedió á los eclesiásticos un poder utilísimo en los pueblos nuevos, y donde modera la ilimitada autoridad de los príncipes. Por esceso de piedad no castigaba ni aun los desmanes, diciendo: *¿Quién soy yo para condenar á los demás á muerte?* Remitia las acusaciones á Siro, metropolitano de Kiof, quien reprimió su intolerante celo.

Distribuyó los gobiernos entre sus doce hijos; pero habiéndose rebelado uno de ellos, murió de cólera. Verdadero fundador del poder ruso, su memoria se encuentra rodeada con la pompa de las ficciones con que la tradicion popular engrandece á los héroes.

Adoptado Sviatopolk, hijo de Yaropolk, primogénito de los doce hermanos, se hizo proclamar gran principe (1015), pero los demás se opusieron, y se multiplicaron las batallas y los fratricidios con ayuda de los extranjeros llamados por los diferentes bandos. Habiendo sido asesinado Sviatopolk el Malvado (1010), tuvo por sucesor á Yaroslaf, quien vencido por su hermano Mstislaf, tuvo que partir con él la autoridad hasta el momento en que la muerte de este último se la restituyó por completo. Deja sabias leyes, hizo volver á entrar en sus deberes á los chiudos, que habian querido sacudir el yugo, y construyó á Santa Sofia, catedral de Kiof (1037), el monumento más antiguo de arquitectura bizantina en Rusia, con mosaicos y puertas de bronce, donde aun se ve su marmórea sepultura, única que existe en Rusia de esta clase.

Con su hijo Isiaslaf (1054) comienza la decadencia de este imperio, nacido gigante, y una de-

plorable sucesion de guerras civiles y de cobardes asesinatos. Dos veces espulsado este príncipe, reconquista el poder y acude á ofrecer á Gregorio VII reconocerle por soberano espiritual y temporal, si le presta su apoyo.

Isiaslaf se habia visto obligado á convenir con sus hermanos en que el trono no pasaria en adelante de padre á hijo, sino á cada uno de los hermanos por órden de edades, y á falta de estos á los hijos del primogénito. En su consecuencia, después de él, reinó Vsevolod (1078-93): luego Sviatopolk II, hijo de Isiaslaf, quien dejó la corona á Vladimiro II, hijo de Vsevolod (1113). Este órden de sucesion defectuoso y las divisiones que dió por resultado, causaron grandes males á Rusia, la cual vió á los tios y los sobrinos entregarse por largo tiempo á combates homicidas. Habiendo llegado Vladimiro á ponerles término ó á suspenderles, se puso en marcha contra Alejo Comneno; pero el emperádor griego compró la paz enviándole un crucifijo de madera de la verdadera cruz, la copa de cornalina del emperador Augusto, la diadema, la cadena y el manto con que fué coronado Constantino IX, abuelo de Vladimiro, la cual todavia se conserva para la inauguracion de los czares.

Vladimiro se cuenta en el número de los mejores reyes, y de seguro las instrucciones que dejó á sus hijos dan testimonio de una ilustrada prudencia, que no se esperaria hallar en aquel siglo y en semejante comarca. Fué el primero que tomó el título de *czar*, que en idioma eslavo significa grande, si bien quizá fué una corrupcion de *César* que le dió el emperador griego, juntamente con el de autócrata de los principados de Rusia. Vsevolod habia introducido el uso de añadir á su nombre el de su padre, haciéndose llamar Yaroslavitz, uso seguido después constantemente.

Moscou, de la cual se ha dicho *es la tercera Roma y no tendrá otra cuarta*; Moscou, *fundada sobre sangre*, como dicen los cantos del pais, no se halla aun mencionada por este tiempo (6), aunque se hace remontar su orígen hasta Oleg. Sábese que en el año 1147 el terreno sobre el cual se construyó esta ciudad, pertenecia á Koncko, comandante de mil hombres (*tissiatchnik*), el cual dió allí una fiesta. Habiendo desagradado su arrogancia al príncipe Yuri Vladimirowitz, le hizo quitar la vida; y como le parecia agradable la situacion de aquella aldea, rodeó con empalizadas el sitio donde se alza ahora el kremlim, y formó una poblacion á que dió el nombre de Moscou por el rio á cuya orilla estaba edificada.

Constitucion.—Rurik, llamado para «gobernar con sujecion á las leyes», no las observó: sin embargo, su autoridad y la de sus sucesores fué moderada por los boyardos y por asambleas populares. El gran príncipe gobernaba ciertas provincias, por medio de lugartenientes, y daba otras en principado á los *varegos*. Novogorod se gobernó con formas republicanas. Las asambleas elegian sus magistrados y á un gran príncipe de la familia de Rurik, que hacian ejecutar las leyes dadas por ellos, y trataban con los grandes príncipes de Rusia y con otros Estados. Estos pueblos conquistaron la Biarmia (*Arcángel*) y enviaron allí colonias.

Los usos introducidos por los escandinavos legitimaban la venganza privada y la composicion en dinero; y quizá para obtener más cantidad de este último abolió Isiaslaf la pena de muerte en el código que publicó en lengua eslava (*ruskaia prawda*), dando mayor estension al de su padre. La venganza del homicidio se deja allí á los padres, hijos, hermanos y sobrinos del difunto; y si no existen, consiste el castigo en una pena pecuniaria. Determinadas se hallan las multas para cada injuria. El que reconoce una cosa como de su pertenencia en manos agenas, no puede recobrarla por sí, sino que debe decir al detentor: «Esto es mio, tú lo niegas: dime, pues, como lo has adquirido, nombra tus testigos, ó sígueme para comparecer ante el juez. Si hoy no puedes, dame fianza de que comparecerás dentro del término de tres dias.» Se aseguraba la reivindicacion de una propiedad á los poseedores precedentes; y todo asunto contencioso podia ser decidido en presencia de doce hombres probos que atestiguasen el estado de la posesion anterior.

La vida de un boyardo ó grande de primera clase está apreciada en veinte y cuatro *grivnas*, en doce la de un hombre libre; una mujer se estima en la mitad de la de un hombre de su clase. Se pagan doce *grivnas* por el artesano, el preceptor de niños, la nodriza; cinco por el esclavo y seis por la esclava. El gran príncipe era juez supremo y tenia un tribunal de justicia. Mandaba el ejercito y poseia una guardia reclutada entre los boyardos y los mejores soldados. Retiraba su parte del botin y el resto se distribuia entre los combatientes.

Las costumbres que hallamos descritas por Ibn Fozlan, eran quizás las de los habitantes de los alrededores del Volga; pero todavia subsisten algunos usos que participan de la antigua tosquedad ó se han modificado muy poco. Determinado el matrimonio entre los padres, se esponia á la novia desnuda á la vista de algunas mujeres que le enseñaban á corregir los defectos que descubrian en ella. En el momento de la ceremonia se la coronaba de agenjos, y un clérigo echaba sobre su cabeza un puñado de grano de lúpulo, deseándole que fuera fecunda como estos. El que visitaba á

(6) Entre los antiguos se halla el nombre de Moscou. *Heniochi, sievisque affinis sarmata Moschis* dice Lucano y Sidonio Apolinar *(Paneg. Aviti)*:

Sauromatam taceo ac Moschum solitosque cruentum.
Lac potare Getas.

Tolomeo hace mencion del pueblo Mosco, y de un rio de este nombre, que desde la Mesia superior desemboca en el Danubio. Estrabon describe la Mosquia del Cáucaso, libro XI. En la Macedonia existe Moscópolis.

una recien parida, debia poner debajo de su almohada una moneda en proporcion de su estado.

Se parecia algo á las solemnidades paganas la fiesta de *Koupo*, celebrada el 24 de junio, dia en que la juventud se reune en rededor de un árbol adornado con cintas y se sienta á una mesa cubierta de pastas. Lo mismo sucede con la *koliada* de diciembre, durante la cual se dan serenatas por las calles. Pero la mayor solemnidad es la de Pascuas, cuando en medio del alegre tañido de las campanas y de centenares de cirios y de magníficos vestidos, resonaba por todas partes el grito de *Christos voskress*, Cristo ha resucitado. Amigos y parientes cambian entonces visitas, huevos teñidos de encarnado ó aguinaldos.

Siempre han sido aficionados los rusos á los baños, á la gimnástica, al baile, á resbalar por el hielo ó desde la pendiente de una montaña. Amigos de la fatiga, minuciosos en las cuentas, tan astutos y fraudulentos en el comercio, que Pedro el Grande decia que no queria admitir á los judios en sus Estados, á fin de que no les engañaran los moscovitas.

En un principio se servian de pieles de marta y de ardilla por moneda: luego de hocicos ó de otras partes de estos animales, teniendo probablemente alguna contraseña. No renunciaron á las pieles ni aun cuando conocieron en Constantinopla el uso del dinero; y en tiempo de Vladimiro una *grivna* indicaba el número de pieles de marta igual al valor de un marco de plata: después en el siglo XIII descendió hasta una séptima parte de este valor.

Hacian los rusos con el imperio griego, con los búlgaros, con los kazaros, y los pechinecos comercio de cera, de miel y de peleterias. De los últimos sacaban caballos y ganados; de la Grecia paños, sedas, vestidos bordados, vino, pimienta y tafiletes: el principal depósito era Novogorod, donde los escandinavos acudian á hacer sus compras. Zarpando de Novogorod, los navegantes, durante el verano atravesaban un golfo, un lago y un rio navegable, ó durante el invierno sus hielos, para llegar hasta el mar. En canoas, hechas de un solo tronco de árbol, se abandonaban al curso de los rios que desembocan en el Borístenes, trayendo de lo interior del pais esclavos, pieles, miel y los demás productos del Norte; cuando llegaban á las embocaduras de los rios, hacian con la madera de sus canoas remos y barcos para naves mayores, con los cuales bajaban por el Borístenes hasta las trece cataratas. Allí necesitaban poner en seco sus embarcaciones y arrastrarlas con mucha fatiga por espacio de seis millas, espuestos á los ataques de los bárbaros. Cuando encontraban la primera isla después de las cataratas, solemnizaban su salvacion, reparaban sus buques, entraban en el mar Negro y vogaban á Constantinopla, donde cargaban de vino, trigo, aceite, especias de la India y manufacturas de la Grecia. Si por otra parte se presentaba la ocasion, durante el viaje no dejaban de entregarse á la piratería.

El señor Frahen ha hallado un modelo de escritura rusa del siglo X en caractéres distintos de los caractéres griegos y rúnicos, y semejantes á las inscripciones aun no descifradas que se encuentran en las rocas entre Suez y el monte Sinaí. Enseguida se introdujo en Rusia el alfabeto de Cirilo con el cristianismo, é Yaroslaf instituyó una academia en Novogorod, para traducir al eslavo los Padres de la Iglesia griega. Aunque se atribuye equivocadamente á Vladimiro el *Nomocanon*, código dispuesto con la intencion de estender la jurisdiccion eclesiástica, se puede considerar como auténtica la ley de Yaroslaf, que confia á los tribunales eclesiásticos el conocimiento de ciertos negocios, como el de los delitos contra el pudor, y cosa más delicada, las cuestiones entre padres é hijos.

Bajo su sucesor se fundó en Kiof el monasterio llamado Pesctera, por la caverna que Hilarion habia escogido para su morada antes de ser promovido á la silla de Kiof. Fué reemplazado en este retiro por el ermitaño Antonio y por otros doce que abrieron en la peña sus celdas y la iglesia. Habiéndose aumentado su número ocuparon la montaña que estaba encima; y de aquí resultó una abadia enriquecida con donaciones reales y célebre en el Imperio. Trasformáronse las primeras celdas en vastas catacumbas, donde los cadáveres permanecian preservados de la corrupcion.

Novogorod fué la primera sede arzobispal: en 1008 el patriarca de Constantinopla elevó á la categoria de metropolitano de Kiof á Juan I, llamado el profeta de Cristo, que ha dejado la *Respuesta canónica* dirigida al arzobispo Jacobo. Es un escrito que goza de grande autoridad en el derecho eclesiástico de Rusia. En él se prohibe hacer uso de la carne de aves ó de cuadrúpedos despedazados ó ahogados; comer y comulgar fuera del caso de necesidad estremada con los católicos, y se recomienda á los príncipes no concederles sus hijas en matrimonio, porque no han recibido el bautismo por entero, esto es, por inmersion.

Con frecuencia ha sido acusado de ignorancia y de depravacion el clero ruso. Obligado está el sacerdote á tomar mujer, y si la pierde, renuncia al sacerdocio, y se retira las más de las veces á un convento. Es necesaria la bendicion nupcial, se prohibe el matrimonio entre parientes hasta el cuarto grado; y el sacerdote seria escomulgado si bendijera á un matrimonio contraido por tercera vez, ó diese festines con mujeres ó asistiera á bailes. Se veda vender un cristiano á pueblos no bautizados.

En 1157 se celebró un concilio nacional en Kiof para condenar al armenio Martin, quien enseñaba que no se debe ayunar en sábado; que se debe hacer la señal de la cruz con el índice y el dedo del medio de izquierda á derecha; que se deben dirigir las procesiones en igual sentido segun el curso del sol; dar vuelta á las iglesias hácia Poniente; hacer uso de siete panes para la Eucaristia.

CAPÍTULO X

RAZA FÍNICA.—HÚNGAROS.

La Finlandia, situada entre el 59° y el 68° de latitud, entre la Suecia, la Rusia y la Laponia, posee un suelo ingrato, sobre el cual llega amenudo á destruir la esperanza del cultivador un helado viento, á veces en el corazon del estio. No produce ninguno de nuestros frutos, y se reputa allí por buen año aquel en que se puede cojer suficiente heno para las bestias y bastante cebada para los hombres. Compónese de vastas llanuras como la Suecia, selvas de abetos, y lagos tristes cubiertos durante el invierno de nieves, sobre las cuales los rayos del sol no reverberan nunca. Paciente y resignado el finlandés trabaja de contínuo; es fiel á su palabra y á la tradicion, crédulo y supersticioso. Habla un idioma flexible, dulce, rico en vocales: su poesia es rica, sin rima, si bien con aliteracion, y en ella encuentra un gran deleite. Albergados en sus cabañas los indígenas, son generosamente hospitalarios con los poquísimos extranjeros que suelen ir á visitarles, y entretanto celebran fiestas de familia, para las cuales se reunen cruzando montañas y rios helados.

A la raza llamada fínica ó uraliana, y diferente de las demás razas europeas, pertenecen los laponeses, los fineses, los estonios, los permianos, los votiacos, los vógulos, los ostiakos, los cuvascos, los quermisos y los húngaros, naciones no muy distintas entre sí, á pesar de todo, en virtud de mezclas con otras razas, cuyas vicisitudes nos son desconocidas. En otro tiempo se estendian por todas las comarcas hácia el Norte, hácia el Levante y el Mediodia de Rusia, mezcladas ó quizá confundidas con los sármatas y con los escitas, de la misma manera que se han diseminado actualmente desde la Escandinavia hasta el Norte del Asia, y desde allí hasta el Volga y el mar Caspio. Los rusos designaban á los pueblos de raza fínica con el nombre general de *chiudos*, es decir, extranjeros: los escandinavos les denominaban *fineses*, es decir, enemigos *(fiende)*: mientras ellos se llamaban *suomos*, que equivale á decir gentes del pais. Reconocian un ser supremo (*Yumala*), aunque divinizaban las fuerzas de la naturaleza, venerándolas en las selvas y las montañas: solo los permianos tenian un templo espuesto á las piraterias de los escandinavos. Estos últimos exageraron las riquezas que contenia: al decir de ellos era todo de maderas preciosas, resplandeciente de oro y de pedrerias. Segun su aserto, la estátua del dios tenia sobre su cabeza una diadema de oro con doce diamantes, un collar de trescientos marcos de oro, una vestidura de mayor coste que tres naves griegas opulentamente cargadas, y sobre las rodillas una copa de oro suficientemente ancha para saciar la sed de cuatro hombres y llena de finísimas margaritas. Tan enormes riquezas atrajeron á la poderosa Novogorod, que ocupó la Biarmia.

Más al Norte se halla la raza de hombres más deformes de Europa. El Edda y las Sagas los mencionan, calificándolos de enanos y de magos que con sus astucias desahogaban el odio que tenian á los dioses de Asgard; pronto el nombre de finlandés fué en el Norte sinónimo de hechicero, y muchos acudian con objeto de comprarles la salud ó una provision de viento favorable para la navegacion.

Pero aunque escitaron la codicia de los mercaderes, la ambicion de los conquistadores y la curiosidad de los supersticiosos, es lo cierto que los fineses no tuvieron historia; y solo sabemos de ellos que el cristianismo hizo disminuir entre ellos las supersticiones sin lograr estinguirlas. Surgieron allí estrambóticas sectas, y al frente de una de ellas estaba Wallenverg, quien pretendia haber recibido del Padre Eterno la mision que Cristo no habia desempeñado completamente. Hizo numerosos pro-

sélitos hasta el momento en que Gustavo Wasa le metió en un calabozo, de donde no volvió á salir nunca. Por lo demás la Finlandia se la disputaron los rusos y los suecos: estos últimos la poseyeron en el siglo XII, si bien no bastaron á defenderla; los rusos acabaron por conquistarla en 1809.

De este pais se supuso oriundos á los ávares, hunos y magiares ó húngaros; pero en el dia los etnólogos hacen proceder aun estos del Asia; si bien que, segun parece, habitaron por mucho tiempo entre los fineses, los húngaros, á quienes vamos á seguir ahora en su devastadora carrera por Europa (1).

Húngaros.—Servia de argumento para sostener que descendian de los fineses, su lengua, tan estravagante, que los filólogos poco reflexivos del siglo pasado la declararon una mezcla de todos los idiomas de Europa y del Asia: después, embelleciendo la imágen, dijeron que la lengua húngara era una vírgen sin madre, hermanas ni hijas. Habiendo ido en el año 1769 el húngaro Sainovics, en union del jesuita Hell al cabo Norte para observar el paso de Vénus sobre el sol, quedó sorprendido de poder entender á los lapones y de ser comprendido por ellos: entonces proclamó que su lengua era la misma que la de los húngaros. Estudios posteriores modificaron tal aserto, asegurando, no obstante, que pertenecia al grupo de las lenguas finesas; opinion corroborada por que, como estas, el idioma húngaro designa, con ayuda de afijos, los casos, las relaciones del posesivo, las conjunciones y las interrogaciones. La historia no nos dice de qué manera se verificó su mezcla con idiomas de distinto tronco; pero los filólogos más modernos han probado que es igual en el fondo á las lenguas indo-germánicas; de suerte que aquel pueblo debe colocarse tambien en la familia europea. Llamaban al principio del mal *Armanyos*, en quien algunos ven al Ariman de los persas, y otros al Herminio de los germanos; é inmolaban caballos blancos á las fuentes y á las montañas.

Cuentan las tradiciones húngaras que en el fondo de la Escitia existen tres paises, Dent, Mager y Bostard en que todos los habitantes están vestidos de armiño; allí abundan las piedras preciosas, el oro y la plata; allí habitaba la nacion húngara en un principio. Magog, nieto de Jafet, fué su primer rey, y tuvo ciento ocho descendientes, que fueron jefes de otras tantas tribus. Atila, el azote de Dios, que condujo antes que otro alguno á lo exterior los húngaros ó hunos, descendia de Magog. De Ugek, su hijo, nació Almo, bajo el cual los húngaros emigraron segunda vez, por esceso de poblacion, en número total de doscientos diez y seis mil, ó de dos mil hombres por tribu, divididos en siete hordas, á las órdenes de siete magiares (2).

Ni la geografía ni la historia rechazan estas tradiciones. Hácia los montes Urales y á orillas del Cama se encuentra aun la gran Hugoria, de donde salieron probablemente los húngaros ó cumanos. Aparecen por la primera vez en la historia en tiempo del emperador Heraclio, con el cual hicieron la guerra á Cosroes, rey de Persia (620). Establecidos entonces junto al Terek, rio que desde el Norte del Cáucaso desemboca en el mar Caspio, hacian allí vida de cazadores y de pastores, empezando, no obstante, á dedicarse algun tanto a la agricultura. Habíanles sometido los kazaros; y cuando fueron arrollados estos en el siglo VII por los búlgaros desde el mar Caspio hasta el mar Negro, partieron con ellos los húngaros (680), y se fijaron á su lado entre el Dnieper y el Don. Hallándose espuestos allí los primeros á los ataques de los nuevos bárbaros, que se adelantaban desde el centro del Asia hácia Europa, adquirieron costumbres belicosas, y se organizaron militarmente á las órdenes de uno de sus siete jefes, á quienes confirieron la autoridad de príncipe.

Entonces después que los hoeis destruyeron el imperio de los turcos en medio del Asia (883), los pechinecos dieron impulso á los magiares, que libres del yugo de los turcos cazaros, y arruinados por sus discordias intestinas, se dirigieron hácia otros paises. Cruzando algunos el Don se replegaron hácia la Persia; guiados otros por Arpad, hijo de Almo, y por los otros seis magiares, pasaron el Borístenes por cerca de Kiof (887); y habiéndose acomodado de grado ó por fuerza con los rusos, á condicion de llevar á otras partes sus conquistas, continuaron su marcha por la Galitzia y la Lodomiria. Después de haber recibido víveres, refuerzos y rehenes, traspusieron los montes Carpatos.

Rosniacos.—Hallábanse habitadas las gargantas de estas montañas por naciones eslavas y por valacos, de quienes todavia pueden encontrarse vestigios. A las primeras pertenecen los rosniacos, hermanos de los que habitaban la Rusia Roja (*Galitzia Oriental*), poblacion esclava de los húngaros, y sujeta á los efectos de su mísera condicion, sin haber perdido completamente, á pesar de todo, sus costumbres nacionales. No tiene entre ellos valor legal el matrimonio. Roban á las mujeres, se casan con ellas cuando todavia son niñas, ó las compran en el mercado. Anualmente en el dia de Santa Maria Magdalena acude una gran muchedumbre á Mate-Szalka, donde las doncellas, con los cabellos flotantes y coronadas de guirnaldas blancas, y las viudas, con coronas de follaje, ostentan sus encantos. El hombre ase del brazo á la que es de su agrado, y la arrastra por fuerza hácia la iglesia: si cruza el umbral es su esposa (3).

---

(1) DUSSIEUX.—*Ensayo histórico sobre las invasiones de los húngaros*; Paris. 1839.

(2) *Anonimus Belæ* ap. SCHWANDTNER, *Scrip. R. Hungar.*, t. I.—TURÓCZ, *Cron. Hung.*, cap. I-VII.—PRAY, *Annal. Hun. Avar. et Hungar.*, pág. 342.

(3) BARTHOLOMÆI. — *Memorabilia provinciæ*. Czetnick, 1799.

Los valacos, residuo de las colonias militares de los romanos, y que conservaban la lengua de sus antepasados, tambien cayeron bajo el yugo de los húngaros y no tornaron á levantar cabeza. Pero al través del embrutecimiento de la servidumbre puede una vista perspicaz descubrir ciertos usos que recuerdan los primitivos tiempos. Cuando uno de ellos muere, corren los demás á su sepultura ahullando y repitiendo á voces, cuántos hijos, cuántos amigos y rebaños tenia, y preguntándole por qué los habia abandonado. Durante muchos dias siguen yendo á llorarle y purifican su sepulcro con libaciones de vino; el banquete fúnebre denota con su esplendidez la condicion del difunto. Colocan sobre la fosa una enorme piedra ó una cruz, á fin de que ningun vampiro vaya á chupar sus humores; ó se levanta allí un poste, del que la viuda suspende una guirnalda, una ala de ave ó un pedazo de tela. Si quieren jurarse amistad, ponen en un vaso pan, sal y una cruz; comen juntos; luego echan vino en el vaso y beben de él, y acaban jurando *pe cruce, pe pita, pe sare* (por la cruz, por el pan y por la sal) no abandonarse hasta la muerte. Verificado este *banquete de cruces* se consideran ya hermanos *(frate de cruce)*.

Avasallaron los húngaros á esa nacion, y luego á las demás poblaciones eslavas que habitaban las grandes llanuras más acá de los Carpatos, y empezaron á hacer su nombre terrible en Europa. Leon el Filósofo les empujó contra los búlgaros, dueños á la sazon de las dos orillas del Bajo Danubio, si bien fueron derrotados y repelidos hácia la Panonia. Este emperador los describe del modo siguiente. «Es una nacion libre y numerosa. Desde que son jóvenes montan á caballo, de donde resulta que jamás caminan á pié: llevan al hombro grandes lanzas y en la mano un arco de que se sirven con maestria para herir al enemigo por detrás. Su pecho y el de sus caballos va cubierto de hierro. No son aficionados á lidiar cuerpo á cuerpo, sino desde lejos molestando á sus enemigos con ataques y sorpresas y arrebatándoles las provisiones. Con una fingida fuga escitan á sus enemigos á perseguirles, y volviendo luego caras, penetran por medio de sus filas desordenadas. Si necesitan dar una batalla campal se distribuyen por escuadrones de mil hombres, colocándose unos detras de otros. Persiguen sin descanso al enemigo que huye, y no piensan en el botin hasta después de haberle dispersado completamente. A fin de evitar las deserciones, fáciles en tribus desunidas, han adoptado una severísima disciplina bajo las órdenes de un jefe supremo y la mantienen con rigurosos castigos.»

En el momento en que Arnulfo hacia la guerra á la Moravia (895), invitó á los húngaros á talar este pais en union de los croatas; por lo cual fué severamente censurado por sus contemporáneos (4), y el éxito probó cuanta razon les asistia. Bárbaros como eran, pudieron recibir en el curso de esta guerra ejemplos de crueldad de pueblos cultos y les imitaron muy en breve. Mientras peleaban fuera, el jefe búlgaro Simon asaltó de acuerdo con los pechinecos, el pais donde habian dejado sus mujeres, los ancianos y los niños, saqueando y matando cuanto habia quedado. Algunos se refugiaron en las montañas que separan la Transilvania de la Moravia, y bajo el nombre de sekeliek ó fugitivos, se vieron obligados de continuo á servir de vanguardia al ejército magiar. Estos son los ascendientes de los seklos, y los que han conservado más del idioma y de los usos húngaros. Habiendo intentado en vano el grueso de los magiares recuperar sus establecimientos primitivos, se dispusieron á buscar otros nuevos. Después de cimentar su federacion y de hacer hereditaria la dignidad del jefe de las tribus y de capitan supremo, emprendieron la marcha á las órdenes de Arpad, y después de muerto Esventiboldo, entraron á sangre y fuego toda la Panonia, perdonando solo á las mujeres jóvenes y las acémilas.

Desmoronado á la sazon el poderoso dominio de los moravios, se encontraron los húngaros frente á frente del imperio de los Carlovingios, gobernado y defendido con igual debilidad; y de consiguiente se aprestaron á invadirlo por la Italia y por la Alemania.

Los húngaros en Italia.—Pero si la Italia, hermosa y rica cual lo es aun despues de haber sido despojada y hollada por los extranjeros y por sus hijos, halagaba todavia su codicia, no era una empresa fácil entrar á saco desde que habian vuelto á levantarse con fiereza las frentes doblegadas por la servidumbre regular de los romanos y por la violenta de los bárbaros; y especialmente desde que todos habian aprendido á manejar las armas y á servirse de ellas para la defensa de su casa, de su campo, para la de la ciudad ó del convento. Los húngaros entraron en número inmenso por las montañas del Friul (900), y talaron el pais hasta Pavia; pero el emperador Berenguer, que vencedor de sus rivales, figuraba como único soberano de la Italia, se adelantó contra ellos, los derrotó, y los envolvió de manera en medio de los

---

(4) El historiador Liutprando, obispo de Cremona, esclama: *Hungarorum gentem cupidam, audacem, omnipotentis Dei ignaram, scelerum omnium non insciam, cædis et omnium rapinarum solummodo avidam, in auxilium convocat; si tamen auxilium dici potest quod paullo post, eo moriente, tam genti suæ quam cæteris in meridie oeassuque degeneribus nationibus grave periculum, imo excidium fuit. Quid igitur? Zventeboldus vincitur, subjugatur, fit tributarius, sed domino solus. Oœcam Arnulfi regis regnandi cupiditatem! o infelicem amarumque diem! Unius homuncionis dejectio fit totius Europæ contritio. Quid mulieribus vi duitates, patribusque orbitates, virginibus corruptiones, sacerdotibus populisque Dei captivitates, ecclesiis desolationes, terris inhabitatis solitudines, cæca ambitio paras?»* Hist. libro I, cap. 5. Y este no es rústico.

rios con que están cortadas las llanuras de la Lombardia, que, llegados al Brenta y no encontrando salida por donde escaparse, le hicieron la oferta de abandonarle botin y prisioneros, si consentia en dejarles efectuar su retirada. Lisonjeándose Berenguer de esterminarlos rehusó sus condiciones; y ellos, estimulados por la desesparacion, pelearon, vencieron y después de dispersar á los mal unidos italianos, talaron sin obstáculo el pais. Al cabo de cinco años volvieron á la carga, y después de haber destruido á veinte mil hombres enviados por Berenguer contra ellos, hartaron su codicia en Padua, Treviso y Brescia. Mal obedecido el emperador no tuvo otro recurso que las donaciones para reprimir su furia, y les pagó hasta diez modios de dineros de plata (5), por lo cual obligó á todos sus súbditos, sin escluir á los niños de pecho, á dar un dinero por cabeza. Dando después la preferencia á sus intereses sobre los del pais, invitó á aquellos bárbaros á que le prestaran asistencia contra su rival Rodulfo de Borgoña. En su consecuencia, habiéndose dirigido sobre Milan, asaltaron á Pavia, ciudad floreciente y en estremo poblada (6), donde se celebraban las dietas del reino. Allí ahogaron al obispo, como igualmente al de Verceli, y destruyeron cuarenta y tres iglesias: después doscientos individuos, únicos que sobrevivieron de una poblacion tan numerosa, recogieron entre las cenizas ocho modios de dineros para rescatar de los bárbaros el lugar donde se alzaba poco antes su patria.

Módena fué defendida largo tiempo por sus ciudadanos, que apostados sobre las murallas, repetian un himno guerrero para exhortarse unos á otros á la vigilancia (7). Después de haber desolado asimismo las fronteras del Piamonte se atrevieron los húngaros á embarcarse en la orilla del Adriático, y se dirigieron á incendiar á Cittanova, Equilo, Fine, Chioggia, Capodarzere, saqueando todo el litoral. Tambien intentaron apoderarse de Malamocco y de Rialto, si bien fueron repelidos por los buques mercantes de Venecia (8). No se vió exenta la Italia Meridional de sus devastaciones: saquearon á Capua, Salerno, Benevento, Nola, Monte Casino, y si hemos de dar crédito á Lupo Protospata, llegaron hasta Tarento. No dieron tregua á la península en el curso de cincuenta años. En medio del espanto que inspiraban, se discutia á fin de averiguar si eran el pueblo de Gog y de Magog vaticinado por el Apocalipsis como precursor del fin del mundo: y se instituyen procesiones y ritos para alejar el huracan, y letanias en que se rogaba al Señor *que nos libertara del furor de los húngaros*. No faltaron prodigios, y mil veces las osamentas de los santos, á quienes ultrajaban, les causaron la muerte. Pegada quedó al altar la mano de un bárbaro que trataba de despojarlo: rompióse la espada de otro en el momento en que la blandia para degollar á un religioso.

A su aparicion se nos han representado los húngaros como una raza deforme y bárbara hasta el esceso. Tenian el rostro aplastado: las madres mordian á sus hijos en el rostro, para acostumbrarlos al dolor. No peleaban en tropas ordenadas, sino como soldados de descubierta y montados en caballos muy veloces, á los que cortaban las crines para que los enemigos no pudiesen cojerlos. Como un ejército regular no hubiera estado en disposicion de darles alcance, cada cual estaba obligado á proveer á su propia defensa. Así, cuando se acercaban, huian los campesinos á las alturas fortificadas, y entonces se levantaron murallas en torno de los caserios y de los conventos (9), que redundaron después en provecho de la libertad, porque hicieron conocer á los italianos el po-

---

(5) Liutprando (v. 15) da á entender que alteró entonces las monedas, mezclando á ellas una gran cantidad de cobre.

(6) *Populosissiman atque opulentissiman.* FRODOARDO Liutprando la llama *formosa*, y siempre con el énfasis que le es propio, dice que en breve volvió á levantarse de modo que superó á las vecinas y lejanas ciudades, y que no era inferior á Roma más que en no poseer los cuerpos de los Apóstoles.

(7) Este himno se ha conservado, y merece ser copiado como un bosquejo bastante feliz de la poesia de aquel tiempo, que pasaba entonces de las formas antiguas á las modernas.

Nos adoramus celsa Christi numina,
Illi canora demus nostra jubila!
Illius magna fisi sub custodia,
Hæc vigilantes jubilemus carmina,
Divina mundi rex Christe custodia,
Sub tua serva hæc castra vigilia,
Tu murus tuis sis inexpugnabilis,
Sis inimicis hostis tu terribilis,
Te vigilante, nulla nocet fortia
Qui cuncta fugas procul arma bellica.
Cinge hæc nostra tu, Christe, munimina.
Defendens ea tua forti lancea.
Sancta Maria Mater Christi esplendida,
Hæc cum Johane, Theotocos, impetra
Quorum hic sancta veneramur pignora,
Et quibus ista sunt sacrata mœnia,
Quo duce victrix est in bello dextera,
Et sine ipso nihil valent jacula.
Fortis juventus, virtus audax bellica,
Vestra per muros audiantur carmina;
Et sit in armis alterna vigilia.
Ne fraus hostilis hæc invadat mœnia
Resultet echo comes: eja vigila:
Per muros eja! dicat echo vigila!

(8) DANDOLO, *Chron.*

(9) En 912 Berenguer permite á Risinda, abadesa de Santa Maria de la Pusterla en Pavia, *ædificandi castella in opportunis locis licentiam, una cum bertiscis merulorum propugnaculis, aggeribus atque fossatis omnique argumento ad paganorum insidias deprimendas.* Este es el primer ejemplo de semejante concesion en Italia. Tambien Adalberto, obispo de Bérgamo, obtuvo del mismo rey permiso para fortificar aquella ciudad, amenazada *maxima Suevorum Ungarorum incursione*, MURATORI, ad. 910.

der de la union; y hallándose con las armas en la mano, las emplearon en adquirir ó en asegurar sus franquicias.

Los húngaros en Alemania.—Todavia se mostraron los húngaros más terribles en Alemania. Cuando penetraron en la Baviera fué proclamado el eriban (901), y se declaró traidor á todo el que no respondiera al llamamiento. De este modo era fácil reunir hombres pero no inspirar denuedo. Efectivamente, el ejército fué batido cerca de Ausburgo, y poco después Leopoldo, duque de Baviera, fué derrotado y muerto en el mismo sitio (907). Recorrieron los húngaros el país con más audacia que nunca, saqueando hasta los monasterios de Fulda y de Corbia. Tambien invadieron el reino de la Lorena (917), mientras que Cárlos el Simple se hallaba ocupado en defenderse de enemigos interiores. Otra vez volvieron y no perdonaron á la Francia occidental, las riberas del Aisne y del Océano (926). Saquearon el rico monasterio de San Galo y se proponian atacar la España, para diezmar los tesoros de los califas, cuando fueron detenidos á la falda de los Pirineos por Raimundo Pons, conde de Tolosa, y con los demás acabó un contagio.

Conrado de Franconia se resignó á pagarles un tributo para conjurar la invasion, lo cual no les estorbó recorrer la Sajonia, la Baviera y la Francia. Pero cuando intimaron á Enrique el Pajarero que lo pagara, respondió como cumple á un rey, apresтándose á la guerra. Adelantáronse para castigarle, é invadieron á un mismo tiempo la Italia, la Baviera y la Sajonia; pero Enrique habia levantado tropas, organizado á los alemanes en escuadrones, y acostumbrádoles á pelear á caballo, cosa sumamente necesaria contra los magiares, ginetes aguerridos. Después de convocar al pueblo le habló de este modo: «Sabeis de cuantos males ha sido el país arrancado; todo eran en él disensiones intestinas y guerras exteriores. Ahora, gracias á Dios, podemos dirigir de concierto nuestras armas contra los húngaros. Hasta ahora hemos sacrificado nuestros bienes para enriquecerlos; hoy tendríamos que despojar las iglesias, puesto que no queda otra cosa. ¿Quereis que me apodere de lo que está destinado al servicio divino para comprar la paz á los enemigos de Dios, ó que, confiado en él, nuestro verdadero soberano y libertador, procedamos como cumple á los alemanes?»

Todos respondieron manifestando el mismo denuedo, jurando vencer ó morir con las manos levantadas al cielo. Habiendo encontrado á los húngaros mataron á cuarenta mil en Merseburgo. Esta victoria, que aseguraba la independencia de la Alemania, fué pintada en el palacio real de Merseburgo, y los sajones de la parroquia de Kenschberg celebran todavia anualmente la conmemoracion de ella. A fin de contener á aquellos formidables enemigos reunió Enrique la Sajonia y la Turingia, en desórden hasta entonces, levantando en la frontera muchas ciudades (Goslar, Dudderstadt, Nordhausen, Quedlimburgo, Merseburgo, Meissen), en las que colocó provinciales obligados al servicio militar, uno de cada nueve. Tambien reconstruyó gran número de iglesias y de monasterios demolidos por aquellos, y mandó educar, á espensas del Estado, á las hijas de los nobles que habian muerto en defensa de la patria.

Vencidos los húngaros, aunque no aniquilados, renovaron muchas veces sus incursiones en Francia y en Italia; después, en los primeros años del emperador Oton (955), se lanzaron en bandadas sobre Alemania, y pusieron asedio á Augsburgo. Defendiéronse intrépidamente los ciudadanos; y poniéndose á su cabeza el obispo Ulderico, con la estola al cuello, rechazó á los enemigos. Entonces ordenó plegarias generales, y dividiendo á las mujeres en dos bandas, hizo que se colocara una en rededor de la ciudad, teniendo cruces levantadas y pronunciando oraciones, mientras prosternada la otra en la iglesia invocaba á la madre de los Dolores. Todos los niños de pecho habian sido colocados entorno del obispo sobre la graderia del altar, á fin de que sus vagidos escitaran la misericodia del Señor. Enseguida dió el prelado la comunion á todos, exhortándoles con fervorosas palabras á la defensa de lo más sagrado que tiene el hombre, la familia, la patria y la religion.

Ya se disponian los húngaros á volver al asalto, cuando supieron los sitiados que el emperador se acercaba. Oton habia distribuido su ejército en ocho cuerpos, segun las naciones á que pertenecian los combatientes: tres de bávaros, uno de franconios, uno de sajones, dos de suevos: mil bohemios guardaban las espaldas. Al frente ondeaba la bandera de San Mauricio, jefe de la legion tebea. Oton llevaba la espada de Carlomagno, y una lanza hecha con uno de los clavos con que habia sido traspasado Cristo; lanza que su padre habia quitado al rey de Borgoña amenazándole con la guerra. Después de haberse confesado, de oir misa y de hacer voto de construir un monasterio, se adelantó para combatir y quedó victorioso. Cortados los húngaros por los rios y rodeados de pueblos enemigos, fueron aniquilados en su fuga: se degolló hasta á los prisioneros, tres de sus príncipes fueron ahorcados en Ratisbona, y su nacion tuvo que resignarse á pagar el tributo que ella exigia antes.

El nuevo ducado de Austria, el ensanche dado al de Baviera, y el gran número de fortalezas levantadas, proporcionaron á la Alemania el que pudiese marchar con paso más seguro por el camino de la civilizacion; y agotadas las fuerzas de los húngaros permanecieron cuarenta años sin turbar el sosiego. Alentóles la debilidad del imperio griego á atacarle con preferencia, y penetrando en la Tracia y la Macedonia (953), se adelantaron hasta bajo los muros de Constantinopla, que parecia blanco de todas las hordas devastadoras. Pero, acometidos de improviso, perdieron muchos de los suyos y fueron rechazados; vanamente se alia-

ron después con los rusos, pues sufrieron en Andrinópolis una completa derrota.

Entretanto, despojándose de sus feroces costumbres de saqueo y de asesinato, aprendieron á trasformar sus tiendas en moradas fijas, y á pedir á la tierra el sustento que antes ganaban con sus espadas. Aquel territorio tan fecundo, que reposaba habia largo tiempo, recompensó sus afanes con tal abundancia, que en breve acudieron allí muchos en busca de pan y de trabajo. Musulmanes, bohemios, polacos, griegos, armenios, sajones, turingios, suevos, cumanos, se trasladaron allí en colonias. Con ellos penetraron en el pais las primeras nociones del cristianismo (972), que se propagó luego por San Adalberto cuando administró el bautismo al vaivoda Geysa. Como un obispo reconviniera á este prosélito, en razon á que servia á la vez á los dioses de su patria y al que murió en la cruz, respondió lo siguiente: *Soy bastante rico para adorar á todos los dioses juntos.*

San Esteban.—Su hijo Voico tomó en el bautismo el nombre de Esteban (997) que ilustró con sus proezas. Descontentos los magnates magiares con verse obligados á poner en libertad un gran número de esclavos cristianos, se declararon en abierta rebelion; pero habiéndose hecho armar caballero Estéban, á la usanza alemana, marchó contra ellos, obtuvo la victoria y les ordenó bautizarse: los que le prestaron obediencia se hicieron objeto de sus favores, y redujo á los recalcitrantes á la condicion de esclavos.

A la sazon la Hungria se extendia al Norte hasta los montes Carpatos, al Oeste encontraba las marcas de Moravia, Baviera y Carintia; al Sur el Danubio y el Drava; y llegó hasta el Alt cuando Estéban hubo adquirido la Hungria Negra (1002). Posteriormente la ocupacion del Firmio y de la Eslavonia abrió á Ladislao I la Croacia (1091), que fué conquistada, á excepcion de las ciudades que quedaron á los venecianos.

Repartióse el pais entre diez obispos, dependientes del arzobispo de Gan, con vastos dominios y jurisdicciones. Durante largo tiempo los obispos fueron extranjeros, como lo era igualmente una gran parte de la nacion; y se les obligó á servirse del latin, que se convirtió tambien en idioma de la corte y oficial. Cada diez aldeas debian edificar una iglesia, y todos pagar el diezmo. Estéban llamó á muchos monjes; y para facilitar las peregrinaciones y las relaciones con los demás pueblos, fundó hospicios claustrales en Rávena, Roma, Constantinopla y Jerusalen. Se pidió entonces á Silvestre II que elevase á Estéban á la categoria de rey (1000); y aquel le envió una corona, una cruz que debia llevar siempre ante sí, y el título de apóstol de la Hungria y de legado perpétuo. Enrique II le reconoció por rey, y le dió en matrimonio una hermana suya; Buda y Alba Real fueron el centro de la nueva civilizacion, y los Carpatos sirvieron de barrera á las hordas asiáticas, que se agitaban en las orillas del mar Negro.

CAPÍTULO XI

FIN DE LOS CARLOVINGIOS.—LOS CAPETOS.

Atacados los Carlovingios por estos nuevos bárbaros, que no solo separaban del imperio hermosas comarcas (Normandía, Hungría, reino de Nápoles), sino que le amenazaban en el corazon, y obligados á dividir la resistencia en todos los puntos, tuvieron que conceder más poder á los duques y barones, y aun á los simples vasallos. Después de empuñar estos las armas para su defensa, las conservaron, y cada cual proveyó por su propio arbitrio á lo que creyó del interés de su comarca y de sus dominios. Así se aflojaron y acabaron por romperse los lazos que unian las diversas partes al comun centro: cada cual se hizo centro á sí propio, y desde entonces se fundó el sistema feudal completamente, estableciendo de hombre á hombre un encadenamiento de relaciones nuevas desde el rey deprimido hasta el aldeano ensalzado.

¿En qué vino á parar la grande unidad con que esta época fué inaugurada? La venturosa sucesion de cuatro varones insignes habia estendido rápidamente el poder de una familia desde las patrias Ardennas, hasta el centro de la Germania y la estremidad de la Italia, sometiendo al mismo dominio los francos, galo-romanos, aquitanios y borgoñones. Pero las conquistas rápidas no asimilan los pueblos, y diferenciándose entre sí estos nuevos súbditos por el lenguaje, orígen, leyes é intereses, solo permanecian juntos por la fuerza del ejército y la voluntad de un varon insigne. Estinguida ésta y disuelto el ejército, se separan de nuevo, y la obra de descomposicion es secundada por las disensiones domésticas de la familia imperial, donde falta la autoridad en el padre, la sumision en el hijo, y la comunidad de intereses. Ya la Alemania y la Italia se han separado de la Francia; la corona imperial pasa á los paises conquistados por Carlomagno. Hasta la misma Francia queda fraccionada; jamás habia estado sometida realmente la Bretaña; el antiguo territorio de los visogodos entre el Loira, el Ródano y los Pirineos, habia permanecido distinto bajo el nombre de Aquitania y Guyena; allende el Ródano, orgullosos los condes de Provenza por haber protegido al pais contra los sarracenos, se habian hecho independientes; entorno del Rhin formaban diversas provincias una barrera entre el idioma aleman y la lengua latina.

La Francia, propiamente dicha, es decir, la antigua Neustria, situada entre el Loira, el Mosa y el Escalda y la frontera bretona, era habitada por un pueblo mixto, al cual negaban los alemanes el nombre de francos, atribuyéndoles el de valones ó velscos; pero tambien allí carecia de poder el rey, y circunstancias particulares hicieron que el feudalismo, ya propagado en Italia, recibiera en Francia una organizacion, y viniera á ser legal antes de hallarse reconocido en otras partes por actos emanados del trono (1). Ya hemos visto á

(1) Feudos de Francia al fin del siglo X, hechos hereditarios.

1.	Vizcondado de Bearn. . .	819.
2.	Condado de Carcasona. .	
3.	— de Rouergue.. .	820.
4.	— de Blois. . . .	834.
5.	— de Tolosa. . .	850.
6.	— de Rosellon. . .	á mediados del siglo IX.
7.	— de Turena. . .	
8.	— del Maine.. . .	853.
9.	— de Ponthieu. . .	859.
10.	— de Boloña. . .	860.
11.	— de Flandes. . .	862.
12.	Ducado de Aquitania.. .	864.
13.	Condado de Auvernia. . .	
14.	— de Barcelona.. .	
15.	— de Angulema.. .	866.
16.	— de Perigord y alta Marca..	
17.	Condado de la baja Marca.	

Cárlos el Calvo conceder á muchos gobernadores que trasmitiesen el *honor* á sus herederos. La necesidad de la defensa produjo el privilegio de la guerra privada, orígen de los demás; y todo se volvia un movimiento contínuo de adquirir y consolidar los dominios ó la autoridad. Los duques, gobernadores de las provincias; los marqueses, custodios de las fronteras; los condes, encargados de la administracion de justicia; todos los oficiales del rey vinieron á ser dueños de sus ducados, de sus condados ó de sus empleos.

¿Qué es lo que quedaba al rey en su consecuencia? Vano representante de la autoridad nacional, sin autoridad sobre los barones, porque eran fuertes, sin influencia sobre el pueblo de quien le separaban los feudatarios. Habiendo Manfredo, conde de Orleans, despojado á muchas familias, todo lo que Luis el Pio pudo hacer por ellas fué permitirles reclamar en la asamblea general lo que les habia sido arrebatado indebidamente. Ni aun la misma corona estuvo al abrigo de sus usurpaciones. Conferian los grandes vasallos á otros, como propietarios libres, las tierras que habian obtenido del rey á título de beneficios, á fin de volverlas á comprar á título de alodios independientes; ó bien se los dejaban á sus hijos bajo el falso título de alodios, lo cual cambió su índole con el trascurso del tiempo. Toda la política de los leudos consistia en sustraer al rey tantas tierras como necesitaban para poder negarle el homenaje. Dueños del territorio, ocupados en cacerias y en combates, dominan á sus vasallos y á sus colonos, que se cambian en siervos del terruño. En la misma Iglesia, única que conserva la antigua gerarquia, es disputado el poder por los seglares: los condes quitan á los obispos la supremacia de que gozaban en las ciudades, escepto en aquellas donde el poder real se mantiene; poder que, desamparado por los barones, tiene á singular ventura que los arzobispos de Reims y de Tours lo tomen bajo su patrocinio.

Hácense la guerra los barones y condes de vecino á vecino, y algunos, de iguales que eran, se encuentran reducidos á la condicion de vasallos de un rival más fuerte que ellos; elévanse otros hasta la categoria de duques de las provincias, y sintiéndose estos últimos poderosos no obedecen ni á los decretos ni á los llamamientos del rey, al cual no tributan sino un aparente homenaje, para dirigir el pueblo á su antojo.

Eudes.—Bien manifestaron los señores de Francia hasta dónde llegaba su atrevimiento, eligiendo, en contradiccion con la constitucion, un rey extraño á la raza de Carlomagno. Los príncipes de esta familia no habian sabido despojarse de las costumbres germánicas; y resultó de esto que las diferentes naciones, de cuya reunion se formaba la poblacion francesa, creyeron amenazada su independencia mientras permaneciesen unidas á los pueblos de allende el Rhin. Defendiendo Eudes, conde de Paris, á esta ciudad contra los normandos, habia demostrado que sabia vencer á los enemigos en lugar de pagarles, y sus pares le elevaron sobre el pavés, con exclusion de Cárlos III, hijo póstumo de Luis el Tartamudo (887).

Napoleon deseó más de una vez ser el segundo de su raza: Eudes, rey nuevo como él, debió esperimentar el mismo deseo; porque no teniendo tradiciones de mando sobre las que apoyarse, se veia obligado á contemplar á los que le habian elevado, á los que sostenian su causa en la lucha empeñada y á los que podian causarle daño; por otra parte los señores favorables á los Carlovingios, sin tener ya á sus antiguos señores y repudiando al nuevo, se encontraban libres de toda superioridad, de lo que resultaba que todos, tanto amigos como enemigos, ganaban en poder con detrimento de la corona.

No reinaba, pues, Eudes, sino hasta donde podia alcanzar su espada, que se vió en la necesidad de blandir mientras vivió, porque sus adversarios

---

18. Condado de Anjú. . . . 870.
19. Ducado de Gascuña. . . 872.
20. — de Borgoña. . . 877.
21. Condado de Vexin. . . . 878.
22. — de Vermandés. .
23. — de Valois. . . . 880.
24. — de Poitiers. . .
25. — de Urgel. . . . 884.
26. — de Chalons. . . 886.
27. Vizcondado de Limoges. . 887.
28. Condado de Bigorre. . . .
29. — de Letour y de Lomaña. . . . . á fines del siglo IX.
30. Condado de Champaña. .
31. Señorio de Borbon. . . .
32. Vizcondado de Narbona. .
33. Ducado de Normandia. . . 912.
34. — de Melgueil. . . á principios del siglo X.
35. Condado de Fezenzac. . .
36. Condado de Macon. . . 920.
37. Señorio de Salins. . . .
38. — de Bourges. . . 927.
39. — de Astarac. . . 930?
40. — de Roucy y de Reims. . . . . 940.
41. Señorio de Belleme. . . .
42. Condado de Sens. . . . 941.
43. — de Rethel. . . .
44. — de Corbeil. . . á mediados del siglo X.
45. Baronia de Montmorency. .
46. Condado de Meulent. . . 959.
47. — de Armagnac. . 960.
48. — de Guines. . . 965.
49. Señorio de Montpellier. . 975.
50. Condado de Nevers. . . . 987.
51. — de Tonerre. . .
52. — de Soissons. . .
53. — de Vendome. . . á fines del siglo X.
54. — de Bretaña. . .
55. Baronia de Fougeres. . .

coronaron á Cárlos (893), y llamaron en su ayuda á Arnulfo, rey de Alemania, á Guido, emperador de Italia, y al papa. Pero les faltaban los guerreros, y sobre todo un jefe cuya energia supiese crearlos y multiplicarlos: así era que los aliados no sabian más que tantear la fortuna, y la guerra civil podia prolongarse mucho, si Eudes no hubiese muerto (1.° de enero de 898), y recomendado á los barones, al dejar de existir, el reunirse en rededor del rey Cárlos.

Cárlos el Simple.—Recibió Cárlos, en efecto, su juramento, y reinó veinte y dos años, no sin valor, pero sin fuerza, permaneciendo en el trono porque era allí olvidado. La imposibilidad de obrar á que se veia reducido, más que su incapacidad, le valió el sobrenombre de *Simple* (2), poco merecido tal vez, con el que le deshonró la dinastía que sucedió á la suya. Sobre todo, se le hace un cargo de haber cedido la Normandía; pero los normandos no eran ya bandas sueltas, eran una potencia á la cual el rey de los francos, abandonado por sus vasallos, no podia resistir. Reconoció, pues, Cárlos á Rollon (912), pero con la condicion de que se convertiria al cristianismo, es decir, que entraria en la nacionalidad franca: de esta manera convertia á un enemigo irresistible en poderoso baluarte contra nuevos invasores.

¿Qué podia hacerse mejor cuando ningun interés general movia ya á los franceses? Los señores, cuyo poder no se habia aumentado menos por la usurpacion pasada que por la restauracion presente, se hacian la guerra entre sí. Apoderábanse de los bienes de las iglesias, tomaban en encomienda las ricas abadías, arrojaban de ellas á los monjes, é instalaban allí á sus familias y hombres de armas. Como no podian ni destituir ni despojar á los obispos, porque tenian su residencia en las ciudades, hacian recaer su eleccion en los que les eran más afectos, ó que les pagaban mejor; gente que elevada á las dignidades no por su mérito y virtudes, sino por intrigas y avaricias, llevaban al santuario ideas mundanas, tan pronto combatiendo en persona para adquirir nuevos dominios ó conservar los suyos, como concediendo en feudo á los guerreros bienes eclesiásticos, y cambiando en fortalezas el palacio episcopal y los acólitos en escuderos.

En fin, los Carlovingios habian perdido el carácter imperial, no obraban ya acordes con la Iglesia, no tenian la administracion central, ni se hacian respetar como valientes capitanes. Los feudatarios, que usurpando poco á poco la autoridad se habian convertido en pequeños príncipes, no querian que aquel fantasma de rey les recordase aquellos á quienes sus padres habian obedecido.

Roberto.—*Rompieron*, pues, *la paja* en la dieta de Soissons (922), en señal de defeccion á Cárlos; y el arzobispo de Reims proclamó rey á Roberto, segundogénito de Roberto el Fuerte, hermano de Eudes. Cayó Roberto herido de muerte en la batalla de Soissons (15 junio de 923).

Rodulfo.—Pero Hugo el Grande, su hijo, duque de Francia, aseguró la victoria á su partido; y negándose á admitir la corona que se le ofrecia, se unió al conde de Vermandois para darla á Rodulfo, duque de Borgona, yerno de Roberto (3).

Desterrado Cárlos, hecho después prisionero y encerrado en una fortaleza, fué luego libertado y hecho de nuevo cautivo, debiendo, en fin, á la muerte, el fin de su vergüenza (929). Quedó rey Rodulfo, pero con tan escasa autoridad, que se vió reducido, cuando estalló la guerra entre Hugo de Francia y Herberto de Vermandois, á reclamar el concurso de los reyes de Germania y Borgoña para restablecer la paz entre ellos.

Luis de Ultramar.—A su muerte nadie ambicionaba la corona, por la cual fué dada á Luis, hijo de Cárlos el Simple, apellidado de *Ultramar*, porque habia sido educado en Inglaterra (936). Debió este príncipe ocuparse al momento de contentar á los grandes, haciendo en su favor liberalidades con lo poco que ya quedaba á la corona; pero, ofendidos con verle apoyarse en Oton, rey de Alemania, se unieron en rededor de Hugo el Grande, que habia reunido la Borgoña al ducado de Francia, y que desde entonces representó el partido nacional.

Haraldo VII, rey de Dinamarca, á quien Luis habia llamado á su socorro, le hizo prisionero en una conferencia (944) y le entregó á sus enemigos, después de haber asesinado á diez y seis condes de su

---

(2) La memoria de Cárlos el Simple, ha sido rehabilitada por Mr. Borgnet, en una disertacion dirigida á la Academia de Ciencias de Bruselas, en 1843.

(3) Jorge Enrique Pertz encontró en 1833, en la biblioteca de Bamberg, un manuscrito del siglo X, titulado: RICHERII *Historiarum libri IV*, digno de consultarse sobre la época en que la raza de Roberto el Fuerte suplanta la de Carlomagno. El autor era contemporáneo y monje de San Remigio, cerca de Reims, teatro de los acontecimientos más ruidosos de aquel siglo. Nacido de un caballero, fué discípulo de Gerberto, estudió á los antiguos y la medicina. Escribió su historia segun las notas de los archivos y consultando sus recuerdos, como continuacion de los anales del arzobispo Hincmar, que acaban en 882. Su obra alcanza hasta junio de 995, y está seguida de un resúmen de los principales acontecimientos hasta 998. «Es, dice Pertz, grave, benévolo, lleno de sagacidad y de variados conocimientos, acostumbrado á buscar las causas de las cosas, con buenas noticias sobre los hombres y los hechos; educado con el estudio de los historiadores romanos, y muy superior á los de su tiempo, con respecto á la ciencia de la guerra y de los lugares en que se han verificado los acontecimientos, deben atribuirse sus errores á su escesivo amor á la gloria de su patria y á la vanidad. Sigue comunmente el órden de fechas, ó si se separa de él es con el deseo de ligar mejor los sucesos. Su lenguaje claro, conciso, agrada por su vigor y sencillez.»

Mr. Mignet, en una memoria leida en el Instituto de Francia, ha tratado de ilustrar con este nuevo documento una época aun muy oscura, y ha determinado mejor aquella revolucion, con la que acabó la conquista y da principio la estabilidad de la nueva sociedad.

comitiva. Los dos príncipes más poderosos de la Germania, el rey Oton y el conde de Flandes, le libertaron, pero conociendo Luis que estaria subyugado en tanto que los duques de Francia permaneciesen unidos con los normandos, huyó á Alemania (946).

Convoca entonces Oton á los obispos en Ingelheim, para discutir los respectivos derechos de Luis y de Hugo. Marino, obispo de Ostia y legado del pontífice, presidió la asamblea. Habiendo obtenido *licencia* de Oton el rey de Francia para enunciar sus razones, espuso que habia sido coronado legalmente; después depuesto por Hugo; y ofreció probar su justo derecho, ya con el duelo, ya con el fallo del concilio. En consecuencia, declaráronse los obispos en su favor, amenazando á Hugo como perturbador de la paz pública.

Hugo Capeto.—Sometióse Hugo á aquella sentencia apoyada por las armas de Oton (954), y ayudó á Lotario, hijo de Luis, á suceder á su padre. Cuando habiendo muerto él tambien (956), el ducado de Francia, pasó á su jóven hijo, llamado como él Hugo y apellidado Capeto, porque llevaba como abad lego del monasterio de San Martin, la famosa capa pluvial del santo, desembarazado Lotario de sus más poderosos rivales, trató de dar el ultimo lustre á la corona, libertándola de la indecorosa tutela de Alemania. Pero bien pronto tuvo necesidad de Oton para sostenerse contra sus enemigos interiores (980), y se concilió con él renunciando á toda pretension sobre la Lorena, que se encontraba bajo vasallaje de la Germania. Este arreglo le enagenó para siempre la voluntad de los franceses, que todos se unieron á Hugo Capeto.

Luis V (986), hijo de Lotario, apellidado el *Haragan*, pocos meses después de su advenimiento murió envenenado, legando el trono á Capeto (4). Ya era tiempo de que en adelante el que hacia varios años que tenia el poder de rey, tomase tambien el título. Hízose, pues, proclamar Hugo, no por la nacion, sino por sus propios vasallos (3 julio de 987); y la larga lucha entre la monarquia y el feudalismo se decidió desde el momento en que el más ardiente campeon de ésta tomó posesion de la otra y se ocupó en regenerarla.

Cambio de la constitucion con los Capetos.—El acontecimento del advenimiento de los Capetos sucediendo á los Carlovingios, es de mucha mayor importancia que la caida de la primera raza, porque no es solo entonces la dinastia la que cambia, sino el órden del gobierno y el fundamento de la dominacion. Desde este momento se puede decir que cesó la soberania personal de los francos, conquistadores sobre los galos vencidos, para dar lugar á una monarquia nacional, cuya unidad se funda sobre la identidad del pueblo francés.

Los antiguos reyes francos podian alegar su descendencia de Odin, y Clodoveo como tal habia sido elevado sobre el paves. La coronacion habia atribuido á Carlomagno la representacion romana; pero á la sazon la diadema imperial habia salido de Francia. Hugo Capeto no tenia casi ningun poder como jefe del ejército, á causa de la independencia que el sistema feudal atribuia á cada uno de sus capitanes. Era hechura de los nobles, que le consideraban como uno de sus iguales, y no le habian dado poder sino el necesario para no causarle inquietud. Habian visto con indignacion á Cárlos el Simple y á Luis de Ultramar prestar homenaje á los emperadores sajones, degradando de esta manera la sangre real, y comprometiendo la independencia de la Francia sobre la cual tenian pretensiones los Otones como sucesores al trono de Carlomagno. Espantábales la supremacia imperial como demasiado fuerte, y antes que sufrirla prefirieron doblegarse ante uno de sus iguales que les acariciaba por gratitud, y permanecer de esta manera independientes de hecho. Engañáronse, porque imposibilitados con incesantes guerras de defender los emperadores sus vastas posesiones, por las disensiones intestinas y por su conflicto con los papas, dejaron á los príncipes de la Germania libertarse de toda dependencia, mientras que débil desde un principio la soberania francesa, destruyó poco á poco á los barones, después á la nobleza, á las comunidades, y en fin á la magistratura: tanto que, en tiempo de Luis XIV, el monarca francés era el mayor déspota de Europa, árbitro de las personas, de los bienes y hasta de la voluntad de los súbditos. Así fué que cuando la revolucion llegó á quebrantar este único poder, ninguna institucion se sostuvo para contener al pueblo, y á las facciones desencadenadas.

Esta marcha regular de la soberania forma por espacio de nueve siglos la historia de Francia, que primero unida á otros dominios de los Carlovingios, dividida á veces y volviéndose luego á unir, empieza con Hugo Capeto una existencia independiente. Dominada siempre por la misma dinastia, cuyos reyes, débiles ó fuertes, virtuosos ó perversos, tienen por sistema constante humillar las autoridades subordinadas y erigirse en dueños absolutos; ninguna potencia exterior influye sobre ella en tan largo intervalo hasta el punto de alterar las formas, y ella ejerce, por el contrario, una inmensa influencia sobre el resto de Europa por su política, lenguaje, civilizacion y costumbres.

Extension del reino.—Cuando Hugo Capeto fué elevado al trono, diferente la Bretaña de la Francia por el idioma y las costumbres, se consideraba como extranjera; el Bearn pertenecia á España: el Franco-Condado, la Lorena, la Alsacia, al reino de Lotaringia, ocupado por un Carlovingio, así como el reino de Arlés. En este último, del que dependia la Provenza y el Delfinado, tardó el feu-

(4) Encontramos esta especie de legitimacion, á la cual no han prestado atencion los historiadores, en el *Cron.* ODORANNI, ap. Bouquet, t. X, pág. 165. *Donato regno Hugoni duci, qui eodem anno rex factus est á Francis.* Véanse tambien t. II, págs. 1079, 1092, 1093 y 1117.

dalismo en echar raices: pero como los señores de aquellas comarcas estaban en contínuas alarmas por los sarracenos que se habian situado en los Alpes y en las costas de la Provenza, y como los reyes de ambas Borgoñas reunidas aspiraban á la corona imperial, vivieron los vasallos en una especie de independencia hasta el momento en que Rodolfo III cedió aquel reino al emperador Conrado el Sálico (1033). Ocupado por otra parte, no pensó aquel príncipe ponerles freno; de modo que formaron allí los condados soberanos de Provenza y Borgoña, del Vienés, de Lion, y el de Saboya, más importante de todos.

Del mismo reino se separaban los principados que en la playa occidental del Mediterráneo se engrandecian rechazando los ataques de los sarracenos; así como en los Alpes, los cantones de las montañas de la Helvecia, no reconociendo sino la supremacia del imperio, consolidaban su independencia municipal, que se levantó luego gigantesca, cuando la tirania austriaca trató de comprimirla.

El resto de Francia estaba dividido en siete grandes señorios: la Francia propiamente dicha, esto es, la Isla, Orleans y Lion; los ducados de Borgoña, de Normandia; el de Aquitania, que después de su reunion á la Gascuña, sobrepujó en poder al rey; el condado de Tolosa, el de Flandes, conquistado á los bosques y pantanos; y el de Vermandois, del cual dependia el condado de Troyes, que después tomó el nombre de Champaña.

Atrajeron á sí poco á poco los obispos, el gobierno de otras ciudades, ó lo impetraron de los reyes. Habiéndoles otorgado Cárlos el Calvo las atribuciones de los delegados reales, se prevalieron de ellas para convertirse en señores territoriales y rivalizar con los magnates. Los mismos reyes favorecieron su engrandecimiento, para hacer de él un contrapeso al poder de los barones; de aquí procedieron los seis pares eclesiásticos, que tenian preponderancia sobre los seis pares seglares (5), y á cuya cabeza marchaba el arzobispo de Reims.

Todos estos Estados en el Estado de Francia no eran como bajo la dominacion de los Merovingios y Carlovingios, desmembramientos accidentales, sino principados hereditarios de larga duracion, con leyes propias, las cuales cada una podia contener una historia particular, y la autoridad se encontraba fraccionada hasta el infinito, desde el rey, á quien pertenecia la soberania de los grandes vasallos, hasta el simple castellano, de quien solo dependia un pequeño número de campesinos.

Habia desaparecido la antigua distincion de francos y galos; quedaba la de nobles y villanos, dos diferentes naciones; los primeros pertenecian á la familia del feudatario y los segundos no. La dominacion de aquellos señores era anterior á la del nuevo rey; no habia, pues, ningun título para desposeerlos; se convirtieron aun entonces en poderes de derecho, de poderes de hecho que eran. Encontrábase Hugo precisado á reconocer la usurpacion de otro para legitimar la suya propia; y cuando elevaba la voz para preguntar al turbulento conde de Perigueux, *¿Quién te ha hecho conde?* éste contestaba: *¿Quién te ha hecho rey?* La única retribucion de los nobles estaba reducida á subvenir á los gastos del rey cuando viajaba por su territorio; acudian á las dietas pero como interesados: por lo demás, el rey no tenia á su disposicion otras rentas que las de sus dominios, otra fuerza que sus vasallos como duque de Francia, y los de su hermano como duque de Borgoña. Rodeado de grandes vasallos, sus pares, atentos no tan solo á no dejarle aumentar el poder que le habian confiado, sino deseosos de disminuirle, debia resignarse á no ser más que el jefe de una confederacion como los últimos emperadores de Alemania, ó tratar de imponerles nuevamente el yugo que habian sacudido bajo débiles monarcas. Por este último partido se decidió Hugo Capeto.

Como duque de Francia, se encontraba, segun las instituciones feudales, señor hereditario y soberano de varios condados con los cuales podia hacer frente á los demás feudatarios. Paris, capital de su ducado, situado como está en una posicion central, junto á un rio superior á los demás de Francia, no por su impetuosidad, sino por su mansedumbre, rodeado de ciudades florecientes, tales como Amiens, Ruan, Orleans, Chalons, Reims, que, aun siendo enemigas le honraban, contribuian á dar importancia al príncipe que residia allí. Esta ciudad se convertia en la capital de la nueva Francia, como Chartres y Autun habian sido las de la Galia druídica, Clermont y Bourges de la Galia romana, Tours de la Francia merovingia, y Reims de la Francia de los Carlovingios. El rey tenia sobre los demás señores la ventaja de poderlos llamar á las armas. Aun se recordaba que aquellos barones no eran poco antes más que simples magistrados, procediendo su poder de una autoridad superior; y resultaba de ello que el sucesor de los antiguos reyes tenia derecho para recobrar lo que sus predecesores habian perdido. Supo Hugo aprovecharse de ello para devolver su brillo á la prerogativa real á fin de emancipar la corona de la tutela de los feudatarios, y recomponer la clase de los hombres libres, que habia perecido juntamente con la autoridad real. Este fué el preludio de la larga lucha en virtud de la cual el gobierno monárquico fué sustituido al régimen feudal.

(5) Los seis seglares eran los condes de Vermandois de Tolosa, de Flandes, y los duques de Borgoña, de Aquitania ó de Guyena y de Normandia; los pares eclesiásticos eran los obispos de Noyon, de Beauvais, de Chalons, de Langrés, y los arzobispos de Reims y de Sens.

FIN DEL TOMO CUARTO

ÍNDICE DEL TOMO IV

EDAD MEDIA

Págs.

Discurso preliminar. 5

LIBRO VIII

EDAD MEDIA.—Mundo oriental.—Justiniano.—Los Códigos.—Cosroes.—Heráclito.—Mundo bárbaro.—Ostrogodos.—Longobardos.—Visigodos.—Francos.—Sajones.—Mundo cristiano.—Papas.—Conversiones.—Doctrinas.

Capítulos. Págs.

I. Estado del mundo. 35
II. IMPERIO DE ORIENTE Y DE PERSIA.—Desde Teodosio II á Justino. . . . 40
III. Justiniano. 46
IV. Los códigos romanos. 59
V. Desde Justino II hasta Heraclio I. . . 75
VI. Los bárbaros en Italia.—Teodorico. . . 83
VII. Fin del reino de los ostrogodos. . . . 92
VIII. Los longobardos. 99
IX. Los francos. 113
X. Los visigodos. 128
XI. Inglaterra é Irlanda.—Anglo-Sajones. . 138
XII. La invasion.—Condicion personal de los bárbaros. 148
XIII. Constitucion política de los bárbaros. . 160
XIV. Códigos bárbaros.. 177
XV. Costumbres de los bárbaros. 189
XVI. República cristiana. 199
XVII. Los papas. 213
XVIII. Doctrinas entre los griegos. 223
XIX. Lengua latina.. 228
XX. Literatura latina. 241
XXI. Ciencias y bellas artes. 250
Epílogo.. 257
NOTA AL LIBRO VIII (Pág. 71).—Los espósitos.. . 260

LIBRO IX

ARABIA.—Mahoma.—El islam.—Los Califas.—Conquistas. ESPAÑA.—Los moros.—IMPERIO GRIEGO.—Los Iconoclastas.—FRANCIA.—Los mayordomos.—Segunda raza.—Carlomagno.—ITALIA.—Caida de los longobardos.—Poder temporal de los papas.—Renovacion del imperio de Occidente.—CHINA. Dinastias V. VII.—Budismo.—Tíbet.

Capítulos. Págs.

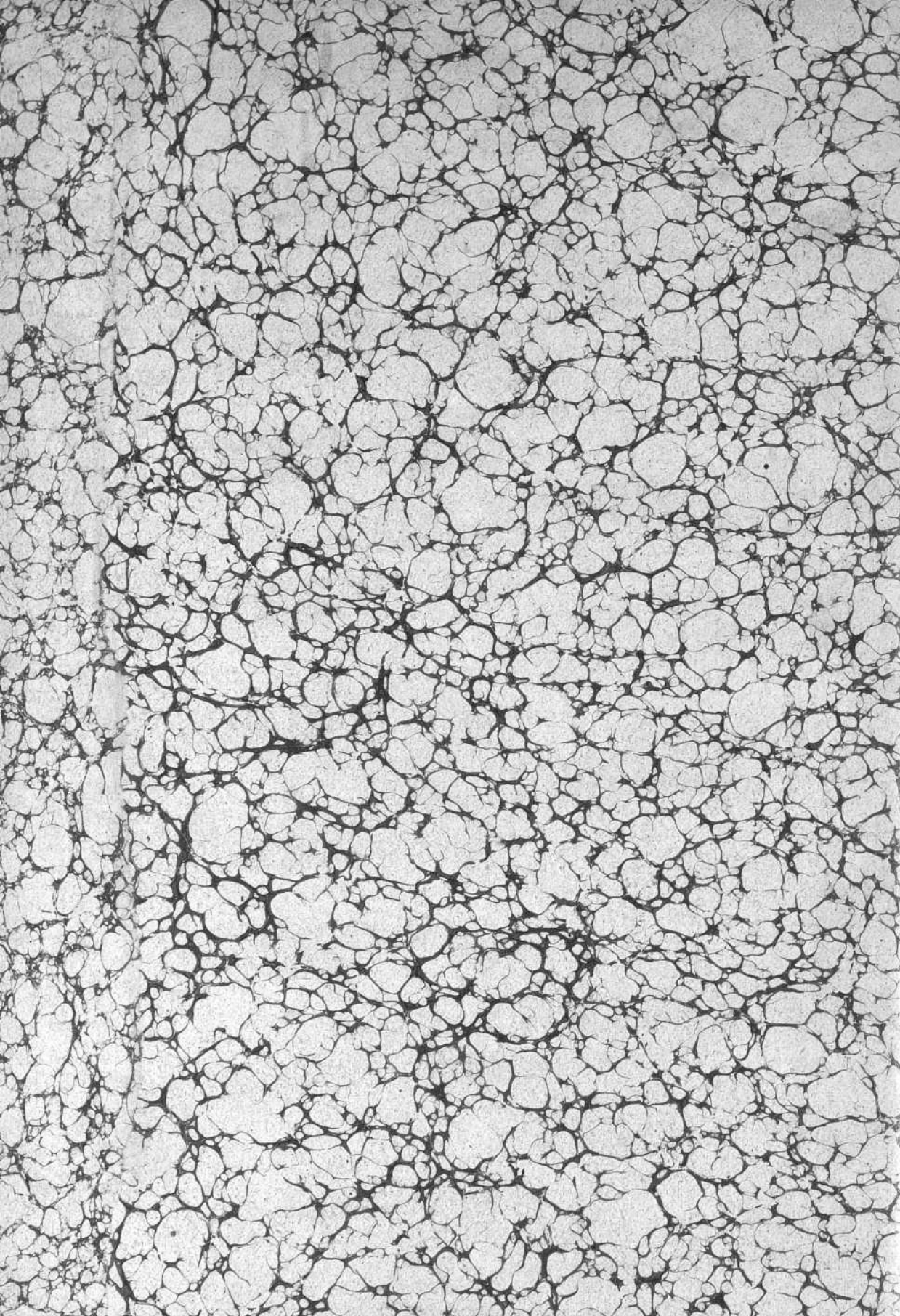
I. Arabia. 265
II. Mahoma. 279
III El Coran. 293
IV. Primeros califas, 633-661. 308
V. Los Ommiadas, 661-750.—Califato hereditario.. 320
VI. Los Abasidas, 750-809.. 327
VII. Los árabes en España.—Califato de Córdoba.. 333
VIII. IMPERIO GRIEGO.—Los Heráclidas, 641-711. 343
IX. Emperadores Isáuricos, 711-802. . . . 348

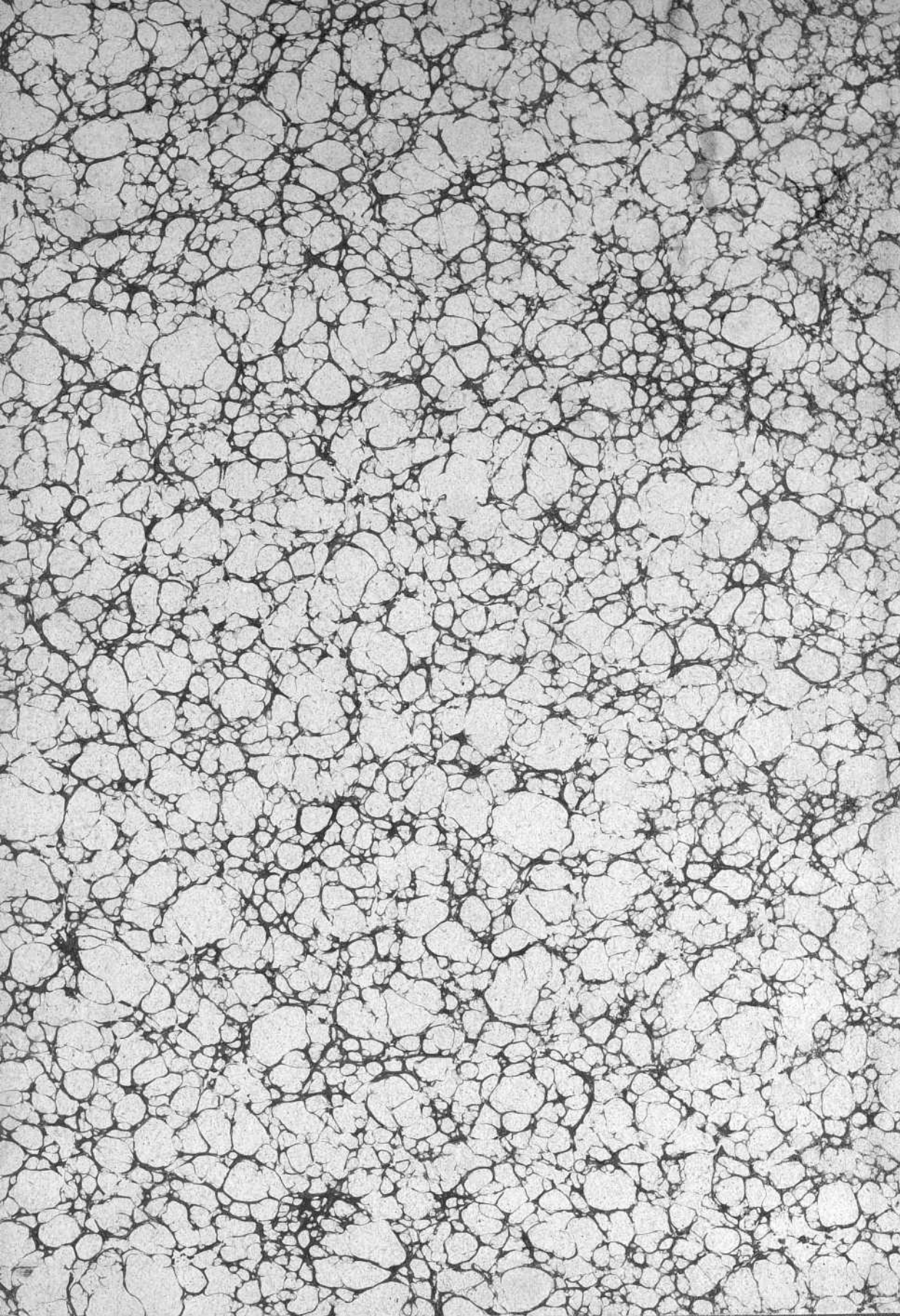
Capítulos.		Págs.
X.	FRANCOS.—Mayordomos de palacio, 614-715.	356
XI.	Cárlos Martel y sus hijos.	369
XII.	ITALIA.—Papas.—Longobardos.	370
XIII.	Pepino rey.—Soberania temporal de los papas.	379
XIV.	Carlomagno.—Fin del reino longobardo.	387
XV.	Carlomagno conquistador.	396
XVI.	Carlomagno emperador.	407
XVII.	Carlomagno legislador.	413
XVIII.	La Iglesia en tiempo de Carlomagno.	425
XIX.	Literatura.	432
XX.	Fin de Carlomagno.	442
XXI.	CHINA.—Dinastias IV, V y VI.	448
XXII.	Los buddistas en la China.	457
XXIII.	Dinastias VII, VIII, IX, X, XI, XII y XIII.—265-907.	461
XXIV.	Tíbet.	474
Epílogo.		476

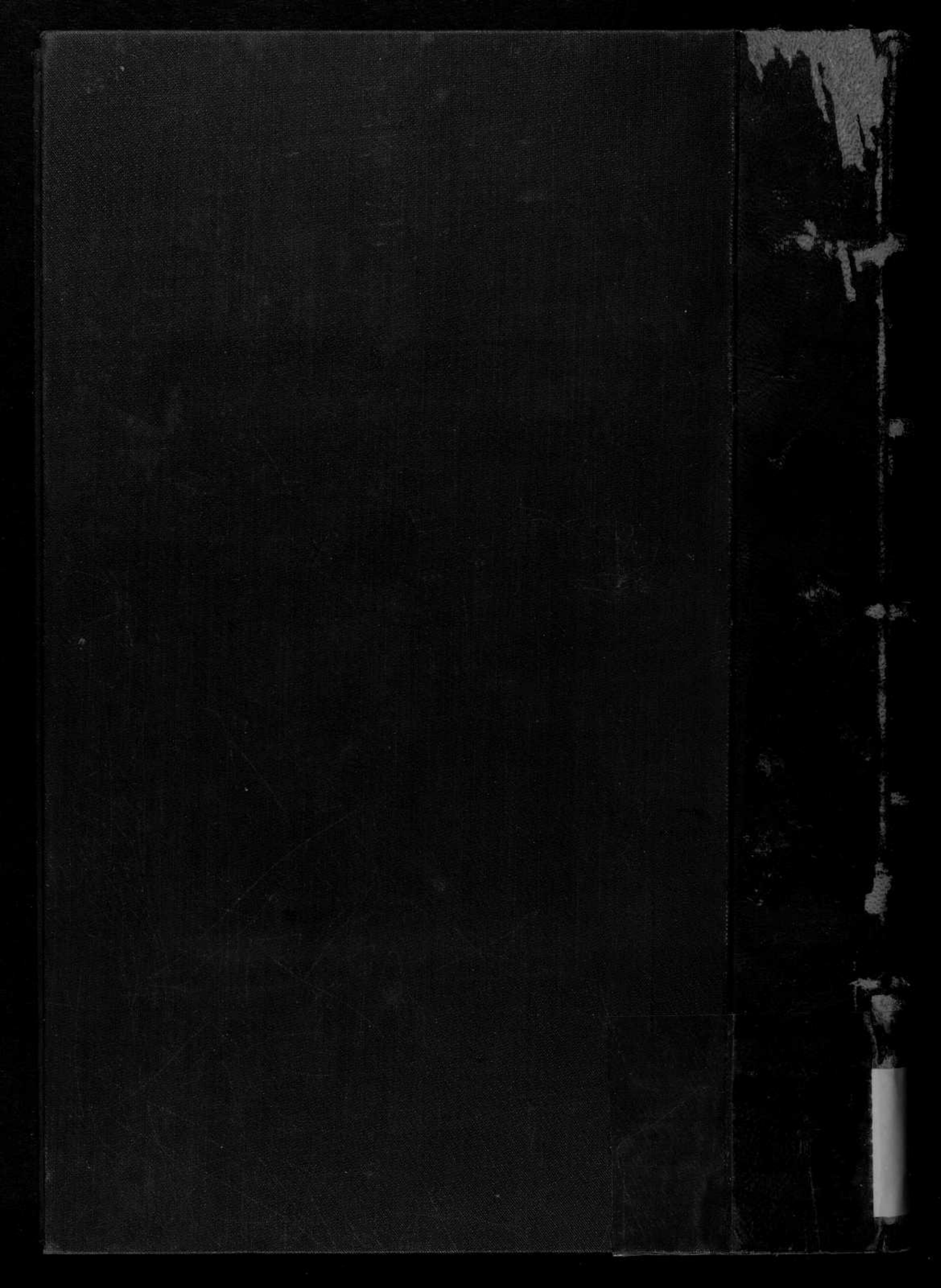
LIBRO X

Los Carlovingios.—Los normandos.—Los árabes.—Los eslavos.—El Feudalismo.—El Imperio trasferido á los alemanes.—Sus contiendas con el sacerdocio.—Reinos musulmanes.—Ciencia.

Capítulos.		Págs.
I.	Luis el Pio y sus hijos.	483
II.	Los Carlovingios en Francia, 840-888.	495
III.	Incursiones de los sarracenos.	502
IV.	NORMANDOS.—Islandia.—Edda.—Sagas	511
V.	Los normandos en Francia.—Reinos escandinavos.	522
VI.	Los normandos en Inglaterra.	528
VII.	Los normandos en Italia.	540
VIII.	Eslavos.	545
IX.	Los normandos y los eslavos en Rusia.	553
X.	Raza fínica.—Húngaros.	559
XI.	Fin de los Carlovingios.—Los Capetos.	565







Cantu
HISTORIA
UNIVERSAL

4

D-1
919